ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
es una edición de Editorial Anesa - Noguer - Rizzoli
Título original de la obra: HISTORY OF THE SECOND WORLD WAR

Impresión: Rizzoli Editore, Via Civitavecchia, 102, Milán.
Printed in Italy.
AMÉRICA NORILDIS EDITORES SOCIEDAD ANÓNIMA (ANESA), Cangallo 564, 1º,
Buenos Aires, Argentina.

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

4



Del fin de la guerra en África al viraje decisivo en Birmania (julio de 1944)

ANESA - NOGUER - RIZZOLI

EDICION ORIGINAL INGLESA

dirigida por **sir Basil Liddell Hart**, *capitán, historiador y crítico militar, redactor de la Enciclopedia Británica;*

y por **Barrie Pitt**, *colaborador de la Enciclopedia Británica y asesor militar del "Sunday Times Magazine",*

con la colaboración del Imperial War Museum

Colaboradores del volumen cuarto

Anthony Farrar-Hockley
general de brigada inglés; escritor; oficial de las fuerzas aerotransportadas en el Mediterráneo, y de EM en Corea; comandante de una brigada paracaidista

Sir Francis Tuker
teniente general inglés; escritor; comandante de la División 4 india en el Norte de África de 1941 a 1944, comandante de la zona militar oriental en la India

R. L. V. ffrench Blake
comandante de escuadrón del 17/21º de lanceros británico en Túnez y de regimiento en Italia

Donald Macintyre
especialista inglés en cuestiones navales, comandante de formaciones de escolta en la batalla del Atlántico

John Vader
escritor australiano; piloto de la RAAF en el Pacífico sudoccidental

Saburo Sakai
"As" de la aviación japonesa durante la segunda Guerra Mundial

Robert Cooper
escritor y periodista británico; corresponsal de guerra del "Times" en Francia, la India, y más tarde en seguimiento de las tropas aliadas desembarcadas en Normandía

Arthur Swinson
periodista y escritor inglés

Paul Kennedy
historiador británico

Kenneth J. Macksey
comandante inglés; especialista en estrategia de medios acorazados

David Woodward
secretario de embajada británico; corresponsal de guerra del "Manchester Guardian" y del "Times"

Kenneth Pendar
escritor americano; agente del Foreign Service en Marruecos y en Argelia durante la segunda Guerra Mundial

Sir Basil Liddell Hart

Peter K. Kemp
capitán de corbeta y experto británico en cuestiones navales y militares

Jürgen Rohwer
experto en cuestiones navales; jefe de la Biblioteca de Historia contemporánea de Stuttgart; ex oficial de la Kriegsmarine

Giuseppe Fioravanzo
almirante; director del Departamento histórico de la Marina; autor de diversas publicaciones históricas y especialista en Marina de Guerra

Eric Silver
periodista británico, colaborador del "Guardian"

J. J. Baritz
ex comandante del Ejército ruso; profesor de ciencia militar soviética en los Estados Unidos; colaborador de "Radio Liberty" en Munich para los programas de la "Voz de América"

G. A. Koltunov
historiador militar soviético

Phyllis Auty
colaboradora del "Economist"; experta en cuestiones yugoslavas

Anthony Rhodes
escritor y periodista inglés

Peter Kemp
escritor y periodista británico; miembro del SOE; organizador de grupos de resistencia en Albania, Polonia y Tailandia

Emilio Faldella
general de división; jefe de EM de las Fuerzas Armadas de Sicilia durante el desembarco aliado de julio de 1943; miembro de la Resistencia en Italia

Rodolfo Mosca
historiador y catedrático de Historia de las Relaciones Internacionales

EDICION ESPAÑOLA

Asesores

- D. Manuel Aznar Zubigaray, *historiador militar, embajador de España y periodista*
- D. Ramiro Lago García, *general de División*
- D. José Ramón Lago Vázquez, *capitán diplomado de Estado Mayor*

Luigi Mondini
general; agregado militar en Grecia en el año 1940

Edwin Packer
escritor y periodista inglés, colaborador del "Guardian", del "Observer" y del "New Society"

Martin Blumenson
historiador americano

Ivan Zabkin
historiador militar soviético

Grigorij Utkin
jefe del Departamento histórico del PCUS; autor de una serie de libros sobre la liberación de Ucrania

Vasili Istomin
historiador militar soviético

Valentin Kovalciuk
historiador militar soviético; miembro de la Academia de Ciencias soviética; autor de obras sobre la defensa de Stalingrado

Rudolf Böhmler
oficial paracaidista alemán en Holanda, Creta, Sicilia y Montecassino en la primavera de 1944

Frank Pomeranz
escritor británico de origen lituano; experto en cuestiones yugoslavas

A. J. P. Taylor
historiador y periodista británico

George Greenfield
escritor británico; combatiente en el Norte de África y en Oriente Medio

Trevor N. Dupuy
coronel americano; comandante de unidad de artillería en Birmania; profesor de ciencia y estrategia militar de Harvard; desde 1958 presidente y director de la "Historical Evaluation and Research Organisation"

Robert Coakley
historiador militar americano

Sir Geoffrey Evans
escritor y periodista inglés; oficial en las campañas del Norte de África, Etiopía y Birmania; comandante de las fuerzas aliadas terrestres en Siam después de la rendición de los japoneses

Samuel B. Griffith
oficial americano en Guadalcanal y en Nueva Georgia; medalla al valor; jefe de la policía militar en China y jefe de EM de la Fleet Marine Force en el Atlántico; escritor militar

Robert O'Neill
capitán del Ejército australiano; especialista en relaciones internacionales y en problemas de defensa

Iwaichi Fujiwara
oficial nipón en Malasia y en Birmania; jefe del Departamento japonés de Asuntos Exteriores

Riley Sunderland
escritor americano, adscrito al Departamento histórico del Ejército americano como especialista en cuestiones malayas

Richard Humble
especialista inglés de Historia militar

Alfred Price
oficial británico de la RAF; instructor en el mando de bombarderos

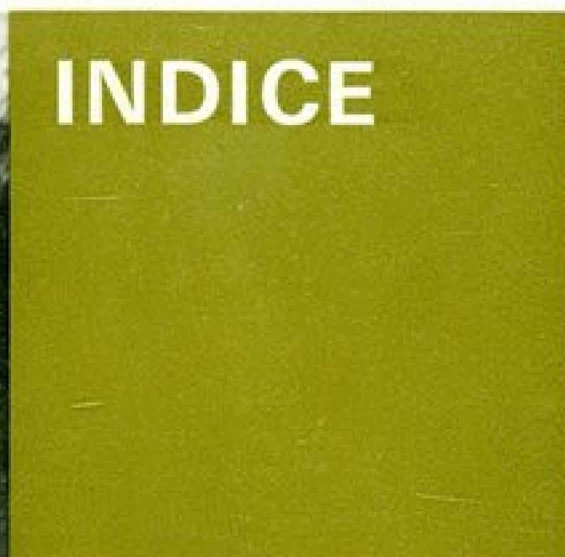
David Mason
periodista y escritor inglés, colaborador del "Sun" y del "Sunday Times"

Anthony Brett-James
historiador británico, autor de libros sobre la guerra en Asia sudoriental

Raleigh Trevelyan
escritor británico; oficial de la Rifle Brigade en el frente italiano

Henry I. Shaw, jr.
historiador militar americano; oficial de "marines" en Okinawa y en China.




INDICE





Túnez, abril de 1943

A. H. Farrar-Hockley, general de brigada

LA BATALLA DE LOS YEBEL


(Imperial War Museum)

Cuando el Ejército 8 obligó a las fuerzas del Eje a replegarse al Uadi Akarit dio la impresión de que estaba creando las condiciones para un enfrentamiento aún más duro y quizá decisivo. En efecto, como el enemigo se encontraba en una posición defensiva que no podía ser envuelta, parecía que la única solución posible era la de lanzar un ataque frontal para romper las líneas defensivas. El Ejército 8 llevó a cabo con éxito la acción de ruptura, pero después, como había sucedido ya tantas veces en otras acciones, no supo aprovechar la magnífica ocasión de aniquilar al enemigo en el campo de batalla, mostrándose incapaz de apurar por completo el éxito conseguido.

Mareth se encontraba ya detrás del Ejército 8, y el Uadi Zigzaou estaba aún sembrado de cuerpos de soldados caídos durante la escalada efectuada por la División 50; todas las unidades acorazadas y gran parte de la infantería se hallaban mucho más al norte de los montes Matmata; los neozelandeses habían dejado atrás a la División *Highland* en el avance hacia Gabès y después siguieron marchando hacia el Norte, a lo largo de la carretera del litoral, mientras la División Acorazada 1 lanzaba desde El-Hamma un ataque hacia el Nordeste. Las dos Grandes Unidades habían alcanzado la baja cadena montañosa entre el Chott el-Feyedi, a la izquierda, y el mar, a la derecha, y los hombres que se encontraban en estas elevaciones pronto se dieron cuenta de que tendrían que romper el frente por la garganta de Gabès. La posición del enemigo y la naturaleza del terreno, que se complementaban de forma extraordinariamente eficaz, no les dejaban otra alternativa.

El enemigo no era ya tan fuerte, y desde luego no podía pasar al ataque. Alemanes e italianos habían perdido de 4000 a 5000 hombres entre muertos y heridos, mientras que otros 5000 cayeron prisioneros de los ingleses entre Mareth, Gabès y El-Hamma. Además, los alemanes habían perdido muchos carros de combate (cuyo número, por lo tanto, se estaba reduciendo rápidamente), así como también otros vehículos y mucho material. Aunque algunas divisiones enemigas todavía podían reunir más de la mitad de sus hombres en condiciones de luchar, ninguna de ellas disponía de los medios de transporte necesarios para una evacuación completa y rápida; y eso sucedía en un momento en que los aviones ingleses y americanos tenían el dominio indiscutible del aire. Por lo tanto, podía descartarse tranquilamente la posibilidad de que el enemi-



Arriba: una unidad escocesa del 5.º *Cameron* en marcha desde Gabès hacia la línea del Akarit, precedida, como es tradición, incluso en el combate, de un gaitero. Abajo: abril de 1943: un carro de combate *Valentine* se dirige hacia la línea defensiva del Eje, en Túnez, llevando encima un grupo de infantes y arrastrando un cañón contracarros de 6 libras (57 mm). Este sistema de transporte se utilizaba a menudo para acelerar los movimientos y para facilitar la coordinación de las diversas armas al prepararse un ataque.

(Imperial War Museum)



go respondiese con algo más que algún esporádico contraataque local. Y, sin embargo, las fuerzas mandadas por el general Messe no estaban todavía reducidas a la impotencia, y menos aún las unidades alemanas.

El terreno en el que estaba desplegado el Ejército 1 del general Messe se prestaba extraordinariamente a una defensa eficaz por parte de unas unidades numéricamente débiles, pero decididas a resistir. Las dificultades naturales eran mayores que las que habían superado los ingleses en Mareth, y hasta incluso mayores que las encontradas en El-Alamein: de cualquier modo, no hay duda de que la posibilidad material de actuar era bastante más limitada. En el extremo occidental se levantaba una serie de elevaciones escarpadas (interrumpidas por hondonadas sembradas de piedras enormes), algunas de las cuales desembocaban en el grupo de lagos salobres y pantanos denominado Chott el-Feyedi. Este último obstáculo, que se extendía hacia el Este y ligeramente hacia el Norte, a lo largo de más de 30 km, era insuperable. Paralelamente al litoral nororiental corría un tramo de la pista Gabès-Gafsa, pero los últimos contrafuertes del Yébel Fatnassa dominaban por el Norte tanto el litoral como la pista. El largo y alto dorsal de la línea principal de montañas se encontraba a unos miles de metros más allá de sus primeras y bajas elevaciones, desde las cuales se dominaba un trozo de la carretera que se había hecho impracticable.

Hacia el Este, a lo largo de unos 3 km, el terreno se presentaba más abierto; pero allí los ingenieros alemanes e italianos habían preparado un foso contracarros tan amplio que para pasar sería indispensable construir puentes o efectuar ingentes trabajos para cubrirlo; era una barrera realmente eficaz, que unía la ramificación oriental del Yébel Fatnassa, la meseta de El-Meida, con el vértice occidental del Yébel Roumana. Entre este grupo de elevaciones y el mar se abría un segundo paso, por cuyas arenas, incrustadas de sal, corría hacia el Norte la carretera asfaltada litoral en dirección a Sfax. Pero esta carretera también estaba cortada por un foso contracarros lleno de agua, ante el que se extendían vastos campos de minas y detrás del cual se encontraba una profunda línea de posiciones defensivas que cubrían las orillas del *uadi*.

Por lo tanto, tampoco se podía tomar en consideración la idea de envolver por el oeste el Chott el-Feyedi, ni la de atravesarlo. Si quería continuar el avance hacia Túnez y, lo que era de mayor importancia inmediata, alcanzar Sfax y Sousse, cuyos puertos eran indispensables para acortar la línea de abastecimientos que en aquel momento llegaba hasta la lejana Trípoli, el Ejército 8 tenía que abrirse camino a la fuerza a través de la garganta de Gabès. El problema era hundir el frente por la garganta constituida por el Yébel Fatnassa, el paso cercano del Yébel Roumana y el formidable Uadi Akarit.

Como las fuerzas que dirigían la persecución se habían detenido precisamente en las proximidades de la garganta, el teniente general Horrocks, comandante del Cuerpo de Ejército X, consultó a los neozelandeses, que en aquel momento eran los más próximos al mar. La brigada avanzada, que había establecido ya contacto con las primeras posiciones enemigas en el Akarit, hacia las 16,30 horas del día 30, se estaba preparando para lanzar un ataque nocturno a fin de aniquilarlas. Sin embargo, los comandantes de división y de Cuerpo de Ejército se mostraron de acuerdo en que ataques fragmentarios supondrían pérdidas elevadas sin conseguir, probablemente, ningún resultado decisivo. Por lo tanto, a la División Acorazada 1 y a la División 2 neozelandesa, desplegadas, respectivamente, en el ala izquierda y en el ala derecha del frente del Ejército, se les ordenó que permaneciesen en la línea de bajas elevaciones que ocupaban en aquel momento, a fin de que el Mando pudiese preparar convenientemente los planes para una operación coordinada.

Al no contar con los paracaidistas, no existía otra alternativa que el ataque frontal. En un primer momento, el plan más sencillo pareció el mejor: la División 4 india debería ocupar el Yébel Roumana para aprovecharlo como barrera y proteger así el flanco occidental, mientras la 51ª *Highland* trataría de atravesar el Uadi Akarit y romper las posiciones defensivas enemigas. Sin embargo, el general de división Tuker, comandante de la División 4 india, temía que la operación resultase un desastre. Como desde lo alto del Yébel Fatnassa dominaba el terreno que se extendía abajo, el enemigo podría efectuar una salida en fuerza en aquel sector, conteniendo al mismo tiempo el ataque inglés a lo largo del Uadi Akarit. Y puesto que el recuerdo de la dura batalla mantenida en el Uadi Zigzaou estaba aún vivo en la mente de todos, la tesis de Tuker pareció bastante convincente. Como alternativa, el general sugirió que se confiase a su división la misión de ocupar las elevaciones del Fatnassa, lo que permitiría el acceso al estrecho paso que se abría entre El-Meida y el Yébel Roumana. La confianza en la capacidad de sus soldados, tanto hindúes como ingleses, para combatir en la montaña era tal, que se aceptó su plan.

El general Montgomery decidió confiar al Cuerpo de Ejército XXX la misión de romper el frente y al Cuerpo de Ejército X la continuación del ataque. La División Acorazada 1 y la neozelandesa, establecidas a lo largo de la línea defensiva, pasaron temporalmente a depender del Cuerpo de Ejército XXX; después pasarían progresivamente a la reserva, a medida que las sustituyesen las unidades de ataque. En cuanto la infantería alcanzase sus objetivos, el Cuerpo de Ejército X avanzaría entre El-Meida y el Yébel Roumana, marchando por la llanura que se extendía más allá de las elevaciones y envolviendo a las pocas fuerzas del Eje desplegadas ante el Ejército 8 antes de avanzar rápidamente hacia el Norte, a lo largo de la dirección que pasaba por los aeródromos de Mezzama. Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército XXX avanzaría por la carretera litoral hacia Sfax y Sousse.

Un punto débil del nuevo plan lo representaba el hecho de que suponía una mayor utilización de fuerzas de infantería, y en cambio, sólo había otra gran unidad disponible: la 50ª División *Northumbrian*. Esta división, tras sufrir grandes pérdidas en Mareth, había permanecido en aquel sector para enterrar a los muertos y para recuperar su propio material; quedó prácticamente inmovilizada, pues sus compañías de transportes se utilizaban temporalmente para reforzar los convoyes de camiones que traían los abastecimientos desde Trípoli. Se decidió entonces adoptar una solución arriesgada y de compromiso, confiando a la División 51 *Highland* la misión de romper el frente en la zona del Uadi Akarit y en el Yébel Roumana, de forma que se redujera

el frente de ataque de la División 50. Pero se trataba de una misión bastante difícil, como lo demostraron los hechos. La División 50 tenía que ocupar el foso contracarros entre El-Meida y el Yébel Roumana, y se consideró que para hacerlo sería suficiente una brigada.

El general de división Tuker no expuso su propuesta en el transcurso de la reunión del 2 de abril, durante la cual se estudiaron los detalles de las operaciones, sino que prefirió exponer en privado su tesis al general Leese, comandante del Cuerpo de Ejército. Por lo tanto, el 2 de abril por la tarde, el comandante de la División *Northumbrian* dejó el puesto de mando del Cuerpo de Ejército XXX convencido de que sus tropas no serían necesarias, por lo menos en las fases iniciales de la inminente batalla.

Anochecía ya cuando llegó a su propio puesto de mando, donde se le comunicó brevemente por teléfono que una de sus brigadas tenía que llegar al frente lo antes posible para tomar parte en el ataque inicial que se lanzaría la mañana del 6 de abril. Ello significaba que sería necesario recorrer, en el menor tiempo posible, una distancia de unos 80 km, y, al faltar las dos compañías de transportes, no se disponía de camiones para trasladar las tropas. Se escogió a la Brigada 69, y para su traslado se decidió utilizar los camiones que tenía en dotación la artillería, tras descargar de ellos los cañones. Así aquel mismo día, la brigada pudo desplegar en primera línea.

Mientras tanto, las dos brigadas de la División 4 india habían avanzado para desplegar en el extremo izquierdo del frente, delante del Yébel Fatnassa. Tras estudiar atentamente con sus prismáticos el contrafuerte de la colina y todas sus características físicas, el general de división Tuker decidió atacar, aprovechando el factor sorpresa, el día 5 de abril, después del atardecer, renunciando a todas las ventajas que le proporcionaría un fuego preliminar de artillería. Su plan era audaz e ingenioso. Sus patrullas efectuaron un ingente trabajo de reconocimiento, sin llegar a alarmar ni una sola vez al enemigo. Terminados con éxito los preparativos, la operación comenzó la noche del 5: los dos batallones *Gurkha*, destinados a iniciar el ataque, comenzaron a avanzar furtivamente por el empinado terreno.

No había luna aquella noche, y lo mismo pasaría durante las diez noches siguientes; mas el general Montgomery no podía retrasar tanto tiempo la operación.

Pero a la izquierda de la Brigada 69, que estaba desplegando silenciosamente en la oscuridad contra la negra silueta de las elevaciones del Yébel Fatnassa, se podían ver numerosos resplandores. Los morteros estaban en acción: a pesar de la distancia, se oía claramente el fragor sordo de los disparos efectuados por la artillería, desplegada en la retaguardia enemiga, y breves fulgores de la luz indicaban los puntos de explosión a lo largo de la cresta y en los valles. Era evidente que la División 4 india había establecido contacto con las posiciones defensivas alemanas e italianas.

Mientras tanto, había llegado la madrugada del 6 de abril. A las 3,30 horas, el V *Cameron* y el V *Seaforth* emprendieron la escalada del Yébel Roumana. Más arriba de donde ellos estaban, las granadas lanzadas por las piezas de 25 libras de la división estallaban a lo largo de la línea de la cresta, en los peñascos y en las hondonadas. Detrás de estos dos batallones iba el II *Seaforth*. Al amanecer, los dos primeros batallones habían alcanzado la parte izquierda de la cima del monte y los hombres del II *Seaforth* también se encontraban cerca de su objetivo, que era la Cota 112.

A las 6,15 la victoria ya parecía segura. Los defensores italianos no habían opuesto más que una resistencia simbólica, y muchos prisioneros estaban ya bajando del monte hacia la retaguardia[1]. Sin embargo, luego las cosas no irían tan bien como aquel feliz comienzo prometía. Los alemanes se habían establecido más hacia atrás, precisamente para hacer frente a una eventualidad de este tipo, y ahora contraatacaban con energía, precedidos por una lluvia de proyectiles disparados por sus morteros de mediano y grueso calibre. Algunos elementos de los Regimientos de infantería 200 y 361, veteranos de las campañas del desierto con Rommel, llegaron a la cresta del Yébel Roumana, y desde allí, con sus armas ligeras, desencadenaron un fuego infernal contra los *Highlander* del *Seaforth* y del *Cameron*.

Violentos combates a lo largo de la cresta

Al no poder cavar trincheras en aquel terreno rocoso, los escoceses se vieron obligados a replegarse ligeramente para llegar a los refugios naturales que conseguían encontrar en las hondonadas y en las sinuosidades de la otra ladera. Como sus cañones no podían disparar con el alto ángulo de elevación necesario para que las granadas alcanzasen los objetivos al otro lado de la cresta, fue necesario suspender temporalmente el ataque pasa asentar y hacer entrar en acción los morteros del batallón, después de lo cual, protegidos por la lluvia de esquirlas de las granadas que estallaban entre las filas enemigas, los atacantes pudieron lanzarse hacia adelante una vez más, entablando con el enemigo un furioso combate cuerpo a cuerpo con el fusil, la bayoneta y las granadas de mano. Los alemanes se vieron obligados a retroceder y a su vez procedieron a reorganizar sus fuerzas para contraatacar más tarde con el apoyo de los morteros aprovechando dos elementos a su favor: la presencia, en las laderas, de *sangars* de piedra que ellos habían preparado en los días anteriores, y el hecho de que los morteros estaban asentados en profundas hendiduras de la roca, protegidas también por arriba. Así, con un incesante movimiento «pendular», la batalla prosiguió durante toda la mañana y toda la tarde: la cresta del Yébel Roumana continuaba pasando de una mano a otra, sin ser nunca definitivamente conquistada, pero, al mismo tiempo, tampoco perdida.

Más abajo, hacia el Este, se estaba desarrollando una batalla parecida en el Uadi Akarit. En el curso de la noche y de las primeras horas del día, los hombres del *Argyll* y del *Black Watch* habían eliminado las posiciones avanzadas defendidas por los italianos, capturando unos 2000 prisioneros. Pero ahora, cuando llevaban a cabo el ataque sólo tres compañías de ingenieros, unos pocos cañones contracarros y un puñado de carros de combate, la frecuencia y la intensidad del fuego de la artillería enemiga parecían anunciar un contraataque inminente. No menos graves eran los efectos del fuego de las ametralladoras, procedentes del flanco izquierdo: en efecto, a medida que avanzaba, la infantería se convertía en un fácil blanco para las cuatro o cinco ametralladoras pesadas colocadas, una tras otra, detrás del extremo

[1] Esto no es exacto: el contraataque en el Yébel Roumana, como refiere el general Messe en su libro *La mia armata in Tunisia*, lo lanzaron y llevaron hasta el final batallones de las divisiones *Trieste* y *Spezia*. Dos batallones de la Ligera 90, que formaban parte de la reserva del Ejército, llegaron al lugar cuando todo había concluido y quedaron disponibles para otras acciones que se desarrollaron más tarde y en las que pudieron demostrar una vez más su conocido arrojo. (Nota de la edición italiana)

Lanzallamas italiano en acción durante un contraataque lanzado por las fuerzas ítalo-alemanas. Después del repliegue de Mareth, la eficiencia de las unidades del Ejército 1, al mando del general Messe, no era nada satisfactoria, ya que no tenían la menor posibilidad de reponer las enormes pérdidas de material sufridas en el curso de los combates anteriores. Además, el mal funcionamiento de la red de transmisiones pesó notablemente sobre la eficiencia de la acción de mando. (Alfredo Zennaro)



nororiental del Yébel Roumana. Mientras estas armas mantenían a los atacantes bajo un mortífero fuego, unos diez carros de combate de la 15ª *Panzerdivision* se lanzaron al contraataque, apoyados enérgicamente por los *Panzergrenadier*. Al mismo tiempo, una docena, aproximadamente, de cañones contracarros enemigos, que hasta aquel momento no habían actuado, revelaron su presencia en ambos flancos, abriendo el fuego contra los primeros carros de combate ingleses que estaban intentando cruzar el foso.

También allí, como en el Yébel Roumana, el resultado de la batalla quedó incierto a partir de media mañana hasta el atardecer: la iniciativa pasaba, alternativamente, a las manos de una u otra parte. El batallón de reserva de la brigada combatía en el Uadi Akarit, entre los hombres del *Black Watch* y del *Argyll*. Tres batallones estaban combatiendo para asegurarse la posesión del Roumana, y, por la tarde, el comandante de división les envió el único batallón que aún estaba disponible. Tres compañías de italianos, combatiendo encarnizadamente y sin interrupción, reforzaron la acción defensiva de las tropas del Eje, al tiempo que aparecieron otros carros de combate, tal vez los restos de la 21ª *Panzerdivision*. Ni los cañones ni los italianos parecían carecer de municiones; en ambos bandos los artilleros estaban trabajando al máximo. Todos los soldados de la División *Highland* perdieron la noción del tiempo y se daban cuenta, de vez en cuando, durante los cortísimos períodos de calma, de que había cambiado la posición del sol. Más allá del puesto de mando de brigada nadie sabía cómo se estaba desarrollando la batalla en los otros sectores: la atención de todos estaba concentrada en los alternativos ataques y repliegues.

La Brigada 69 había avanzado, entre la División 4 india y la 51 *Highland*, a través de la amplia y casi desierta hondonada que constituía la tierra de nadie, aproximadamente en el mismo momento en que sus vecinos habían lanzado el ataque contra el Yébel Roumana. Se consiguió eliminar rápidamente un pequeño puesto avanzado situado en el extremo derecho de la hondonada, designado con el nombre de *The Pimple* (el forúnculo), y, sin concederse ni un solo segundo de descanso, los restos de las unidades de infantería y de ingenieros penetraron con éxito a través de los campos minados y de las alambradas.

Sin embargo, en aquel momento, cuando se habían abierto ya las brechas y la infantería estaba preparada para entrar en acción y cruzar la trinchera, los atacantes se encontraron frente a una desagradable sorpresa. Casi simultáneamente, y con desconcierto, ambos batallones se dieron cuenta de que se había cavado un foso contracarros en la ladera opuesta de una colina, hecho no observado por el reconocimiento aéreo ni por las pocas patrullas de reconocimiento enviadas en el último momento. Los atacantes pagarían caro este fallo. En cuanto llegaron a la cumbre de la colina, teniendo el sol a su espalda, los hombres del 5º *East Yorkshire* y del 7º *Green Howards* fueron enfilados por la derecha por el fuego continuo de las ametralladoras enemigas. Menos de un minuto después comenzaron a caer granadas de mortero sobre la línea de la cresta, mientras una segunda oleada de granadas alcanzaba de lleno, más atrás, a las compañías que estaban llegando.

Después de atender al mayor número posible de heridos, los dos comandantes se vieron obligados a decidir el repliegue hacia la ladera opuesta, a fin de reorganizar sus unidades. La entrada en acción de los puestos de observación de artillería y el comienzo del fuego permitieron reducir la intensidad de los morteros enemigos. Pero las ametralladoras que los amenazaban con tiro directo estaban emplazadas tanto detrás como al pie del Yébel Roumana, y los cañones no podían alcanzarlas. Los morteros del batallón sí podían hacerlo, mas el que tenía que dirigir el fuego no podía observar los objetivos. Esperando poder eliminar la posición enemiga con un ataque lanzado precipitadamente, el teniente coronel Seagrim, de los *Green Howards*, hizo que avanzaran numerosas patrullas, pero durante la acción lo hirieron mortalmente y murió sin saber que se le había concedido la *Victoria Cross* por el valor con que había conducido (lo mismo que en esta acción) a sus hombres en Mareth. Hacia las 9, el avance de la Brigada 69 había cesado y las posibilidades de reemprenderlo parecían muy remotas, por lo menos hasta que el Yébel Roumana no estuviese completamente despejado de enemigos o la División 4 india alcanzase sus objetivos más lejanos.

En situaciones de este tipo, es inevitable que el soldado de infantería caiga en la debilidad de pensar que todo está perdido. Pero en aquel caso la situación distaba mucho de ser desesperada. El 1/9º *Gurkha* y el 1º *Royal Sussex* habían abierto una brecha en las líneas defensivas enemigas, detrás y en las elevaciones de El-Meida, en el extremo occidental del foso contracarros. Los hombres del 1/4º *Essex* avanzaban para aprovechar este éxito y, haciendo trabajar simultáneamente a centenares de prisioneros italianos estaban preparando en aquel momento el paso del foso contracarros a golpe de azada y de pico, mientras otras unidades se adelantaban para abrir fuego contra las posiciones alemanas situadas en la ladera opuesta[2].

Para aniquilarlas, los hombres de un escuadrón del 3º *Country of London Yeomanry* habilitaron un paso improvisado, precisamente debajo del Roumana, a fin de infiltrarse, de uno en uno o de dos en dos, en territorio enemigo. Detrás, mientras tanto, una compañía del 2º *Cheshire* había llevado sus ametralladoras *Vickers* al «Pimple» y desde allí hacía fuego sobre el enemigo por encima de la infantería, que se encontraba agazapada más abajo. A las 11, el batallón de reserva de la Brigada 69 había dejado atrás a los batallones avanzados y todos se encontraban ya en la otra parte del foso contracarros. Buena parte de la garganta de Gabès se estaba abriendo.

El general Horrocks no era ciertamente un hombre de los que gustan de estar inactivos en la retaguardia. Había permanecido en el puesto de mando de la División 4 desde la 8,45 del día 6 de abril, y allí, lleno de júbilo, el general Tuker le informó que las columnas acorazadas de su Cuerpo de Ejército X podían avanzar inmediatamente. Tras hablar con el comandante de Ejército, el general Horrocks volvió, diciendo que sus unidades avanzadas se pondrían en seguida en movimiento. Hacia mediodía habían aparecido los primeros carros de combate de la División Acozada 1 y la División 4 india se preparaba para adelantarse a toda velocidad.

Por lo tanto, puede parecer extraño que el Cuerpo de Ejército X no rompiese el frente aquel mismo día, mientras las fuerzas enemigas, desplegadas a lo largo de la mitad occidental de la garganta se retiraban a la luz del sol, seguidas durante la noche por las que hacían frente a los *Highlanders*. Aunque había sufrido graves pérdidas en hombres, vehículos y material, el Ejército del general Messe había conseguido una vez más huir casi indemne.

Se podrían encontrar víctimas expiatorias a las que achacar la incapacidad que demostraron los atacantes para aprovechar plenamente la furtiva y audaz acción de la División 4 india y el prolongado y decidido valor demostrado por los *Highlanders*; quizás se podrían señalar muchos responsables; pero, en realidad, ninguno de ellos cometió fallos realmentes decisivos.

Ya desde el principio, el general de división Tuker se había comportado de forma un tanto irreflexiva, diciendo al general Horrocks, antes de las 9, que sus columnas podían comenzar la acción de ruptura en cuanto hubiesen cruzado el foso contracarros.

Pero la zona situada más allá del paso preparado por el 1/4º *Essex* no se había despejado aún adecuadamente, y más atrás, el 4/6º de fusileros *Rajputana*, no había conquistado tampoco las colinas de Oudane El-Hachana.

Por otra parte, numerosos cañones contracarros alemanes estaban aún en situación de poder batir el foso bastante tiempo después de que El-Hachana hubiera caído en manos inglesas; apoyados por muchas piezas de campaña, situadas detrás del Yébel Roumana, al atardecer todavía disparaban y causaban grandes daños desde posiciones protegidas. A las 16, una granada de un cañón de campaña mató o hirió mortalmente a los componentes de un grupo de oficiales de ingenieros de la División 4 india, incluyendo a su comandante. Y resultaba extraño que los carros de combate de la División Acorazada 1 no avanzasen para hacer frente a los cañones contracarros; desde luego, ello habría sido posible gracias a la existencia de cierto número de vías de aproximación bastante separadas. No está claro si la culpa debe



Unidad de infantería ligera *Durham* salvando un foso contracarros en las proximidades del Yébel Roumana. Las fortificaciones defensivas del Eje, entre las que se contaban también extensas zonas minadas y alambradas, constituyeron, junto con las dificultades naturales del terreno, un gravísimo obstáculo para el desarrollo de las operaciones ofensivas aliadas. *(Imperial War Museum)*

[2] No es conocido este episodio referente a la utilización de prisioneros italianos para llevar a cabo trabajos en el campo de batalla, en perjuicio de sus compañeros combatientes. Lo extraño es que el autor parece considerarlo como motivo de vanagloria, cuando en realidad de trata de una acción gravemente ilícita, condenada por las convenciones internacionales respecto al trato que se ha de dar a los prisioneros de guerra. (Nota de la edición italiana)



Caminones británicos en llamas después de una incursión aérea realizada por las fuerzas del Eje contra las columnas de abastecimiento aliadas. Los combates del 5-6 de abril de 1943, en la línea Yébel Fatnassa-Yébel Roumana-Uadi Akarit, tuvieron un desarrollo pendular: la iniciativa pasaba alternativamente de unas manos a otras, hasta que al fin las fuerzas británicas lograron penetrar en territorio enemigo, arrollando la resistencia de las fuerzas del Eje y obligándolas a retirarse hacia Enfidaville. (Imperial War Museum)

atribuirse al mando del Cuerpo de Ejército X, al de la división acorazada o al comandante de la brigada de carros encargada de efectuar el ataque.

Al anochecer todo estaba tranquilo en el Yébel Fatnassa, excepto en una zona en la que el 1/2° *Gurkha* combatía aún con los últimos defensores alemanes en las elevaciones occidentales. En el Uadi Akarit los dos batallones del *Black Watch* y del *Argyll* se reagruparon para defenderse mejor en la oscuridad. El 6° *Green Howard* rechazó fácilmente, en el frente de la Brigada 69, un débil contraataque. En el curso de la mañana del 7 de abril todas las fuerzas enemigas lograron alejarse, dejando tras ellas sólo los muertos, algunos combatientes heridos y aislados y los últimos y desesperados soldados que resistían aún en el Yébel Fatnassa.

Finalmente, las unidades acorazadas avanzaron, preparadas para una batalla que ya no se produciría. Detrás avanzaban los neozelandeses, que se abrirían en abanico sobre el flanco derecho, llevando a cabo una acción paralela a la de la División Acorazada 1, en cuanto dejasen atrás las colinas y saliesen a la llanura.

Aquel mismo día 7 de abril, se estableció contacto con las fuerzas aliadas que procedían del Oeste: en efecto, una patrulla del Cuerpo de Ejército II americano, procedente de Gafsa, se encontró con el 12° de Lanceros de la División Acorazada 1 en marcha. El día 8, los hombres de la 51 *Highland*, que avanzaban por la carretera litoral, se dieron cuenta de que todavía no podía tomarse a la ligera la resistencia alemana, pues se vieron obligados varias veces a suspender el avance a causa de esporádicas pero vigorosas acciones de retaguardia. Se efectuaron algunos intentos para destacar a los neozelandeses hacia el Este, a fin de bloquear la carretera de Sfax, pero la tenaz resistencia opuesta por los restos de la 10ª *Panzerdivision*, que protegían el flanco de la costa, hizo que fracasara la maniobra. El 9 fue un día frío, con un fuerte viento que levantaba nubes de polvo y de arena en medio del verde campo. Los *Stukas* realizaron breves incursiones contra dos o tres columnas inglesas. La Brigada Acorazada 23 avanzaba por la costa, apoyada por el 1° *Gordon*. En Maharès quedó detenida en el Uadi el Chaffar por elementos de la 15ª *Panzerdivision* y de la División Ligera 90, a los que se eliminó por la tarde. Sfax estaba prácticamente al alcance de la mano.

El avance continuó de la siguiente forma: detenidas de vez en cuando, pero nunca durante mucho tiempo, las fuerzas inglesas conseguían cubrir algún día 15 km y otro 50. El 11 de abril, el Cuerpo de Ejército X llevó a cabo una conjunción con el Cuerpo de Ejército IX, del Ejército 1 inglés, en Kairouan.

Aunque habían pasado momentos muy críticos en una campaña que en conjunto resultó decepcionante, los hombres del Ejército 1 no podían dejar de experimentar un sentimiento de respeto hacia los componentes del legendario Ejército 8 a medida que las dos unidades operaban en contacto cada vez más estrecho. Susa cayó el 12 de abril. Ya sólo Enfidaville y el macizo del Yébel Garci separaban al Ejército 8 de Túnez.

Pero ahora, cuando finalmente los dos Ejércitos operaban hombro con hombro, el general Alexander, decidió reforzar el 1, puesto que se encontraba en una posición más favorable para conquistar la última ciudad del Norte de África todavía en manos enemigas. El 18 de abril, por lo tanto, se envió a la División Acorazada 1 a reforzar al Ejército 1, seguida a fin de mes por la División Acorazada 7, la División 4 india y la 201ª Brigada de Guardias.

El mando del Cuerpo de Ejército XXX se retiró de primera línea para preparar los planes de la campaña siguiente, el desembarco en Sicilia, y en el frente sólo quedó el Cuerpo de Ejército X, la última gran unidad que combatía encuadrada por el mando del Ejército 8.

Estas fuerzas todavía deseaban ardientemente, y desde luego lo esperaban, poder ser ellas las que dirigiesen la marcha contra Túnez; pero su frente, o más aún, todo su horizonte, estaba dominado por la enorme masa del Yébel y, más abajo, por Enfidaville.

1943

30 de marzo: la brigada avanzada de la División neozelandesa establece contacto con los puestos avanzados enemigos en la línea del Akarit.

5 de abril: al anochecer, la División 4 india avanza hacia el Yébel Fatnassa.

6 de abril: a las 3,30 horas algunos batallones de asalto de la División *Highland* atacan las alturas del Yébel Roumana; pero las fuerzas ítalo-alemanas oponen una encarnizada resistencia. Se sostienen parecidos combates en el Uadi Akarit. La Brigada 69 llega al foso contracarros, pero a las 9 horas su avance experimenta una detención. El 1/9 *Gurkha* y el 1° *Royal Sussex* abren brecha en las alturas de El-Meida y a las 11 horas el batallón de reserva de la Brigada 69 rebasa a los batallones avanzados y todos se encuentran al otro lado del foso contracarros. Sin embargo, el retraso en aprovechar este éxito permitió a las fuerzas del Eje huir casi indemnes.

sir Francis Tuker, general de división

UADI AKARIT

Una vez más, el hundimiento de una importante línea defensiva enemiga provocó, en algunas de las unidades combatientes, un sentimiento de decepción. En efecto, como otras veces, tras haber tenido al alcance de la mano la posibilidad de concluir victoriosamente la campaña de un solo golpe, la División 4 india tuvo que resignarse a observar, impotente, las nubes de polvo levantadas por el enemigo en retirada. Sir Francis Tuker describe en este capítulo el ataque, poco ortodoxo pero extremadamente eficaz, lanzado por sus tropas contra el Yébel Fatnassa, e intenta analizar las razones por las que no pudieron aprovechar la victoria obtenida.



Un oficial perteneciente a la División 4 india dispara un cohete con la pistola *Very*, dando así la señal del comienzo del ataque al Yébel Fatnassa. La ofensiva aliada, desencadenada el 5 de abril de 1943 en aquel sector, pretendía, penetrando profundamente en las líneas del Eje, asegurarse un paso a través del cual pudiera desarrollar el ataque decisivo de las unidades acorazadas, dispuestas a lanzarlo en cualquier momento del día 6.
(General Tuker)

Creo que a esta batalla se la conoce más como batalla de Gabès; pero nosotros, los de la División 4 india, la recordaremos siempre como la batalla del Uadi Akarit, pues fue precisamente aquel *uadi* minado el que condicionó nuestros planes, obligándonos a idear un método para evitar cruzarlo en el curso del ataque.

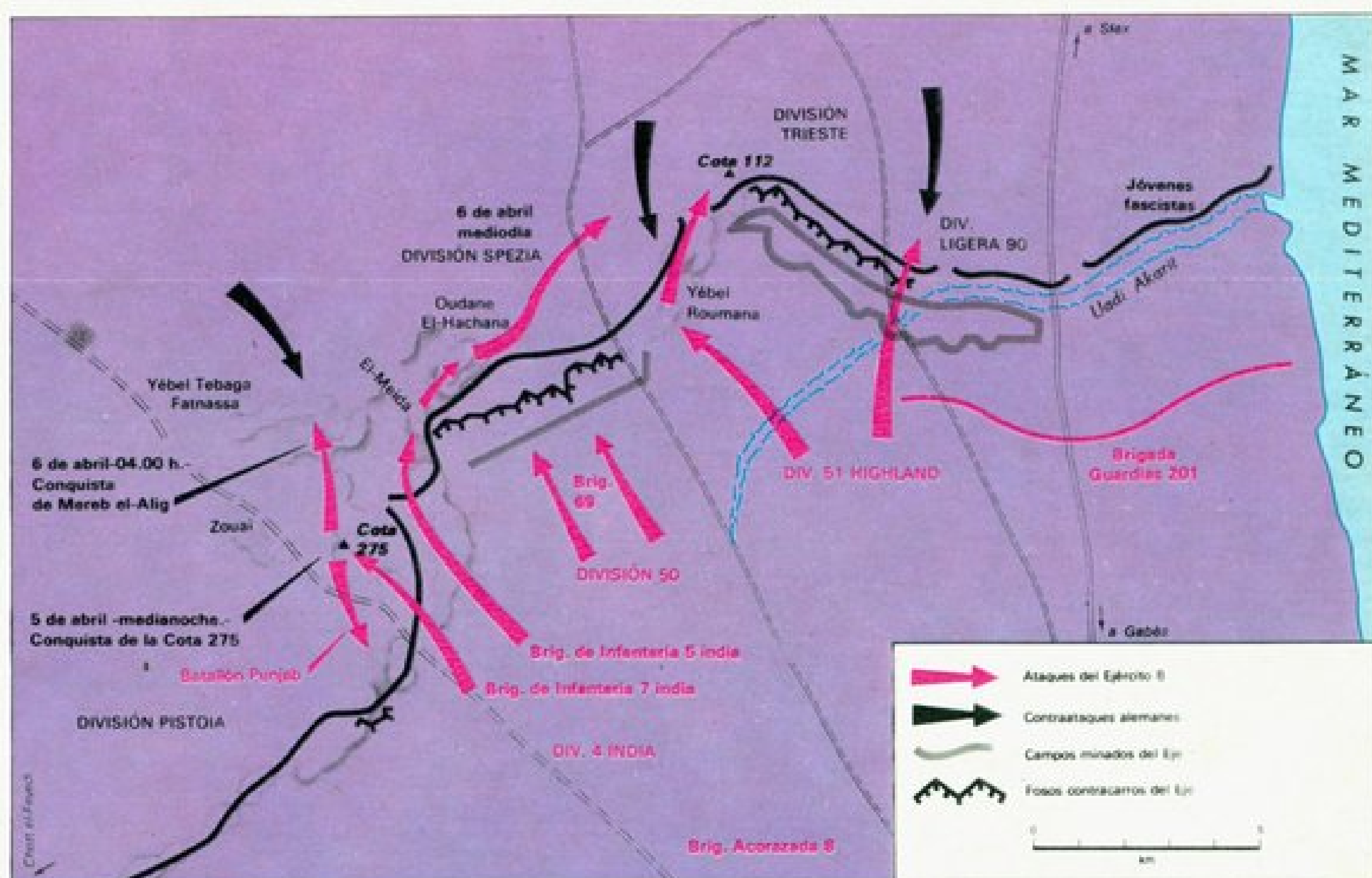
Después de la batalla de Mareth, avanzamos con el resto del Ejército 8 por las llanuras de Túnez, hacia la posición que, según nos habían informado, era quizá la más fuerte de Norte de África.

Consultando el mapa, estudiamos las características de la posición de Gabès o del Akarit. Prácticamente, en toda batalla existe un elemento o un aspecto destigado a predominar a lo largo de todo su desarrollo, y si se consigue prever cuál será este elemento y predisponer los planes para aprovecharlo a fondo, las probabilidades de una victoria aumentan considerablemente. Examinando nuestros planos, lo primero que advertimos fue que si conseguíamos ocupar la parte central del Zouai y del Fatnassa, como mínimo podríamos darle el «jaque mate» al enemigo; además, era posible que si lográbamos ocupar en fuerza estas posiciones y avanzar más hacia el Este y al Nordeste, y si al mismo tiempo podíamos abrir una brecha en el sector llano que se extendía al este de las colinas, estaríamos en condiciones de proseguir la batalla y terminarla.

Fue precisamente basándose en estas consideraciones por lo que el mando visitó las unidades avanzadas de mi división, a fin de examinar de cerca la naturaleza del terreno. Aunque la posición presentaba notables dificultades en la parte central, resultó ser mucho más accesible de lo que se podía deducir de la simple consulta de los mapas.

Comenzamos nuestra actividad de reconocimiento en el Yébel Roumana, que presentaba el aspecto del lomo de una ballena, y nos desplazamos después hacia el Oeste, a lo largo de nuestra línea del frente; examinamos con todo cuidado aquellas empinadas cuestas del Zouai, en las que parecía completamente imposible aventurarse o escalarlas en el curso de un ataque. No obstante, en el mismo momento en que vimos aquellos taludes que se levantaban frente a nosotros y que parecían tan inaccesibles, dijimos: «He aquí el lugar», y nos dispusimos a dedicarles toda nuestra atención. El Servicio de Información del Ejército consideraba que aquel sector estaba defendido por la División Ligera 164 alemana.

Nos dimos cuenta de que si al amanecer el enemigo dominaba aún el Fatnassa-Zouai, podría rechazar cualquier intento por nuestra parte de cruzar la zona llana para acercarnos a El-Meida o a Oudane El-Hachana por el Este, así como también cualquier ataque encaminado a ocupar la hondonada que se encontraba al oeste del Zouai y del Fatnassa. Por consiguiente, juzgamos indispensable que, una vez lanzado al ataque, el monte cayese en nuestras manos antes de que se hiciera de día. Nos pusimos de acuerdo con los comandantes de batallón para que se patrullase cuidadosamente toda la zona durante la noche, pero sin despertar sospechas; teníamos la suerte de poder contar con el 1º *Royal Sussex*, que había demostrado ser especialmente hábil en las actividades de patrulla nocturna. Queríamos que sus hombres y nuestros *gurkha* nos dijeran si el enemigo había colocado alambradas o minas en el terreno por el que pensábamos atacar, y si sería posible abrir rápidamente una brecha por la cual nuestros carros de combate pudiesen seguirnos.



Las direcciones de avance de la División 4 india durante la ruptura de la línea defensiva del Eje en el sector Fatnassa-El-Meida, realizada el 5-6 de abril de 1943. En vez de lanzar inmediatamente las fuerzas en persecución del enemigo en retirada, el mando del Ejército 8, confiado en la seguridad de la victoria, aplazó la continuación de la acción para la mañana del día siguiente, a fin de conceder un descanso a las tropas combatientes. Pero en el espacio de aquellas veinticuatro horas, las fuerzas del Eje tuvieron la posibilidad de retirarse, prácticamente sin ser hostigadas y a la vista del enemigo: las fuerzas aliadas habían perdido así como ocurriera en otras tantas acciones, una buena ocasión para la rápida solución de la guerra en el Norte de África.

Los informes de las patrullas y los reconocimientos efectuados personalmente nos indujeron a considerar que las posiciones defensivas estaban situadas de forma que pudieran vigilar los accesos por el Este y por el Oeste, en vez de la línea del frente propiamente dicha, pues el enemigo debía de estar convencido de que aquellos taludes eran inaccesibles, especialmente de noche. Así pues, esperábamos poder evitar gran parte del fuego de barrera de la artillería y de los morteros enemigos. En cuanto consiguiéramos alcanzar nuestros objetivos el adversario quedaría completamente neutralizado y sería aniquilado en el mismo lugar, pues nuestra posición dominante en las elevaciones del Zouai le impediría recibir refuerzos o reorganizar sus posiciones.

Nuestro plan era, por lo tanto, apoderarnos de la zona Fatnassa–Zouai–El-Hachana–El-Meida mediante un ataque relámpago nocturno, encabezado por un batallón *Gurkha* y apoyado por otro batallón *Punjab*, cuyo cometido sería continuar, extendiéndola hacia el Oeste, la acción de los *Gurkha*; mientras tanto, los expertos hombres del batallón *Sussex* se dirigían hacia El-Meida y hacia el Este. Entonces, la Brigada 5, guiada por otro batallón *Gurkha*, seguiría los pasos lo más rápidamente posible a la 7, para lanzarse después hacia el Este, envolviendo así todo el trazado del foso contracarros y permitiendo a las tropas de ingenieros abrir el camino a las fuerzas acorazadas.

Al día siguiente nos trasladamos al puesto de mando de Ejército para participar en la reunión en la que se habían de elaborar los planes tácticos de la batalla. En realidad estos planes ya se habían preparado; la idea era lanzar un ataque desde el mar en dirección a El-Meida: la División 51 *Highland* se dirigía hacia el Yébel Roumana y la División 4 india hacia el llano comprendido entre el Roumana y El-Meida. El ataque se iniciaría a las 7,30 horas del día 6, con el apoyo de un adecuado fuego de interdicción.

En dicha reunión permanecí callado, pero en cuanto terminó cambié impresiones con mi amigo Wimberley, de la División 51 *Highland*; juntos fuimos después a ver al comandante del Cuerpo de Ejército, Leese. Yo creía que mi idea, que transformaba tan radicalmente el plan operativo del Ejército, suscitaría enérgicas objeciones; pero, con gran estupor por mi parte, Leese se mostró muy contento de que alguien estuviese dispuesto a encargarse del enredadísimo sector Fatnassa–El-Meida.

Wimberley también se mostró completamente favorable a la idea de que la División 4 india se apoderase con anticipación de aquellos montes de tan siniestro aspecto, pues esto le ayudaría notablemente en el cumplimiento de su dura misión en el Yébel Roumana. Sospechábamos que los efectivos de dos brigadas tal vez no serían suficientes para llevar a cabo toda la operación, pero estábamos seguros de que, si conseguíamos disminuir la presión ejercida sobre la 51 *Highland*, Wimberley conseguiría efectuar la suya por su flanco.

Tras tomar estos acuerdos y conseguir que se nos asignase a nosotros y a la División 51 una brigada de la División 50, abandoné el puesto de mando y fui a impartir las órdenes a mis comandantes de brigada y a los artilleros.

Se trataría de un ataque por sorpresa, lanzado por la noche, y ni un solo cañón debía disparar; únicamente si algún comandante de infantería en dificultades lo solicitaba, la artillería le ayudaría a localizar el objetivo y la dirección del ataque mediante una breve concentración de fuego: como de costumbre, para señalizar los límites de sector de las brigadas atacantes utilizamos los *Bofors*.

Nuestra artillería debía aprovechar las horas de oscuridad y situarse precisamente bajo las posiciones enemigas, de manera que desde el amanecer, pudiera proporcionarnos la máxima cobertura posible, apoyar nuestro avance en los terrenos llanos y neutralizar los contraataques enemigos que preveíamos en los flancos. El regimiento *Essex* y la Brigada 5 llevarían consigo un grupo de artillería contracarros de 6 libras (57 mm), haciéndolo avanzar por el camino más corto, para hacer frente a eventuales ataques de carros de combate enemigos después del amanecer. Pero, como se verá más adelante, a pesar de los esfuerzos de los hombres del regimiento *Essex*, las dos unidades no consiguieron hacer avanzar el grueso de este grupo de artillería. Por lo tanto, estuvimos con muy poca defensa contracarros hasta bien avanzado el día.

Inmediatamente después del anochecer del 5 de abril, nuestras unidades avanzadas se lanzaron al ataque con la finalidad de penetrar profundamente en las posiciones enemigas en el Uadi Akarit y asegurarse el dominio de un paso a través del cual pudiera efectuarse el decisivo ataque de las unidades acorazadas, que se mantendrían preparadas para ponerse en movimiento durante todo el día 6. La Brigada 7, precedida por un batallón *Gurkha*, inició la operación, mientras en la retaguardia la Brigada 5 estaba preparada para infiltrarse lo más rápidamente posible en cuanto la 7 encontrase un camino para cruzar las colinas.

A las 23 horas el batallón *Gurkha*, unidad avanzada de la Brigada 7, había efectuado ya una profunda penetración en los montes; inmediatamente después de medianoche ocupó la Cota 275 y a las 2 estaba en marcha a lo largo del Zouai y el Mereb el-Alig. Se habían producido una serie de enfrentamientos cuerpo a cuerpo; pero, como el enemigo fue sorprendido por completo, todo se había resuelto de forma rápida y silenciosa. En cuanto la Cota 275 cayó en manos de los *gurkha*, el comandante de brigada mandó a su batallón *Punjab* a neutralizar las posiciones enemigas que se encontraban en las vías de acceso a la pista principal, para facilitar así el movimiento de las fuerzas acorazadas si decidían avanzar por aquel sector. Con una brillante acción ofensiva, los hombres del *Punjab* eliminaron a las fuerzas enemigas.

Durante la noche habíamos pasado malos ratos en el puesto de mando de la división. Sufrimos un primer contratiempo cuando (como se supo después) el fuego de los morteros enemigos alcanzó de lleno el puesto de mando y las emisoras del batallón *Gurkha*, y poco después alcanzó también las emisoras de la Brigada 7, desbaratándolo todo. Se trató de un incidente desagradable; pero, no obstante, hay que hacer notar que la operación se desarrolló según los planes, gracias a que, al no estar las diversas partes de la operación estrechamente ligadas entre sí, cada una podía continuar actuando aunque no recibiera comunicación alguna.

Poco a poco, a través de la red de transmisiones de nuestra artillería, conseguimos ponernos en contacto con el puesto de mando de nuestra Brigada 7, que nos comunicó buenas noticias. Como ya he dicho, hacia las 2 los nuestros habían conquistado los objetivos más importantes. Y como su despliegue se estaba extendiendo, pidieron que la Brigada 5 enviara inmediatamente un par de compañías de su batallón *Gurkha* para poder extender la línea de frente.

Mientras tanto, en el puesto de mando de división habíamos perdido el contacto con el regimiento *Essex*, que disponía de los valiosos cañones contracarros que considerábamos imprescindibles en el extremo del flanco derecho en cuanto



El puesto de mando de un batallón situado a la izquierda del despliegue de la División 4 india durante la batalla de Uadi Akarit. A las 8,45 del día 6 de abril, la Brigada de infantería 5 india había abierto una brecha de 8 km, que se prolongaba en la retaguardia del dispositivo del Eje y dejaba libre la carretera hacia Sfax. *(General Tuker)*

amaneciese. Precisamente cuando estaba a punto de cursar una orden para que dicha unidad siguiera a la División 50, cruzase con ella el foso contracarros y situase así en primera línea sus cañones, uno de mis hombres logró ponerse en contacto personalmente con el coronel del regimiento, y gracias a esto conseguimos lanzarlo tras la Brigada 5, que ya había roto el frente en los montes, en dirección a la retaguardia del regimiento *Sussex*.

Se trataba ya de una carrera entre nosotros y el amanecer, puesto que era indispensable ocupar las principales posiciones defensivas de las elevaciones y las que se encontraban en la línea Oudane El-Hachana – El-Meida antes de que la luz del alba transformase a nuestros hombres en fáciles blancos del fuego enemigo. La Brigada 5, guiada por la única compañía de su batallón *Gurkha* que le quedaba y por los fusileros *Rajputana*, avanzó rápidamente, y así, antes del amanecer, estaba ya afianzada sólidamente en aquellos intrincados montes. Mientras tanto, también nuestros cañones tomaban posiciones detrás de las brigadas que debían proceder al ataque.

Hacia las 4, uno de los comandantes de batería, que en aquel momento estaba en ella, condujo al asalto contra El-Meida a la compañía avanzada del Regimiento *Sussex*, pues su comandante de compañía había muerto. Así, también El-Meida cayó en nuestras manos. Y, por lo tanto, al amanecer, la Brigada 7 había ocupado Mereb el-Alig y la garganta oriental del Fatnassa, mientras que a su derecha la Brigada 5 avanzaba a toda velocidad para unírsele en las elevaciones del Oudane El-Hachana; al mismo tiempo, los hombres del *Sussex* habían constituido una sólida cabeza de puente en El-Meida, y en el flanco izquierdo los del *Punjab* rechazaron al enemigo del llano.

Desgraciadamente para los alemanes, los contraataques que lanzaron por la derecha se produjeron cuando el batallón avanzado *Gurkha*, de la Brigada 5, había consolidado las posiciones alcanzadas. Los nuestros los sorprendieron en terreno abierto y les infligieron gravísimas pérdidas. Hacia las 11 del día 6 los *gurkha*, que avanzaban por las elevaciones del Fatnassa, habían tenido que hacer frente a tres o cuatro contraataques alemanes limitados, pero los rechazaron con sus armas portátiles; mas, al conquistar una posición tras otra, las filas de la Brigada 5 se iban debilitando cada vez más. No obstante, en general, la capacidad combativa de nuestras unidades aumentaba porque el enemigo, al ser completamente sorprendido, no había tenido tiempo para reunir sus fuerzas dispersas y nuestros ataques, aunque limitados, cada vez le hacían más difícil organizar adecuadamente sus propios contraataques. Detrás de la Brigada 5 llegaron los hombres del *Essex*, los cuales, abriéndose en abanico, arrollaron las posiciones enemigas de morteros y de ametralladoras ligeras, que, desde la madrugada, habían detenido el avance de la División 50.

Más tarde llegó al puesto de mando la noticia de los éxitos alcanzados por nuestras unidades avanzadas; pero a las 8,45 comenzó la serie de acontecimientos más extraña e imprevisible de toda la batalla. A aquella hora, el comandante de las fuerzas destinadas a la persecución se encontraba en mi camión de puesto de mando cuando sonó el teléfono: nuestra Brigada 7 nos comunicaba que se habían alcanzado ya todos los objetivos y que los ingenieros habían conseguido construir un paso por la parte occidental del foso contracarros; nuestros medios acorazados de primera línea estaban avanzando a toda velocidad por la vía de acceso recién abierta.

Me volví hacia el comandante de las fuerzas destinadas a la persecución y le dije que habíamos conseguido abrir en las defensas enemigas una brecha de 8 km de anchura que proseguía hasta la retaguardia, que la pista estaba abierta y despejada hasta Sfax y que ya no había nada que pudiera detenerlo si partía inmediatamente. Él telefoneó al comandante de Ejército, obtuvo permiso para avanzar inmediatamente y se lo comunicó a su puesto de mando. Yo envié a un oficial de mi Estado Mayor al paso construido en el foso con el encargo de que se dejase pasar a los camiones que transportaban materiales y para que se despejase inmediatamente el camino a fin de que pudieran pasar también las unidades destinadas a la persecución.

Nadie ha conseguido explicarme jamás cómo fue posible que, a pesar de que habíamos pedido en el transcurso de todo el día una acción rápida y vigorosa, tan sólo las unidades avanzadas de esta gran fuerza acorazada aprovecharan la pista abierta por nosotros, y por añadidura para llegar tan sólo al sector en el que se encontraba la Brigada 5 y detenerse allí. Durante todo aquel día los hombres de esta potente fuerza pudieron ver, como también lo veíamos nosotros desde nuestras posiciones avanzadas, que nada se interponía entre ellos y el aniquilamiento de las tropas del Eje con tal de que se pusieran en marcha antes de que, al anochecer, dichas fuerzas empezaran a retirarse.

Mientras tanto, a nuestra derecha, en dirección al Yébel Roumana, la División 51 *Highland* estaba aún atacando y sufriendo numerosas bajas en el audaz intento de deshacer las defensas enemigas del Roumana antes de que oscureciese. Hacia el mediodía del 6, los medios de transporte de las unidades avanzadas de infantería de la Brigada 5 se adentraron mucho en la llanura, más allá del Roumana, pero ya habíamos disparado todos nuestros cartuchos y no teníamos ni un solo hombre de reserva; además, por la derecha carecíamos aún de gran parte de nuestras armas contracarros, pues habíamos mantenido fuera de la carretera a nuestros vehículos de ruedas para que las unidades acorazadas pudieran pasar libremente y con la máxima rapidez.

En el transcurso del día, nuestras posiciones más elevadas en los montes de Zouai y del Yébel Fatnassa se vieron sometidas a algunos contraataques locales; pero, a pesar de la desventaja numérica, nuestros hombres consiguieron rechazarlos, infligiendo al enemigo numerosas bajas. Estos contraataques no representaban ninguna amenaza para nosotros, y mucho menos para la reserva del Ejército, que según nuestros cálculos se estaban aproximando a toda velocidad, Pero, hacia las 16 horas, cuando preguntamos a nuestro Cuerpo de Ejército qué se estaba haciendo para aniquilar al enemigo, se nos contestó que el Mando había dispuesto un vigoroso fuego de interdicción y una adecuada cobertura aérea para las 7 de la mañana siguiente. Nuestra respuesta es probablemente irrepetible, pero por lo menos hicimos constar que creíamos que, en aquel momento, ya no quedaría ni un solo enemigo en el sector, pues todos se irían furtivamente durante la noche. Y así ocurrió.

A las 7 horas del día 7 de abril, la reserva del Ejército, con sus unidades acorazadas y de infantería, empezó a cruzar la zona ocupada por nuestra Brigada 5, aprovechando el camino que habíamos abierto.

Así, con aquel toque de desilusión, la batalla del Uadi Akarit concluyó con la fuga de las fuerzas del Eje.

TUNEZ
SE ESTRECHA LA RED

R.L.V. ffrench Blake, coronel

Mientras el Ejército 8 estaba rechazando a la Panzerarmee *de la tan alardeada Línea de Mareth, el Ejército 1 se recuperaba lentamente del golpe sufrido en el paso de Kasserine, a la vez que se preparaba para reanudar sus intentos de abrir una brecha hacia la llanura tunecina. Pero antes de que pudiera emprender acción alguna fue necesario neutralizar una nueva ofensiva alemana, y en una corta pero decisiva batalla, una brigada inglesa, que a la sazón hacía poco que había llegado al frente, rechazó el ataque del Eje. Todo estaba ya preparado para la batalla en la que se debía forzar el importantísimo paso de Fondouk, acción que, por la ineficaz participación americana, daría lugar a una de las recriminaciones más duras que se hicieron entre sí los Aliados.*



Carro de combate norteamericano *Sherman*, que tenía en dotación el Ejército 1 británico, con una apropiada coloración mimética. Se puede advertir en el casco la racional colocación de los materiales de equipo de este vehículo acorazado.
(Imperial War Museum)

Aunque fragmentarios e improvisados, los ataques lanzados por el Eje en el sector meridional dejaron a las fuerzas aliadas en un estado de gran confusión. Se habían lanzado apresuradamente a la batalla todas las unidades disponibles, en el intento de tapar las brechas abiertas en las defensas francesas y americanas, que no habían conseguido contener el ímpetu de la Operación «Frühlingswind» (viento de primavera). Otras unidades recién desembarcadas fueron enviadas a proteger la retaguardia, en el caso de que cediese la línea del frente. Se produjo entonces una pausa de varios días, durante la cual algunas unidades del Ejército 1 pudieron dedicarse a la reorganización de sus fuerzas. Otras unidades de la División Acorazada 6, que en una rápida pero fragmentaria carrera habían avanzado hasta Thala y Sbiba, volvieron de nuevo hacia el Norte a fin de completar su adiestramiento con los nuevos carros de combate americanos *Sherman*, que se había interrumpido temporalmente.

Del Ejército 8 llegaron nuevos comandantes con nuevas tácticas, y se restableció el equilibrio entre los dos Ejércitos, poniendo a ambos bajo el mando del general Alexander. Al valeroso Dunphie, quien, gracias a la sangre fría que demostró en la crisis de Thala se habían ganado el afecto y la admiración de todos sus hombres, le asignaron a las unidades americanas, por especial petición de éstas, con el encargo de colaborar y supervisar las operaciones de readiestramiento de sus fuerzas acorazadas. El descubrimiento de que para ganar batallas no es suficiente disponer de un buen armamento y equipo, había sido un duro golpe para los norteamericanos, que estaban ahora decididos a hacer cualquier esfuerzo para llenar las lagunas de su preparación.

Envalentonado por el hecho de que había faltado muy poco para que el ataque de Rommel en dirección a Thala se viera coronado por el éxito, Arnim proyectó una ofensiva en gran escala en el sector septentrional, denominándola Operación «Ochsenkopf» (cabeza de buey). El plan preveía ataques en el extremo Norte, contra el sector de Yébel el-Abiodh; asimismo, un doble cerco de Medjez-el-Bab, mediante ataques envolventes en Toukabeur y en Bou-Arada, para cortar la importante carretera que iba de Medjez-el-Bab hacia el Oeste; por último, en el centro se lanzaría un ataque a cargo de unidades acorazadas, que, remontando el valle de Sidi Msir, se dirigirían contra el importante centro de comunicaciones de Béja. Arnim, que se había negado a dividir con Rommel sus carros de combate *Tigre* para la Operación «Frühlingswind», le pidió ahora a Rommel que colocase a la 10ª y a la 21ª *Panzerdivisionen* en una posición tal que amenazasen El Kef. Para Rommel (que precisamente en aquel sector acababa de ver frustrados sus esfuerzos) ésta fue la gota que hizo desbordar el vaso, y tuvo una verdadera explosión de cólera ante la «absurda actitud de los estúpidos del Mando Supremo». La fecha prevista para el ataque era el 26 de febrero, y a la unidad que debía llevar a cabo la acción contra Béja, del que hablaremos ahora, se la llamó *Kampfgruppe Lang*. Estaba compuesta por un contingente acorazado de 14 carros de combate *Tigre*, 12 *Mark IV* especiales y unos 50 *Mark III*, acompañados de un regimiento de *Panzergrenadier*, que eran unas unidades de choque especialmente preparadas para la guerra de movimiento.

La distancia que separa Béja de Mateur es de unos 65 km. Hasta 25 km al sur de Mateur el terreno es abierto y ondulado, pero a partir de dicho punto la carretera sale del valle del río El-Tine y se adentra en una zona de colinas por la que avanza entre peñascos rocosos. En Sidi Msir el valle se estrecha en una garganta en cuyo fondo se encuentra la estación ferroviaria. Desde allí la línea férrea se dirige hacia el Sur, paralelamente a la carretera, cruzándola por varios puntos. Unos 20 km más al Sur, en Ksar Mezouar, hay una segunda garganta, más allá de la cual la carretera se bifurca en dirección a Oued Zarga y a Béja. Una vez pasada dicha garganta, las fuerzas atacantes procedentes del Norte encontrarían un recorrido fácil y además podrían escoger una de las dos carreteras. Pero hasta ese punto, en el trecho comprendido entre Sidi Msir y Ksar Mezouar, se verían obligadas a moverse en un valle estrecho y tortuoso. A la garganta de Ksar Mezouar se la había llamado «garganta de Hunt», por el nombre del comandante que fue el primero en efectuar el reconocimiento de las posiciones defensivas de aquella zona. A comienzos de febrero, defendía el sector la Brigada *Hampshire* a las órdenes del general de brigada M. A. James, quien, en 1918, en la primera contienda mundial, fue condecorado con la *Victoria Cross*.



El 1/IV *Royal Hampshire*, al mando del teniente coronel Smythe, guarnecía la zona de Ksar Mezouar, y a su izquierda se encontraba el 2/IV del teniente coronel Robinson, que tenía la misión de defender la carretera principal y las elevaciones del Yébel Khermate. Unos 20 km más al Norte, el Batallón V, mandado por el teniente coronel Newnham, defendía una posición aislada en Sidi Msir, en contacto con las posiciones más avanzadas del enemigo, en las elevaciones del valle del río El-Tine. Estaba apoyado por las baterías 5 y 6 del Grupo de Artillería de Campaña 155, con un total de ocho cañones de 25 libras. Las piezas estaban emplazadas detrás de las compañías, para asegurar la defensa próxima, tener el máximo alcance en la tierra de nadie y para cooperar en la defensa contracarros. El tiro se observaba desde dos observatorios situados en una posición muy avanzada y protegidos por un pelotón de infantería cada uno.

En febrero, la brigada habia relevado en estas posiciones a la Brigada de infantería 11. La posición de Sidi Msir era bastante extraña. Denominada alternativamente «base de patrullas» o «puesto avanzado», se encontraba muy lejos del radio de acción de la artillería divisionaria, y tanto el general de brigada James como el coronel Newnham estaban bastante preocupados por este hecho. El 22 de febrero, este último recibió la orden de efectuar reconocimientos en la garganta de Hunt con el fin de sopesar las posibilidades de retirar todas las fuerzas de su batallón, excepto una compañía y una sección de artillería. Pero como él consideraba que unos efectivos tan reducidos no tendrían, por sí solos, posibilidad alguna de contener un eventual ataque enemigo, este plan se abandonó. Se adoptó, en cambio, la solución de desplazar una compañía del Batallón 1/IV a unos 5 km detrás de Sidi Msir, en una posición intermedia que dominaba la carretera y que se encontraba más o menos a la altura de la granja Hampshire, el edificio que albergaba el puesto de mando retrasado y los servicios del coronel Newnham, cuyo puesto de mando avanzado se encontraba en Sidi Msir.

La posición de la garganta de Hunt estaba bien preparada, y la brigada dedicó bastante tiempo a ulteriores trabajos de mejora y a la ampliación de los campos minados. Pero lo que faltaba era una defensa contracarros adecuada. Tampoco había medios acorazados para la acción de apoyo, y la única batería contracarros tenía en dotación los ya superados cañones de 6 libras y sólo una de las nuevas piezas de 17 libras (76 mm).

La actividad de patrulla llevada a cabo por el V *Hampshire*, en Sidi Msir, descubrió que las tropas desplegadas frente a la unidad inglesa eran las audaces y expertas del Regimiento *Barenthin*, paracaidistas que habían hecho frente al primer avance inglés contra Túnez. El 22 de febrero, una incursión en fuerza lanzada por los alemanes contra Sidi Msir causó graves bajas a la compañía 2, situada a la derecha, la cual, desde su posición, dominaba la ruta de Mateur. La noche del 25 al 26 se desarrolló una actividad insólitamente intensa (cohetes de iluminación, aviones y fuego de ametralladoras no localizadas) que sin duda pretendían cubrir el ruido producido por los carros de combate que se estaban concentrando.

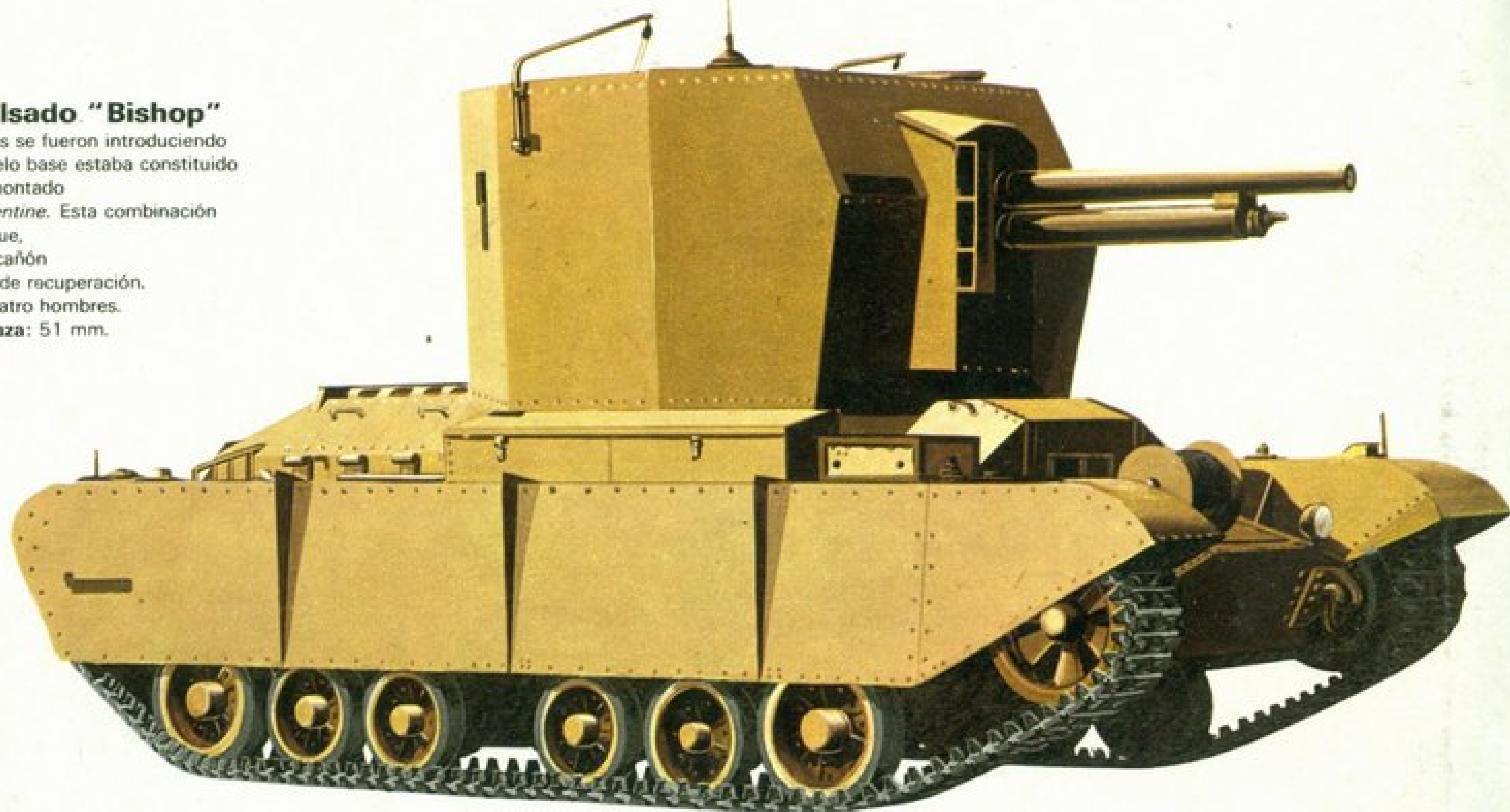
Después, al amanecer del 26 de febrero, comenzó la batalla. El puesto de observación que vigilaba la carretera principal se vio sometido al fuego de los morteros y atacado, y media hora después el intenso fuego se dirigió contra la compañía 2. En seguida, una larga columna de carros de combate se aproximó por la carretera de Mateur. El primero fue destruido al estallar una mina, y poco después el avance de la columna acorazada quedó detenido temporalmente. La infantería, que descendió de los camiones, empezó a dirigirse hacia el V *Hampshire*, apoyada por un pesado fuego de morteros y de ametralladoras procedente de carros de combate colocados a cubierto. Al mediodía, los dos puestos de observación aislados habían sido arrollados, el enemigo realizó una maniobra envolvente en torno a ambos flancos y empezó a amenazar la retaguardia de la posición. Desde el puesto de observación de Sidi Bana, el teniente Amos transmitió el siguiente mensaje: «Quedamos tan sólo yo y otros tres hombres –esto no durará mucho tiempo– adiós a todos».

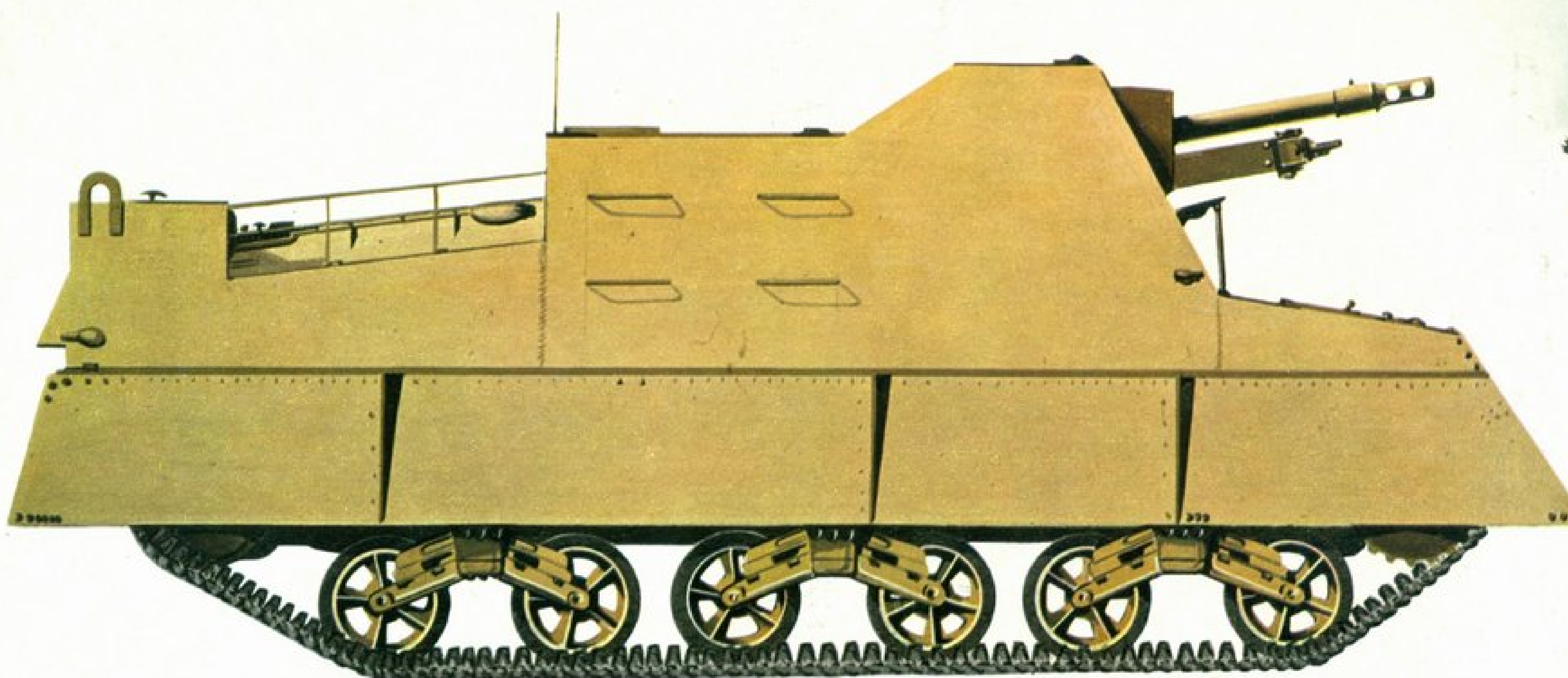


Febrero de 1943: artillería autopropulsada italiana en acción durante un ataque contra las posiciones aliadas en Túnez. La Operación «Ochsenkopf», proyectada por el general von Arnim, preveía una ofensiva en gran escala contra el sector septentrional del frente tunecino, y en particular un ataque en la zona de Sidi Msir, desde donde se debía avanzar hacia el centro de comunicaciones de Béja. (Alfredo Zennaro)

ARMAS Y MEDIOS PARA LA CARRERA FINAL EN EL DESIERTO

Cañón autopropulsado "Bishop"
Aunque en sus diversos tipos se fueron introduciendo continuas variantes, el modelo base estaba constituido por un cañón de 25 libras montado en el casco de un carro *Valentine*. Esta combinación no fue muy afortunada porque, generalmente, este tipo de cañón se construía con materiales de recuperación.
Peso: 18 t. **Tripulación:** cuatro hombres.
Espesor máximo de la coraza: 51 mm.





La posición se vio sometida a un incesante bombardeo a alta y baja cota por parte de algunos *Messerschmitt*, y los camiones que transportaban las municiones del Grupo de Artillería 155 se incendiaron; algunos estallaron violentamente, otros fueron consumidos por las llamas.

A las 15 horas la infantería enemiga había interrumpido la carretera al sur de Sidi Msir, y los *Brencarrier* que transportaban municiones para los cañones no pudieron avanzar. Tal vez el lector ignore la enorme cantidad de municiones que se necesitaba para mantener en acción tan sólo ocho cañones de campaña en un combate encarnizado. La velocidad normal de tiro era de tres disparos por minuto, la más intensa de cinco; por lo que en un combate como aquél, cada cañón agotaría pronto su dotación de primera línea, que era de 168 disparos por pieza. Entonces, cada proyectil adicional se tenía que transportar bajo el fuego enemigo o colocarse cerca del cañón antes del comienzo de la acción; pero si se preveía una retirada no tenía sentido colocar grandes reservas, pues se corría el riesgo de tenerlas que abandonar antes de haberlas agotado. Las municiones de artillería constituyen para las tropas combatientes un verdadero plasma vital; cuando se agotan puede asegurarse que el final se aproxima.

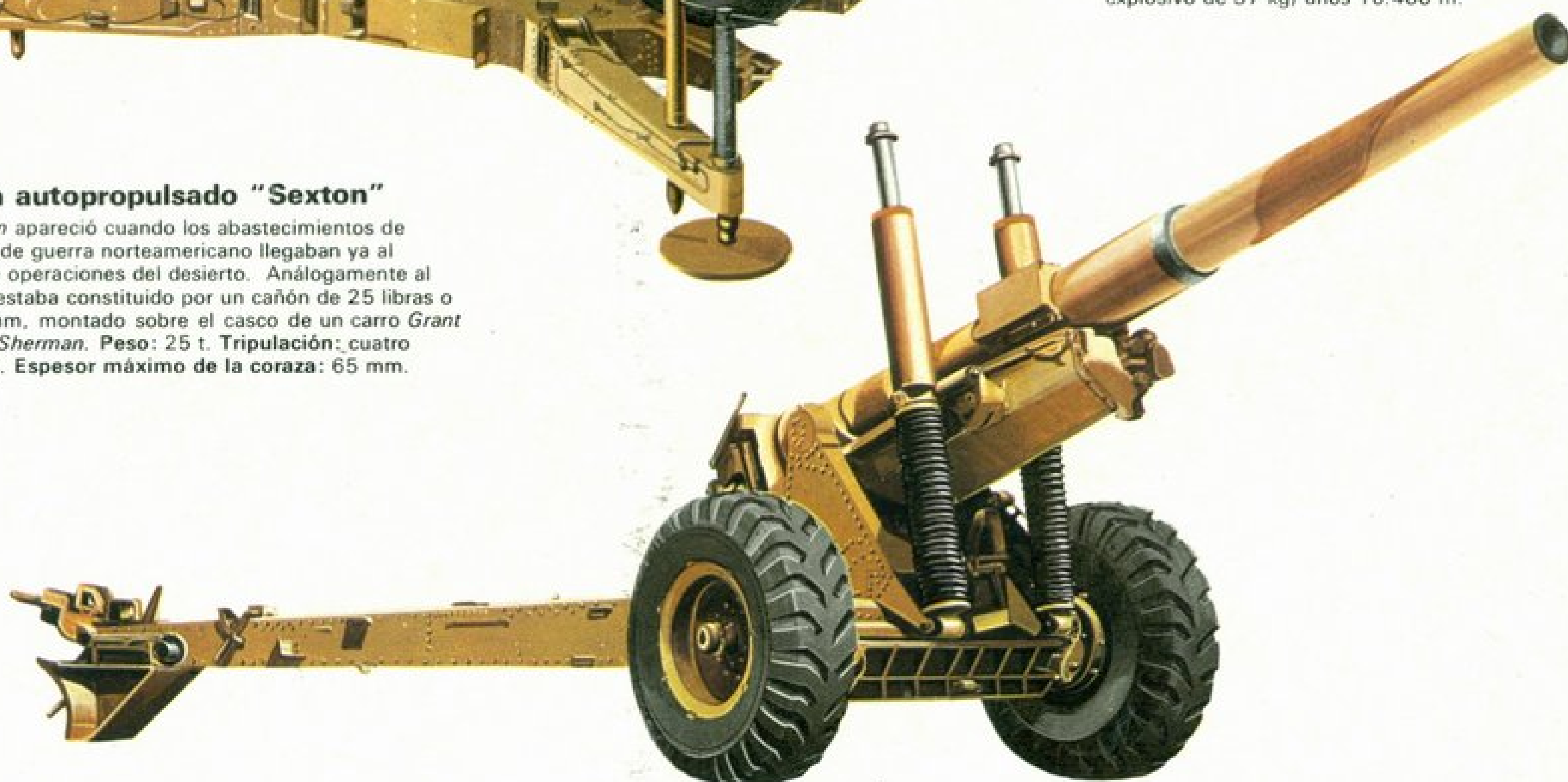
Y los hombres del *Hampshire* se encontraron pronto ante esta escasez, y el enemigo, tras haber cortado la carretera, volvió a lanzar al ataque sus carros de combate. El comandante del Grupo de Artillería 155 tenía que elegir entre dos alternativas: o provocar el desorden en la zona de concentración de los carros enemigos con granadas de alto explosivo, o bien apoyar a su infantería, sobre la que el adversario ejercía una fuerte presión. Para él la infantería era lo primero en orden de importancia, y aunque intentaba mantener empeñado al mayor número posible de carros de combate, su pensamiento se dirigía sobre todo a la primera.

Poco después de las 15 horas, el comandante alemán hizo un último esfuerzo para destruir los cañones del Grupo de Artillería 155. Una potente columna de carros de combate, guiada por un

Los primeros intentos británicos de construir cañones autopropulsados eficaces no fueron muy alentadores. El *Bishop* dejaba mucho que desear, tanto en lo que concierne al proyecto como a su construcción: era lento, incómodo y solía presentar más desventajas que ventajas; el autopropulsado *Sexton* era mejor, pues fue construido con mejores materiales, que inspiraban mayor confianza. En cuanto a los cañones de 140 mm y de 94 mm, la artillería británica disponía de dos espléndidas armas, a la altura de los correspondientes cañones del Eje. El cañón de 94 mm no tuvo jamás la oportunidad de demostrar su eficacia en el empleo contracarros, mientras que, al contrario, el cañón de 140 proporcionó magníficos servicios, demostrando ser extremadamente valioso en el curso de las prolongadas acciones de fuego en las colinas de Túnez.

Cañón antiaéreo de 94 mm

Para el Ejército británico era el equivalente del temido cañón antiaéreo alemán de 88 mm, teniendo casi la misma estructura y las mismas prestaciones; sin embargo, nunca se empleó como cañón contracarros, como hicieron los alemanes con el suyo de 88. En El-Alamein, el Ejército 8 dispuso de un número de cañones de 94 mm superior al de los 88 alemanes; pero el 94 mm se reservó siempre para un empleo antiaéreo, incluso en el período en que la *Desert Air Force* tenía el dominio del aire. **Escuadra de sirvientes de la pieza:** de 9 a 11 hombres. **Cota máxima alcanzable:** 9600 m.



Cañón pesado de campaña de 140 mm

El cañón de 140 mm fue una de las mejores piezas de artillería de la dotación del Ejército británico. Empezó a ser distribuida entre las unidades de Artillería en 1941, y a fines de 1942 estaba presente en ambos frentes de la guerra en el desierto; al fin de la segunda Guerra Mundial las fuerzas británicas y las de la Commonwealth lo habían empleado en todas las zonas de operaciones principales. **Escuadra de sirvientes de la pieza:** 9 hombres. **Alcance máximo:** (con granada de alto explosivo de 37 kg) unos 16.400 m.

Cañón autopropulsado "Sexton"

El *Sexton* apareció cuando los abastecimientos de material de guerra norteamericano llegaban ya al teatro de operaciones del desierto. Análogamente al *Bishop*, estaba constituido por un cañón de 25 libras o de 75 mm, montado sobre el casco de un carro *Grant* o de un *Sherman*. **Peso:** 25 t. **Tripulación:** cuatro hombres. **Espesor máximo de la coraza:** 65 mm.

Tigre y apoyada por otros carros colocados a cubierto al sur de la carretera, avanzó hacia la batería 6, abriéndose en abanico. Utilizando proyectiles perforantes, los defensores comenzaron a disparar contra los carros de combate que avanzaban. Los tres primeros fueron detenidos, pero los otros continuaron su avance reduciendo la distancia de tiro a menos de 50 m y, finalmente, disparando a cero. Uno tras otro, los cañones británicos fueron reducidos al silencio, y en pocos minutos todo había acabado. El enemigo concentró entonces sus esfuerzos contra la batería 5, y después de otro feroz combate, desarrollado en la creciente oscuridad, se oyó el mensaje: «Tenemos encima a los carros de combate», seguido por la señal «V» (de *Victory*) en alfabeto Morse. El Grupo de Artillería 155 se había batido hasta el final; hasta cocineros y ayudantes habían sustituido a los artilleros a medida que éstos caían muertos. De los nueve oficiales y 121 soldados sólo nueve sobrevivieron.

Cuando se hizo de noche, el coronel Newnham ordenó al Batallón V que se replegase sobre la granja Hampshire, donde pensaba establecerse para una ulterior resistencia si el enemigo proseguía su ofensiva. Pero a medianoche aún no había oscurecido nada, y los supervivientes, maltrechos y agotados, se abrieron paso, bajo una lluvia intensa, por las colinas que se hallan al oeste de la carretera, indicando con las pistolas *Very* a la compañía 1 del 1/IV *Hampshire* que se retirase hacia la derecha. El V *Hampshire* había quedado reducido a 120 hombres; pero combatió encarnizadamente, haciendo honor al emblema de su regimiento, en el que estaba representado un tigre.

Ya sólo la posición de la garganta de Hunt se interponía entre los alemanes y su objetivo: Béja. Allí, a los restos del *Hampshire* se le unió un exhausto batallón del 2/V *Leicester*, superviviente de la batalla de Thala. Esta unidad de reserva llegó a la zona durante la batalla de Sidi Msir, en cuanto el mando comprendió que se trataba de un verdadero ataque y no de uno demostrativo. También veinte carros de combate *Churchill*, de la

caballería *North Irish*, mandados por el teniente coronel David Dawnay, habían dejado El Kef y se dirigían a toda velocidad hacia Béja, donde se les esperaba aquella noche. Otros marchaban por la carretera procedente de Bona. La caballería *North Irish* no había combatido nunca y acababa de llegar a la zona de operaciones. Era la primera vez que los carros *Churchill* eran utilizados por el Ejército 1. Proyectados para actuar en apoyo de la infantería, estaban adecuadamente armados con un cañón contracarros de 6 libras, que disparaba proyectiles rompedores, en vez de montar una pieza de calibre mayor que disparase granadas de alto explosivo. Su coraza era muy fuerte y podía resistir el fuego de todos los cañones contracarros, excepto el del famoso 88 mm alemán.

La Brigada 128 se dispuso con el 1/IV *Hampshire* a la derecha, el 2/V *Leicester* en el centro y el 2/IV *Hampshire* a la izquierda; de un extremo a otro el frente tenía una extensión total de unos 8 km. Las unidades de infantería estaban apoyadas por dos baterías de campaña, una batería ligera (obuses de 94 mm), un regimiento de artillería de medio calibre, la batería contracarros ya mencionada y, por último, por los carros de combate *Churchill*. Las fuerzas que guarnecían la garganta de Hunt habían oído el fragor del combate de Sidi Msir y aquella noche esperaban la llegada del enemigo de un momento a otro. Sin embargo, nada sucedió, a excepción de la lluvia que cayó ininterrumpidamente durante casi toda la noche y que constituyó una ventaja para la Brigada *Hampshire*.

Al amanecer todo estaba preparado, y poco antes de las 8 de la mañana aparecieron cuatro grupos de carros de combate enemigos, cuatro autoametralladoras e infantería en camiones, avanzando todos ellos por la carretera procedente de Sidi Msir. El carro de combate de cabeza, un *Tigre*, consiguió pasar el campo de minas y llegar a las posiciones británicas. Dos cañones de seis libras abrieron fuego contra el carro, pero él los eliminó a los dos, aunque resultó averiado; luego, mientras se alejaba, pasó sobre una mina y quedó inmovilizado. Se destruyeron otros dos carros de combate; pero quiso la mala suerte que una granada, que estalló a poca distancia, incendiase la red mimética del único cañón de 17 libras, y en seguida el enemigo localizó y destruyó la pieza.

Hacia las 10, los alemanes intentaron un segundo ataque por la carretera con 18 carros, mientras un batallón de infantería avanzaba en terreno abierto hacia el flanco izquierdo de la posición defensiva. Se acogió el ataque con un nutrido fuego de artillería, y los carros de combate tuvieron que hacer frente a una incursión de cazabombarderos *Hurricane* que destruyeron tres de ellos. La artillería de medio calibre consiguió notables éxitos: algunos disparos hundieron las estructuras horizontales de numerosos carros de combate y otro hizo que se enroscara la boca de fuego del cañón de 88 mm de un *Tigre*, como si se tratara de una vela fundida. En el intento de abandonar la carretera, los medios acorazados enemigos acabaron empantanándose en el fango; algunos intentaron hacer marcha atrás y otro volcó en una pendiente. Como la artillería inglesa estaba en aquel momento en condiciones de concentrar el fuego contra este objetivo ya inmovilizado, las tripulaciones de seis carros de combate se vieron obligadas a abandonar precipitadamente sus vehículos, mientras los demás se retiraban hacia posiciones más protegidas.

Mientras tanto, dos compañías de infantería intentaron otra maniobra en terreno abierto, avanzando hacia el flanco derecho de la línea defensiva; pero los atacantes no habían llegado aún a las posiciones de la compañía avanzada *Hampshire* cuando oscureció.

La noche se dedicó a la importante actividad de impedir que el enemigo retirase sus carros de combate del pantano. Algunos zapadores, escoltados por destacamentos del 2/IV *Hampshire*, se aventuraron por tierra de nadie y los volaron. Una vez más la lluvia caía a mares, tanto, que a la mañana siguiente las trincheras de los *Hampshire* estaban medio inundadas.

En las primeras horas de la madrugada siguiente, los alemanes atacaron de nuevo; antes del amanecer, algunos carros de combate pasaron el campo minado, que se encontraba delante de la parte central de la posición inglesa, y pusieron fuera de combate otros dos cañones contracarros. Mientras tanto, los *Churchill* de la caballería *North Irish* se habían situado, a cubierto y detrás de la infantería, cerca de la estación de Ksar Mezouar, y los carros de combate enemigos, que encontraron una firme oposición sólo pudieron efectuar un avance a 1,5 km al norte de dicho punto. El enemigo recurrió a todas las estratagemas para inducir a los *Churchill* a salir al descubierto, situando sus carros en posiciones que los *Churchill* sólo podrían atacar avanzando; pero, a pesar de ser ésta su primera batalla, los hombres de la caballería *North Irish* se batieron muy bien y no mordieron el cebo que el enemigo les tendía.

Mientras tanto, la batalla entre las unidades de infantería se iba extendiendo, y a lo largo de todo el arco de frente los hombres del *Hampshire* estaban sometidos a una fuerte presión; el enemigo concentraba sus esfuerzos en los sectores de la izquierda y del centro.

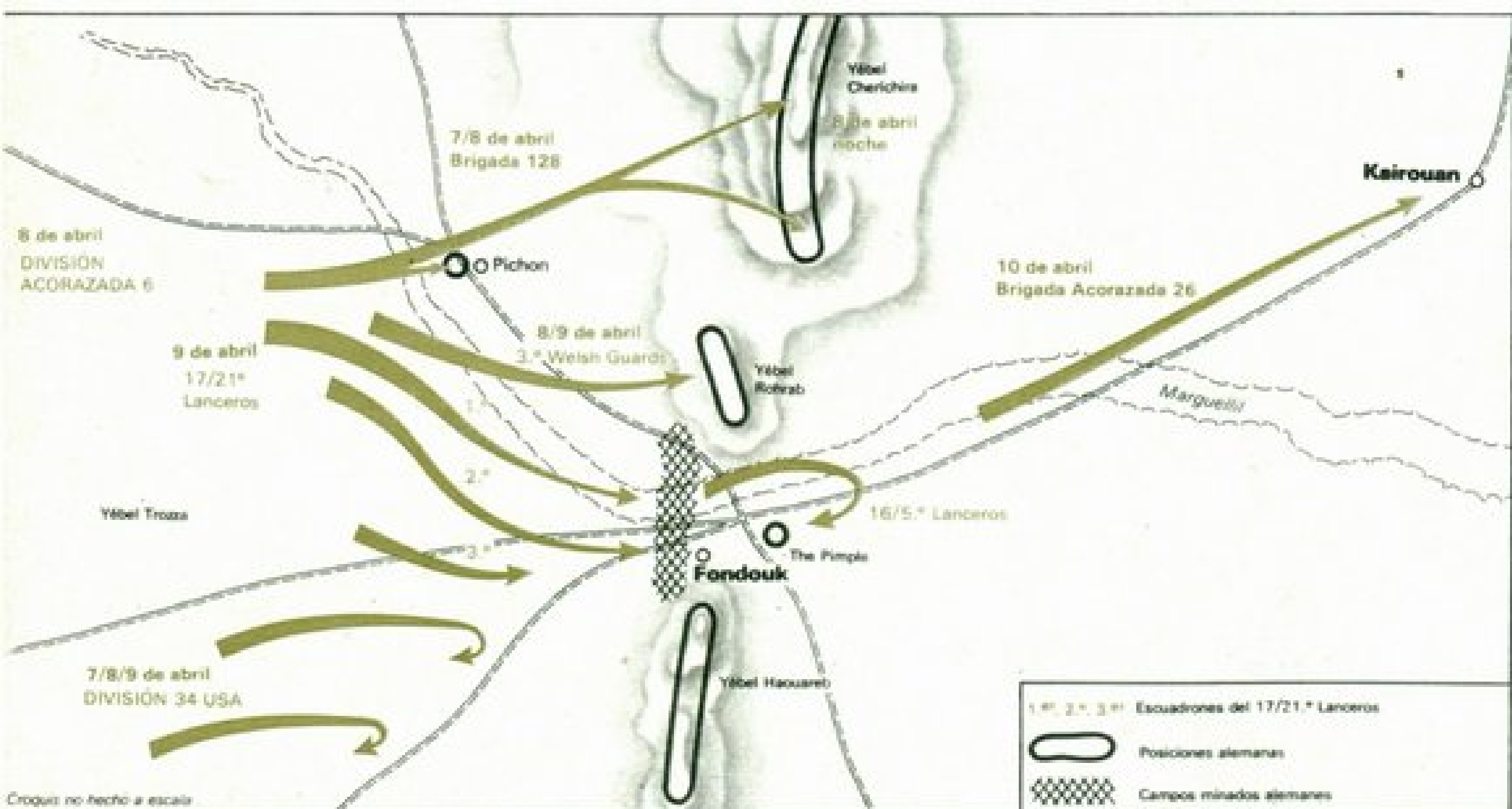
En el flanco izquierdo, los alemanes conquistaron el Yébel Khermate y empezaron a descender hacia el centro, a pesar de algunos contraataques locales lanzados por los restos del Batallón V. En el centro, los atacantes arrollaron las posiciones de la compañía 2 del 2/IV, frente a la estación; en el flanco derecho se apoderaron de la granja Guessa y vencieron la resistencia de la compañía 3; los enlaces con estas compañías quedaron interrumpidos.

Afortunadamente, los carros de combate enemigos sólo podían moverse, al parecer, por la carretera y por el fondo del valle, donde los *Churchill*, los pocos cañones contracarros que quedaban, la artillería y los cazabombarderos podían mantenerlos a raya. Así, en el curso del día, se destruyeron otros 11 carros de combate alemanes.

Los cruces de carreteras de Ksar Mezouar se conocían con el nombre de *anthers* (halcones); aunque casi todas las colinas situadas a ambos lados estaban en manos enemigas, el 2/IV resistía tenazmente en el terreno en que se encontraba este punto de vital importancia. En el transcurso de otro día completo continuó la feroz batalla entre los atacantes, que insistían en adoptar las mismas tácticas, y los defensores, que los mantenían a raya de la misma manera. Aquel día, los atacantes concentraron sus mayores esfuerzos en la parte derecha del sector central, en la zona de la granja Montagne, que, a pesar de todo, resistió firmemente.

A la cuarta mañana, poco después del amanecer, un fuerte contingente de infantería avanzó

A la izquierda: el ataque alemán lanzado el 26 de febrero en dirección a Béja, uno de los objetivos de la Operación «Ochsenkopf». Sidi Msir fue conquistada rápidamente; pero las fuerzas aliadas lograron reorganizarse alrededor de la posición defensiva en la garganta de Hunt. Su encarnizada resistencia frenó el ímpetu de los atacantes, determinando el fracaso de la acción ítalo-alemana. Abajo: el ataque aliado contra el paso de Fondouk, proyectado por el general Alexander y desencadenado el 7 de abril. La Brigada 26 recibió la orden de abrirse camino a través del citado paso, fuertemente defendido; pero después de haberlo rebasado, los Aliados se detuvieron, en lugar de lanzarse hacia el Este en persecución del enemigo, que logró así ponerse fácilmente a salvo.





Unidades de infantería italiana, provistas de lanzallamas, en el curso de un ataque a una fortificación enemiga en el frente tunecino. (Alfredo Zennaro)

hacia la citada granja Montagne, y los observadores de la caballería *North Irish*, que los veían aproximarse, consideraron que si esta posición caía también en manos del enemigo, éste se haría quizá dueño de la situación; pero ocurrió que este grupo de soldados enemigos, ante el asombro de los británicos, no estaba atacando, sino rindiéndose. Al mismo tiempo, las fuerzas acorazadas enemigas volvieron la espalda a los ingleses, que las vieron retirarse hacia el Norte. Los carros de combate alemanes ya no volvieron al ataque, si bien la infantería enemiga mantuvo durante varias semanas el dominio de las posiciones ocupadas. La defensa contracarros británica había sido tan eficaz que el *Kampfgruppe Lang* había quedado reducido tan sólo a la infimidad de cinco carros de combate.

Una acción clásica

La crisis de la garganta de Hunt había terminado. Se había tratado de una acción clásica, aunque a escala reducida, en el campo de las operaciones combinadas efectuadas por tropas de todas las armas, recién llegadas a la zona de operaciones y compuestas por hombres que carecían de toda experiencia. Aviación, artillería, carros de combate e ingenieros habían desempeñado perfectamente su papel apoyando la obstinada resistencia de los hombres del *Hampshire*, que combatieron hasta el límite de sus fuerzas en las trincheras llenas de agua. El IV volumen de la *Official History of the War* dedica a aquella batalla las siguientes y concisas palabras: «El 27 y el 28 (de febrero) Lang avanzó hacia la garganta de Hunt, pero encontró un recibimiento adecuado».

En cuanto al modo en que el enemigo llevó la batalla, el general de brigada James ha señalado dos puntos esenciales: los alemanes ni siquiera intentaron lanzar al ataque su infantería por la noche o efectuar con los carros de combate amplias maniobras de envolvimiento de los dos flancos de las posiciones inglesas. En su opinión, si hubieran adoptado estos dos principios tácticos (o incluso uno sólo de los dos), las posiciones defensivas habrían caído. No hay duda de que la lluvia torrencial hizo más difíciles los movimientos en el terreno abierto; pero, evidentemente, no era imposible una maniobra de este tipo, si es cierto que los carros de combate de la Fuerza Blade, salidos de Ksar Mezouar, habían llegado a un punto mucho más allá de Sidi Msir y habían vuelto, a pesar de las intensas lluvias que habían caído en ambas ocasiones, sin encontrar más dificultad que la de orientarse en aquel laberinto de elevaciones.

Por lo que respecta a las virtudes y defectos de la posición de Sidi Msir, no hay duda de que la valerosa resistencia del Batallón V y del grupo de artillería de campaña que le apoyaba logró retrasar en 36 horas el ataque principal del enemigo contra la garganta de Hunt, retraso que permitió a la caballería *North Irish* llegar al lugar para reforzar las débiles defensas contracarros, factor que fue quizá de importancia decisiva. Por otra parte, la posición de Sidi Msir había impedido al enemigo reconocer y localizar las defensas de la garganta de Hunt.

En el bando inglés, además de la infatigable resistencia presentada por la infantería y por las tripulaciones de los *Churchill*, el elemento princi-

1943

26 de febrero: las fuerzas del Eje avanzan hacia Béja por el valle de Sidi Msir, aniquilando el 5/IV *Hampshire* y el Grupo de Artillería 155 después de encarnizados combates.

27 de febrero: a las 8 horas se rechaza el primer ataque alemán contra la posición principal de la 128ª Brigada *Hampshire*, en la garganta de Hunt. Corre la misma suerte un segundo ataque lanzado a las 10 horas.

28 de febrero-1 de marzo: las fuerzas alemanas, después de nuevos ataques, ocupan el Yébel Khermate y la granja Guessa; pero la línea aliada continúa resistiendo.

2 de marzo: las fuerzas acorazadas aliadas se retiran.

6 de marzo: se rechaza el ataque de Rommel contra Medenín.

20 de marzo: hundimiento de la Línea de Mareth. Las fuerzas del Eje se ven nuevamente obligadas a retirarse.

27 de marzo: el ataque lanzado contra el paso Fondouk por la División de infantería 34 estadounidense es detenido por el denso fuego de artillería enemigo.

7 de abril: el Cuerpo de Ejército IX comienza a avanzar hacia el paso de Pichon, que es ocupado por la Brigada 128; no obstante, la División 34 estadounidense no logra conquistar el Yébel Haouareb.

8 de abril: el Escuadrón 2 del 17/21° de Lanceros efectúa un reconocimiento en la zona del paso de Fondouk y ataca las fuertes posiciones enemigas.

9 de abril: la Brigada Acorazada 26 recibe la orden de avanzar a través del paso de Fondouk.

pal de la batalla fue, indudablemente, el magnífico comportamiento de la artillería y, sobre todo, de los 28 cañones del Regimiento de artillería 5, de medio calibre, cuyo fuego había sido tan denso que, después de la batalla, algunos prisioneros alemanes dijeron: «Ha sido peor que en Rusia».

También el resto de la Operación «Ochsenkopf» había fracasado. En el Norte, las acciones contra Yébel el-Abiodh tan sólo consiguieron un éxito parcial; en el Sur, el ataque en forma de tenaza contra Medjez-el-Bab había sido bloqueado; en Toukabeur los alemanes consiguieron avanzar hasta una distancia de tiro de escopeta de la carretera principal, pero no habían pasado de allí, y la División 78 y la 1.ª Brigada de paracaidistas lograron contener el avance del otro flanco, al sur de Medjerda. Para los Aliados había llegado al fin el momento de pasar a la ofensiva. Los Ejércitos del Eje habían disparado ya casi todas sus municiones y su fin podía ser inminente.

El día 1 de marzo, Rommel envió a Kesselring un informe en el que ponía de manifiesto que una ofensiva aliada era ya inevitable y que los alemanes sólo podrían retardarla con «ataques de hostigamiento». En su opinión, el Eje debía abandonar la Línea de Mareth y replegarse sobre Enfidaville, con el propósito de reducir el frente y reunir al mismo tiempo las fuerzas de los dos Ejércitos alemanes.

Pero el 6 de marzo su ataque de hostigamiento en Medenín fue rechazado, y pocos días después, enfermo y agotado, Rommel dejó el país para ya no volver más. El 20 de marzo se rompió el frente de la Línea de Mareth, y el Uadi Akarit era ya lo único que se interponía entre el Ejército 8 y el camino de Enfidaville. El general Alexander proyectó inmediatamente un ataque en dirección al paso de Fondouk, por Sbeïtla, y ordenó que la División de infantería 34 americana se apoderase del citado paso para que pudiera pasar después una división acorazada destinada a avanzar por la llanura, cerca de la costa.

El paso de Fondouk está constituido por una hondonada casi llana, de origen fluvial, de unos 1000 metros de anchura, que separa dos elevaciones rocosas: a la izquierda el Yébel Rohrab (la más alta de las dos) y a la derecha el Yébel Haouareb. A unos 10 km al oeste del paso se levanta otra elevación aislada, el Yébel Trozza, de altura ligeramente superiror a la del paso y que constituía, por lo tanto, un buen punto de observación. Pero el Yébel Trozza se halla demasiado lejos del citado paso para que se pueda utilizar como posición avanzada; no obstante representaba una buena cobertura para una unidad que se estaba concentrando para lanzar un ataque. Las comunicaciones mediante pistas con las zonas occidentales eran muy escasas, y además para poder soportar el tráfico de camiones que supone un ataque en gran escala, se tenían que mejorar notablemente.

Las fuerzas del Eje dispuestas en el paso estaban compuestas por un batallón del Regimiento de infantería 961 (una unidad constituida por elementos juzgados por un tribunal militar y rehabilitados después); se hallaban establecidas en posiciones situadas en las proximidades de Pichon, al noroeste del paso, y dominaban los puntos de cruce del río Marguellil y los accesos occidentales al Yébel Rohrab. Detrás se encontraba un batallón de reconocimiento, y en el Yébel Haouareb el XXVII Batallón *Afrika* y los otros dos batallones del citado Regimiento 961. Como reserva, en Kairouan había otros tres batallones (dos de ellos italianos). El comandante, coronel Fullriede, sólo disponía al principio de 13 cañones contracarros; pero, como tendremos ocasión de ver, este número aumentó después considerablemente. La infantería estaba apoyada por la artillería, y en toda la anchura del paso, frente a las posiciones defensivas, se extendía, en forma de numerosos cinturones, un campo minado que alcanzaba unos 300 metros de profundidad.

El día 27 de marzo, la División de infantería 34 americana del general Ryder atacó en un frente de cuatro batallones, pero cuando las fuerzas llegaron al radio de acción de la artillería enemiga el ataque se paralizó, y el día 2 de abril la división se encontraba aún a más de 6 km de distancia del paso que habrían debido conquistar.

Medidas más enérgicas

El general Alexander se dio cuenta entonces de que era indispensable tomar medidas más enérgicas; en consecuencia, ordenó al Cuerpo de Ejército IX (general Croker) que forzase el paso y estableciese contacto con las fuerzas enemigas para destruirlas en la llanura, cerca de la costa. La operación debía terminar antes del 10 de abril a lo sumo. El Cuerpo de Ejército IX comprendía la División de infantería 34 americana.

El plan era el siguiente: la Brigada 128 cruzaría el río Marguellil en Pichon y efectuaría después una conversión hacia el Sur, dirigiéndose hacia el paso; la División 34 norteamericana debía conquistar el Yébel Haouareb; por último, la División Acorazada 6 había de concluir la operación cruzando el paso, guiada por la 1.ª Brigada de Guardias o por la Brigada Acorazada 26, según las circunstancias.

Este plan colocaba al general Ryder en una situación crítica. En efecto, a su división se le pedía que efectuase una maniobra ofensiva en la que ya había fracasado, y además él estaba preocupado por su flanco izquierdo, fácilmente localizable y expuesto al fuego de las unidades enemigas que se hallaba en el Yébel Rohrab. El general Crocker rechazó sus objeciones; pero le dio permiso para adelantar el ataque para las 3, en vez de hacerlo con las primeras luces del alba, y prescindir del previsto apoyo de un bombardeo aéreo. Ante ello, resulta imposible no tener la impresión de que Crocker había subestimado la importancia estratégica del Yébel Rohrab.

El ataque se lanzó el 7 de abril, después del anochecher; pero, aunque la Brigada 128 consiguió apoderarse con éxito de Pichon, en las colinas su marcha resultó larga y difícil, pues estaba sometida a un intenso fuego de mortero. No obstante, el 8 de abril por la tarde, la unidad había llegado al Yébel Cherichira, al norte del Yébel Rohrab. El general de brigada James afirma que, en un primer momento, no se le había asignado el Yébel Rohrab como objetivo, aunque resultaba evidente que su conquista era vital para el buen éxito de todo el plan. La brigada conquistó los otros objetivos según los planes previstos (en realidad, el mando de la Brigada 128 les había ordenado al V *Hampshire* y a un escuadrón del 50.º *Royal Tank Regiment* «aprovechar el éxito conseguido alcanzando el Yébel Honjia y el Yébel Rohrab», pero esto no ocurrió aquel día).

Por la derecha, las cosas no iban bien a la División 34 americana. A causa de haber perdido bastante tiempo en las operaciones preliminares, a las 5,30 horas su ataque aún no había comenzado; además, el fuego de la artillería era demasiado largo; se hicieron esfuerzos para reemprender el bombardeo aéreo, pero sin éxito. Todo ello supuso más retraso todavía. Por añadidura, el fuego de la artillería enemiga era preciso, y los soldados americanos, desalentados, se detuvieron de nuevo; se trataba del fuego más intenso que habían sufrido jamás.

El día 8 de abril, por la tarde, Crocker ordenó que la Brigada Acorazada 26 efectuase un reconocimiento en la zona del paso. Un escuadrón del 17/21º de Lanceros, actuando como escuadrón de exploración, salió lentamente al descubierto, encaminándose por las vías de acceso. Desgraciadamente, su movimiento lo llevó a pasar por el flanco izquierdo de la División 34 americana, donde, en aquel momento, los oficiales estaban esforzándose en infundir a sus soldados el valor suficiente para que realizaran otro esfuerzo. El intenso fuego que atraían los carros de combate ingleses a su paso, hizo que aumentase aún más la confusión, y con ello la División 34 americana perdió toda esperanza de encontrar el impulso necesario. El escuadrón del 17/21º perdió cuatro carros de combate bajo el fuego de algunos cañones enemigos.

Al anochecer, Crocker ordenó a Keightley, comandante de la División Acorazada 6, que reconociese el campo minado durante la noche y enviase al 3º *Welsh Guards* a patrullar el Yébel Rohrab, que debía ser conquistado al amanecer. Así, se hizo; y en el transcurso de aquella noche, oscura como ninguna, patrullas de ingenieros y de soldados del batallón motorizado de la División Acorazada 6 intentaron, en vano, penetrar en el campo minado; sin embargo, confirmaron que la División 34 americana se encontraba aún a 2000 metros de distancia del Yébel Haouareb. Al amanecer, el 3º *Welsh Guards* se lanzó al ataque del Yébel Rohrab; pero a las 9 de la mañana las dos laderas del paso estaban todavía en poder del enemigo



Túnez, abril de 1943: carros de combate *Sherman*, pertenecientes al Ejército 8, en la llanura cercana a Kairouan. En primer término, un cañón alemán de 88 mm, abandonado después de haber sido averiado. (Imperial War Museum)



Triste conclusión de los combates en el frente tunecino, tanto para las fuerzas del Eje como para las aliadas: un *Tigre* puesto fuera de combate (a la izquierda) junto a un *Valentine*, también gravemente averiado. (History of the Second World War)

Le correspondía ahora al general Crocker, que era un carrista, tomar una de esas decisiones que deben constituir la pesadilla de todo comandante. Dándose cuenta de que el tiempo de que disponía se estaba acabando, llamó al general de brigada Roberts, comandante de la Brigada Acorazada 26, y le ordenó que avanzase por el paso, sin tener en cuenta que las dos vertientes estuvieran todavía en manos del enemigo y que el campo minado se encontrase aún intacto. Esta orden podía significar una sola cosa: la muerte segura para muchos hombres de las tripulaciones de los carros de combate y una gran pérdida de medios. La unidad avanzada sería el 17/21° de Lanceros, el regimiento que, noventa años antes, en Balaclava, se había lanzado al galope «hacia las fauces de la muerte»; a sus descendientes les correspondía ahora la misión de guiar esta moderna «carga de la brigada ligera». Detrás de ellos se encontraba, en espera de intervenir, el 16/5° de Lanceros, que no mucho tiempo antes había detenido a Rommel en Sbiba. La reserva estaba constituida por el 2° *Lothian and Border Horse*, que había defendido con éxito el paso de Kasserine y se unió después al 17/21° en la decisiva batalla nocturna de Thala. Todos estos regimientos habían recibido recientemente en dotación carros de combate tipo *Sherman*.

El comandante del 17/21° convocó a los comandantes de sus escuadrones, que hasta aquel momento habían permanecido a la espera bajo una densa lluvia de granadas, e impartió personalmente las órdenes. Luego volvieron a sus respectivas unidades y cursaron por radio la orden de iniciar el avance.

El Escuadrón 2 avanzó por el campo minado y, uno tras otro, sus carros de combate saltaron por los aires o quedaron inmovilizados por el fuego de los cañones enemigos. Pero un pequeño grupo de carros, mandado por el teniente Micholls, consiguió pasar el campo minado y llegar a una elevación llamada «The Pimple» situada casi al otro lado del paso, detrás de los dos campos minados. Pero «The Pimple» estaba guarnecido por siete cañones contracarros, y del teniente Micholls no se supo nada más. El comandante del Escuadrón 2 murió, y sólo dos carros de combate permanecían aún indemnes. El comandante de uno de ellos, el sargento Melling, recibió la orden de retirarse; pero prefirió avanzar, destruyó un cañón contracarros y numerosas posiciones de ametralladoras y rescató a 23 hombres de las tripulaciones de los vehículos que habían quedado fuera de combate. Cuando sus carros fueron presa de las llamas, aquellos hombres habían salido de ellos en medio de un fuego infernal de morteros y de ametralladoras y, buscando desesperadamente una protección, se habían echado a tierra, sobre la hierba y los brezos de aquellos campos desolados. El Escuadrón 3, que seguía al 2 por la derecha, perdió en el campo minado todos los carros de combate de las dos unidades avanzadas, y se retiró después con grandes dificultades, siguiendo al retroceder el mismo camino recorrido en el avance.

Por la izquierda, el Escuadrón 1 intentó encontrar una vía de acceso por la orilla del río. Sólo esta unidad consiguió resultados positivos: tras inutilizar numerosos cañones contracarros, hacia las 11,30 había conseguido neutralizar, en cierta medida, la oposición enemiga. Este éxito inicial la indujo a considerar que el lecho del río, que estaba seco, podía constituir una vía de penetración, pues ofrecía una buena cobertura.

Mientras tanto, los *Welsh Guards*, apoyados por el fuego de las piezas del 2° *Lothian and Border Horse*, se dirigían hacia el Yébel Rohrab. Por la derecha, 30 carros de combate americanos habían efectuado una audaz incursión al amanecer, llegando a la cresta del Yébel Haouareb; sin embargo, ni siquiera el éxito de esta acción osada recibió el apoyo de la infantería de la División 34 americana.

El comandante alemán, coronel Fullriede, había lanzado ya a la batalla incluso las reservas procedentes de Kairouan, que comprendían seis cañones contracarros autotransportados de 47 mm y dos piezas de 88 mm. Los datos referentes a la cifra total de las piezas contracarros enemigas varían de 13 a 33 cañones de diversos tipos. Sobre la base de los materiales recuperados o destruidos después de la batalla, el Servicio de Información inglés afirmó que, en las últimas fases de los combates, en la zona del paso había, en total, 26 cañones.

Mientras los *Welsh Guards* conquistaban el Yébel Rohrab, los hombres del 16/5° de Lanceros llegaban, descendiendo en fila india por una empinada pendiente, al lecho seco del río; una hora y media después habían pasado el campo de minas y se disponían a atacar «The Pimple». Pero la artillería y los carros de combate ya habían inutilizado los cañones alemanes que se encontraban en dicha colina. A la entrada del paso, el 16/5° tuvo que hacer frente a un contraataque lanzado por algunos carros de combate alemanes procedentes de Kairouan. Los informes del reconocimiento aéreo habían indicado que la 10ª *Panzerdivision* avanzaba de Kairouan hacia Fondouk, pero esta información carecía de fundamento. Como el cauce del río era impracticable para los camiones, al amanecer se detuvo el avance, y los hombres del 16/5° y del *Lothian* aprovecharon toda la noche para establecerse alrededor de la salida del paso.

Después de la guerra, el general Hans Kramer, al ser interpelado sobre este particular, subrayó el error cometido por los Aliados al no lanzarse hacia el Este cuando había quedado ya abierto el camino a través del paso. «En aquel momento –dijo– la *Victoria Cross* brillaba sobre Kairouan». Pero en el curso de un coloquio con el autor, el general Crocker afirmó a su vez que no había dado nunca demasiada importancia a la amenaza de un posible contraataque enemigo: el fracaso había provocado tal retraso que la posibilidad de amenazar seriamente a los alemanes había quedado reducida casi a cero.

Fuese cual fuese el motivo, lo cierto es que el ataque había perdido impulso y la ocasión favorable se había esfumado ya. Durante todo el día, los observadores situados en el Yébel Trozza habían podido ver las densas nubes de polvo que, partiendo de Kairouan, se movían hacia el Norte. El Eje pudo poner a salvo a todas sus fuerzas italianas, y, al día siguiente, cuando la División Acorazada 6 avanzó al fin por la llanura apenas pudo rozar a los últimos elementos de la retaguardia acorazada alemana. La persecución continuó hacia el Norte, pero acabó deteniéndose dos días después en los campos minados de Sbikha.

Las unidades del coronel Fullriede habían recibido órdenes de defender el paso Fondouk hasta el 10 de abril. Lo habían conseguido por completo, y los «forzados» del Regimiento 961 se habían ganado sin duda la absolución de sus culpas. La de Fondouk no se puede considerar como una victoria aliada, aunque la batalla estuvo animada por las valientes acciones de la Brigada Acorazada 26, que combatía por primera vez con sus nuevos carros de combate. Los hombres de estas unidades confiaban mucho en las posibilidades de neutralizar los cañones contracarros con sus piezas de 75 mm, haciendo saltar por los aires la mimetización antes de que abriesen fuego e inutilizándolos después.

Respecto a la División Acorazada 6, que había combatido en las fragmentarias e improvisadas batallas de la primera fase de la campaña tunecina, se había convertido en una unidad fortalecida y eficiente. La brigada acorazada combatió articulada en tres grupos de regimiento, que comprendían un regimiento de carros de combate; un grupo de artillería autotransportada, cuyos observadores lo precedían en el combate, en los carros que iban en cabeza; una compañía de batallón motorizado; una batería de cañones contracarros y un destacamento de zapadores. Cada regimiento contaba con un batallón de exploración, que tenía la misión de avanzar lo más rápidamente posible para localizar el enemigo. Una vez localizado, los otros dos batallones se lanzaban al ataque, apoyados por sus cañones de 75 mm y por el grupo de artillería autotransportada. La compañía de infantería, mientras tanto, permanecía atrincherada en posición defensiva, protegida por los cañones contracarros, hasta que se le confiaba la misión de rastrillar la zona conquistada. Inmediatamente después llegaba la primera oleada de camiones que transportaban gasolina, municiones, mecánicos y personal sanitario. Aunque no fue decisiva, la breve carrera por las llanuras de Kairouan dio a la división la sensación de lo que habría podido ser una operación de guerra de movimiento en gran escala en terreno abierto, un tipo de táctica bélica que aún no había tenido oportunidad de aplicar, ni durante los ejercicios de adiestramiento ni en el campo de batalla. Ahora los hombres de la División Acorazada 5 estaban preparados para poner a prueba sus nuevas armas y la experiencia adquirida en las últimas fases de la campaña.

Las pérdidas no habían sido muy importantes: el 17/21° de Lanceros tuvo 11 muertos y 32 heridos, y perdió 32 carros de combate; los otros dos regimientos acorazados perdieron, en total, siete carros de combate. En lo referente a abastecimientos, la situación era tan buena que los carros se podían reemplazar inmediatamente.

La batalla de Fondouk dio lugar, entre los Aliados, a algunos de los roces y recriminaciones más desagradables de toda la guerra. A la opinión pública americana se la indujo a esperar una gran ofensiva estadounidense, una operación que aniquilase por completo a las fuerzas de Rommel. Y, sin embargo, la impresión general era la de que Rommel había engañado una vez más a los Aliados. Las críticas directas, expresadas por el general Crocker respecto al bajo nivel de adiestramiento y al poco espíritu combativo de la División 34 americana, tuvieron su contrapartida en ciertas acusaciones en las que se afirmaba que él utilizó mucho a las fuerzas americanas para salvar a las inglesas. Un desafortunado comunicado de prensa, que anunciaba que Kairouan había sido «conquistada por fuerzas americanas», enfureció a los soldados ingleses, entre los cuales comenzó a circular una sarcástica parodia de la canción *Miss Otis Regrets*, que comenzaba con las palabras «Nuestros primos dicen estar descontentos por no conseguir combatir, hoy...».

Afortunadamente, las heridas de este tipo cicatrizan pronto. Después de todo, los ingleses debían agradecerles a los americanos la valiosa aportación de los carros de combate *Sherman*, que durante el resto de la guerra sería su caballo de batalla. También llegaría después el momento en que los americanos acusarían a su vez a los ingleses. Pero lo cierto es que ninguno de los dos «primos» habría podido vencer por sí solo en la campaña tunecina.

L PRIMER ENCUENTRO ENTRE ACORAZAD

En las últimas batallas libradas en aguas de Guadalcanal se produjeron los primeros encuentros directos entre acorazados norteamericanos y japoneses, encuentros que resultaron desastrosos para la Flota nipona. En dos acciones sucesivas, los nipones perdieron el *Hiei* y el *Kirishima*. El *South Dakota*, perteneciente a la Flota norteamericana, sufrió graves daños, pero no se perdió ninguno de los dos acorazados norteamericanos que participaron en el combate. Los buques estadounidenses presentaban grandes ventajas respecto de los japoneses: superior maniobrabilidad, mayor potencia de fuego y mejor protección; contra todas estas ventajas, la superior velocidad de los navíos japoneses demostró carecer de importancia.



SOUTH DAKOTA

Representaba uno de los prototipos de los nuevos acorazados norteamericanos. Respecto de los anteriores, se caracterizaba por su menor eslora, a fin de mejorar la maniobrabilidad, por una coraza de gran espesor y por montar cañones de 406 mm. **Desplazamiento**: 33.000 t. **Eslora**: 207 m. **Manga**: 33 m. **Calado**: 8,8 m. **Velocidad**: 28 nudos. **Espesor máximo de la coraza en la línea de flotación**: 457 mm. **Armamento**: 9-406, 16-127, 56-40 a.a. **Aviones**: 3. **Tripulación**: 2500 hombres.

En lo que respecta a las tripulaciones, el aspecto era muy distinto: el personal japonés estaba perfectamente adiestrado para sacar el máximo provecho de las posibilidades de sus buques. En cambio, los norteamericanos, a duras penas habían logrado constituir otra Flota del Pacífico, sirviéndose de nuevas tripulaciones y de nuevos buques. Desde luego, en el combate nocturno se hallaban en neta inferioridad respecto de los japoneses; no estaban todavía en condiciones de aprovechar debidamente la gran ventaja que les confería el radar y así, cuando en el transcurso de la segunda batalla por Guadalcanal, una avería de un circuito eléctrico puso fuera de servicio el sistema de dirección de tiro del *South Dakota*, poco faltó para que el navío fuera destruido.



KIRISHIMA

Pertenecía a la clase *Kongo*. En la época de su construcción, durante la primera Guerra Mundial, este buque había sido clasificado como un crucero de batalla; pero después de 1930 fue reclasificado como acorazado rápido. **Desplazamiento**: 29.330 t. **Eslora**: 223 m. **Manga**: 31 m. **Calado**: 9,8 m. **Velocidad**: 30 nudos. **Espesor máximo de la coraza en la línea de flotación**: 203 mm. **Armamento**: 8-356, 14-152, 8-127 a.a. y 20-25, aproximadamente, a.a. **Aviones**: 3. **Tripulación**: 1457 hombres.

GUADALCANAL LAS ULTIMAS OPERACIONES

Donald Macintyre, capitán de navío

Aun después de las rotundas derrotas sufridas en octubre en el "Bloody Ridge", el Mando Supremo Imperial nipón se negó a admitir que debía abandonarse Guadalcanal y continuó preparando los planes para otra ofensiva destinada a expulsar a los americanos. Sin embargo, a pesar de las victorias conseguidas contra los cruceros estadounidenses, que intentaban interceptar el flujo vital de los convoyes de abastecimiento japoneses, era imposible ignorar que la lucha por la isla se había convertido ya en una especie de pozo sin fondo, que se tragaba a los soldados y a los aviadores, indispensables en otros sectores, y que el precio que suponía la continuación de aquella lucha sería mayor que las desventajas representadas por el abandono definitivo de la isla.



La batalla de las islas de Santa Cruz, que tuvo lugar el 23-24 de octubre de 1942, había eliminado, temporalmente, a los grandes portaaviones de ambas fuerzas navales enemigas, dedicadas por completo a la actividad de apoyo y de abastecimiento de las fuerzas de tierra que se batían por Guadalcanal. Mientras tanto, la derrota sufrida por sus tropas había puesto a los japoneses ante el dilema de si debían o no persistir en el intento de arrancar a los americanos el aeródromo Henderson y las plantaciones de coco que lo rodeaban. El Mando Supremo Imperial japonés se negaba a admitir la derrota; en consecuencia se asignaron al Ejército 17 nuevas divisiones y brigadas procedentes de lejanas zonas del Imperio; y también la División 18, del teniente general Sano, se preparó para su envío a Guadalcanal, para participar en un cuarto y decisivo ataque, que se lanzaría a mediados de enero de 1943.

En las bases de Truk, Rabaul y de las islas Shortland se estaban concentrando los buques de transporte japoneses; mientras que en Espíritu Santo y en Numea, la fuerza anfibia del contraalmirante Turner estaba efectuando apresuradamente operaciones de embarque. Los americanos fueron los primeros en terminar los preparativos; pero, mientras tanto, el indómito contraalmirante Tanaka había reemprendido, a lo largo del Slot, las carreras nocturnas del «Tokyo Express».

El día 11 empezaron a llegar las unidades de transporte de Turner y, durante dos días, mientras los cazas del aeródromo Henderson rechazaban los ataques de los bombarderos japoneses, se desembarcaron apresuradamente tropas de refresco y abastecimiento. Pero el día 12 llegó la noticia de que grandes unidades de superficie japonesas, entre las cuales había algunos acorazados, se dirigían a Guadalcanal, donde llegarían aquella misma noche.

Aunque una formación norteamericana, que comprendía el portaaviones *Enterprise* (en el que los equipos de reparaciones estaban aún trabajando para poner de nuevo en funcionamiento el montacargas averiado) y los nuevos acorazados *Washington* y *South Dakota*, también estaba llegando a toda máquina desde Numea, no podría estar en Guadalcanal antes del 13. Por lo tanto, mientras los buques de transporte se retiraban se confió a los cruceros y destructores de escolta (mandados por el contraalmirante Daniel Callaghan) la misión de hacer frente a la formación japonesa. En esta última figuraban los acorazados *Hiei*, en el que ondeaba la insignia del vicealmirante Hiroaki Abe, y *Kirishima* (armados con 8 cañones de 356 mm); el crucero ligero *Nagara* y 14 destructores.

La formación de Callaghan, que comprendía los cruceros pesados *San Francisco* (buque insignia) y *Portland* (con 9 cañones de 203 mm), los cruceros ligeros *Helena* (15 cañones de 152 mm), *Juneau* y *Atlanta* (16 cañones de 127 mm) y 8 destructores, podía considerarse un eficaz adversario para los japoneses en una batalla nocturna, en la que, probablemente, la victoria correspondería al bando que consiguiera asestar el primer golpe, pues algunas de las unidades americanas tenían la inestimable ventaja de disponer de radar.

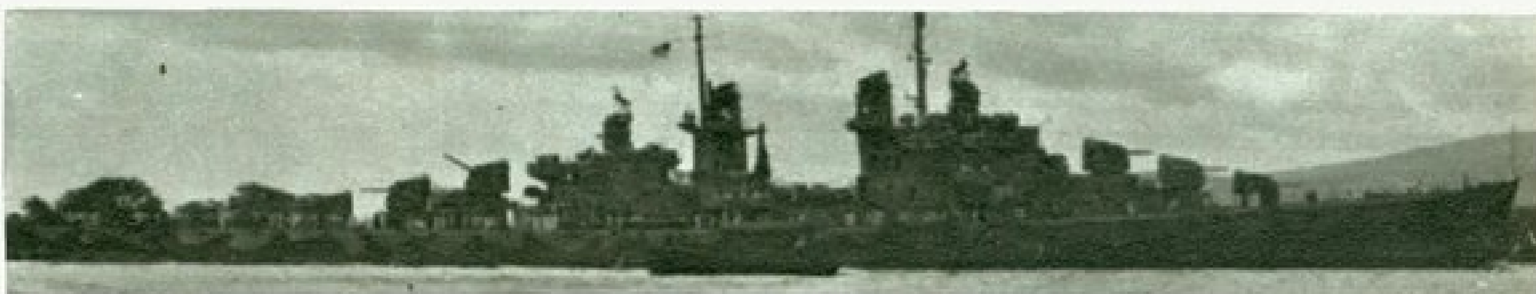
El *San Francisco*, sin embargo, no lo tenía; y, para estar debidamente informado, Callaghan debía contar con el *Helena*. Cuando la formación se encontrase con el enemigo, sería mucho lo que dependería de la eficacia del sistema de comunicaciones y de una utilización disciplinada de la radio. El contraalmirante Scott, ahora embarcado en el *Atlanta*, había pasado ya por una triste experiencia en la batalla de cabo Esperance.

En cierto modo, la experiencia de Scott determinaba el comportamiento de Callaghan. La del cabo Esperance se consideraba una victoria mucho más aplastante de lo que en realidad había sido. No obstante, en aquella ocasión, la confusión que se creó estuvo a punto de originar un desastre. Callaghan, por lo tanto, descartó toda idea de permitir a sus destructores la suficiente libertad de maniobra para aprovechar plenamente su dotación de torpedos. Fue, pues, en una larga línea de fila única (a la cabeza los destructores *Cushing, Laffey, Sterett* y *O'Bannon*; después los cruceros *Atlanta, San Francisco, Portland, Helena* y *Juneau*; finalmente, en la retaguardia, los destructores *Aaron Ward, Barton, Monssen* y *Fletcher*) como, poco después de la una del día 13, su formación navegaba en dirección Oeste, más allá de Punta Lunga.

Noviembre de 1942: ataque aéreo japonés contra una formación naval norteamericana que transporta refuerzos a Guadalcanal. La nube de humo visible en el centro ha sido provocada por un avión japonés que se ha abatido contra una de las unidades norteamericanas. (US Navy)



Acorazado japonés *Hiei*. Alcanzado varias veces la noche del 12-13 de noviembre de 1942, en el curso del encuentro en aguas de Guadalcanal, la tarde siguiente fue atacado de nuevo por aviones norteamericanos y quedó inmovilizado. Después de ponerse a salvo la tripulación en los destructores de escolta, el buque fue hundido. (US Navy)



El crucero estadounidense *Atlanta* fue una de las primeras víctimas de la batalla del 12-13 de noviembre. Una lluvia de proyectiles disparados a quemarropa se abatió sobre el buque, matando al almirante Scott y a casi todos sus oficiales. Remolcado de principio por una unidad procedente de Guadalcanal, al final tuvo que ser hundido. (US Navy)



Acorazado japonés *Kirishima*. La noche del 14-15 de noviembre, el acorazado *Washington* apuntó todas sus piezas de 406 y 127 mm contra este navío nipón y abrió fuego a una distancia de 8000 metros. Sorprendido, el *Kirishima* se transformó rápidamente en un montón de chatarra ardiendo y se hundió en siete minutos. (Imperial War Museum)

Mientras tanto, después de pasar entre las islas de Santa Isabel y de Florida, la división del almirante Abe estaba doblando la isla de Savo, y se aproximaba a una velocidad de 25 nudos. Abe había destacado a tres de sus destructores para que patrullasen las aguas al oeste de Guadalcanal. El crucero *Nagara* y seis destructores formaban una pantalla cuneiforme alrededor de los dos acorazados, que navegaban uno tras otro; otros dos destructores procedían delante del lado izquierdo de la cuña, haciendo de defensa exterior, y otros tres, que debían encontrarse en una posición simétrica a la derecha, no habían conseguido mantenerla y se encontraban retrasados.

A las 01,24 horas esta formación apareció en la pantalla de radar del *Helena*, a una distancia comprendida entre 13,5 y 16 millas. Informado de la localización por el radioteléfono TBS (Talk Between Ships, comunicación verbal entre buques), Callaghan hizo virar a su formación, primero hacia el enemigo, para establecer contacto, y después, una vez comprobado el rumbo y la velocidad del adversario, en dirección Norte, cruzando la ruta de los japoneses a una velocidad de 20 nudos.

Primer asalto de las últimas batallas

Los acontecimientos se sucedieron entonces rápidamente; la distancia disminuiría, y los japoneses ni sospechaban siquiera que hubiera tan cerca una formación enemiga. Si Callaghan hubiera dado órdenes de entablar batalla a sus unidades provistas de radar la sorpresa habría sido total; pero no se dio ninguna orden de abrir fuego; el momento propicio pasó y, a las 01,41 horas exactamente el destructor americano que guiaba la formación, el *Cushing*, y los dos buques japoneses de cabeza, el *Yudachi* y el *Marusami*, se avistaron simultáneamente a poquísima distancia.

El *Cushing* viró en seguida a babor para evitar la colisión; las unidades que lo seguían, sorprendidas, intentaron seguir su estela, pero no consiguieron otra cosa que amontonarse una al lado de otra. En medio del confuso balbuceo procedente de la radio, el almirante americano no conseguía comprender lo que estaba ocurriendo. A las 01,45 dio aviso previo: «Mantenerse preparados para abrir fuego». En realidad, como no



Una «fortaleza volante» norteamericana volando sobre las islas Salomón. El 14 de noviembre de 1942, siete aviones torpederos y dieciocho bombarderos en picado norteamericanos, procedentes de Guadalcanal, atacaron un convoy de barcos de transporte del almirante Tanaka y hundieron siete buques. (US Navy)

se había identificado ningún objetivo con precisión; no podía hacer nada más. El rígido sistema de mando vigente en las formaciones navales americanas no permitía que ninguna unidad abriese fuego por iniciativa propia. Así, durante cinco largos minutos, no sucedió nada; pero los buques que iban en cabeza de la formación japonesa aprovecharon aquellos momentos para colocarse alrededor de los buques americanos.

Después, de forma inesperada y dramática, desgarró la oscuridad el blanco rayo de los reflectores, que se concentraron en el *Atlanta*. Una lluvia infernal de proyectiles, disparados a quemarropa, cayó sobre el buque, matando al almirante Scott y a casi todos sus oficiales. Fue entonces cuando el buque insignia americano dio la orden de abrir fuego.

Los japoneses, que se habían recuperado rápidamente de la sorpresa y podían actuar con mayor iniciativa, aprovecharon hábilmente la confusión. Las «largas lanzas», sus famosos torpedos, no tardaron en entrar en escena; uno de ellos inmovilizó al *Atlanta* y otros alcanzaron a los destructores *Cushing* y *Laffey*, que se hundieron. El *Sterett* quedó fuera de combate, se incendió y tuvo que abandonar la acción.

Mientras tanto, los cruceros pesados de Callaghan habían entrado por fin en acción: el *San Francisco* mantuvo bajo un breve pero denso fuego a un destructor, iluminado por las bengalas, antes de transportar el tiro de sus cañones a distancia más corta, contra un «pequeño crucero o gran destructor». Dos salvas completas de proyectiles de 203 mm habían alcanzado e incendiado este objetivo cuando aparecieron los acorazados japoneses; los cañones del crucero dirigieron entonces el fuego contra estos nuevos adversarios. En aquel momento Callaghan, con gran desconcierto, se dio cuenta de que quizá el «pequeño crucero o gran destructor» fuera en realidad el acribillado *Atlanta*, y que otras de sus unidades estaban cometiendo el mismo error. El almirante ordenó suspender el fuego.

Los cañones del *San Francisco* estaban silenciosos cuando, completamente iluminado por la luz cegadora de los reflectores, el crucero se convirtió en blanco de los cañones de 356 mm del *Kirishima*, así como de los de las otras unidades japonesas, que disparaban ya casi a quemarropa. La superestructura del *San Francisco* quedó literalmente desintegrada. Murieron el almirante Callaghan, el comandante del buque insignia y los oficiales. Aproximadamente en el mismo momento, el *Portland* y el *Juneau* fueron torpedeados: el primero, alcanzado a popa, comenzó a girar, y el otro, alcanzado en la sala de máquinas, quedó inmovilizado y en precarias condiciones. De los cruceros americanos sólo el *Helena* salió de la batalla sin sufrir graves daños.

También los destructores americanos que figuraban en la cola fueron muy castigados. El explorador de flotilla *Aaron Ward* se vio sometido a un intenso fuego y tuvo que detenerse, con la sala de máquinas inundada; el *Barton*, alcanzado por dos torpedos, se hundió; el *Monssen*, abandonado cuando era ya presa de las llamas, estalló. Sólo el *Fletcher*, guiado por su nuevo radar, consiguió salvarse.

Pero tampoco los japoneses habían salido indemnes de la batalla. El destructor *Akatsuki* se hundió y el *Yudachi* resultó gravemente averiado e inmovilizado. De los acorazados, el *Kirishima*, que prácticamente no había sido alcanzado por ningún proyectil, se había alejado hacia el Norte, incólume, seguido por el resto de los destructores y por el *Nagara*. El buque insignia *Hiei*, en cambio, llevaba las señales del fuego enemigo. Numerosos disparos le habían causado averías, y se alejó con dificultad hacia el Oeste.

Al amanecer, el Ironbottom Sound apareció lleno de buques maltrechos. El más devastado era el desgraciado crucero *Atlanta*, con la cubierta y el puente casi destruidos; lo remolcó un remolcador procedente de Guadalcanal, pero después lo tuvieron que hundir. Al *Portland* y al *Aaron Ward* los remolcaron hasta Tulagi. El *San Francisco*, cuyas superestructuras estaban reducidas a chatarra; el *Juneau*, que se mantenía a flote con dificultad, y el *Sterett*, el *O'Bannon* y el *Fletcher*, se alejaron guiados por el *Helena*.

La batalla había terminado, pero ambos bandos sufrirían aún graves pérdidas. A la formación americana, que se estaba retirando hacia Espíritu Santo, la esperó al acecho un submarino japonés. El *Juneau*, alcanzado en su parte central, estalló y se hundió; de toda la tripulación sólo se rescataron diez hombres.

Mientras tanto, el *Hiei*, se alejaba lentamente del escenario de la batalla. Pero unos aviones torpederos del *Enterprise*, que operaban ahora desde el aeródromo Henderson, lo localizaron al norte de la isla de Savo y, en el curso de la tarde, lo atacaron y lo inmovilizaron, dejándolo como fácil blanco para sucesivas incursiones. La fuerte coraza del buque resistió la acción de numerosas bombas; pero los hombres de la tripulación comprendieron que no lo podrían salvar. Los recogieron algunos destructores que acompañaban al acorazado y éste fue hundido. Se trataba del primer acorazado perdido por los japoneses en la guerra.

Terminó así el primer asalto de la lucha por el dominio de las vías de acceso a Guadalcanal.

Segundo asalto: el último gran esfuerzo del Japón

Hasta aquel momento, frente a Guadalcanal, la oscuridad había asegurado a los japoneses el dominio de la situación. Para aprovechar esta ventaja, las unidades que habían salido indemnes de la anterior batalla se habían incorporado a una división naval a la que se le asignó nuevamente el cometido de bombardear el aeródromo Henderson. Esta formación, al mando del vicealmirante Kondo, comprendía el crucero *Atago* (buque insignia), su gemelo *Takao* y el acorazado *Kirishima*, protegido de cerca por el *Nagara* y 6 destructores; el crucero ligero *Sendai*, buque insignia del contraalmirante Hashimoto, y otros tres destructores navegaban delante, como pantalla de protección avanzada.

Esta vez, sin embargo, la formación no llegaría a su destino sin contratiempos. Desde su puesto de mando de Numea, el almirante Halsey había ordenado que los nuevos acorazados *Washington*, buque insignia del contraalmirante Willis A. Lee, y *South Dakota*, acompañados por cuatro destructores, dejasen la escolta del *Enterprise*. Al amanecer, esta formación había doblado la punta occidental de Guadalcanal y a las 21,50 horas, después de navegar alrededor de la isla de Savo, se dirigía hacia el Ironbottom Sound.

El radar aún no había detectado nada; pero como Lee se encontraba tan sólo a 8 millas de los buques de cabeza de Kondo, desde el puente de mando del *Sendai* ya habían avistado al buque insignia americano. Tras comunicarle a Kondo el avistamiento, Hashimoto destacó dos de sus destructores, el *Ayanami* y el *Uranami*, ordenándoles que doblaran Savo en dirección Oeste, mientras el *Sendai* y su tercer destructor seguían a distancia a las unidades enemigas.

Después del mensaje recibido, Kondo ordenó que el *Nagara* y cuatro destructores siguieran al *Ayanami* y al *Uranami* como apoyo, y él proseguiría su ruta siguiendo con las otras unidades.

La formación de Lee, en cambio, constituida recientemente, con unidades que nunca habían operado juntas, no se podía permitir el lujo de separarse del más simple de los esquemas: así, pues, estaba dispuesta en línea de fila; primero los destructores *Walke*, *Benham*, *Preston* y *Gwin*, después los acorazados *Washington* y *South Dakota*. A las 22,52 horas, después de llegar a la zona central del Ironbottom Sound, las unidades americanas viraron hacia el Oeste para pasar por el sur de Savo.

Para Lee, la primera señal de la presencia de unidades enemigas en las proximidades llegó inmediatamente después de que sus buques tomaran un nuevo rumbo: fue entonces, en efecto, cuando su radar detectó al *Sendai*, que se acercaba por el Norte. A las 23,16 los acorazados americanos efectuaron algunas descargas con sus piezas de 406 mm en dirección al crucero, no perfectamente localizado aún, lo que obligó a Hashimoto a mantenerse a distancia. Problemas mucho más inmediatos atrajeron después la atención de Lee, cuando los cañones de sus destructores de cabeza abrieron fuego.

En efecto, el *Walke* había localizado el *Ayanami* y al *Uranami*, que navegaban en una ruta opuesta. Detrás de estas dos unidades japonesas aparecían las siluetas, no muy bien definidas, del *Nagara* y de sus destructores. Se desencadenó entonces un violentísimo combate, en el que el acorazado *Washington* unió el fuego de sus cañones menores al de los destructores. Sólo el *South Dakota*, cuyo radar había quedado inutilizado por una avería eléctrica, precisamente en aquel crítico momento, permaneció silencioso.

Una vez más los japoneses demostraron su habilidad en los combates nocturnos. Ocho minutos después del comienzo, el *Walke*, gravemente averiado, tuvo que salir de la formación. Poco después, el *Preston*, reducido ya a chatarra, comenzó a hundirse. El *Gwin* tenía la sala de máquinas inutilizada y varias averías más. En cambio, sólo un destructor japonés, el *Ayanami*, había sido alcanzado seriamente.

Muy satisfechos, el *Nagara* y sus destructores, después de comunicar a Kondo la imprevista presencia de acorazados enemigos, viraron para retirarse. Mientras tanto, el *Washington* y el *South Dakota* trataban afanosamente de esquivar los restos en llamas de los destructores. El buque insignia se alejó hacia babor, pero el *South Dakota* se había apartado de la ruta, dirigiéndose en dirección opuesta y desprovisto de la ayuda del radar, perdió inesperadamente el contacto. Navegando a ciegas, el acorazado se convirtió en fácil blanco para el *Nagara* y sus destructores: por un verdadero milagro los 34 torpedos que las unidades japonesas se apresuraron a lanzar no alcanzaron su objetivo. Después, la cegadora claridad de los reflectores lo iluminó para servir de blanco a los cañones de 356 mm y 203 mm del *Kirishima* y de los cruceros japoneses que estaban llegando.

Vacilando bajo los impactos e incapaz de responder con eficacia, el *South Dakota* se encontraba en serio peligro; pero precisamente en aquel momento tan crítico le llegó la ayuda salvadora del acorazado *Washington*. El radar de este último funcionaba perfectamente; con su ayuda, el acorazado dirigió contra el *Kirishima* todas sus piezas de 406 y 127 mm, y a la reducidísima distancia de 8000 metros abrió fuego. Atacado por sorpresa, el acorazado japonés empezó a recibir impactos que, en siete minutos, lo dejaron reducido a una chatarra incendiada y a la deriva.

Esto fue demasiado para Kondo, quien, no disponiendo de radar, no podía darse cuenta de que la formación de la que aún disponía, formada por dos cruceros pesados, dos cruceros ligeros y 8 destructores ya sólo tenía ante sí al *Washington*. El almirante japonés decidió, pues, retirarse, dejando junto al *Kirishima* y al *Ayanami* al *Sendai* y cuatro destructores; éstos hundieron a las dos unidades averiadas y salvaron a sus tripulaciones.

Esta acción fue el último gran esfuerzo efectuado por el Japón para enviar refuerzos a Guadalcanal. El comandante en jefe japonés, almirante Yamamoto, decidió no arriesgar para ello ningún mercante más ni ninguna unidad de guerra pesada. A partir de entonces la actividad de Tanaka se reduciría a velocísimas incursiones de destructores, que lanzaban al agua, cerca de la costa, «cadenas» de cajas flotantes, atadas entre sí, que contenían los abastecimientos que las tropas de tierra debían recuperar.

Una notable victoria para Tanaka

La opinión expresada por Tanaka de que Guadalcanal no se podía defender y que las fuerzas de tierra se debían evacuar no la tuvo en cuenta el Alto Mando. Hasta qué punto estaba debidamente fundada esta opinión lo demostraba la inutilidad de los esfuerzos del «Tokyo Express»; en efecto, aunque los destructores de Tanaka conseguían a menudo llegar a las costas de la isla y descargar en el mar sus abastecimientos, las fuerzas que combatían en tierra no conseguían recuperar más que una mínima parte. Y no obstante, una de estas operaciones, constituiría una última y notable victoria del audaz almirante nipón.

Cuando el 30 de noviembre abandonó, con 8 destructores, la base avanzada de Buin, en el extremo meridional de Bougainville, los americanos tuvieron noticia de ello. Una formación recién constituida, formada por 5 cruceros y 4 destructores, recibió inmediatamente la orden de interceptar a las unidades enemigas. El mando de esta formación se había asignado al contraalmirante Thomas Kinkaid, quien, habiendo asimilado las enseñanzas tácticas de las batallas anteriores, procuró organizar y adiestrar a sus unidades de forma adecuada. Si se producía un enfrentamiento nocturno, el grupo de destructores se lanzaría hacia delante, desde 30° de la dirección de la proa, por el lado del combate, para poder lanzar, con ayuda del radar, un ataque por sorpresa con torpedos; mientras tanto, manteniéndose a una distancia de 12.000 m del enemigo, los cruceros no abrirían fuego hasta que los torpedos de los destructores llegasen a sus objetivos.

El plan era bastante bueno, y cuando el contraalmirante Carleton H. Wright sustituyó a Kin-



12-13 de noviembre: primera batalla de Guadalcanal

La formación de destructores y de cruceros de Callaghan es sorprendida por los japoneses, que ponen fuera de combate a cuatro destructores y rompen la formación norteamericana; pero el *Hiei*, después de haber sido atacado y alcanzado varias veces, primero por los buques aliados y poco después por aviones norteamericanos, ha de ser hundido por los mismos destructores japoneses.



14-15 noviembre: segunda batalla de Guadalcanal

Una nueva demostración de la habilidad de los japoneses en los combates nocturnos. Sin embargo, precisamente en el momento más crítico, cuando los americanos habían perdido ya cuatro destructores, el acorazado *Washington*, gracias al auxilio del radar, abrió fuego contra el acorazado *Kirishima* y lo hundió. El almirante Kondo se vio obligado a retirarse.



30 de noviembre: batalla de Tassafaronga

La formación norteamericana, al mando del almirante Wright, se encuentra con los destructores de Tanaka. Los buques japoneses logran hundir un crucero norteamericano y averiar otros tres, que luego fueron remolcados a Tulagi para su reparación. Sin embargo, y a pesar de estas pérdidas, el combate de Tassafaronga no cambió el resultado positivo conseguido por los americanos en las batallas por Guadalcanal.

1942

12-13 de noviembre: una formación de cinco cruceros y ocho destructores norteamericanos, al mando del contraalmirante Callaghan, intercepta una división naval japonesa, compuesta por dos acorazados, un crucero y catorce destructores. Resultan gravemente averiados cuatro cruceros norteamericanos y quedan asimismo fuera de combate cuatro destructores. En una segunda fase son hundidos un crucero norteamericano y el acorazado japonés *Hiei*.

13-14 de noviembre: una división de cruceros japoneses bombardea el aeródromo Henderson. Pero al amanecer es atacada por aviones torpederos norteamericanos y resulta hundido un crucero nipón. Fuerzas aéreas norteamericanas atacan también un convoy japonés, mandado por el contraalmirante Tanaka, y hunden siete buques de transporte en el Slot.

14-15 de noviembre: una fuerza japonesa, compuesta por un acorazado, cuatro cruceros y nueve destructores, que se dirigía a bombardear el aeródromo Henderson, es interceptada por una formación norteamericana formada por dos acorazados y cuatro destructores. En un breve encuentro el acorazado norteamericano *South Dakota* resulta dañado y quedan fuera de combate cuatro destructores norteamericanos. Los japoneses pierden el acorazado *Kirishima* y un destructor.

30 de noviembre: Tanaka, partiendo de Buin, conduce a Guadalcanal ocho destructores en misión de abastecimiento. Sorprendido por una formación norteamericana de cinco cruceros y cuatro destructores, los japoneses ponen fuera de combate a cuatro de los cruceros enemigos, hundiéndose uno de ellos, y pierden un solo destructor.

1-15 de diciembre: a la 11ª División de *Marines* la sustituye el Cuerpo de Ejército XIV.

7-11 de diciembre: fuerzas navales norteamericanas interceptan dos ulteriores expediciones de abastecimiento japonesas y son pocos los víveres y municiones que llegan a los japoneses.

1943

4 de enero: el Mando Supremo japonés cursa órdenes para que se dé comienzo a la evacuación del Ejército 17.

26 de enero: las fuerzas de tierra americanas empiezan su primera ofensiva.

30 de enero: un batallón norteamericano es transportado por mar, detrás del cabo Esperance, para desembarcar a espaldas del enemigo.

9 de febrero: las fuerzas norteamericanas se reúnen cuando ya los japoneses han terminado con éxito la evacuación.

kaid, decidió adoptarlo. A las 22,25 horas de la noche del 30 de noviembre, cuando entraba en el Ironbottom Sound, a una velocidad de 20 nudos, la formación estaba dispuesta de la forma siguiente: el *Minneapolis* iba al frente de los cruceros *New Orleans, Pensacola, Honolulu* y *Northampton*; delante del flanco izquierdo procedían en fila los destructores *Fletcher, Perkins, Maury* y *Drayton*. Dos millas separaban el *Drayton* del buque insignia; detrás iban otros dos destructores, el *Lamson* y el *Lardner*.

La noche era oscura y el cielo estaba cubierto; la visibilidad era de unas 2 millas y el mar parecía una balsa de aceite. A las 22,38 la formación viró 40° a babor; como habían efectuado la maniobra simultáneamente, todos los buques se hallaron en dirección a la cabeza de puente japonesa de Tassafaronga.

Hacia la misma zona estaba navegando la flotilla de Tanaka. Dispuestos en fila detrás de su unidad insignia, el destructor *Naganami*, navegaban otros seis destructores: *Makinami, Oyashio, Kuroshio, Kagero, Kawakaze* y *Suzukase*. Delante y a babor del buque insignia y a unas 3 millas de distancia de éste se encontraba, como avanzadilla, el *Takanami*.

El radar del *Minneapolis*, localizó a los japoneses a una distancia de 11,5 millas. Entonces, el almirante Wright ordenó virar inmediatamente 40° a estribor, reconstituyendo así la formación primitiva. Se trataba, aproximadamente, de la formación prevista en el plan de Kinkaid; pero cuando los radar señalaron que el enemigo seguía una ruta en dirección Sudeste, Wright ordenó virar de nuevo 20° a babor, para colocarse paralelamente a los japoneses. Toda su formación estaba ahora dispuesta en una larga línea de fila, lo que difería mucho del esquema original.

De haber entablado inmediatamente la batalla habría podido aprovechar aún la ventaja que le proporcionaba el radar; sus destructores de cabeza se encontraban en la posición ideal para lanzar los torpedos. Pero los comandantes de flotilla no podían tomar por su cuenta decisiones de este tipo. Y así, mientras los buques enemigos pasaban, por una ruta paralela, a una velocidad relativa de 32 nudos, el más antiguo de los comandantes de los destructores, el del *Fletcher*, se vio obligado a pedir permiso para abrir fuego.

Durante cuatro fatales minutos el almirante titubeó. Y cuando dio su autorización el objetivo se encontraba ya hacia popa, en posición oblicua, lo que reducía mucho la posibilidad de que fuera alcanzado. Sin embargo, aun así, los americanos podían conseguir cierta ventaja si se mantenía a los japoneses en la ignorancia de la amenaza que se cernía sobre ellos. Pero el almirante americano, haciendo también caso omiso de esta parte del plan, ordenó que sus unidades se empeñasen inmediatamente en combate de artillería. Las llamaradas cegadoras de los cañones de 203 mm fueron la señal de alarma para los japoneses.

Totalmente sorprendidos, los veteranos de Tanaka tuvieron ocasión una vez más, de poner a prueba toda su habilidad en los combates nocturnos. El aislado *Takanami*, el más próximo al enemigo soportó todo el peso del fuego de los cruceros americanos, pero antes de que los disparos lo inmovilizaran, consiguió lanzar sus torpedos. El buque insignia de Tanaka y sus dos unidades de retaguardia viraron inmediatamente, lanzando también sus torpedos; los resplandores de los cañones enemigos les permitían localizar perfectamente los objetivos. Los otros cuatro destructores siguieron, durante cierto tiempo, su ruta hacia el Sudoeste, hasta que hubieron lanzado al mar todas las cadenas de cajas. Dos de ellos lanzaron los torpedos antes de invertir el rumbo, para retirarse; los otros dos, en cambio, antes de lanzar los suyos invirtieron el rumbo y viraron para reducir la distancia.

Así, mientras las unidades americanas seguían su navegación en línea de fila, disparando sin éxito en dirección al confuso objetivo de la flotilla japonesa, cinco haces distintos de torpedos se dirigían hacia ellos. A las 23,27 alcanzó su objetivo el primer grupo de torpedos; dos alcanzaron al *Minneapolis*, devastando un local de calderas y destruyendo el castillo de proa; el crucero escoró y quedó inmovil. Mientras maniobraba para esquivar el buque insignia, el *New Orleans* resultó alcanzado a su vez: la explosión simultánea de la cabeza del torpedo y del pañol de municiones anterior hicieron desaparecer todo el castillo de proa. El *Pensacola*, que seguía al *New Orleans* viró a la izquierda; pero después de esquivar a las dos unidades averiadas, reemprendió su ruta hacia el Oeste, lo que lo colocó en la trayectoria del siguiente grupo de torpedos, uno de los cuales alcanzó al crucero precisamente en el centro, provocando daños muy graves y muchas víctimas. Los dos últimos cruceros viraron a estribor. El *Honolulu* se alejó prudentemente en zigzag, en dirección Noroeste, a una velocidad de 30 nudos, y consiguió huir; el *Northampton*, en cambio, después de esquivar los cascos incendiados de los otros tres cruceros, volvió a la ruta anterior, sufriendo así la misma suerte que el *Pensacola*: dos torpedos lo alcanzaron e incendiaron.

Los cuatro destructores americanos de cabeza, al no lograr distinguir claramente objetivo alguno, se habían alejado en dirección Noroeste, y, después de doblar con el *Honolulu* la isla de Savo, volvieron al escenario del desastre. A excepción del *Takanami*, que se estaba hundiendo, todos los destructores de la flotilla de Tanaka se alejaban indemnes a toda velocidad, dejando tras ellos las oscuras aguas del Ironbottom Sound iluminadas por las llamas que envolvían a los cuatro cruceros americanos. El *Northampton* se hundió muy pronto; los demás pudieron ser remolcados hasta Tulagi.

Demasiado tarde

La batalla de Tassafaronga fue una gran victoria japonesa y un éxito que consagró la gran valía de Tanaka; pero no influyó en absoluto en el destino de Guadalcanal. Aunque en diciembre el «Tokyo Express» consiguió efectuar tres incursiones nocturnas más, la situación no sufrió cambios sustanciales.

El 11 de diciembre, el propio Tanaka, a bordo de un nuevo buque insignia (el destructor *Terezuki*, capaz de una velocidad de 39 nudos) acompañó a los destructores destinados al transporte de abastecimientos.

Después de rechazar un ataque aéreo al amanecer, las unidades japonesas continuaron su navegación, y antes de retirarse echaron al mar, frente al cabo Esperance, 1.200 cajas. Mientras tanto, el *Terezuki*, que patrullaba frente a la isla de Savo, atacó y rechazó a algunas lanchas torpederas, procedentes de Tulagi, que intentaban dificultar la operación; pero en el combate, también el destructor japonés fue alcanzado por un torpedo y se había incendiado. El *Naganami* rescató a Tanaka, herido y desvanecido, así como a muchos otros tripulantes del buque insignia, que se estaba hundiendo ya.

Hasta el indomable Tanaka había llegado ya al límite de su resistencia: reemplazado por el contraalmirante Koyanagi, volvió al Japón. El Estado Mayor General Imperial se convenció, al fin, de que los intentos de abastecer a las fuerzas de Guadalcanal no justificaban el continuo desgaste que ello suponía. Y así el día 4 de enero, se impartieron las órdenes referentes a la evacuación y al repliegue sobre nuevas posiciones defensivas en Nueva Georgia, donde, hábilmente escondido entre los palmerales, se estaba construyendo, en Munda, un aeródromo.

La evacuación de unos 12.000 hombres, dada la superioridad naval y aérea que los americanos habían conseguido en aquel sector del Pacífico podría parecer un intento desesperado. Y no obstante cada tarde, cuando oscurecía, en las aguas de Guadalcanal el dominio de la situación volvía a manos de la habilísima Marina japonesa, que, muy en secreto, se preparaba para aprovechar este factor. En enero, tres incursiones nocturnas del «Tokyo Express» hicieron creer a los americanos que continuaba el envío de refuerzos. Después, el día 1 de febrero, antes del comienzo de la luna nueva, los japoneses pusieron en práctica el plan de evacuación tan hábilmente disimulado hasta entonces. Protegidos por una formación de cazas, 20 destructores descendieron por el Slot; naturalmente, éstos no podían disimular sus movimientos durante las horas del día, y se entabló un violento combate aéreo durante el cual quedó averiado un destructor. Después del anochecer, la misión de continuar la acción se confió a algunas lanchas torpederas americanas, que, sin embargo, no consiguieron resultado alguno, es más, perdieron tres de sus unidades.

Tres días después, un crucero y 22 destructores repitieron la operación; por último, el día 7, hostigados en vano por los ataques de los aviones del aeródromo Henderson, 18 destructores llegaron a Guadalcanal para embarcar a las últimas fuerzas japonesas que quedaban en la isla.

La lucha por Guadalcanal había terminado.

LA PISTA DE KOKODA

John Vader

Los japoneses proyectaban reforzar su perímetro defensivo apoderándose de Port Moresby, en Nueva Guinea. Este puerto sería un punto clave para el acceso al mar del Coral, una base para incursiones aéreas contra el norte de Australia y un trampolín de lanzamiento para posteriores acciones encaminadas a aislar a Australia de sus aliados. Pero la batalla del mar del Coral les obligó a abandonar la idea de una invasión por mar, y en cuanto intentaron llegar a su objetivo atacando el país a través de las escabrosas montañas del interior, se encontraron empeñados en duros combates con los australianos en el corazón de la jungla. Y en este tipo de combates, los australianos demostrarían estar a la altura de los japoneses.



La potente ofensiva japonesa en el Pacífico fue tan rápida como profunda, y así, ya el 23 de enero de 1942 los nipones habían desembarcado en Kavieng (Nueva Irlanda) y en Rabaul (Nueva Bretaña). Las fuerzas japonesas (5300 hombres) vencieron rápidamente a los 1400 australianos de guarnición en Rabaul, y el Mando Supremo japonés decidió que con la constitución de otras bases en Port Moresby, en Nueva Caledonia, en las islas Fidji y en las Samoa se aislaría a Australia, permitiendo una más fácil defensa del sector meridional del Pacífico.

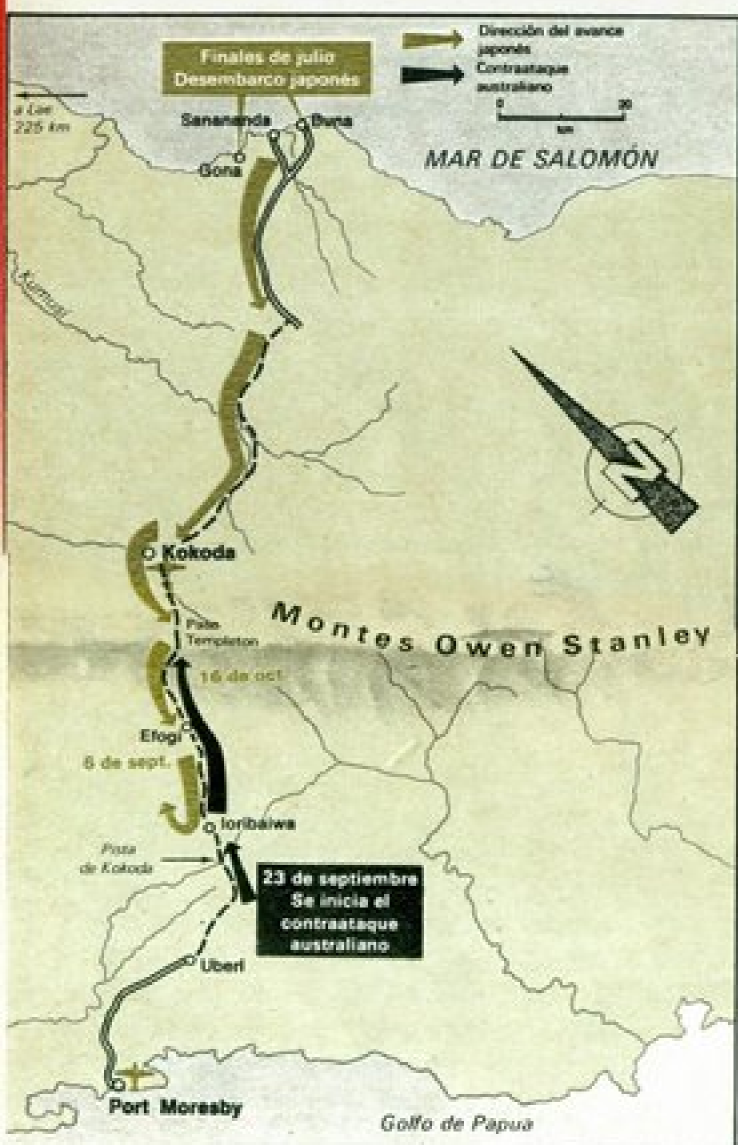
Despegando de Rabaul y de los portaaviones, los aparatos de reconocimiento japoneses comenzaron a sobrevolar Nueva Guinea, llegando hasta el norte de Australia. Port Darwin sufrió la primera de muchas incursiones aéreas el 19 de febrero; pero el objetivo principal era Port Moresby, y todas las incursiones y vuelos de reconocimiento formaban parte del plan estratégico que tenía como objetivo su conquista. Los nipones desembarcaron el 8 de marzo en la costa septentrional, más allá de los densos bosques que cubren la cadena del Owen Stanley y ocuparon Lae y Salamaua. Estos desembarcos no encontraron prácticamente resistencia alguna, y durante varias semanas los invasores se dedicaron activamente a preparar el avance hacia el Sur.

Pero los japoneses que se encontraban en el valle de Markham, cerca de Lae y de Salamaua, a unos 70 km al Sur, en el golfo de Huon, estaban vigilados a distancia por pequeñas unidades de comandos australianos y de fusileros voluntarios de Nueva Guinea (NGVR, *New Guinea Volunteer Rifles*); no obstante, por lo general, pudieron continuar construyendo aeródromos y desarrollando su actividad de patrulla sin demasiadas molestias. Se encontraban en aquella zona para sentar las bases de un posterior avance nipón por la costa septentrional, mientras que Port Moresby se conquistaría lanzando un ataque con fuerzas desembarcadas por mar. Pero éste fue el punto en el que los planes japoneses empezaron a fallar.

Sus ataques aéreos contra Tulagi, en las islas Salomón, habían atraído a las fuerzas navales americanas a las aguas del Pacífico meridional, y cuando la fuerza de invasión japonesa zarpó en dirección a Port Moresby, en el mar del Coral, fue interceptada y rechazada. Por lo tanto, Port Moresby, ya no estaba amenazada por el mar, sino por las pistas que cruzaban la cadena del Owen Stanley, por las que los japoneses avanzarían desde sus bases de Lae y Salamaua.

Después de conseguir resultados tan brillantes en la primera fase del ataque, los japoneses se veían obligados, en aquel momento, a retrasar todo ulterior avance con el fin de consolidar las posiciones conquistadas y prepararse para la fase siguiente. Esta pausa fue de vital impor-





El importante centro costero de Port Moresby, en Nueva Guinea (mapa pequeño), debía constituir, según los planes japoneses, un punto clave de acceso al mar del Coral; una importante base para las proyectadas incursiones aéreas sobre Australia y, en consecuencia, un medio para aislarla de sus aliados. Sin embargo, después de la derrota experimentada en la batalla del mar del Coral (5-8 de mayo de 1942), los japoneses, tras abandonar el proyecto de un desembarco en Port Moresby, decidieron conquistar la ciudad efectuando un avance desde Buna y Gona, a través de la pista de Kokoda (mapa grande). La ofensiva dio comienzo a fines de julio de 1942 y, a mediados de septiembre, los japoneses habían hecho retroceder a los australianos hasta Ioribaiwa. No obstante, llegados a este punto, se desbarataron todos los ulteriores intentos: el 23 de septiembre los Aliados contraatacaron de nuevo y obligaron a los japoneses a retirarse a otras posiciones. Los nipones acababan de perder con ello la esperanza de conquistar Port Moresby.

Los combates por Nueva Guinea 1942

23 de enero: fuerzas japonesas desembarcan en Kavieng, en Nueva Irlanda, y en Rabaul, en Nueva Bretaña.

8 de marzo: los japoneses ocupan Lae y Salamaua, en Nueva Guinea.

5-8 de mayo: batalla del mar del Coral.

4 de junio: batalla de Midway.

16 de agosto: las fuerzas australianas entran en contacto con las unidades japonesas que avanzan por la cadena del Owen Stanley.

26 de agosto-6 de septiembre: se rechaza el desembarco japonés en la bahía Milne.

1-6 de septiembre: los japoneses obligan a las fuerzas australianas a retirarse a Efogi.

23 de septiembre: comienza el contraataque lanzado por las fuerzas australianas, que rechazan a los japoneses primero hasta el paso Templeton y luego a sus posiciones defensivas de Buna, Gona y Sanananda.



El general MacArthur (a la izquierda) con el general Blamey. El 6 de septiembre de 1942, cuando las tropas de la milicia australiana, bajo la presión de la ofensiva japonesa, se replegaron a Efogi, MacArthur, demostrando ignorar por completo las condiciones en que se desarrollaba la campaña y la calidad de los hombres en ella empeñados, declaró que los australianos no estaban a la altura del enemigo y que, para detener el avance japonés, se necesitaban «comandantes más agresivos». En consecuencia envió a Nueva Guinea al general Blamey, quien no tardó en destituir al general Rowell, responsable de las operaciones en aquella zona, y en asumir él mismo el mando de las fuerzas aliadas en Nueva Guinea. (Paul Popper)

tancia, pues dio a los Aliados el tiempo suficiente para reforzar sus posiciones en aquel sector, de tal forma que al producirse el ataque japonés no consiguió grandes resultados.

Poco antes de estallar la guerra en el Pacífico, en Australia se habían construido y adiestrado para combatir en la jungla algunas unidades de comandos: las llamadas Compañías autónomas; estas unidades se hallaban en numerosos puntos de la parte septentrional del continente australiano, desde el Territorio del Norte hasta Timor y desde las Nuevas Hébridas hasta las islas del Almirantazgo. También los fusileros voluntarios de Nueva Guinea estaban en estado de alarma. El 17 de abril, la 5ª compañía autónoma llegó a Port Moresby para atravesar la cordillera, unirse a los fusileros y cooperar con ellos en las actividades de vigilancia y de hostigamiento de los japoneses.

En Nueva Guinea, los generales Blamey y MacArthur pensaban lanzar contra los nipones una ofensiva limitada, y cuando acabó la batalla del mar del Coral convinieron en que la situación estaba ya madura para atacar el sector Lae-Salamaua con fuerzas superiores a las que podía proporcionar el NGVR. El mando del nuevo Grupo se confió a un oficial de la División 6, el mayor Fleay; el Grupo, denominado *Kanga Force*, comprendía un comando, el NGVR, la 2/5ª compañía autónoma, un pelotón de morteros y otro de infantería. A fines de mayo se trasladó la *Kanga Force* a Wau, e inmediatamente empezó a efectuar incursiones que llegaban hasta las posiciones japonesas. Con gran habilidad y valor, utilizando cargas adhesivas, cargas de tritonal, granadas de mano, carabinas automáticas y morteros, los hombres de la *Kanga Force* llevaron a cabo incursiones en las que destruyeron camiones, puentes y edificios.

A comienzos de junio, otra batalla aeronaval en el Pacífico obligó de nuevo a los japoneses a modificar en parte sus planes. En efecto, la batalla de Midway alteró el equilibrio de las fuerzas navales en el Pacífico; no obstante, los japoneses decidieron no alterar su proyectada expansión en Nueva Guinea y continuaron los preparativos para alcanzar su objetivo más inmediato: Port Moresby.

El Ejército 17, del teniente general Harukichi Hyakutake, recibió la orden de concentrar sus divisiones y de prepararse para el ataque. Los japoneses decidieron dejar atrás Nueva Caledonia, las Fidji y Samoa, dando un rodeo, y atacar a lo largo de dos direcciones: por la costa de la bahía Milne (que se ocuparía mediante una acción desde el mar) y, tierra adentro, por la impracticable pista de Kokoda, partiendo de Buna y Gona.

El centro de Kokoda está situado, a unos 350 metros sobre el nivel del mar, a los pies de las primeras pendientes septentrionales de la cadena del Owen Stanley. Además de una oficina gubernativa indígena y una plantación de caucho, Kokoda disponía también de un pequeño aeródromo, que constituía uno de los principales objetivos del avance japonés. A fines de julio, Hyakutake había desembarcado ya unos 13.5000 hombres en Buna y Gona, obligando a los australianos a retirarse más allá de Kokoda, en la localidad montañosa de Deniki. Los combates eran continuos, pero fragmentados en escaramuzas típicas de la guerrilla en la jungla.

Mas tarde, el traslado del poderoso regimiento de Kawaguchi y del batallón agregado a él al frente de Guadalcanal debilitó a las fuerzas japonesas que atacaban la bahía Milne. Los nipones desembarcaron cerca de 2000 hombres en las playas de la bahía, animados por la ingenua suposición de que sólo dos o tres compañías de infantería defendían los 20 ó 30 aviones que había en el aeródromo. El 26 de agosto, por la mañana, dos unidades de desembarco y un contingente especial de la Marina llegaron a la bahía Milne; pero encontraron una resistencia tenaz, tanto por parte de las fuerzas terrestres como de las aéreas.

Además de los aviones se encontraban en la bahía dos brigadas de infantería australianas: la veterana Brigada 18 de la AIF, mandada por el general de brigada Wooten, y la Brigada 7 de la milicia. El conjunto de la *Milne Force*, como

A la derecha: soldados australianos en marcha por la pista de Kokoda. Gracias a los refuerzos desembarcados en Papua, el día 1 de septiembre los japoneses, a pesar de las pérdidas sufridas obligaron a los australianos a replegarse hacia Ioribaiwa. Abajo, a la derecha: soldados japoneses avanzando por la pista de Kokoda. Aunque las fuerzas niponas, bajo el mando del general Horii, sumaban unos 5000 hombres, a fines de septiembre su situación era bastante precaria: su línea de abastecimientos se había alargado peligrosamente, al tiempo que aumentaba la potencia de las fuerzas aéreas aliadas. *(History of the Second World War)*





se llamaba a las dos brigadas, estaba bajo el mando del general de división.

El primer desembarco se produjo frente al batallón LXI de la milicia, después de medianoche, y el 26 de agosto por la mañana, antes de la madrugada, ya se había visto por lo menos un carro de combate japonés. Los cazas de la RAAF atacaron los puntos de desembarco, destruyendo gabarras, depósitos de carburante en bidones y material amontonado en la playa. Bombardeando y ametrallando la zona de los desembarcos y las pistas que conducían a las posiciones australianas, los *Kittyhawk* llevaron a cabo, durante toda la jornada, una eficaz acción de apoyo.

Aunque los japoneses disponían de carros de combate y los australianos no tenían ningún cañón contracarros, la lucha se desarrolló sobre todo entre las dos infanterías. Hubo combates muy violentos, recurriendo los japoneses a ataques nocturnos para confundir y dividir a las unidades australianas. Durante la noche, además, entraron en la bahía Milne algunos buques japoneses para bombardear a los defensores.

Mientras se estaban desarrollando los combates, el general MacArthur se mostró bastante preocupado por su resultado, e incluso cuando los japoneses se retiraron comentó: «La derrota del enemigo en la bahía Milne no ha de tomarse como una medida de la mayor o menor capacidad combativa de las fuerzas que han tomado parte en la acción». El general Slim, por su parte, escribió sobre la batalla de la bahía Milne: «Fueron los soldados australianos los que, por primera vez, rompieron el mito de la invencibilidad del Ejército japonés». Pero por aquellos mismos días, el mito se rompía también en Guadalcanal, donde el Japón estaba empleando sin éxito a sus mejores aviadores contra los pilotos americanos, y los *marines* vencían a su vez a los soldados nipones.

Para el mando australiano fue alentador comprobar que las tropas de la milicia se hallaban en condiciones de hacer frente a decididos ataques japoneses y rechazarlos, aunque como unidades combatientes no tenían la experiencia de sus colegas de la *AIF*, que, naturalmente, estaban más preparados para localizar los puntos de mayor fuerza y de mayor debilidad de los atacantes y actuar en consecuencia. Pero mientras finalizaban los combates de la bahía Milne a favor de los Aliados, los japoneses ganaban terreno en su marcha para cruzar la cordillera del Owen Stanley. Al débil contingente australiano, el general nipón Horii podía oponerle una fuerza de casi 10.000 hombres.

El 16 de agosto, la Brigada 21, de la División 7 AIF, había llegado a la pista de Kokoda y, guiada por el Batallón 2/XIV, empezó a subir la «escalera de oro» que partía de Uberi. En los primeros 5 km la pista ascendía más de 350 metros. La escalinata estaba constituida por escalones de altura variable, entre 25 y 45 cm; el borde de cada escalón estaba formado por un tronco sostenido por pequeños palos, y al otro lado del borde había un charco de agua y barro. Los hombres pronto aprendieron a llevar consigo bastones para apoyarse en la extenuante marcha por aquella pista y a contentarse con las escasas comodidades que ofrecían sus campamentos durante los descansos. La escasez de aviones y la inexperiencia en el lanzamiento de abastecimientos se subsanaron mediante la utilización de porteadores indígenas. Estos indígenas se mostraron leales y entusiastas en su ayuda a los australianos, que los llamaban «ángeles de cabellos rizados».

Las unidades australianas en posición avanzada eran los Batallones XXXIX y LIII de la milicia; estaban desplegados entre Isurava y Alola, en la cordillera principal del Owen Stanley, a unos 120 km de Port Moresby. Era una posición bastante difícil para ambas partes, teniendo en cuenta la naturaleza del terreno en el que tenían que moverse los convoyes de abastecimiento y los refuerzos. Cuando la brigada AIF alcanzó estas posiciones, los ataques japoneses aumentaron en intensidad, y los combates se sucedieron de forma ya prácticamente ininterrumpida. Ambos bandos se acostumbraron en seguida a preparar trampas explosivas, que a veces acababan siendo fatales para los compañeros en vez de serlo para los enemigos. Las emboscadas eran también un elemento esencial en este tipo de guerra, en el que los hombres tenían que recurrir a la improvisación rápida y desarrollar el espíritu de iniciativa para sobrevivir.

«Como un barómetro en un ciclón»

La presión ejercida por los japoneses obligó a los exhaustos hombres de la milicia a replegarse detrás de la brigada AIF, y poco después también esta unidad tuvo que retirarse. Durante seis días de combates ininterrumpidos los batallones 2/XIV y 2/XVI de la brigada retrocedieron unos 25 km, hasta Efogi. El 6 de septiembre, demostrando ignorar completamente las condiciones en las que se desarrollaba la campaña y la calidad de las fuerzas australianas combatientes, el general MacArthur comunicó al general Marshall, en América: «En lo que se refiere a la capacidad de combate en la jungla, los australianos han demostrado no estar a la altura del enemigo. Hacen falta comandantes más agresivos». Pero el general Rowell, representante del Estado Mayor de MacArthur y comandante de las operaciones en Nueva Guinea, había recibido en su puesto de mando una carta personal del general Vasey en la que éste afirmaba: «El Alto Mando es como un maldito barómetro en un ciclón: arriba y abajo cada dos minutos... es como la milicia, hace falta espolearlo».

Mientras tanto (era hacia mediados de septiembre), el general Horii había recibido por lo menos unos 1000 hombres de refuerzo, desembarcados en Papua la noche del 1 de septiembre. Gracias a estos refuerzos, los efectivos japoneses ascendían al equivalente de dos brigadas de infantería completa, apoyadas por piezas de montaña, ingenieros y tropas auxiliares. Los dos grupos que Horii empleaba estaban al mando de los coroneles Yazawa y Kusunose.

Encontrándose en contacto cada vez más estrecho con los veteranos de la AIF, los japone-



Soldados australianos heridos descansan durante la marcha por la pista de Kokoda. En ella eran frecuentes las asechanzas y emboscadas, y, para sobrevivir, los hombres tenían que recurrir a toda su capacidad de adaptación y espíritu de iniciativa. *(History of the Second World War)*



Una angarilla, con un soldado australiano, es transportada con dificultad a la otra orilla del río. Por falta de hospitales de campaña en las zonas inmediatas a los frentes, el transporte de heridos se confiaba, por lo general, a porteadores indígenas. *(History of the Second World War)*

Una base australiana en el corazón de la jungla, donde los soldados podían renovar su vestuario. La zona de los combates, situada en medio de bosques intrincados o sobre abruptas montañas, hacía muy difícil el abastecimiento de las tropas. *(History of the Second World War)*



Los porteadores indígenas aseguran el flujo de abastecimientos a las fuerzas australianas en Nueva Guinea. Estos «ángeles de cabellos rizados», como se les denominaba, se mostraron siempre leales y entusiastas colaboradores de los australianos. *(History of the Second World War)*



ses empezaban a sufrir muchas bajas; además, las enfermedades tropicales también causaban estragos en sus filas. Y, sin embargo, la capacidad combativa de los invasores no parecía resentirse, y con sus continuos ataques obligaron a los australianos a replegarse hacia Ioribaiwa; mientras los japoneses se establecían en las elevaciones de Ioribaiwa, los australianos se afianzaban sólidamente al otro lado del valle, en el Imita.

El general Horii podía oponer ya 5000 hombres a los australianos; pero, en cambio, su línea de abastecimiento se había alargado considerablemente, mientras que la de los australianos se había ido reduciendo. Por otra parte, las fuerzas aéreas de los Aliados aumentaron mientras las de los japoneses disminuyeron: para el general Horii había llegado el momento de decidirse a arriesgarlo todo en un ataque a ultranza o retirarse de nuevo hacia la costa.

Mientras tanto, el general MacArthur apremiaba al Primer Ministro Curtin para que enviara al general Blamey a asumir el mando directo de las operaciones en Papua y en Nueva Guinea. El general Rowell, comandante del Cuerpo de Ejército I australiano, pensó que esta medida denotaba una falta de confianza en su capacidad para dirigir las operaciones. En consecuencia, entre los dos comandantes llegó a producirse cierto roce, y Blamey destituyó a Rowell.

Al marcharse Rowell, comenzó la batalla en la que se basaba todo el plan táctico: los australianos avanzaron desde sus posiciones elevadas, obligando a los japoneses a retirarse. El 12 de octubre, los Batallones 2/XXV, 2/XXXII y 2/XXXIII, mandados por el general de brigada Eather, alcanzaron una posición que les permitía atacar a los japoneses en el paso Templeton, en la vertiente septentrional de la cordillera principal del Owen Stanley. Los japoneses se batían con gran tenacidad, y la Brigada 16, que sustituyó a la 25, tuvo que acostumbrarse muy pronto a las peores condiciones de combate del mundo.

A fines de agosto, el Mando Supremo Imperial japonés ordenó al general Horii que se estableciese defensivamente en cuanto cruzase la cordillera principal del Owen Stanley. Después de lo que había ocurrido en la bahía Milne y en Guadalcanal, recibió las correspondientes instrucciones respecto a retirarse hacia la costa, y aunque él esperaba dejar una fuerte retaguardia para guarnecer la vieja posición de Ioribaiwa, los australianos se lo impidieron.

En el paso Templeton y en Eora Creek la retaguardia japonesa demostró tener un gran espíritu combativo, a pesar de que la situación era desesperada en lo referente a abastecimientos y a material sanitario. Inmediatamente después de bajar de las montañas y entrar en las posiciones defensivas de Buna, Gona y Sananda, con el apoyo de nuevas reservas y de abastecimiento estos maltrechos soldados japoneses harían frente al enemigo con la misma tenacidad que habían demostrado en las campañas anteriores.

Nueva Guinea, abril-agosto de 1942

LA GUERRA AEREA EN EL PACIFICO



Pilotos japoneses reciben las últimas instrucciones antes de una incursión. *(Sado-Opera Mundi)*

LA VERSIÓN JAPONESA

Saburo Sakai

En esta excepcional narracción, un piloto de caza japonés expone cuáles fueron, a su modo de ver, las razones de la superioridad aérea japonesa al comienzo de la guerra, y al mismo tiempo desmiente la vieja creencia de que los mandos superiores prohibían a los pilotos japoneses llevar a bordo el paracaídas.

Desde mediados de abril a mediados de agosto de 1942, los días pasaron de forma monótona, sin que nada distinguiera a uno de otro. La vida se transformó en una interminable repetición de las mismas cosas: efectuar incursiones, escoltar a nuestros bombarderos a Port Moresby correr hacia nuestros cazas para despegar contra aviones enemigos... Parecía que los Aliados tuvieran reservas inagotables de aviones.

En 1942, ninguno de nuestros aviones tenía coraza protectora para el piloto, y tampoco los famosos cazas *Zero* estaban provistos de depósitos para el carburante con protección contra las explosiones, como, en cambio, lo estaban los aviones americanos. Los pilotos enemigos aprendieron muy pronto que, si una de sus balas de calibre 12,7 penetraba en un depósito, lo hacía estallar y se incendiaba. Y no obstante, ningún piloto japonés llevaba en sus vuelos paracaídas. Este hecho, los occidentales lo habían interpretado erróneamente, considerándolo como una muestra de desprecio hacia nuestras vidas por parte de nuestros superiores, quienes, según ellos (los occidentales), nos mandaban al matadero como animales en vez de tratarnos como seres humanos. Desde luego, esto estaba muy lejos de la realidad; cada uno de nosotros había recibido su paracaídas personal, y la decisión de volar sin este medio de salvación era exclusivamente nuestra y nunca tuvo su origen en una orden de los mandos superiores.

Y no queríamos ponérnoslo por dos razones. La primera era que limitaba nuestros movimientos durante los combates; en efecto, resultaba difícil mover rápidamente los brazos y las piernas a causa de la tensión de las correas. Otra razón, también muy contundente, sobre todo cuando nos disponíamos a combatir, era que la mayor parte de nuestros combates con los cazas enemigos tenían lugar sobre sus mismos campos o territorios, y nadie hubiera querido jamás lanzarse sobre territorio enemigo, pues este gesto significaba voluntad de ser hecho prisionero, y en el *Bushido* (código del samurai) no había lugar para las palabras «prisionero de guerra». *No existían prisioneros.* Si uno no volvía se le podía considerar muerto.

En el transcurso del mes de junio nos enfrentamos con un número cada vez mayor de cazas y de bombarderos enemigos y se nos dijo que los Aliados estaban preparando, en aquel frente, una enorme fuerza aérea, por lo que teníamos que llevar a cabo mayor número de incursiones. Era evidente que necesitaríamos todos los *Zero* disponibles, y más aún considerando que el enemigo estaba preparando nuevas pistas de vuelo en toda la zona de Port Moresby.

El 21 de junio comenzó una nueva fase en las operaciones de los aparatos de caza, cuando una división del Ejército japonés desembarcó en Buna, a 210 km al sur de Lae. En cuanto desembarcaron, las fuerzas comenzaron inmediatamente una fatigosa marcha hacia el interior, dirigiéndose sobre Port Moresby a través de la jungla. La maniobra parecía muy sencilla sobre el mapa; Buna parecía estar a un tiro de escopeta de Port Moresby, en la otra parte de la península de Papua.

Los mapas de aquellas zonas, sin embargo, no proporcionaron información alguna sobre lo que es la jungla y sobre las terribles condiciones de vida que hay que soportar bajo aquella densa capa de vegetación tropical. En estas circunstancias, el Mando Supremo japonés cometió el fatal error de enviar a las tropas al ataque de Port Moresby: y, en consecuencia, antes de que los combates hubieran acabado, el Japón había sufrido uno de sus más humillantes fracasos.

Esta operación en tierra obedecía ciertamente a un movimiento de desesperación. Al principio, el Mando Supremo había previsto y preparado minuciosamente un potente ataque anfibio contra Port Moresby; pero se vio obligado a suspenderlo a causa del poco favorable resultado de la batalla del mar del Coral, en la que dos portaaviones japoneses se enfrentaron con dos portaaviones americanos. Este fue el primer combate naval en el que ninguno de los buques de guerra que en él intervinieron pudo disparar ni un solo cañonazo contra el enemigo. Ambas formaciones se batieron tan sólo con los aviones, atacándose mutuamente en un continuo bombardeo aéreo. Ganamos la batalla, es cierto, pero los americanos consiguieron su objetivo, que era el de impedir la proyectada operación anfibia.

Para estar en condiciones de defender a nuestras fuerzas, que se encontraban en la playa de Buna, el mando de Rabaul nos ordenó que interrumpiéramos de momento los ataques contra Port Moresby y efectuáramos un apoyo aéreo continuo a la cabeza de desembarco. El citado desembarco en Buna entraba en el cuadro de una operación de mayor envergadura, pero que estaba destinada al fracaso. No fue sólo la jungla la que provocó el desastre; contribuyeron también a ello los mismos mandos. En efecto, nuestros hombres se vieron asimismo en dificultades por la falta de conocimiento de los problemas logísticos que demostraban sus jefes.

Las acciones de Buna constituyeron un rudo golpe para mí, cuando llevé a cabo mi primera misión en este lugar. Había asistido, desde el aire, a muchas operaciones del mismo tipo antes de aquella, pero no había visto jamás un intento tan mísero y una deficiencia logística tan espantosa para el abastecimiento de toda una división de infantería. Los soldados se apiñaban en la playa, transportando a hombros, hacia la ardiente jungla, las cajas de material; ante la playa no había más que *dos* pequeños buques de transporte, protegidos tan sólo por *un* destructor de escolta, que descargaban los abastecimientos.

Durante las semanas que siguieron continuamos las misiones que nos encomendaron sobre Buna; pero, en la segunda mitad de julio, entramos en una nueva y más extraña fase de la guerra. Ya no podíamos continuar volando sin paracaídas; los mandos superiores habían dado órdenes precisas a este respecto y el coronel Saito se lo comunicó a todos los pilotos, exhortándolos a llevarlo siempre en el combate. Era una sensación nueva notar aquel paquete en el asiento y la tensión de las correas alrededor del cuerpo.

Llegaron después más órdenes, que nos parecieron de mal agüero: en efecto, habíamos renunciado a proseguir la ofensiva a través de Nueva Guinea, y el coronel nos comunicó que no debíamos sobrepasar por ninguna razón la cordillera del Owen Stanley.

Saburo Sakai, fue uno de los más conocidos ases del aire japoneses durante la segunda Guerra Mundial.

(De *Samuri*, de Saburo Sakai, editado en Italia por Longanesi & C.; traducción de Corrado Ricci).

Robert Cooper

ARAKAN UN PRIMER PASO INSEGURO



Pocas campañas de importancia secundaria han tenido, no obstante, mayores consecuencias que aquella operación cuyo objetivo fue la conquista de algunos aeródromos japoneses, débilmente guarnecidos; operación que pasó a la historia como primera ofensiva del Arakan. Lanzada por Wavell como maniobra diversiva y proseguida luego como operación de repliegue, el hecho de que fuese la primera ofensiva inglesa contra los japoneses creó en torno a ella una aureola de prestigio; pero, al final, este mismo factor transformó la operación en un humillante fracaso, que puso en grave aprieto a Winston Churchill en sus relaciones con los americanos.

Hubo siempre un halo de *faute de mieux* alrededor de la campaña de Arakan. Las primeras instrucciones operativas cursadas por Wavell al Ejército de Extremo Oriente, en septiembre de 1942, preveían un ataque por mar contra los aeródromos japoneses de la isla de Akyab; el ataque lo lanzaría la Brigada autónoma 29, que en aquel momento combatía en Madagascar. El avance por tierra, desde Chittagong, de la División 14 india, mandada por el general de división Lloyd, no debía ser más que una maniobra de diversión, encaminada a atraer la atención de la débil guarnición de Akyab. Todas las fuentes oficiales convienen en que Wavell basaba estos planes en el esperado refuerzo de los efectivos de la RAF en la India. La *Task Force* especializada, cuya llegada estaba prevista para octubre, iniciaría la operación Akyab en diciembre.

Sin embargo, entró entonces en juego la cuestión de la prioridad del Norte de África. Por lo tanto, Wavell no recibiría ni la Brigada 29, ni los medios de desembarco, ni las unidades de escolta necesarias para el ataque por mar. No obstante, la operación en tierra empezó el 21 de septiembre de 1942 y, a pesar del número limitado de los medios disponibles, se avanzó rápidamente por la península de Mayu; las perspectivas de éxito eran alentadoras. La Brigada 6 británica, que se había preparado en Chittagong para participar en la operación anfibia, y las embarcaciones que le había asignado la llamada «Flotilla 2000» o «Flota de Wavell», se pusieron entonces a disposición del ejército de Extremo Oriente (teniente general Irwin). La brigada debía mantenerse preparada para efectuar la corta travesía hasta Akyab en cuanto se echase de la península a las fuerzas enemigas.

Probablemente, los acuerdos de Casablanca contribuyeron a inspirar las instrucciones que Wavell dio, el 19 de noviembre, a las tropas de Extremo Oriente. Sus despachos insistían en que él no habría enviado jamás fuerzas no adiestradas al corazón de la jungla.

El avance por las primeras pendientes montañosas se vio retrasado por la existencia de pantanos cubiertos por una densa maraña de mangrovias, así como por numerosas hondonadas formadas por la marea (*chaungs*). Por otra parte, la capacidad de la carretera costera para el flujo de los abastecimientos era siempre limitada; pero en la frontera india había dos pequeños barcos de vapor disponibles para transportar tropas y equipo pesado desde Chittagong hasta Cox's Bazar. Al sur de la estación ferroviaria terminal de Dohazari sólo había 16 km de carretera asfaltada; después continuaba una pista de firme natural, de poco más de un metro de anchura. En septiembre, el primer cometido de los ingenieros de la división fue prolongar la carretera hasta Cox's Bazar, desde donde la Brigada 123 estaba abriendo una pista hasta el río Naf; desde allí era posible, con los *sampanes*, llegar al puerto de frontera de Maungdaw.

En octubre, las órdenes operativas del Ejército de Extremo Oriente se basaban en la optimista previsión de que se conseguiría trasladar una brigada a la línea Maungdaw-Buthidaung antes del 1 de diciembre; incluso, uno de sus batallones debería encontrarse en Rathedaung, al otro lado del Mayu, para neutralizar posibles intentos enemigos de remontar el río desde Akyab. Una segunda brigada, con misión de apoyo, se situaría en el sector Cox's Bazar-Tumbru, y una tercera (de reserva) en Chittagong. A unos 50 km al Este, más allá de las majestuosas regiones del Arakan, se señaló la presencia de patrullas enemigas en el valle de Kaladan. Una operación estudiada y puesta en práctica con las modalidades tácticas en uso en la frontera noroccidental sería muy débil por el flanco. Para hacer frente a este peligro se envió al río Kaladan un destacamento de la legión indígena, unidad reunida por jefes de tribu Pathani; pero como demostró una lealtad muy dudosa fue sustituida por la banda Tripura que, encuadrada en la unidad del flanco, formada por *Soutcol* (teniente coronel J. H. Souter), tomó parte en gran número de combates.

A pesar de las condiciones atmosféricas extremadamente desfavorables, el general Lloyd continuó avanzando con buen ritmo. La primera reacción japonesa ante el avance anglo-hindú fue la de enviar a casi todos los hombres de la guarnición de Akyab a ocupar Buthidaung y Maungdaw. El 23 de octubre, una patrulla *Punjab* atacó tropas enemigas que estaban desembarcando en Buthidaung para establecerse en posiciones avanzadas, situadas a caballo de la cadena del Mayu.

Los acontecimientos que se sucedieron después nos ofrecen un típico ejemplo de la excesiva cautela que, a lo largo de toda la campaña, alternaría con la incauta tendencia a no querer reconocer el fracaso de una operación. El general Irwin, decidido a impedir que fracasase esta primera operación por el Arakan, ordenó a Lloyd que esperase para atacar hasta que la carretera procedente de Cox's Bazar permitiese a la Brigada 123 y a la Brigada 47 india estar completamente reunidas antes de aventurarse contra las posiciones enemigas. Pero unos días después, las lluvias torrenciales cortaron de nuevo las comunicaciones. Los japoneses, decidiendo no combatir sobre la línea de sus posiciones avanzadas, se habían retirado, de modo que, cuando el 17 de diciembre las patrullas británicas llegaron a ellas, no encontraron ni rastro del enemigo. Buena parte de las fuerzas japonesas descendió por el curso del río y llegó a Kondan, en la orilla occidental del Mayu, para constituir una espina en el flanco del avance inglés por la costa y, al mismo tiempo, y de forma más inmediata, para cubrir Rathedaung: este centro, situado en la orilla opuesta, constituía el siguiente objetivo de la División 14.

La primera campaña del Arakan puede dividirse en dos fases distintas. La primera terminó, tras un tortuoso avance por la costa, en una serie de desesperados e inútiles intentos de desalojar al enemigo de sus posiciones, situadas en el extremo de la península; la segunda comenzó hacia finales de febrero, cuando los japoneses, después de recibir refuerzos, lanzaron contraataques sobre los flancos. Según las órdenes cursadas por Irwin el 10 de diciembre, la División 14 india, apoyada por los ya superados *Hurricane* y *Blenheim*, debía ocupar la península y el centro de Rathedaung antes del 15 de enero. La terminación de la pista que conducía a Punta Foul, pista practicable en buenas condiciones atmosféricas, permitiría a la Brigada 6 británica avanzar para emprender la operación Akyab, prevista para quince días después.

El día 1 de enero, algunas patrullas de la Brigada 47 llegaron sin contratiempos al extremo de la península, a Punta Foul. Pequeños grupos de japoneses, que entonces entraron en contacto con el 1/VII *Rajputana*, se retiraron a las primeras pendientes montañosas.

La situación se presentó muy diferente cuando, una semana después, Lloyd decidió mover-

se hacia Punta Foul. El 1 de fusileros *Inniskilling*, que se lanzó al ataque, primero con una compañía y después con todo el batallón, se vio rechazado por el fuego procedente de las trincheras escondidas que el enemigo había cavado ingeniosamente en Donbaik, donde la franja costera se estrechaba. Los hombres del *Inniskilling*, que en aquel combate sufrieron 100 bajas, se vieron sorprendidos además por la espalda por el fuego procedente de posiciones para tiradores aislados, que ellos habían dejado atrás sin sospechar nada; por si todo eso fuera poco, de la jungla procedía un intenso fuego contra el flanco. En un frente de pocos centenares de metros, entre el mar y una alta pendiente cubierta de bambúes, los japoneses habían organizado un sistema de fortificaciones en profundidad que, después de la llegada de refuerzos, se mejoró hasta convertirse en una compleja red de *bunkers*.

Irwin culpó a Lloyd de no haber utilizado todos los efectivos disponibles para lanzar una audaz ofensiva en dirección a Punta Foul, basándose en la hipótesis de que los japoneses, numéricamente inferiores y dispersos, se habrían visto obligados a replegarse para defender Akyab. Todo ello eran conjeturas apoyadas por «sabiduría a *posteriori*»; pero lo cierto es que los responsables de Delhi no habían conseguido poner a disposición de Irwin ni de Lloyd las embarcaciones costeras solicitadas varias veces para constituir una base operativa en Maungdaw: así, pues, el grueso de las operaciones tuvo que llevarse a cabo a unos 250 km de distancia de la base de Chittagong. La plena conciencia de los peligros que corría por el flanco indujo a Lloyd a hacer avanzar a la Brigada 47 más allá de las elevaciones, una operación bastante difícil que, sin enlaces de radio internos, supuso un continuo desplazamiento de tropas de una vertiente a la otra, y muchas veces a través de selvas vírgenes.

No esperando nada más que una simple actividad de patrullas a lo largo del Mayu, el 4 de enero las fuerzas japonesas situadas en Kondan cruzaron el río para evitar verse empeñadas en combate con el *X Lancashire*, que estaba llegando; por la orilla oriental del río, la citada unidad inglesa se dirigía hacia Rathedaung, otra localidad no guarnecida antes por el enemigo. Hammond (Brigada 123) había enviado a los hombres del *Lancashire* por el río en embarcaciones pero, sin *Bren-carrier* y sin recuas para el transporte de municiones y víveres, deberían conquistar Rathedaung en un decidido y rápido avance.

El Alto Mando japonés en Birmania, reaccionando con lentitud ante el peligro de perder los aeródromos de Akyab, decidió reforzar sus posiciones en la zona de Arakan, transfiriendo allí la División 55, al mando del general Takishi Koga.

Los continuos ataques de la RAF a las rutas costeras y a la larga pista que cruzaba las montañas crearon un grave embotellamiento en Taungup. En lo referente a los abastecimientos, los japoneses parecían encontrarse en una situación aún más crítica que la de Lloyd, y sólo la mayor aptitud de los soldados japoneses para sobrevivir con lo que podían encontrar por el camino constituía un remedio parcial.

A fines de febrero, la división de Koga (Regimientos 112, 143 y 214) se había reunido casi por completo, y él pensaba ya en una contraofensiva. Sus órdenes eran constituir una cortina de protección alrededor de Akyab, a lo largo de una línea que, corriendo aproximadamente por la mitad de la península, uniese Indin, en la costa, con Hitzwe, en la orilla oriental del río Mayu. Desde su posición central, en la confluencia de los ríos del Arakan, Koga podría atacar rápidamente, uno tras otro, a los tres grupos ingleses.

Para ello Koga organizó su división en cuatro columnas, una de las cuales estaba mandada por un dinámico coronel, llamado Tanahashi; correspondería a los dos batallones y al regimiento de artillería de Tanahashi, así como a las otras unidades que irían pasando bajo su mando al avanzar la operación, llevar a cabo las fases segunda y tercera. En esta operación, el factor sorpresa contó mucho menos de lo que se podría suponer. El ambicioso plan japonés se vio frustrado por el vigor de la acción inglesa, así como por la acción hostigadora llevada a cabo por la RAF.

Acciones ofensivas limitadas por la derecha y por la izquierda

En algunas ocasiones, en terreno abierto, los soldados indios demostraron que no eran inferiores a los japoneses en cuanto a empuje y valor. El 14 de mayo, después de sufrir seis ataques en un punto clave sobre una elevación del valle del Mayu, el 2/1 *Punjab* lanzó un ataque a la bayoneta que obligó al enemigo a huir desordenadamente por los arrozales, donde los diezmó el fuego de la artillería. Havildar Parkash Singh (del 5/8° Regimiento *Punjab*) fue condecorado con la *Victoria Cross* por haberse lanzado dos veces, con su vehículo oruga, en medio de un fuego infernal para salvar a las tripulaciones de tres *Bren-carrier* en un trecho de playa descubierto. Sin embargo, y en general, las rápidas acciones ofensivas por la derecha y las maniobras envolventes por la izquierda, efectuadas por los japoneses, consiguieron sus objetivos tan pronto que Koga, llevando siempre la iniciativa, tuvo tiempo (antes de la llegada de los monzones) de volver a ocupar la línea Maungdaw-Buthidaung, línea que representaba por lo menos una garantía más contra una posible reanudación de la ofensiva británica.

Ahora, la situación se había invertido en Donbaik. Wavell, no queriendo replegarse por fidelidad a una victoria simbólica, dejó escapar toda posibilidad de constituir una fuerza móvil capaz de neutralizar las columnas enemigas. En Donbaik, en un día tranquilo, se podía observar la enorme extensión de espesura y notar la completa falta de movimiento, excepto, tal vez, el furtivo levantamiento de una red mimética colocada para poder disimular una posición enemiga.

Una tras otra, utilizando procedimientos tácticos parecidos, cuatro brigadas intentaron romper el callejón sin salida que se había creado en Donbaik, dejando pasar deliberadamente, entre un intento y otro, largos períodos de tiempo, determinados por las innumerables dificultades que afectaban al flujo de los abastecimientos. Entre el 18 y 19 de enero, dos batallones de la Brigada 47 efectuaron un nuevo intento, uno de ellos operando en las primeras pendientes montañosas y el otro lanzándose al ataque en un terreno cubierto de vegetación; pero ambos sufrieron graves pérdidas, especialmente entre los oficiales. Después fueron algunos contingentes *Punjab* y *Rajputana* los que tuvieron que hacer frente a un densísimo fuego de ametralladoras y de morteros procedentes de puntos no localizables en el interior de la intrincada jungla que se extendía por el flanco. El apoyo de la artillería y de la aviación nunca pudo concentrarse adecuadamente. ¿Podía estar la solución en los carros de combate? Entonces se pusieron ocho *Valentine* a disposición de la Brigada 55 india (general de brigada J. M. Hunt), que estaba preparándose para lanzar un nuevo ataque; sin embargo, el mando del Cuerpo de Ejército expresó una opinión desfavorable, observando que una fuerza tan reducida no sería eficaz contra líneas defensivas provistas de *bunkers*.

Los acontecimientos demostraron, después, que estas afirmaciones estaban muy bien fundadas. El día 1 de febrero, hasta unos minutos antes de la hora cero, Hunt dudaba aún en utilizar los carros de combate, llegados la noche anterior, y que habían dispuesto de poco tiempo para desarrollar una adecuada actividad de reconocimiento y coordinar sus planes de acción con los de la infantería. Pero, de pronto, un desacostumbrado estruendo de motores rompió el profundo silencio que reinaba en la zona: eran los primeros *Valentine* que se aventuraban por el terreno accidentado; tres de ellos acabaron pronto en los fosos contracarros dispuestos por los japoneses, y otros dos fueron inutilizados por los cañones. Algunas unidades de infantería, que tenían que apoyar la acción de los carros de combate, se vieron empeñadas en combates con patrullas enemigas y no pudieron llegar a la base de partida; la segunda fase del ataque con medios acorazados ni siquiera se intentó. No obstante, la Brigada 55, que excepcionalmente comprendía tres batallones indios y que había participado en todas las fases de la campaña, desbordó muchas posiciones japonesas durante un violento ataque, que duró tres días, pero que luego no pudo continuar.

Wavell se trasladó personalmente al Arakan y decidió confiar a la Brigada 6 inglesa la misión de efectuar un último intento para vencer la resistencia japonesa en Donbaik, aunque se daba cuenta de que Akyab era ya inalcanzable. Cavendish, comandante de la brigada, debería cooperar con la Brigada 71 india (general de brigada G. C. C. Bul). Para que Lloyd pudiera dedicar toda su atención a la operación Donbaik, en marzo se constituyó, bajo las órdenes del general de brigada H. C. Curtis, la *Mayforce*, destinada a asumir la dirección de las operaciones al este de la cadena del Mayu. Mientras tanto, los síntomas de una próxima contraofensiva japonesa habían convencido a Lloyd de que era conveniente colocarse a la defensiva, tesis con la que, en un primer momento, también Irwin se mostró de acuerdo. Sin embargo, Wavell,



La ofensiva británica contra las fuerzas japonesas en la región del Arakan, en Birmania, tenía como objetivo la conquista de los aeródromos enemigos situados en la isla de Akyab. El día 21 de septiembre de 1942, la División 14 india avanzó desde Chittagong, y se dirigió hacia la península de Mayu. A pesar de las dificultades que ocasionaron las intensas lluvias, que, como es lógico, obstaculizaban la marcha de las tropas, el 17 de diciembre conquistaron Buthidaung y Raungdaw, sin encontrar resistencia. En efecto, las fuerzas japonesas se habían retirado espontáneamente con el fin de reforzar sus posiciones en el extremo de la península de Mayu y de envolver luego, atravesando la jungla, a las fuerzas británicas. Llegadas éstas a Donbaik, a principios de enero, fueron inmovilizadas sobre el terreno durante casi dos meses a causa de los contraataques enemigos. Finalmente, el 29 de marzo, nuevos ataques japoneses contra las líneas de abastecimiento las obligaron a retirarse. El 4 de mayo los nipones habían reconquistado Maungdaw y Buthidaung.

alentado por Churchill, se mostró contrario a aquella idea: su deseo era cerrar la estación favorable para las operaciones militares con un éxito decisivo, con el fin de «demostrarles a nuestros soldados y a los japoneses que nosotros podemos y queremos ser los más fuertes».

Estas presiones opuestas contribuyeron, sin duda, a poner a prueba las relaciones entre los tres comandantes; Delhi continuaba mostrándose contrariada por la idea de que la barrera en la carretera de Donbaik no pudiera romperse con un ataque en fuerza. Lloyd decidió entonces disponer tres brigadas en la cordillera del Mayu para lanzar un ataque decisivo contra las posiciones de la línea Donbaik-Laungchaung; pero, una vez más, su plan fue anulado por Irwin, quien se mostró partidario de ataques limitados y estudiados de forma tan detallada que cada hombre conociera el cometido a desempeñar durante el combate. Se hizo regresar a la Brigada 71 para asegurar la protección del ya amenazado flanco izquierdo, por lo que el ataque final contra Donbaik, defendido en aquel momento por tres batallones japoneses, se confió a la bien adiestrada Brigada 6 inglesa (I *Royal Scots*, II Batallón de infantería ligera *Durham*, I Royal *Berkshire* y el I Batallón de fusileros *Royal Welch*), que encuadró también a un batallón *Lincoln* y otro *Punjab*.

El 18 de marzo por la mañana, los fusileros del *Royal Welch*, animados por un gran espíritu combativo, llegaron a la cumbre de dos colinas que constituían los reductos principales de la línea defensiva japonesa. Pero, utilizando las palabras de un experto militar, ningún soldado en el mundo habría podido resistir en aquel terreno descubierto.

Sin embargo, Wavell no quería resignarse. Al día siguiente se trasladó de nuevo en avión a la zona de operaciones y rechazó la actitud defensiva propuesta por Irwin, quien sugería la conveniencia de guarnecer posiciones dispuestas en profundidad en espera de que llegara el monzón, insistiendo en que aún era posible echar a los japoneses de la península. «Evidentemente –escribió después– ello no era posible dejando el mando en manos de Lloyd, puesto que éste ya parecía resignado; pero si asumía el mando Lomax, pensando que la cosa era factible, Wavell estaba muy dispuesto a apoyar otro intento».

Dada la precaria situación de la Brigada 47 (ahora bajo el mando del general de brigada R. A. A. Wimberley), en el extremo oriental de las principales pistas que cruzaban la cadena del Mayu, el 29 de marzo Lloyd ordenó que dicha unidad se retirara hacia la costa, para unirse a la Brigada 6 británica, que, a su vez, debía retirarse de la zona de Donbaik, orden en evidente desacuerdo con las instrucciones de Irwin de no ceder terreno. Al día siguiente, en espera de la llegada de Lomax, Irwin alejó a Lloyd, asumiendo personalmente el mando de las operaciones. Él era quizás más consciente del peligro de que, si adquiría mayor impulso, la ofensiva japonesa se podría extender a la India antes de que el inminente monzón obligase a ambas partes a suspender toda actividad operativa; y, sin embargo, a la luz de los acontecimientos, la valoración de la campaña dada por Lloyd parecía la más realista de las dos. Exhortando a Wimberley a «sacar las uñas», Irwin ordenó a Cavendish que se estableciera sólidamente en Donbaik. Pero la columna de Tanahashi, cruzando el río Mayu, ya estaba cortando la retirada a la Brigada 47. Wimberley ni siquiera tuvo en cuenta las órdenes de resistir a ultranza que le diera Irwin el 1 de abril, puesto que, como él mismo dijo, dichas órdenes no podían en modo alguno cumplirse en aquella situación; conclusión igualmente aplicable al mensaje enviado por Wavell aquel mismo día, en el que daba instrucciones para la reanudación de la ofensiva a ambos lados del río Mayu.

Colocada entre la espada y la pared, en unos 18 km de terreno accidentado y con las reservas a punto de agotarse, la Brigada 47 se batió con gran coraje por cada una de las pistas que se dirigían hacia el Oeste; pero las tuvo que abandonar fatalmente una tras otra.

Precisamente por aquellos días de crisis se produjo el acontecimiento más grave de toda la campaña. Una de las primeras operaciones de Lomax fue la proyectada por su predecesor de retirar de Donbaik a la Brigada 6 inglesa; pero el 3 de abril, irrumpiendo por una de las pistas de la jungla, una columna japonesa constituyó una fuerte barrera en la carretera al norte de Indin. La brigada, aislada, abastecida a través de las playas en las horas de marea baja, logró por fin eliminar a los japoneses y se concentró en Indin con la orden de volver a establecer contacto con las fuerzas de Wimberley.

Pero Tanahashi estaba más cerca de su objetivo de lo que todos suponían. El 5 de abril, por la noche, un grupo enemigo, atacando por el Este, se infiltró en Indin y él volvió al puesto de mando de Cavendish. Como no podía comunicarse con sus batallones, éste se puso en contacto telefónico con el comandante de la artillería y le pidió que dispusiese el envío de refuerzos para las primeras horas del amanecer y que la Brigada 47 se retirase inmediatamente sobre la costa. El contraataque inglés dio buenos resultados, pero los japoneses, al retirarse, se llevaron a la jungla a Cavendish, quien había caído prisionero con todos los oficiales de Estado Mayor.

En un mes, Koga había alcanzado todos sus objetivos, infligiendo una grave derrota a fuerzas enemigas superiores; el único punto aún no resuelto era si los ingleses o los japoneses ocuparían las posiciones de la línea Maungdaw-Buthidaung durante la época del monzón. Con esta finalidad, el general japonés, conteniendo la retirada por la costa, concentró el grueso de sus fuerzas al este de la cadena del Mayu para lanzar una ofensiva contra Buthidaung.

El 14 de abril, el teniente general W. J. Slim, comandante del Cuerpo de Ejército XV indio, asumió el mando de todas las fuerzas situadas en el sector del Arakan, introduciendo nuevas ideas en cuanto a la manera de enfrentarse a los japoneses. Dos brigadas indias de refresco, la 4 y la 36, aliviaron la situación; pero los planes de Slim, de infligir al enemigo un golpe mortal, tenían un punto muy débil: sus ideas no tenían en cuenta la baja moral de las tropas. A muchas unidades no se las había podido sustituir; además, las fuerzas disponibles para la sustitución eran jóvenes reclutas, sólo parcialmente adiestrados, y, por añadidura, la malaria estaba produciendo un gran número de víctimas.

Una campaña nacida bajo una mala estrella

Se trabaron muchas y feroces batallas, especialmente en la zona de los túneles que dominaba la carretera Maungdaw-Buthidaung, bajo el calor sofocante que precede a las grandes lluvias. El 3 de mayo, el X Batallón de fusileros *Lancashire*, que se encontraba en Rathedaung, tuvo que retirarse de las elevaciones y la noche siguiente los japoneses consiguieron cruzar la carretera, destruyendo definitivamente toda esperanza inglesa de mantener su dominio en Maungdaw o en Buthidaung. Las acciones retardadoras de los días siguientes sirvieron para cubrir una retirada general a posiciones adecuadas para soportar los monzones, en una línea situada más al Norte.

La tesis, compartida por muchos en el curso de aquellos días, de que en el sector de Arakan sería suficiente llevar a cabo una acción de contención, ante la imposibilidad de efectuar desembarcos en Akyab, ha de valorarse a la luz de un hecho revelado por los documentos japoneses de la época: el primer avance anglo-indio desbarató los preparativos que el enemigo estaba llevando a cabo para una invasión del Assam septentrional. La última acción de Wavell fue la de sustituir a Irwin por el general sir George Giffard en el mando del Ejército de Extremo Oriente; no obstante, reconoció que él era el mayor responsable del fracaso, diciendo: «Le confié a una pequeña parte del Ejército una misión que estaba por encima de su adiestramiento y de su capacidad». De todas maneras, la División 14 india desempeñaría después un papel importantísimo en las sucesivas y victoriosas campañas en las junglas de Birmania como unidad de adiestramiento. No cabe duda de que sus hombres supieron sacar muchas enseñanzas de la dura lección recibida.

Arakan habría podido seguir siendo una pequeña mancha en los mapas militares, pero se transformó en una pieza importante en el gran tablero de la estrategia aliada. Pocas campañas de envergadura tan limitada como ésta acabaron teniendo mayores consecuencias o convirtiéndose en objeto de tantas presiones. Pasando a través del Ejército de Extremo Oriente, en Barrackpore, cerca de Calcuta, para llegar hasta el Alto Mando indio, en Delhi, la cadena del mando debía dar lugar, inevitablemente, a órdenes contradictorias. En lo que se refiere a las implicaciones políticas, la retirada del Arakan no podía coincidir de forma más inoportuna con la inminente participación de Churchill en la conferencia «Trident», de Washington, en la que, entre otras cosas, se proponía pedir a los americanos que mostraran un interés más activo hacia el papel de la India en la guerra contra el Japón. La conquista de Akyab antes de mayo de 1943 había sido uno de los objetivos que se establecieron en la conferencia de Casablanca, y después de haber visto desvanecerse la ocasión favorable, el Primer Ministro inglés no estaba dispuesto a aceptar la idea de un revés total en aquel sector. Observó que en Washington todos se mostraban profundamente insatisfechos por la «escasa energía» demostrada en la operación; Wavell, que lo acompañó, encontró tan irritantes las críticas de Churchill que no fue nada fácil disuadirlo de la idea de presentar su dimisión.

Sólo en esta amplia perspectiva es posible examinar las desilusiones y el aparente error de lo sucedido en Arakan. Wavell subrayó lo absurdo de hablar de aquellas operaciones como de una «invasión de Birmania»; no obstante, bajo su impulso, nueve brigadas acabaron empeñadas, en varias ocasiones, en una campaña que se inició como una pequeña acción de reconocimiento en fuerza. También Churchill escribió, que «combatir a los japoneses en junglas pantanosas era como meterse en el agua para luchar contra un tiburón».

En medio de la confusión de los acontecimientos, con órdenes procedentes de Delhi y de Calcuta, con frecuencia anuladas incluso antes de cursarse, se acabó por destituir al comandante de división y al comandante del Ejército. La historia indica que el amargo episodio del Arakan tuvo repersuciones en el nombramiento que determinó que el general Auchinleck, el legendario «Auk» de las fuerzas indias, fuera de nuevo comandante en jefe. Tampoco se puede decir que sea excesivo considerar las enseñanzas del Arakan como uno de los elementos que contribuyeron a la realista decisión de crear el mando paralelo de Asia sudoriental para las posteriores operaciones lanzadas desde la India. Se puede afirmar, realmente, que el Arakan tuvo consecuencias incalculables.



ROBERT COOPER

Fue, durante unos cuarenta años, uno de los expertos en política exterior del *Times*. En 1939 se trasladó a la línea Maginot como corresponsal de guerra, y al finalizar la campaña de Francia y tras dos años, transcurridos en el escenario de guerra indio, pasó como corresponsal en el Grupo de Ejércitos 21, en los días del desembarco en Normandía. Presenció la liberación de París y de Bruselas y, después de haber trabajado en el puesto de mando de la SHAEF, entró en Berlín con las primeras fuerzas aliadas occidentales. Tras asistir como periodista a los procesos de Nuremberg, escribió un libro sobre el tema. A partir de 1949 vivió doce años en Estados Unidos y seis en Francia como corresponsal del *Times*; vuelto a Inglaterra, desarrolla actualmente la actividad de crítico de televisión.

LOS "PIRATAS DE LA JUNGLA" DE WINGATE

LOS CHINDIT

Birmania, febrero-marzo de 1943

Arthur Swinson

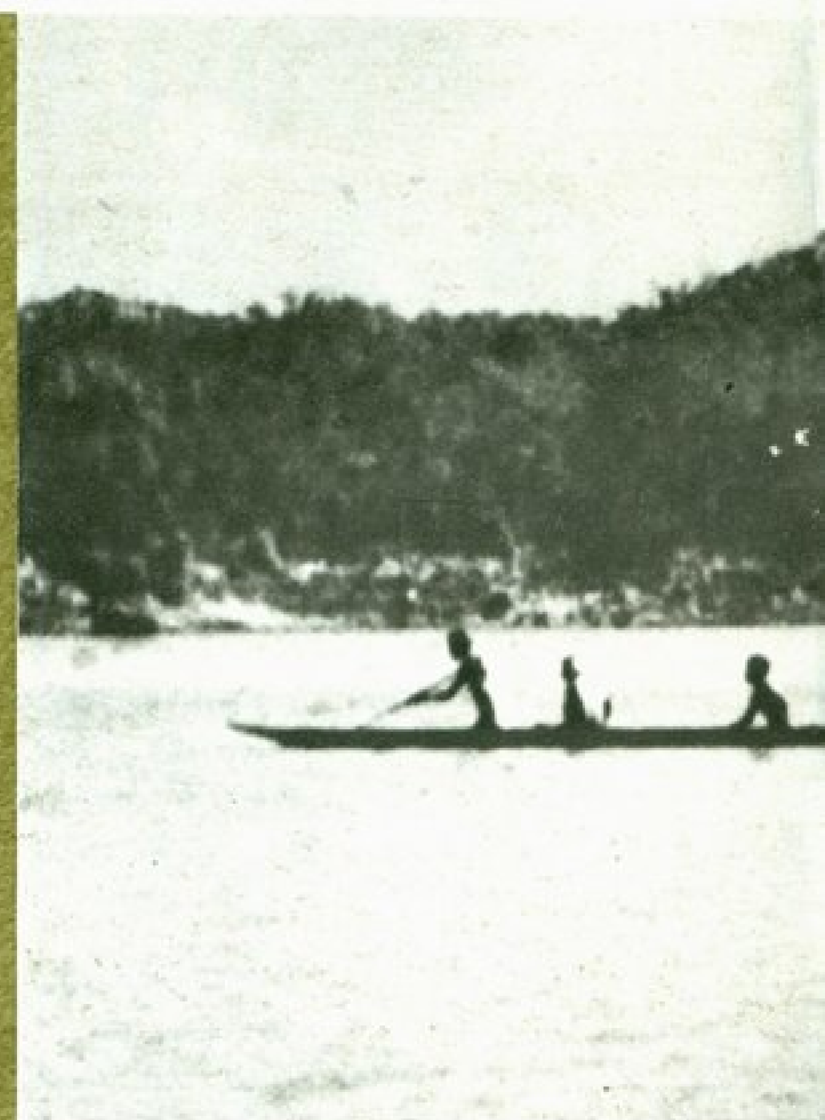


Mientras las desorganizadas y diezmadas fuerzas aliadas estaban aún abandonando con dificultad el territorio de Birmania, después de una terrible y épica retirada, uno de los más anticonformistas y brillantes oficiales británicos de la segunda Guerra Mundial estaba obligando, a los responsables del mando, a escuchar y a aplicar sus ideas para atacar al enemigo victorioso. La primera penetración de los *Chindit* del coronel Orde Wingate detrás de las líneas enemigas consiguió escasos resultados, pero su efecto moral fue muy notable: por vez primera parecía posible una victoria aliada en Birmania.

En 1942, después de que los japoneses expulsaran violentamente a las fuerzas inglesas de Birmania, el coronel Hiroshi Hashimoto, un oficial de Estado Mayor del Ejército 15, recibió la orden de efectuar reconocimientos en la frontera india para informar sobre la posibilidad de una contraofensiva inglesa. Durante un mes voló de un extremo a otro de la frontera y descubrió que estaba constituida por una larga cordillera cubierta de bosques, de más de 300 km de profundidad. Había poquísimos caminos; las tortuosas pistas subían por pendientes empinadísimas para descender después peligrosamente en gargantas estrechas; además, el territorio estaba surcado por gran número de ríos impetuosos y con frecuencia profundos, salvados por muy pocos puentes. Todas las elevaciones y todos los ríos creaban de esta forma una barrera formidable.

Por lo tanto, no es de extrañar que Hashimoto informara así a su superior, el general de división Haruki Isahaya, jefe de Estado Mayor del Ejército 15: «Podrían producirse infiltraciones por parte de pequeños contingentes de hombres, pero sería realmente muy difícil efectuar una invasión en fuerza». Isahaya aprobó el informe, que también fue aceptado después por el teniente general Shorjiro Iida. Este decidió que la frontera fuera vigilada por patrullas situadas en los puntos de cruce de los ríos; el grueso del Ejército permanecería al este del río Chindwin: de la frontera se encargarían las Divisiones 33 y 45, mientras que la 18





Arriba: Wingate, montado en un jeep, se dirige hacia la frontera birmana poco antes de comenzar las operaciones. En el centro: febrero de 1943: las últimas unidades del grupo septentrional de los «Chindit» cruzan el río Chindwin sin encontrar resistencia por parte del enemigo. En la fotografía de la derecha: siendo el único medio de contacto, las comunicaciones por radio revestían una importancia enorme para las columnas de Wingate en el territorio ocupado por los japoneses. (Imperial War Museum) - (Paul Popper)

mantendría a raya a los chinos en el Norte y la 46 quedaría como reserva. En marzo de 1943, a Iida le sustituyó el teniente general Renya Mataguchi, el colérico y ambicioso comandante de la División 18; éste aceptó la situación como la había dejado su predecesor.

Por parte británica, existía la firme determinación de reconquistar Birmania; pero todo se quedaba en intención. No había fuerzas adiestradas, ni armas, ni el equipo y organización necesarios. La guerra se dirigía aún desde Delhi, y el general Irwin seguía siendo el comandante del antiguo Ejército de Extremo Oriente, que tenía que luchar no sólo en Birmania, sino también en gran parte de la India, donde continuaban produciéndose rebeliones fomentadas por el partido nacional del Congreso hindú. Evidentemente, no se podía pensar en una gran ofensiva, ni siquiera en una ofensiva cualquiera, y la situación no cambiaría hasta la creación del SEAC (South-East Asia Command, mando de Asia Sudoriental) a las órdenes de lord Louis Mountbatten.

Sin embargo, el hombre que dirigiría una de las primeras acciones ofensivas contra los japoneses había establecido ya su puesto de mando en la India y se estaba dedicando activamente a la elaboración de planes, a la captación de prosélitos, a preparar esquemas, a convencer, a suplicar. Su nombre era Orde Wingate, y se trataba de uno de los oficiales más excepcionales de los que en aquel momento estaban sirviendo en el Ejército inglés. A la sazón Wingate tenía 38 años y era un hombre de gran energía intelectual y física. Había estado leyendo ávidamente libros sobre los temas más dispares, desde la historia de la Francia medieval hasta la filosofía hegeliana, y a medida que leía tendía a llegar al fondo de cada tema, descartando las ideas tradicionales y ortodoxas para formular las suyas propias. Tenía algo vagamente mesiánico, despreciaba las sutilezas de las buenas costumbres y odiaba las conversaciones de salón. Vivía en perpetua tensión. Sabía ser mordaz y agresivo, tanto discutiendo sobre tomates como razonando sobre Sthendal. Además, Wingate era un cristiano revolucionario; estaba convencido de que, si los hombres cooperaban con Dios, la justicia y el bien podrían triunfar, y no en un futuro lejano, sino inmediato. Esta convicción (según afirmó su hermana Sybil) constituía la raíz de su impaciencia.

Wingate se consideraba «un estímulo para la humanidad». El hecho de que casi todas sus ideas (militares o no) estuvieran en franco desacuerdo con las de sus superiores no le preocupaba en absoluto. Mientras los ingleses consideraban a los árabes como sus aliados naturales en Oriente Medio, Wingate afirmaba que se debía apoyar a los hebreos. Afirmaba que Israel se debería convertir en un miembro de la Commonwealth británica. Sus profecías, como hasta sus adversarios se vieron obligados a admitir alguna vez, y aunque consideradas hasta ofensivas en aquella época, no siempre resultaron equivocadas. En otoño de 1939, por ejemplo, afirmó que la línea Maginot no serviría para nada y que los alemanes arrollarían al Ejército francés en pocas semanas. «Las fuerzas británicas –decía– sufrirían el revés más grave de todos los tiempos». Y nueve meses después ocurría la evacuación de Dunkerque...

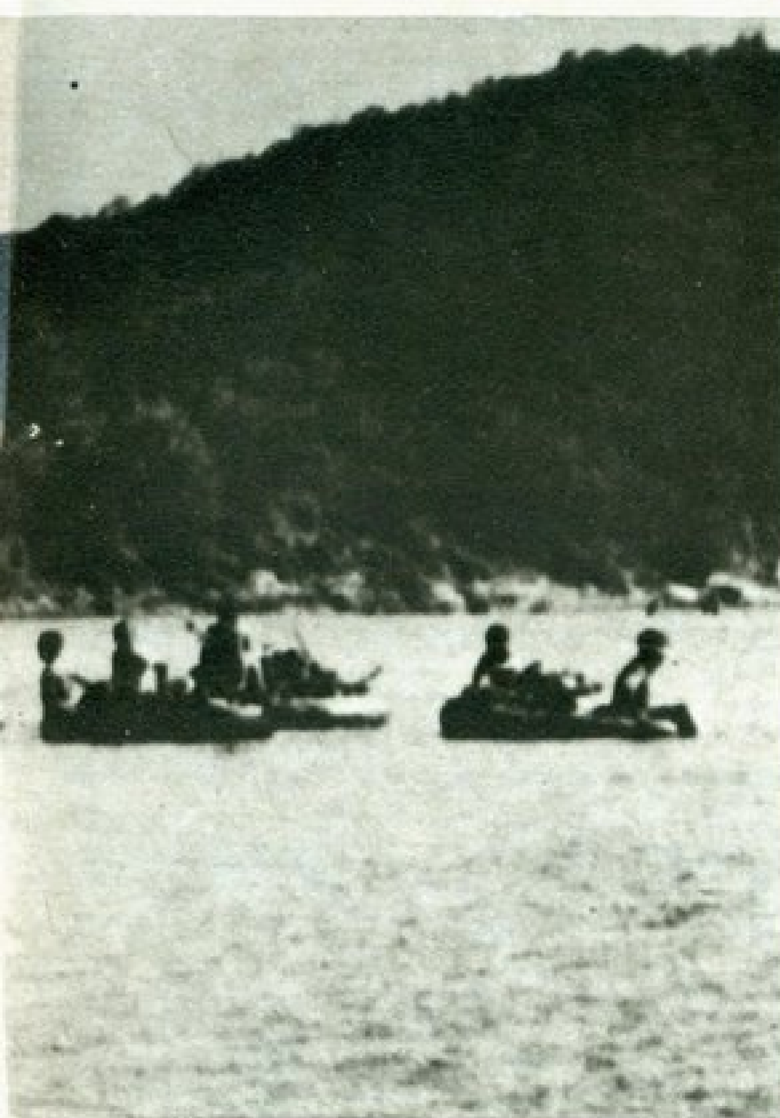
«Brillante, aunque inconformista»

Las circunstancias que llevaron a Wingate a la India arrancan del 30 de enero de 1942, en vísperas del ataque japonés a Birmania, cuando el ministro de la Guerra lo recomendó al general Wavell. Wingate había dirigido operaciones de guerrilla en Palestina y en Abisinia, obteniendo grandes éxitos, y se juzgaba que sería posible confiarle un cometido similar en Birmania o en China. Wavell lo conocía bien: precisamente el año anterior, cuando estaba al mando del sector de Oriente Medio, habían pensado mandarlo ante un tribunal militar por insubordinación. Por fortuna, decidió antes tener un coloquio con él, y a partir de entonces había llegado a apreciar progresivamente sus innegables dotes, que (como dijo el mismo Wavell) eran «brillantes aunque inconformistas».

Wingate llegó en marzo, con el grado de comandante, y, después de ascender inmediatamente a coronel, le enviaron a Maymyo con la misión de asumir el mando de todas las operaciones de guerrilla que se desarrollasen en Birmania. En Maymyo, en la *Bush Warfare School*, una organización que se encargaba de realizar incursiones para efectuar demoliciones tras las líneas enemigas, encontró al comandante Michael Calvert; era éste un soldado de gran valor, que habría de ser poco después uno de sus más brillantes oficiales. Mientras las fuerzas regulares se retiraban en el norte de Birmania, estos dos hombres llevaron a cabo una serie de reconocimientos, y al terminarlos Wingate se trasladó en avión a Delhi para presentar a sus superiores un informe acerca de la que él definía como una «penetración de largo radio». Su teoría básica era que, en un terreno cubierto por la jungla, una unidad podría permanecer tras las líneas del enemigo durante períodos indefinidos, siendo abastecida desde el aire. En su opinión, unidades de este tipo resultarían utilísimas, pues cada hombre que actuase en las líneas de abastecimiento del enemigo tendría la misma eficacia que 100 hombres en la línea de combate. Las tropas utilizadas en operaciones de este tipo deberían operar como una columna: cada columna había de ser lo suficientemente numerosa para poder infligir un duro golpe al enemigo, y al mismo tiempo lo suficientemente reducida para poderlo esquivar cuando se encontrase en condiciones de inferioridad.

Para la primera expedición propuso organizar y adiestrar una brigada, a la que llamó brigada LRP (*Long Range Penetration*, penetración de largo radio). Esta formación debía infiltrarse en territorio enemigo, desorganizar sus comunicaciones, proporcionar datos y noticias al Servicio de Información y mantenerse siempre preparada a fin de aprovechar toda ocasión favorable para causar daños en las instalaciones adversarias. Wavell aprobó el plan, y eligió para realizarlo a la Brigada de Infantería 77 india. Ésta se subdividió en ocho columnas, cada una de ellas con un pelotón de hombres de Birmania y una pequeña Sección de la RAF, provista de potentes aparatos radiotransmisores. En julio, la brigada se adentró en la jungla de las provincias centrales para emprender un largo período de adiestramiento. Mientras tanto, pensando en el futuro, Wavell ordenó que se constituyera la Brigada de paracaidistas 50, y que se estudiase detalladamente el problema de la utilización de planeadores.

En enero de 1943 empezó a considerarse con atención el problema de cuándo y cómo utilizar a





Wingate y sus hombres. En un primer momento, Wavell pensó coordinar las operaciones de la nueva unidad con un avance de las fuerzas chinas y chino-americanas por el Norte; pero, cuando se descartaron los planes ofensivos, empezó a preguntarse si era conveniente utilizar la Brigada 77. Como es natural, todo retraso exasperaba a Wingate; y, en efecto, no tardó mucho tiempo en presentar un documento en el que indicaba seis buenos motivos para iniciar las operaciones:

- toda la teoría de las penetraciones de amplio radio debía ponerse a prueba;
- era imposible mantener en la debida forma a tropas inactivas;
- antes de proyectar cualquier operación a escala más extensa era indipensable tener información sobre la potencial cooperación de los habitantes de Birmania;
- se debía dificultar todo posible intento japonés de avanzar en dirección a Fort Hertz;
- se tenía que evitar toda infiltración por el Chindwin;
- había que interrumpir todo posible plan enemigo referente a una ofensiva contra el Assam.

Wavell, no sin algunos titubeos, dio su consentimiento, ordenando que la brigada se preparase para salir de Imphal (base avanzada de Slim en la región del Manipur) el 8 de febrero.

Wingate, al fin ante una Misión concreta, se dedicó activamente a la organización de sus fuerzas. Estableció que debían operar en dos grupos, uno septentrional y el otro meridional; el primero comprendería su mando, el mando de la infantería birmana y las columnas 3, 4, 5, 7 y 8; el segundo, el mando del grupo secundario meridional y las columnas 1 y 2. Los efectivos de los dos grupos serían, respectivamente, de 2200 hombres y 850 mulos, y de 1000 hombres y 250 mulos. Las unidades más numerosas de la brigada eran el Regimiento 13 *King's Liverpool* y el 3/II *Gurkha*, apoyado por una compañía de los comandos. Como ya se ha dicho antes, cada columna contaba con su sección de la RAF.

Wingate ordenó que el grupo septentrional, tras dejar Imphal y llegar al río Chindwin, lo cruzase por Tonhe en el curso de la noche del 14 al 15, mientras que el grupo meridional lo cruzaría 56 km más abajo, en Auktaung; ambas operaciones estarían protegidas por complicadas maniobras diversivas. Las órdenes para los grupos eran las siguientes:

- **el grupo septentrional** debía pasar las colinas para llegar al sector Pinbon-Naungkan y avanzar después hacia el Este, para atacar la línea ferroviaria entre Bongyaung y Nankan;
- **el grupo meridional** cruzaría simultáneamente las elevaciones y alcanzaría Thaiktaw, para interrumpir la línea ferroviaria en Kyaikthin y cruzar el río Irawadi, cerca de Tagaung, dirigiéndose hacia Mong Mit.

El grupo secundario meridional estaba al mando del teniente coronel L. A. Alexander y tenía como comandantes de columna a Dunlop y Emmett. Con Wingate, en el grupo principal, se encontraban Calvert, con la columna 3; Bromhead, con la 4; Bernard Fergusson, con la 5; Gilkes, con la 7, y Scott con la 8. Todos los jefes de columna tenían el grado de comandante.

«En la víspera de la batalla»

En Tamu, el día antes de iniciar la operación, Wingate cursó una orden del día, formulada en su clásico estilo, en la que exhortaba a sus hombres a la acción:

«Hoy nos encontramos en la víspera de la batalla. El tiempo de los preparativos ha terminado; nos dirigimos hacia el enemigo para ponernos a prueba nosotros mismos y nuestros métodos... No debemos... mientras estemos en el combate, sospechar que tenemos motivos egoístas o interesados. Todos nosotros hemos tenido la posibilidad de retirarnos, y ahora estamos aquí porque hemos escogido estar aquí... Hemos decidido cargar con el peso y los riesgos de esta empresa...

»Nuestro objetivo es hacer posible un gobierno del mundo en el que todos los hombres puedan vivir en paz y con las mismas posibilidades de hacerse útiles.

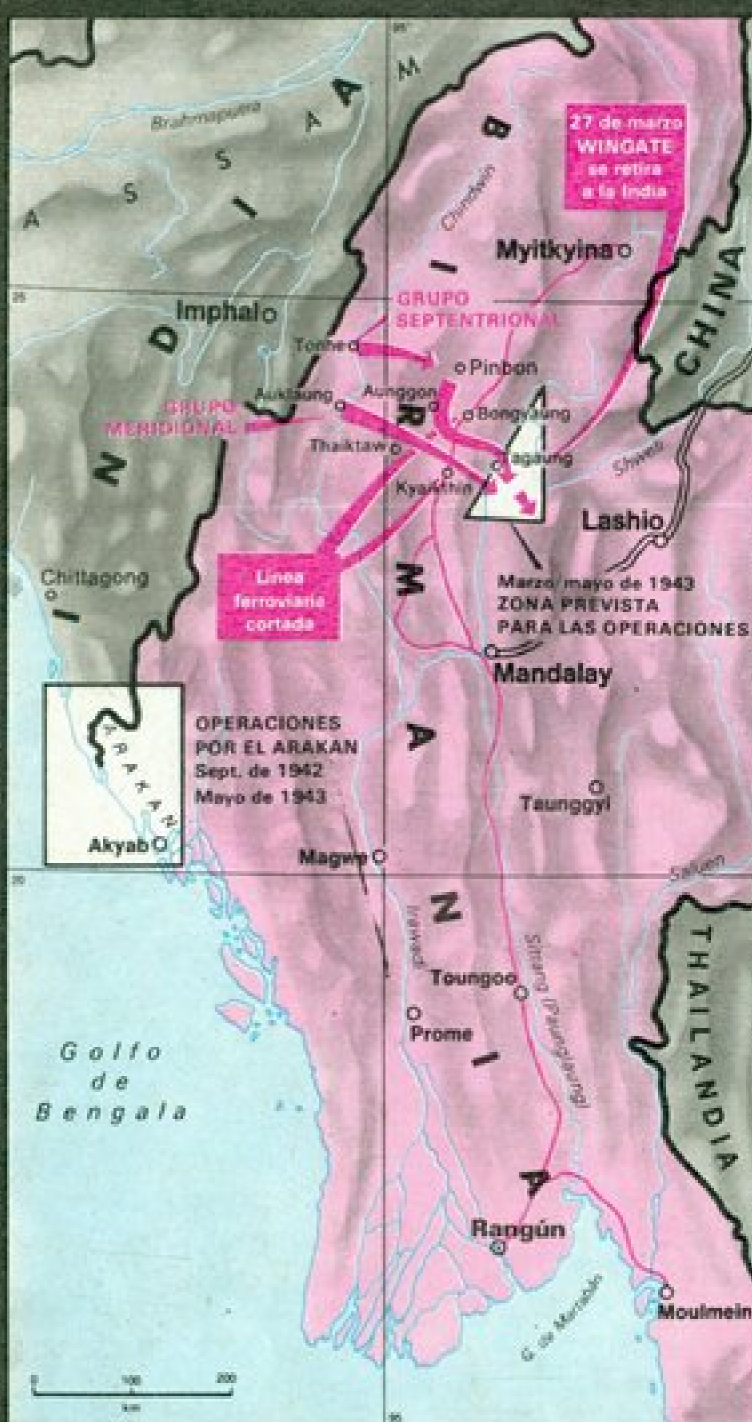
»Finalmente, conociendo la vanidad del esfuerzo humano y la inseguridad de sus intentos, roguemos para que Dios acepte nuestros servicios y dirija nuestros esfuerzos, de forma que cuando hayamos terminado podamos ver el fruto de nuestros afanes y sentirnos satisfechos».

Así comenzó la aventura. Los dos grupos cruzaron el Chindwin sin encontrar oposición alguna por parte del enemigo, se dirigieron hacia el Este y recibieron los primeros abastecimientos desde el aire, como se había previsto. El primer combate se produjo el 18, cuando el grupo meridional se encontró ante una posición enemiga, cerca de Mainyaung. Mientras tanto, Wingate seguía su marcha a ritmo sostenido, y el 1 de marzo acampaba a 8 km al Oeste de Pinbon. Desde allí envió a Calvert y a Fergusson, con sus columnas, al ferrocarril para efectuar las demoliciones previstas, en tanto que otras columnas tendían emboscadas en la pista que pasaba al Norte de Pinbon, desplazándose continuamente para desorientar al enemigo.

El 4 de marzo, la columna 4 del mayor Bromhead sostuvo un encuentro con el enemigo, cerca de Pinlebu, y se dispersó; algunos hombres, no obstante, consiguieron alcanzar nuevamente el Chindwin. Al día siguiente, Fergusson llegó a la línea ferroviaria y, después de un breve pero sangriento combate con una patrulla japonesa, demolió con dinamita el puente en las proximidades de Bongyaung. Sobre este episodio escribió después: «El resplandor de la explosión iluminó toda la ladera de la colina. Bajo aquella luz aparecieron los hombres de pie, en ansiosa espera; los muleros apretando con fuerza los ronzales de sus mulos; el oscuro trazado del sendero y el verde de los árboles adquirieron una viveza sobrenatural. Después vino el estruendo; el eco de la explosión se propagó kilómetros y kilómetros por las gargantas de las colinas.

En el puesto de mando del Ejército 15 japonés, Mutaguchi ya estaba al corriente de que fuerzas británicas operaban en el corazón de Birmania, y cuando la línea ferroviaria saltó por los aires en varios puntos empezó a tomarse la cosa en serio. Las Divisiones 18 y 33 recibieron la orden de perseguir a los invasores y exterminarlos sin dilación. Pero ni Mutaguchi ni nadie sabía exactamente qué objetivos perseguía la Brigada LRP, ni cómo se la abastecía. Las patrullas que operaban por el Chindwin continuaban afirmando que no había huellas de una vía de comunicación, lo que parecía sugerir, que, aparte la interrupción de la línea ferroviaria, el objetivo principal de los ingleses era localizar las posiciones japonesas en la zona septentrional de Birmania antes de volver precipitadamente hacia el Chindwin. «Si se quedan en la jungla –afirmó con confianza Mutaguchi– morirán de hambre».

Pero el teniente general Tazoe, un oficial inteligente y dotado de gran inventiva, que mandaba la 5.ª División aérea, observó que esta interpretación de los hechos podía ser errónea: existía por lo menos la posibilidad de que las fuerzas fuesen abastecidas por el aire y, por lo tanto, pudiesen operar durante semanas o meses. Sin embargo,



LOS "CHINDIT": UN INTENTO PROMETEDOR

La primera operación de los "Chindit" de Wingate contra las posiciones japonesas en Birmania se inició la noche del 14 al 15 de febrero de 1943, con la travesía del río Chindwin por parte de los grupos septentrional y meridional. El objetivo principal de la operación era demostrar que, en un terreno cubierto por la jungla, una unidad podía permanecer en la retaguardia enemiga, durante un tiempo indefinido, si se la abastecía adecuadamente por el aire. Una vez que los "Chindit" hubieron interrumpido la línea ferroviaria, en las proximidades de Bongyaung y Kyaikthin, Wingate les ordenó proseguir el avance, atravesando el río Irawadi. Pero había cometido un grave error: la zona en que se encontraban sus fuerzas carecía de agua y era despejada, condiciones que la hacían inadecuada para la acción de guerrillas. Comenzó así una dramática retirada durante la cual la falta de comida y de agua, las enfermedades y los ataques japoneses, diezmaron las columnas de Wingate.

como no disponía de prueba alguna para apoyar esta teoría, no pudo insistir mucho en ella. Mutaguchi la consideró sencillamente absurda. No obstante, en la segunda semana de marzo, tres batallones japoneses se pusieron en movimiento: el Regimiento III/56 se dirigió hacia Tagaung, el II/56 vigilaba los puntos de cruce de los ríos y el II/146 se encaminaba al triángulo comprendido entre los ríos Irawadi y Shweli.

Ningún intento de reagruparse

El 6 de marzo, Wingate alcanzó Aunggon con las columnas 7 y 8. Según las últimas noticias recibidas, el grupo meridional habían alcanzado la línea ferroviaria el día 3, consiguiendo interrumpirla cerca de Kyaikthin. En cambio, nada se sabía aun en cuanto al hecho de que el grupo secundario meridional y la columna 2 habían caído en una emboscada. El 9, Wingate, continuando su avance hacia el Este a través de intrincadas selvas, llegó a Tawshaw, a unos 25 km al oeste de Bongyaung y a 56 al oeste del Irawadi. Una vez allí consideró la posibilidad de que todas las columnas que le quedaban se dirigieran hacia un punto de reunión en las montañas situadas al norte de Wuntho; pero fue entonces cuando le llegó la noticia de que el grupo meridional estaba cruzando el Irawadi en Tagaung y que Calvert y Fergusson estaban acercándose al río con sus columnas, en las proximidades de Tigyaing. Fergusson preguntó si él y Calvert podían vadearlo inmediatamente, ya que las informaciones que poseían indicaban que la maniobra no encontraría resistencia alguna. Dándose cuenta de que sus fuerzas estaban ya divididas en dos por el Irawadi (el grupo meridional estaba ya en la otra orilla), Wingate abandonó su plan de reagrupar las fuerzas en Wuntho y permitió a Calvert y a Fergusson que prosiguieran. Él los seguiría con su mando y las columnas restantes.

Fue una decisión de gran importancia, que aumentaba los peligros a los que Wingate y sus hombres tendrían que hacer frente. En efecto, si decidían retirarse se verían obligados a atravesar no ya uno, sino dos ríos, y probablemente los japoneses los vigilarían con fuerzas considerables. Para hacerse una idea de la gravedad de la situación que había afrontado bastará saber que el río Irawadi, en algunos puntos, tiene una anchura de más de 1,5 km. Sin embargo, Wingate había tomado aquella decisión por motivos muy concretos; aunque el sistema de abastecimientos aéreos había demostrado ser eficaz, consideraba que la validez de su teoría de las penetraciones de amplio radio no quedaría demostrada por completo si no permanecía en su sector operativo durante otros dos meses. El terreno elegido para las operaciones en el transcurso de este período fue el triángulo comprendido entre los ríos Irawadi y Shweli, que, según las informaciones que poseía era muy adecuado.

El 19 de marzo, Wingate cruzó el Irawadi, con su mando y el grueso del grupo septentrional, por un punto situado a unos 3 km al sur de Inywa. Fergusson había pasado el río sin contratiempos; en cambio Calvert lo hizo después de un combate en el que perdió casi todos los mulos. No obstante, las dos columnas se habían reunido el día 15 al sur de Hmaindaing, donde recibieron la orden de volar el viaducto que cruzaba la garganta de Gokteik y por el que pasaba la carretera de Lashio. Mientras tanto, los japoneses se habían dado cuenta, al fin, de que las fuerzas inglesas eran abastecidas desde el aire: en efecto, uno de sus destacamentos pudo presenciar un lanzamiento, efectuado al sur de Tawshaw, destinado a las columnas 7 y 8. Naturalmente, ello indujo a Mutaguchi a cambiar de táctica, y ordenó el regreso de las patrullas que estaban buscando la vía de comunicación de Wingate. Desde aquel momento la caza se intensificaría.

Un imprevisto terrible

Esto coincidió con un gravísimo contratiempo, no previsto en los planes de Wingate: al alcanzar la zona comprendida entre el Irawadi y el Shweli descubrió, con alarma, que se trataba de una zona de la jungla intrincadísima y sin agua, pero atravesada por caminos y pistas por las cuales podrían operar, con efectos desastrosos, los carros de combate y los autoametralladoras. Los soldados que combaten en un clima tropical necesitan agua cada día, y para no encontrarse en dificultades insuperables es preciso estudiar cada uno de sus movimientos anticipadamente y con gran atención. No es exagerado decir que, en aquellas zonas, la necesidad de agua determina la táctica en mayor medida que la presencia del enemigo. Por lo tanto, Wingate debía apresurarse para sacar a sus fuerzas de aquel árido triángulo, y dudaba que pudiera hacerlo sin subdividirlas en pequeñas patrullas.

Mientras Wingate estudiaba este problema, Calvert y Fergusson se dirigieron hacia el Sur, para cumplir la misión que se les había asignado: la destrucción del viaducto de la garganta de Gokteik. El 19, Fergusson alcanzó el río en Nam Mit, cerca de Myitson, descubriendo que toda la zona estaba llena de patrullas japonesas. Se lo comunicó en seguida a Wingate, quien dispuso que se bombardease la ciudad y ordenó a Fergusson que se dirigiese hacia el Norte, a un punto preestablecido en el Nam Pai. Allí recibiría abastecimientos desde el aire antes de cubrir el movimiento hacia el Sur de las columnas 7 y 8. Para Fergusson esto significó un cambio total de planes, pues tendrían que dejar a Calvert el cometido de volar el viaducto. Fue entonces cuanto el teniente general Scoones, del Cuerpo de Ejército IV, empezó a preocuparse, y se puso en contacto con Wingate para preguntarle si realmente consideraba posible efectuar más operaciones. Wingate respondió afirmativamente y propuso desplazarse hacia el Este, entre las colinas de Kachin, y operar después en dirección a Lashio y Bhamo. Pero Scoones le advirtió que, a esta distancia, los abastecimientos aéreos serían muy difíciles y le sugirió, en cambio, que intentara un ataque contra Shwebo. Wingate repuso que la propuesta no le convencía y que, por otra parte, un ataque de aquel tipo sería imposible, pues acababa de recibir la noticia de que los japoneses habían retirado todas las embarcaciones del río; entonces la reacción de Scoones fue inmediata e inevitable: el 24 ordenó a Wingate que se retirara. Por una vez, Wingate no discutió. Ordenó entonces a Calvert que volviera atrás, a no ser que se encontrase ya muy cerca de la garganta de Gokteik y pudiese volar el viaducto inmediatamente. También ordenó al grupo meridional que continuara desplazándose hacia el Este, esperando con ello engañar a los japoneses. Después, con el resto del grupo septentrional, decidió dirigirse hacia Inywa, cerca de la confluencia del Irawadi y del Shweli, donde confiaba encontrar alguna embarcación. Así, después de abandonar todo el equipo no indispensable y los mulos que ya no necesitaba, el día 27 se puso en marcha hacia el Norte, apoyado por Fergusson y por la columna 5, que hacía de retaguardia. Aquella misma noche, Calvert, que se encontraba cerca de Aunggon, dividió su columna en diez grupos y emprendió el viaje de regreso.

Para casi todos aquellos pequeños grupos dispersos el viaje de vuelta fue mucho peor que el de ida. Tenían que transportar a hombros pesadas cargas, a través de una densa jungla, salvando montañas y ríos. Muchos hombres estaban enfermos, algunos casi exhaustos. Pocas eran las patrullas que disponían de los víveres en cantidad suficiente, y algunas no tenían ninguno. A pesar de todo, Calvert parecía estar de buen humor, y escribió sobre este regreso: *«Grandes trozos de carne de búfalo, y de vez en cuando un trozo de pitón, y arroz, siempre arroz. Este fue el alimento con el que sobrevivimos en las últimas semanas de nuestro agotador viaje de vuelta a la India. Llevábamos largas barbas y*

estábamos sucios y harapientos. Caminábamos de noche, aprovechando la oscuridad de la jungla como una protección más contra los japoneses; estábamos terriblemente cansados... Llegamos destrozados».

El mayor desastre le ocurrió a Fergusson y a su columna durante el paso del Shweli. Engañados por un barquero birmano, los hombres fueron abandonados en un banco de arena en medio del río, cuando ya quedaban pocas horas de oscuridad. Fergusson escribió:

«"Pesadilla" es la única palabra adecuada para describir aquella situación. El estruendo de las aguas, la oscuridad de la noche y el hecho de que, de vez en cuando, un hombre se hundiese en arenas movedizas eran ya cosas bastante desagradables; pero la corriente llegaba a ser infernal. En los puntos más profundos creo que el agua tenía un metro y treinta centímetros, o incluso más: yo mido más de un metro ochenta y cinco y el agua me llegaba al pecho. La corriente debía ser de 4 a 5 nudos. Tendía a llevarse el terreno que teníamos bajo los pies y al mismo tiempo presionaba con gran fuerza contra el tórax... Bastaba perder el equilibrio un instante para estar seguro de desaparecer para siempre».

Muchos hombres, en efecto, perdieron el equilibrio; sus gritos y sus gemidos se desvanecieron en la noche. Después se perdieron las embarcaciones, y más de 40 hombres, comprendidos los de menor estatura, se encontraban aún en el banco de arena. Fergusson se vio obligado a tomar una decisión cruel: les dio una posibilidad de vadear, después de lo cual se alejó por la espesura, dejando a su espalda a 46 hombres, unos ahogados y otros inmovilizados en el banco de arena. Luego, tras superar enormes dificultades y sufrir gran número de contratiempos, dividió a los supervivientes en tres patrullas; pero antes de que llegasen a Imphal, el hambre, las enfermedades y el enemigo hicieron aún numerosas víctimas.

De los 3000 oficiales y soldados que se habían adentrado en febrero en la jungla birmana, volvieron a la India 2182. Otros, que se quedaron atrás, heridos o prisioneros, sobrevivieron hasta que se reconquistó Birmania.

¿Para qué había servido la expedición? En términos concretos para muy poco. Se interrumpió una línea ferroviaria en varios puntos; pero era obvio que se podía reparar. Se habían matado unos centenares de japoneses, pero las fuerzas enemigas seguían siendo dueñas de Birmania. Sin embargo, como pronto demostraron los hechos, la causa aliada se benefició en otros aspectos. Exaltada por la prensa de todo el mundo, la historia de Wingate y de sus hombres suscitó una atmósfera de gran interés y de excitación. La leyenda de la invencibilidad japonesa había recibido un duro golpe, y entre los soldados que se encontraban en la India se difundió la convicción de que tanto el soldado británico como el indio eran superiores al japonés.

19 de marzo de 1943: algunos «Chindit» cruzan el río Irawadi. En el curso de la retirada, llevada a efecto unos días después, muchos hombres perdieron la vida al ser arrastrados por la impetuosa corriente. (Imperial War Museum)



EL CENIT DEL SOL NACIENTE

Teatro de operaciones del Pacífico, primavera de 1943

Paul Kennedy

En la primavera de 1943, el Japón llegó a la encrucijada que había de conducirlo a la derrota o a la victoria. Había terminado el período de sus primeros triunfos, logrados a un precio increíblemente bajo, y llegó por lo tanto el momento en que el país debía revisar toda su política. Las perspectivas a breve plazo parecían buenas: el Japón dominaba las vías de comunicación internas y la mayor parte de sus fuerzas todavía no se habían empleado en el punto más peligroso, el Pacífico sudoccidental; pero, si se desplegaban en aquel sector, podrían asegurarse una superioridad aplastante. No obstante, ya empezaban a manifestarse algunos de los signos de aquel fatal círculo vicioso que acabaría arrastrando al Japón a la destrucción total.



En marzo de 1943, la pérdida de cuatro grandes portaaviones en Midway y de dos acorazados en aguas de Guadalcanal, así como la de muchas unidades menores y centenares de aviones, había debilitado gravemente la potencia ofensiva del Japón. Por lo tanto, su estrategia en el Pacífico tenía que modificarse cuanto antes: debía pasar de las campañas de expansión a la defensa de los territorios conquistados en los primeros seis meses de guerra. Las órdenes cursadas a los comandantes de las fuerzas que operaban en el Pacífico sudoccidental eran ahora mantener las posiciones conquistadas en las islas Salomón y en Nueva Guinea. Las Salomón eran de importancia vital para defender la gran base naval de Truk, y Nueva Guinea era importante porque debía absorber los eventuales intentos enemigos contra las Filipinas. En consecuencia, se enviaron refuerzos a ambos sectores y se potenciaron las defensas.

La relación de fuerzas, tan favorable al Japón durante los primeros meses de guerra, se había estabilizado ya. Sería erróneo afirmar que, en aquella fase, fuera ya favorable a los Aliados o que se podía entrever el comienzo del fin para el Japón; pero lo cierto es que, para este país, había llegado el momento de poner a prueba su política fundamental: establecerse sólidamente en el fuerte anillo defensivo de bases insulares y neutralizar todos los ataques que los americanos pudieron desencadenar contra él hasta que los Aliados se decidieran a aceptar las conquistas japonesas. Indudablemente, las batallas de Midway y de Guadalcanal constituyeron un rudo golpe: un documento japonés caído en manos aliadas, declaraba que el éxito o el fracaso del intento de reconquistar Guadalcanal era la «encrucijada del camino que conduce a la victoria o a la derrota».

En la primavera de 1943, todo dependía de la dirección en que se desarrollara la guerra. ¿Podían los americanos, tomando audazmente la iniciativa, llevar la guerra a una conclusión favorable para los Aliados? ¿O lograrían los japoneses contener todos los contraataques, defender su recién conquistado imperio y mantenerse en el camino que los conduciría a la victoria final?

Era difícil responder a estas preguntas en la primavera de 1943; pero un análisis general de la situación en la que se hallaba el Japón en aquel período puede ofrecer una explicación del posterior resultado de la lucha. ¿Contaba el Japón con los recursos económicos necesarios para resistir los violentos ataques norteamericanos previstos para cuando terminase la fase de tranquilidad tras la campaña de Guadalcanal? ¿De qué modo aprovechaba el Japón las riquezas de las Indias holandesas y de Malasia? ¿Lograría compensar las pérdidas sufridas por la Marina y por la Aviación? ¿Cómo estaban situadas sus fuerzas y a cuánto ascendían? ¿Cuáles eran los puntos fuertes y, lo que es aún más importante, cuáles los puntos débiles del Japón?

Para sus jefes era un alivio comprobar que las defensas resistían bien en casi todos los sectores. En Birmania, la ofensiva británica en el Arakan fue desbaratada desde el principio, y parecía que los problemas relacionados con los abastecimientos y con la organización en general impedirían cualquier contraofensiva desencadenada desde la India en un futuro inmediato. En el frente chino, el único peligro posible era que el cuerpo expedicionario japonés acabase dispersando de tal modo sus fuerzas, en sus operaciones de castigo contra los ineficaces ejércitos chinos, que luego se encontrase en dificultades en el momento que fuera necesario su inmediato repliegue para hacer frente a situaciones de emergencia en otros sectores. Más peligroso era que las fuerzas aéreas norteamericanas pudieran alcanzar tal potencia que llegasen a estar en condiciones de dominar no sólo China, sino también el mar de la China y las direcciones meridionales de acceso al Japón. En el Manchukuo todo estaba en calma; en Asia sudoriental la actividad era casi nula, y las aguas septentrionales estaban sólidamente bajo el dominio nipón, si bien los cuerpos expedicionarios en las Aleutianas occidentales habían quedado aislados de manera muy peligrosa.

La única preocupación la constituía, pues, el Pacífico sudoccidental, donde las pérdidas experimentadas en las batallas de Guadalcanal y en Papua habían sido muy graves y donde parecía probable que los americanos llevaran a cabo nuevas operaciones. Sin embargo, este sector podía ser reforzado en pocas semanas con otras dos divisiones, 250 aviones y la 3ª Flota con base en Truk; además, en el plazo de seis meses sería posible enviar allí otras 15 divisiones y casi 700 aviones. Una rápida intervención podría contener cualquier intento aliado de avance en el interior de aquel sector.

Por consiguiente, a comienzos de 1943 la posición del Japón, si se valoraba a breve plazo, como ya se ha dicho, no era crítica ni mucho menos. Pero el factor más importante a tener en cuenta era la capacidad del país para actuar al ritmo de aquella guerra, la consistencia real de su potencia económica. En efecto, superficialmente, el Japón podía aparecer muy fuerte, pero lo que contaba era su mayor o menor capacidad de continuar suministrando a sus Fuerzas Armadas todo el material que exige una guerra moderna. ¿Con qué potencial podía contar el país en 1943? ¿Estaba el Japón dando señales de cansancio, o bien sus industrias respondían con energía a la prueba de la guerra?

Disponiendo de una población de cerca de 70 millones, los dirigentes nipones no tenían por qué preocuparse en lo que se refería al potencial humano, aunque su país estuviera combatiendo contra enemigos cuya población total rebasaba con mucho a la japonesa. El Japón había estado combatiendo hasta ahora con unos 3 millones de hombres; pero, en el momento en que fuera necesario, se podría duplicar esta cifra; los planes americanos, que preveían la movilización de más de 10 millones y los británicos, que pretendían reunir fuerzas por un total de casi 5 millones, no podrían realizarse hasta un futuro lejano.

Un elemento muy importante en 1943 era la disposición de las fuerzas japonesas. A pesar del continuo envío de refuerzos a las zonas del Pacífico, sólo una pequeña parte de los efectivos nipones estaba realmente empeñada en aquel sector. No obstante, si después de las victorias logradas en las Salomón y en Nueva Guinea, los Aliados llegaban a desencadenar un ataque, el Japón (siempre que el mando del Ejército olvidase la posibilidad de eventuales amenazas en el Manchukuo) podría lanzar a aquel sector de operaciones unos soldados muy bien adiestrados y en número mucho mayor que el que podrían disponer sus adversarios; teniendo que enfrentarse con otros onerosos empeños, los Aliados no podrían igualar la potencia local del Japón durante muchos años. Ya se veía que, en condiciones de clara inferioridad numérica, sin apoyo aéreo y pasando hambre, tanto en Papua como en el resto de Nueva Guinea, los japoneses combatían hasta el fin, infligiendo graves pérdidas a sus enemigos; por lo tanto, cuando su número se viera aumentado cinco o seis veces por la llegada de nuevas divisiones bien instruidas, sería virtualmente imposible la misión de las fuerzas norteamericanas y australianas. Unicamente si el mando japonés enviaba los refuerzos de un modo fragmentario, éstos serían inútiles contra las tropas numéricamente superiores con las que los Aliados podrían contar cuando pasaran a la ofensiva.

El eclipse del poderío naval

A pesar de la especial atención que dedicaba a Asia continental, el Imperio japonés era, sobre todo, un imperio marítimo. Si perdía el dominio del océano sería aniquilado. Y, sin embargo, aun siendo este hecho obvio para casi todos, se le había prestado poca atención cuando el país decidió entrar en la guerra. Desde luego, no hay duda de que, en 1941, los japoneses poseían una Flota grande y poderosa; pero se habían adoptado muy pocas previsiones para hacer frente a la eventualidad de que esta Flota sufriese graves pérdidas: en 1941, sólo se terminaron un acorazado, un crucero y nueve destructores; en 1942, la producción fue de un crucero. No era esta la manera de conservar el dominio del mar cuando, casi semanalmente, alrededor de las islas Salomón se hundían muchos buques, grandes y pequeños. Incluso la primitiva superioridad en portaaviones, superioridad que tanto contribuyó a las victorias japonesas, ya estaba amenazada; y aunque se terminaron cinco en 1941 y seis en 1942, las pérdidas experimentadas en el mar del Coral, en la batalla de Midway y en las Bismarck neutralizaron en gran parte este refuerzo. Oficialmente, en la primavera de 1943, el Japón poseía 11 portaaviones; pero, en realidad, sólo uno estaba en condiciones de operar; el resto lo constituían unidades averiadas, portaaviones ligeros y buques mercantes adaptados para este fin.

Por otra parte, también es verdad que el número de portaaviones de que disponían los norteamericanos en el Pacífico, en aquel mismo período, tampoco permitía que los Aliados pudieran sentirse satisfechos... Pero el futuro era muy prometedor. En diciembre de 1942 se había puesto en servicio la primera unidad de la nueva clase *Essex* a la que siguió en abril de 1943 la segunda, y otras 22 estaban ya en diversas fases de proyección o construcción. Además, en marzo de 1943, se pusieron en servicio tres de los nuevos portaaviones ligeros de Escuadra, y se preveían otros seis para fin de año. Para aquella fecha, los japoneses podrían disponer tan sólo de tres nuevos portaaviones; además, la relación de fuerzas en lo que respecta a unidades navales menores era también favorable a los Aliados: los americanos estaban construyendo o proyectando más de 100 cruceros y casi 300 destructores.

Pero los japoneses no habían perdido únicamente su primitiva superioridad en el campo de los portaaviones: toda su potencia naval estaba minada en sus cimientos por una más profunda «incapacidad» intelectual, puesto que muchos de los oficiales de mayor graduación de la Marina nipona ignoraban lamentablemente las enseñanzas que habrían podido deducir de sus propios éxitos. Seguían creyendo que la batalla naval decisiva se entablaría entre formaciones de acorazados; todas las restantes unidades navales se juzgaban accesorias. Por esta razón había construido grandes acorazados del tipo *Yamato*, monstruos de 70.000 toneladas y colosales cañones. Los marinos nipones estaban seguros de que con estos cañones de 460 mm sus buques destruirían a la Escuadra americana en cuanto ésta osase aproximarse a las aguas japonesas.

Naturalmente, la Marina de Guerra estadounidense no subestimaba la importancia de los acorazados; y la prueba de ello es que los estaba construyendo en un número que los japoneses jamás lograrían alcanzar. En febrero de 1943 armaron el *Iowa*, el séptimo de los nuevos acorazados que añadían a sus unidades más antiguas. Pero los norteamericanos habían decidido emplear estas unidades para proteger a sus portaaviones de los ataques aéreos –su armamento antiaéreo era, en efecto, poderosísimo–, así como para apoyar los desembarcos anfibios. Desde luego, *no* los tendrían inactivos en espera de un «Jutlandia del Pacífico», aunque si se daba el caso de que se produjera una batalla de este tipo, esperaban estar en condiciones para enfrentarse con sus adversarios japoneses.

Entre las enseñanzas que se pueden deducir de la segunda Guerra Mundial, una de ellas es la imposibilidad práctica de mantener el dominio del mar sin tener el dominio del aire. La supremacía aérea era esencial para la victoria; en la primavera de 1943, el Japón podía oponer 4000 aviones a los 5000 que los Aliados tenían en el sector oriental. Esta diferencia de fuerzas no era

necesariamente decisiva; pero la política japonesa de concentrar un gran número de aviones en sectores no operativos (por ejemplo, había 400 aparatos al norte del Japón y en las Kuriles) hacía que en el sector más crítico –el Pacífico sudoccidental– los Aliados fueran numéricamente muy superiores. Pero el peligro todavía más grave lo representaba el hecho de que los norteamericanos preveían aumentar su potencia aérea a un ritmo que el Japón no podría igualar jamás, de modo que pronto estarían en condiciones de aniquilar los refuerzos procedentes de Japón y de China.

Asimismo, no menos importante que la cantidad era la calidad de los aparatos. Las primeras victorias del Japón fueron consecuencia, en gran parte, de la superioridad de sus aviones de caza; pero, en 1943, empezó a hacerse evidente que esta superioridad se estaba desvaneciendo. En efecto, el Japón todavía seguía confiando en los mismos aviones que, dieciocho meses antes, habían derrotado a los anticuados aparatos aliados. Pero lo cierto era que, al cabo de este tiempo, el avión torpedero *Kate* y los bombarderos medios –el *Nell* y el *Betty*– eran ya demasiado lentos y, por añadidura, a causa de su poca protección, constituían una fácil presa para los cazas aliados. Incluso el formidable *Zero* –famoso por su maniobrabilidad, autonomía y potencia de fuego– ya no era el indiscutido dominador del cielo, puesto que los norteamericanos habían sacado beneficiosas enseñanzas de la batalla de Midway. Lograron capturar intacto un *Zero*, que aterrizó en una de las islas Aleutianas en el curso de las operaciones del Pacífico septentrional, y el aparato fue enviado a toda prisa a América, donde se le sometió a una exhaustiva serie de experimentos e investigaciones. A consecuencia de estos estudios, empezaron a fabricarse –inspirados en el modelo japonés– cazas como el *Corsair* y el *Lightning*, y al mismo tiempo se introducían las adecuadas modificaciones en el nuevo *Grumman Hellcat*: estos aviones ya eran más veloces que el *Zero*, lo superaban en el ascenso, en el descenso y en la potencia de fuego, y además su estructura era más sólida y más fuerte su protección. Incluso los nuevos bombarderos americanos podían resistir a los *Zero*, puesto que las principales características de las «fortalezas volantes» y de los *Liberator* eran su capacidad de soportar un fuego cerrado y su mayor potencia de fuego defensivo, lo que les permitía rechazar el ataque de numerosos cazas.

El tercer factor alarmante para el Japón, en lo que respecta a la guerra aérea, era la calidad de los pilotos. Al comienzo del conflicto, sus aviadores contaban, por lo general, con una experiencia de 500-800 horas de vuelo, experiencia que a menudo habían adquirido en China. En 1943, el piloto japonés, de tipo medio, contaba tan sólo con una experiencia de 50-100 horas de vuelo.

El futuro tampoco ofrecía mayor seguridad. En 1941 la Marina de Guerra japonesa contaba con 3500 pilotos de la Aviación naval, número superior al de la Marina de Guerra estadounidense por aquel tiempo; pero esta cifra no pudo ser sensiblemente aumentada, y al mismo tiempo, como hemos visto, la calidad empeoraba. Por el contrario, la Marina de Guerra de Estados Unidos llegó a disponer de 8000 pilotos en fase de adiestramiento a comienzos de 1942, y de más de 31.000 para diciembre del mismo año. El hecho de que más del 60% de las pérdidas japonesas producidas en aquel período se debiera a choques durante el adiestramiento y no en auténticos combates, demuestra claramente cómo había bajado la calidad de sus pilotos.

El desequilibrio fundamental era, naturalmente, el que correspondía al plano económico. Muchos jefes japoneses sabían que el potencial bélico de su país venía a ser, aproximadamente, el 10% del estadounidense; pero esperaban que la potencia económica quedaría compensada y asegurada por las conquistas militares. Pero en 1943, los americanos se habían recuperado con tanta rapidez y sus fuerzas se reorganizaron tan eficazmente para reconquistar los territorios ocupados por los japoneses, que las esperanzas niponas eran ya bastante remotas.

La economía: talón de Aquiles del Japón

La más grave debilidad potencial del sistema económico del Japón era la que ofrecía su Marina mercante. Su imperio, como hemos visto, era esencialmente marítimo; por lo tanto, de la eficacia de sus buques mercantes dependía el transporte de sus tropas a las guarniciones insulares más avanzadas y también el transporte al Japón del petróleo de las Indias y de todas las materias primas que las recientes conquistas habían asegurado al país. En otras palabras, sería la eficacia de la Marina mercante japonesa el elemento que determinaría la capacidad del imperio para sostener el peso de la guerra sin derrumbarse en el curso de un año. Y pese a todo ello y de tratarse de una nación que poseía un imperio marítimo tan extenso, esta Marina mercante de que disponía era muy débil. Al estallar la guerra, el tonelaje efectivo sumaba tan sólo 5.296.000 toneladas y el 35% de su comercio marítimo se realizaba en buques extranjeros; después de cuatro meses de éxitos espectaculares, este tonelaje total había aumentado únicamente en 80.000 toneladas, aumento atribuible en gran parte a los muchos buques aliados que se capturaron. Pero en los doce meses que siguieron, los submarinos aliados hundieron 1.156.000 toneladas de buques japoneses, y los barcos construidos o capturados en el mismo período sólo pudieron cubrir el 30% de estas pérdidas.

Mas, ninguna de estas dos soluciones parecía probable, ya que, a diferencia de los ingleses, que intuían lo grave que era la amenaza constituida por los submarinos, los japoneses no parecían haberse dado cuenta del todo de este peligro. No habían estudiado ningún sistema eficaz de convoyes y demostraban escaso interés por las técnicas de la defensa antisubmarina, como las búsquedas coordinadas por parte de patrullas aéreas y navales, mejores cargas de profundidad e incluso los dispositivos de radar y ecogoniométricos. Por otra parte, la industria naval japonesa no se había desarrollado de forma equilibrada: casi todos los grandes astilleros estaban ocupados en la construcción de buques de guerra, e incluso cuando, en 1943, se concedió prioridad a la Marina mercante, no fue posible alcanzar un eficiente aumento de buques por la insuficiencia de los astilleros, por la carencia de mano de obra especializada, de material y de instalaciones modernas, por el escaso empleo de las técnicas de soldadura y por la falta total de cualquier intento que diera mayor unificación a la producción.

Además, los astilleros empezaban a resentirse por la carencia de acero, carencia debida, en parte, al hecho de que la industria siderúrgica no lograba satisfacer las necesidades del país y, en parte, al hecho de que el Japón no estaba en condiciones de procurarse la suficiente cantidad de minerales de hierro, a pesar de los desesperados esfuerzos que realizó para aprovechar las minas existentes en Japón y Manchukuo.

Se estaba creando, pues, un círculo vicioso. Al no poder impedir el progresivo debilitamiento de su Marina mercante, el Japón no estaba en condiciones de hacer llegar a sus industrias las materias primas que se habían asegurado con la conquista de Asia sudoriental. En 1940, el Japón importó más de 3 millones de toneladas de mineral de hierro de Malasia y de Filipinas; pero en 1942 esta cifra había descendido a 118.000 toneladas; y a causa de esta carencia de materias primas el país no podía construir todos los buques de guerra y todos los aviones que eran indispensables para proteger sus rutas mercantes, ni tampoco las unidades mercantes nuevas que compensasen las pérdidas sufridas. Con el tiempo, se creó una situación tal que incluso sus no ciertamente eficaces astilleros hubieran podido construir el triple de los buques que en realidad construían si hubieran tenido la cantidad necesaria de materias primas. En un intento de resolver esta grave situación, los japoneses decidieron construir un buen número de buques de madera.

En realidad, lo que sucedía en definitiva era que el Japón no estaba preparado para una guerra larga. Su posición económica era demasiado débil, sobre todo a consecuencia de esta escasez de buques; el país dependía esencialmente de las importaciones de petróleo, coque, minerales de hierro, bauxita, caucho, níquel, estaño, manganeso, aluminio, cobalto, algodón, plomo, fosfatos, sal, grafitos, potasa y muchos metales raros; asimismo dependía estrechamente de las importaciones en cuanto a los productos alimenticios: en efecto, del extranjero procedía el 17% del arroz, el 67% de las semillas de soja, el 84% del azúcar y el 20% del trigo, del que el país tenía gran necesidad. Desde luego, los dirigentes políticos se habían preocupado de acumular grandes reservas de estos géneros antes de estallar la guerra, pero dichas reservas disminuyeron rápidamente, como sucedió en todo lo demás.

Como es bien sabido, el petróleo es indispensable para que un país pueda sostener un esfuerzo bélico, y el Japón sólo producía el 12% de sus necesidades; en cambio, la producción estadounidense le superaba 700 veces.

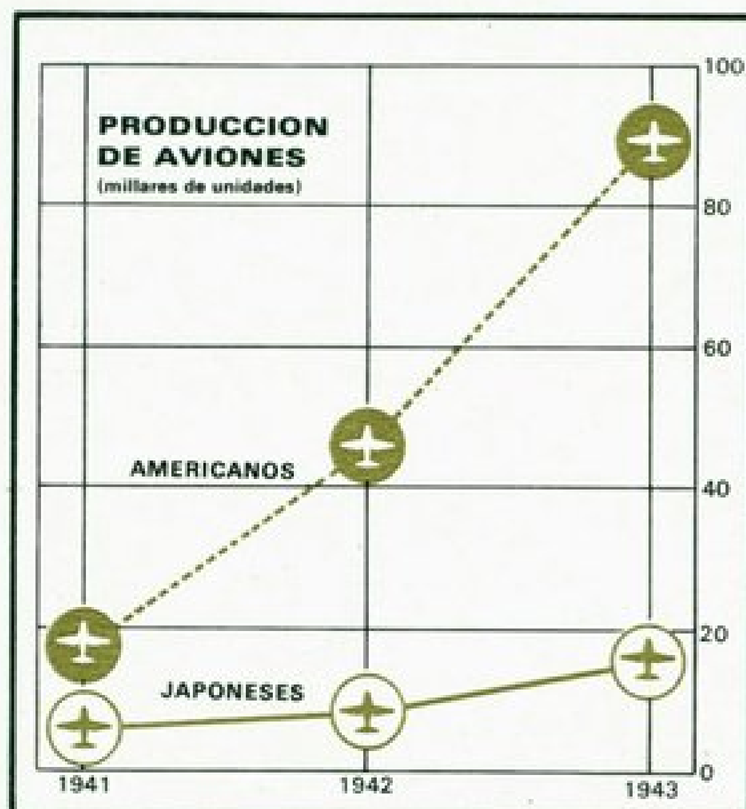
Los japoneses confiaron en que el empleo de una gran parte de sus valiosas reservas, en los primeros seis meses de la guerra, se vería compensado con el petróleo que podrían obtener de las Indias, pero pronto se tuvo que desechar esta esperanza. En primer lugar, la reparación de los pozos y de las refinerías destruidos por ingleses y holandeses requirió mucho más tiempo del previsto; luego, una vez terminados estos trabajos, se demostró lo difícil que era enviar a la metrópoli el petróleo extraído, ya que no se contaba con los necesarios buques cisterna. La consecuencia de todo ello fue que las reservas japonesas de petróleo disminuyeron, entre 1941 y 1943, de 8 millones de toneladas a 4,1 millones, aunque, por suerte para ellos (y como estaba ocurriendo también en el caso de Alemania), los Aliados no se habían dado perfecta cuenta de la debilidad del enemigo en lo que se refería al carburante.

Se estrecha el cerco

El país continuó moviéndose así en un fatal círculo vicioso. La prioridad concedida a los buques mercantes determinó que tuvieran que ignorarse otras necesidades. En 1943, el 17% de la producción de acero se dedicó a este sector, de modo que tuvo que reducirse la construcción de unidades de guerra, de buques cisterna y de determinados tipos de cañones.

Por añadidura, el Japón había quedado algo retrasado en el terreno tecnológico. No tenía ni las grandes reservas ni las tradiciones técnicas de los Aliados; y las técnicas de la producción en serie aún no se habían adoptado a fondo. Algunas de sus armas –los famosos torpedos, por ejemplo– eran mejores que las de los Aliados, pero se trataba de excepciones: en general el Japón no estaba en condiciones de fabricar bombarderos pesados tan eficaces como las «fortalezas volantes» o los *Liberator* norteamericanos o los *Lancaster* británicos. Asimismo, el radar de los Aliados ponía a los japoneses en una situación de gran desventaja, que ni siquiera la superioridad de sus instrumentos ópticos podría neutralizar; y cuando los Aliados ya lo superaron decididamente con sus planes relacionados con la producción de bombas atómicas, aviones de reacción, *bazookas*, cohetes aire-tierra, napalm, centrales de tiro, minas lanzadas por los aviones, cañones servidos por radar, espoletas de proximidad e incluso misiles teledirigidos, la posibilidad del Japón de vencer en una larga guerra disminuyó cada vez más. Otro punto

	navíos de batalla		cruceros de batalla		portaaviones		portaaviones de escolta		cruceros pesados		cruceros ligeros		destructores		destructores de escolta		submarinos	
1941	3	0	0	0	0	3	2	0	0	0	6	2	27	8	0	0	15	13
1942	3	0	0	0	6	4	15	0	2	0	8	3	119	10	17	0	40	26
1943	1	0	2	0	11	5	25	0	2	0	7	1	100	9	298	0	67	35



COMPETICIÓN EN LA PRODUCCIÓN BÉLICA. A la izquierda: la producción de aviones norteamericanos comparada con la japonesa. En 1943, la situación en el sector de las fuerzas aéreas llegó a ser crítica para el Japón: su superioridad técnica, que hasta entonces le había asegurado el dominio del aire en el Pacífico, estaba a punto de ser rebasada por la producción en serie de eficacísimos aviones estadounidenses. Incluso el *Zero*, ya no era el indiscutible dominador de los cielos, mientras los bombarderos japoneses resultaban ya demasiado lentos y, careciendo de una adecuada protección, estaban destinados a convertirse en fáciles presas de los cazas aliados. Arriba: los buques botados por Estados Unidos (en blanco) y el Japón (en negro) entre 1941 y 1943. En los años venideros, Estados Unidos podrían confiar en un número cada vez mayor de buques de guerra, mientras que el de los japoneses estaba en continua disminución. El problema más grave lo representaba la escasez de portaaviones: mientras Estados Unidos los construían en cantidad cada vez mayor, el Japón tenía que sustituir las pérdidas adaptando para este fin viejos buques de guerra. Pero también la falta de destructores y de todo tipo de buques de escolta fue fatal para el Imperio nipón, que se encontró en la imposibilidad de ofrecer aunque sólo fuera una exigua protección a los barcos mercantes cuya misión específica, desde el comienzo de la guerra, se encaminaba a asegurarle la llegada de las materias primas vitales para su economía.

de desventaja lo constituía el hecho de que los americanos habían logrado descifrar sus claves, cuestión que les había ayudado en gran manera en los combates del mar del Coral y en Midway.

Pese a todo ello, la población japonesa no sufría grandes privaciones en 1943; pero desde luego, las conquistas no parecían haberle traído ningún beneficio. Las riquezas del Asia sudoriental se quedaban en su mayor parte en las regiones en que se extraían o se producían, e incluso lo poco que llegaba al Japón era absorbido rápidamente por las necesidades de la industria. La carencia de petróleo tuvo sus repercusiones en el país, habiendo desaparecido prácticamente los transportes civiles. La producción de ciertas industrias se resintió también de la disminución de las importaciones, y el nivel de vida bajó: en 1943 comenzaron a escasear algunos productos alimenticios y a disminuir el consumo medio de calorías. La superficie cultivable era menos productiva, en parte por las menores importaciones de fosfatos y, en parte, porque muchos agricultores habían sido llamados a las armas; existía ya un incipiente mercado negro, que amenazaba con desarrollarse cada vez más al disminuir las importaciones de subsistencias.

Sin embargo, el Japón contaba también con algunas grandes ventajas, aunque difícilmente estimables en términos económicos o militares. La primera se relacionaba con su posición geográfica. Si el Japón había cometido el error de excederse cuando delineó su «esfera de coprosperidad de la gran Asia Oriental», esto significaba que también los Aliados se vería obligados a resolver no pocos problemas en su intento de reconquista: ahora las distancias eran enormes. Incluso después de haber ocupado Nueva Guinea, MacArthur debería recorrer todavía una distancia igual a la que separa Montreal de Liverpool antes de llegar al Japón. La dispersión de las fuerzas japonesas entre muchas islas constituía, ciertamente, un punto de ventaja para el atacante, que fácilmente podría concentrar tropas, buques de guerra y aviones suficientes para asegurarse la superioridad en cualquier punto en que hubiese decidido desencadenar la ofensiva. Pero, en cambio, el Japón estaba rodeado de un número tan considerable de estas islas –una verdadera tela de araña– que a los Aliados les haría falta mucho tiempo para llegar a derrotar a tantas guarniciones, animadas todas ellas por un encendido fanatismo; esto permitiría a los japoneses hacer afluir refuerzos hacia las regiones más amenazadas por este avance. Era obvio que, si el Japón hubiera conseguido mantener el dominio en el mar, sus líneas de comunicación interna habrían representado una indiscutible fuerza. A causa de las grandes distancias, los norteamericanos se enfrentaban con abrumadores problemas logísticos. Toda clase de material del que tenían necesidad para la contraofensiva –armas, carburante, indumentaria apta para la jungla, municiones, aviones de escolta y piezas de recambio, géneros alimenticios, máquinas para la construcción de carreteras, instalaciones y maquinaria para las reparaciones y, sobre todo, *hombres*– se tenían que hacer llegar de más de 8000 km de distancia. Y antes de que estas operaciones de transporte a través del Pacífico se pudieran realizar a gran escala, fue preciso adaptar los pequeños e inadecuados puertos de Nueva Caledonia, Nuevas Hébridas y todos los demás de las islas que estaban en manos de los Aliados.

Además, la Escuadra aliada, a la que le correspondía enfrentarse con esta misión, había de ser completamente autosuficiente, de modo que sólo en casos de averías gravísimas se tuviera que enviar un buque a Pearl Harbor o a América. Y pese a las reservas y al alto nivel técnico alcanzado por los Estados Unidos, no se podía excluir que semejantes problemas logísticos parecieran de momento insuperables.

Quizá el elemento que más actuaba a favor de los japoneses era que, teniendo que combatir también contra otros adversarios, los Aliados no podían concentrar contra ellos todo el peso de su potencia económica y militar. El almirante King, ardiente propugnador de la oportunidad de lanzar una gran ofensiva contra el Japón, declaró, en una reunión conjunta de los jefes de Estado Mayor, que sólo el 15% del esfuerzo bélico aliado se dirigía en aquel momento contra el Japón, y aunque se puede poner en duda la exactitud de esta estimación, lo cierto es que una de las consecuencias de la estrategia de derrotar «antes a Alemania» era que a la menor debilidad económica y militar del Japón se le daba importancia.

Rusia era todavía demasiado débil para arriesgarse en una guerra en dos frentes; Gran Bretaña, por su parte, concedía mayor importancia al Mediterráneo y a los otros escenarios de guerra europeos, y mientras los Estados Unidos asumían el papel de principal adversario del Japón, la mayor parte de sus divisiones y de sus unidades aéreas se asignaban a Europa, e incluso muchas de sus unidades navales (especialmente las importantísimas embarcaciones de desembarco) serían necesarias en aquel sector. Por consiguiente, no se podía afirmar que el futuro equilibrio de las fuerzas en el Pacífico sería tan netamente favorable a los Aliados, como otros elementos podían hacer creer, mientras Alemania siguiera combatiendo.

Esta era, pues, la situación del Imperio japonés en la primavera de 1943. En aquel momento, sus puntos fuertes eran aún más visibles que sus puntos débiles, y el Imperio parecía seguir dominando el Extremo Oriente. Sus Ejércitos estaban desplegados desde las Aleutianas hasta Birmania, desde las Salomón al Manchukuo. Resistían con éxito en China y en Birmania, e incluso los reveses sufridos en el Pacífico sudoccidental no eran irremediables; y aunque la amenaza era menos grave que tiempo antes, Australia y la India todavía temían una invasión. La gran ventaja del Japón residía en el hecho de que, en aquel momento, sólo una exigua parte de sus fuerzas estaba empeñada.

Y sin embargo, pese a esta aparente fuerza, existían puntos débiles como sabemos, y si los japoneses no se apresuraban a ponerles remedio acabarían siendo bastante graves. El Japón *podría* reforzar sus defensas insulares mediante los oportunos traslados de tropas de otros sectores en aquel momento no operativos; *podría* reducir las pérdidas de buques mercantes y de aviones; *podría* transportar materias primas desde las Indias; sus técnicos *podrían* fabricar armas y aviones mejores; y el país, finalmente, *podría* triplicar su producción bélica. Pero, incluso en este caso, como contaba tan sólo con el 10% del potencial económico y militar de los Aliados, lo más probable era que el país acabara quemando todas sus reservas de energías.

Pero quedaba aún otro factor, un factor de importancia incalculable: la tenacidad. Los dirigentes japoneses tenían la completa seguridad de que sus soldados, marinos y pilotos combatirían hasta el final para salir victoriosos de aquella lucha, aunque se vieran enfrentados con fuerzas muy superiores. Si por cada japonés muerto el enemigo tenía también una víctima, este precio para los Aliados resultaría enorme; y la idea de contar sus caídos por millones, con la perspectiva de que otros millones acabasen sufriendo la misma suerte, quizá aterrase a los jefes de las democracias hasta tal punto que se vieran impulsados a aceptar un compromiso. De esta forma, aunque también a un precio terriblemente elevado, el Japón podría conservar alguna de sus conquistas. Además, es posible también que los dirigentes japoneses reflexionasen sobre el hecho de que los Aliados demostraban estar decididos a proseguir la guerra y no daban la menor señal de querer reducir sus esfuerzos, cualquiera que fuese el precio; por consiguiente, ¿por qué no iba a hacer otro tanto el Japón? Era un riesgo que se debía correr; si después no valía la pena, era ya otra cuestión.



U R S S
MAR DE OJOTSK
Pen. de Kamchatka
Novosibirsk
Krasnoiarsk
Lago Baikal
Irkutsk
Kizil
TANNU-TUVA
Sajalín
(Karafuto)
Islas Kuriles
Ulan Bator
MONGOLIA
MANCHUKUO
Harbin
(MANCHURIA)
Hsin-king
Vladivostok
MENG-CHIANG
Kalgan
Huehot
Mukden
Pekín
Port Arthur
COREA
Seul
MAR DEL JAPÓN
JAPÓN
Tokio
Yokohama
Osaka
Nagasaki
Kagoshima
CHINA
EJERCITO NACIONAL CHINO
300 DIVISIONES
(cada una de entidad Brigada)
3 DIVISIONES CHINAS
en la India
Chungking
Nankín
Shanghai
Hankow
Islas Ryukyu
Is. Bonin
INDIA
Delhi
La mayor parte
en adiestramiento
o construcción
Calcuta
Hyderabad
Colombo
Taihoku
Formosa
Cantón
Hong-Kong
BIRMANIA
Mandalay
INDOCHINA FRANC.
Hanoi
Hainán
Rangún
TAILANDIA
Bangkok
Saigón
Golfo de Siam
Is. Andamán
Is. Nicobar
Manila
FILIPINAS
MAR DE CHINA MERIDIONAL
Wake
Islas Marianas
Guam
Is. Marshall
(Aviación de la Marina)
Yap
Is. Palau
Is. Truk
Islas Carolinas
MALASIA
Singapur
Borneo
Sumatra
Celebes
INDIAS HOLANDESAS
Batavia
Java
Timor
(Port.)
Ecuador
Nauru
Nueva Guinea
Archipiélago de Bismarck
Nueva Bretaña
Is. Salomón
Guadalcanal
Is. Santa Cruz
Port Moresby
M. DE ARAFURA
Port Darwin
Nuevas Hébridas
MAR DEL CORAL
Townsville
Nueva Caledonia (Fr.)
Rockhampton
OCÉANO ÍNDICO
OCÉANO
AUSTRALIA
Brisbane
Norfolk
(en adiestramiento)
Perth
Newcastle
Sydney
Adelaida
Canberra
Melbourne
MAR DE TASMANIA
Tasmania
ALIADOS
JAPONESES
División (o equivalente)
División acorazada
Guarnición
Aviación
Fuerza aérea de sector
Unidad aérea
Formaciones navales mayores

LOS RESULTADOS DE LA "BLITZKRIEG" JAPONESA

Durante los primeros seis meses de la guerra en el Pacífico, el Japón consiguió muchas y fáciles victorias. En rápida sucesión, había conquistado Hong-Kong, Malasia, las Indias holandesas, las islas Filipinas, Birmania, gran parte de Nueva Guinea y varios grupos de islas del Pacífico, muy importantes estratégicamente. Como resultado de esta colosal expansión, más de 90 millones de personas quedaron sujetas al dominio japonés; además –y este es quizá un elemento de la mayor importancia–, el Japón se encontraba ahora en posesión de diversas fuentes de materias primas vitales para su economía. En efecto, poseía el 88% del caucho producido en el mundo; el 54% del estaño, el 28% del arroz y el 19% del tungsteno; grandes cantidades de manganeso y de minerales de hierro, y además los ricos campos petrolíferos de las Indias holandesas. Por consiguiente, se habían ocupado, en la práctica, todos los territorios que los Estados Mayores de Tokio habían considerado como absolutamente necesarios para la "esfera de coprosperidad de la gran Asia Oriental". Nunca hasta entonces se había conquistado un territorio tan amplio en tan breve tiempo. Las consecuencias militares de esta "Blitzkrieg" japonesa fueron aún más sorprendentes. Los ingleses perdieron 11.000 hombres en los combates de Hong-Kong, más de 135.000 en Malasia y en Singapur y 13.500 en Birmania. La defensa de las islas Filipinas costó la vida, por lo menos, a unos 100.000 hombres de las fuerzas estadounidenses y filipinas; otros 75.000 hombres, entre holandeses, ingleses y americanos fueron derrotados en el curso de la defensa de las Indias holandesas. Las fuerzas aéreas de los Aliados habían quedado prácticamente destruidas; la "Pacific Fleet" estadounidense resultó gravemente mutilada en Pearl Harbor; el núcleo de la "Far Eastern Fleet" británica fue hundida por aviones japoneses frente a las costas de Malasia, y lo que quedaba de las fuerzas aéreas y navales aliadas había sido destruido en el curso de otras acciones militares.

¿Qué precio había pagado el Japón para ello?

Sólo cuatro destructores y algunos buques menores; 381 aviones y unos 15.000 hombres. No hay nada que pueda explicar esta enorme diferencia en las pérdidas. Y lo cierto es que los japoneses no eran numéricamente superiores, desde el momento en que sólo 11 de sus 51 divisiones se habían empleado en la conquista del Asia sudoriental. Pero, desde luego, tenían la ventaja de que gozan todos los agresores: la elección del lugar y el momento de asestar el golpe; y así, habiendo sorprendido completamente desprevenidos a los norteamericanos en Pearl Harbor, pudieron conseguir la supremacía naval para el resto de la campaña. Los japoneses gozaban también, al principio, de superioridad aérea; en parte porque la única fuerza aérea aliada eficaz –la norteamericana en las Filipinas– también había sido destruida por sorpresa; pero, sobre todo, porque los aviones de dotación de las fuerzas niponas –en especial los formidables cazas "Zero"– eran muy superiores, en todas sus prestaciones, a los anticuados aviones aliados. Por lo tanto, contando con la supremacía naval y aérea, los japoneses podían trasladar sus fuerzas terrestres de una zona a otra sin ninguna interferencia, lo que les permitía ostentar cierta superioridad numérica local. Sin embargo, mucho más importante fue, en 1943, la distribución de la importancia que los japoneses atribuían al continente asiático. En China se hallaban 25 divisiones de infantería y un número casi igual de brigadas, lo que significa un millón de hombres, aproximadamente, del Ejército japonés ocupados en poner fin al "incidente China". Las fuerzas japonesas con base en el Manchukuo todavía ponen más claramente de relieve la preferencia otorgada por los japoneses a las vías de acceso continentales al Japón; mucho más que a las oceánicas; y aunque a la sazón Rusia se encontraba empeñada en una batalla a muerte con Alemania, los japoneses estaban convencidos de que, si se le ofrecía la oportunidad, la URSS invadiría el Manchukuo. Para conjurar tal eventualidad, a lo largo de la frontera se alinearon permanentemente 15 divisiones de infantería, y, probablemente, estos 600.000 hombres representaban la flor y nata del Ejército japonés. Si se observa el apoyo aéreo y acorazado, se tiene la confirmación de lo mucho que agobiaba a los nipones la idea de una invasión por vía terrestre. El Japón disponía de 3 divisiones acorazadas, de las cuales dos se hallaban en el Manchukuo, y otra en China. De las siete divisiones aéreas, dos se encontraban en Manchukuo, una en China y otra en las islas Kuriles meridionales, con el fin de proteger el territorio japonés de eventuales ataques norteamericanos a través de las islas Aleutianas. Por último, cinco divisiones guarnecían el territorio nacional para impedir otros posibles ataques desde el Norte, y estas divisiones podían ser reforzadas por muchas otras unidades de adiestramiento, desde el momento en que esta era, después de todo, la vía más breve a través del Pacífico. Sin embargo, también los americanos temían que una vía semejante pudiera utilizarse para un ataque contra ellos, lo que queda demostrado por el hecho de que más de 100.000 soldados estadounidenses se encontraban situados en las islas Aleutianas.

Túnez, abril de 1943

Kenneth J. Macksey, comandante

EL FIN EN AFRICA

Las fuerzas del Eje en el Norte de África habían sido rechazadas a un exiguo perímetro dentro del cual aguardaban, sin ninguna esperanza de recibir refuerzos del exterior, el ataque final que los Aliados se disponían a desencadenar de inmediato con fuerzas muy superiores. Tras un comienzo equivocado –un vano intento por parte del Ejército 8 de asumir el papel de protagonista del último triunfo, hundiendo las líneas enemigas y llegando hasta Túnez–, el Ejército 1 británico inició su lento avance, combatiendo duramente entre una larga serie de alturas, para desembocar más tarde en la llanura, donde podría aprovechar al máximo toda su potencia.

En ninguna otra fase de la campaña del Norte de África la situación había sido tan claramente definida como en aquellas tres últimas semanas. Con sus 10 divisiones completas y bien equipadas, los Aliados intentaban arrollar las 13 divisiones del Eje, ya muy diezmadas. Unos 1200 carros de combate aliados desplegaban frente a los 130 ítalo-alemanes; en cuanto a la artillería, 1500 cañones se enfrentaban a menos de 500; finalmente, la superioridad aérea aliada era todavía más aplastante: 3000 aviones contra 500. Pero aunque las más optimistas previsiones del Eje no podían ignorar la inevitable derrota final, esto no significaba que Hitler y Mussolini quisieran retirarse: a su entender, cada mes que se dedicase a la defensa del ángulo nororiental de Túnez significaría retardar notablemente la ofensiva aliada a través del Mediterráneo.

Según los dirigentes del Eje, si fuera posible conservar Túnez hasta el fin del verano, los Aliado quizá tuvieran que retrasar la invasión de Europa hasta el otoño, cuando el empeoramiento de las condiciones atmosféricas y del mar dificultarían las posibles operaciones anfibias. Los ingenieros alemanes habían trabajado incansablemente en la construcción de reductos, con posiciones fortificadas, en todas las principales alturas tunecinas que dominaban los estrechos caminos de acceso a la llanura; y aunque los ataques desencadenados por el Ejército 1 aliado, en marzo y a comienzos de abril, les habían arrebatado algunas zonas estratégicamente importantes, los alemanes contaban aún con una formidable línea defensiva.

Desde la costa, justamente al este de cabo Serrat, en la garganta que se encuentra al oeste de Pont du Fahs, esta línea defensiva se extendía aproximadamente a lo largo del mismo recorrido por el que Arnim habían lanzado su ofensiva en febrero; pero al sur de Pont du Fahs, donde el Ejército 8 estaba a la espera, bajo los contrafuertes que dominaban Enfidaville y el mar, el nuevo frente podía dominar la carretera que, por la costa, conducía a Túnez y a cabo Bon.

Es indudable que el valle relativamente amplio del Medjerda seguía siendo la dirección más prometedora de acceso a Túnez, a través de Massicault y Tébourba. Una vez conquistadas las últimas colinas ocupadas por el enemigo a ambos lados de Medjez-el-Bab, las fuerzas acorazadas tendrían vía libre para infiltrarse hacia el Este. En ningún otro punto sería posible emplear simultáneamente una concentración de fuerzas semejante, y sólo aprovechando en masa sus recursos sir Harold Alexander podría quizá conquistar los puertos que consideraba de importancia fundamental para la prevista invasión de Sicilia. Por esta razón, el 12 de abril ordenó al general Anderson, que el 22 del mismo mes lanzara una ofensiva en gran escala hacia Túnez, avanzando entre Medjez-el-Bab y Bou-Arada, y coordinando su acción con la del Cuerpo de Ejército II estadounidense, que atacaría a través del difícil sector septentrional en dirección a Mateur-Bizerta. Al Ejército 8 se le asignó un papel secundario: realizar una acción de contención cerca de Enfidaville.


(Imperial War Museum)

Se diría que este papel secundario no satisfizo a Montgomery, y que el ataque en gran escala que luego propuso a Alexander tenía como finalidad otorgar al Ejército 8 las palmas de la última victoria. Un ataque por parte de tres divisiones de infantería, con el apoyo masivo de la artillería y seguido por el avance de una división acorazada, no tenía, en efecto, el aspecto de una acción de contención, sino más bien, de una ofensiva en gran escala, ofensiva claramente entendida por Montgomery como un intento de apoderarse de la península de cabo Bon antes de que el enemigo pudiera transformarla en un último bastión. Al permitir a Montgomery que llevara a cabo su plan, Alexander dejó a un lado su primera intención de concentrar todos sus esfuerzos en el sector del Ejército 1, con los resultados que luego veremos.

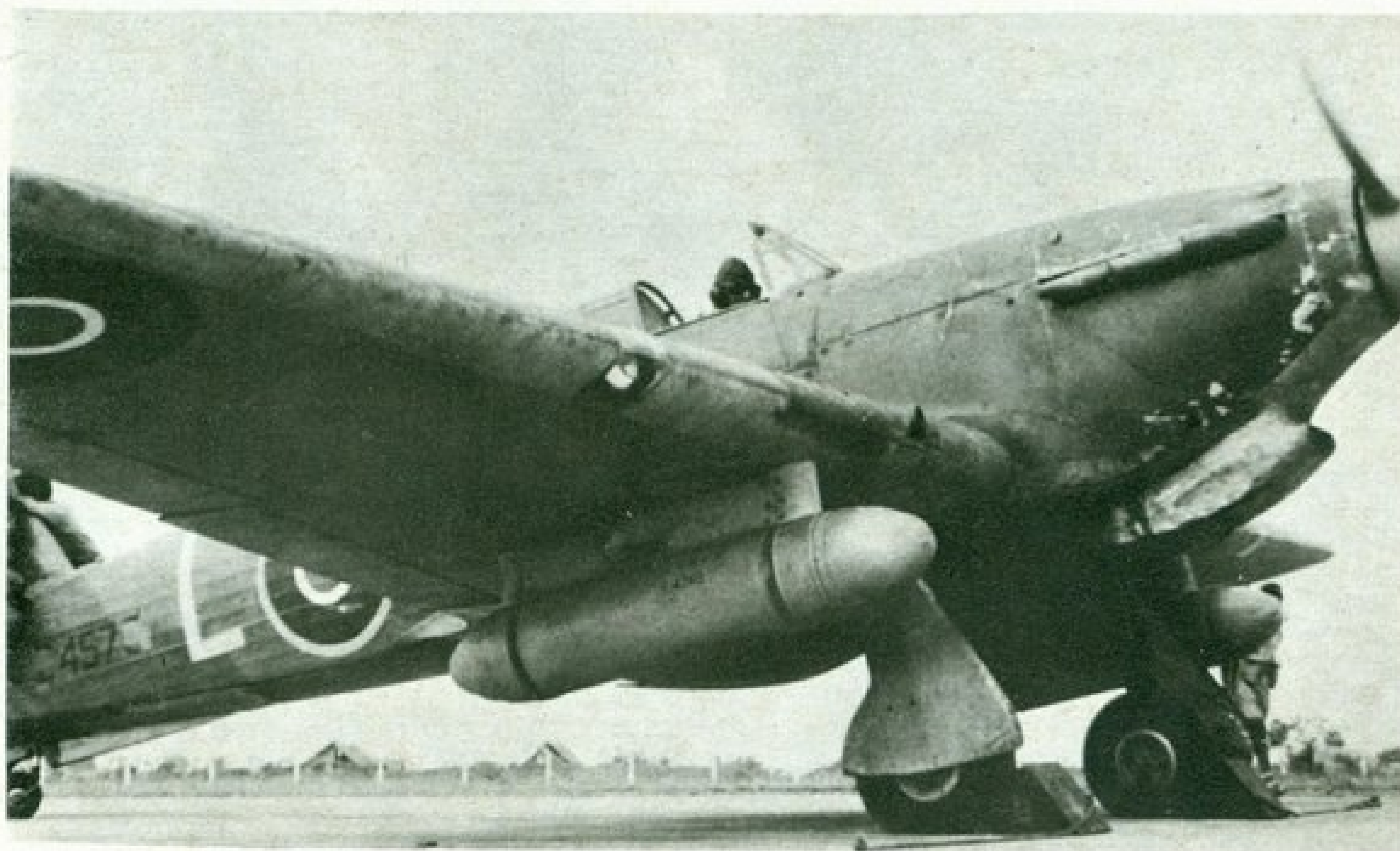
Sólidamente establecidos en sus posiciones de las alturas y teniendo a sus espaldas la llanura y el mar, los soldados del Eje esperaban los acontecimientos con una extraña confianza. En realidad, no tenían una idea exacta de sus perspectivas. Al principio, la idea de defender Túnez y mantener una cabeza de puente temporal en la que Rommel pudiera refugiarse, había sido, desde un punto de vista estratégico, varias veces mencionada. Pero ahora el Eje intentaba tan sólo retardar el inevitable fin con medios completamente inadecuados. Incluso aunque las potencias del Eje hubieran podido disponer de suficientes fuerzas terrestres, éstas no habrían conseguido jamás vencer el bloqueo naval y aéreo que los Aliados habían establecido en el canal de Sicilia.

El Ejército 8 fuera de su elemento

En una ocasión Montgomery habló de obligar al enemigo a «saltar fuera» de sus posiciones de Enfidaville, lo que expresaba la gran confianza que el Ejército 8 tenía en sus propios medios. Pero el 16 de abril, después de ser debidamente informado respecto de la consistencia de las defensas enemigas, Montgomery rectificó su juicio, sustituyendo la operación de «saltar» por la de un ataque en masa. Mas no era tan fácil eliminar este espíritu de la mente de Horrocks y de sus colaboradores del Cuerpo de Ejército X, a quienes se había confiado la misión de preparar los planes para la operación; así, mientras Montgomery dedicaba parte de su atención a los preparativos, se dispuso secretamente una operación que, en verdad, no se podía definir como muy realista.

Para empezar, el Cuerpo de Ejército X suponía erróneamente que tan sólo seis batallones del Eje se opondrían a su marcha, cuando en realidad eran 23, bastante incompletos, pero animados por un gran espíritu combativo. Luego, con excepción del comandante de la División 4 india (Tuker), en el Cuerpo de Ejército cada comandante tendía a considerar las operaciones en términos de espacio y de tiempo que se adaptaran a una campaña en el desierto, proyectando fulminantes avances, incluso sobre pendientes abruptas y montañosas y por valles que seguían estando aún en poder del enemigo. De las unidades con las que contaba Horrocks, únicamente la División 4 india estaba adaptada, por su naturaleza e instrucción, a la guerra de montaña: la División 2 neozelandesa y las Divisiones 50 y 60 no tenían la menor experiencia en este campo, y en cuanto a la División Acorazada 7 no era adecuada para operar en aquel terreno.

Según el plan de Horrocks, la División 4 india y la 2 neozelandesa debían adentrarse por las alturas y dirigirse hacia la costa (como ya lo hicieran una vez en el desierto); la División Acorazada 7 apoyaría el flanco izquierdo y la División 50 el derecho (a lo largo de la carretera litoral). El plan preveía luego un avance progresivo, que iría adquiriendo velocidad a medida que los contingentes enemigos se fueran desorganizando y las fuerzas acorazadas efectuaran una ruptura según la táctica habitual.





Arriba: Túnez, abril de 1943: un avión aliado *Hurricane* en espera de despegar para apoyar a las fuerzas de tierra ante la inminencia del ataque. Abajo: algunas unidades de infantería aliada ascienden por las pendientes de la Long Stop Hill, adentrándose en la zona batida por el fuego de barrera de la artillería enemiga. En el fondo se ve un carro de combate británico *Churchill*, que apoyará a la infantería durante la acción. (Imperial War Museum)

Pero, como explicaba Horrocks, todo dependería exclusivamente de la situación en que las diferentes unidades llegaran a encontrarse, poniendo especialmente de relieve el carácter «experimental» de toda la operación.

En el curso de la noche del 19 al 20 de abril, los hombres de la División 4 india avanzaron por la primera serie de alturas, el Yébel Blida y el Yébel Garci, mientras los neozelandeses atacaban la colina Takrouna. Por doquier, los atacantes encontraron una resistencia inesperadamente tenaz, tanto por parte de las fuerzas alemanas como de las italianas.

Al amanecer del día 20, no se había conquistado aún ninguna zona de importancia vital para el subsiguiente desarrollo de la ofensiva. Lejos de proyectarse hacia delante, la infiltración inicial se había detenido en el margen exterior de la línea defensiva del Eje lo que causó incalculables pérdidas de vidas humanas.

Una especie de entumecimiento mental

El 20 y el 21 de abril, los dos contendientes permanecieron sólidamente fijos en sus posiciones de las colinas, mientras la División 50 ganaba terreno poco a poco por la costa y, de paso, conquistaba Enfidaville. Pero las fuerzas del Ejército 8 no lograron realizar un avance decisivo. Una especie de entumecimiento mental empezó a sobreponerse al ya completo desgaste físico; cuando Montgomery revisó sus planes –decidido, según parece, a salvaguardar el prestigio del Ejército 8– ya no estaba a la altura de la situación; ya no contaba con la vena que le había inspirado en Mareth.

A pesar de los heroicos esfuerzos del Ejército 8 para ganarse el laurel del último triunfo, el elemento decisivo de la batalla se había trasladado irremediablemente al frente del Ejército 1, del general Anderson, y al Cuerpo de Ejército II norteamericano del general Patton. Con las posiciones

alcanzadas el 18 de abril, al final de su ofensiva preliminar, ingleses y norteamericanos lograron «arañar» la dura corteza exterior, pero estaban aún muy lejos de una penetración real. En el sector norteamericano, en el extremo septentrional, el enemigo tenía sus posiciones en las alturas situadas a ambos lados del río Sedjenane y, un poco más al Sur, en las colinas que dominaban las rutas de acceso a Mateur, constituyendo los últimos obstáculos que bloqueaban el camino hacia Bizerta. Para los británicos, la duramente disputada cabeza de puente sobre el Medjerda penetraba profundamente en un sistema defensivo en el que el adversario sólo podría resistir mientras las alturas situadas a los dos lados del río permanecieran en sus manos. Todavía más al sur de Medjez-el-Bab, la llanura de Goubellat, débilmente defendida, parecía prestarse a la penetración, aunque en su extremo oriental estuviera soldada al accidentado y fácilmente defendible terreno que se extendía entre Sebkhet el-Kourzia y Ksar Tyr.

Contra cada uno de estos sectores, Alexander proyectaba lanzar su ofensiva el 22 de abril. Si los norteamericanos lograban abrirse camino hasta las puertas de Bizerta tanto mejor y si el Cuerpo de Ejército IX británico podía irrumpir en la llanura de Goubellat, salir de ella y, dirigiéndose hacia el Norte, en la retaguardia enemiga, capturar Massicault, mucho mejor aún. Pero el golpe decisivo sería el que asestara el Cuerpo de Ejército V británico. Este debía avanzar según la dirección Medjez-el-Bab–Massicault–Túnez, apenas se limpiara de enemigos la Long Stop Hill y la Peter's Corner. Este plan era el más aceptable, y lo hacía más aceptable aún el hecho de que, según parece, no se había preparado ninguna estratagema para engañar a los alemanes.

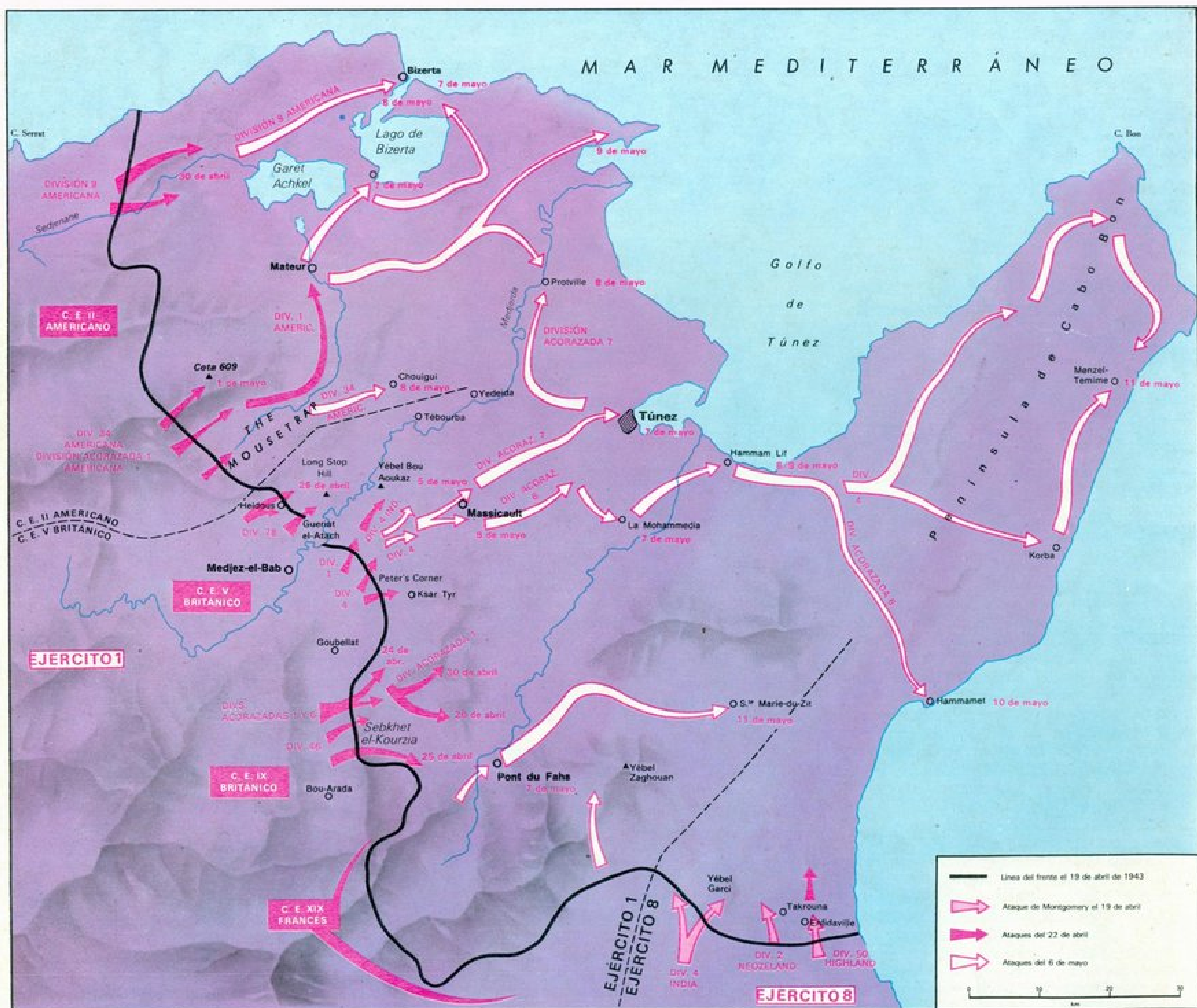
Mientras todavía se estaban reuniendo las divisiones en sus bases de partida se informó de que, con toda probabilidad, el Eje efectuaría acciones de hostigamiento.

Estas informaciones no eran infundadas. La noche del 20 al 21 de abril, en los frentes de los Cuerpos de Ejército IX y V, carros de combate e infantería de la División *Hermann Goering* y de la 10ª *Panzerdivision* avanzaron entre Goubellat y Medjez-el-Bab, penetrando profundamente entre los límites del sector de las Divisiones 1 y 4. Pero, según los planes, la División 46 debería ser la primera en atacar al amanecer del día 22, y los combates defensivos que se desarrollaron en su frente, durante toda la jornada del 21, provocaron una reacción que podría conducir a un completo fracaso al día siguiente. La situación se estaba volviendo tensa en extremo.

Valor de la superioridad numérica de los Aliados

En el sector de la División 4, llevados por su propio impulso, los alemanes llegaron a menos de 1 km del puesto de mando divisionario, donde se produjeron violentísimos encuentros, carro contra carro y hombre contra hombre. Allí el simple peso de la superioridad numérica comenzó a actuar en favor de los Aliados: en efecto, para los alemanes hubiera sido imposible eliminar dos divisiones, de estructura bien equilibrada, con sus escasas fuerzas, que equivalían a una sola división. El número de pérdidas demuestra hasta qué punto fracasó el intento: los alemanes perdieron 33 carros de combate y 450 prisioneros; en cambio los Aliados menos de la mitad.

Ni siquiera la ofensiva británica, que aquel ataque intentó neutralizar, se retrasó sustancialmente. Es verdad que una brigada de la División 46 se puso en marcha con cierto retraso la mañana del día 22; pero, al anochecer, todo el Cuerpo de Ejército V avanzaba ya, mientras el Cuerpo de Ejército II norteamericano ultimaba sus preparativos la mañana del 23. Una vez más, como ya había ocurrido en Alam el-Halfa y en Medenín, los alemanes habían debilitado gravemente sus fuerzas motorizadas con combates de desgaste, lanzados poco antes de que tales fuerzas se hi-



Aunque su acción como interceptor decepcionó, el *Curtiss Kittyhawk*, que se había entregado en dotación a la RAF según la ley de "Préstamos y arriendos", encontró un empleo apropiado en la campaña de África. Por su solidez fue el avión que más ampliamente se utilizó en las acciones de apoyo inmediato, técnica que entonces se estaba desarrollando en aquel escenario de la guerra. **Velocidad máxima:** 580 km/h a 4500 m. **Autonomía:** 1120 km. **Armamento:** seis ametralladoras de 12,7 mm y dos bombas de 110 kg.



(John Batchelor)

cieran indispensables para rechazar una gran ofensiva.

Sin embargo, el avance del Cuerpo de Ejército IX británico sólo consiguió un éxito parcial, ya que fue detenido por una barrera contracarros y no pudo efectuar una ruptura por el Norte. Su avance obligó a von Arnim a hacer algunas ligeras modificaciones en su despliegue, pero el precio pagado por los ingleses fue muy alto. El Cuerpo de Ejército V se encontró de nuevo frente a las alturas situadas en las proximidades de Peter's Corner y, sobre todo, en la más célebre y siniestra de las alturas tunecinas: la Long Stop Hill. En este punto era indispensable alcanzar un éxito total: mientras los alemanes permanecieran en las dos cimas, podrían dirigir su fuego no sólo sobre los ingleses en el valle del Medjerda, sino también sobre los norteamericanos que avanzaban hacia Mateur.

La misión de escalar las pendientes de la Long Stop Hill, a la izquierda del Cuerpo de Ejército V, se confió a veteranos de la División 78. Por el centro, la División 1 avanzó hacia Gueriat el-Atach y la División 4 aseguró la protección del flanco derecho, alcanzando Peter's Corner. El 22 de abril, víspera de Viernes Santo, dos batallones de la Brigada 36 de la División 78 se aproximaron a las primeras pendientes de la Long Stop Hill, mientras un poco más al Norte, otra unidad de la citada división, la brigada irlandesa, atravesando las posiciones de la Brigada 11, atacaba la última de las alturas, Tanngoucha, los Kefs y el pueblo de Heidous.

La mañana del Viernes Santo –una bella y tranquila mañana– los carros de combate *Churchill* se lanzaron al ataque, con un batallón del *Argyll and Sutherland Highlander*, y seguidos por el *East Surrey*. Muy pronto, en medio de la densa espesura atravesada por el fuego cerrado procedente de las ametralladoras y de los morteros enemigos, la unidad de los *Highlander* se fraccionó; pero los hombres continuaron ascendiendo con obstinada determinación, sin preocuparse ya del despliegue ni de formaciones de ninguna clase. Cuando cayó muerto el comandante, el segundo jefe, comandante Anderson, le sustituyó y, finalmente, él y los supervivientes, 40 hombres en total, conquistaron la cima, empresa por la cual Anderson fue condecorado con la *Victoria Cross*. Era ya la noche del día 22. A la izquierda de la Long Stop Hill la brigada irlandesa se preparaba para atacar Tanngoucha y los Kefs. Desde la segunda cima, el Yébel el-Rhaa, los alemanes abrieron fuego contra los nuevos atacantes. En el valle que se extendía abajo, las Divisiones 1 y 4 avanzaron lentamente, abriéndose camino hacia un terreno más abierto y, por lo tanto, más idóneo para los carros de combate. También ahora los norteamericanos se disponían a atacar, y el 23 todo el frente tunecino estalló en fuego de un extremo a otro.

Marchando por el valle de Sedjenane y avanzando por las pendientes de los Yébel Azzag y Agred, la División de infantería 9 norteamericana progresaba con regularidad, si bien no se trataba de un avance espectacular. Más allá de las alturas, abandonando los camiones, los hombres de la División de infantería 1 norteamericana iniciaron la escalada de las altas cimas que separaban los ríos Djounine y El-Tine. En el límite meridional del sector de ataque norteamericano, la División 78 permaneció bloqueada por los encarnizados combates sostenidos en Heidous y en la Long Stop Hill, defendiendo ardorosamente el terreno ya conquistado, pero sin alcanzar todavía los objetivos previstos. Al sur del Medjerda, continuando su incontenible avance, el Cuerpo de Ejército V se aproximaba al Yébel Bou Aoukaz, altura que bloqueaba el camino de Tébourba. Al este y al nordeste del Sebkhet el-Kourzia, el Cuerpo de Ejército IX y, sobre todo, los carros de combate de la División Acorazada 6 británica, se encontraron empeñados en una batalla muy incierta con la 10.ª *Panzerdivision*, batalla en la que ambas partes sufrieron graves pérdidas. El Cuerpo de Ejército XIX francés se aprestaba asimismo a entrar en acción al sur de Bou Arada, mientras, próximo a Enfidaville, el Ejército 8 de Montgomery se lanzaba nuevamente al ataque de las alturas.

En abril de 1943, con el fin de romper la resistencia del Eje en el Norte de África, las fuerzas aliadas iniciaron una serie de ofensivas. El primer ataque, desencadenado en el curso de la noche del 19 al 20 de abril por el Ejército 8 de Montgomery, encontró una tenaz resistencia: las dos partes permanecieron sólidamente aferradas a sus posiciones, mientras tan sólo la División 50 ganaba terreno y conquistaba Enfidaville. Un segundo ataque en fuerza, llevado a cabo según los planes del general Alexander, presionó sobre toda la línea del frente, desde el cabo Serrat hasta Enfidaville. Este ataque comenzó el 22 de abril, cuando el Ejército 1 avanzó en el sector comprendido entre Peter's Corner y la Long Stop Hill, que constituía el camino de penetración más fácil en dirección a Túnez. Después de cuatro días de encarnizados combates en la Long Stop Hill, la División 78 británica conquistó la posición, mientras el Cuerpo de Ejército V alcanzaba Bou Aoukaz: se había abierto así una brecha en la línea enemiga, pero la desesperada tenacidad con que las fuerzas del Eje combatían estuvo a punto de detener el avance aliado. Sólo la oferta de Montgomery de enviar tres de sus mejores unidades del Ejército 8 para apoyar la última ofensiva desencadenada por el Ejército 1 estableció las premisas valederas para la victoria final aliada en Túnez.

1943

19-20 de abril: el Ejército 8 lanza un ataque contra la posición enemiga de Enfidaville; pero sólo logra escasos resultados.

20-21 de abril: es rechazado un ataque alemán lanzado contra las posiciones del Ejército 1, entre Goubellat y Medjez-el-Bab.

22 de abril: Montgomery interrumpe el ataque del Ejército 8. El Ejército 1 comienza su ofensiva: el Cuerpo de Ejército V británico debe conquistar las alturas alrededor de la Long Stop Hill y en Peter's Corner para avanzar después hacia Túnez, pasando por Massicault; el Cuerpo de Ejército II estadounidense tiene la misión de atacar en dirección de Mateur, mientras el Cuerpo de Ejército IX británico avanza hacia la llanura de Goubellat.

23 de abril: las fuerzas británicas llegan a la Long Stop Hill, pero continúan los combates encarnizados, mientras al Norte, la División 9 norteamericana avanza con un ritmo constante.

26 de abril: la Long Stop Hill es conquistada y el Cuerpo de Ejército V llega al Yébel Bou Aoukaz.

28-30 de abril: el ataque final del Eje reconquista el Yébel Bou Aoukaz. Las fuerzas estadounidenses combaten encarnizadamente para alcanzar la Cota 609.

30 de abril: Montgomery ofrece enviar la División Acorazada 7, la División 4 india y la 201 Brigada de Guardias en apoyo del Ejército 1.





Arriba: últimas fases del ataque aliado contra la Long Stop Hill. Unidades de infantería, cubiertas por cortinas de humo, avanzando hacia la cumbre de la colina. El 26 de abril, después de la caída de la posición, von Arnim se dio cuenta de que la derrota del Eje (sobre la cual jamás tuvo la menor duda) estaba ya próxima. Abajo: infantería aliada avanzando hacia la posición de un lanzacohetes *Nebelwerfer*, reducida al silencio por el fuego de la artillería. A cada repliegue, las fuerzas del Eje perdían las más sólidas posiciones, armas y equipo y, gradualmente, perdían también la voluntad de seguir combatiendo. (Imperial War Museum)

Ante el ataque de fuerzas tan ingentes, los alemanes comprendieron que no podrían defender indefinidamente sus posiciones avanzadas. Por todas partes se veían obligados a una lenta y fatigosa retirada.

La derrota ya es cuestión de días

El día 26 de abril –era lunes de Pascua– la infantería británica, apoyada por carros de combate, logró al fin desalojar a los alemanes de su último reducto en la Long Stop Hill, justamente pocas horas después de que cayese Heidous y que los americanos concluyeran la primera fase de su ataque. En el valle del Medjerda, el Cuerpo de Ejército V alcanzó y conquistó el Yébel Bou Aoukaz. En aquel momento, el general von Arnim empezó a darse cuenta de que la derrota (a la que siempre consideró inevitable) ya no estaba muy lejos. Ahora era sólo cuestión de días, salvo que lograse bloquear el valle del Medjerda.

Y así, una vez más (y quizá por última vez), trató de volver a tomar la iniciativa y contraatacar enérgicamente. Mientras llegaba a su término la batalla en las proximidades del Sebkhet el-Kourzia, reagrupó las últimas fuerzas acorazadas que le quedaban en una postrera unidad –el 8º *Panzerregiment*–, que puso bajo el mando del coronel Irkens. Luego, el 28 de abril, las lanzó al combate en su última acción tunecina. Los primeros resultados parecían prometedores, pues los ingleses sufrieron graves pérdidas y tuvieron que ceder Yébel Bou Aoukaz; pero, una vez agotado el impulso inicial, al anochecer del 30 de abril, los alemanes no habían logrado ningún resultado decisivo. Sólo 69 carros de combate alemanes estaban todavía en condiciones de combatir; pero incluso éstos se hallaban detenidos a causa de una total carencia de carburante.

Mientras tanto, entre las nubes de polvo que los carros levantaban, continuaba la batalla en las alturas: los americanos habían encontrado su Long Stop Hill en la cota 609 y en las cimas vecinas, donde dos divisiones de infantería (la 34 y la 1) se empeñaron durante cinco días en sangrientos combates cuerpo a cuerpo con los tenaces defensores alemanes.

Pero, poco a poco, la tenacidad de los norteamericanos se vio premiada y, demostrando un gran coraje y un elevado espíritu de adaptación a las variables condiciones de la batalla, lograron avanzar. El 30 de abril, cuando cayeron en su poder las últimas alturas situadas a ambos lados de la Mousetrap pareció que la División Acorazada 1 norteamericana podría avanzar en seguida desde aquella zona hasta el valle del El-Tine.

Para el general Alexander aquel era el momento más oportuno para afirmar su completa autoridad. El día 29 de abril era evidente que la ofensiva general estaba comenzando a perder impulso, transformándose en una serie de ataques locales no coordinados. El Ejército 1 estaba prácticamente detenido; el Cuerpo de Ejército II norteamericano, incluso realizando progresos apreciables, no daba la impresión de poder romper el frente y alcanzar la llanura en un futuro inmediato; finalmente, en el transcurso de los días, la «guerra privada» que el Ejército 8 combatía en Enfidaville aparecía cada vez menos prometedora y ya no lograba mantener empeñadas las reservas del enemigo.

Los problemas del Ejército 8 procedían, en parte, de la impracticabilidad del terreno y, también, del hecho de que su comandante debía dedicar cada vez más atención a la siguiente misión, que era el desembarco en Sicilia. Pero la eficacia del Ejército 8 se resentía también de la circunstancia de estar atravesando un período de transición, un momento en que las unidades elegidas para desembarcar en Sicilia estaban siendo sustituidas por divisiones nuevas e inexpertas.

Fue justamente el fracaso de la División 56, cuando se vio por primera vez sometida al fuego de la artillería enemiga, lo que acabó por convencer a Montgomery de que, por el momento, sus hombres «no tenían ya cartuchos». Hasta el último momento, y a pesar del parecer contrario expresado por Horrocks, Freyberg y Tuker, él había persistido en su idea de romper el frente en Enfidaville: deseaba asegurar al Ejército 8 la gloria de la participación en la victoria final. Pero Horrocks dijo a su jefe: «Nosotros romperemos el frente, pero dudo de que al final exista todavía mucho del Ejército 8». Entonces en el momento de la verdad, Montgomery ofreció a Alexander la División Acorazada 7 y la División 4 india, con la 201 Brigada de Guardias, para que pudieran apoyar al Ejército 1 en su última ofensiva.

Desde luego, Alexander había decidido que, no teniendo ya ningún papel útil que desempeñar en aquella batalla, el Ejército 8 debería reforzar al Ejército 1 con una parte de sus efectivos y de sus medios acorazados; pero el ofrecimiento de Montgomery de tres de sus mejores unidades llegó antes de que Alexander cursara estas órdenes. Aunque no se lo había pedido, el gesto fue una prueba de generosidad, y una vez más demostró la viva simpatía que existía entre Alexander y Montgomery.

sir Francis Tuker, general

MEDJERDA
EL HUNDIMIENTO FINAL

A fines de abril, las tropas aliadas habían sido detenidas una vez más por las fuerzas del Eje, al mando de von Arnim y desplegadas para la defensa de Túnez. Ya no era posible efectuar otro avance por los flancos y el único punto que se prestaba para una ruptura era el valle del Medjerda. El general Tuker nos ofrece en estas páginas un relato de primerísima mano sobre la batalla que abriría a los Aliados el camino de Túnez.



Sirvientes de ametralladora de un batallón *Gurkha* en plena acción, apuntando su *Vickers* contra las posiciones defensivas del Eje, próximas a Medjez-el-Bab. El 30 de abril de 1943, tras el fracaso del intento aliado de abrir una brecha en las líneas enemigas, algunas unidades del Ejército 8, entre ellas la División 4 india, se desplazaron al Norte para reforzar las filas del Ejército 1 y efectuar una penetración en el valle del río Medjerda. *(Imperial War Museum)*

El 6 de abril, en cuanto fue evidente que el Ejército 8 había derrotado al enemigo en Uadi Akarit, empecé a estudiar con los oficiales de mi Estado Mayor la naturaleza del terreno que se extendía ante nosotros. Era obvio que el mando del Eje desplegaría sus fuerzas a lo largo de la línea defensiva que, de costa a costa, pudiera proteger el sector comprendido entre Hammamet y el cabo Serrat. Esta línea se extendía a través de un terreno montañoso que presentaba una única vía de acceso, que el Ejército atacante podría utilizar con el empleo de todas sus fuerzas, ya fueran acorazadas o de artillería.

Esta única vía de acceso estaba formada por el amplio valle del Medjerda, que, desde Medjez-el-Bab alcanzaba la llanura inferior. Era evidente, por lo tanto, que mientras las fuerzas del Eje se verían obligadas a extenderse a lo largo de los dos flancos que se apoyaban en la costa, nuestro ataque final podría desencadenarse en torno a Medjez-el-Bab; para ello las fuerzas aliadas deberían concentrarse en un punto desde el cual pudieran lanzar un rápido ataque contra cualquier unidad enemiga que intentase defender aquel paso.

Los Ejércitos 8 y 1, que avanzaban desplegados respectivamente a la derecha y a la izquierda, se lanzaron hacia delante para tomar contacto en las nuevas posiciones. Pero ni el uno ni el otro, ni tampoco las fuerzas americanas que operaban más al Oeste, consiguieron abrir una brecha en la nueva línea defensiva del enemigo. El 30 de abril, el propio comandante en jefe adjunto, al regresar de una inspección por el frente del Ejército 1, ordenó al 8 que enviara refuerzos al sector de Medjez-el-Bab donde desde abril, la División 4 india venía solicitando que se iniciara el ataque final[1].

Aquella tarde yo me encontraba realizando un reconocimiento a fin de preparar una operación de limitada entidad en el frente del Ejército 8, cerca de la costa y al norte de Enfidaville; pero los oficiales de mi Estado Mayor, que sabían perfectamente cuándo deseaba yo iniciar el ataque a Medjez-el-Bab, apenas informados por el mando del Cuerpo de Ejército de que la División 4 india y la División Acorazada 7 debían desplazarse al oeste del sector de Medjez-el-Bab para unirse al Ejército 1, se apresuraron a informar a las divisiones interesadas, dándoles las órdenes preliminares. Las unidades, que debían recorrer casi 400 km, efectuarían el desplazamiento aquella misma tarde, apenas anochecido, a lo largo de la carretera que pasa por Kairouan y Teboursouk; la zona de reunión eran los bosques situados al oeste de Medjez-el-Bab.

No habíamos tenido todavía la posibilidad de reconocer el terreno sobre el cual debíamos operar pocos días más tarde; así que, apenas llegamos a Teboursouk, me dirigí con mi jefe de artillería a nuestro nuevo puesto de mando de Cuerpo de Ejército en Medjez-el-Bab. Llegué a tiempo para participar en una reunión que se estaba celebrando para tratar de la inminente batalla y me fueron indicados los puntos principales desde donde podríamos observar las posiciones enemigas. Entre tanto, los núcleos de enlace trabajaban para descubrir por qué, según afirmaba el Mando superior, eran tan limitados los progresos que se realizaban en aquel frente. También nosotros queríamos saber cuál era la situación en el frente donde íbamos a operar. Descubrimos que algunas unidades de carros de combate habían sido utilizadas como guía en el avance de la infantería y que, una vez conquistada la posición, quedaban a menudo allí, en primera línea, para defenderla. Al parecer existía una evidente falta de coordinación en la preparación de estas ofensivas, así como en las fases sucesivas de consolidación. Además, pese a la abundancia de cañones con la que contábamos, el viejo sistema de formar una barrera con la artillería a lo largo de toda la línea del frente, seguida luego por un ataque al amanecer, parecía haberse convertido ya en una regla fija.

En el momento de la reunión yo estaba muy poco enterado de todas estas cosas, pues apenas acababa de ponerme en contacto con el Ejército 1. Pregunté si no sería posible emplear la artillería para efectuar un fuego con proyectiles pesados, a fin de destruir las posiciones enemigas protegidas con hormigón, contando, sobre todo, con que los americanos nos prestarían parte de su artillería pesada. Pero mi sugerencia fue rechazada; en su lugar se adoptó un plan que preveía lanzar un ataque al amanecer, protegido por un fuego de barrera, y luego supe, con alivio, que el frente de ataque de las dos divisiones sería bastante limitado (de unos 3500 metros).

La ayuda del Ejército I

Por lo que respecta a los refuerzos, el Ejército 1 nos facilitó más efectivos de los que le habíamos

[1] Como hemos visto en capítulos anteriores, antes del 30 de abril, el Ejército 8 no se había limitado a avanzar para «tomar contacto» con las nuevas posiciones del Ejército 1 italiano, sino que había organizado y llevado a cabo, por dos veces, un ataque regular, que fracasó completamente. El fracaso alcanzaba, en particular, a la División 4 india que, después de tres días de encarnizados combates, había sido rechazada hasta sus primitivas posiciones, donde, sólo a un alto precio, había conseguido algunos éxitos insignificantes contra los elementos más avanzados de la defensa italiana. (Nota de la edición italiana).

solicitado, y cuando propuse cederles algunos camiones para el transporte de las municiones, me concedieron otros 1000 proyectiles. También nos fue asignada la Brigada de carros 25, sin imponernos ninguna limitación en cuanto a su empleo, así como también algunos *Scorpion* (carros de combate especiales para hacer explotar las minas); por primera vez se completó la dotación de cañones contracarros de 6 libras (57 mm) para nuestros batallones, y algunos cañones contracarros de 17 libras (76 mm) fueron puestos a disposición de la División. Asimismo nos asignaron 400 cañones de campaña y cierto número de cañones de medio calibre y armamento pesado americano.

Terminada la reunión, me dirigí, con el comandante de artillería, al observatorio que se me había indicado: se trataba de un punto realmente magnífico desde donde pudimos observar detenidamente toda la zona en la que suponíamos estaba establecido el enemigo; no obstante, no logramos localizar ninguna de sus organizaciones defensivas. Observamos que no se veía rastro alguno de alambradas y que eran muy pocos los indicios que delataban que el enemigo hubiera realizado algún trabajo en la citada zona; no descubrimos tampoco rastro alguno de minas, aunque, naturalmente, esto no quería decir que no las hubiera.

ÚLTIMOS COMBATES EN ÁFRICA

5 de mayo: la División de infantería 1 británica conquista el Yébel Bou Aoukaz.

6 de mayo: la División 4 india rechaza a las fuerzas enemigas de Medjez-el-Bab, abriendo una brecha a través del valle del Medjerda para las Divisiones Acorazadas 6 y 7, que, sin embargo, sólo lograron unos progresos muy limitados.

7-8 de mayo: las fuerzas aliadas conquistan Túnez y Bizerta.

13 de mayo: el mariscal Messe se rinde. Cesa casi toda la resistencia del Eje en el Norte de África.

Una cosa llamó nuestra atención apenas empezamos a observar más detenidamente el terreno con nuestros gemelos de campaña: la presencia de una amplia faja de vegetación, muy alta, que se extendía a lo largo del frente de las principales posiciones enemigas. Nos dimos cuenta entonces de que si, en un determinado momento, durante el ataque a pleno día, nos fallaba el apoyo de la artillería, nuestra infantería se vería sometida, por ambos flancos y de frente, a un intenso fuego de ametralladora procedente de las alturas que dominaban el terreno que debíamos cruzar.

Mientras nos alejábamos del observatorio, le dije a mi comandante de artillería que estaba convencido de que debía haber insistido más en dos puntos: que se utilizara la artillería de una forma flexible y en masa, basándose en nuestro sistema de concentrar el fuego sobre objetivos prefijados, y que el ataque debía desencadenarse por la noche, a fin de proteger a mi infantería. Aquella batalla debía ser, esencialmente, una batalla de artillería, puesto que, en aquellos momentos, sólo disponíamos de nuestras dos brigadas y además porque en el transcurso del último mes nuestros hombres ya habían tomado parte en tres combates. Así, pues, nos dirigimos, juntos, a dar cuenta de la situación al comandante del Cuerpo de Ejército en el curso de una segunda reunión. Mientras tanto, un oficial de mi Estado Mayor se había dirigido a los comandantes de brigada de mi infantería con el fin de explicarles, más o menos aproximadamente, los planes expuestos por el mando del Cuerpo de Ejército y conducirles, a su vez, al observatorio; les informamos también de que habíamos pedido con toda urgencia fotografías aéreas de las posiciones enemigas.

En la reunión celebrada en el puesto de mando insistí de nuevo en que se me concediera permiso para atacar de noche y que la artillería realizase un fuego concentrado en lugar de un fuego en barrera. Algunas de mis peticiones fueron nuevamente rechazadas, alegando que, aunque yo no hubiese descubierto rastro alguno de alambradas, de minas o posiciones de hormigón, otros que habían operado antes que yo en aquella zona, habían señalado la existencia de tales obras defensivas. Pero, a pesar de todo, conseguí dos cosas: que la artillería interviniera efectuando concentraciones, según el plan propuesto por nosotros, y que en la primera fase del ataque el fuego de toda la artillería estuviera dirigido por mi comandante de dicha arma; en segundo lugar, se me concedió permiso para enviar, de noche, en misión de reconocimiento, a algunos ingenieros, a fin de que pudiese tener, personalmente, un informe detallado y obtenido por patrullas especializadas, acerca de la existencia de alambradas o de campos minados, cosa que mi comandante de artillería y yo seguíamos poniendo en duda.

Al regresar a mi puesto de mando me encontré con los comandantes de brigada y con los otros comandantes, quienes me comunicaron que también ellos consideraban insensato intentar un ataque de día, y que, por lo tanto, a pesar de las órdenes emitidas por el mando del Cuerpo de Ejército, debíamos estudiar un plan para el ataque nocturno.

Nueva petición de un ataque nocturno

Al día siguiente, mis ingenieros regresaron a la base después de haber realizado un detenido reconocimiento del terreno, hasta el borde de las mismas posiciones enemigas. Nos informaron estar absolutamente seguros de que no existían minas y que consideraban poco probable la existencia de alambradas. Transmití inmediatamente estas informaciones al mando del Cuerpo de Ejército, pero ni aun así conseguí la menor modificación de los planes ya formulados; por lo tanto, el 4 de mayo confié el mando de la división al más antiguo de mis comandantes de brigada, advirtiéndole que no podía asegurarle mi regreso, ya que pensaba insistir enérgicamente en la absoluta necesidad de un ataque nocturno: no era ya tiempo de pedir, sino de exigir. Luego me decidí a hablar personalmente con el comandante del Cuerpo de Ejército, cara a cara, sin la intervención de sus oficiales de Estado Mayor o de los del Ejército 1. Hice hincapié en el hecho de no poder garantizar, en absoluto, el más mínimo resultado positivo si mis fuerzas tenían que desencadenar el ataque en pleno día, y pedí ser relevado de mi puesto si las directivas fijadas para el ataque no se modificaban.

Logré causar buena impresión en mi interlocutor durante el curso de esta conversación, hasta el punto de inducirle a convocar al comandante de la División 4 inglesa, para pedirle que expusiera los motivos de su oposición al ataque nocturno. Por sus palabras, dedujimos que no consideraba que sus tropas tuvieran la experiencia ni la instrucción necesarias para desencadenar un ataque en plena oscuridad, después de una marcha de aproximación y a través de un terreno bastante accidentado.

Yo me ofrecí entonces a desencadenar el ataque en todo el frente y a efectuar, en cuanto amaneciera, una profunda penetración en las posiciones enemigas, de modo que sus fuerzas, protegidas por el fuego de las mías, y con la ventaja del primer golpe infligido por nosotros a los alemanes, pudieran luego proseguir el ataque, cuando mi unidad se hubiera apoderado de los objetivos situados en el interior de las principales posiciones enemigas. Mi proposición, al principio, fue rechazada; pero, entre tanto, todos los demás se habían convencido, al fin, de que un ataque nocturno, apoyado por el fuego masivo de la artillería y protegido, por lo tanto, de la vista y del fuego enemigo, podría infligir a las tropas del Eje una rápida derrota. Quedó, pues, decidido que el ataque se desencadenaría durante la noche, pero que para la División 4 india, que debía recorrer casi 15 km hasta alcanzar la línea de partida; la hora «cero» se fijaría para las 3 del día 6 de mayo. En consecuencia, envié un mensaje urgente a todos mis comandantes a nivel de batallón y de grupo de artillería, convocándoles a una reunión. Sabía que sería difícil cubrir aquellos 25 km hasta situarse en la línea de partida y, por ello, decidí desplegar en primera línea a una sola brigada, la 5, seguida de la 7, a fin de evitar que la confusión obstaculizase el comienzo del ataque.

Nosotros considerábamos que esta sincronización del tiempo nos permitiría apoderarnos, antes del amanecer, de todo el terreno tácticamente más importante en las alturas, para proseguir luego el ataque con nuestra artillería y con la brigada dotada de carros de combate *Churchill* que nos había sido asignada.

Cuando nos reunimos por primera vez para impartir las órdenes relativas al ataque, el comandante del regimiento de carros y sus oficiales ya habían tratado con nosotros la situación y recibido las instrucciones precisas para su misión de apoyo. Debían avanzar lo más rápidamente posible tras las unidades de infantería que irían en cabeza, pero no debían incurrir en el riesgo de ponerse bajo el fuego de las defensas contracarros enemigas, puesto que nuestro comandante de artillería las mantendría bajo un fuego cerrado apenas sus posiciones hubieran sido señaladas por los puestos de observación móviles.

Aunque no disponíamos todavía de fotografías aéreas, estudiando detenidamente nuestros planos logramos localizar los puntos donde era más probable que estuviesen situadas las posiciones enemigas y, aun antes de recibir las citadas fotografías, las habíamos señalado en el mapa, indicando a la artillería los objetivos sobre los cuales debía concentrar su fuego. Por fortuna, estas ansiadas fotografías llegaron la mañana del día 5 de mayo, y, lo que era aún más importante, revelaron que las posiciones enemigas se encontraban exactamente en las zonas donde nosotros habíamos previsto las concentraciones; por lo tanto, brigadas, batallones y carros de combate no tuvieron que perder mucho tiempo en confrontar sus objetivos con los de nuestros artilleros.

Apenas conquistado el primer objetivo, el fuego concentrado de la artillería debería hacerse más flexible y regularse basándose en las indicaciones de las unidades de infantería situadas en las posiciones avanzadas, a fin de asegurar con ello que no se detuviera el ataque y que el éxito inicial obtenido pudiera empezar a explotarse en el instante mismo en que el enemigo empezara a ceder. Designamos los objetivos de la Brigada 5 muy en el interior de las líneas enemigas, a fin de que, aprovechando la gran potencia de fuego de nuestra artillería, pudiésemos sacar la mayor ventaja posible de la sorpresa inicial; por lo tanto, ordené a la brigada que hiciera avanzar con ella a un batallón de ametralladoras para asegurar un apoyo inmediato a la infantería y a los carros de combate, en caso de que se vieran envueltos en una fuerte defensa contracarros.

La división se puso en movimientos al anochecer del día 5 de mayo, partiendo de los bosques situados al oeste de Medjez-el-Bab hacia la carretera principal. Iba en cabeza la Brigada 5, seguida por el grueso de los carros de combate. La Brigada 7 seguía a la 5. La dirección de marcha hasta el punto de partida fue trazada por los hombres de la policía militar de la división; siguiendo esta dirección, todas las unidades se encontrarían en la línea de partida, desde la cual varios núcleos de la brigada las guiarían hasta sus respectivas posiciones. El ataque principal debía desencadenarlo el Batallón *Gurkha*, con los *Kukris* al alcance de la



Auster AOP-1

Este avión, cuya sigla AOP, deriva de las iniciales de *Airborne Observation Post* (puesto de observación aéreo) desempeñó un papel muy importante en la observación del tiro de la artillería y en su misión de enlace para el traslado de los comandantes a los sectores más importantes del frente. **Velocidad máxima:** 190 km/h. **Velocidad de crucero:** 160 km/h. **Autonomía en velocidad de crucero:** 600 km. Ningún arma; dos plazas.

mano; luego, hasta las cuatro, nuestro Batallón *Rajputana* haría avanzar una cortina protectora de cañones contracarros y de ametralladoras, para estar dispuesto a proteger el flanco izquierdo de la brigada contra un eventual contraataque.

La oleada de ataque

Puntualmente, a las 6 horas, nuestra artillería abrió un fuego concentrado sobre los objetivos preestablecidos, mientras la infantería se adentraba en la densa y alta zona de vegetación que separa nuestra línea de ataque de las posiciones enemigas; los pequeños *Gurkha* tenían que dar verdaderos saltos de canguro para observar en torno suyo y mantenerse en la dirección exacta del avance. Pero el ataque se desarrolló con el ímpetu de una ola y el fuego de la artillería obligó al enemigo a permanecer inactivo o al acecho, mientras los *Gurkha* se abrían paso, rápidamente, entre los puestos avanzados y alcanzaban las principales posiciones. A las 4,40 horas, los hombres del *Essex* estaban ya avanzando a través del terreno ocupado por los *Gurkha*, que acababan de conquistar el primer objetivo: la Cota 145.

Naturalmente, el golpe fue demasiado duro para los *Panzergrenadier*. Sobrepasando a los *Gurkha*, los hombres del *Essex* se encontraron con un enemigo ya derrotado, y enviaron a sus *Bren-carrier* al frente de la División 4 inglesa para poner fuera de combate a cinco *Nebelwerfer* que, en aquellos momentos, hostigaban a las unidades inglesas más avanzadas. Los artilleros y las posiciones de ametralladoras alemanes se batieron hasta el último instante, pero toda otra forma de resistencia ya había cesado por completo.

El comandante de la División Acorazada 7 llegó, a las primeras luces del alba, a mi puesto de mando, situado delante de las unidades más avanzadas de la artillería y en estrecho contacto con nuestro comandante de dicha arma, quien me tenía muy bien informado del desarrollo de la batalla gracias a sus detallados informes transmitidos por los observadores móviles.

A las seis, después de cruzar la zona donde estaba desplegada la Brigada 5, la 7 avanzó hacia el enemigo. Como quiera que todos los defensores se habían retirado, los trabajos de limpieza no llevaron mucho tiempo y los batallones de la Brigada 7, apoyados por sus carros de combate, prosiguieron su avance hasta el objetivo final. Los *Gurkha* enviaron luego algunas patrullas hacia la izquierda, a fin de establecer los puntos de cruce del Medjerda.

A las 9,25 horas, un oficial de mi Estado Mayor comunicó al Cuerpo de Ejército IX que las defensas enemigas habían dejado de existir y que la División Acorazada 7 podría atravesar nuestra zona operativa hasta donde quisiera. A las 9,40 telefoneé personalmente al puesto de mando del Cuerpo de Ejército, solicitando que diera vía libre a la División Acorazada 7; pero en lugar de hacerse esto, recibí la orden de consolidar las posiciones conquistadas en los alrededores de la Cota 157 antes de que la División Acorazada se lanzara hacia delante para ultimar las operaciones de hundimiento. Los soldados del *Sussex* aniquilaron en brevísimo tiempo (y a costa de cinco únicas bajas) a los pocos alemanes que quedaban en la zona y, finalmente (eran casi las 11 horas), las fuerzas acorazadas recibieron la orden de avance. Según mis apuntes, tanto la División Acorazada 7 como la 6, que iba a su derecha, apenas lograron alcanzar (y aun con gran esfuerzo) Massicault, a menos de 5 km más allá de los principales objetivos de mi infantería.



El hundimiento de la última línea defensiva del Eje. A las 3 del día 6 de mayo, pocas horas después de la caída del Yébel Bou Aoukaz, se iniciaba el plan de fuegos de la artillería para la ofensiva final. Bajo el tiro concentrado de los ataques aliados, la línea del Eje se desintegró y Túnez y Bizerta cayeron en manos de los Aliados el 7 de mayo. Algunos núcleos de resistencia aislados continuaron la lucha hasta el día 13, cuando, tras la rendición del Ejército 1, cuyo mando ostentaba el general Messe, cesó toda actividad bélica.

Al llegar a este punto, nos detuvimos para reorganizar la división. A las 17 horas supe, a través del puesto de mando del Cuerpo de Ejército, que las fuerzas acorazadas no habían conseguido penetrar; es más, que se habían detenido abiertamente. Entonces solicité que, por lo menos, se enviara un regimiento de autoametralladoras hacia el Este, a espaldas del enemigo, con objeto de dispersar a las fuerzas que hacían frente al Ejército 8 e impedir al flanco izquierdo del Eje que se retirara sobre una nueva línea defensiva en la base de la península de cabo Bon. Pero mi petición fue rechazada.

Los días 7 y 8 de mayo la División 4 india, que había cortado en dos el despliegue enemigo, permitiendo con ello que las divisiones acorazadas pasaran a través de la brecha abierta, recibió la orden de avanzar hacia el Este, alcanzando Ain-el-Askar, y de reagruparse allí. El día 8, por la noche, vino a verme el comandante del Ejército 1; mas, como no me dio ninguna nueva orden y yo sabía que la División Acorazada 6 se había desplazado hacia la costa para intentar abrirse camino hacia el Este a través de Hamman Lif, subí a nuestro avión de reconocimiento y me propuse ver lo que estaba sucediendo en el Este.

Durante el vuelo, pude darme cuenta de que el enemigo estaba efectuando grandes desplazamientos de tropas desde Yébel Zaghouan hacia Santa María del Zit, así como en torno a Yébel Marchana y Yébel Si Zit; regresamos rápidamente y me dirigí con mi comandante de artillería a la cima del Yébel Oust (de 300 metros de altitud), sorprendiendo allí a un núcleo de observación móvil de artillería enemigo, que, por fortuna, debió creer que se encontraba ante elementos avanzados de una gran columna, pues se retiró en un abrir y cerrar de ojos, sin entablar combate. Desde la cima pudimos comprobar que un gran número de fuerzas enemigas se dirigían a sus posiciones defensivas situadas hacia el Oeste. Por todo lo que acababa de ver durante el vuelo de reconocimiento, deduje que el flanco septentrional del enemigo se hallaba cerca del Yébel Hecas; volví inmediatamente a mi puesto de mando, donde, por fortuna, aún tuvimos tiempo de preparar a nuestra división para emprender otra ofensiva hacia el Este, a fin de atacar el nuevo flanco del enemigo.

Aquella tarde, el mando de nuestro nuevo Cuerpo de Ejército, el VI, nos pidió que acudiéramos en ayuda del regimiento de autoametralladoras de la División Acorazada 6, que estaba intentando abrirse paso por la fuerza hacia las colinas, a fin de reunirse con el resto de su división. ¿Podríamos enviar un batallón que eliminara a las fuerzas enemigas que se enfrentaban con este regimiento? Naturalmente que podíamos, y nos apresuramos a hacerlo; pero el mando se sintió un poco contrariado por la lentitud con que nos pusimos en movimiento, ya que no le habíamos informado del hecho de que, en aquellos momentos, estábamos desplazando a toda nuestra división hacia el Norte para envolver el flanco enemigo y atacar luego hacia el Sur, no sólo con objeto de liberar el regimiento de autoametralladoras de su crítica situación, sino también para empujar a las fuerzas enemigas que acabábamos de ver desplegar contra el frente del Ejército 8. Esperábamos, por lo tanto, poder coordinar toda la operación.

Las Brigadas 5 y 7, que al anochecer se habían puesto en movimiento hacia el Norte, se dirigieron luego hacia el Oeste, desplazándose a las montañas, y, por último, al Sur; al día siguiente tropezaron con cierta resistencia por parte de fuerzas enemigas a las que, sin embargo, obligaron a replegarse hacia Santa María del Zit. Un coronel *Gurkha* y su ayudante, que se habían adelantado en su misión de reconocimiento para establecer cuál sería el modo más rápido de aniquilar el resto de las fuerzas enemigas, se encontraron, de pronto, ante el propio puesto de mando de Arnim, comandante de las fuerzas del Eje. Casi inmediatamente llegaron los hombres del *Sussex*, y entonces el coronel, acompañado de su ayudante, se dirigió a la *roulotte* de Arnim llevando bandera blanca; allí se enteró de que el coronel Nolte acababa de partir, llevando también, a su vez, bandera blanca. Nolte llegó a mi puesto de mando la mañana del 12 de mayo, escoltado por algunos hombres de la Brigada 7.

Esto marcó el fin de los combates. En total, nuestras pérdidas ascendieron tan sólo a 137 hombres, y yo atribuyo este excelente resultado al efecto que debió causar sobre la moral de las *Panzer* alemanas el repentino y terrible martilleo de nuestra artillería en una noche oscura, cuando no se esperaba ninguna acción por nuestra parte. Fue también la ausencia de campos minados y de alambradas lo que hizo posible nuestro ataque.

Ahora ya no quedaba otra cosa que hacer sino ocuparnos del traslado de los numerosos prisioneros que habíamos hecho...

Túnez, 30 de abril-13 de mayo de 1943

EL FIN EN AFRICA

SEGUNDA PARTE

K. J. Macksey, comandante

En los últimos días de abril de 1943, ya no había la menor esperanza para las tropas ítalo-germanas de África. Más pronto o más tarde, los Aliados penetrarían a lo largo de la dirección de Mateur, hacia Bizerta y, en el valle del Medjerda, hacia Túnez; por lo tanto, la derrota era inevitable para las fuerzas del Eje. He aquí la historia de aquellas dos últimas semanas que constituyeron el fin de la guerra en el desierto.



El hecho de que, como consecuencia de haberse interceptado algunos mensajes radiados de los Aliados, llegase a conocimiento del general von Arnim la transferencia de algunas unidades del Elército 8 al 1, así como de que él se diese perfecta cuenta de que el próximo ataque enemigo se lanzaría en el valle del Medjerda, no le sirvió de ninguna ayuda, puesto que no sólo no estaba en situación de lanzar, a su vez, un ataque capaz de desorganizar el despliegue aliado, sino que ni siquiera podía constituir una eficaz línea defensiva para detener el avance. Kesselring, en Roma, no podía hacer otra cosa que insistir para que los italianos hicieran mayores esfuerzos en el campo de los abastecimientos, aun sabiendo con certeza que ya no podían hacer más y que nada podría evitar la inminente derrota. El 30 de abril, Mussolini escribía a Hitler: «Hoy hemos perdido tres destructores –dos llevaban a bordo tropas alemanas y el tercero iba cargado de municiones– a consecuencia de los ataques realizados por formaciones aéreas enemigas escoltadas por numerosos cazas.»

Alexander pensaba desatar un ataque en fuerza con el apoyo de un gran despliegue de fuerzas aéreas, operando en profundidad sobre un frente relativamente limitado, a caballo de la carretera que va de Medjez-el-Bab a Túnez; este ataque habría de iniciarse el 6 de mayo. Después de la primera fase, sus fuerzas deberían diverger, dirigiéndose, una parte, hacia el Norte para ayudar a los americanos a conquistar Bizerta y avanzando otra parte rápidamente hacia el Sur, a fin de cortar la base de la península de cabo Bon antes de completar el cerco de las fuerzas enemigas refugiadas en ella.

Los acontecimientos se sucedían con tal rapidez que, cuando el día 3 de mayo, la directiva de Alexander se hizo pública ya no reflejaba la verdadera posición de las fuerzas enfrentadas. La concentración del Ejército 1 prosiguió regularmente, según los tiempos previstos, coincidiendo con una maniobra de la División Acorazada 1 inglesa, encaminada a hacer creer a los alemanes que iba a desencadenarse un enérgico ataque en la dirección de Pont du Fahs; esta maniobra diversiva sólo obtuvo un éxito parcial. Mas, en el sector americano, surgió un imprevisto y dramático cambio de la situación, que prometía desviar al enemigo bastante más allá de cualquier maniobra diversiva.

En el extremo septentrional del frente, la División de infantería 9 americana, al mando de un nuevo comandante de Cuerpo de Ejército, había reanudado los ataques en el curso de la noche del 26-27 de abril; en efecto, exactamente aquel día, Patton asumía el mando del Ejército 7 americano, destinado al desembarco en Sicilia, y Omar Bradley había ocupado su puesto en el momento crucial de la batalla. Avanzando con más rapidez que antes, pero corriendo todavía grandes peligros frente a la tenaz resistencia opuesta por la División de Manteuffel, la División 9 logró, al fin, abrirse paso a lo largo de la costa, hasta que el 30 de abril llegó a amenazar directamente con aislar a las fuerzas enemigas situadas en el Yébel Azzag y en el Yébel Agred, no sólo de Bizerta sino también de Matteur. Al mismo tiempo, el resto del Cuerpo de Ejército II americano, conquistaba, finalmente, después de un ataque nocturno, la colina de la Cota 609. Por último, la División Acorazada 1 descendía, combatiendo, a lo largo de la Mousetrap, para ser después completamente detenida por la retaguardia enemiga el día 1 de mayo.

La penetración efectuada al Norte por la División 9 constituyó el triunfo decisivo, por cuanto colocó al enemigo frente a la alternativa de retirarse o dejarse cercar. El 2 de mayo, algunos centinelas que, desde lo alto de la colina de la Cota 609, observaban la llanura de Matteur, advirtieron que el enemigo se retiraba en toda la línea. Sin embargo, tuvieron que contentarse con seguir observando, pues tras el duro y sangriento avance a través de las colinas, ninguna de las divisiones de infantería americanas se hallaba, en aquellos momentos, en condiciones de poder lanzarse a una rápida persecución del enemigo.

7 de mayo de 1943: las fuerzas aliadas entran en Túnez, siendo acogidas con entusiasmo por la población civil. Tras la caída de Bizerta y de Túnez, las fuerzas del Eje se refugiaron en la península de cabo Bon, en un desesperado intento de defender la base de la península a fin de facilitar la evacuación de sus tropas a Sicilia. *(Sado-Opera Mundi)*

Los alemanes se retiran en perfecto orden

Los alemanes efectuaron la maniobra de repliegue con la habilidad y cuidado en ellos característico. Por eso, los americanos encontraron tan sólo un escaso botín y, pese a la extraordinaria velocidad con la que la División Acorazada 1 se lanzó en su persecución, apenas pudo hacerlo, no llegó a tiempo para aniquilar las defensas alemanas antes de que se estableciesen a lo largo de una nueva línea.

De todos modos, Alexander tenía a la sazón muchos menos motivos para asignar al Ejército 1 la misión de ayudar a los norteamericanos en la conquista de Bizerta. Gracias a su triunfo, los americanos tenían ahora Bizerta al alcance de la mano y fue en una decisión extrema cuando, el 6 de mayo, al iniciarse la última ofensiva aliada para la conquista de Túnez, Bradley confió a sus divisiones la misión de atacar junto a las tropas inglesas.

El Cuerpo de Ejército IX inglés, al cual había encargado el general Anderson la misión de lanzar la gran ofensiva en el valle del Medjerda, acababa de perder a su jefe, el general Croker, gravemente herido. En su puesto quedó Horrocks, particularmente adecuado para conducir el tipo de operaciones que Anderson preparaba contra Túnez. Entonces se pusieron bajo el mando de Horrocks las Divisiones Acorazadas 6 y 7, la División 4 inglesa y la División 4 india, así como cuatro batallones de carros de combate *Churchill*, la Brigada 201 de Guardias, además de unas 400 piezas de artillería.

Para ayudar a Horrocks, el Cuerpo de Ejército V debía apoderarse del Yébel Bou Aoukaz el día 5 de mayo y consolidar después la brecha abierta en la zona mantenida por la retaguardia enemiga. A la izquierda, el Cuerpo de Ejército II norteamericano debería lanzar, a través del paso de Chouigui, un ataque complementario en dirección de Yedeida, así como continuar ejerciendo una presión en dirección a Bizerta; a la derecha, el Cuerpo de Ejército XIX francés, distraería la atención del enemigo atacando, el 4 de mayo, el formidable Yébel Zaghouan. En todos los sectores del frente no se concedería un solo instante de respiro al enemigo: prácticamente todas las fuerzas aliadas se pondrían en movimiento en el mismo instante.

Mientras el Cuerpo de Ejército II se reorganizaba, concentrándose para un ulterior esfuerzo después de la extenuante batalla sostenida ante Matteur, en el valle del Medjerda, los elementos de los Ejércitos 1 y 8, se preparaban para la acción inminente. Los hombres del Ejército 1 observaban con respeto los maltrechos vehículos pintados de amarillo, para mejor confundirse con la arena del desierto, y miraban, consternados, las extrañas vestimentas de los hombres del Ejército 8. A su vez, los hombres del Ejército 8 contemplaban con cierta envidia el elegante uniforme gris verdoso de las tropas del Ejército 1, si bien demostrando cierta condescendencia, en la comparación, para el que, a sus ojos, aparecía casi como otro Ejército extranjero, un Ejército que tenía aún mucho que aprender de ellos. Irónicamente –aunque arriesgadamente también– parece ser que por aquellos días un alto oficial alemán expresó el siguiente juicio (quizás sólo para uso y consumo de los jefes de Berlín):

«Hasta este momento los americanos han demostrado muy poco espíritu combativo; el Ejército 1 es bueno, pero no tiene ninguna experiencia bélica; el Ejército 8, que es el mejor, está ahora agotado».

La concentración de hombres y de vehículos, la acumulación de 450 disparos para cada pieza de artillería y la actividad de reconocimiento y preparación de los planes para la inminente operación combinada, todo eso, a la vez, se desenvolvió con tanta eficiencia como rapidez, así como en el máximo secreto. Una vez la División 1 hubiese limpiado de enemigos el Yébel Bou Aoukaz, el día 5, podría repetirse –y esta vez en mayor escala– el tipo de «ataque aéreo de la *Blitzkrieg*» que, en el mes de marzo, abriera a través de la garganta de Tebaga el camino para El-Hamma. Ahora, en el cielo había desaparecido la *Luftwaffe*, y las fuerzas aéreas aliadas podrían, por lo tanto, concentrar impunemente toda su potencia de fuego sobre el campo de batalla.

Las precarias defensas alemanas

Algunas posteriores declaraciones alemanas dejaban entrever su asombro ante la pausa surgida en el curso de las operaciones después del día 1 de mayo, puesto que en el transcurso de aquellos días no estaban en condiciones de oponer la más mínima resistencia. Las pocas divisiones que aún permanecían en primera línea eran, a menudo, unidades de nombre más que de hecho: en otros lugares, unidades improvisadas, formadas en el último instante y lanzadas al combate sin tener en cuenta sus condiciones, debían ingeniárselas como podían para pergeñar unas defensas que, ciertamente, no podían considerarse como tales. La llegada de abastecimientos, de la clase que fueran, era tan limitada que apenas bastaba para cubrir las exigencias más inmediatas. Dejando a un lado sus innegables dotes militares, a los alemanes les quedaba aún la voluntad de combatir, una voluntad tan tenaz que por sí sola logró convencer al Estado Mayor del Ejército 1 de que la resistencia germana iba a ser dura y prolongada. Con su indiscutible valor, los alemanes indujeron a los ingleses a adoptar una línea de prudencia tan exagerada que hasta resultó injustificada.

La tarde del 5 de mayo (día en que Hitler dio a Túnez por definitivamente perdida) el Yébel Bou Aoukaz cayó, tras un enérgico ataque, en poder de la División de infantería 1 inglesa. A sus espaldas avanzaba el Cuerpo de Ejército IX: la División 4 india a la izquierda de la carretera de Medjez-el-Bab a Massicault, seguida por la columna de la División Acorazada 7, y a la derecha de la carretera la División 4 británica, con la División Acorazada 6, que avanzaba coordinadamente con la División 4 india y la División Acorazada 7. La misión más ardua estaba a cargo de la División 4 india que debía penetrar muy en profundidad para abrir el camino a la división acorazada que la seguía. Quizás por esta razón, su comandante, el general Tuker, se hizo oír tan enérgicamente en las reuniones que precedieron a la batalla, contribuyendo con algunas observaciones críticas a la compilación del plan de fuego para la artillería y, sobre todo, a la decisión de atacar antes del amanecer.

Cuando, a las tres de la madrugada del día 5, los resplandores de los cañonazos parecían incendiar el cielo, hacia Oriente, y temblaba la tierra bajo las explosiones y las posiciones alemanas desaparecían tras una cortina de llamas, de humo y de polvo, sucedió de pronto algo nuevo, distinto, algo desconocido hasta entonces. Por primera vez las tropas del Eje dejaron de combatir, huyeron o se rindieron sin haber casi disparado un solo tiro. Todos los informes recibidos acerca de este extraño episodio, ya sea de las divisiones o de los regimientos aliados, se muestran unánimes en subrayar el escaso número de enemigos muertos, la débil resistencia opuesta, lo exiguo de sus propias pérdidas y la puntualidad con que los



Columna de vehículos acorazados británicos aguardan en la periferia de Túnez. Las primeras unidades de la División Acorazada 7 británica llegaron a la capital tunecina el 7 de mayo; pero, aunque la resistencia opuesta por las fuerzas enemigas fue sólo simbólica, la ciudad no pudo ser conquistada en su totalidad hasta el día siguiente. *(Imperial War Museum)*

Aliados alcanzaron sus objetivos de acuerdo con el plan previsto. Tan sólo cuando los restos de las antiguas unidades del *Afrikakorps* volvieron a reagruparse, intentó de nuevo el enemigo oponerse al avance de los Aliados.

Alrededor de las 9 de la mañana, las dos divisiones acorazadas podían ya pasar tranquilamente a través de la brecha abierta por el fuego de las sucesivas oleadas de bombarderos y de cazas; según el general Tuker, incluso podrían alcanzar Túnez aquel mismo día si era preciso, utilizando simplemente las autoametralladoras. Pero el comandante de la División Acorazada 7 no tenía prisa; en efecto, diríase que, temeroso de caer en una trampa, conducía las operaciones con un método cauteloso y una articulación masiva de todas sus fuerzas, más que con el ímpetu que la situación requería. Y cuando una unidad acorazada, después de haber efectuado una ruptura, pierde su empuje inicial, sacrifica precisamente el elemento que constituye su mayor fuerza, dando tiempo al enemigo para improvisar una segunda línea de defensa. En otras ocasiones había sucedido que pausas como aquella acababan siendo fatales; sin embargo, en este caso concreto, el hecho de que al día siguiente no hubiera surgido ninguna nueva línea defensiva alemana, daba una idea bastante clara de la gravedad del hundimiento del frente enemigo.

Al amanecer del día 7, los carros de combate se lanzaron de nuevo hacia delante, y esta vez a tal velocidad que, aquella misma tarde, los alemanes que paseaban tranquilamente por las calles de Túnez, quedaron estupefactos al ver pasar, de pronto, junto a ellos una patrulla de autoametralladoras del 11º de *Húsares* y de la *Derbyshire Yeomanry*. Los combates que se desencadenaron por las calles fueron casi simbólicos, pues la entusiasta explosión de alegría de los habitantes de Túnez, que lanzaban ramos de flores al paso de los vehículos, desbordó toda otra manifestación.

Túnez quedó totalmente ocupada la mañana del día 8 de mayo. Al sur de la ciudad, la División Acorazada 6, flanqueada por la 201ª Brigada de Guardias, se dirigía ya a toda velocidad hacia la península de cabo Bon; al Norte, la 7 volvía sobre sus pasos para enlazar con los americanos, cerca de Bizerta. El éxito conseguido por los norteamericanos no era inferior al logrado por los ingleses.

La División de infantería 9 estadounidense acababa de dar fin a su avance hacia el Este, a lo largo de la costa, y ya el 7 de mayo algunos destacamentos de exploración empezaron a efectuar un reconocimiento en torno a los suburbios de Bizerta. Como obedeciendo a un acuerdo preestablecido, apenas 30 minutos después de la rápida entrada en Túnez de los vehículos acorazados del 11º de *Húsares* y de la *Derbyshire Yeomanry*, el Escuadrón de exploración 9 y algunos carros de combate alcanzaban el centro de Bizerta.

El día 6, tras dejar a sus espaldas Matteur, el resto del Cuerpo de Ejército II americano, llevando en cabeza a la División Acorazada 1, se encontró frente a un despliegue de cañones contracarros de 88 mm, sustraídos a las defensas antiaéreas de Bizerta; pero el obstáculo fue pronto eliminado. Ferryville, centro situado en la lengua de tierra que separa el Garet Ichkeul del lago de Bizerta, cayó el día 7, mientras a lo largo de toda la línea del frente americano proseguía el avance, encontrando a su paso una defensa más bien esporádica que se debilitaba cada vez más; sólo en contadas ocasiones era dura y tenaz, según las viejas tradiciones; pero, en general, era ya puramente simbólica. La División 34, que atacaba a través del paso de Chouigui, a la izquierda del Cuerpo de Ejército IX inglés, fue la única que tuvo que combatir enérgicamente. Hacia el Norte, los alemanes, al ver llegar a los americanos, prendieron fuego a sus carros de combate, lo que significaba, sin lugar a dudas, que para ellos todo había terminado.

En su avance a lo largo del río Medjerda, los ingleses lograron grandes ventajas de su cuidadosa preparación, si bien a costa del ritmo de la operación; en cambio, los americanos, que habían dispuesto de menos tiempo para organizar la destrucción de las posiciones enemigas, encontraron una resistencia más tenaz, aunque su triunfo no

fue, ciertamente, menor que el obtenido por los ingleses. Independientemente de los distintos métodos empleados por los ingleses y por los americanos, a mediodía del 9 de mayo, Vaerst tuvo que reconocer que su perímetro, al este de Bizerta, había quedado tan reducido y machacado que ya no podía considerársele como tal. Perdida, pues, toda esperanza, él y su Ejército se rindieron.

El Cuerpo de Ejército francés, que había capturado Pont du Fash el día 7, proseguía su avance. Ahora ya sólo quedaban en libertad los alemanes que se habían refugiado en la península de cabo Bon, conducidos por el general von Arnim, quien se retiró con la esperanza de poner en práctica un plan, que, en realidad, era francamente desesperado: defender la base de la península y prolongar la resistencia a fin de intentar un segundo Dunkerque, en miniatura, para que el resto de las fuerzas alcanzara las costas de Sicilia. Este plan era realmente utópico, ya que la *Royal Navy* dominaba por completo el canal de Sicilia.

La mañana del 8 de mayo, la División Acorazada 6 rebasó Túnez, dirigiéndose hacia Hamman Lif, en la base de la península, donde el día 9 recibió una dura acogida por parte de un despliegue de cañones de 88 mm. Pero ésta fue, definitivamente, la última tentativa de resistencia. En una noche de luna clara, indiferentes al peligro que corrían, los carros de combate y la infantería se lanzaron sobre Hamman Lif, entablando un sangriento combate, casa por casa, con los alemanes; mientras tanto, otros carros de combate se lanzaban, a través de la playa, en persecución del enemigo.

La ciudad cayó en poder de los ingleses al amanecer; el desfiladero a través del cual pasaba la carretera de acceso a la base de la península fue limpiado de enemigos y los carros de combate pudieron lanzarse, al fin, a una verdadera carrera hacia Hammamet. La División 4 británica pasó a través de la brecha abierta por las unidades acorazadas e inmediatamente después se dividió; una brigada avanzó a lo largo de la costa, para alcanzar cabo Bon y reunirse luego con el resto de la división que, después de atravesar la península, remontó a lo largo de la costa oriental. Tras haber alcanzado Hammamet junto con la División Acorazada 6, también la División 4 india se destacó para enlazar con el Cuerpo de Ejército X, que estaba avanzando desde Enfidaville. Los Cuerpos de Ejército y las divisiones se entrecruzaban a cada momento, ya no existía nada que obstaculizara las maniobras más arriesgadas.

Para los Estados Mayores de las divisiones que estaban avanzando, la verdadera y auténtica batalla había pasado a un segundo lugar en la escala de importancia. Ahora, una vez finalizada toda la resistencia organizada por parte del enemigo, los millares de soldados capturados representaban un grave problema logístico. Víctimas de una derrota total, pero soldados al fin, más aún, excelentes soldados en su comportamiento y en su porte, los alemanes se dirigían hacia los campos de prisioneros con un orden y una disciplina ejemplares, y, una vez allí, siguieron cuidando de sí mismos hasta que los Aliados pudieron disponer del tiempo necesario para crear una organización eficaz que se ocupara de aquellos millares de hombres.

Los Aliados afirmaron haber hecho 250.000 prisioneros, cifra exagerada y fantástica y difícilmente comprobable, pero sobre todo, desproporcionada si tenemos en cuenta las precedentes evaluaciones de los efectivos del Eje en África. Mas, aparte de este detalle, el alcance global de la victoria no podía ser valorado en cifras. Había quebrado el mito de la invencibilidad alemana y, precisamente por ello, trajo consigo un cambio radical en la conducta estratégica de la guerra.

Soldados de infantería británicos, apostados entre antiguas ruinas durante los últimos combates en Túnez. Rota la línea defensiva del Eje, alrededor de las 9 horas del día 6 de mayo de 1943, el avance británico se detuvo un poco más allá de Massicault, para reanudarse con nuevo ímpetu al amanecer del día 7, en dirección a Túnez, a donde las unidades más avanzadas llegaron aquella misma tarde. *(Imperial War Museum)*



Mediterráneo occidental, noviembre 1942-mayo 1943

LAS BATALLAS NAVALES

David Woodward

EL FIN EN ÁFRICA

Con los desembarcos aliados, en el curso de la Operación "Torch", la guerra naval en el Mediterráneo entró en una nueva fase. Los estrategas del Eje fueron totalmente sorprendidos por la rapidez con que se llevó a cabo la citada operación; mas, durante los últimos meses de la campaña de Túnez, cuando las esperanzas del Eje en el frente terrestre empezaban a desvanecerse, tuvieron lugar, a lo largo de la costa africana, muchos y encarnizados combates navales. Por otra parte, a causa de la inminente invasión de Europa meridional, el Mediterráneo iba a convertirse en un "lago aliado", pero antes de alcanzar este resultado, los Aliados deberían enfrentarse con una última serie de desafíos.

Como se sabe, el día 9 de noviembre de 1942, al día siguiente de iniciarse los desembarcos en el Norte de África, las fuerzas anglo-americanas, sin esperar a establecer un armisticio con las autoridades francesas, lanzaron la segunda fase de la operación. Se trataba de un avance de 800 km en dirección hacia el Este, por las rutas que conducían a Bizerta y a Túnez, a lo largo de la estrecha llanura que se extendía próxima a la costa y al pie de las montañas del Atlas.

Naturalmente, para todos aquellos que habían planeado la Operación «Torch», era evidente, desde un principio, la importancia de Túnez y de Bizerta, y algunos altos oficiales, entre ellos el almirante sir Andrew Cunningham, subrayaron la necesidad de que, además de los desembarcos previstos cerca de Casablanca, Orán y Argel (es decir, los que realmente se llevaron a cabo después) se intentaran otros en Bona y en Bizerta.

Este plan, sin embargo, fue descartado apenas se comprendió que el envío de fuerzas tan hacia el interior del Mediterráneo comportaba demasiados riesgos. Los Aliados temían que si sus unidades se aventuraban demasiado en dicho mar, España procediera entonces a cerrar el estrecho de Gibraltar a sus espaldas. Cunningham negaba que ésto pudiera suceder; él opinaba que si España hubiera tenido la intención de entrar en la guerra, lo habría hecho en 1940, cuando Gran Bretaña estaba sola. En 1942, en el momento de la Operación «Torch», se vería obligada a combatir también con los Estados Unidos y con Rusia. No obstante la teoría de Cunningham no fue aceptada y se decidió que antes de atacar inmediatamente Bizerta sería más oportuno atacar los puertos de Bona y de Bujía una vez se hubieran efectuado con éxito los principales desembarcos.

De acuerdo con este plan, el 9 de noviembre, cuando las operaciones más importantes de desembarco ya se habían llevado a cabo felizmente, un convoy de cuatro transportes ingleses remontó la costa, entre Argel y Bujía (una distancia de casi 100 millas), para desembarcar las tropas lo antes posible. Al mismo tiempo, otro convoy más reducido recibió la orden de dirigirse a Yidjelli, casi 400 millas más al Este. Este convoy debía desembarcar las tropas destinadas a apoyar el lanzamiento de paracaidistas sobre el aeropuerto, cuyo dominio era de vital importancia si los *Spitfire* tenían que operar sobre Túnez.

Las pésimas condiciones atmosféricas fueron la causa de que estas dos operaciones fracasaran: el convoy de Bona sufrió un retraso de dos días y el que debía apoyar el desembarco de las tropas paracaidistas tuvo que volver atrás.

La Aviación del Eje desencadenó sus primeros ataques aéreos durante dos días perdidos. En Bujía fueron hundidos cuatro transportes y el buque antiaéreo *Tynwald*, y gravemente averiado el monitor[1] *Roberts*. En Túnez, los aviones alemanes hicieron su primera aparición el 9 de noviembre –alrededor de 24 horas después de que los Aliados hubieran desembarcado más al Oeste–, cuando dos grupos de *Stukas* y un grupo de cazas aterrizaron en los aeródromos situados en torno a Bizerta y a Túnez[2]. Les seguían aviones alemanes de transporte que llevaban a bordo personal de la *Luftwaffe* y soldados. Entre tanto, el 10 de noviembre, la llegada de estos primeros aviones alemanes había decidido al residente general de la Francia de Vichy en Túnez, almirante Esteva, a permitir que las fuerzas alemanas (que, en aquellos momentos, sólo sumaban unos centenares de hombres) utilizaran las bases locales; las tropas francesas, que gozaban de una aplastante superioridad numérica sobre los alemanes, se retiraron a zonas no ocupadas ni por los Aliados ni por fuerzas del Eje.

El almirante Morison (el historiador oficial de la Marina de los Estados Unidos) escribió más tarde: «Alemanes e italianos habían ganado la carrera hacia Túnez. La Marina de Guerra inglesa, que sentía un gran respeto por las poderosas fuerzas aéreas desplegadas por el enemigo, no estaba en condiciones de disputarle al Eje el control del canal de Sicilia».

Los «U-Boot» dejan escapar una ocasión propicia

Además de la *Luftwaffe* y de la *Regia Aeronautica italiana*, estaban empezando a llegar a aquella zona los *U-Boot*. Hasta el 8 de noviembre, a las 6,30 horas, el mando de los *U-Boot*, que se hallaba en París, no llegó a darse cuenta de lo que, en realidad, estaba sucediendo en aguas del Norte de África. Entonces, 15 *U-Boot* recibieron inmediatamente la orden de reunirse al largo de las costas de Marruecos. Pero llegaron a sus respectivas zonas de patrullamiento demasiado tarde para poder interceptar a los transportes cargados de tropas o de abastecimientos que ya se dirigían hacia las playas, de modo que sus primeras víctimas fueron buques vacíos.

Entre tanto, antes de que se iniciara de un modo efectivo la Operación «Torch», sólo uno de los 445 buques que debían tomar parte en ella había sido torpedeado. Se trataba del transporte americano *Thomas Stone*, alcanzado la mañana del día 7 de noviembre a 155 millas de Argel. El resto del convoy prosiguió su rumbo, excepto la fragata inglesa *Spey*, que quedó atrás a fin de proteger al buque averiado y a los 1400 soldados que llevaba a bordo.

Una de las causas de que los *U-Boot*, que ya se encontraban cerca de los puntos elegidos por los Aliados para sus desembarcos, no pudieran entrar en acción más oportunamente, fue que habían sido concentrados para atacar a un convoy que regresaba de Freetown. Esta operación había durado del 27 al 30 de octubre, y terminó con el hundimiento de 12 mercantes aliados.

Cuando los submarinos llegaron a las zonas en que habían tenido lugar los desembarcos aliados, los buques de transporte como ya se ha dicho estaban vacíos, pero sufrieron también algunas pérdidas. El 10 de noviembre, los submarinos del Eje hundieron un carbonero y un destructor; al día siguiente, un buque inglés, destinado al transporte de las municiones, y tres transportes de tropas (uno americano, uno holandés y uno inglés). El 12 de noviembre fueron hundidos un transporte americano y un buque-cisterna inglés; el 13, un destructor holandés y un carguero inglés; el 14 dos buques pesados de transporte, el *Narkunda*[3] y el *Warwick Castle*. El 15 y el 16 de

[1] Barco-pontón, acorazado, que ejercía la función de posición flotante de artillería.

[2] El 11 de noviembre se trasladó también al aeropuerto de Túnez parte del 155 Grupo de cazas en *Macchi 208*. (Nota de la edición italiana).

[3] El *Narkunda* fue hundido por los aviones. En esta relación falta el mercante *Trentbank*, hundido por un avión el 24 de noviembre y los transportes *Glenfindas*, *Lalande*, *Forest* y *Scythia*, alcanzados también por aviones en el mes de noviembre. (Nota de la edición italiana).

noviembre, por último, esta fase de la Operación «Torch» finalizó con el hundimiento de cuatro buques ingleses: un portaaviones de escolta, un transporte de tropas, un carguero y por último un dragaminas.

El objeto de esta ofensiva, era, naturalmente, Túnez, donde los alemanes estaban desembarcando sus tropas procedentes de las bases de la costa meridional italiana, en la que anteriormente habían sido desplazadas como una especie de «brigadas contra incendios aerotransportadas», que serían empleadas en caso de un desembarco anglo-americano en Dakar. Entre tanto, el Ejército 1 británico estaba avanzando a lo largo de los 650 km de carretera que separan Argel de la frontera tunecina.

El 9 de noviembre, cuando ya se había iniciado el avance inglés, no se sabía todavía qué actitud adoptarían las tropas francesas desplegadas entre Argel y Túnez y, en aquellos momentos, mientras los ingleses atravesaban el sector que estaba en poder de los franceses, ambos bandos vivieron unos instantes de ansiedad, temiendo que, de un momento a otro, el otro bando abriera fuego; por fortuna, no ocurrió ningún incidente de importancia grave.

Apenas llegados los refuerzos necesarios, las tropas anglo-americanas se lanzaron hacia delante, y el 28 de noviembre alcanzaban los suburbios de Yedeida (a 20 km de Túnez), desde donde empezaron a bombardear la ciudad. Casi inmediatamente después llegaban también los refuerzos para las tropas del Eje; entonces la situación cambió, y los Aliados, en medio de unas terribles condiciones atmosféricas, se vieron obligados a retirarse a Medjez-el-Bab. A fines de noviembre, alemanes e italianos disponían ya, en Túnez, de 26.000 hombres, 159 carros de combate y 127 cañones, y su presencia detuvo, definitivamente el veloz avance aliado desde Argel. Los Aliados se vieron obligados a establecer una pausa, a fin de poder organizar un ataque mejor coordinado: éste, como se sabe, se fijó para el 2 de diciembre.

Ante esta perspectiva, se hizo más urgente detener cuanto antes la llegada de los refuerzos que el Eje enviaba desde Italia a través del canal de Sicilia. Para atacar a los convoyes ítalo-alemanes los ingleses disponían, en aquellos momentos, de un total de siete cruceros ligeros y de cierto número de destructores, con bases en Bona y en la isla de Malta.

El primer ataque naval inglés se produjo hacia las 00,30 horas del día 2 de diciembre, cuando la Fuerza Q, compuesta por los cruceros ligeros *Aurora*, *Argonaut* y *Sirius* y por los destructores *Quentin* y *Quiberon* –todos ellos ingleses, excepto el *Quiberon*, australiano– surcaba las aguas en la oscuridad.

La formación se dirigía concretamente al encuentro de un convoy italiano, compuesto por dos transportes de tropas, con 2000 soldados a bordo, y de otros dos buques que transportaban carros de combate, escoltados por tres destructores y dos torpederos. El convoy ya había sido atacado el día antes por un submarino inglés que, aunque no consiguió causar ningún daño, pudo señalar su posición a la RAF, que inmediatamente envió varios aparatos de reconocimiento para localizarlo. Cuando lo avistaron, los aviones señalaron su posición por medio de un lanzamiento ininterrumpido de bengalas luminosas, hasta que la Fuerza Q llegó cerca del punto indicado. Los aviones recibieron entonces la orden de interrumpir sus señalizaciones luminosas, mientras los navíos británicos se disponían a atacar a los buques italianos en la oscuridad.

Victoria nocturna para la Fuerza Q

Los italianos se alejaron en dirección Este, pero uno de sus torpederos quedó casi en seguida fuera de combate. Los tres destructores intentaron cubrir al convoy que se alejaba; mas no lo lograron. Uno de ellos (el *Folgore*) fue hundido, otro puesto fuera de combate y el tercero huyó. Pocos minutos después, las llamas que se elevaban de los buques incendiados iluminaron siniestramente la escena. Un buque alemán, cargado de municiones, estalló; otro de los transportes se hundió rápidamente, mientras los hombres que iban a bordo se lanzaban al mar, y otro se fue a la deriva, presa de las llamas. El cuarto buque, el que transportaba los carros de combate, consiguió alejarse en la oscuridad; pero las unidades inglesas no le concedieron tregua y, tras haberle alcanzado de nuevo, lo bombardearon; el buque empezó a hundirse sin remedio. Mientras escoraba, los cables que sujetaban los carros de combate se rompieron y las pesadas moles se precipitaron sobre los hombres que intentaban ponerse a salvo a nado. Durante esta acción nocturna la Fuerza Q no sufrió ninguna pérdida; pero al día siguiente, mientras la formación navegaba de regreso a Bona, el *Quentin* fue alcanzado y hundido por un avión torpedero alemán.

Dos semanas más tarde, cuando la Fuerza Q intentaba una nueva incursión de este tipo, el crucero ligero *Argonaut* fue alcanzado por dos torpedos, uno a proa y otro a popa; pese a los daños sufridos la unidad consiguió regresar a su base.

La misión de escoltar a los convoyes que transportaban los refuerzos destinados a las fuerzas del Eje que operaban en Túnez y en Libia, se confió, principalmente, a un pequeño grupo de destructores italianos, de los cuales apenas unos diez podían considerarse por completo eficientes. En el transcurso de estas operaciones, el comportamiento de los marineros italianos, tanto los de las unidades de guerra como los de los mercantes, indujo a sir Andrew Cunningham a escribir:

«Siempre fue un motivo de sorpresa para mí ver cómo los italianos continuaban haciendo navegar a sus buques ante los peligros que les rodeaban... El hecho de que fueran capaces de afrontar semejantes pruebas, debe ser recordado en su honor...»

Después de las pérdidas sufridas en el transcurso de las incursiones nocturnas llevadas a cabo por las unidades de superficie inglesas, los italianos cambiaron su táctica: en lugar de hacer navegar a sus convoyes al amparo de la oscuridad, empezaron a hacerlos salir a pleno día, protegidos por una potente «sombrilla» aérea. Dispusieron también dos campos de minas, que corrían paralelos, en una longitud de 120 millas, uniendo Sicilia con la costa tunecina; de este modo, pretendían impedir que los buques ingleses pudieran penetrar en el estrecho pasillo creado por ellos.

A pesar de todas estas disposiciones, que sin duda alguna eran acertadas, en el invierno de 1942-1943 los Aliados continuaron haciendo pagar un alto peaje al flujo de hombres y de material que el Eje enviaba al Norte de África: en noviembre se perdió un 26 % del combustible y de los materiales enviados a Libia, aunque no se registraron pérdidas en las rutas tunecinas. En diciembre, las pérdidas ascendían al 52% en las rutas libias y al 23 % en las tunecinas; el porcentaje de pérdidas en estas últimas rutas permaneció fijo en enero y febrero. En estos últimos meses, el Eje sólo podía disponer ya de los puertos tunecinos, puesto que, desde El-Alamein, el Ejército 8 se había abierto camino a través de Libia, alcanzando la Línea de Mareth a primeros de febrero.

Durante el largo avance desde El-Alamein a Trípoli, la división costera de la *Royal Navy*, valiéndose de toda suerte de embarcaciones, hasta esquifes y barcos adscritos al servicio costero, había conseguido desembarcar 157.000 toneladas de abastecimientos en las playas y en los pequeños puertos del sector de costa comprendido entre Bengasi y Trípoli.

Entre tanto, proseguían en África noroccidental los preparativos para la próxima ofensiva. La escala a que se desarrollaban estas operaciones militares está documentada como sigue en la relación oficial británica: «En un mes, la Marina de Guerra y los servicios mercantes aliados hicieron llegar a su destino 8 millones de raciones alimenticias, 36 millones de litros de gasolina, casi 25 millones de combustible para la aviación, vehículos de transporte con una carga total de 6600



Submarino italiano navegando por el Mediterráneo. Las fuerzas navales italianas lucharon con inteligencia y valor en el intento de asegurar un ritmo constante en el flujo de los abastecimientos para las tropas del Eje que operaban en el Norte de África. Pero a pesar de sus esfuerzos, el número de mercantes hundidos, entre el 1 de agosto y el 31 de diciembre, se elevó a 67. (Bapty & Co. Ltd.)

toneladas, 436.000 proyectiles de artillería (excluidos los destinados a la artillería antiaérea) enseres y material sanitario para 10.000 pacientes y 20.000 toneladas de carbón para uso exclusivo de los ferrocarriles».

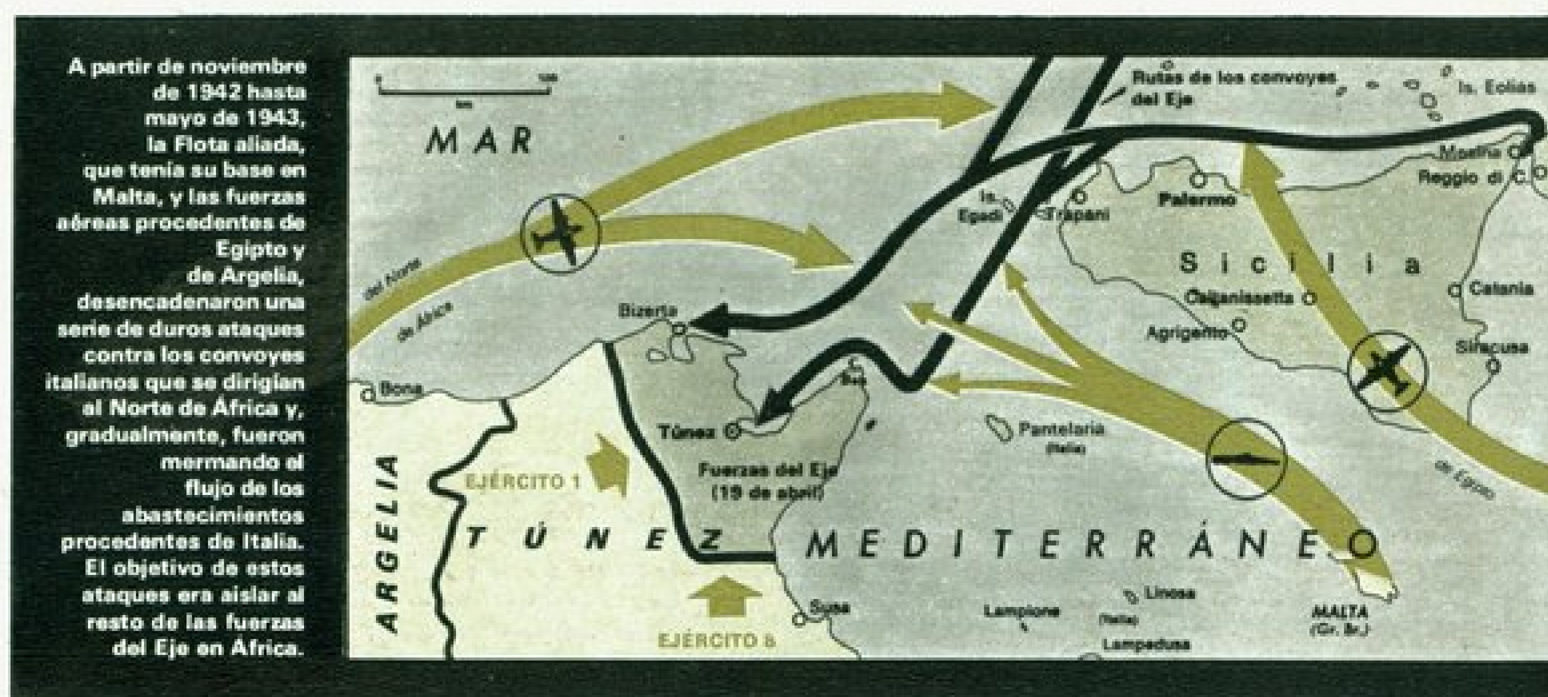
Al mismo tiempo, submarinos y aviones aliados seguían encargándose de detener el flujo de los abastecimientos que el Eje hacía llegar a África. Ultimados con éxito los desembarcos de la Operación «Torch», las fuerzas navales de los Estados Unidos fueron retiradas y ya no regresarían hasta que llegara el momento de los desembarcos en Sicilia. La única excepción la constituyó una división de lanchas torpederas *P. T.*

Para que las pequeñas unidades de superficie y los submarinos aliados pudieran operar en el Mediterráneo con ciertas posibilidades de éxito, era necesario mantener alejada de la zona a la Escuadra italiana. A fin de conseguirlo, una formación de aviones *Liberator* americanos, con base en Egipto, bombardearon Nápoles el día 4 de diciembre, hundiendo un crucero ligero italiano, el *Muzio Attendolo*, y dañando gravemente a otros dos, el *Eugenio di Savoia* y el *Raimondo Montecuccoli*. Como resultado de este ataque, el grueso de la Flota italiana fue trasladado de Nápoles a La Spezia.

Después de esta incursión, el empleo de bombarderos pesados contra los buques enemigos, fue una táctica de uso corriente en la guerra del Mediterráneo.

La Relación oficial británica (volumen IV, *El Mediterráneo y el Oriente Medio*) hace observar a este respecto:

«El bombardeo a alta cota de las unidades navales enemigas por parte de «fortalezas volantes» resultó en extremo eficaz. Se calculó que se necesitaba un promedio de 28 toneladas de bombas para hundir un buque de medianas dimensiones. Las 18 "fortalezas volantes", pertenecientes a una formación normal, transportaban casi el doble de esta cantidad... La pérdida de un solo buque de 3000 toneladas de desplazamiento bruto, podía significar la pérdida de los materiales más indispensables a todas las fuerzas del Eje en África durante dos días. Y si se trataba de un solo tipo de material (combustible para aviones, por ejemplo) podía significar la pérdida de abastecimientos suficientes para una semana. Semejantes pérdidas suponían un duro golpe en todos los niveles, pero, sobre todo, para los comandantes, que se veían obligados a planear las operaciones ofensivas sin saber si, en el momento oportuno, podrían disponer de los medios y del material necesario».



A partir de noviembre de 1942 hasta mayo de 1943, la Flota aliada, que tenía su base en Malta, y las fuerzas aéreas procedentes de Egipto y de Argelia, desencadenaron una serie de duros ataques contra los convoyes italianos que se dirigían al Norte de África y, gradualmente, fueron mermando el flujo de los abastecimientos procedentes de Italia. El objetivo de estos ataques era aislar al resto de las fuerzas del Eje en Africa.

De las consecuencias que tuvo el hundimiento del buque-cisterna *Utilitas*, torpedeado el 2 de febrero a lo largo de Palermo por el submarino inglés *Turbulent*, puede deducirse hasta qué punto se llevaban «al día» los envíos de abastecimientos del Eje. En efecto, las 5000 toneladas de combustible del citado *Utilitas* eran la reserva total de que disponía toda la Escuadra italiana. Es más, era cuanto existía en toda la isla de Sicilia.

En la guerra que se llevaba a cabo contra las rutas marítimas del Eje, desde el aire bajo la superficie del mar, ésta era la más dura y comprometida. Las tripulaciones tenían que pasar la mayor parte de su tiempo en compás de espera, permaneciendo en inmersión durante todo el día y no subiendo a la superficie más que de noche, para respirar un poco de aire fresco (esto ocurría, naturalmente, antes de la instalación del *Snorkel*, dispositivo que permitía «respirar» aire fresco en el interior de un submarino, sin salir a la superficie). Y todo esto no sólo resultaba enojoso y aburrido, sino también peligroso.

Durante el primer periodo de la guerra en el Mediterráneo, la flotilla de submarinos que tenía su base en Malta había llevado a cabo muy brillantes acciones, atrayendo la atención del pueblo británico sobre el hecho de que también su Marina de Guerra contaba con sus propios submarinos, hecho que, después de las preocupaciones que suscitaron los *U-Boot* en las dos guerras, tenían tendencia a olvidar.

Después de una terrible lucha que se prolongó durante casi dos años, los ataques aéreos del Eje sobre Malta habían obligado a los ingleses a retirar sus submarinos de la base del Lazareto. Esto hizo que fuera mucho más difícil su misión, puesto que ya no se encontraban en el centro mismo de las líneas de comunicación del Eje entre Italia y el Norte de África.

Surge un nuevo peligro para los submarinos aliados

Al terminar el asedio de Malta, en el invierno de 1942-1943, los Aliados lanzaron una segunda ofensiva submarina en gran escala; pero ahora las condiciones eran todavía más difíciles que cuando se desencadenó la primera, entre junio de 1940 y abril de 1942, ya que las unidades ligeras del Eje, estaban ahora mucho mejor quipadas para localizar y destruir a los submarinos aliados.

En febrero de 1942, yo había embarcado como corresponsal de guerra en un submarino, que atacó, sin éxito, a un buque italiano adscrito al transporte de abastecimientos y que iba escoltado por un torpedero; cuando los torpedos del submarino inglés fallaron el blanco, el torpedero italiano contraatacó, lanzando 32 cargas de profundidas; pero su ataque no consiguió ningún resultado positivo. Cinco años después encontré, casualmente, al comandante de aquel torpedero italiano, quien, espontáneamente, me confesó que en el momento de desencadenarse el ataque, su unidad carecía de ecogoniómetro y que las 32 cargas de profundidad que lanzó eran todas las que llevaba a bordo. De haberlo sabido entonces, nos hubiéramos sentido mucho más tranquilos.

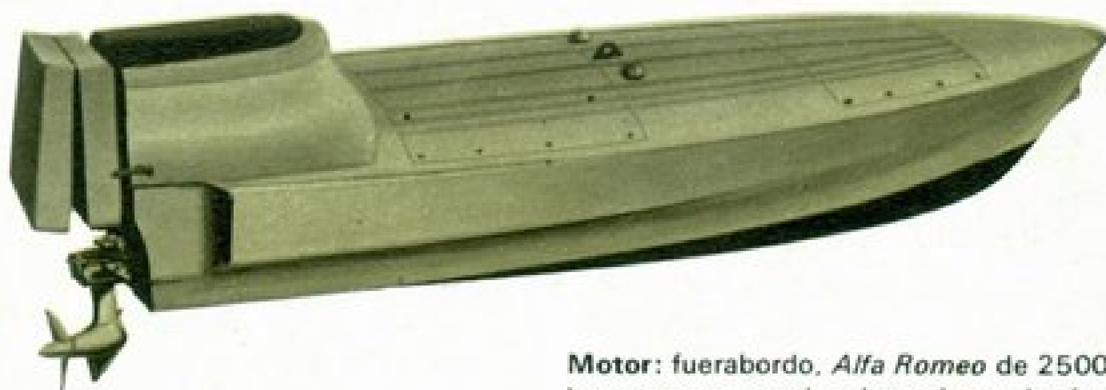
Menos de un año después, los italianos demostraron estar mucho mejor equipados, como se deduce del número de submarinos perdidos en el Mediterráneo por los Aliados (13 ingleses y uno griego) en el período comprendido entre los desembarcos de la Operación «Torch» y la rendición italiana, en septiembre de 1943.

A pesar de todo, en el transcurso de la lucha entablada para aislar las fuerzas del Eje que operaban en África los submarinos británicos hundieron 56 buques del Eje que transportaban material y abastecimientos. Al mismo tiempo, también fueron hundidos por ataques aéreos 63 buques, la mitad de ellos surtos en los puertos[4]. La gran ventaja de que gozaban los Aliados, gracias a su absoluto dominio del aire, era que sus aviones no sólo podían hundir los barcos enemigos en alta mar, sino también perseguirlos hasta el mismo puerto y allí destruirlos.

Llegó luego el mes de enero de 1943, que constituyó una especie de «paréntesis» en las últimas campañas de África. En Túnez, los Ejércitos ingleses y americanos seguían bloqueados por

LAS "LANCHAS EXPLOSIVAS" ITALIANAS

El empleo eficaz de las "lanchas explosivas" dependía de las más altas cualidades de los marinos italianos: el valor y la decisión de los hombres que formaban parte de los medios de asalto. Habían obtenido su primer éxito a fines de marzo de 1941, hundiendo en Creta, en la bahía de Suda, al crucero británico *York*. El principio en que se basaban estas lanchas era sencillo y eficacísimo: el operador se lanzaba a plena velocidad sobre el blanco elegido, fijando el motor en el punto máximo de revoluciones; entonces desenganchaba el respaldo del lugar por él ocupado, constituido por un bote plegable, y se lanzaba atrás, saltando sobre éste para evitar el efecto de la explosión. Estas "lanchas" podían estallar de dos maneras: al choque, como un torpedo normal, o por detonación hidrostática. En este último caso, la embarcación se dividía en dos partes, que se hundían rápidamente y estallaban bajo el agua con el mismo efecto de las cargas de profundidad. Los medios de asalto constituían una auténtica amenaza para los barcos aliados; sin embargo, en el período de la derrota del Eje en Túnez, la supremacía naval de las fuerzas aliadas era tan grande, que difícilmente podía verse amenazada por tales medios, por muy eficaces que fueran.



(John Batchelor)

Motor: fuerabordo, *Alfa Romeo* de 2500 cc, que podía levantarse para salvar las redes y obstáculos. **Velocidad máxima:** 30 nudos (55 km/h). **Autonomía máxima:** cinco horas. **Cabeza explosiva:** 300 kg.

[4] Según las estadísticas, rigurosamente comprobadas con la colaboración de oficiales de la Marina inglesa e italiana, los mercantes del Eje hundidos en el Mediterráneo, desde el día 1 de agosto al 31 de diciembre de 1942, fueron 67 (además de 70 barcos más pequeños, casi todos motoveleros). De estos 67 buques, 28 fueron hundidos por submarinos. (Nota de la edición italiana)

el mal tiempo; por su parte, el Ejército 8 había alcanzado el extremo occidental de la mussoliniana «autopista del desierto», y la condición previa para el desarrollo de cualquier otro ataque ulterior era que el puerto de Trípoli fuera puesto en condiciones de eficiencia. Este problema suscitó muchas discusiones. Las fuerzas del Eje, en su retirada a través del desierto, habían conseguido retrasar el avance del Ejército 8 hasta tal punto que pudieron disponer del tiempo necesario para inutilizar, muy totalmente, el puerto de Trípoli, hundiendo en sus aguas, después de haberlos cargado de cemento, seis mercantes además de numerosas embarcaciones portuarias.

Trípoli fue, pues, el primer puerto importante que tuvo que ser abierto de nuevo después de una obra de demolición en gran escala. Las obras de reparación de los desperfectos causados se desarrollaron con gran lentitud, en parte a causa de la inexperiencia de los hombres a quienes se asignó el trabajo y, en parte también, por el temor de que el puerto estuviera minado. Según el general Montgomery, esta fue la causa del retraso del ulterior avance del Ejército 8.

Mientras se efectuaban los preparativos de las ofensivas aliadas que debían arrojar definitivamente de África a las fuerzas del Eje, el presidente Roosevelt, Churchill y sus respectivos consejeros, se encontraban en Casablanca (Marruecos) para decidir cuál sería el primer movimiento de los Aliados una vez quedase totalmente liberado el Norte de África.

La Conferencia de Casablanca pertenece en realidad a la historia de la diplomacia de la guerra; sin embargo, señalaremos aquí que la decisión estratégica más importante que se acordó en ella fue que el primer objetivo, después de la ocupación de África, debía ser la isla de Sicilia; la fecha fijada para la nueva operación fue la del 10 de julio. Los trabajos de elaboración de los planes pertinentes se iniciaron casi en seguida; pero la mayoría de los estrategas a quienes se confiaron estaba diseminada por toda la costa africana y todos ellos ocupadísimos en las operaciones que sus tropas estaban llevando a cabo en aquellos momentos. Los planes para una operación posterior parecían estar relegados, pues, a un segundo término.

El almirante Ramsey, famoso por haber organizado la evacuación de Dunkerque, se encontraba en El Cairo, trabajando en el plan naval inglés; el vicealmirante H. K. Hewitt, su homólogo americano, se hallaba en Argel. El general Patton, comandante de las fuerzas estadounidenses, se encontraba en Orán, mientras su colega inglés, el general Montgomery, estaba llevando a feliz término la campaña de su Ejército 8 en Libia. Los militares de grado aún más elevado —el general sir Harold Alexander, comandante en jefe de las fuerzas terrestres, y el general Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas, terrestres, navales y aéreas— estaban, a su vez, ocupados en sus respectivas misiones y disponían de muy poco tiempo que dedicar a la próxima maniobra.

Este estado de cosas produjo cierta heterogeneidad en los trabajos de elaboración de los planes: había teorías y contrateorías, planes y contraplanes. En resumidas cuentas, el trabajo no estuvo terminado hasta el 12 de mayo, un día antes de la rendición definitiva de las fuerzas del Eje en África.

Entre tanto, alemanes e italianos habían elaborado, a su vez, los pocos planes que les permitía su crítica situación: en realidad, tenían muy poco donde elegir. En una entrevista que se celebró el 7 de abril, en un castillo próximo a Salzburgo, Hitler y Mussolini decidieron que el Norte de África debía ser defendido hasta el último instante. Aunque sólo faltaba un mes escaso para el hundimiento total, ambos jefes creían todavía poder mantener su dominio en Bizerta y en Túnez durante todo el verano. Según sus cálculos, esto impediría que se iniciara una invasión en Europa antes de que, en otoño, empeorasen las condiciones atmosféricas.

Se enviarían a África refuerzos alemanes e italianos, lo que permitiría contrarrestar el avance del Ejército 8 a lo largo de la línea que, desde Enfidaville, en la costa, corría hacia el interior. Al mismo tiempo, la Marina de Guerra italiana y las fuerzas aéreas del Eje harían todo lo posible para interceptar las comunicaciones marítimas anglo-americanas.

Estos proyectos parecían muy alentadores y Mussolini, sin duda, debió salir de aquella reunión bastante tranquilizado, en un momento en que su situación, dentro de su patria, era ya francamente insegura. Pero el envío de refuerzos se hizo cada vez más difícil, y, por último, imposible. En marzo, ambos dictadores habían llegado a la conclusión de que para defender Túnez era preciso enviar cada mes nada menos que 150.000 ó 200.000 toneladas de abastecimientos, y, en aquellos momentos, todo lo que se conseguía hacer llegar a su destino eran 80.000 toneladas mensuales (70.000 por vía marítima y 10.000 por el puente aéreo).

Con objeto de mejorar en lo posible esta situación, Mussolini pidió a Hitler, durante la citada conferencia de Salzburgo, un mayor número de aviones alemanes; pero Hitler, que en aquellos momentos se enfrentaba con los fatales resultados de la batalla de Stalingrado y no disponía, por lo tanto, de aviones que enviar a África, solicitó a su vez de Mussolini que acelerara el envío de los abastecimientos a África por mar, utilizando un mayor número de transportes y unidades de escolta italianas. Pero lo cierto es que, en conjunto, el Eje consiguió muy poca cosa, y el material que se lograba hacer llegar a su destino siguió disminuyendo. La causa principal de este empeoramiento de la situación en África era la concentración de la potencia aérea aliada sobre el sector de mar comprendido entre Sicilia, Cerdeña y Túnez: los ingleses se especializaron en trabajos de reconocimiento y en actividades antisubmarinas, en tanto que los pesados bombarderos americanos atacaban los puertos y los convoyes.

El día 7 de mayo, cayeron Túnez y Bizerta y las fuerzas del Eje se retiraron a la península de cabo Bon; aquel mismo día, los tres últimos barcos alemanes que transportaban abastecimientos, acompañados por embarcaciones de todo tipo (incluidas lanchas a motor descubiertas y algunos submarinos) zarparon de distintos puertos italianos para llevar los imprescindibles abastecimientos a los restos del Ejército del Eje. El convoy alcanzó las aguas tunecinas al día siguiente; mas, como los dos puertos más importantes ya habían caído en poder de los Aliados, no consiguió encontrar ningún punto adecuado donde desembarcar su valiosa carga. Los barcos intentaron entonces lanzar al mar los barriles de combustible que transportaban, en la esperanza de que la corriente los arrojara a la playa; pero los constantes ataques aéreos a que estaban sometidos, les impidieron detenerse el tiempo necesario para llevar a cabo la maniobra.

Los tres buques fueron hundidos al día siguiente, 9 de mayo: dos de ellos por los destructores *Laforey*, *Tartar* y *Loyal* y el otro, por aviones ingleses y americanos. A primeras horas de aquella misma mañana, el Grupo de Ejércitos del Eje en África informó que ninguna de sus unidades podía moverse por falta de combustible. La campaña de África estaba casi terminada, pero todavía existía la posibilidad de que, aun no pudiendo disponer ya del dominio aéreo, alemanes e italianos intentasen una especie de evacuación parecida a la de Dunkerque.

Para impedir cualquier tentativa de este tipo, el almirante Cunningham lanzó la famosa operación *Retribution* (recompensa), anunciada por medio de uno de los más emocionantes partes de toda la guerra: «Hundir, quemar, destruir. No dejar escapar nada.»

Diez o doce destructores se alinearon a lo largo de la costa que aún permanecía en poder del Eje, y lanchas torpederas y cañoneras patrullaban cerca de la costa; pero no se produjo ningún intento de fuga por mar por parte de las fuerzas del Eje atrapadas en la península. Sólo 800 hombres escaparon al cautiverio; todos los demás cayeron prisioneros.



Patrulla de lanchas *Mas* en misión en el Mediterráneo. El último convoy del Eje que se dirigía al Norte de África partió de los puertos del sur de Italia el 7 de mayo de 1943; pero su viaje fue inútil, ya que, al llegar a Túnez, la ciudad había caído ya en manos de los Aliados. *(Archivo Rizzoli)*

Los Aliados supieron aprovechar pronto y bien la victoria. Por primera vez, después de dos años, uno de sus convoyes cruzó el Mediterráneo sin ser hostigado. Se pensó entonces que en adelante los convoyes que se dirigiesen al Medio y Extremo Oriente podrían utilizar las rutas mediterráneas sin tener que rodear el cabo de Buena Esperanza. Ello significaba un ahorro de un millón de toneladas de buques mercantes, lo que equivalía, aproximadamente, a unos 225 barcos, sin contar las preciosas semanas de tiempo que con ello se ganaba.

El segundo y decisivo resultado de esta victoria era que, al fin, la invasión de Europa se convertía ahora en una realidad posible. En la Conferencia de Casablanca se había decidido que Sicilia sería el primer y próximo objetivo de las fuerzas aliadas; pero era indispensable mantener al enemigo en la ignorancia de esta decisión orientándole hacia una pista falsa a fin de inducirle a dispersar sus fuerzas, cosa que, en efecto, se hizo y al parecer con éxito.

LOS GENERALES DEL DESIERTO



sir ARCHIBALD WAVELL, general

Oficial de infantería que demostró una gran experiencia de mando en el Estado Mayor durante la primera Guerra Mundial y también en el período entre las dos guerras. Participó en casi todos los experimentos más importantes que se realizaron en el terreno de la mecanización del Ejército, mostrándose también hábil escritor y ameno conferenciante en temas militares. Estas dotes, sin embargo, contrastaban en gran manera con su tendencia a ser cauto y rígido en extremo, encerrándose en un silencio impenetrable cuando se hallaba acompañado. Nombrado comandante en jefe de Oriente Medio en 1939, tuvo que cumplir la ardua misión de constituir una barrera que bloquease la expansión del Eje a través de un amplio territorio que comprendía muchos países, disponiendo tan sólo para ello de unas débiles fuerzas que nunca estuvieron a la altura de tal empeño. Pese a muchas circunstancias adversas, la gloria que ganó con la conquista del imperio del África Oriental italiana, aniquilando al ejército de Graziani en Cirenaica y sofocando las rebeliones que estallaron en los países petrolíferos del Próximo Oriente no se vio menguada por el hecho de haber sido rechazado de Grecia, así como por la pérdida de Creta y por la reconquista de Cirenaica por parte de Rommel. En junio de 1941, cuando Churchill lo relevó del mando y lo destinó a la India, Wavell había conquistado ya una fama que hasta ahora ha resistido todo examen crítico de la posguerra.



ALBERT KESSELRING, "Feldmariscal"

Primero soldado y después aviador, Kesselring desempeñó un papel de primera línea en la actividad de la *Luftwaffe*, hasta ser nombrado, en 1941, comandante en jefe del sector meridional. Desde entonces, hasta el momento en que las fuerzas del Eje fueron definitivamente rechazadas del Norte de África, ejerció el nada fácil papel de "moderador" entre tres fuerzas en constante oposición: los italianos, recelosos y escépticos; Hitler, muy poco interesado en los problemas del Eje en aquel sector, y el propio Rommel, desesperadamente ansioso de ver comprendidas y satisfechas sus exigencias. Con gran habilidad, Kesselring se esforzó por mantener la política del Eje dentro de los límites que sus recursos le imponían, sin cansarse de solicitar el envío a África de refuerzos y de abastecimientos desde Europa, así como la potenciación de las rutas marítimas entre Italia y África y la conquista (o, por lo menos, la neutralización) de Malta: a veces frenando los impulsos más violentos de Rommel, otras impulsándolo a actuar y estableciendo una relación difícil y contradictoria que, sin embargo, no llegó nunca a disminuir el respeto recíproco existente entre ambos hombres. Después de la batalla de Ain-el-Gazala, Kesselring, muy a pesar suyo, ya no consiguió ejercer ninguna acción moderadora sobre Rommel. Mejor que nadie, se dio cuenta de los factores que limitaban las posibilidades del Eje en el Mediterráneo. Más tarde, en Italia, se reveló como un excepcional jefe de las fuerzas terrestres.



LUDWIG CRUEWELL, teniente general

En 1940, estando al mando de una división motorizada en Francia, y observando de cerca el dinamismo de Rommel, Cruewell debió darse cuenta perfectamente de la clase de operaciones que precisaba llevar a cabo para satisfacer al "Zorro del desierto" en África. En realidad, según algunos testigos, la habilidad demostrada por Cruewell al frente del *Afrikakorps* hubiese podido llevar al aniquilamiento de las fuerzas acorazadas británicas durante la Operación "Crusader", si Rommel no se hubiese lanzado a una aventurada incursión más allá de la propia frontera, cuando los ágiles movimientos de Cruewell habían dispuesto ya una trampa perfecta. Desde aquel momento, Cruewell siguió la estrella de Rommel, retirándose a El-Agheila, no dejando perder nunca una ocasión para contraatacar, resurgiendo después en Ain-el-Gazala y cayendo al fin prisionero en el momento de la crisis que siguió al fracaso de su última acción ofensiva, durante la batalla de Ain-el-Gazala, en mayo de 1942. Este fue el precio que pagó por su costumbre de dirigir las operaciones sobre la línea de combate. Las dirigió, por última vez, desde un avión ligero.



sir RICHARD O'CONNOR, teniente general

Oficial de infantería con una mentalidad abierta a todas las innovaciones, con especial talento para las maniobras audaces y una insólita capacidad para darse cuenta rápidamente de todos los problemas relacionados con la guerra mecanizada. O'Connor asumió el mando de la *Western Desert Force* en junio de 1940, exactamente a tiempo de preparar las primeras incursiones experimentales contra los italianos en Cirenaica. Y sólo seis meses después logró su primera victoria coronada por el triunfo de Beda Fomm. Hallándose en Egipto, convaleciente de una enfermedad, fue llamado al frente para reorganizar la confusa situación creada tras el primer golpe inferido por Rommel; mas, al llegar al desierto, la batalla estaba ya perdida sin que hubiese posibilidad ninguna de cambiar el curso de los acontecimientos. En el transcurso de las operaciones fue hecho prisionero; por cierto de una manera vulgar, nada adecuada a un jefe de su categoría, y desde entonces permaneció en un campo de prisioneros italiano hasta ser liberado en 1943. La forma en que, tiempo después, consiguió neutralizar la contraofensiva de Rommel en Normandía, demostró que la prisión no había menguado, en lo más mínimo, su innata capacidad para comprender los problemas de la guerra mecanizada.



ERWIN ROMMEL, "Feldmariscal"

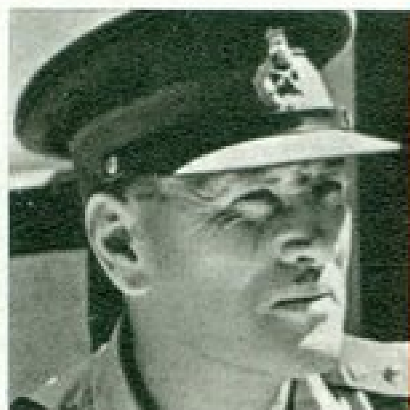
En premio por el meteórico éxito alcanzado con la 7ª *Panzerdivision* en el transcurso de la campaña de Francia, en febrero de 1941 Rommel fue nombrado comandante en jefe del *Deutsches Afrikakorps*. Esta decisión, dio un nuevo carácter a un teatro de operaciones que hasta entonces había estado dominado por las fuerzas acorazadas británicas. Antes de ser reclamado a Alemania, en vísperas de la derrota del Eje en el Norte de África, Rommel había logrado derrotar y rechazar a los ingleses por tres veces, y otras dos veces consiguió recuperarse de otros tantos reveses. Sabiendo aprovechar hasta el máximo la rapidez y la sorpresa en la maniobra, superó a unos adversarios mucho menos ágiles, conquistando una fama legendaria que sobrevivió ampliamente a su derrota final, ante unas fuerzas muy superiores, en El-Alamein y en Mareth, así como tiempo después en Normandía. Se suicidó por orden de Hitler después del fallido complot de los generales en 1944. El mayor mérito de Rommel ante la posteridad lo constituye el hecho de que su impetuosa y arrolladora energía estuvo siempre atemperada por una fundamental bondad de corazón, gracias a la cual su duro modo de conducir las operaciones no fue nunca manchado por el odio.



NEIL RITCHIE, teniente general

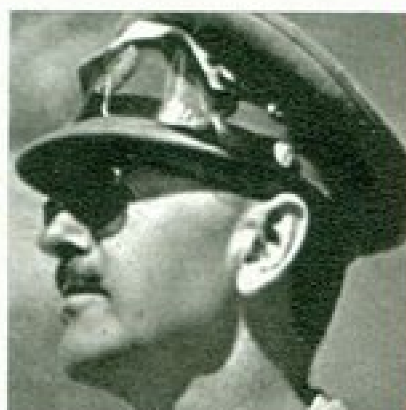
Antes de que Auchinleck le obligase, quieras o no, a asumir el mando del Ejército 8, en un momento de crisis durante la complicadísima Operación "Crusader", Ritchie ya había actuado en estrechísima colaboración con el Alto Mando, primero como oficial de Estado Mayor –altamente eficiente y enérgico– en una unidad del Cuerpo Expedicionario británico; después, como segundo jefe de Estado Mayor de Auchinleck, en Egipto. Por consiguiente, desde el principio al fin de su actividad como jefe del Ejército 8 remitió toda cuestión a Auchinleck, consultándole siempre antes de actuar, aun cuando ello fuese en detrimento de la oportunidad de las decisiones. El notable éxito de la Operación "Crusader", después la desordenada réplica al contraataque de Rommel y, finalmente, la derrota de Ain-el-Gazala, que hundió al Ejército 8 en un profundo estado de incertidumbre y desesperación, fueron atribuidos tanto a Auchinleck como a Ritchie. Por ello, cuando el 25 de junio de 1942, Ritchie fue destituido, esta aparente caída suya no tuvo, en realidad, nada de deshonrosa, como luego quedó demostrado con su ulterior nombramiento de comandante de un Cuerpo de Ejército en la Europa noroccidental.

Se han formulado diversas opiniones en torno a los generales que dirigieron la guerra en el desierto y que desempeñaron en ella un papel preponderante en la decisión de la campaña. Algunos, como Rommel, con el prestigio de una leyenda personal, reavivada y exaltada incluso por sus propios enemigos, han pasado a la historia como personajes míticos; otros, no menos brillantes y capaces, alcanzaron menor notoriedad. En las presentes páginas, el comandante Kenneth J. Macksey trata de destacar con la mayor objetividad posible la personalidad y las capacidades y flaquezas de doce de aquellos hombres que pueden definirse como "grandes".



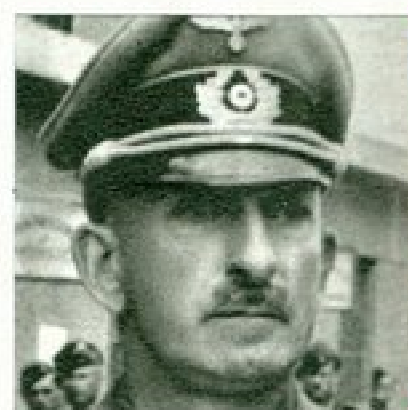
sir CLAUDE AUCHINLECK, general

Tras un revés sufrido en Noruega y procedente del cargo de comandante en jefe del Ejército indio –a cuyo servicio dedicara la mayor parte de su carrera militar– Auchinleck se halló de pronto con el ingrato encargo de suceder a Wavell como comandante en jefe del sector de Oriente Medio.
Desde el principio al fin, y durante casi catorce meses, luchó, por una parte, contra Rommel y, por otra, contra el radical conservadurismo del Ejército inglés, "conteniendo" al mismo tiempo infinitas exhortaciones churchillianas para que actuase a toda prisa. Poco afortunado en la elección de sus comandantes, presenció el fracaso de Cunningham en el transcurso de la Operación "Crusader", antes de intervenir personalmente, al lado de Ritchie, para restablecer la situación. Fue testigo del aniquilamiento de las fuerzas de Ritchie en Ain-el-Gazala y, finalmente, empuñó personalmente las riendas del mando para conducir un ya decepcionado Ejército 8 hasta El-Alamein, antes de desencadenar la ofensiva que obligaría a Rommel a situarse a la defensiva. Después, como ya le ocurriera a Wavell, también Auchinleck perdió la confianza del Primer Ministro, regresando a Oriente, de donde procedía.



sir HAROLD ALEXANDER, general

Quienes conocieron a Alexander en los años que transcurrieron entre las dos guerras, le consideraban destinado a los más altos cargos. No debe sorprender, por lo tanto, que, en calidad de jefe del Cuerpo de Ejército en Dunkerque conquistase una merecida fama por haber sido el último en abandonar aquellas playas. En Birmania, en 1942, logró impedir la disgregación de un Ejército derrotado.
Poco después, en agosto de 1942, sucedió a Auchinleck en el cargo de comandante en jefe del sector de Oriente Medio. Tras apoyar con paciencia y energía a Montgomery en sus delicadas relaciones con Churchill, cuando este último reclamaba con mayor insistencia cada vez una acción inmediata, permitió a Montgomery que dirigiera todos sus esfuerzos contra Rommel. Después, como representante de Eisenhower en Túnez, Alexander mantuvo sólidamente unidos a los Ejércitos de tres países, con un plan estratégico que redujo a cero la potencia del Eje en el espacio de pocas semanas; era el prólogo de la invasión de la Europa meridional, empresa que, en los últimos años de la guerra, absorbió todas sus energías.



JÜRGEN VON ARNIM, "Obertsgeneral"

Descendiente de una familia prusiana de gran tradición militar, von Arnim ascendió progresivamente en la escala jerárquica, desde miembro del Estado Mayor General alemán a jefe de un Cuerpo de Ejército en Rusia. Apenas un mes después del desembarco anglo-americano en África se encontró, súbitamente, al mando de la 5ª *Panzerarmee;* en su nuevo cargo trató de reforzar con la mayor rapidez la parte septentrional de la cabeza de puente del Eje, para colaborar después con Rommel en la primera de una serie de sangrientas contraofensivas. Él fue quien ocupó el segundo puesto, después de Rommel, en la jerarquía de mando del Grupo de Ejércitos *Afrika,* cuando las fuerzas del Eje combatieron en vano en Mareth para contener el avance británico; luego, cuando cerraron la brecha de Enfidaville y, finalmente, cuando se enfrentaron, con tremenda determinación, a todos los ataques aliados hasta el completo agotamiento de los medios acorazados y de las municiones de artillería, así como del espacio material en el que continuar el combate.
Y cuando llegó el fin, von Arnim trató de salvar lo salvable, negándose a declarar la rendición de todas las fuerzas del Eje que operaban en Túnez por cuanto las comunicaciones en sus unidades aisladas estaban totalmente interrumpidas.



W. H. E. GOTT, teniente general

Al estallar la guerra, Gott mandaba un batallón de infantería motorizada de la División Acorazada 7, de la cual fue por algún tiempo primer oficial de Estado Mayor. Combatió después en el desierto, tomando parte en las principales batallas, hasta el mes de agosto de 1942. Estuvo al mando, sucesivamente –en la victoria y en la derrota– del 7.º Grupo de apoyo, de la División Acorazada 7 y, por último, del Cuerpo de Ejército XIII británico, hasta los días infaustos de la desgraciada batalla en los reductos de la defensa de El-Alamein. Pocos oficiales ingleses se vieron sometidos a una actividad tan abrumadora como la que sostuvo este hábil y simpático oficial, a quien las últimas semanas de combate privaron de todo resto de energía y de inventiva... precisamente cuando Churchill iba a nombrarle jefe del Ejército 8.
Clara prueba de la integridad moral de Gott fue que, en aquella circunstancia, se diese cuenta de sus propios límites; por una amarga ironía del destino, su muerte, al ser derribado su avión, señalaría el paso de un estado de incertidumbre, en situación adversa para las fuerzas británicas en África, a la confianza en la victoria.



sir BERNARD MONTGOMERY, general

Habiéndose distinguido en el curso de toda su carrera por su innegable capacidad profesional, Montgomery conquistó la mayor admiración en Dunkerque, como comandante de división, por su habilidad en mantener sólidamente bajo su dominio la más complicada situación. Más tarde, en Gran Bretaña, destacó brillantemente como instructor. Al ser destinado al frente del desierto, logró inmediatamente infundir un espíritu nuevo al Ejército 8, que muy poco antes había estado casi a punto de disgregarse. Los aplastantes éxitos defensivos –no debidamente aprovechados– de Alam-el-Halfa y de Medenín; la gran victoria de El-Alamein, el tranquilo avance hasta Mareth, el primer e inesperado fracaso en esta línea, y la sucesiva maniobra de envolvimiento hacia Gabès, sentaron las bases de una técnica en continua evolución, inspirada por una inteligente filosofía militar que sólo vaciló, por un momento, en los alrededores de Enfidaville. Los triunfos por él obtenidos en el desierto constituyeron la base de la victoria final a un precio mínimo en vidas humanas.



GIOVANNI MESSE, general

En el curso de la guerra, el general Messe se había distinguido, más que ningún otro militar italiano, en el frente griego, así como después en su condición de comandante del Cuerpo Expedicionario italiano en Rusia (CSIR). Volvió al frente ruso en octubre de 1942, cuando el Cuerpo Expedicionario se elevó a la categoría de un Ejército (ARMIR), cosa que él desaprobó al darse cuenta de la dificultad de mantener con eficacia un contingente tan importante en aquel lejano teatro de operaciones. Llegado a Túnez el 2 de febrero de 1943, asumió el mando efectivo del Ejército 1 el día 7 de marzo, esto es, al día siguiente de la batalla de Medenín, que fue el último acto en la acción de mando de Rommel en tierras de África. En el mando del Ejército, al lado del jefe de Estado Mayor italiano, se hallaba un jefe de Estado Mayor alemán, a la sazón el coronel Bayerlein, con funciones de trámite directo con las unidades germanas asignadas al Ejército 1, las cuales se hallaban todavía en relación de plena dependencia operativa con el general Messe. la presencia de Messe en el mando del Ejército 1 tuvo, indudablemente, una saludable repercusión en el espíritu de las tropas italianas.

Kenneth Pendar

TRASFONDO POLITICO EN EL NORTE DE AFRICA

EL PUNTO DE VISTA AMERICANO

Pocos meses antes de producirse la invasión aliada en África, fui trasladado de Marrakech a Argelia, y apenas llegué a este país me di cuenta de que la atmósfera que en él dominaba era muy distinta de la que yo conocía en Marruecos y por lo tanto no estaba acostumbrado.

Argelia era el cuartel general de nuestro movimiento clandestino. Allí estábamos en contacto directo con nuestros agentes, llegados directamente de Francia, y en todo el país se extendía una sutil red de intrigas, se representaba una especie de melodrama internacional, tanto más emocionante cuanto que se desarrollaba totalmente en aquel sofocante y extraño país.

Yo creo que el clima de Argel pudo ser un factor determinante de la atmósfera de oportunisimo y amoralidad que se respiraba allí y que dejaba su impronta sobre todo aquello de lo cual nos ocupábamos.

A la caza de agentes

Para comprender mejor nuestra línea de conducta en aquel país, debemos tener en cuenta esta particular «atmósfera» argelina. A menudo se nos reprochaba no contar con colaboradores más hábiles. Lo cierto es que nosotros hubiéramos deseado contar con un movimiento clandestino mucho mejor organizado, con gentes dotadas e impulsadas por una convicción moral más profunda, con grupos de franceses, progresistas y democráticos, mucho más numerosos. Pero por desgracia, nada de eso existía. En realidad trabajábamos con todos los pequeños grupos izquierdistas que lográbamos descubrir, con algún militar, con la minoría judía y con algunos intelectuales. En una sola cosa coincidían: todos eran sinceramente, antigermanos; ni uno solo nos traicionó, ni a nosotros ni a nuestra causa. Esa era la única arma humana de que disponíamos y posiblemente fuimos muy afortunados cuando la encontramos.

En Argel casi todo el mundo era filoamericano, pero de un modo pasivo. Los franceses con quienes tratábamos esperaban que los Estados Unidos ayudaran a Francia a levantarse de nuevo y arrojar al enemigo de la patria; pero no estaban demasiado dispuestos a acelerar la liberación. Los ingleses no eran bien vistos, porque todavía estaba muy vivo el recuerdo de su ataque contra la Flota francesa en Mers-el-Kebir. En cuanto al general De Gaulle, su oposición al régimen de Vichy, el fallido intento de Dakar y el hecho de haber combatido contra otros franceses en Siria, le habían hecho totalmente impopular.

Una pequeña, pero activa minoría, era abiertamente colaboracionista, aunque, por extraño y paradójico que pueda parecer, no filogermana. Las tres categorías de franceses –confiados, neutrales y colaboracionistas– consideraban a Pétain como una especie de jefe místico, como el símbolo de la Francia eterna.

En Argel existía un movimiento clandestino, compuesto, sobre todo, por miembros del Ejército (entonces en gran parte desmovilizado), quienes, aun después de haber dejado el uniforme, se mantenían unidos en un grupo bastante compacto, ligados por hilos secretos que se dirigían desde Francia. Este movimiento no tenía ningún matiz político o de partido: era, sencillamente, antigermano y filofrancés. Si tenía un héroe, éste era, indiscutiblemente, el general Giraud. Su negativa de «comprarse» la libertad, como habían hecho otros, su fuga de la cárcel de Königstein, seguida de un regreso a Francia en circunstancias casi dramáticas, y, por último, sus brilantes hazañas militares en el Norte de África y en Francia, eran otros tantos elementos que contribuían a que se le reconsiderase como el jefe militar más idóneo en vistas a los próximos desembarcos.

A través de los agentes secretos, Giraud se había puesto en contacto con muchos oficiales del Ejército en Africa, pidiéndoles que se unieran a él y colaborasen con los norteamericanos. Nosotros trabajábamos por estos hombres. Uno de los primeros colaboradores en Marruecos fue el general Béthouard, y en Argel el pequeño y flaco general Mast. Más tarde, este último representó a Giraud en la entrevista secreta celebrada con el general Clark en Cherchel.

Los partidarios de De Gaulle nos reprochaban duramente que no nos sirviéramos del general o de los grupos gaullistas. En realidad nosotros intentábamos hacerlo; pero cuando nuestro departamento de Estado pidió a André Philip, jefe del movimiento clandestino acaudillado por De Gaulle, que nos pusiera en contacto con los grupos gaullistas existentes en el Norte de África, Philip tuvo que reconocer que no existía en el país ninguna «célula gaullista». Sin embargo, todo aquel que era filoaliado estaba considerado, por lo general, como «gaullista». Más tarde, muchos elementos de la Resistencia se unieron a estos gaullistas, pero, en 1942, la mayoría de los norteafricanos estaba, sencillamente, contra la Francia de Vichy, y eran filoaliados y filoamericanos.

Extrañas e interesantes figuras

Los mejores agentes eran los que mantenía contactos simultáneos con los movimientos clandestinos franceses y con los importantísimos jefes militares que se encontraban en Argel y en Marruecos. Y precisamente por aquellos días eran atacados y criticados despiadadamente. Se trataba de personajes extraños e interesantes, de los cuales tendré ocasión de hablar más extensamente, cuando describa la situación política que se creó después de nuestro desembarco. Para la Historia, éstos son los nombres de los personajes en cuestión:

Jacques Lemaigre-Dubreuil era un impulsivo hombre de negocios, un patriota profundamente antigermano. Inteligente y astuto, logró convencer a los alemanes de que era colaboracionista, hasta el punto de que se le permitió trasladar su establecimiento de Dunkerque al Norte de África. Sus buenas relaciones con los alemanes tenían para nosotros una importancia incalculable. Lemaigre-Dubreuil podía viajar con entera libertad entre África y la Francia ocupada o la Francia de Vichy, y aprovechaba sus viajes para mantener contacto con los distintos elementos del Ejército francés.

Jean Rigault, que trabajaba con Lemaigre-Dubreuil (teóricamente era su empleado), era un tipo verdaderamente extraordinario. En realidad, no hacía nada: su única actividad consistía en facilitar la colaboración entre el Ejército francés y los norteamericanos. Pequeño, delicado, casi enflaquecido, parecía un hombre todo cerebro y sin nada de cuerpo; pero lo cierto es que antes, durante y después de los desembarcos, demostró una resistencia excepcional. Sirvió lealmente nuestra causa, arriesgó su vida por nosotros, trabajó más duramente que nadie, y, más tarde, indujo a Giraud hacia una política más democrática y progresista que, sin embargo, llegó demasiado tarde.

Jacques Tarbé de Saint-Hardouin, otro de los hombres clave en Argel, era diplomático de carrera. Como no quiso ponerse a las órdenes de Laval y del régimen de Vichy, quedó cesante, y demostraba, en verdad, una voluntad muy poco diplomática al exponerse tanto y correr toda suerte de riesgos.

Henri d'Astier de la Vigerie, otro de los agentes clave, era jefe de un movimiento juvenil, el *Chantiers de la Jeunesse*. Esta actividad le servía de pantalla para su trabajo clandestino. Delgado, de aspecto afable, fanáticamente monárquico y católico ferviente, ejercía una influencia enorme sobre los jóvenes, tanto católicos como judíos. Su ayudante –y su sombra– el abate Cordier, era un joven jesuita, también ferviente monárquico. Pero los dos (sólo ahora me doy cuenta de ello), eran peligrosos; ambos tenían fama de políticos intrigantes y, después de los desembarcos, se pasaron al bando de los gaullistas en contra de sus amigos americanos.

Puesto que entonces fuimos objeto de violentas críticas por no habernos servido de De Gaulle en África, me parece justo dedicar ahora una mirada retrospectiva a nuestra posición con respecto a los gaullistas por aquellos días. Ante todo, nuestra política oficial era la de ayudar a todo aquel que estuviera dispuesto a oponerse a los nazis. Esta había sido siempre nuestra línea de conducta, incluso antes de declarar la guerra. Ayudábamos a las fuerzas de De Gaulle basándonos en la ley de «Préstamos y arriendos» y además por un acuerdo estipulado en noviembre de 1941. Pero, lo que nosotros necesitábamos en el Norte de África eran personas que tuvieran alguna influencia y, por aquel entonces, la impopularidad del general hacía que no fuera nada conveniente para nuestros fines. Antes del mes de noviembre de 1942, todos los esfuerzos bélicos más importantes de De Gaulle estuvieron siempre dirigidos contra el régimen de Vichy y contra la persona de Pétain. Y ocurría que, equivocados o no, los militares y las autoridades civiles del Norte de África, eran fieles al anciano mariscal, por lo que hubiera sido muy arriesgado, en tales circunstancias, servirnos de De Gaulle y de sus pocos partidarios. Existían también otros motivos: el Gobierno británico nos había advertido que durante el desdichado episodio de Dakar, las medidas de seguridad tomadas en el cuartel general de De Gaulle habían dejado mucho que desear; además todos estábamos al corriente de lo que había sucedido en Siria, donde algunas unidades francesas habían peleado contra otros franceses, y no queríamos en modo alguno que semejante guerra fratricida volviera a repetirse. Por último, en 1942, se habían producido en Washington algunos incidentes que indujeron a nuestro Gobierno a mantener cierta reserva en cuanto a las relaciones con los gaullistas. Asimismo, la actitud de De Gaulle hacia los Estados Unidos, durante el episodio de St. Pierre y Miquelon, su tendencia a atribuir toda la responsabilidad al almirante Meusilier; sus emisiones radiofónicas desde Brazaville, y su resistencia a colaborar con nosotros en Nueva Caledonia (océano Pacífico), eran elementos que suscitaban cierta perplejidad.

La importantísima entrevista de Cherchel se planeó precisamente para demostrar que estábamos dispuestos a intervenir. Sin embargo, provocó algunos equívocos.

Ante todo, los franceses suponían que nuestro desembarco estaba previsto para fines de noviembre. Sólo Murphy conocía la fecha exacta; mas, por razones de seguridad, se le había prohibido rigurosamente revelarla hasta cuatro días antes del inicio de la operación.

En segundo lugar, el general Giraud y algunos otros, creían que también se efectuarían, simultáneamente, desembarcos en las costas del sur de Francia. Como quiera que los alemanes no habían dispuesto ninguna clase de defensa costera en la citada costa, el alto mando secreto francés sostenía la necesidad absoluta de un desembarco en Francia. Se habían constituido, en las zonas más indicadas, centenares de «células», con un ejército clandestino lo bastante fuerte para poder contener al enemigo hasta que nuestros contingentes, una vez desembarcados, pudieran afianzarse en sólidas cabezas de puente; esto hubiera garantizado el paso de la Flota

Protagonistas de los acontecimientos políticos y militares en el Norte de África. De izquierda a derecha: el general Eisenhower; Murphy, enviado norteamericano en Argelia; De Gaulle; el general Mast; el general Noguès y el general Giraud. Los contactos políticos con las fuerzas militares francesas en África del Norte, en la fase preparatoria de la Operación "Torch", resultaron en extremo difíciles a causa de la intrincada situación reinante en el interior del país y a las divergencias que existían entre las distintas facciones de los políticos y los jefes militares franceses.



francesa a nuestro lado. Los franceses nos proporcionarían considerables reservas de armas, así como unos 300 carros de combate que se habían construido clandestinamente. Pero, por desgracia, como habíamos entrado tarde en la guerra, no estábamos todavía preparados para una empresa de esta envergadura.

En tercer lugar, Giraud fue inducido a creer, sin sólidas razones para ello, que apenas llegara a tierras norteafricanas francesas sería nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas aliadas.

Pensando en ello ahora, puede parecer increíble que en aquellos momentos tan críticos existieran equívocos tan profundos; pero no debemos olvidar dos cosas: ante todo, las enormes e inesperadas dificultades con que debíamos enfrentarnos; después, la inevitable desconfianza, consecuencia de la falta de contactos y de relación existentes entre dos grupos fundamentalmente conservadores: al Alto Mando americano y el francés.

Fue precisamente por estas razones por las que Giraud encargó al general Mast que tomase parte en la elaboración de los planes relativos a una subordinada y coordinada acción en el Norte de África: Giraud, como se sabe, esperó en Francia hasta el último instante. Luego, se reunió con Eisenhower en Gibraltar. Antes entregó a sus agentes, Lemaigre-Dubreuil y Rigault, algunas cartas destinadas a los jefes militares más importantes que se encontraban en África; en estas cartas les pedía que no cumplieran los términos de armisticio. Bastantes lo hicieron, pero con resultados más bien mediocres; en lugar de «capturar» a Noguès, el pobre Béthouard acabó por ser «capturado», él mismo, por aquel astuto y experto militar.

Por otra parte, y desgraciadamente, Giraud llegó tarde para asistir a los desembarcos. Se había entretenido con Eisenhower tratando de aclarar los equívocos surgidos en el transcurso de las conversaciones de Cherchel y, cuando al fin llegó, descubrió que sus órdenes no habían sido obedecidas. Para muchos militares franceses, él seguía siendo un oficial disidente.

Por azar, Darlan se encontraba en Argel el 8 de noviembre, atendiendo a su hijo que se moría de poliomielitis. Por lo tanto, cuando a media noche Murphy fue a entrevistarse con Juin, comandante en jefe francés en el Norte de África, para informarle acerca de los desembarcos, parece ser que Juin, pese a su deseo de colaborar con nosotros ordenando a sus hombres que no opusieran resistencia, se sintió obligado a someterse a la decisión de Darlan, que era su superior, y además el segundo, dentro de la jerarquía francesa, después del propio Pétain. Esta atmósfera de confusión entre los franceses duró poco.

En efecto, apenas los alemanes invadieron la Francia libre, Darlan, Juin y Noguès, se sintieron, por fortuna, completamente liberados de toda obligación moral con relación a Pétain y al régimen de Vichy.

Entonces Darlan obtuvo algunos triunfos, pero también sufrió varios tropiezos. Después de no pocos esfuerzos, consiguió que Dakar y toda el África occidental se pusieran de nuestra parte, lo que para nosotros era de una importancia fundamental, pues estábamos muy lejos de tener en nuestras manos el dominio de la situación militar y gran parte de nuestros impulsivos discursos no eran más que un simple y puro *bluff*. Sin embargo, Darlan no consiguió convencer a las autoridades de Túnez para que se opusieran a los alemanes, y, por otra parte, la única respuesta que obtuvo a su telegrama en el que solicitaba que la Flota (que en aquellos momentos se hallaba en Tolón) se pusiera de su parte, fue esta lacónica y poco académica palabra del almirante Laborde: *«Merde»*.

Pronto se dio cuenta Giraud de que los jefes franceses del Norte de África no estaban dispuestos, al menos por el momento, a reconocerle como jefe supremo.

El general Giraud era un hombre de una ingenuidad casi conmovedora. No he conocido jamás a otro hombre animado por un ardor patriótico tan intenso como el suyo, ni que estuviera dotado de una tan transparente honestidad. Pero en el campo político estos rasgos de su carácter fueron su ruina. Para Giraud todo francés –sobre todo si vestía el uniforme militar– era indiscutiblemente un hombre de honor. Tenía una gran tendencia a medir a los demás por su propio rasero, y, como otros muchos hombres honrados, odiaba la política y estaba firmemente convencido de que los franceses acabarían por dejar a un lado todas sus divergencias para marchar unidos hacia la victoria. No llegó nunca a darse cuenta de que los otros estaban ya trabajando para forjar, o tratar de hacerlo, las bases de la Francia de la posguerra. A sus ojos, De Gaulle era un general, un francés y antigermano; lo mismo que Darlan era un almirante, un francés y antigermano también.

Como ya es sabido, nuestro esfuerzo militar, en sus comienzos, consiguió buenos resultados. Los franceses formaron inmediatamente un ejército de 110.000 hombres (con Giraud esta cifra aumentó luego en varios millares) que vigilaban y protegían nuestras rutas de abastecimientos, y así, durante toda la campaña de África no tuvimos que lamentar ni un solo acto de sabotaje. Casi 70.000 de estos hombres combatieron en primera línea con un valor tan extraordinario –pese a la insuficiencia de su armamento y de su equipo– que entre ellos se registraron 11.000 muertos y 5000 heridos. (Este era el Ejército que había creado Weygand). Pese a la constante vigilancia, a las inspecciones y a la obra demoledora llevada a cabo durante dos años y medio por la Comisión de Armisticio del Eje, este Ejército no sólo consiguió ocultar armas y provisiones, eludiendo la mirada atenta y vigilante del enemigo, sino incluso mantener en secreto el número exacto de sus soldados. Según las bases del armisticio, Francia sólo podía tener, en todo el Norte de África, un Ejército de 100.000 hombres. En cambio, apenas este Ejército empezó a combatir contra los alemanes, de todas partes surgieron miles y miles de hombres más.

En aquellos momentos, por lo tanto, los franceses de África estaba portándose como excelentes aliados, ya fuera en el campo político como en el militar; todo ello a pesar de que Darlan habían ayudado, en el pasado, a las fuerzas del Eje, suministrándoles abastecimientos.

A todo eso, la presencia de Darlan en Argel, como suprema autoridad política francesa, y de Giraud, como comandante en jefe del Ejército francés, obstaculizaba, naturalmente, los planes de un hombre sediento de poder como era De Gaulle.

El asesinato de Darlan

Por lo tanto, De Gaulle inició una campaña, primero secreta y luego abiertamente, para eliminar a estos dos rivales. Todo comenzó con la llegada a Argel de uno de los hombres de confianza de De Gaulle, el general D'Astier de la Vigerie, hermano de aquel Henri d'Astier que nos había ayudado a llevar a término los desembarcos. La escena fue preparada de un modo perfecto: Henri y su discípulo Cordier, animados por el general d'Astier, ejercieron su influencia sobre un exaltado joven francés, un tal Bonnier de la Chapelle, induciéndole a echar a suertes, con otros jovenzuelos como él, el privilegio de asesinar a Darlan, reponiendo luego en el trono de Francia al Conde de París y purificando así la nación de la «vergüenza de Vichy» y del colaboracionismo. El asesinato se perpetró la víspera de Navidad de 1942. La muerte de Darlan favoreció muy oportunamente dos objetivos. Desacreditó a los americanos, que habían apoyado a Darlan, universalmente reconocido como anglófobo y colaboracionista. Y, por otra parte, proporcionó también una excelente «pantalla» monárquica al oficial gaullista que había organizado el golpe para eliminar el obstáculo que impedía un completo acceso al poder del general De Gaulle en Argel. Cerrada la parte secreta de la campaña, inmediatamente se puso en marcha la parte activa. Ahora el objetivo era eliminar a Giraud.

La primera aparición que se pudo considerar como oficial de De Gaulle tuvo lugar en ocasión de la primera conferencia aliada, en Anfa, un suburbio de Casablanca, en Marruecos. Churchill pidió a De Gaulle que se dirigiera allí para encontrarse con Giraud. De Gaulle en principio rechazó la invitación, hasta que Churchill le informó que si no se presentaba los ingleses le abandonarían por completo.

Pero estos retrasos deliberados tuvieron la virtud de centrar toda la atención sobre la persona de De Gaulle, y constituyen un ejemplo de su consumada habilidad para ponerse en evidencia, así como de su increíble egocentrismo, que iba incluso más allá de toda consideración a sus aliados, a su propio país y de cualquier otra cosa.

Giraud arregló las cosas de modo que el primer acto de De Gaulle, en Anfa, fuese un almuerzo con él, a fin de aligerar los coloquios preliminares. Giraud comunicó orgullosamente a su interlocutor que los americanos le habían prometido las armas y el equipo necesario para organizar diez divisiones. A lo que De Gaulle repuso: «¿Y para qué servirán estas diez divisiones que quiere usted organizar?» Parecía un clásico razonamiento a lo Pétain: «¿Por qué los franceses tienen que sacrificar sus vidas para liberar a Francia cuando esto pueden hacerlo los Aliados, dejando inalterada la potencia de Francia?»

Desde Anfa De Gaulle regresó a Londres, decidido a conducir personalmente su campaña propagandística contra Giraud e imponiéndose como objetivo regresar a África con poderes absolutos y poner inmediatamente en práctica sus ideas sobre lo que él consideraba el bien de Francia. En toda esta nueva actividad fue hábilmente secundado por los ingleses. En realidad, los ingleses le habían ayudado siempre, ya desde los primeros y tristes días de 1940, y ahora no iban a abandonarle ni a él ni a sus ideas. No obstante, por un momento, Churchill vaciló y pareció dispuesto a aceptar el punto de vista de Roosevelt, quien, dándose cuenta de lo poco que podían fiarse de De Gaulle, consideraba que el futuro de Francia no debía decidirlo él, sino los propios franceses una vez se hubiera liberado todo el país. No cabe duda de que también los ingleses albergaban sentimientos contradictorios con respecto a De Gaulle. Tiempo después, en Marrakech, le pregunté a Churchill qué pensaba de De Gaulle; el Primer Ministro pareció contrariado y me respondió con una típica frase churchilliana: «¡Oh! No me hablen de él. Nosotros le llamamos el "Juana de Arco", y estamos buscando algún obispo que se encargue de quemarle».

Churchill, sin embargo, cedió, al fin, a las presiones de su ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, y a las de la mayoría de su Gabinete. Todos ellos parecían realmente convencidos de que, actuando de este modo, facilitaban las futuras relaciones entre los dos países.

KENNETH PENDAR



Nació en South Dakota (EE UU) el año 1906. Estudió en el St. Paul's School y en la universidad de Harvard. En 1941 entró en el cuerpo auxiliar del Foreing Service de los Estados Unidos, siendo enviado al Norte de África, a las órdenes de Robert Murphy, como vicecónsul y oficial de enlace. Durante este período residió en Marruecos y en Argelia. En 1945 publicó en Nueva York un libro sobre sus experiencias norteafricanas: *Adventure in Diplomacy*, traducida al francés como *La Dilemme France-États-Unis* (1948) y *Alger* (1967).

LA GUERRA EN EL DESIERTO:

sir Basil Liddell Hart, capitan

Africa del Norte, septiembre 1940-mayo 1943

En mayo de 1943, con la terminación en cabo Bon de la campaña africana, finalizaba un capítulo único en la historia de la guerra entre fuerzas acorazadas. En las extensas zonas del desierto occidental se habían revelado, en efecto, particularmente idóneas para la aplicación de las técnicas de la guerra mecanizada. Uno de los más autorizados críticos militares en este campo, resume en este capítulo el desarrollo de aquella campaña.

1



2



3



4



5



6



7



VISION RETROSPECTIVA









(1) Septiembre 1940: primeras acciones de la guerra en el desierto. Artillería antiaérea italiana en plena acción contra la RAF, que intenta impedir el avance hacia Egipto. (2) Diciembre 1940: soldados italianos dirigiéndose hacia los campos de concentración en Egipto. A los tres meses de haberse iniciado, la ofensiva italiana fue detenida. (3) Marzo 1941: las unidades avanzadas del *Afrikakorps* de Rommel llegan en ayuda de los italianos. (4) Junio 1941: fracasa la Operación "Battleaxe", desencadenada por los ingleses. En la foto: un carro de combate *Matilda* utilizado por los alemanes contra las fuerzas británicas. (5) Noviembre 1941: carros de combate alemanes inmovilizados durante la Operación "Crusader", desencadenada por Auchinleck. (6) Enero-febrero 1942: las victoriosas fuerzas alemanas avanzan por el desierto occidental. (7) Mayo junio 1942: después de la victoria de Ain el-Gazala, el Eje ataca y conquista Tobruk. (8) Julio 1942: los alemanes avanzan hasta El-Alamein. (9) Agosto-septiembre 1942: los nuevos procedimientos tácticos empleados por los Aliados causan graves pérdidas a las fuerzas del Eje. (10) Octubre-noviembre 1942: la ofensiva británica rechaza a las fuerzas del Eje de El-Alamein y de El-Agheila. (11) Noviembre 1942: Operación "Torch". Las fuerzas anglo-americanas desembarcan en el Norte de África. (12) Febrero 1943: con un violento contraataque, las fuerzas del Eje bloquean el paso de Kasserine a los Aliados. (13) Marzo 1943: piezas de artillería de las fuerzas del Eje destruidas después de la penetración de los Aliados en la línea de Mareth. (14) Abril-mayo 1943: última resistencia del Eje en Túnez. Las fuerzas aliadas penetran en el valle del río Medjerda, rompiendo el frente enemigo y lanzándose luego en dirección a Túnez.







Esta campaña tuvo su origen en el deseo de Mussolini de asegurarse el domino de Egipto y del canal de Suez. Muy pronto los acontecimientos demostraron, y en forma creciente, lo peligroso que puede llegar a ser el excesivo desarrollo en profundidad de las operaciones y la importancia vital del empleo de fuerzas móviles en regiones desérticas. El primer avance de las fuerzas italianas, al mando del mariscal Graziani, desde Libia hacia Egipto, se inició en septiembre de 1940.

En aquella época, 200.000 soldados italianos, en su mayoría tropas napolitanas, se enfrentaban con 36.000 soldados ingleses. Por lo tanto, basándose en un simple cálculo matemático, el éxito de la invasión de Egipto por parte de las fuerzas de Graziani estaba asegurado: tan aplastante era la superioridad numérica de sus fuerzas. Pero los italianos disponían de pocas unidades móviles y los obstáculos que la exigua motorización imponía a sus maniobras, en lo que respecta al factor sorpresa, se vieron agravadas por la ineficiencia logística. Tras un avance de casi 110 km a través del desierto occidental, los italianos se detuvieron en Sidi-el-Barrani, y allí quedaron inmovilizados durante dos meses.

El comandante en jefe inglés en Oriente Medio, a la sazón el general Wavell, decidió entonces comprobar el resultado que podría conseguir con una acción de hostigamiento llevada a cabo por la *Western Desert Force* –el embrión del Ejército 8– conducida por el general O'Connor. Esta acción fue concebida más bien como una simple incursión que como una verdadera y propia ofensiva. Sólo había dos divisiones disponibles: la Acorazada 7 y la División 4 india; terminada esta acción, la División 4 debería regresar al Nilo.

Pero la «incursión» se transformó en una victoria decisiva a consecuencia de la confusión que se produjo entre las fuerzas enemigas ante el avance por sorpresa de O'Connor. Este golpe imprevisto se desencadenó el 9 de diciembre de 1940. Gran parte del ejército de Graziani quedó aislado: 35.000 hombres cayeron prisioneros; los otros consiguieron replegarse a posiciones iniciales tras una desordenada retirada.

Toda la campaña hubiera podido terminar aquí si Wavell no hubiese insistido en que, de acuerdo con el plan original, la División 4 india debía ser retirada del frente. Privada del apoyo de esta división, la Acorazada 7 no consiguió, como es lógico, penetrar en las defensas de Bardia, y hubieron de pasar algunas semanas antes de que otra división de infantería (la 6 australiana) pudiera ser trasladatla al frente. Bardia se tomó, al fin, el 3 de enero, cayendo en poder de los ingleses 40.000 prisioneros. Tobruk cayó el 22; allí los ingleses hicieron otros 25.000 prisioneros.

Entonces, los restos de las fuerzas de Graziani se retiraron más allá de Bengasi, hacia Trípoli; pero fueron interceptadas por una persecución indirecta que resultó ser uno de los golpes más audaces de toda la guerra. Después de un rápido avance por el interior del desierto, el 5 de febrero de 1941, la División Acorazada 7 alcanzó el mar al sur de Bengasi. En sólo 36 horas, sus elementos más avanzados cubrieron casi 270 km a través de un terreno difícil y completamente desconocido. Mientras tanto, un contingente conducido por el coronel Combe cortaba la ruta de retirada enemiga en Beda Fomm, y otro –la Brigada Acorazada 14– mantenía a las fuerzas italianas bajo un fuego cerrado, obligándolas, al fin, a rendirse.

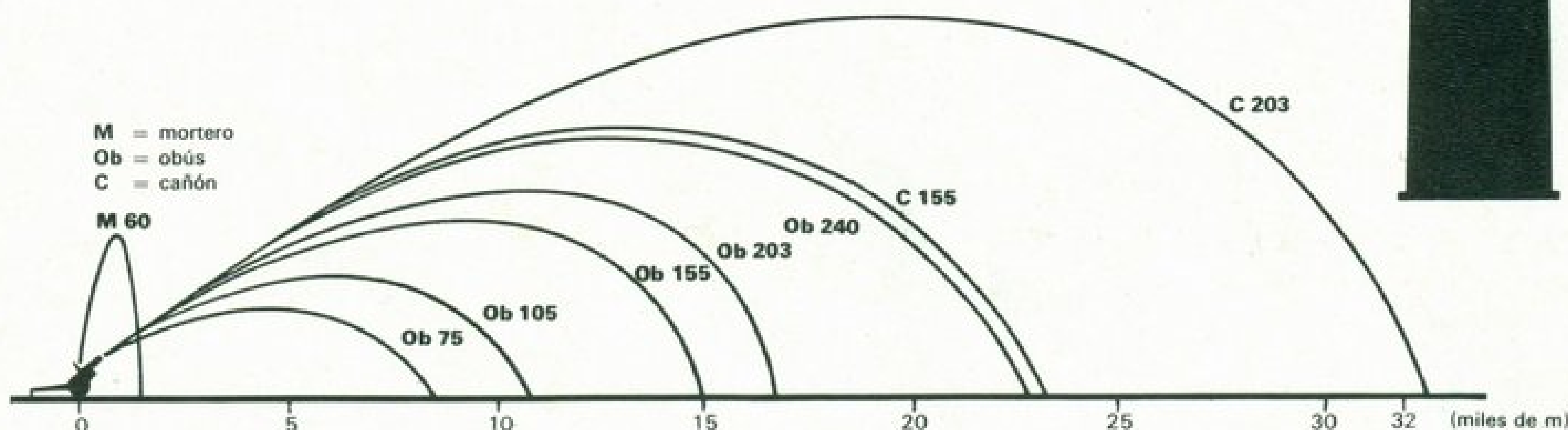
Las pocas tropas italianas que aún quedaban, mal armadas y equipadas para hacer frente al choque tremendo de un ataque de fuerzas acorazadas, estaban desmoralizadas por la suerte que corrió el grueso del ejército. O'Connor estaba impaciente por sacar alguna ventaja de su victoria, convencido de que podría efectuar un nuevo avance sin perder demasiado tiempo en las operaciones de abastecimiento. Pero el Gobierno inglés impuso una demora, a fin de poder reunir los medios necesarios para el envío de un Cuerpo Expedicionario a Grecia. Wavell recibió la orden de conservar, únicamente, las fuerzas necesarias para la defensa de Cirenaica. También O'Connor regresó a Egipto, y la situación pasó a manos de un comandante menos experto. Y fue en aquel preciso momento cuando empezaron a llegar a Trípoli las unidades avanzadas del *Deutsches Afrikakorps* de Rommel. Si bien ya era demasiado tarde para salvar a los italianos del desastre, la ayuda alemana llegó con tiempo suficiente para prolongar la campaña de África durante otros dos años, durante los cuales las posiciones inglesas en Egipto llegaron a verse seriamente comprometidas.

A fines de marzo de 1941, Rommel, con fuerzas cuyos efectivos no ascendían entonces a más de una división, lanzó una contraofensiva. Con rápi-

CAÑONES Y OBUSES: SUS MUNICIONES

La principal diferencia que existe entre cañones y obuses es que los cañones casi siempre disparan sobre el objetivo con tiro de puntería directa (tiro contracarro y antiaéreo), mientras los obuses disparan con tiro de puntería indirecta y fuertes ángulos de caída, lanzando sus granadas sobre los objetivos ocultos tras las colinas o sobre las estructuras horizontales de las posiciones fortificadas. El tiro curvo de los obuses es muy apto asimismo para desmantelar posiciones de artillería pesada y obras de defensa. Por lo general, los obuses disparan a menor distancia que los cañones de igual calibre, pues para poder realizar una trayectoria más curva, que permita la superación de los obstáculos, el proyectil debe llevar una velocidad inicial menor, lo que se obtiene con un menor peso de la carga de proyección y una longitud de tubo más corta que la de los cañones de igual calibre. Esta distinción se redujo sensiblemente en 1939, con la aparición del cañón-obús de prestación múltiple, del cual constituye un clásico ejemplo el cañón británico de 25 libras, que podía ser empleado eficazmente como pieza contracarro con el proyectil de 20 libras. El gráfico que ofrecemos al pie de la página establece una comparación entre el alcance máximo de los cañones y el de los obuses de los diversos calibres empleados por los ejércitos aliados; adviértase el alcance mayor conseguido por los cañones. En la página siguiente se reproducen (con los colores característicos usados como distintivos para cada tipo de proyectil) algunos proyectiles completos, entre los más usados durante la guerra, utilizados en el armamento de las principales potencias beligerantes y comparados con un cartucho de fusil.





dos ataques nocturnos sobre el flanco y espalda del adversario, logró desorganizar sus posiciones más avanzadas; luego, mediante una maniobra de cerco, las obligó a rendirse en El-Mechili. Su ofensiva fue tan inesperada como desconcertante su táctica, basada en ataques indirectos. En quince días, Rommel logró expulsar a los ingleses de Cirenaica, excepto un contingente aislado que se retiró a Tobruk, quedando sitiado allí, pero como una espina clavada en el flanco de las fuerzas del Eje. Sin embargo, cuando alcanzó la frontera, el excesivo desarrollo de las líneas de abastecimiento, obligó a Rommel a detenerse.

En junio de 1941, los ingleses, habiendo recibido nuevos refuerzos, intentaron otra ofensiva –la Operación «Battleaxe»– contra la frontera libia. Mas, tras neutralizar la tentativa inglesa, Rommel hizo dar un brusco cambio a la situación por medio de un inteligente y amplio contraataque de fuerzas acorazadas, desencadenado sobre el flanco enemigo vuelto hacia el desierto.

En noviembre del mismo años, los británicos organizaron una ofensiva más importante: Wavell había sido sustituido por Auchinleck, y las reforzadas tropas británicas, desplegadas a lo largo de la frontera libia, habían sido encuadradas en el Ejército 8, al mando del general Cunningham. La ofensiva comenzó el 18, con un avance sobre el flanco del desierto que llevó a los ingleses muy cerca de la retaguardia de Rommel. Sin embargo, más tarde, ellos mismos perjudicaron esta ventaja estratégica utilizando procedimientos tácticos demasiado directos: cada vez que se enfrentaban con las fuerzas acorazadas enemigas, intentaban aniquilarlas por medio de batallas frontales, haciéndole de esta manera el juego al propio Rommel.

Frente a las fuerzas motorizadas británicas, superiores en número y movilidad, los alemanes aplicaron hábilmente la táctica de atraer a los carros de combate ingleses hacia trampas, ocupadas por sus propios carros de combate y por los famosos y mortíferos cañones de 88 mm. Lo mismo que en la Operación «Battleaxe», Rommel hizo una nueva demostración de la eficacia del método defensivo-ofensivo y de la moderna estrategia bélica, basada en las fuerzas acorazadas, despuntando la hoja de la «espada» enemiga sobre su propio «escudo» y preparándose, al mismo tiempo, para desencadenar una ofensiva. El resultado fue que los ingleses no sólo perdieron la ventaja estratégica adquirida, sino también buena parte de su superioridad numérica en carros de combate. El Ejército 8ª perdió su equilibrio, tanto psicológico como material, y el 23 de noviembre Cunningham se mostró partidario de retirarse hacia la frontera para reorganizar sus fuerzas.

Al día siguiente, juzgando que la situación se prestaba a una acción más ambiciosa, Rommel lanzó la parte móvil de sus fuerzas en un audaz y rápido ataque sobre el flanco del Ejército 8 que miraba hacia el desierto, avanzando hasta la frontera y amenazando las líneas de comunicación británicas. Al irrumpir en la retaguardia inglesa, las fuerzas acorazadas alemanas provocaron el pánico y la confusión entre las filas del adversario. La maniobra habría podido decidir la suerte de la batalla, si la decisión de continuar la lucha o de retirarse hubiera dependido de Cunningham. Pero Auchinleck, que, en aquellos momentos críticos había llegado al frente, decidió continuar la lucha y, dos días más tarde, a su regreso a El Cairo, sustituyó a Cunningham por Ritchie. La intervención de Auchinleck transformó la derrota en victoria, aunque en realidad, se había tratado de un juego de azar todavía más arriesgado que la incursión de Rommel.

El golpe de Rommel, desencadenado en profundidad, estuvo a punto de alcanzar su objetivo, pero hubo de pagar por él un precio bastante elevado. Sus pérdidas fueron muy superiores a las sufridas en la fase inicial y la reducción del número de sus carros de combate fue tal, que ya no pudo hacer frente al enemigo, habida cuenta de que los ingleses continuaban recibiendo refuerzos cada vez con más intensidad. El 6 de diciembre de 1941, se vio obligado a retirarse, primero a Ain-el-Gazala y luego mucho más atrás, sobre la frontera de Tripolitania.

El gran triunfo de Rommel: Tobruk

Llegado a este punto, Rommel empleó nuevamente su táctica defensivo-ofensiva, y también esta vez con resultados sorprendentes. Cuando los ingleses desencadenaron su ataque, el 27 de diciembre, él detuvo a las fuerzas acorazadas, las cercó, y, por último, las obligó a rendirse. El duro



1 italiano, 20 mm, aa. perf.
2 italiano, 47 mm, perf. HE
3 alemán, 37 mm, aa., HE
4 británico, 95 mm, cc., HE
5 británico, 6 libras, (57 mm), perf.
6 británico, 25 libras (88 mm), quim.
7 alemán, 88 mm, aa., perf.
8 británico, 94 mm, aa., HE
9 americano, 90 mm, aa., HE
10 soviético, 76,2 mm, HE
11 soviético, 57 mm, perf.
12 alemán, 47 mm, perf., HE
13 italiano, 65 mm (Shrapnel)
14 italiano, 37 mm, aa., HE
15 italiano, 47 mm, cc., HE
16 americano, 37 mm, perf.

golpe asestado a los ingleses en el curso de la batalla, que redujo notablemente su disponibilidad de carros de combate, se vio compensado, una semana más tarde, por la llegada de un convoy que, por primera vez desde mediados de noviembre, traía considerables abastecimientos.

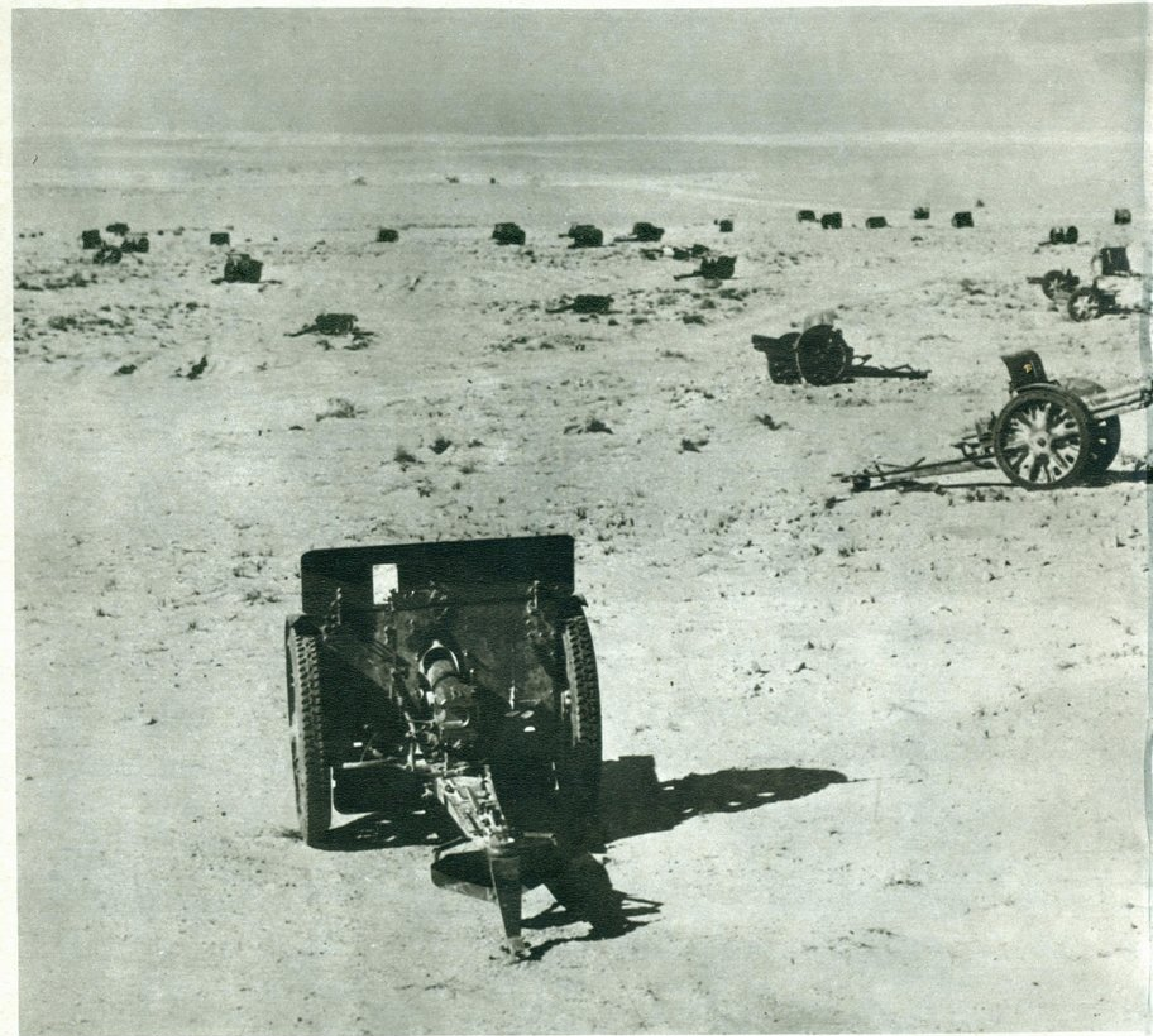
Rommel decidió entonces aprovechar el hecho de que, con su avance, los ingleses habían extendido considerablemente sus líneas de abastecimiento. Desencadenando un contraataque por sorpresa, cuando el enemigo le creía todavía exhausto por la anterior retirada, Rommel rompió el frente y aprovechó el desorden creado con un ataque lateral, indirecto, a través del desierto; los ingleses tuvieron que replegarse a Ain-el-Gazala y Rommel reconquistó más de la mitad del territorio que acababa de perder.

El frente se estabilizó en Ain-el-Gazala, pero ahora el despliegue del Ejército 8 era, indudablemente, más adecuado para ser lanzado a una nueva ofensiva que para una bien equilibrada línea de defensa. En mayo de 1942, Rommel fue el primero en atacar; el día 26, en una amplia maniobra envolvente, sus fuerzas acorazadas pusieron en un grave aprieto al Ejército 8. Pero su avance fue detenido antes de que pudiera alcanzar la costa y aislar a las fuerzas inglesas que defendían la línea de Ain-el-Gazala, viéndose obligado a ponerse a la defensiva, ya que a su retaguardia tenía los campos minados ingleses; éstos creyeron entonces tenerle acorralado y sin otra alternativa que la rendición. Pero sus contraataques fueron demasiado directos, y acabaron por hacerles caer en las trampas defensivas que el propio Rommel había preparado. Agotadas todas sus reservas, el Ejército 8 ya no pudo seguir haciendo frente a los sucesivos movimientos envolventes alemanes y se fraccionó.

Rommel persiguió a los restos del Ejército 8 con energía y rapidez a través del desierto occidental, llegando cerca del valle del Nilo, la arteria principal de Egipto. Si el Eje hubiera conseguido asegurarse el dominio del Nilo, y, con ello, del canal de Suez, la posición inglesa en Oriente Medio se habría visto seriamente comprometida. Ante una crisis de tal envergadura, Auchinleck intervino, asumiendo personalmente el mando del maltrecho Ejército 8, consiguiendo reorganizarlo en El-Alamein. Allí, las fuerzas de Rommel, agotadas después de la larga persecución, fueron detenidas por una tenaz e inesperada resistencia.

Desde Inglaterra empezaron a llegar nuevos refuerzos. Churchill quería que los ingleses pasaran sin más demora a la ofensiva; pero Auchinleck, acertadamente, insistía en la necesidad de esperar. El resultado de esta divergencia de opiniones fue que Auchinleck acabó siendo sustituido por Alexander y que el mando del Ejército 8 pasó a manos de Montgomery.

A finales de agosto de 1942, Rommel atacó de nuevo, pero su intento falló otra vez ante las nuevas tácticas defensivas inglesas. En estos inútiles intentos perdió muchos de sus carros de combate.







Arriba: marzo 1943: en las proximidades de El-Hamma, millares de prisioneros italianos avanzan por el desierto, precedidos por algunos soldados británicos montados en un *Bren-carrier*. En lugar de evacuar a sus tropas, el Eje se obstinó en el vano empeño de defender hasta el último momento el Norte de África. A la izquierda: enero 1941: piezas de artillería de campaña de tracción mecánica abandonadas por las tropas italianas, cuyas posiciones han sido rebasadas por la *Western Desert Force*, al mando del general británico O'Connor. Pese a su aplastante superioridad numérica, las fuerzas italianas se encontraron con grandes dificultades frente a las tropas británicas, a causa, principalmente, de su escasa movilidad y de la mediocre calidad de su armamento y equipo. *(Imperial War Museum)*

Y mientras se hallaba inmovilizado entre esta posición y los campos minados, otra división acorazada envolvió su flanco meridional. Sin embargo, la red no se cerró a tiempo y no se pudo impedir que las fuerzas del Eje se retiraran. No obstante, la iniciativa acababa de pasar ahora a manos de los ingleses.

El giro que había tomado la situación se hizo caza vez más evidente a medida que las fuerzas y los recursos de Montgomery iban en aumento. Después de una larga pausa dedicada a una cuidadosa preparación, el Ejército 8 lanzó su ofensiva la última semana de octubre de 1942. Esta vez gozaba de una fuerte ventaja, tanto en aviones como en artillería y carros de combate. A pesar de todo, peleó durante una semana entera en una dura batalla, pues el limitado desarrollo del frente no permitía efectuar amplias maniobras.

Pero las fuerzas de Rommel, aparte de estar agotadas, estaban prácticamente paralizadas por falta de carburante. Su forzada inmovilidad, constituyó el factor decisivo de la batalla, y así, apenas empezaron a ceder en los puntos más avanzados, ya no lograron organizar ninguna otra línea defensiva eficaz.

Rommel que, al comienzo de la batalla, se encontraba enfermo en Austria, voló rápidamente al frente. Examinada la situación, pensó en retirar sus fuerzas a Fuka, 100 km al oeste de El-Alamein. Un movimiento de este tipo haría saltar la eficiente máquina bélica creada por Montgomery. Pero la intención de Rommel quedó anulada ante la insistencia de Hitler de no ceder terreno. Así, pues, se aplazó la retirada hasta poco después de la derrota. Rommel, sin embargo, la llevó a cabo con su acostumbrada rapidez y serenidad, dejando atrás a las fuerzas menos móviles y menos expertas a fin de poder poner a salvo a sus unidades elegidas.

Apenas logró escapar a las fuerzas que le perseguían, Rommel no se detuvo hasta alcanzar su posición preferida: la de El-Agheila, en el extremo occidental de Cirenaica, a más de 1100 km al oeste de El-Alamein. En una rápida retirada, que duró dos semanas, se alejó de sus perseguidores. Pero esta vez la situación le era muy desfavorable para intentar un contraataque o, al menos, una resistencia prolongada en El-Agheila. Apenas dio comienzo la ofensiva inglesa, Rommel volvió a retirarse, para detenerse, nuevamente, en El-Buerat, otros 320 km más al Oeste. Allí permaneció durante tres semanas, y cuando el Ejército 8 se le aproximó, lanzando a mediados de enero una nueva ofensiva, él se retiró una vez más.

Esta vez la retirada se prolongó, sin interrupción, otros 560 km: rebasado Trípoli, las fuerzas del Eje alcanzaron la Línea de Mareth, cerca ya de la frontera tunecina. La decisión de Rommel fue consecuencia no sólo de la exigüidad númerica de sus unidades y del hundimiento en el Mediterráneo de la mayoría de los buques que transportaban los abastecimientos, sino también de la nueva situación creada por la invasión anglo-americana de Marruecos y de Argelia –Operación «Torch»– en noviembre de 1942.

Operación «Torch»: oportuna reacción del Eje

La reacción de los alemanes fue bastante oportuna, aunque evidentemente los desembarcos les sorprendieron. A partir del tercer día, empezaron a enviar tropas a Túnez con un ritmo cada vez más acelerado, utilizando para ello todos los aviones disponibles y todas las pequeñas embarcaciones adscritas al servicio costero. Aunque la suma total de estas fuerzas era bastante exigua, fueron suficientes para bloquear el avance de las unidades avanzadas del Ejército 1 aliado cuando éstas, al cabo de dos semanas y media de los primeros desembarcos, alcanzaron los caminos de acceso a Túnez. Las consecuencias de esta impetuosa intervención del Eje fue que los Aliados quedaron luego prácticamente bloqueados, durante cinco meses, en la cadena yebelia.

Sin embargo, a la larga, este fracaso resultó favorable a los Aliados; pues animó al enemigo para hacer afluir constantes refuerzos a Túnez, donde los anglo-americanos pudieron cortarle primero la llegada de nuevos abastecimientos –gracias a su superioridad naval– y, más tarde, el camino de la retirada. Al acumular tantas reservas al otro lado del Mediterráneo, en el «saco» del Norte de África, alemanes e italianos facilitaron en gran parte a los Aliados la posterior invasión de Europa. El Norte de África se convirtió para Hitler en una mecha tan explosiva como, en su tiempo, lo fuera España para Napoleón.

No obstante, en 1943, la campaña de Túnez se inició con un contraataque alemán que supuso una triste sorpresa para los Aliados. Este ataque se produjo en el preciso momento en que los dos Ejércitos –el 1 desde el Oeste y el 8 por el Este– parecían a punto de cerrar los brazos de la tenaza sobre las fuerzas del Eje. El mando alemán intentó prevenir este peligro aflojando el resorte que amenazaba triturarlo, y las condiciones para una acción de este tipo eran mucho más favora-



Después de la victoria de El-Alamein: fuerzas del Ejército 8 británico examinan las armas capturadas a las fuerzas del Eje. *(Imperial War Museum)*

bles de cuanto parecía a simple vista. Los refuerzos llegados hasta aquel momento a Túnez fueron organizados en un Ejército, al mando de von Arnim, mientras simultáneamente, los restos del Ejército de Rommel se completaban con nuevas tropas, nuevo armamento y nuevo equipo, a medida que, en su retirada hacia el Oeste, se acercaban a sus puertos de abastecimiento. Aprovechando esta momentánea mejoría, Rommel concibió la idea de aprovechar su posición –en el centro mismo de los dos Ejércitos aliados– para atacarlos e inmovilizarlos por separado, uno tras otro. El proyecto parecía prometer brillantes resultados, pero su ejecución se resintió gravemente del hecho de depender, en gran parte, de fuerzas que no estaban bajo el control directo de Rommel. En efecto, cuando se inició la operación, el Ejército de von Arnim era autónomo e incluso la veterana 21ª *Panzerdivision*, que era la que debía desencadenar el golpe principal, se hallaba al mando de Arnim.

El primer objetivo del contraataque era el Cuerpo de Ejército II americano (del que también formaba parte una división francesa). Aunque su frente se extendía a lo largo de casi 150 km, las fuerzas aliadas estaban concentradas sobre tres direcciones que, a través de las montañas, tenían acceso al mar; algunas de las unidades en cabeza estaban situadas en los pasos próximos a Gafsa, Faid y Fondouk. Estos pasos eran tan estrechos que sus defensores se sentían bastante tranquilos. Pero, a fines de enero, la 21ª *Panzerdivision* efectuó un súbito avance sobre el paso de Faid, arrolló a la guarnición francesa antes de que llegasen los refuerzos americanos y se aseguró el dominio de un punto estratégico de gran importancia.

El golpe principal se desencadenó el 14 de febrero, con un nuevo avance a partir del citado paso de Faid. El responsable de las operaciones en aquel sector era Ziegler, el sustituto de Arnim. Rommel ordenó a Ziegler que continuase el ataque durante la noche, a fin de aprovechar al máximo el éxito conseguido; pero Ziegler esperó 48 horas y sólo cuando recibió la autorización de Arnim se decidió a avanzar casi 40 km, alcanzando Sbeïtla, donde los americanos habían organizado una línea defensiva. Pese al retraso, logró hacerles retroceder y crear una gran confusión dentro de sus líneas.

Rommel deseaba aprovechar esta confusión lanzado todas las fuerzas motorizadas disponibles a una acción combinada, que, a través de Tebessa, alcanzase las principales líneas que unían a los Aliados con sus bases argelinas. Pero hasta las

Noviembre 1941: primera fase de la Operación «Crusader». Las fuerzas británicas desencadenaron un violento ataque contra las posiciones del Eje en las proximidades de Tobruk. El 6 de diciembre Rommel se vio obligado a interrumpir la lucha en torno a la plaza fuerte y a retirarse, primero a Ain-el-Gazala y luego a la frontera con Tripolitania. *(Ullstein)*

DAILY EXPRESS

No. 13,402 Black-out 10.27 p.m. to 5.25 a.m. FRIDAY MAY 14 1943 Moon rises 3.12 p.m. sets 4.39 a.m. One Penny

On this page and on the whole of Page 3 today Daily Express War Reporters in Tunisia, Alan Moorehead, Norman Smart and Richard Hughes, tell the full amazing story of—

THE AVALANCHE SURRENDER

Thousands of prisoners—no one to guard them

GERMAN OFFICERS CAPTURED WHILE BEING SHAVED

From ALAN MOOREHEAD: Hammamet, Tuesday

YES, it turned out to be a Dunkirk without boats. The enemy was entirely broken and bewildered, and the vast majority of them did not even try to get away, because there were no ships. Their famous embarkation ports like Hammamet and Nabeul were a *myth*.

I never really succeeded in getting to the front line today because there isn't a front line any more.

At one moment there would be fighting in the hills to our right, then in the valley to our left, and sometimes smoke bursts flowered up right round the horizon.

At Soliman a staff officer told me: "It seems that there were no Germans in the peninsula before April 25. They only began to prepare dumps and emplacements here at the end of April, and that was too late."

Fantastic scene

We stood there talking beside the huge road under a cactus hedge with the brilliant sunlit Gulf of Tunis at our back, and before us the German and Italian army flowing down the road in retreat.

It really is fantastic, this scene. Germans and Italians for the past 24 hours have been simply jumping into their trucks and driving back towards Tunis until they find someone to whom they can surrender.

'MORE? Oh, they'll have to wait!'

Here are more astonishing incidents in the Avalanche Surrender told by reporters at the front:—

"Excuse me . . ."

"I'm busy!"

Left on road

Asked the way

Untouched

Diverted

5d. ferry

The punts

Dumps

→ PAGE THREE, Col. Three

'LACK OF SUPPLIES'

Berlin excuses the defeat

'TIME WON'

Laval's talks

LAUGHING THEIR WAY TO PRISON CAMP

"IT really is fantastic, this scene," cables Alan Moorehead. "Germans and Italians jumping into their trucks and trying to find someone to whom they can surrender." And here are some who have found what they want. Jubilee scene on the Tunis road—by truck, on foot, who cares. . . . Last night's picture by radio.

ARNIM at first rejected the surrender terms, then his radio sent this message:

'We are closing down for ever'

ALLIED H.Q., Thursday.—General von Arnim's radio operator sent this last message to Hitler before the surrender: "Everything has been destroyed. We are closing down for ever."

The operator had added the message to one from Arnim: "I report that the orders to defend Tunisia to the last cartridge have been carried out."

'No' at first

Old enemy

The one that got away

GENERAL SCHMIDT

Churchill to address U.S. Congress

We were too fast for Arnim

Wavell baton

Winston—sea trip

'INVASION MAY START IN WEEK'

Berlin warning

Express Radio Station

INVASION warnings were sounded to the German and Italian peoples in "keep-calm" radio calls last night.

Three ways

France, prepare!

Sicily cleared

Greeks warned

Sunday—nation's day of thanks

By GUY EDEN

WITH the approval of the King the Government announced last night that this Sunday will be observed as a day of thanksgiving. Special prayers will be offered in all churches.

Bells will be pealed before the mid-morning services. A national service of thanksgiving will be held at a place to be announced later.

The Prayer

BERLIN RIOT

Warsaw raided

Speed did it —Anderson

GENERALS Eisenhower, Alexander and Anderson told last night how the Allied armies shattered von Arnim's armies. The theme was the speed of the tanks and infantry, and the massive support of the guns and air forces.

1. GENERAL ANDERSON, OF THE FIRST ARMY.

He said that Arnim split his tank forces because he could not decide where the Allied punch was coming.

MEDJEZ DASH

→ BACK PAGE, COL. FIVE

'HELL' ON DUISBURG

1,500 tons in 45 minutes

By BASIL CARDEW

R.A.F. bombers took only 45 minutes to make the greatest raid of the war on Duisburg—half the time of the Cologne 1,000-bomber raid which was the previous best.

2 a.m. zero

Bombers blast air factory

3 A.M. LATEST

EXCHANGED MEN REACH EGYPT

INDIA WILL CELEBRATE

SHIP LOSSES 2.16 p.c.

La primera página del diario inglés *Daily Express*, del 14 de mayo de 1943, publicaba la noticia de la victoria aliada en Túnez y del fin de la guerra en África. Los artículos subrayan la rapidez con que se llevaron a cabo las últimas acciones bélicas, la sorpresa de las fuerzas del Eje y, con cierto tono irónico, la "espontaneidad" con que los soldados vencidos se entregaron a sus enemigos.

primeras horas del día 19 no llegó desde Roma un mensaje autorizando la continuación de la ofensiva... al mismo tiempo que imponía que la operación se desenvolviese en dirección *Norte* (hacia Thala) y no hacia el *Noroeste* (hacia Tebessa) como Rommel había propuesto.

De este modo el ataque siguió exactamente la dirección que Alexander había previsto y en la que estaba mejor preparado para afrontarlo. Su orden al comandante del Ejército era de «reagrupar sus fuerzas acorazadas para la defensa de Thala» y así, las reservas inglesas empezaron a descender a toda prisa desde el Norte hacia dicho sector. Incluso los americanos, cuyas fuerzas desplegaban en fuerza sobre la dirección de acceso a Thala, resistieron con tal tenacidad en el paso de Kasserine, que los alemanes no lograron rebasarlo hasta la noche del día 20. Al día siguiente alcanzaban Thala, pero estaban ya tan exhaustos que apenas las reservas inglesas desencadenaron el contraataque se vieron obligados a retroceder.

Este ataque alemán demasiado directo, no sólo se tradujo en uña sangrienta derrota, sino que además comprometió mucho tiempo a las divisiones precisas para el segundo ataque proyectado por Rommel, el dirigido contra Montgomery. El 6 de marzo, cuando, finalmente pudo atacar a Montgomery, éste había cuadruplicado sus efectivos: además de 400 carros, tenía, en aquel momento, más de 500 cañones contracarros en posición. Así, pues, en dicho intervalo, las posibilidades de Rommel de vencer al adversario con fuerzas superiores se habían desvanecido. Su ataque fue detenido al mediodía, tras la pérdida de 50 carros de combate. Con este último ataque, las fuerzas del Eje en África perdieron incluso a Rommel, quien, enfermo y abatido, tuvo que regresar a Europa.

La victoria final de los Aliados dependía ahora más de los inútiles esfuerzos ofensivos del enemigo, que del efecto de sus propios ataques. La posibilidad de cambiar la suerte de la batalla se les presentó tan sólo después de haber desgastado al máximo a los alemanes.

El ataque del Ejército 8 sobre la Línea de Mareth se desencadenó la noche del 20 de marzo. El golpe principal, el frontal, debía penetrar en las defensas enemigas junto al mar, y abrir un paso a través del cual pudieran pasar las fuerzas acorazadas. Al mismo tiempo, el Cuerpo de Ejército neozelandés realizaría un amplio movimiento envolvente hacia El-Hamma, a espaldas del enemigo, para empeñar sus reservas desplazadas en aquel sector. El ataque frontal no consiguió abrir un paso lo bastante amplio. Y por ello, después de tres días de inútiles esfuerzos, Montgomery decidió variar sus planes: se desplazó lateralmente hacia el interior y envió a la División Acorazada 1 a ayudar a los neozelandeses en su intento de amenazar al enemigo por la espalda.

Pero incluso así, los ataques ingleses fueron todavía bloqueados por las últimas defensas alemanas de El-Hamma. De este modo, aunque la amenaza de ser aislado le había inducido a abandonar la Línea de Mareth, el enemigo consiguió mantener abierto un paso por donde sus fuerzas pudieran pasar sin sufrir grandes pérdidas.

Los alemanes se establecieron nuevamente a 16 km escasos de El-Hamma, a lo largo del Akarit, una posición defensiva con un frente muy estrecho, encerrado entre el mar y las colinas. Los americanos habían intentado ya alcanzar esta posición, antes de que lo hiciera el enemigo, para caer desde allí sobre su retaguardia; pero una vez más su intento fue bloqueado antes de que pudiesen desembocar, desde las colinas, en el valle. Luego, a primeras horas del día 6 de abril, el Ejército 8 atacó Uadi Akarit, en una noche sin luna. Esta nueva táctica dio como resultado una penetración en las líneas enemigas; pero, apenas despuntó el día, los alemanes lograron bloquear la tentativa inglesa de aprovechar a fondo aquel primer triunfo, y la noche siguiente se replegaron retirándose a lo largo de la costa, hacia Túnez.

En pocos días, los dos Ejércitos enemigos se habían reunido para oponer una resistencia compacta a lo largo de la cadena yebelia, a espaldas de Túnez, y parecía que tal resistencia iba a ser bastante prolongada.

La nueva ofensiva aliada se inició el 20 de abril, con un ataque desencadenado por el Ejército 8 sobre el flanco izquierdo del enemigo. Pero más allá de Enfidaville, la faja costera se estrechaba demasiado y el avance fue perdiendo impulso, hasta detenerse por completo el día 23. El 21 de abril, el Cuerpo de Ejército V atacó por la izquierda de la parte central del frente, a través de las colinas que obstruyen el acceso a Túnez. Al día siguiente, el Cuerpo de Ejército IX atacó por la derecha del sector central, próximo a Goubellat, con objeto de profundizar con sus fuerzas acorazadas. Pero la tentativa no dio resultado.

En este punto Alexander aportó nuevas modificaciones a su plan: dejando tan sólo una exigua fuerza defensiva sobre la derecha del sector central, próximo a Goubellat, desplazó el grueso del Cuerpo de Ejército IX más a la izquierda, lo concentró a espaldas del Cuerpo de Ejército V y lo reforzó con dos divisiones del Ejército 8 la Acorazada 7 y la 4 india. El efecto de este plan, concebido para engañar al enemigo, fue aún mayor por la fama de que gozaban el Ejército 8 y Montgomery, fama que indujo al general von Arnim a dejar en el Sur a una parte desproporcionada de las fuerzas de que disponía.

El ataque del Cuerpo de Ejército IX, ahora a las órdenes del general Horrocks, se desencadenó a primeras horas del día 6 de mayo, bajo un cielo estrellado, pero sin luna. Estuvo precedido y apoyado por un cerrado bombardeo de la artillería, en el que participaron más de 600 cañones, y se desarrolló en un radio de acción de poco más de 3 km, en el valle del Medjerda (valle que ofrecía una buena vía de acceso a Túnez). Con las primeras luces del alba, entró en escena la aviación, que bombardeó incesantemente las líneas enemigas. Los defensores del paso fueron arrollados por la infantería de la División 4 india y de la División Acorazada 7. Luego, los carros de combate de las divisiones Acorazadas 6 y 7, irrumpieron a través de la brecha; mas, en lugar de avanzar rápidamente, se entretuvieron en neutralizar numerosas bolsas de resistencia, encontradas a su paso, y por ello, al anochecer, se hallaban todavía a casi 25 km de Túnez.

Al día siguiente se hizo evidente que todo el ejército enemigo estaba tan paralizado por el bombardeo aéreo y por la sorpresa, que ya no lograría disponer ninguna contramedida táctica. Por la tarde, las fuerzas avanzadas de las divisiones acorazadas inglesas habían entrado en Túnez. Y casi simultáneamente, americanos y franceses ocupaban Bizerta.

Todo el dispositivo del mando enemigo había quedado fuera de combate a consecuencia del ataque aéreo y del choque de los carros de combate a sus espaldas. La causa principal de aquella derrota total fue el mal funcionamiento del sistema de mando, mientras la interrupción de las comunicaciones acentuaba el efecto desmoralizador de la falta de reservas y de la desorganización en el sistema de los abastecimientos. Otro factor determinante fue la proximidad de las bases enemigas al frente. La rápida conquista de las bases resultó desastrosa, tanto para la moral de los hombres como para el funcionamiento del aparato administrativo. La pérdida de estas bases acentuó la deprimente sensación de combatir de espaldas al mar, un mar ahora ya por entero dominado por la potencia naval y aérea de los Aliados.



8 de noviembre 1942: fuerzas aliadas desembarcando en el Norte de África. Nuevos contingentes llegaban así, desde Occidente, en ayuda del Ejército 8, que avanzaba a través de Libia en dirección a la frontera tunecina, iniciando una maniobra que acabaría haciendo caer en una trampa a las fuerzas del Eje. *(Imperial War Museum)*

A fines de 1942, el futuro desarrollo de la estrategia aliada, así como todo plan y toda esperanza, dependían de una larga, dura e incierta batalla, sostenida en el Atlántico, entre los *U-Boot* y las unidades de escolta de los convoyes. En el transcurso de todo este período, los Aliados se vieron gravemente obstaculizados por la imposibilidad de concentrar todos sus recursos navales en esta única batalla. Pero, cuando finalmente, la victoria empezó a serles propicia, todo se fue desarrollando con sorprendente rapidez y eficacia, y eso pocas semanas después de haber sufrido una de las más desastrosas derrotas navales.

Peter K. Kemp,
capitán de corbeta

LA SEGURIDAD EN LAS RUTAS DE ABASTECIMIENTOS

SE INICIA UNA NUEVA FASE DE LA GUERRA EN EL MAR

1941

Febrero: el almirante sir Percy Noble es nombrado comandante en jefe de los *Western Approaches*.

Marzo: los submarinos de los más famosos comandantes de *U-Boot* alemanes, los de los comandantes Prien, Schepke y Kretschmer, son hundidos.

Abril: entra en funcionamiento la base aliada de Islandia para abastecer a los convoyes.

Junio: zarpa el primer convoy aliado dotado de escolta de superficie antisubmarina que le acompañará durante toda la travesía del Atlántico.

Diciembre: Estados Unidos entran en la guerra: comienza un nuevo "período feliz" para los *U-Boot*.

1942

Junio: son retiradas del Atlántico las unidades de escolta estadounidenses.

Septiembre: el primer grupo de apoyo británico inicia sus operaciones.

Noviembre: el almirante sir Max Horton sustituye a sir Percy Noble como comandante en jefe de los *Western Approaches*.

1943

Marzo: en una violenta batalla con las unidades de escolta de los convoyes *HX-229* y *SC-122*, dos "jaurías" de *U-Boot* hunden 21 buques enemigos, registrándose la pérdida de un solo *U-Boot*. Pero, a finales del mismo mes, concluida la Operación "Torch", los portaaviones de escolta vuelven de nuevo al Atlántico para operar en dicho océano.

Abril: los *U-Boot* hunden 245.000 toneladas de buques, registrándose ya la pérdida de 15 submarinos.

Mayo: en el curso de los ataques desencadenados contra cinco convoyes, son hundidos 20 *U-Boot*. Los alemanes perdieron en este mes, 40 submarinos, contra 165.000 toneladas de buques aliados hundidos.

Junio: el precio pagado por los *U-Boot* sigue aumentando: para hundir 18.000 toneladas de buques aliados, los alemanes pierden 17 unidades. Por primera vez, la balanza se inclina a favor de los Aliados.

Los difíciles y complejos problemas de la batalla del Atlántico empezaron a dejar sentir su peso a comienzos del año 1941. Las graves pérdidas de buques mercantes sufridas en 1940 (2.186.158 toneladas hundidas por los *U-Boot*) se habían compensado, en parte, aprovechando al máximo los buques normalmente utilizados en tiempos de paz; pero, a partir de 1941, ya no fue posible seguir compensando con este recurso las ulteriores pérdidas. La flota mercante había quedado reducida a su esqueleto y las eventuales pérdidas futuras sólo podrían neutralizarse con nuevas construcciones.

Fueron muchos los factores que caracterizaron los años 1941-1942 como años cruciales en aquella lucha incierta con los submarinos. El primer factor lo constituía el rápido aumento del número de ellos, aumento que era consecuencia de que el programa especial para el desarrollo de la construcción de este tipo de unidades, preparado por Alemania al estallar la guerra, estaba empezando a dar sus frutos. Desde principios de 1941 hasta mediados de 1943, la suma de nuevas construcciones superó ampliamente las pérdidas, de manera que el número de *U-Boot* operantes en el Atlántico aumentaba de día en día.

Otro de los factores era el tiempo que tardaba un convoy en cruzar el Atlántico. Teniendo en cuenta los cambios de rumbo, las condiciones atmosféricas y otras causas de retrasos, el tiempo medio (calculado en el transcurso de toda la guerra) era algo superior a los 15 días: los convoyes procedentes o que se dirigían a Freetown, empleaban cuatro días más. A consecuencia de este largo recorrido, los mercantes aliados constituían un magnífico objetivo para los *U-Boot*.

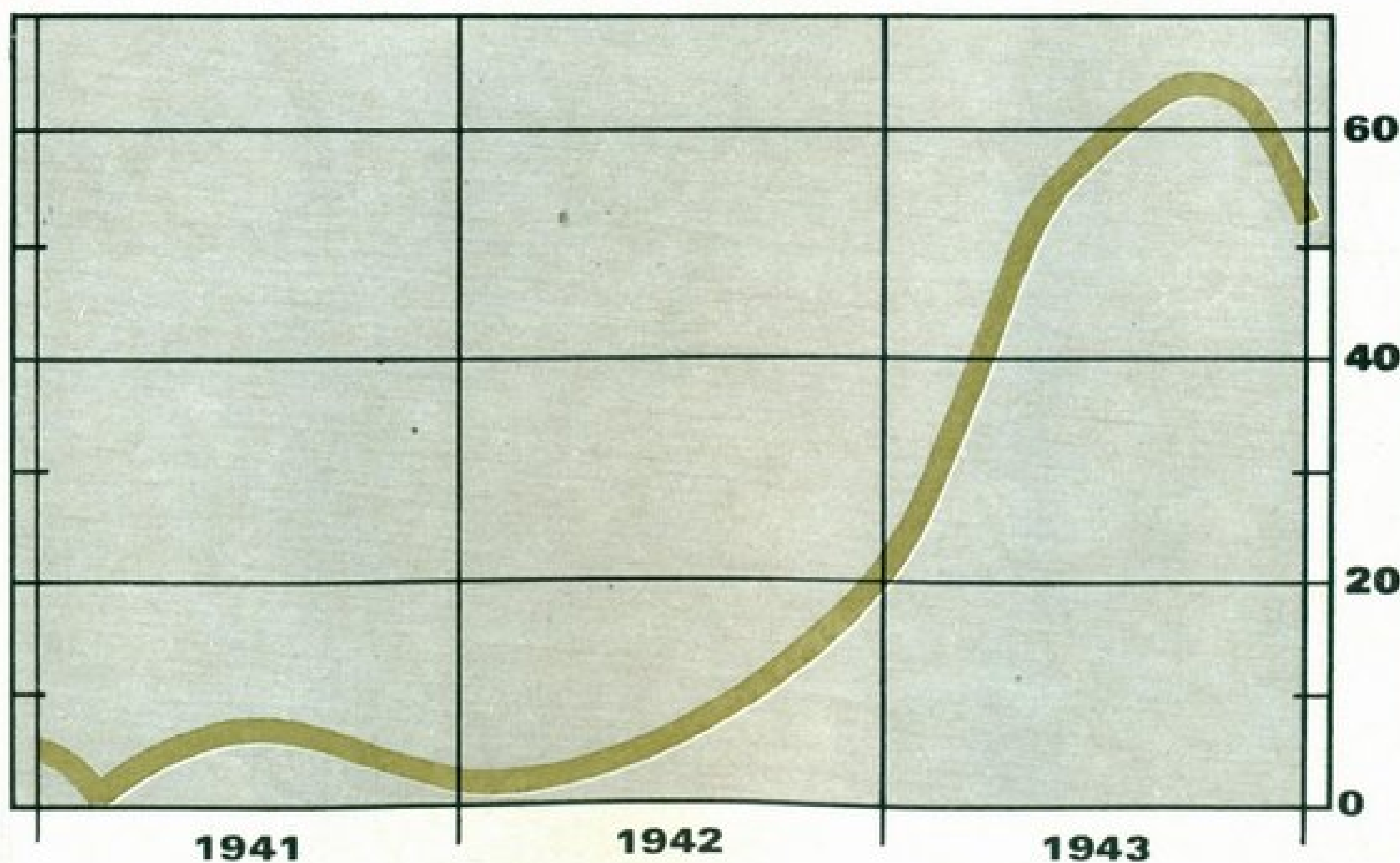
Asimismo, otro elemento importante era la escasa autonomía de navegación de las unidades de escolta inglesas. Al estallar la guerra, los convoyes sólo podían ser escoltados hasta unas 500 millas de distancia de la costa; más allá de este punto, los mercantes debían arreglárselas por sí solos. La ocupación de Islandia, después de la desastrosa campaña de 1940, permitió aumentar el radio de acción de los buques de escolta, al instalar en la isla una base de abastecimiento; pero esta primera base no estuvo en condiciones de entrar en funcionamiento hasta el mes de abril de 1941. Por aquella misma época, la Marina de Guerra había instalado otras bases en Terranova y en las costas orientales del Canadá, con lo que el radio de acción de los citados buques de escolta en superficie, pudo ser aún más ampliado en el Atlántico. En abril de este mismo año, alcanzaba los 35° de latitud Oeste, cubriendo poco más de la mitad de la travesía; dos meses más tarde zarpaba, para cruzar el Atlántico, el primer convoy con escolta de superficie antisubmarina que le acompañaría desde el punto de partida hasta el de destino. Mas, debido a la exigua cantidad de tales unidades de que se disponía entonces, únicamente pudieron asignarse dos a cada convoy.

Tan importante como la escolta de superficie era el apoyo aéreo, puesto que el más temible adversario de los *U-Boot* era precisamente, la aviación. El radio de avistamiento y la velocidad de ataque de los aviones eran muy superiores a los de las unidades de superficie, y bastaba que un solo avión sobrevolase el convoy para obligar a los *U-Boot* a sumergirse y resignarse a navegar a una velocidad muy escasa y con un campo de visibilidad muy reducido. Pero también en ello, el problema primordial era el radio de acción y la autonomía de los aparatos. En aquellos momentos el mando costero no disponía todavía de aviones con un radio de acción y una autonomía de vuelo suficientes para proteger los convoyes a través de todo el Atlántico; sólo podían hacerlo durante una pequeña parte de la travesía. Y no cabía pensar en cubrir el resto del sector con los aviones de la Aviación naval, ya que la Marina necesitaba todos sus aparatos para otras operaciones. Pero el factor más importante era, quizás, que, en 1941, el eficaz dispositivo del radar (que instalado a bordo de los aviones hubiera permitido localizar a los *U-Boot* en la superficie del océano) estaba todavía lejos de ser una realidad.

En aquella época, por lo tanto, la situación era abiertamente favorable a los submarinos. Y así seguiría durante los años 1941 y 1942. Fueron éstos los años en que los Aliados potenciaron sus fuerzas de escolta antisubmarina, tanto aéreas como navales, incrementándolas numéricamente y cuidando, con extrema minuciosidad, el adiestramiento de sus hombres, los procedimientos tácticos y la puesta a punto de dispositivos especiales para la localización de submarinos.

El primer paso se dio a principios de 1941, con el traslado desde Plymouth a Liverpool del mando de los *Western Approaches*, y con el nombramiento de un comandante en jefe cuya única misión sería dirigir la campaña contra los submarinos alemanes. El 15° Grupo del mando de la Aviación costera fue también incorporado a este nuevo mando, de modo que todas las escoltas, aéreas y navales, pudieran coordinarse desde una única sala-operativa. Los mapas en los que se habían trazado las rutas de los *U-Boot* y de los convoyes, elaborados por el Almirantazgo inglés, se centraron en la sala operativa del mando *Western Approaches*, y ambos centros, el de Whitehall y el de Liverpool, fueron enlazados entre sí por medio de teléfonos y de telex.

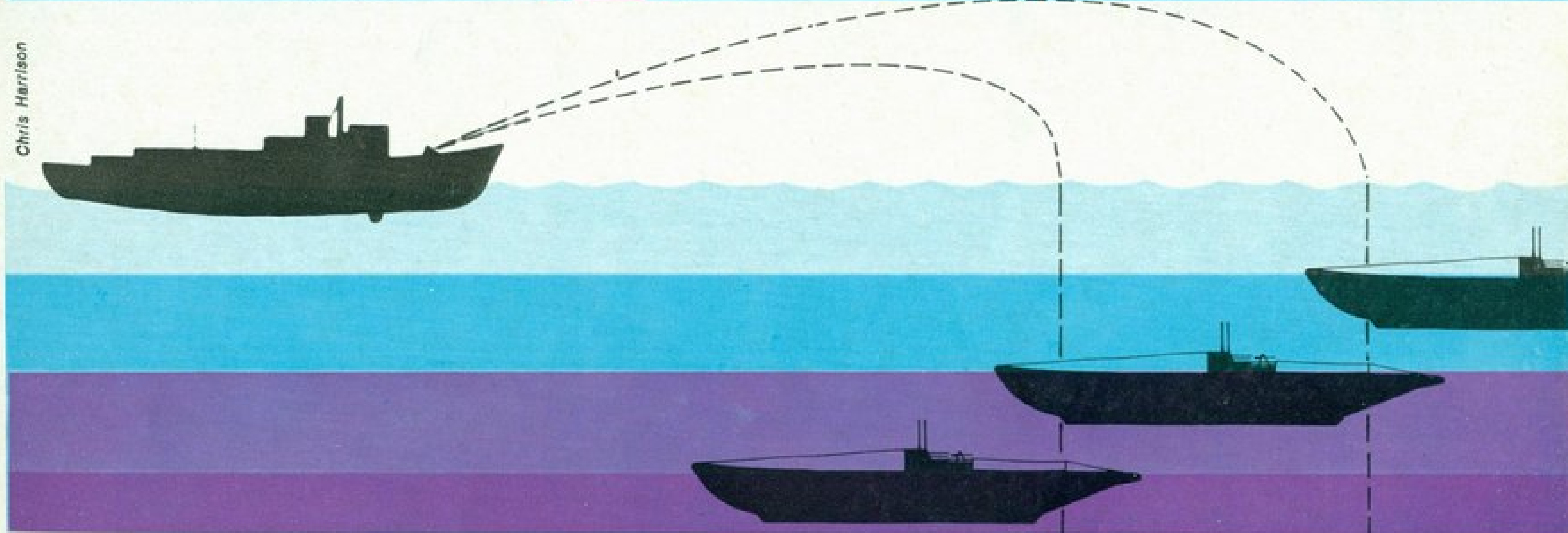
En febrero de 1941 se nombró comandante en jefe de estos *Western Approaches* al almirante sir Percy Noble. Él fue, quizá, el primero en darse cuenta de que el factor decisivo para conseguir la victoria en la campaña que se estaba llevando a cabo en el Atlántico lo constituía, en gran parte, el perfecto adiestramiento de los hombres, tanto o más que el número de unidades de escolta de que pudiera disponerse. Por lo tanto, su principal preocupación fue crear unos cursos especiales de adiestramiento antisubmarino (en Dunoon y en Campbeltown), cuidar el desarrollo de una adecuada actividad en el campo experimental (en Fairlie) y crear (con base en Tobermory) unos cursos de aprendizaje para un verdadero adiestramiento marítimo. Una vez superadas las pruebas correspondientes, todas las nuevas unidades de escolta eran asignadas a esta última organización. Seguían luego dos meses de duros ejercicios en el mar, cuya finalidad era curtir a los hombres de las tripulaciones (en su mayoría nuevos reclutas),







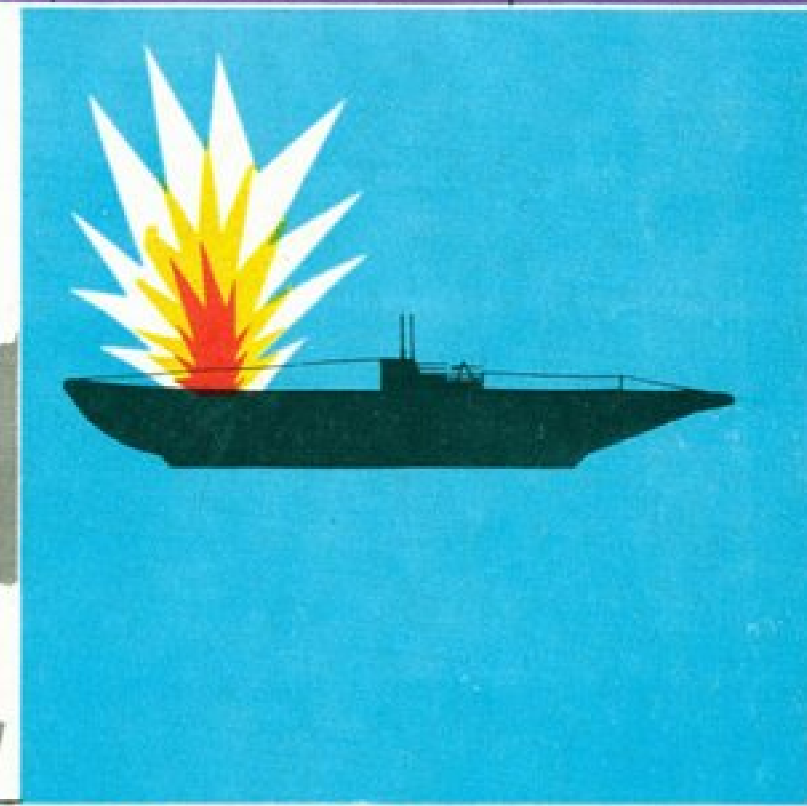
Chris Harrison



NUEVAS TÉCNICAS Y DISPOSITIVOS BRITÁNICOS EN LA BATALLA DEL ATLÁNTICO

El ecogoniómetro o *asdic* (arriba) consistía en un transmisor receptor que emitía impulsos sonoros en una determinada dirección y recogía el eco de los mismos cuando tropezaba con un objeto. La distancia a la que se hallaba este último se calculaba según el tiempo transcurrido entre la emisión de una señal y el regreso del eco. En su realización más perfeccionada, el *asdic* se valía de tres impulsos: uno difuso sobre un área bastante amplia (naranja) para detectar al submarino, y otros dos, uno vertical estrecho (lila) y otro horizontal (verde), para localizar su posición lo más exactamente posible. Sin embargo, el *asdic* presentaba algunos defectos: las emisiones eran reflejadas también por los peces y alteradas por las mareas y por los cambios de temperatura en el agua. Además, mientras las cargas de profundidad no empezaron a lanzarse por la popa, el *asdic* perdía contacto con el submarino cuando, en la última fase de aproximación, la unidad que realizaba la búsqueda pasaba por encima de él. Para paliar estos inconvenientes se idearon el *Hedgehog* (puercoespín) y el *Squid* (sepia). Ambos mecanismos podían lanzar sus cargas de profundidad por la proa de la unidad y distanciados en tal forma que encuadraran al submarino (arriba). Las cargas estallaban con tiempos y profundidades distintas, cubriendo un área bastante amplia. La diferencia más importante entre los dos sistemas era, que el *Hedgehog* (arriba a la derecha) lanzaba una salva de 24 cargas que sólo estallaban por contacto, mientras que el *Squid* (abajo, a la derecha), lanzaba tres cargas que hacían explosión en las proximidades del submarino, dañando su casco con la onda explosiva. Las ventajas del *Hedgehog* era que sólo se alteraba el contacto del ecogoniómetro cuando uno de los golpes alcanzaba del ecogoniómetro cuando uno de los golpes alcanzaba el objetivo; con el *Squid*, en cambio se lograba muchas veces obligar al submarino a emerger, a consecuencia de las cargas de profundidad que caían a su alrededor.











habituarles a las condiciones climatológicas del Atlántico y darles la oportunidad de llegar a conocer a fondo las características y posibilidades de su barco.

Al adiestramiento en el mar seguía un curso de adiestramiento técnico, de modo que cuando el nuevo buque entraba en su fase operativa, sus tripulantes no sólo se hallaban perfectamente capacitados, después del curso seguido en Tobermory, sino que habían adquirido también la necesaria especialización profesional y técnica. Mas todo esto requería tiempo, y se calculaba que hasta 1943 no podría considerarse plenamente satisfactorio el nivel de preparación alcanzado. Hasta este momento, debía tener prioridad la necesidad operativa de utilizar todos los buques de escolta disponibles en el Atlántico.

Otra decisión tomada por el almirante Noble fue la de organizar las unidades de escolta en grupos. Asignando ocho buques a cada grupo, el comandante en jefe podía contar, por cada grupo, con una fuerza efectiva de cinco o seis unidades, dejando el margen suficiente para los indispensables trabajos de reparación, períodos de licencia, adiestramiento o cualquier otra eventualidad. La gran ventaja que presentaba este sistema era que cada comandante de una unidad de escolta podía familiarizarse rápidamente con las otras unidades del grupo y con los sistemas del comandante del mismo. No obstante, en 1940 y 1941, la prioridad en el sector de la construcción de nuevos buques hubo de considerarse aún en cuanto a las exigencias de la fuerza naval operativa (portaaviones, cruceros, destructores, medios de desembarco del tipo y dimensiones más variados) y las de la flota antisubmarina (fragatas, cañoneras y corbetas con destino a la escolta). Evidentemente, no podía concederse una prioridad absoluta a las unidades de escolta; por lo tanto, no había posibilidad alguna de competir con la construcción de nuevos *U-Boot* alemanes, y mucho menos de superarla. Tendrían que pasar todavía dos largos años, antes de que los grupos de escolta pudieran, finalmente, afirmar su superioridad en esta lucha.

Las dificultades con que se tropezó en 1941, cuando Gran Bretaña todavía estaba en la fase de reorganizar sus fuerzas antisubmarinas, se acentuaron aún más por el hecho de que los alemanes desplazaron a las costas de Francia y de Noruega grupos de aviones de bombardeo de amplio radio de acción. Se trataba, sobre todo, de los *Condor Focke-Wulf*, con una autonomía de 800 millas a partir de la costa. Estos aparatos tenían una doble misión: la primera era localizar a los convoyes ingleses para que los *U-Boot* pudieran dirigirse directamente hacia ellos; la segunda, hundir a los mercantes que navegasen aislados o separados del convoy. Y en esta segunda misión obtuvieron resultados tan satisfactorios como los *U-Boot*. En enero de 1941, por ejemplo, los *U-Boot* hundieron 21 buques, con un total de 126.782 toneladas, y los bombarderos de amplio radio hundieron 20, con un total de 78.517 toneladas.

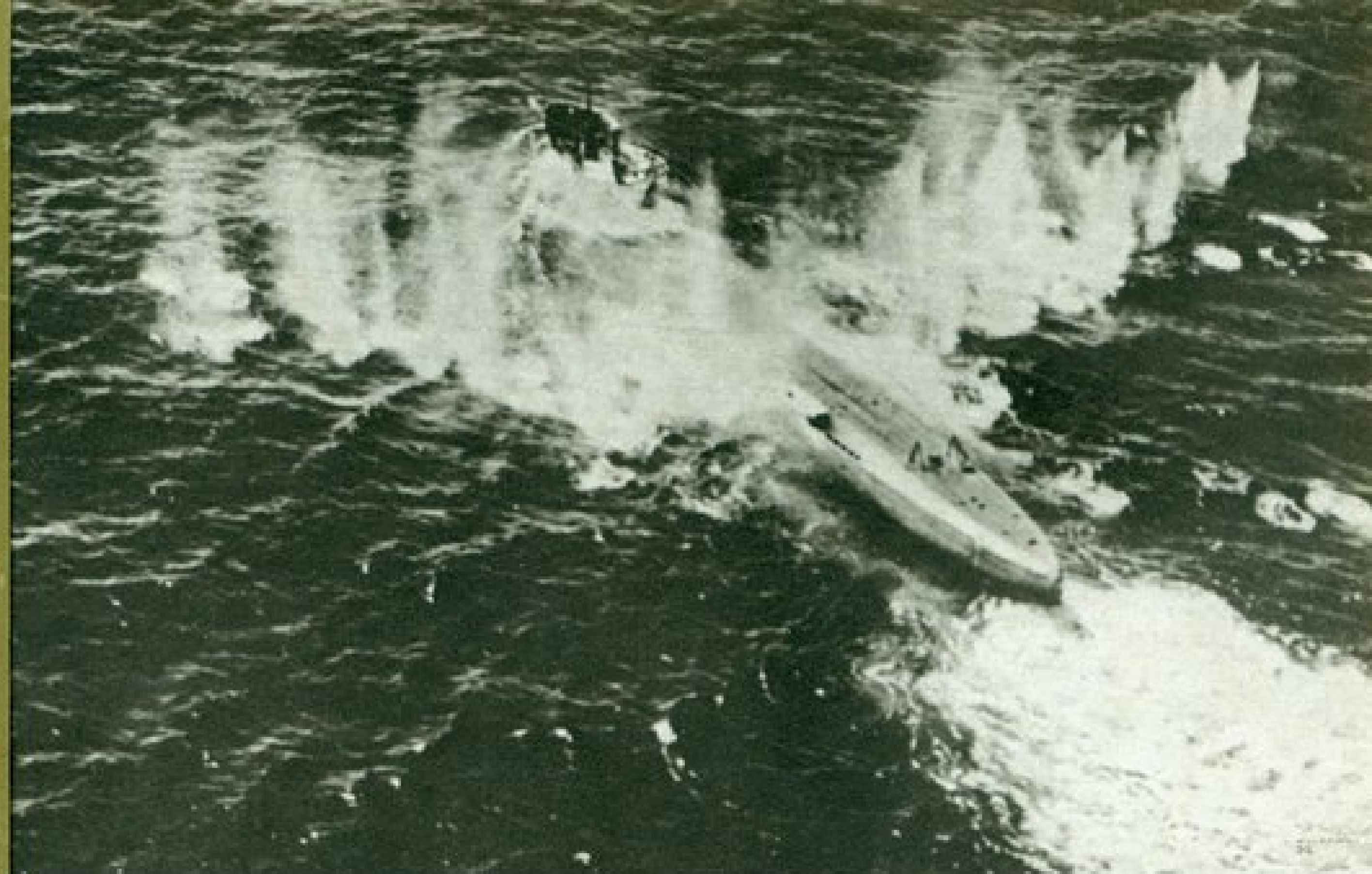
Los Aliados, sin embargo, hicieron frente a la amenaza que representaban estos *Focke-Wulf* con otros sistemas; uno de ellos consistía en hacer navegar a las unidades mercantes sin escolta por rutas muy septentrionales, más allá del radio de acción de los bombarderos y situar en cambio sus convoyes a lo largo de una franja de mar muy estrecha, patrullada por cazas de gran autonomía. Otra solución fue acelerar la instalación, en los propios mercantes, de cañones antiaéreos. Un tercer recurso consistió en instalar catapultas en el viejo porta-hidroaviones *Pegasus* y emplear esta unidad, con cazas a bordo, como escolta antiaérea de los convoyes.

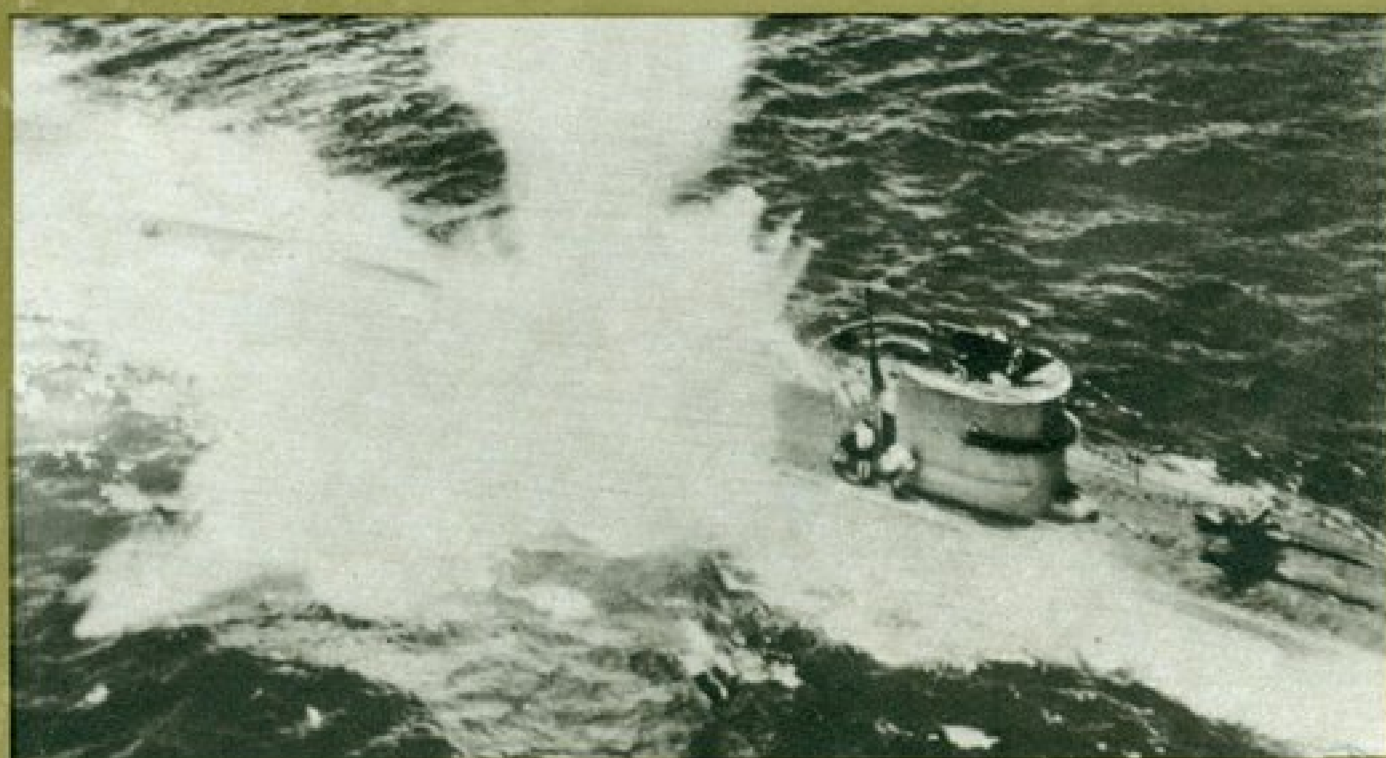
Más tarde, el sistema adoptado en el *Pegasus* se aplicó también a algunos mercantes, dotándolos de catapultas y de cazas *Hurricane*, que podían entrar en acción cada vez que se avistaba un avión enemigo. Cumplida su misión, el *Hurricane* se posaba en el mar, cerca de un barco propio que se encargaba de recoger al piloto.

Los comandantes de los *U-Boot* consideraban el primer año y medio de guerra como un «período feliz». En febrero de 1941, los tres grandes «ases» eran Gunther Prien, que hundió al acorazado *Royal Oak* en Scapa Flow y se vanagloriaba de haber hundido buques por un total de 150.000 toneladas; Joachim Schepke y Otto Kretschmer, quienes afirmaban haber hundido más de 200.000 toneladas de buques aliados cada uno. Los tres habían sido condecorados por Hitler con la Cruz de Hierro y todos los demás comandantes de los *U-Boot* trataban de emularlos. Pero en el mes de marzo los tres desaparecieron. El *U-47*, de Prien, fue hundido el 7 de marzo por las corbetas *Arbustus* y *Camellia* y el destructor *Wolverine*; el *U-100* de Schepke fue asimismo hundido el 17 de marzo por el *Walker* y el *Vanoc*, y esa misma noche los mismos destructores hundieron el *U-99*, haciendo prisionero a Kretschmer, quien había logrado abandonar el submarino antes de que se hundiera. Fue un duro golpe para Alemania, pues estos tres hombres estaban considerados como los mejores comandantes de submarinos.

El mes de marzo de 1941 señaló el fin de la actividad autónoma de los *U-Boot*. Puesto que todos los mercantes aliados iban siendo encuadrados en los convoyes y el radio de acción de las uni-







A la izquierda: encuentro entre una unidad guardacostas norteamericana y un *U-Boot*, que termina con el hundimiento del submarino alemán. En la fotografía puede verse claramente el lanzamiento de las cargas de profundidad. Arriba, a la derecha: ataque desencadenado por las fuerzas aéreas aliadas contra los *U-Boot*. La acción de los aviones contra los submarinos resultó valiosísima, tanto en la búsqueda como en el ataque, puesto que las unidades aéreas tenían un radio de avistamiento y una velocidad de reacción notablemente superiores a la de las unidades de superficie.
(History of the Second World War)-(Imperial War Museum)

dades de escolta cubría ya una parte cada vez mayor del océano, la época de los *U-Boot* que actuaban solos forzosamente había de terminar. Asimismo, la adopción y la extensión del sistema de convoyes obligó a los comandantes de los submarinos a idear nuevas tácticas. De aquí surgió la técnica del ataque nocturno «en jauría».

No había nada sustancialmente nuevo en esta técnica. Una especie de rudimentario ataque en patrulla ya se había ensayado en los últimos años de la primera Guerra Mundial.

El sistema de ataque en «jauría» era el siguiente: durante las horas diurnas, un *U-Boot* seguía a cierta distancia al convoy, y apenas oscurecía reclamaba la presencia en la zona del resto del grupo por medio de señales de radio-direccionales. Luego, el ataque se desarrollaba en superficie, durante la noche, cuando la exigua superestructura de los submarinos era prácticamente invisible.

Sin embargo, el sistema en su conjunto, tenía un punto débil. El *U-Boot* que seguía al convoy, tenía que transmitir una serie de señales por radio indicando la posición, la velocidad y los cambios de rumbo del mismo. Estas señalizaciones eran, invariablemente, interceptadas por las estaciones radiogoniométricas aliadas, y, una vez analizadas y transcritas en los mapas del Almirantazgo británico, estos datos revelaban a su vez, con claridad, la situación del submarino que seguía al convoy.

No obstante, a pesar de disponer de elementos tan valiosos, los Aliados debían recorrer aún un largo camino para asegurarse la victoria en el Atlántico. En 1941 y en 1942 escaseaba lo más indispensable para la guerra contra los submarinos: se carecía, como se ha dicho, de las necesarias unidades de escolta, de armas adecuadas, de todo género de progresos técnicos indispensables para hacer frente a los modernos *U-Boot* alemanes y a sus nuevas tácticas. Pero lo más terrible era la falta de aviones de amplio radio de acción y de gran autonomía. Era un hecho evidente que los convoyes que navegaban debidamente protegidos, por mar o por el aire, se salvaban siempre. Por lo tanto, el problema estaba en poder poner a punto un sistema que permitiese disponer de un determinado número de aviones en cualquier punto de las rutas atlánticas.

La batalla de los océanos

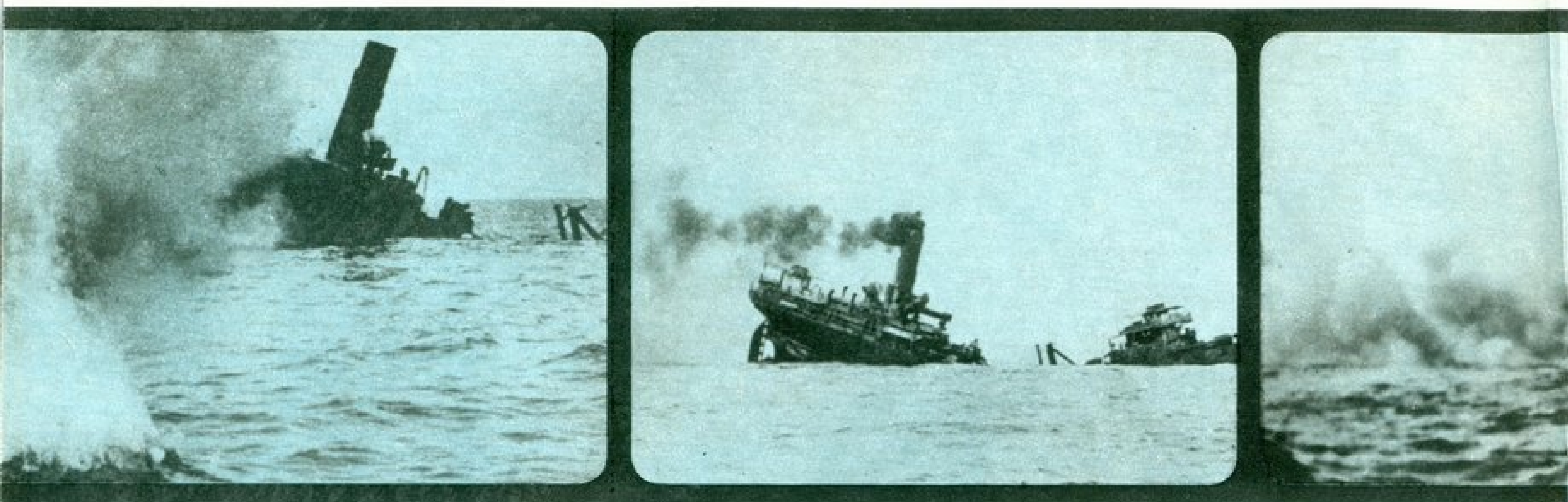
Es difícil, en un escenario tan inmenso como el que forman los mares que separan y unen a los países de la Commonwealth, darse cuenta del alcance de la batalla que en ellos se desarrolló. La lucha no se centró únicamente en el Atlántico, sino que submarinos y buques de superficie fueron más allá de los límites del Atlántico septentrional y meridional, y operaron también en el océano Índico, a través del cual pasaban las principales rutas marítimas que se dirigían a la India, Australia y Nueva Zelanda, rutas que, en el cuadro de la estrategia general, ocupaban un puesto tan importante como las atlánticas. Había que proteger todas estas rutas de los ataques de los *U-Boot* y de las unidades corsarias, y así, la que ha pasado a la Historia como batalla del Atlántico, fue, en realidad, una batalla de océanos.

En términos de distancia, este duelo gigantesco se traducía en varios centenares de millares de millas recorridos cada semana; en términos navales, podía significar un millar de barcos navegando a la vez durante cada día que duró la guerra: 1000 barcos que debían ser protegidos de los ataques de un enemigo que, prácticamente, podía actuar sin ser visto ni oído. Esta es la verdadera medida en la que debe considerarse la grandiosidad de aquella batalla.

Otro aspecto de la misma no puede ser silenciado. Ya en 1941, los jefes del Estado Mayor elaboraban los planes para pasar de la defensiva a la ofensiva. Todos se daban perfecta cuenta de que cuando llegase este momento crucial debería desplegar en Gran Bretaña un gran ejército aliado, con una inmensa y eficaz organización logística. Gran parte de este ejército y de su organización tenía que hacer llegar, necesariamente, desde la otra orilla del Atlántico, hombres, medios y materiales de todas clases. La seguridad en las aguas atlánticas era de importancia vital para los fines de esta gran operación, y sólo una victoria decisiva sobre los *U-Boot* podría garantizarla.

Esta batalla por las rutas del Atlántico era el resorte vital de todo el engranaje bélico: el fracaso de esta operación llevaría consigo, inevitablemente, la ruina de toda la causa aliada. Se trataba, pues, del único medio para poder alcanzar la victoria final.

En 1941, las pérdidas de buques mercantes fueron muy graves. Sólo los *U-Boot* hundieron 432 barcos, con un total de 2.171.754 toneladas, mientras los aviones se anotaron el hundimiento de otros 371 buques, con un total de 1.017.422 toneladas. Los mercantes armados y las unidades corsarias destruyeron a su vez 84 buques, y otros 111 (203.842 toneladas) se perdieron en los campos minados que el enemigo había colocado en torno a las costas inglesas. En conjunto, en 1941, las pérdidas sumaron 1299 buques, con un total de 4.328.558 toneladas, pérdidas que superaban ampliamente la capacidad productora de los astilleros aliados.



Estas cifras bastarían para dar una idea de lo dura que era aquella batalla; pero aún fueron superiores las cifras del año siguiente. Solamente los *U-Boot* superaron el total del año 1941 en casi dos millones de toneladas (6.226.215 toneladas). Los Aliados perdieron en 1942 1644 buques, con un total de 7.790.697 toneladas.

«La ofensiva de los *U-Boot* –escribió Churchill– fue la peor de nuestras desdichas. En realidad, en ningún otro teatro de operaciones, quizá con la excepción del Pacífico, el cuadro general de la situación era tan caótico». Los alemanes concentraban casi por entero su producción naval en el campo de los submarinos. Excluidos los destinados al adiestramiento y a otros empleos, el número de *U-Boot* disponibles para las operaciones marítimas se elevó de 91, en enero de 1942, a 196 en octubre; a 212 a finales de año, y llegó a alcanzar un máximo de 240 en abril de 1943.

La entrada de Estados Unidos en la guerra, inició, para los jefes del arma submarina, un segundo «período feliz». En efecto, durante seis meses, Estados Unidos se sirvieron de patrullas, navales y aéreas, para hacer frente a los ataques de los *U-Boot*, pese a que la experiencia inglesa ya había demostrado sobradamente que el sistema de los convoyes era el único eficaz. Inmediatamente después de la declaración de guerra a los Estados Unidos, el almirante Doenitz, comandante en jefe de los *U-Boot*, envió cinco de ellos a las aguas americanas, aumentando gradualmente el número hasta 21. En junio de 1942, cuando los americanos, por fin, empezaron a organizar todos sus barcos en convoyes, los *U-Boot* ya habían hundido no menos de 505 mercantes.

Doenitz y el Alto Mando alemán habían calculado que, de ser posible hundir un promedio mensual de 800.000 toneladas de buques mercantes aliados, la victoria del Eje estaría asegurada. En 1942, las pérdidas infligidas a los Aliados sólo fue un poco inferior a las 650.000 toneladas al mes; mas los optimistas informes relativos al tonelaje conjunto de buques hundidos, presentado por los comandantes de los *U-Boot*, inducían a Doenitz a calcular que su objetivo de las 800.000 toneladas estaba a punto de ser alcanzado. Pero incluso la pérdida de 650.000 toneladas al mes ya representaba, para los Aliados, un total insostenible, muy superior a su capacidad de producir nuevas unidades. Y lo cierto es, que, en aquellos sombríos meses de 1942, la posibilidad de una derrota en el Atlántico y, en consecuencia, la pérdida de la guerra, estaba en la mente de todos.

Un arma nueva para los Aliados

Pero en 1942 empezaron a salir de los astilleros las fragatas planeadas en 1939 y en 1940. Se trataba de navíos dotados de la velocidad y de la autonomía indispensables para la batalla del Atlántico. Las nuevas fragatas antisubmarinas dieron una solución al problema. El aumento, en conjunto, de la fuerza naval, a consecuencia de su incorporación, permitió al almirante Noble constituir grupos de apoyo que se destinarían a reforzar las defensas de cualquier convoy amenazado. Mientras el grupo de escolta normal podía continuar la navegación con los mercantes, asegurándoles la necesaria defensa próxima, el grupo de apoyo podía efectuar prolongadas operaciones de caza, empleando sus ecogoniómetros durante las fases de ataque para no dejar escapar al *U-Boot* detectado. El primer grupo de apoyo, a las órdenes del comandante F. J. Walker, empezó a navegar la tercera semana de septiembre de 1942; pero otros acontecimientos retrasarían después el pleno aprovechamiento de este nueva contribución a la batalla del Atlántico.

Casi simultáneamente a la puesta en servicio de las fragatas, también entraron en acción las nuevas armas de tiro balístico; primero, el *Hedgehog*, mortero que lanzaba 24 cargas de profundidad ante el buque atacante, y después el *Squid*, que lanzaba una salva de tres cargas de grueso calibre. El antiguo método de ataque, basado en el lanzamiento de las cargas a popa de los buques, tenía un grave inconveniente y era que durante la fase de ataque el contacto radiogoniométrico con el *U-Boot* se interrumpía y por ello las fases finales debían efectuarse según datos aproximados. En cambio, las nuevas armas, que podían lanzar las cargas en todas direcciones, permitían mantener el contacto ecogoniométrico durante todo el ataque, lo que significaba la mayor ventaja para la precisión del tiro.

A fines del verano de 1942 entró en servicio el *Avenger*, primero de los nueve pequeños portaaviones encargados, el año anterior, a Norteamérica, y a fin de año se pusieron otros seis a disposición de la Flota. Estos portaaviones constituirían una respuesta decisiva a la amenaza de los *U-Boot*, puesto que sus aviones podrían vigilar aquellas zonas del Atlántico no alcanzables por los aparatos que tenían su base en tierra.

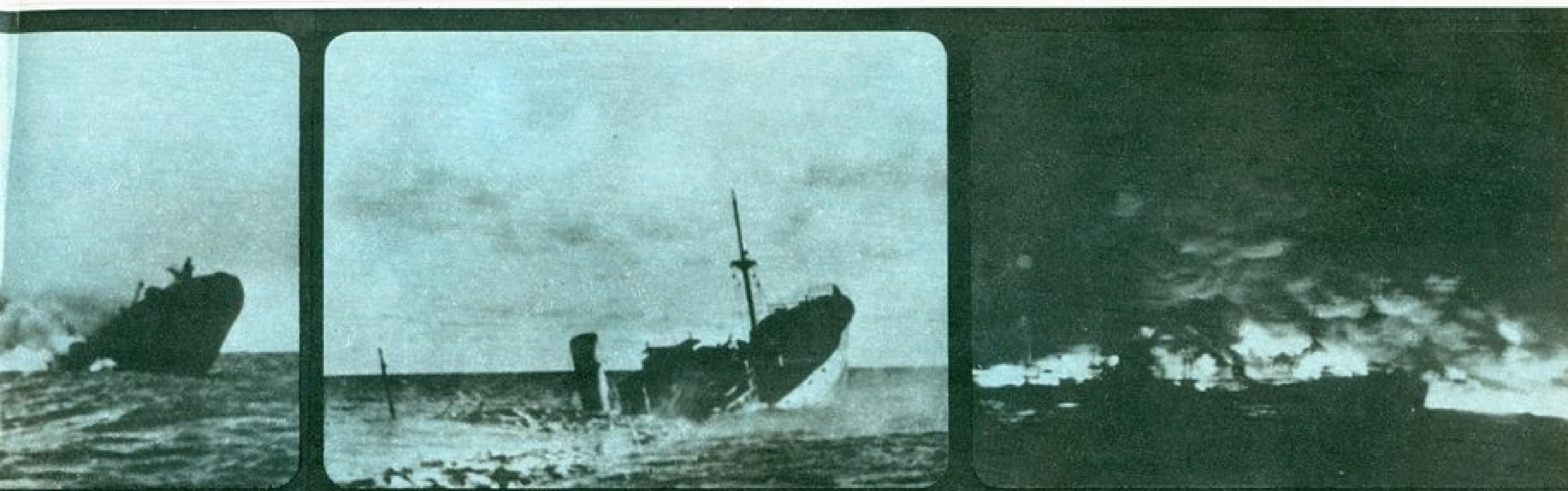
Así, pues, en las postrimerías del otoño de 1942, todo estaba dispuesto en el Atlántico para que los Aliados pudieran pasar a la ofensiva. Gracias a los grupos de apoyo que reforzaban la escolta de superficie, a los pequeños portaaviones que aseguraban la escolta aérea indispensable en las zonas atlánticas antes indefensas y a las nuevas armas de ataque, el futuro aparecía mucho más esperanzador. En noviembre de 1942 llegó a Liverpool, en calidad de comandante en jefe, el almirante sir Max Horton. Este marino, que ya se había distinguido brillantemente en las operaciones submarinas, reveló en su nueva actividad un profundo y directo conocimiento de este tipo de guerra en todos sus aspectos. Heredaba del almirante Noble una organización en la cual la mayor parte del trabajo básico ya estaba en marcha y un mando que tenía a su disposición fuerzas cada vez más adecuadas.

Pero en otoño de 1942, precisamente cuando las fuerzas de escolta estaban ya dispuestas para pasar a la ofensiva, se abatió sobre el mando de los *Western Approaches* un golpe inesperado. La Operación «Torch», o sea la invasión de África del Norte francesa, se organizó en noviembre, como se sabe, y entonces tanto los portaaviones de escolta como los grupos de apoyo, apenas constituidos, fueron separados de las rutas de los convoyes del Atlántico para engrosar la protección de los convoyes que debían transportar a las tropas de invasión. Esta campaña norteafricana iba a durar hasta mayo de 1943, y por ello, hasta fines de marzo, las fuerzas de escolta en el Atlántico tuvieron que proseguir la batalla privadas, una vez más, de la necesaria protección aérea y sin grupos de apoyo.

A principios del nuevo año, la suma de pérdidas en el Atlántico no difirió mucho de las cifras de 1942. En enero, las desfavorables condiciones atmosféricas obstaculizaron, en gran parte, la actividad de los *U-Boot* y las pérdidas sumaron tan sólo 203.000 toneladas. Pero en febrero la cifra ascendió de nuevo a 359.000 y en marzo alcanzó otra vez las 627.000 toneladas, media mensual del año 1942. Fue en este mismo mes cuando se hizo pública, en el curso de una conferencia de Washington, la decisión estadounidense de retirar por completo sus propias unidades navales en el Atlántico.

Y precisamente mientras se estaba celebrando esta conferencia, fue cuando se produjo en el Atlántico uno de los más terribles y desastrosos episodios de toda la guerra. Dos convoyes habían zarpado de Halifax en dirección a Gran Bretaña: uno rápido, formado por 25 buques, y otro lento, con 52. El convoy rápido fue avistado por un *U-Boot* apenas iniciada su travesía, y casi inmediatamente ocho submarinos arremetieron contra él. En el transcurso de tres días y de tres noches consiguieron hundir doce buques mercantes. Unas cuantas millas más adelante, fue avistado y señalado el segundo convoy, el lento, y entonces una formación de doce *U-Boot* se dispuso a atacarlo. Cuando los dos convoyes estaban acercándose uno a otro fueron atacados conjuntamente por los dos grupos de submarinos, que arrollaron a las unidades de escolta infligiéndoles graves pérdidas. Entre los dos convoyes fueron hundidos 21 buques, con un total de 141.000 toneladas.

Lo peor de este descalabro fue que las fuerzas de escolta sólo consiguieron hundir un *U-Boot*. Se trató, indudablemente, de una grave derrota, tanto más inquietante cuanto que había sucedido en el momento en que los Aliados empezaban a vislumbrar un leve rayo de esperanza en aquella lucha desesperada.



Buques mercantes aliados se hunden en aguas del Atlántico a consecuencia de los ataques desencadenados por los submarinos alemanes. El problema de la protección de los convoyes se reveló grave en el curso de los años 1941-1942, puesto que los Aliados no disponían todavía del número suficiente de escoltas navales o aéreas para defenderse de los *U-Boot* (Bibliothek für Zeitgeschichte - Sado - Opera Mundi)

El punto álgido de la batalla

En marzo de 1943, nadie dudaba ya de que la batalla del Atlántico había alcanzado su punto álgido y que el sucesivo desenvolvimiento de las operaciones en el transcurso de los próximos tres o cuatro meses señalaría, inexorablemente, el principio de la derrota para una de las dos partes beligerantes. El almirante Doenitz estaba llevando a cabo un esfuerzo supremo, concentrando en el Atlántico septentrional nada menos que 112 *U-Boot*, sobre un total de fuerzas operativas que sumaban 240 unidades. Enardecidos por los constantes éxitos logrados, y estando además magníficamente preparados, gracias a la naturaleza misma de la guerra submarina, los comandantes de los *U-Boot* podían imponer sus propios métodos de combate. Casi sin excepción, las «jaurías» de submarinos se concentraban en los sectores que se hallaban fuera del radio de acción de las escoltas aéreas, aniquilando allí a sus víctimas.

Pero en los últimos días de marzo regresaron al Atlántico los portaaviones de escolta, libres al fin de su intervención en la Operación «Torch». Con ellos llegaron también los grupos de apoyo, de modo que, finalmente, los Aliados pudieron contar con la posibilidad de dar caza a los *U-Boot*. Al mismo tiempo, otros dos acontecimientos influyeron de un modo notable en el desarrollo de la batalla. Valiéndose de su autoridad como jefe supremo de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, el presidente Roosevelt intervino personalmente para que se asignaran al Atlántico los aviones *Liberator*, de gran radio de acción, que América había prometido. Así, a fines de marzo, operaban ya en el Atlántico septentrional veinte de tales aparatos.

La otra gran contribución la proporcionaron los científicos, ultimando un radar de onda cortísima que podía detectar los objetos más minúsculos en el mar, y contra el que nada podían hacer los interceptores alemanes de eco-radar instalados en los *U-Boot*. Estos radares centimétricos permitieron detectar con más facilidad a los *U-Boot* atacantes, y con la inmensa ventaja de que éstos ignoraban haber sido descubiertos. El nuevo tipo de radar empezó a instalarse también en los aviones, si bien otras exigencias priorativas, que la RAF debía atender, retrasaron su asignación al mando costero.

A primeros de mayo se trabó otra gran batalla, que permitió poner a prueba, por primera vez, la eficacia real de los grupos de apoyo y de la escolta aérea en la guerra antisubmarina. Un convoy que se dirigía hacia un puerto extranjero, se vio obligado a aminorar la marcha a causa de una violenta tormenta que se desencadenó al sur de Groenlandia, y quedó en parte disperso, precisamente en el sector donde solían operar los *U-Boot*. Y, en efecto, una «jauría» constituida por doce de estas unidades se concentró inmediatamente en torno al convoy. Se trataba de una de esas situaciones para las que habían sido expresamente creados los grupos de apoyo; mientras los mercantes se acercaban a la zona peligrosa, dos de tales grupos recibieron la orden de zarpar de St. John's, en Nueva Escocia. Su navegación fue lenta a causa de la tormenta, y por ello, cuando llegaron al punto señalado, los *U-Boot* ya habían hundido nueve buques, cinco en el curso de ataques nocturnos y cuatro al día siguiente. Pero una de las unidades de escolta, la corbeta *Pink*, atacó y hundió al *U-192*.

Los dos grupos de apoyo alcanzaron a todo el convoy aquella misma noche y, por primera vez, los *U-Boot* tuvieron que enfrentarse con las nuevas medidas adoptadas por los ingleses. Mientras los transportes se reunían y se reorganizaban después de la tormenta, los *U-Boot* reanudaron su ataque; pero entonces cada uno de ellos fue localizado y neutralizado antes de que pudiera causar el más leve daño a los mercantes. El *Loosestrife* localizó, persiguió y hundió al *U-638*; el destructor *Vidette* interceptó, con el ecogoniómetro, al *U-125* y lo hundió con su aparato *Hedgehog*; el *Oribi* hundió al *U-531*, y la cañonera *Pelican* localizó y persiguió, también con ayuda del ecogoniómetro, al *U-438*, hasta alcanzarlo y hundirlo. Otros dos submarinos fueron destruidos por los aviones que operaban sobre el convoy: el *U-710* por un avión del mando costero y el *U-630* por un avión de la Aviación militar canadiense. Por último, el *U-659* y el *U-439* chocaron entre sí, en la oscuridad, y se hundieron.

Esta batalla significó una grave derrota para los alemanes, y el destino de los siguientes convoyes demostraría lo importante que había sido aquel encuentro. En efecto, poco después, un convoy rápido perdió tres barcos, mas el precio que pagó el enemigo fue el hundimiento de tres submarinos. Otro convoy lento perdió dos barcos, pero también fueron hundidos dos *U-Boot* y otros resultaron gravemente averiados. Todavía más importante fue lo que ocurrió en el caso del siguiente par de convoyes. El lento llegó a Gran Bretaña con todos los buques mercantes con que había partido, dejando tras él los restos de cinco *U-Boot* hundidos: los *U-954*, *U-258*, *U-209*, *U-273* y *U-381*. Incluso el convoy rápido llegó sin sufrir pérdidas, mientras el *U-752* iba a reunirse con los demás en el fondo del Atlántico.

Quizá sean más espectaculares todavía, en su conjunto, las cifras relativas a los meses de abril a julio. En abril, cuando el nuevo sistema de escolta, de superficie y aérea, estaba empezando a dar sus frutos, los *U-Boot* hundieron aún 245.000 toneladas de buques mercantes, perdiendo ellos 15 unidades propias. En mayo, hundieron 165.000 toneladas, con la pérdida de 40 submarinos; en junio, las cifras fueron de 18.000 toneladas y 17 *U-Boot* perdidos, y, en julio, de 123.000 toneladas a cambio de la irreparable pérdida de 37 submarinos.

Frente a pérdidas de esta magnitud no puede extrañar que la moral de las tripulaciones de los *U-Boot* sufriese un duro golpe. Se trataba, en verdad, de un sorprendente cambio en el desarrollo de la batalla del Atlántico y ello se revelaba con mayor claridad si se tenía en cuenta que aún no habían pasado más de cinco semanas desde el momento en que se iniciara aquella contraofensiva en gran escala contra los submarinos. Después de las decisivas batallas de mayo, durante casi tres meses no hubo indicios de la presencia de submarinos alemanes en el Atlántico y, cuando volvieron, aunque lo hicieron en mayor número que antes, resultó evidente que los comandantes habían perdido gran parte de su voluntad de ataque.

En un aspecto puramente objetivo, podría atribuirse la victoria aliada en la batalla del Atlántico a la intervención de los grupos de apoyo, a la asignación de una escolta constante a los convoyes, al radar centimétrico y a las nuevas armas proporcionadas por científicos y técnicos.

Pero las causas reales de la victoria eran bastante más profundas; residían, sobre todo, en la habilidad y en la resistencia de los hombres que integraban las tripulaciones de las unidades de escolta y de los buques mercantes; en su rebeldía a no resignarse a la derrota, en los días sombríos de 1941 y 1942; en aquel valor que les daba la fuerza necesaria para volver, una vez y otra, a aquel inmenso campo de batalla, donde las probabilidades de éxito eran claramente desventajosas para ellos.

Ganada la batalla del Atlántico, un ininterrumpido fluir de convoyes, eficazmente protegidos y prácticamente inmunes ya al peligro de ser destruidos, comenzó a cruzar el Atlántico, llevando a Gran Bretaña tropas, cañones, carros de combate y todos los recursos necesarios para lanzar, en 1944, el ataque final contra la Europa ocupada por los alemanes.

Así, una vez más, se repetía la historia: en efecto, todas las guerras han demostrado que la victoria en el mar precede siempre a la victoria sobre tierra firme. A mediados de 1943, los Aliados habían ganado la guerra en el mar; la Marina de guerra aliada había llevado a término la misión que se le confiara. Correspondía ahora a las fuerzas de tierra y del aire lanzarse a la lucha y asegurar la victoria final.

EL ULTIMO TRIUNFO DE LOS "U-BOOT"

Fue a principios de 1943 cuando el Servicio B, la organización de alarma-radio alemana, logró descifrar la clave naval que utilizaban los Aliados para comunicarse con los convoyes que navegaban por el Atlántico.

El Mando alemán no perdió el tiempo, y se dispuso a aprovechar este triunfo. Entre las señalizaciones interceptadas y descifradas figuraban las directrices impartidas a dos convoyes, que habían zarpado de Nueva York unos días antes, para que alterasen el rumbo, con el propósito de evitar una concentración de *U-Boot* localizada en su prevista ruta septentrional.

El almirante Doenitz ordenó inmediatamente a sus unidades que se dirigieran hacia el Sur, con objeto de interceptar al primer convoy, el *SC-122*, en la ruta que, según el Servicio B, debía seguir. Los *U-Boot* que recibieron esta orden eran doce y constituían el grupo *Raubgraf*.

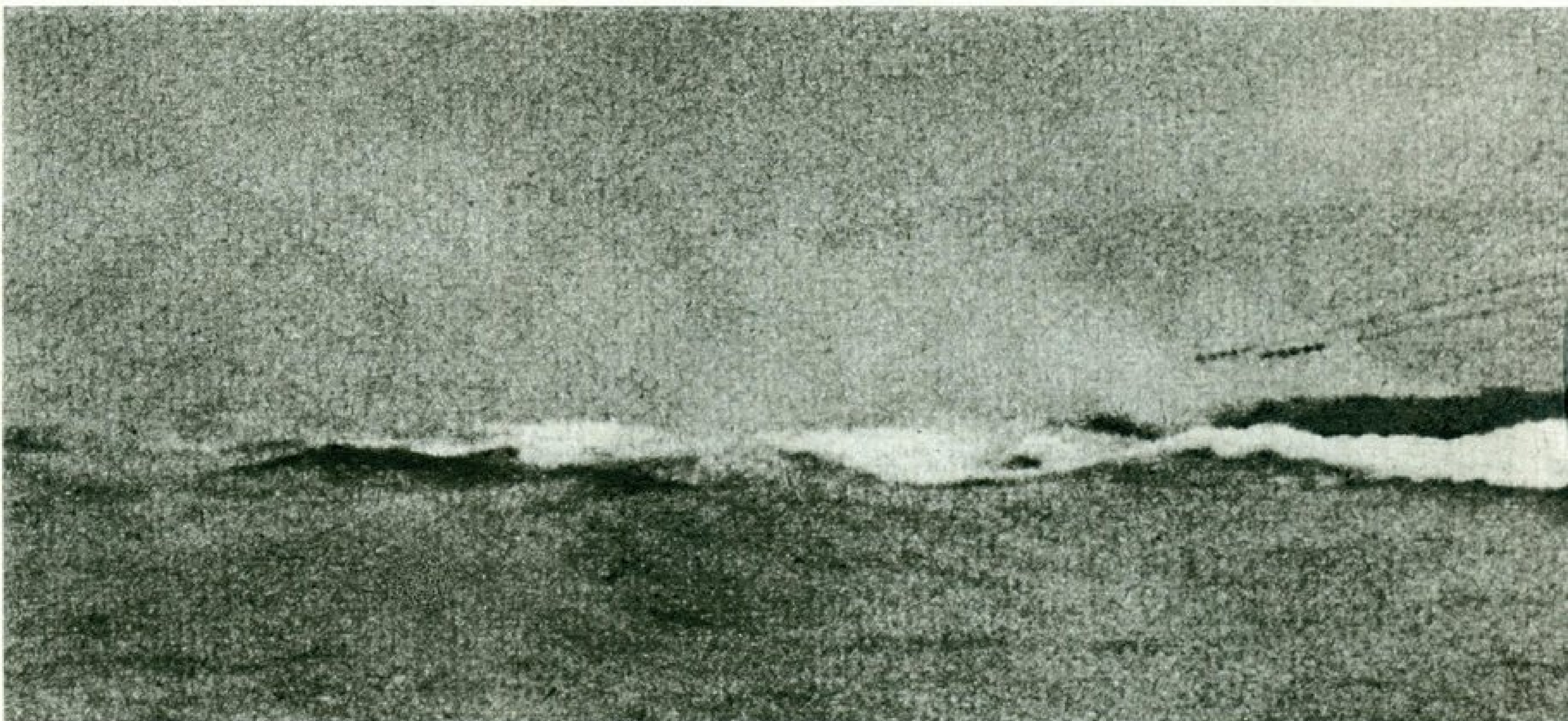
Otros catorce submarinos constituyeron el grupo *Stürmer*, flanqueados por otros cuatro que acababan de abandonar los puertos de Francia occidental. Otros nueve formaron el grupo *Dränger*, flanqueados asimismo por otros dos submarinos también procedentes de Francia. Esta gran formación se desplegó a lo largo de una línea que corría de Norte a Sur y que coincidía con el límite del radio de acción de los aviones aliados. Apenas constituidos, estos grupos de *U-Boot* recibieron la orden de dirigirse hacia las costas de Estados Unidos, con la esperanza de interceptar al *HX-229*, el segundo convoy localizado por el Servicio B.

Pero las condiciones atmosféricas eran tan desfavorables que el grupo *Raubgraf* llegó con retraso a la zona asignada. Cuando, por fin, pudo alcanzar la ruta que se suponía debía seguir el *SC-122*, la superficie del Atlántico aparecía desierta.

Mas, la tarde del día 15 de marzo, la fortuna pareció sonreír a los *U-Boot*: en efecto, el *U-91* avistó a un destructor que navegaba hacia el Este e, inmediatamente, los submarinos pusieron proa en aquella dirección. Como no se veía ningún otro barco enemigo, el grupo *Raubgraf* se dividió en dos. Cuatro de sus unidades recibieron la orden de seguir rastrillando la zona; las otras deberían dirigirse hacia el Este, sin alejarse demasiado, por si el convoy hubiera logrado deslizarse sin ser visto. Mas, al parecer, aquel destructor escoltaba a un convoy fantasma, pues la operación de rastreo no reveló nada nuevo.

Sin embargo, la suerte parecía seguir favoreciendo a los alemanes. Un *U-Boot* aislado, el *U-653* que en aquellos momentos estaba intentando regresar a su base con un motor averiado a consecuencia de un ataque anterior, se dio cuenta, de pronto, de que se hallaba en el centro mismo de un gran convoy: se trataba de 38 barcos, entre ellos nueve petroleros, formados en línea de fila sobre 11 columnas. El submarino se separó apresuradamente a fin de poder seguir el convoy a una distancia razonable, y señaló al mismo tiempo su avistamiento al BdU.

Doenitz transmitió, sin pérdida de tiempo, esta señalización a su flota de submarinos y ordenó a todo el grupo *Raubgraf*, a dos unidades que acababan de repostar en un submarino cisterna y a las otras once unidades desplegadas más al Sur del grupo *Stürmer*, que alcanzaran a toda marcha la zona donde había sido avistado el convoy y le dieran caza. Doenitz suponía que se trataba del convoy *SC-122*; pero, en realidad, el avistado era el otro, o sea el convoy rápido *HX-229*. Cuando el



Jürgen Rohwer

Para las tripulaciones de los "U-Boot" el fin se presentó con un impresionante efecto teatral, que tal vez pudo ser previsto y, por tanto, evitado. Aunque fuera posible dotar a los "U-Boot" de nuevas armas ofensivas, éstas ya no podían competir con las técnicas puestas al día por las Marinas de guerra aliadas, que, por fin, estaban recibiendo las armas, el equipo y el material indispensable para proteger de forma eficaz a sus convoyes. Un ex oficial, perteneciente a la dotación de un submarino alemán, describe en estas páginas uno de los episodios de aquella larga y dura batalla por el dominio de las rutas marítimas.

Servicio B, todavía ocupado en interceptar y descifrar las señales aliadas, informó que el *HX-229* se estaba acercando al Norte, Doenitz envió a los seis restantes *U-Boot* del grupo *Stürmer* y a los once del *Dränger* a interceptarlo. Pero el Servicio B había interpretado mal las señalizaciones y le correspondió al grupo *Raubgraf* desencadenar el ataque en solitario.

Los submarinos de este grupo se acercaron al convoy por la derecha y, como quiera que a lo largo de todo el frente y flancos de las once columnas del mismo sólo navegaban cuatro destructores, los *U-Boot* pudieron atravesar fácilmente aquella débil pantalla protectora.

Inició el ataque el *U-603*. A las 22 horas, su comandante, el teniente de navío Bertelsmann, ordenó lanzar tres torpedos de superficie FAT y un torpedo eléctrico normal. Los FAT alcanzaron al convoy siguiendo su prevista trayectoria curvilínea. Uno de ellos alcanzó al buque de carga noruego *Elin K*, que iba en cabeza, el cual se fue a pique en pocos minutos.

Hora y media más tarde, el *U-758*, que navegaba al flanco del convoy, lanzó por su derecha dos FAT y dos torpedos eléctricos. Uno alcanzó al paquebote holandés *Zaanland*, otro al buque americano *James Oglethorpe*; ambos navíos quedaron inmovilizados.

Los daños sufridos en estos primeros ataques fueron suficientes para poner en un grave aprieto a toda la formación de escolta. Tres de los destructores se vieron obligados a detenerse para recoger a los supervivientes, de modo que sólo quedó uno de ellos para defender a todo el convoy. Como es lógico, éste no pudo hacer otra cosa que navegar arriba y abajo, por delante del convoy, dejando, por lo tanto, al descubierto los dos flancos. El *U-435* atacó el indefenso flanco izquierdo, y sus dos primeros torpedos FAT alcanzaron de lleno al buque americano *William Eustis*, consiguiendo inmovilizarlo.

A las 2,30 horas, el *U-435*, que acababa de cargar de nuevo sus tubos lanzatorpedos de proa, se colocó en posición de tiro por el flanco izquierdo del convoy y lanzó dos FAT y dos torpedos de ascensión magnética.

El *U-600*, al mando del teniente de navío Zurmühlen, sin ser descubierto, logró lanzar desde proa cinco FAT en dirección al convoy. El primer torpedo alcanzó de lleno al buque inglés *Nariva*, dos alcanzaron al americano *Irene Du Pont* y el cuarto incendió al *Southern Princess*.

El último submarino del grupo *Raubgraf*, el *U-228*, atacó a las 5,34 horas de la madrugada, pero se hallaba demasiado distanciado y sus tres torpedos no alcanzaron el objetivo.

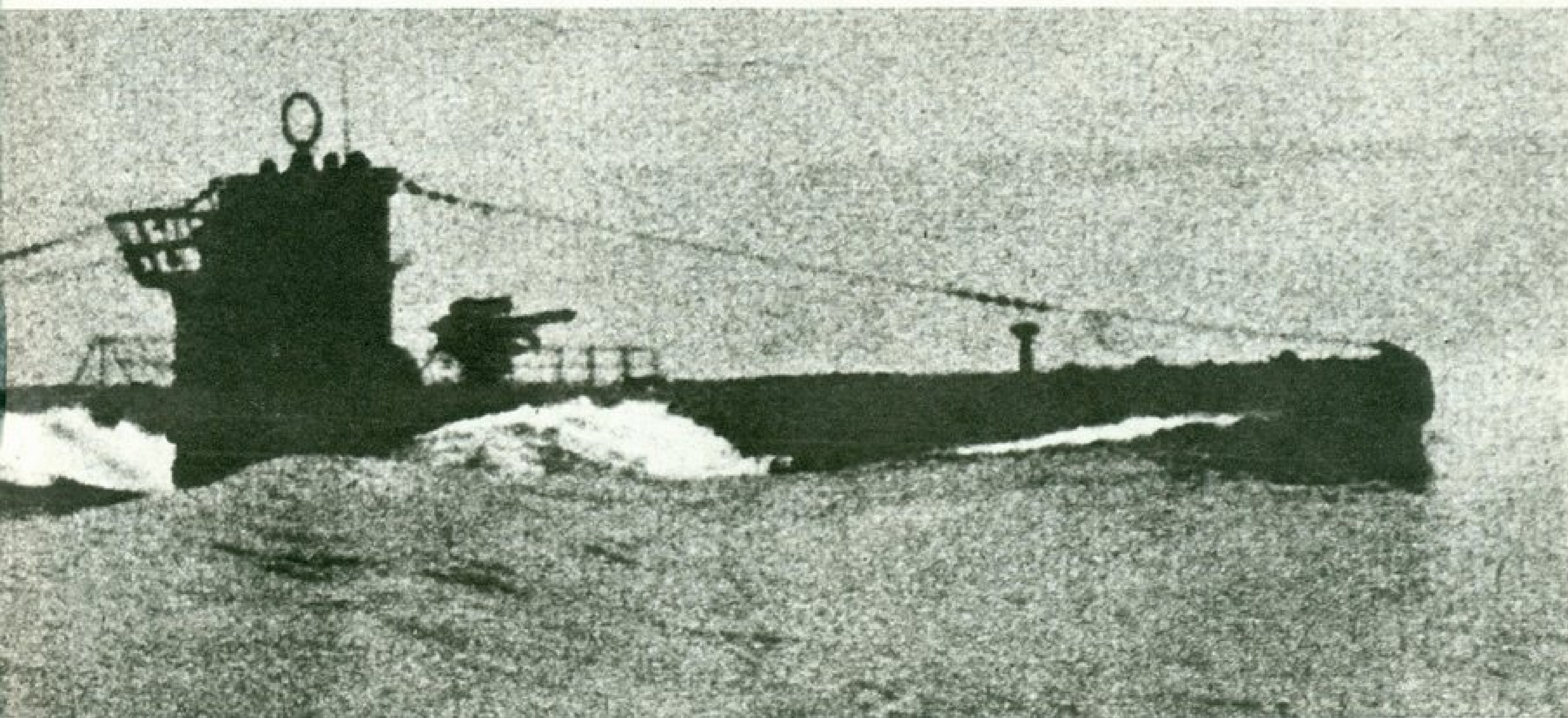
En el transcurso de la noche del 16 al 17 de marzo, los once submarinos del grupo *Stürmer*, que creían estar navegando en la dirección del ya localizado *HX-229*, tropezaron, casualmente, con el *SC-122*. Este convoy iba fuertemente escoltado y, hacia la medianoche, los radiogoniómetros HF/DF interceptaron varias señalizaciones que indicaban que seis *U-Boot*, por lo menos, estaban navegando en un radio de acción de 20 millas en torno al convoy. En efecto, poco después, los submarinos alemanes se dispusieron para atacar; pero las unidades de escolta estaban alerta y los *U-Boot* se vieron obligados a alejarse sin poder lanzar sus torpedos. Sólo el *U-338*, del teniente de navío Kinzel, consiguió acercarse a los buques mercantes. Al llegar frente a la séptima columna, lanzó, a corta distancia, cuatro torpedos. Pocos instantes después de haber lanzado los dos primeros, Kinzel oyó dos explosiones y vio una inmensa columna de humo que se elevaba de uno de los buques, el cual, presa de las llamas, escoraba peligrosamente. Los torpedos de Kinzel no sólo habían alcanzado al *Kingsbury*, sino también al buque que iba detrás, el *Kings Gruffydd*. Ambos se hundieron en menos de una hora. Los dos torpedos siguientes alcanzaron al buque holandés *Alderamin*, cuyos cuatro mástiles le convertían en un blanco muy fácil. Mientras se alejaba, Kinzel lanzó todavía un torpedo de popa en dirección del *Glenapp*, buque del comodoro y comandante del convoy. El torpedo sobrepasó al *Glenapp*, cruzó por entre la novena, la décima y la undécima columnas, y fue a estrellarse contra el *Fort Cedar Lake*.

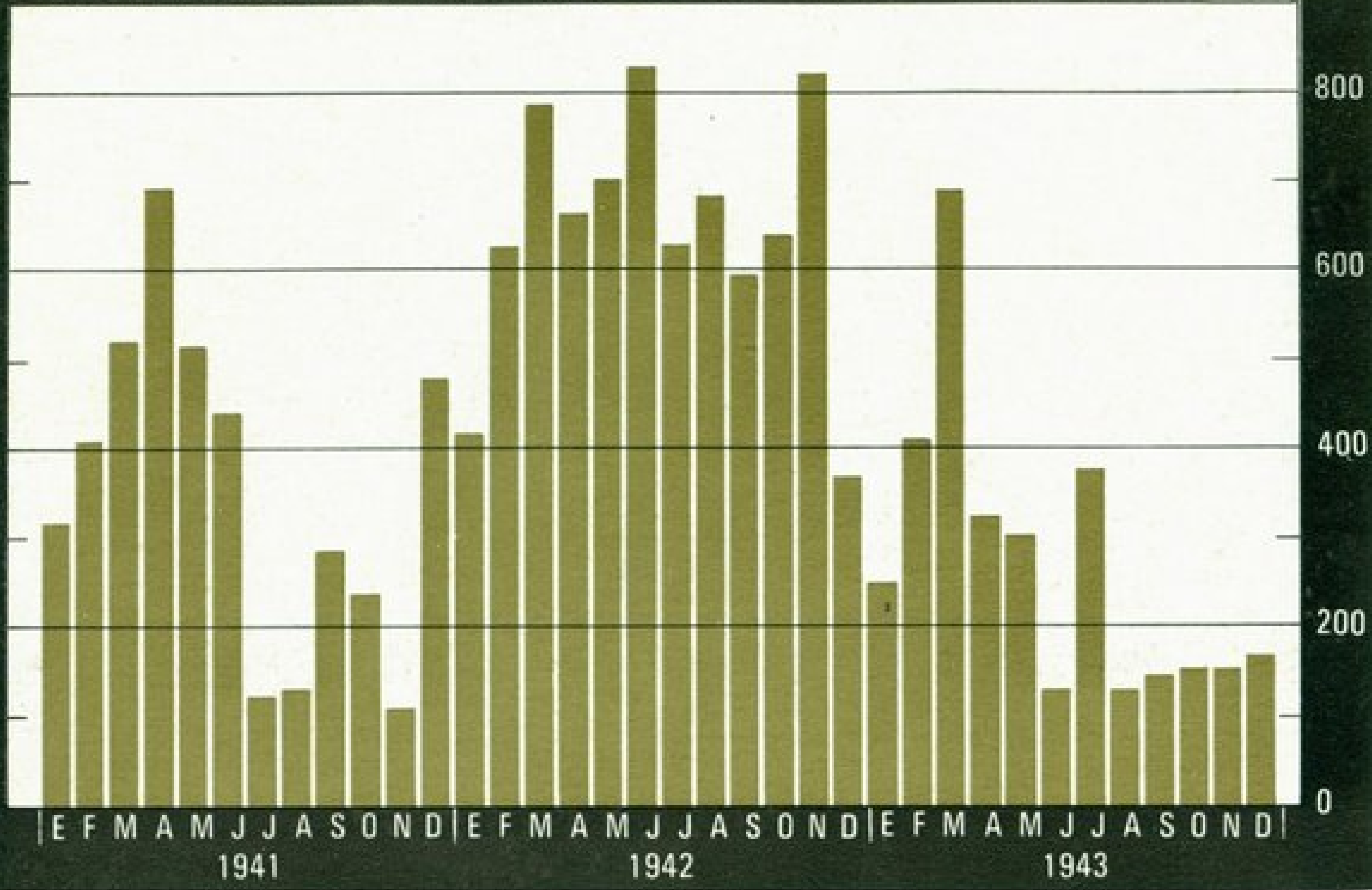
Por las señales radio enviadas por los *U-Boot*, en el curso de la mañana del 17 de marzo, su comandante en jefe comprendió que sus submarinos habían interceptado, por separado, a ambos convoyes y que el *SC-122* debía estar, en aquellos momentos, navegando casi a unas 120 millas por delante del *HX-229*. Pero como las condiciones atmosféricas seguían siendo adversas, resultaba difícil establecer la posición exacta de los submarinos después de tantos días de navegación y de las constantes maniobras realizadas; de modo que Doenitz, no pudiendo dictar órdenes precisas, decidió permitir a sus unidades que actuasen según su criterio. En aquel momento se sentaron las bases de un éxito rotundo. Antes de que oscureciera, casi 28 *U-Boot* lograron situarse en posición de ataque, mientras el grupo *Raubgraf* contribuía, con sus señalizaciones, a mantener a los submarinos en el rumbo exacto del convoy.

Mas, durante la mañana del 17 de marzo, el *SC-122* logró alcanzar el límite de la zona cubierta por los aviones de escolta con base en Islandia, y entonces todos los submarinos, menos uno, acosados por los aviones y por los destructores, tuvieron que sumergirse o situarse a popa del convoy.

Fue nuevamente el *U-338* de Kinzel la unidad que desencadenó, en solitario, el ataque. A las 13,52 horas, Kinzel lanzó, en rápida sucesión, cuatro torpedos. El primero alcanzó al buque panameño *Granville*, que se hundió en menos de media hora. Se oyeron otras tres detonaciones, pero resultaron ser otras tantas cargas de profun-

Un *U-Boot* durante su fase de emersión. El 15 de marzo de 1943, dos «jaurías» de *U-Boot* atacaron dos convoyes aliados procedentes de Nueva York. En el curso del combate, que duró cuatro noches, fueron hundidos 21 buques aliados de los 98 que integraban los convoyes, con un total de 140.842 toneladas. *(History of the Second World War)*





lidad lanzadas por las unidades de escolta. El nuevo ataque desencadenado contra el *HX-229*, aquella misma mañana, dio mejores resultados.

En efecto, a las 7,39 horas, el *U-91* encontró al *James Oglethorpe*, que, con su comandante y una tripulación reducida a lo más indispensable, había conseguido reemprender el rumbo, dirigiéndose dificultosamente en ayuda del *William Eustis*. El *U-91* hundió a ambos buques con una triple salva de torpedos.

Nuevos *U-Boot* alcanzaron la zona para participar en lo que ya parecía iba a ser una verdadera cacería. El *U-665*, del grupo *Stürmer*, lanzó un par de torpedos contra el *Fort Cedar Lake*, que ya había sido alcanzado antes por los torpedos de Kinzel. Poco después, a las 13 horas, el *U-384* y el *U-631* atacaron por la derecha. Uno de los torpedos del *U-384* alcanzó al buque inglés *Coracero* y el *U-631*, con un solo golpe bien centrado, alcanzó al barco holandés *Terkoelei*.

Por su parte, el *U-91*, tras haber hundido a los los buques averiados, continuó navegando en la estela del convoy, y poco después de las 15 horas se encontró frente a otros dos buques a la deriva. Uno de los tres barcos torpedeados durante la noche por el *U-600*, el *Southern Princess*, zozobró a las 10,30 horas, mientras la última unidad de la escolta abandonaba la zona a las 12,30. Los dos barcos a la deriva debían ser, por lo tanto, el *Irene Du Pont* y el *Nariva*. El teniente de navío Walkerling los hundió a los dos.

A las 16,30 llegó la escolta aérea para el convoy *HX-229*, y entonces se interrumpió el contacto.

Sin embargo, los demás submarinos consiguieron mantenerlo con el *SC-122*, y apenas oscureció, el *U-305*, del teniente de navío Bahr, se dispuso a atacar. Lanzó a larga distancia cuatro torpedos, pero el último quedó bloqueado en el tubo lanzatorpedos por un fallo mecánico. Los dos primeros alcanzaron al *Port Auckland* y al *Zouave*; este último se hundió en menos de cinco minutos. El tercer torpedo alcanzó, de nuevo, al *Port Auckland*, ya presa de las llamas. Pero, después de este ataque, el *U-305* se vio obligado a sumergirse ante la intervención de un destructor.

Llega la escolta aérea

El cielo despejó por la noche, y la intensa claridad de la luna impidió a los submarinos proseguir las operaciones, pues eran fácilmente localizados y obligados a retirarse. Las condiciones atmosféricas siguieron mejorando al día siguiente (18 de marzo): soplaba un viento de fuerza 6 y la visibilidad normal alcanzaba los 5 km, excepto durante las frecuentes ventiscas de nieve. La escolta aérea para los dos convoyes llegó en el curso de la mañana y varios submarinos se vieron obligados a sumergirse rápidamente.

El *HX-229* estaba menos protegido. A las 15,52 horas, el teniente de navío Trojer, del *U-221*, basándose en los informes y en las señales transmitidas por otros *U-Boot*, se infiltró entre las unidades de escolta del convoy y, con una hábil maniobra, lanzó cinco torpedos, incluidos dos FAT. Fueron alcanzados dos barcos, cada uno de ellos por dos torpedos: el carguero americano *Walter O. Gresham* y el importante buque frigorífico inglés *Canadian Star*.

Durante la noche del 18 al 19 de marzo, el convoy más rápido, o sea el *HX-229*, se había acercado tanto al *SC-122*, que ambos formaban ya, prácticamente, un solo conjunto. Cada vez resultaba más difícil para los comandantes de los submarinos distinguir a un convoy del otro, dificultad acrecentada por la incierta navegación de los *U-Boot*.

Los aviones regresaron a su base al anochecer, y entonces varios *U-Boot* tomaron contacto de nuevo con los barcos aliados. Pero los destructores de escolta seguían alerta y prontos a atacar con cargas de profundidad a cualquier submarino que apareciese por las cercanías. En efecto, siete de ellos se vieron obligados a interrumpir su acción. El *U-666* consiguió lanzar cinco torpedos, pero la distancia era excesiva y ninguno alcanzó el objetivo. Análoga suerte le correspondió al *U-441* a las 4,50. A las 5,06 horas el teniente de navío Stuckmeier, del *U-608*, intentó torpedear al buque de guerra inglés *Highlander*, con una triple salva.

El *U-666*, en su segundo ataque contra el convoy *SC-122*, fue más afortunado. A las 5,41 lanzó cuatro torpedos con un breve intervalo de tiempo entre cada uno. El primero falló el blanco, pero unos instantes después el teniente de navío Stengel oyó tres explosiones y vio elevarse inmensas columnas de agua. En realidad, tan sólo un torpedo había alcanzado al carguero griego *Carras*, que siguió a flote, aunque luego tuvo que ser abandonado por la tripulación.

En un principio, Doenitz había juzgado conveniente prolongar las operaciones hasta el amanecer del día 20 de marzo; pero, en las primeras horas de la mañana del 19, llegaron grandes formaciones aéreas, y seguirían llegando en número cada vez mayor puesto que los convoyes habían superado el límite de las 600 millas desde las bases terrestres de Islandia y de Irlanda del Norte. Por lo tanto, después del ataque desencadenado por el *U-666*, el convoy *SC-122* no volvió a ser hostigado.

En el curso de la mañana del 20 de marzo, por lo que se desprendía de los informes recibidos durante todo el día y la noche siguiente, se comprendió que los *U-Boot* ya no tenían ninguna posibilidad de volver a atacar con éxito. El convoy había penetrado definitivamente en el sector de mar comprendido dentro del radio de protección de los bombarderos, que eran cada vez más numerosos. Así, los submarinos recibieron la orden de interrumpir su acción y dirigirse al Sudoeste. A partir de entonces debían limitarse a aprovechar las eventuales ocasiones que se les presentaran de atacar en inmersión a los buques enemigos, aislados o siniestrados, que se cruzasen en su camino.

Sólo el *U-631* y el *U-441* prosiguieron la caza. No abandonaron al convoy hasta el final; pero pagaron cara su osadía, pues fueron descubiertos, bombardeados y gravemente dañados, viéndose obligados a batirse rápidamente en retirada.

Pero lo cierto es que de los 98 buques que zarparon de Nueva York, 21 habían sido destruidos por los submarinos alemanes, con un total de 140.842 toneladas. Otros 18 barcos de los convoyes anteriores *(HK-228* y *SC-121)* también fueron hundidos. En realidad, los últimos días de aquel tardío invierno presenciaron un verdadero triunfo de la Marina de Guerra alemana. En efecto, en los últimos diez días de febrero fueron hundidos 28 buques; en los primeros días de marzo, 41, y en la segunda década de marzo, 44, con un total de 695.600 toneladas.

El Alto Mando de los submarinos alemanes tenía motivos para sentirse orgulloso con estos resultados. De los 39 *U-Boot* a los que se había confiado, al principio, la misión, con seis de ellos siempre en fase de aproximación, el Mando había conseguido poner a 19 en contacto directo con los convoyes enemigos.

Pero lo más alentador era que toda aquella acción, que tan notables resultados había dado, sólo había costado la pérdida de un submarino.

Sin embargo, más tarde se puso de manifiesto que el mando alemán había valorado con exceso el éxito de aquella batalla. La razón primordial del triunfo de los *U-Boot*, en el curso de las operaciones efectuadas durante la primera noche, fue la debilidad de la escolta del convoy *HX-229*. *La del SC-122* era mucho más eficaz y había logrado rechazar a un número bastante importante de *U-Boot*, a decir verdad, a casi todos ellos, excepto al *U-338*, que consiguió un éxito bastante notable.

Los Aliados no tardaron en sacar conclusiones de esta experiencia. En las sucesivas batallas, al poder disponer de otros destructores de la *Home Fleet* (cuya eficiencia se vio acrecentada por el HF/DF y por el radar) y contando con la cobertura aérea que le proporcionaban tanto los bombarderos como los portaaviones, los convoyes aliados pudieron contrarrestar mucho mejor a las «jaurías» de *U-Boot* e, incluso pasar impunemente a través de ellas. Fue esta cobertura reforzada, la que, después de ocho semanas tan sólo de los desastres sufridos por el *HX-299* y el *SC-122*, cambiaría por completo la suerte de la batalla del Atlántico.



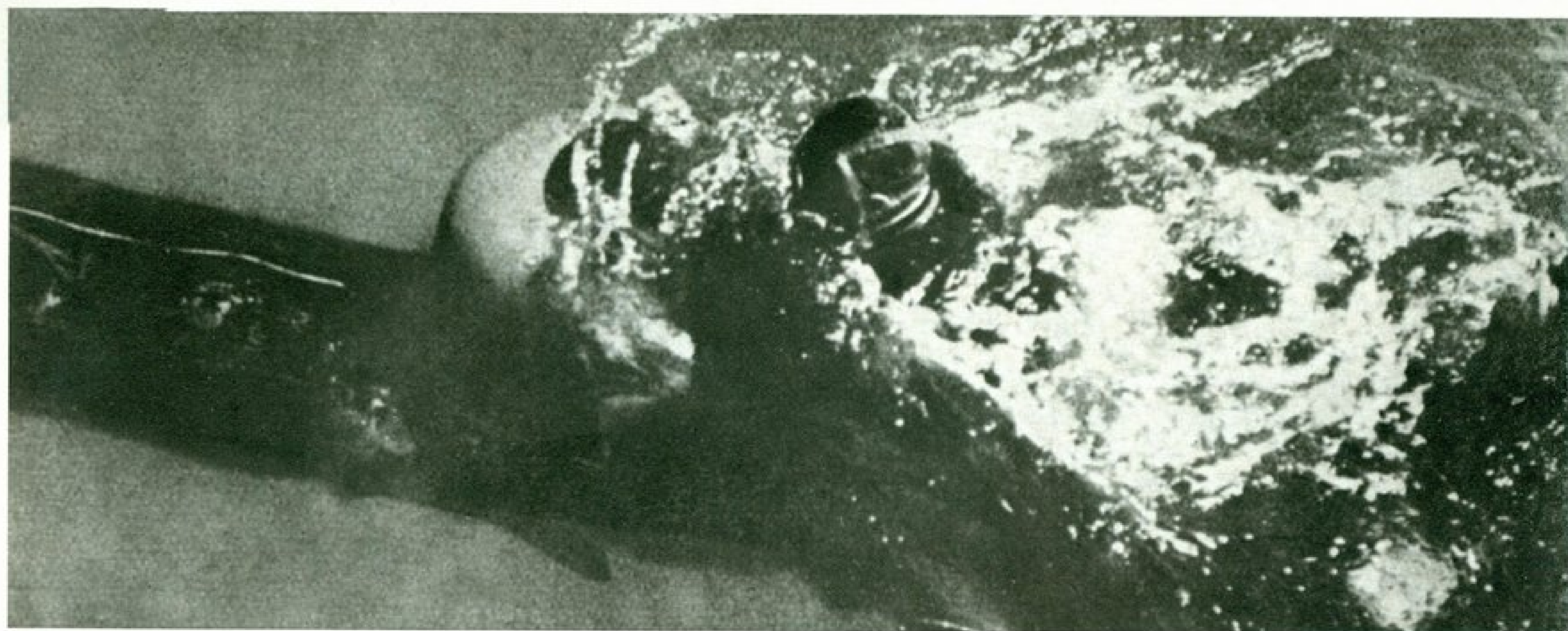
JÜRGEN ROHWER

Nació en 1924. Durante la segunda Guerra Mundial prestó servicio, como oficial de la *Kriegsmarine*, a bordo de destructores, submarinos y otras unidades menores. Finalizada la guerra, trabajó como director comercial de una organización que realizaba investigaciones en el campo de la defensa; desde 1959 es director de la Biblioteca Histórica contemporánea de Stuttgart. Ha publicado numerosos artículos sobre temas navales y colaboró en la redacción de *Batallas decisivas de la segunda Guerra Mundial: el punto de vista alemán*. También ha dirigido una obra ilustrada sobre submarinos y el libro titulado *La Marina soviética en la segunda Guerra Mundial.*

Giuseppe Fioravanzo, almirante

LOS AUDACES DEL MAR

Los audaces del mar fueron algunos hombres de la Marina italiana, que, por primera vez en el mundo, dando pruebas de gran valor, lograron penetrar en las bases y puertos enemigos para atacar a los buques adversarios, adoptando la estrategia de los ataques en puerto, con el fin de destruir los barcos de un enemigo que evitaba el encuentro en mar abierto (caso de la Flota austrohúngara durante la primera Guerra Mundial) o bien con objeto de conseguir algún triunfo contra una Marina más potente que la italiana (caso del Mediterráneo durante el segundo conflicto mundial). Para ello se valían de medios de asalto navales, concebidos de forma que asegurasen la máxima sorpresa. Es importante recordar que hasta el 8 de septiembre de 1943, cuando los Aliados solicitaron información oficial, se mantuvo el más absoluto secreto acerca de este tipo de operaciones.



La primera idea de crear un tipo de lanchas muy rápidas y pequeñas para vigilar las bases y los pasos entre las islas dálmatas, en una eventual guerra en el Adriático, surgió en 1906 y se concretó en 1915, con la construcción de las primeras *MAS*, que entraron en servicio en marzo de 1916. La sigla *MAS* era común a dos tipos de embarcaciones torpederas y antisubmarinas, que se diferenciaban por las armas de que estaban dotadas según la misión a que fueran destinadas.

Junto a las *MAS*, que no podían actuar sin ser vistas, se ideó, en 1917, nuevos tipos que pueden considerarse como los antecesores de los modernos medios de asalto utilizados durante la segunda Guerra Mundial: el *Grillo*, especie de nave anfibia articulada, que podía salvar todos los obstáculos flotantes colocados a la entrada de los puertos, y el *Mignatta*, enorme torpedo conducido por dos hombres que los flanqueaban sumergidos en el agua y vestidos con ropas impermeables.

Terminado el primer conflicto mundial, la Marina, tras un normal período de espera, empezó a renovarse. A partir de 1935, entre varios tipos de medios ofensivos, se propuso el estudio de algunos medios de asalto navales inspirados en las *MAS*, los *Grillo* y los *Mignatta*.

Detallamos, a continuación, los distintos tipos creados, con sus correspondientes siglas:

- SLC (torpedo de curso lento): con carga explosiva de 300 kg, pasado a la historia con el nombre que le dieron sus servidores, *maiale*; fue el principal protagonista de la estrategia de los ataques en puertos, bajo la guía de dos hombres que lo tripulaban (uno actuaba de piloto y el otro era el encargado de abrir paso entre las redes de protección de los puertos y de aplicar las cargas explosivas en los cascos).
- MT (lanchas de turismo): se las llamaba así porque su finalidad no estaba claramente definida; estaban dotadas de una proa con 300 kg de materia explosiva.
- MTM (lanchas de turismo marinas): algo mayores que las anteriores y con ciertas modificaciones para mejorar sus cualidades náuticas.
- MTR (lanchas de turismo reducidas): algo más reducidas, para poder ser transportadas en los mismos cilindros colocados en los submarinos para el transporte de los *maiali*.
- MTS (lanchas de turismo torpederas): lanchas sin cabeza explosiva, pero dotadas de dos torpedos de pequeñas dimensiones (300 kg de peso y 1400 metros de alcance eficaz).
- MTSM (lanchas de turismo torpederas marinas): lanchas armadas con un único torpedo de 400 kg de peso y dos cargas antisubmarinas, proyectadas para misiones de hostigamiento en aguas de Malta o para la defensa costera en caso de ataque naval por parte de las fuerzas enemigas.
- SMA (anagrama de MAS) análogas a las anteriores, pero con un torpedo de 500 kg, dos cargas y un aparato para producir cortinas de niebla.

El peso total, de las MT oscilaba entre 1000 kg de las primeras y los 3000 de las últimas MTSM, mientras las SMA pesaban 3710 kg. Las esloras oscilaban entre 5,2 y 8,8 metros.

Todas estas lanchas tenían que ser transportadas hasta sus objetivos por otras unidades rápidas, de superficie o submarinas.

Los distintos tipos MT llevaban el piloto en un asiento que le proyectaba fuera por la popa, cuando, una vez apuntada la lancha sobre el objetivo, juzgaba que podía abandonarla y dejarla proseguir sola hasta alcanzar el objetivo.

Los hombres-rana fueron creados durante la guerra, exactamente en 1941; se les confiaba ingenios con pocos kilos de explosivo, que se utilizaban contra buques mercantes, mucho más vulnerables que los buques de guerra; estos ingenios

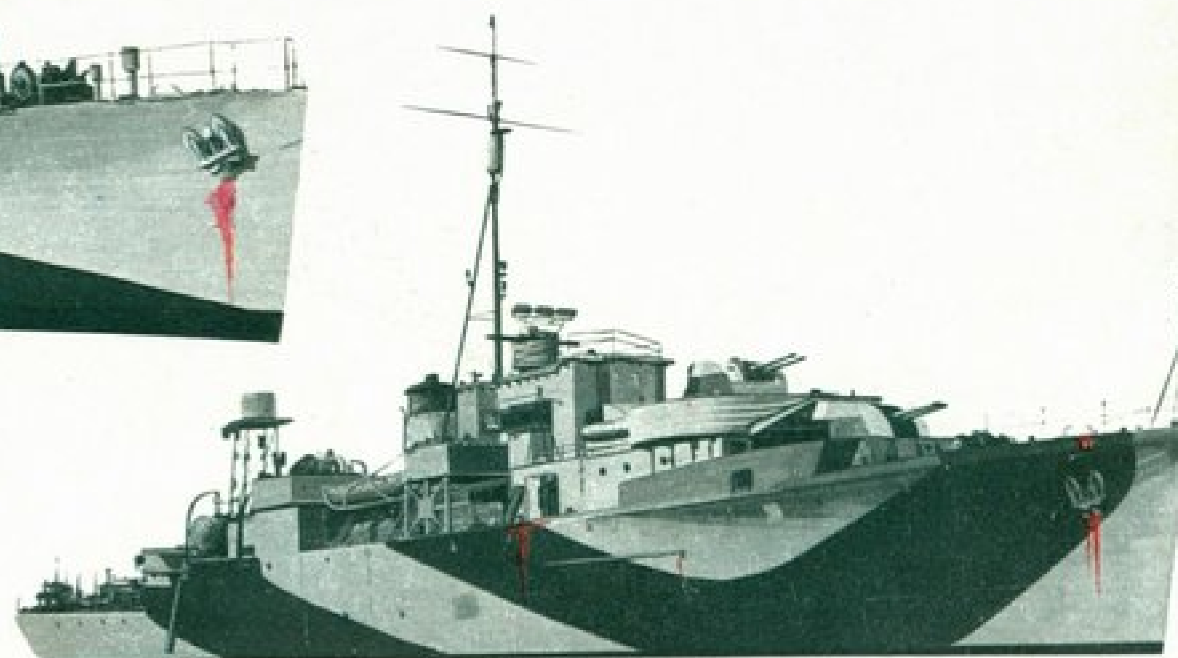
"LA BATALLA DEL ATLÁNTICO FUE EL FACTOR PREDOMINANTE DE TODO EL PERÍODO BÉLICO". NI POR UN INSTANTE PODÍAMOS OLVIDAR QUE DE SU RESULTADO DEPENDÍA LA SUERTE DE LA GUERRA EN LOS DEMÁS FRENTES".
Churchill.

La batalla del Atlántico no fue, para los Aliados, una simple pugna competitiva con el enemigo para crear nuevos y más perfeccionados medios de combate, sino que representó también un enorme esfuerzo en la construcción de un mayor número de unidades de escolta, aéreas y navales, con las que poder proteger a los convoyes. Antes de la guerra, las cuestiones relacionadas con la formación de escoltas y con el mando costero habían sido las "cenicientas" en los presupuestos de la defensa, y, en consecuencia, la escasez de barcos y de aviones era tal que no podía ser atendida debidamente, pues todas las otras especialidades de los servicios reclamaban urgentemente abastecimientos y medios. Sólo a mediados del año 1942, se inició, al fin, un programa masivo (cuya realización se confió en gran parte al Canadá) que asegurase un número adecuado de buques de escolta y de aviones destinados a la RAF y convenientemente adaptados para luchar contra los submarinos, pues hasta entonces únicamente se habían utilizado aparatos anticuados y de poco radio de acción. Cuando las fuerzas de escolta pudieron disponer de barcos y de aviones modernos para enfrentarse con los submarinos, el "período feliz" de los *U-Boot*, concluyó.

HMS CLEMATIS

Corbeta de la clase *Flower*. Este tipo de buque, proyectado antes de la guerra, entró a formar parte nuevamente del programa masivo de rearme británico. Su diseño se inspira en el de los buques balleneros. Estas unidades resultaron demasiado pequeñas para la escolta oceánica, si bien sus cualidades náuticas eran excelentes. **Desplazamiento:** 925 toneladas. **Dimensiones:** 62,5 × 10 × 3,5 m. **Armamento:** 1 cañón de 102 mm y una ametralladora múltiple de 40 mm **Tripulación:** 85 hombres.





HMS STARLING

Cañonera de escolta de la clase *Black Swan*, modificada. Este tipo de buque, cuya primera unidad estaba ya en los astilleros antes de la guerra, resultó muy adecuado para su misión de escolta, **Desplazamiento:** 1350 toneladas. **Dimensiones:** 90 × 11,7 × 2,7 m. **Velocidad:** 20 nudos. **Armamento:** 6 cañones de 102 mm y 12 ametralladoras antiaéreas de 20 mm. **Tripulación:** 192 hombres.

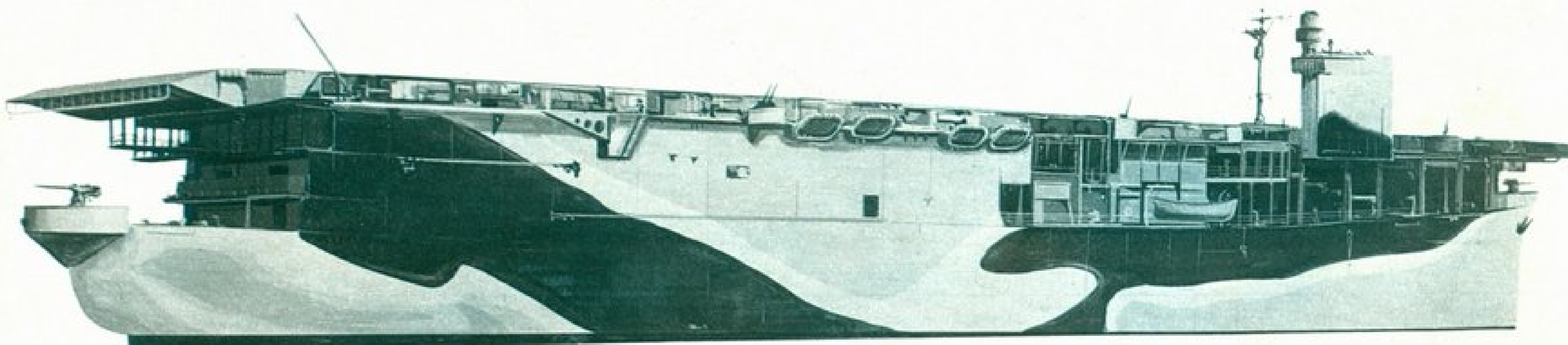
HMS TOWEY

Fragata de la clase *River*. Fue la primera unidad del nuevo tipo de escoltas oceánicas, más rápida que las corbetas y proyectada para su construcción en serie. Los tipos que le siguieron, *Loch* y *Bay*, fueron en realidad un desarrollo posterior de la *River*. **Desplazamiento:** 1370 toneladas. **Dimensiones:** 91 × 11 × 2,75 m. **Velocidad:** 20 nudos. **Armamento:** 2 cañones de 102 mm y 10 ametralladoras antiaéreas de 20 mm. **Tripulación:** 140 hombres.



HMS BITER

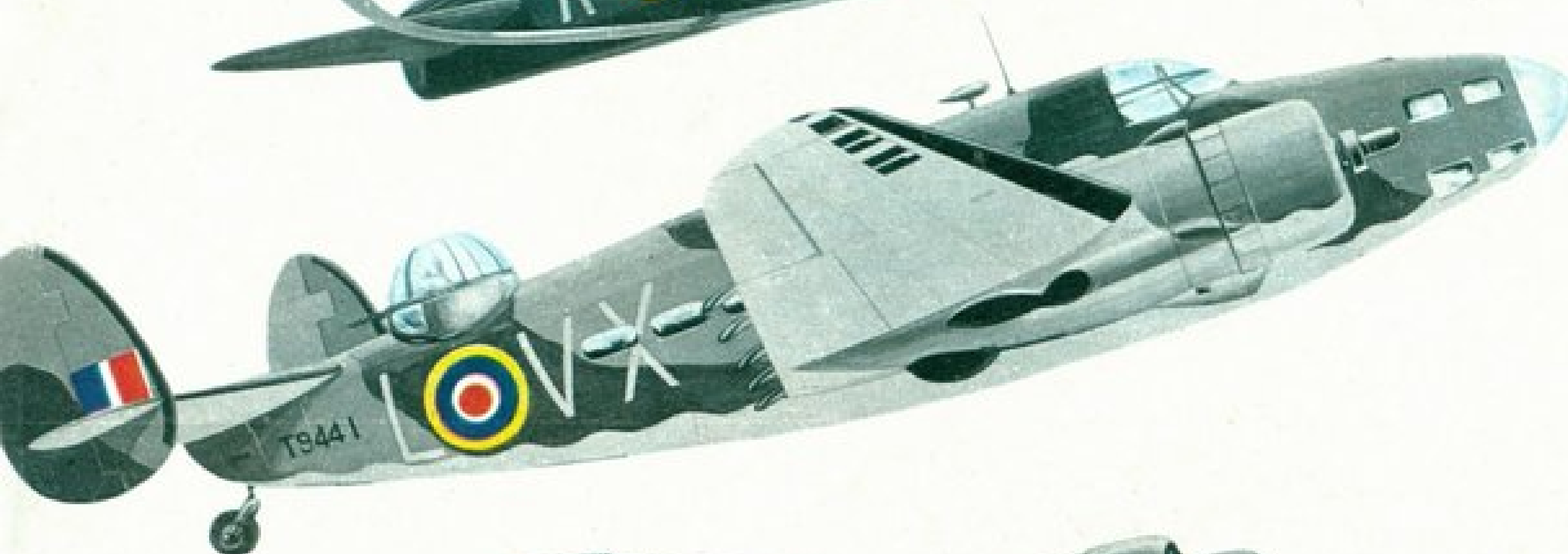
Era uno de los portaaviones de escolta proyectados para cubrir el vacío dejado en el Atlántico central por las fuerzas aéreas con base en tierra. Se trataba de buques mercantes transformados, con cubierta de vuelo de madera. **Desplazamiento:** 8200 t. **Dimensiones:** 150 × 20,2 × 7 m. **Velocidad:** 16,5 nudos. **Armamento:** 3 cañones de 102 mm y 15 ametralladoras antiaéreas de 20 mm. **Aviones:** 15. **Tripulación:** 555 hombres.





VICKERS WELLINGTON

Avión de tipo antiguo, reformado para ser utilizado por el mando costero. Estaba dotado de un gran anillo magnético para provocar la explosión de las minas magnéticas. **Longitud:** 19,68 m. **Envergadura:** 26, 21 m. **Velocidad máxima:** 426 km/h. **Autonomía:** 5150 km a 290 km/h. **Tripulación:** 5 hombres. **Armamento:** 4 ametralladoras de 7,7 mm. **Carga:** hasta 2700 kg. de bombas.



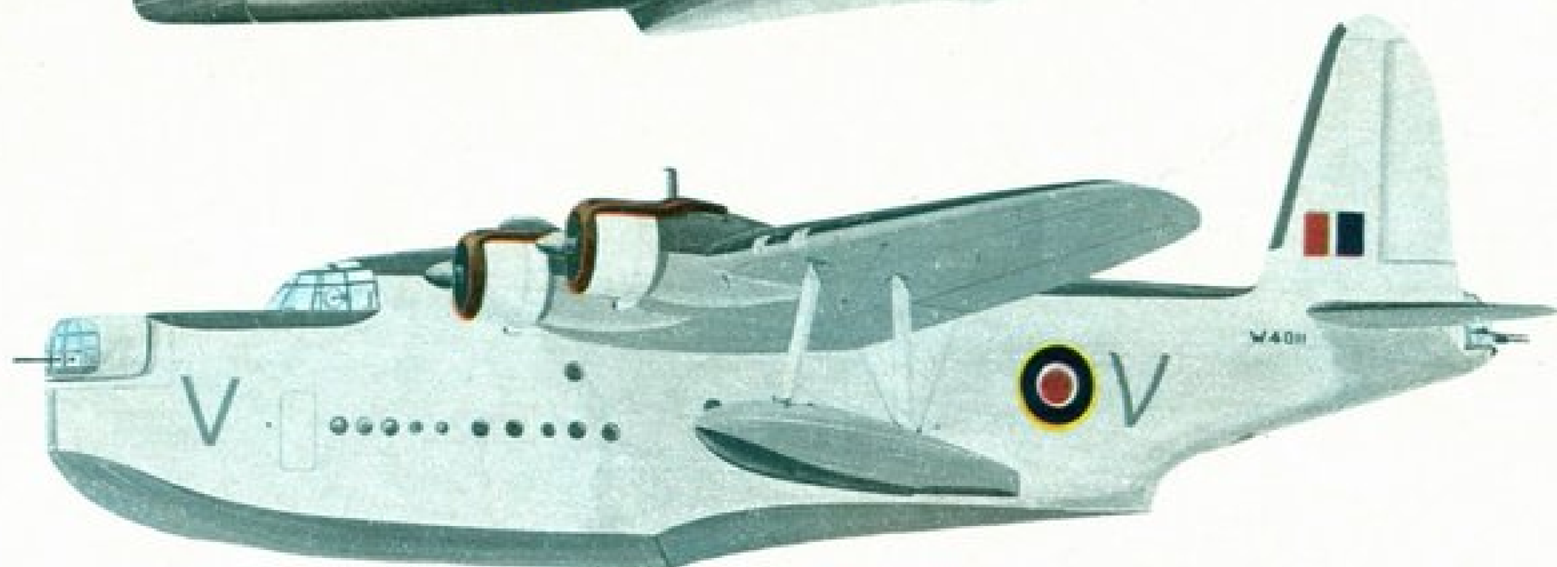
LOCKHEED HUDSON

Avión americano que ya estaba en servicio antes de la guerra, en el mando costero, como aparato de adiestramiento. Fue utilizado con éxito en la batalla del Atlántico. **Longitud:** 13,47 m. **Envergadura:** 16,51 m. **Velocidad máxima:** 470 km/h. **Autonomía:** 3475 km a 410 km/h. **Armamento:** 7 ametralladoras de 7,7 mm y 4 cargas de profundidad de 225 kg. **Tripulación:** 4 hombres.



CONSOLIDATED PBY CATALINA

Más de 650 aparatos de este potente y utilísimo hidroavión americano fueron utilizados por la RAF. **Longitud:** 19,84 m. **Envergadura:** 31,70 m. **Velocidad:** 298 km/h. **Autonomía:** 6760 km a 210 km/h. **Armamento:** 6 ametralladoras de 7,7 mm y 4 cargas de profundidad. **Tripulación:** hasta 8 hombres.



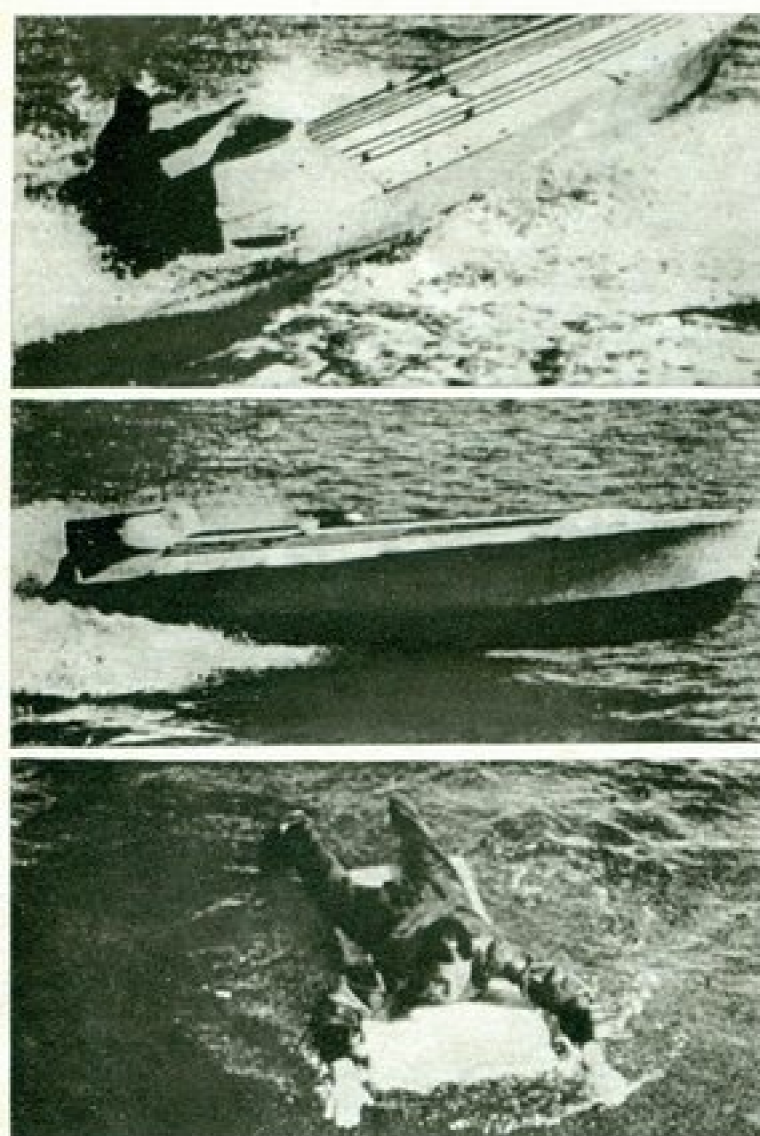
SHORT SUNDERLAND

Era la versión militar de un hidroavión anterior a la guerra de la clase "C". Se construyeron más de 700 aparatos de este tipo. **Longitud:** 26 m. **Envergadura:** 34,38 m. **Velocidad:** 357 km/h. **Autonomía:** 4800 km. **Armamento:** 2 ametralladoras de 12,7 mm y 12 de 7,7 mm. Podía llevar casi 1000 kg de bombas o cargas de profundidad en su interior, o bien suspendidas por ganchos externos situados junto al arranque del ala.

CONSOLIDATED B-24 LIBERATOR

Versión de reconocimiento marítimo del célebre bombardero americano producido en serie en Estados Unidos. **Velocidad:** 480 km/h. a 9000 m. **Longitud:** 20,47 m. **Envergadura:** 33,53 m. **Autonomía:** 3380 km a 350 km/h. **Armamento:** hasta 14 ametralladoras de 12,7 mm y 2270 kg de bombas En cortas distancias podía también llevar, suspendidos en ganchos externos, 3800 kg. **Tripulación:** 12 hombres.





Lancha explosiva MTM en plena acción: como puede verse en estas fotografías, el piloto, situado en un asiento a propulsión, fijaba los timones y, después de haber dirigido la lancha sobre el objetivo, la abandonaba, dejándola proseguir sola hasta alcanzar el buque enemigo. El piloto, proyectado fuera de la lancha por la popa, se alejaba sobre una especie de barquita minúscula, a fin de evitar los efectos de la explosión en el agua. *(Ufficio Storico della Marina)*

llamados *cimici* o *mignatte*, se aplicaban a los cascos de los buques por medio de ventosas. Otros, con cargas más potentes llamados *bauletti*[1], se idearon para atacar a los vapores en puertos neutrales: tenían la particularidad de explotar cuando el barco estaba en movimiento y había recorrido ya varias millas fuera del puerto. De este modo no podían surgir complicaciones con los estados neutrales, quedando el enemigo en la duda de si el buque hundido en alta mar había sido torpedeado, había chocado con una mina o había sido, simplemente, víctima de un accidente de naturaleza desconocida.

De forma análoga surgieron los NP, especialistas del Regimiento «San Marco», destinados a operar en tierra, después de haber sido transportados y desembarcados en zonas no vigiladas, como los comandos británicos.

Todos estos medios de asalto fueron agrupados en una unidad denominada Décima Flotilla MAS (X MAS), con objeto de mantener en secreto su verdadera naturaleza.

Fueron varias las operaciones que se llevaron a cabo con estos medios: cuatro contra Alejandría *(maiali)*; nueve contra Gibraltar (siete con *maiali* y dos con hombres-rana); tres contra Malta (MT); una contra Suda (MT); una contra Haifa *(maiali)*; una contra Argel *(maiali* y hombres-rana); dos contra Bona (MTSM); tres en el puerto de Huelva (hombres-rana); dos en Alejandría (hombres-rana); dos en Mersin (hombres-rana), así como varias acciones MTSM en el sector costero de El-Bab'a (Egipto), varias MTSM y unidades de NP en el Norte de África.

Durante el período de la cobeligerancia se reconstituyó en Tarento el grupo de medios de asalto, al que se agregaron operadores británicos instruidos y adiestrados por nosotros. Dos operaciones se llevaron a cabo entonces en la zona aún ocupada por los alemanes: una, contra la base de la Spezia (donde, el 22 de junio de 1944, fue hundido por los operadores británicos el crucero *Bolzano*) y, otra, contra el puerto de Génova (en el que fue gravemente dañado por los operadores italianos el portaaviones *Aquila*, el 19 de abril de 1945). Además de estos dos episodios, de gran relieve, MAS, MT, hombres-rana y NP llevaron a cabo numerosas misiones, cuya finalidad era recoger a los civiles y militares que afluían a la costa, huyendo de los alemanes, desembarcar y recoger a los agentes y saboteadores en las zonas ocupadas por estos y cooperar con los patriotas.

En total los intrépidos del mar hundieron o pusieron fuera de servicio por largo tiempo 5 buques de guerra con un total de 73.190 tn y 23 mercantes por 130.172 tn.

Episodios sobresalientes

Pero la acción más importante fue, sin duda, el episodio de la puesta fuera de combate, en el puerto de Alejandría, de los acorazados ingleses *Valiant* y *Queen Elizabeth* y del gran petrolero *Sagona*, así como de las averías causadas al destructor *Jervis*, que estaba junto al *Sagona*.

En segundo lugar de importancia figura el ataque a Gibraltar, efectuado el 20 de noviembre de 1941, por medio de SLC transportados por el submarino *Sciré*, al mando del comandante Borghese.

Los operadores habían llegado a España, por vía aérea, el 4 de septiembre, dirigiéndose a Cádiz para ser embarcados, con absoluto secreto, en el buque-cisterna *Fulgor*, destinado a servir de escolta al *Sciré*. Este último embarcó a los operadores la noche del día 18, dirigiéndose a la rada de Gibraltar, a donde llegó la noche siguiente. El Estado Mayor de la Armada había informado al *Sciré* de que, en el puerto de Gibraltar, fondeados en los puestos de anclaje indicados en su radio-mensaje, se encontraban un acorazado, un portaaviones, dos cruceros, tres destructores y siete buques-cisterna, y que en la rada se hallaba además un convoy de 17 buques. Los operadores debían entrar en el puerto y apuntar directamente al acorazado (dos parejas de operadores) y al portaaviones (una pareja): caso de no conseguirlo, debían atacar cualquier otra unidad de importancia menor.

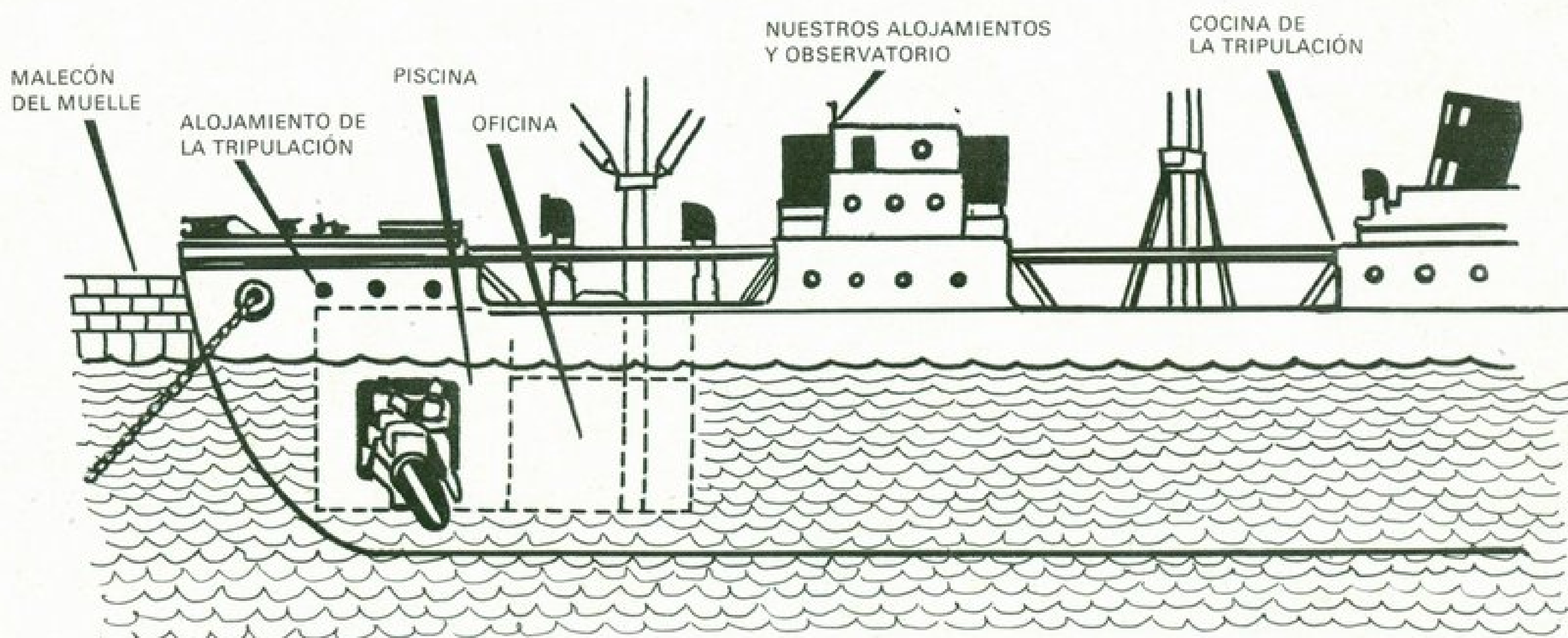
Los seis hombres actuaron con decisión y pericia; mas, a causa de la gran vigilancia enemiga, sólo dos de ellos (Visintini-Magno) consiguieron entrar en el puerto.

No pudiendo alcanzar los objetivos asignados, los operadores hundieron, en el puerto, al buque-cisterna *Denbydale* y, en la rada, al buque-cisterna *Fiona Shell* y a la motora armada *Durham*, con un total de 21.490 toneladas.

El 14 de julio de 1942, una nueva operación contra Gibraltar, esta vez a cargo de hombres-rana, inutilizó cuatro buques enemigos.

A la orilla del mar, entre Algeciras y La Línea, existía una finca a la que más tarde se llamó «Villa Carmela», en la que vivía un italiano, un tal Antonio Ramognino, casado con una española, hombre de gran capacidad técnica incorporado al X MAS; y en el mismo puerto de Algeciras, internado desde principios de la guerra, se hallaba el buque italiano *Olterra*, a bordo del cual y pese a la estrecha vigilancia española y a la acción de los agentes británicos, se había instalado

[1] Se han dejado deliberadamente en la lengua original todos estos términos que, según señala el autor del artículo, han pasado a la historia en la forma que les dio el lenguaje vulgar en el período en que aquellos medios fueron utilizados.



Sobre estas líneas: dibujo del petrolero italiano *Olterra*, visto de costado, con la portezuela de salida para los medios de asalto y los hombres de su tripulación. El *Olterra*, que se encontraba internado en el puerto español de Algeciras, se utilizó como base de apoyo para algunas operaciones contra los barcos británicos surtos en aguas de Gibraltar: una de las que revistió un carácter excepcional fue la realizada la noche del 14 de julio de 1942, cuando doce hombres-rana consiguieron hundir cuatro buques enemigos, con un total de 9550 toneladas.

una base de apoyo para los medios de asalto, así como un observatorio para toda la zona de la rada y puerto de Gibraltar. Asimismo, en «Villa Carmela» había otro observatorio, a través de una abertura practicada en la pared exterior de la casa y camuflado con una pajarera.

El Estado Mayor de la Armada (Supermarina) juzgó que, en lugar de transportar los propios medios de asalto a Gibraltar (operación que resultaría peligrosa y compleja) sería más oportuno trasladar a los hombres, disfrazados, y a los medios de asalto convenientemente desmontados, al *Olterra* o a «Villa Carmela», desde donde podrían desplazarse para actuar en aguas gibraltareñas.

Así, en la primera década de julio de 1942, llegaron doce operadores que, desde el *Fulgor*, en Cádiz, fueron llegando a Algeciras, instalándose en el *Olterra* en el transcurso de los días 11 y 12 de julio. Al amanecer del 13, todos se reunieron en «Villa Carmela», huéspedes de los esposos Ramognino, quienes procuraron ocultarlos a los carabineros españoles y a los agentes británicos.

Poco después de medianoche del mismo día 13, los operadores abandonaban la «villa» y alcanzaban la playa a través de un recorrido previamente estudiado; tras nadar durante tres o cuatro horas y de conseguir echar a pique los cuatro buques ya mencionados, con un total de 9550 toneladas, regresaron a la «villa» haciendo el camino inverso.

Esta acción fue arriesgada por la presencia de lanchas de vigilancia y de los carabineros españoles, que vigilaban las aguas desde la costa; siete operadores fueron detenidos al regreso de su misión, pero fueron dejados inmediatamente en libertad gracias a la rápida intervención de nuestro cónsul en Algeciras.

El 8 de diciembre de 1942 se llevó a cabo una operación contra Gibraltar con tres SLC, salidos del *Olterra*. La operación no tuvo éxito, pero merece recordarse por la trágica situación en que se encontraron sus operadores, tres de los cuales perdieron la vida en ella.

El hecho de que los operadores y los *maiali* se encontrasen a bordo del *Olterra* les permitió orientarse acerca del modo en que debían actuar, observando con todo detalle, durante los días que precedieron a la operación, su próximo campo de acción y todo cuanto en él sucedía.

Los tres SLC, sacados de la bodega del *Olterra* por medio de un tanque de compensación especial la noche del 7 de diciembre, estaban pilotados por seis hombres integrados en tres parejas: teniente de navío Licio Visintini y sargento buzo Giovanni Magno; guardiamarina Giovanni Manisco y sargento buzo Dino Varini; subteniente de armas navales Vittorio Cella y sargento buzo Salvatore Leone. Sus respectivos objetivos en el puerto de Gibraltar eran: el acorazado *Nelson* y los portaaviones *Formidable* y *Furious*.

Los dos primeros afrontaron, impávidos, el servicio de vigilancia británico y consiguieron alcanzar el acceso al puerto; pero poco después fueron aniquilados debido a la explosión de una carga.

La segunda pareja fue descubierta por un centinela, y, enfocados por un reflector, los dos hombres fueron sometidos a un intenso fuego. No pudiendo proseguir su camino, maniobraron para intentar la huida; mas, comprendiendo la imposibilidad de ocultarse, destruyeron el *maiale* y fueron capturados por una embarcación enemiga. Al ser interrogados, los dos operadores consiguieron hacer creer que habían llegado de Italia en un submarino.

Tampoco la tercera pareja tuvo mejor suerte: Leone resultó muerto por una explosión; sólo Cella logró alcanzar nuevamente el *Olterra* con su aparato.

El 12 de diciembre de 1942, en aguas de Argel, se llevó a cabo una operación de particular relieve con hombres-rana y *maiali*. Los operadores fueron transportados por el submarino *Ambra*, al mando del capitán de corbeta Mario Arillo; se trataba de tres *maiali* y dieciocho hombres; dos de ellos (llamados hombres-lechuza) ejercían la función de exploradores e informadores de los que debían llevar a cabo el ataque; seis formaban la tripulación de los tres *maiali* y el resto eran hombres-rana o nadadores de asalto.

El *Ambra* llegó a las 19,40 del día 11 de diciembre –después de una accidentada travesía– al largo de Argel; una vez allí, hizo salir, estando aún en inmersión, a los dos *hombres-lechuza* y luego avanzó lentamente, guiado por uno de ellos, el teniente de navío Iacobacci. Alrededor de las 22 horas el submarino se detuvo, siempre en inmersión, en el centro de la rada de Argel, algo apartado de un convoy aliado que estaba fondeando allí y del cual Iacobacci hizo una detallada descripción al comandante.

Arillo decidió hacer salir inmediatamente a los hombres-rana y a los *maiali*, encargados de atacar a los buques enemigos. En aquella ocasión, los *maiali*, en lugar de llevar una sola carga de 300 kg, llevaban dos de 150, a fin de poder hundir doble número de barcos.

La maniobra de salida duró aproximadamente media hora, quedando terminada a las 23,04; a medida que los hombres iban saliendo a la superficie, Iacobacci les informaba de la situación de los objetivos que debían atacar. El submarino había advertido a los hombres-rana, antes de iniciarse la operación, que les aguardaría hasta las tres de la madrugada; y, en efecto, permaneció en su puesto hasta la hora convenida, emergiendo de vez en cuando en la oscuridad. Pero la alarma ya había cundido por toda la rada, sacudida por las explosiones, y el *Ambra*, juzgando peligroso permanecer más tiempo allí, se alejó cautamente; no obstante esperó hasta las 19,45 del 12 de diciembre; ese día, después de 36 horas de inmersión, salió a la superficie y se dirigió a La Spezia, donde llegó al día 15 sin haber tenido ocasión de recuperar ni a uno solo de los hombres-rana.

Entre tanto, los operadores de los *maiali* se habían dirigido por separado hacia el puerto; mas, después de varios incidentes, hubieron de renunciar a penetrar en él, atacando entonces a los buques fondeados en la rada. A causa de algunos fallos técnicos en su *maiale*, la primera pareja no consiguió llevar a cabo el ataque, por lo que, tras destruir su aparato y buscar en vano a los *hombres-lechuza*, se refugió en la playa, donde fue capturada; la segunda consiguió aplicar sus cargas explosivas en el casco de un buque, pero también fue capturada en la costa, junto con otros dos hombres-rana a quienes encontraron exhaustos después de haber intentado inútilmente cumplir su misión; la tercera pareja fue la única que consiguió minar dos cascos, pero asimismo acabó siendo descubierta y apresada.

Los dos hombres-rana actuaban en tres grupos, salvo uno que operaba solo: dos de los grupos lograron llevar a cabo el ataque contra dos buques, mientras el tercero y el operador aislado renunciaban al ataque por fallos técnicos.

Todos ellos acabaron siendo capturados por el enemigo.

Fueron hundidos cuatro buques, el *Ocean Vanquisher*, *Berto*, *Empire Centaur* y *Armattan*, con un total de más de 20.000 toneladas.

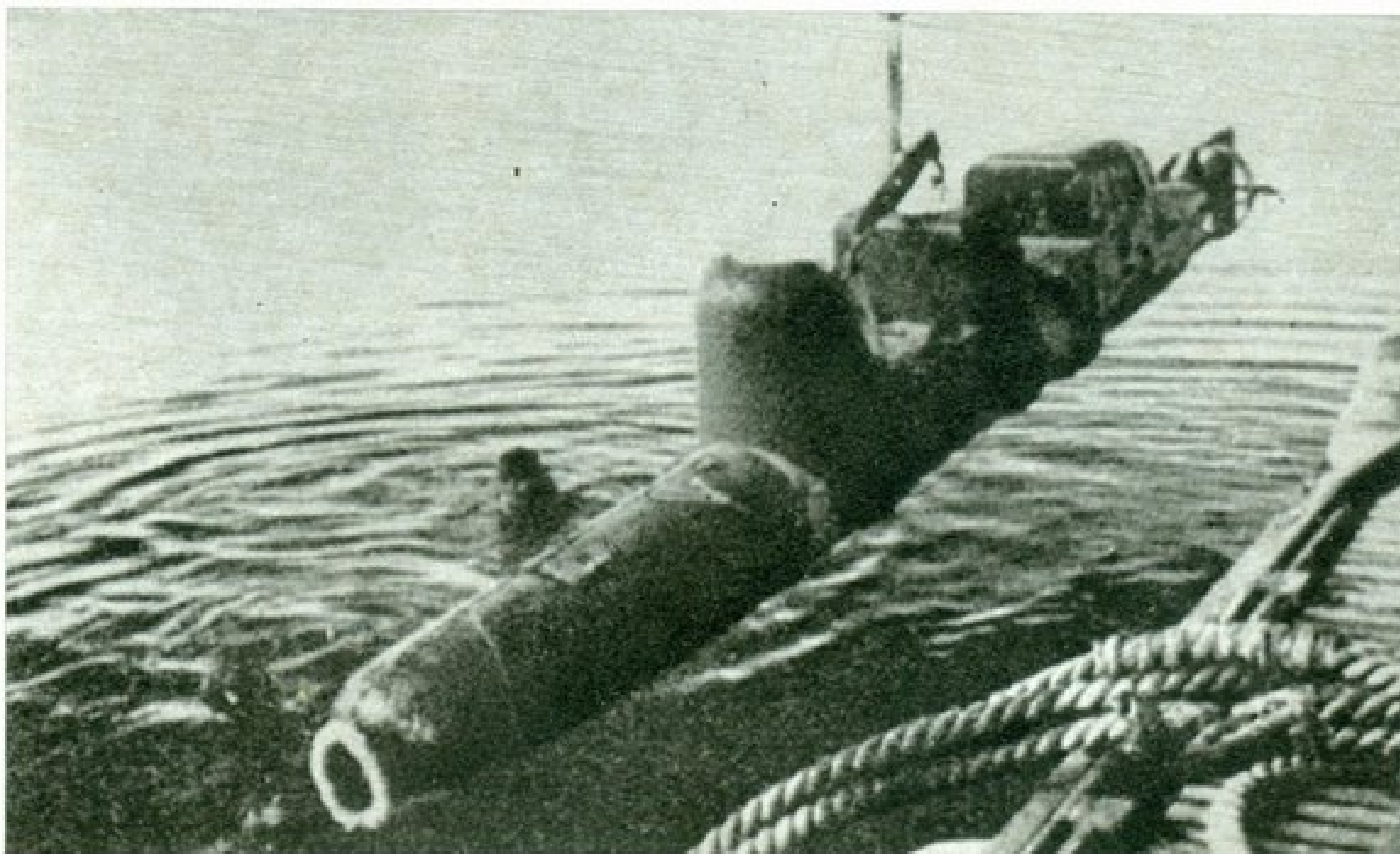
Pero la más novelesca historia relacionada con el hundimiento de buques la vivió, en los puertos de la neutral Turquía, en Alejandreta y en Mersin (puertos de embarque de los minerales de cromo destinados a Gran Bretaña), el teniente de complemento de Artillería Luigi Ferraro, nadador excepcional, que se había enrolado voluntario en las X MAS. Él solo hundió tres buques, con un total de 20.000 toneladas.

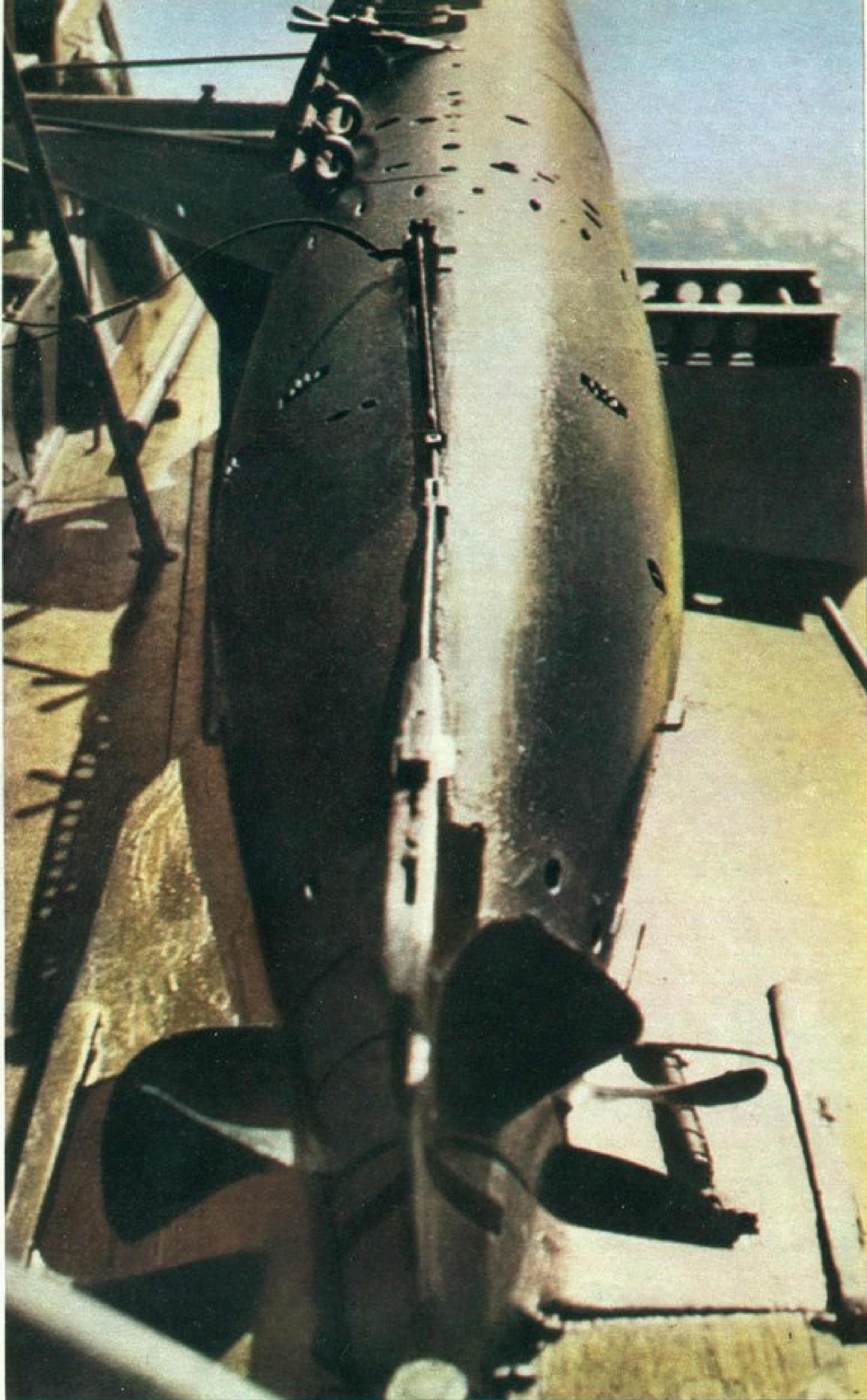
A primeros de junio de 1943, el teniente Ferraro se presentó al cónsul italiano de Alejandreta, doctor Ignazio di Sanfelice, provisto de un pasaporte diplomático y como agregado al consulado en misión especial. La inmunidad diplomática le permitió llevar, en su equipaje, sin estar sujeto a revisión, un equipo completo de hombre-rana y diversos explosivos.

En el consulado encontró la incondicional colaboración del canciller Giovanni Roccardi, quien, en realidad, era teniente de navío del Servicio Secreto de la Marina. Se hizo creer a todo el mundo que el nuevo agregado no sólo no sabía nadar, sino que incluso sentía horror por el mar.

La noche del 30 de junio, Ferraro, vestido con su equipo especial de hombre-rana y llevando dos *bauletti* sujetos a la cintura, se metió silenciosamente en el agua y tomó como objetivo al *Orion*, buque griego de 7000 toneladas al servicio de los ingleses. Recorrió a nado, con las debidas precauciones, los 2300 metros que le separaban del barco, y aplicó las dos cargas explosivas bajo su casco. El *Orion* zarpó una semana más tarde y se hundió en alta mar, creyendo todo el mundo que había sido torpedeado o que chocó con una mina.

Un *maiale* suspendido del gancho de una grúa y a punto de ser depositado en el mar. Los *maiali*, dotados de una carga explosiva de 300 kg y tripulados por dos hombres situados a horcajadas sobre el casco, se convirtieron en los principales protagonistas de las incursiones llevadas a cabo por los medios de asalto de la Marina italiana contra los buques aliados. *(Ufficio Storico della Marina)*





Torpedo montado sobre una MAS, rumbo a una misión de guerra. La noche del 29 de agosto de 1942, la X MAS efectuó una incursión cerca del El-Dab'a, en Cirenaica, durante la cual alcanzó, inmovilizándolo, al destructor británico *Eridge*. (Archivo Rizzoli)

El 8 de julio, Ferraro y Roccardi recibieron la noticia de que, en la cercana Mersin, se hallaba fondeado, para proceder a la carga de mineral, el buque *Kaituna*, de 5000 toneladas. El día 9 partieron ambos para Mersin, y aquella misma noche Ferraro llevó a cabo su ataque. Dos días después zarpaba el *Kaituna* y, apenas en alta mar, una de las cargas explotó, averiándolo gravemente; la segunda no llegó a funcionar, por lo que el buque consiguió llegar al puerto de Chipre. Una vez allí se descubrió la carga aplicada al casco, y los ingleses comprendieron entonces cuál había sido la verdadera causa del hundimiento del *Orion*.

En una segunda misión, realizada en Mersin el 30 de julio, Ferraro atacó al buque inglés *Sicilian Prince*, después de haber nadado más de cuatro kilómetros. A las 2 del día 31 de julio la misión estaba cumplida. Sin embargo, el *Sicilian Prince* se salvó, pues los ingleses, puestos sobre aviso, inspeccionaron el casco antes de que el buque saliera del puerto, pudiendo de esta forma retirar las cargas.

La noche del día 1 de agosto, ya de nuevo en Alejandreta, Ferraro atacó un barco noruego que acababa de llegar al puerto para cargar mineral: el *Fernplant*, de 7000 toneladas. Le aplicó los dos últimos *bauletti* que había traído de Italia. El *Fernplant* zarpó a primeras horas de la tarde del día siguiente, pero, poco después, regresaba de nuevo a puerto.

Ferraro y Roccardi observaron, temerosos, su entrada, temiendo que pudiese saltar por los aires allí mismo, con las graves consecuencias que ello reportaría para las relaciones diplomáticas entre Italia y Turquía.

«Resignados ante lo inevitable, esperábamos la explosión, que se produciría, sin lugar a dudas, a medianoche –escribió Ferraro en su informe–. Pero, llegado el momento, los minutos transcurrieron sin que nada sucediese. Al día siguiente, apenas amaneció, corrí al puerto para ver lo que había ocurrido, convencido de que encontraría al buque destrozado y embarrancado en algún lugar de la costa.

»Ante mi sorpresa, pude ver el buque en perfectas condiciones en su puesto de anclaje. Había ocurrido lo que yo no me atrevía a esperar: el barco, en su salida, no había alcanzado la velocidad precisa. Fue un gran alivio para nosotros cuando, a las 18 horas del día 5, le vimos abandonar de nuevo el puerto».

El *Fernplant* se hundió a lo largo de la costa de Siria sin despertar sospechas.

El día 2 de agosto, agotada su provisión de cargas explosivas, Ferraro se repatriaba «por motivos de salud».

Hablaremos, ahora, de cierto tipo de misiones realizadas con MTSM y MTM de la X MAS en aguas de Cirenaica, en los meses de agosto y septiembre de 1942, misiones que se diferenciaban notablemente de las descritas hasta ahora.

La estabilización del frente en la línea de El-Alamein, que se suponía temporal, aconsejaba enviar a las retaguardias costeras del frente una unidad naval de asalto que se enfrentara a los buques ingleses que llevaban a cabo misiones de hostigamiento, atacando las comunicaciones marítimas y terrestres entre Tobruk y Marsa Matruh; y asimismo disponer de un grupo de lanchas rápidas que irrumpiera en los puertos de Alejandría y de Port-Said en caso de que se lograra reanudar el avance hacia Egipto.

Así, pues, se enviaron desde Italia a Tobruk dos motoveleros, convenientemente preparados y adaptados para este fin *(Costanza* y *Sogliola)*, los cuales llevaban a bordo tres lanchas torpederas MTSM y cuatro MTM, respectivamente. El día 20 de agosto, la columna de asalto naval, al mando del capitán de fragata Ernesto Forza, entonces comandante de la X MAS, situándose en la zona de El Dab'a, estaba dispuesta para entrar en acción.

La unidad inició sus actividades la noche del 27 de agosto; pero no consiguió atacar a los destructores británicos que estaban efectuando un fugaz bombardeo costero. La noche del 29, sin embargo, la MTSM 228, tripulada por el subteniente de navío Pietro Carminati y por el subjefe mecánico Cesare Sani, logró atacar, mediante una brillante maniobra, a una flotilla de cuatro destructores y averiar con un torpedo al *Eridge*, inmovilizándolo.

Mientras la lancha rompía el contacto y se dirigía hacia la costa, fue atacada por un avión británico: los dos operadores fueron arrojados al mar por el efecto de la explosión de una bomba, que cayó muy cerca de ellos, y tuvieron que alcanzar la playa a nado.

Aviones alemanes, de caza y en picado, llegados al lugar de la acción una hora más tarde, apuntaron primero sobre la lancha, que evolucionaba sin dirección, y la destruyeron; luego, se lanzaron, sin resultado, contra los destructores ingleses que, defendiéndose de los ataques de los aviones mediante un fuego cerrado, consiguieron salvar al *Eridge*, remolcándolo hasta el puerto de Alejandría.

Otros intentos nocturnos de las lanchas torpederas a lo largo de las direcciones operativas británicas, frente al puerto de Alejandría, no ofrecieron ninguna ocasión propicia por falta de tráfico enemigo.

Polonia, abril-mayo de 1943

LA INSURRECCION EN EL GHETTO DE VARSOVIA

Eric Silver

El 19 de abril de 1943, se rebelaron contra las SS los supervivientes del ghetto *de Varsovia. En un mes murieron, como ellos habían decidido hacer, o sea "con honor", casi todos aquellos que lograron sobrevivir a tres años de vejaciones y de tormentos en el* ghetto *más grande de la Polonia ocupada. Fue un acto de desafío de todo un pueblo, cuya secular capacidad de supervivencia había sido sometida a una prueba terrible.*

Después de la invasión de Polonia por los alemanes, los judíos habían sido recluidos en *ghettos*, expresamente construidos para servirles de prisión. Esto no era, ni más ni menos, que la primera fase de aquella «solución final» hitleriana, que, veinte años antes, había ya anunciado el dictador alemán en su libro *Mein Kampf*. En otoño de 1940, el barrio judío de Varsovia, al oeste del Vístula y de una extensión de 6,5 km, fue cercado por un alto muro protegido con alambrada de espino. Casi 443.000 judíos, muchos de los cuales no tenían ni casa ni lazos familiares en la capital polaca, fueron encerrados en él, aislados del mundo exterior, en espera de un destino que pocos de ellos conocían y poquísimos consideraban posible.

Esta gente fue sistemáticamente condenada al hambre por sus guardianes y aterrorizada con continuos



Un anciano judío en el *ghetto* de Varsovia. En otoño de 1940 el barrio de Varsovia, que comprendía una zona de 6,5 km, al este del Vístula, fue cercado por un muro y una alambrada de espino. Dentro, quedaron encerrados y aislados del mundo exterior más de 443.000 judíos. *(Black Star)*

actos de violencia. Su espíritu de resistencia era minado en su base por los breves y vanos chispazos de esperanza, insidiosamente alimentados por los propios nazis. De cuando en cuando, la presión se aflojaba, se aumentaban las raciones alimenticias asignadas al *ghetto* y se veía sonreír a las tropas de asalto. En aquellos momentos de calma se permitía incluso que ciertas «noticias» tranquilizadoras se filtrasen en el *ghetto* desde los campos de trabajo exteriores. Por un momento, parecía posible a aquellos seres que, al fin y al cabo, nadie podía ser tan completamente inhumano.

La más eficaz entre todas las técnicas de la guerra psicológica aplicada por los nazis fue la habilidad con que supieron manejar al Consejo judío. Este era, en definitiva, un organismo político alemán que funcionaba por iniciativa de algunos judíos, impulsados por muy diversos motivos, que iban desde el puro y simple deseo de salvar la propia vida a la esperanza de proteger a su gente, por lo menos en los aspectos más intolerables de la opresión.

Sin embargo, se trataba de una misión imposible, que se hacía todavía más desesperada y brutal a causa de la misma policía judía, cuyos miembros se veían continuamente obligados a elegir entre la vida de sus familiares y la de sus vecinos.

No obstante, incluso en medio de este cuadro de muerte y de enfermedad, del terror, de la corrupción y de las traiciones, las escuelas clandestinas prosperaban, las zonas bombardeadas eran cultivadas como «parques», cuatro teatros permanecían abiertos, los músicos daban conciertos y los poetas infundían en sus versos tanta desesperación como imágenes de esperanza; pintores y escultores creaban y exponían obras nuevas, se publicaban periódicos clandestinos y algunos eruditos, como Emmanuel Ringelblum y Chaim A. Kaplan, reunían documentos secretos sobre los sufrimientos que estaba padeciendo el pueblo judío.

Un anónimo conferenciante definió la situación en la primera de una serie de reuniones culturales clandestinas, del siguiente modo:

«Queremos continuar viviendo y ser un pueblo libre y creador. Por ello resistiremos la prueba de la vida. Si nuestras vidas no se extinguen en un montón de cenizas, será el triunfo de la humanidad sobre la inhumanidad, será una prueba de que nuestra fuerza vital es todavía mayor que la voluntad de destruirnos.»

Pero después de un año de segregación, paralelamente a esta intransigencia intelectual, empezó a formarse el núcleo de la resistencia armada. En el *ghetto*, a través de nuevos refugiados y de espías procedentes del exterior de Varsovia, empezó a transparentarse la verdad respecto a los campos de concentración y a la destrucción de otras comunidades confinadas en otros tantos *ghettos*. Primero empezó a brotar, en el seno de un exiguo grupo de «fomentadores de desorden», la convicción de que los alemanes no les ofrecían, en realidad, otra alternativa que la del exterminio.

Algunos grupos juveniles, sionistas de izquierda, tomaron la iniciativa en el transcurso del invierno de 1941. Antes de la guerra, sus miembros ya se habían preparado para emprender una actividad de pioneros en Palestina. Su conciencia nacional y política era precisa y radical, habiendo ya rechazado todos los compromisos que inevitablemente estaban vinculados con el exilio hebraico. Estaban convencidos de que sus ideales debían conducir, lógicamente, a la acción.

El primer impulso les llegó de los miembros del partido comunista, que, como sus compañeros de otros países europeos, con una mano hacían la guerra y con la otra la revolución.

El *Bund*, el partido socialista hebreo más importante, vaciló. En un principio, su confianza en la solidaridad de la clase trabajadora le impidió apoyar un movimiento de resistencia exclusivamente judío. Mas, en el transcurso del mes de julio de 1942, cuando las cámaras de gas de Treblinka, a pocos kilómetros al nordeste de la capital, iniciaron el exterminio en masa de los judíos de Varsovia, el movimiento de resistencia se aseguró la plena adhesión de los movimientos políticos y religiosos presentes en el *ghetto*. Tan sólo el grupo nacionalista y extremista de los revisionistas quedó aparte, prefiriendo combatir separado del resto de los otros grupos, bajo la bandera del *Irgun Zvei Leumi* (Organización militar nacional).

Las deportaciones se iniciaron el 22 de julio, víspera del día de luto nacional, en el que los judíos rememoran la destrucción del templo de Jerusalén y la pérdida de la independencia hebraica. Seis días después de esta triste jornada, se constituyó la organización combatiente judía, que pronto fue puesta al mando de Mordechai Anielewicz, joven de veintitrés años, miembro del movimiento sionista de izquierda *Hashomer Hatzair*. Hijo de padres pertenecientes a la clase obrera, había asistido a la escuela superior judía de Varsovia, y a principios de 1942 fue enviado fuera del *ghetto* para averiguar la situación existente en Silesia.

Entre el 22 de julio y el 3 de octubre más de 300.000 judíos fueron deportados de la capital polaca; cuatro quintas partes a Treblinka y el resto a los campos de trabajos forzados. Chaim A. Kaplan, antiguo director de una escuela judía, llegado cuarenta años antes a Varsovia desde Rusia, describe en su *Diario* los métodos brutales de las redadas diarias y el pánico que estas suscitaban:

«El ghetto *se ha transformado en un infierno. Los hombres son como bestias. Cada uno se encuentra a un solo paso de la deportación; se caza a las gentes en las calles, como si se tratase de animales en la selva. Y precisamente son los hombres de la policía judía los más crueles con los condenados. A veces se cerca una sola casa; a veces, una manzana entera. En cada edificio destinado a ser destruido se realiza primero el registro de los pisos, pidiendo a todo el mundo la documentación. Al que no posee documentos que le den derecho a permanecer en el ghetto, ni el dinero necesario para corromper a los esbirros, se le obliga a meter sus enseres en un paquete de quince kilos como máximo y se le empuja al camión que espera ante la puerta.*

»Cada vez que se cerca una casa suceden al cerco increíbles escenas de pánico. Sus habitantes, que no tienen documentos ni dinero, se esconden en alacenas, bodegas y buhardillas. Cuando existe posibilidad de pasar de un patio a otro, los fugitivos saltan por los tejados, incluso con riesgo de su vida. Mas todos estos sistemas sirven tan sólo para retrasar lo inevitable, y, al fin, la policía acaba por prender siempre a hombres, mujeres y niños. Los indigentes y aquellos que han perdido cuanto tenían, son los primeros en ser deportados. El camión se llena en un momento. Es difícil distinguir a una persona de otra: la miseria les hace a todos iguales. Sus gritos y gemidos destrozan el corazón.



Víctimas del *ghetto* de Varsovia son sacadas del recinto murado para ser sepultadas. Entre octubre de 1940 y el verano de 1942, más de 100.000 judíos murieron en el *ghetto*, a consecuencia de las penalidades o de las enfermedades allí contraídas. *(Archivo Rizzoli)*



Envueltos en andrajos, para resguardarse del frío intensísimo, unos niños judíos duermen acurrucados en plena calle. Entre el 22 de julio y el 3 de octubre de 1942, fueron deportados de Varsovia más de 300.000 judíos, camino de las cámaras de gas o de los campos de concentración. (Archivo Rizzoli)

»Los niños, en particular, lanzan gritos desgarradores. Los viejos y los hombres de mediana edad aceptan la condena en silencio y permanecen de pie, con sus pequeños paquetes bajo el brazo. Mas el dolor y las lágrimas de las mujeres jóvenes no reconocen límite. A veces, una de ellas intenta liberarse de las manos que la tienen agarrada y entonces se inicia una lucha terrible. En estos momentos, el horror de la escena llega a su cumbre. Ambas partes luchan hasta el final. De una parte, la mujer, con el cabello revuelto y la blusa desgarrada, lucha con todas sus fuerzas contra aquellos verdugos, intentando escapar de sus manos. De su boca sale un torrente de imprecaciones rabiosas y toda ella parece como una leona dispuesta a matar. De la otra parte, dos policías la empujan por los hombros hacia la muerte.»

Estas deportaciones tuvieron sus héroes... quizás donde hubiera sido menos lógico esperarlo: por ejemplo, Adam Czerniakow, el ingeniero presidente del Consejo judío, quien, antes que firmar el decreto de expulsión, se envenenó; y el doctor Henryk Goldsmidt, decidió morir con los niños de su orfanato aun cuando los alemanes le habían ofrecido la salvación.

Las deportaciones a Treblinka se suspendieron entre el 3 de octubre de 1942 y enero de 1943. Pero ahora los combatientes clandestinos sabían ya que el encuentro decisivo era tan sólo cuestión de tiempo. Habían adquirido armas con la ayuda de agentes que entraban y salían, furtivamente, en el *ghetto*, a lo largo del alcantarillado, y que se mezclaban con los grupos destinados a efectuar los trabajos de sepultureros y que por ello tenían permiso para traspasar los muros para llegar al cementerio judío. Así se constituyeron y adiestraron veintidós grupos de guerrilleros.

El primer encuentro armado se produjo el 18 de enero, nueve días después de haber visitado Himmler el *ghetto* y de ordenar la reanudación de las deportaciones. Después de cuatro días de lucha, las SS, que se habían dispuesto a cercar a los últimos 60.000 o 70.000 judíos que aún permanecían en el *ghetto*, se retiraron. Las fuerzas de Anielewicz habían superado el bautismo de fuego y todo estaba ahora dispuesto para la insurrección.

Se inicia la «acción en amplia escala»

El 16 de febrero, tras una ulterior resistencia a las deportaciones por parte de los judíos, Himmler decidió que el *ghetto* fuera destruido. Dos meses más tarde, llamó de Grecia, para dirigir la operación, al teniente general Jürgen Stropp. A primeras horas del 19 de abril, víspera de la Pascua judía (fiesta en la que se conmemora la huida de Egipto y la resurrección, como pueblo, de los judíos) el *ghetto* fue cercado. La organización hebraica de combate declaró entonces el estado de alarma. Y poco después, a las 6, las SS hicieron su aparición, iniciándose con ello la «acción en amplia escala» de Jürgen Stropp.

Con gran estupor por parte de los alemanes, su primera tentativa de penetración fue rechazada por un nutrido fuego, con armas de pequeño calibre, granadas y bombas caseras, tan rudimentarias que podían encenderse con un fósforo. Un carro de combate fue incendiado por un grupo de veinte personas –hombres, mujeres y niños– y los alemanes tuvieron que retirarse. En el bando judío reinaba un ambiente de gran alegría. Al fin, en las calles de Varsovia, junto a la sangre judía, corría también la sangre alemana. Y, sin embargo, pocos, entre los combatientes, se hacían ilusiones. Sabían, desde luego, que no podrían vencer; pero estaban decididos a vender caras sus vidas.

A las 8, Stropp asumió personalmente el mando de la operación, dividiendo sus fuerzas en pequeños contingentes y asignándoles la misión de barrer completamente el *ghetto*. Muy pronto los judíos se vieron obligados a retirarse de los tejados y de los pisos superiores de las casas; al tercer día, la resistencia se había concentrado en las esquinas y en los *bunker* de la plaza Muranowsky.

Una complicada red de trincheras y de pasos subterráneos se había dispuesto en el transcurso del otoño e invierno. Los *bunker* fueron hábilmente adaptados para poder hospedar a familias enteras, con reservas de alimentos y de municiones y con rudimentarios aseos. En su informe cotidiano a sus superiores, Stropp se expresaba de este modo: «Descubrir los refugios individuales es extremadamente difícil, por cuanto han sido enmascarados muy hábilmente; en muchos casos, sólo es posible por la traición de otros judíos.»

Stropp concentró todos sus esfuerzos en dirección a los antiguos establecimientos alemanes, transformados ahora en importantes centros de resistencia y de abastecimiento. Llegó a la conclusión de que su plan no podía realizarse si no se destruían tales puestos. En su interior halló un estado de «caos indescriptible», situación cuya responsabilidad cargó a los dirigentes civiles y al Ejército, incluso a sus propias SS.

«Todo estaba en manos de los judíos, desde las sustancias químicas empleadas para la fabricación de explosivos, hasta los vestuarios y equipos destinados a la Wehrmacht. *Los dirigentes sabían tan poco de sus propias fábricas, que los judíos estaban en situación de producir armas de todas clases. Además, éstos habían conseguido organizar en el interior de estos lugares centros de resistencia. Los dirigentes de los establecimientos, cuya actividad era regulada por un oficial de la* Wehrmacht, *casi nunca podía decir con precisión a cuánto ascendía el número de su gente ni dónde se las encontraba. Las declaraciones de estos dirigentes, relativas al número de judíos que trabajaban en sus establecimientos eran siempre imprecisas.»*

Pasadas las primeras dos semanas, Stropp se dio cuenta de que cada vez era más difícil aniquilar a los judíos. Su desprecio inicial por ellos, a los que designaba como «cobardes por naturaleza», se transformó gradualmente en un rabioso respeto.

«Una y otra vez, grupos de combate formados por veinte o treinta o más judíos, de edad comprendida entre los dieciocho y los veinticinco años, y acompañados por un número semejante de mujeres, encendían nuevos focos de resistencia. Estos grupos tenían orden de resistir con las armas hasta el fin, y, si era necesario, debían evitar caer prisioneros suicidándose. Uno de estos grupos, saliendo de una alcantarilla, logró apoderarse de un camión y huir en él.»

Doblemente impresionado se mostraba Stropp respecto al comportamiento de las mujeres. Advirtió que, con gran frecuencia, se daba el caso de que disparasen con dos pistolas a la vez. Muchas veces escondían pistolas y bombas de mano en los pantalones, para sacarlas, de improviso, atacando por sorpresa a los alemanes.

Una política de destrucción total

La resistencia opuesta por los judíos y por un puñado de guerrilleros polacos, que les apoyaban desde el ex-







Algunos judíos detenidos por los alemanes, a raíz de una sublevación, son conducidos fuera del *ghetto*. El primer choque entre judíos y alemanes se produjo el 18 de enero de 1943. En el centro: un judío, refugiado en una alcantarilla, se rinde a los hombres de las SS. Las operaciones para la destrucción total del *ghetto* de Varsovia, ordenada por Himmler el 16 de febrero de 1943, se iniciaron dos meses más tarde bajo la dirección del teniente general Jürgen Stroop. Abajo: mayo de 1943: termina la rebelión en el *ghetto* de Varsovia. Las acciones armadas contra el *ghetto*, iniciadas el 19 de abril, tropezaron con una violenta e inesperada resistencia por parte de los judíos, que no cejó hasta que, a las 20,15 horas del día 16 de mayo, fue destruida la sinagoga. El número de judíos muertos durante estas jornadas ascendió a 56.065.
(Hulton Picture Library - Alfredo Zennaro)

terior del muro, era tan eficaz que Stropp debía mantener en acción a sus patrullas de asalto veinticuatro horas al día, «enérgicamente y sin tregua». Pero Himmler empezó a revelar cierta impaciencia y Stropp se vio de pronto obligado a adoptar una política de destrucción total.

«Uno tras otro, los establecimientos fueron sistemáticamente evacuados y en seguida incendiados. Por lo general, los judíos abandonaron sus escondrijos y refugios. No obstante, en algunas ocasiones permanecían en los edificios incendiados hasta que, impulsados por el calor de las llamas y por el temor de abrasarse vivos, preferían arrojarse desde los pisos más altos, después de lanzar a la calle colchones y otros objetos que pudieran amortiguar la caída. Entonces, y aun con las naturales fracturas, intentaban cruzar la calle para llegar a lugares todavía no incendiados o sólo parcialmente en llamas.»

También en las cloacas, donde se escondían muchos judíos, la vida se hizo cada vez más dura, sobre todo después de las tentativas de los alemanes de ahogarles allí mismo, abriendo las válvulas de descarga. Gradualmente, uno tras otro, los *bunker* fueron barridos y destruidos por los ingenieros de la *Wehrmacht*, que empleaban bombas lacrimógenas y explosivos. El 8 de mayo, el subterráneo que albergaba al Estado Mayor judío –bajo el número 18 de Vía Mila– fue bloqueado y sometido a un intenso bombardeo de granadas de mano. Allí pereció Mordechai Anielewicz con ochenta de sus compañeros. Y con ello la rebelión terminó.

Toda forma de resistencia organizada acabó el 16 de mayo, a las 20,15 horas, con la demolición de la sinagoga. Algunos combatientes que sobrevivieron lograron huir a través de las cloacas y unirse a los partisanos polacos. Pero todavía en pleno mes de julio los alemanes se hallaban ultimando las operaciones de limpieza. Stropp registró la muerte de unos 56.000 judíos durante la rebelión. Unos 7000 resultaron muertos en combate y un número análogo fue enviado a Treblinka. Se calculó que otros 5.000 o 6000 murieron a causa de las explosiones y de los incendios; el número exacto de los cadáveres que se encontraron bajo los escombros era imposible de calcular.

En el transcurso de la rebelión, el partido socialista polaco de Varsovia proporcionó a los combatientes judíos un número limitado de armas. Sin embargo, ninguna respuesta se recibió a la demanda de ayuda cursada al ejército clandestino polaco, del general Tadeuz Bor-Kmorowski. En Londres, después de largas semanas de conversación, el primer ministro polaco, general Sikorski, lanzó una llamada general a los polacos que se encontraban en su patria para que ayudasen a los insurgentes. Pero ya era demasiado tarde.

En efecto, dos días antes, Stropp había comunicado orgullosamente: «El *ghetto* de Varsovia ya no existe.» Su comunicado terminaba con este prosaico epitafio: «Con exclusión de ocho edificios (alojamientos para la policía, hospital y alojamiento reservado para la guardia de las fábricas) el ex *ghetto* está totalmente destruido. Sólo algunos muros contra incendios quedan en pie y ello únicamente en los casos en que no ha sido necesaria la demolición con explosivos. Mas las ruinas contienen todavía una notable cantidad de piedras y materiales de desecho que podrían ser utilizables.»

Eric Silver

Nieto de emigrantes judíos procedentes de Europa oriental, nació en Leeds, el 8 de julio de 1935. Cursó sus estudios primarios y secundarios en la Roundhay School de la citada ciudad de Leeds. Más tarde estudió filosofía, política y economía en el St. Catherine's College de Oxford. Actualmente es periodista del *Guardian*, y se ocupa, principalmente, de problemas laborales.



LA GUERRA FANTASMA

J. J. Baritz

Durante todo el período de sus espectaculares triunfos en Rusia, las fuerzas alemanas se vieron obligadas a sostener una segunda campaña: una durísima guerra fantasma contra los partisanos, los guerrilleros soviéticos. Este conflicto no nació espontáneamente. Antes de la guerra, el Gobierno soviético, todavía empeñado en su esfuerzo constante de comunistizar el país, era decididamente contrario a la idea de una "nación armada", y ahora muchos rusos preferían estar a la expectativa y ver si su Gobierno, que no gozaba del favor de toda la población, conseguiría sobrevivir. En realidad, como expresa el autor de este capítulo, por cada guerrillero había, en un principio, dos colaboracionistas. Pero la agresividad demostrada por los alemanes en las zonas ocupadas –así como la organización que los soviéticos lograron dar a la actividad de las guerrillas y la dureza con que trataban a los colaboracionistas–, aceleró el desarrollo de un movimiento que conseguiría destruir un número cada vez más elevado de fuerzas alemanas.



Aunque la guerra de guerrillas siempre desempeñó un importante papel en la historia rusa, el ataque alemán del verano de 1941, halló, por muchas razones, a la Unión Soviética muy mal preparada para organizarla en el territorio ocupado. Los jefes soviéticos, en especial Stalin, estaban convencidos de que el Ejército ruso era lo bastante fuerte para rechazar, en las mismas fronteras, toda tentativa de invasión y, por lo tanto, no juzgaron necesario adiestrar guerrilleros.

Esta absoluta certeza, por parte de los jefes soviéticos, de que la preparación para una guerra de guerrillas sería inútil fue la causa de que en el momento de la invasión no existiera presupuesto material ni organización alguna para una lucha de este tipo. No había provisiones, indumentaria, material sanitario, armas o materiales de empleo especial (como minas, transmisores o prensas portátiles).

En las primeras fases de la guerra, la falta de adiestramiento en esta actividad, así como también la falta de toda idea clara sobre los criterios en que debía organizarse su jerarquía de mando, provocaron desacuerdos entre los jefes soviéticos. Algunos de ellos insistían en la necesidad de crear grandes unidades, y hacerlas operar según los planes elaborados por los jefes militares centrales. Otros, en cambio, sostenían que sería mucho más eficaz disponer de numerosos destacamentos pequeños, que actuasen valiéndose esencialmente de su propio espíritu de iniciativa y de sus procedimientos técnicos, recibiendo tan sólo del mando militar cierto apoyo y una coordinación general.

Había divergencias de opinión incluso respecto a la forma en que debía dirigirse el movimiento partisano y del organismo encargado de desempeñar tal función. Algunos opinaban que el movimiento guerrillero había de contar con un Estado Mayor central y otros periféricos, mientras el jefe de la policía secreta, Lavrenti Beria, insistía en que tales organismos eran superfluos, puesto que él mismo podía organizar y conducir el movimiento a través de sus dos ministerios: el de Asuntos Interiores y el de la Seguridad del Estado. En el transcurso del año 1941, numerosas organizaciones periféricas constituyeron, por propia iniciativa, Estados Mayores partisanos. Pero sólo en mayo de 1942, y pese a las continuas objeciones de Beria, el Comité Central del Partido tomó, finalmente, la decisión de constituir un Estado Mayor central del movimiento guerrillero en Moscú.

Tardía llamada a las armas

La primera alusión a la necesidad de organizar una actividad guerrillera y de sabotaje, en el territorio ocupado por los alemanes, apareció en una directiva emanada por el Comité del Partido Comunista y por el Gobierno soviético el 29 de junio de 1941. Esta directiva preveía la creación de batallones de seguridad, formados por los elementos más fieles de la población civil, con la misión de impedir que en las retaguardias soviéticas cundiera el pánico y la desorganización.

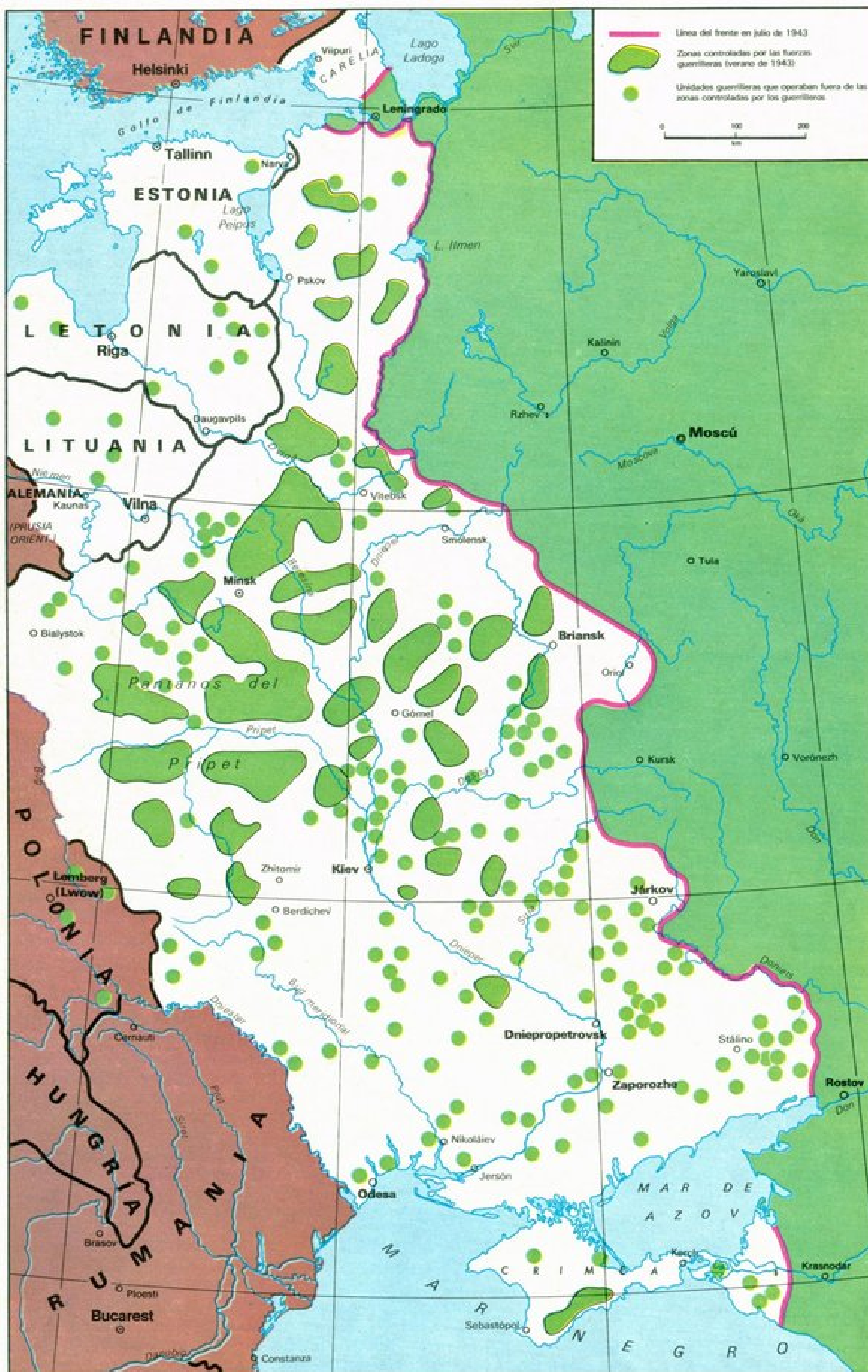
«Debemos organizar una lucha despiadada contra todos aquellos que intenten desorganizar nuestras retaguardias: desertores, alarmistas, divulgadores de falsas noticias; eliminar espías, saboteadores y paracaidistas enemigos, apresurándonos a cooperar en todo ello con nuestros batallones de seguridad... La guerra con la Alemania nazi no debe considerarse como una guerra vulgar de administración. Esta no es sólo una guerra entre dos Ejércitos, sino también la guerra de todo el pueblo soviético contra las fuerzas alemanas».

Lo que, indudablemente, no sólo constituía una invitación a la población civil para lanzarse a la guerra de guerrillas, sino también una amenaza, ya que los que no tomaban parte en «la guerra de todo el pueblo soviético» serían considerados cómo traidores.

El 18 de julio de 1941, el Comité Central del Partido publicó otra directiva, a favor de la organización de la lucha en las retaguardias alemanas, en la que se ordenaba constituir, en las zonas ocupadas, comités de partido clandestinos, con la finalidad de que se desarrollara en las zonas de su competencia una actividad guerrillera subversiva. La responsabilidad de la creación de estos comités se confió a los más eminentes representantes del Partido y del Gobierno y, de un modo particular, a los primeros secretarios de la organización del Partido. La directiva ordenaba la inmediata constitución de órganos y de destacamentos partisanos en las zonas más próximas al frente, la elección de las personas más idóneas para ser encuadradas en estas actividades y la explotación de los recursos locales para abastecer a la organización

Poco después, dentro de la Dirección política principal del Ejército ruso y de otras jefaturas políticas de los diversos frentes, se constituyeron secciones especiales del servicio de seguridad del Estado; estas secciones tenían la misión de formar destacamentos guerrilleros, grupos de sabotaje y batallones de seguridad, abastecerlos de armas y de material bélico, así como elegir y nombrar el personal de mando. Para los destacamentos guerrilleros y grupos de sabotaje, estas secciones especiales publicaron un documento que contenía los siguientes principios:

- Destacamentos guerrilleros, constituidos por 75 a 100 hombres cada uno, y grupos de sabotaje de 30 a 50 hombres, se organizarían, en especial, en las zonas donde el enemigo hubiera concentrado fuerzas considerables; desde luego debía existir, por lo menos, un destacamento y un grupo en cada una de las circunscripciones administrativas.
- Los principales objetivos para los destacamentos guerrilleros eran las columnas y guarniciones de in-



EL DESARROLLO DE LAS OPERACIONES GUERRILLERAS

Mientras en las primeras fases de la guerra la actividad partisana en Rusia fue muy limitada, a partir del invierno de 1941-1942, las acciones guerrilleras en los territorios ocupados por los alemanes se intensificaron mucho. El número de guerrilleros, que en diciembre de 1941 ascendía a 30.000 hombres, llegó, en julio de 1942, a 80.133. Las actividades guerrilleras se concentraron en las zonas que podían ofrecer escondrijos naturales, como las selvas de la Rusia Blanca y de Briansk o las zonas pantanosas del Pripet. En estas regiones, los partisanos atacaron importantes líneas férreas y volaron muchos puentes, poniendo a los alemanes ante graves problemas para poder asegurarse el flujo continuado de los abastecimientos necesarios para las tropas desplazadas a lo largo del frente soviético.

fantería motorizada enemiga, los medios de transporte, los aeródromos y los enlaces. Para los grupos de sabotaje los principales objetivos serían: las líneas telefónicas, los depósitos de material bélico (especialmente carburante), pequeños grupos de soldados, camiones y carros de combate aislados, muerte de los oficiales, captura de documentos y difusión de consignas cuya finalidad fuese despertar incertidumbres y alarma entre los soldados enemigos.

- Se exponían de modo particular métodos operativos y procedimientos tácticos: conspiraciones, sorpresas, emboscadas, reconocimiento de zonas de operaciones, tiempos y métodos más oportunos para atacar determinados objetivos y métodos para evitar el combate y eludir la persecución enemiga.
- Los guerrilleros no debían esperar órdenes superiores, sino actuar en forma autónoma, conforme a las instrucciones ya recibidas y a las situaciones precisas. No se les prometía la mínima ayuda material; deberían subsistir con los recursos locales disponibles y con las armas capturadas al enemigo.

A los destacamentos guerrilleros y a los grupos de sabotaje se unían las redes de grupos y de agentes conspiradores organizados por el Partido, así como las redes autónomas preparadas por los servicios para los asuntos interiores y de la seguridad del Estado. Su misión era desencadenar actividades de sabotaje, terrorismo y espionaje.

De esta manera, los jefes soviéticos intentaron desarrollar un amplio movimiento subversivo, cuya precisa finalidad era ayudar de modo inmediato, si bien limitado, a las fuerzas que combatían en el frente.

Aun cuando los jefes soviéticos ordenaron la constitución de un destacamento guerrillero y de un grupo de sabotaje, por lo menos, en cada circunscripción administrativa, en realidad sólo se formaron en las pocas zonas que ofrecían una buena protección natural (bosques, pantanos, montañas) y a base, principalmente, de miembros del Partido Comunista, de la Liga juvenil y de miembros de la *Intelligenzia*, urbana y rural, así como de soldados y oficiales que, cercados o sobrepasados por el rápido avance del Ejército alemán, no habían conseguido mantenerse en contacto con el grueso de sus unidades en retirada.

En la provincia de Leningrado se constituyeron unos 350 destacamentos (de 30 a 50 hombres cada uno), así como algunos pequeños grupos en los meses de julio y agosto de 1941. A la propia ciudad de Leningrado correspondieron 191. Sus jefes y comisarios fueron enviados a los distritos occidentales de la provincia para constituir y aprovisionar bases secretas antes de que llegasen los alemanes; además, se organizaron 36 comités de partido clandestinos para dirigir este esfuerzo. Mas los resultados fueron casi nulos: en los primeros meses de la guerra murieron, en combate o fusilados por la Gestapo, 7724 hombres (más del 50 % del total); 45 destacamentos y varias decenas de pequeños grupos fueron eliminados y muchos jefes y secretarios del Partido abandonaron el sector que se les confiara cuando las fuerzas soviéticas se retiraron. Fue entonces cuando se tomó la decisión de reagrupar en brigadas a los pequeños destacamentos.

En la Rusia Blanca los alemanes avanzaron con tal rapidez, que en muchas regiones resultó imposible efectuar preparativos para la actividad clandestina. En julio, el Comité Central del Partido Comunista de la Rusia Blanca envió, tras las líneas alemanas, a 125 grupos guerrilleros y de sabotaje y la Liga juvenil otros 600.

El Partido Comunista ucraniano envió unos 33.000 miembros a las zonas ocupadas para constituir grupos guerrilleros y organizaciones clandestinas; pero sólo unos pocos destacamentos sobrevivieron, hallando refugio en los bosques de Ucrania septentrional.

En Crimea, donde la mayor parte de la población local estaba constituida por tártaros, hubo particulares dificultades. Se constituyeron 28 grupos guerrilleros, con un total de 3734 hombres, entre los que había pocos tártaros, si es que en realidad había alguno. Los tártaros se mostraron muy bien dispuestos a colaborar con los alemanes, los cuales se apresuraron a organizarlos en grupos autónomos que tomaban parte en las expediciones de castigo contra los guerrilleros.

El problema de las deserciones era, en todas partes, bastante grave. Más de 6000 miembros del Partido y de la Liga juvenil quedaron en la retaguardia alemana, en la provincia de Smolensk; mas, en otoño de 1941, tan sólo operaban en aquella zona unos 2000 hombres en total. En la provincia de Oriol se agruparon casi 10.000 hombres antes de la llegada de los alemanes; en cam-

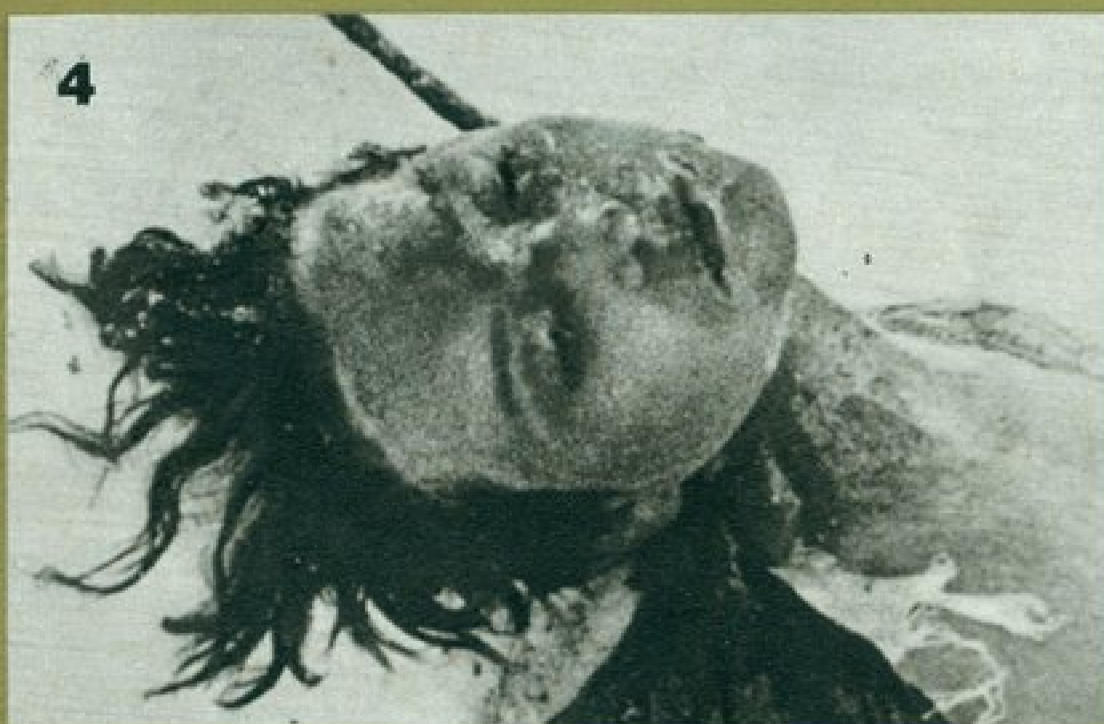


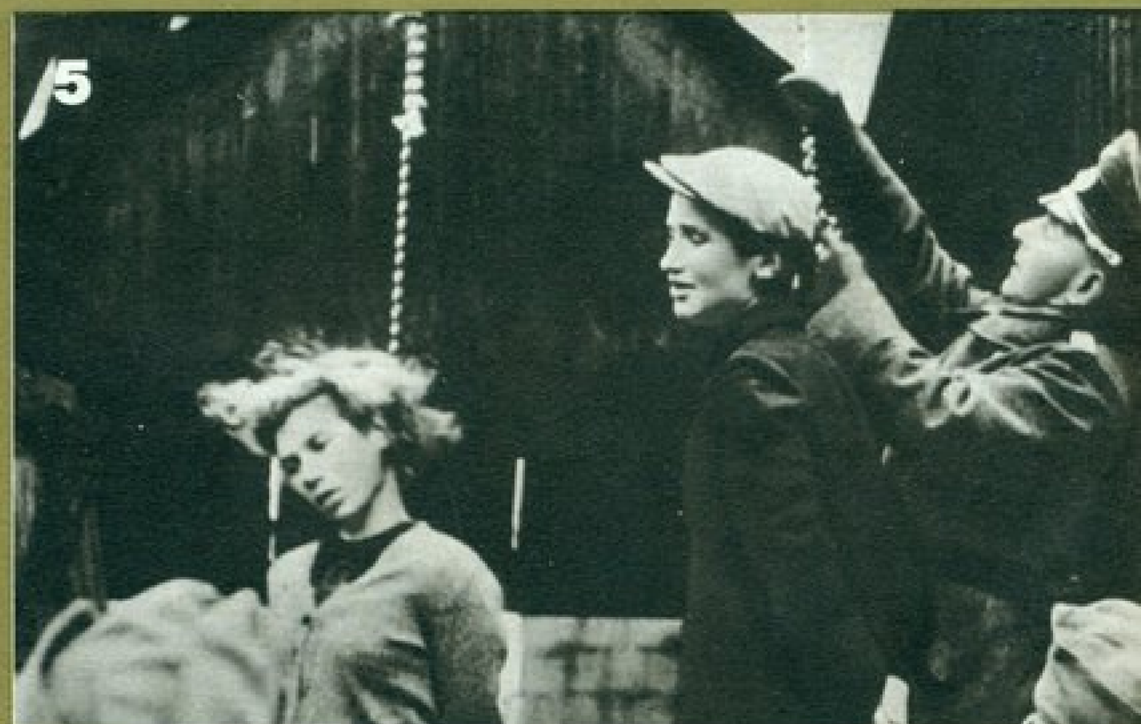




1. Bajo la vigilancia de un soldado alemán, tres guerrilleros soviéticos, capturados por el enemigo, son obligados a cavar sus propias fosas.
2. Después del macabro trabajo, la muerte: los tres prisioneros son fusilados por el pelotón de ejecución.
3. Tanya, una muchacha guerrillera que fue hecha prisionera por los alemanes, en las cercanias de Moscú a fines de 1941, es conducida al lugar de ejecución.
4. Tanya, tal como fue encontrada después por los guerrilleros rusos.
5. Dos guerrilleros soviéticos son ahorcados cerca de Minsk.
6. Muchacho ruso fusilado por los alemanes por haber encontrado en su poder una paloma mensajera y sospecharse que colaboraba con los guerrilleros.
7. Algunos guerrilleros ahorcados en Volokolamsk, cerca de Moscú, en invierno de 1941.

(Archivo Rizzoli - Novosti Press Agency)









bio, cuando las fuerzas soviéticas se retiraron, no quedaron más de 2300, y en el curso de las tres semanas siguientes algunos destacamentos se desintegraron por completo.

Los grupos de la región de Moscú constituyeron, en cierto modo, una excepción. Antes de que los alemanes llegasen a la región, se constituyó un Estado Mayor del movimiento guerrillero, doce comités clandestinos de distrito y 40 destacamentos guerrilleros con sus bases. El núcleo de estas formaciones lo formaban 1500 miembros del Partido y 300 miembros de la Liga juvenil, así como muchos funcionarios importantes del Partido. Se desarrolló una intensa actividad, atacando incluso a las guarniciones alemanas, lo que fue causa de que sufrieran graves pérdidas.

Por entonces, los altos jefes soviéticos empezaron a esforzarse por desarrollar el movimiento partisano. El Comité central, los Ministerios de Asuntos Interiores y de Seguridad del Estado y los diversos Estados Mayores de los distintos frentes organizaron escuelas de adiestramiento para la preparación de cuadros guerrilleros. Todo el personal especializado fue enviado tras las líneas alemanas para asumir la dirección de los destacamentos ya existentes, a fin de hacerlos más activos y, al mismo tiempo, crear otros nuevos, reclutados entre la población local.

En diciembre de 1941, los alemanes ocupaban una parte del territorio soviético cuya población ascendía a casi 70.000.000 de habitantes. Y en aquellos momentos en todo el territorio ocupado no había más de 30.000 guerrilleros; pero luego este número aumentó rápidamente, hasta el punto de que el 1 de julio de 1942 ascendía ya a 80.133, organizados en 661 destacamentos. Fueron numerosas las razones de este enorme y rápido desarrollo:

- ante todo, la primera contraofensiva lanzada por las fuerzas soviéticas para salvar Moscú, en el invierno de 1941-42, indujo a muchos rusos a abandonar su anterior postura de pesimismo y de indecisión, despertando en ellos la esperanza en la victoria final;
- la dura política aplicada por los alemanes a las zonas ocupadas contribuyó también a que cambiara la actitud del pueblo respecto a los guerrilleros;
- las medidas adoptadas para su organización contribuyeron asimismo en cierta medida; el 30 de mayo de 1942, quedó firmemente constituido un organismo especial, cuya misión era dirigir la actividad guerrillera: el Estado Mayor Central del movimiento partisano, dependiente del Mando Supremo. En los meses siguientes se crearon también Estados Mayores territoriales subordinados a este organismo central.

A mayores fuerzas, menor actividad

El Estado Mayor Central empezó a funcionar en unos momentos más bien críticos, cuando las fuerzas soviéticas se retiraban hacia Stalingrado y el Cáucaso, sometidas a un incontenible ataque alemán. Esta circunstancia repercutió en la moral de los partisanos y, pese a que sus efectivos habían aumentado, su actividad, en cambio, era menor. Además, la situación militar obligó a muchas organizaciones clandestinas a suspender toda actividad, en tanto otras eran eliminadas por los alemanes. El día 1 de agosto de 1942, el Estado Mayor Central declaró que el nivel general de actividad guerrillera era muy bajo y que había que revitalizarlo a toda costa para proporcionar una rápida y eficaz ayuda a las tropas que combatían en el frente. El 12 de agosto se anunció una amnistía para todos los colaboracionistas que cesaron inmediatamente de proporcionar cualquier tipo de ayuda a los alemanes y se confiaba a los comandantes guerrilleros la tarea de ajusticiar a todos aquellos que continuasen colaborando con el invasor.

Aquel mismo día, el Comité Central del Partido dictó una nueva directiva, ordenando que fuese restablecida, y rigurosamente observada, la disciplina en el interior de la organización clandestina del partido; que se crearan nuevos destacamentos guerrilleros y que se acelerase todo tipo de operaciones subversivas, en especial aquellas que tenían como objetivo las líneas de comunicaciones enemigas.

Los guerrilleros de la Rusia Blanca y de las selvas de Briansk respondieron al llamamiento, atacando importantes vías férreas y estaciones y volando los puentes del ferrocarril sobre los ríos Desná, Ptic y Drissa.

El incremento de la actividad guerrillera obligó a los alemanes a aminorar la velocidad de los trenes, a reducir el movimiento nocturno, a aumentar la actividad de las patrullas a lo largo de las líneas férreas y a levantar fortificaciones en ellas o en las cercanías de los puentes más importantes. En verano de 1942, se organizaron varias operaciones contra los guerrilleros de la Rusia Blanca y de las selvas de Briansk; pero los resultados fueron mediocres.

Asimismo, el nuevo auge del movimiento partisano dio lugar a conversaciones de alto nivel en Moscú. En agosto de 1942, el Estado Mayor Central convocó a unos 20 comandantes de las brigadas guerrilleras, los más importantes, a una conferencia relacionada con los problemas de la actividad subversiva. El grupo fue recibido el 31 de agosto por Stalin y la reunión con los jefes soviéticos se celebró en el Kremlin. En ella se informó de que «a pesar de sus evidentes triunfos, el movimiento guerrillero no era, en aquel momento, todo lo fuerte que debía ser.»

Los comandantes recibieron la orden de crear, en todas las aldeas, nuevas reservas, y se insistió en concentrar los mayores esfuerzos contra las líneas de comunicación alemanas. Las dos brigadas más importantes, al mando de S. Kovpak y A. Saburov, con más de 1000 hombres cada una, debían efectuar incursiones desde los bosques de Briansk a la orilla occidental del Dnieper y, desde allí, a las zonas poco boscosas de Ucrania sudoccidental, pues las principales vías de comunicación alemanas corrían a través de esta región.

Las brigadas de Kovpak y de Saburov fueron abastecidas desde el aire, y, a fines de octubre, entraron en acción. En diciembre, la brigada de Kovpak llevó a cabo una audaz operación contra el importantísimo nudo Ferroviario de Sarny, volando cinco puentes en las líneas que convergían en dicho punto.

En el curso del año 1942 se potenció notablemente el equipo para el adiestramiento de todos los guerrilleros y los hombres fueron enviados, en grupos o en destacamentos completos, a las zonas ocupadas. El Estado Mayor de la Rusia Blanca, por ejemplo, adiestró 2600 partisanos en el período comprendido entre abril y octubre de 1942, enviándolos luego a las zonas operativas organizados en 14 destacamentos y 92 grupos.

Como quiera que existían varios pequeños destacamentos pasivos, que apenas aportaban una escasa contribución a la lucha, se decidió obligarles a formar parte de otras unidades guerrilleras más activas o, al menos, subordinarles a ellas, con el fin de reforzar la disciplina y hacer más enérgica y eficaz la acción. Algunos comandantes de estas pequeñas unidades se negaron a obedecer, prefiriendo quedarse, tranquilamente, en las aldeas u ocultarse en los bosques. Finalmente fueron fusilados y sus unidades incorporadas, por la fuerza, a otras brigadas.

Entre tanto, lo cierto era que la organización guerrillera se había consolidado. Las unidades más fuertes se constituyeron en brigadas, haciéndoselas responsables de unas zonas determinadas y de destacamentos subordinados. Su estructura era similar a la de las unidades militares. Para reducir el peligro de infiltraciones por parte de los agentes alemanes y de los colaboracionistas, se estableció una vigilancia muy rigurosa para los nuevos reclutas. Durante su período de prueba, no se les daban armas y tan sólo se les utilizaba en servicios auxiliares y bajo una estrecha vigilancia. Si se descubría que su pasado era «poco limpio» o que se habían comportado de un modo desleal, ellos y sus familiares eran ajusticiados y sus casas y bienes destruidos.

Los suministros a los guerrilleros aumentaron cuando, en 1942, se asignó a los Estados Mayores centrales, territoriales y del frente algunos aviones para los servicios de enlace, envíos de suministros y de refuerzos, transporte de los enfermos y de los heridos graves, etc. A fines del año la situación mejoró sensiblemente en todo lo relacionado con los abastecimientos, aunque continuaron siendo todavía bastante exiguos para las operaciones que los Estados Mayores hubieran querido desarrollar.

En el transcurso del año 1943, las filas guerrilleras engrosaron rápidamente. A principios de julio contaban con 142.006 militantes, número que continuó aumentando también cuando el territorio ocupado se redujo tras el éxito de la contraofensiva soviética del invierno de 1942-1943. Como ya había ocurrido el año anterior, el motivo de este incremento de fuerzas era que los triunfos soviéticos levantaban la moral de la población de los territorios ocupados, induciendo a muchos indiferentes, e incluso a algunos colaboracionistas, a unirse a los guerrilleros a fin de demostrar su lealtad al Gobierno soviético antes de que llegasen las fuerzas regulares y la policía secreta.

El grueso de las fuerzas guerrilleras se hallaba en las zonas pantanosas y cubiertas de espesos bosques de la Rusia Blanca, de la provincia de Leningrado, de Ucrania septentrional y en los bosques de Briansk. En Ucrania meridional, en Crimea y en el Cáucaso septentrional, tanto las condiciones geográficas como las políticas eran desfavorables a la creación de bases y al desarrollo de estas actividades.

En las zonas en que las operaciones guerrilleras no podían desarrollarse activamente, los jefes soviéticos emplearon unidades militares especiales; así, por ejemplo, durante la retirada alemana del Cáucaso septentrional, en el invierno de 1942-1943, destacamentos saboteadores procedentes de los batallones regulares de ingenieros fueron lanzados en paracaídas sobre las estepas cubiertas de nieve de la retaguardia alemana.

En los comienzos de 1943, el Estado Mayor Central, así como los territoriales y las organizaciones de partido, empezaron a elaborar planes ulteriores para atacar en gran escala las vías de comunicación enemigas y ampliar el campo de acción del movimiento guerrillero. El plan relativo a Ucrania preveía incursiones de nutridas bandas de guerrilleros en las zonas occidentales y sudoccidentales de la región, como también ataques a numerosas líneas y enlaces ferroviarios de particular importancia estratégica. Este plan se comunicó, a fines de mayo, a los jefes y comisarios de las siete brigadas guerrilleras en el curso de una reunión celebrada en el puesto de mando de Saburov.

El Comité central de la Rusia Blanca subrayó la necesidad de inducir a toda la población a realizar actos de sabotaje contra el enemigo y a desacreditar a los nacionalistas «burgueses» polacos, cuyas bandas guerrilleras que operaban en la Rusia Blanca occidental eran tan antisoviéticas como antigermanas. Se decidió entonces trasladar 40 destacamentos de la Rusia Blanca oriental a la occidental, a fin de intensificar el sabotaje de las vías de comunicación y de desarrollar una mayor actividad de propaganda entre la población civil.

Por su parte, los guerrilleros de los bosques de Briansk concentraron sus esfuerzos en ataques contra las vías de comunicación del Grupo de Ejércitos del Centro alemán y, en febrero de 1943, tomaron parte en una operación conjunta con las fuerzas aéreas del frente. En esta operación se hicieron saltar, simultáneamente, muchos kilómetros de vía férrea, especialmente a lo largo de la línea Briansk-Karachev, mientras la Aviación atacaba las estaciones. En el mes de marzo, los guerrilleros lograron hacer saltar el puente de 330 metros sobre el Desná, a lo largo de la línea Gómel-Briansk, haciendo así más difíciles los preparativos que el Grupo de Ejércitos del Centro estaba efectuando con vistas a la Operación «Zitadel» (ofensiva alemana de julio de 1943 contra el saliente soviético en torno a Kursk).

No existen datos precisos acerca de los resultados obtenidos en todas estas actividades de sabotaje. Las cifras proporcionadas por los jefes guerrilleros con frecuencia eran exageradas o a veces repetidas en los informes de varios jefes. No obstante, sobre la base de estos datos, el jefe del Estado Mayor Central del movimiento guerrillero, Ponomarenko, afirmaba que, durante los primeros dos años de la guerra, los guerrilleros de la Rusia Blanca, por sí solos, habían dado muerte a más de 300.000 alemanes, provocaron 3000 desastres ferroviarios y destruyeron 3263 puentes, 1191 carros de combate, 4097 camiones y 895 depósitos de géneros diversos.

Aun cuando estas cifras sean exageradas, lo que sí es cierto es el hecho de que la actividad guerrillera influyó sensiblemente en el desarrollo de la guerra en la zona alemana. Como dejó escrito el general Fuller: «Los guerrilleros, cuyo número crecía progresivamente, sembraban el terror en el corazón de los soldados alemanes destacados a lo largo de las interminables líneas de ferrocarriles. Sobre las inmensas extensiones que éstas atravesaban, los destacamentos guerrilleros realizaron la misma misión que los submarinos en el Atlántico».



J.J. BARITZ

Nació en el Cáucaso septentrional en 1913 y se doctoró en el Instituto de Economía y Comercio de Moscú en 1937. Al estallar la guerra fue movilizado, y prestó sus servicios como oficial de Estado Mayor en distintos frentes, alcanzando el grado de comandante. Después de la guerra se trasladó a Occidente y trabajó como profesor adjunto de ciencia militar soviética en el «US Army Institute for Advanced Russian Studies». En la década de los 50 fue colaborador independiente en las emisoras radiofónicas de Munich, en los programas de «Voz de América» y Radio Liberty. En los últimos años ha realizado investigaciones acerca de la organización y procedimientos tácticos de la actividad guerrillera y subversiva de los comunistas en los países no comunistas. Algunos de sus artículos han sido traducidos al ruso, inglés, francés y alemán.

Suiza y Alemania, 1939-1944


(History of the Second World War,

Rudolf Rössler, conocido como el espía «Lucy».

LA RED DEL ESPIA "LUCY"

John Vader

En agosto de 1941, en las proximidades de Smolensk, algunos soldados alemanes se apoderaron de una caja de caudales que contenía la traducción al ruso de algunos planes de ataque de la *Wehrmacht*. Poco después se produjeron otros episodios análogos y, finalmente, la Gestapo decidió lanzar una operación de contraespionaje. Hacia mediados de 1942, los alemanes se enteraron de que una estación de radio clandestina operaba en Suiza y transmitía a Moscú informaciones en extremo detalladas de los movimientos e intenciones de Alemania. Se trataba de la actividad de la "red de Lucy", una de las más importantes organizaciones de espionaje de la segunda Guerra Mundial.

En octubre de 1939, la embajada inglesa en Berna fue informada de que Hitler intentaba lanzar un ataque contra Bélgica, Holanda y Francia nororiental el día 12 de noviembre. No se sabe si esta información fue considerada como digna de crédito por parte de los ingleses, pero lo que sí es cierto es que la misma respondía a la verdad. Puede darse el caso de que la casual decisión de Hitler de diferir el ataque hubiera inducido a los ingleses a no dar crédito a ninguna otra información que procediera de la misma fuente, que tenía ramificaciones incluso en el seno de la misma *Wehrmacht*, o sea en el OKW. Por el mismo tiempo, también las embajadas belga y holandesa recibieron la misma información. En marzo de 1940, tanto Dinamarca como Noruega fueron asimismo avisadas de que ciertas informaciones recibidas en Suiza confirmaban los rumores según los cuales Alemania intentaba invadir los citados países; sin embargo, tanto el Alto Mando danés como el noruego fueron totalmente sorprendidos cuando, poco tiempo después, los anunciados ataques se hicieron realidad.

A continuación, los Aliados recibieron desde Suiza unos mensajes de una claridad realmente increíble; se les presentó nada menos que el famoso «Plan amarillo», del general Erich von Manstein, en el que se exponía el desarrollo de la ofensiva alemana contra Occidente. El día 10 de marzo, el Alto Mando francés tenía en su poder todos los detalles del citado plan, y el día 1 de mayo se le comunicó incluso la fecha exacta de la ofensiva: el 10 de mayo. Todas estas informaciones no fueron entregadas por personas extrañas y sospechosas de ir tan sólo a la caza de dinero, sino por hombres responsables, como él general Delvoie, agregado militar belga en Berna; el general Gauche, del *Deuxième Bureau*, y el coronel Rivet, del *Cinquième Bureau*.

Actualmente se sabe que estas informaciones procedían de Rudolf Rössler, un editor poco conocido, delgado y con gafas, que durante casi un año había trabajado en su apartamento de Lucerna con una radio receptora-transmisora de onda corta. El mismo día 1 de mayo se recibió un breve mensaje que hubiera debido ser considerado como el más importante y valioso de todos los recibidos por los Aliados en el transcurso de la guerra: «*Ataque el 10 de mayo por el paso de Sedán. "Plan amarillo" aún válido. Cincuenta divisiones concentradas a lo largo de las fronteras belga y holandesa. Guderian y Hoth preparados para atacar Sedán*». Y, en efecto, el 10 de mayo se inició el ataque, y los *panzer* se lanzaron hacia Sedán; catorce días después, los Ejércitos aliados habían sido cercados. En anteriores mensajes, Rössler había proporcionado muchas y muy detalladas informaciones del Servicio de Información suizo que, después, los había transmitido discretamente a las diferentes embajadas. Desde luego en estos asuntos era indispensable la mayor discreción, puesto que la Confederación suiza estaba decidida a mantener su indiscutible neutralidad. Tan sólo gracias a la actividad antinazi del jefe del Ejército suizo, general Guinan, y de su jefe del Servicio de Información, general de brigada Masson, las informaciones que Rössler recibía pudieron ser transmitidas a los representantes de los Aliados en Berna.

Educado en el seno de una familia protestante bávara, Rössler era un progresista idealista. Durante la primera Guerra Mundial, estableció y estrechó unas relaciones de perdurable amistad con algunos compañeros que pertenecían al Ejército permanente y, después de la guerra, mientras Rössler se dedicaba a la actividad editorial, sus antiguos camaradas de guerra consiguieron alcanzar importantes cargos y posiciones en la estructura de la *Wehrmacht* en calidad de técnicos no comprometidos políticamente.

La circunstancia de que Rössler viviera en Suiza era consecuencia del encuentro que había tenido en Berlín con un simpatizante comunista suizo, llamado Xavier Schneider.

En julio de 1933, cuando en Alemania se instauró el absolutismo nazi, Rössler aceptó el consejo de Schneider y se estableció en la Confederación helvética, a fin de tener completa libertad para escribir contra la tiranía de aquel régimen.

En mayo de 1939, dos de los amigos de Rössler, que ya habían alcanzado el grado de general en la *Wehrmacht*, le comunicaron que Hitler tenía la intención de atacar Polonia; estos amigos habían recibido, de los generales Brauchitsch y Halder, el encargo de colaborar en la preparación de los planes de ataque. También fueron ellos quienes hicieron llegar a Rössler una radio receptora-transmisora y le enseñaron el empleo de los códigos y de las frecuencias. Se sabe que ocho de sus amigos antinazis pertenecían por aquel entonces al OKW, desde el cual se efectuarían las comunicaciones por radio de los traidores; otros dos ocupaban puestos de elevada responsabilidad en la *Luftwaffe*. Se diría que el progresismo de Rössler fue, para sus amigos, una especie de «conciencia», y que su fidelidad a este ideal se convirtió, para ellos, en algo más fuerte que el sentido del deber. Así, pues, los Aliados pudieron contar con la enorme ventaja de conocer todas las decisiones militares que tomaban los alemanes; pero, al principio, fueron los miembros del espionaje suizo los que decidieron quién iba a ser el beneficiario de tan valiosas informaciones.



El oficial de las SS, Walter Schellenberg, encargado por Heydrich de realizar una investigación acerca de las actividades de espionaje llevadas a cabo por la "red de Lucy" en contra de Alemania. *(History of the Second World War)*



El jefe del Servicio de Información suizo, general de brigada Roger Masson, gracias al cual las informaciones de Rössler pudieron transmitirse a los representantes de los Aliados en Berna *(History of the Second World War)*

Los Aliados dejaron escapar la situación favorable

Rössler pasaba todas las informaciones a un oficial suizo, el comandante Haussmann, cuyo «Bureau Ha» se hallaba en una «villa» situada a pocos kilómetros de Lucerna. Desde este lugar –para cubrir ulteriormente a Rössler y a los suizos implicados en el asunto– el coronel Sedalek, un militar checoslovaco, actuaba de correo. Sin embargo, los Aliados dejaron escapar la magnífica oportunidad de continuar pidiendo otras informaciones, a fin de poder comprobar, a través de los hechos, la seguridad de aquella fuente de información: en realidad no la tomaron en absoluto en consideración, o bien dejaron que se deslizara por los cauces de cualquier trámite burocrático. Por fortuna, Rössler no se desanimó frente a las reacciones aliadas y continuó, paralelamente a sus actividades de editor, su misión de operador de radio. Sus más valiosos servicios acabarían en provecho de los rusos, aunque los suizos eran mucho más hostiles a la idea de ayudar a los comunistas que a desarrollar una labor de espionaje a favor de los occidentales.

El 31 de julio de 1940 Hitler informó al Alto Mando su decisión de atacar a la Unión Soviética en la primavera de 1941:

«Lanzaremos al mismo tiempo dos ofensivas: una al Sur, en dirección a Kiev y el Dnieper, y la otra al Norte, a través de los Estados bálticos y hacia Moscú. En este punto se reunirán los dos Ejércitos. Después, si es necesario, efectuaremos una operación especial para apoderarnos de los campos petrolíferos de Bakú. Se asignarán a este frente 120 divisiones. En Occidente, bastarán 60. La ofensiva durará cinco meses y se iniciará en marzo del año 1941».

Tres días después, estas detalladas disposiciones fueron transmitidas a Rössler por sus amigos del Ejército y de la *Luftwaffe*, quienes utilizaban los nombres convencionales de «Werther» y «Olga». Esta noticia fue acogida con gran satisfacción por los suizos, los cuales siempre temían una invasión por parte de los alemanes. Pero Haussmann no estaba dispuesto a pasar esta información a los rusos; sin embargo, aceptó y permitió tácitamente que Rössler escogiese una forma clandestina para poner en guardia a los soviéticos. Y mientras pasaban los días y el problema de poder comunicarse con los rusos permanecía sin solucionar, Rössler seguía recibiendo un alud de detalles cifrados sobre los inmediatos planes alemanes.

Brauchitsch y Halder presentaron el Plan «Otto» a Hitler el día 5 de diciembre de 1940, y trece días después el *Führer*, entusiasmado, lo aceptaba, bautizándolo, como se sabe, con el nombre de Operación «Barbarroja». Aunque Hitler dio instrucciones respecto a que la orden de operaciones se escribiera a máquina sin hacer copia alguna, una copia fue transmitida al apartamento de Lucerna poco después de Navidad: se trataba de un documento tan detallado que fueron necesarias doce horas para descifrarlo.

Una vez más Rössler tenía entre sus manos una información secreta y de fundamental importancia acerca del lugar y del momento en que los alemanes iban a desencadenar un ataque; pero esta vez no tenía a su disposición un correo –y mucho menos, naturalmente, un representante ruso o aliado– a quien pasarla. Al final se decidió a llamar a su joven amigo, el comunista Schneider, para que lo ayudase, y éste fue quien entró en contacto con Moscú. En la capital rusa, el «Centro», como se llamaba a la organización soviética que se ocupaba de las informaciones y del espionaje, aceptó recompensar a Rössler por su cooperación y entonces fue cuando se le asignó el nombre convencional de «Lucy». El jefe del servicio de espionaje ruso en Suiza era Alexander Radolfi («Raro»); Schneider y una muchacha, Rachel Dübenforfer, asumieron el papel de estafeta entre «Raro» y «Lucy». La vinculación se extendía así desde el campo de Maybach (próximo a Berlín), del OKW, hasta Moscú, a través de un heterogéneo grupo de personas que pronto se hizo famoso como la «red de Lucy».

Un inglés, Alexander Foote, fue la siguiente persona que entró a formar parte de la red. Foote había luchado en la guerra civil de España con las brigadas internacionales y después fue enviado a Alemania y a Francia para adiestrarse en el papel de agente y operador de radio para la Unión Soviética. En agosto de 1940 se trasladó a Suiza, donde empezó a trabajar como operador de radio de «Raro». Durante algunas semanas, el «Centro» estuvo preparado para recibir todas las noticias transmitidas por los espías de «Raro»; pero las informaciones que procedían de «Lucy» se consideraban y acogían con reservas, pues los rusos creían que Rössler podía ser perfectamente un agente provocador. Cuando el día 29 de marzo Foote advirtió a Moscú que la misteriosa Operación «Barbarroja» se había aplazado cuatro semanas, al jefe del servicio de espionaje se le reprochó que diera crédito «a tales absurdos». «Raro» descartó entonces las valiosas informaciones de «Lucy», que, como siempre, continuaron siendo recibidas y archivadas; se trataba a veces de informaciones tan detalladas que hasta daban noticias acerca de la moral del Ejército alemán.

Pero el mensaje que obligó a «Raro» a incluir entre las informaciones que transmitía a Moscú el que procedía de «Lucy» llegó a Suiza el 12 de junio de 1941. Decía así: «Ataque general contra el territorio ocupado por los soviéticos al amanecer del domingo 22 de junio». Durante algunos días se transmitieron todos los informes procedentes del OKW acerca de los movimientos de fuerzas alemanas en dirección a las fronteras de Rusia. Esta vez el «Centro» estuvo dispuesto a tomar nota de todas las informaciones: sobre un frente de 1600 km, unos 3.000.000 de hombres, 750.000 caballos, 600.000 vehículos, 7200 cañones, 3000 carros de combate y 1800 aviones estaban situándose en las zonas de espera y en las bases de partida para lanzar el ataque. Las noticias acerca de este poderoso movimiento de fuerzas estaban llegando a Moscú desde muchas y muy distintas fuentes.

La noche antes de iniciarse el ataque anunciado, el «Centro» se puso en contacto con Foote, con la denominación NDA, disponiendo que, a partir de entonces, deberían transmitir las comunicaciones de «Lucy»; se aceptaban sus mensajes y se consideraban de incalculable valor: por lo menos valían aquellos 7000 francos suizos que le eran pagados cada mes.

Los alemanes, por su parte, empezaban a descubrir, por los documentos capturados a los rusos, que éstos estaban demasiado bien informados. Los jefes de las SS alemanas sospechaban que el almirante Canaris, jefe de la *Abwehr*, era culpable, y alguno sospechó incluso que existían espías hasta dentro de la misma *Wehrmacht*, cosa que en realidad era cierta.

Estas sospechas se confirmaron cuando, en el curso de una operación en los alrededores de Briansk, el 18 de agosto, el plan de ataque fue modificado y, casi inmediatamente, llevado a cabo, comprobándose entonces que los rusos habían sido informados con idéntica rapidez. Entonces el servicio de seguridad del Partido nazi fue llamado a capítulo para que empezara a hacer indagaciones, y Heydrich encargó a un joven *Brigadeführer* de las SS, Walter Schellenberg, que llevase a cabo una investigación. Sabiendo que no era posible hacer llegar con la suficiente rapidez un mensaje escrito a un agente que operase fuera de Alemania, Schellenberg llegó a la conclusión de que las informaciones debían partir del interior.

Cómo utilizó Rusia las informaciones

En 1942 los rusos empezaron a aprender el modo de neutralizar la táctica de la *Wehrmacht*, es decir, cómo escapar a los movimientos en tenaza y cómo aprovechar una mayor movilidad para atraer a los alemanes a zonas alejadas que, a causa de las características del terreno, fuesen poco favorables para la maniobra de las unidades acorazadas. También recurrieron al empleo de potentes radiotransmisores, en la línea del frente, para desencadenar una auténtica campaña psicológica; y, en efecto, demostraron al enemigo que conocían con anticipación los inminentes movimientos alemanes, con lo que los rusos consiguieron infligir un duro golpe a la moral de sus enemigos. Muchas de las informaciones empleadas para estos «discursos» nocturnos dirigidos al enemigo procedían de la «red de Lucy».

Gracias a las informaciones enviadas previamente por «Lucy» en relación a los planes y a los movimientos de fuerzas alemanas, los soviéticos pudieron luchar en las batallas de Vorónezh y de Stalingrado con un dominio y una seguridad tales que hicieron casi inevitable la derrota de Bock y de von Paulus. Al llegar al crudo invierno de 1942, los Grupos de Ejércitos alemanes estaban muy separados por amplios intervalos, y el Ejército ruso se disponía a atacarlos. Cuando tres *Panzerdivisionen* se detuvieron en Vassilievka, en espera de abastecimientos de carburante, una información de «Lucy» permitió que los rusos las sorprendieran y las aniquilaran.

Mientras los jefes del Ejército alemán se preocupaban por aquel flujo ininterrumpido de informaciones que pasaban al enemigo, Schellenberg continuaba su paciente obra de investigación, concentrando sus esfuerzos en el OKW, pues estaba convencido de que los espías debían encontrarse en el mismo organismo. Sus controles de radio habían demostrado que las informaciones que llegaban a Rusia eran transmitidas desde Suiza; pero aún no había conseguido establecer si la Confederación helvética era responsable de estas actividades o si provenían de una red de espionaje ruso.

Para comprobar con exactitud lo fundado de sus sospechas, Schellenberg convenció a Hitler para que ordenara desplegar en las proximidades de la frontera helvética fuerzas lo suficientemente numerosas para que indujeran a Suiza a creer que era inminente una invasión alemana. Se dieron las oportunas órdenes, y entonces Schellenberg se trasladó a Berna; en esta ciudad se reunió con Masson, quien discretamente, le preguntó si era cierto que el general Dietl había desplegado un Ejército en la región de Munich y se estaba preparando para atacar Suiza. De esta manera Schellenberg tuvo la prueba que necesitaba: forzosamente los suizos debían estar en contacto con informadores que actuaban en el interior del campo de Maybach. Pero cuando a continuación le pidió que le proporcionase los nombres de los informadores, Masson afirmó que no conocía la existencia de ningún espía alemán.

Los meses de abril, mayo y junio de 1943 fueron relativamente tranquilos en el frente ruso, donde la *Wehrmacht* planeaba otra ofensiva y los soviéticos, a su vez, se preparaban para afrontarla. El plan alemán preveía el empleo de los nuevos carros de combate *Tigre* y de unos 900.000 hombres en una operación que debería concluir con el cerco de 1.300.000 soldados rusos al oeste de Kursk. Mientras ambos contendientes ultimaban sus preparativos, la «red de Lucy» era requerida urgentemente para que enviase informaciones detalladas acerca de los preparativos que hacían los alemanes. Y muy pronto, desde la sala de transmisiones de radio del OKW llegó una serie de precisas informaciones: la situación de los depósitos de abastecimiento, las direcciones de progresión de los carros de combate, los movimientos de refuerzos, los puntos de ataque, el número de hombres, su armamento y equipo, el tipo y cantidad de cañones y de vehículos acorazados, los efectivos de las fuerzas aéreas...

Si en un principio la «red de Lucy» había sido sospechosa de hacer «doble juego» y si sus primeras informaciones fueron desatendidas o tal vez se revelaron inútiles, la ayuda que la organización prestó luego al Ejército ruso, antes de la formidable batalla de Kursk, compensó generosamente todas las desilusiones y la inalterable constancia de las personas que habían recibido y transmitido millares de mensajes cifrados.

Saliente de Kursk, julio-agosto de 1943

KURSK: DUELO ENTRE CARROS DE COMBATE



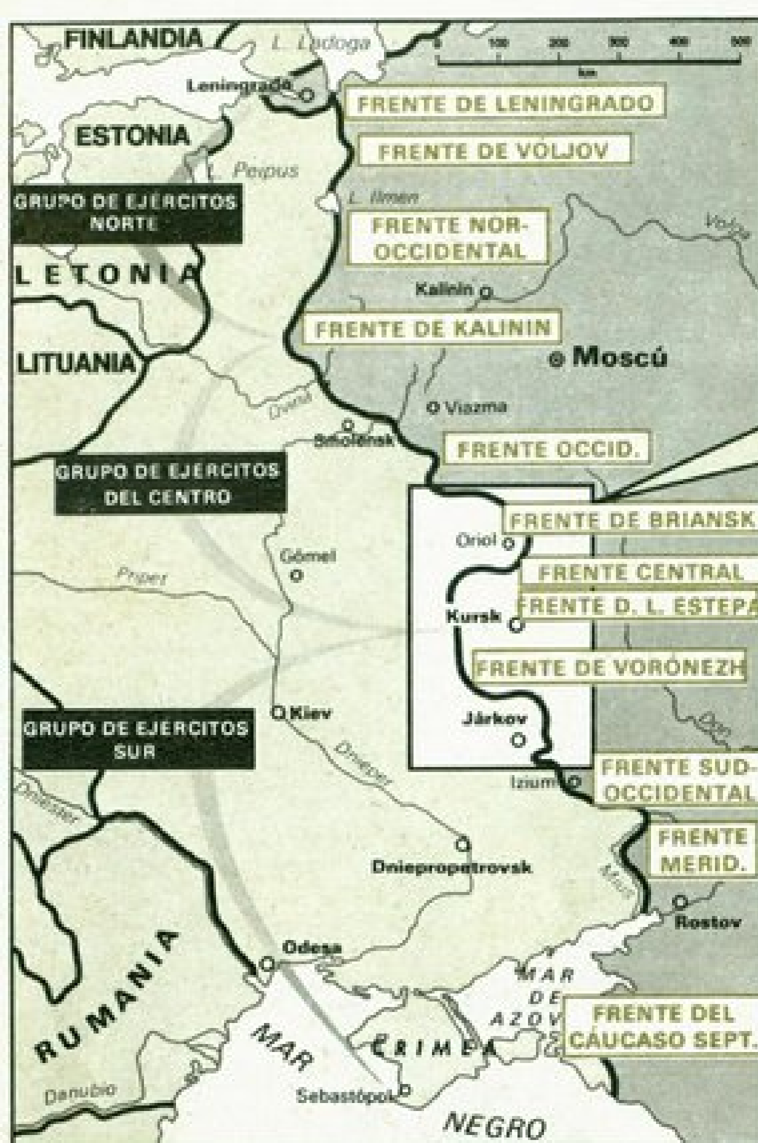
(Ullstein)

G. A. Koltunov, coronel

En el verano de 1943, en el frente oriental se produjo uno de los más grandes enfrentamientos de toda la guerra: la batalla por Kursk. Lo mismo que en las batallas de Moscú y de Stalingrado, la lucha fue muy dura y se desarrolló en gran escala. Millones de hombres se lanzaron a un feroz y obstinado combate que se prolongó durante 15 días, y los choques entre los carros de combate fueron los más importantes de todo el conflicto. Pero los ataques alemanes, encaminados a recuperar la iniciativa estratégica en Rusia y a cambiar el curso de la guerra, fueron completamente anulados.

Durante el verano de 1943, en el frente oriental –el frente decisivo de la guerra –se produjo un radical cambio estratégico. Después de la ofensiva rusa, tras la batalla de Stalingrado, el Ejército soviético había arrebatado la iniciativa a los alemanes, manteniéndola firmemente en sus manos. Los ataques soviéticos no lograron, desde luego, expulsar a los alemanes del territorio conquistado en 1942, pero sí habían liberado muchas de las ciudades y distritos caídos en manos del enemigo en 1941.

Las derrotas sufridas en Stalingrado y durante la ofensiva soviética de invierno, pusieron de pronto al Alto Mando alemán ante el problema de cómo debería llevarse en el futuro la guerra en el Este. Alemania podría renunciar a la ofensiva y pasar a la defensiva. ¿Pero cuáles hubieran sido





La Operación «Zitadel», desencadenada por los alemanes el 5 de julio de 1943, preveía la eliminación del saliente de Kursk que, extendiéndose en profundidad en las líneas defensivas alemanas, entre Oriol, al Norte, y Járkov, al Sur, revestía una enorme importancia estratégica. El ataque fue lanzado simultáneamente por el Ejército 9 al Norte y la 4ª *Panzerarmee* al Sur; ambas unidades, apuntando sobre la ciudad de Kursk, deberían efectuar una maniobra en tenaza, cercando y destruyendo las fuerzas soviéticas de los frentes centrales y de Vorónezh. Pero el formidable sistema defensivo soviético, apoyado en ocho cinturones concéntricos, resistió el potente ataque alemán. Tras haber conseguido limitados progresos al precio de ingentes pérdidas, la *Wehrmacht* fue obligada a iniciar el repliegue, mientras el Ejército ruso se preparaba para contraatacar. El fracaso de la ofensiva de verano en Kursk fue el preludio del hundimiento del Ejército alemán.

las repercusiones de semejante decisión tanto en Alemania como entre sus aliados? Renunciar a la ofensiva hubiera demostrado a todo el mundo –y sobre todo a la población de la misma Alemania– la amarga posibilidad de que Alemania perdiera aquella guerra. Tan sólo mediante una nueva ofensiva sería posible salvar a la coalición del Eje de la desunión, conservar viva en la población alemana la fe en la victoria, seguir dominando a los países europeos ya reducidos y mantener intacto ante los ojos del mundo el mito de la potencia y de la invencibilidad del Ejército alemán.

Al elaborar los planes para la ofensiva de verano, los jefes alemanes no ignoraban cuáles eran, en aquel momento, las posibilidades de su país. Se habían depositado grandes esperanzas en los nuevos tipos de armas y medios, especialmente en los nuevos carros de combate y cañones autopropulsados, cuya producción había aumentado notablemente al empezar el verano de 1943. El *Tigre Pzkw-VI* era un carro de combate muy poderoso, que pesaba 57 toneladas y montaba un cañón de 88 mm y dos ametralladoras. Su coraza frontal tenía un espesor de 10 cm, y la del *Super Tigre* de 15 cm. También el nuevo carro de combate medio *Pantera Pzkw-V* se producía ya en serie, y podía emplearse para el nuevo cañón autopropulsado *Ferdinand*.

Los alemanes habían dedicado también grandes esfuerzos para volver a equipar a la *Luftwaffe*, que ya había empezado a recibir nuevos aviones: el caza *Focke-Wulf 190A*, con una velocidad máxima superior a 600 km/hora, y el *Henschel 129*, proyectado para prestar apoyo directo a la infantería. Ambos aparatos estaban dotados de un armamento muy poderoso.

Mientras proveía a sus fuerzas Armadas de nuevas armas, al Alto Mando alemán se preocupaba también de rellenar apresuradamente los grandes huecos creados en sus divisiones tras los combates sostenidos con el Ejército ruso. En julio de 1943, el total de los efectivos de la Fuerzas Armadas alemanas alcanzó la cifra de 10.300.000 hombres, cantidad casi exactamente igual a la de 1942.

También la situación general era favorable a los alemanes a causa de que en Europa aún no se había abierto un segundo frente, lo que permitió al Alto Mando transferir un gran número de unidades al frente del Este. Unas 196 de las mejores divisiones alemanas (dos tercios de todo el Ejército) estaban combatiendo en este sector, ayudadas por 32 divisiones y 8 brigadas facilitadas por sus aliados y apoyadas por unos 56.200 cañones y morteros, 5800 carros de combate y artillería autopropulsada y 3000 aviones.

Los alemanes decidieron atacar sobre un frente limitado en el área de Kursk, para aislar al llamado «saliente de Kursk», que se había originado tras la ofensiva soviética de la primavera de 1943. Las fuerzas alemanas concentradas en las zonas de Oriol y Biélgorod amenazaban los flancos y la retaguardia de las tropas soviéticas desplegadas en dicho saliente. Al mismo tiempo, el saliente, que se extendía en profundidad en las defensas alemanas, era muy importante para las fuerzas soviéticas, pues desde él también podían atacar por los flancos y la retaguardia al enemigo.

Los alemanes iniciaron sus preparativos a fines del invierno. Después de estudiar el plan desde todos los puntos de vista y a un alto nivel, el 15 de abril de 1943 Hitler dictó la orden para una operación ofensiva, denominada convencionalmente «Zitadel», en el área del saliente de Kursk. La orden declaraba:

«Esta ofensiva es de una importancia fundamental. Debe concluir con un rápido y decisivo éxito... Cada jefe y cada soldado habrán de ser debidamente preparados para que se den cuenta de la importancia decisiva de esta ofensiva. La victoria de Kursk será algo que iluminará al mundo».

Según el plan de la Operación «Zitadel», los golpes principales contra las fuerzas soviéticas deberían desencadenarlos el Ejército 9, del Grupo de Ejércitos del Centro, contra la zona al sur de Oriol, y la 4.ª *Panzerarmee* y el Grupo operativo Kempf, del Grupo de Ejércitos Sur, en la zona al norte de Járkov. Atacando en dirección a Kursk, el Alto Mando alemán esperaba cercar y destruir las fuerzas del frente central y de Vorónezh, que defendían el saliente; enderezar la línea del frente y, en caso de un éxito total, desarrollar la ofensiva por la retaguardia del frente sudoccidental (plan «Panther»). Tampoco excluían la posibilidad de un ataque posterior en dirección Noroeste, con el propósito de rodear Moscú y desembocar a retaguardia de todas las fuerzas soviéticas desplegadas en el sector central del frente.

En la zona del frente de Vorónezh y del frente central, los alemanes concentraron grandes fuerzas, que ascendían a 50 divisiones, 16 de ellas acorazadas o motorizadas, con un total de unos 900.000 hombres, 10.000 cañones y morteros y 2700 carros de combate. Otras 20 divisiones podrían ser desplegadas sobre el flanco de las fuerzas atacantes para apoyar a las unidades directamente empeñadas en la ofensiva. Así, pues, los alemanes podrían empeñar en la operación unas 70 divisiones, una cuarta parte de las cuales eran *Panzerdivisionen* o divisiones motorizadas. El apoyo aéreo lo proporcionarían más de 2000 aviones. Algunas unidades escogidas de la *Luftwaffe* fueron transferidas a aquel sector, entre ellas la *JG-51*, el Grupo de caza *Mölders* y la *Legión Cóndor*.

Por su parte, los rusos, tras las batallas del invierno de 1942-43, también habían empezado a preparar una gran ofensiva estival. Pero pronto supieron que el Alto Mando alemán se estaba preparando para una ofensiva decisiva. Gracias a la eficiencia de su Servicio de Información, el Mando Supremo soviético no sólo logró descubrir las líneas generales de acción y las direcciones generales de los ataques principales que las fuerzas alemanas se disponían a desencadenar, sino también la cantidad de sus efectivos, sus disponibilidades, las posibles reservas e incluso el preciso momento en que éstas llegarían para que empezara la ofensiva.

La defensa efectiva del saliente de Kursk se confió al frente central (general K. K. Rokossovski) y al frente de Vorónezh (general N. F. Vatutin). Teniendo en cuenta las grandes proporciones de la ofensiva que el enemigo estaba preparando y los ambiciosos objetivos que pretendía, el STAVKA concentró grandes reservas en el área del saliente, al mando del general I. S. Kóniev. Las fuerzas de este frente, que constituían una de las más importantes reservas del STAVKA, estaban destinadas a reforzar los frentes central y de Vorónezh en los sectores amenazados, a fin de establecer un sólido frente defensivo al este de Kursk. La coordinación de los frentes se confió al comandante en jefe mariscal Zukov y al jefe del Estado Mayor General mariscal Vasilievskij.

Se tomaron complejas medidas para impedir la penetración enemiga. Los frentes se reforzaron con gran cantidad de artillería, carros de combate y aviones; las mayores concentraciones de fuerzas se efectuaron sobre las probables direcciones de ataque.

Los soviéticos disponen posiciones para la defensa total

Puesto que los alemanes esperaban alcanzar sus objetivos con un masivo empleo de carros de combate, los comandantes del frente dedicaron particular atención a la defensa contracarros, basándola en posiciones y áreas de defensa y en un sistema de campos de minas. Las reservas de artillería y los destacamentos móviles de detención fueron adiestrados durante mucho tiempo. Por regla general, a cada posición se le asignaban de tres a cinco piezas de artillería, cinco fusiles contracarro, de dos a cinco morteros, un pelotón de zapadores y una escuadra de asalto con mosquetón automático. A través de las direcciones

más importantes, las posiciones contracarros disponían de hasta doce cañones cada una. También se emplearon ampliamente los obstáculos contracarros y contra personal.

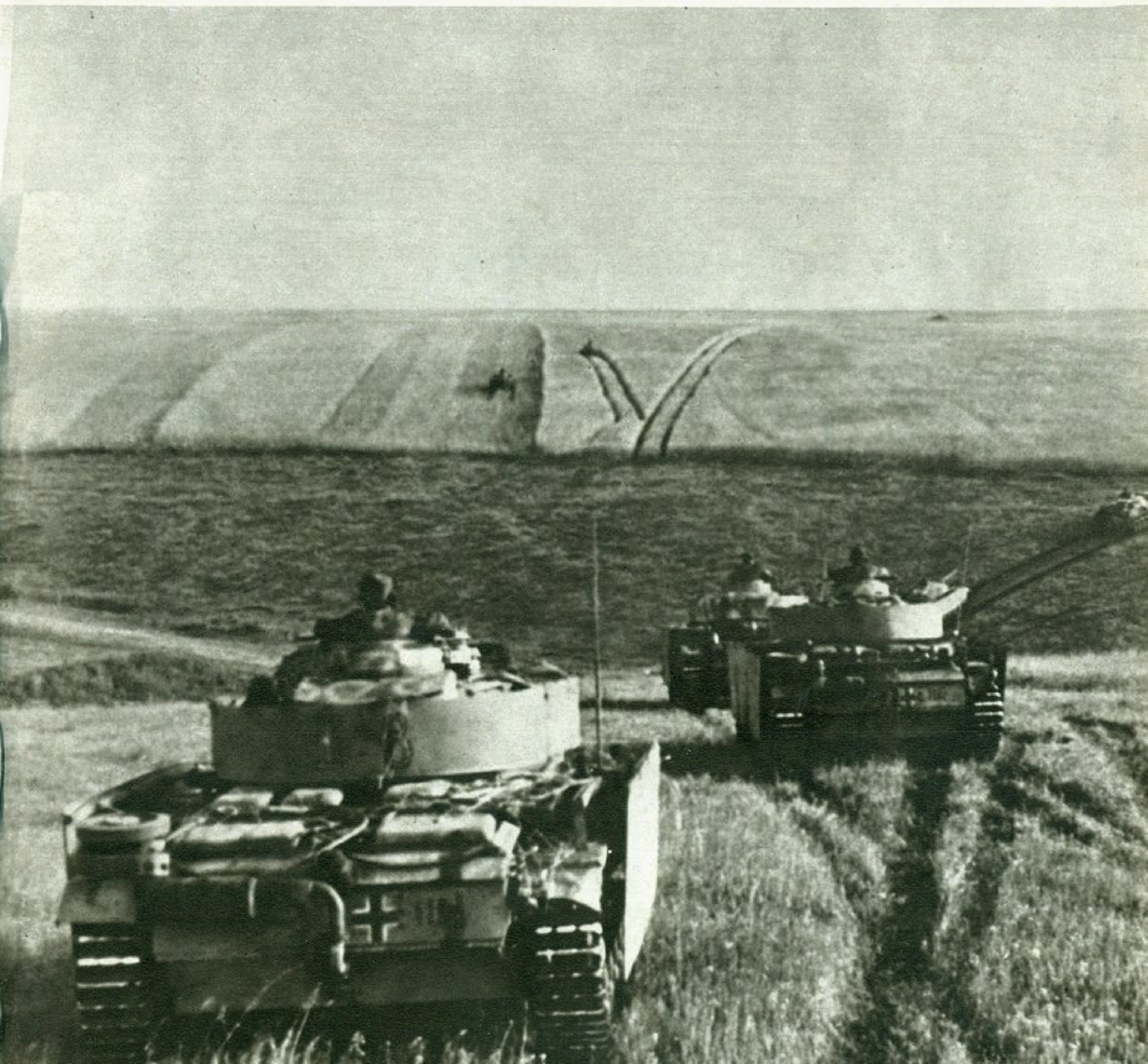
La profundidad del sistema defensivo en el frente central y de Vorónezh alcanzaba, a lo largo de las direcciones de ataque más probables, los 150-175 km. Añadiendo la línea defensiva del frente de la estepa y la dispuesta a lo largo del río Don, el sistema defensivo alcanzaba una profundidad de 250-290 km, con ocho cinturones y líneas defensivas. Para dar una pequeña idea de la escala a la que se habían desarrollado los trabajos en el período preparatorio, es suficiente recordar que, en el sector del frente central, se excavaron más de 5000 km de trincheras. En el mismo frente, los ingenieros colocaron unas 400.000 minas, y la densidad media de los campos minados en el frente central y en el de Vorónezh alcanzó la cifra de 1500 minas contracarro y 1700 contra personal por kilómetro de frente.

Se dedicó particular atención a la defensa antiaérea de las fuerzas de tierra. En el saliente se concentraron nueve divisiones, 40 regimientos, 17 grupos de artillería y cinco baterías antiaéreas; además, diez trenes blindados antiaéreos y dos divisiones de aviones de caza de la defensa aérea territorial. Por otro lado, más de la cuarta parte de todas las ametralladoras pesadas y ligeras y de fusiles contracarros del principal cinturón defensivo, y hasta la mitad de las armas de este tipo de los otros cinturones, se asignaron también a la defensa antiaérea.

Cuando se inició la batalla defensiva, en el saliente se habían acumulado ingentes fuerzas soviéticas. En un sector de una amplitud de unos 550 km el Ejército ruso concentró más del 20% de sus hombres, casi el 20% de su artillería, un 36% de sus carros y cañones autopropulsados y el 27% de los aviones. Al contrario de lo que había sucedido en las batallas de Stalingrado y de Moscú, las fuerzas soviéticas concentradas en el saliente de Kursk eran, en todos los aspectos, superiores a las enemigas: de 1,4 a 1 en hombres, casi 2 a 1 para la artillería y morteros, 1,3 a 1 en carros de combate y cañones autopropulsados y casi 1,2 a 1 en aviones. Sin embargo, persiguiendo un rápido hundimiento, los alemanes habían concentrado en primera línea a casi todas sus divisiones acorazadas y motorizadas, por lo que, en algunos estrechos sectores del frente central, previstos para la ruptura, tenían una ventaja de 2 a 1 en carros y de casi 2 a 1 en hombres.

La noche anterior al comienzo de la ofensiva, se leyó a las tropas alemanas un mensaje de Hitler.

Panzer MK-IV en marcha de aproximación a las líneas rusas, en la zona al nordeste de Biélgorod. Gracias al empleo en masa de carros de combate, en el sector meridional el ataque alemán en dirección a Kursk consiguió penetrar en el despliegue enemigo y aproximarse al segundo cinturón defensivo, detrás del cual se habían retirado las divisiones soviéticas.
(Sado-Opera Mundi)



Mapa no hecho a escala

Kursk

Oboyán

Korocha

Biélgorod

Medios acorazados pesados *Tigre y Ferdinand*

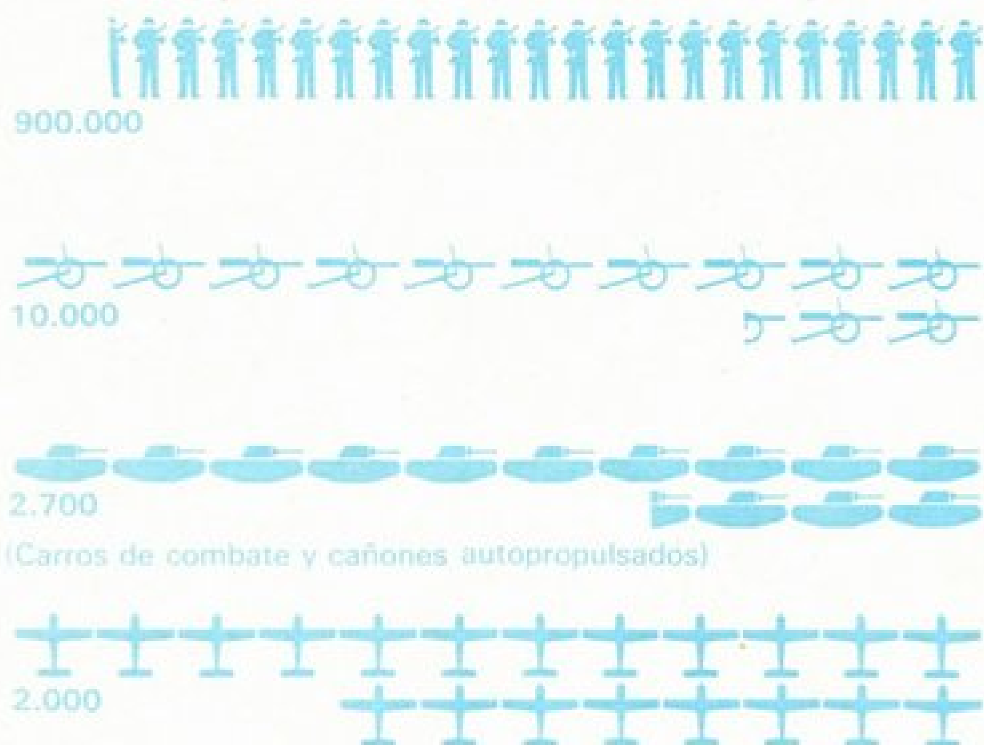
Contraataques de los medios acorazados soviéticos

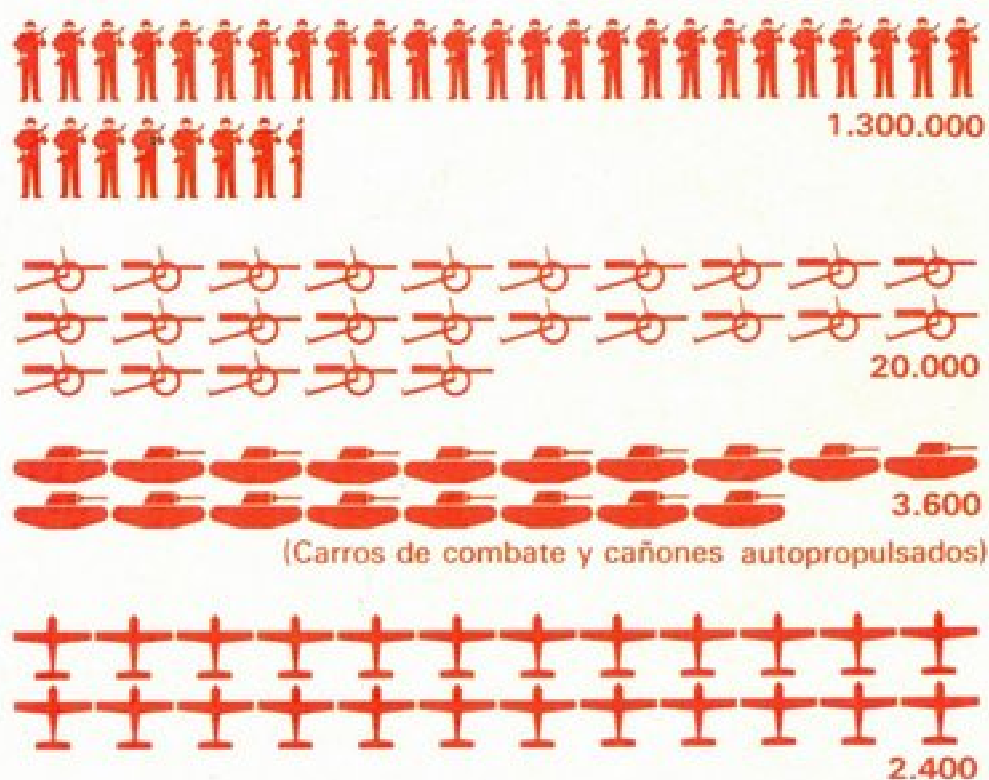
Vehículos acorazados medios *Pantera, MK-IV, MK-III*

Líneas de defensa contracarros soviéticos

Panzergrenadier

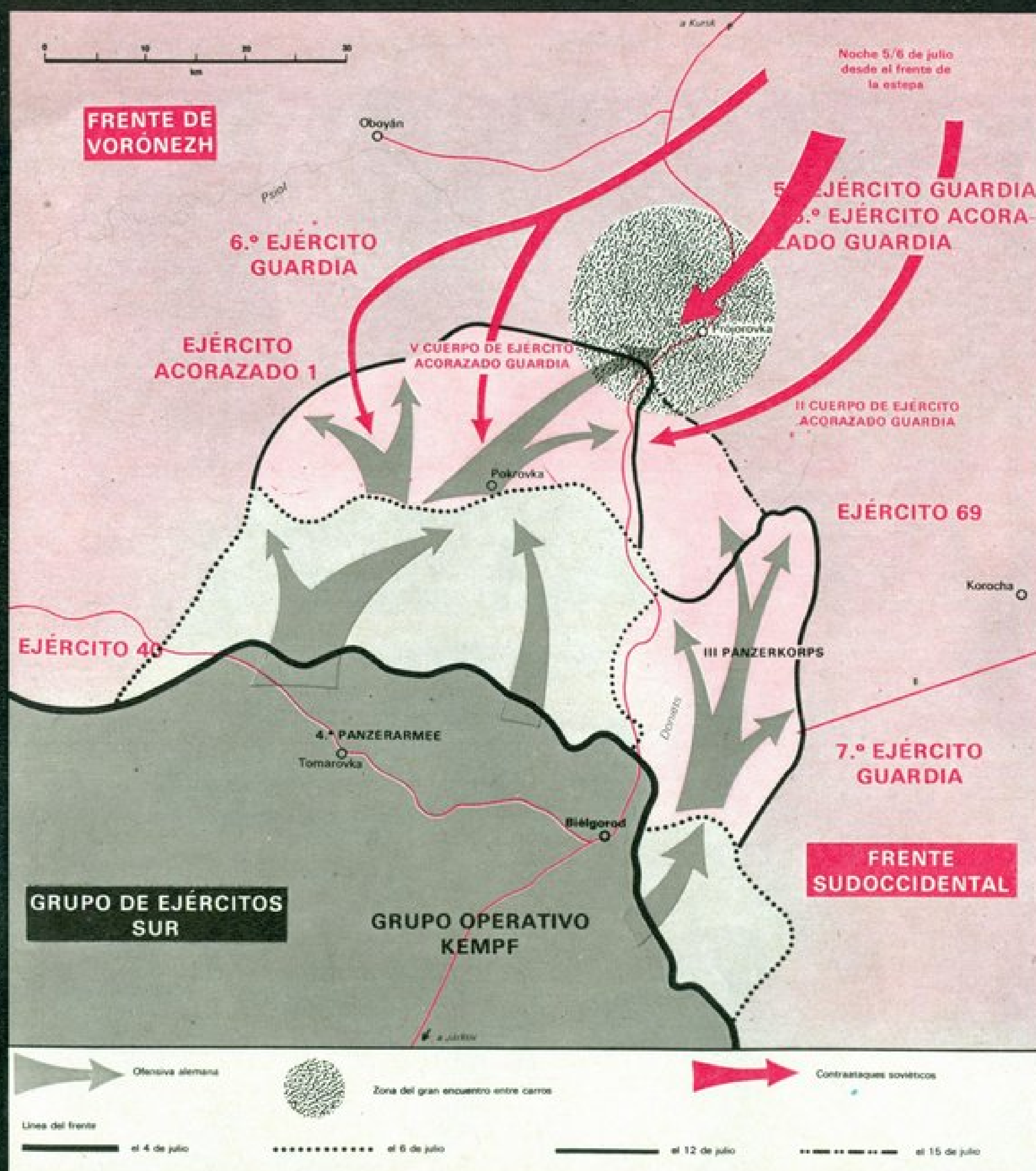
ORDEN DE BATALLA





LA ÚLTIMA GRAN OFENSIVA ALEMANA EN RUSIA

A la izquierda y arriba: el ataque alemán contra el sector meridional del saliente de Kursk, en dirección a Oboyán, desencadenado por la 4ª *Panzerarmee* el día 5 de julio, consiguió penetrar en el sector central del 6º Ejército Guardia. Sin embargo, el día 7, el ataque se detuvo, contenido por la acción coordinada de la Aviación y de las fuerzas acorazadas soviéticas.
A la izquierda y abajo: comparación de las fuerzas enfrentadas en el campo de batalla en el curso de los combates por el saliente de Kursk. En conjunto las fuerzas rusas eran netamente superiores a las alemanas, sobre todo en cuanto a armas contracarros; no obstante, la masiva concentración de fuerzas que los alemanes establecieron en los sectores previstos para el hundimiento del frente adversario, les permitió gozar de superioridad en dichos puntos.
Abajo: tras el fracasado ataque en dirección a Oboyán, el Mando alemán decidió envolver Kursk por el Sudeste y concentrar su principal esfuerzo en dirección a Prójorovka. En este lugar, el día 12 de julio, se enfrentaron dos potentes formaciones acorazadas, que sumaban en total alrededor de mil quinientos vehículos, entablándose la mayor batalla de carros de combate que registra la historia.



«Desde mañana –decía– os encontraréis empeñados en grandes batallas ofensivas cuyo éxito puede decidir la guerra. Vuestra victoria convencerá más que nunca al mundo entero de que cualquier resistencia que se oponga al Ejército alemán será inútil».

Pero la ofensiva no consiguió el desarrollo deseado por los jefes alemanes. Habían echado mal sus cuentas y, además, no consiguieron sorprender a las fuerzas soviéticas. Desde el 2 de julio de 1943, el STAVKA, gracias a los valiosos informes suministrados por el Servicio de Información soviético, había advertido a los comandantes de los frentes de Vorónezh y central que la ofensiva enemiga se iniciaría quizás entre el 3 y el 6 de julio, y les había pedido que incrementasen la vigilancia y estuviesen prontos para rechazar los ataques.

El Mando soviético decidió efectuar, por medio de su artillería y su aviación, una violenta acción de contrapreparación sobre los alemanes, que ya estaban disponiéndose para el ataque. El principal objetivo de la artillería del frente central fueron los grupos de artillería enemigos. Asimismo, el frente de Vorónezh bombardeó a los grupos de artillería alemanes en acción; pero también dirigió parte de su fuego de contrapreparación contra los carros de combate y la infantería.

A las 2,20 horas del 5 de julio, en el momento en que los alemanes iban a lanzarse sobre las posiciones enemigas centenares de cañones soviéticos lanzaron sobre las posiciones alemanas un auténtico huracán de fuego. Había terminado la calma antes de la tempestad de julio. La contrapreparación artillera infligió a los alemanes graves pérdidas en hombres y en material y repercutió negativamente en su moral. Se dieron cuenta entonces de que sus planes habían sido descubiertos, que ya no podrían contar con el factor sorpresa y que los rusos estaban preparados para hacerles frente. La ofensiva tuvo que retrasarse a fin de reorganizar a las unidades atacantes.

En la dirección de Oriol-Kursk, el Ejército 9 alemán (al mando del general Model) inició la preparación artillera a las 4,30 horas –90 minutos antes de lo previsto– y a las 5,10 se elevaron grandes formaciones de bombarderos. Bajo la cobertura de la artillería y de los aviones, carros de combate e infantería pasaron al ataque sobre un frente de 40 km a las 5,30 horas. El golpe principal se dirigió contra el Ejército 13 soviético (teniente general N. P. Pujov) y contra los Ejércitos 48 y 70, situados en los flancos del 13. Los alemanes lanzaron a la batalla tres *Panzerdivisionen* y cinco divisiones de infantería, concentrando sus esfuerzos en el flanco izquierdo del Ejército 13, a lo largo de la dirección Oljovatka, donde la defensa estaba confiada a las Divisiones de infantería 15 y 81 (coronel V. N. Dzangava y general A. B. Barinov.).

Unos 500 vehículos acorazados alemanes atacaron a lo largo de la dirección principal: carros *Tigre* y *Ferdinand* en grupos de 10-15 en el primer escalón y carros de combate medios, en grupos de 50-100, en el segundo, seguidos por la infantería. Al mismo tiempo, unos 300 bombarderos, en grupos de 58-100, atacaron al Ejército 13.

El mando del frente soviético ordenó al grueso del 16º Ejército aéreo (teniente general S. I. Rudenko) que apoyase al Ejército 13, y pronto, tanto en tierra como en el aire, se desarrolló una encarnizada batalla. En el transcurso de aquel día, los alemanes intentaron por cuatro veces romper el frente, pero fueron rechazados cada vez. Las tropas soviéticas contenían con extrema tenacidad los ataques alemanes, defendiendo cada metro cuadrado de terreno y organizando contraataques. Los alemanes sólo consiguieron infiltrarse más allá del principal cinturón defensivo del Ejército 13, aunque al precio de grandes esfuerzos y pérdidas enormes.

Cinco ataques alemanes rechazados

Habiendo fracasado en la dirección de Oljovatka, el 7 de julio los alemanes eligieron Póniri

como objetivo principal; Póniri era un nudo ferroviario de la línea Oriol-Kursk. Alrededor de este punto se desarrollaron violentos combates, en el que las fuerzas soviéticas lograron rechazar el avance de las tropas enemigas; más tarde, un oficial de infantería alemán describió la batalla de Póniri como una de las más sangrientas de toda la campaña del Este. Por cinco veces, en el curso de aquel día, los alemanes lanzaron furiosos ataques y las cinco veces fueron rechazados por la División de infantería 307, del general de división M. A. Enshin. La mañana del 8 de julio, unos 300 carros de combate alemanes, apoyados por fuerzas de asalto provistas de mosquetones automáticos, atacaron algunas posiciones defendidas por la 3.ª Brigada contracarros del coronel V. N. Rukosuev, concentrando el mayor peso del ataque sobre el grupo de artillería.

Los artilleros soviéticos no abrieron fuego hasta que los carros estuvieron a unos 600 ó 700 metros de distancia y, al principio, lograron destruir 17. Pero llegó un momento en que sólo quedaba un cañón y tres artilleros, y los alemanes continuaban presionando, si bien estos últimos se vieron obligados a retirarse, el grupo de artillería soviético resultó completamente aniquilado. Tres horas más tarde, los alemanes atacaron de nuevo, destruyendo otro grupo de artillería. La situación se hizo tan crítica que el comandante de brigada comunicó por radio al comandante de Ejército:

Cañón contracarro soviético, de 45 mm, en una acción de contraataque en el saliente de Kursk. El sistema soviético de defensa contracarros se basaba en la concentración de la artillería y de los carros de combate, colocados en posiciones enterradas, que constituían para el adversario una insuperable barrera de fuego. *(Novosti Press Agency)*

«El 1.er y 7º Grupos de Artillería han sido aniquilados y voy a hacer entrar en acción a mis últimas reservas. Rogamos nos ayuden enviándonos municiones. Resistiremos o moriremos aquí». En este desigual encuentro fue destruido casi un regimiento completo de la Brigada. Pero los carros de combate alemanes no consiguieron romper el frente.

El 10 de julio, los alemanes ya habían empeñado casi todas sus fuerzas de ataque, pero sin conseguir romper el frente soviético ni aniquilar las fuerzas del Ejército ruso situadas al norte de Kursk. En el sector principal del ataque habían logrado penetrar en las líneas soviéticas unos 10 km tan sólo, y el Ejército 9, tras perder los dos tercios de sus carros, se vio obligado a ponerse a la defensiva. Mientras tanto, después de haber hecho fracasar el plan alemán de penetrar en dirección a Kursk por el Norte, el frente central soviético comenzaba a prepararse para contraatacar.

Los alemanes no tuvieron mayor éxito en la vertiente meridional del saliente. También aquí, el primer día lanzaron a la ofensiva fuerzas ingentes: cinco divisiones de infantería, ocho *Panzerdivisionen* y una división motorizada del Grupo de Ejércitos Sur, del *Feldmariscal* von Manstein. El ataque principal, dirigido contra el sector que defendía el teniente general I. M. Shistyakov, lo llevaron a cabo las fuerzas de ataque de la 4ª *Panzerarmee*, mandada por el general Hoth, y se lanzó directamente hacia Oboyán, mientras el III *Panzerkorps* del Grupo operativo Kempf desencadenaba un ataque secundario a lo largo de la dirección de Korocha. Unos 700 carros de combate tomaron parte en el ataque principal desencadenado el primer día de la ofensiva, mientras las divisiones de

Despliegue de las fuerzas acorazadas alemanas al iniciarse la Operación «Zitadel». Gracias a los progresos realizados en lo referente a las técnicas constructivas de la industria bélica, en julio de 1943 Alemania pudo dotar a sus divisiones de armas muy eficaces. Particular importancia se atribuyó al armamento de las grandes unidades acorazadas, que pudieron disponer de los nuevos carros de combate *Tigre* y *Pantera* y de los cañones autopropulsados *Ferdinand*. Se calcula que, a partir del 5 de julio, en los sectores de los frentes de Vorónezh y central, los alemanes concentraron una masa de casi 2700 carros de combate. *(History of the Second World War)*

infantería eran apoyadas por masivos ataques aéreos.

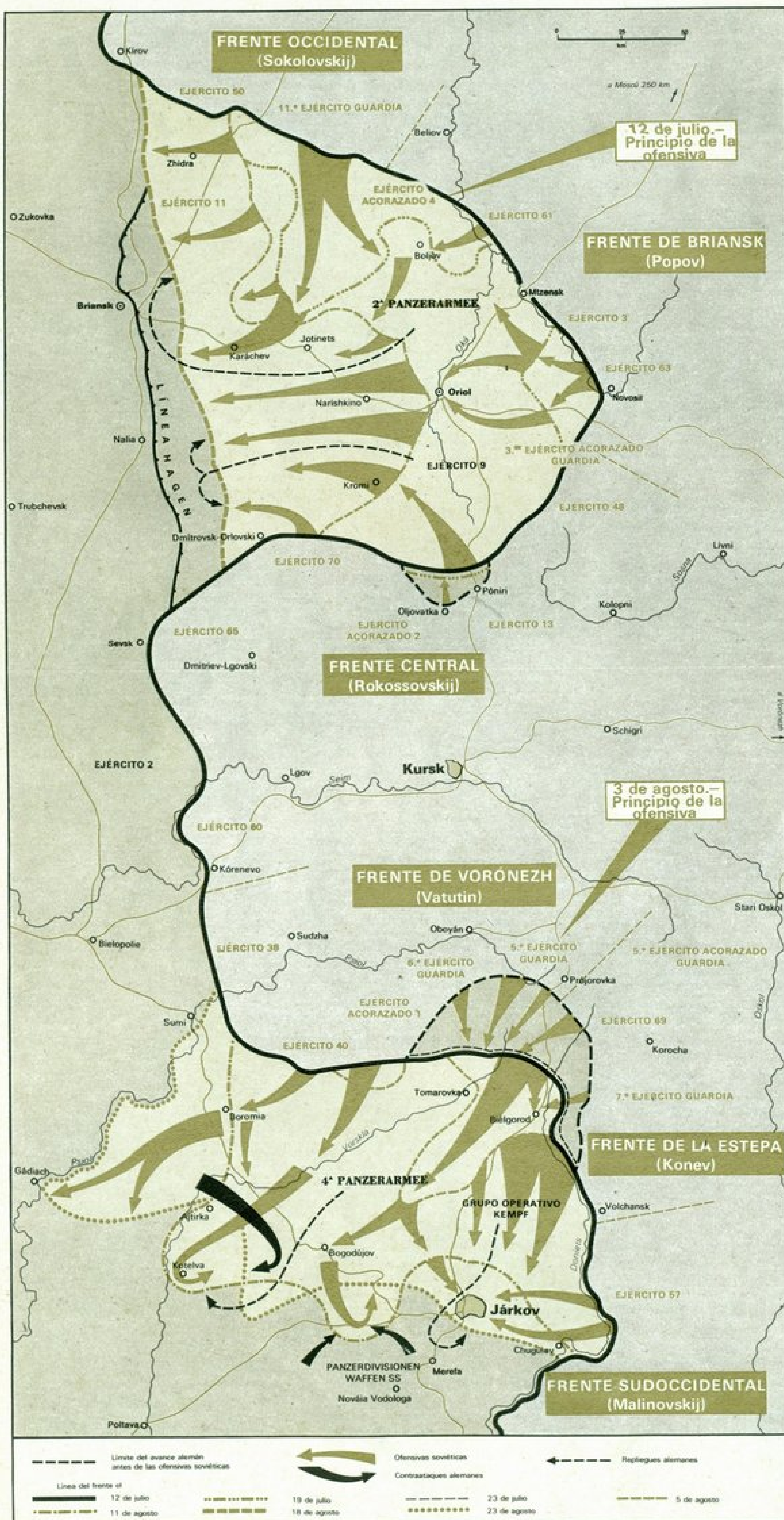
Las Divisiones de infantería 52 y 76 soviéticas hicieron frente a un ataque particularmente violento, y su resistencia fue tan obstinada que, ya desde el primer día, los alemanes se vieron obligados a emplear todas las reservas de la 4ª *Panzerarmee* y del Grupo operativo Kempf.

El comandante del frente de Vorónezh decidió que la dirección Oboyán debía defenderse con firmeza, y por ello, durante la noche del 5 al 6 de julio, algunas unidades del Ejército Acorazado 1 (teniente general M. E. Katukov) y del II y V Cuerpos de Ejército Acorazado Guardia (traídos de las reservas del frente) alcanzaron el segundo cinturón defensivo, mientras el 6º Ejército Guardia se reforzaba adecuadamente con unidades de artillería contracarros.

La mañana del 6 de julio se produjo un nuevo ataque alemán, y los combates adquirieron particular violencia. A este respecto, el teniente general Popel escribió después en sus memorias: «Hago constar que ni yo ni ningún otro de nuestros oficiales habíamos visto jamás tantos carros enemigos de una sola vez. El general Hoth lo ha-







Fracasado el ataque alemán contra el saliente de Kursk, el 12 de julio las fuerzas soviéticas iniciaron la contraofensiva contra el saliente alemán de Oriol y el 3 de agosto en dirección a Járkov. Los ejércitos soviéticos avanzaron con gran rapidez, y entre el 4 y el 5 de agosto reconquistaron Oriol y Biélgorod, y, finalmente, el 23 liberaron Járkov.

bía lanzado todo en un peligroso movimiento único. Frente a nuestra compañía de 10 carros se encontraban de 30 a 40 carros alemanes. Hoth sabía muy bien que si lograba penetrar en dirección a Kursk ninguna pérdida sería demasiado grande ni ningún sacrificio vano».

Al finalizar el segundo día, la ofensiva enemiga hacia Oboyán había conseguido realizar una penetración más allá del principal cinturón defensivo y aproximarse al segundo cinturón, detrás del cual se habían retirado las divisiones soviéticas. En este punto los alemanes fueron detenidos por los Cuerpos de Ejército acorazados. Casi todos los carros soviéticos habían sido medio enterrados en el suelo, convirtiéndose así en centenares de casamatas acorazadas, que la infantería y la artillería aprovechaban como base para una insalvable barrera de fuego. El ataque alemán hacia Korocha no obtuvo mejores resultados.

Las fuerzas aéreas soviéticas prestaron una gran ayuda a los defensores, atacando a los carros y a la infantería alemana y disputando enérgicamente a la *Luftwaffe* la supremacía aérea. El teniente A. K. Gorovets estableció una especie de marca mundial, abatiendo nueve aviones en un mismo y encarnizado encuentro; pero resultó muerto poco después. También en estas batallas fue donde inició la serie de sus brillantes éxitos el piloto de caza soviético I. N. Kozedub, quien hasta el final de la guerra, alcanzaría, por tres veces, el reconocimiento de «Héroe de la Unión Soviética».

No habiendo conseguido romper el frente en el sector de Oboyán, el Mando alemán decidió concentrar su esfuerzo principal en dirección a Prójorokva, a fin de envolver Kursk desde el Sudeste. Aquí lanzó a la batalla lo mejor de las fuerzas acorazadas de las *Waffen-SS*, mandadas por los más expertos generales. Según los alemanes, el ataque hacia Prójorovka debía decidir la batalla a su favor, y en este sector utilizaron unos 700 carros de combate y cañones autopropulsados, 100 de los cuales eran *Tigre*; el Grupo operativo Kempf, con unos 300 carros, desencadenó un ataque secundario por el Sur.

En este momento, de acuerdo con el STAVKA, el mando del frente de Vorónezh decidió organizar una contraofensiva contra las fuerzas alemanas infiltradas en las defensas soviéticas. El papel principal de esta operación fue encomendado a dos Ejércitos recién llegados de las reservas del STAVKA: el 5° Ejército Guardia (teniente general A. S. Zadov) y el 5° Ejército Acorazado Guardia (teniente general P. A. Rotmistrov), apoyados por el 2° Ejército aéreo (teniente general S. A. Krasovski), parte del 17° Ejército aéreo (teniente general V. A. Sudetz) y por algunas unidades de la fuerza aérea de largo radio de acción.

La mayor batalla de carros de combate de la historia

El 12 de julio, en el sector de Prójorovka, se desencadenó la mayor batalla entre carros de combate que conoce la historia. En las primeras horas de la mañana, sobre una zona no muy amplia, envuelta por oscuras nubes de polvo y de humo, dos poderosas formaciones de carros, compuestas en conjunto por unos 1500 vehículos, se dispusieron a enfrentarse. Recordando esta batalla sin precedentes, el general Rotmistrov advierte que el primer escalón de su 5° Ejército Acorazado se lanzó sobre el despliegue alemán a toda velocidad, y que el ataque en diagonal se llevó de modo tan rápido que las líneas de los carros de combate avanzados consiguieron atravesar toda la formación alemana.

Entonces las líneas se confundieron, los carros soviéticos empezaron a abrir fuego sobre los *Tigre* casi a quemarropa, y pronto las dos unidades enemigas se fundieron en un único y enredado amasijo de carros de combate. El campo de batalla resonaba con el zumbido de los motores, con el intenso fragor metálico producido por tan gran número de vehículos con cadenas, y se veía cruzado por las llamaradas de los disparos de centenares de carros blindados y de cañones autopropulsados. La sangrienta lucha duró hasta últimas horas de la tarde. Y tampoco aquí los alemanes consiguieron romper el frente en dirección a Kursk.

En este solo día, para efectuar un avance de 30-40 km, los alemanes perdieron más de 350 carros y más de 10.000 hombres, entre oficiales y soldados. El 12 de julio fue el momento crucial de la batalla, pues aquel mismo día los frentes occidental y de Briansk dieron comienzo a su ofensiva contra las fuerzas alemanas en el sector de Oriol. Fue un día de crisis para la ofensiva alemana, pues también en el sector meridional del saliente de Kursk las fuerzas atacantes fueron obligadas, primero, a ponerse a la defensiva y luego a iniciar el repliegue hacia sus bases de partida. El 16, el grueso de las fuerzas alemanas empezó a replegarse, protegiéndose con fuertes retaguardias, y entonces el frente de Vorónezh se lanzó en su persecución, siguiéndole el 19 de julio el frente de la estepa. El día 23 los alemanes habían sido rechazados por completo a las posiciones de las que salieron el 4 de julio. Había fracasado la tercera gran ofensiva alemana en Rusia.

En conjunto, la batalla fue resuelta brillantemente por las tropas soviéticas, puesto que habían llevado a término las misiones encomendadas. Los almacenes acababan de sufrir un gran desgaste y el equilibrio estratégico era ahora más favorable al Ejército ruso. La Operación «Zitadel», cuidadosamente preparada por los alemanes, y con la que pretendían recuperar la iniciativa estratégica, había sido un completo fracaso.



Últimos ataques desencadenados por la 4ª *Panzerarmee* en dirección a Kursk: un soldado lanzallamas alemán avanza apoyado en su acción por un cañón autopropulsado enmascarado y por un grupo de fusileros. (Süd Verlag.

OPERACIÓN "ZITADEL" 1943

5 de julio: se inicia la Operación "Zitadel", desencadenada por la *Wehrmacht* en un intento de aislar el saliente de Oriol-Kursk.

5-6 de julio: los alemanes avanzan hacia el Sur unos 10 km, registrando la pérdida de 25.000 hombres entre muertos y heridos, además de 200 carros de combate y 200 aviones. El ataque consiguió penetrar en el primer cinturón defensivo soviético, pero fue detenido.

6-9 de julio: la dura resistencia soviética obliga a Model a empeñar en la lucha todas sus fuerzas; pero el frente soviético resiste. El frente central ruso prepara una contraofensiva.

12 de julio: "la mayor batalla entre carros de combate de la historia": a continuación del ataque desencadenado en el sector meridional del frente, las fuerzas germanas avanzan 30-40 km, con la pérdida de 10.000 hombres y 350 carros. Los frentes de Briansk y occidental inician la contraofensiva.

15 de julio: el frente central inicia la contraofensiva.

16 de julio: empieza la retirada alemana. El frente de Vorónezh inicia la contraofensiva.

17 de julio: empieza la contraofensiva del frente sudoccidental.

19 de julio: se inicia la contraofensiva del frente de la estepa.

23 julio: las fuerzas alemanas se han retirado más allá de sus líneas de partida; la Operación "Zitadel" ha fracasado.

26 de julio: el Alto Mando alemán ordena el repliegue de Oriol.

4-5 de agosto: las fuerzas soviéticas reconquistan Oriol y Biélgorod.

6-11 de agosto: los frentes de Vorónezh y de la estepa cercan Járkov.

22 de agosto: ante el temor de ser cercados, los alemanes empiezan a retirarse de Járkov.

23 de agosto: las fuerzas soviéticas reconquistan Járkov, amenazando todo el ala sur del frente alemán.

El problema de la «sincronización» de la contraofensiva soviética se examinó cuando aún estaba en pleno desarrollo lá batalla defensiva. La idea general del plan soviético era romper el despliegue defensivo enemigo con una serie de ataques convergentes y destruir, después, unidad por unidad, las fuerzas enemigas aisladas. Se previeron para ello cuatro enérgicos ataques:

- el frente occidental (general V. D. Sokolovski) debía presionar hacia el Sur, en dirección a Boljov y Jotinets, de modo que aislase al enemigo en el saliente de Oriol.
- el frente central (general Rokossovski) avanzaría en dirección a Kromi, para enlazar con las fuerzas del frente occidental.
- el frente de Briansk (general M. M. Pópov) debía lanzar dos ataques en la zona de Novosil, para conseguir envolver Oriol por el Norte y por el Sur.

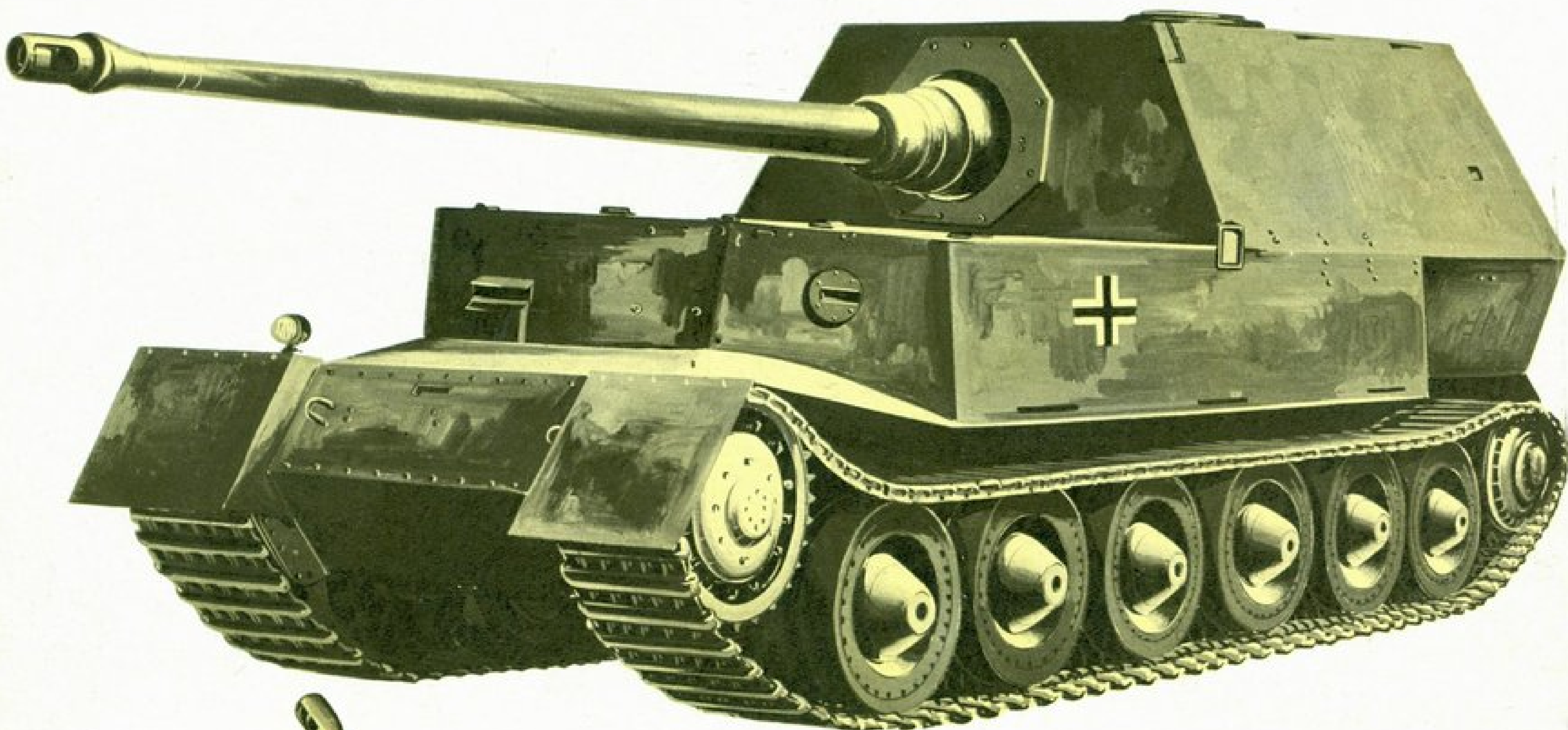
Las fuerzas alemanas situadas en la cabeza de puente de Oriol comprendían 27 divisiones de infantería, 8 *Panzerdivisionen*, y dos divisiones motorizadas de los Ejércitos 2 y 9 del Grupo de Ejércitos del Centro; en conjunto, se trataba de unos 600.000 hombres; 6000 piezas, entre cañones y morteros, y unos 1000 vehículos, entre carros y cañones autopulsados. Las fuerzas de tierra estaban apoyadas por más de 1000 aviones.

La región estaba bien fortificada; únicamente a lo largo del estrecho sector a través del cual las fuerzas alemanas se habían infiltrado en las defensas soviéticas, las fuerzas de primera línea no disponían de posiciones defensivas organizadas de antemano. A lo largo del sector que se extendía ante el ala izquierda del frente occidental y sobre la parte derecha y central del frente de Briansk, hasta la zona de Novosil, se había iniciado la construcción de una línea defensiva.

265 cañones rusos por kilómetro de frente

Dada la importancia que atribuían a Oriol, los alemanes habían dispuesto un fuerte sistema defensivo de fortificaciones de campaña, protegidas por obstáculos contracarro y contra personal. En profundidad, se encontraban otros cinturones defensivos, intermedios y retrasados, así como numerosos puestos aislados, generalmente a lo largo de los ríos. Las líneas defensivas construidas y el gran número de cursos de agua que discurrían en el sentido de profundidad en las defensas, constituían un grave obstáculo para la ofensiva soviética. Además, era la primera vez que las fuerzas rusas se encontraban ante un sistema defensivo tan potente. Para una ruptura se precisaba una gran habilidad, elevada moral y arrojo ofensivo. El Mando soviético decidió, pues, atacar en profundidad y asignó a sus fuerzas de ataque un fuerte contingente de artillería. Vale la pena recordar que en esta acción, por primera vez en la guerra, se alcanzó una densidad de artillería y de morteros de 265 piezas por kilómetro de frente.

Para preparar de modo adecuado la contraofensiva, era necesario prestar particular atención a la cuestión del abastecimiento de municiones y de carburante, y además adiestrar a las tropas para acciones de ruptura de defensas permanentes. Comandantes y funcionarios políticos se dedicaron a que todos los soldados conociesen los cometidos de las unidades menores a las que habían sido asignados. En las compañías y en los grupos de artillería de primera línea se celebraron conversaciones y asambleas organizadas por el Partido y por la Liga juvenil. Muchos soldados deseaban lanzarse al combate como miembros del Partido Comunista. Horas antes de la batalla, millares de ellos escribieron: «En el combate me mostraré digno de la confianza del Partido» o «Si muero cuéntenme entre los comunistas».



Cañón autopropulsado SU-76

Provisto de una coraza menos potente que la del *Elephant*, el *SU-76* (que empleaba los calibres tipo del Ejército ruso) se veía obligado a mantenerse en posición retrasada en lugar de tomar parte en los combates de primera línea. Así, pues, a diferencia del *Elephant*, su misión era más de apoyo que de ataque directo.
Tripulación: cuatro hombres.
Coraza: 26-35 mm. **Armamento:** un cañón de 76,2 mm, una ametralladora de 7,62 mm. **Peso:** 11 t.

(John Batchelor)

LOS ÁRBITROS DE LA BATALLA ENTRE MEDIOS ACORAZADOS

Jagpanzer (cazacarros) Tigre (P) "Elephant"

En un principio se le llamó *Ferdinand*, por el nombre de su constructor, el profesor Porsche. Este cañón autopropulsado era una versión del carro de combate *Tigre;* tenía una potente coraza, difícil de perforar, pero era muy lento. Podía ser puesto fuera de combate fácilmente si se le atacaba por los flancos, donde su coraza era más delgada. **Tripulación:** seis hombres. **Coraza:** frontal, 200 mm; lateral, 90 mm; posterior, 80 mm. **Armamento:** un cañón contracarro de 88 mm, una ametralladora de 7,9 mm. **Peso:** 68 t.

Henschel Hs-129

Durante la Operación "Zitadel", las escuadrillas contracarros de la *Luftwaffe* estaban dotadas de aparatos *Hs-129.* Cuatro de estas escuadrillas, formadas por 16 aviones cada una, operaron casi sin solución de continuidad contra las fuerzas acorazadas soviéticas empeñadas en el saliente de Kursk, y declararon haber destruido 1100 carros y 1300 vehículos enemigos. **Tripulación:** sólo el piloto. **Velocidad máxima:** 400 km/h. **Autonomía:** 560 km. **Armamento:** dos cañones de 20 mm y 2 ametralladoras de 7,9 mm. Se podía montar debajo del fuselaje otro cañón de 30 mm.



Las batallas libradas en el curso de la Operación "Zitadel" se combatieron en el cielo tanto como en tierra, pues la *Luftwaffe* se empeñó a fondo en los ataques contra los carros de combate enemigos, tarea particularmente adecuada para los bimotores *Hs-129.* Durante toda la ofensiva, la *Luftwaffe* efectuó más de 37.400 salidas contra las fuerzas acorazadas soviéticas. Aunque la Operación "Zitadel" se caracterizó sobre todo por los encuentros entre carros, tanto rusos como alemanes hicieron también amplio uso de cañones autopropulsados. En esta página se ve los dos tipos más utilizados por la *Wehrmacht* y por el Ejército ruso en la batalla de Kursk.





Los combates por el saliente de Oriol: un obús alemán de 105 mm en acción contra las posiciones soviéticas. Durante la noche del 3 al 4 de agosto, unidades avanzadas de los Ejércitos 3 y 63 soviéticos consiguieron abrirse paso hacia Oriol y, en la madrugada del 5, la ciudad estaba nuevamente en manos rusas. *(History of the Second World War)*

Al principio de la operación de Oriol, los rusos tenían sobre los alemanes una ventaja de 2 a 1 en hombres, de 3 a 1 en cañones, de 2,3 a 1 en carros de combate y 2,7 a 1 en aviones. Y, gracias a la audacia de la maniobra, en los sectores elegidos para la ruptura esta superioridad era aún más aplastante. El 12 de julio, tras un intenso bombardeo aéreo y artillero, el ala izquierda del frente occidental y todo el frente de Briansk se lanzaron hacia delante, mientras en el sector de Biélgorod-Járkov las fuerzas alemanas aún estaban intentando penetrar en la vertiente meridional del saliente y el Ejército 9 estaba preparándose para reemprender la ofensiva contra Kursk por el Norte.

En el transcurso de la tarde del 13, el 11º Ejército Guardia había roto las líneas alemanas, tras duros combates, sobre un frente de unos 25 km, y la fuerza de ataque del Ejército 61 del frente de Briansk (teniente general P. A. Biélov) lo hizo sobre un frente de 8 km. El Ejército 3 (teniente general A. V. Górbatov) junto con el Ejército 63 (teniente general V. I. Kolpashi) penetraron unos 15 km tras las primeras defensas alemanas. Pero las fuerzas soviéticas se encontraban todavía ante una defensa organizada, y se batían duramente para destruir el gran número de fortificaciones situadas en profundidad dentro del sistema defensivo.

Desde el primer día, la ofensiva emprendida por el Ejército Acorazado 2 obligó a los alemanes a desplegar a toda prisa sus reservas en los sectores amenazados; también decidieron unir los mandos de la 2ª *Panzerarmee* y el Ejército 8, situados en el saliente de Oriol, a las órdenes del general Model, quien gozaba de la especial confianza del *Führer* y era conocido en el Ejército como el «león de la defensa». Al asumir el mando, el 14 de julio, dio a la 2ª *Panzerarmee* una orden en la que, entre otras cosas, decía: «El Ejército ruso ha lanzado una ofensiva a lo largo de todo el saliente de Oriol. Nos encontramos empeñados en combates que lo pueden decidir todo. En esta hora, en que se requiere por parte de todas las fuerzas el máximo empeño he asumido el mando de vuestro Ejército, una unidad que sabe combatir». Model dictó luego una serie de órdenes muy rigurosas, pidiendo a las tropas que detuviesen a las fuerzas soviéticas y que resistiesen hasta el último hombre.

Pero la ofensiva del Ejército ruso no podía detenerse con simples órdenes, ni el III Reich podía esperar que sus soldados mantuvieran viva la fe en la victoria repartiendo tan sólo directivas. Los soldados alemanes estaban ya obsesionados por los fantasmas de sus compañeros caídos en Moscú, Stalingrado, Póniri y Prójorovka y, pese a que recibieron considerables refuerzos, la contraofensiva soviética continuó desarrollándose con éxito.

El 19 de julio, el 11º Ejército Guardia, que mantenía firmemente la iniciativa, penetró a lo largo de todo su frente en una profundidad de 72 km, y el grueso de sus fuerzas se estaba dirigiendo velozmente hacia el Sur, en dirección a Jotinets; al mismo tiempo, el frente de Briansk logró quebrantar la resistencia alemana, rebasando numerosas líneas defensivas intermedias, y el 17 de julio, abrió una brecha de 35 km de frente y una profundidad de 25.

Sustrayendo buena parte de las fuerzas alemanas situadas en el saliente de Oriol, la ofensiva desarrollada por los frentes occidental y de Briansk creó condiciones favorables para el frente central. El 15, en cuanto estuvieron concentradas sus fuerzas, empezó el ataque, y el 18 su ala derecha había aniquilado las unidades alemanas infiltradas en las defensas soviéticas a lo largo de la dirección de Kursk; reconquistó también las posiciones ocupadas antes de la ofensiva alemana y empezó a desarrollar su ataque hacia Kromi.

Los combates eran cada vez más violentos y el STAVKA decidió aumentar la superioridad de las fuerzas soviéticas sobre las alemanas, ordenando al frente occidental que empeñase en combate al Ejército Acorazado 4 (teniente general V. M. Badanov), al Ejército 11 (teniente general I. I. Fedyuniski) y al II Cuerpo de Ejército de Caballería Guardia; al mismo tiempo, el frente de Briansk debía emplear al 3er Ejército Acorazado Guardia (teniente general P. S. Rzhbalko). Estas tropas de reserva se encontraban muy alejadas en la retaguardia y resultó muy difícil hacerlas llegar a primera línea, puesto que había comenzado un período de lluvias torrenciales que paralizaban el tránsito por las carreteras.

Cooperando con el 11º Ejército Guardia y el Ejército Acorazado 4 del frente occidental, el 29 de julio el Ejército 61 del frente de Briansk liberó Boljov y prosiguió su avance por el Norte, hacia Oriol, amenazando las líneas de comunicaciones enemigas. Al mismo tiempo, las fuerzas del frente de Briansk envolvieron en profundidad a las fuerzas alemanas desplegadas en la zona de Mtsensk, obligándolas a retirarse. Simultáneamente, el frente de Briansk proseguía su avance hacia Oriol por el Este. La situación era cada vez más grave para los alemanes, y el general Model pidió permiso a Hitler para retirarse de la cabeza de puente de Oriol, indicando veladamente al *Führer* que existía el peligro de «otro Stalingrado».

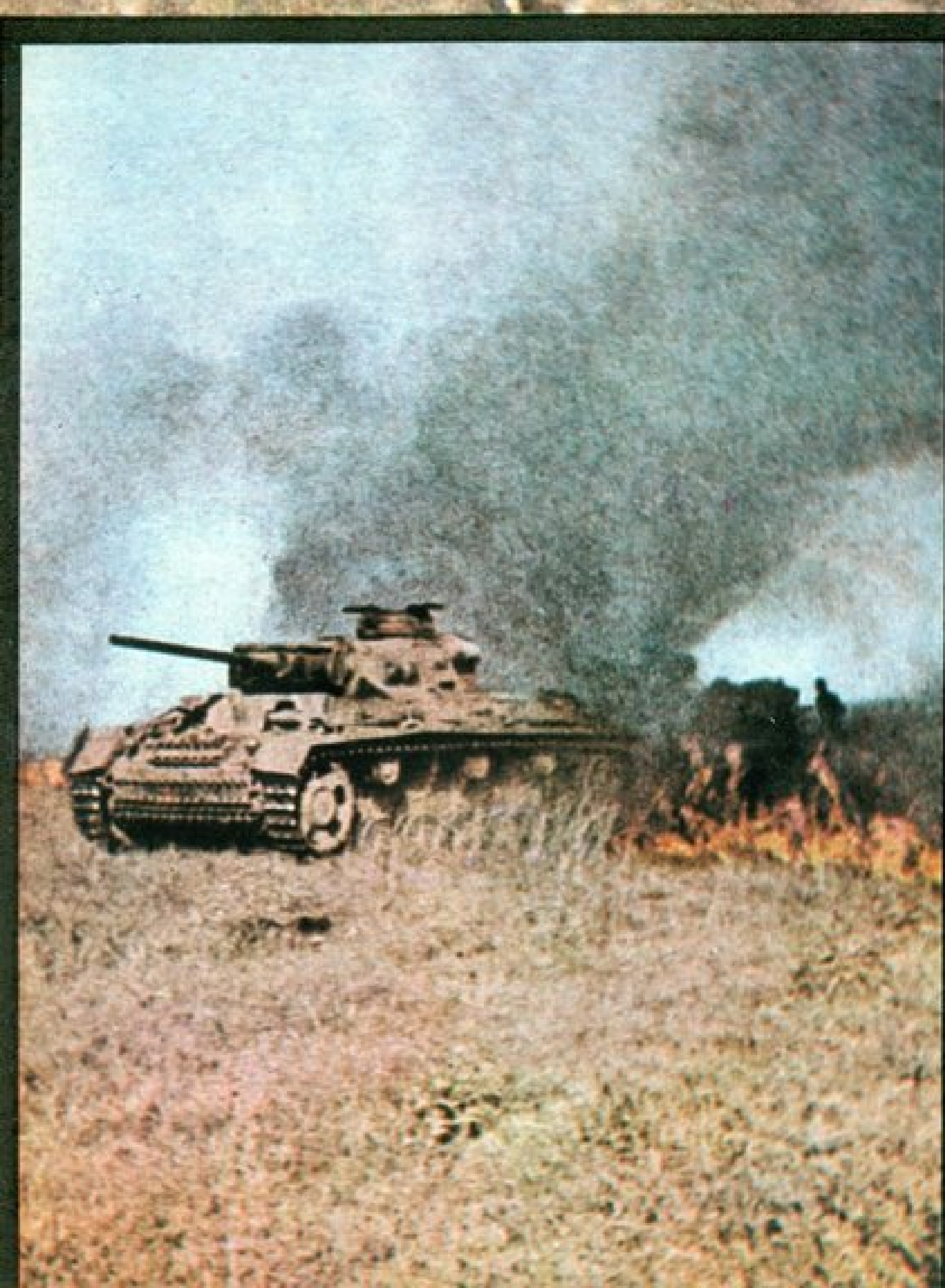
Así, puesto que la situación general en el frente oriental era grave y la de las fuerzas de Oriol crítica, el 26 de julio el Alto Mando alemán ya se había resignado a la idea de abandonar toda la región de Oriol y retirarse sobre la línea Hagen (una línea defensiva que corría al este de Briansk), mediante un repliegue ordenado que debería desarrollarse, a través de las sucesivas líneas intermedias, entre los días 31 de julio y 17 de agosto. Se trataba de desalojar una zona que se extendía unos 100 km en profundidad a fin de liberar a más de 20 divisiones, rectificar la línea del frente y diezmar a las tropas soviéticas atacantes con combates defensivos sobre esta nueva línea.

«Hay que salir fuera lo más rápidamente posible»

En su intento de asegurarse un repliegue ordenado, los alemanes hicieron todos los esfuerzos posibles para no dispersar las tropas sobre los flancos; pero sus planes se vieron frustrados por los ataques aéreos y terrestres de los rusos. El mariscal de campo von Kluge, comandante del Grupo de Ejércitos del Centro, evaluaba así la situación de sus fuerzas en el sector: «El Estado Mayor del Grupo de Ejércitos es plenamente consciente de que su anterior plan, de atacar al enemigo durante la maniobra de repliegue, es ahora imposible de realizar, puesto que las tropas están exhaustas y su capacidad combativa se ha reducido mucho. Ahora se trata únicamente de salir del saliente de Oriol lo más rápidamente posible». En el curso de la noche del 3 al 4 de agosto algunas unidades avanzadas de los Ejércitos 3 y 63 soviéticos consiguieron abrirse paso hacia Oriol, y al amanecer del 5 la ciudad fue recuperada por los rusos.

La tarde del 5 de agosto, en Moscú se disparó, por primera vez, una salva de artillería en honor de las fuerzas que habían liberado Oriol y Biélgorod, y desde aquel día se estableció la costumbre de saludar las victorias del Ejército ruso con salvas de artillería.

A partir del día 5, las fuerzas del frente central alcanzaron las vías de acceso al importante nudo de carreteras y base de abastecimiento alemán de Kromi, y a partir del 18 el frente de Briansk y el ala derecha del frente central alcanzaron las líneas defensivas previstas, a lo largo de las cuales se habían atrincherado los alemanes. El saliente



Arriba: Grupo de *Panzer* en formación de cuña y en movimiento hacia las posiciones soviéticas. **Abajo y a la izquierda:** algunos *Pzkw-III* avanzando a través de la estepa, superando las malezas incendiadas por las granadas soviéticas. A pesar de la potencia de las superiores fuerzas acorazadas, el 16 de julio, tras un fracasado ataque en dirección a Prójorovka, los alemanes iniciaron el repliegue. *(History of the Second World War)*



de Oriol estaba liquidado y los alemanes situados en aquel punto y lanzados a una ofensiva contra Kursk, habían sufrido una derrota aplastante.

La actividad de los partisanos soviéticos contribuyó al éxito de las operaciones. Entre el 21 de junio y el 3 de agosto, los partisanos de la región de Oriol hicieron saltar más de 10.000 tramos de ferrocarril, obligando así a los alemanes a reunir sus trenes en los nudos ferroviarios y en las estaciones, que luego bombardeaba sistemáticamente la Aviación rusa.

La contraofensiva soviética duró 37 días, en el transcurso de los cuales el Ejército ruso avanzó hacia el Oeste unos 150 km, desbaratando el plan alemán de atacar Kursk por el Norte, rechazando hacia Briansk ingentes fuerzas enemigas, destruyendo unas 15 divisiones germanas y sentando los cimientos para un ulterior desarrollo de la ofensiva hacia el Oeste.

Las fuerzas de los frentes de Vorónezh y de la estepa habían iniciado la contraofensiva en difíciles condiciones. Durante las batallas defensivas y, después, en el curso de la persecución del enemigo en retirada, sufrieron graves pérdidas, tanto en hombres como en equipo. Y ahora tenían que combatir contra un enemigo situado en posiciones defensivas preparadas en las zonas de Biélgorod y Járkov.

A los alemanes les engañó la relativa tranquilidad que había prevalecido desde el 24 de julio al 2 de agosto en el sector meridional del saliente de Kursk. Puesto que desconocían completamente los planes soviéticos y la valoración de los efectivos del despliegue de las fuerzas rusas no esperaban que en aquel sector desencadenasen tan pronto una ofensiva en gran escala. Por otra parte, andaban escasos de fuerzas en el saliente de Oriol. Finalmente, el 17 de julio, el frente sudoccidental desencadenó una ofensiva en el sector de Izhum, apuntando hacia Barbiénkovo, mientras el frente meridional lanzaba otra hacia el río Mius.

En el curso de estas operaciones, las tropas del frente sudoccidental atravesaron el Doniets septentrional por numerosos puntos, y amenazaban la retaguardia de las fuerzas alemanas desplegadas en el Donbáss; por su parte, el frente meridional había roto la fuerte línea defensiva del río Mius, ocupando una cabeza de puente en la orilla occidental. El Alto Mando alemán comenzó entonces a transferir fuerzas desde el sector relativamente tranquilo de Biélgorod-Járkov para mejorar la situación en las regiones de Oriol y del Donbáss. Fue, por lo tanto, la habilidad del Alto Mando soviético, al organizar una precisa cooperación estratégica entre todos los sectores del frente, lo que sentó las bases para una contraofensiva de los frentes de Vorónezh y de la estepa contra Biélgorod y Járkov.

El grueso de las fuerzas de ambos frentes se había concentrado entretanto al norte de Biélgorod, en una posición favorable para lanzar un ataque frontal en el punto de conjunción entre la 4ª *Panzerarmee* y el Grupo operativo Kempf. Teniendo presente todo esto, y tratando de reducir al mínimo el tiempo necesario para preparar la operación, se decidió no intentar ningún reagrupamiento complicado, sino atacar vigorosamente con las fuerzas de ambos frentes en dirección Sudoeste, a lo largo de la línea Bogodújov-Balka-Nóvaia Vodologa, a fin de aislar la 4ª *Panzerarmee* del Grupo operativo Kemps, y, después, aniquilar por separado a las dos unidades.

En esta fase, el frente de Vorónezh debía operar contra la 3ª *Panzerarmee* atacando hacia el Oeste, en dirección de Ajtirka, mientras el frente de la estepa lo haría hacia Járkov.

Las fuerzas alemanas en el sector atacado comprendían 18 divisiones, cuatro de ellas acorazadas, con un total de unos 300.000 hombres, 3500 cañones y morteros y 600 carros de combate; el apoyo aéreo lo aseguraban 900 aviones. Estas fuerzas estaban distribuidas en posiciones provistas de defensas muy bien construidas. La zona de defensa táctica consistía en dos cinturones cuya profundidad total era de 15 a 20 km. El cinturón principal comprendía dos líneas defensivas, cada una provista de casamatas y de núcleos de resistencia unidos por profundas trincheras, enlazadas entre sí por corredores cubiertos, mientras alrededor de las ciudades de Járkov y de Biélgorod se había previsto una red defensiva dotada de gran cantidad de armas y bien protegidos blocaos de madera y hormigón.

La principal fuerza de asalto del frente de Vorónezh estaba constituida por unidades de los Ejércitos 5 y 6, del Ejército Acorazado 1 y del 5.º Ejército Acorazado Guardia. Con objeto de conseguir un rápido hundimiento de las defensas alemanas escalonadas en profundidad, el despliegue se había efectuado de modo que asegurase una elevada densidad de artillería y de carros de combate; en el sector del 5.º Ejército Guardia, por ejemplo, existían unos 206 cañones y morteros y hasta 70 carros de combate por kilómetro de frente. Un aspecto particular del plan de operaciones del frente de Vorónezh era que preveía hacer pasar los dos Ejércitos Acorazados a través del paso abierto por la infantería, a fin de asegurar una penetración rápida y profunda.

La contraofensiva comenzó la mañana del 3 de agosto, tras un bombardeo de tres horas por parte de la aviación y de la artillería. A las 13, en cuanto la infantería del 5º Ejército Guardia se infiltró más allá del cinturón defensivo principal del enemigo, entraron en acción los dos Ejércitos acorazados. Sus brigadas de cabeza completaron la ruptura de la zona de defensa táctica alemana y empezaron a desarrollar la acción en profundidad. Los duros combates continuaron en la zona de ruptura durante toda la jornada del 4 de agosto, mientras los grupos soviéticos que conducían el ataque seguían avanzando hacia el Sur, desbordando los centros de resistencia enemigos. Consiguieron avanzar 20 km, y el día 5 el Regimiento 270 de la 89ª División de Infantería Guardia entró en Biélgorod.

Este poderoso e inesperado golpe lanzado por los rusos empeoró la situación de los alemanes en el sector meridional. Las *Panzerdivisionen*, recientemente transferidas a Izhium, Barbiénkovo y hacia el río Mius, volvieron atrás a toda prisa, y durante el desplazamiento sufrieron graves pérdidas a causa de los ataques aéreos soviéticos.

Una carta del frente

La brecha abierta en sus defensas y las pérdidas sufridas en los primeros días de combate produjeron un efecto sumamente negativo sobre las fuerzas alemanas. En una carta dirigida a su hermano, un suboficial alemán, Otto Richter, escribía lo siguiente:

«Querido Kürchen: Tú sabes que no he sido nunca una persona que perdiese la cabeza o que se dejase dominar por el pánico. Siempre he creído firmemente en nuestros objetivos y en la victoria. Pero ahora deseo decirte adiós. No te extrañes, te quiero decir de verdad adiós, y para siempre. No hace mucho tiempo desencadenamos un ataque. No puedes saber cuán horrible ha sido todo. Nuestros soldados se han lanzado hacia delante con valor, pero no había forma de hacer retroceder a esos endiablados rusos, y cada metro de terreno costaba la vida a muchos de nuestros compañeros... Y después, esos rusos se nos han echado encima, y hemos empezado a retroceder, iniciando unos infernales avances y retrocesos. Ayer abandonamos Biélgorod. Además, ya quedamos pocos... En nuestra compañía somos sólo 18, y nuestra compañía es una de las afortunadas; en la 2ª han quedado 9... Dios mío, cómo deseo que todo acabe... sé que me matarán, pero no me importa; ¿qué sentido tiene vivir si la guerra está perdida y el futuro aparece tan tenebroso?»

Richter murió antes de echar la carta al correo.

Mientras tanto, las tropas de los frentes de Vorónezh y de la estepa continuaron la persecución del enemigo. Tras haber avanzado unos 100 km en cinco días de ininterrumpidos combates, el 8 de agosto, elementos del Ejército Acorazado 1 y del 6º Ejército Guardia se apoderaron de uno de los más importantes centros de resistencia del enemigo, la ciudad de Bogodújov, partiendo en dos a las fuerzas alemanas empeñadas en el sector Biélgorod-Járkov.



Después de la fallida Operación «Zitadel» el general alemán Manstein estudia los planes defensivos en vista de la inminente ofensiva soviética. A consecuencia de la derrota sufrida en Kursk, los alemanes se vieron obligados a abandonar toda esperanza de variar el curso de la guerra a favor de Alemania. *(History of the Second World War)*

A partir de la tarde del 11 de agosto, las tropas del frente de Vorónezh habían ensanchado notablemente el paso en dirección Oeste y Sudoeste: las fuerzas del ala derecha alcanzaron las posiciones enemigas de Boromlia, Ajtirka y Kotelva, mientras el ala izquierda contaba la línea férrea de Járkov-Poltava, al sur de Bogodújov, y rebasaba Járkov por el Oeste, creando de esa forma una seria amenaza para las fuerzas alemanas que aún combatían obstinadamente para defender el sector de la mencionada ciudad.

El Ejército 57 soviético (general N. A. Gagen), que había atravesado el Doniets septentrional y ocupado el importante centro enemigo de Chuguíev, también se aproximaba a Járkov por el Sudeste.

Los alemanes estaban haciendo esfuerzos desesperados para impedir cualquier ulterior avance soviético y conservar Járkov, cuya pérdida abriría el camino para una ofensiva rusa en Ucrania. Particularmente peligrosas eran las fuerzas soviéticas que avanzaban al sur de Bogodújov, por cuanto éstas amenazaban cercar a los alemanes situados en Járkov por el Oeste y por el Sur. Por lo tanto, el Alto Mando alemán decidió emplear contra ellas las fuerzas transferidas allí desde el Donbáss, y el 11 de agosto reunió en la zona 3 *Panzerdivisionen* de las *Waffen-SS*, las *Das Reich, Totenkopf* y *Viking*, que, diezmadas tras los últimos combates, habían completado de nuevo sus filas, y las lanzó contra el Ejército Acorazado 1 y parte del flanco izquierdo del 6º Ejército Guardia.

Desde el 11 al 17 de agosto, la zona que se extiende al sur de Bogodújov fue escenario de

violentos combates. Los alemanes se habían asegurado una notable superioridad en carros de combate, lanzando a la batalla las divisiones de las *Waffen-SS*, y consiguiendo así rechazar a las fuerzas soviéticas unos 20 km hacia el Norte. Pero el Mando soviético se apresuró a enviar a la zona algunas unidades del 5º Ejército Guardia, por lo que los alemanes no consiguieron llevar adelante sus planes, que consistían en una penetración hasta la retaguardia de las fuerzas de ataque del frente de Vorónezh. El 17 de agosto, a causa de las pérdidas sufridas, tuvieron que ponerse a la defensiva.

Tras este nuevo fracaso, el Alto Mando alemán empezó a preparar el plan para la ofensiva contra Bogodújov por el sector oeste (es decir, de Ajtirka). Los alemanes intentaban aislar el saliente que se había formado en el frente al sur de Ajtirka, penetrar en dirección a Bogodújov y aniquilar el grueso de las fuerzas de ataque del frente de Vorónezh. Pero el Alto Mando soviético supo prever este contraataque y, para neutralizarlo, trasladó a la zona de Ajtirka fuerzas de refresco. Del 18 al 20 de agosto, en el curso de tres días de intensos combates, el frente de Vorónezh contuvo también esta tentativa del enemigo, rechazándolo después hacia atrás, hasta sus líneas de partida.

Por su parte, el frente de la estepa rompió el perímetro defensivo exterior de Járkov el 13 de agosto; pero los alemanes, situados en un extenso sistema de posiciones defensivas, continuaron batiéndose con obstinación. Sabían que si caía Járkov todas sus fuerzas en el Donbáss se encontrarían en peligro y, por lo tanto, habían decidido estabilizar el frente y mantener a toda costa el dominio de aquella zona industrial. El general von Manstein había recibido órdenes muy precisas en este sentido.

Entre el 18 y el 22 de agosto la lucha fue particularmente dura en los flancos del frente de la estepa; el resultado final fue que, a partir de la noche del 22, el 5º Ejército Guardia y el Ejército 53 rebasaron Járkov por el Oeste y por el Sudoeste, mientras el 7º Ejército Guardia y el Ejército 57 envolvían la ciudad por el Este y Sudeste, amenazando de este modo con cercar a todas las fuerzas alemanas situadas en la zona. Sólo la carretera y la línea férrea Járkov-Merefa-Krasnograd seguían aún abiertas; pero incluso este estrecho pasillo era sometido a continuos ataques por parte de la aviación. El comandante del frente de la estepa, mariscal Kóniev, escribió: «El problema consistía en hallar la solución más adecuada. Naturalmente, hubiéramos podido lanzar al terreno todas las fuerzas necesarias para cerrar el pasillo, cercar el enemigo en la ciudad y, finalmente aniquilarlo... Pero la destrucción de fuerzas tan ingentes en una ciudad fortificada hubiera requerido mucho tiempo y comportado graves pérdidas. Cabía otra solución: tomarla por asalto, obligar al enemigo a salir de ella y aplastar inmediatamente después a las fuerzas supervivientes.»

En el curso de la tarde del 22 de agosto los alemanes empezaron a abandonar la ciudad. Para impedir una retirada ordenada y evitar además la destrucción de la urbe, la noche del día 22 el comandante del frente de la estepa ordenó un ataque nocturno. La misión de conquistar Járkov fue confiada al Ejército 69 (general V. D. Krshujenkin) y al 7º Ejército Guardia. En el transcurso de la noche del 22-23 de agosto se sucedieron violentos combates por las calles. Los alemanes habían transformado en casamatas los edificios de cemento, situando piezas de artillería de medio calibre en los pisos más bajos y ametralladoras y hombres armados de fusiles automáticos en los más altos. Todas las direcciones de acceso a la ciudad, las carreteras que llegaban a ella y las calles de los suburbios estaban cuidadosamente minadas y cerradas por barricadas.

Pero las fuerzas soviéticas consiguieron salvar hábilmente las posiciones fortificadas enemigas, se infiltraron a través de sus defensas y atacaron audazmente por la espalda a las fuerzas alemanas de guarnición. A partir del mediodía del 23, tras obstinados combates, la ciudad era de nuevo rusa. Casi todas las fuerzas alemanas fueron aniquiladas en el transcurso de aquellos combates y los supervivientes huyeron más allá de los ríos Merefa y Mzha, perseguidos por las fuerzas soviéticas y abandonando gran cantidad de material. Los rusos habían destruido unas 15 divisiones enemigas y ahora amenazaban el ala meridional del frente alemán, en una posición excelente para lanzar una ofensiva general, liberar Ucrania occidental y alcanzar el Dnieper.

«La última batalla de Alemania por la victoria»

La batalla de Kursk concluyó, para el Ejército ruso, con una brillante victoria sobre un enemigo todavía fuerte y hábil. Fue uno de los episodios más importantes y decisivos de toda la guerra. Se inició en un momento en que el equilibrio de fuerzas empezaba a cambiar, cuando el Ejército ruso se estaba reforzando y sus jefes adquirían cada vez mayor capacidad como organizadores; de este modo el Ejército ruso logró desbaratar el último intento alemán para desencadenar una ofensiva estival capaz de cambiar el curso de la guerra a favor de Alemania, preservar el bloque del Eje de la desintegración y disminuir con ello las consecuencias políticas de la derrota sufrida en Stalingrado.

Los alemanes acababan de perder la que ellos mismos habían definido como «la última batalla de Alemania por la victoria», y ante el Reich nazi y su *Wehrmacht* apareció, por primera vez, en todo su horror, el espectro de la catástrofe. El general Keitel, jefe del Estado Mayor del OKW, declaró más tarde que, tras la derrota sufrida por las fuerzas alemanas en verano de 1943, el Alto Mando alemán comprendió ya claramente que la guerra no se podría ganar por medios militares.

El prestigio de la *Wehrmacht* se veía ya comprometido de modo irreparable. De las 70 divisiones que operaban en el sector del saliente de Kursk, 30 habían sido destruidas, de las cuales siete eran acorazadas. En 50 días de combates, los alemanes perdieron, según ellos mismos confesaron, más de 500.000 hombres entre muertos, heridos o desaparecidos. El Ejército ruso tomó sólidamente la iniciativa estratégica y ya la mantuvo durante el resto de la guerra. En definitiva, la batalla de Kursk completó aquel radical enderezamiento de la situación bélica iniciado en Stalingrado.

Asimismo, el fracaso de la ofensiva alemana en Kursk invalidó de una vez para siempre el mito propagandístico nazi acerca de la naturaleza «estacional» de la estrategia soviética, mito que aseguraba que el Ejército ruso sólo podía atacar en invierno. Los hechos demostraron que estaba capacitado para batir a los alemanes tanto en verano como en invierno. Una vez más, el Alto Mando alemán había subestimado a las fuerzas rusas y sobrevalorado a las suyas.

El fracaso de su estrategia en el Este indujo a los jefes nazis a buscar activamente cualquier otro medio para ganar la guerra. Fue entonces cuando decidieron adoptar una actitud defensiva en todo el frente ruso-alemán, imponer al Ejército ruso una guerra estática para ganar tiempo e intentar convencer a Estados Unidos y a Gran Bretaña de que terminasen la partida «en tablas», considerando a la Alemania nazi como una barrera contra el «peligro rojo» en Europa. Pero los incesantes y progresivamente crecientes golpes lanzados por las fuerzas rusas también invalidaron este proyecto.

La tercera contraofensiva soviética (tras las de Moscú y Stalingrado) obligó a los alemanes a volcar todo el grueso de sus fuerzas sobre el frente ruso-alemán. Grandes formaciones de cazas y de bombarderos, así como numerosas unidades y grupos de otras armas se transfirieron al Este desde el teatro de operaciones del Mediterráneo. Y ello hizo que fuera mucho más fácil para los Aliados desembarcar en Italia, con lo que resultó inevitable la caída de este país.

Por otra parte, las relaciones de Alemania con los otros países del Eje se hicieron desde entonces más difíciles. Tras haber visto la derrota de Kursk, los dirigentes finlandeses, húngaros y rumanos intensificaron los esfuerzos emprendidos después de Stalingrado para encontrar una salida a su poco prometedora situación.

En cuanto a los países de la coalición que hacía frente al Eje, la victoria de Kursk ejerció un gran influjo sobre la población, reforzando los sentimientos de solidaridad en sus relaciones con la Unión Soviética. Tras la liberación de Oriol, por ejemplo, se produjo un amistoso intercambio de correspondencia entre los habitantes de esta ciudad y los del *borough* inglés de Hampstead, y un mensaje de salutación enviado por el «Comité para la ayuda a Rusia» desde un barrio de Hampstead decía:

«Os saludamos, ciudadanos de Oriol. En la dura guerra que nuestros dos grandes pueblos están manteniendo, nuestra amistad está sellada para siempre con la sangre de nuestros hijos que empujan al nazismo hacia la derrota total. Al fin tenemos ante nosotros esperanzas de victoria. Hemos compartido el peso de la guerra y compartiremos también los maravillosos frutos de la paz, orgullosos de pertenecer todos nosotros al invencible ejército de la libertad.»

El 28 de junio, en un mensaje al pueblo americano, el presidente Roosevelt dijo: «La efímera ofensiva alemana, iniciada en los primeros días de este mes, ha sido una tentativa desesperada para elevar la moral del pueblo alemán. Pero los rusos no se han dejado sorprender... El mundo nunca había admirado una entrega, una firmeza y un espíritu de sacrificio como el demostrado por el pueblo y el Ejército soviético.»

En los trabajos de los historiadores occidentales, y especialmente en los libros de los ex generales de la *Wehrmacht*, los acontecimientos de Kursk han sido descritos erróneamente desde muchos aspectos. Algunos de estos autores no mencionan, deliberadamente, el hundimiento de la Operación «Zitadel». Otros la mencionan, pero atribuyen la derrota alemana a los errores de Hitler. Ignorando la realidad histórica, estos hombres la desvían. *El punto fundamental consiste en el hecho de que Hitler tomase decisiones equivocadas que hicieran fracasar la campaña de Rusia de la* Wehrmacht. *Los alemanes ya se habían equivocado antes, cuando pensaron en hacer la guerra a la Unión Soviética.*

En realidad, la causa principal del fracaso de la estrategia ofensiva de la *Wehrmacht* fue el constante aumento, en el transcurso de la guerra, de la potencia del Estado soviético y de sus Fuerzas Armadas, y la batalla por Kursk no fue sino un triunfo más de la habilidad militar soviética. En cuanto descubrió las intenciones del enemigo, el Mando ruso decidió desgastar las fuerzas atacantes mediante una defensa cuidadosamente preparada y lanzar, después, su propia contraofensiva. En el curso de la batalla se vio claro que el Ejército ruso estaba mejor equipado y que sus oficiales habían adquirido una mayor capacidad para aprovechar por completo todos los factores favorables de las fuerzas a su disposición, tanto para la defensa como para el ataque. En los combates aéreos que tuvieron lugar en este sector, la Aviación soviética también se aseguró de manera definitiva, una clara superioridad. La derrota de los alemanes en Kursk señaló el comienzo de una gran ofensiva rusa que se extendía sobre un frente de 2000 km, desde Velikie Luki a la península de Tamán.

CORONEL G. A. KOLTUNOV



Eminente historiador militar soviético, ha sido uno de los autores del volumen III de la obra en seis volúmenes *Historia de la gran guerra patriótica de la Unión Soviética, 1941-45*, de la *segunda Guerra Mundial* (Moscú, 1958) y de la *Liberación de Crimea* (Moscú, 1958). También ha publicado artículos en periódicos y revistas.

APARECE TITO

Phyllis Auty

En abril de 1941, en uno de sus últimos triunfos fulminantes, la *Wehrmacht* había conquistado Yugoslavia. La resistencia contra el régimen del Eje comenzó casi en seguida, pero las fuerzas resistentes estaban divididas entre los monárquicos de Mihailović y los comunistas de Tito. Fue Tito quien se convirtió en el artífice de la organización de una resistencia de carácter nacional; y cuando Alemania invadió Rusia, su "ejército partisano" se levantó en armas, iniciando ya una abierta insurrección. Los partisanos obtuvieron rápidos éxitos; sin embargo, para sobrevivir debieron batirse no sólo contra las fuerzas de ocupación sino incluso contra los chetnik de Mihailović. Hasta finales de 1943, los Aliados no empezaron a enviar ayuda y, antes de que llegase ese momento, los partisanos repelieron cinco ataques del Eje, que sometieron a dura prueba las dotes de mando de Tito.



Josip Broz, llamado Tito, en la época de la Resistencia yugoslava. La invasión de Yugoslavia por parte de las tropas del Eje y el desmembramiento del país, dio acceso al poder al comunismo, pero se encontró frente a serios problemas para la reorganización de su partido. (Keystone)



Una formación de partisanas avanzando a través de una carretera de montaña. A causa del limitado número de sus fuerzas, Tito pidió a sus hombres que evitasen encuentros frontales en el caso de verse sometidos a poderosos ataques del enemigo. *(Archivo Rizzoli)*

Cuando el 17 de abril de 1941 capituló el Ejército yugoslavo, el hombre que más tarde había de trazar el destino del país era un desconocido que vivía en un modesto apartamento de las afueras de Zagreb. Eminente figura del comunismo yugoslavo, buscado antes de la guerra por la policía a causa de sus actividades políticas subversivas, este hombre corría ahora el peligro de ser detenido por las autoridades de ocupación del nuevo Estado independiente de Croacia, creado por los alemanes y del que Zagreb era la capital. Pero se trataba de un hombre hábil en escapar a las detenciones, así como en adoptar diferentes identidades. En aquel período era conocido por Babić, pero su verdadero nombre era Josip Broz. Algunos de sus compañeros comunistas le conocían también como «camarada Tito».

El problema ante el que se encontraba Tito, a fines de abril de 1941, era el de transformar la situación de derrota y de desintegración en una ventaja, y aprovecharla después para instaurar un régimen comunista en una Yugoslavia reunificada. Pero su lejano objetivo le debía parecer en aquel momento un sueño romántico: puesto que la Unión Soviética era aún aliada de la Alemania nazi, la política que habría de adoptar en el presente inmediato no sería nada clara.

En abril y mayo empezó a convocar reuniones del Comité Central del Partido Comunista yugoslavo y decidió un plan de operaciones contra los ocupantes: al principio sabotajes, adiestramiento y preparativos; después, cuando el partido estuviera dispuesto y las circunstancias fuesen más favorables, una verdadera y auténtica insurrección. Como en Zagreb el peligro de ser descubierto era cada vez mayor, el 6 de mayo se trasladó a Belgrado, cuya posición más central lo hacía un centro más apto para coordinar la actividad de su red clandestina.

Tito lanza su llamada a la insurrección

El 11 de junio, Tito se enteró del inminente ataque de Hitler contra Rusia. Y el 22, cuando la radio alemana anunció la invasión de la Unión Soviética, convocó una reunión de su Comité Central en Belgrado. Todos estuvieron de acuerdo en que la llamada a la insurrección debía lanzarse inmediatamente, y Tito preparó el texto de una proclama en la que pedía que no se ayudase a «las hordas fascistas» y se prestase toda la ayuda posible al pueblo de la Unión Soviética. La proclama se imprimió aquella misma noche en una imprenta clandestina y se la hizo circular por todo el país; el 27 de junio el Comité Central se reunió nuevamente y formó el Estado Mayor General militar, destinado a dirigir un ejército de liberación nacional formado por destacamentos de guerrilleros.

La llamada efectiva a la revuelta de los pueblos yugoslavos se lanzó el 4 de julio.

Antes ya se habían realizado actos de sabotaje, pero la proclama dio paso a una intensa campaña de ataques por todo el país: camiones incendiados, cables telegráficos cortados, bombas incendiarias arrojadas contra soldados del Eje, ataques a la estación de Belgrado, etc. En sí tenían poca importancia; pero el hecho de que fuesen organizados y que las noticias de sus éxitos circulasen contribuyó a dar vida al movimiento. El principio de la revuelta se hizo coincidir con un combate que tuvo lugar entre comunistas y policía en la aldea de Bela Crkva, en Servia, el 7 de julio; en Montenegro la revolución empezó el 15, en Eslovenia el 22, en Bosnia-Herzegovina y en Croacia el 27. Los alemanes se dieron cuenta muy pronto de que tenían que hacer frente a una rebelión en gran escala y, para aplastarla, enviaron a Servia como comandante en jefe e investido de plenos poderes, al general Bader.

Tito ya había enviado hombres escogidos a las diversas regiones del país, por lo general a sus regiones de procedencia: Edward Kardelj a Eslovenia; Milovan Djilas a Montenegro, Svetozar Vukmanović, (conocido con el sobrenombre de «Tiempo») a Bosnia-Herzegovina; el mismo Tito se ocuparía con Alexander Ranković, de Servia. A principios de septiembre, Tito, acompañado de Ranković, de un pope ortodoxo y de un hombre que se fingía alemán, abandonó Belgrado.

La respuesta a la llamada de Tito había sido unánime, especialmente en Servia, donde en aquel momento la organización comunista era particularmente fuerte. El trabajo de organización y coordinación de estos grupos dispersos era difícil y peligroso, y requería gran habilidad y autoridad. Tito sobresalió en estas cualidades. Convocó la primera reunión de comandantes de destacamentos militares en Stolice, Servia, a fines de septiembre, y de todas las regiones del país llegaron jefes partisanos. Los partisanos sumaban ya unos 70.000, pero tenían pocas armas y municiones. Necesitaban, además, saber cuáles eran los objetivos y las directivas. Y Tito se las dio.

La guerra partisana debía consistir en una actividad de guerrillas, con incesantes desplazamientos en una zona muy extensa a fin de tener empeñado el mayor número posible de fuerzas enemigas; la retirada frente a fuerzas superiores era el mejor modo de conservar la propia fuerza, y ninguna posición debía defenderse en situaciones de inferioridad numérica.

Primeros éxitos partisanos

Durante el verano y principios del otoño de 1941, la llamada a la rebelión tuvo mucho éxito. Sin embargo los mayores se registraron en Servia y Montenegro.

Una rebelión casi general había estallado en esta última región el 13 de julio, cuando fue declarada principado independiente. Con pocas armas automáticas, pero dotados de un valor casi fanático, los montenegrinos expulsaron rápidamente a las fuerzas italianas de ocupación. En el transcurso de pocos días las empujaron casi hasta las orillas del Adriático; 4000 soldados italianos, es decir, la mayor parte de las tropas presentes en la provincia, cayeron prisioneros. Los partisanos les arrebataron el armamento, pero como no pudieron permitirse el lujo de tener prisioneros, los libertaron a casi todos. El mando italiano envió desde Albania cinco divisiones de refuerzo, mas hubo de pasar un año antes de que consiguieran dominar las principales líneas de comunicación de la provincia.

En Servia, también se difundió rápidamente la revuelta, y numerosas ciudades cayeron en manos de los partisanos, entre ellas Uzice, que conservaron del 24 se septiembre al 29 de noviembre y en la cual se hallaba una fábrica de armas que producía diariamente 470 fusiles y muchas municiones. En Servia, como en otras partes, esta fase de apoyo popular a la rebelión desató muy duras represalias por parte de los ocupantes.

En el curso del verano de 1941, los partisanos entraron por primera vez en contacto con un tipo de guerrillero diferente: se trataba de los *chetnik*[1], cuyo jefe era un ex teniente coronel del Ejército regular, de nombre Draža Mihailović. Su puesto de mando se encontraba en Ravna Gora, no lejos de Valjevo; otros comandantes *chetnik*, que se mantenían en estrecho contacto con Mihailović, operaban en diferentes regiones de Servia oriental y occidental.

En esta fase, Tito opinaba que un frente unido de todas las fuerzas en rebelión podría obtener mejores resultados, y por este motivo quiso entrevistarse con Mihailović. Los dos jefes se encontraron por primera vez a mediados de septiembre, cerca de Ravna Gora; pero desde el primer cambio de impresiones quedó claro que un verdadero abismo separaba al comunista Tito del monárquico Mihailović. En el curso de estos encuentros, sólo se llegó a algún acuerdo para una cooperación limitada entre los dos movimientos; pero Mihailović, quien se había puesto en contacto con el Gobierno yugoslavo en el exilio, pidió tiempo para estudiar las proposiciones de Tito.

El segundo encuentro se efectuó a fines de noviembre y, entre tanto habían sucedido muchos acontecimientos importantes. En aquel momento los partisanos, obligados a abandonar sus posiciones de Servia, se estaban retirando, mientras la posición de Mihailović se había reforzado con la

[1] Miembros de bandas armadas que antaño se formaron en los Balcanes para combatir a los dominadores turcos. En 1918 se integraron en un auténtico movimiento para garantizar al país la hegemonía del elemento servio. En 1941 se subdividieron en chetnik «legales», mandados por K. Pecianać, que se adhirieron al gobierno colaboracionista de Nedić, y en otra rama, al mando de Draža Mihailović, que luchó contra los ocupantes alemanes. A continuación esta rama del movimiento combatió también contra los partisanos de Tito, al lado de los alemanes e italianos.

llegada de un oficial de enlace inglés, el comandante D. T. Hudson. Deseoso de que los ingleses conociesen las actividades y los planes partisanos, Tito quiso que el comandante Hudson estuviera presente en esta segunda entrevista, pero Mihailović se negó, y así, mientras se desarrollaban las conversaciones, Hudson permaneció en una habitación cercana. Tito presentó a Mihailović doce propuestas, entre ellas la de formar un mando conjunto y desarrollar operaciones combinadas contra los ocupantes; el territorio liberado y el equipo capturado se administraría conjuntamente por ambas partes. Estas propuestas fundamentales fueron rechazadas de plano por Mihailović, y con ello las negociaciones se interrumpieron; además, antes de esta entrevista ya se habían producido encuentros armados entre los partisanos y los *chetnik*.

Ya antes de esta ruptura, los alemanes decidieron que había llegado el momento de poner fin a la insurrección partisana, pero para conseguirlo era indispensable organizar una operación militar en gran escala en Servia.

La primera ofensiva del Eje

La primera ofensiva alemana contra los partisanos empezó en Servia occidental a mediados de septiembre de 1941. Las fuerzas partisanas que operaban en dicha zona comprendían unos 25.000 combatientes (hombres y mujeres), organizados en 23 destacamentos. Las fuerzas alemanas, a las órdenes del general Bader, ascendían a 80.000 hombres. Para coordinar el mando de estas unidades, se llamó al jefe del Cuerpo de Ejército VIII. Según los planes alemanes, deberían asegurarse el dominio de las principales vías de comunicación y de las mayores ciudades de Servia, y así cercar y aniquilar a las fuerzas partisanas. La operación se efectuaría en dos fases:

- La primera consistiría en un ataque desencadenado contra Uzice, en tres direcciones (Kragujevac-Kraljevo, Valjevo y Ljubovija) y por tres divisiones motorizadas apoyadas por carros de combate y bombarderos ligeros. Los alemanes consiguieron su propósito, pues los partisanos empezaron a evacuar Uzice a fines de noviembre. Tito abandonó la ciudad a pie, llevando consigo un fusil automático, tan sólo 20 minutos antes de que entrasen los alemanes.
- La segunda fase de la operación alemana consistía en un movimiento envolvente en tenaza: una rama partiría de Kraljevo, avanzaría a lo largo del río Ibar, rebasaría Raska y alcanzaría Novi Pazar; la otra debía descender desde Uzice hacia el Sur, en dirección al río Lim. Pero el grueso de las fuerzas partisanas consiguió alejarse antes de que la tenaza alemana se cerrase; atravesaron el Lim y llegaron a Bosnia, donde continuaron su largo caminar durante dos meses. El 25 de enero de 1942 llegaron a Foča, ciudad de Bosnia liberada recientemente y en la que pudieron permane-



Las cinco ofensivas desencadenadas por el Eje contra las brigadas partisanas yugoslavas, en el periodo comprendido entre septiembre de 1941 y junio de 1943, sólo consiguieron resultados parciales. Las fuerzas de Tito, ante los potentes ataques adversarios, se retiraron, como ya previamente habían establecido en sus planes, evitando así el cerco y el aniquilamiento.



Noviembre de 1942: Tito (en el centro) pasa revista a una formación partisana. En aquel periodo, los partisanos de Tito formaban ya un Ejército de 28 brigadas (o sea, 8 divisiones), cada una con 3000-4000 hombres y mujeres. *(Keystone)*

1941

17 de abril: los alemanes conquistan Yugoslavia. Josip Broz (Tito) organiza la resistencia.

22 de junio: Alemania invade Rusia. Tito prepara el texto de una proclama que invita al pueblo yugoslavo a la rebelión.

27 de junio: Tito funda el Estado Mayor General militar del Ejército partisano.

13-20 de julio: los partisanos de Montenegro expulsan a las fuerzas italianas de ocupación.

24 de septiembre: los partisanos conquistan Uzice.

Noviembre: Tito rompe las relaciones con Mihailović; los *chetnik* se unen entonces al Eje.

Septiembre 1941-enero 1942: la primera ofensiva alemana expulsa a los partisanos de Servia y reconquista Uzice, mientras los guerrilleros se retiran a Bosnia.

Diciembre 1941-noviembre 1942: el Ejército de Tito alcanza una fuerza de 28 brigadas, cada una de 3000-4000 hombres y mujeres.

1942

Enero-marzo: la segunda ofensiva alemana no consigue conquistar monte Kozara.

Abril-junio: tercera ofensiva: Tito se retira a Bosnia occidental.

26 de noviembre: en Bihac tiene lugar la primera asamblea nacional partisana (AVNOJ).

1943

Enero-marzo: cuarta ofensiva alemana: los partisanos se ven obligados a retirarse a Montenegro.

Mayo-junio: quinta ofensiva alemana: 16.000 partisanos caen prisioneros en Montenegro. Los restantes consiguen, sin embargo, retirarse a Bosnia nororiental.

A la izquierda: septiembre de 1941, primera ofensiva del Eje contra los partisanos yugoslavos: infantería alemana en acción en Servia occidental. Las brigadas de Tito, atacadas por fuerzas superiores, fueron obligadas a abandonar Servia y a refugiarse, tras una marcha de dos meses de duración, en Foca, en Bosnia-Herzegovina. Abajo, a la izquierda: uno de los numerosos puestos de mando de Tito, oculto en el corazón de las montañas yugoslavas, desde donde dirigía la guerra partisana. Durante el verano de 1941, el número de partisanos ascendió ya a 70.000 y su acción fue particularmente intensa en las regiones de Servia, Montenegro y Eslovenia. *(Sado-Opera Mundi)-(Imperial War Museum)*



Infantes italianos en acción contra los partisanos de Tito en los primeros meses de 1943. Durante la cuarta ofensiva del Eje, desencadenada entre enero y marzo de 1943, las fuerzas italianas estaban formadas por tres divisiones orgánicas. *(Alfredo Zennaro)*

cer hasta mayo. Sólo entre los miembros del Partido comunista, las pérdidas sumaban 3000 hombres y 20 miembros del Comité Central.

Mientras estaba aún en curso la retirada, Tito ya pensaba en la necesidad de dar una nueva organización militar a sus fuerzas, pues la reciente derrota y la pérdida de Servia habían demostrado la debilidad de sus unidades como fuerzas combatientes. Les dijo a sus comandantes que, en las guerrillas, una derrota siempre debe ir seguida de algún éxito, y que a estos éxitos se les debía dar gran relieve para mantener vivo el entusiasmo de las tropas: desde luego, su capacidad para comprender la importancia de lo que en Occidente se llamaba «guerra psicológica» era excepcional.

En aquel período –y así fue hasta finales de 1943– el reclutamiento se hacía a base de voluntarios, con mucho entusiasmo, pero sin ninguna experiencia. Y comprendía que era necesario contar con un ejército compuesto de «profesionales», organizado en unidades militares regulares y disciplinadas.

La 1ª Brigada de asalto proletaria se constituyó el 22 de diciembre; la 2ª lo fue a principios de mayo, formada por veteranos sobrevivientes de la retirada de Servia. Cada brigada tenía un comisario político y un oficial comandante. Celo y moral eran indudablemente los factores más importantes, puesto que, por lo menos al principio, estas unidades carecían de los suficientes efectivos, armas, uniformes y de muchas otras cosas indispensables para una vida militar organizada.

Pese a todo, a fines de noviembre de 1942, los partisanos de Tito formaban ya un Ejército de 28 brigadas (o sea, 8 divisiones), cada una con unos 3000-4000 hombres y mujeres. Así, pues, Tito ya disponía de un Ejército popular de liberación que podía emplear, cada vez con mayor seguridad, en operaciones ofensivas. En julio de 1942, los partisanos celebraron el aniversario de su insurrección, y a partir de fines de año consiguieron crear una escuela de adiestramiento para oficiales e incluso el primer destacamento naval partisano, que operó en la costa adriática.

Esta vasta y articulada organización representó la base que llevó a Tito a la victoria. Constituyó quizás el más brillante y previsor de sus éxitos. Realizada en un momento en que no se vislumbraba aún ningún indicio de la derrota alemana y sin recibir la menor ayuda de los Aliados, dicha organización constituyó la resuelta respuesta de Tito a las circunstancias adversas y desesperadas que vivía.

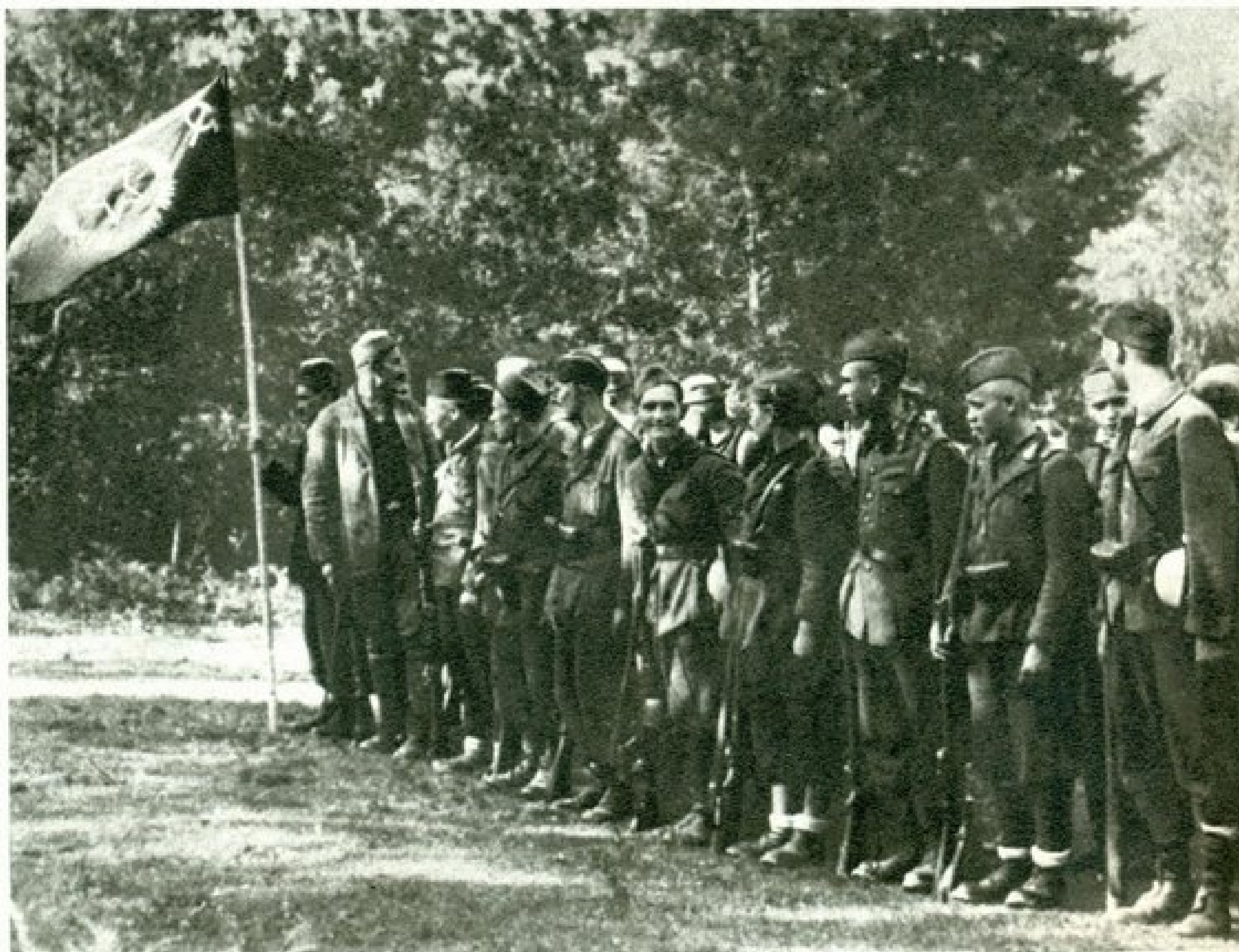
Por todas estas razones, 1942 fue un año difícil. La segunda ofensiva alemana, lanzada el 15 de enero de 1942, siguió de cerca a la primera, y el 10 de mayo los partisanos debieron abandonar Foča. No obstante, tuvieron sus pequeños y heroicos éxitos. Uno de ellos fue la defensa de las posiciones establecidas en los montes Kozara, en Bosnia. En este lugar, 3000 partisanos rechazaron una fuerza combinada de 20.000 hombres (alemanes, italianos y *chetnik*), apoyada por carros de combate y aviones. Incluso después de haber rastrillado las vías de acceso a las posiciones de los partisanos en la montaña, los alemanes no consiguieron desalojarla.

La tercera ofensiva siguió a la segunda prácticamente sin solución de continuidad, y duró desde abril a junio de 1942. Una vez más, el objetivo de la ofensiva era obligar a las fuerzas de Tito a un encuentro frontal para aniquilarlas; pero de nuevo Tito adoptó idénticas contramedidas. Decidió retirar sus fuerzas de las posiciones de Bosnia oriental, próximas a Montenegro, y trasladarlas a Bosnia occidental, más cerca de Croacia. La retirada tuvo una doble finalidad: huir de la trampa que los alemanes le estaban preparando y constituir el movimiento partisano en una nueva zona donde se podían esperar mejores apoyos y nuevas adhesiones. La retirada se inició el 24 de junio y, tras una marcha de 250 km, las fuerzas de Tito alcanzaron el mismo centro del territorio de Pavelić. La ciudad de Jajce, antigua fortaleza turca, se conquistó el 25 de septiembre y la pequeña ciudad de Bihac el 5 de noviembre. Siguió un período de calma, que Tito aprovechó para emprender una reorganización política del movimiento.

Objetivos a largo plazo de Tito

Desde el principio, Tito estaba convencido que un factor muy importante para ganar la guerra sería la organización de un Gobierno civil en las zonas liberadas. Esto era importante porque atraería nuevos reclutas y aseguraría a su Ejército apoyo, cobertura, informaciones y abastecimientos por parte de las poblaciones locales. También era importante para poder alcanzar su objetivo político a largo plazo, fin que nunca perdía de vista.

En septiembre de 1941 ya se había elaborado un sistema de gobierno local en el curso de las conferencias que los jefes partisanos sostuvieron



Una brigada de partisanos yugoslavos. Tras la llamada a la rebelión lanzada por Tito el 4 de julio de 1941, el número de partisanos aumentó rápidamente. *(Keystone)*

con Tito en Stolice. El gobierno civil en las zonas liberadas se confiaría a los comités de liberación nacional. Estos comités debían estar formados por personas del lugar, elegidas o designadas, pero representativas de todos los grupos políticos y religiosos locales que estuvieran dispuestos a apoyar a los partisanos. Los comités de liberación nacional serían responsables de todo lo concerniente a la administración local.

Con la conquista de Bihac, en noviembre de 1942, los partisanos se aseguraron por completo el control de un vasto territorio ya liberado, que limitaba con Bosnia, Croacia y Dalmacia. Con ello resultaba mucho más fácil mantener contactos con los partisanos de Eslovenia. Tito eligió este momento para llevar a cabo un genial golpe de efecto en el terreno de la guerra política. Convocó a los representantes de las fuerzas partisanas a los de las que le apoyaban en las diferentes zonas del país, a una conferencia que debía celebrarse en Bihac el 26 de noviembre de 1942. La asamblea se denominó «Consejo antifascista para la liberación nacional de Yugoslavia».

La constitución de este consejo era un audaz gesto de desafío a las autoridades ocupantes, y era también una actitud de valor y de fuerza con el fin de elevar la moral de las tropas partisanas y de todos aquellos que las apoyaban. Además, el congreso también tenía un importante objetivo internacional: demostrar a los Aliados que en Yugoslavia existía un movimiento combatiente que abarcaba todas las regiones del estado, independiente de los *chetnik* y del gobierno exiliado en Londres, y que era lo bastante fuerte para poder celebrar una reunión en el mismo país ocupado por el enemigo.

Se hizo todo lo posible para que el congreso fuese al mismo tiempo una solemne ceremonia. La sala de la asamblea de Bihac se adornó ostentosamente. Del techo, decorado con ramos de siemprevivas, pendían las banderas partisanas y aliadas (incluida la americana). Encima de la mesa se levantaba un estandarte con el lema partisano SMRT FASIZMU: SLOBODA NARODU (Muerte al fascismo; libertad para los pueblos). Tito, el artífice de la asamblea, eludió las luces de las candilejas, y no se sentó en un palco, sino en la primera fila de asientos, entre el auditorio que llenaba la sala.

En una atmósfera de gran entusiasmo, el alto mando dio cuenta al congreso de la marcha de las operaciones militares. Se aprobó un programa articulado en seis puntos, con los cuales la asamblea declaraba que los auténticos objetivos de la guerra eran la liberación de todo el país, la conquista de la independencia y la instauración de «derechos verdaderamente democráticos y de libertad para todos los pueblos de Yugoslavia». Los partisanos dieron la mayor publicidad al congreso de Bihac y Tito consiguió así su objetivo, pues los Aliados se vieron obligados a tomar nota de la existencia de aquel movimiento.

Problemas relacionados con la ayuda aliada

En la cuestión de conceder ayuda a Tito por parte de los Aliados intervenían consideraciones de naturaleza tanto militar como política. Durante dos años, los factores políticos habían actuado en contra de Tito y, por otra parte, desde el punto de vista militar, los Aliados no habían considerado a los Balcanes como un sector importante.

En Gran Bretaña se sabía aún muy poco de los partisanos, y cuando comenzaron a difundirse los relatos de sus empresas, de momento fueron consideradas como historias fantásticas. Asimismo, a causa de la hostilidad existente entre partisanos y *chetnik*, y de la política comunista adoptada por los jefes partisanos, el Gobierno yugoslavo en el exilio intentaba a toda costa desacreditar a Tito y a su movimiento.

Pero a fines de 1942, empezaron a llegar a Londres informaciones suficientes para aclarar, más allá de toda duda, cuál era la realidad de la situación. En el mismo período, también la marcha de la guerra en el Oeste estaba cambiando. Las inminentes operaciones aliadas en Italia hacían que todo cuanto sucediese en los Balcanes fuera ahora mucho más importante que antes.

Al principio, los partisanos estaban muy irritados por la consideración que las autoridades inglesas habían demostrado hacia Mihailović, y tuvieron que presenciar, con envidia e indignación, el envío de oficiales de enlace y de abastecimientos británicos a los *chetnik*. Los partisanos esperaban, pues, que su salvación viniese de la ayuda que les proporcionaría Rusia. Pero estas esperanzas se vieron también defraudadas.

La esperanza en la ayuda de Rusia fue muy grande en los primeros meses de 1942. En febrero fueron informados de que algunos oficiales de enlace rusos iban a ser lanzados en paracaídas en su zona. Desde luego, los partisanos hubieran preferido recibir abastecimientos. Sus heridos morían de gangrena, de septicemia y de tétanos. Habían tenido graves casos de congelación y una epidemia de tifus. Querían productos farmacéuticos, municiones, botas, suero antitífico y tela para confeccionar uniformes. Pero, de todos modos, prepararon las pistas de aterrizaje para recibir a los paracaidistas soviéticos. Durante 37 días y 37 noches Mosa Pjiade esperó con sus hombres en el monte Durmitor (Montenegro), cubierto por una espesa capa de nieve, la llegada de los aviones soviéticos. Mas estos aviones no llegaron nunca. En abril, finalmente, se recibió un mensaje que comunicaba la suspensión del envío. La desilusión fue grande, y tanto más profunda y amarga por cuanto había que disimularla: para los comunistas era inconcebible la idea de criticar a la heroica Unión Soviética. Pero la actitud de los jefes partisanos hacia Rusia se hizo más dura y escéptica.

Así, pues, una vez más, sin ninguna ayuda aliada, los partisanos debieron afrontar la siguiente ofensiva alemana (cuarta), que duró desde enero a marzo de 1943, y que fue seguida inmediatamente de la terrible quinta ofensiva, que se prolongó durante todo el verano, hasta octubre. A fines de 1942, Hitler había decidido que, en vista de la posiblidad de una invasión aliada de los Balcanes, las vías de comunicación alemanas que recorrían de Norte a Sur esta península debían ser liberadas definitivamente mediante la total destrucción de las fuerzas partisanas. El teniente general von Löhr fue llamado al puesto de mando de Hitler para recibir instrucciones en tal sentido, y, en el curso de aquella entrevista, se tomó la decisión de organizar una operación combinada con tropas italianas y locales. Después, en Roma, se elaboró, con el general italiano Roatta, un plan que preveía ataques desencadenados contra las posiciones partisanas que cubrían una amplia zona de la Bosnia occidental.

Los alemanes disponían de unos 150.000 hombres, bien armados y motorizados, y de tres divisiones italianas y tropas croatas. Las fuerzas aéreas de apoyo eran también numerosas. La ofensiva comenzó a mediados de enero; los alemanes y las tropas de Pavelić atacaron las posiciones partisanas por el Norte y el Este; los italianos lo hicieron por el Oeste y por el Sur. Las fuerzas de Tito se veían obstaculizadas, en su retirada, por la existencia de miles de heridos y enfermos; pero se retiraron combatiendo hacia la Bosnia oriental, con la idea de llegar después a las elevadas montañas de Montenegro donde, según creían, estarían nuevamente a salvo (esperanza que se revelaría como completamente infundada).

El rendimiento de las divisiones combatientes móviles de Tito fue puesto duramente a prueba durante esta retirada: no sólo debían proteger la retaguardia y los flancos de las columnas a lo largo de muchos kilómetros, sino también hacer el papel de batidores y abrir, a través de las posiciones enemigas, un hueco que permitiese el paso de las columnas en huida. Para alcanzar su objetivo, los partisanos debían atravesar la ciudad de Prozor, en aquel momento en manos enemigas, y cruzar el río Narenta. El 25 de febrero de 1943, Tito dio la orden: «Prozor debe conquistarse esta noche». Lo fue, en efecto, y las columnas la atravesaron dirigiéndose hacia el Narenta.

En el Narenta se habían situado, dispuestos para la gran matanza, 12.000 *chetnik* montenegrinos. El mismo Mihailović acudió personalmente para dirigir la operación que habría de concluir con el aniquilamiento de sus enemigos. Pero en los feroces combates que se desarrollaron junto al río, para mantener abierto el paso y permitir a las fuerzas partisanas atravesarlo con sus 4000 heridos, toda la División italiana *Murge* fue literalmente arrollada, y los *chetnik* puestos en fuga desordenada. Bajo el bombardeo de los aviones italianos y alemanes, el paso del río (en las proximidades de Jablanica) por parte de la columna partisana se prolongó durante siete días. Pero, al fin, llegaron a Montenegro.

Sin embargo, tuvieron poco tiempo para festejar su éxito o incluso para recuperar energías, pues en mayo los alemanes lanzaron su quinta ofensiva, decididos esta vez a no fallar.

Esta quinta ofensiva duró hasta fines de junio, y constituyó la prueba más dura y el período más heroico de toda la guerra en los anales partisanos. Esta vez los alemanes (4 divisiones alemanas e italianas) contaron con la ayuda de fuerzas búlgaras. En total 120.000 hombres contra 16.000 partisanos. En el curso de esta operación, las fuerzas del Eje emplearon nuevas técnicas antiguerrilla, evitando usar exclusivamente las carreteras principales y sirviéndose de algunos métodos de combate tomados de los mismos guerrilleros. También desalojaron de la zona a toda la población civil. Gracias al apoyo aéreo y a rápidos desplazamientos, consiguieron atrapar en las montañas de Montenegro a los partisanos y cerrar en torno a ellos un fuerte cerco. El haber dejado que sus fuerzas fuesen rodeadas fue quizás el único error grave cometido por Tito durante la guerra. Los alemanes contaban con fuertes bases al sur y al este del anillo; pero el sector noroccidental era el menos sólidamente asediado y fue aquí, en el punto más débil, por donde Tito intentó salir.

Mientras la 3ª División partisana empeñaba a los alemanes en una serie de combates sin cuartel, la 1ª, 2ª y 7ª Divisiones consiguieron, combatiendo, abrirse camino a lo largo de los tramos superiores del río Sutjeska y Narenta y alcanzar la carretera Foča-Kalinovik. Previendo sus intenciones, los alemanes ocuparon las alturas montañosas que dominaban el desfiladero de Sutjeska, a través del cual debían pasar los yugoslavos. La batalla decisiva se trabó en los primeros días de junio, y hacia el 12 la 1ª División proletaria había roto el cerco, alcanzando la carretera y asegurándose el control de la situación.

Una vez más, Tito pudo huir de la trampa alemana. A fines de julio, el grueso de las fuerzas partisanas había conseguido retirarse a Bosnia nororiental al precio de 8000 vidas.

Se trataba de muy graves pérdidas; pero lo importante era que el movimiento partisano aún vivía y estaba lleno de ardor combativo. Tito había llevado a cabo una de las más brillantes empresas de la historia moderna: su rebelión acababa de forjar un ejército nacional de guerrilleros, una fuerza que desempeñaría un papel muy importante en la liberación de la Europa meridional.



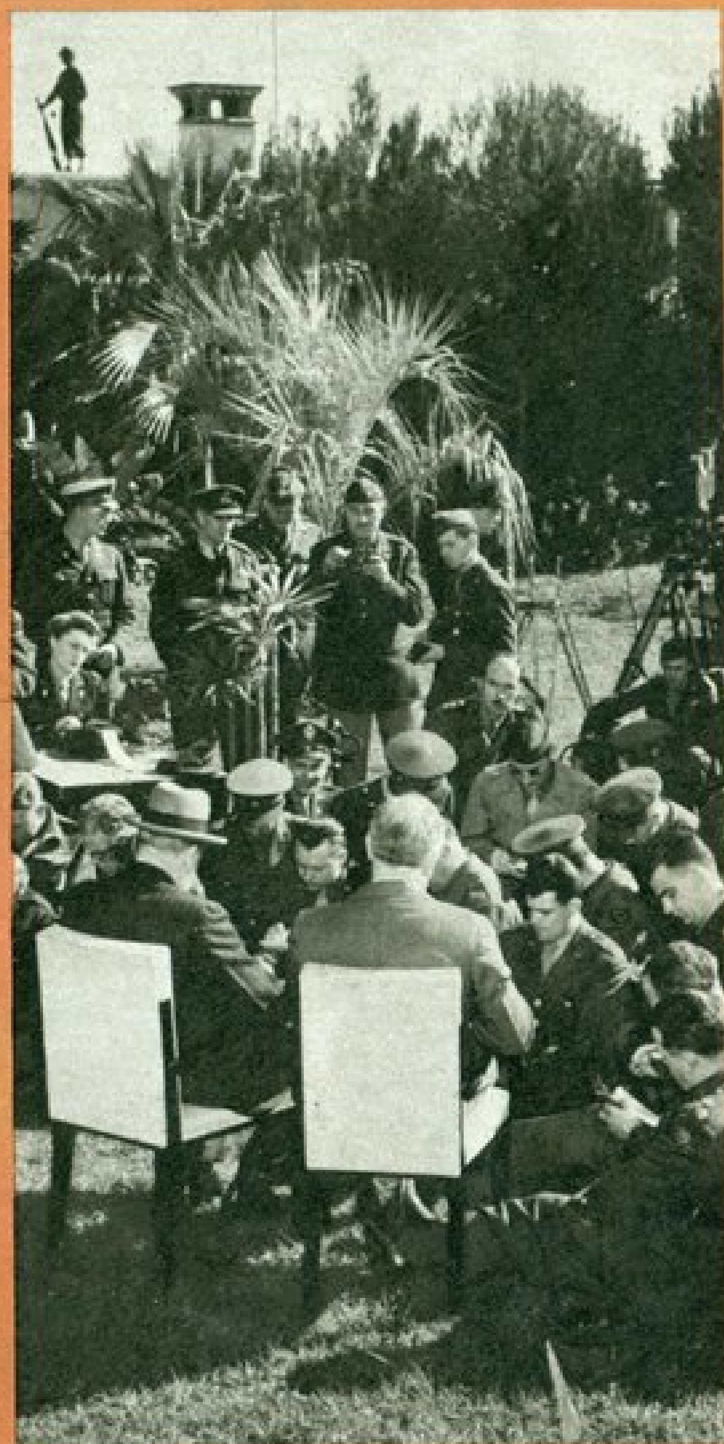
PHYLLIS AUTY

Estudió en el St. Hilda's College de Oxford y actualmente es lectora de historia de los países danubianos en la facultad de estudios eslavos de la universidad de Londres. Durante la guerra trabajó en la sección yugoslava de la BBC; después fue trasladada a la oficina de informaciones políticas del Ministerio de Asuntos Exteriores y, a continuación, al Ministerio de la Guerra, donde se ocupó de actividades relacionadas con Yugoslavia. Conocida colaboradora en cuestiones yugoslavas del *Economist* y de otros periódicos, ha sido la primera periodista inglesa que entrevistó a Tito tras su ruptura con el Komintern en 1948. Entre sus publicaciones figuran: *Yugoslavia and Bulgaria since 1945* y *A short history of Yugoslavia*.

Casablanca, 23 de enero de 1943

LA CONFERENCIA DE CASABLANCA

Anthony Rhodes



Todo lo que sucedió en Italia en los primeros seis meses de 1943 tuvo su origen en algunas acciones emprendidas por los Aliados: la conquista de Túnez, el ataque a Sicilia, el bombardeo de Roma. Por ello, antes de entrar en el tema, es preciso aclarar las finalidades de la estrategia angloamericana en el Mediterráneo. El autor de este artículo habla de la conferencia de Casablanca y de las repercusiones que tuvo en la dirección de la guerra por los Aliados.

En la conferencia de Casablanca, que se celebró el día 23 de enero de 1943, ingleses y americanos estuvieron en desacuerdo sobre la estrategia a adoptar en lo referente a Italia. El plan británico preveía mantener duramente empeñados a los alemanes en el Mediterráneo en el transcurso de los largos meses que pasarían antes de que los Aliados estuvieran en condiciones de lanzar un gran ataque contra el continente europeo a través del canal de la Mancha. Por lo tanto, los ingleses proponían, de momento, la invasión de Sicilia, como trampolín para la posterior invasión de la península italiana, con la esperanza de arrastrar así a Hitler a una gran campaña en el Mediterráneo y obligarlo a reforzar las defensas de Europa meridional a costa de las de Francia y de las de los Países Bajos. El ataque a Italia podría provocar también la caída de Mussolini, con las graves repercusiones que ello produciría en las otras alianzas alemanas. Además, la posesión de bases en Italia facilitaría muchísimo las incursiones de los bombarderos aliados contra las industrias bélicas alemanas y, lo que no es menos importante, contra los pozos petrolíferos rumanos.

Pero los americanos se opusieron decididamente a este proyecto. El general Marshall temía que produjera «la creación de un vacío en Italia, en el que se disiparían los recursos para la travesía del canal (el de la Mancha), como ya les había ocurrido a los alemanes, que se habían desangrado en las operaciones en el Norte de África». «Los americanos creían que los alemanes se retirarían de Italia –escribió Churchill– y que nosotros daríamos golpes en el vacío». Asimismo, los norteamericanos afirmaban que todas las fuerzas que no se necesitasen en la operación del canal de la Mancha debían emplearse contra el Japón, y su punto de vista era comprensible si se tenía en cuenta el peso que se veían obligados a soportar en Extremo Oriente.

Así, pues, la concepción estratégica británica sobre la dirección de la guerra difería bastante de la americana. Los Estados Unidos, con la mentalidad típica del que posee recursos ilimitados, se mostraban decididos a tomar el camino más corto y a acabar lo antes posible.

Pero los ingleses no poseían ni los efectivos ni el potencial industrial necesario para poder examinar las cosas desde este punto de vista. Gran Bretaña, como gran potencia marítima que era, había tratado siempre de evitar los combates frontales, prefiriendo debilitar al enemigo mediante una acción indirecta. Los americanos querían aplastar a Hitler aprovechando la superioridad numérica, mientras que los ingleses querían ganar utilizando la superioridad estratégica.

En Casablanca, después de largos debates, los norteamericanos acabaron por reconocer, aunque a regañadientes, que si antes de 1943 no se organizaba de una forma o de otra una invasión en alguna parte del continente europeo (la operación a través del canal de la Mancha no se podía poner en práctica en absoluto en 1943), nada podría impedir que los rusos pudieran llegar a un acuerdo con Hitler, como ya habían hecho en 1939. Por ello se mostraron al fin de acuerdo con el plan de la invasión de Sicilia; pero sin hacer otros planes a largo plazo para un ataque contra el continente. El proyecto de la Operación «Avalanche» no se tomó en consideración hasta después de la caída de Mussolini, cuando ya había comenzado la invasión de Sicilia y buena parte de la Marina estadounidense había afluido ya desde otros teatros de operaciones.[1]

Otra causa de roce entre los Aliados fue la cuestión de la «rendición incondicional», que era una idea personal de Roosevelt. Si se hubiera formulado en términos diferentes para Italia, tal vez Mussolini no la habría rechazado *a priori*; pero, al ser presentada de esta forma y unida además a los intentos de la propaganda aliada de separarlo del pueblo italiano, considerándolo como la única causa de los desastres sufridos por el país, no se consiguió otro resultado que acercarlo cada vez más a Hitler. Churchill era partidario de un tratamiento más suave para Italia que para Alemania. (Es probable, no obstante, que al final se hubiese dejado convencer, en cuanto a aceptar el punto de vista de Roosevelt, por sus mismos colegas ingleses, que temían que un tratamiento más suave para Italia provocase la hostilidad de los dos aliados británicos, Grecia y Yugoslavia).

Un último aspecto importante de la estrategia aliada en el Mediterráneo, una vez alcanzado el acuerdo sobre la invasión de Sicilia, fue la Operación «Mincemeat». Como ya se ha dicho en otro lugar, en mayo de 1943, valiéndose de una ingeniosa estratagema, los Aliados hicieron llegar a manos de los alemanes unos falsos documentos que contenían un plan militar detallado de la invasión de Italia. Según este plan, los angloamericanos iniciarían su acción ofensiva con un desembarco en Cerdeña, *combinado con un ataque simulado contra Sicilia*. El plan pareció lógico al Estado Mayor General alemán: después de Cerdeña, los Aliados intentarían la invasión del norte de Italia, desembarcando en el puerto de Génova, pues les parecía bastante improbable que intentaran remontar, combatiendo, una península tan montañosa como la italiana, muy adecuada para la defensa. Esperaban también que apoyarían el avance con desembarcos tácticos de escaso valor político y estratégico. Las noticias referentes a la Operación «Mincemeat» confirmaron esta tesis.

Cuando Mussolini le comunicó a Hitler que estaba preocupado por una probable invasión de Sicilia, el dictador alemán no compartió sus temores y cursó, en cambio, instrucciones para que la defensa de Cerdeña y del norte de Italia tuviesen prioridad absoluta sobre cualquier otra operación en el tablero mediterráneo.

---

[1] No es exacto afirmar que la Operación «Avalanche» (ataque en la zona de Nápoles) no se tomó en consideración hasta después de la caída de Mussolini. Ya en el curso de la conferencia de Argel (28 de mayo-3 de junio de 1943) debatieron la cuestión Churchill, Marshall y Eisenhower.

En el libro de Butcher (ayudante de campo de Eisenhower) *Tres años con Eisenhower*, con fecha de 18 de julio de 1943 se puede leer: «Como resultado de la reunión de ayer, Ike ha recomendado al Mando Supremo Aliado que le autorice a pasar el estrecho e invadir la península italiana en cuanto hayamos tomado Mesina. Su consejo se basa en el hecho de que el ataque contra Italia continental podría completarse con otros desembarcos y tal vez también con un ataque contra Nápoles».

Ver también Chester Wilmont: *Lotta per Europa*, pág. 127; Morison: *Le operazioni navali degli Stati Uniti*, cap. XI; Churchill: *La segunda Guerra Mundial*, parte V, vol. I, pág. 53. (Nota de la edición italiana).

EL ATAQUE A SICILIA


(Imperial War Museum)

El objetivo clave de la invasión de Sicilia era Mesina, situada en el vértice nororiental de la isla; pues su posesión significaría para los Aliados acabar con el flujo de abastecimientos, italianos y alemanes, a través del estrecho, que, en su punto más angosto, tiene sólo 3600 metros de anchura. Sin embargo, a pesar de la importancia de la ciudad, no cabía pensar en atacarla directamente, ya que se encontraba fuera del radio de acción de los cazas aliados, cuya protección era un factor esencial para el éxito de la operación. No obstante, aunque no se podía extender hasta Mesina, la cobertura aérea sí podía extenderse desde las bases de Malta, Gozo y del Norte de África hasta la costa meridional de Sicilia, que serviría como trampolín para llegar a Mesina y a los puertos de Palermo, Siracusa y Catania.

Estas tres ciudades eran los primeros objetivos del desembarco; pero su conquista tampoco podía intentarse mediante un ataque directo, ni siquiera con protección aérea. La experiencia vivida por los ingleses y canadienses en Dieppe y por los americanos en Orán había demostrado que un ataque directo contra cualquier puerto defendido corría el riesgo de fracasar, y, en el mejor de los casos, se pagaba a un precio demasiado caro. Por lo tanto, después de las lecciones anteriores, se decidió efectuar los futuros ataques de la costa que se encontrasen fuera del radio de las defensas. Una vez desembarcados, los invasores se abrirían camino por tierra, a fin de conquistar el puerto con un ataque por el flanco o por la espalda. Esta primera fase debería desarrollarse con mucha rapidez, pues sería imposible abastecer a las unidades desembarcadas con material pesado en las mismas playas.

En realidad, una vez comenzada la operación, se descubrió que era posible desembarcar muchos más abastecimientos de lo que se había calculado, gracias a la introducción de un nuevo medio anfibio, conocido como DUKW (en el que D indicaba el año de origen, el cuarto desde el comienzo de la guerra; U significaba vehículo utilitario, K tracción anterior y W dotado de seis ruedas), transformado en su denominación corriente en *Duck* (pato).

El apoyo a la constitución de la primera cabeza de desembarco lo asegurarían seis acorazados británicos: el *Nelson*, el *Rodney*, el *Warspite*, el *Valiant*, el *Howe* y el *King George V*. Los cuatro primeros debían bombardear las posiciones costeras enemigas, mientras que los otros dos permanecerían en reserva, preparados para intervenir en el caso de que se hiciera a la mar la Escuadra italiana.

El primitivo plan de desembarco preveía un ataque lanzado por las fuerzas americanas cerca de Palermo y otro ataque de las fuerzas anglo-

David Woodward

Desde mediados de enero a mediados de junio, los Estados Mayores Aliados, terrestres y navales, trataron de resolver el difícil problema de desembarcar, en una costa defendida por el enemigo, los efectivos de ocho divisiones: se trataba de la mayor empresa anfibia que se había proyectado hasta entonces. Además, la operación que no tenía precedentes por su envergadura, estuvo a punto de fracasar precisamente un día antes de que comenzara, debido a una violentísima e inusitada tormenta.



canadienses próximo a Catania, de forma que las dos acciones simultáneas se producirían en dos puntos opuestos de la isla.

Pero Montgomery, se opuso en lo referente a este particular. El 24 de abril escribió:

«Hasta ahora el plan se ha basado en el supuesto de que encontraremos una débil resistencia y que la conquista de Sicilia será relativamente fácil. No se ha cometido jamás un error más grave. En estos momentos los alemanes, y también los italianos, están combatiendo desesperadamente en Túnez y lo mismo ocurrirá en Sicilia».

Los hechos demostraron que la prudencia de Montgomery era excesiva; pero lo cierto es que el suyo era entonces el único Ejército inglés disponible para las operaciones en Europa y el cometido que tenía que cumplir era de proporciones inusitadas. Así, pues, se tomaron en consideración sus objeciones y se modificó el plan.

Después de la guerra, Cunningham afirmó que el plan original se habría podido realizar desde el punto de vista naval, pero, como escribió, *«es necesario recordar que cualquier operación anfibia no es más que el prólogo, en circunstancias especiales, de una batalla esencialmente terrestre. La misión primordial de la Marina y de la Aviación es establecer una o más bases en la costa enemiga, desde las cuales se debe combatir la batalla terrestre para la conquista del objetivo principal».*

Pero también las fuerzas de tierra que debían conseguir estos objetivos tenían derecho a expresar sus opiniones, y para los miembros de la Operación «Husky» la preocupación mayor consistía en el número de aeródromos concentrados al sur y al sudoeste del Etna, que debían ser arrebatados al enemigo lo antes posible. Para tener la seguridad de que se alcanzaría este fin, se hizo necesaria otra modificación en el plan.

Una sólida cabeza de desembarco

Finalmente, se llegó al plan definitivo: el Ejército 8 desembarcaría codo con codo con el Ejército 7 americano de Patton, al norte y al oeste de cabo Passero. Los puntos elegidos iban desde las playas situadas al sur de Siracusa, por la costa oriental, hasta el citado cabo Passero (sector británico), y al oeste del mismo (tropas canadienses y comandos de la Marina), a lo largo de la costa meridional, hasta el pequeño puerto de Licata (sector americano). La longitud total de la línea costera que se debía ocupar era de unos 136 km.[1]

El Ejército 8, tras apoderarse de las playas, debería marchar hacia el Norte, por la costa oriental, en dirección a Mesina, que se encontraba a 144 km de distancia, mientras que los americanos seguirían una ruta diagonal, en dirección Noroeste, hacia Palermo, que distaba unos 128 km de Licata. Esta división de misiones la había decidido Alexander, y los americanos la criticaron desde el principio. Según ellos, la parte más importante, la conquista de Mesina, se había confiado a los ingleses porque Alexander conocía al Ejército 8 desde la campaña en el desierto y estaba seguro de que conseguiría la victoria, mientras que a los americanos, más inexpertos en el campo de batalla, se les había confiado el cometido secundario de ocupar Palermo.

[1] La longitud total de la línea costera atacada no fue sólo de 136 km, sino de 210. En esta extensión de costas, el Ejército 8 británico puso pie en 77 km (desde cabo Ognina a Punta Castellazzo) y el Ejército 7 norteamericano en 78 km (desde Punta Braccetto hasta Torre di Gaffe). Por lo tanto, el desembarco *efectivo* se efectuó en 155 km. Esta enorme extensión del frente de desembarco creó dificultades excepcionales para la defensa: en Salerno, el desembarco se efectuó en un frente de 40 km y en Normandía de 80. Se facilitó extraordinariamente de esta forma la utilización de las Grandes Unidades móviles. (Nota de la edición italiana).

Los americanos ponen de relieve que el avance sobre Palermo y las operaciones subsiguientes se llevaron a cabo de forma tan brillante que consiguieron asegurarse la posesión de Palermo, efectuar una conversión al Este por la costa septentrional de la isla y conquistar Mesina, que estaba a 192 km, adelantándose a los ingleses, que avanzaban por el camino más corto desde el Sur. La afirmación es exacta, pero hay que tener en cuenta que, mientras los americanos encontraron, por lo general, una oposición más bien suave por parte de las fuerzas italianas, los ingleses se enfrentaron con los alemanes, que defendían encarnizadamente Mesina. El Ejército 7 americano, sin embargo, se vio dificultado por el hecho de que Palermo estaba mucho más lejos del punto de partida de lo que estaba Siracusa para los ingleses, el primer puerto que tenían que ocupar y que se encontraba a poca distancia de su cabeza de desembarco. Pero, pese a todo, el plan, en su conjunto, funcionó bien, a pesar de las dificultades y de algunos momentos críticos.

Después de la fácil conquista de Pantelaria y de la pequeña isla de Lampedusa, que se consideraba como el primer paso inevitable para empezar la operación la invasión tuvo que esperar a que llegaran, desde América y del Reino Unido, las últimas embarcaciones de desembarco. La fecha del ataque por mar se fijó para el 10 de julio, a las 2,45 horas.

La expedición comprendía 2500 buques y embarcaciones de desembarco, que llevaban a bordo 160.000 hombres, 14.000 vehículos, 600 carros de combate y 1800 cañones, apoyados por 750 buques de guerra y unos 4000 aviones.

Una vez a bordo de los buques o de los aviones todo dependería de las condiciones atmosféricas. Bastantes días antes de la partida, el 25 de junio, Cunningham había prevenido:

«Los soldados parecen creer que desembarcarán exactamente en el punto elegido y que el tiempo será sin duda magnífico... Pero parece ser que el tiempo no tiende a estabilizarse como debería en esta estación. En el canal de Malta hemos tenido recientemente cuatro días de viento que habrían imposibilitado toda operación. La idea de recibir la orden de volver atrás con todos estos buques y estos medios de desembarco pone un poco los pelos de punta. No obstante, los planes para esta eventualidad están preparados y calculamos que podríamos ponerlos en práctica sin demasiada confusión 24 horas antes de la hora "H"».

Un inesperado y amenazador huracán

Sin embargo, esta alarma con 24 horas de antelación no se dio. La tempestad que amenazaba con provocar el desastre completo no se levantó hasta más tarde, cuando casi habían concluido las operaciones de embarco y la mayor parte de

los transportes se encontraba a 12 horas de navegación de la costa enemiga.

Los medios de desembarco más pequeños navegaban entre olas que parecían gigantescas montañas: desaparecían y aparecían, levantados con tanta violencia sobre las crestas que permanecían por un momento suspendidos en el aire. Los buques de mayor desplazamiento, haciendo todos los esfuerzos posibles para mantener el horario fijado, avanzaban con dificultad y haciendo agua. Bajo las cubiertas, los soldados sufrían por el mareo, la humedad y el calor sofocante.

Cunningham estaba esperando en su puesto de mando de Malta, situado en un túnel bajo el foso que rodea La Valletta. Ya había calculado que el último momento en que sería posible retirar la orden de ataque serían las 12 del 9 de julio. Y como ya había pasado esta hora, en su opinión ya nada se podía hacer. La tempestad podía empeorar hasta hundir las embarcaciones más pequeñas y desorganizar la formación de los convoyes compuestos por los buques de mayor desplazamiento; pero intentar hacer volver atrás la formación equivaldría a decretar, con toda seguridad, el fracaso de la operación.

No obstante, Cunningham, Bertram Ramsay y otros, con largos años de experiencia en las aguas del Mediterráneo, sabían que los huracanes como aquél muy a menudo amainaban rápidamente, sobre todo hacia el amanecer o al atardecer. Y así ocurrió también esta vez, cuando faltaba una hora aproximadamente para la medianoche y la fuerza de asalto se internaba en el radio de captación de las instalaciones de radar de la costa siciliana.

Pero, por culpa del huracán, las fuerzas aliadas llegaron a los lugares establecidos con una hora de retraso, mas con la ventaja de que los italianos, mientras tanto, se habían convencido de que aquellas terribles condiciones atmosféricas harían imposible una operación de este tipo.

Los convoyes salidos de Egipto, de Túnez y de Argelia, de Gran Bretaña y de Estados Unidos, transportes y buques de escolta con sus respectivas embarcaciones de desembarco, a las que pasarían los hombres en la última fase del viaje para bajar a tierra, continuaron avanzando hacia la costa. A bordo reinaba una gran tensión, pero también una gran calma. Los únicos ruidos que se podían advertir entre todos los componentes de aquella inmensa formación naval era el chapoteo de las olas, las vibraciones de los cascos y de las máquinas y, de vez en cuando, el débil tintineo del timbre de un telégrafo en la sala de máquinas.

Se encaminaban hacia una gran victoria, pero nadie lo sabía entonces. Nadie sabía qué resistencia encontrarían; nadie sabía si los grandes buques y las pequeñas embarcaciones de desembarco podrían llevar a cabo su misión.

El enemigo había empezado a recibir noticias referentes al movimiento de la fuerza aliada el 9 de julio, antes del anochecer, y a las 18,40 todas las fuerzas alemanas que había en Sicilia estaban en estado de alarma.

Los convoyes se dirigieron hacia la costa para establecer contacto con los submarinos que allí esperaban y que les ayudarían a determinar la posición exacta: dispuestos en un semicírculo, en sentido opuesto a las manecillas del reloj, se encontraban el, *Safari*, el *Shakespeare*, el *Seraph*, el *Unrivalled*, el *Unison*, el *Unseen* y el *Unraffled*. Otros seis submarinos británicos y dos polacos se hallaban frente al estrecho de Mesina, al norte, y en el golfo de Trento, para proteger las operaciones de desembarco en caso de que saliesen los buques de guerra italianos de superficie.

Desconcierto e incredulidad del enemigo

Las estaciones costeras de radar estaban funcionando, pero era tan enorme la concentración de buques enemigos que revelaban las pantallas, que los que estaban de guardia junto a ellas se negaban a creerlo y no comunicaron la noticia hasta las primeras luces del amanecer, cuando descubrieron que un tercio de toda la costa siciliana estaba salpicada de buques enemigos, tropas de desembarco, carros de combate, camiones, cañones y cajas de municiones.[2]

En efecto, a aquella hora las primeras fuerzas de desembarco habían llegado ya a tierra, durante la noche y en medio de una gran confusión. Buques y embarcaciones de desembarco se habían desorientado y fueron a parar a otras playas, y algunos buques mayores encallaron en un banco de arena, descubierto demasiado tarde. Las embarcaciones que habían llegado a la orilla las encallaron con tanta fuerza las olas, que ya no fue posible volver a ponerlas a flote. En total habían quedado inutilizables unas 200 embarcaciones de desembarco.

Gran parte de esta confusión se explica fácilmente, no sólo porque se trataba de un tipo de operación que no se había preparado adecuadamente, sino también porque muchos oficiales y muchos marineros de la Marina americana, que participaban en ella, habían visto el mar por primera vez unos meses antes. Los soldados, completamente empapados, llegaron con dificultades a tierra. Pocos minutos antes, sufriendo aún por el mareo, habían estado a punto de ahogarse; ahora, alcanzada la orilla, iban recuperando su eficacia y la firme voluntad de llevar a cabo la misión para la que se les había entrenado y para la que habían efectuado la borrascosa travesía hasta Sicilia. Comenzaron a avanzar por los olivares, y, más hacia el interior, por la llanura desierta, encontraron al principio poca o ninguna resistencia.

Los americanos consolidaron las cabezas de desembarco en la playa (*Joss*, *Dime* y *Cent*, en torno a los pueblos de Licata, Gela y Scoglitti) y al cuarto día, el 13 de julio, estaban ya firmemente establecidos en tierra. La Marina había rechazado los contraataques terrestres alemanes, utilizando los cañones de largo alcance, y la primera oleada de víveres, municiones y tropas de refuerzo para el avance por la isla estaba ya preparada para marchar hacia Palermo.

Naturalmente, no todo se había desarrollado sin contratiempos. El 12 de julio, el general Patton pudo ver con sus propios ojos, desde el techo de un edificio de Gela, los carros de combate alemanes que avanzaban por la llanura y atacaban a la infantería americana. Se encontraba con él un joven guardiamarina, provisto de un aparato de radio receptor-transmisor, mediante el cual pudo dirigir el fuego de los cañones de 152 mm de los cruceros, que se encontraban frente a la costa, contra los carros enemigos. Patton quedó muy sorprendido, pues hasta aquel momento no había creído que la artillería naval pudiera intervenir en un combate terrestre, excepto cuando podía efectuar el tiro con puntería directa.

Mientras tanto, el Ejército 8 británico, mucho más al Este, había conquistado al final de la primera jornada el primer gran objetivo de la campaña: Siracusa.

A las fuerzas inglesas y canadienses las habían guiado hacia tierra, al este y al oeste de cabo Passero, canoas hinchables de lona de las unidades encargadas de las operaciones combinadas, desembarcadas de los submarinos. Las malas condiciones atmosféricas y los bancos de arena dificultaron las operaciones; pero, a pesar de todos los inconvenientes, «todas las unidades de asalto consiguieron llegar a tierra cuando salió el sol», dijo el almirante Morison en la relación de la operación que nos proporcionó. «A las 5,30 los ingleses lanzaron desde todos los puntos de la costa la alentadora señal de "operación conseguida"».

[2] No existían estaciones de «radar» sino sólo «localizadores», es decir, «radares» rudimentarios. La señal de la presencia de los convoyes se dio normalmente; pero la Aviación había avistado ya los convoyes. (El autor lo confunde quizás con lo que ocurrió el 7 de diciembre de 1941 en Pearl Harbor). (Nota de la edición italiana).

Bajo estas líneas: patrulla británica en acción de limpieza en Pantelaria. Desde el 6 al 11 de junio, la isla fue sometida a intensos bombardeos aéreos, que indujeron al almirante Pavesi a pedir la rendición (11 de junio), poco antes de que los Aliados comenzaran las operaciones de desembarco. Abajo, a la derecha: Sicilia, amanecer del 10 de julio de 1943: los soldados señalan a las tropas aliadas el punto en que deben tomar tierra. *(Imperial War Museum)*





LA CONQUISTA DE SICILIA

Peter Kemp

Después de desbaratar los esfuerzos del Eje para rechazar al mar a los invasores, el general Alexander dispuso que el Ejército 8 avanzase hacia Mesina, mientras que el Ejército 7 americano mantendría empeñado al enemigo en el flanco. Pero las fuerzas británicas se vieron pronto detenidas por la decidida resistencia opuesta por las fuerzas ítalo-alemanas, mientras que los americanos atravesaron la isla sin contratiempos, en un fulminante avance sobre Palermo, llegando, por lo tanto, los primeros a Mesina y completando así la ocupación de la isla.



(US Army)



Unidades de infantería británicas avanzando por las calles de Pachino después de la conquista de la ciudad y de su importante aeródromo. Desembarcado al amanecer del 10 de julio, al caer la tarde del mismo día el Cuerpo de Ejército XXX británico, tras efectuar un rápido avance, se había asegurado la posesión de toda la península homónima.

remonta al año 413 Atenas, entonces en su apogeo, envió la flor y nata de su Ejército y de su Flota a conquistar Siracusa. «Lo que hizo tan famosa aquella expedición –escribió Tucídides– no fueron tan sólo su increíble audacia y el brillante espectáculo que ofrecía, sino también la gran superioridad numérica de las fuerzas utilizadas». En cambio, aquel ataque concluyó con el fracaso más completo: se aniquiló completamente a los ejércitos invasores y se capturó y ajustició a los generales atenienses.

Probablemente el recuerdo de tan poco afortunado precedente no preocupó demasiado al general Eisenhower ni a los comandantes subordinados mientras preparaban la Operación «Husky». Sin embargo, los problemas estratégicos, tácticos y logísticos que tenían que resolver eran casi tan agobiantes como los que se les habían presentado a los antiguos atenienses; pero ellos los veían con mayor realismo, aunque eran conscientes del hecho de que las consecuencias del fracaso serían igualmente catastróficas. Claro está que los generales aliados no corrían el riesgo de ser ejecutados; pero sus dos Ejércitos eran a la sazón las únicas fuerzas disponibles para las operaciones en Europa, y en el caso de ser aniquilados, la guerra se podría prolongar con toda probabilidad indefinidamente.

En teoría, no parecía que el Grupo de Ejércitos 15 gozase de «una gran superioridad numérica sobre el enemigo», por lo menos en lo referente a las fuerzas terrestres; y, por otra parte, el terreno siciliano era decididamente favorable a los defensores. Las fuerzas aliadas, una vez pasada la estrecha llanura costera, se encontrarían en una zona de colinas e inmediatamente después entre las montañas abruptas del interior. Excepto en las zonas costeras, las carreteras eran escasas y el firme estaba en malas condiciones, con grandes pendientes y curvas cerradas, casi siempre dominadas por montes que resultaban ideales para las emboscadas. Dadas las condiciones del terreno, unos pocos defensores decididos podrían detener a fuerzas enemigas incomparablemente superiores. Y el 10 de julio estaban encargados de la defensa de Sicilia unos 230.000 italianos y 40.000 alemanes.

Los camiones no podían avanzar por el terreno impracticable fuera de las carreteras, por lo que las municiones tenían que transportarse a hombros o bien con mulos; los medios acorazados carreteras era un factor de importancia vital para los Aliados. Las ciudades y los pueblos del interior, que eran los puntos clave, por lo general, se habían construido en el pasado, sobre colinas, con el fin de remediar las amenazas más graves de entonces: las invasiones extranjeras y los mosquitos; y por lo tanto, al ser de fácil defensa, fueron los escenarios de algunas de las más duras batallas.

Pero los angloamericanos gozaban de dos ventajas esenciales: el dominio del mar y, localmente, la superioridad aérea. La Escuadra italiana, con base en Génova, estaba demasiado alejada y demasiado malparada para poder intervenir eficazmente, y las unidades navales alemanas de la zona se reducían a dos débiles flotillas de lanchas torpederas y a una de barcazas de desembarco. La *Regia Aeronautica* estaba en condiciones deplorables, con aparatos anticuados y en malas condiciones y los de la 2ª *Luftflotte* alemana ya no podían compararse, en velocidad y armamento, a los nuevos aviones aliados. Además, casi no existía coordinación entre las operaciones aéreas alemanas e italianas. Y así, una vez comenzada la invasión, los Aliados no tuvieron dificultad, gracias al dominio del aire, en desorganizar la red de carreteras del enemigo y en retrasar seriamente la concentración de las unidades motorizadas del Eje, que habían quedado dispersas por toda la isla para proteger la larga y vulnerable faja costera. Por todo ello, la defensa de Sicilia se convirtió en un cometido exclusivo de las fuerzas terrestres del Eje.

Para ser más exactos, acabó convirtiéndose en cometido esencial de los alemanes. Las unidades italianas revelaron graves deficiencias en el armamento, en el equipo, en el adiestramiento, en la eficiencia y en la moral, en medida mucho mayor de lo previsto por los Aliados. La defensa de la isla se había confiado al Ejército 6 italiano, cuyo jefe era el general Alfredo Guzzoni, que contaba 66 años de edad, que no conocía Sicilia en absoluto y de cuyos problemas militares no se había ocupado jamás. Tampoco su joven y hábil jefe de Estado Mayor, el coronel Faldella, conocía Sicilia, y además no había colaborado en ninguna ocasión con Guzzoni.

El Ejército 6 italiano estaba constituido por dos Cuerpos de Ejército, el XII y el XVI, que comprendían un total de cuatro divisiones de infantería y seis costeras, más dos brigadas asimismo costeras. El Cuerpo de Ejército XII, con las Divisiones de infantería *Aosta* y *Assietta*, estaba desplegado en la parte occidental de la isla, dispuesto a hacer frente a un posible ataque aliado contra Palermo. El Cuerpo de Ejército XVI defendía la parte oriental; una de sus divisiones de infantería, la *Livorno*, estaba entre Caltagirone y Caltanissetta; la otra, la *Napoli*, se encontraba en la zona de Vizzini, al oeste de Siracusa. Fue este Cuerpo de Ejército el que sufrió el primer golpe de la invasión aliada. La División costera 206 estaba desplegada en el sector sudoriental, donde desembarcaría el Ejército 8 británico; la Brigada costera 18 y, más al Oeste, la Brigada costera 207, guarnecían las playas que fueron el punto de desembarco de las tropas americanas. Detrás de ellas, cerca de la costa y en función de apoyo, había grupos móviles o tácticos, formados por contingentes divisionarios o por reservas de Cuerpo de Ejército.

Estas fuerzas costeras estaban constituidas por tropas de segunda línea, muy mal preparadas, que nunca habían tomado parte en una acción bélica y que no estaban adiestradas ni contaban con un armamento y un equipo adecuados. Su cometido, previsto por el plan defensivo de Guzzoni, era absorber el choque inicial del ataque aliado, mientras que las divisiones de infantería, con el apoyo de las unidades alemanas, dotadas de maexcelentes. Las Divisiones *Aosta* y *Napoli*, compuestas predominantemente por sicilianos, reflejaban la moral deprimida de la población civil; la *Assietta* era mejor, pero ninguna de las tres disponía de la totalidad de su plantilla y, por otra parte, su artillería era anticuada. La única división completa y bastante bien armada y equipada la constituía la *Livorno*, mandada por el general Chirieleison.

Las divisiones alemanas –la 15ª *Panzergrenadier* y la *Hermann Goering*– ofrecían un evidente contraste con las italianas. Las dos unidades originarias fueron aniquiladas en África, pero se habían reconstituido después recurriendo a las reservas, y así, a fines de junio, bien adiestradas, perfectamente armadas y equipadas, estaban de nuevo en condiciones de entrar en acción. Por motivos políticos se pusieron bajo el mando operativo del general Guzzoni; no obstante, el *Feldmariscal* Kesselring se mantenía en contacto con ellas a través del general von Senger und Etterling, oficial alemán de enlace en el puesto de mando del Ejército 6. La coordinación ítalo-alemana en las operaciones terrestres no era mucho mejor que la de las operaciones aéreas; en efecto, Kesselring había dado órdenes secretas a las comandantes de las dos divisiones para que entraran en acción contra los Aliados (en cuanto supieran cuál era el objetivo de la invasión) sin esperar órdenes de los mandos italianos.

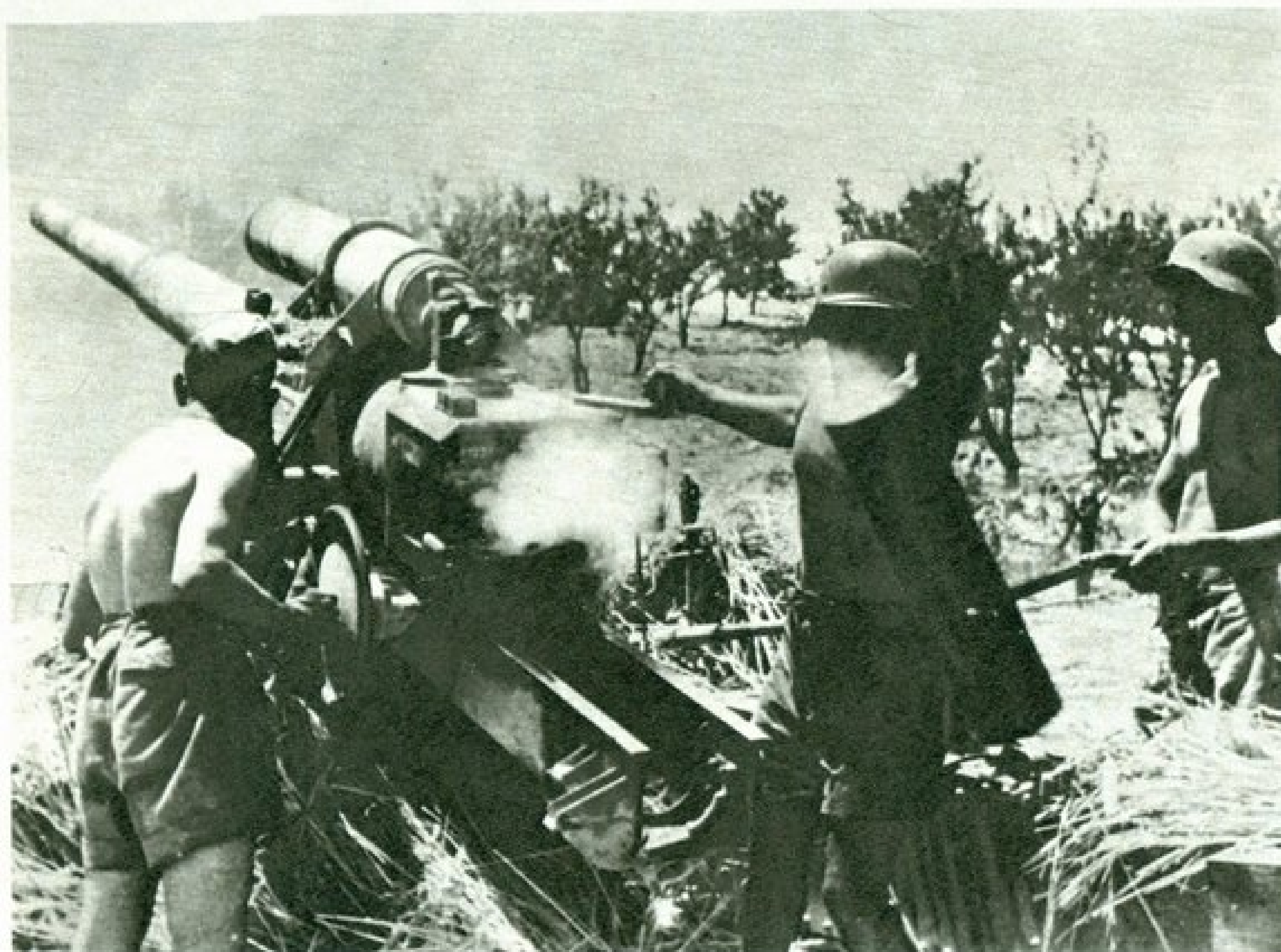
Pero el mando del Eje se enteró de la situación exacta del objetivo cuando ya habían comenzado los desembarcos. Tanto Guzzoni como Kesselring, obsesionado por el temor de un ataque simultáneo contra Palermo, insistió en que se trasladase el grueso de la 15ª División *Panzergrenadier*, la más fuerte de las dos, al oeste. Después de largas discusiones, las unidades acorazadas alemanas se dispusieron en cuatro grupos de combate a través de la isla: el mando y el grueso de la 15ª División *Panzergrenadier* al sudoeste de Palermo, dejando un pequeño grupo, el *Neapel*, en el centro, en Caltanissetta; el mando y los dos tercios de la División *Hermann Goering* en la zona sudoriental, en Caltagirone, y un cuarto grupo, el *Schmalz*, que comprendía un tercio de cada división, al noroeste de Catania. Así, en el momento del desembarco, las mejores reservas de Guzzoni estaban desperdigadas en una zona extensa y las mediocres carreteras, bajo los incesantes ataques

"HUSKY": UNA GRAN OPERACIÓN ANFIBIA

La Operación "Husky" no fue sólo una de las mayores operaciones anfibias llevadas a cabo por los Aliados en el curso de la guerra, sino también la que representó los problemas más graves, porque los estrategas que elaboraron los planes únicamente supieron el número exacto de divisiones de que podrían disponer a mediados de mayo, al finalizar la campaña en el Norte de África. Alexander, comandante en jefe de todas las fuerzas terrestres aliadas, pensó confiar al Ejército 8 británico la misión principal: remontando la costa oriental de la isla y pasando a lo largo del flanco oriental del Etna, debería conquistar Catania y Mesina, y aislar así las fuerzas del Eje antes de que tuvieran tiempo de atravesar el estrecho. El Ejército 7 norteamericano, con menos experiencia bélica y con problemas logísticos bastante más graves, debería proteger de los contraataques del enemigo el flanco occidental y la retaguardia de las tropas británicas. Pero, a causa de la encarnizada resistencia opuesta por las fuerzas del Eje, el Ejército 8 no logró penetrar en la llanura de Catania, por lo que Montgomery se vio obligado a efectuar una maniobra de envolvimiento al pie de la vertiente occidental del Etna. Mientras tanto, las fuerzas americanas de Patton, después de haber atravesado rápidamente la isla hasta Palermo, con un clásico rastrillamiento acorazado, recorrieron la costa septentrional y llegaron a Mesina a las 10,15 horas del 17 de agosto, adelántandose así al Ejército 8. Después de 38 días de combates, concluyó la conquista de Sicilia por parte de los Aliados.







Al lado: *Highlander* y canadienses, todos ellos encuadrados en el Cuerpo de Ejército XXX británico, se encuentran en Rosolini, después de la rápida conquista de la península de Pachino. Con la invasión aliada de Sicilia se conseguía un triple objetivo: liberar las rutas del Mediterráneo, distraer fuerzas del Eje del frente soviético y hacer converger la presión sobre Italia. Abajo, a la izquierda: artillería alemana en acción en el curso de los enconados combates que tuvieron lugar en la llanura de Catania. Las fuerzas alemanas retirándose al noroeste de Sicilia, defendieron encarnizadamente la ciudad de Catania impidiendo a los Aliados la conquista de los aeródromos situados más al Sur. *(Imperial War Museum)-(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)*

aéreos aliados, impidieron que se concentrasen para poder efectuar un contraataque decisivo antes de que los invasores estableciesen sus cabezas de desembarco.

No cabe duda de que si los alemanes hubieran tenido la seguridad de que el objetivo principal iba a ser Sicilia, la habrían guarnecido con fuerzas más poderosas; pero consideraban que no era más que un simulacro y que el verdadero objetivo era Cerdeña. En estas circunstancias, y con su potencial militar muy comprometido tras los desastres de Stalingrado y del Norte de África, no pudieron destinar un contingente más fuerte a Sicilia; y aun cuando pronto se convencieron de que precisamente esta isla era el verdadero objetivo consideraron que la invasión no tendría lugar antes de mediados de julio. Todos estos factores, unidos a la tormenta que se desató la víspera del día señalado, permitió a las fuerzas aliadas contar con la sorpresa estratégica y táctica más absoluta.

Cuando en enero de 1943, los jefes del Estado Mayor conjunto tomaron la decisión de invadir Sicilia, perseguían tres objetivos: liberar las rutas marítimas del Mediterráneo, distraer fuerzas del frente soviético y hacer converger la presión hacia Italia (su eliminación del escenario bélico era entonces una esperanza, pero no un objetivo específico). Los problemas derivados del plan de la Operación «Husky» fueron una pesadilla: además de la inseguridad acerca del número y el tipo de medios de desembarco disponibles, estaba el hecho de que hasta el fin de la campaña del Norte de África no se sabía qué divisiones saldrían de ella en condiciones de combatir inmediatamente en Sicilia. Por otra parte, se disponía de muy poco tiempo para adiestrarlas en operaciones anfibias y prepararlas para combatir en un terreno tan diferente como el montañoso de Sicilia.

Las fuerzas de tierra destinadas a la invasión, encuadradas en el Grupo de Ejércitos 15 y puestas bajo el mando del general Alexander, estaban constituidas por el Ejército 7 americano del general Patton y por el Ejército 8 británico del general Montgomery. El Ejército 8 debía desembarcar en el golfo de Noto, al sur de Siracusa, así como a ambos lados de la península de Pachino, mientras que el Ejército de Patton desembarcaría al oeste de los británicos, en un frente de 112 km que se prolongaba hasta el golfo de Gela. Alexander no había establecido un plan preciso para el desarrollo de las operaciones después de establecer la cabeza de desembarco, prefiriendo que desembarcaran antes los dos Ejércitos en la isla. De todas formas, pensaba confiar al Ejército 8, más experto, el cometido de lanzar el ataque principal en dirección a Catania y Mesina, mientras que los americanos protegerían su flanco occidental y su retaguardia.

«El ataque anfibio –escribió Montgomery– fue un éxito notable». En el frente del Ejército 8, el Cuerpo de Ejército XXX, del general Leese, desembarcó a ambos lados de la península de Pachino. La División *Highland* atacó el promontorio situado al Sudeste, y en las primeras horas de la tarde se aseguró la posesión de la ciudad de Pachino; la División 1 canadiense, apoyada en su flanco izquierdo por una brigada especial formada por los comandos 40.º y 41.º de los *Royal Marines*, desembarcó más al Oeste y despejó el aeródromo de Pachino, que al mediodía ya se podía utilizar como pista de emergencia, aunque los italianos lo habían arado. La Brigada 231 *(Malta)* desembarcó en la costa oriental de la península, con la misión de proteger el flanco derecho del Cuerpo de Ejército. Por la mañana, esta unidad estableció contacto con el Cuerpo de Ejército XIII británico cerca de Noto. Por la tarde, el Cuerpo de Ejército XXX británico se había asegurado la posesión de toda la península, después de sufrir bajas insignificantes y de capturar un millar de prisioneros italianos.

Los progresos iniciales del Cuerpo de Ejército XIII, mandado por el general Dempsey, fueron más lentos a causa de la acción de la artillería enemiga; pero en el curso de la mañana, la División 50 británica, apoyada por un desembarco del comando n.º 3 en el flanco derecho, ocupó Cassibile. El mismo día, el Cuerpo de Ejército ocupó las elevaciones del interior que dominaban la carretera costera y la línea férrea que conduce a Siracusa. Mientras tanto, la División 5 avanzó hacia el Norte, y en las primeras horas de la tarde liberó a los pocos supervivientes del grupo de paracaidistas que la noche anterior habían conquistado el importante viaducto llamado Ponte Grande, defendiéndolo firmemente a pesar de los incesantes contraataques italianos. La División 5 continuó avanzando hacia Siracusa por el viaducto, y por la tarde conquistó la ciudad. Así, pues, se había alcanzado el primer objetivo de la campaña. El 10 de julio por la tarde, el Ejército 8 británico se aseguró la cabeza de desembarco, y con-

quistó todos los objetivos iniciales con muy pocas pérdidas y sin tener que rechazar ningún contraataque del Eje ni encontrar una verdadera oposición.

El objetivo inmediato de los americanos, después del desembarco, era la conquista del grupo de aeródromos situados en las proximidades de Gela: Comiso, Biscari (Acate), Ponte Olivo, el campo improvisado de Gela-Farello y Licata. Tras restablecer el contacto con el Ejército 8 en Ragusa, debían consolidar la cabeza de desembarco avanzando hasta la llamada «línea amarilla«, un arco que se extendía desde Grammichele hacia el Este, hasta Palma de Montechiaro, pasando por Caltagirone, Mazzarino y Campobello de Licata.

El 9 de julio por la noche, un ataque aerotransportado precedió a los desembarcos americanos, como ya habían hecho los ingleses, sin la menor fortuna por cierto; pero en esta ocasión lo efectuaron paracaidistas y no planeadores. El resultado fue igualmente caótico, y sólo la iniciativa y el espíritu combativo de los paracaidistas del coronel James Gavin impidieron que la operación acabase en un desastre.

Su objetivo era la conquista de las alturas situadas al norte y al este de Gela, que dominaban la costa en la que desembarcaría la División 1 americana, a fin de impedir la aproximación de los refuerzos enemigos. La zona principal del lanzamiento, designada con la sigla «IZ», se encontraba a caballo del nudo de carreteras de Piano Lupo; pero otro grupo tenía que impedir el flujo de refuerzos hacia el aeródromo de Ponte Olivo y contribuir a la conquista de éste, mientras un tercer grupo ocuparía Ponte Dirillo, a orillas del Acate, que señalaba el límite de sector entre las divisiones americanas 1 y 45.

Por desgracia, los pilotos del 52 Grupo de transporte de tropas eran bastante inexpertos en cuanto a la localización exacta de la zona, y, sobre todo, se habían ejercitado muy poco con las tropas que tenían que transportar. A causa de la escasa visibilidad cometieron errores de ruta y en cuanto se encontraron sobre Sicilia la oscuridad, el polvo, los bombardeos que anunciaban la invasión y el fuego de la artillería antiaérea contribuyeron a aumentar su desorientación. Los 3400 paracaidistas acabaron desperdigados por todo el sudeste de Sicilia: el Batallón II fue el único que aterrizó relativamente unido, pero a 40 km del objetivo. Cuando comenzó el ataque por mar, en las elevaciones tácticamente importantes de Piano Lupo tan sólo se encontraban alrededor de unos 200 hombres.

Un carro de combate aliado avanza arrollando todo lo que encuentra ante sí durante la campaña de Sicilia. Seiscientos vehículos acorazados, desembarcados en las costas meridionales, se dirigieron hacia el interior, sometiendo a hierro y fuego toda la región siciliana, bajo el sol abrasador de un julio calurosísimo. La población, ya extenuada por la difícil situación alimentaria y por los bombardeos aliados, tuvo que sufrir otra durísima prueba. *(Imperial War Museum)*





Las tropas norteamericanas entran en Palermo el 22 de julio, tras la rendición de la ciudad. *(Associated Press)*

La División aerotransportada 81, del general Matthew Ridgway, no llevaba ni un año de existencia y había terminado a duras penas su adiestramiento. Los hombres de Gavin, sin dejarse atemorizar por las circunstancias desconcertantes en las que se desarrollaba su primera acción bélica, trataron inmediata y activamente de hostigar hasta el máximo posible al enemigo. El Batallón II se dispuso a atacar las defensas costeras al sur de Santa Croce Camerina, y un capitán con 85 hombres del Batallón III se apoderaron de Ponte Dirillo, mientras otros grupos penetraban en la retaguardia de las unidades encargadas de la defensa costera, atacando casamatas, eliminando obstrucciones de carreteras, tendiendo emboscadas a pequeñas unidades enemigas, cortando las líneas telefónicas y sembrando el desorden en el campo adversario. Finalmente, el 11 de julio por la mañana, el coronel Gavin se puso a la cabeza de un grupo mixto de paracaidistas que había reunido a su alrededor y atacó decididamente por la espalda a los alemanes que contraatacaban, amenazando las playas de Gela. Después de la guerra, el general alemán Kurt Student, que había dirigido el ataque aerotransportado contra Creta y que fue comandante en jefe de las tropas paracaidistas alemanas desde 1943 hasta 1945, declaró que «la operación aerotransportada de los Aliados en Sicilia fue decisiva... Si las fuerzas angloamericanas lanzadas en paracaídas no hubieran impedido a la División *Hermann Goering* llegar a la cabeza de desembarco, ésta habría obligado a las tropas que acababan de desembarcar a volver a los buques».

Las operaciones de desembarco de los americanos se llevaron a cabo con éxito, pero encontraron mayores dificultades y una resistencia más encarnizada que las de los británicos. La División 45 del general Middleton desembarcó en el flanco derecho, a lo largo de un frente de 24 km, al norte y al sur de Scoglitti; su sector iba desde el torrente Acate hasta el límite del sector que dividía los Ejércitos 7 y 8, y sus objetivos inmediatos eran la ocupación de Vittoria, Biscari y Comiso, con los aeródromos respectivos, para unirse después a la División 1 canadiense en Ragusa. La División 1, en el centro, del general Allan, atacó el puerto de Gela y la costa situada al este de esta localidad; su misión era relevar a los paracaidistas de Piano Lupo, apoderarse de los aeródromos de circunstancias de Gela-Farello y Ponte Olivo y ocupar Niscemi. Estas dos divisiones formaban el Cuerpo de Ejército II, mandado por el general Omar Bradley. La División 3, del general Truscott, a la izquierda, desembarcó al este y al oeste de Licata, para proteger el flanco occidental de la cabeza de desembarco; Patton envió en su ayuda a un grupo de combate, cuyos efectivos alcanzaban la entidad de una brigada, destacándolo de la División Acorazada 2 americana, cuyo grueso dejó como reserva móvil.

Al mismo tiempo, mientras se desarrollaban las operaciones de desembarco, cazas aliados, despegados de las bases de Malta y de Gozo y de la recién conquistada isla de Pantelaria, sobrevolaron las zonas de desembarco para rechazar posibles ataques aéreos del Eje. A consecuencia del empleo masivo de la aviación, en el transcurso de los contraataques del 11 de julio las fuerzas terrestres quedaron desprovistas de un apoyo aéreo directo o inmediato.

Las grandes ventajas de los Aliados

La División 3, aunque obstaculizada por un plan de ataque muy complejo que requería un doble movimiento en tenaza y por el hecho de que las playas estaban muy expuestas, gozaba de varias ventajas: el intenso adiestramiento al que se había sometido; la gran experiencia de su comandante, el general Truscott, en cuestión de operaciones anfibias, y una excelente coordinación operativa con la *Task Force* naval del almirante Connolly, que la apoyaba. Además, las defensas de la zona de Licata eran las más débiles de todo el sector del Ejército 7; las dos divisiones móviles del Cuerpo de Ejército XII del Eje, la *Assietta* y la *Aosta*, y el grueso de la 15ª División *Panzergrenadier* se encontraban mucho más al Oeste. Y no obstante, los desembarcos, aunque con una hora de retraso, se llevaron a cabo bajo el denso fuego de la artillería pesada y de las ametralladoras italianas, situadas en los dos extremos de la playa y cuya violencia no disminuyó hasta el amanecer, bajo el bombardeo de la artillería naval y de los cañones autopropulsados de un grupo de artillería de campaña americano. Pero, a mediodía, la División 3 tenía una cabeza de desembarco de unos 19 km alrededor de Licata, comprendidos el puerto y el aeródromo, con la reducida pérdida de un centenar de hombres.

La misión confiada a la División 1 americana, la más antigua del Ejército estadounidense, era difícil. Detrás de la débil brigada costera que defendía Gela, en el sector noroccidental, estaba la *Livorno*, la mejor de las divisiones de infantería italianas. En el sector nororiental, cerca de Caltagirone, se encontraba la movilísima División Acorazada *Hermann Goering*, y además, en las cercanías, había dos fuertes grupos móviles italianos, el grupo «E» y el «H». Esto significaba que la División 1, desprovista de uno de sus tres grupos tácticos regimentales, enviado a la reserva móvil del Ejército, debía hacer frente a las defensas más fuertes de la isla.

La Fuerza X, una unidad especial formada por *Ranger* y por zapadores, mandada por el coronel Darby, lanzó el ataque frontal contra la ciudad de Gela.

Mientras se aproximaba, en la oscuridad, un resplandor deslumbrante y una fuerte explo-

Un vehículo acorazado con bandera blanca se aproxima al Palacio Real de Palermo, donde acudieron los comandantes de las fuerzas combatientes italianas y estadounidenses para tratar de la rendición de la ciudad. *(Associated Press)*



sión anunciaron que el muelle había sido volado, según las instrucciones dadas con anterioridad por Guzzoni. Entonces, los *Ranger*, protegidos por un intenso bombardeo naval, alcanzaron el objetivo a las 3,35 y, a pesar de las pérdidas sufridas a causa del fuego de la artillería y de las armas portátiles de los italianos, rebasaron la pequeña colina de Gela e irrumpieron en la ciudad. A las 8 horas los *Ranger* ya habían rastrillado la ciudad en llamas, estableciendo un sólido cinturón defensivo y capturaron 200 prisioneros italianos. Mientras tanto, los Grupos de combate 26 y 16 de los mismos *Ranger* terminaban felizmente las operaciones de desembarco bajo el fuego enemigo; el grupo 26, tomó posesión del aeródromo de circunstancias de Gela-Farello y avanzó hacia el Norte, en dirección a Ponte Olivo, a lo largo de la carretera 117, mientras que el 16 estableció contacto con los paracaidistas de Piano Lupo, por lo que hacia las 9 todo parecía indicar que la División 1 iba a conquistar los objetivos asignados al primer día. Sin embargo, el general Allen ignoraba que la zona de Piano Lupo la defendían pocos paracaidistas.

La División 45, una de las mejor adiestradas del Ejército americano, estaba mandada por un oficial que había sido el más joven comandante de regimiento en el frente francés durante la primera Guerra Mundial. El general Allen consideraba que no tendría que preocuparse demasiado por la resistencia que podría encontrar; a excepción de las débiles unidades encargadas de la defensa costera y de un grupo móvil italiano situado en Biscari, tan sólo existía la posibilidad de un ataque por parte de fuerzas de la División *Hermann Goering*, que, sin embargo, debía estar activamente empeñada en rechazar los desembarcos en Gela. En realidad, Allen encontró bastantes impedimentos; pero, en cambio, recibió la ayuda inesperada de un considerable número de paracaidistas dispersos que habían descendido a su zona y estaban sembrando la destrucción en la retaguardia del enemigo. Fue una verdadera suerte que la resistencia fuera prácticamente insignificante, pues la confusión era notable en el bando aliado y las unidades estaban diseminadas a lo largo de las playas. Pero, al amanecer, una compañía había alcanzado a los paracaidistas en Ponte Dirillo y a las 9 la división estaba en marcha hacia los otros objetivos.

Hasta aquel momento el ataque se había llevado a cabo con éxito en todo el frente del Ejérctio 7: las unidades avanzaban hacia el interior, los medios acorazados y la artillería iban siendo desembarcados y el material se acumulaba en las playas. La resistencia ofrecida por los defensores era limitada y había causado pocas pérdidas. Sin embargo, aumentaría antes de que terminase el día.

En efecto, se estaban produciendo ya tres contraataques de las fuerzas del Eje contra el centro del despliegue aliado. El comandante de la División *Hermann Goering*, general Conrath, recordando instrucciones de Kesselring, empezó a avanzar hacia el Sur en cuanto tuvo noticias de los desembarcos, con la intención de atacar antes de las 9 a lo largo de dos direcciones, desde las zonas de reunión al sur de Biscari y de Niscemi. Sin embargo, sus columnas tuvieron que reducir el ritmo de la marcha a causa de los ataques aéreos aliados y de los encuentros con los paracaidistas, y por ello no pudieron lanzar el ataque hasta la tarde. Mientras tanto, después de las 9, carros de combate y unidades de infantería italianos del Grupo móvil «E» partieron de Niscemi hacia el Sur y un batallón de la División *Livorno* llegó a Gela desde el Noroeste. Pero la infantería y los paracaidistas de Piano Lupo y los *Ranger* de Gela hicieron fracasar el ataque del Grupo móvil y obligaron a retirarse a los pocos carros de combate que consiguieron entrar en la ciudad. El batallón de la *Livorno*, que avanzaba en formación casi de desfile, acabó bajo el fuego denso de las baterías de los *Ranger* y de las ametralladoras y morteros de 107 mm, que le obligaron a retirarse después de sufrir muchas bajas.

El ataque de Conrath comenzó a las 14, con cinco horas de retraso. La columna procedente de Niscemi, compuesta principalmente por carros de combate, se vio detenida en Piano Lupo por los mismos medios que habían rechazado al Grupo «E». Conrath intentó repetir el ataque una hora después, pero ni siquiera su arrojo y su valor personales fueron suficientes para hacerlo avanzar. La acción que partió de Biscari, con más unidades de infantería y menos carros de combate, pero que comprendía una compañía de carros *Tigre* nuevos, estaba mejor organizada. Los alemanes eliminaron un batallón de la División 45, haciendo prisioneros al comandante y a casi todos los supervivientes y amenazando así toda la posición americana; pero otro batallón, que llegó de la costa, consiguió contener el ataque gracias al apoyo de un grupo de artillería de campaña. Inesperadamente, de forma inexplicable, los alemanes interrumpieron la acción, retirándose en desorden. A pesar de su valor y de su energía, Conrath, que era un ex oficial de policía, tuvo que soportar la crítica de Kesselring por la lentitud y la táctica equivocada que siguió.

La División 3 pasó el resto del día extendiendo y consolidando la línea defensiva. Truscott desembarcó también sus medios acorazados de apoyo y los envió, por Licata, en dirección Noroeste, para que se opusiesen a todo posible ataque de la 15ª División *Panzergrenadier*, cuya marcha hacia el Este habían comunicado ya los pilotos aliados. Cuando anocheció, las unidades del flanco oriental de la División 45 habían avanzado unos 11 km hacia el interior de la isla, ocupando Vittoria, conquistando también Santa Croce Camerina, con ayuda del Batallón de paracaidistas II, y las elevaciones situadas al nordeste de Comiso; finalmente, entraron también en Ragusa, pero la abandonaron poco después para esperar a los canadienses, que no llegarían al lugar hasta el 12 por la mañana. La posición americana estaba aún muy expuesta en la parte central a consecuencia del fracaso del lanzamiento masivo de paracaidistas que tenían que conquistar Piano Lupo. Además, todos los intentos efectuados durante el día para desembarcar los medios acorazados de apoyo fracasaron a causa de los ataques aéreos enemigos, del fuego ininterrumpido de las baterías situadas en el interior y de las condiciones de la costa, que no favorecían las operaciones de desembarco.

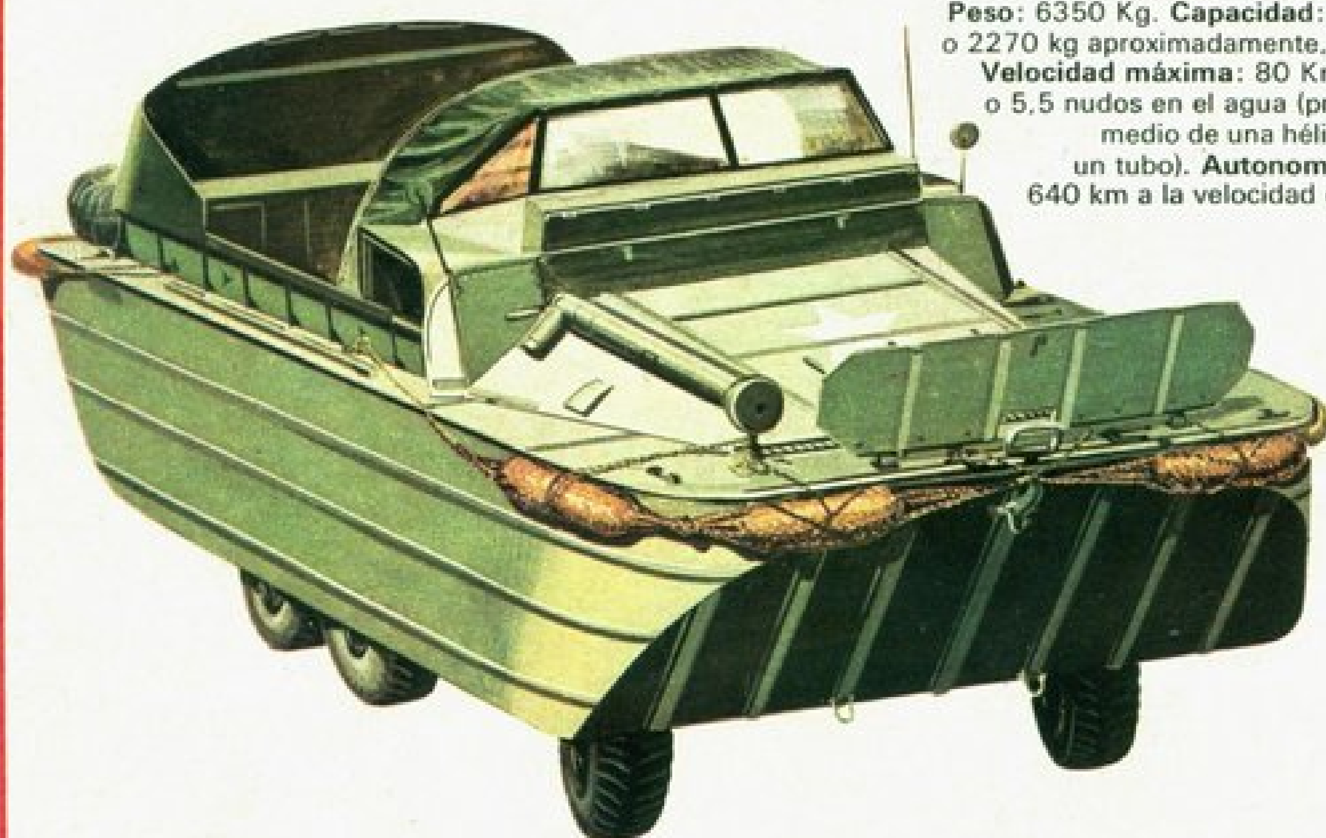


Un cañón pesado norteamericano de 155 mm en marcha hacia Palermo. (Associated Press)

No obstante, a pesar de las dificultades surgidas hasta aquel momento, la primera fase de la invasión se podía considerar como un éxito. Ahora todo dependía de las posibilidades de los Aliados de resistir los inevitables contraataques de las fuerzas del Eje, que intentarían rechazarlos al mar.

El general Conrath dispuso de poco tiempo para reorganizar sus fuerzas después del revés sufrido por la tarde. A última hora recibió, por separado, órdenes de Guzzoni y de Kesselring de reanudar a la mañana siguiente el ataque contra Gela; debía coordinarse con otro ataque efectuado por toda la División *Livorno*. El plan de Conrath preveía un avance en tres columnas: un batallón de carros de combate ascendería desde Ponte Olivo por la carretera 117, otro por la carretera de Niscemi a Piano Lupo y un tercero, con su infantería y sus *Tigre*, se lanzaría de Biscari a Ponte Dirillo y se uniría a los otros dos en la llanura de Gela. Después, estos batallones reunidos, se dirigirían hacia el extremo oriental de la cabeza de desembarco de Gela, recorriéndola de Este a Oeste, mientras los italianos, avanzando desde el Norte, ocuparían la ciudad y cerrarían la tenaza.

Los ataques comenzaron el día 11, poco después de las 6, con el apoyo de las fuerzas aéreas del Eje, que bombardearon las playas de Gela y los buques de guerra frente a la costa. En la carretera 117, las columnas italianas y alemanas, que avanzaban paralelamente, se vieron obligadas a separarse, porque no consiguieron desalojar al 26.º Grupo de combate de los *Ranger*. Los italianos se dirigieron hacia Gela, pero se vieron detenidos por el fuego de la infantería y de la artillería de campaña y de los *Ranger* de Darby en el interior de la ciudad. Los carros de combate, efectuando una conversión hacia el Este por la llanura de Gela, avanzaron para unirse a la columna de Niscemi, mandada personalmente por Conrath, que estaba rechazando a los americanos de Piano Lupo. Al este del Acate, el Grupo táctico de Biscari rebasó Ponte Birillo y se disponía a reanudar el avance cuando lo atacaron por retaguardia, hacia las 9, los paracaidistas del coronel James Gavin. El combate, que se prolongó hasta después de mediodía, impidió al grupo táctico alemán llegar a la zona de Gela y, además, lo dejó en tales



DUKW

Vehículo anfibio de seis ruedas (aquí con sus costados montados para ser utilizado en el agua). **Peso:** 6350 Kg. **Capacidad:** 25 hombres o 2270 kg aproximadamente, de material. **Velocidad máxima:** 80 Km/h en tierra o 5,5 nudos en el agua (propulsión por medio de una hélice puesta en un tubo). **Autonomía en tierra:** 640 km a la velocidad de 56 km/h.

condiciones que no pudo emprender ya otras operaciones ofensivas.

Mientras tanto, Conrath, aunque todavía estaba combatiendo en Piano Lupo, daba orden de que el grueso de sus fuerzas acorazadas se dirigiera hacia las playas de Gela. Simultáneamente, el general Chirieleison lanzaba desde el Noroeste su segunda columna. A lo largo de su dirección no había más que dos compañías de *Ranger*, mandadas por el capitán Lyle, quien había sido advertido de que no debía esperar refuerzos. No obstante, con sus morteros y los cañones capturados a los italianos consiguieron frenar el ímpetu del ataque. Después, a petición de Lyle, el crucero *Savannah* abrió fuego, y sus proyectiles de 152 mm trituraron literalmente a la columna italiana; los *Ranger* completaron la obra efectuando una salida y capturando unos 400 prisioneros. La primera columna de la División *Livorno*, diezmada por el fuego cerrado de la artillería naval y de campaña, de los morteros y de las armas portátiles, y reducida ya a la entidad de una compañía, estaba inmovilizada al norte de la ciudad. La tercera columna se enfrentó con una fuerte patrulla de la División 3, que la hizo retroceder con cuantiosas pérdidas. Después de este último combate, la División *Livorno* dejó de existir como unidad operativa.

Pero al este de Gela, Conrath le comunicaba ya a Guzzoni que había alcanzado la victoria; sus carros de combate habían llegado a la carretera costera que corría a 1800 m del mar y tenían las playas bajo su fuego. Sin embargo, no consiguieron avanzar más. La artillería de las fuerzas invasoras, que tomó tierra a bordo de los DUKW, abrió fuego con puntería directa contra la columna acorazada alemana; después, cuatro carros de combate medios americanos dejaron atrás el terreno poco firme de la playa y entraron en acción; los cañones contracarros, la infantería y hasta los ingenieros unieron su fuego desde las playas. Bajo este fuego concentrado, los carros de combate alemanes se detuvieron, comenzaron a moverse desordenadamente y, por último, se retiraron. La infantería y los paracaidistas americanos de Piano Lupo resistían todavía. A las 14 horas, cuando un tercio de sus carros de combate había sido eliminado, Conrath dio orden de interrumpir el ataque y se retiró hacia el Norte. Las fuerzas del despliegue central del Ejército 7 estaban salvadas.

Kesselring había aprobado el plan de atacar a los Aliados en el momento en que eran más débiles, es decir, inmediatamente después del desembarco. Ahora aquel momento ya había pasado, y el resultado de la campaña era seguro, el único interrogante era su duración.

El 12 de julio por la tarde los Aliados ya se habían asegurado la posesión del sudeste de Sicilia. El Ejército 7 alcanzó los objetivos que se encontraban en la «línea amarilla», al Oeste; es más, la División 3 había hecho avanzar sus carros de combate para que ocupasen Canicatti; sobre el flanco derecho, la División 45 avanzó hasta más allá de Comiso para ocupar Biscari y Chiaramonte Gulfi, en el límite del sector con el Ejército 8. Todos los aeródromos estaban ya en manos aliadas. En el curso de los primeros tres días los americanos habían capturado 18.000 prisioneros, perdiendo apenas un millar de hombres entre muertos y heridos. Sólo en el centro, la División 1 encontraba aún una resistencia tenaz por parte del enemigo. El día 12, Piano Lupo había sido escenario de otro ataque de fuerzas acorazadas, pero ahora la División *Hermann Goering* ya se estaba retirando hacia el Norte, en dirección a Catania. En este sector se había producido un gran desastre: se efectuó un nuevo lanzamiento de paracaidistas aliados sobre la cabeza de desembarco de Gela el 11 por la tarde; pero, por falta de coordinación con las fuerzas de tierra y con la Marina, los aviones que transportaban las tropas fueron a parar en medio de un denso fuego de barrera procedente de los buques y de la orilla, y las pérdidas fueron muy elevadas. En Sicilia, las fuerzas aerotransportadas pagaron muy cara la recompensa que recibirían por su misión.

En el frente del Ejército 8, el Cuerpo de Ejército XXX había alcanzado aquella misma tarde una línea que iba desde Palazzolo Acreide, conquistado por la Brigada Acorazada 23, hasta el mar, pasando por Giarratana y Modica, en el sector canadiense. En Modica, dos suboficiales canadienses encontraron al general que mandaba la División costera 206, quien, resuelto a defender su dignidad, insistía en rendirse al comandante de división en persona, al general Simmonds. El Cuerpo de Ejército había efectuado una penetración de 48 km en el interior, pero en realidad recorrió una distancia bastante mayor por las carreteras de montaña; fue un avance muy difícil para las tropas, aunque no se vieron obligadas a sostener muchos combates. Se sentía aún una gran escasez de medios de transporte y los hombres tenían que marchar todo el día bajo un sol agobiante, envueltos en una nube de polvo blanco y fino, durante la estación más calurosa del año. «Lo que recuerdo mejor de aquellos días –me dijo un oficial canadiense– es el calor, las infernales colinas y las heridas infectadas. Sin embargo, por extraño que pueda parecer, pocos de nosotros se desmoronaban. Estábamos animados por el entusiasmo, y a pesar del largo viaje desde el Reino Unido nos sentíamos perfectamente entrenados y en forma».

En el sector del Cuerpo de Ejército XIII, la División 5, casi sin detenerse después de la conquista de Siracusa, continuó avanzando hacia el Norte, por la carretera costera, en dirección a Augusta; pero en Priolo, a mitad del recorrido, el 11 de julio por la tarde, las patrullas de cabeza se encontraron con los medios acorazados del Grupo *Schmalz*, que acudían desde Catania y que la obligaron a detenerse temporalmente. La División *Napoli* debía unirse al coronel Schmalz para lanzar un contraataque contra las fuerzas desembarcadas al Este, pero algunas unidades habían sido rechazadas por los británicos al oeste de Siracusa y a otras las habían dispersado alrededor de Pachino. Después de un día de violentos combates con el Grupo *Schmalz*, la División 5, fuertemente apoyada por los bombarderos en picado y con la cooperación de las fuerzas navales, entró en Augusta el 13 de julio por la madrugada. Mientras tanto, la División 50 estaba avanzando por el flanco izquierdo, hacia Lentini. Sin embargo, la noche del 11 al 14, las fuerzas alemanas, reforzadas con dos batallones de la División de paracaidistas 1, que habían llegado en aviones desde Avignon, contraatacaron y reconquistaron una parte de la ciudad de Augusta, y sólo pudieron ser rechazados a costa de grandes pérdidas por parte de los Aliados. Schmalz, que se había ganado la admiración de Kesselring por sus cualidades de comandante enérgico y muy capaz, se retiró entonces a una línea defensiva situada al sur de Lentini, donde recibió más refuerzos de la citada División de paracaidistas 1.

El 12 de julio, Montgomery ordenó que su Ejército 8 avanzase a lo largo de dos direcciones: el Cuerpo de Ejército XIII en dirección Norte, por la costa y hacia Catania, y el Cuerpo de Ejército XXX por la carretera nacional 124 hacia Caltagirone, Leonforte y Enna. Si conseguía apoderarse rápidamente del importantísimo nudo de carreteras de Enna, cortaría una de las principales líneas de retirada de las fuerzas del Eje. De acuerdo con estas instrucciones, el general Leese mantuvo a los canadienses en Giarratana y ordenó que la División 51 y la Brigada 231 ocupasen, el 13 de julio, Vizzini, Grammichele y Caltagirone. Sin embargo, las dos últimas localidades pertenecían a la «línea amarilla» del Ejército 7, y el general Bradley también pensaba utilizar el tramo de la carretera 124 comprendido en aquel sector. Por ello, al amanecer del día 13, fuerzas británicas y americanas se encaminaban hacia los mismos objetivos y por la tarde se encontraron, al sur de Vizzini, unidades de las Divisiones 45 y 51, con gran sorpresa de los americanos, que ignoraban por completo las intenciones de los británicos. Con comprensible disgusto de Bradley, Alexander asignó a las fuerzas inglesas prioridad en la carretera nacional.

La Brigada Acorazada 23 británica, que estaba avanzando al noroeste de Palazzolo Acreide, chocó con la División *Hermann Goering*, que se estaba replegando hacia Catania, y se vio obligada a detenerse al este de Vizzini ante la obstinada resistencia ofrecida por los alemanes y por los restos de la División *Napoli*. Vizzini no fue ocupada por una brigada de la División 51 hasta las primeras horas del día 14, mientras otra brigada ocupaba Francofonte, en el flanco derecho de la división. El general Leese, dándose cuenta de que tanto los *Highlander* como la Brigada Acorazada 23 habían estado sometidos a un durísimo esfuerzo por la tenaz resistencia de los alemanes, ordenó que los canadienses dejasen atrás a la 51 y avanzasen rápidamente hacia Enna.



Un carro de combate *Sherman* avanza por las calles de Catania después de la rendición de la ciudad. Catania capituló el 5 de agosto, cuando las fuerzas de Montgomery, habiendo envuelto las posiciones enemigas por la base sudoccidental del Etna, obligaron a las fuerzas italo-alemanas a retirarse para evitar ser aisladas. *(US Army)*

Siguiendo este nuevo concepto operativo, el Ejército 7 efectuó una conversión al Oeste, utilizando como gozne la División 3, con la orden de ocupar firmemente la línea Palma di Montechiaro-Canicatti-Caltanissetta; las Divisiones 1 y 45 (ahora desplazadas a su flanco izquierdo) iniciaron el ataque hacia las elevaciones situadas entre Caltanissetta y Enna. Al mismo tiempo, Patton, dándose cuenta de que los alemanes se estaban retirando de Sicilia occidental y que los 60.000 italianos que quedaban no estaban en situación de combatir, constituyó un Cuerpo de Ejército de organización provisional con elementos de las Divisiones 3 y 82 aerotransportadas, al mando del general Keyes, con el fin de conquistar la zona noroccidental. Cuando un batallón *Ranger* hubo conquistado Porto Empedocle y Agrigento se hubo rendido, Patton hizo avanzar la División Acorazada 2 para que se dirigiese rápidamente hacia Palermo. A Patton le gustaban mucho los gestos teatrales («Palermo atraía a Patton como si fuera la estrella polar», dijo el general Truscott), y cuando Alexander, preocupado aún por la situación que se había creado en el flanco y en la retaguardia del Ejército 8, no se mostró muy dispuesto «a dejar que Georgie fuese a realizar sus hazañas», Patton fue personalmente a ver al comandante del Grupo de Ejércitos y consiguió que le diera su consentimiento.

Después de la guerra, Truscott escribió que Patton estaba obsesionado por el deseo de conquistar Palermo, porque su ambición le impulsaba no sólo a querer emular a Rommel, sino a superar la fama de éste como comandante de fuerzas acorazadas conduciendo sus carros en una acción memorable. Y, desde luego, la conquista de Palermo, con un avance fulminante de sus medios acorazados, le ofrecería la ocasión. Alexander, como la mayor parte de los oficiales ingleses de entonces, parecía no estar al corriente del resentimiento que animaba a los americanos, a causa del papel pasivo que les habían asignado. «No podemos quedarnos sentados tranquilamente charlando –se lamentaba entonces uno de los oficiales de Patton– mientras Monty acaba su maldita guerra».

El 16 de julio, las Divisiones 1 y 45 empezaron a avanzar a su vez. El primer día, la División 1 combatió duramente con el Grupo *Ens*, de la 15ª División *Panzergrenadier*, que se estaba replegando desde el Oeste hacia Enna; los alemanes tuvieron que ceder y retirarse y el 18 de julio, a las 16 horas, la División 45 ocupó Caltanissetta y luego continuó su marcha para cortar la carretera 121, que conducía de Palermo a Enna.

Los canadienses, después de dejar Giarratana, el día 14 a medianoche, llegaron ante Grammichele hacia las 9 de la mañana del día siguiente. Allí sostuvieron un combate breve y violento contra una fuerte retaguardia de la *Hermann Goering*, que los acechaba y que al final se retiró hacia el Oeste, por la carretera 124. En las primeras horas del día 16, la Brigada 1 canadiense penetró en las ruinas de Caltagirone, donde estuvo instalado el puesto de mando de Conrath.

La Brigada 2 salió de Ragusa el 14 por la tarde. A lo largo de la carretera cayó en una emboscada tendida por tiradores aislados y, como contramedida, el general Leese ordenó que se capturaran rehenes en todos los centros habitados que capitulaban. A la mañana siguiente, después de una marcha extenuante en ciertos tramos del recorrido, los canadienses tomaron por asalto Piazza Armerina, la pequeña ciudad situada sobre una colina y que había sido el puesto de mando del Cuerpo de Ejército XVI italiano, donde encontraron una tenaz resistencia por parte de un batallón de la 15ª *Panzergrenadier*. Valguarnera Caropepe cayó el 18 por la noche, después de dos días de encarnizados combates con la 15ª *Panzergrenadier*. Esta fue la acción más dura sostenida hasta entonces por los canadienses, pues las retaguardias alemanas resistían desesperadamente para cubrir la retirada de sus medios acorazados. Dejando a sus espaldas una bolsa de resistencia enemiga, que eliminaron dos días después los americanos, los canadienses, rebasada Enna sin entrar en ella, avanzaron hacia Leonforte y Agira.

Mientras tanto, Montgomery, resuelto a irrumpir en la llanura de Catania, lanzó, la noche entre el 11 y el 14 de julio, un gran ataque en el frente del Cuerpo de Ejército XIII contra las posiciones del coronel Schmalz, al sur de Lentini. Para que la operación tuviera éxito, Montgomery debía asegurarse el paso por dos puentes importantísimos: el puente de los Malati, sobre el río Lentini, a unos 5 km al norte de la localidad homónima, y el puente de Primosole, sobre el Simeto. El 13 por la noche, un comando desembarcó en la costa, se apoderó del puente de los Malati y antes de alejarse desconectó las cargas de explosivo que se habían colocado para su demolición.

Los paracaidistas se aseguran la carretera de acceso a Catania

Aquella misma noche, la Brigada 1, de la División aerotransportada 1, se lanzó en paracaídas o aterrizó con planeadores para apoderarse del puente de Primosole (acción más difícil que la anterior). Pero las tropas británicas aerotransportadas no tuvieron mejor suerte que sus compañeros en Ponte Grande o que los americanos en Gela. Los pilotos de los aviones de transporte se encontraron en medio del violento fuego de los cañones antiaéreos de los buques y de las baterías costeras enemigas, y lanzaron los paracaidistas o desengancharon los planeadores como y donde pudieron. Sólo unos 200 hombres, entre 1900, con tres cañones contracarros, consiguieron llegar al puente, se apoderaron de él y desconectaron las cargas explosivas colocadas por los alemanes. Para colmo de desgracias, el grueso de las tropas lanzadas acabó por caer casi encima del batallón de ametralladoras de la División paracaidista 1 alemana, que poco antes también se había lanzado en paracaídas al norte del río. Los alemanes reaccionaron violentamente, pero la pequeña unidad británica resistió en el puente todo el día, sin ceder ante los repetidos ataques de los carros de combate y de la infantería. Al anochecer, tras agotar las municiones, los ingleses se retiraron a una colina situada al sur del río, pero que dominaba el puente, y allí se unieron a ellos los hombres de la Brigada de infantería *Durham*, perteneciente a la División 50, que habían sido enviados en su ayuda. Cuando Schmalz vio que su flanco oriental estaba amenazado por los carros de combate ingleses, se retiró primero al río Gornalunga y, después, en las primeras horas del 15, detrás del Simeto.

Los alemanes, mantenidos toda la noche bajo el fuego de las armas portátiles, no consiguieron colocar nuevas cargas de explosivo bajo el puente y al día siguiente los hombres de la Brigada *Durham*, apoyados por la artillería y por los carros de combate, intentaron reconquistarlo y establecer una cabeza de puente en la otra orilla; pero el batallón de paracaidistas alemán, que combatía con un valor, una tenacidad y una habilidad admirables, hizo fracasar el intento de las tropas británicas, manteniéndolas bajo el fuego de sus dos cañones de 88 mm. Pero, a pesar de todo, no consiguió hacer volar el disputado puente. Durante la noche, dos compañías de la Brigada *Durham* vadearon el río por el sector Oeste, y con granadas de mano, fusiles ametralladores y una carga a la bayoneta obligaron al enemigo a abandonar el extremo norte. Sin embargo, por uno de esos malentendidos que se repiten con desconsoladora frecuencia en la historia del Ejército británico, no se llevó a cabo ningún intento para reforzarlas hasta el amanecer, cuando el fuego de la artillería alemana era demasiado violento. Carros de combate británicos que intentaron cruzar el puente se vieron obligados a desistir bajo el fuego de los famosos «88»; en cambio, algunos *Bren-carrier* y morteros consiguieron pasar a la otra parte y la pequeña cabeza de puente, con un radio de 270 metros, resistió todo el 15 de julio, sin ceder ante los contraataques enemigos.

Durante la noche vadeó el río el resto de las unidades de infantería *Durham* y al amanecer cierto número de carros de combate y de cañones contracarros también pudo pasar a la otra orilla. Los alemanes se retiraron, y a las 10 la brigada había establecido firmemente una cabeza de puente de unos 2700 metros de profundidad. Ambos bandos acababan de ofrecer una brillante demostración de valor y de tenacidad en una de las más violentas batallas combatidas durante la campaña de Sicilia.

Entonces Montgomery consideró que ya disponía de fuerzas suficientes, al norte del río, para lanzar un ataque decisivo contra Catania; y así, la noche del 17 al 18 de julio, la División 50 avanzó con ímpetu en dirección Norte. Pero la División *Hermann Goering* ya había llegado para reforzar al Grupo Schmalz, y el ataque lanzado por los ingleses no dio resultado; los alemanes ocupaban posiciones ventajosas, desde las cuales estaban seguros de que podrían bloquear la carretera costera oriental.

También Montgomery empezaba a pensar lo mismo, y ello se vio confirmado al día siguiente, cuando la División 5, que se encontraba a la izquierda, tras combatir duramente en el río Gornalunga, estableció una cabeza de puente a la altura de la 50, pero no consiguió avanzar más. Montgomery se dio cuenta de que los alemanes retiraban sus fuerzas hacia el nordeste de Sicilia, apoyándose en Catania, y comprendió que harían todo lo posible para defender la ciudad y para no perder los aeródromos situados más al Sur, que constituían el punto estratégico más importante. Las posiciones enemigas de la llanura se prestaban magníficamente para la defensa, dominadas por las primeras pendientes del Etna, que ofrecían puestos de observación muy adecuados y se encontraban guarnecidas por fuerzas en extremo considerables.

Cualquier intento de hundimiento supondría pérdidas muy graves, y Montgomery estaba decidido a no correr ese riesgo, sobre todo con vistas a las futuras operaciones en la península.

Por ello, de acuerdo con Alexander, decidió efectuar una maniobra envolvente en torno al lado occidental del Etna, para sorprender por la espalda las posiciones alemanas que defendían Catania y penetrar como una cuña entre la División *Hermann Goering* y la 15ª División *Panzergrenadier*. Para reforzar sus cuatro divisiones, que empezaban a dar muestras de fatiga, Montgomery pidió que le enviaran la División 78, que se encontraba como reserva en África. Luego ordenó a los canadienses que ocuparan Leonforte y avanzaran, por Agira y Regalbuto, sobre Adrano, clave de la posición defensiva alemana en el Etna; además, trasladó la División 51 al ala izquierda del Cuerpo de Ejército XIII para efectuar un ataque en Gerbini y Paterno. Los *Highlander* ocuparon buena parte del aeródromo de Gerbini; pero el 21 de julio, un fuerte contraataque enemigo les obligó a abandonarlo.

A partir de Valguarnera Caropepe, los canadienses siguieron avanzando sin detenerse, a pesar de la resistencia cada vez mayor y la naturaleza cada vez más accidentada del terreno. La carretera 121, que lleva de Palermo a Catania, discurre entre una serie de elevaciones con pequeños centros habitados en el tramo comprendido entre la roca cuadrada de Enna, de un millar de metros de altitud, y la cumbre nevada del Etna; los canadienses lo superaron en 17 días de furiosos combates, expugnando uno por uno los pueblos guarnecidos por las fuerzas del Eje. Las minas, hábilmente colocadas, y las demoliciones impedían que los carros de combate y la artillería mantuviesen el mismo ritmo de la infantería para ofrecerle un apoyo inmediato, por lo que la empresa resultó lenta y costosa.

La Brigada 2 canadiense dejó Valguarnera Caropepe antes del amanecer del 19 de julio y lanzó un ataque en dirección Norte, hacia Leonforte; casi simultáneamente, la Brigada 1 empezó a avanzar por la derecha y cortó la carretera 121. Para conquistar Assoro los canadienses recurrieron, con éxito, a la misma estratagema utilizada, casi dos siglos antes, por el general Wolfe en la conquista de Quebec. El pueblo se encuentra a 900 metros de altura, en la pendiente occidental de una montaña muy abrupta. La forma directa de llegar era un camino tortuoso, que discurría por un contrafuerte muy expuesto y que debía estar bien cubierto por el fuego enemigo. Comprendiendo que un ataque por allí equivaldría a un suicidio, el comandante lord Tweedsmuir, que había asumido el mando de los regimientos *Hasting* y *Prince Edward*, el 20 de julio por la noche hizo que sus hombres efectuaran un movimiento envolvente hacia el Este.

En «cuarenta minutos de enorme impulso» escalaron la roca y ocuparon la cima, sorprendiendo por completo a los alemanes. Entonces, desde aquella posición favorable, pudieron rechazar al enemigo, pero no consiguieron ocupar el pueblo y tuvieron que pasar 36 desagradables horas en la cima, expuestos al fuego intenso de la artillería enemiga, antes de que Assoro cayese en sus manos, lo que ocurrió hacia el mediodía del 22. El ataque contra Leonforte comenzó el 21 por la tarde, precedido por el fuego de la artillería pesada y seguido por una batalla en las calles que duró toda la noche, con contraataques alemanes apoyados por carros de combate. En el curso de la mañana siguiente se produjeron combates aún más encarnizados, de casa en casa. Finalmente, a las 17,30 horas del día 22, la Brigada 2 acabó de rastrillar el pueblo y las elevaciones que lo dominaban por el Este y el Oeste.

Los canadienses estaban dispuestos a reanudar el avance hacia el Este, pero la resistencia ofrecida por los alemanes en Assoro y Leonforte había tenido un carácter diferente al de las precedentes acciones retardadoras y era evidente que de ahora en adelante tendrían que conquistar el terreno.

Mientras tanto, la marcha de Patton por el Oeste se desarrollaba a toda velocidad. El Cuerpo de Ejército de organización provisional, que se había puesto en marcha el día 19, entró en Palermo el 22 y al día siguiente ocupó los puertos de Trapani y Marsala. El Cuerpo de Ejército II, siguiendo las instrucciones de Alexander a Patton, se dirigió hacia la costa septentrional; el 20 ocupó Enna y el 23 llegó a la costa, al este de Termini Imerese. El Ejército 7, que disponía ya del puerto de Palermo como base principal de abastecimientos, efectuó una conversión al Este para participar en el hundimiento final en Mesina.

El 21 de julio Montgomery abandonó definitivamente la idea de un ataque frontal contra Catania y proyectó efectuar una maniobra envolvente para hundir la posición del Etna por el Oeste, con el Cuerpo de Ejército XXX reforzado por la División 78. El ataque principal lo lanzaría el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército XXX, por lo que Montgomery ordenó que el Cuerpo de Ejército XIII y la División 51 se estableciesen defensivamente; el ataque masivo debía comenzar el 1 de agosto. Montgomery hizo observar a Alexander la importancia del avance hacia el Este de los americanos, que se aproximaban a Mesina por la costa septentrional, y le pidió que utilizara todos los aviones disponibles contra las fuerzas enemigas que se hallaban al Nordeste, pues intuía que los alemanes lucharían con desesperación para conservar su cabeza de puente siciliana e impedir que los aeródromos en torno a Catania cayeran en manos de los Aliados, y a la vez para ganar tiempo a fin de preparar las defensas en la península y cubrir su evacuación al continente. Además, habían recibido nuevos refuerzos, constituidos por la 29ª División *Panzergrenadier*, desplegada en el sector septentrional, y por el resto de la División paracaidista 1, que combatía fraccionadamente en varios puntos.

Para conquistar Mesina, Patton envió el Cuerpo de Ejército II, reforzado por las Divisiones 3 y 9, y a toda la artillería disponible a lo largo de dos direcciones: la carretera costera septentrional y la carretera 120, que iba de Petralia a Randazzo. Al principio, el avance fue lento a causa de la encarnizada resistencia enemiga, las demoliciones y los largos trechos minados. Pese a todo, Nicosia cayó el 28 de julio, después de tres días de duros combates, y Santo Stefano de Camastra el 31. El día 1 de agosto, mientras comenzaba el gran ataque de Montgomery, los americanos estaban combatiendo en Troina la batalla más sangrienta de toda la campaña.

Entre tanto, los canadienses, que se habían visto obligados a detenerse durante algún tiempo ante Nissoria, consiguieron ocuparla el 24 de julio y a la noche siguiente atacaron Agira, operando conjuntamente con la Brigada 231. El pueblo cayó el 28 de julio por la tarde, tras sangrientos combates. La Brigada 231 reanudó el avance hacia el Este, por la carretera 121; pero se vio obligada a detenerse a unos pocos kilómetros de Regalbuto.

La nueva División 78 y una brigada canadiense conquistaron por asalto Catenanuova, tras combates violentísimos, en las primeras horas del 30 de julio: era el preludio de la gran ofensiva de Montgomery. El día 1 de agosto, por la noche, intentaron repetir su éxito en Centuripe, una posición fuertemente defendida situada en la cima de un monte, y después de sangrientos ataques y contraataques entraron en la población el 3 de agosto por la mañana. Mientras tanto, las otras dos brigadas canadienses habían ocupado Regalbuto el día 1 por la tarde.

En torno a Troina los alemanes ofrecían una resistencia heroica, obstinada y hábil. El pueblo no cayó en poder de la División 1 hasta el 6 de agosto, después de cuatro días de sangrientos combates. En la costa septentrional, el avance de la División 3 se vio detenido, del 2 al 8 de agosto, por las formidables defensas alemanas de la cresta de San Fratello. Pero al final, los americanos envolvieron el obstáculo mediante un desembarco anfibio, efectuado algunos kilómetros más al Este, y, a pesar de la tenaz oposición enemiga, procedieron hasta el cabo d'Orlando; el 12 lo rebasaron con un nuevo desembarco anfibio. El 13, los alemanes, puesto que su flanco izquierdo estaba amenazado por un ataque de la División 78 británica que avanzaba hacia el Norte, cedieron Randazzo a la División 9, abandonando así su última posición sólida a lo largo de la dirección meridional de avance del Cuerpo de Ejército II.

Montgomery, mientras tanto, estaba demoliendo, con su maniobra envolvente, las posiciones enemigas en la base sudoccidental del Etna. El 6 de agosto, la División *Highland* ocupó Biancavilla, y el 7 y el 8 la División 78 y los canadienses ocuparon Adrano y Bronte respectivamente. Los alemanes, dándose cuenta de que sus unidades establecidas delante de Catania corrían el peligro de quedar aisladas, empezaron a retirarse por las dos vertientes del Etna, dejando fuertes retaguardias y una estela de campos minados y de demoliciones. Esto fue la señal de avance para el Cuerpo de Ejército XIII. El 5 de agosto Catania capituló, rindiéndose a la División 50, y la 5 ocupó Paterno.

Los alemanes ya estaban evacuando sus fuerzas al continente, y, tras la ocupación de Linguaglossa por los *Highlander*, el 14 de agosto, la campaña se transformó en una carrera (con muchos obstáculos) entre británicos y americanos, dispuestos, por igual, a llegar los primeros a Mesina. La ganaron los americanos, y el general Patton entró en la ciudad el 17 de agosto a las 10,15.

Sicilia estaba totalmente conquistada.

PETER KEMP



Nacido en 1915, estudió en el Wellington College y en el Trinity College de Cambridge. En 1936 se alistó en las fuerzas nacionalistas españolas y tomó parte en la guerra civil, combatiendo primero en las filas de los requetés y pasando después, con el grado de teniente, a la Legión extranjera española. Fue herido cuatro veces, la última lo dieron por muerto. Durante la segunda Guerra Mundial sirvió en el SOE, y en 1943 se lanzó en paracaídas sobre Albania, donde pasó nueve meses entre las montañas, huyendo continuamente de los alemanes. Más tarde, en diciembre de 1944, se lanzó sobre Polonia, y allí actuó con la milicia nacional. Al llegar el Ejército ruso, la NKVD le detuvo y pasó un mes de cárcel preventiva. En agosto de 1945 se lanzó sobre Tailandia, poco antes de la capitulación japonesa, después de lo cual fue destinado a la frontera entre Tailandia e Indochina, para ayudar a los franceses contra los vietminh, que pusieron a su cabeza un precio de 500 libras esterlinas. En febrero de 1946 le dieron el mando de una expedición militar que debía expulsar a los japoneses de las islas de Bali y de Lombok y convertirse luego en gobernador de las mismas. Se licenció en 1946 con el grado de teniente coronel. Fue enviado especial en Hungría durante la revolución de 1956, y en 1965 pasó cinco meses en el Vietnam y en el sudeste de Asia como corresponsal del *News of the World*. Es autor de tres libros: *Mine Were of Trouble*, sobre la guerra civil española; *No Colours or Crest*, cuya acción se desarrolla en Albania y Polonia, y *Alms for Oblivion*, recuerdos de la guerra en el sudeste de Asia. De vez en cuando escribe artículos y reseñas para los periódicos ingleses.

Italia, julio-agosto de 1943

LA INVASION DE SICILIA Y LA DEFENSA DE LA ISLA

EL PUNTO DE VISTA ITALIANO



Emilio Faldella, general

Escritores ingleses, americanos y alemanes, que han comentado la invasión de Sicilia, han trazado la figura de un soldado italiano que no combate y que incluso se entrega al invasor. Impresiones que se desprenden de algunos episodios humillantes, pero aislados, y la ignorancia de los hechos fueron la causa de valoraciones equivocadas que encontraron amplia difusión, a pesar de la versión mucho más equilibrada de los acontecimientos que se encuentra en las publicaciones oficiales, especialmente de la Marina y del Ejército de los Estados Unidos. Basándose en datos indiscutibles y en testimonios de los enemigos de entonces, el autor de este capítulo demuestra que los soldados italianos combatieron en Sicilia tanto y como les permitieron la entidad de sus fuerzas y de su armamento, es decir, con honor, en contra de las versiones inspiradas por evidentes prejuicios y, por supuesto, no basadas en un estudio serio de los acontecimientos, ni con la honestidad y la imparcialidad de los verdaderos historiadores.

El día 2 de mayo de 1943 se celebró en Roma una reunión de los jefes de Estado Mayor, bajo la presidencia de su jefe supremo, el general Ambrosio, para examinar el problema de la defensa de Sicilia. El general Roatta, entonces comandante del Ejército 6 y de las fuerzas armadas de Sicilia, hizo una exposición realista de la situación: como sin duda alguna los angloamericanos utilizarían numerosos medios de desembarco que les permitirían poner en tierra gran cantidad de efectivos, la defensa costera no podría impedir el desembarco, sino tan sólo dificultarlo, y eso último a condición de que las fuerzas aéreas estuvieran equilibradas.

El almirante Riccardi, jefe de Estado Mayor de la Marina, excluyó cualquier posibilidad de utilizar los buques de guerra para dificultar el desembarco, y por otra parte se comprobó que las fuerzas aéreas disponibles no permitirían un equilibrio con las del adversario. Por ello, Roatta concluyó: *«Contra una acción de desembarco de gran envergadura podemos ofrecer una honrosa resistencia, pero no tenemos posibilidades de rechazar al enemigo».*

Los hechos demostraron esta previsión: la resistencia en la isla duró 39 días, y las siguientes experiencias demostraron la imposibilidad de oponerse a una operación anfibia moderna. Todos los desembarcos aliados, sin excepción, en Europa y en el Pacífico, tuvieron éxito, pues los medios utilizados para llevar a cabo estas operaciones permitían arrollar toda defensa terrestre.

Mientras se combatía en África y los Aliados no disponían de bases en el Mediterráneo central no era previsible un desembarco en fuerza sobre las costas italianas; por lo tanto, sólo se había organizado la defensa contra incursiones de comandos, con unidades costeras distribuidas en frentes de centenares de kilómetros. Estas unidades estaban constituidas por batallones de infantería de quintas viejas, con armamento ligero y sin medios de transporte. Pelotones y escuadras guarnecían posiciones diseminadas, con amplios intervalos entre ellos, a lo largo de la costa; más tarde fueron reforzadas con ametralladoras y con algunas baterías, dotadas sin embargo de cañones anticuados y ya superados.

En las costas de Calabria, de Sicilia y de Cerdeña, más expuestas, se construyeron posiciones de cemento y alambradas, aunque luchando siempre con la escasez de estos materiales.

En el primer semestre de 1943, la situación en Sicilia era gravísima en lo referente a abastecimientos y víveres para la población civil, que además vivía en condiciones muy precarias a causa de los bombardeos aéreos. Dificultades parecidas limitaban los abastecimientos para el Ejército, y, por lo tanto, desaconsejaban un aumento de las tropas en la isla.

Las costas de Sicilia, que tienen una extensión de 1100 km, eran, en su mayor parte, muy adecuadas para llevar a cabo una operación anfibia; la única excepción era la costa septentrional, entre Cefalù y Mesina. Aunque en aquella costa había una sola brigada costera y en el resto seis divisiones y una brigada, tampoco allí había sido posible formar más que una ligera cortina de fuerzas, muy indicada para vigilar el litoral, localizar el desembarco y dificultar su comienzo, pero nada

más. La mayor densidad de fuerzas se había conseguido en la zona sudoriental de la isla, que se consideraba la más amenazada. No obstante, y sólo para poner un ejemplo, cabe decir que la División costera 206, que defendía las playas desde Cassibile hasta Punta Braccetto, en un frente de 132 km (en 52 de los cuales desembarcó todo el Ejército 8 británico), tenía seis batallones en primera línea y dos como reserva. Cada batallón, de unos 600 hombres, tenía, por término medio, 37 hombres por kilómetro; la división disponía del siguiente armamento: 215 fusiles ametralladores (menos de 2 por kilómetro), 474 ametralladoras (3,6 por kilómetro), 34 morteros de 81 mm (1 por cada 4 kilómetros) y 56 cañones (1 por cada 2,5 kilómetros).

La defensa de las costas estaba constituida por tres plazas fuertes (Mesina, Trapani y Augusta-Siracusa) y por dos defensas de puerto (Palermo y Catania). Las plazas fuertes militares-marítimas disponían (en posiciones fijas) de los únicos cañones, en toda la isla, que podían alcanzar a buques situados en mar abierto: sin embargo, su eficiencia se limitaba al frente marítimo, y era muy débil la defensa del frente terrestre.

Para la defensa móvil se disponía de cuatro divisiones italianas, con dos regimientos de infantería, uno de artillería y un batallón de ingenieros. Sólo la División *Livorno* disponía de vehículos para transportar cuatro de los seis batallones de infantería y tenía artillería, ingenieros y servicios motorizados. Las otras tres (*Napoli, Aosta* y *Assietta*) tenían seis batallones de infantería a pie cada una y, en total, ocho grupos de artillería hipomóvil, uno autopropulsado y tres de tracción mecánica. Cada división tenía unos efectivos de unos 13.000 hombres y 48 piezas de artillería de pequeño calibre.

Se consideraban también como fuerzas «móviles» dos batallones de carros de combate, con 100 carros en total, en parte ligeros (de 3,5 toneladas) y en parte franceses (*Renault*), armados con pequeños cañones de 37 mm y sin piezas de repuesto, por lo que cualquier avería los dejaba inútiles. Además, se disponía de diez grupos autopropulsados de pequeño calibre (48 piezas), dos regimientos de *bersaglieri*, algunas compañías de motociclistas, dos batallones de cañones autopropulsados de 47 mm, un batallón de zapadores, otro de *arditi* y unidades menores diversas. La única unidad realmente moderna, en condiciones de combatir contra los carros de combate medios, era la 10ª Agrupación autopropulsada, con 24 cañones de 90/53.

Con las unidades realmente móviles, los 100 carros de combate, tres legiones de «Camisas negras», compañías de infantería y baterías de artillería sacadas de las divisiones, se constituyeron «grupos móviles» y «grupos tácticos», que tenían como misión primordial efectuar contraataques inmediatos contra las playas y acudir en defensa de los aeródromos.

Se ha escrito que las fuerzas italianas en la isla ascendían a 230.000 hombres; efectivamente, ésas eran las fuerzas presentes, pero comprendían el personal de los depósitos regimentales, con los batallones de reclutas y los servicios territoriales, es decir, todo un conjunto de «no combatientes». Las fuerzas que realmente se podían utilizar no pasaban de los 110.000 hombres.

Las tropas alemanas comprendían dos divisiones y los servicios en tierra de la *Luftwaffe*. La División 15, destruida en Túnez, se había constituido de nuevo y contaba con seis batallones de infantería, artillería y 65 carros de combate; la *Hermann Goering* llegó a Sicilia a fines de junio; era débil en cuanto a infantería (dos batallones), pero disponía de 100 carros de combate, entre ellos algunas decenas de *Tigre*. Después la reforzaron con algunos batallones «de fortaleza». En total, el 10 de julio, los alemanes podían disponer de 28.000 hombres.

Como el ataque a Sicilia se efectuó, como consta en las fuentes aliadas, con 160.000 hombres, 600 carros de combate, 1800 cañones y 14.000 vehículos, es evidente que al comienzo de la batalla la superioridad de los Aliados era aplastante. Después todavía aumentó, pues recibieron notables refuerzos, mientras que en el campo ítalo-alemán las dos divisiones alemanas (la 1ª de paracaidistas y la 19ª *Panzergrenadier*) llegaron incompletas y no pudieron compensar las bajas.

La superioridad de las fuerzas aéreas aliadas era aún mayor. Frente a 4000 aviones aliados, la Aviación ítalo-alemana disponía, en todo el Mediterráneo, de 389 aviones italianos eficientes y 750 alemanes (entre eficientes y no eficientes). En el mar, la superioridad era total y absoluta: las fuerzas navales angloamericanas podían apoyar los desembarcos con su artillería y ninguna fuerza naval podía oponerse a ellas.

Se prevé el ataque

Varias circunstancias contribuyeron a que se crearan y se divulgaran ciertas opiniones completamente equivocadas sobre los acontecimientos de Sicilia. Los Aliados, que habían previsto una fuerte resistencia, se asombraron al ver que desembarcaban con relativa facilidad, y consideraron que este resultado obedecía a la falta de espíritu de resistencia por parte de las tropas costeras y no por la debilidad de ellas. Cuando encontraron posiciones sin soldados ni armas, creyeron que la guarnición había huido; y no era así, sino que estaba desguarnecida precisamente por falta de hombres y de armas. Esta opinión se difundió hasta hacer olvidar, incluso, los episodios de resistencia, que relataron no obstante periodistas y escritores aliados.

El prejuicio de que los italianos no se batían hizo que se atribuyera exclusivamente a la División *Goering* el contraataque del 11 de julio contra Gela, cuando la mayor penetración en la zona ocupada por los americanos la consiguió precisamente la División *Livorno*. La resistencia en el llano de Catania, que obligó al Ejército 8 a detenerse y al mando aliado a cambiar sus planes, también se atribuyó de manera exclusiva a los alemanes.

La caída del fascismo y los acontecimientos político-militares que se produjeron en Italia en el transcurso del verano de 1943 impidieron conocer la verdad; los fascistas de la república de Saló transformaron la «falta» de resistencia en Sicilia en argumento de propaganda contra el Ejército y sus jefes, hasta el punto que Kesselring tuvo que intervenir para que se liberara al general Guzzoni, que había sido arrestado; Mussolini llegó a afirmar el absurdo de que el desembarco aliado hubiera podido rechazarse. El silencio del departamento de historia del Ejército contribuyó a que se difundieran este tipo de opiniones, tan arraigadas, ya que resistía incluso a los argumentos más convincentes.

El 30 de mayo de 1943 el general Alfredo Guzzoni asumió el mando del Ejército 6 (fuerzas armadas de Sicilia), quedando bajo sus órdenes los Cuerpos de Ejército XVI (general Carlo Rossi) y XII (general Mario Arisio y, a partir del 12 de julio, Francesco Zingales); el XVI tenía jurisdicción sobre la mitad oriental de la isla y el XII sobre la occidental. Además del Ejército 6 el general Guzzoni tenía a sus órdenes los mandos de la Marina y de la Aviación, los mandos territoriales y las tropas alemanas.

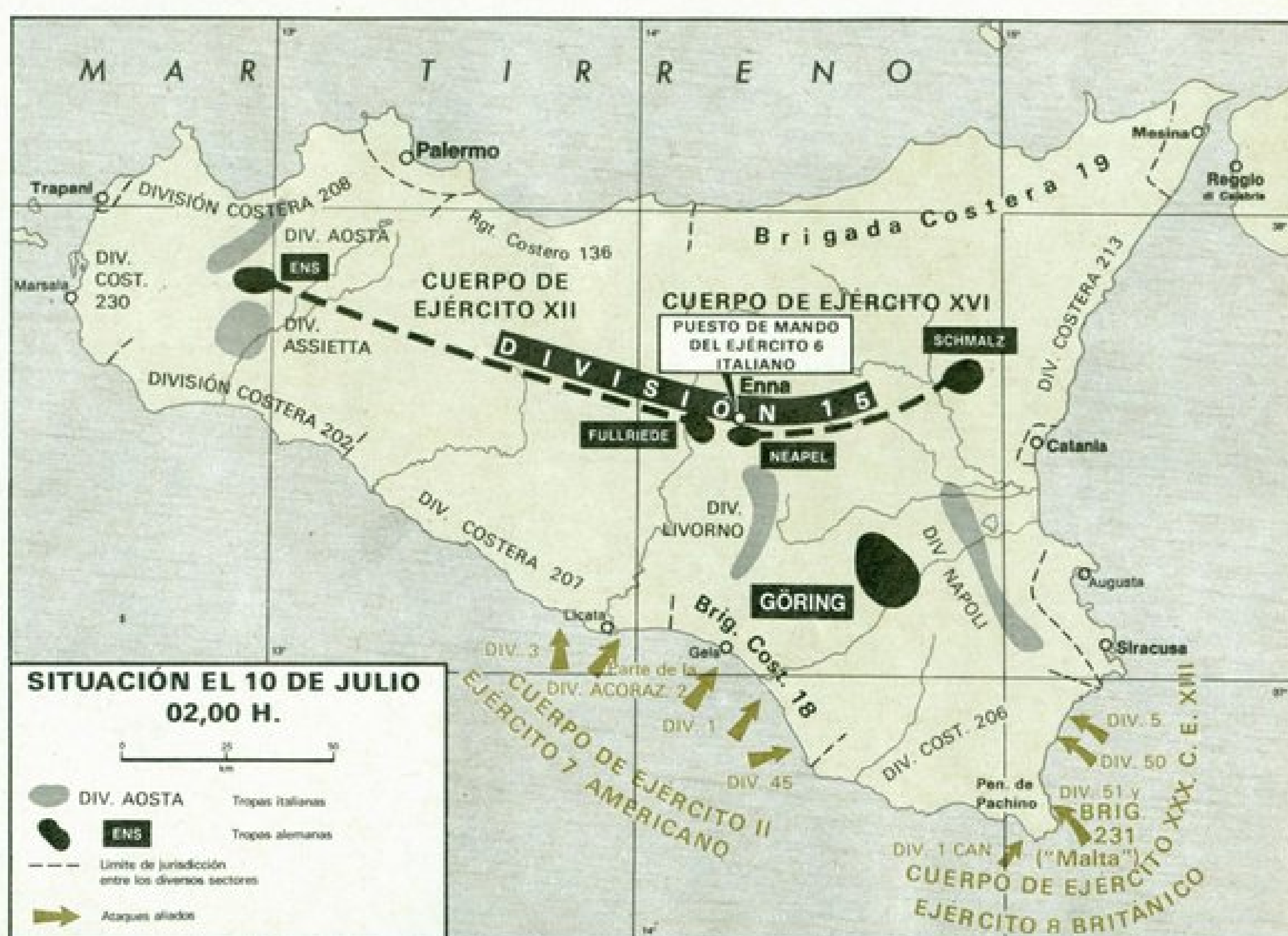
Aunque hasta entonces no había tenido ocasión de ocuparse de la defensa de Sicilia, Guzzoni consiguió, muy pronto, formarse una idea muy clara de la situación y de las necesidades más inmediatas; tanto que el informe que envió a Mussolini, el 14 de junio, fue, como se puede comprobar leyéndolo, un modelo de claridad y de exactitud. El general Guzzoni se dio cuenta de las gravísimas deficiencias de las defensas y previó que no sería posible recibir, una vez comenzada la batalla, los abastecimientos suficientes para restablecer el equilibrio con las fuerzas enemigas; y se dio cuenta también, de que, frente a la superioridad del enemigo, sólo maniobrando sería posible prolongar hasta el máximo la resistencia. Por lo cual insistió en varias ocasiones para que se enviase en seguida a Sicilia a la División *Hermann Goering*, confiando precisamente en su capacidad de maniobra.

La llegada de la citada división a la isla fue causa de una ligera discrepancia, exclusivamente «conceptual», entre el mariscal Kesselring y el general Guzzoni, discrepancia que se resolvió con un compromiso que respetaba la voluntad y el punto de vista del jefe italiano. Pocas veces dos comandantes de Ejército aliados actuaron con tanta confianza y recíproca lealtad como lo hicieron Guzzoni y Kesselring.

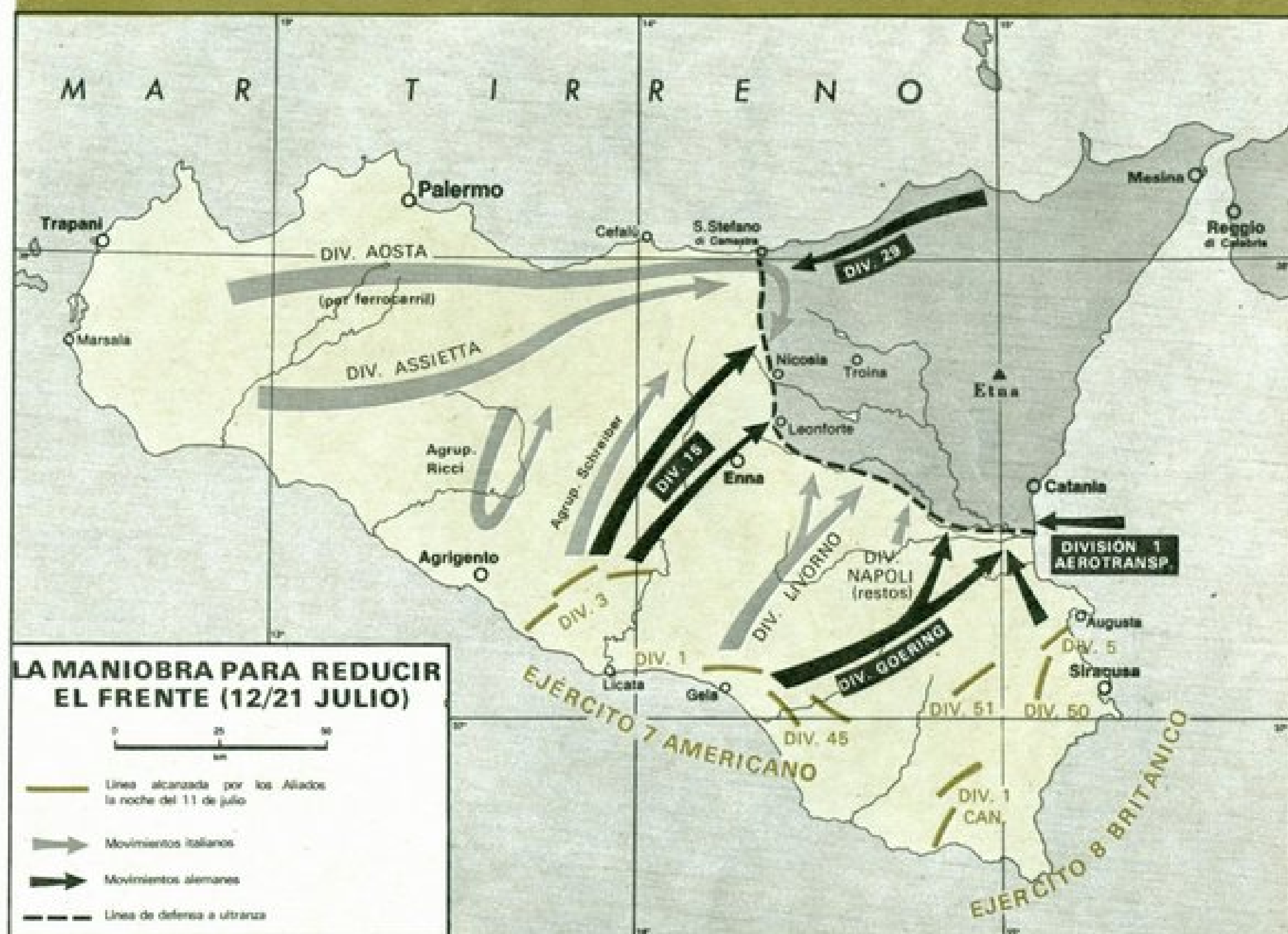
Guzzoni estaba convencido de que el desembarco aliado se llevaría a cabo entre Catania y Licata, y allí fue precisamente donde se efectuó; Kessel-



Soldados británicos en las calles de la ciudad de Augusta, conquistada el 13 de julio y gravemente dañada por los bombardeos aéreos. Contrariamente a lo que afirmaron los Aliados, los defensores del Eje no fueron sorprendidos por el desembarco en Sicilia, ni en cuanto al sector elegido ni por la entidad de las fuerzas empleadas en él. (Archivo Rizzoli)



El despliegue de las fuerzas del Eje en previsión del desembarco aliado en Sicilia (mapa superior). En toda la extensión de las costas sicilianas, con una longitud total de 1100 kilómetros, se situaron seis divisiones y dos brigadas costeras; pero, como había previsto el mando italiano, éstas, por su exigüidad, comparadas con las fuerzas aliadas y por la carencia de apoyo aéreo, sólo pudieron dificultar el desembarco, pero no impedirlo. Por otra parte, las divisiones preparadas para la defensa móvil no estaban adecuadamente equipadas para enfrentarse con los masivos ataques acorazados aliados y además se hallaban extendidas a lo largo de un frente demasiado extenso. Por esto, tras el fracaso de la contraofensiva costera del Eje, el general Guzzoni ordenó a las fuerzas italo-alemanas que efectuaran una maniobra de repliegue en dirección Nordeste (mapa inferior), y se situaran en una línea defensiva, que iba desde la costa septentrional a la oriental, para tratar de cerrar el paso del Ejército 8 hacia Catania.



ring, por el contrario, consideraba que estaba más amenazada la costa occidental, entre Trapani y Marsala, pues se encontraba más próxima a Túnez y, sobre todo, a las bases aéreas aliadas. La opinión de Guzzoni se basaba en dos consideraciones esenciales: que el objetivo de la ofensiva aliada sería Mesina y que lo más importante para los Aliados era apoderarse de los aeródromos; y ya se sabe que los mayores campos de aviación se encontraban precisamente en la zona sudoriental. Tampoco se dejó engañar por las noticias (ciertas) de que las fuerzas enemigas, y sobre todo las acorazadas, estaban en su mayor parte concentradas en Argelia y Túnez y, por lo tanto, más cerca de la costa occidental. Afirmaba incluso que, en su opinión, el mejor plan para los Aliados sería desembarcar en Calabria; Sicilia, una vez aislada, se vería inevitablemente obligada a rendirse. Y en efecto, Butcher escribió que Eisenhower admitió que había cometido un error efectuando el desembarco en Sicilia en vez de hacerlo en Calabria.

El 26 de junio Guzzoni y Kesselring discutieron la dislocación de las divisiones alemanas. Guzzoni propuso mantener toda la División *Goering* en el sudeste de la isla, cerca de Gela; disponer 1/3 de la División 15 (Grupo *Schmalz*) en el llano de Catania, y 1/3 al Oeste (Grupo *Ens*). Kesselring, en cambio, quería situar al Oeste dos Grupos (*Ens* y *Fullriede*) con el mando de la división. Para conciliar las dos opiniones, Kesselring propuso que se trasladasen al Oeste los Grupos *Ens* y *Fullriede*, pero que se sustituyese a este último en el centro de la isla por el nuevo Grupo *Neapel*. Guzzoni aceptó el plan, pues la proporción de fuerzas en el oeste y en el este correspondía a sus propósitos, pero puso una condición: que el Grupo *Fullriede* permaneciese en Canicatti hasta que se constituyese el Grupo *Neapel*. Por eso, el 10 de julio, fecha del desembarco, el Grupo *Fullriede* estaba aún en Canicatti y al Oeste había tan sólo el Grupo *Ens*. Por lo tanto, las dos divisiones alemanas estaban, casi en su totalidad, dispuestas de forma que podían intervenir rápidamente en cualquier punto de la costa situado entre Catania y Licata, especialmente hacia Catania y hacia Gela.

Las informaciones sobre los movimientos de los convoyes aliados habían permitido al mando del Ejército 6 tener una idea de la potencia enemiga, aun superior a la realidad, y no albergar dudas sobre la gravedad de la amenaza que se cernía sobre Sicilia.

Por ejemplo, el Estado Mayor del general Guzzoni sintetizó la situación, el 26 de junio por la tarde, afirmando: «*Estamos convencidos... de que la zona amenazada es la de Gela-Catania*». Afirmó también que el período más favorable para un desembarco era el comprendido entre el 26 de junio y el 10 de julio, pues el Mando aliado preferiría escoger una noche sin luna para efectuarlo. En el boletín del 2 de julio declaró:

«*La preparación (de la operación anfibia) ha concluido ya y la primera decena de julio es una época muy propicia: por lo tanto hay que esperar, de un momento a otro, el comienzo de la ofensiva. Dudar de esta posibilidad sería una culpable tergiversación de la realidad. Las noticias concuerdan en lo referente a un ataque contra Sicilia o Cerdeña, pero hay mayores probabilidades de que sea contra Sicilia, y allí donde ataque, el enemigo lanzará todo el peso de sus medios. El desembarco se efectuará, indudablemente, en un frente extensísimo para desorientar e impedir la maniobra. Participarán en la acción los paracaidistas, que están llevando a cabo entrenamientos de lanzamiento nocturnos*».

No se podía prever con más exactitud lo que iba a ocurrir: inminencia de un ataque en un frente extensísimo, con grandes fuerzas y utilizando paracaidistas.

El día 4 de julio por la tarde, en el resumen de la situación hecho por el Estado Mayor del Ejército 6 se precisaba: «*Los bombardeos aéreos efectuados hoy por el enemigo podrían formar parte perfectamente de la preparación de su acción ofensiva, que encontraría hasta el 10 de julio una luna favorable, es decir, luna nueva. Los alemanes parecen decididos a creer que el ataque se prepara contra tres objetivos al mismo tiempo: Cerdeña, Sicilia y Grecia, y que, por lo tanto, al ser de tanta envergadura, no podrá ser realizado de momento. Sin embargo, es un hecho incontestable que, contra Sicilia, lo podrían lanzar hoy mismo*».

El 5 de julio, el mando del Ejército 6 tuvo la seguridad de que el Ejército 8 británico se estaba concentrando en los puertos situados entre Trípoli y Túnez, y el boletín de la tarde precisó: «*Por lo tanto, está destinado a actuar contra Sicilia. Síntoma muy grave y decisivo. El peligro de un ataque inminente se acentúa*». Es, pues, evidente, que ni siquiera la fecha del desembarco sorprendió al mando, y mucho menos el 9 de julio por la tarde.

La reacción de las defensas costeras

Del 4 al 8 de julio, los Aliados lanzaron una violentísima ofensiva aérea contra los aeródromos, el estrecho y las comunicaciones calabresas,

encontrando una heroica oposición por parte de los cazas, que el 9 de julio por la tarde se reducían a 40 aparatos italianos y otros tantos alemanes. En las últimas horas del 9 de julio la ofensiva aérea se concentró en núcleos habitados en los que hubiera tropas acuarteladas: Caltanissetta, Palazzolo Acreide, Catania, Siracusa. Inexplicablemente no se atacó Enna, donde se encontraba el puesto de mando del Ejército. Inmediatamente después (19 horas), se señaló la presencia en el mar de seis convoyes que navegaban en dirección a cabo Passero y a la rada de Gela; se dio en seguida la orden de alarma, que en pocos minutos llegó a los puestos de mando dependientes y, desde allí, en poquísimo tiempo, a las tropas de la costa. El general Guzzoni ordenó también que se volaran los embarcaderos de los puertos de Gela y Licata y lanzó una proclama que se difundió a la una, poco antes de que comenzasen los desembarcos.

Evidentemente, nadie fue sorprendido la noche del 9 al 10 de julio.

Hacia medianoche llegaron al puesto de mando del Ejército 6 las primeras noticias de lanzamientos de paracaidistas en el sector de la División costera 206 y en el de la Brigada costera 18. Y a las 2,30 horas se dio parte de las primeras oleadas de embarcaciones de desembarco que se aproximaban a las playas.

El ejército 8 británico desembarcó en las costas defendidas por la División costera 206 (general d'Havet) dividido en dos bloques:

- el Cuerpo de Ejército XIII (dos divisiones) en 20 km de frente defendidos por un batallón costero y cinco baterías;
- el Cuerpo de Ejército XXX (dos divisiones y una brigada) en 34 km de frente, a ambos lados de la península de Pachino, defendidos por un batallón y medio y cuatro baterías.

El Ejército 7 americano desembarcó en la siguiente disposición:

- el Cuerpo de Ejército II (tres divisiones) sobre un frente de 58 km, defendido por la brigada costera 18 (general Mariscalco), que contaba con cuatro batallones y 10 baterías, y sobre el de 21 km defendido por un batallón de la División costera 207 (general Schreiber), con dos baterías y un tren armado.

Se afirma que la defensa costera no ofreció resistencia.

Ante todo hemos de preguntarnos qué resistencia podían oponer fuerzas tan reducidas, diluidas en frentes tan amplios, a las oleadas de desembarco que llegaban a la playa bajo la protección de los grandes cañones de los buques. En segundo lugar, afirmamos que resistieron como y cuando las circunstancias lo permitieron, pues hay testimonios que lo prueban.

Peter Kemp reconoce que en el frente del Cuerpo de Ejército XIII británico *«los progresos iniciales fueron más lentos a causa de la acción de la artillería enemiga»*. Evidentemente, las cuatro baterías costeras en posición hicieron un buen trabajo. El comandante Anthony Kimmins reconoció también que la defensa costera reaccionó contra los medios de desembarco, escribiendo en octubre de 1943: *«Los italianos, aturdidos ante la masa de embarcaciones, disparaban en todas las direcciones; los proyectiles silbaban por todas partes, descubriendo las posiciones de las baterías y de los fortines. Los destructores comenzaron a responder al fuego con su artillería...»*.

El capellán del Regimiento costero 146, autorizado por los ingleses para sepultar los muertos, contó alrededor del reducto de Fontana Bianca, en el sector del Cuerpo de Ejército XIII británico 105 cadáveres de ingleses y en el interior del reducto 14 cadáveres italianos, la mitad de la guarnición. Algunos de estos reductos resistieron unas horas, hasta que murieron los comandantes y gran parte de los hombres. Naturalmente, entre reducto y reducto, existían amplios intervalos, por los que penetraban sin combatir infantería y carros de combate, y así se difundió la impresión de que no había habido resistencia. ¿Cómo se podía mantener una «línea continua» de defensores a lo largo de toda la extensión de costas atacadas?

En el informe del Estado Mayor canadiense se cita, como prueba de la escasa resistencia por parte de los italianos, el hecho de que la División 1 canadiense sólo perdió durante el desembarco 75 hombres, entre muertos y heridos. Considerando que en el frente de la división no había más que 250 defensores, el hecho de que alcanzaran a 75 enemigos demuestra que combatieron y dispararon incluso muy bien.



Arriba, a la izquierda: las consecuencias de la victoria: soldado norteamericano herido por un *shrapnel* durante el ataque de Patton contra Mesina. Al lado: 17 de agosto de 1943: una patrulla de infantería norteamericana avanza por las calles de Mesina. Después de la retirada de las fuerzas alemanas de Sicilia, la situación se hizo desesperada para las restantes fuerzas italianas. *(US Army)-(Archivo Rizzoli)*



Entre los escombros de un edificio, en las proximidades de Enna, dos soldados italianos son hechos prisioneros por los ingleses. El 17 de agosto, después de la conquista de Mesina por las fuerzas angloamericanas, también los últimos contingentes italianos dejaron Sicilia para retirarse a la península. (Imperial War Museum)

Algunos escritores ingleses citan como un gran éxito la ocupación de la península de Pachino, ultimada el mismo día 10 de julio por la tarde. En los 34 km de costa, entre Marmei y Punta Castellazzo, desembarcó la 231ª Brigada *Malta* y todo el Cuerpo de Ejército XXX; y con ellos se enfrentaron el Batallón costero CCXLIII, una compañía del DXLII, dos compañías de ametralladores, cuatro baterías de artillería y después, durante el día, dos grupos móviles correspondientes a un batallón cada uno. Habría sido muy raro que dos divisiones y una brigada británicas, más dos comandos y apoyados por el fuego de los buques, hubiesen tenido que combatir más de un día contra una fuerza equivalente a poco más de un regimiento.

En lo que respecta al desembarco de la División 3, del Cuerpo de Ejército II americano, tenemos informaciones interesantes en la obra oficial del almirante Morison titulada *Las operaciones navales de los Estados Unidos*. Donde desembarcó la columna más occidental, cerca de Torre di Gaffe, en un kilómetro de frente aproximadamente, se encontraban en posición 50 soldados de infantería del Batallón costero CCCXC. Morison escribió: *«En la playa "roja" el fuego de las ametralladoras y de la artillería italiana comenzó a caer sobre la playa precisamente cuando se estaban aproximando las embarcaciones de desembarco... algunos sirvientes de ametralladoras permanecieron firmes en sus posiciones; dos de las embarcaciones LCI entablaron combate, una quedó agujereada como un colador en una feroz refriega»*.

A causa del «violento fuego italiano» (continúa Morison en su narración) se pidió fuego de apoyo, informando que *«la oleada de ataque estaba contenida»*. El crucero *Buck* silenció una batería; pero a las 6,45 el comandante de la playa pidió la suspensión de los desembarcos, pues *«la situación era ardiente y disputada»*. Intervino entonces con sus cañones el crucero *Brooklyn* y a las 7,10 cesó el fuego italiano contra la playa «roja».

Más hacia el Este, en la playa de Falconara, la resistencia fue más débil; no obstante, disparaban ametralladoras y cañones, y el crucero *Brooklyn* tuvo que efectuar 713 disparos con sus piezas de 152 mm para silenciar la batería de Monte Desusino. Sin embargo, a las 15,30 horas, una batería disparaba aún contra una oleada de medios anfibios y otras disparaban contra los buques *Bristol* y *Biscayne*.

El desembarco de los *Ranger* en Gela fue, según Morison, «el que encontró la resistencia más encarnizada». El fuego cruzado de dos ametralladoras aniquiló todo un pelotón de *Ranger*; la tripulación de una embarcación de desembarco LCI combatió durante cuatro horas, sufriendo graves pérdidas; después, los buques silenciaron una batería, pero una pieza continuó disparando toda la tarde.

La División 1 norteamericana desembarcó al este de Gela, y en la relación del Ejército americano se puede leer: *«El fuego de la artillería se abatió sobre la segunda oleada y los italianos continuaron disparando también contra las oleadas tercera y cuarta; el fuego no disminuyó hasta después de las 4, bajo el fuego del crucero* Boise *y del destructor* Jefferson*»*.

Morison nos da aún más detalles: *«después de veinte minutos se desencadenó el fuego de las ametralladoras y de otras armas»*. En el terreno minado volaron por los aires vehículos anfibios, camiones y *bulldozers*. En la playa «amarilla», en la desembocadura del Acate, una ametralladora abrió fuego contra una lancha LCI y la tropa se negó a desembarcar.

Estos testimonios del enemigo son suficientes para demostrar que la defensa costera hizo todo lo que estaba en condiciones de hacer, aunque no ciertamente lo que los atacantes habían previsto, pues su escaso potencial no le permitía hacer más. La resistencia fue más activa en algunos sectores, menos en otros y quizás faltó por completo en algunos; cuando vieron que el combate era desigual, es cierto que algunos soldados se rindieron y que otros huyeron, pero es injusto y falso afirmar que no hubo resistencia.

Comienza la maniobra para reducir el frente

Veamos ahora la reacción del general Guzzoni al llegar las primeras noticias al puesto de man-

do del Ejército. Cuando aún no se había separado de los buques ninguna embarcación de desembarco, a la 1,45 horas comunicó a los puestos de mando de los Cuerpos de Ejército que debían esperar, entre las 3 y las 4, un desembarco en la playa comprendida entre Gela y Agrigento. A las 4 se enteró de que los paracaidistas se habían apoderado de las baterías de la península de la Maddalena, inmediatamente al norte de Siracusa, y entonces, intuyendo el peligro que se cernía sobre aquel importante sector, ordenó que el Cuerpo de Ejército XVI enviara la División *Napoli* hacia Siracusa. Mientras tanto, contraatacaban los grupos tácticos y los grupos móviles; dos combatieron en la península de Pachino y sufrieron graves bajas; el grupo móvil «E», de Niscemi, avanzó hacia Gela. Algunos de sus carros de combate entraron en la población y fueron destruidos. Morison escribió a este respecto: *«El general Guzzoni había puesto en marcha su contraataque antes del amanecer... Ordenó que tomara parte en él la División* Goering*. La columna oriental de la división se movía muy lentamente, hostigada por paracaidistas y retrasada por interrupciones en la carretera. Todo el peso del contraataque en aquel sector se encargó al grupo móvil italiano de Niscemi. Contra éste, el crucero* Boise *y un destructor dispararon 572 proyectiles».*

Un grupo de la 10ª Agrupación autopropulsada y *bersaglieri* del Regimiento 177 cortaron en el desfiladero de Favarotta la carretera que conducía de Lucata a Canicatti. Aún de noche, el general Guzzoni ordenó que el Cuerpo de Ejército XII enviara tropas hacia la zona Agrigento-Licata-Canicatti, y que la División 15 alemana trasladase inmediatamente el Grupo *Ens* al mismo Canicatti, a donde llegó la noche del 11 al 12 de julio, uniéndose de inmediato al Grupo *Fullriede*, que ya estaba haciendo frente a las vanguardias americanas.

Desgraciadamente, en el curso de la misma tarde del 10 de julio la División 5 británica ocupó Siracusa con su puerto completamente intacto.

El general Guzzoni había ordenado ya que el día 11, a primeras horas de la mañana, las Divisiones *Livorno* y *Goering* atacasen juntas en dirección a Gela y que la División *Napoli* y el Grupo alemán *Schmalz* avanzasen, respectivamente, desde Solarino y desde Catania en dirección a Siracusa.

La División *Livorno* (general Chirieleison) avanzó con gran empuje en tres columnas; la de la derecha llegó al paso a nivel situado al oeste de Gela y las del centro y de la izquierda llegaron muy cerca de la población, mientras la División *Goering* se aproximaba a la playa situada al este de Gela. Pero el fuego intensísimo de la artillería naval obligó a las dos divisiones a detenerse y luego a replegarse, después de sufrir graves pérdidas. Los buques aliados, según Morison, dispararon 3494 granadas de gran calibre, 867 de ellas contra la columna de la División *Livorno*. La División *Napoli*, que actuaba fraccionada en dos grupos tácticos, combatió en Palazzolo Acreide y en Solarino y no pudo avanzar más; el Grupo *Schmalz*, tras combatir con una vanguardia de la División 5 británica cerca de Priolo, se replegó.

La noche del 11 al 12 de julio, el general Guzzoni tuvo que tomar una grave decisión. La contraofensiva había fracasado a causa de la enorme desproporción de las fuerzas y de la amplitud del frente atacado. Era indispensable concentrar las divisiones italianas y alemanas sobre una línea de extensión reducida, proporcionada a sus posibilidades, y resistir en ella a ultranza; y era asimismo urgente detener el avance del Ejército 8 británico en dirección a Catania. Guzzoni decidió entonces romper el contacto con el enemigo, efectuar una maniobra de retirada (desviándose con el flanco izquierdo hacia el mar para cortar la carretera de Catania al citado Ejército 8) y desplegar las fuerzas sobre una línea de defensa relativamente continua desde la costa septentrional hasta la oriental, que pasase por San Fratello, Nicosia, Leonforte y el curso del río Simeto y llegase hasta el mar, al sur de Catania. Durante la noche se cursaron las órdenes, y el mariscal Kesselring, llegado a Enna el 12 por la mañana, se mostró totalmente de acuerdo con la decisión tomada y las órdenes cursadas.

La maniobra de repliegue se completó con el traslado hasta la línea de defensa San Fratello-Nicosia de las Divisiones *Assietta* y *Aosta*. Morison escribió: «esta operación se llevó a cabo de forma magistral».

Sólo gracias a la decisión tomada por el general Guzzoni fue posible organizar a tiempo la defensa de la llanura de Catania, utilizando para ello la División *Goering*, reforzada por unidades de la División paracaidista 1 alemana. Participaron también en la defensa unidades de la División costera 213, de la defensa del puerto de Catania y un batallón de *arditi*.

Mientras tanto, la mayor parte de la División *Napoli* (general Gotti Porchinari), después de dos días de combate, había quedado cercada en las proximidades de Solarino, y la División *Livorno* había mantenido un combate de retaguardia en Bivio Gigliotto. Las unidades todavía eficientes de la *Napoli* (76ª de infantería y dos grupos de artillería) desplegaron en la llanura de Catania, llenando el vacío que existía entre la División *Goering* y la 15.

En Canicatti, el mando del Cuerpo de Ejército XII había constituido una agrupación, a las órdenes del general italiano Schreiber, que combatió en el flanco derecho de la División 15.

La División 3 americana avanzó hacia Agrigento, y en los alrededores de la ciudad se combatió duramente hasta el 16 de julio por la tarde. La defensa se vio desbordada por los bombardeos aéreos y por los que, desde el mar, efectuaron ininterrumpidamente los cruceros *Birmingham*, *Brooklyn* y *Philadelphia*, un monitor y varios destructores que apoyaban el ataque de la citada División 3.

El Ejército 7 americano tenía ya abierto el camino hacia Palermo y hacia la zona occidental de la isla, que, en realidad, ya no tenía importancia en el cuadro de la evolución de las operaciones. Se produjeron combates de retaguardia hasta el 21 de julio: la División *Livorno* sacrificó sus últimos batallones de infantería luchando desde el 18 al 20 de julio en el llano de Catania; la Agrupación *Schreiber* protegió la retirada de la División 15, desgastándose en varios combates hasta el total agotamiento; sobre la dirección Agrigento-Palermo las vanguardias americanas tuvieron que hacer frente a una tenaz resistencia y rechazar audaces contraataques de los pocos elementos motorizados que constituían la agrupación móvil mandada por el general Goffredo Ricci.

El día 21 la maniobra de retirada y de acortamiento del frente sobre la línea Santo Stefano di Camastra-Nicosia-llano de Catania había concluido y el Ejército 8 estaba ya inmovilizado. Sobre aquella línea, el general Guzzoni pensaba resistir a ultranza. El 27 de julio, cuando el Ejército 7 americano estaba a punto de lanzar la ofensiva en el sector Santo Stefano-Nicosia, se produjo un imprevisto. El mando de la División *Aosta* informó al mando de Ejército que la División 15 alemana, aunque todavía no había sido atacada, estaba desalojando las posiciones de Nicosia. El general Guzzoni pidió inmediatamente explicaciones al teniente coronel alemán Meier, ayudante del general von Senger, representante del mariscal Kesselring ante el mando del Ejército; pero sólo obtuvo respuestas evasivas y embarazosas. A la mañana del día siguiente, 28 de julio, se presentaron ante Guzzoni los generales Hube y von Seger, quienes intentaron justificar el retroceso de la División 15 por el cansancio de los soldados. Guzzoni insistió en que se resistiese a ultranza, pero Hube se mantuvo inflexible, afirmando que debía efectuarse forzosamente una maniobra de retirada. Aunque los generales alemanes, siguiendo la orden taxativa de mantener el secreto, mostraban una actitud ambigua, se vio pronto muy claramente que iban a evacuar Sicilia. Como escribió más tarde von Rintelen en su libro *Mussolini el aliado*, ya la noche del 26 al 27 de julio, después de la caída de Mussolini, Hitler había ordenado que se llevaran a cabo los preparativos para evacuar la isla. El general Guzzoni insistió en prolongar la resistencia, pero fue en vano. Habría querido poder resistir él solo únicamente con las fuerzas italianas, mas los restos de las Divisiones *Aosta* y *Assietta* ya no estaban en condiciones de hacerlo. Por lo tanto, con el consentimiento del Mando Supremo, tuvo que ordenar que prosiguieran los movimientos de retirada.

El general Hube organizó la evacuación de la isla con gran habilidad, retrocediendo a líneas sucesivas, sin empeñarse duramente en ningún combate y consiguiendo llevar a Calabria la casi totalidad de las tropas alemanas. La mayor resistencia al avance del Ejército 7 se produjo en Troina, y Morison, tras definir aquel combate como «el más sangriento de toda la campaña», añadió: *«La División 15 y la División* Aosta *ofrecieron una intrépida resistencia, contraatacando por lo menos 24 veces».*

Si los alemanes no se hubieran retirado, la resistencia en la isla habría durado más; y lo cierto es que las fuerzas italianas lucharon hasta el final, naturalmente en la medida en que se lo permitían la ya reducidísima entidad de las tropas y su inadecuado armamento. Las últimas unidades italianas cruzaron el estrecho al amanecer del 17 de agosto.

A los Aliados les costó 38 días llegar a Mesina. Más tarde, en Normandía, después de sólo 45 días de iniciado el desembarco, los Aliados avanzaban ya hacia el Sena y el Rin. La comparación dice mucho a favor de la defensa de Sicilia.

La Marina italiana no pudo participar en la defensa de la isla: a los tres acorazados, seis cruceros y 18 destructores de que aún disponía, como carecían de protección aérea, la Aviación aliada les habría impedido llegar a las aguas de Sicilia, en las que, por añadidura, el almirante Cunningham había dispuesto una fuerza de seis acorazados, dos portaaviones, seis cruceros y 24 destructores. La Marina italiana no pudo utilizar en tan crítico momento más que lanchas torpederas y submarinos.

La Aviación actuó con gran espíritu de sacrificio; los cazas lucharon heroicamente del 4 al 9 de julio, y en los primeros días de la batalla un escuadrón de bombarderos y varios escuadrones de asalto fueron destruidos en el curso de audaces y temerarios ataques contra los buques aliados. Cayeron en aquellos días valerosos veteranos del Norte de África y de las ofensivas contra Malta.

Marineros y aviadores tuvieron como tumba el mar. En los cementerios de Sicilia se enterraron los cuerpos de más de 4600 caídos italianos, junto con 4400 alemanes y 5200 ingleses y americanos. Estas cifras desmienten por sí solas la falsa leyenda de que los italianos no combatieran para defender Sicilia.



EMILIO FALDELLA, GENERAL

Nacido en 1897, era subteniente de los Alpinos a los 18 años y capitán a los 19 por méritos de guerra. Participó en la guerra de 1914-1918. Alternó después periodos de mando en unidades alpinas con periodos de servicio en el Estado Mayor, tanto en Italia como en el extranjero. Ascendido a coronel en 1939, mandó, durante la guerra, un regimiento alpino; después fue jefe de la oficina de adiestramiento y de la Escuela de Estado Mayor, y, ya con el grado de general de brigada, fue jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Sicilia durante la invasión. Participó en la resistencia y pasó mucho tiempo en la cárcel. Al acabar la contienda fue gobernador militar de Milán. Dejó voluntariamente el servicio con el grado de general de división para dedicarse a los estudios de historia y a la actividad literaria. Sus libros más recientes son: *Lo sbarco e la difesa della Sicilia; L'Italia e la seconda guerra mondiale; Le guerre che nessuno vuole; Le bataglie dell' Isonzo; Da Caporetto al Piave; Le vere cause di una tragedia: Caporetto.*

DEL 25 DE JULIO AL 8 DE SEPTIEMBRE

Rodolfo Mosca, profesor

Debe considerarse como el origen de lo que ocurrió el día 25 de julio de 1943 la certeza que todos tenían de que la guerra estaba perdida sin remedio para Italia. Esta certidumbre comenzó a madurar a fines del año 1942, después de la derrota de El-Alamein y del desembarco anglo-americano en Argelia y en Marruecos. Esta opinión la compartía el país en su conjunto, y no en menor grado que los Aliados. Pero ni el país ni los beligerantes tuvieron un papel predominante ni decisivo en los acontecimientos que se produjeron aquel domingo de fines de julio.

En realidad, la convicción de la derrota obró a fondo en el interior de las estructuras políticas del país: el régimen y la monarquía. La idea de la derrota destrozó su solidaridad, que había durado unos veinte años. El problema que se presentaba era cómo salir de la guerra perdida sin ser arrastrados por ella; pero no se presentaba del mismo modo para los grandes jerarcas del régimen que para la monarquía. Ya esta contraposición dice mucho. Desde el primer momento no estaban enfrentados el régimen, la dictadura fascista, y la monarquía, sino esta última y los grandes jerarcas. El régimen era Mussolini, y Mussolini no creía en la fatalidad de la derrota; en cualquier caso rehusaba tomarla en consideración. Por ello, los grandes jerarcas, que sí creían en ella, debían separarse del régimen si querían salvarse. Pero si éstos lo abandonaban, no tenían otra alternativa que confiarse a la monarquía. La posición de la monarquía era distinta. El rey y los generales que le habían jurado fidelidad sabían que lo que se necesitaba verdaderamente era salvar la monarquía. Ésta, aunque pasivamente adaptada al régimen, no se había anulado jamás ante él.

Así, pues, la monarquía y los jerarcas fueron los protagonistas exclusivos de aquella serie de acontecimientos que desembocaron en el 25 de julio. También es verdad que, en un principio, buscaron apoyos exteriores; sólo cuando se dieron cuenta de que nunca se los concederían, decidieron, cada uno por cuenta propia, resolver el problema con los medios que tenían a su disposición. Los jerarcas no podían ofrecer, a cambio de la ayuda para salir de la guerra, la liquidación del régimen. La monarquía, por lo demás, tampoco tuvo mejor fortuna, incluso al empeñarse en el derrumbamiento de la dictadura de Mussolini (el sondeo del duque d'Aosta, la acción personal de la princesa de Piamonte, María José, los cautos avances de Badoglio en enero de 1943).

Pero justamente esta experiencia negativa fue un factor importante en la preparación de los acontecimientos del 25 de julio; decisiva para llegar al filón principal del proceso que llevó a aquel epílogo. Se originaba en el rey. Éste se encontraba ante una alternativa: o los adversarios le ayudaban a liquidar el régimen, previa separación de Alemania, o lo rechazaban. En ambos casos, el rey no podía contar más que con sus generales. La alternativa se reveló en seguida como ilusoria. No había más solución, si quería salvar la monarquía, que liquidar el régimen con los medios que solamente los generales tenían a su disposición. Según el testimonio del duque Acquarone, ministro de la Real Casa y brazo derecho del soberano, Víctor Manuel III había decidido, ya desde el día 1 de enero de 1943, derrocar el régimen y poner fin a aquella guerra perdida.

El 13 de mayo de 1943 terminó la guerra en África. Desde aquel momento, más tarde o más temprano, la guerra afectaría directamente a la península. Pero en las dos semanas que siguieron, no sucedió nada, en apariencia, que modificase la situación interior. El 22 de mayo, Mussolini, hablando con Bottai, profetizaba misteriosamente que «en agosto, la situación cambiará a nuestro favor», y le parecía que así lo resolvía todo. Por su parte, la princesa de Piamonte, María José, pensaba utilizar el Vaticano (pero este era un procedimiento que Víctor Manuel rechazaría siempre); interesó al presidente de Portugal, Salazar; hizo que Acquarone se entrevistase con el presidente del consejo anterior al fascismo, Bonomi. Pero Acquarone, que servía los deseos del rey, declaró a Bonomi que el soberano no quería oír hablar de negociaciones secretas de paz separada.

Suo Maestà il Re e Imperatore ha rivolto agli Italiani il seguente proclama:

Italiani,

Assumo da oggi il comando di tutte le Forze Armate. Nell'ora solenne che incombe sui destini della Patria ognuno riprenda il suo posto di dovere, di fede e di combattimento: nessuna deviazione deve essere tollerata, nessuna recriminazione può essere consentita.

Ogni italiano si inchini dinanzi alle gravi ferite che hanno lacerato il sacro suolo della Patria.

L'Italia per il valore delle sue Forze Armate, per la decisa volontà di tutti i cittadini, ritroverà nel rispetto delle istituzioni che ne hanno sempre confortata l'ascesa, la via della riscossa.

Italiani,

sono oggi più che mai indissolubilmente unito a voi dall'incrollabile fede nell'immortalità della Patria.

Firmato: **VITTORIO EMANUELE**

Controfirmato: **BADOGLIO**

Roma, li 25 luglio 1943

La proclama con la que Víctor Manuel III, el día 25 de julio, tras la caída de Mussolini, apeló a la unidad del país en el seno de la monarquía. Ya desde el 1 de enero de 1943, al empezar a perfilarse la derrota del Eje, el rey había decidido que Mussolini tenía que ser destituido, a fin de poder asegurar la salvación del régimen monárquico en el país. (Foto G M)

A comienzos de junio, los jerarcas empezaron a su vez a moverse. El primero fue Grandi, quien, persuadido de que ya no se podía esperar nada de Mussolini, se dirigió al rey. Éste le recibió el 3 de junio. Grandi, según su relato, fue de una claridad brutal. Considerada la gravedad de la situación, a su juicio no le quedaba al rey más que la abdicación o la inversión de las alianzas. Víctor Manuel no se inmutó. Considerando que no creía en una invasión del país, admitió querer poner fin a la dictadura fascista. Pero, al mismo tiempo, disminuyó la importancia de aquella admisión reduciendo el problema al nivel de una cuestión de técnica constitucional.

De esta forma, también Grandi se marchó descorazonado. No se dio cuenta de que, por el contrario, aquella conversación había sido importantísima. La mención de las técnicas constitucionales no se había hecho por azar. Constituían una invitación precisa a los jerarcas para que ellos mismos se hicieran promotores y responsables de lo que sería la primera parte del plan encaminado a quitar de en medio a Mussolini y sustraer a la monarquía de las consecuencias de la guerra perdida. El rey no había ocultado que este era el fin perseguido; había sido sincero. Pero, sin de-



La edición del «Corriere della Sera» con el anuncio de la dimisión de Mussolini y del encargo confiado por el rey al mariscal Badoglio de formar un nuevo Gobierno. El primer anuncio del cambio de Gobierno se transmitió por radio a las 22,45 horas del 25 de julio. *(Archivo Rizzoli)*

cirlo, sugería a Grandi la idea de que fueran los propios jerarcas, los miembros de un cuerpo constitucional como el Gran Consejo, los que facilitaran la cobertura formal y política para la realización del plan que, materialmente, llevarían a cabo los militares.

Planteada la partida en estos términos, era preciso esperar que los jerarcas tomasen la iniciativa. El apresuramiento lo echaría todo a perder. Por ello, el rey, al recibir al ex ministro Marcello Soleri, el 8 de junio, después de haberle escuchado perorar sobre la necesidad de obrar sin dilaciones si se quería salvar la monarquía, le despidió diciéndole que tendría placer en volverle a ver durante las vacaciones veraniegas en Santa Anna di Valdieri.

La rendición de Pantelaria, que aproximaba a los angloamericanos a Italia y presagiaba acontecimientos mucho más graves, debía estimular a los jerarcas para actuar. Y así fue. El 19 de junio se celebró el último consejo de ministros del régimen. Y en él, por primera vez, por lo menos desde hacía muchísimo tiempo, un ministro, el de Comunicaciones, Vittorio Cini, sin que ni siquiera se le hubiera interpelado, osó poner las cartas sobre la mesa acusando a Mussolini de haber sido siempre sorprendido por los acontecimientos y de no tener un programa ni ideas claras. De Marsico, ministro de Justicia, sostuvo después que los pueblos no tienen el derecho a suicidarse. Mussolini se mantuvo firme en su fe en la alternativa de vencer o caer con Alemania. Pero, por primera vez, se vio forzado a la defensiva, a dar explicaciones: esto era ya la crisis de la dictadura, que, por naturaleza, ataca y no explica, pues de otra forma está perdida.

Por lo tanto, el 19 de junio debe considerarse el punto de partida de los acontecimientos que culminaron el 25 de julio. El 24 de junio Mussolini pronunció el discurso del «que está con el agua al cuello». El discurso pretendía infundir valor, pero sólo se percibieron en él los tópicos que contenía. Aquel mismo día Cini presentaba su dimisión como ministro; y tres días más tarde, el 27, Farinacci reveló a Mussolini que se preparaba un complot contra él: estaban por medio Grandi, Acquarone, Badoglio y Ambrosio; y luego Bottai y Federzoni. Mussolini no lo creyó; e igualmente escéptico fue el embajador alemán von Mackensen, informado inmediatamente. Pero en realidad, el grupo de jerarcas alrededor de Grandi iba creciendo lentamente y, por otra parte, Badoglio, que parecía resuelto a asumir la direción del gobierno que sucedería a la dictadura, mostraba incluso signos de impaciencia.

El desembarco de los anglo-americanos en Sicilia constituyó el último empuje, como ya se ha observado, a una situación que estaba en movimiento. El rey se encontraba en la residencia de San Rossore y volvió rápidamente a Roma: se aproximaba el momento de la decisión. El 14 de julio, el general Castellano recibió de su superior, el general Ambrosio, la orden de volver a examinar y ultimar el plan para la detención de Mussolini. Pero el rey, el 15, recibió a Badoglio y se negó una vez más a señalar plazos determinados. Fijar un plan fijo equivaldría a un fracaso. En realidad, el rey, seguro en lo que respecta a los militares, y considerando inocuos a los viejos antifascistas, esperaba que los generales desempeñaran su papel. Pero con el enemigo a las puertas de casa ya no se podía esperar.

En efecto, el 16 de julio los jerarcas se reunieron dos veces. Después fueron a ver a Mussolini, al Palazzo Venezia, para presentarle las conclusiones a las que, por mayoría, habían llegado; y estas conclusiones eran, a primera vista, paradójicas. Las instituciones, afirmaban, no funcionan y las leyes no se aplican. Bottai ya había observado, por la mañana, que los regímenes parlamentarios pueden recurrir, en casos excepcionales, al remedio de los plenos poderes extraordinarios. Las dictaduras, para las que los plenos poderes son la regla, en casos excepcionales deben recurrir a los organismos constitucionales existentes pero no aplicados. En consecuencia, los jerarcas querían que se reuniese el Gran Consejo. Y Mussolini aceptó.

Entre la aceptación y la convocatoria oficial para la reunión pasaron cinco días. Y entre tanto, el día 18, Mussolini fue a encontrarse con Hitler en Feltre: Hitler se preocupaba, sobre todo, por proteger a Alemania de las consecuencias de un

derrumbamiento militar en Italia; le hizo promesas vagas e invitó a su aliado a tomar decisiones drásticas. Mussolini permaneció callado durante casi todo el tiempo que duró la entrevista, y su pasividad ante Hitler anticipaba la que manifestaría ante el Gran Consejo.

El 19 Roma fue bombardeada; y el 21 el Gran Consejo fue convocado para el sábado 24, a las 17 horas. Al día siguiente Mussolini habló primero con el rey y luego recibió a Grandi. El rey intentó hacerle comprender que la propaganda enemiga y la opinión pública nacional lo señalaban como responsable de la trágica gravedad del momento. Grandi le anticipó todo lo que diría luego durante la reunión del Gran Consejo. Pero Mussolini no picó el cebo que le había ofrecido el soberano, lo cual habría evitado a éste la violenta situación que representaba detener al jefe del Gobierno; y frente a Grandi negó que la guerra estuviese perdida. No podía revelar secretos militares: pero aseguró que Alemania contaría muy pronto con un arma potentísima, que lograría invertir la suerte de la guerra.

Los días que precedieron a la reunión del Gran Consejo los empleó Grandi en explicar su orden del día, que pedía que se restituyeran al rey las supremas responsabilidades militares y políticas: en otras palabras, la dimisión de Mussolini. Y, finalmente, a las cinco de la tarde del 24 de julio se reunió, en el Palazzo Venezia, en la sala del Pappagallo, el órgano supremo del régimen fascista; estaban todos: veintiocho en total. Mussolini llegó con un cuarto de hora de retraso, y entró en la sala sin mirar a nadie. Abierta la sesión, habló durante dos horas: un discurso confuso, veleidoso, impreciso y egoísta. La verdadera guerra, dijo, había comenzado desde la pérdida de Pantelaria. Reconocía que era «ciertamente, el hombre más detestado, incluso más odiado de Italia, lo que era perfectamente lógico por parte de las masas ignorantes, dolientes, damnificadas por los bombardeos, desnutridas». No había dejado todavía el mando militar porque esperaba «un día de sol», que, sin embargo, no había llegado. E hizo comprender que de esto eran responsables los generales. La exposición de Mussolini se limitó al aspecto militar; no trató de los temas políticos.

Después de una intervención de De Bono en defensa de las Fuerzas Armadas, poco antes de las 21 horas tomó finalmente la palabra Grandi, quien presentó y comentó su orden del día. Eso significa, dijo, que el Gran Consejo «considera privado de su derecho al régimen de dictadura, porque ha comprometido los intereses vitales de la Nación». Luego intervinieron Ciano, contra el Pacto de Acero, y Farinacci, en favor del mantenimiento de la alianza con Alemania. Pero se acercaba medinoche y Mussolini propuso que se dejase la reunión para el día siguiente. Mas, en lugar de esto, tuvo que aceptar una breve interrupción de sólo veinte minutos. En el intervalo, mientras Mussolini pedía a Alfieri noticias de Alemania, Grandi recogió las firmas al pie de su orden del día. Eran 19: con ello el régimen estaba liquidado. El resto, o sea, la segunda parte de la reunión, tuvo una importancia secundaria. Mussolini se defendió cada vez más débilmente. Scorza secretario del partido, propuso un orden del día para sostenerlo. En este momento, después de una intervención de De Marsico, que insistía sobre el tema del restablecimiento de la legalidad, la discusión se hizo fragmentaria y confusa. Eran las dos de la madrugada y, al fin, comenzó la votación nominal sobre el orden del día Grandi. El resultado estaba previsto: 19 sí, 7 no, con una sola abstención. Se decidió que el mismo Mussolini llevaría por la tarde el documento al soberano. «Bien –concluyó Mussolini– me parece que basta. Habéis provocado la crisis del régimen».

Pocos se fueron a dormir y sólo por pocas horas. Los grandes jerarcas fascistas se dieron cuenta en seguida de que, sin Mussolini, ellos no tenían ninguna posibilidad de controlar la situación: incluso Grandi. Este tuvo una conversación de dos horas con Acquarone, desde las cuatro a las seis de la madrugada. Propuso un gobierno sin fascistas para facilitar un compromiso con los anglo-americanos; pero no se le escuchó.

En efecto, no era esto lo que interesaba al ministro de la Real Casa. Este tenía la certeza de que los jerarcas y el régimen se habían liquidado ya recíprocamente. El rey podía obrar, desde aquel momento, con toda seguridad. El soberano había consentido que la detención de Mussolini se realizase el 26, lunes, día de firma en el Quirinal. Todo estaba dispuesto: los textos del anuncio a la nación de un nuevo Gobierno presidido por el mariscal Badoglio, con la declaración adjunta de que la guerra continuaba, y las instrucciones a los prefectos y a los comandantes militares. También estaba prevista, en sus mínimos detalles, la forma de detención de Mussolini. El rey ya no tenía motivos para esperar. Antes de las 11 de aquel cálido domingo de julio, el mariscal Badoglio contrafirmaba el decreto que lo nombraba jefe del Gobierno.

Sin embargo, por lo menos los planes referentes a la persona de Mussolini, tuvieron que modificarse de improviso. Casi en el mismo momento en que Badoglio contrafirmaba el documento de su nombramiento, Mussolini pidió al rey que lo recibiera aquel mismo día, para ponerle al corriente de la situación y pedirle de nuevo su confianza. La audiencia se fijó para las 17, en Villa Savoia. El *Duce* se presentaría de paisano. El general Ambrosio recibió la orden de llevar a cabo la detención inmediatamente después de la audiencia. Se convocó al coronel Frignani, al capitán Vigneri y al capitán Aversa, así como al comisario de P. S. Marzano. Al rey le contrarió tener que permitir que se detuviera a Mussolini, por la fuerza justamente en su casa. Pero no se podía hacer de otra manera. El soberano esperó a Mussolini en la puerta de la villa, vistiendo uniforme de mariscal. La conversación duró unos veinte minutos. Víctor Manuel recalcó que entre los firmantes del orden del día del Gran Consejo figuraban cuatro Collares de la Annunziata y que no podía pasar por alto la importancia del documento; le comunicó que «el hombre de la situación en este momento es el mariscal Badoglio». Mussolini no tuvo nada que objetar. Descendió los siete escalones de acceso a la villa, y entonces el capitán Vigneri se detuvo ante él y le rogó que le siguiera. Había una ambulancia que esperaba en un ángulo del jardín: Mussolini subió a ella sorprendido y resignado.

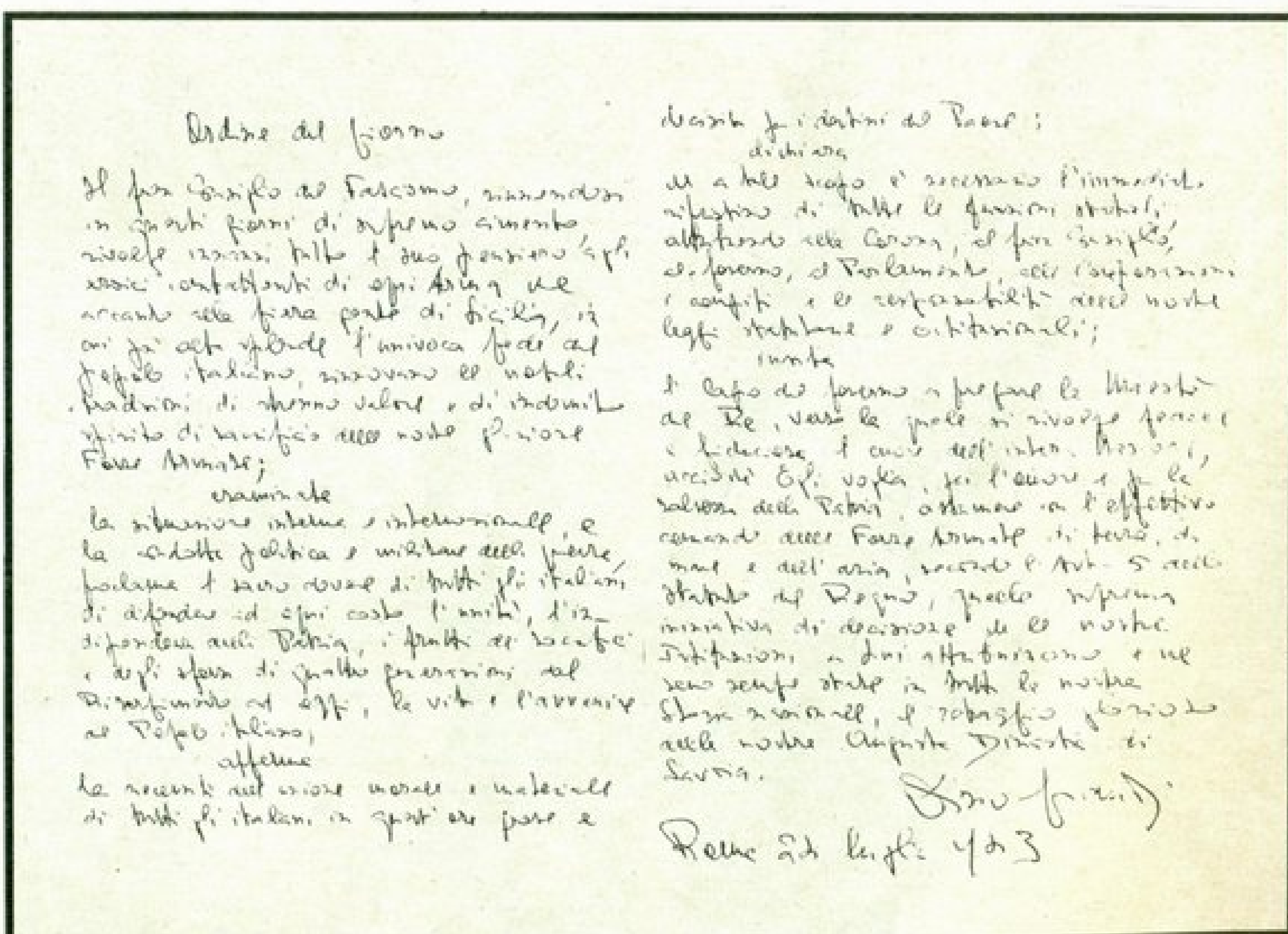
Así terminaba, prácticamente, la jornada del 25 de julio, que había comenzado el 24 pero, en realidad, bastante antes. Era un epílogo en sordina, sin grandeza moral y sin grandes ideales: no era más que el epílogo de una conjura.

El 8 de septiembre

El anuncio del cese de hostilidades entre Italia y los Aliados, difundido por radio al caer la tarde del 8 de septiembre, tuvo sobre el país un efecto traumático y resolutivo. Se sintió sacudido con violencia en sus cimientos, y le obligó a hacer cuentas consigo mismo y, sobre todo, a ponerse al fin en acción. En esto precisamente radica la importancia histórica de aquella jornada, bastante más que en el armisticio.

Para comprender completamente el sentido de aquel acontecimiento es preciso volver atrás cuarenta y cinco días, a la noche del 25 de julio. A las 22,43 horas la transmisión del programa radiofónico quedó interrumpida. Habían pasado casi cinco horas desde que Mussolini subiera a la ambulancia en «Villa Savoia» y fuera conducido prisionero al cuartel Podgora y luego al de la Scuola Allievi Carabinieri, de via Legnano. A las 22,45 el locutor informó a los italianos, que nada sabían de lo que estaba ocurriendo (ni siquiera de la reunión del Gran Consejo), que el rey había aceptado la dimisión de Mussolini y encargado al mariscal Badoglio la formación de un nuevo Gobierno. Luego, leyó dos proclamas. La primera de Víctor Manuel, quien, dirigiéndose al país, expresaba la confianza de que «Italia, por el valor de sus Fuerzas Armadas, por la decisiva voluntad de todos los ciudadanos, volverá a encontrar, en el respeto de las instituciones que han facilitado siempre su ascensión, el camino de la recuperación». La segunda, de Badoglio, no menos concisa, advertía que «la guerra continúa», especifi-

Orden del día presentada por Dino Grandi el 24 de julio de 1943, que fue contrafirmada por 19 jerarcas fascistas en el transcurso de la última sesión celebrada por el Gran Consejo. Este documento, declaraba en realidad, el fin del régimen fascista y pedía, con la restitución al rey de las supremas responsabilidades militares y políticas, la dimisión de Mussolini. *(Archivo Rizzoli)*


Ordine del giorno

cando que ésta era «la consigna recibida»: una consigna «clara y precisa». En el transcurso de aquella misma noche, del 25 al 26 de julio, el régimen fascista se derrumbó en su conjunto como un castillo de naipes.

Su desaparición planteaba, sin embargo, un problema de fondo. Aunque el país, poco a poco, lo había abandonado silenciosamente, no cabe duda de que el régimen había ocupado por la fuerza, durante casi veinte años, todo el espacio político de Italia. En el momento de su disolución, este espacio quedaba nuevamente disponible. En otras palabras, había un inmenso hueco que rellenar. Y este era el problema que se debía resolver.

Esta operación la habría podido realizar, o al menos dirigir, el soberano, y en su nombre el Gobierno presidido por Badoglio. Pero Víctor Manuel no era hombre para tales empresas: le faltaba la audacia de la pasión y la confianza en los hombres. Por esto había elegido el método de la conjura para desembarazarse de Mussolini. En su proclama a los italianos no figura la palabra «libertad», como tampoco aparece en la proclama de Badoglio. Sólo hay la llamada a las instituciones, es decir a la monarquía. Además al puntualizar que la «guerra continúa», el país no comprendió por qué, sin proponer alternativas, sin que aparentemente cambiase nada, se había quitado de en medio a Mussolini para poner en su lugar a Badoglio. El monarca se había forjado la ilusión de que, para llenar el vacío que se había formado después del 25 de julio, bastaba el retorno a la legalidad constitucional y un transformismo cauto y evasivo. Por esta razón procuró mantener los contactos, pero sin comprometerse jamás, con Grandi, quien, a su vez, también alimentaba ilusiones de poder llegar a ser el primer jefe de un gobierno posfascista. Grandi insistió en que se le utilizase como enlace con los angloamericanos, aprovechando los conocimientos y simpatías que se había granjeado durante los años en que fue embajador en Londres. El rey jamás le dijo que no; y, finalmente, el 18 de agosto, lo dejó partir en avión hacia Lisboa. Pero no le dió ningún encargo explícito, intentando, justamente en el último momento, convencerlo de que se quedase. Por otra parte, ignoró a los demás jerarcas, porque ahora estaban completamente inoperantes. Por ello, cuando Badoglio hizo detener a algunos, el 23 de agosto, el rey lo desaprobó vivamente.

El soberano había nombrado a Badoglio jefe del Gobierno y le había investido de plenos poderes para ser el ejecutor de sus designios. Debía entretener a los alemanes para ganar tiempo y, a la vez, intentar negociar el armisticio con los angloamericanos. Y fue precisamente en este terreno cuando el transformismo regio se encontró, de improviso, con el transformismo de Badoglio. Militar de carrera, este general no tenía ni preparación ni experiencia política; pero sí tenía ambición y marrullería de maniobra. Considerado en el conjunto de aquellos cuarenta y cinco días, su transformismo puede parecer compenetrado perfectamente con el de Víctor Manuel y aparecer como la proyección, en el plano de la acción práctica y cotidiana, del transformismo del soberano. Pero hay una profunda diferencia, tanto en el acento que caracteriza el transformismo de uno y de otro, como en lo que concierne al fin que ambos intentaban conseguir. El transformismo del soberano hacía hincapié en la exigencia de un cauto y limitadísimo gradualismo, teniendo fija la mirada en la restauración de los destinos de la monarquía. El rey no ignoraba que el antifascismo era de inspiración clara y ampliamente republicana. Badoglio, aunque profesaba ser un leal servidor de la monarquía, ya antes incluso del 25 de julio no había dudado en considerar la hipótesis de obrar sin ella e incluso contra ella. Su transformismo fue tan sólo un medio para llegar sin estorbos al armisticio, y se agotó en una práctica cotidiana de expedientes de los que es imposible deducir un designio político.

Pero Badoglio también desconfiaba, tanto como el rey, de los antifascistas sobre todo de las masas obreras del norte del país, tras las cuales advertía la presencia comunista.

Por lo tanto, intentó entretener a unos y a otras más con promesas que con hechos, empleando las dilaciones y el alejamiento. El 30 de julio, el consejo de ministros decidió la libertad de los presos políticos; y los más importantes de ellos fueron liberados sin demora. Pero los otros, que constituían la mayor parte, tuvieron que esperar. Las huelgas del 19 de agosto, después de los masivos bombardeos angloamericanos sobre Milán, Turín y Bolonia, se interpretaron como síntomas de una agitación de tipo insurreccional, y desataron profundas preocupaciones. Pero no indujeron a Badoglio a cambiar de táctica.

Fue justamente en aquella ocasión cuando la tensión ya latente entre el soberano y el nuevo jefe del Gobierno amenazó desembocar en una ruptura abierta. El transformismo gradualista de Víctor Manuel había desaprobado, desde el principio, el antifascismo extemporáneo de Badoglio, a pesar de que era fragmentario e ilusorio. La ostentación de autonomía que había en ello suscitaba en el monarca cierta aprensión que le impulsó, en el transcurso de tres semanas, a pensar en la sustitución del mariscal, demasiado entrometido, por un personaje muy distinto. Este podía ser Orlando, en quien ya había pensado antes de confiarse a Badoglio. Entre el 15 y el 20 de agosto empezó a circular el rumor de la existencia de un complot fascista, apoyado por Alemania y dirigido contra el soberano. El 23 de agosto, algunos de los grandes jerarcas del antiguo régimen fueron detenidos, entre ellos Ciano, aunque rápidamente fue puesto en libertad. También se arrestó al general Cavallero. Pero lo cierto es que Víctor Manuel no llegó a ninguna decisión y Badoglio, por su parte, permaneció en su puesto. En realidad, no se podía hacer otra cosa. El día 22 habían llegado de Lisboa las primeras informaciones sobre el resultado de la misión del general Castellano. El armisticio parecía ya inminente: el soberano y Badoglio ya no podían hacer otra cosa que esperar, firme cada uno en su propia posición, que llegase la hora esperada.

Y llegados a este punto, cabe recordar que en Italia también los antifascistas desempeñaron asimismo un papel en los «cuarenta y cinco días», aunque no fue el de protagonistas. Considerados en su conjunto, eran los únicos que habrían podido hacer lo que el rey y Badoglio no supieron o no quisieron hacer. Eran los únicos que realmente tenían títulos para llevar a cabo la operación histórica de rellenar por completo el espacio vacío que el régimen caído dejó y darle, además, un sentido preciso y completo. No se puede decir que el 25 de julio les sorprendiera y que no estuvieran preparados para enfrentarse con un acontecimiento que habían esperado durante muchos años. Todos los partidos, los movimientos y las agrupaciones antifascistas operaban desde mucho antes de aquel día crucial, aunque, desde luego, en la clandestinidad y sin acción de masas. En Roma, en torno al penúltimo presidente del consejo anterior a Mussolini, Bonomi, se agruparon sus exponentes más autorizados, constituyendo el embrión de lo que sería, después del 8 de septiembre, el Comité de Liberación Nacional. La extraordinaria facilidad con que Mussolini y su régimen fueron derrocados debería haberles dado ánimos para decidirse a pasar a la acción. En cambio, por lo menos aparentemente, no se movieron.

En realidad, la falta de acción fue consciente, respondió a una perspectiva razonada de los representantes del movimiento antifascista. Entre los discordantes pareceres sobresalió y se impuso el de Alcide De Gasperi, que representaba a la Democracia Cristiana. «Se trata de liquidar –dijo– dos problemas distintos: el derrocamiento de Mussolini y del fascismo y la conclusión de un acuerdo con los angloamericanos. El primero es un activo para los políticos llamados a liquidarlo; merecerán un título benémerito ante el país. El segundo, por el contrario, es un pasivo: la conclusión de un acuerdo de armisticio con los que hoy son todavía nuestros enemigos será una obra difícil y creará penosas responsabilidades para sus negociadores. Por consiguiente, puesto que el problema activo ya está liquidado, no queda más que el pasivo, y sería un error político que nuestros hombres lo aceptaran». Luego, cuando estos mismos representantes de las fuerzas antifascistas se constituyeron en Comité Nacional (a consecuencia de la prohibición de Badoglio de reconstituir los partidos políticos), no consideraron preciso modificar la línea degasperiana y confirmaron su fidelidad a la misma hasta el 8 de septiembre. Sin embargo, no faltaron resistencias e impaciencias. Procedían, sobre todo, de los exponentes del partido de acción, que representaba la fuerza de rotura más radical e intransigente y que amenazó varias veces romper la solidaridad de la coalición antifascista.

Se perfilaba una oposición cada vez más clara entre el Gobierno y las fuerzas antifascistas, lo que obligaba a Bonomi (quien personalmente permanecía fiel al estado liberal monárquico) a admitir, no sin amargura, que «el momento se precipita sin que entre el Gobierno y el país haya un entendimiento decidido». La alternativa, pues, maduraba bajo el impulso de los acontecimientos, pero todavía sin un peso efectivo.

De hecho, la ignoraba la mayor parte de la opinión pública. Las discusiones, las deliberaciones, las órdenes del día del Comité Nacional y de los comités periféricos fueron siempre secretos: y el secreto, seguramente impuesto por las circunstancias y por la conveniencia, contribuyó en gran manera a crear en Italia, en vísperas del 8 de septiembre, una atmósfera tensa, dominada por el sentimiento de que la vida del país se detenía poco a poco y que nada podía salvarlo. Pero todo el mundo ignoraba, excepto unos pocos (el soberano, Badoglio y sus más íntimos colaboradores), que el armisticio se había firmado ya el día 3 en la localidad de Cassibile.

El 8 de septiembre empezó como un día cualquiera. A últimas horas de la tarde los teatros y cines de Roma estaban concurridísimos, cuando, de pronto, se divulgó, de un modo fulminante, la noticia del Armisticio. Se convocó urgentemente el Consejo de la Corona, porque el anuncio del cese de hostilidades no se esperaba hasta el 12 de septiembre, y se había adelantado a consecuencia de una serie de equívocos italianos y de reticencias por parte de los Aliados. Ninguno de los presentes en el Consejo de la Corona pareció estar preparado para el acontecimiento. Y entonces, de acuerdo con la lógica ambigua y dilatoria que había presidido las decisiones del 25 de julio y luego toda la política practicada en el curso de los 45 días que siguieron, la única solución que se juzgó conveniente y aceptable fue la fuga. Se decidió que el rey y su Gobierno se trasladarían a Cerdeña. Pero cuando poco después se supo que las tropas alemanas ya controlaban por completo el litoral entre Pratica di Mare y Civitavecchia, fue preciso renunciar al proyecto e improvisar otro. Y aquella misma noche se decidió la marcha a Pescara. Un poco más tarde de las cinco de la madrugada del 9 de septiembre, cinco automóviles se dirigieron hacia Tívoli: los ocupaban el rey, la reina, el príncipe heredero Humberto, el mariscal Badoglio y los ministros militares. Los ministros civiles quedaron abandonados a su suerte, ignorantes de todo. Al Ejército, no menos ignorante, se le dejó en el embrollo, sin órdenes y sin jefes responsables. El día 9 los periódicos llevaban, orlado de luto, el mensaje con el que Badoglio anunciaba al país el armisticio. Algo había muerto, seguramente, el día anterior. Pero comenzaba la batalla de Roma y el país salía ya de su entumecimiento. Al fin se había resuelto el equívoco de los cuarenta y cinco días.

CAPTURA Y LIBERACIÓN DE MUSSOLINI

Rodolfo Mosca, profesor



Campo Imperatore, en el Gran Sasso, 12 de septiembre de 1943: después de su liberación, llevada a cabo por el coronel de las SS Otto Skorzeny, siguiendo órdenes de Hitler, Mussolini se dirige hacia el avión que le llevará a Viena. En esta ocasión Mussolini se sometió a la decisión alemana con la misma pasividad que había demostrado durante sus cincuenta días de prisión en Italia, que jurídicamente había que calificar más bien como secuestro. Al dictador fascista se le dijo que tal medida se debía a razones de seguridad personal. *(History of the Second World War)*

Cuando, poco antes del mediodía del 25 de julio, el jefe de Estado Mayor, general Ambrosio, supo que el rey había concedido a Mussolini una audiencia para las 17 horas, llamó al nuevo comandante de carabineros, general Cerica, y le dio la orden de proceder a la «detención» del jefe del gobierno apenas finalizara la entrevista. Pocas horas después, hacia las 17,30, el ministro de la Casa Real, Acquarone, telefoneó al general Castellano para informarle que Mussolini había sido «arrestado».

Pero no se trató ni de una detención ni de un arresto en el sentido estricto de la palabra. Ello hubiera sido imposible, puesto que Mussolini seguía siendo miembro del Parlamento y gozaba, por lo tanto, de inmunidad. La prueba de ello es que tanto el general Cerica como el jefe de la policía, Chierici, demostraron ciertas dudas acerca de

la legalidad constitucional del procedimiento ordenado por Ambrosio.

Mussolini no fue, pues, ni detenido ni arrestado, sino más bien secuestrado: se trató de un expediente sugerido por supremas razones de oportunidad; un hecho político, no un procedimiento judicial o policial. El capitán Vignero, al ir al encuentro de Mussolini, cuando éste salía de la audiencia, intentó justificar la orden de hacerle subir a la ambulancia, junto con algunos agentes, explicándole, con cortesía y firmeza, que se trataba tan sólo de una medida de seguridad tomada con el único fin de sustraerle a «eventuales violencias de la multitud». Cuando la ambulancia llegó al cuartel de carabineros de Roma, el capitán Vigneri informó al coronel Linfozzi, quien ignoraba lo que ocurría, que «el *Duce* es nuestro huésped; le ruego que abra la sala del círculo de oficiales para albergarle». Pero, inmediatamente, el teléfono de la sala fue cortado. Poco después, Mussolini era trasladado a un cuartel en Vía Legnano, e instalado en el despacho del comandante... Centinelas con la bayoneta calada quedaron apostados en el pasillo.

A la una de la tarde del día 26, el general Ferone en persona le hacía entrega de una carta de Badoglio, en la que le confirmaba el carácter puramente preventivo y temporal de las medidas tomadas: «El que suscribe, jefe del Gobierno, hace saber a Vuestra Excelencia que cuanto se ha hecho con vos persigue, únicamente, vuestro personal interés y está motivado por las noticias precisas que se han recibido de distintos lugares señalando la existencia de un complot contra vuestra persona. Contrariado por ello, deseo haceros saber que estoy dispuesto a dar las órdenes oportunas para que seáis acompañado, con los debidos respetos, al lugar que tengáis a bien designar». El complot no existía. Mas, quizá la delicada solicitud por la vida de aquel que, sólo unas pocas horas antes, estaba en la cima del poder, no era del todo fingida. En aquellos momentos, la muerte de Mussolini habría rasgado prematuramente y con demasiada facilidad la tela ambigua de la improvisada política construida sobre la fórmula de la «guerra continúa». La carta de Badoglio, por lo tanto, resumía claramente la situación de Mussolini. El dictador estaba en manos de sus adversarios; su suerte dependía, exclusivamente, de su discreción y conveniencia.

Mussolini contestó, sin pérdida de tiempo, a su antiguo jefe de Estado Mayor, al conquistador de Addis Abeba, agradeciéndole sus atenciones y manifestándole su deseo de retirarse a Rocca delle Caminate, su casa de la Romagna. Y también esta carta pone de relieve el problema de lo que fueron y realmente significaron los cincuenta días vividos por Mussolini desde la tarde del 25 de julio a la del 12 de septiembre, cuando fue liberado por los alemanes. Ante todo hay que tener en cuenta la pasividad estupefacta de las primeras horas, aquel dejarse guiar dócilmente, casi de la mano, de un cuartel a otro. Y esta es la parte más obvia y más humana del asunto. Ya la noche del día 26, la ilusión de poder regresar a Rocca delle Caminate revela una inercia crítica, un fallo que no se explica tan sólo por el desánimo que siguió a la inesperada detención. Nos sugiere una primera y drástica reducción de la talla mental del hombre. Es cierto que también Badoglio pensó, por un instante, trasladar a Mussolini a su residencia; incluso consultó en este sentido con el prefecto de Forlì, quien le aconsejó claramente que no lo hiciera. Pero Badoglio no pretendía, como en cambio pareció entender Mussolini, que su prisionero quedara en libertad. Era evidente, que, incluso en la Rocca delle Caminate, debería permanecer custodiado. El 27 de julio, abandonado este primer proyecto, después de dos días transcurridos casi por entero tumbado en un catre, Mussolini fue trasladado a Gaeta. El almirante Maugeri le hizo subir a bordo de la corbeta *Persefone*, que debía conducirle a la isla de Ponza. «Me llevan a Ponza –dijo, cuando se le comunicó su punto de destino–, el mismo sitio donde se encuentra Zaniboni, el que atentó contra mi vida. Yo no hubiera hecho una cosa así en 1922.» Era un lamento más que una protesta. Enfrentado con la realidad, intentó todavía evitarla refugiándose tras la más cómoda justificación. En una conversación posterior que sostuvo con el almirante durante la travesía, el *Duce* le confió a Maugeri, que, en Feltre, su última entrevista con Hitler «no había ido del todo bien. Tenía que durar tres días... Sólo duró tres horas y media... he repetido hasta la saciedad el mismo tema, la paz con Rusia.» Nadie había querido escucharle. Sin embargo, Mussolini sabía mejor que nadie que aquello no era cierto: en Feltre ni siquiera había abierto la boca.

En Ponza permaneció diez días. Dormía sobre un somier, pues la cama no tenía colchón, y su chaqueta, enrollada, le servía de almohada. Al cabo de tres días recibió diez mil liras que su familia había conseguido hacerle llegar; pues cuando le detuvieron, en el jardín de Villa Savoia, no llevaba un céntimo en el bolsillo. El 29 de julio cumplió sesenta años; y posiblemente en honor de la desdichada fórmula tras la cual se escondía el Gobierno Badoglio, «la guerra continúa», recibió en aquella ocasión un telegrama de felicitación firmado por Goering. No fue, ciertamente, la suya una estancia agradable. Pero Mussolini no dio muestras de resentirse. Llenaba el vacío de las interminables jornadas traduciendo al alemán algunas *Odas bárbaras*, de Carducci, que recordaba de memoria; en realidad era más una concesión al exhibicionismo, todavía no extinguido, que el afán de encontrarse a sí mismo por aquel camino. Luego, empezó a poner por escrito apuntes y reflexiones que más tarde pasarían, en parte, a la *Historia de un año*, en los que la nota dominante era siempre la resignada aceptación de la derrota. «Cuando un hombre cae con su sistema, la caída es definitiva, sobre todo si el hombre ha pasado ya de los sesenta años.» Pero, al mismo tiempo, empezó a preguntarse si, en realidad había sido víctima de una conjura. Rechazaba la realidad, aunque aceptaba la caída. Mussolini no poseía las virtudes heroicas de los grandes caracteres que muestran su grandeza precisamente en las horas amargas.

Por eso buscaba una coartada, una víctima expiatoria. El proceso de Verona tiene su origen en Ponza.

El 6 de agosto fue trasladado a la Maddalena en Cerdeña, donde permaneció hasta el 28. Esta vez el almirante Maugeri, nuevamente encargado de su traslado, no recurrió a la excusa de estar protegiéndole de un complot. Le dijo, sencillamente, la verdad: se temía un golpe de mano alemán para rescatarle. La estancia en la Maddalena resultó menos incómoda. No se le permitió leer periódicos, pero sí libros; incluso las obras completas de Nietzsche que Hitler le había enviado y que el Gobierno de Badoglio le hizo llegar puntualmente. Pero los días pasaban con más lentitud que en Ponza y todavía eran más monótonos. Mussolini charlaba con todo aquel que quería escucharle: era la charla de quien no tiene nada que hacer, de quien ya no se forja proyectos para el porvenir y que, además, no se plantea nunca el problema de las propias responsabilidades, que no piensa en el desquite, pero tampoco en la eventualidad de un juicio, de un castigo. El 28 de agosto, un hidroavión, con la insignia de la Cruz Roja, le trasladó a Bracciano: los alemanes habían descubierto, al fin, su residencia. Aquel mismo día, con las máximas precauciones para mantener el más absoluto secreto acerca de su destino final, se le llevó en coche a los Abruzzos, a una altiplanicie de 1980 metros de altitud: Campo Imperatore. En esta ocasión le escoltaban unos 280 carabineros. Y fue allí, en las laderas del Gran Sasso, donde Mussolini se enteró, por la radio, de la rendición de Italia. Su cautiverio iba a durar todavía cuatro días más.

Así pues, aunque en cierto modo desdeñables o por lo menos de escaso interés, esos cincuenta días de cautiverio de Mussolini, en el panorama dramático de la guerra que agonizaba en Italia ¿son días perdidos, y, no obstante decisivos para el destino del país? Indudablemente no, y ello por dos razones, por lo menos. La primera relacionada precisamente con él, con Mussolini, con su pasividad, su ausencia de realismo, de capacidad crítica, con su inconsistencia moral. Aquellos cincuenta días fueron el prólogo de la historia de la república de Salò, y revelan y anticipan al personaje-fantasma, que vaga, vacilante y derrotado a orillas del Garda.

La segunda razón queda fuera, por así decirlo, del propio Mussolini, en el sentido de que, desde el momento en que fue detenido hasta el 12 de septiembre, se convirtió en la apuesta decisiva en la partida entre dos razones de Estado rivales: la de Víctor Manuel III (y hasta cierto punto, de Badoglio) y la de la Alemania hitleriana. La primera le quería conservar en sus manos puesto que representaba la prenda más valiosa, cara a los angloamericanos, de su efectiva voluntad de poner fin a la guerra. Hitler, por su parte, sólo pensaba en ganar la guerra a toda costa. No podía permitir que Alemania fuese amenazada y sitiada a causa de la aniquilación de todas las defensas de Italia. Ya antes del 25 de julio, había ordenado la preparación de los planes «Alarico» y «Konstantin»: el primero tenía como objetivo la ocupación de la península italiana; el segundo, el control absoluto de los Balcanes. Pero necesitaba a Mussolini.

En efecto, creía sinceramente que Mussolini aún significaba algo y que todavía podía reunir en torno suyo a las fuerzas que restaban del régimen y convencerlas de que continuaran la lucha. Por ello, desde el 26 de julio se había propuesto liberarlo, no dando crédito alguno a la declaración de «la guerra continúa». La operación tuvo prioridad sobre toda otra cosa y se confió a los Estados Mayores de la Marina y de la Aviación.

El 29 de julio, el coronel Otto Skorzeny, perteneciente a la unidad *Friedenthal* de las SS, fue encargado de descubrir la residencia forzosa de Mussolini. El 18 de agosto ya sobrevolaba la Maddalena y descubría la presencia del *Duce*.

Fue entonces cuando Badoglio decidió el nuevo traslado al Gran Sasso. Pero hasta el 8 de septiembre los alemanes no pudieron realizar la empresa de liberarlo.

Se decidió intentar la liberación por el aire, mediante el empleo de planeadores. Los alemanes sabían que en el albergue de Campo Imperatore había una guardia armada de carabineros, y, para evitar un encuentro sangriento, se decidió obligar a un general de aquel cuerpo, el general Soleti, a participar en la expedición con objeto de que ordenase personalmente a la tropa que no opusiera resistencia.

Los planeadores, con los paracaidistas SS, fueron lanzados sobre el Gran Sasso a las 14 horas del día 12 de septiembre. Eran doce, pero sólo ocho consiguieron aterrizar. El general Soleti bajó del primer planeador y corrió al encuentro de los carabineros, gritando: «¡No disparéis!» Skorzeny se presentó entonces a Mussolini, que había presenciado la escena desde la ventana de su habitación, y le comunicó la orden categórica de subir al pequeño avión de reconocimiento, un *Fieseler Storch*, que había logrado aterrizar sobre una escarpada pendiente, frente al albergue.

Mussolini no opuso resistencia, como no la había opuesto tampoco al capitán Vigneri; y parece ser que pidió ser conducido de nuevo a Rocca delle Caminate. Pero Hitler le quería a su disposición: no libre. Y tenía otros planes para él. Llegados a Pratica di Mare, aquella misma noche otro avión condujo a Mussolini a Viena.

Y Viena no valía más que Ponza... excepto el cómodo lecho del Hotel Continental: en realidad, se trataba de una nueva residencia forzosa, de una nueva cárcel dorada.

ARMISTICIO EN LOS BALCANES

Luigi Mondini, general

La noticia del armisticio entre el Gobierno italiano y el mando angloamericano llegó a las tropas hacia las 18 horas del 8 de septiembre de 1943. La sorpresa fue casi general y las reacciones muy diversas. Es fácil imaginar el ambiente de confusión y de extremada delicadeza que se creó en los lugares donde convivían oficiales alemanes e italianos. Suscitáronse algunos equívocos, e incluso hubo manifestaciones de júbilo por el fin de la guerra en algunas pequeñas guarniciones aisladas; pero fueron episodios rarísimos, pues si la sorpresa fue general para los italianos, los alemanes, en su mayoría, estaban preparados. Para éstos, la sorpresa se limitó a la fecha, pero no al acontecimiento. Los mandos alemanes estaban sobreaviso, sabían lo que debían hacer para superar o eludir las dificultades del primer momento, y luego, actuar a fondo; mientras los italianos, ignorantes del curso de las relaciones con los Aliados y con escaso conocimiento de la situación general, fueron absolutamente sorprendidos.

LAS FUERZAS ITALIANAS

En Julio de 1943, cuando los angloamericanos desembarcaron en Sicilia, casi la mitad del Ejército italiano se hallaba disperso fuera de las fronteras. En la península había sólo 29 divisiones, 15 de ellas costeras (4 brigadas costeras) 5 alpinas, 3 motorizables, 2 acorazadas, 1 motorizada, 2 rápidas y 1 de paracaidistas, agrupadas en 14 Cuerpos de Ejército y 3 Ejércitos. En Francia y en los Balcanes había un número mayor.

Concretamente, en la península balcánica se hallaba desplegado el Ejército 2, formando tres Cuerpos de Ejército (V, XI, XVIII) con un total de 7 divisiones, y con la 1ª División rápida y dos brigadas costeras (14 y 17) que estaban de guarnición en Venecia Julia, Eslovenia y parte de Dalmacia. El Ejército 2 dependía del Estado Mayor del Ejército.

Las otras grandes unidades desplazadas en el resto de la península balcánica y en el Egeo dependían, por el contrario, del Mando Supremo, y eran las siguientes: el Grupo de Ejércitos Este; el Ejército 11, que ocupaba Grecia, y el mando superior de las fuerzas armadas de las islas del Egeo.

Con la excusa de poder defender el territorio nacional concentrando el mayor número posible de fuerzas, el Mando Supremo italiano había dispuesto –por lo que concierne a los territorios ocupados en la península balcánica y en las islas del Egeo– reducir la ocupación de Montenegro y de Albania; concentrar gran parte de las fuerzas de ocupación en las orillas adriáticas y jónicas y repatriar dos divisiones de Croacia. Mas, en el momento del armisticio, sólo una pequeña parte de estas medidas se habían llevado a la práctica.

LA SITUACIÓN POLÍTICO-MILITAR

La situación político-militar en los territorios de Yugoslavia era complicada, sobre todo en las regiones más próximas a las fronteras con Italia.

La guerra partisana estalló con toda violencia al día siguiente del ataque alemán a Rusia y, al principio, las tropas de ocupación no se preocuparon de reprimir el movimiento guerrillero, dán-

Unidades de la Marina alemana en plena acción en aguas del Egeo. Después del anuncio del armisticio, el 8 de septiembre, las tropas italianas, prácticamente abandonadas a sí mismas, a causa de la falta de órdenes precisas por parte del Gobierno y de los Estados Mayores, no pudieron reaccionar eficazmente ante las medidas que las fuerzas alemanas adoptaron con la mayor rapidez. *(Archivo Rizzoli)*



dose por satisfechas con haber eliminado de la península a las potencias occidentales. Los mandos italianos apoyaban a los grupos de Mihailović en su lucha anticomunista, y también porque los partisanos de Tito no ocultaban sus intenciones de anexionarse Venecia Julia, reclamando el desplazamiento de las fronteras al Torre e incluso al Tagliamento. En el momento del armisticio, el Gobierno italiano creyó poder contar con la cooperación de los guerrilleros para oponerse a la previsible reacción alemana, aplazando hasta el término de la guerra la resolución de las querellas territoriales.

El general Gambara, comandante del Cuerpo de Ejército XI (Lubiana), fue llamado a Roma a primeros de septiembre y el Estado Mayor le dio instrucciones verbales para constituir un pequeño Ejército, formado por cinco divisiones, elegidas entre las más móviles, para actuar en el Friuli, en Eslovenia y en Dalmacia, a fin de disputar a los alemanes el paso a Italia a través de la frontera oriental. Pero el general Gambara no pudo dar ningún paso en la ejecución de este plan, pues el anuncio del armisticio le sorprendió durante el viaje de regreso a su puesto de mando.

El 6 de septiembre, el Mando Supremo y el Estado Mayor del Ejército habían ordenado a los mandos que de ellos dependían, proveer rápidamente al abastecimiento de sus propias unidades, liberar a los prisioneros ingleses y americanos, interrumpir los enlaces radiotelegráficos con las tropas alemanas, apoderarse de su artillería antiaérea y abrir fuego contra los aviones germanos. Se ordenaba también al mando del Grupo de Ejércitos Este, concentrar sus fuerzas y asegurarse la posesión y disponibilidad de los puertos de Cattaro y de Durazzo; al mando del Ejército 11 se le ordenaba que apenas tuviera noticia del armisticio reagrupara todas las grandes unidades que dependían de él, asegurando a los alemanes que no se cometerían actos hostiles contra ellos si no eran provocados. Al mando supremo de las fuerzas del Egeo se le encargó que estuviera alerta y adoptase una actitud ofensiva, adelantándose a los alemanes apenas se tuvieran indicios de sus iniciativas hostiles.

Mas estas disposiciones, por muy diversas causas, no pudieron llegar oportunamente a su destino, y así se produjo una tendencia a la negociación que los alemanes supieron explotar muy bien para llevar a cabo su plan.

Tampoco de los angloamericanos se recibieron mejores indicaciones. El 9 de septiembre, sir Henry Maitland Wilson, comandante de las fuerzas de Levante, dictó, desde El Cairo, una orden del día a las tropas italianas de los Balcanes y del Egeo. Decía así:

«La guerra entre Italia y los Aliados ha terminado. De acuerdo con las condiciones del armisticio os doy las siguientes órdenes a las que todos los miembros de las fuerzas armadas de los Balcanes y del Egeo deben prestar pronta obediencia:

»1°. Todas las operaciones militares contra las poblaciones de los países ocupados deben cesar inmediatamente.

»2°. Toda unidad militar mantendrá una severa disciplina y bajo ningún concepto se disolverá.

»3.° Es obligatorio oponerse por la fuerza de las armas a cualquier intento alemán de desarmar o disolver a las fuerzas militares italianas, para apoderarse de sus armas, de sus posiciones, del combustible y de los depósitos. No debe obedecerse ninguna orden alemana».

Parece evidente el sentido general dado a estas disposiciones, que, en la mayoría de los casos, eran inaplicables. Antes de examinar lo sucedido en las distintas regiones debemos recordar, sin embargo, que en todas ellas existía un factor común: la imposibilidad absoluta, por parte del Gobierno italiano, que acababa de instalarse en Brindis, de imponer su autoridad para alentar la resistencia, mientras los Aliados, de quienes todavía no éramos cobeligerantes, seguían mirándonos con recelo.

LOS ACONTECIMIENTOS

Ejército 2

El territorio ocupado por el Ejército 2 limitaba al Oeste, en Venecia Julia, con el que ocupaba el Ejército 8, que a la sazón estaba reorganizándose. Su defensa, ante la reacción alemana, opuesta en el Goriziano, en Val de Isonzo y en Sella Pevala, duró del 9 al 12 de septiembre y estuvo exclusivamente a cargo de la División *Torino*; mención aparte merece la resistencia opuesta en Tarvisio, en el cuartel Italia, donde sus defensores, diezmados por el fuego de la artillería, lucharon cuerpo a cuerpo, una vez agotadas las municiones, siendo derrotados por las arrolladoras fuerzas enemigas.

Tropas alemanas apresaron por sorpresa a los comandantes del Ejército 2 y a gran parte de los de Cuerpo de Ejército y de División, de modo, que, privadas de sus jefes, las unidades no tuvieron la posibilidad de poder desarrollar una acción coordinada de resistencia.

Durante su viaje de regreso, el general Gambara, al recibir la noticia del armisticio, telefoneó al general Roatta, jefe de Estado Mayor del Ejército, para preguntarle si todavía eran válidas las órdenes que había recibido. La respuesta fue: «Haz lo que puedas».

Continuó, por lo tanto, hasta Padua y luego intentó alcanzar su puesto de mando en Lubiana; mas los alemanes se le adelantaron y ocuparon la vía férrea hasta Trieste.

Gambara se detuvo en Fiume, intentó reorganizar a las fuerzas en desbandada y ordenó a las Divisiones *Murge* y *Macerata* que se replegaran hacia la costa. El día 10 de septiembre, el coronel Völker y un emisario de Pavelic, presentaron al general Gambara un ultimátum: acceder a la ocupación alemana de la ciudad y desarmar a sus tropas, a las que se permitiría regresar a sus casas.

Entre la amenaza alemana y la más inminente aún de los comunistas, el general cedió, creyendo así evitar un inútil derramamiento de sangre; en realidad, la población de Fiume prefería a los alemanes antes que a los croatas, pero fueron éstos a fin de cuentas quienes llevaron a cabo la ocupación.

Mientras tanto, también se cumplía el destino de Zara. Privados de toda directriz, los mandos locales replegaron en el interior de la ciudad todas las unidades desplegadas en las proximidades, destruyeron los archivos y cedieron a la población civil las provisiones acumuladas en los almacenes militares.

Se renunció a la primitiva idea de resistir a los alemanes, después de los excesos cometidos por las bandas de comunistas, y así, la mañana del día 10, las autoridades civiles locales rogaron a los militares que dejaran el camino libre a los alemanes, quizá porque veían en ellos una última esperanza de impedir la entrada en la ciudad de los comunistas. Una columna motorizada alemana tomó posesión de Zara la tarde de ese mismo día, y la ciudad fue asignada inmediatamente a Croacia.

Grupo de Ejércitos Este

En Tirana, el general Rosi, comandante del Grupo de Ejércitos Este, intentó prolongar las negociaciones con objeto de poder reunir sus tropas. A su petición de ayuda dirigida a El Cairo, por mediación del comandante inglés Seymour, que se hallaba junto a los partisanos albaneses, recibió una respuesta negativa.

El día 10 consintió ceder las piezas de artillería, cuyo transporte resultaba imposible por falta de medios de tracción, y el 11 las negociaciones debían reanudarse directamente con el general Rendulic, comandante de la División Acorazada 2; pero ese día, los medios acorazados alemanes, actuando en perfecta sincronización en las distintas localidades, capturaron el puesto de mando del Grupo y del Ejército 9 en Tirana, del Cuerpo de Ejército VI en Ragusa y del XIV en Podgorica. Luego se volvieron contra las tropas siguiendo el método preestablecido.

En Dalmacia, las Divisiones *Marche* y *Messina* y la Brigada costera 28 del Cuerpo de Ejército VI, opusieron alguna resistencia; la *Marche* combatió en Ragusa hasta que fue arrollada y su jefe, el general Amico, que se había puesto valerosamente a la cabeza de un batallón del Regimiento de infantería 56, fue capturado y muerto de un disparo mientras era transportado a Trasteno. La División *Messina*, mientras intentaba reunir sus numerosos destacamentos, combatía en difíciles condiciones, animada por el ejemplo de su jefe, el general Spicacci. La lucha duró cuatro días, y Spicacci fue hecho prisionero y transportado a Alemania.



Almirante Campioni, comandante en jefe de las fuerzas armadas del Egeo, deportado a Alemania después de la rendición de Rodas, en septiembre de 1943. Más tarde fue procesado por el Gobierno de la R. S. I. y condenado a muerte. *(Archivo Rizzoli)*

La División *Emilia* (general Buttà) se reunió en las Bocas de Cattaro, arrojó de allí al destacamento alemán que las había ocupado el día 25 de julio, las defendió durante los días 14 y 15 de septiembre, y luego, con el apoyo de dos batallones del Regimiento alpino 3, pudo romper el contacto con la División *Prinz Eugen* y, en gran parte, embarcar y repatriar a su gente. La División *Ferrara*, sorprendida, fue pronto derrotada, y la *Venezia* y la *Taurinense* se desplazaron a los montes.

Distinta fue la suerte de las divisiones del Cuerpo de Ejército IV. La *Brennero*, que procedía de Grecia, fue sorprendida en pleno traslado y mientras una pequeña parte logró embarcar y regresar a Italia, el grueso fue internado en Polonia y en Alemania. También la División *Parma* se hallaba dispersa en muchos destacamentos y no tuvo posibilidad de organizar una reacción contra la agresión alemana. Particularmente dramática fue la suerte de la División *Perugia*, que guarnecía Albania meridional. El comandante de la División, general Chiminello, trató de reunirla en Tepeleni, luego, en la costa, resistió el ataque de una división alemana procedente de Grecia. Con engaño, los alemanes les hicieron creer que en Porto Palermo se habían concentrado los buques necesarios para repatriar a toda la división y el general Chiminello se dirigió allí, donde encontró una fuerte guarnición alemana, mientras bandas de rebeldes albaneses atacaban por todas partes a las unidades en marcha. Se combatió durante dos días, y las pérdidas ascendieron a más de la cuarta parte de los combatientes: los supervivientes se rindieron.

Ejército mixto 11

En Grecia, la coexistencia entre las Fuerzas Armadas de las dos potencias del Eje se habían roto casi desde el mismo momento de la ocupación. Después del desembarco en Sicilia, con la excusa de contribuir mejor a la defensa de Europa, los alemanes enviaron a Grecia cinco nuevas divisiones pese a que el Ejército asumía la denominación de «mixto»–, las cuales, mejor dotadas de medios acorazados y de transporte, ocuparon los centros de comunicación más importantes. De ello

derivó una situación de clara inferioridad para las fuerzas italianas. En el momento del armisticio nuestras divisiones se hallaban en una situación que puede compararse con la de unas tropas de desembarco que estuvieran privadas del apoyo de una flota y de la posibilidad de abastecerse en el interior. El comandante del Ejército, general Vecchiarelli, recibió, la noche del día 7, el memorándum con las directivas del Mando Supremo; pero al día siguiente fue sorprendido por la noticia de la firma del armisticio. Se halló así en una situación muy embarazosa para tratar con el general Gyldenfelt, quien pidió que sus tropas ocuparan las posiciones que quedarían abandonadas por las nuestras; esta exigencia parecía lógica y no significaba un acto de hostilidad que legalizase la resistencia activa. Pidió también que se le restituyera la artillería pesada, que, en efecto, era en su totalidad propiedad de los alemanes. El general Vecchiarelli esperó obtener la repatriación de sus tropas, tácitamente prometida por los alemanes; pero estas tropas, al final, fueron conducidas a Alemania y a Polonia.



Contraalmirante Luigi Mascherpa, comandante de la guarnición de Lero. Después de la rendición de la isla, los alemanes lo entregaron a la república de Saló; procesado más tarde, fue fusilado en Parma.
(General Mondini)

En Creta, los alemanes tomaron la iniciativa contra las unidades italianas dispersas en toda la isla y las arrollaron; sólo una parte de los soldados logró eludir la agresión y unirse a los partisanos griegos; incluso el comandante de la División *Siena* pudo escapar a la captura.

De modo muy distinto fueron las cosas en Tesalia y en las islas Jónicas. La División *Pinerolo*, a la que se unió el Regimiento *Lancieri di Aosta*, se retiró a los alrededores del Pindo, y el general Infante se puso de acuerdo con el coronel inglés Chriss y con los generales griegos Serogiu y Raptopulos, jefes de los *andartes* o partisanos comunistas. No fue fácil la convivencia, pero lo cierto es que los rebeldes griegos y los soldados italianos combatieron juntos contra los alemanes.

La División *Acqui*, con su puesto de mando en Argostoli, ocupaba las islas de Cefalonia y de Corfú. El general Gandin se halló ante el dilema de escoger entre las órdenes del Ejército (que consideraba deshonrosas), la convicción de la superioridad militar de los alemanes y la presión de los oficiales, especialmente los más jóvenes, que querían tomar las armas contra los germanos. Estos habían aumentado su guarnición incluso en Cefalonia, ocupando un sector bien delimitado, al mando del teniente coronel Barge. Hubo contactos entre ambos jefes, mas el tiempo actuaba a favor de los alemanes, que pudieron concentrar mayores fuerzas en las islas.

El 11 de septiembre, Barge envió un ultimátum al general Gandin: continuar la lucha contra los angloamericanos y combatir con los alemanes o rendir pacíficamente las armas. El general Gandin pidió su parecer a los subalternos; quiso incluso «tomar el pulso» a los soldados e interrogó a los capellanes.

El día 15, Gandin lograba ponerse en comunicación radiotelegráfica con el Mando Supremo italiano, recibiendo la orden de abrir las hostilidades contra las tropas alemanas. Muy pronto se encenció la lucha en toda la isla, con éxitos iniciales para los italianos, mientras formaciones de *Stukas* iniciaban bombardeos masivos provocando grandes daños. Los ataques aéreos se repitieron, y las fuerzas alemanas lograron desembarcar carros de combate en las costas occidentales y septentrionales de la isla. Desde Italia no se pudo enviar ni siquiera un avión; los combates, cada vez más encarnizados, se prolongaron hasta el día 22, cuando los restos de la división, confinados en una pequeña zona al este de la península de Argostoli, tuvieron que rendirse.

En Corfú, el coronel Lusignani, comandante del 18 de infantería y de la guarnición, se halló, de súbito, privado de toda comunicación y actuó según los dictados de su conciencia. La noche del día 20, dos oficiales paracaidistas ingleses le prometieron el envío de refuerzos, promesa que, sin embargo, no pudo ser mantenida por causas imprevistas. El 24, los alemanes desembarcaron con grandes fuerzas y el 25 atacaron, con poderoso apoyo aéreo, las posiciones defensivas de los pasos de Stravos, Coriza y Garuna. A las 16 horas, exhaustos y privados de municiones, los soldados italianos recibieron del coronel Lusignani la autorización del «sálvese quien pueda». El coronel Lusignani y su ayudante, el capitán Ferrara, fueron fusilados. Y así terminó la aventura italiana en Grecia.



General Antonio Gandin, comandante de la División Acqui; contrariamente a toda ley de guerra, fue fusilado por los alemanes el 24 de septiembre de 1943, después de la rendición de Cefalonia, valientemente defendida por él y por sus hombres.
(Archivo Rizzoli)

Mando superior de las fuerzas armadas en el Egeo

Del jefe superior de las fuerzas armadas en el Egeo, almirante Campioni, dependía, además de las ya mencionadas fuerzas terrestres de la guarnición en las islas del Dodecaneso y de las Espóradas, un mando de Marina, con un destructor, el buque *Caboto*, cuatro escuadrillas de MAS y algunas embarcaciones menores, así como también un mando aeronáutico, que disponía de un grupo de bombarderos, un escuadrón de cazas, una escuadrilla de transporte y algunos hidroaviones. En la isla de Rodas, cuyo mando ostentaba el general Forgiero, se hallaba la División *Regina*, con unidades de *Camicie Nere*. La división alemana *Rodhnos* se había reunido en posición central y disponía de su propia red de comunicaciones alámbricas.

Al llegar la noticia del armisticio, el general Forgiero, por encargo del almirante Campioni, se puso en contacto con el general Kleeman, acordándose que las tropas alemanas no se moverían de sus posiciones. Mas, a medianoche, Kleeman hizo presente que, debiendo proveer él solo a la defensa de la isla, se veía obligado a que sus tropas adoptaran el despliegue más oportuno y ocuparan los aeródromos.

La noche del 10 de septiembre llegaron dos oficiales ingleses paracaidistas, quienes, en nombre del general Wilson, prometieron el envío de tropas inglesas, si bien precisando que no podrían llegar antes de quince días. El almirante Campioni declaró que la resistencia podría prolongarse unos pocos días más y pidió que, por lo menos, se efectuase algún desembarco, aunque no fuese más que con un fin demostrativo. Mas todo acabó aquí, pues los alemanes pasaron al ataque aquel mismo día, encontrando alguna resistencia esporádica y no organizada, que fue pronto vencida. únicamente fue encarnizada la defensa del sector septentrional. El almirante Campioni fue capturado y deportado a Alemania.

La isla de Lero estaba organizada como base de submarinos, y su guarnición se reducía a un batallón de infantería y algunas unidades de la Marina. Ostentaba el mando el capitán de navío Mascherpa, quien consiguió ponerse en contacto con el mando inglés de Oriente Medio y recibió el refuerzo de un millar de hombres. Los alemanes atacaron después de haber conquistado los islotes que rodeaban la isla; con violentos bombardeos aéreos machacaron puestos de mando, cuarteles e instalaciones de todo género, reduciéndolo todo a escombros y causando enormes pérdidas. Nuevos refuerzos llegaron de Egipto, de modo que la isla tuvo una guarnición de casi 2000 soldados británicos y 1500 italianos. El general Hall asumió entonces el mando de las fuerzas inglesas del Egeo. A las 5 de la mañana del 12 de noviembre, desembarcaron tropas alemanas en diversos puntos; siguió el lanzamiento de unos 400 paracaidistas, que lograron rodear el cuartel general aliado. Los alemanes enviaron otras tropas por mar, y los ingleses también; pero la superioridad, en especial la aérea, estaba de parte alemana y, después de casi dos meses ininterrumpidos de lucha, los defensores supervivientes se vieron obligados a deponer las armas.

La segunda isla del Dodecaneso en extensión es Kos, próxima a la costa turca. Estaba guarnecida por dos batallones de infantería, dos grupos de artillería y unidades menores, al mando del coronel Leggio. La noche del 10 de septiembre, dicho coronel se puso en contacto con un oficial inglés paracaidista, y el 2 de octubre casi un millar de soldados británicos, al mando del general Kaniou, reforzaron la guarnición italiana. Al día siguiente desembarcaron en tres puntos distintos y fueron avanzando hacia el centro de la isla. Durante toda la noche y el día siguiente se combatió con gran energía, pero los alemanes, con el apoyo de sus carros de combate, lograron superar toda la resistencia ofrecida, obligando a los supervivientes a la rendición.

Todavía se opuso resistencia en otras islas del Egeo; pero el día 20 de noviembre, por orden del Mando de Oriente Medio, que ya consideraba inútil la prosecución de la lucha, la guarnición de la isla de Samos, constituida por unidades de la División *Cuneo* y unidades inglesas, se refugió en la costa anatólica, donde, en unión de soldados de la *Regina*, constituyó unidades auxiliares. En Creta y en algunas islas, como Naxos y Andros, los italianos participaron en la lucha al lado de los guerrilleros griegos.

En los Balcanes, desde Eslovenia a Morea, y en las islas del Egeo, se sucedieron días de angustia con otros cuajados de esperanza. La guerra partisana prosiguió, aunque en dificilísimas condiciones a causa de la supervivencia de rencores, de razones de ideología política o de extremados sentimientos nacionalistas. Hoy, mirando a través del prisma de la distancia, en la panorámica del tiempo transcurrido, se alcanza a contemplar su complejidad, se pueden juzgar los acontecimientos con mayor objetividad y aumenta la amargura por todo lo que se hubiera podido hacer y por todo lo que se hubiera podido evitar, ahorrando sangre y sacrificios y salvaguardando la fama del soldado italiano. De haber existido una más objetiva decisión y rapidez, por una parte, y una mayor lealtad y comprensión, por otra, durante las negociaciones para la salida de Italia de la guerra, el acontecimiento no hubiera sorprendido a los mandos de la periferia y las consecuencias no hubieran llegado a ser tan graves ni tan amargas.

Edwin Packer

UNA DURA LECCIÓN EN EL EGEO

La conquista del Dodecaneso atraía a los ingleses casi por instinto: apoderarse de objetivos de vital importancia, empleando pequeños destacamentos, era exactamente el tipo de operaciones que, tiempo atrás, se habían visto coronadas por el éxito más a menudo. Y en el Egeo, el éxito inicial parecía, en realidad, increíblemente fácil, tan fácil que los ingleses se dejaron tentar por la ilusión de que su audacia supliría ampliamente la falta de una eficaz protección aérea. Pero una vez más, como en Noruega y en Malasia, iban a recibir una de las más duras lecciones de la guerra moderna: esto es, que no es posible mantener guarniciones allí donde el enemigo posee una superioridad aérea.

UN OBJETIVO TÍPICAMENTE BRITÁNICO

El Dodecaneso se extiende a lo largo de la costa sudoccidental de Turquía. Aunque sus habitantes son en su mayoría griegos, las doce islas formaron parte del Imperio otomano hasta 1912, año, en que, finalizada la guerra ítalo-turca, fueron ocupadas por Italia junto con Tripolitania y Cirenaica.[1]

A principios de la segunda Guerra Mundial, Rodas poseía dos aeródromos y un puerto excelente. También Scarpanto y Kos disponían de un aeródromo especial para cazas monomotores, y Lero contaba con una base para hidroaviones y con un puerto que podía albergar pequeñas unidades de guerra. Por lo tanto, las islas tenían gran importancia estratégica y, en 1941, cierto número de fuerzas alemanas fueron enviadas a Rodas para reforzar la guarnición italiana.

La conquista del Dodecaneso era uno de los proyectos favoritos de Churchill desde que co-

[1]Según el tratado de paz de Lausana (18 de octubre de 1912) se mantuvo la ocupación de las islas para garantizar la evacuación de Tripolitania y de Cirenaica por parte de las fuerzas turcas.



Septiembre de 1943: bombardeo británico sobre Lero, efectuado como preparación al desembarco de las fuerzas. A causa de la oposición americana a un masivo ataque combinado contra el Dodecaneso, los ingleses sólo pudieron disponer, para la conquista del archipiélago, de una brigada que, muy pronto, demostró ser por completo insuficiente para la misión que se le había confiado. (Col. J. N. Lapraik)

menzó la guerra. Ya se había esbozado un plan para la ocupación de Rodas en 1941; pero entonces los triunfos de Rommel en África aconsejaron su aplazamiento. Churchill consideraba las islas como una vía de acceso a la Europa sudoriental, y una excelente base desde la cual podrían bombardearse las vías de comunicación alemanas y los campos petrolíferos de Rumania y desde donde podrían enviarse refuerzos y ayuda a los partisanos griegos y yugoslavos. También sería fácil enviar abastecimientos a Rusia a través de los Dardanelos, evitando así los peligros de las rutas árticas y del golfo Pérsico.

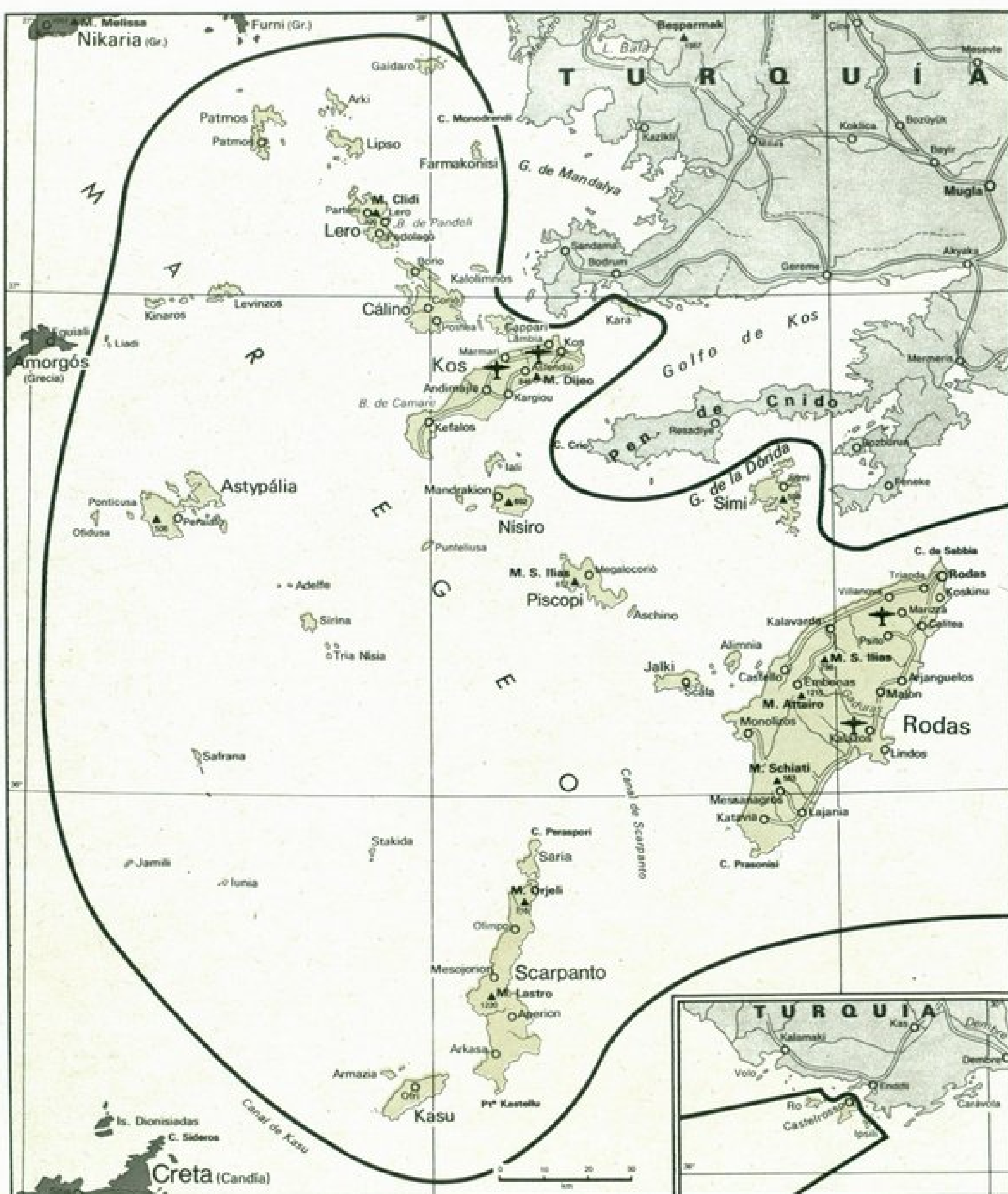
Asimismo, la posesión del Dodecaneso suponía grandes ventajas políticas, aparte las estratégicas, puesto que su posición geográfica, frente a Turquía, influiría en la política exterior de aquella nación.

Dos concepciones estratégicas distintas

Si alguna vez se dice que una nación sigue una determinada concepción estratégica, puede afirmarse que los británicos, por lo general, prefieren efectuar operaciones contra fuerzas enemigas dispersas sobre objetivos periféricos, a fin de debilitar su aparato bélico con respecto a una posterior ofensiva a amplia escala; esta estrategia la dicta, en parte, la falta de recursos. Por el contrario, los Estado Unidos basaban su estrategia solamente en encuentros directos a amplia escala, consecuencia de los grandes recursos de su país.

Por varias razones, los británicos habían conseguido siempre imponer su propio criterio en las reuniones celebradas entre los jefes aliados. Aunque estaban de acuerdo en que la estrategia aliada debería orientarse contra la Europa noroccidental, los ingleses opinaban que si el golpe de gracia había de lanzarse mediante una invasión a través del canal de la Mancha, ésta debía ir precedida por otras acciones bélicas. Los americanos querían que el desembarco se efectuara lo más pronto posible, en 1943 y, al ser aplazado, se sintieron decepcionados. Y como quiera que los ingleses también habían conseguido anteriormente que se aceptase su plan para la invasión del Norte de África, dejando en segundo lugar el ataque a Sicilia, sus aliados empezaron a sentir ciertos recelos. Por ello, cuando en la conferencia de Quebec, celebrada en agosto de 1943, Churchill rompió nuevamente una lanza a favor de la ocupación del Dodecaneso, su proposición no fue juzgada con objetividad por los americanos. Es más, la consideraron como una clara manifestación de la estrategia periférica británica, que reflejaba, esta vez, lo que los americanos consideraban como miras expansionistas británicas en los Balcanes. La propuesta halló una fuerte oposición.

Pero Churchill no estaba dispuesto a abandonar el proyecto. Pidió a Wilson que reuniera como pudiese tropas y medios navales, esperando poder alcanzar algún triunfo, aunque fuera con fuerzas mínimas y contando con el inminente armisticio con Italia: era posible que la noticia del armisticio creara cierta confusión entre las tropas



El 8 de septiembre de 1943, tras el anuncio oficial del armisticio con Italia, los ingleses creyeron poder apoderarse fácilmente del Dodecaneso, que, por su situación geográfica, tenía una enorme importancia política y estratégica. Mas las tropas alemanas no se dejaron sorprender por la noticia de la rendición de su aliado, e inmediatamente pusieron en ejecución las órdenes previamente dictadas por Hitler.

alemanas en Rodas, como también era muy posible que se llegara a convencer a la guarnición italiana de que ayudara a los ingleses. No había ninguna seguridad, pero valía la pena intentarlo.

De este modo, para una operación que exigía como mínimo una división, no fue posible aprestar más que una brigada. Era el máximo que Wilson podía disponer dadas las muchas operaciones a desarrollar en la amplia zona bajo su mando. No había verdaderos y adecuados medios de desembarco.

Entre tanto, las negociaciones para el armisticio se desarrollaban en secreto, desde hacía algún tiempo, entre los Aliados e Italia. Se informó a Wilson de las negociaciones; pero no se le comunicó la noticia del armisticio hasta pocos días antes del anuncio oficial (8 de septiembre), por lo que tuvo que efectuar los preparativos en pocos días si quería aprovechar con ventaja la confusión de los alemanes. Mas, ante todo, debía saber la actitud que adoptarían los italianos en Rodas: ¿colaborarían hasta el punto de unir sus fuerzas con las de los británicos para arrojar de la isla a los alemanes?

Se creía que los italianos tenían en Rodas unos 35.000 soldados y los alemanes unos 7000; pero incluso la ventaja de cinco contra uno es poca cosa si falta el espíritu combativo. ¿Estarían los italianos dispuestos a resistir a los alemanes hasta que llegasen las tropas británicas? Para hallar respuesta a estos dos interrogantes, Wilson se dirigió a la división de embarcaciones especiales (SBS). El comandante conde de Jellicoe, fue a Rodas una noche, se entrevistó con el gobernador de la isla, almirante Campioni, y discutió con él la alianza de ingleses e italianos para impedir que los alemanes controlasen la situación.

Sin embargo, la esperanza de que el anuncio del armisticio provocase confusión en los alemanes se frustró, pues Hitler no ignoraba tal posibilidad, y había planeado las medidas que debían tomarse cuando esta eventualidad se produjera. En efecto, apenas anunciaron los Aliados la rendición de Italia, los mandos alemanes dictaron la contraseña «Eje», que ordenaba realizar los planes ya previstos para afrontar la situación. En Rodas, los alemanes ocuparon los puntos clave y en algunos sectores hubo combates esporádicos entre los ex aliados.

Lanzamiento sobre Rodas

La intención británica era lanzar a Jellicoe y a su grupo sobre Rodas la noche del 8 de septiembre; mas cuando el *Halifax* que transportaba a Jellicoe, a un intérprete y a un transmisor llegó sobre la isla, Rodas estaba envuelta en una niebla absolutamente impropia de la estación, por lo que el avión volvió atrás para intentar de nuevo el lanzamiento la noche siguiente. Esta vez la visibilidad era excelente, y los tres mensajeros, aunque con ciertas dificultades y tras algunos incidentes, consiguieron llegar a tierra y entrevistarse con el gobernador.

Campioni no parecía demasiado satisfecho del curso de los acontecimientos. Si se oponía a la toma de poder por parte de los alemanes, como le impulsaba a hacer Jellicoe, quería, por lo menos, estar seguro de que su oposición tendría éxito, pues no deseaba en absoluto ir a parar a un campo de concentración alemán o quizá a un destino peor. ¿Qué apoyo inmediato –preguntó– podían darle los británicos? Jellicoe tan sólo podía prometerle que algunos pequeños grupos de SBS llegarían rápidamente, y que el grueso de las tropas se encontraría en Rodas en el plazo de seis días.

A Campioni todo esto no le pareció muy esperanzador. Por de pronto, las negociaciones entre italianos y alemanes aún no se habían interrumpido del todo y, sin duda, los italianos serían bien tratados por los alemanes si se les permitía asumir el poder de la isla. Por lo tanto, trató de ganar tiempo, prolongando estas negociaciones a fin de que los británicos pudieran acudir en su ayuda cuanto antes.

Mas, poco después de la reunión, Campioni cambió de parecer. Los alemanes acababan de presentarle un ultimátum amenazando atacar a los italianos si el control de la isla no se confiaba inmediatamente al general Kleeman; se pidió, pues, a los tres emisarios británicos que abandonasen inmediatamente Rodas para evitar que se descubriera su presencia. Podrían dirigirse a Castelrosso, y esperar allí hasta que la situación se resolviera en forma favorable a los Aliados; Jellicoe no tuvo más remedio que aceptar esta solución.

Poco después de desembarcar en Castelrosso, se enteró de que Campioni se había rendido formalmente al comandante alemán.

Sin embargo, el mando de Oriente Medio no abandonaba todavía la esperanza de tomar Rodas. Existía una vaga probabilidad de que, en un próximo o lejano futuro, se pudieran reunir en el Mediterráneo tropas suficientes para un ataque en masa contra la isla, y, mientras tanto, había que encontrar una base desde la cual lanzar las operaciones. Y así fue como la SBS recibió la orden de tratar de apoderarse de las islas menores del Dodecaneso.

Los alemanes no disponían de fuerzas en ninguna de las islas cercanas a Rodas y no podían reunir los medios navales para guarnecerlas; no obstante, en Rodas, el general Kleeman se puso en contacto radiofónico con el almirante Mascherpa, comandante italiano de la base naval de Lero, y le ofreció aceptar la rendición de las islas menores de Dodecaneso. Mascherpa se negó a negociar.

Los británicos fueron bien acogidos, y así a fines de septiembre, en la mayor parte de las islas menores habían fuerzas inglesas que apoyarían a las italianas.

VEINTE DÍAS EN KOS

La isla de Kos se encuentra a una milla de la costa de Turquía, extendiéndose unos 45 km de Este a Oeste y 10 de Norte a Sur, en su parte más ancha. La ciudad de Kos se asoma a una bahía, en la parte nororiental, y hacia el Sur queda cortada por un acantilado dorsal calcáreo que alcanza 853 metros de altura. En la costa Norte se extienden algunas playas arenosas, pero la meridional, en su mayor parte, presenta una serie de ásperos acantilados.

Para impedir que la *Luftwaffe* interviniera al iniciarse el movimiento británico en Kos, los aeródromos de Rodas fueron bombardeados la

noche del 13 de septiembre por aviones *Liberator*, asignados a la fuerza aérea estratégica del África noroccidental. Y en efecto, cuando el destacamento del SBS llegó a Kos la *Luftwaffe* no dio señales de vida.

En el trascurso del día, los hombres del SBS avanzaron por tierra, hacia el aeródromo, en las cercanías del pueblo de Andimajia, casi en el centro de la isla. Más tarde, una sección de transmisiones de la RAF llegó en avión; al anochecer, se le unió el 7 º escuadrón de la Aviación sudafricana *(Spitfire)* y, durante la noche, los *Dakota* del 216 escuadrón lanzaron 120 hombres del batallón paracaidista XI. Estos refuerzos permitieron al destacamento de la SBS zarpar hacia Samos.

Los contingentes italianos en Kos ascendían a 5000 hombres, desplazados por toda la isla; pero, por sugerencia de los ingleses, fueron agrupados en la defensa del aeródromo. Las defensas antiaéreas eran escasas y la situación tampoco mejoró mucho con la llegada de dos destacamentos de la RAF, procedentes de Palestina, con una carga de nueve cañones antiaéreos *Hispano*. Los trabajos de fortificación sobre el perímetro rocoso del aeropuerto resultaron difíciles, y antes de que pudieran abrirse trincheras los alemanes iniciaron sus ataques aéreos. Las defensas aliadas en tierra eran así muy vulnerables y esto sólo podía remediarse contando con un adecuado apoyo aéreo. El grueso de las fuerzas destinadas a la defensa de la isla debía estar constituido por el I Batallón de Infantería ligera *Durham*. Su 3 ª compañía, al mando del capitán E. Browne, y el comandante del batallón, teniente coronel R. F. Kirby, aterrizaron al 16 de septiembre. Pero al día siguiente, los *Ju-88* alemanes lanzaron una granizada de bombas que dejaron el aeropuerto durante algún tiempo inservible.

Aunque, según el jefe de Estado Mayor de la Aviación británica, había en el Mediterráneo más aviones aliados que en toda la *Luftwaffe*, el general Eisenhower no permitió que unidades aéreas fueran destinadas, permanentemente, a apoyar las operaciones en el Egeo. Eisenhower dispuso que la campaña del Dodecaneso no debía influir en modo alguno en el desarrollo de las otras operaciones en el Mediterráneo, lo cual significaba que el mando de Oriente Medio no podría contar con un apoyo constante por parte de las fuerzas que operaban en el sector italiano, sino que debería improvisar sus propias acciones.

Así, pues, el limitado apoyo aéreo prestado para la operación de Kos en seguida demostró ser por completo insuficiente. Las patrullas de *Beaufighter* no mejoraron gran cosa la situación, ya que al estar su base situada a más de 560 km, sólo podían sobrevolar la isla por un período de tiempo limitado; además, este tipo de aviones no podía competir con los mucho más manejables *Messerschmitt*.

La supremacía aérea alemana era tan total que, durante una acción dos escuadrones de aviones británicos fueron destruidos apenas aterrizaron.

Hitler daba gran importancia al significado político de la posesión del Dodecaneso, que, por otra parte, suponía una excelente protección para el flanco alemán en los Balcanes. Por ello, a la amenaza aliada en el Egeo respondió retirando parte de sus aviones del sur de Francia, de Italia, de Córcega e incluso de Rusia. El día 1 de octubre, la *Luftwaffe* disponía en aquella zona de unos 362 aparatos, entre los que figuraban 90 *Ju-88* y *He-111*, 50 *Me-109* y 65 *Ju-87*.

Los Aliados intentaron neutralizar esta acumulación de fuerzas desencadenando ataques, entre el 20 y el 25 de septiembre, contra los aeródromos alemanes en Creta, en Rodas y en Grecia, utilizando para ello aparatos *Liberator*, *Halifax*, *Wellington* y *Hudson*. Siguió luego una pausa momentánea, pero las fuerzas alemanas eran de tal envergadura que el 26 de septiembre volvieron a reanudar unos ataques vigorosos.



Tropas alemanas embarcan en Grecia en dirección al Dodecaneso. Con el fin de asegurar el adecuado apoyo aéreo a las fuerzas que combatían por el dominio del Egeo, Hitler dio las órdenes oportunas para que fuese retirado, de los principales sectores de operaciones, un número muy elevado de aviones, que fueron enviados a los aeródromos alemanes situados en la zona de la contienda.
(Rigksinstituut woor Oorlogs documentatie)

El centro de la defensa de la isla fue trasladado de Andimajia a la zona de la ciudad de Kos. La 1ª y 2ª compañías del *Durham*, así como un contingente del Regimiento de la RAF, se transfirieron a la zona de Kos-Lambia-Marmaris, dejando a la 4ª compañía de guarnición en Andimajia. La 1ª y 2ª compañías acamparon a 8 km al oeste de Kos, e inmediatamente se pusieron a trabajar en la pista de despegue de Marmaris.

El vicealmirante sir Algernon Willis, comandante en jefe naval de Levante, destinó varios submarinos de la 1ª flotilla y 8 destructores de la clase *Hunt* en apoyo de las fuerzas británicas; pero la eficacia de esta fuerza estaba limitada por dos factores:

- Primero el apoyo aéreo aliado no estaba en condiciones de poder proporcionar una protección adecuada ni a las fuerzas de tierra ni a los buques.
- Segundo: la distancia que separaba a los buques británicos de su base suponía una gran pérdida de tiempo cuando tenían que desplazarse para abastecerse de combustible. Y precisamente los destructores de la clase *Hunt* tenían una autonomía muy limitada.

Los alemanes desembarcaron al amanecer

Al despuntar el alba del día 3 de octubre, unos 1200 soldados alemanes, al mando del teniente general Müller, desembarcaron en las playas cercanas a Marmaris, protegidos por un masivo bombardeo aéreo. Una batería aliada de cañones de 75 mm, en posición sobre las colinas, al sudeste de Kos, abrió fuego inmediatamente y un pelotón inglés avanzó al encuentro del enemigo, sometiéndole a un intenso fuego de armas portátiles. Desde el sur de la isla llegaron noticas de otros desembarcos, y en la bahía de Camare un batallón italiano fue rechazado a las colinas.

Después de bombardeos de alta cota sobre las posiciones aliadas, los alemanes lanzaron en Andimajia una compañía de paracaidistas. La 4ª compañía del *Durham* abrió fuego y muchos invasores fueron muertos mientras descendían o inmediatamente después de tomar tierra. Sin embargo, los Aliados no consiguieron impedir que otras tropas aerotransportadas llegaran a tierra. Más tarde, bombarderos *Stuka*, en picado, tomaron parte en el ataque y las posiciones aliadas fueron gradualmente arrolladas en el transcurso de la jornada. Al caer la noche, los defensores del aeródromo –unos noventa hombres, en total– estaban muertos, heridos o habían sido hechos prisioneros.

Para la defensa de la ciudad de Kos y de la pista de aterrizaje de Lambia, el Regimiento *Durham* había dispuesto la 2ª compañía al norte y la 1ª compañía al sur de la carretera principal de la isla; la 3ª compañía se hallaba en el perímetro de la propia ciudad, con la compañía de plana mayor de reserva.

La falta de medios navales y la utilización de los transportes aéreos para las tropas habían dejado al *Durham* sin armamento pesado; en cambio, los alemanes habían podido desembarcar artillería ligera y autoametralladoras.

Con ayuda de los bombarderos en picado *Stuka* los invasores atacaron frontalmente y envolvieron ambos flancos de los Aliados. Durante todo el día se desarrolló un combate encarnizado. Las fuerzas aliadas se vieron gravemente obstaculizadas por la escasez de hombres y de material; y al final los pelotones más avanzados de la 2ª compañía, al norte de la carretera, fueron arrollados tras terribles combates cuerpo a cuerpo.

A las 17 horas, con objeto de preservar a las fuerzas aliadas y mantenerlas en condiciones de combatir, se les ordenó la retirada a la periferia de la ciudad. Las pérdidas de hombres y en material habían sido graves en ambos bandos: los efectivos del *Durham* habían quedado reducidos a 200 hombres.

Por la noche, el coronel Kenyon, comandante de la guarnición, convocó una reunión con sus comandantes de compañía; pero poco después el edificio era alcanzado por las granadas de un mortero enemigo: murió un oficial y cayó herido el coronel Kirby, comandante del *Durham*. A las 20 horas, Kenyon dictó la orden que ponía fin a la resistencia organizada y las tropas aliadas recibieron la orden de dividirse en pequeños grupos y dirigirse a las alturas.

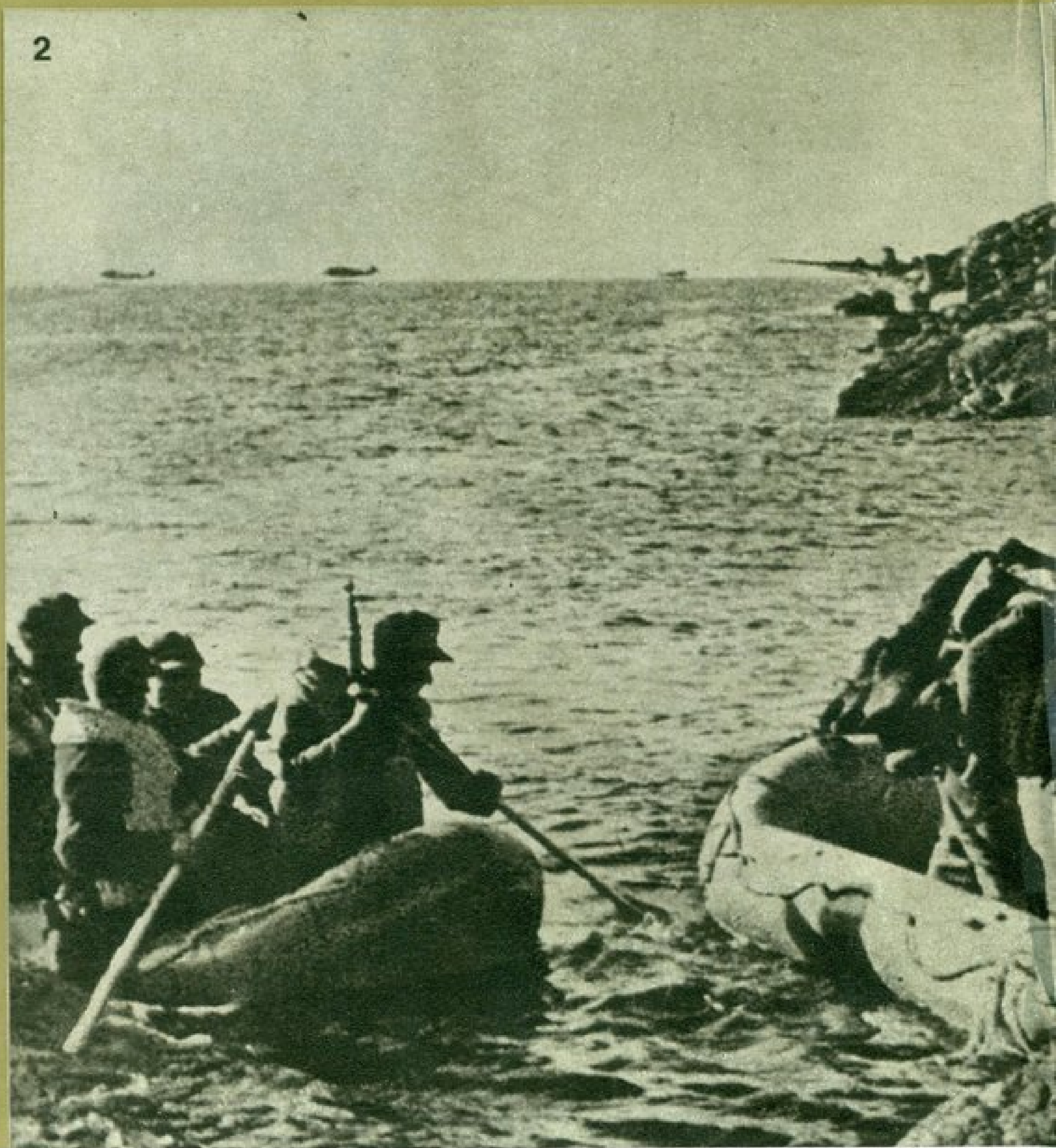
Si bien la SBS consiguió evacuar unos 105 hombres, alrededor de 900 soldados aliados y casi 3000 italianos fueron hechos prisioneros por los alemanes. Y las SS fusilaron a 90 oficiales italianos por haber luchado contra sus ex-aliados.

CAÍDA DE LERO

La pérdida de Kos demostró que las fuerzas británicas en el Egeo eran insuficientes para llevar a cabo su misión. Y con objeto de que el ataque contra Rodas, fijado ahora para el 23 de octubre, pudiera realizarse, era preciso reforzar Lero.

Churchill afrontó esta necesidad con el presidente Roosevelt, pidiendo fuerzas de la entidad,





al menos, de una división, lanchas de desembarco y buques. Esta petición fue rechazada, pero el general Eisenhower, para calmar el resentimiento británico por la resistencia americana para prestar ayuda en las operaciones del Egeo, organizó una reunión de jefes de Estado Mayor, el 9 o el 10 de octubre, en su «villa» de La Marza, en Túnez.

En el curso de las conversaciones se dieron a conocer las consecuencias de la orden de Hitler cursada el 1 de octubre. Los movimientos de las fuerzas alemanas en Italia indicaban claramente que Hitler pretendía combatir por la posesión de Roma. Y esto desvanecía toda esperanza, por parte del mando de Oriente Medio, de que pudiera sustraerse una división del sector italiano.

La evacuación de las guarniciones de Lero y de las islas menores aparecía ahora como la mejor solución, pero Maitland Wilson opinaba que la evacuación presentaría dificultades a causa de la superioridad aérea alemana. No habría noches sin luna, únicas que podían dar a semejante operación alguna posibilidad de éxito, hasta el 26 de noviembre. Por añadidura, tres comandantes en jefe del mando de Oriente Medio sostenían que Lero se podía mantener, aunque con grandes dificultades.

Así se llegó a la decisión de mantener Lero a toda costa, aun cuando no cabía esperar refuerzo alguno ni hubiera posibilidad de contrarrestar la superioridad aérea alemana. El mando de brigada, ahora rebautizado mando del Egeo, fue pronto transferido a dicha isla, ostentándolo el general de brigada E. Brittorous. Lero se debía abastecer con todos los medios posibles. Los destructores se aventuraron en aguas infestadas de minas para llevar a la isla, por las noches, tropas y material; submarinos y embarcaciones griegas operaban tanto de día como de noche. Mas, a falta de un apoyo aéreo constante, era inevitable que la Marina británica sufriese pérdidas graves. Antes de la caída de Kos, dos destructores habían sido hundidos en el puerto de Lero; y en el curso de las operaciones para abastecer la isla fueron gravemente averiados tres cruceros, hundidos dos destructores y averiado un tercero. Los buques alemanes también sufrieron violentos ataques. El 6 de octubre un convoy enemigo fue interceptado al largo de Astypalia: los alemanes perdieron 400 hombres y el armamento y equipo de todo un batallón.

Los italianos tenían en Lero 24 baterías navales, con un total de 100 cañones de distintos tipos y calibres; pero las anticuadas posiciones de las piezas estaban situadas completamente al descubierto. La guarnición ascendía a 5500 hombres, la mitad de ellos destinados a servicios logísticos de la base naval, junto con un batallón de infantería de 1000 hombres, dotado de un armamento anticuado.

A primeros de noviembre, la fuerza aliada de la isla consistía en tres batallones británicos, a cada uno de los cuales se había confiado la responsabilidad de uno de los tres sectores operativos en que estaba dividida la isla.

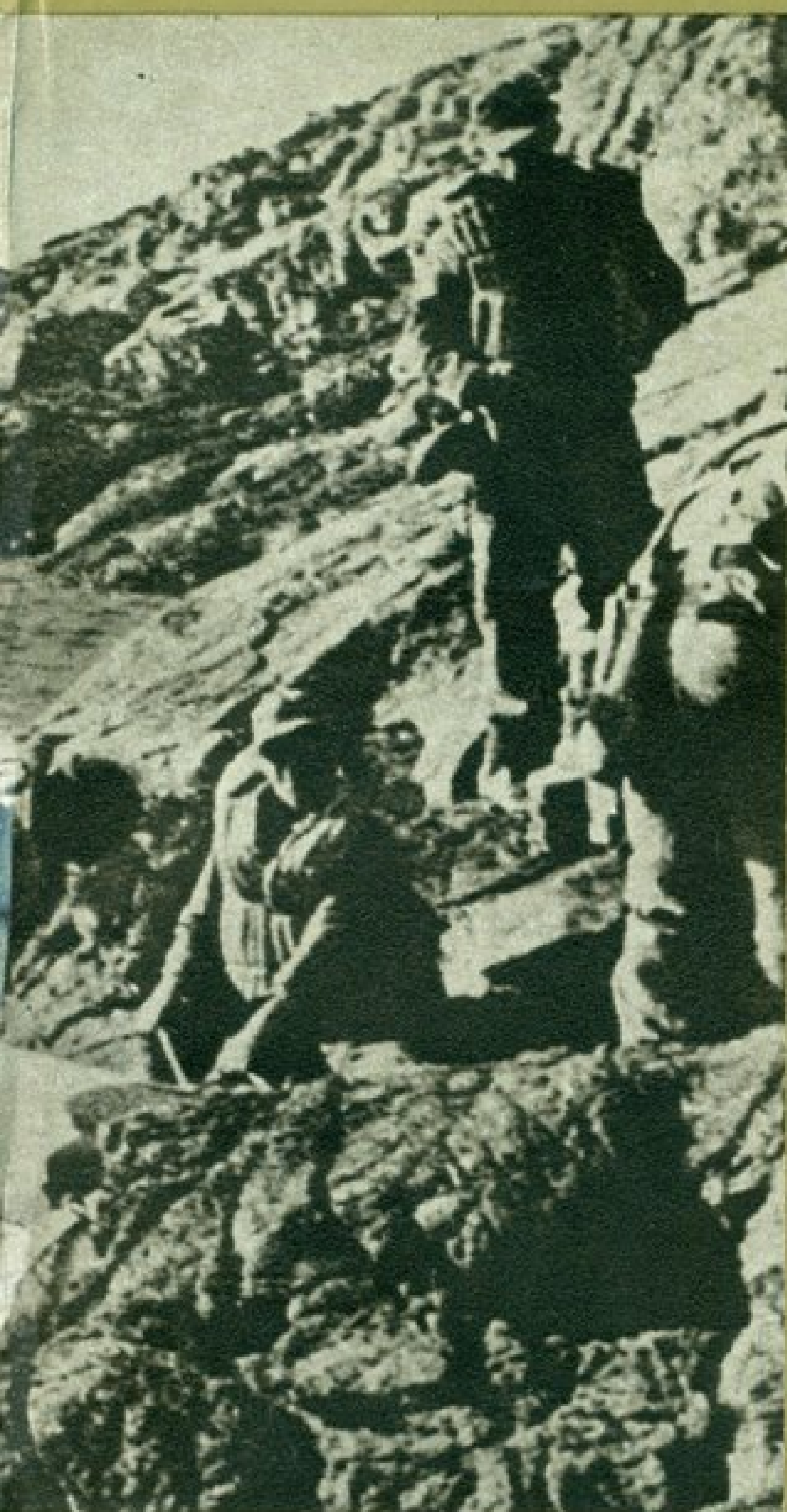
Al Norte se hallaba desplegado el IV Batallón *Buff (Royal East Kent Regiment)*, con la 3ª compañía del *King's Own Regiment* como reserva de la plaza fuerte; en el centro, el II Batallón de los *Royal Irish Fusiliers*, con la 2ª compañía del *Royal West Kent Regiment*, y al Sur, se encontraba el I Batallón del *King's Own Royal Regiment*, unidades, todas ellas, más o menos capaces de llevar a cabo acciones autónomas.

El mando de la plaza fuerte estaba situado en el monte Meraviglia, en el sector central, y desde allí el 3er Grupo de Artillería antiaérea ligera, con doce cañones *Bofors* y una batería de cañones de 25 libras, se encargaba de la protección contra los ataques aéreos. Un destacamento de la SBS y el LRDG tenían a su cargo la defensa móvil contra desembarcos aéreos.

Después de la caída de Kos a primeros de octubre, la isla había sido intensamente bombardeada: el objetivo principal fueron las posiciones de la artillería italiana. A causa de los constantes bombardeos, las tropas permanecían inactivas de día y operaban de noche; y aunque las pérdidas fueron leves, el efecto sobre la moral fue bastante grave.

El general de brigada Brittorous basaba la defensa en el principio de que no debía permitirse que ningún alemán pusiera pie en ella, lo cual suponía la defensa de una franja de costa muy amplia. Cada comandante de batallón recibió la orden de defender, con sus armas portátiles, todas las playas comprendidas en su sector operativo. No se disponía de medios de transporte para desplazar a las tropas y las carreteras de la isla eran tan estrechas y estaban en tan pésimas condiciones, que resultaba imposible transitar por ellas con cualquier otro vehículo que no fuese un *jeep*.

A principios de noviembre, el general Wilson estableció algunos cambios en el mando del Egeo. Brittorous había sido al mismo tiempo comandante de la plaza fuerte de Lero. Ahora, como comandante del Egeo, le sucedía el general de brigada Hall, quien estableció su puesto de mando en Samo; el teniente coronel Tilney fue nombrado comandante de la plaza fuerte. Wilson eligió para estos cargos a dos artilleros, pues preveía que la







artillería italiana desempeñaría un papel importante en la defensa de la isla.

El plan de defensa estático, iniciado por Brittorous y continuado por Tilney, fue objeto de severas críticas.

El teniente coronel Maurice French, que mandaba el *Royal Irish Fusiliers* en el sector central, sostenía que sería imposible proteger una línea costera tan amplia y accidentada y que, además, sería inútil desplegar tantos hombres a lo largo de la costa, cuando existía la posibilidad de que las tropas alemanas llegasen a la isla por el aire. Los acontecimientos iban desgraciadamente a darle la razón muy pronto.

Los alemanes consiguen desembarcar y se atrincheran

Alrededor de las 4,30 horas del 12 de noviembre, un convoy alemán se acercó a Lero por el Norte, dirigiéndose hacia las bahías de Palma, Grifo y Pandeli.

Las baterías costeras italianas, los cañones británicos *Bofors* y los de 25 libras abrieron fuego; pero inmediatamente fueron atacados por bombarderos en picado *Stuka*. Seis de las lanchas de desembarco fueron hundidas.

En el sector Norte, unos 500 alemanes intentaron establecerse en las playas de la bahía de Palma, unos fueron rechazados por la 4ª compañía del *Buff*. En la bahía de Grifo, dos compañías avanzaron rápidamente hacia el interior, escalando la difícil pendiente del monte Clidi. Los británicos consideraban aquella altura prácticamente imposible de escalar, y por ello apenas estaba defendida. En cambio los alemanes la ocuparon y destruyeron la batería italiana.

Un grupo alemán, desembarcado en la bahía de Pandeli, efectuó una incursión contra el mando de la plaza fuerte del monte Meraviglia. Aquí los invasores avanzaron a lo largo de la faja costera, así como por las pendientes orientales de la península de Appetici, donde capturaron una posición de artillería italiana.

La 3ª compañía del *Royal Irish Fusiliers* contraatacó, a su vez, rechazando a los alemanes por la pendiente e inmovilizándoles en una estrecha faja de la playa.

Los Aliados habían considerado que Lero era poco adecuada para el lanzamiento de paracaidistas a causa de su terreno accidentado; por ello no concentraron tropas aerotransportadas. Sin embargo, la tarde del 12 de noviembre, oleadas de *Ju-52* volaron sobre la isla y, a pesar del fuerte viento, lanzaron 500 paracaidistas sobre el estrecho corredor de tierra que se extiende entre las bahías Gurua y Alinda.

El promedio de pérdidas de las fuerzas aerotransportadas alemanas alcanzó un 60 %, pues muchos paracaidistas se rompieron piernas y brazos al aterrizar en un terreno tan rocoso y abrupto.

No obstante, el lanzamiento fue de una importancia vital en la lucha por Lero. Aun cuando pequeños grupos de ellos quedaron aislados, el grueso de las fuerzas aerotransportadas se mantuvo, obstinadamente, sobre la faja de tierra de 1 km y medio, logrando así dejar aislada la parte norte del resto de la isla.

En el sector central, los paracaidistas alemanes recibieron refuerzos el día 13 a las 7, con lanzamientos desde aparatos *Ju-52*. Los británicos emplearon la mayor parte de la jornada en preparativos para atacar las posiciones enemigas en la colina Rachi y en el monte Clidi. Aquel mismo día los alemanes obtuvieron otro triunfo, pues por la tarde y en la faja costera de la base del monte Appetici, sus tropas, con el apoyo de bombarderos en picado, arrojaron de las alturas a los hombres del *Royal Irish Fusiliers*.

El monte Appetici (180 m de altura) domina la ciudad de Lero, y así, a continuación, los alemanes ocuparon las casas en la periferia de la ciudad.

Los británicos desencadenaron un ataque contra el monte Clidi, en el sector septentrional, y el *Buff* ocupó esta altura, así como el contiguo monte Querico. La acción se desarrolló bajo continuos bombardeos aéreos, siendo muy elevadas las pérdidas británicas.

En el día 14, la lucha por la posesión de Lero todavía no había llegado a un resultado definitivo. Aun cuando los británicos consiguieron retardar la presión enemiga en el sector septentrional, los alemanes habían estrechado el cerco en el centro, donde ahora penetraban en la zona cos-

1. Después de la conquista de Kos (4 de octubre de 1943), los medios navales germanos inician los desembarcos en la isla de Lero.-2. 12 de noviembre de 1943: a pesar de los esfuerzos de italianos e ingleses para rechazar a los invasores, los alemanes consiguen tomar tierra en la isla de Lero.-3. Soldados alemanes en plena acción sobre las laderas rocosas de Lero. Para el ataque contra la isla, los alemanes lanzaron más de 4500 hombres, comprendido un regimiento paracaidista.-4. 16 de noviembre de 1943: después de la derrota sufrida en el Monte Meraviglia, el comandante británico de la guarnición, Tilney (a la derecha) ofrece la rendición de la isla al teniente general Müller.-

(Sado - Opera Mundi) - (Archivo Rizzoli) - (Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)



A la izquierda: en la pequeña isla de Simi, hombres de la SBS, con armas capturadas al enemigo, se lanzan al ataque. Después de la caída de Lero (16 de noviembre de 1943), donde se había concentrado la defensa británica del Dodecaneso, las guarniciones inglesas de las otras islas también se vieron obligadas a abandonar los territorios ocupados.
(Col. J. N. Lapraik)

tera de la bahía Alinda en dos direcciones: la de la colina Rachi y la del monte Appetici. Al despuntar el alba del día 14, los británicos desencadenaron un contraataque contra dicho monte, donde ahora los alemanes ocupaban toda la altura que dominaba la península. Pero el contraataque fracasó.

El mando de la plaza fuerte en peligro

Al amanecer no se había alcanzado el objetivo y la luz del sol reveló la debilidad de la fuerza atacante. Los alemanes reaccionaron contraatacando desde la colina Rachi hacia el monte Meraviglia, y Tilney, que se encontraba en el vecino puesto de mando británico de la plaza fuerte, pidió se diera contraorden a la acción, a fin de que todas las fuerzas disponibles pudiesen defender el puesto de mando. Dudoso en suspender el ataque, que había conseguido algunos resultados, French envió una de las compañías del *King's Own Regiment* para ayudar a Tilner.

French condujo a sus hombres hasta la cima del Appetici, pero no logró sostener este punto de ventaja. La pequeña fuerza británica fue rechazada al impulso del violento contraataque alemán y el coronel French, que por su resuelta iniciativa merecía la victoria, resultó muerto en la acción. En el monte Meraviglia, la maniobra alemana para enlazar con las fuerzas que avanzaban desde el Appetici fue contenida por los británicos, mas la situación del puesto de mando de la plaza fuerte, cercada por el enemigo, se hacía cada vez más desesperada.

En las primeras horas del día 14, el comandante E. W. Tassell, con la 41ª compañía del *Buff*, logró penetrar a través de la faja de tierra en poder de los alemanes, en el lado occidental, ocupando una destacada altura, conocida por «Kidney», al oeste de la colina Rachi. Se estableció también contacto con la 2ª compañía del *Royal West Kent Regiment*, que se había establecido en Germano; pero, al Sur, no se consiguió ningún progreso por falta de fuerzas aéreas y de artillería. Los alemanes pudieron resistir en los edificios de la ciudad sin sufrir graves pérdidas.

Durante el día, la *Luftwaffe* efectuó de 400 a 500 salidas, y uno tras otro, los cañones *Bofors* británicos quedaron fuera de combate. Al final de la jornada, sólo tres se hallaban todavía en situación de hacer fuego.

El mando de los batallones y dos compañías del *Royal West Kent Regiment*, procedentes de Samos, desembarcaron en Portolago al anochecer. Pero, en la otra parte de la isla, los alemanes desembarcaron a su vez un número de hombres casi doble del desembarcado por los Aliados, dotados además con cañones de 88 mm y otros tipos de armamento.

El plan británico consistía en contener la invasión alemana en la zona costera, a lo largo de la bahía Alinda, como acción preparatoria para una total expulsión de los invasores. Con este fin, las reservas llegadas de Samos avanzaron desde Portolago en el transcurso de la noche del 14 al 15 y, en las primeras horas de este día, las dos compañías del *Royal West Kent Regiment* fueron lanzadas a un ataque apresuradamente preparado contra las posiciones de la colina Rachi.

Pero se repitió el caso del monte Appetici. Una vez alcanzado el objetivo, no quedaban reservas para mantener el terreno conquistado, y los restos de las dos compañías no pudieron sostener el fuerte contraataque alemán, viéndose obligadas a retirarse.

El 16 de noviembre las fuerzas aliadas de Lero se encontraban en una situación difícil. Los ya masivos ataques aéreos de la *Luftwaffe* se multiplicaron; en un solo día llegó a efectuar 600 incursiones. Los enlaces se resintieron más aún; hubo frecuentes interrupciones entre el mando de la brigada y los batallones, se perdió contacto con muchas unidades, algunas órdenes precisas no se recibieron y otras, destinadas a crear confusión (y cuyos orígenes no se descubrieron jamás) llegaron, en cambio, perfectamente, y fueron obedecidas.

Otra compañía del *Royal West Kent* desembarcó en Portolago y se lanzó al ataque de las posiciones enemigas; pero en el último instante se suspendió el ataque, cuando, a las 9, Tilney decidió evacuar el mando de brigada sobre el monte Meraviglia. El teniente coronel B. D. Tarleton, jefe del batallón del *Royal West Kent*, recibió la orden de dirigirse hacia el lado occidental de la isla, a fin de enlazar con las tropas operantes en el sector septentrional. Esta fuerza combinada debía desplazarse luego hacia el Sur, para intentar recobrar la colina Rachi. Las compañías del *Royal West Kent* empezaron a romper el contacto con el enemigo mientras eran sometidas a intensos bombardeos aéreos, viéndose obligadas a abandonar gran número de morteros.

Las unidades de guarnición de la isla estaban ahora fragmentadas. Al Sur, algunos soldados del *King's Own Regiment* ocupaban posiciones de defensa estática. Otros grupos se encontraban con el *Royal Irish Fusiliers*, empeñados en la defensa del mando de la plaza fuerte; parte de la 2ª compañía se encontraba en San Nicola y la 3ª compañía, con el *Buff*, en el Norte. El batallón del *Royal West Kent* se desplazaba a lo largo de la costa occidental para enlazar con el *Buff*.

La isla se rinde

En el centro de la isla, fuerzas alemanas numéricamente superiores, en la colina Rachi y en el monte Appetici, se unieron en un ataque concentrado contra el monte Meraviglia. Esta amenaza se desarrolló rápidamente, hacia las 12 del día 16. Alrededor de las 14 horas, el comandante George Jellicoe, jefe de la SBS y el coronel Iggulen, comandante del *Buff*, se dirigieron al puesto de mando de la plaza fuerte para inspeccionar, personalmente, lo que estaba sucediendo.

Cuando llegaron, se les pidió que reunieran a todos los hombres que pudieran defender las laderas bajas del monte. La decisión tomada por Tilney de evacuar su propio puesto de mando resultó difícil de llevar a la práctica. Jellicoe regresó a las 15,45 para informar a Tilney, después de haber penetrado una vez más en territorio ocupado por los alemanes. Supo entonces que estaban en curso negociaciones angloalemanas para el alto el fuego, puesto que las posiciones británicas del monte Meraviglia habían sido completamente arrolladas.

Poco después de las 17,30, Tilney declaraba la rendición formal de la isla al teniente general Müller, comandante alemán. Antes, se había puesto en contacto con el mando de El Cairo, y se formaron acuerdos para evacuar, aquella misma noche, a las tropas británicas de Portolago.

Los alemanes habían empleado unos 4500 hombres como fuerza de invasión de Lero, comprendido un regimiento de paracaidistas. La artillería utilizada eran cañones contracarros y una veintena de cañones de campaña.

Los ingleses aprendieron, finalmente, las lecciones de Kos y de Lero. Por eso abandonaron Samos sin combatir la noche del 19 al 20 de noviembre, y la mayor parte de la guarnición de Castelrosso fue retirada el día 28. Los alemanes no intervinieron. Así, la tentativa aliada para apoderarse del Dodecaneso, había fracasado y Gran Bretaña, que asumiera la iniciativa, pagó por ello un alto precio.

Las pérdidas de las Marinas británica y griega fueron cuatro cruceros averiados, seis destructores hundidos y otros cuatro averiados, perdiéndose también dos submarinos, diez embarcaciones costeras y algunos dragaminas. El Ejército perdió 4800 hombres, y la RAF 115 aviones.

A su vez, los alemanes perdieron unos 4000 hombres, 12 buques mercantes y más de 20 lanchas de desembarco. De modo que el balance tampoco fue demasiado favorable a Alemania. Mas Hitler se sintió envalentonado por la victoria. Y Turquía, que había comprendido muy bien quién dominaba en el Egeo, rehusó unirse a los Aliados y permaneció neutral hasta el fin de la guerra.

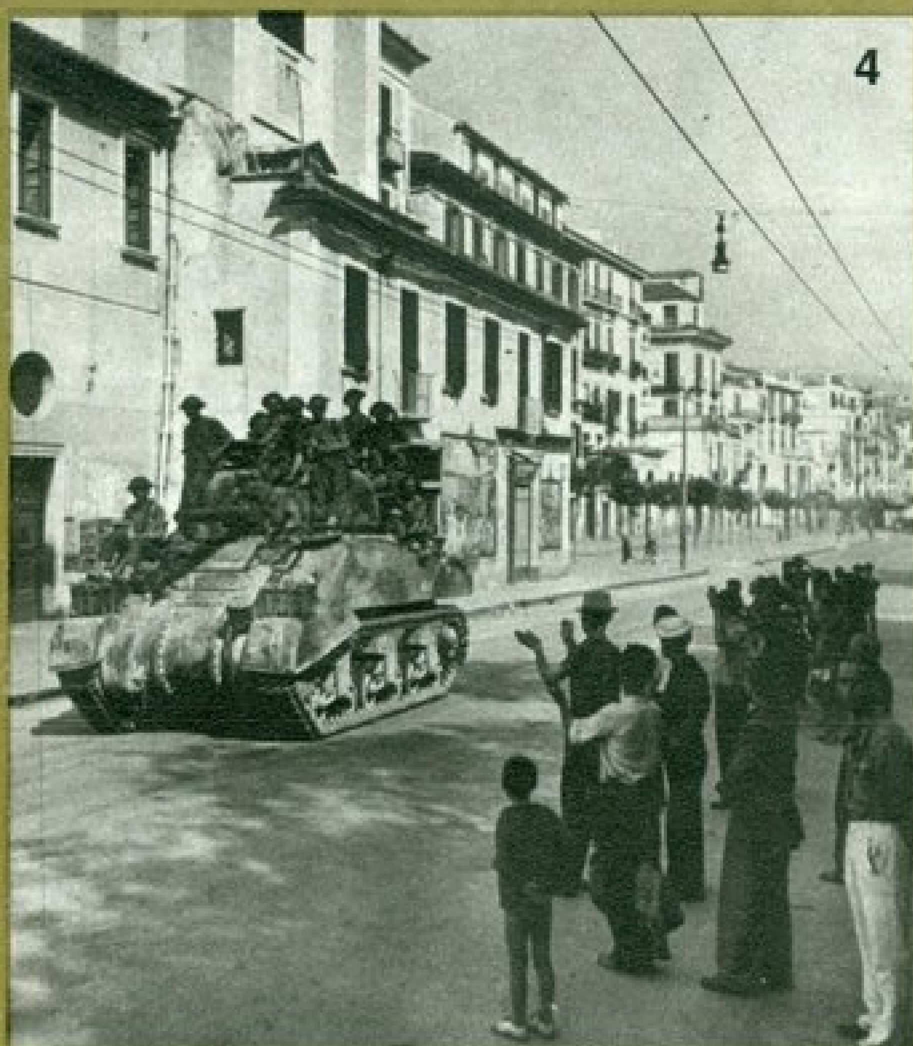
SALERNO Y LA LUCHA POR ITALIA MERIDIONAL

MARTIN BLUMENSON

Cuando los Aliados decidieron invadir Italia, antes que Francia meridional o los Balcanes, esperaban que su misión sería fácil. En los italianos la voluntad de combatir se había debilitado y por otra parte el Alto Mando aliado dudaba de que los alemanes estuvieran en situación de enviar a Italia fuerzas suficientes para impedir el avance angloamericano hacia el Norte. Sin embargo, les esperaba una amarga sorpresa: desde el punto de vista geográfico, Italia no era, precisamente, el punto más vulnerable del Eje y, a pesar de los fáciles éxitos en Calabria y en Tarento, el desembarco en Salerno fue, para las fuerzas angloamericanas, la batalla más desesperada que hubieron de afrontar hasta la fecha.









1. Soldados italianos agrupados a orillas del mar en la zona del desembarco en Salerno. Contrariamente a lo que esperaban los Aliados, los italianos no pudieron prestar ningún apoyo eficaz al desembarco angloamericano en la península. *(Archivo Rizzoli)*

2. Después de los fáciles éxitos iniciales, el avance se vio obstaculizado por la creciente resistencia opuesta por las fuerzas alemanas. *(Archivo Rizzoli)*

3. Algunos soldados británicos sobrepasan, en su avance, a dos carros de combate que han quedado inutilizados. *(Archivo Rizzoli)*

4. 10 de septiembre de 1943: soldados británicos cruzan una calle de Salerno en un carro de combate *Sherman*. *(Archivo Rizzoli)*

5. Camión en llamas en una calle de Salerno. Las fuerzas alemanas que se opusieron a la invasión aliada sumaban 75.000 hombres, que dependían del mando del Ejército 1, a las órdenes del general H. von Vietinghoff. *(Archivo Rizzoli)*

6. Un *Bren-Carrier* avanzando por las calles de Salerno, obstaculizadas por los escombros, después de los violentos combates entre alemanes y Aliados. *(Imperial War Museum)*

La invasión angloamericana del Norte de África y de Sicilia (en la última de las cuales participó incluso un contingente de fuerzas francesas) tenía como principal objetivo garantizar la seguridad de las rutas marítimas entre Gibraltar y Suez, a fin de que ya no fuese necesario el periplo de África. La invasión de Italia meridional señaló el principio de una nueva fase estratégica, en la cual, según más tarde escribió el general Alexander, «el teatro de operaciones del Mediterráneo no tendría ya prioridad absoluta en cuanto a recursos y sus operaciones adoptarían un carácter preparatorio y subsidiario para la gran invasión que tendría como base el Reino Unido».

La decisión de invadir Italia meridional nació en la conferencia de Casablanca, en enero de 1943, cuando todavía estaba en curso la campaña de Túnez. Habiendo decidido invadir Sicilia, con la esperanza de hacer más seguras las rutas del Mediterráneo, de restar fuerzas alemanas del frente ruso y de obligar a Italia a abandonar la guerra, Churchill y Roosevelt, con sus consejeros militares y los jefes de Estado Mayor, discutieron lo que debería hacerse tras la conquista de dicha isla.

Como esperaban alcanzar la victoria final en Europa mediante una operación más allá del canal de la Mancha, ¿sería posible efectuar alguna otra empresa en el Mediterráneo? Puesto que los recursos disponibles no permitían llevar a cabo, simultáneamente, campañas de gran envergadura en ambos sectores, cualquier empresa mediterránea debilitaría los recursos que se acumulaban en el Reino Unido para el ataque más allá del canal, retardando, probablemente, la acción decisiva. Sin embargo, a la sazón, la costa meridional de Europa, entre España y Turquía, ocupada por las fuerzas del Eje, estaba al alcance de la mano, y constituía un excelente objetivo para una invasión. ¿Así, pues, sería mejor detenerse, después de la conquista de Sicilia y conservar los recursos para un ataque más rápido en Europa noroccidental o acaso sería más práctico emplear en el Mediterráneo a los hombres y materiales existentes en aquel sector?

Los americanos, hondamente preocupados por la guerra en el Pacífico, eran partidarios de una rápida invasión más allá del canal de la Mancha; mientras los británicos, que consideraban debía reservarse la invasión del continente como golpe decisivo para infligirlo a una Alemania ya debilitada, preferían la continuación de la guerra en el Mediterráneo. Y como durante la primavera del año 1943 se había hecho evidente que la escasez de medios navales de desembarco y la potencia de las fuerzas alemanas impedirían, por aquel año, la empresa, las operaciones eventuales en el Mediterráneo parecían cada vez más factibles y convenientes.

Pero ¿adónde ir? Los americanos consideraban el Mediterráneo occidental, con la conquista de Córcega y de Cerdeña, como el preludio a una invasión del Sur de Francia, complemento de la empresa principal que debería ser la del canal de

3

6

la Mancha. Por su parte, los ingleses juzgaban favorablemente el Mediterráneo occidental con miras a un desembarco en la parte meridional de la península italiana, para preparar una invasión de los Balcanes, con lo que se conseguiría ayudar a los partisanos yugoslavos, envolver a Turquía en la guerra y abrir un camino más corto hacia Rusia. Mas, tanto una como otra línea de acción, presentaban notables inconvenientes. Una sola esperanza animaba a los Aliados: si la invasión de Sicilia no bastaba para obligar a Italia, el miembro más débil del Eje, a abandonar la guerra, quizá se consiguiera este fin asestando un segundo golpe. Si Italia se rendía, los alemanes se verían obligados a extender más sus propias fuerzas a lo largo de toda la periferia de Europa; incluso era posible que se retirasen de Italia, dejando así a los Aliados en libertad para utilizar sus aeropuertos e intensificar con ello las incursiones aéreas. Pero si los alemanes decidían combatir en el accidentado suelo italiano, ello provocaría una larga campaña que obligaría a los angloamericanos a incrementar el abastecimiento de esta zona de operaciones que los jefes del Estado Mayor conjunto consideraban de importancia secundaria.

Cuando los jefes aliados se reunieron en Washington, para la conferencia «Trident», en mayo de 1943, en un momento en que la campaña del África del Norte terminaba felizmente, confirmaron sus planes para la invasión de Sicilia. Programaron la operación para el mes de julio, al tiempo que decidían otros objetivos en el Mediterráneo: intentar eliminar a Italia de la guerra, y, al mismo tiempo, empezar y absorber el mayor número posible de fuerzas alemanas. Mas, cuando intentaron definir la forma de conseguirlo, no llegaron a ponerse de acuerdo.

Los planes para la campaña de Italia

Con el fin de encontrar una solución específica, Churchill, el general Marshall y el general sir Alan Brooke, jefe de Estado Mayor Imperial, fueron a Argelia para entrevistarse con los comandantes del teatro de operaciones del Mediterráneo: el general Eisenhower, comandante en jefe de las fuerzas aliadas; el general Alexander, su segundo comandante, el teniente general de Aviación sir Arthur Tedder y el almirante sir Andrew Cunningham.

Los comandantes llegaron a la conclusión de que, ejerciendo en los meses siguientes una fuerte presión, probablemente se conseguiría la rendición de Italia. Mas la elección de las operaciones a seguir, después de la conquista de Sicilia, dependía de dos posibles reacciones del Eje y que no podían preverse: se ignoraba si las fuerzas italianas se desintegrarían tras la campaña de Sicilia y cuál sería la reacción de los alemanes ante la progresiva debilitación de la moral de los italianos. Eisenhower opinaba que si la conquista de Sicilia lograba eliminar a Italia de la guerra, los Aliados debían invadir la península italiana. Churchill era de su misma opinión. Pero Marshall, temiendo que la campaña de Italia absorbiera los recursos necesarios para el ataque a través del canal de la Mancha, propuso que Eisenhower constituyera dos grupos para el trabajo de planificación: uno, para la operación contra Cerdeña y Córcega; otro, para una operación contra Italia meridional.

Se aceptó la sugerencia, y Eisenhower asignó la planificación para la campaña de Cerdeña y Córcega al mando del Ejército 5 americano y la de Italia meridional al mando del X y V Cuerpo de Ejército británico.

La ruta más fácil para alcanzar el sur de Italia era el estrecho de Mesina. Mas, como podía darse el caso de que, al término de la campaña de Sicilia, las tropas estuvieran demasiado exhaustas –o también que fuera más oportuno efectuar el paso antes del término de la campaña en la isla– Eisenhower encargó al Cuerpo de Ejército X británico que estudiara un plan de ataque *(Buttress)* a desencadenar desde el Norte de África, sobre un punto de desembarco situado en la punta de la bota próximo a Reggio di Calabria. En el caso de que el Cuerpo de Ejército X británico no lograra avanzar, el Cuerpo de Ejército V británico, asimismo debería estar dispuesto a efectuar un ataque anfibio *(Goblet)* cerca de Crotone. Si, por el contrario, se elegía Cerdeña, el Cuerpo de Ejército X británico uniría las fuerzas destinadas al plan *Buttress* a las divisiones del Ejército 5 americano; por lo que concernía a Córcega, Eisenhower pidió al general Giraud, comandante en jefe de las fuerzas francesas en el Norte de África, que preparase un plan para una operación en la que intervendrían, exclusivamente, fuerzas francesas.

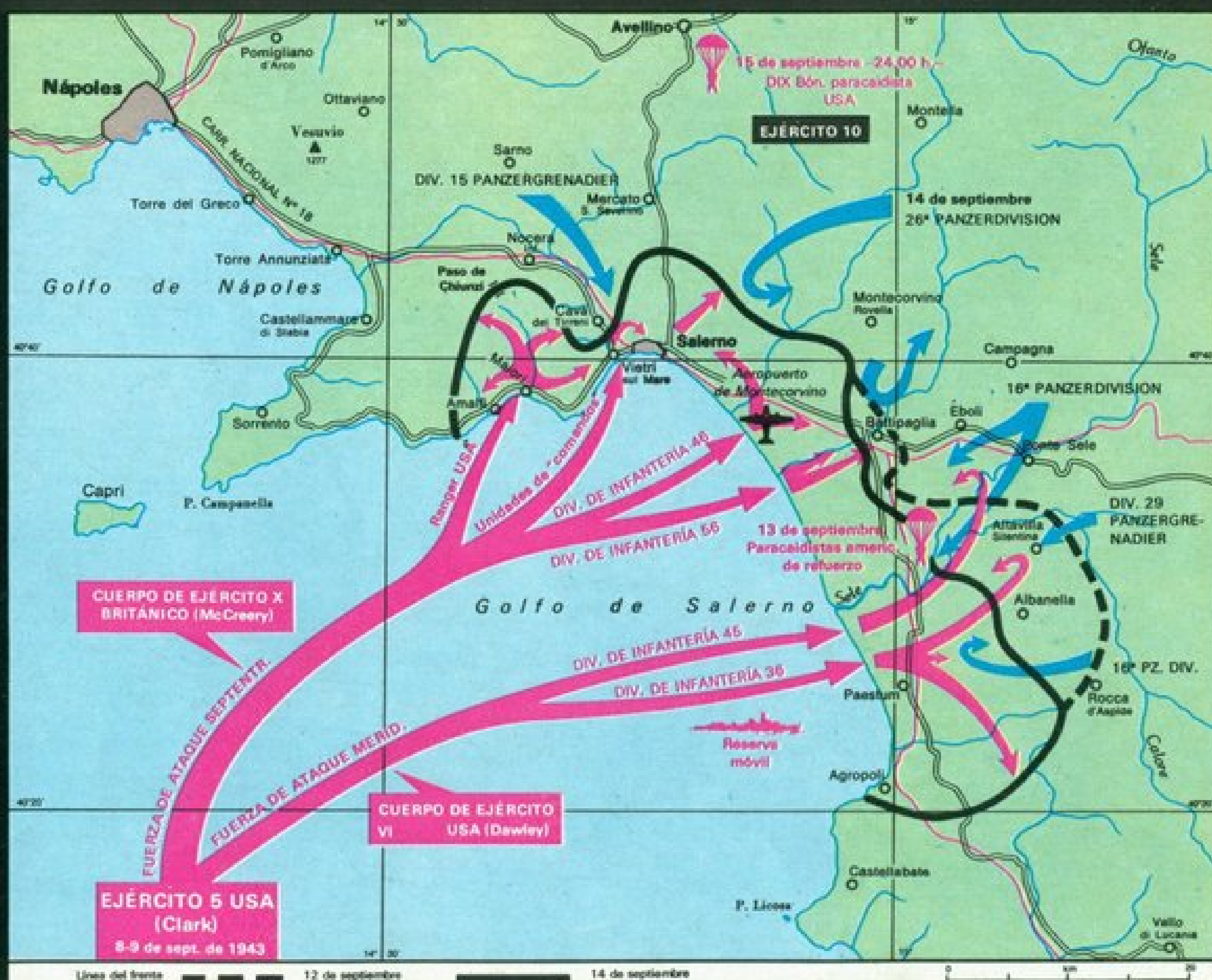
En junio, un mes antes de la invasión de Sicilia, los jefes de Estado Mayor británico empezaron a considerar la posibilidad de una campaña en Italia meridional, con Nápoles como objetivo, o, eventualmente, Roma, según conviniera mejor a los fines del Estado Mayor combinado. Sin embargo, preocupados por los problemas relacionados con operaciones terrestres a amplia escala, que influirían de modo negativo en el ataque a través del Canal, los jefes americanos del Estado Mayor combinado prefirieron Cerdeña y Córcega, que requerían menor esfuerzo.

No obstante, cuando la relativa facilidad de la invasión de Sicilia demostró el extremo deterioro a que había llegado la potencia militar italiana, los jefes del Estado Mayor conjunto se preguntaron si sería factible efectuar un desembarco en la costa occidental de Italia, cerca de Nápoles, en lugar de un desembarco en Cerdeña. Los principales riesgos eran la limitación del apoyo aéreo y de los medios navales de desembarco, puesto que Nápoles se hallaba fuera de la autonomía de los cazas monomotores que operarían desde los aeródromos de Sicilia, y en cuanto a los medios navales de que se disponía eran inadecuados para las necesidades de un desembarco de tanta importancia.

Los americanos encargados de la planificación, se mostraban contrarios a una operación contra Nápoles; desde luego, si tenía éxito, podía acelerar el colapso de Italia, pero su fracaso perjudicaría la preparación del ataque más allá del Canal y desbarataría los planes estratégicos globales. A pesar de todo, estudiaron cuidadosamente toda la costa italiana, intentando encontrar lugares

SALERNO: UN AVANCE DISPUTADO

La Operación "Avalanche", efectuada por los Aliados la noche del 8 al 9 de septiembre de 1943, preveía el desembarco del Cuerpo de Ejército X británico y del VI norteamericano, encuadrados ambos en el Ejército 5 americano, sobre una franja de playa de casi 30 km de longitud, al oeste y al sudeste de Salerno. En un primer momento, la operación parecía destinada a conseguir un rápido éxito, mas la falta de contacto entre los dos Cuerpos de Ejército, separados por el río Sele, y la imprevista resistencia opuesta por las fuerzas alemanas, obligaron a los atacantes a replegarse; incluso el general Clark, al mando de las fuerzas aliadas, llegó a considerar la posibilidad de evacuar la cabeza de puente de Salerno. Gracias a la llegada de refuerzos y al apoyo de las fuerzas aéreas, el frente aliado consiguió resistir, y, en consecuencia, el 18 de septiembre las tropas alemanas empezaron a retirarse, en el preciso momento en que el Ejército 8 avanzaba desde Calabria para apoyar el masivo esfuerzo de las grandes unidades aliadas. Se iniciaba así el avance anglo-americano hacia Nápoles.



adecuados para un desembarco, designando convencionalmente a la operación con el nombre de «Avalanche».

El 18 de junio, cuando Eisenhower pidió la aprobación (que obtuvo en seguida) para llevar la guerra a Italia continental, inmediatamente después de la campaña de Sicilia, lo hizo pensando en un desembarco en el sector meridional; pero, en cuanto se tuvo noticia de la caída de Mussolini, la Operación «Avalanche» (desembarco del Ejército 5 americano en un punto de la costa occidental, sobre la punta de la bota) pareció irrealizable. A fin de reducir los riesgos de la citada operación, que requería el empleo de las fuerzas destinadas al plan *Buttress*, Einsenhower decidió enviar rápidamente al otro lado del estrecho de Mesina, fuerzas del Ejército 8 americano para asegurarse una cabeza de puente sobre la punta de la bota (Operación *«Baytown»*).

Como quiera que entre el 7 y el 8 de septiembre la fase lunar facilitaría la aproximación de la Marina a las playas y el lanzamiento de paracaidistas, y puesto que los medios de desembarco y los buques no podían alejarse de Sicilia, el Ejército 8 británico debería atravesar el estrecho en los primeros días de septiembre, mientras la Operación «Avalanche» –con el Cuerpo de Ejército X británico y el VI americano, encuadrados en el Ejército americano– se iniciaría el día 9. Los encargados de planificar la Operación «Avalanche» descartaron el puerto de Nápoles, ya que sus playas no eran adecuadas para el desembarco y porque las laderas del Vesubio, que dominaban la orilla y el acceso por mar, estaban sólidamente fortificadas. Descartaron también el golfo de Gaeta, al norte de Nápoles, pues tampoco sus playas tenían un fondo consistente y se encontraban, además, fuera del radio de acción de los cazas con base en Sicilia. Al fin eligieron la franja de playa, de unos 30 km de longitud, situada junto a Salerno, al sur de Nápoles, a pesar de que el río Sele, que cruza la llanura de Salerno, dividiría en dos a las fuerzas de invasión. Pero por otra parte, aunque las alturas cercanas dominan la costa y las montañas impiden el acceso inmediato a Nápoles, los cazas podrían prestar el necesario apoyo aéreo a los desembarcos, y el puerto de Salerno y la bahía de Amalfi serían asimismo de gran utilidad para recibir los abastecimientos.

Cambio de planes a causa de la rendición

Los riesgos derivados de los problemas del apoyo aéreo y de los transportes por vía marítima, añadidos al potencial bélico de los alemanes, que habían logrado evacuar sus fuerzas de Sicilia, motivaron después un ligero cambio en la estructura de la situación. El golpe aliado contra Italia penincular fue conocido en su origen, como un medio para obligar a este país a la capitulación; pero ahora quedaba condicionado por la previa eliminación de Italia, a través de los tratados militares para negociar la rendición. Por fortuna, el Gobierno italiano, presidido por el mariscal Pietro Badoglio, que había sucedido a Mussolini, mientras seguía asegurando a los alemanes que Italia continuaría la guerra, negociaba secretamente la rendición con los Aliados, y estos últimos hubieran podido reducir los riesgos de la Operación «Avalanche» haciendo que los italianos combatieran contra los alemanes.

En el curso de las negociaciones para la rendición, los italianos se ofrecieron para abrir a los Aliados el puerto de Tarento, en el talón de la península, así como Brindis, en la costa adriática. Se suponía que los pocos alemanes presentes en la región se retirarían y que los Aliados, adueñándose de estos puertos, como también del de Bari, podrían conseguir otra serie de puntos de acceso que facilitarían la concentración de sus fuerzas. Se abrirían así dos vías de comunicación: una por Salerno y Nápoles para el Ejército 5 americano y la otra, situada en la opuesta vertiente de la península italiana, para el Ejército 8 británico, que ya no se vería obstaculizado por la limitada capacidad de desembarco de los puertos menores de Calabria ni por los largos transportes por carretera. Eisenhower decidió trasladar las tropas a Tarento, en buques de guerra, apenas capitularan los italianos. Y el nombre clave *Slapstick* (farsa) –como observó más tarde el general Alexander– correspondía perfectamente al carácter improvisado de este plan.

De este modo el proyecto de la invasión de Italia meridional estuvo dividido en tres partes: la Operación «Baytown», efectuada en la punta de la bota y a principios de septiembre, y las Operaciones «Avalanche», en Salerno, y «Slapstick», en Tarento, proyectadas ambas para el día 9 de septiembre.

¿Combatirían los alemanes para rechazar los desembarcos o se retirarían hacia el Norte? Sin duda los alemanes sospechaban respecto a las intenciones de Italia, y esta incertidumbre ante la futura conducta de su aliado complicaba sus preparativos para la defensa del área del Mediterráneo. Si Italia cedía, Hitler se vería obligado a llenar un vacío en los Balcanes y en Francia meridional, donde las fuerzas italianas ocupaban las regiones costeras, y además a tener que atender a la defensa de toda la península italiana, retirarse hasta los Alpes o mantenerse duramente a lo largo de una línea geográfica idónea para conservar la posesión de los ricos recursos, agrícolas e industriales, del Norte. Su primera idea fue ocupar y defender todo el país y, ya en mayo de 1943, dio instrucciones al *Feldmariscal* Rommel –que acababa de regresar del Norte de África– para organizar, en Munich, un mando de Grupo de Ejércitos destinado a esta misión. Mas, cuando las operaciones en Rusia imposibilitaron la asignación de fuerzas adecuadas a Rommel, Hitler decidió defender, solamente, una parte de Italia, constituyendo una línea fortificada en los Apeninos septentrionales.

Mientras Hitler y Rommel preveían la posible defección de Italia, el *Feldmariscal* Kesselring actuaba en estrecha colaboración con los italianos para rechazar cualquier invasión aliada. Y aún bajo la impresión de la caída de Mussolini, Kesselring aceptó de buena fe las declaraciones de Badoglio de que Italia continuaría la guerra.

Él sí lo aceptó, pero Hitler no: por ello, en agosto, decidió ocupar Italia un tanto disimuladamente, enviando al país nuevas fuerzas, en apariencia para reforzar las defensas. Si los italianos se rendían, Rommel debería avanzar por el norte de Italia, mientras Kesselring destacaría sus fuerzas en el sector meridional, encontrándose así, para decirlo con las propias palabras de Hitler, «unido desde el punto de vista operativo» con las fuerzas de Rommel; este último asumiría entonces el mando general.

En agosto, un número siempre creciente de divisiones alemanas iba entrando en la península italiana, a medida que Rommel hacía descender tropas del Norte y Kesselring retiraba las unidades que habían combatido en Sicilia. Para aligerar a Kesselring de la responsabilidad del mando táctico del Sur, los alemanes instituyeron el mando del Ejército 10, a las órdenes del general Heinrich von Vietinghoff.

Pese a la creciente tensión entre alemanes e italianos en las altas esferas militares, ni los unos ni los otros querían hacerse responsables de una abierta ruptura. Los italianos se sentían inseguros porque no lograban llegar a un acuerdo absoluto con los Aliados para la rendición; no dudaban de que las tropas alemanas en el Norte representaban una fuerza de ocupación, mas demasiado débiles para protestar, fingieron aceptar las explicaciones germanas respecto a que las unidades de Rommel no eran más que una reserva estratégica para los Balcanes, Francia meridional e Italia.

A fines de agosto, Hitler llegó a una decisión firme. Si los Aliados desembarcaban en Italia o si



Sirvientes de ametralladora en acción durante el curso de la Operación «Baytown», iniciada el 3 de septiembre de 1943 contra las costas de Calabria. Esta operación obligó a los alemanes a retirarse de la «punta de la bota» en dirección a Salerno, donde las fuerzas aliadas desembarcaron el 9 de septiembre. *(Imperial War Museum)*



***Rangers* americanos en pleno combate en las colinas próximas a Salerno. Desembarcados en Maiori, los *Ranger* avanzaron rápidamente hacia el interior, apoderándose del paso del Monte Chiunzi, un excelente punto de observación situado sobre la carretera principal número 18.** *(Imperial War Museum)*



Soldados del Ejército 8 británico atraviesan una calle de Reggio Calabria, destruida por los bombardeos aliados. El avance británico desde Calabria se vio obstaculizado por la accidentada naturaleza del terreno y por las demoliciones llevadas a cabo por los alemanes. *(Archivo Rizzoli)*



Cuando los Aliados entraron en Nápoles, encontraron la ciudad parcialmente destruida por los bombardeos aéreos aliados y por las sistemáticas demoliciones llevadas a cabo por las fuerzas alemanas antes de retirarse. La zona industrial de la urbe estaba reducida a una masa de hierros retorcidos, el puerto a un montón de escombros y la bahía se hallaba llena de buques hundidos y desperdicios de todo género. (U. S. Army)

los italianos se volvían contra los alemanes, Kesselring debería retirarse a la zona de Roma, resistiendo hasta que las fuerzas destacadas en el sector meridional se hubiesen retirado, sanas y salvas, y las tropas destacadas en Cerdeña y Córcega regresaran al territorio metropolitano. Después, Kesselring debería dirigirse al Norte para unirse a las fuerzas de Rommel.

Si los Aliados invadían Italia continental antes de la capitulación italiana, Vietinghoff, apoyado por los italianos, debería rechazar los desembarcos para garantizar los caminos de la retirada hacia Roma.

A principios de septiembre, los bombardeos aéreos estratégicos de los Aliados habían obligado al Eje a retirar sus aviones de los mayores aeropuertos del sur de Italia, a excepción del importante complejo de Foggia. Quedaba, sin embargo, en la punta de la bota, una fuerza considerable de tropas de tierra: casi 30.000 hombres de la 26ª *Panzerdivision* y de la 29ª División *Panzergrenadier* a las órdenes del mando del *LXXVI Panzerkorps*; y unos 45.000 hombres de las Divisiones *Hermann Goering*, de la 15ª *Panzergrenadier* y de la 16ª *Panzerdivision* a lo largo de la costa occidental, entre Gaeta y Salerno, a las órdenes del mando del *XIV Panzerkorps*. Ambos Cuerpos de Ejército, además de los 17.000 hombres de la División paracaidista 1 desplazada en las proximidades de Foggia, dependían del mando del Ejército 10. En la zona de Roma, al mando del *XI Fliegerkorps*, directamente controlado por Kesselring, se encontraban otros 45.000 hombres de la 2ª División *Panzergrenadier* y de la División paracaidista 2.

Sin oposición frente a la invasión masiva

A las 4,30 horas del día 3 de septiembre, exactamente a los cuatro años cumplidos del día en que Gran Bretaña entró en la guerra, el Ejército 8 de Montgomery, con un apoyo masivo naval, artillero y aéreo, invadía el continente europeo, mientras el Cuerpo de Ejército XIII británico, unido a la División 1 canadiense y a la División 5 británica y reforzado por brigadas acorazadas, brigadas de infantería y comandos, cruzaba el estrecho de Mesina, dirigiéndose hacia la costa de Calabria. No encontró la menor oposición.

Cuando las dos divisiones alemanas que se hallaban en la punta empezaron a retirarse, resultó evidente, para los Aliados, que los obstáculos naturales del terreno, unidos a las demoliciones realizadas por los alemanes, constituirían las principales dificultades de su avance. Los caminos eran escasos y pésimos, las unidades carecían de medios de transporte y a medida que las tropas se adentraban en el interior se hacía más difícil su avance.

El movimiento anfibio se inició también el 3 de septiembre. Las tropas del Cuerpo de Ejército X británico partieron de Trípoli y de Bizerta en una serie de convoyes de distinta velocidad y composición, algunos de los cuales se detuvieron en Sicilia. El Cuerpo de Ejército VI estadounidense zarpó de Orán en un único convoy. Alrededor del 6 de septiembre, prácticamente todos los convoyes se habían hecho a la mar y una incursión aérea del Eje, efectuada aproximadamente por 180 aviones, sobre Bizerta, no tuvo efecto alguno sobre las operaciones.

Todos los buques, avanzando a través de estrechos corredores abiertos en los campos minados, debían pasar al oeste de Sicilia, dirigirse al Norte el día 8 y después aproximarse a Salerno, al ponerse el sol. Dichos buques comprendían la *Task Force* occidental, al mando del vicealmirante H. Kent Hewitt, de la Marina americana. De él dependía la fuerza de ataque septentrional (contraalmirante Oliver, de la Marina inglesa), que transportaba el Cuerpo de Ejército X británico; la fuerza de ataque meridional (contraalmirante John Hall, junior, de la Marina americana), que transportaba el Cuerpo de Ejército VI americano; una fuerza de apoyo aéreo de la Marina (contraalmirante sir Philipp Vian), constituida por un portaaviones de escuadra y cuatro portaaviones de escolta para proporcionar cobertura a las unidades, y una fuerza de protección naval (vicealmirante sir Algernon Willis), formada por cuatro acorazados, dos portaaviones y una división de cruceros como protección contra la Escuadra italiana.



Los desembarcos aliados se efectuaron en Calabria el 3 de septiembre, y en Tarento y cerca de Salerno, el 9. La resistencia opuesta por los alemanes no tenía otro objeto que cubrir la retirada del grueso de sus fuerzas, por lo que, excepto en los alrededores de Salerno, los Aliados lograron avanzar rápidamente hasta el norte de Nápoles, donde se vieron detenidos por las fortificaciones que Vietinghoff había preparado sobre una línea defensiva a lo largo del Volturno.

La fuerza aérea costera, compuesta de unidades británicas, francesas y americanas, protegió los convoyes durante una parte del viaje. La aviación táctica, en particular el 12º Cuerpo de apoyo aéreo de general americano Edwin House, debía proporcionar la cobertura aérea durante la segunda parte del viaje y en la zona de ataque.

Por lo menos quince aviones de la Marina estarían continuamente en vuelo durante los dos primeros días de la invasión. Mas, como los pilotos eran bastante inexpertos en el apoyo a operaciones terrestres, y como los *Spitfire* sólo podían operar de Sicilia hasta Salerno, efectuando vuelos de patrulla sobre esta plaza durante veinte minutos, el aeropuerto de Montecorvino era un objetivo vital para los fines de la invasión.

El desembarco y la conquista de Nápoles se confió al general Mark Clark, comandante del Ejército 5 americano, quien tuvo así su primer mando sobre un campo de batalla en la segunda Guerra Mundial. «La energía e inteligencia del general Clark me llenaron de admiración como siempre –escribía entonces un alto oficial–. No se puede evitar encontrarle simpático. No tiene miedo de afrontar los más grandes peligros, lo que, al fin y al cabo, es el único modo de vencer en una guerra». De él dependían el Cuerpo de Ejército X británico, mandado por el general sir Richard McCreery (quien sustituyó al general Brian Horrocks, herido durante una incursión aérea), y el Cuerpo de Ejército VI americano, mandado por el general Ernest Dawley.

El Cuerpo de Ejército X británico, con las Divisiones 46 y 56, tres batallones de *Ranger* y dos unidades de comandos, debía desembarcar al norte del río Sele, apoderarse del puerto de Salerno, ocupar el aeropuerto de Montecorvino, apoderarse del nudo de carreteras y ferrocarriles de Battipaglia, asegurarse el control de Ponte Sele (22 km tierra adentro) y ocupar los pasos de montaña que conducen a Nápoles. La División Acorazada 7 británica desembarcaría al quinto o sexto día de la invasión.

El Cuerpo de Ejército VI americano, con la División 36, debería desembarcar al sur del río Sele, proteger el flanco derecho del Ejército, ocupando las alturas que dominan la llanura de Salerno, y establecer contacto con los británicos en Ponte Sele. Dos regimientos de la División 45 formarían una «reserva móvil», que se mantendría disponible a breve distancia de la costa. Cuando la División 45 hubiese superado las playas, la División Acorazada 1 y la División 34, así como más tarde la 3, deberían desembarcar en el conquistado puerto de Nápoles, que los Aliados esperaban ocupar al decimotercer día de la invasión, esto es, el 22 de septiembre.

Puesto que los medios aéreos para el transporte de las tropas no bastaban más que para una sola división, se destinó la División 1 británica aerotransportada a la Operación «Slapstick», el ataque contra Tarento por vía marítima. La División aerotransportada 82 estadounidense debía ser lanzada 65 km al norte de Salerno y a 31 km al norte de Nápoles, a lo largo del río Volturno, a fin de destruir los puentes e impedir que los alemanes enviaran refuerzos a los defensores de Salerno. Mas, cuando en el curso de las negociaciones para la rendición, los italianos expresaron su temor de que los alemanes ocupasen Roma y detuvieran a la familia real y a los miembros del Gobierno, Eisenhower consintió en enviar a la capital la citada División 82, en apoyo de las fuerzas italianas que protegían la ciudad, si bien luego no se realizó esta operación.

Después de avanzar hacia el Norte, con mar tranquilo y buen tiempo, al caer la noche del día 8 de septiembre, los convoyes del «Avalanche» se dirigieron hacia el golfo de Salerno. Los dragaminas que los precedían establecieron contacto con un submarino situado allí desde hacía una semana. A las 22 horas, los convoyes avistaron las señalizaciones luminosas que emitían los buques enviados de avanzadilla para delimitar la zona por la que tenían que pasar los buques de transporte; esta zona tenía de 12 a 20 millas al largo de las playas de Salerno.

Para proteger el flanco septentrional contra ataques por sorpresa, un grupo de 16 PT (*Patrol Torpedo*, torpederos de patrulla) se abrió camino en la bahía de Nápoles para efectuar un ataque diversivo. El grupo mayor entró en el golfo de Gaeta, donde efectuó una acción demostrativa cerca de la desembocadura del Volturno y se apoderó de una estación de radar alemana, en la isla de Ventotene.

Mientras tanto, a las 18,30 horas del 8 de septiembre, Eisenhower había anunciado la rendición de Italia. Las radios de los barcos repitieron las palabras del general a través de los altavoces, dando lugar a una inmediata reacción de alegría y de entusiasmo.

Pero algunos oficiales, que ahora preveían que habrían de luchar con los alemanes y no con los italianos, trataron de advertir a los soldados que existiría una resistencia mayor. La idea de un fácil desembarco debilitaba el ardor combativo de las tropas y en tales condiciones cualquier resistencia, aunque fuera débil, parecería peor por lo inesperada.

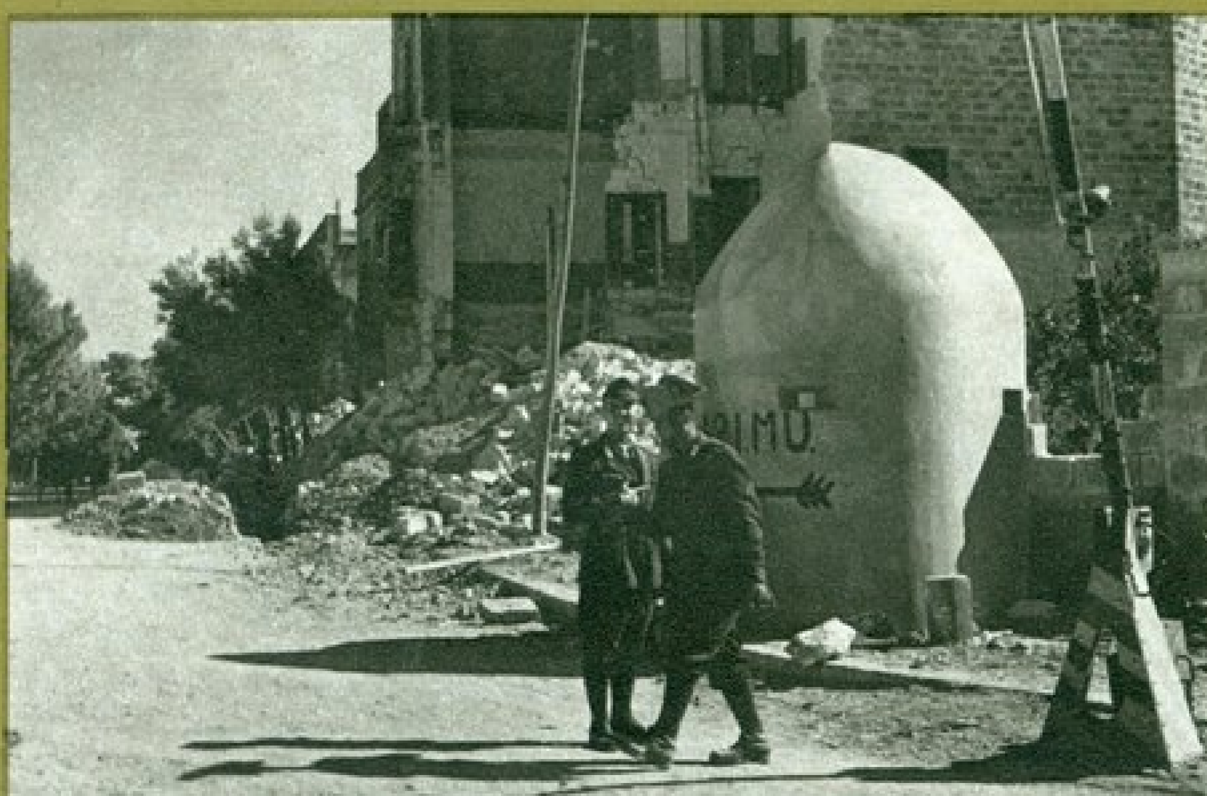
¿Sería preciso efectuar un bombardeo naval, preventivo, de las defensas costeras? Ya que la fuerza del ataque septentrional había sido objeto de incursiones y bombardeos por parte de aviones enemigos, aunque sin sufrir graves daños, los británicos llegaron a la conclusión de que el elemento sorpresa se había desvanecido y optaron por el bombardeo. Los americanos, que esperaban siempre triunfar por sorpresa, se decidieron por lo contrario.

Mientras las tropas se preparaban para desembarcar, se preguntaban si las playas estarían desiertas, si serían acogidos con los brazos abiertos por los italianos jubilosos o si los alemanes tratarían de rechazarles.

Sorpresa para los alemanes

Los alemanes, que habían considerado la invasión de la punta de la bota de la península como lo que era, esto es, una operación secundaria, esperaban un desembarco a amplia escala en otra parte. Faltos de informaciones estratégicas seguras, examinaban todos los lugares posibles para ello: Hitler esperaba un ataque en Yugoslavia; Kesselring preveía un «combate decisivo», cercano a Roma; Vietinghoff miraba con preferencia la extensa faja costera entre Caeta y Salerno. Cuando algunos pilotos avistaron los convoyes del «Avalanche» e informaron sobre su «destino ignorado», Hitler decidió presentar un ultimátum a Italia para eliminar toda incertidumbre. Si la respuesta italiana no era satisfactoria, Hitler retiraría sus tropas del sur de Italia inmediatamente. Este ultimátum estaba a punto de ser cursado cuando, el 8 de septiembre, se anunció la rendición italiana.

Si la invasión de Salerno se hubiera realizado días más tarde, los alemanes hubieran intentado, probablemente, retirarse a la zona de Roma. En vez de hacerlo así, fueron a guarnecer las defensas costeras antes ocupadas por los italianos, y,



Carabineros italianos en Tarento, ante un puesto de control después de la llegada de las tropas británicas. La apertura de los puertos de Tarento y de Brindis resultó de una gran utilidad para los Aliados que, gracias a ellos, pudieron enviar a Italia tropas, materiales y abastecimientos. *(Archivo Rizzoli)*



Unidad de reconocimiento británica en un alto en la periferia de Torre Annunziata, en espera de proseguir hacia Nápoles. El avance aliado en dirección a Nápoles se vio obstaculizado por la acción de pequeñas unidades de retaguardia alemanas, que, con gran habilidad, llevaron a cabo obras de demolición y colocación de minas. *(Archivo Rizzoli)*



Camiones aliados entrando en Resina, última localidad antes de alcanzar Nápoles, que fue conquistada el día 1 de octubre de 1943. La campaña, que duró 21 días, costó la pérdida de unos 12.000 hombres, entre británicos y americanos: 2000 muertos, 7000 heridos y 3550 desaparecidos. *(Archivo Rizzoli)*

por lo tanto, se hizo inevitable la batalla sobre las playas de Salerno.

Vietinghoff interceptó una transmisión de Londres que anunciaba la rendición de Italia y Kesselring confirmó casi en seguida el acontecimiento. «Si conservamos nuestro espíritu combativo permaneciendo absolutamente tranquilos –declaró Kesselring– confío en que continuaremos cumpliendo la misión que nos ha sido confiada por el *Führer*». El mando naval alemán en Italia empleaba tonos menos dramáticos: «El armisticio italiano no nos concierne. La lucha continúa».

Algunas unidades del Ejército italiano se dejaron desarmar por los alemanes, o simplemente se desintegraron, mientras muchos soldados arrojaban las armas y los uniformes y desaparecían. En Nápoles, una multitud hambrienta amenazó una posición antiaérea alemana, hasta que llegaron tropas y acallaron los tumultos. En la zona de Roma, Kesselring hubo de afrontar la hostilidad de algunas divisiones italianas; mas, al cabo de pocos días de combates, logró neutralizar la amenaza. La resistencia italiana, que el mando aliado esperaba poder emplear contra los alemanes, no llegó a concretarse.

A medianoche del 8 de septiembre, al largo de la costa de Salerno, los barcos, con las luces apagadas, estaban en posición. Los altavoces llamaban a las tripulaciones de las lanchas de desembarco a sus puestos, se echaban al mar las redes y las lanchas y los hombres pasaban a ellas. La primera oleada de lanchas de desembarco se dirigió hacia la zona de reunión, a una distancia de 5 millas de las playas, y empezó a avanzar lentamente. Detrás iban otras embarcaciones y medios anfibios (DUKW), llevando a bordo los carros de combate, cañones, armamento pesado, artillería, piezas contracarros, y municiones. A las 2 del 9 de septiembre, cuando las unidades costeras enemigas abrieron fuego contra la fuerza de ataque septentrional, los buques de guerra aliados respondieron con fuego sostenido.

En el flanco izquierdo de la fuerza de invasión, tres batallones de *Ranger* americanos, al mando del coronel William Darby, alcanzaron la playa en Maiori a las 3,10 horas, veinte minutos antes de la hora H. No había allí alemanes, y algunos americanos avanzaron a lo largo de la tortuosa carretera de la costa en dirección a Salerno; otros marcharon hacia el Oeste, sobre Amalfi. Frente a tan sorprendente falta de oposición, los *Ranger* avanzaron rápidamente, tierra adentro, y se apoderaron del paso de Chiunzi. Al amanecer del día X, se hallaban sólidamente en las cimas de ambas vertientes del paso, lo que les proporcionaba un excelente punto de observación sobre la carretera n.º 18, que se extendía al Norte, hacia Nápoles.

A la hora H –las 3,30– los comandos del Ejército británico pusieron pie en tierra a la derecha de los *Ranger*, en Vietri sul Mare. Tampoco encontraron oposición. Pero, media hora después, cuando desembarcaron los comandos de la Marina, los británicos se hallaron de pronto frente a los alemanes, que habían penetrado en la ciudad y tenían las playas bajo el fuego de sus morteros. Esto impidió el desembarco al resto de la fuerza atacante y a las unidades de apoyo, y los comandos, a las órdenes del general de brigada Robert Laycock, se vieron en la precisión de combatir a corta distancia contra una resistencia más decidida. Ampliando su cabeza de puente, se abrieron camino en Salerno y allí se establecieron, aunque bastante débilmente.

A la derecha de los comandos y separada de ellos por un espacio de varios kilómetros, se encontraba la División 46 británica, *Oak Tree*, del general Hawkesworth. Una brigada desembarcó al sur de Salerno con pocas dificultades, asegurándose, hacia las 4,45, la posesión de las playas. Pero a medida que las tropas avanzaban tierra adentro encontraban una resistencia cada vez más encarnizada. Rechazando reiterados contraataques, las tropas inglesas se dirigieron al aeropuerto de Montecorvino, cercándolo parcialmente, mientras otras avanzaban hacia Salerno bajo un fuego concentrado.

En el flanco derecho del Cuerpo de Ejército X británico, la División 56 *(London)*, al mando del general Douglas Graham, entabló combate con dos brigadas alemanas. Los hombres no habían tenido dificultades para desembarcar, pero casi en seguida encontraron, frente a ellos, los carros de combate alemanes que, afortunadamente, fueron dispersados gracias a un intenso bombardeo naval. Algunas patrullas avanzaron sobre Battipaglia, siendo rechazadas muy pronto. También fracasó un intento de apoderarse del aeropuerto de Montecorvino.

Al sur del río Sele, la División 36 estadounidense *(Texas)*, del general Fred Walker, desembarcó dos regimientos. En contraste con el estruendo de los cañonazos y los vívidos resplandores de los cohetes luminosos de la zona Norte, estas playas aparecían totalmente oscuras y tranquilas, y las tropas avanzaban en silencio por la orilla. Mas, de pronto, los cohetes iluminaron la playa y empezó un intenso fuego por parte de los alemanes. Cuando nuevas lanchas de desembarco tocaron tierra, los hombres descendieron, chapoteando, en la oscuridad. Temerosos e inquietos, avanzaron a tientas sobre la arena mojada, algunos corriendo, otros deslizándose furtivamente hacia las dunas en busca de refugio. La oleada de asalto se desorganizó y ya no fue posible proceder con orden. Los timoneles de las lanchas intentaron virar para regresar hacia los transportes; pero, alcanzadas por el fuego, muchas de ellas ardieron junto a la costa o se fueron a la deriva.

A pesar de todo, en medio de la confusión de embarcaciones, de hombres y de armas, los sol-

dados recobraron el valor, se impusieron una severa autodisciplina y reemprendieron su misión. La mayor parte de ellos se abrió camino hacia la vía férrea, que corría paralela a la playa, a una distancia aproximada de 2,5 km. Al amanecer habían ganado la partida, y hacia las 18 horas lograron alcanzar las posiciones designadas como objetivo para la mañana del día siguiente y sin haber vuelto a entrar en contacto con las fuerzas alemanas.

Un éxito... momentáneo

A bordo de los buques fondeados en el golfo, los comandantes aliados no tenían una idea demasiado clara de lo que estaba sucediendo. La costa estuvo, al principio, oculta por las tinieblas y luego por el humo. Sin embargo, antes de que finalizara el día, llegaron a la conclusión de que, al menos por el momento, el desembarco era un éxito. Los alemanes se habían retirado; y aunque algunas playas estaban todavía sometidas al fuego directo de su artillería, sobre la mayor parte de la costa se podían desembarcar tropas, material y abastecimientos.

No obstante, había dos motivos de inquietud: ninguno de los dos Cuerpos de Ejército había podido apoyar el flanco en el río Sele; una distancia de casi 11 km les separaba. Y los pilotos aliados informaban que unidades enemigas avanzaban desde la punta de la bota hacia Salerno; por lo tanto, era de esperar que, al día siguiente, llegarían nuevos refuerzos alemanes a la cabeza de puente.

Mientras tanto, desde Salerno llegaban escasas noticias. Eisenhower se preocupaba, sobre todo, de las fuerzas alemanas que llegaban apresuradamente desde Calabria; y como se sabía que Montgomery tardaría todavía «algunos días» en llegar en ayuda de Clark, se esperaban «combates durísimos». El éxito de la Operación «Avalanche» iba a quedar, en los próximos días, suspendido de un hilo.

La Operación «Slapstick» había tenido mejor suerte. La rendición italiana, entre cuyas condiciones figuraba la entrega de la Flota, hizo posible destinar, el 7 de septiembre, cuatro cruceros al transporte de la División 1 británica aerotransportada. Además, nuevas tropas estarían pronto disponibles para incrementar el potencial de las fuerzas en la costa oriental: la División 78 británica en Sicilia, la División 8 india en Egipto y otras divisiones en Oriente Medio y en el Norte de África. El mando del Cuerpo de Ejército V británico, del general sir Charles Allfrey, estaba dispuesto a alcanzar con sus tropas la nueva zona hasta que Montgomery pudiera desplazarse desde Calabria a la costa oriental.

Unos 3600 soldados de las tropas aerotransportadas, navegando a bordo de cruceros ligeros y de minadores, precedidos por dragaminas, penetraron en Tarento el 9 de septiembre. Allí no había fuerzas alemanas, y los italianos que guarnecían las defensas saludaron jovialmente a los recién llegados. Sólo hubo un trágico accidente, que costó muchas vidas: el hundimiento del crucero minador británico *Abdiel*, que chocó con una mina en el puerto.

Tarento estaba en unas condiciones excelentes. Mientras algunas unidades organizaban las instalaciones portuarias, otras avanzaron al encuentro de las fuerzas alemanas y, dos días más tarde, ocupaban Brindis sin encontrar resistencia. La primera división alemana de paracaidistas, dispersa sobre una amplia zona expuesta a la invasión aliada, se retiró hacia Foggia, manteniendo esporádicos combates con los británicos e intentando retrasar su avance.

En Salerno, Vietinghoff se dio cuenta, el 9 de septiembre, de que las proporciones de la invasión eran de tal envergadura que no era probable poder desencadenar otro ataque a amplia escala. Mas, al no poder comunicar con Kesselring, había tenido que decidir por sí mismo entre rechazar la invasión o retirarse hacia Roma. Optó por la primera alternativa, y, en consecuencia, dio orden al XIV *Panzerkorps* de efectuar una rápida concentración de todas las fuerzas en Salerno. A mediodía llegaba la aprobación de Kesselring.

El comandante del XIV *Panzerkorps* se hallaba de permiso y el segundo comandante no estaba en contacto telefónico ni con Vietinghoff ni con Kesselring, teniendo tan sólo contactos esporádicos, por radio, con uno u otro. Por ello, a falta de informaciones seguras, titubeaba, pese a las órdenes dadas por Vietinghoff en lanzar sus tropas sobre Salerno.

Así fue como la 16ª *Panzerdivision* afrontó sola la invasión aliada, con sus filas incompletas, unos 100 carros de combate y 36 cañones autopropulsados. Tenía poca experiencia de combate, andaba escasa de combustible y debía defender, sin contar con fortificaciones defensivas, un frente de más de 32 km. Obstaculizadas no sólo por los numerosos canales de riego y drenaje, setos y muros, sino también por el fuego de la artillería aliada y sus carros de combate, lanzacohetes, barcos de guerra y aviones, las tropas se lanzaron a pequeños contraataques fragmentarios, encabezados por grupos de infantería-carros. Al final del día X, a la división no le quedaban más que 35 carros de combate operativos.

En espera de que la 29ª División *Panzergrenadier* llegase a las proximidades de Salerno, en el curso de la noche, Vietinghoff dio orden a la 16ª *Panzerdivision* de retirarse del sector del Cuerpo de Ejército VI americano y concentrar sus esfuerzos contra el Cuerpo de Ejército X británico. La presión aumentó durante el día 10, cuando Kesselring desplazó una división de Roma al golfo de Gaeta, permitiendo a Vietinghoff mover parte de otras dos divisiones contra el citado Cuerpo de Ejército británico.

Aunque las unidades de la División 46 británica y de comandos lograron rastrillar la ciudad de Salerno y avanzar más de 3 km hasta el paso de Vietri, estos resultados únicamente se obtuvieron con gran dificultad. La División 56 británica, ante la creciente resistencia, no logró alcanzar las alturas en torno a Battipaglia, indispensables para dominar el aeropuerto de Montecorvino.

El Cuerpo de Ejército VI estadounidense no estuvo casi nunca en contacto con los alemanes; sus tropas sólo ocuparon la faja de alturas comprendida en su sector, permitiendo con ello que desembarcara la «reserva móvil». La causa de esta falta de presión obedecía a que, en contra de lo previsto, la 29ª División *Panzergrenadier* no llegó a su debido tiempo. Un oficial de marina, presa del pánico, había destruido una cisterna costera y un depósito de combustible en el extremo del golfo de Policastro y entonces la división quedó bloqueada, como es natural, por falta de carburante. Fue necesario tomar medidas de emergencia, entre ellas hacer llegar el combustible por vía aérea a fin de que la división se pusiera en movimiento, pues se necesitaban varios días antes de que el grueso de las fuerzas alcanzase la cabeza de puente.

Para contrarrestar la creciente fuerza alemana de la zona del Cuerpo de Ejército X británico, Clark desvió el sector operativo de su Cuerpo de Ejército a la izquierda, situó la División 45 americana, del general Troy Middleton, al norte del río Sele y envió un batallón americano de infantería a reforzar los *Ranger*, que se mantenían aún en el paso del monte Chiunzi.

Los combates en el sector del Cuerpo de Ejército X británico se intensificaron en torno a Battipaglia. El 11 de septiembre, con el apoyo de un eficaz bombardeo naval, las fuerzas británicas consiguieron apoderarse, finalmente, del aeródromo de Montecorvino; mas, la infantería alemana, instalada en las alturas circundantes, y su artillería, que tenía la pista bajo su alcance, impidieron el uso del mismo. Aquel día, el Ejército 10 alemán capturó 1500 prisioneros, ingleses en su mayor parte. Un ataque de la División 45 americana, que trataba de aligerar la presión alemana, fue contenido casi inmediatamente.

Se observó también un recrudecimiento de los ataques aéreos alemanes: los observadores contaron no menos de 120 aviones enemigos encima de las playas. Barreras de globos, artillería antiaérea y aviones de caza redujeron los efectos de estas incursiones; mas, la tardanza en ocupar el aeropuerto de Montecorvino, dificultó la tarea de los pilotos de la Marina, que empezaban a preocuparse por la alarmante disminución de sus depósitos de combustible.

Durante los tres primeros días de la invasión, los pilotos efectuaron más de 550 salidas, cuyo principal objetivo era la flota de los invasores. Hundieron cuatro buques de transporte, un crucero pesado y siete lanchas de desembarco. Éxito particular obtuvieron las nuevas bombas planeantes y los cohetes radiodirigidos, que estaban dispuestos desde fines de julio, si bien Hitler había retrasado su empleo «para no revelar el secreto».

Ante ello, Hewitt pidió ayuda a Cunningham, quien envió rápidamente, desde Malta, los cruceros *Aurora* y *Penélope*. Para alejar de las aguas del golfo el objetivo más visible (su buque insignia *Ancon*) Hewitt le hizo alejarse y seguir una ruta al largo de la costa durante la noche, pero volviendo al despuntar el día 12 para reanudar su control de las acciones de los aparatos de caza y ocupar de nuevo su puesto en la cadena de mando.

1943

3 de septiembre: da comienzo la Operación "Baytown": el Ejército 8 de Montgomery invade Italia, superando el estrecho de Mesina. Zarpan de África del Norte los convoyes que transportan las tropas para la Operación "Avalanche" (Salerno) y "Slapstick" (Tarento).

8 de septiembre: fuerzas alemanas afluyen desde el Sur de la zona de Salerno; los buques aliados para el transporte de tropas llegan al largo de Salerno. Italia deja de combatir contra los Aliados.

8-9 de septiembre: las fuerzas anglo-americanas desembarcan en las playas cercanas a Salerno, pero son detenidas por el intenso fuego alemán. Por el contrario, el ataque a Tarento no encuentra resistencia.

9 de septiembre: en Salerno, la 16ª *Panzerdivision* se encuentra sola para afrontar el ataque aliado. Vietinghoff le ordena concentrar todos sus esfuerzos contra el Cuerpo de Ejército X británico; los alemanes se retiran, combatiendo, a 3 km de Salerno. La acción de los americanos resulta más fácil por no llegar a tiempo la 29ª *Panzerdivision*, pero sus Cuerpos de Ejército no consiguen enlazar entre sí.

13 de septiembre: Vietinghoff desencadena a un contraataque contra la cabeza de puente aliada y amenaza con dividir en dos a las fuerzas enemigas. El mando del Ejército americano prepara una eventual evacuación de emergencia.

13-15 de septiembre: con gran rápidez, un contingente de fuerzas aliadas es enviado, aquella misma noche, a la cabeza de puente; el frente de Salerno se estabiliza y los ataques alemanes encuentran una resistencia cada vez más encarnizada. Paracaidistas estadounidenses son lanzados tras las líneas alemanas, pero su acción no influye mucho en el desarrollo de la batalla.

17-18 de septiembre: Vietinghoff es autorizado por Kesselring para retirarse de la zona de Salerno. Las fuerzas aliadas se lanzan en su persecución.

20 de septiembre: las fuerzas del Ejército 8, procedentes del Sur, enlazan con las fuerzas estadounidenses al este de Eboli.

1 de octubre: Las fuerzas británicas entran en Nápoles.

7 de octubre: los Aliados son detenidos ante la línea defensiva alemana sobre el Volturno.

Una parte de la 29ª División *Panzergrenadier*, lo bastante importante como para ejercer una sensible presión sobre el Cuerpo de Ejército VI estadounidense, había llegado a Salerno. Su ataque rechazó a la División 36 americana de Altavilla Silentina, conquistada el día anterior. Por su parte la 16ª *Panzerdivision*, ahora reforzada, impidió a la División 45 americana amenazar Eboli, y asimismo los alemanes rechazaron de Battipaglia contingentes de la División 56 británica.

El hecho de que la cabeza de puente hubiese sido siempre peligrosamente poco profunda e inestable, contribuyó, sin duda, a la decisión de Clark de establecer su puesto de mando en tierra. Pero no había lugares adecuados. El puesto de mando del Ejército se hallaba dentro del alcance de la artillería alemana y, durante algunas horas, poco agradables por cierto, cuando las fuerzas americanas fueron por un breve espacio de tiempo rechazadas de sus posiciones al norte del río Sele, el puesto de mando quedó incluso bajo la amenaza de la infantería alemana.

Aquella noche, Hewitt se trasladó a un buque más pequeño y envió el *Ancon* a Argel. También dejó libre la escuadra de portaaviones del almirante Vian, a pesar de que el aeródromo de Montecorvino se hallaba todavía bajo el fuego enemigo y no podía ser utilizado por los aparatos aliados. Algunos pilotos del *Seafire*, de Vian, aterrizaron en una pista construida cerca de Paestum, siendo los primeros cazas de la cabeza de puente que tuvieron una base en tierra.

Vietinghoff ataca

La mañana del 13 de septiembre, Vietinghoff descubrió, súbitamente, la brecha que separaba los dos Cuerpos de Ejército aliados. Deduciendo que los anglo-americanos se habían «dividido, voluntariamente, en dos sectores», creyó que proyectaban evacuar la cabeza de puente, e interpretó la llegada de las unidades de refuerzo como una llegada de los barcos necesarios para la retirada. Consideró también el empleo de las cortinas de humo, por parte de los Aliados, cerca de Battipaglia, como una estratagema para disfrazar un repliegue. Asimismo, un parte radiado, que fue interceptado, parecía indicar la intención de abandonar la cabeza de puente. Por añadidura, las transmisiones por radio de la propaganda alemana sostenía hallarse frente a otro Dunkerque, lo que reforzaba aquella convicción. Intuyendo, pues, una posibilidad de victoria, Vietinghoff ordenó el ataque.

Poco después del mediodía, los alemanes atacaron en Vietri, Battipaglia, Eboli y Altavilla Silentina y pronto se hallaron en persecución del enemigo. Infligieron una rotunda derrota a los americanos, que trataban de reconquistar Altavilla; destruyeron un batallón norteamericano en el corredor que se había formado a caballo del curso del Sele y así casi lograron separar el grueso del Cuerpo de Ejército X británico del *Ranger*, alcanzando, por un momento, la carretera de la costa, junto a Vietri, y amenazando recobrar Salerno, cuyo puerto, dos días antes, debía ser cerrado. Las bombas planeantes averiaron el crucero británico *Uganda* y el crucero norteamericano *Filadelfia*, alcanzando también dos buques hospitales e incendiando uno de ellos.

Al finalizar la tarde, las fuerzas alemanas se dirigían hacia la confluencia de los ríos Sele y Calore, donde tan sólo algunas unidades americanas los separaban del mar. A menos de 8 km de la costa, a brevísima distancia del puesto de mando del Ejército 5 americano, un contingente heterogéneo de tropas, cocineros, chóferes, ordenanzas, etc., organizaron, a toda prisa, una línea de fuego para proteger dos grupos de artillería que disparaban con águlo de elevación cero. Aun cuando el avance alemán se detuvo en la confluencia de los ríos, Clark dio órdenes a fin de que su puesto de mando pudiera ser evacuado con un previo aviso de diez minutos, para dirigirse, a bordo de un torpedero, al sector del Cuerpo de Ejército X británico, donde las condiciones parecían ser algo mejores.

Aquella noche, los oficiales de Estado Mayor del Ejército 5 americano hicieron planes para evacuar la cabeza de puente en el caso de que fuera necesaria tan drástica determinación y elaboraron dos planes denominados, convencionalmente, «Sealion» y «Seatrain», uno para cada uno de los dos Cuerpos de Ejército. En el caso de que sólo un Cuerpo de Ejército debiera retirarse para reforzar el otro, como se afirmó más tarde, Clark encargó a su jefe de Estado Mayor que informara a Hewitt de la posibilidad de abandonar la cabeza de puente.

Después de expresar sus objeciones a una retirada, basadas en el motivo de no ser técnicamente posible hacer llegar hasta la playa una lancha de desembarco vacía y alejarse después una vez cargada, Hewitt se dispuso a cumplir la orden en el caso de que Clark la hubiese impartido. Llamó a su buque insignia, que se dirigía a Argel, mas, entrando en lo posible que se hiciera necesario embarcar al Estado Mayor antes del regreso del *Ancon*, Hewitt preguntó a Oliver si su propio buque insignia, el *Hilary*, podría tomar a bordo parte del mando del Ejército.

Extrañado de tal pregunta, Oliver protestó. «Embarcar tropas seriamente empeñadas en una cabeza de puente sin profundidad –dijo– era, sencillamente, imposible prescindiendo de ninguna otra consideración». Creía que sería «un suicidio» permitir que la artillería enemiga «barriese las playas». Preguntaba, además, si se había consultado a McCreery.

McCreery, por su parte, estaba furioso. Poniéndose personalmente al habla con Clark, se enteró de que este último no había dado la orden de evacuación, solamente trataba de estar dispuesto a afrontar cualquier eventualidad, incluso la peor.

Entre tanto, Clark, después de conferenciar con los jefes americanos de alto grado, decidió reducir el frente en el sector del Cuerpo de Ejército VI estadounidense, replegándose a una línea donde fuese posible establecerse para intentar una defensa desesperada. Aquella noche los americanos se replegaron cerca de 3 km sobre una nueva línea de defensa fortificada con alambradas y fajas de minas, que debía ser mantenida a toda costa. Como dijo Walker, la División 36 americana «daría la batalla decisiva en esta posición».

Seguro ya de la victoria, Vietinghoff envió un telegrama a Kesselring: «Después de una batalla defensiva que ha durado cuatro días, la resistencia enemiga se está viniendo abajo. El Ejército 10 resiste sobre un amplio frente». La nota del diario de guerra decía simplemente: «La batalla de Salerno parece terminada».

La crisis había puesto en movimiento a los Aliados para restablecer el equilibrio. Cunningham ordenó a los acorazados *Valiant* y *Warspite* que acudieran desde Malta. Hewitt informó que también enviaría los acorazados *Nelson* y *Rodney* si era necesario. Asimismo ordenó a tres cruceros que se dirigieran, a toda velocidad, hacia Trípoli para tomar a bordo tropas británicas de refuerzo y llevarlas en seguida a la cabeza de puente. Eisenhower ordenó a Tedder que desviara temporalmente las fuerzas aéreas de sus misiones de bombardeo de carreteras, depósitos y puente en la retaguardia del enemigo, y que, en su lugar, empezara el día 14 a atacar objetivos más próximos al punto de desembarco. Alexander dispuso buques y medios de desembarco que debía transportar los abastecimientos a Salerno y los envió a Sicilia para llevar la División 3 americana hasta la línea de combate.

¿Lograría Montgomery hacerla llegar a tierra a tiempo? Ya desde el segundo día de la invasión de Salerno, el 10 de septiembre, Alexander comunicó por radio a Montgomery que era esencial

2 de octubre de 1943: soldados italianos, a los que se ha unido un paisano, empuñan las armas contra los alemanes en Castellammare di Stabia. Unidades y soldados aislados italianos combatieron, al principio, al lado o encuadrados en unidades británicas. Pero pronto el mando aliado dispuso que todos los soldados italianos fuesen retirados de las líneas de combate para ser incorporados a unidades destinadas a servicios logísticos y de retaguardia.

(Archivo Rizzoli)



que mantuviese empeñados a los alemanes, impidiéndoles alcanzar Salerno; para lograrlo, decía explícitamente Alexander, Montgomery debía mantener sólidamente el contacto con el enemigo, ejerciendo una fuerte presión. Para reforzar la urgencia, envió a su jefe de Estado Mayor al puesto de mando de Montgomery. El mensaje de Alexander y su jefe de Estado Mayor llegaron en las primeras horas del día 11. Aun cuando Montgomery era del parecer de que su Ejército estaba ya «logísticamente muy alargado», pensaba que incluso exponiéndose a lo que consideraba «notables riesgos lógicos», hubiera podido hacer avanzar a las tropas cerca de 120 km en cuatro días. Un movimiento de tal importancia llevaría sus vanguardias a 120 km de Salerno. Pero el 13 de septiembre, día en que se produjo la crisis en la cabeza de desembarco, Montgomery se encontraba todavía a más de 160 km de distancia, demasiado lejos para servir de ayuda.

La única esperanza de una rápida intervención se cifraba en la División aerotransportada 82 americana, que se hallaba disponible en Sicilia. La mañana del 13 de septiembre, Clark envió una carta al jefe de la División, general de división Matthew Ridgway. Al informarle de que los combates estaban tomando mal cariz, Clark escribía: «Quiero que toméis esta carta como una orden. Me doy perfecta cuenta del tiempo normalmente necesario para la preparación de un lanzamiento pero... quiero que lo efectuéis dentro de nuestras líneas sobre la cabeza de puente y que lo hagáis esta misma noche. Es de absoluta necesidad».

Recordando el trágico accidente ocurrido en Sicilia, dos meses antes, cuando los cañones anti aéreos de la Flota de invasión y los de las fuerzas terrestres habían abatido aviones de transporte propios cargados de paracaidistas, Ridgway respondió: «Es de importancia vital que todas las fuerzas, terrestres y navales, reciban orden de abstenerse de abrir fuego esta noche. Es indispensable para el éxito un riguroso control del fuego antiaéreo».

Aquella noche, dos batallones de paracaidistas subieron a bordo de los aviones y poco antes de la medianoche del día 13, unos 1300 hombres tomaron tierra en la cabeza de puente próxima a Paestum, siendo rápidamente transportados en camiones a las posiciones de la línea definitiva de defensa.

«Sin novedad en el frente»

La mañana del 14 de septiembre, los alemanes, reforzados con la 26ª *Panzerdivision*, recién llegada de Calabria, concentraron su presión contra la ciudad de Salerno. Se produjo después un ataque, apoyado por fuego cerrado de artillería, desde Vietri, lo que hizo pasar a McCreery, como más adelante confesó, por «momentos de verdadera ansiedad». La División 46 británica, atrincherada en las colinas en torno a Salerno, tenía todas sus unidades empeñadas en la defensa. Y cuando pareció que los alemanes podían romper el frente, dichas unidades se desplazaron a Battipaglia, donde a su vez, la División 56 británica se mantenía firme. Al final de la jornada, la situación permanecía inalterada. Fue entonces cuando McCreery, con una indiferencia tal vez estudiada, notificó a Clark: «Sin novedad en el frente».

Asimismo, los ataques alemanes contra el Cuerpo de Ejército VI americano no habían conducido a nada definitivo. Al anochecer los americanos seguían dominando el frente y aseguraban haber inutilizado unos 30 carros de combate enemigos.

En las playas habían cesado todas las operaciones de descarga porque los hombres pertenecientes a la organización logística se habían unido a las fuerzas combatientes, ayudándolas en la mejora de las defensas. El cañoneo naval era particularmente eficaz a lo largo de la carretera Battipaglia-Eboli, y los bombarderos pesados, que operaban sobre el llano de Salerno (187 *B-25*, 166 *B-26* y 170 *B-17*) obligaron a los alemanes a hacer uso abundante de cortinas de humo para ocultar sus posiciones y sus movimientos.

Clark inspeccionó el frente para infundir valor a las tropas, mientras Alexander, que visitaba por primera vez la zona de desembarco, juzgó que las defensas eran imponentes. Al anochecer, los planes para la evacuación de la cabeza de puente ya no se tomaban en consideración. Contribuía al optimismo la llegada de la División Acorazada 7 británica, que desembarcó en el sector del Cuerpo de Ejército X británico. Llegó también el último regimiento de la División 45 americana, que pasó a formar parte de la reserva. Entrada la noche, cerca de 2100 hombres de la División aerotransportada 82 americana fueron lanzados sobre la cabeza de puente.

Aquella noche los americanos desencadenaron una audaz operación aerotransportada, con objeto de ayudar al Cuerpo de Ejército X británico. A su vez, el DIX Batallón de infantería paracaidista lanzó sus hombres cerca de Avellino, muy adentro de las líneas alemanas, para interceptar sus vías de comunicación e interrumpir la llegada de los refuerzos desde el Norte. Unos 600 hombres fueron lanzados alrededor de medianoche, pero quedaron muy dispersos: algunos incluso tomaron tierra a 38 km de la zona de lanzamiento. Lo accidentado del terreno y los espesos bosques y viñedos, hicieron imposible que estas tropas se concentrasen.

Los ataques alemanes en la cabeza de puente eran cada vez menos eficaces. La batalla en el sector del Cuerpo de Ejército VI americano se redujo a «combates de importancia secundaria». Clark se congratuló con todas las tropas. «La cabeza de puente está ahora a salvo y estamos aquí para quedarnos.»

Vietinghoff, convencido de que ya no podría destruir la cabeza de puente, pidió permiso para romper el contacto con el enemigo. «El hecho –informaba– de que los ataques que habían sido cuidadosamente preparados y lanzados con espíritu combativo, en especial por parte del Cuerpo de Ejército XIV, no lograran su objetivo a causa del fuego de la artillería naval y de los bombardeos de los aviones a baja cota, además del lento pero continuo avance del Ejército 8, le obligaba a replegarse sobre buenas posiciones defensivas». Kesselring aceptó.

A primeras horas de la tarde del día 17, la resistencia en el sector ocupado por el Cuerpo de Ejército VI estadounidense había disminuido de modo evidente y McCreery empezó a sentirse más optimista respecto a la División 56 británica, aun cuando todavía sintiera una lógica ansiedad por la suerte de algunos batallones exhaustos pertenecientes a la División 46.

Vietinghoff elogió a sus tropas. «El triunfo ha sido nuestro –declaró–. Una vez más los soldados alemanes han demostrado su superioridad sobre el enemigo».

El 19 de septiembre, solamente los *Ranger* de Darby, el comando de Laycock y la División 46 británica, estaban aún a la defensiva. La División 56 británica eliminó a la artillería alemana que todavía tenía bajo su fuego el aeródromo de Montecorvino y la División 45 estadounidense entró en Eboli. Las carreteras de la cabeza de puente quedaron entonces embotelladas a causa de la enorme densidad de tráfico que se produjo.

«A todos les complacía poder pensar como yo pensaba en aquella época –escribía varios años después el general De Guinand, jefe de Estado Mayor de Montgomery–. O sea, que nosotros habíamos contribuido a salvar, o quizá habíamos salvado del todo, la peligrosa situación creada en Salerno. No obstante, ahora dudo de que ejerciéramos gran influencia en el curso de los acontecimientos que siguieron».

El general Clark tenía, en efecto, el control de la situación mucho antes de que el Ejército 8 compareciese en escena.

Pero, en realidad, la lentitud de movimiento del Ejército 8 británico desilusionó a muchos jefes, que esperaban que Montgomery llegase rápidamente a Salerno para prestarles ayuda. Clark, por ejemplo, describe el avance del Ejército 8 como «un lento movimiento hacia Salerno, pese a los constantes esfuerzos de Alexander para impulsarlo a avanzar con mayor rapidez».

Sin embargo, su presencia condicionó, definitivamente, los movimientos de los alemanes. Por muy lentamente que avanzara, Montgomery acabaría llegando a Salerno. Y por ser Hitler contrario al empleo de nuevas tropas para reforzar a las que combatían y puesto que las que se hallaban empeñadas en estos combates no lograban rechazar al Ejército 5 estadounidense, los alemanes tuvieron que ceder. La existencia del Ejército 8 británico les proporcionó una buena excusa para ha-





Arriba: una multitud de hombres, mujeres y niños se agolpa en torno a una columna acorazada aliada que cruza las calles de Torre Annunziata: la pesadilla ha terminado. Abajo: soldados americanos en una calle de Nápoles, muy dañada por los bombardeos. Con ayuda de los italianos, las tropas aliadas se ocuparon en restablecer el orden en la ciudad. *(Archivo Rizzoli - Associated Press)*

cerlo, y así los alemanes aplicaron la estrategia inicial de retirarse del sur de Italia. Por lo tanto, Montgomery ejerció, en definitiva, una influencia decisiva, aun cuando sus fuerzas no tomasen parte directa en los combates.

¿Acaso hubiera podido hacer más? Ya el día 10 de septiembre los alemanes observaban las características de su avance: «La retirada de nuestras fuerzas de Calabria continúa de acuerdo con los planes previstos. El enemigo no nos hostiga».

Los alemanes no consiguieron rechazar al Ejército 5 estadounidense porque sus planes estratégicos consideraban la retirada de Italia meridional como una acción independiente del resultado de la batalla en la cabeza de puente. Deseaban rechazar la invasión, y una victoria hubiera cambiado, sin duda, sus planes estratégicos; mas su resistencia tenía la finalidad de cubrir la retirada... y los alemanes rechazaban la posibilidad de emplear ulteriores fuerzas, tomándolas, por ejemplo, de Italia septentrional.

Importante éxito alemán

Hitler, Kesselring y Vietinghoff estaban satisfechos. Habían impedido a los Aliados el fácil acceso a Nápoles, infligiendo duras pérdidas a sus unidades; además, lograron recuperar las fuerzas del sur de Italia e impidieron también que el enemigo aprovechara plenamente la rendición italiana. «Los alemanes pueden alabarse, no sin motivo –admitió Alexander–, de haber obtenido, si no una victoria sobre nosotros, por lo menos un éxito importante». En efecto, combatiendo con fuerzas limitadas por un objetivo limitado, los alemanes sufrieron la pérdida de unos 3500 hombres. En cambio, los americanos, también perdieron casi 3500 y los británicos cerca de 5500.

El 20 de septiembre, las fuerzas del Ejército 8 británico ocupaban Potenza, a unos 80 km al este de Salerno, y cortaban la carretera principal entre Salerno y Bari, enlazando con las unidades americanas en Auletta, 32 km al este de Eboli. Antes, la División 1 canadiense, partiendo de Calabria, logró establecer enlace con la División aerotransportada 1 británica, reuniendo así elementos de la Operación «Slapstick» y de la Operación «Baytown». El mando del Cuerpo de Ejército V británico había desembarcado en Tarento el 18 de septiembre y se preparaba para recibir nuevos refuerzos en Bari. Ahora Montgomery estaba concentrando sus dispersas unidades en un amplio frente a fin de iniciar un ataque contra Foggia, mientras Clark se preparaba a su vez para lanzarse sobre Nápoles y ocupar el puerto.

Entre las ventajas derivadas de la invasión de Italia meridional figuran la nutralización de Cerdeña y de Córcega, abandonadas por los alemanes después de la capitulación de las tropas italianas. En virtud de su posición estratégica, ambas islas constituían una adquisición de gran importancia. En efecto, contribuían a que el Mediterráneo fuera todavía más seguro para la navegación, y los aeropuertos en ellas existentes, en particular el de Córcega, permitirían que los bombarderos aliados pudieran llegar muy cerca del territorio metropolitano alemán.

Cuando Kesselring dio permiso a Vietinghoff para romper el contacto, después de la batalla de Salerno, ordenó una lenta retirada hacia el Norte. Si Vietinghoff hubiese logrado ganar el tiempo necesario, Kesselring hubiera podido preparar las obras de fortificación sobre una línea defensiva, ya naturalmente protegida, que pasaba por Mignano, a unos 80 km al norte de Nápoles y a 135 al sur de Roma, para intentar una defensa más prolongada. Unos 20 km al norte de Mignano, la zona circundante a Cassino ofrecía perspectivas todavía mejores para una larga batalla defensiva.

Si Kesselring hubiera conseguido hacer cambiar de idea a Hitler, habría detenido a las fuerzas aliadas muy por debajo de las posiciones del Apenino septentrional. Por eso, dio a Vietinghoff la orden de reorganizar el despliegue de sus fuerzas, constituyendo un frente que atravesase toda la península, para retirarse después, lentamente, apoyándose en una serie de líneas defensivas, la primera de las cuales pasaba a lo largo del río Volturno (40 km al norte de Nápoles) y del Biferno (unos 64 km al norte de Foggia). Al retirarse, Vietinghoff debía destruir, sistemáticamente, todas las instalaciones de utilidad militar.

De acuerdo con estas órdenes, Vietinghoff desplegó el XIV *Panzerkorps* sobre la costa occidental y el LXXVI *Panzerkorps* en la oriental. A fines de septiembre, estas fuerzas habían constituido un frente que atravesaba toda la península italiana.

Clark se lanzó entonces a la conquista de Nápoles; pero quería que sus fuerzas continuaran sin detenerse hasta el río Volturno, que le proporcionaría una amplia zona para proteger el puerto de ataques e incursiones del enemigo. El 20 de septiembre, el Cuerpo de Ejército VI estadounidense, a las órdenes del nuevo comandante, general John P. Lucas, avanzó desde las playas de Salerno hacia el interior, con la esperanza de envolver Nápoles y alcanzar el Volturno sobre Capua. Pero las Divisiones 3 y 45 estadounidenses se encontraron, en seguida, con un terreno accidentado, eficazmente defendido por pequeñas unidades de retaguardia que intentaban contrarrestar el avance, empleando con habilidad demoliciones y minas. Por añadidura, lluvias torrenciales hundían los puentes y transformaron los caminos en pantanos. La llegada de la División 34 estadounidense, del general Charles W. Ryder, no aportó cambios a la situación y el Cuerpo de Ejército avanzó fatigosamente hacia el río.

El Cuerpo de Ejército británico de McCreery realizó el mayor esfuerzo. Después de establecer sus fuerzas a la izquierda, desplazando la División 46 a Vietri y la División 56 a Salerno, de modo que fueran a encontrarse sobre los dos pasos principales de las alturas de Sorrento, McCreery atacó el 23 de septiembre, si bien haciendo pocos progresos. Clark reforzó entonces los *Ranger* en el monte de Chiunzi, y acabó por poner toda la División aerotransportada 82 americana al mando de McCreery. El día 28, cuando el Cuerpo de Ejército atacó nuevamente, las tropas consiguieron penetrar a través de los pasos y llegar a la llanura de Nápoles.

Vietinghoff estaba a punto de ceder. Mientras sus tropas levantaban apresuradamente fortificaciones en una línea defensiva que corría a lo largo del Volturno, se retiró a regañadientes. El día 1 de octubre, las fuerzas británicas penetraron en la periferia oriental de Nápoles, y después continuaron avanzando, remontando la carretera de la costa hasta el Volturno.

La División aerotransportada 82 americana entró en Nápoles para mantener el orden en la ciudad. Encontrando cada vez menor resistencia, las divisiones británicas avanzaron hacia el río Volturno, alcanzándolo el día 7.

El Ejército 5 estadounidense se había apoderado ya de Nápoles, asegurándose su dominio. La campaña, que duró veintiún días, costó la pérdida de más de 12.000 hombres, entre ingleses y americanos: casi 2000 muertos, 700 heridos y 3500 desaparecidos.

Nápoles vuelve al orden

La ciudad de Nápoles, objetivo de la Operación «Avalanche», estaba destruida por los bombardeos y por las sistemáticas demoliciones llevadas a cabo por los alemanes. La zona industrial era una masa de hierros retorcidos, el puerto un montón de escombros y la bahía se hallaba llena de buques hundidos.

Con ayuda de los italianos, las tropas aliadas desembarazaron las calles obstruidas, repararon los daños del alcantarillado y del servicio de aguas, instalaron una central eléctrica y habilitaron de nuevo el puerto. En plenos trabajos, estalló una bomba de explosión retardada en la oficina de Correos, al mediodía del 7 de octubre, matando e hiriendo a 35 soldados e igual número de civiles; asimismo, una bomba o mina, al estallar el día 11, en un cuartel, mató a 18 soldados e hirió a 36. Más adelante las incursiones aéreas alemanas causarían nuevas pérdidas.

Pero el día 3 de octubre, las lanchas de desembarco ya podían atracar a los muelles del puerto de Nápoles. El 4 ya descargó un barco de la clase *Liberty*, y también llegaron otros seis buques de pequeño tonelaje. Dos semanas después de la toma de la ciudad, se descargaban 3500 toneladas de mercancías diariamente, lo que, no obstante, no llegaba ni siquiera a la mitad de las 8000 toneladas diarias que se descargaban en él antes de la guerra.

Pese a una violenta tempestad de viento y de lluvia, que duró dos días, destruyendo ochenta y cuatro lanchas de desembarco y tres buques mayores, aparte de otros estragos, las fuerzas aliadas consiguieron desembarcar, entre el 9 de septiembre y el 10 de octubre, 200.000 hombres, alrededor de 35.000 vehículos de todas clases y casi 150.000 toneladas de abastecimientos en las costas del mar Tirreno.

Al otro lado de la península italiana, sobre la costa adriática, los elementos avanzados del Ejército 8 británico no habían entrado prácticamente en contacto con el enemigo mientras avanzaban sobre Foggia, que los alemanes abandonaron el 27 de septiembre. El 1 de octubre, algunas patrullas británicas alcanzaron los aeropuertos circundantes, asegurándose su posesión.

Montgomery trató entonces de llegar al río Biferno, haciendo avanzar al Cuerpo de Ejército XIII británico flanqueado por dos divisiones: la División 78 británica, que avanzaba a lo largo de la carretera de la costa hacia Termoli, y la División 1 canadiense, que se dirigía, tierra adentro, en dirección a Vinchiaturo. Seguía el Cuerpo de Ejército V británico, el cual protegía el flanco interno. Mientras los canadienses luchaban no sólo con los alemanes, sino también con el accidentado terreno, la División 78 británica no halló dificultad hasta que sus patrullas alcanzaron la periferia de Termoli, donde encontraron una tenaz resistencia. A fin de desencadenar un rápido ataque anfibio para apoderarse del pequeño puerto, Montgomery envió unidades de comandos, que fueron transportadas de Sicilia a la ciudad en lanchas de desembarco. Contando con el elemento sopresa, los comandos desembarcaron en el curso de la noche del 2 de octubre y pronto conquistaron Termoli. La noche siguiente, una brigada de la División 78 llegó por mar, para reforzarles.

Puesto que la conquista de Termoli anulaba la eficacia de su línea defensiva sobre el río Biferno, los alemanes reaccionaron con rapidez. Vietinghoff hizo cruzar rápidamente las montañas de la carretera occidental a la 16.ª *Panzerdivision*, la cual llegó a Termoli el 4 de octubre y contraatacó en el curso de aquel día y de los dos que siguieron. Mas, el 7 de octubre, cuando otra brigada de la División 78 británica fue transportada a Termoli por mar, los alemanes se retiraron hacia el río Trigno.

Montgomery reorganizó su frente el 9 de octubre, asignando al Cuerpo de Ejército V británico el sector costero, con la División 78 británica y la División 8 india, y confiando al Cuerpo de Ejército británico la responsabilidad de un sector más interior, con la División 1 canadiense y la División 5 británica. Se aguardaba, en Tarento, a la División 2 neozelandesa.

Dos días después, con unidades del Ejército 8 sólidamente establecidas en Termoli y en Vinchiaturo, los aeropuertos de Foggia eran ya completamente seguros y las fuerzas aéreas aliadas se preparaban para utilizarlos como bases de los bombarderos pesados.

Asimismo, con fuerzas considerables del Ejército 5 británico, desplegado sobre el Volturno, y con el grueso del Ejército 8 británico en situación de avanzar más allá del Biferno, los Aliados terminaban con éxito la invasión de Italia meridional.

Rusia meridional, agosto 1942-octubre 1943

Ivan Zabkin

UNA CAMPAÑA OLVIDADA: EL CAUCASO

(Süd Verlag)

Mientras se recrudecían en el Norte las grandes batallas, y el Ejército 6 alemán sufría en Stalingrado un golpe mortal, las fuerzas soviéticas desplegadas en la zona del Cáucaso combatían una batalla "olvidada", pero de importancia vital para impedir que la *Wehrmacht* alcanzara los campos petrolíferos, punto clave para Alemania si quería ganar la guerra. Mientras los alemanes se retiraban de Stalingrado, también en el Cáucaso se vieron obligados a replegarse y con ello se desvanecía el sueño de Hitler de un avance por las regiones del Próximo Oriente y de Oriente Medio.

Aunque ya a mediados de 1942 las divisiones alemanas estaban diseminadas en las infinitas extensiones del Cáucaso septentrional, Hitler había insistido categóricamente para que prosiguiese la ofensiva. En consecuencia, el OKW dio un nuevo despliegue a sus fuerzas y en agosto y septiembre de 1942 desencadenó operaciones ofensivas en las márgenes del río Tiérek, en los pasos de la cadena del Cáucaso, en la península de Tamán y, más tarde, al nordeste de Tuapsé, en la zona de Nálchik-Ordzhonikidze.

En la segunda mitad de agosto, los alemanes trasladaron la 1ª *Panzerarmee* desde las proximidades de Maikop a Piatigorsk y trataron de atacar Ordzhonikidze; pero los *Panzers* se encontraron frente a una bien organizada defensa soviética y se vieron obligados a cambiar su dirección de avance hacia Projladni. Allí lograron vencer las defensas de los débiles destacamentos del grupo septentrional del frente transcaucásico y, después de haber conquistado Mozdok, avanzaron a lo largo a la orilla norte del Tiérek, hasta Ischerskaia. Luego, en septiembre, las fuerzas principales de la 1ª *Panzerarmee* lanzaron un ataque desde Mozdok hacia Malgobek, en un intento de adueñarse de esta región petrolífera y desarrollar desde allí la ofensiva hacia Grozni. Siguió un mes de intensos combates durante el cual los Ejércitos 9 y 37 del Grupo septentrional infligieron a los alemanes graves pérdidas, en hombres y en carros de combate, logrando detener la ofensiva. Después de haberse adueñado de una cabeza de puente en la orilla meridional del Tiérek y de la zona de Malgobek, los alemanes tuvieron que pasar a la defensiva: había fracasado el ataque contra Grozni.

Desde mediados de agosto hasta todo septiembre, e incluso parte de octubre de 1942, continuaron los combates por la conquista de los pasos en la cadena principal del Cáucaso, entre el Cuerpo de Ejército de infantería de montaña XLIX alemán y el Ejército 46 del frente transcaucásico; pero al finalizar los combates los pasos estaban todavía en manos soviéticas.

Entre el 19 y el 27 de septiembre, el Ejército 47 soviético, con el apoyo de buques y de marineros de la Escuadra del mar Negro y de la flotilla del Azov, se encontró empeñado en durísimos combates defensivos en la península de Tamán y en Novorossisk.

Finalmente, los alemanes trasladaron una parte de sus fuerzas desde Maikop y, con dos divisiones, efectuaron un desembarco en Kerch, con fuerzas numéricamente superiores, obligando a las tropas soviéticas a retirarse de la península de Tamán y de la ciudad y de la zona portuaria de Novorossisk. Pero su avance se vio detenido en el límite oriental de la ciudad.

A esta acción le siguió una prolongada operación defensiva, que se prolongó del 25 de septiembre al 20 de diciembre y en la que el frente del Cáucaso septentrional (bautizado ahora como «Grupo del mar Negro del frente transcaucásico») frustró el intentó del Ejército 17 alemán de alcanzar la costa en las cercanías de Tuapsé. El Grupo septentrional se encontró también duramente empeñado entre el 25 de octubre y la mitad de noviembre de 1942, haciendo fracasar, con graves pérdidas, un intento de la 1ª *Panzerarmee* de lanzar una ofensiva contra Nalchik y Ordhonikidze.

El STAVKA ordena un ataque

El frente transcaucásico continuó operando en aquella zona hasta los primeros meses de 1943. En su ala derecha, desde el curso inferior del río Kuma, a través del curso medio del Tiérek y a lo largo de los contrafuertes, hasta las pendientes nororientales del monte Elbrus, se encontraba su Grupo septentrional, que comprendía los Ejércitos 9, 37, 44 y 58, el IV y el V Cuerpos de Ejército de Caballería Guardia y el 4º Ejército aéreo. El Grupo del mar Negro –que comprendía los Ejércitos 18, 46, 47, 56 y el 5º Ejército aéreo, con el apoyo de la Flota del mar Negro–, actuaba en el sector del frente sobre el citado mar, desde las pendientes sudoccidentales del monte Elbrus, a lo largo de la cadena principal del Cáucaso, hasta Novorossisk.

El despliegue alemán era como el anterior. Frente al Grupo septentrional soviético estaba la

Elementos de la División Guardia atacando a la 1ª *Panzerarmee* en las cercanías de Mazdok. En septiembre de 1942, los alemanes lanzaron una ofensiva cuyo objetivo era apoderarse de Malgobek y Grozni, situadas al norte del Cáucaso, en zonas ricas en petróleo; pero a causa de las graves pérdidas sufridas en hombres y en carros de combate, así como también de la encarnizada defensa opuesta por los Ejércitos 9 y 37 soviéticos del Grupo septentrional, tuvieron que suspender el ataque y pasar a la defensiva. *(Archivo Rizzoli)*



1ª *Panzerarmee*, con cinco divisiones, dos regimientos y unos 16 batallones autónomos. Enfrentándose con el Grupo del mar Negro estaba el Ejército 7, que comprendía 17 divisiones, cinco regimientos y 12 batallones autónomos. En total, las fuerzas alemanas en el Cáucaso sumaban unos 760.000 hombres.

Por aquellos días, los Ejércitos soviéticos en Stalingrado acababan de desbaratar el intento enemigo de salvar las fuerzas cercadas de von Paulus; habían liberado Kotiélnikovski y habían creado las condiciones ideales para una ofensiva hacia la ciudad de Rostov, a espaldas de las fuerzas alemanas que se encontraban en el Cáucaso. Por ello el STAVKA ordenó al frente meridional (nombre que se daba al frente de Stalingrado desde el 1 de enero de 1943) que atacara a través de Kotiélnikovski hacia Rostov y utilizara algunas de sus fuerzas contra Tijorietsk, mientras el Grupo del mar Negro del frente transcaucásico debía atacar desde los contrafuertes del Cáucaso hacia Tijorietsk, haciendo avanzar parte de sus fuerzas hacia Bataisk y Rostov. El propósito del STAVKA era envolver las fuerzas alemanas en el Cáucaso, del mismo modo que lo habían sido las de Stalingrado. El Grupo septentrional recibió la orden de inmovilizar a la 1ª *Panzerarmee* y de presionarla contra las montañas, haciendo avanzar rápidamente su ala derecha. El frente meridional debía cooperar también en la derrota de los alemanes en el Cáucaso; es más, su avance hacia Rostov debía ser el factor principal de la misma.

Según lo establecido en las directivas, se realizaron preparativos para la ofensiva, y el día 1 de enero de 1943 los Ejércitos del frente meridional avanzaron en un sector que se extendía desde el Don al Mánich, teniendo como objetivo Rostov. El 17 de enero, después de duros combates en la zona de Zimovniki y en el Suroeste, llegaron a una línea que corría a lo largo del curso inferior del Doniets septentrional y la orilla derecha del Mánich, hasta Proletárskaia. Pero en este punto, todavía lejos de Rostov, fueron detenidos por la obstinada resistencia alemana. Sin embargo, se había logrado una importante victoria, pues se estaba formando una enorme bolsa alrededor de las fuerzas principales del Grupo de Ejércitos A. Dándose cuenta de ello, los jefes alemanes comenzaron a retirarse, primeramente de la Ossezia septentrional y de la Kabardino-Balkaria, y luego de la orilla septentrional del Tiérek.

Esta maniobra fue localizada por las unidades del Grupo septentrional, las cuales, precisamente en aquel momento, se preparaban para una ofensiva, que desencadenaron sin dilación: primero al noroeste de Ordzhonikidze, a fines de diciembre de 1942; y luego, el 1 de enero de 1943, en la orilla septentrional del Tiérek, con objeto de impedir la retirada ordenada del enemigo. A partir del 3 de enero comenzó la persecución general en todo el frente. Los alemanes dejaron fuertes destacamentos móviles en los puntos estratégicos y retiraron sus fuerzas principales hacia el río Kuma, donde trataron de detener el avance soviético y cubrir la retirada de las fuerzas que se hallaban en las estaciones termales caucásicas y en las cimas de la cadena principal del Cáucaso. Pero después de tres días de combates el Ejército ruso rompió la línea alemana y avanzó en un amplio frente, dirigiéndose hacia el Noroeste, y liberando el Cáucaso septentrional.

La ofensiva del Grupo del mar Negro se retrasó algo a causa de las malas condiciones de las carreteras y de las dificultades de concentrar fuerzas en las montañas, pero algunas unidades del Ejército 46 atacaron desde el sur y el sudoeste de Maikop, seguidas tres días después por el Ejército 18. Estas fuerzas penetraron en las defensas enemigas y, a fines de mes, con la ayuda de los partisanos, habían liberado la región petrolífera de Maikop, uniéndose a elementos del frente caucásico septentrional, con los cuales habían comenzado a moverse hacia Krasnodar desde el sudeste.

Arriba: soldado alemán lanzándose a tierra para evitar ser alcanzado por el estallido de una granada enemiga. Se calcula que las tropas alemanas empeñadas en los combates por el dominio de la región caucásica sumaron, en total, 760.000 hombres. Abajo: carros de combate británicos *Valentine* utilizados por el Ejército ruso durante la ofensiva contra Rostov, desencadenada el 1 de enero de 1943 con el fin de rechazar a los alemanes de la zona del Cáucaso. (Sado-Opera Mundi) - (Imperial War Museum)





Aeródromo en las próximidades de Armavir, reconquistado por las fuerzas soviéticas en el curso de su avance en el Cáucaso y que resultó completamente destruido durante los combates. (Novosti Press Agency)

El 16 de enero, el Ejército 56 pasó a la ofensiva, llevando a cabo su ataque principal desde el sudoeste de Krasnodar y avanzando hasta encontrarse con el frente meridional.

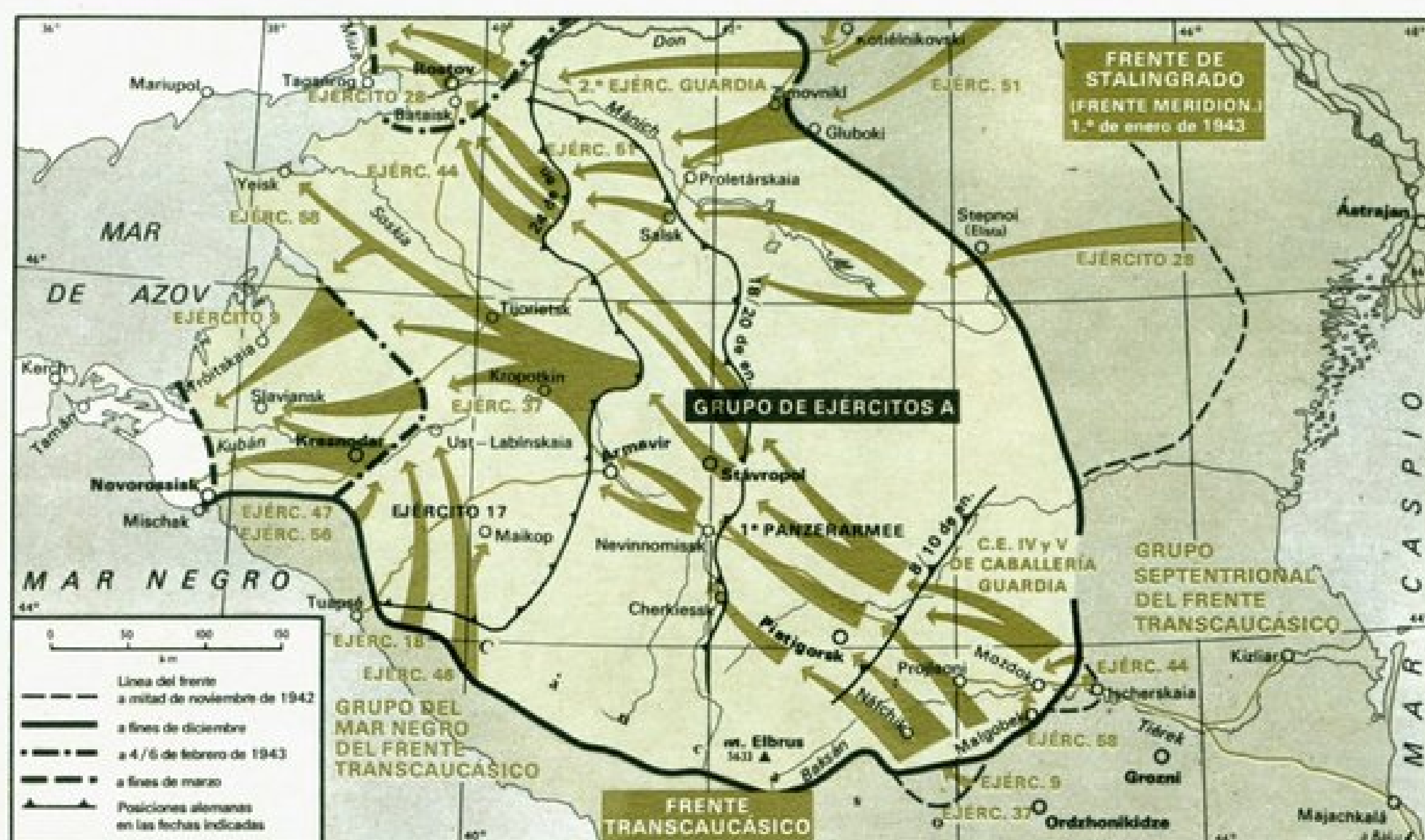
Desde finales de enero hasta mediados de febrero las fuerzas soviéticas concentraron sus esfuerzos para batir a los alemanes en el sector Rostov-Bataisk y en Krasnodar. Los Ejércitos del frente meridional enlazaron con el ala derecha del frente del Cáucaso septentrional, al sur de Salsk, y continuaron atacando en dirección de Bataisk y Rostov.

En el mando alemán del Grupo de Ejércitos del Don, el *Feldmariscal* von Manstein dirigió los desesperados esfuerzos para defender los accesos a las dos ciudades, pero sin éxito. El 5 de febrero, el frente meridional fue reforzado por el Ejército 44 y por una fuerza mixta de caballería y de infantería motorizada del frente caucásico septentrional. Estas fuerzas atacaron desde Bataisk hacia la periferia occidental de Rostov, facilitando así la conquista de la ciudad, que cayó el 14 de febrero después de muchos días de combate. La mayor parte del Grupo de Ejércitos A se encontraba ahora embotellada en el Cáucaso septentrional. Es cierto que parte de la 1ª *Panzerarmee* había logrado llegar a la costa del mar de Azov; pero el resto, que no había conseguido cruzar el Don, se quedó retrasado y fue absorbido por el Ejército 17.

En el curso de la batalla por Rostov, el Grupo caucásico septentrional y el Grupo del mar Negro del frente transcaucásico rodearon Krasnodar por tres lados. El 6 de febrero, después de la toma de Yeisk, los Ejércitos del ala derecha del frente caucásico septentrional se dirigieron al Sudoeste y lanzaron un ataque contra Slaviansk y Tróitskaia, en la retaguardia de las divisiones alemanas que defendían Krasnodar. El 12 de febrero, las fuerzas del flanco izquierdo del frente y parte del Grupo del mar Negro se adueñaron de Krasnodar, tras durísimos combates, y comenzaron una ofensiva hacia el Oeste, a lo largo del río Kubán.

En la zona de Novorossisk, el Ejército 47 atacó repetidamente en la montañas que rodeaban la ciudad, pero los alemanes opusieron una tenaz resistencia y lograron rechazarlo a las posiciones de partida. El 4 de febrero, la Escuadra del mar Negro desembarcó una fuerza en la zona de Mischak, al sur de Novorossisk, pero no logró

Tropas soviéticas operando en las regiones del Cáucaso. A pesar de la resistencia que encontró, el avance ruso se desarrolló con un ritmo continuo y coordinado, según los planes del STAVKA. (Novosti Press Agency)





Los ataques lanzados por los soviéticos contra las fuerzas alemanas desplegadas en la región del Cáucaso (izquierda) comenzaron el día 1 de enero de 1943, y los desencadenaron, conjuntamente, los frentes meridional y transcaucásico contra Rostov y Krasnodar. Al caer Rostov, el 14 de febrero, parte del Grupo de Ejércitos A se encontró embotellado en el Cáucaso septentrional por las fuerzas del frente meridional. Mientras tanto, el frente transcaucásico, después de la conquista de Krasnodar, el 12 de febrero, se preparaba para romper la «línea azul» organizada por los alemanes en la base de la península de Tamán (arriba). Esta acción se inició en otoño de 1943 y cuando el 9 de octubre los rusos alcanzaron, después de duros combates, el estrecho de Kerch, se completó la liberación del Cáucaso de la ocupación alemana.

progresar hacia la península de Tamán, a espaldas de las fuerzas alemanas del Cáucaso.

Hasta finales de marzo, el frente del Cáucaso continuó combatiendo en las zonas anegadas del estuario del Kubán, al oeste de Krasnodar, sobre todo en las cercanías del mar de Azov y en el curso inferior del río Kubán. Los alemanes combatían con encarnizamiento en todas las posiciones donde era posible oponer resistencia. Hubo combates especialmente enconados en la línea formada por los ríos Kurka, Kubán y Adagum y en los grandes pueblos cosacos de Krímskaia y Neberdzhaevskaia. Tres Ejércitos soviéticos pasaron a la ofensiva en el curso de los meses de abril, mayo y junio, pero únicamente lograron liberar al pueblo cosaco de Krímskaia.

Una ininterrumpida ofensiva soviética, que duró más de cinco meses, había tenido como resultado la liberación de la Ceceno-Inguscezia, de la Ossezia septentrional, de la Kabardino-Balkaria y de algunas regiones de las repúblicas autónomas de los Calmucos, de la región de Stavropol y de la mayor parte de la región de Krasnodar. Se habían reconquistado todos los campos petrolíferos, todas las zonas industriales y los fértiles terrenos del Cáucaso septentrional, a excepción de la península de Tamán.

En el otoño de 1943, cuando ya se había derrotado a las fuerzas alemanas en Kursk y los Ejércitos soviéticos estaban rechazándolas hacia el Dnieper, el frente caucásico septentrional desencadenó un ataque conjunto con la Flota del mar Negro y la flotilla del mar de Azov contra la «Agrupación Tamán» alemana, compuesta por el Ejército 17, 13 divisiones y un Grupo divisionario.

Ya en la primavera de 1943, los alemanes habían dispuesto un formidable cinturón defensivo a lo largo de unos 110 km, conocido con el nombre de «Línea azul». El margen anterior del mismo se extendía desde el mar de Azov, por las orillas izquierdas de los ríos Kurka, Kubán y Adagum, hasta la costa, en las proximidades de Mischack. En las posiciones retrasadas se habían preparado diversas líneas defensivas. Nueve divisiones alemanas se atrincheraron en las líneas avanzadas, mientras las restantes tomaron posiciones en las retrasadas y a lo largo de la costa.

La experiencia de los fracasados intentos de penetrar a través de la «Línea azul», en el curso de la primavera, obligó al frente caucásico septentrional a escoger como objetivo principal Novorossisk, que debía atacarse, tanto por tierra como por mar, por el Ejército 18 y por la Escuadra. Los Ejércitos 9 y 56, desplegados más al Norte, debían lanzar una ofensiva sobre varios sectores a fin de quebrantar las defensas enemigas, derrotarlas separadamente y pasar luego a liberar la península de Tamán. Se necesitaron casi tres semanas para preparar esta operación.

La noche del 9 al 10 de septiembre, después de un bombardeo aéreo y de la artillería pesada, la fuerza anfibia comenzó a desembarcar en las orillas y en los muelles de la bahía de Tsemesskaia, mientras simultáneamente el Ejército 18 atacaba las defensas del lado de tierra firme. Desde el principio, toda la fuerza alemana en Novorossisk se encontró expuesta a continuos ataques. Se trabaron duros combates en el interior y en los alrededores de la ciudad, hasta la mañana del día 16 en que fue liberada.

En el frente terrestre, el Ejército 9 lanzó la ofensiva el 11 de septiembre y el Ejército 56 le siguió tres días más tarde; pero la resistencia alemana era muy tenaz y no se lograron resultados concretos antes del día 16. Sin embargo, la pérdida de Novorossisk, debilitó las defensas alemanas en los otros sectores, por lo que el Ejército 9 lanzó un ataque hacia Temriuk; el Ejército 56 atacó hacia Kubán y el 18 atacó en dirección a Verjne-Bakanski y más allá, a lo largo de la costa del mar Negro, hacia Tamán.

Las divisiones del Ejército 17 alemán se vieron forzadas así a abandonar sus posiciones principales y retirarse, primero hacia el estrecho de Kerch y luego a Crimea. Antes de retirarse, el comandante del Ejército, general Enecke, ordenó que se evacuase a toda la población de Novorossisk y de la península de Tamán hacia Kerch y que el territorio abandonado se sometiese a una destrucción total.

La mañana del 9 de octubre las fuerzas del frente caucásico septentrional alcanzaban el estrecho de Kerch: se había completado así la liberación del Cáucaso septentrional.

La batalla por el Cáucaso ocupa un lugar importante en la historia de la gran guerra patriótica. Se combatió en el extremo Sur, hacia cuyas enormes riquezas se habían lanzado las fuerzas enemigas. En muy malas condiciones, determinadas por la inferioridad numérica, las fuerzas soviéticas habían agotado a los invasores en las batallas defensivas y luego, reagrupadas, habían pasado a la ofensiva. Se había dado un jaque completo a los planes alemanes.



IVAN ZABKIN

Historiador militar soviético, nacido en 1907, combatió en la segunda Guerra Mundial. Actualmente es investigador científico en el Departamento histórico correspondiente a la gran guerra patriótica, que se integra en el Instituto de marxismo-lenismo, y depende del Comité Central del Partido comunista. Zabkin es autor, en colaboración, de las siguientes obras: *Historia de la gran guerra patriótica de la Unión Soviética* (vol. I y III, Moscú, 1963-64); *Estudios sobre la historia del arte de la guerra*; y de una revista histórica titulada *La URSS en la gran guerra patriótica*.

LA RECONQUISTA DE LOS CAMPOS PETROLÍFEROS

1942

Agosto-septiembre: fuerzas alemanas atacan en dirección a Ordzhonikidze y Grozni, pero no logran adueñarse de los pasos que atraviesan la cadena principal del Cáucaso.

Octubre-diciembre: se rechazan posteriores intentos alemanes de completar la ocupación de la zona del Cáucaso. A fines de diciembre, el grupo septentrional del frente transcaucásico ataca al noroeste de Ordzhonikidze.

1943

1 de enero: el frente meridional (Stalingrado) lanza un ataque hacia Rostov. El grupo septentrional ataca la orilla norte del Tiérek.

3 de enero: comienza una retirada general de los alemanes ante el grupo septentrional.

16 de enero: el Ejército 56 ataca en las proximidades de Krasnodar.

17 de enero: la ofensiva del frente meridional es detenida en el curso inferior del Doniets septentrional y en la orilla derecha del Mánich, hasta Proletárskaia.

4 de febrero: desembarco de unidades en la zona de Mischak, al sur de Novorossisk.

12 de febrero: toma de Krasnodar.

14 de febrero: las fuerzas del frente meridional se apoderan de Rostov.

Abril-junio: alcanzan escaso éxito las ofensivas posteriores.

9-10 de septiembre: ataque combinado por tierra y mar contra Novorossisk.

16 de septiembre: toma de Novorossisk.

9 de octubre: unidades del frente transcaucásico septentrional alcanzan el estrecho de Kerch y se completa así la liberación del Cáucaso septentrional.

LA BATALLA DEL DNIEPER

Grigorij Utkin



UN CAMBIO DECISIVO EN EL FRENTE ORIENTAL

La ofensiva alemana de Kursk había sido completamente neutralizada y la *Wehrmacht*, después de haber sembrado vientos, se preparaba ahora para recoger tempestades. Lejos de estar agotado, el Ejército ruso se hallaba dispuesto a iniciar una gran ofensiva en todo el frente, con el fin de romper la "muralla oriental". El golpe principal de la ofensiva se abatió sobre el sector meridional, donde cinco frentes (central, de Vorónezh, de la estepa, sudoccidental y meridional) se lanzaron a través de Ucrania oriental hasta más allá de la barrera del Dnieper. Más al Norte, los frentes de Kalinin y occidental avanzaron para cercar Smolensk, con objeto de inmovilizar un gran número de fuerzas alemanas que podrían ser de importancia vital en otros sectores. Fue durante esta ofensiva cuando los alemanes empezaron a hablar de la "horda bolchevique", atribuyendo la velocidad del avance soviético a una aplastante superioridad numérica. Los rusos tenían, en efecto, una considerable superioridad, pero no tan grande que justificase por sí misma aquella rápida acción. La realidad de los hechos era que, habiendo tomado al fin la iniciativa, el STAVKA había logrado coordinar el desarrollo de las diversas acciones llevadas a cabo simultáneamente en los distintos frentes. El Alto Mando soviético actuaba de modo que podía acumular una gran superioridad numérica donde y cuando era necesario, y no permitía a la *Wehrmacht* modificar el despliegue de sus fuerzas con el fin de restablecer el equilibrio o aprovechar la debilidad soviética en determinados sectores. Los rusos demostraron también que habían resuelto los problemas tácticos que se producían con la caída de las líneas defensivas, a la vez que los problemas logísticos del abastecimiento de los Ejércitos durante un avance en gran escala; asimismo demostraron estar en condiciones de mantener el impulso necesario para impedir que los alemanes restablecieran el equilibrio.

Para las tropas soviéticas del sector meridional, que habían intervenido en la gran ofensiva de otoño, la decisión de atravesar el Dnieper y liberar Kíev había llegado a ser una verdadera obsesión. La ciudad, no sólo era una de las más antiguas y veneradas de la historia rusa, sino que además el río era una parte vital de la "muralla oriental", con la que los alemanes contaban para detener al Ejército ruso después del desastre sufrido en Kursk. La hazaña del Ejército soviético, que atravesó este río sin esperar la llegada de las armas y el equipo pesado, fue una de las acciones más brillantes de la guerra.



Después de la derrota de los alemanes en Kursk, el centro de mayor actividad en el frente germano-soviético se trasladó al Dnieper, el tercer río de Europa en cuanto a su magnitud.

Mientras se desarrollaba todavía la batalla de Kursk, Hitler había cursado, el 11 de agosto, la orden de acelerar la constitución de una línea defensiva estratégica (la «muralla oriental») que debía pasar, desde la península de Kerch, a lo largo de los ríos Molocnaia, Dnieper medio y Sozh, hasta Gómel, y de allí continuar por el este de Orsha, Vítebsk, Nevel y Pskov hasta llegar al lago Peipus y, al Norte, a lo largo del río Narva. El Alto Mando alemán esperaba detener en esta línea el avance del Ejército ruso y poder conservar así la posesión de Ucrania occidental y de Rusia Blanca.

Los alemanes atribuían una importancia fundamental al profundo y amplio río, que representaba una magnífica barrera natural, sobre todo teniendo en cuenta que su orilla derecha (occidental) es alta y escarpada, mientras la orilla izquierda es baja y suavemente inclinada.

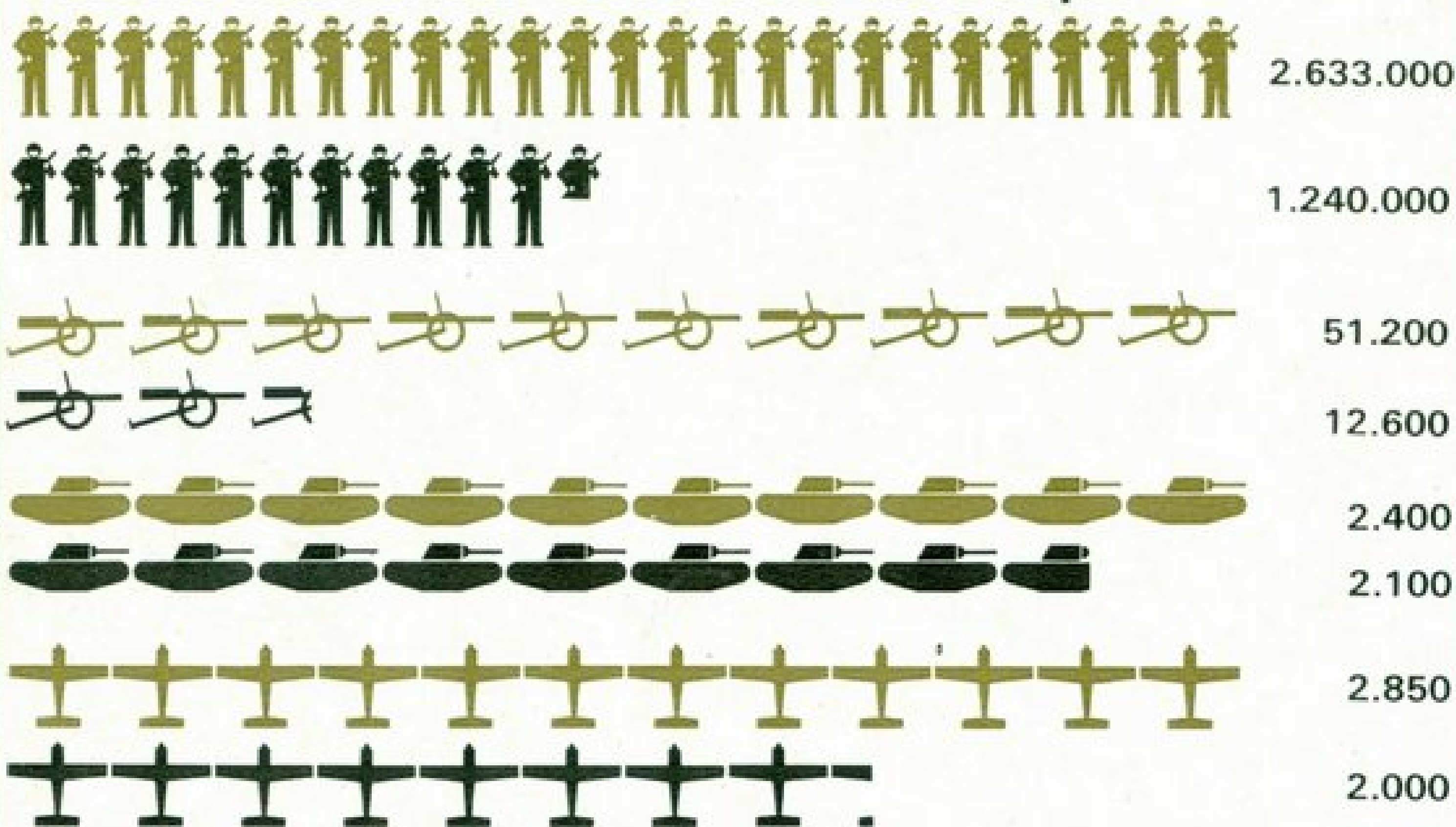
A fines de septiembre de 1943, los alemanes habían construido formidables fortificaciones en ambas márgenes del río, constituidas por cierto número de líneas defensivas, comprendidas las del recodo, al sudoeste de Pereiaslav, donde sería más fácil para los soviéticos efectuar el paso. También se fortificó sólidamente una zona al norte de Kíev, en la que los alemanes establecieron diversas cabezas de puente en la orilla izquierda. Las cabezas de puente en la zona de Kremenchug, Zaporozhe y Nikopol y, en el río Molocnaia, estaban asimismo reforzadas con buenas fortificaciones.

Mantener el dominio del Dnieper y de las ricas zonas de Ucrania meridional era de una importancia estratégica fundamental para Alemania.

El STAVKA confió al frente de Vorónezh, al de la estepa, al sudoccidental, al meridional y a parte del frente central la misión de liberar Ucrania, y encargó a los mariscales Zukov y Vasilevskij que coordinasen las operaciones.

Las fuerzas soviéticas en Ucrania occidental tenían que enfrentarse con el Ejército 2, del Grupo de Ejércitos del Centro, la 1ª, 4ª y 8ª *Panzerarmee* y los Ejércitos 6 y 17 del Grupo de Ejércitos Sur. Tan sólo sobre la dirección sudoccidental, en la que se concentraría el máximo esfuerzo soviético, los alemanes oponían 68 divisiones, de las cuales 16 eran *Panzerdivisionen* o divisiones de infantería motorizada. En la dirección central, el Grupo de Ejércitos del Centro estaba constituido por 57 divisiones de infantería, 7 *Panzerdivisionen* y 3 divisiones de infantería motorizada. Y, como se sabe, una división alemana era, por término medio, numéricamente superior una vez y media a una división soviética.

Así, pues, a fines de agosto de 1943, los alemanes disponían de potentes fuerzas, tanto en el sector central como en el meridional. La convicción de que eran poco más o menos de iguales proporciones a las soviéticas se basaba en otro error de cálculo de los alemanes, quienes suponían que las fuerzas soviéticas en Ucrania estaban muy desgastadas después de la batalla de Kursk, y que, por esta razón, la ofensiva principal del



En el gráfico superior: aunque las fuerzas soviéticas no gozaban en conjunto de una completa y total superioridad respecto de las fuerzas alemanas, lograron vencer la resistencia enemiga, llevando a cabo una fortísima concentración de tropas en las zonas en las que se preveía la ruptura. En el mapa inferior: a pesar de la resistencia opuesta por el adversario, el ataque soviético para la conquista de Ucrania oriental, lanzado en el transcurso del mes de agosto de 1943, alcanzó muy pronto las orillas del Dnieper, donde, en el mes de septiembre, se establecieron bastantes cabezas de puente. Tras durísimos enfrentamientos, las fuerzas soviéticas desarrollaron su ataque al otro lado del río y consiguieron destruir las líneas defensivas alemanas, alcanzando posiciones de gran valor estratégico para la liberación completa de Ucrania occidental y de Crimea.



Ejército ruso se desencadenaría en el sector central, en dirección a Smolensk.

Muchos historiadores atribuyen erróneamente las victorias soviéticas de 1943 a la enorme superioridad numérica. En realidad, la superioridad soviética era tan sólo de 2,1 a 1 en hombres; de 1,4 a 1 en aviones; de 1,1 a 1 en carros de combate y en cañones autopropulsados, y de 4 a 1 en artillería. No era la superioridad total la que contaba, sino el hecho de que el STAVKA había perfeccionado el arte de lograr la superioridad en las zonas desecadas en menoscabo de los sectores secundarios.

Al decidir la liberación de Ucrania oriental, el Mando Supremo reforzó tres de los cinco frentes soviéticos:

- Frente de Vorónezh: 3.º Ejército Acorazado Guardia, Ejército 52 y I Cuerpo de Ejército de Caballería Guardia;
- Frente central: Ejército 61 y VII Cuerpo de Ejército Mecanizado Guardia;
- Frente de la estepa: Ejército 37.

Esta medida se reveló como muy importante en la frustración del plan enemigo de hacer inexpugnable la línea del Dnieper.

El Ejército ruso desencadenó su ofensiva estratégica la segunda mitad de agosto. Y los frentes central, de Vorónezh, de la estepa, sudoccidental y meridional comenzaron las batallas para la liberación de Ucrania oriental y para el paso del Dnieper.

La batalla por este río se suele dividir en dos fases principales. En la primera (agosto-septiembre de 1943) el Ejército ruso derrotó a las fuerzas alemanas en Ucrania oriental, y, tras cruzar el Dnieper, estableció cabezas de puente a lo largo de su curso medio. Durante la segunda fase (octubre-diciembre de 1943) se trabaron combates muy encarnizados para eliminar, por una parte, dichas cabezas de puente en la zona de Zaporozhe y Melitópol, y para conseguir, por otra parte, la expansión y consolidación en la otra orilla del río, en la dirección de importancia decisiva.

Desarrollando la ofensiva hacia el Dnieper, las fuerzas soviéticas asestaron golpe tras golpe a los alemanes. Toda Ucrania septentrional y oriental y el Donbáss fueron liberados a primeros de septiembre; Chernígov lo fue el 21 de septiembre, seguida, dos días después, por Poltava. Tras estas derrotas, los alemanes ya no disponían de ninguna línea defensiva utilizable y por ello decidieron realizar una retirada organizada a través del Dnieper, hacia su cabeza de puente de Zaporozhe y sobre las defensas a lo largo del río Molocnaia.

Uno de los principales objetivos del Ejército ruso era el desorganizar la retirada alemana y adueñarse de los pasos del río. Durante la retirada, los alemanes resistieron encarnizadamente sobre las líneas intermedias, en un intento de ganar tiempo y poderse asegurar así los pasos de Kíev, Kanev, Kremenchug, Chercassi y Dniepropetrovsk. Otro objetivo soviético era atravesar el Dnieper con un rápido ataque, a fin de impedir que los alemanes organizaran la defensa en la orilla occidental, pues de ocurrir esto, el paso del río sería más difícil, requeriría mayor tiempo y costaría mayor número de vidas humanas. Por todas estas razones, el 9 de septiembre, el STAVKA decidió que las grandes barreras fluviales –sobre todo el Desná y el Dnieper– se forzaran con rapidez y resolución. El STAVKA sabía que las tropas habían estado empeñadas en duros combates desde el 5 de julio y que tenían necesidad de descanso, pero no había otra alternativa; no se debía dar tiempo a los alemanes para recobrar el aliento.

Una alta recompensa para los primeros en cruzar el río

Como se trataba de una empresa dificilísima, el STAVKA comunicó que, si se alcanzaba el éxito, los comandantes de las unidades serían

propuestos para la máxima recompensa: el título de Héroe de la Unión Soviética. De acuerdo con esta disposición, los comandantes de frente comunicaron que todos aquellos que cruzaran en primer lugar el río y que lograran afirmarse en la orilla derecha también serían propuestos para la elevada recompensa. Gracias a la habilidad de los comandantes y al heroísmo de la masa de soldados, el Dnieper fue alcanzado rápidamente y forzado en un frente cuya amplitud era superior a los 700 km.

El frente central (general K. Rokossovskij) inició la ofensiva el 26 de agosto y al día siguiente conquistó Sevsk. Particular éxito obtuvo, en el flanco izquierdo, el Ejército 60, que liberó Glujov el día 29 de agosto. El comandante del frente aprovechó el éxito de este rápido avance para conquistar Konotop, en la dirección principal sobre la que se ejercía el esfuerzo del frente, y así, el día 6 de septiembre, el Ejército 60 se apoderó de la ciudad, nudo ferroviario de gran importancia en las líneas Kíev-Briansk y Kíev-Kursk.

La noche del 7 de septiembre, el frente central había avanzado 177 km hacia el Sudoeste, liberando casi por completo de alemanes la orilla oriental del Desná. El 9 de septiembre se iniciaron duros combates por Nóvgorod-Severski, y la ciudad se ocupó una semana después.

Las fuerzas del ala izquierda del frente aprovecharon el éxito de la ofensiva para lanzarse contra Bajmach. Esta ciudad representaba un punto clave en el sistema defensivo alemán, porque era un importante nudo ferroviario que unía Minsk, Kíev, Odesa, el Donbáss y Moscú. Estaba sólidamente fortificada y defendida por el Cuerpo de Ejército XIII alemán (que comprendía tres divisiones de infantería). Pero el Ejército 60 atravesó de un solo impulso el río Seim, tomó al asalto Bajmach el 9 de septiembre y ocupó Nezhin el 15.

Después de estas operaciones, los Ejércitos 13 y 61 se empeñaron en una lucha muy encarnizada por Chernígov, capital de la región. Los alemanes intentaron con todas sus fuerzas conservar esta ciudad; pero un rápido ataque soviético por el Este, el Sur y el Sudeste, lanzado la mañana del 21 de septiembre, la liberó y puso en fuga a los defensores.

El derrumbamiento de las defensas alemanas en el río Desná, en las cercanías de Chernígov, tuvo una enorme importancia, por cuanto permitió al frente central alcanzar en poco tiempo el río Dnieper y cruzarlo poco después. Las primeras unidades de Ejército 13 aparecieron en la ribera del río, al norte de Kíev, el 22 de septiembre, e inmediatamente comenzaron a atravesarlo, obstaculizados por las defensas alemanas.

El rápido avance del frente central hacia Kíev facilitó la ofensiva del frente de Vorónezh (general N. F. Vatutin), cuyas fuerzas se habían visto detenidas, durante cierto tiempo, en la zona de Ajtirka, por una potente unidad alemana. Pero el 25 de agosto, las tropas soviéticas lograron arrollar a las fuerzas alemanas y liberaron la ciudad. El 2 de septiembre, el Ejército 38 se apoderó de Sumi, centro de la región y reducto poderosamente fortificado de las defensas alemanas.

A partir del 16 de septiembre, cuando el frente de Vorónezh conquistó Romni, la oposición alemana se hizo cada vez más débil y el grueso de las fuerzas comenzó a retirarse más allá del Dnieper, en las cercanías de Kíev, para establecerse defensivamente. El frente de Vorónezh, en su encarnizada persecución, tomó Priluki, Piriatin, Lubni, Romodán y Mirgorod los días 17 y 18 de septiembre.

El día 18 de septiembre, el general Vatutin ordenó a sus comandantes de Ejército que se dirigieran, lo más rápidamente posible, hacia el Dnieper y lo atravesaran sin dudar ni un momento. Sus fuerzas más importantes (los Ejércitos Acorazados Guardias 40, 47 y 3) atacaron en dirección a Pereiaslav-Jmelnitski, con la misión de cruzar el río al sur de Kíev y aprovechar el éxito en la dirección Nordeste para rebasar la ciudad por el Oeste; mientras tanto, el Ejército 38 del general Cibisov perseguiría a los alemanes al norte de la misma. Las tropas soviéticas de vanguardia llegaron al Dnieper, entre el 21 y el 22 de septiembre, e inmediatamente iniciaron el paso del río bajo el intenso fuego enemigo.

Desde la liberación de Járkov hasta fines de agosto, el frente de la estepa del general Konev, estuvo empeñado en durísimos combates, al oeste y al sudoeste de la ciudad, contra las fuerzas alemanas que intentaban reconquistarla. Después de haberlas rechazado y de obligarlas a retirarse, el frente de la estepa (cuatro Ejércitos de infantería, el 5.º Ejército Acorazado Guardia y un Ejército aéreo) desencadenó una ofensiva en dirección a Poltava.

El frente de la estepa debía derrotar aquella fuerza, liberar Poltava y Kremenchug, atravesar audazmente el Dnieper, establecer una cabeza de puente en la otra orilla y lanzar una ofensiva en cooperación con otros frentes, con objeto de liberar Ucrania occidental. En vista de la excepcional importancia y de las dificultades de estas operaciones, el STAVKA reforzó el frente de la estepa con el Ejército 37, que pertenecía a la reserva, y con otros dos Ejércitos sacados de los frentes limítrofes. El citado frente de la estepa tenía que enfrentarse con unas 15 divisiones alemanas, grupos de combate y tres *Panzerdivisionen*, con 400-500 carros.

El 21 de septiembre tropas del Ejército 53 y el 5.º Ejército Guardia se lanzaron hasta el río Vorskla, al norte y al sur de Poltava, y en el curso de la noche del 21 al 22 de septiembre iniciaron el cruce. La mañana siguiente conquistaron rápidamente la ciudad, infligiendo graves pérdidas a los alemanes.

«Mantener la ciudad a toda costa»

Después de la pérdida de Poltava, el mando alemán depositó grandes esperanzas en la ciudad de Kremenchug, en la orilla izquierda del Dnieper. Era un importante centro de comunicaciones de Ucrania oriental, en el que se habían acumulado considerables reservas de víveres y mucho material ruso que debía ser trasladado a Alemania. Hitler impartió entonces la orden categórica de mantener la ciudad a toda costa. Kremenchug estaba sólidamente fortificada, y además defendida por varias divisiones, entre las que se encontraban las *Das Reich* y *Grossdeutschland*, de las SS.

Pero el 28 de septiembre, unidades del 5.º Ejército Guardia y del Ejército 53 del frente de la estepa avanzaron desde el Norte, el Este y el Sur, y al día siguiente tomaron Kremenchug por asalto.

En la zona de los frentes sudoccidental y meridional (cuyas fuerzas habían llevado a cabo una amplia operación conjunta para la liberación del Donbáss, antes de alcanzar el Dnieper) la situación era distinta. El Alto Mando alemán, al cual Hitler ordenó defender el Donbáss a toda costa, porque sin él Alemania jamás podría ganar la guerra, había realizado todos los esfuerzos posibles para cumplir la orden, pero sin lograrlo. En agosto y septiembre de 1943, las fuerzas del frente sudoccidental (general Malinovskij) y las del meridional (mariscal F. Tolbuchin) atacaron con ímpetu a las grandes concentraciones alemanas en el Donbáss, anulando su resistencia; sin embargo no habían logrado llegar al Dnieper con rapidez. El frente sudoccidental se vio detenido al este de Zaporozhe, donde antes los alemanes habían establecido una cabeza de puente fortificada; mientras el frente meridional era detenido en el río Molocnaia, a lo largo del cual corría una línea defensiva que formaba parte de la «muralla oriental».

Se requiere mucho tiempo para abatir defensas semejantes. Por ello, la cabeza de puente de Zaporozhe, no fue aniquilada hasta el período comprendido entre los días 10 y 14 de octubre. Las fuerzas soviéticas forzaron entonces el Dnieper en Zaporozhe y, al norte de dicha ciudad, liberaron Dniepropetrovsk y Dneprodzerzhinsk.

En octubre de 1943 el frente meridional, en el curso de la operación desarrollada para conquis-

En el curso de un combate por la «muralla oriental», un soldado lanzallamas alemán ataca un reducto conquistado por los soviéticos. Los últimos días de septiembre y el mes de octubre se caracterizaron por sangrientos combates a consecuencia de los intentos alemanes de detener el avance del Ejército ruso. *(History of the Second World War)*





Un tren destruido por los partisanos rusos en las proximidades de la ciudad de Kremenchug. La acción de las unidades partisanas fue valiosísima para la causa soviética, porque logró desorganizar la retirada alemana, creando la confusión en las líneas enemigas. (Novosti Press Agency)

tar Melitópol, quebrantó las fortificaciones alemanas del río Molocnaia y el 23 de octubre logró liberar la citada Melitópol, abriendo así el camino hacia Crimea y al bajo Dnieper. El 30 de octubre, las tropas soviéticas llegaron al río Sivas y, después de haberlo cruzado, se establecieron ya en Crimea septentrional. En este momento, toda la orilla izquierda del Dnieper, salvo una cabeza de puente frente a Nikopol, había sido librada de las tropas alemanas.

Los alemanes intentaron descorazonar a los soldados soviéticos con la amenaza de la potencia de la «muralla oriental». Lanzaron octavillas en las que decían: «Alemania ha reforzado la orilla occidental del Dnieper con hormigón armado y la ha afianzado con hierro. Hemos creado una "muralla oriental" no menos inexpugnable que nuestra "muralla occidental", en la costa atlántica. Os van a mandar a la muerte. La muerte os espera en el Dnieper. Deteneos antes de que sea demasiado tarde».

Por su parte, el comandante del Grupo de Ejércitos Sur, mariscal von Manstein, impartió a sus tropas esta orden: «Vigilar los lugares donde los soviéticos han concentrado las barcazas». Como otros generales alemanes, suponía que las tropas soviéticas no podrían cruzar el río sin barcazas, y para hacerlo necesitarían bastante tiempo.

Pero esta confianza de los alemanes no duraría mucho. Las tropas soviéticas avanzaban irresistiblemente hacia el gran río. Las palabras Dnieper y Kíev incitaban a los soldados soviéticos a marchar adelante, hacia el Oeste. Incluso los heridos estaban ansiosos por llegar al río.

En el transcurso de la segunda mitad de septiembre, las tropas soviéticas que perseguían al enemigo en retirada alcanzaron el río en un frente de más de 700 km, desde la desembocadura del Sozh hasta Zaporozhe. Y sin esperar la llegada de las barcazas ni del material de pontoneros, desencadenaron un rápido ataque, cruzando el amplio cauce por el norte y por el sur de Kíev, en la zona de Kremenchug y de Cherkassi, y al norte y al sur de Dniepropetrovsk.

Para el paso del río se formaron, en cada regimiento, grupos de asalto o destacamentos, cuyos efectivos iban de un pelotón a un batallón reforzado, compuesto por hombres y oficiales expertos, valientes y resueltos. Su función principal era la de cruzar el río como pudieran y adueñarse de una línea de puestos avanzados, de una o dos trincheras o de alturas aisladas; destruir posiciones de artillería enemiga en una profundidad de medio a un kilómetro y asimismo organizar defensas contracarros.

Los primeros en alcanzar el Dnieper al sur de Kíev fueron las patrullas del 3.er Ejército Acorazado Guardia y del Ejército 40 del frente de Vorónezh, seguidas por un batallón de infantería motorizada de la 51.ª Brigada Acorazada Guardia, al mando del teniente coronel M. Novociatko.

Cuatro hombres dirigieron el ataque

Cuatro soldados de los Guardias –N. Petuchov, V. Ivanov, V. Sysoljantin y I. Somenov– se ofrecieron voluntarios, y con la ayuda de un partisano, cruzaron el río en una barca, sembrando la confusión entre el enemigo. Aquellos cuatro hombres lucharon encarnizadamente durante bastantes horas con el fin de atraer la atención de los alemanes, dando así a su compañía la posibilidad de atravesar el Dnieper. Al día siguiente, todo el batallón se reunió en la orilla derecha, cerca del pueblo de Grigorovka. En su ayuda acudieron otras unidades que, con el auxilio de partisanos, destruyeron el puesto de mando de un batallón alemán en el pueblo. Esto permitió a los dos Ejércitos poder establecer la cabeza de puente de Bukrino, por cuya posesión continuaron desarrollándose encarnizados y sangrientos combates hasta octubre de 1943, y en el curso de los cuales algunas aldeas y colinas pasaron varias veces de manos de unos a otros.

Al principio, las cabezas de puente eran defendidas tan sólo por unidades pequeñas, sin artillería ni carros de combate, y provistas únicamente de armas portátiles y fusiles contracarros. Además, por no haber aeródromos en las proximidades, era imposible proporcionarles un adecuado apoyo aéreo.

Las fuerzas alemanas apostadas en la orilla occidental eran considerables: por ejemplo, entre Rzhischev y Kanev, en los últimos diez días de septiembre, algunos batallones soviéticos se encontraron frente a dos divisiones *Panzer* y seis de infantería; y todos los días, estas fuerzas enemigas, tan superiores, contraatacaban duramente. Entre el 24 de septiembre y el 3 de octubre, la División de infantería 309 tuvo que rechazar 84 contraataques y la 68.ª División de infantería Guardia, rechazó 91. Algunos batallones soviéticos rechazaron de 10 a 12 contraataques al día.

Por su parte, la *Luftwaffe* efectuaba de 500 a 2200 vuelos diarios sobre los puntos de cruce y las cabezas de puente. A lo largo del Dnieper se esparció el infierno; pero las tropas soviéticas se mantuvieron firmes. Los alemanes no lograron rechazarlas ni en el río ni en ningún punto. Estaban sólidamente aferradas en el terreno y desde allí extendieron nuevas cabezas de puente, tanto a la zona de Kíev como a todas las demás.

Mientras las fuerzas que avanzaban en el sector central del frente de Vorónezh combatían para mantener y ampliar la cabeza de puente de Bukrino, el Ejército 38, en el flanco derecho, también empezó a cruzar el Dnieper al norte de Kíev, en la zona de Liutiezh. Las Divisiones de infantería 240 y 167 fueron las que consiguieron mayores éxitos, pues ya habían adquirido experiencia en anteriores cruces de ríos y con resistencia del enemigo. La cabeza de puente del Liutiezh adquirió una especial importancia, porque desde ella las fuerzas soviéticas desencadenaron una ofensiva relámpago a principio de noviembre, estableciendo otra cabeza de puente estratégica en la zona de Kíev.

Los últimos días de septiembre y el mes de octubre se caracterizaron por ásperos y sangrientos combates a lo largo de todo el Dnieper, pues los alemanes combatieron denodadamente para rechazar a los rusos hacia el río y restablecer su línea defensiva en la orilla derecha.

El rápido cruce del río por las fuerzas rusas sorprendió a los alemanes y no les dio ni tiempo ni posibilidad de reforzar sus defensas sobre la orilla derecha, a fin de poder lanzar una nueva ofensiva en verano de 1944. A comienzos de octubre, los rusos habían constituido más de veinte pequeñas cabezas de puente y los combates para ampliarlas continuaron durante todo el mes. La intención alemana de hacer del Dnieper una inexpugnable línea defensiva había fracasado.

El cruce improvisado del caudaloso río fue una cosa nueva en una ofensiva estratégica y la

más difícil misión que jamás asumiera un ejército. Allí y en el Desná la experiencia demostró que para tales operaciones se requieren, como esenciales premisas, un ímpetu irresistible y agresivo, un espíritu ofensivo y la firme voluntad de vencer. Si se hubiera contado con medios de paso de ríos, se habría podido aprovechar mucho mejor el factor sorpresa alcanzado; pero este material, así como la artillería, quedaron muy atrás respecto de los elementos de vanguardia, por lo que la concentración de las fuerzas en la orilla derecha fue demasiado lenta y permitió a los alemanes reforzar sus defensas e intensificar la resistencia. El Ejército ruso no aprovechó como debía la sorpresa obtenida para desarrollar inmediatamente su ofensiva hacia Ucrania occidental. Sólo después de muchos esfuerzos, que se prolongaron durante todo septiembre y octubre, las sucesivas conquistas soviéticas pudieron conducir a una conclusión victoriosa de la batalla por aquella barrera fluvial.

El frente central completó su operación de Chernígov-Pripiatsk el día 1 de octubre, y desde allí inició la batalla para ampliar sus cabezas de puente en la orilla derecha. El 15 de octubre, unidades del Ejército 65 atravesaron el río, y en los días siguientes establecieron una cabeza de puente en la zona de Loev.

En octubre, el frente de Vorónezh combatió para abrir una brecha en las defensas alemanas de la orilla derecha y conquistar Kíev. Esta acción consiguió inmovilizar a las fuerzas germanas y preparó el terreno para la ofensiva de noviembre.

A su vez, en las primeras dos semanas de octubre, el frente de la estepa combatió para aniquilar a las fuerzas alemanas en Kirovograd y en Krivoi Rog, mientras el frente sudoccidental limpiaba de enemigos la orilla izquierda del río, al este de Zaporozhe. En la segunda mitad del mes, los dos frentes efectuaron una victoriosa operación combinada a lo largo de las direcciones de Kirovograd y de Krivoi Rog.

Las operaciones que se efectuaron simultáneamente en el Dnieper, a cargo de los cinco frentes soviéticos, inmovilizaron a las fuerzas enemigas y les impidieron acudir en ayuda de los sectores amenazados. En octubre, las reservas germanas eran ya muy reducidas y los alemanes no consiguieron que la batalla cambiara a su favor.

EL HUNDIMIENTO DE LA "MURALLA ORIENTAL"

1943

26 de agosto: el Ejército ruso inicia la campaña para la liberación de Ucrania oriental y establece diversas cabezas de puente al otro lado del Dnieper.

21 de septiembre: toma de Chernígov.

22 de septiembre: las primeras unidades del Ejército 13 (frente central) llegan al Dnieper, al norte de Kíev, e inician el cruce del río. El frente de la estepa conquista Poltava.

29 de septiembre: el frente de la estepa ataca y ocupa Kremenchug.

10-14 de octubre: el frente sudoccidental aniquila la cabeza de puente de Zaporozhe.

20 de octubre: el frente de Vorónezh, el de la estepa, el sudoccidental y el meridional se transforman en el 1.°, 2.° 3.° y 4.° frentes ucranianos.

23 de octubre: el 4.° frente ucraniano (meridional) libera Melitópol.

30 de octubre: las fuerzas soviéticas se apoderan del norte de Crimea. Los alemanes abandonan todas las cabezas de puente de la orilla izquierda del Dnieper, a excepción de una frente a Nikopol; mientras tanto la *Wehrmacht* no ha logrado destruir las numerosas cabezas de puente soviéticas en la orilla derecha.

3 de noviembre: comienza el ataque a Kíev.

6 de noviembre: se expulsa de Kíev a las últimas fuerzas alemanas.

Kíev: punto clave del despliegue alemán

La victoria en el Dnieper no podía ser ni completa ni definitiva hasta que no se derrotase a las fuerzas alemanas en Kíev, que obstaculizaban los posteriores progresos de los rusos, no sólo en la misma zona de la capital ucraniana, sino incluso en toda Ucrania occidental. Por lo tanto, en noviembre de 1943, el centro de las actividades se trasladó a la zona de Kíev. La ciudad constituía un punto clave de las defensas alemanas en la orilla derecha del Dnieper y ninguna otra tenía tanta importancia para el desarrollo de la guerra en aquel escenario. Por razón de su importancia militar y política, la conquista de la ciudad exigía una operación más amplia y más intensa que las que hasta entonces se habían realizado en el curso del disputado río.

El mando alemán consideraba la posesión de Kíev como la clave para salvar a Alemania de la catástrofe, y, por esta razón, realizó todos los esfuerzos para defenderla.

El 20 de octubre de 1943, los frentes de Vorónezh, de la estepa, sudoccidental y meridional se transformaron, respectivamente, en el 1.°, 2.°, 3.° y 4.° frentes ucranianos.

Las tropas del primer frente tuvieron que enfrentarse con graves dificultades, porque debían romper un sistema defensivo muy bien fortificado y defendido por numerosas fuerzas, iniciando el ataque desde pequeñas cabezas de puente, a través de terrenos boscosos, bajo las lluvias de noviembre y contando tan sólo con un limitado número de puntos de paso del Desná y del Dnieper, a través de los cuales sería difícil lograr un flujo continuo de abastecimientos.

La posición de los alemanes era favorable. Estaban bien atrincherados en la orilla derecha y tenían completa libertad de movimientos sobre toda una red de importantes vías de comunicación. Contaban con grandes depósitos de municiones, carburante y material en la inmediata retaguardia, además de numerosos aeródromos permanentes y buenas vías de comunicación.

Después de un fracasado intento de desencadenar la ofensiva desde la cabeza de puente de Bukrino, en octubre, el STAVKA propuso que el primer frente ucraniano cambiase su despliegue, derrotase a los alemanes en Kíev, liberase la ciudad el 26 de junio (aniversario de la Revolución de octubre) y estableciese una cabeza de puente estratégica al oeste del Dnieper. Así, en difíciles condiciones, el citado frente ucraniano modificó su despliegue para reforzar su ala izquierda, con el inmediato fin de aniquilar a las fuerzas enemigas de Kíev y conquistar la ciudad.

El 3.er Ejército Acorazado Guardia fue transferido de la cabeza de puente de Bukrino a la de Liutiezh, donde debía operar en conjunción con el I Cuerpo de Ejército de Caballería Guardia, mientras el ala derecha del frente se reforzó con unidades de infantería, artillería y morteros. Las tropas que quedaban en la cabeza de puente de Bukrino debían desarrollar su actividad a fin de mantener empeñadas la mayor parte de fuerzas alemanas y, eventualmente, romper el despliegue alemán.

El resultado de este nuevo dispositivo fue que la principal fuerza atacante del primer frente ucraniano se concentró en secreto al norte de Kíev y la ofensiva comenzó el 3 de noviembre. En esta zona, las tropas soviéticas eran numéricamente superiores a las alemanas, si bien el primer frente ucraniano no era superior en su totalidad. En 325 km de frente disponía de 47 divisiones de infantería y 3 de caballería, 2 brigadas de infantería, 675 carros de combate y cañones autopropulsados, unas 7000 piezas de artillería y morteros y 684 aviones. Los alemanes sólo tenían 33 divisiones, unos 400 carros de combate y cañones autopropulsados y 665 aviones.

Pero en el limitado sector del ataque principal, el Ejército ruso había alcanzado una superioridad aplastante. En el sector del Ejército 38, de una anchura de 14 km, la infantería soviética estaba en una proporción de 2 a 1, mientras la superioridad en carros de combate era de 9 a 1 y la de artillería de 4,5 a 1. Una superioridad del mismo orden existía también en el sector donde debería efectuar la ruptura el Ejército 60. Únicamente en la dirección secundaria de ataque, al sur de Kíev, donde estaban empeñados los Ejércitos 40 y 27, los rusos no contaban con la superioridad numérica.

El plan soviético era derrotar a las fuerzas alemanas atacando por el Norte y liberando Kíev con una maniobra envolvente; penetrar luego en profundidad en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Sur y preparar la liberación de Ucrania occidental.

El ataque comenzó la mañana del 3 de noviembre, consiguió rápidos progresos y rompió la resistencia enemiga. El 6 de noviembre, la capital de Ucrania quedaba liberada, habiéndose causado graves pérdidas a los alemanes: 15 divisiones aniquiladas y 41.000 hombres prisioneros, y se destruyeron o capturaron 1200 piezas de artillería y morteros, 400 carros de combate y cañones autopropulsados, 90 aviones, 1900 vehículos y gran cantidad de material.

La ofensiva de Kíev terminó con la liberación de Zhitomir. En diez días, el primer frente ucraniano había logrado quebrantar una fuerte defensa, desarrolló su ataque por el Oeste, por el Sudeste y por el Sur, y, avanzando en una profundidad de 153 km, liberó centenares de ciudades y pueblos. En la zona de Kíev se había establecido una cabeza de puente de 133 km de profundidad y 400 de anchura destinada a desempeñar un papel importantísimo en la liberación de toda Ucrania occidental.

A diferencia del Ejército alemán, el Ejército ruso continuaba aumentando su potencia combativa. Las pérdidas en material fueron compensadas rápidamente. Y tanto las armas y el equipo, como la habilidad del Ejército mejoraban continuamente y se iba adquiriendo una notable experiencia en las operaciones ofensivas y en las defensivas.

La liberación de Ucrania oriental, con su carbón, sus minerales y su actividad agrícola, y la constitución de dos enormes cabezas de puente, en Kíev y al sudoeste de Kremenchug, fueron hechos decisivos en la marcha de la guerra. Y antes de comenzar la campaña de invierno de 1943-1944 las tropas de los cuatro frentes ucranianos habían alcanzado muy buenas bases de partida para iniciar la liberación completa de Ucrania occidental y de Crimea.

Después de la pérdida de la línea del Dnieper y de Kíev, el Alto Mando alemán comenzó a fortificar apresuradamente la línea del Vístula y a proyectar líneas defensivas en los Balcanes. El petróleo rumano se encontró de pronto bajo la amenaza de los ataques aéreos soviéticos y la tierra temblaba cada vez más bajo los pies de los aliados de Alemania.

GRIGORIJ UTKIN

Nacido en 1907, es un veterano de la segunda Guerra Mundial. Actualmente es jefe del Departamento Histórico del Partido comunista ruso y del comunismo científico en el Instituto Mendeleev de química y tecnología, en Moscú. Los estudios de Grigorij Utkin se han centrado en la lucha por la liberación de Ucrania y, además de muchos artículos sobre diversos aspectos de este tema, es autor de una serie de libros: *La actividad política en el cruce del Dnieper*; *Héroes del Dnieper*; *Fueron los primeros en forzar el Dnieper* y *Ataque a la «muralla oriental»*. Es también coautor del libro *La liberación de Kíev*.

Frente ruso, agosto-octubre de 1943

LA LIBERACI

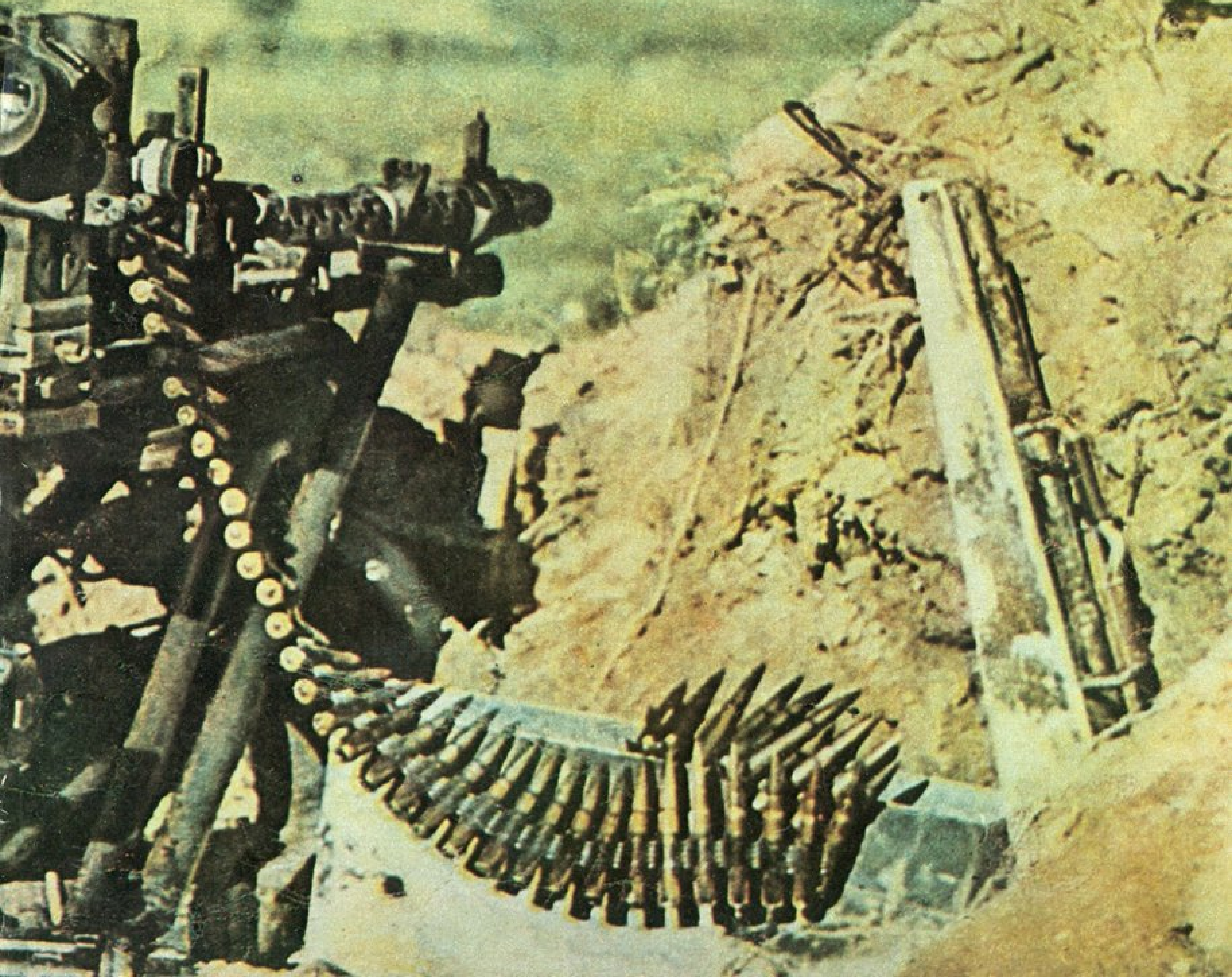


(History of the Second World War)

ON DE SMOLENSK

Mientras el ímpetu principal de la ofensiva del Ejército ruso se desbordaba por Ucrania hacia el Dnieper, los frentes del sector central comenzaron a abrirse camino hacia Smolensk. Una vez más, la resistencia alemana fue encarnizada, y los soviéticos tuvieron que resolver el nuevo problema de romper defensas profundas y bien organizadas.

Vasili Istomin, coronel



En 1943, el Ejército ruso llevó a cabo su ofensiva hacia Smolensk, en la importantísima dirección estratégica occidental, contra un enemigo muy fuerte todavía y que aún se mostraba muy activo. En esta operación, por primera vez desde el comienzo de la guerra, el frente de Kalinin y el frente occidental tuvieron que resolver el arduo problema de romper un sistema defensivo profundamente escalonado y en las adversas condiciones impuestas por un terreno boscoso y pantanoso y por las reducidas reservas de municiones y de carburantes con que contaban los citados frentes.

Mientras se estaba preparando la operación, la Unión Soviética había obtenido grandes éxitos, tanto en el frente de combate como en el interior. Ahora estaba en condiciones de proporcionar a sus tropas el armamento y el equipo más modernos en las cantidades necesarias y de alimentarlas adecuadamente. Sin embargo, el abastecimiento de municiones, carburantes y lubricantes presentaba aún algunas sensibles dificultades que obstaculizaron, en gran parte, algunas acciones.

La situación estratégica en el frente germano-soviético aconsejaba también la realización de una ofensiva por parte del frente de Kalinin y del occidental, puesto que el fracaso de la ofensiva alemana de Kursk, los éxitos soviéticos sobre las direcciones de Oriol y de Biélgorod y la preparación simultánea de una ofensiva en el Donbáss, por parte de los frentes sudoccidental y meridional, habían creado una serie de circunstancias y de condiciones que ofrecían la posibilidad de derrotar a los alemanes sobre las direcciones estratégicas occidentales.

Al mismo tiempo, la situación de la Alemania nazi y la de sus aliados había empeorado mucho en el curso del verano de 1943. Las pérdidas y los fracasos sufridos por sus tropas en el frente soviético habían dado lugar a una crisis en la coalición nazi. La moral del Ejército y de la población continuaba descendiendo. Mas, a pesar de todo, Alemania era todavía fuerte militarmente y su derrota definitiva requeriría enormes esfuerzos por parte de todo el pueblo soviético y de sus Fuerzas Armadas.

El frente de Kalinin y el occidental debían llevar a cabo ahora una ofensiva contra una potente fuerza estratégica enemiga, que ascendía a unas 40 divisiones completas (el 50 % del Grupo de Ejércitos del Centro). Muchas de estas divisiones se hallaban en el frente desde el primer día de la guerra y, por lo tanto, habían adquirido una considerable experiencia en la defensa contra los ataques del Ejército ruso. Las fuerzas alemanas ascendían a 850.000 hombres, entre oficiales y soldados, con 8800 cañones y morteros, 500 carros de combate y cañones de asalto y 700 aviones, y ocupaban una fuerte posición defensiva, que consistía en cinco o seis cinturones defensivos, muy bien trazados y bien equipados, que alcanzaban una profundidad de unos 130 km.

Los dos frentes soviéticos disponían, al comienzo de la operación, de una fuerza bastante considerable, que comprendía 1.253.000 hombres, entre oficiales y soldados, 20.600 cañones y morteros, más de 1400 carros de combate y cañones autopropulsados y más de 900 aviones.

La zona en que se llevaría a cabo esta operación tenía una gran importancia política y militar. Ante todo, estaba cerca del *oblast* (provincia) de Moscú, por la que pasaban las carreteras directas y más transitables que del Oeste llevaban a la capital rusa y lo mismo se podía decir, en dirección contraria, de las carreteras que llevaban a los centros de vital importancia de Alemania. En segundo lugar, el frente de Kalinin y el frente occidental amenazaban el flanco de toda la fuerza estratégica alemana desplegada al sur de la línea Kirov-Roslavl, lo que inquietaba al Alto Mando alemán por la posibilidad que entrañaba de que los soviéticos llevaran a cabo una ofensiva sobre la dirección occidental. En tercer lugar, aquél era el sector del frente en el que los alemanes se encontraban más cerca de Moscú (240-290 km), por lo que el STAVKA se veía obligado a mantener grandes concentraciones de fuerzas en esta zona.

Por lo tanto, las fuerzas soviéticas, en el curso de su ofensiva, deberían superar la obstinada y encarnizada resistencia que los alemanes ofrecerían probablemente (y así ocurrió desde luego) en la defensa de sus líneas sobre las direcciones de Smolensk y de Roslavl.

La configuración geográfica del territorio, especialmente en el sector del frente occidental, hacía posible una ofensiva por parte de grandes fuerzas y con el empleo de todas las armas en dotación; pero, al mismo tiempo, ofrecía al enemigo muchas ventajas para la organización de una tenaz resistencia.

En aquel territorio dominaba el terreno boscoso y pantanoso, cruzado por un gran número de ríos que discurrían de Norte a Sur, los cuales ofrecían escasas posibilidades de cruce y que, además, tenían, por lo general, las orillas occidentales altas y escarpadas. La deficiente red de caminos de la zona y la dificultad que entrañaba transportar tropas (para no hablar de materiales) por caminos de tierra y con mal tiempo, limitaban la libertad de movimiento de las fuerzas e incluso creaban dificultades para los defensores.

El problema de organizar un flujo continuo de abastecimientos hasta las fuerzas atacantes adquirió una importancia primordial, tanto durante la preparación de la operación como durante la ejecución de la misma.

Como ya se sabe, al retirarse, los alemanes habían devastado ciudades y pueblos y habían quemado todo lo que dejaban atrás. Por lo tanto, el abastecimiento de las tropas soviéticas, durante la ofensiva, dependía por completo del transporte de material desde las bases estatales y militares, que se hallaban lejos, en la retaguardia, por lo que era esencial que los servicios de abastecimientos de los frentes desempeñaran perfectamente su misión.

Así, aunque la situación político-militar, estratégica y operativa, considerada en su conjunto, podía considerarse favorable, las condiciones en las que las fuerzas atacantes deberían llevar a cabo sus cometidos específicos contra un enemigo muy fuerte eran muy difíciles. Esto significaba que los oficiales, con función de mando a todos los niveles, deberían organizar la operación con la máxima precisión y dirigirla magistralmente. Asimismo, las tropas habrían de tener una moral alta, estar bien instruidas y llevar a cabo un esfuerzo inmenso para cumplir los cometidos que se les habían asignado.

Parte de una potente ofensiva

La programación de la operación Smolensk, que era parte integrante de la ofensiva general del Ejército ruso en el verano y el otoño de 1943, se llevó a cabo simultáneamente, y en estrecha cooperación estratégica, con las operaciones de Oriol, Biélgorod-Járkov y el Donbáss. La concepción en la que se basaba la operación derivaba de la necesidad de conseguir el objetivo principal de la campaña de verano y otoño: o sea, imponer la retirada a la poderosa fuerza estratégica de asalto alemana que seguía estando concentrada en la zona del saliente de Kursk.

Se prepararon dos variantes de la operación: la primera preveía el esfuerzo principal hacia Roslavl y la segunda se orientaba hacia el Sur, con el grueso de las fuerzas al oeste de Briansk, en el caso de que la ofensiva del frente de Briansk, en la operación de Oriol, se detuviese. En ambas variantes, la finalidad de las operaciones era derrotar o inmovilizar a las fuerzas alemanas sobre el ala izquierda del Grupo de Ejércitos del Centro, que se encontraba delante del frente de Kalinin o del occidental, y apoderarse de la línea Smolensk-Roslavl. La primera de estas dos variantes se elaboró en todos sus detalles y se llevó a efecto. Se proyectó para una profundidad que iba de los 96 a los 144 km, y para realizarla el frente occidental (general V. C. Sokolovskij) disponía de los siguientes Ejércitos: 10.º Guardias, 5, 21, 31, 49, 50, 68 y 1.er Ejército aéreo, y además el Cuerpo de Ejército Mecanizado y el VI Cuerpo de Ejército de Caballería Guardia; mientras que el frente de Kalinin (general A. I. Eremenko) comprendía los Ejércitos de asalto 3 y 4, los Ejércitos 39 y 43 y 3.er Ejército aéreo y el III Cuerpo de Ejército de Caballería Guardia, de los cuales solamente los que constituían su ala izquierda (Ejército 39 y parte del 43) tenían que tomar parte en la inminente ofensiva.

Siguiendo el plan del STAVKA, el ataque principal se lanzó sobre la dirección de Roslavl, y corrió a cargo de las fuerzas desplegadas en el centro del frente occidental, mientras que su ala derecha, en colaboración con el ala izquierda del frente de Kalinin, debía derrotar primero a los alemanes que se hallaban en la zona de Yártsevo-Dorogobuzh y luego atacar en dirección a Smolensk.



Verano de 1943: protegidos por el nutrido fuego de la artillería, algunos soldados de ingenieros de las unidades de asalto del Ejército ruso intentan abrir un paso en la línea defensiva alemana. (Imperial War Museum)



Sirvientes de un cañón contracarros soviético, en posición cerca de la ciudad de Roslavl, en Rusia Blanca, sometidos a un violentísimo fuego de neutralización por la artillería alemana. Abajo: bombarderos ligeros soviéticos *PE-2* prontos para despegar en una misión de apoyo a las fuerzas del frente de Kalinin. (Imperial War Museum) - (Novosti Press Agency)



La decisión de utilizar la fuerza principal del frente occidental para el ataque contra Roslavl fue una decisión dictada por el buen sentido, tras un cuidadoso análisis de la situación operativa y estratégica. Su objetivo era romper en dos el Grupo de Ejércitos alemanes del Centro, hacer avanzar por el flanco y por la retaguardia de las fuerzas enemigas de Briansk a las tropas del frente occidental y privar, al mismo tiempo, a los alemanes de las vías de comunicación (carreteras y vías ferroviarias) más importantes entre Smolensk y Briansk. De esta forma se crearían las condiciones favorables para la destrucción de las unidades alemanas, una por una.

Los comandantes de los dos frentes decidieron hundir la línea de defensa enemiga en siete sectores (tres en el frente de Kalinin y cuatro en el frente occidental), con un total de 65 km en un frente de 350 a 400 km de longitud. El tipo de maniobra operativa elegida fue la que se basaba en ataques frontales lanzados desde distintas direcciones. Para el esfuerzo principal, cuatro Ejércitos de infantería, uno de ellos mecanizado, y un Cuerpo de Ejército de caballería, todos del frente occidental, atacarían en un frente de 16 km de amplitud. Esta decisión contribuyó a inmovilizar simultáneamente ingentes fuerzas enemigas en un frente muy amplio; pero, por otra parte, dispersó el esfuerzo de las tropas atacantes y debilitó considerablemente el esfuerzo principal, a pesar de las proporciones de las fuerzas reunidas para efectuarla.

Se proyectó desplegar el frente occidental en dos escalones, el segundo de ellos constituido por dos Ejércitos de infantería. El despliegue del general Sokolovskij se caracterizó por la utilización de un potente segundo escalón del frente, unido a segundos escalones, relativamente débiles, en el interior de los Ejércitos.

En el sector del frente de Kalinin, el Ejército 39 (la principal fuerza de asalto) desplegó en un solo escalón, pues Eremenko pensaba emplear parte de sus reservas para aprovechar el éxito.

En lo que respecta a las unidades acorazadas, mecanizadas y de caballería, las características del plan eran las siguientes:

- El general Sokolovskij decidió utilizar su Cuerpo de Ejército mecanizado V para sacar el máximo provecho de los eventuales éxitos obtenidos por su 10.º Ejército Guardia sobre la dirección principal y situar su Cuerpo de Ejército de caballería VI en la reserva del frente, con la intención de emplearlo en el sector del 10.º Ejército Guardia para que colaborase con éste en la conquista de Roslavl.
- El general Eremenko mantuvo a su III Cuerpo de Ejército de Caballería Guardia como reserva de frente. Para aprovechar las eventuales brechas abiertas en las defensas enemigas sobre la dirección de Dujóvschina, se proponía introducir una fuerza compuesta por dos brigadas mecanizadas y una brigada de carros. Los comandantes se servían de los batallones autónomos de carros, de los regimientos y de las brigadas autónomas para el apoyo directo de la infantería.

Sobre el frente occidental, en la articulación de las fuerzas, se obtuvo una densidad de unos 18 carros de combate por kilómetro en los sectores escogidos para el hundimiento, mientras que en el frente de Kalinin la densidad obtenida fue de 13-14. Donde se utilizaban carros de combate tan sólo como apoyo para la infantería, la densidad era de 12 ó 13 por kilómetro en el frente occidental y de 6 ó 7 en el de Kalinin. Eran estas últimas unas densidades bastante bajas, especialmente para el citado apoyo a la infantería.

El aspecto característico del apoyo de la artillería era una concentración de piezas sobre la dirección del esfuerzo principal que, por kilómetro, alcanzaba la cifra de 165 entre cañones y morteros, mientras que en los otros sectores elegidos para la ruptura había densidades bastante bajas (de artillería y morteros de calibre superior a los 75 mm), con una media inferior a las 100 piezas. La cantidad de municiones disponible al comienzo de la operación (de 2 a 2,5 veces la dotación habitual de combate) era asimismo bastante reducida, si se tiene en cuenta que las defensas que se tenían que hundir se extendían en profundidad y que además se habían preparado con anticipación y muy minuciosamente.

El apoyo aéreo se basaba en la utilización de las fuerzas aéreas de los frentes directamente en el campo de batalla, sobre todo para tener la seguridad de que las defensas alemanas se hundirían precisamente sobre la dirección principal de ataque. Para el primer día se preveía que las operaciones aéreas se limitarían a dos o tres misiones por avión bélicamente eficiente. Los dos Ejércitos aéreos (1.º y 3.º) se componían, al comienzo de la operación, de un 31 % de cazas, un 30 % de aviones para ataques al suelo, (*Sturmovik*), un 18 % de bombarderos diurnos, un 14 % de bombarderos nocturnos y un 7 % de aviones de reconocimiento. El bajo porcentaje de bombarderos, especialmente bombarderos diurnos, hacía muy difícil la ejecución de los cometidos confiados a las fuerzas aéreas y, sobre todo, el ataque a las reservas alemanas durante su aproximación a la línea del frente.

Los frentes se reforzaron sólidamente con fuerzas de ingenieros, utilizándose cuatro brigadas de asalto de estas tropas; en el sector principal se concentraron otras unidades de ingenieros pertenecientes tanto al frente como a la reserva del STAVKA, alcanzando así una densidad relativamente alta, de 5,2 compañías por kilómetro de frente.

La reordenación del despliegue, efectuada en gran escala por los frentes, les garantizó una considerable superioridad sobre la dirección elegida para el esfuerzo principal; pero, puesto que no se tomaron las medidas necesarias para ocultar di-

LAS BATALLAS DE SMOLENSK

1943

7 de agosto: el frente occidental lanza el ataque contra la zona de defensa táctica alemana.

13 de agosto: comienza la ofensiva del frente de Kalinin.

20 de agosto: la fase inicial –que abre una brecha en la zona de defensa táctica alemana– termina con el hundimiento de algunas zonas, y los frentes comienzan a modificar el despliegue de sus fuerzas.

28 de agosto: el frente occidental empieza la segunda fase y logra romper el principal cinturón defensivo alemán.

30 de agosto: conquista de Yelnia. Los alemanes empiezan a retirarse hacia Dorogobuzh. Se modifica el despliegue del Ejército 50 para aprovechar los éxitos del frente occidental.

1 de septiembre: conquista de Dorogobuzh.

5 de septiembre: el Ejército 50 ataca para envolver a las fuerzas alemanas en Briansk.

6 de septiembre: el frente occidental detiene el avance para modificar su despliegue, después de haber alcanzado las sucesivas líneas defensivas alemanas cerca de Yelnia.

14 de septiembre: el frente de Kalinin inicia la tercera fase de su ofensiva.

15 de septiembre: ataca el frente occidental.

25 de septiembre: liberación de Smolensk.

2 de octubre: la ofensiva termina en la línea Usviati-Rudniá-Lenino-Dribin-Propoisk.

cha superioridad, el Servicio de Información alemán consiguió descubrir los preparativos para el ataque, por lo que la falsa concentración de las grandes unidades del frente occidental destinadas al ataque, puesta en práctica en la zona del Ejército 50, entre el 26 de julio y el 2 de agosto, no obtuvo los resultados apetecidos.

Una importante labor de organización y de información de las tropas contribuyó a que, antes del comienzo de la operación, la moral de los soldados estuviese preparada para las inminentes batallas.

El hundimiento de las defensas

El Ejército 5, el 10º Ejército Guardia y el Ejército 33 del frente occidental lanzaron la ofensiva el 7 de agosto, a las 6,30 horas, después de una preparación artillera que duró un hora y 50 minutos. En seguida se vio que los combates en la zona principal de la defensa alemana serían largos y difíciles. Las fuerzas atacantes tuvieron que vencer una encarnizada resistencia y rechazar contraataques por parte de carros y de artillería, de forma que, al final del primer día, el avance sobre la dirección principal había sido tan sólo de 4 km. Durante la jornada, el general Sokolovskij decidió emplear el Ejército 68, del 2.º escalón, para acelerar el hundimiento, pero no consiguió su objetivo, y los intensos y encarnizados combates continuaron en los días sucesivos. Pero al fin, en el transcurso de dos semanas de ataques, las fuerzas rusas del frente occidental hundieron la zona de defensa alemana, avanzando entonces en una profundidad que oscilaba entre los 27 y los 40 km.

El ala izquierda del frente de Kalinin pasó a la ofensiva el 13 de agosto. Al finalizar la primera fase del ataque no había conseguido hundir las defensas alemanas, sino tan sólo penetrar en sectores aislados en una profundidad que variaba entre los 5 y los 6,5 km.

El hecho de que los combates que se libraron durante la primera fase fueran tan prolongados se debía, principalmente, a la rapidez con que los alemanes habían recibido refuerzos, sacados de la zona de Oriol-Briansk (en efecto, sólo del 1 al 18 de agosto unas 13 grandes unidades fueron desplegadas contra los frentes occidental y de Kalinin). Entre los demás factores que también concurrieron a la prolongación de la lucha se pueden citar: la habilidad de los alemanes para establecerse en posiciones preparadas con anterioridad, tanto con las fuerzas que se retiraban como con las que acababan de llegar, y ello gracias a la lentitud de la acción de hundimiento efectuada por los rusos; el bajo nivel de la actividad aérea soviética contra las reservas alemanas que se estaban aproximando al frente, y el hecho de que la ofensiva soviética no había conseguido el elemento sorpresa.

Pero, aunque las fuerzas atacantes no consiguieron hundir, en su primer ataque, las defensas enemigas en profundidad, su ofensiva consiguió mantener inmovilizadas no sólo a las divisiones alemanas que ya se encontraban en aquel sector, sino también a las 13 grandes unidades transferidas allí desde otros sectores. La mayor parte de estas últimas se habían trasladado desde la dirección de Oriol, por lo que les fue más fácil al frente de Briansk y al central llevar a cabo la proyectada operación de Oriol. Por lo tanto, se conseguía así la finalidad principal de la primera fase de la operación.

La segunda fase comenzó tras una pausa de siete días en los combates, en el transcurso de la cual el frente occidental modificó su despliegue y se preparó para reanudar la ofensiva. El éxito de la ofensiva lanzada por el frente de Briansk y por el central llevó a ambos frentes cerca de Liudínovo y de Briansk, por lo que ya no era necesario que la fuerza principal del frente occidental continuase atacando hacia Roslavl, y mucho menos que se dirigiese hacia el Sur. Por esta razón, el general Sokolovskij pidió y obtuvo del STAVKA el consentimiento para efectuar un cambio de dirección de su esfuerzo principal: de Roslavl a Yelnia-Smolensk. Así, pues, se modificó el despliegue de las tropas, de las armas y de los vehículos, esta vez sin que los alemanes se dieran cuenta; asimismo se formaron grupos de asalto y se preparó el plan para la operación de Yelnia-Dorogobuzh.

Mientras el frente occidental se preparaba para la operación de Yelnia-Dorogobuzh, el ala izquierda del frente de Kalinin reanudó su ataque en dirección a Dujóvschina, el 23 de agosto, después



Posición contracarros alemana vigilando una carretera que da acceso a un centro habitado, en el curso de la ofensiva soviética contra Smolensk. Las fuerzas de la *Wehrmacht* que se oponían al frente de Kalinin y al frente occidental lograron contrarrestar eficazmente el avance del Ejército ruso gracias a su larga experiencia de guerra en territorio soviético y a la protección que les procuraban los sólidos cinturones defensivos. *(History of the Second World War)*

de una pausa de cinco días; pero, como el plan no se había preparado con la debida minuciosidad, el ataque no consiguió romper las defensas alemanas. Y así en dos semanas de ataques, el grupo de asalto del ala izquierda del frente de Kalinin no logró obtener ningún éxito. En conjunto, todo el frente de Kalinin sólo consiguió inmovilizar a las divisiones alemanas que defendían aquel sector, por lo que, evidentemente, no pudieron utilizarse contra el frente occidental, pero en cambio no había llevado a término la misión que se le había asignado, que era lo que debía haber hecho por encima de todo.

Después de las modificaciones necesarias en su despliegue, el frente occidental reanudó la ofensiva el 28 de agosto, llevando a cabo su esfuerzo principal en dirección a Yelnia. El primer día, la fuerza atacante consiguió abrir, en el principal cinturón defensivo alemán, una brecha de 25 km de anchura y de 5 a 8 de profundidad, por la que penetró el Cuerpo de Ejército Mecanizado V. Al día siguiente, la brecha se extendió en una amplitud de casi 30 km y con una profundidad de 12 a 15, y por ella se introdujo a su vez el VI Cuerpo de Ejército de Caballería Guardia, seguido, el 30 de agosto, por el II Cuerpo de Ejército Acorazado Guardia, el *Tatsinsk*, que se hallaba disponible desde hacía diez días en la reserva del STAVKA. Aquel mismo día, el citado Cuerpo de Ejército *Tatsinsk* avanzó 20 km y, junto con el 10.° Ejército Guardia, conquistó Yelnia.

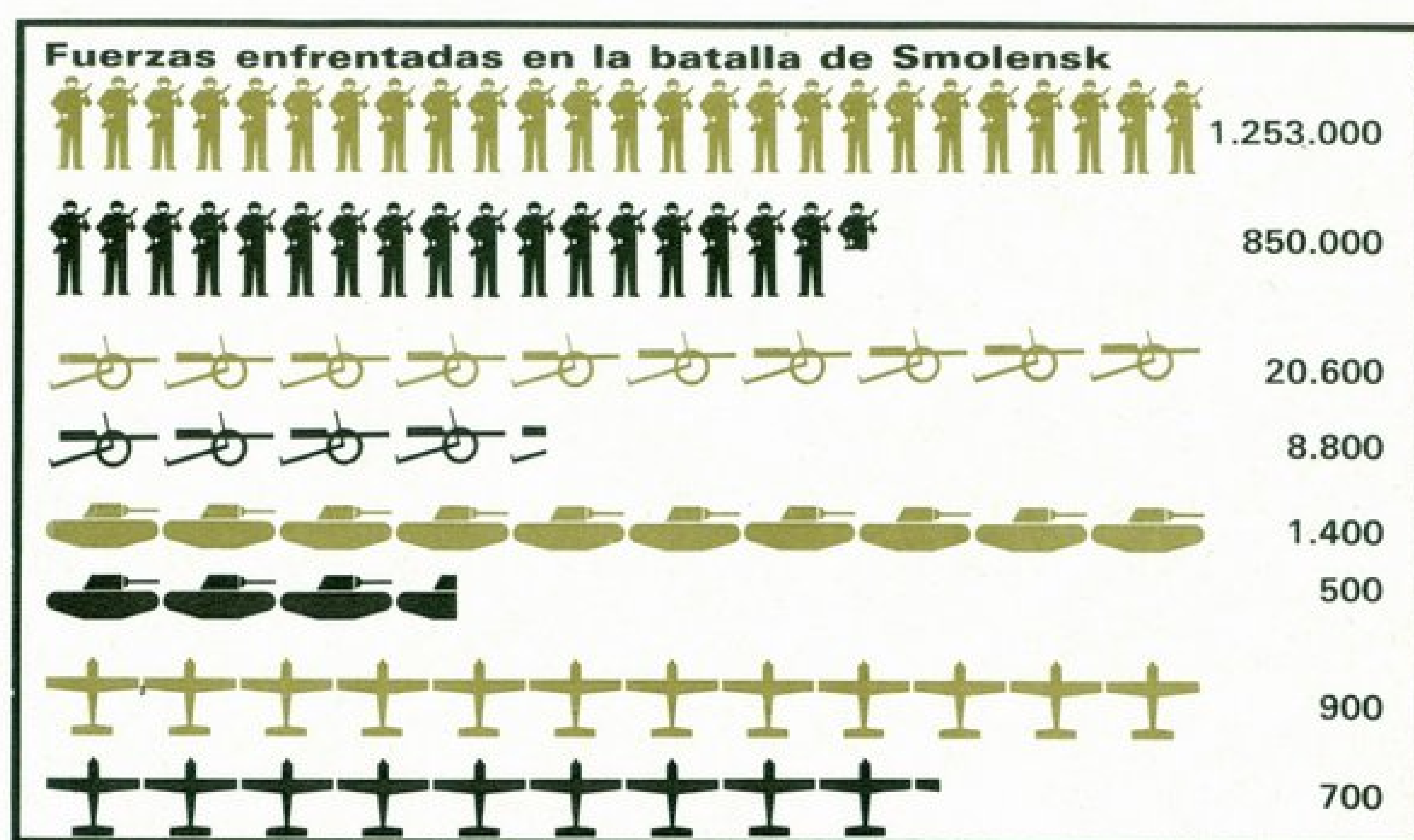
Como consecuencia del éxito del avance soviético sobre la dirección de Yelnia, los alemanes comenzaron a retirarse hacia Dorogobuzh, en el curso de la noche del 30 al 31 de agosto. Al amanecer del 31, el Ejército 5 atacó, y, persiguiendo a las fuerzas enemigas que se retiraban, entró en Dorogobuzh al día siguiente. En este momento, ya casi todo el frente occidental tomaba parte en la ofensiva, que se había extendido sobre un frente de amplitud superior a los 150 km.

En vista del éxito obtenido por las fuerzas del general Sokolovskij y con el fin de aprovecharlo por completo, el comandante del frente de Briansk solicitó permiso al STAVKA para modificar el despliegue del Ejército 50 (que había pasado del frente occidental bajo su mando tan sólo quince días antes). Con el consentimiento del STAVKA, trasladó este Ejército a la zona del frente occidental, entre el 30 de agosto y el 3 de septiembre, y dos días después lo lanzó hacia el Sudoeste, contra el flanco y la retaguardia de las fuerzas alemanas situadas en Briansk.

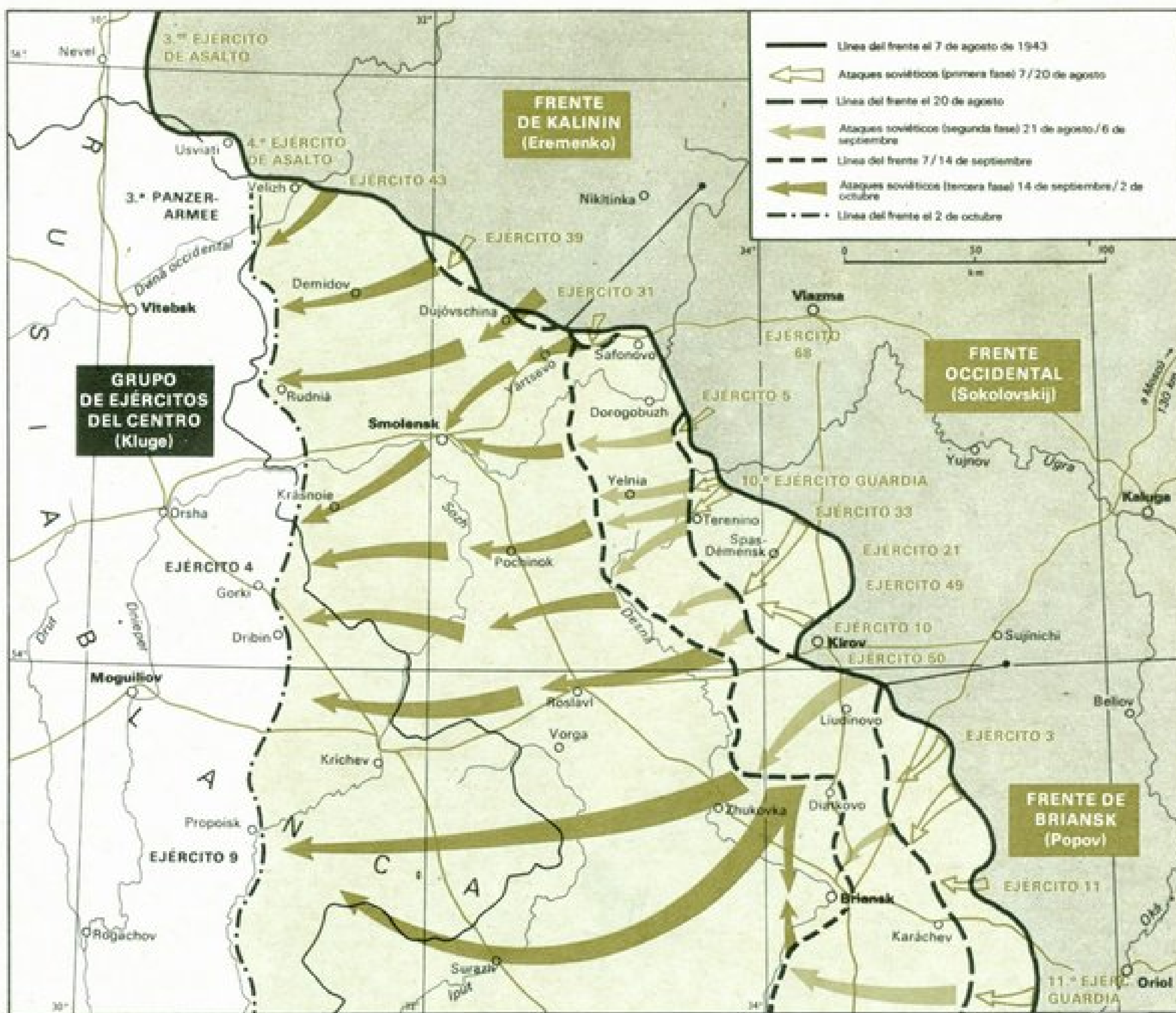
Pero de improviso, entre el 3 y el 6 de septiembre, el ataque del frente occidental perdió impulso. Mientras el ala derecha (Ejércitos 5 y 31) iba abriéndose camino por las colinas boscosas del sudeste de Yártsevo, el centro (10.° Ejército Guardia, Ejército 21 y Ejército 68) encontró sólidas posiciones enemigas preestablecidas al oeste de Yelnia; intentó cruzarlas y no lo consiguió, y mientras tanto el ala izquierda (Ejércitos 10, 33 y 49) se extendía excesivamente durante los prolongados combates que se desarrollaron en la zona de colinas boscosas situadas al sudeste de Yelnia. Ahora, antes de poder irrumpir a través de las defensas enemigas, era preciso modificar de nuevo el despliegue, llevar a cabo el abastecimiento de municiones y preparar las tropas. En consecuencia, a fin de poder llevar a cabo todo esto, se ordenó una pausa de siete días.

Por su parte, el ala izquierda del frente de Kalinin continuó atacando hasta el 6 de septiembre, pero sin obtener ningún resultado positivo; en vista de ello, el día 7 el STAVKA tomó la decisión de detener también su ofensiva y reanudarla en más propicia ocasión.

En el transcurso de la segunda fase, por lo tanto, el frente occidental había conseguido derrotar a las fuerzas alemanas de la zona de Yelnia-Dorogobuzh, logró avanzar hacia el Oeste unos 30 ó 49 km por término medio, se apoderó de Yelnia, y liberó más de 1000 ciudades y pueblos. Esta fase reveló también, más claramente que la primera, la importancia que tenía la operación en el cuadro de la ofensiva general del Ejército ruso; pues, mientras al comienzo de la primera fase el 40 %, aproximadamente, de las divisiones alemanas situadas sobre la dirección occidental y en la sudoccidental se encontraba ante los dos frentes soviéticos, esta proporción ascendió al 44 % antes de que finalizara la segunda fase.



Arriba: en el transcurso de la ofensiva por Smolensk las fuerzas soviéticas gozaban de una rotunda ventaja numérica en relación con las alemanas, pero la dificultad en que se encontraban para operar exigió para la consecución de la victoria la máxima entrega de los oficiales que dirigían la operación. Abajo: desencadenada el 7 de agosto de 1943 por los frentes de Kalinin y occidental contra las fuerzas alemanas que guarnecían el sector central del frente se llevó a cabo en tres fases, en el curso de las cuales los rusos reconquistaron Roslavl y Smolensk, comenzando la liberación de Rusia Blanca.



La tercera fase, como la segunda, estuvo precedida por un intervalo de siete días, durante los cuales se modificó el despliegue, se repusieron las reservas de víveres y de municiones y se preparó asimismo a las tropas para el combate. El frente de Kalinin reanudó la ofensiva el 14 de septiembre, y el frente occidental siguió su ejemplo el día siguiente. Durante los primeros días de ataque ya se abrió una brecha en las defensas alemanas y el día 19 los dos frentes se hallaban en plena ofensiva en un sector de unos 250 km de amplitud. Su ataque principal había conseguido una penetración de unos 40 km.

La noche del 18 al 19 de septiembre, las fuerzas del frente de Kalinin ocuparon Dujóvschina, y el 21 del mismo mes Demidov. Luego, siguiendo su avance, envolvieron a los alemanes por el lado norte de Smolensk, mientras el frente occidental, que había ocupado Yártsevo el día 16, cortaba el día 23 el ferrocarril Smolensk-Roslavl y, tras alcanzar el 24 el río Sozh, rebasaba la ciudad de Smolensk por el Sur. El 10.° Ejército Guardia ha-





En el extremo izquierdo: soldados de infantería soviética se aproximan a un avión de reconocimiento alemán *FW-189 A-1*, que se ha visto obligado a efectuar un aterrizaje forzoso. A la izquierda: un carro *T-34* soviético apoyando a unidades de infantería que avanzan en un pueblo de las proximidades de Briansk. Debajo: el 25 de septiembre de 1943 el Ejército ruso entró en Smolensk, ciudad que resultó casi destruida en el curso de los combates. Además de haber liberado a un vasto territorio, la ofensiva tuvo una gran importancia estratégica, pues obligó a los alemanes a trasladar importantes contingentes de tropas a aquella zona, en menoscabo de otros sectores, facilitando de este modo la feliz conclusión de las operaciones soviéticas en el curso del verano-otoño de 1943. *(Novosti Press Agency) - (Archivo Rizzoli) - (Imperial War Museum)*

bían irrumpido a su vez en Roslavl, donde se combatía duramente en las calles. Por último, un ataque nocturno, efectuado desde el Nordeste y el Sudeste por las fuerzas de los Ejércitos 5, 31 y 68 liberó al fin Smolensk el día 25, y este mismo día el 10.º Ejército Guardia obligaba a los alemanes a abandonar Roslavl.

El día 2 de octubre, los dos frentes soviéticos habían alcanzado la línea Usviati-Rudniá-Lenino-Dribin-Propoisk (Slavgorod), pero chocaron con una resistencia alemana muy bien organizada.

Se vio claramente, entonces, el resultado de la tercera fase de la operación por Smolensk: se había infligido una grave derrota a la 3ª y a la 4ª *Panzerarmee*, así como al Ejército 9, y se habían liberado muchas y grandes ciudades y más de 5000 pueblos. En los 17 días de ofensiva que siguieron a la apertura de la brecha en el sistema defensivo alemán, al norte de Dujóvschina y al oeste de Yelnia, las fuerzas de los dos frentes lograron avanzar en una profundidad que oscilaba entre los 100 a los 180 km.

Además, la ofensiva hizo posible ampliar el alcance de los combates activos por parte de otras fuerzas soviéticas en el verano de 1943. En el transcurso de la ofensiva, el frente de Kalinin y el frente occidental habían provocado el traslado de 13 unidades alemanas de la dirección de Oriol-Briansk y el de otras tres de otros sectores, facilitando así el buen resultado de la contraofensiva soviética en Kursk. Los dos frentes inmovilizaron también importantes fuerzas enemigas en septiembre y octubre, impidiendo su traslado a otros sectores: de esta manera facilitaron la liberación del este de Ucrania y del Donbáss y contribuyeron al éxito de la batalla por el Dnieper y por la Ucrania occidental. Su ofensiva ayudó, asimismo, al frente de Briansk y al central a alcanzar la línea que se extendía de Rogachov a Gómel y que proseguía hacia el Sur. La consecuencia de todo ello fue que el frente oriental alemán, que antes formaba una sola fuerza estratégica, acabó por encontrarse partido en dos por una barrera natural: los bosques de Polese.

Por lo tanto, la operación de Smolensk, que tuvo lugar durante la ofensiva general del Ejército ruso en el verano y el otoño de 1943, desempeñó un papel importantísimo. Tres Ejércitos alemanes sufrieron una dura derrota, y en el transcurso de una ofensiva en un frente de 400 km las fuerzas soviéticas penetraron a través de cuatro cinturones fortificados enemigos (en algunos puntos incluso de cinco o seis) y obligaron a retirarse a cinco divisiones de infantería, 1 *Panzerdivision* y 1 división motorizada, causando también graves bajas a 11 divisiones de infantería y a 4 divisiones acorazadas o motorizadas. El resultado de la operación fue que las fuerzas atacantes avanzaron un total de 200 o 250 km, liberando el territorio del *oblast* de Smolensk e iniciando con ello la liberación de la Rusia Blanca.

VASILI ISTOMIN, CORONEL



Historiador militar soviético, nacido en 1911. Se diplomó en la Academia Militar de Ingenieros «Bandera Roja» en 1946 y en la Academia de los Estados Mayores, en la facultad de Historia militar, en 1952. Tiene el título de licenciado en ciencias históricas. Es autor y redactor de gran número de libros, artículos y revistas publicadas en la Unión Soviética.

Leningrado, enero de 1943 - febrero de 1944

EL FINAL DE UN ASEDIO EPICO

EL PUNTO DE VISTA SOVIETICO

Aunque el año 1943 había comenzado con la retirada de las fuerzas alemanas en el sur de Rusia, como consecuencia de la creciente presión del Ejército soviético, los defensores de Leningrado se daban cuenta de que sus intentos de inducir al enemigo a levantar el sitio chocaban con una gran resistencia. Lo único que consiguieron fue efectuar pequeñas ampliaciones del corredor que unía la urbe con el resto de la Unión Soviética. Pero los alemanes seguían estando lo suficientemente cerca para continuar los bombardeos, y los combates se prolongaron durante todo el año. La situación no cambió hasta que el Ejército ruso, con una potente ofensiva lanzada a comienzos de 1944, hizo retroceder a los alemanes, poniendo fin al asedio más largo de toda la guerra.

El Ejército ruso, a lo largo del año 1942, ya había llevado a cabo diversos intentos para rechazar a las fuerzas alemanas que asediaban Leningrado; pero siempre con resultados muy modestos. Sólo cuando los alemanes retiraron de la ciudad las unidades del Ejército 11 para reforzar sus fuerzas destacadas más al Sur, la situación empezó a modificarse, permitiendo efectuar otro intento con algunas probabilidades de éxito.

El STAVKA elaboró un plan en el que se preveía que el frente de Leningrado (general L. A. Govorov) y el frente de Vóljov (general K. A. Meretzkov) lanzasen simultáneamente ataques contra el saliente Schlüsselburg-Siniavino con el fin de romper el cerco. La misión de coordinar las acciones de los dos frentes se confió a los mariscales Zukov y Voroshilov.

Así, pues, el 12 de enero de 1943 las fuerzas atacantes de los dos frentes se pusieron en marcha después de una potente preparación artillera. El Ejército 67 (frente de Leningrado), partiendo del Oeste, atacó en dirección Este, hacia el 2.º Ejército de asalto que estaba avanzando (frente de Vóljov).

En el curso de los primeros días de la ofensiva, ambos Ejércitos consiguieron romper las principales líneas defensivas y sentar las bases para posteriores avances. El 13 y el 14 de enero, los Ejércitos soviéticos continuaron su operación de enlace, mientras los alemanes recurrían apresuradamente a fuerzas de refresco, que procedían de otros sectores del frente. A su vez, el STAVKA también decidió utilizar nuevos refuerzos para aprovechar el éxito inicial.

Entre el 15 y el 17 de enero las fuerzas soviéticas continuaron avanzando, venciendo la encarnizada resistencia y rechazando los contraataques de los alemanes. El 18 de enero por la mañana las unidades avanzadas de los frentes de Leningrado y de Vóljov se encontraron en los barrios obreros n.º 1 y n.º 5, y antes de que finalizara el día ocurrió lo mismo en otras zonas. Se había roto, pues, el bloqueo, y ahora un corredor de una anchura de 8 a 11 km, entre el lago Ladoga y la línea de fuego, enlazaba directamente a la ciudad con el resto del país. Por fin se había hecho realidad el sueño de todos los habitantes de Leningrado tras los sufrimientos causados por el largo asedio.

Un muro septentrional «inexpugnable»

Los alemanes habían preparado notables defensas, constituidas por profundas trincheras (designadas generalmente con el nombre convencional de «Pantera»), que consistían en dos zonas bien organizadas y en una línea defensiva retrasada, que seguía la orilla del Narva y las de los lagos Peipus y Pskov, pasando por las ciudades de Pskov y de Óstrov. La profundidad máxima era de 257 km y las posiciones más sólidamente fortificadas eran las que se encontraban frente al Ejército 42 del frente de Leningrado, y frente al Ejército 59 del frente de Vóljov.

El Alto Mando alemán consideraba estas defensas como un «muro septentrional» inexpugnable y estaba seguro de que no cedería ante el inevitable ataque ruso que se esperaba. El Grupo de Ejércitos Norte recibió la orden taxativa de mantener a toda costa aquellas posiciones.

El Grupo de Ejércitos Norte (Ejércitos 18 y 16), mandado por el *Feldmariscal* G. Küchler, que operaba en las proximidades de Leningrado y de Nóvgorod, era una fuerza imponente: sólo el Ejército 18, que debía resistir el ímpetu del ataque principal, contaba con 168.000 hombres, 4500 cañones y morteros (además de artillería contracarro y cohetes) y unos 200 carros de combate y cañones autopropulsados.

Pero las fuerzas rusas del frente de Leningrado, de Vóljov y del 2.º frente del Báltico tenían una considerable superioridad local. El frente de Leningrado y el de Vóljov, que debían lanzar el ataque principal, contaban con 375.000 hombres, 14.300 cañones y morteros (sin contar la artillería antiaérea y los cohetes) y más de 1200 carros de combate y cañones autopropulsados. Los rusos disponían también de una fuerza aérea seis veces superior a la alemana.

Ya desde septiembre de 1943, el STAVKA había decidido lanzar una ofensiva en las proximidades de Leningrado y de Nóvgorod, y los Estados Mayores de los frentes de Leningrado y de Voljov presentaron sus planes. El objetivo general era que los citados frentes atacasen simultáneamente para destruir a las fuerzas alemanas de las zonas de Peterhof-Strelna y de Novgorod, en los flancos del Ejército 18. Después, las fuerzas soviéticas deberían avanzar hacia Kingisepp y Luga, alcanzar el río Luga y aniquilar al Ejército 18. A continuación, estos dos frentes y el 2.º frente del Báltico continuarían el avance en dirección a Narva, Pskov e Idritsa, a fin de hacer retroceder al Ejército 16 y obligar a los alemanes a abandonar la región de Leningrado.

- El frente de Leningrado debía lanzar su ataque principal desde una cabeza de puente costera situada en la zona de Oranienbaum, con el 2.º Ejército de asalto, y desde las elevaciones de Pulkovo y en dirección a Rópscia, con el Ejército 42. Después, estos Ejércitos avanzarían sobre Kingisepp y destacarían parte de sus fuerzas para conquistar Krasnogvardeisk. Mientras tanto, el Ejército 67 debían lanzar un ataque secundario hacia Mga.
- El frente de Vóljov lanzaría su ataque principal con el Ejército 59 desde bases situadas al norte y al sur de Nóvgorod, en dirección a Liuboliada, para cercar y aniquilar a las fuerzas alemanas que se hallaban en los alrededores de Nóvgorod. El Ejército 59 tenía que alcanzar después la línea Luga-Utorgos, para impedir la retirada alemana de Pskov. Los Ejércitos 8 y 54 fragmentarían los refuerzos para las unidades alemanas de Nóvgorod mediante ataques en dirección a Tosno, Liuban y Chudovo.
- El 2.º frente del Báltico utilizaría las fuerzas de su flanco izquierdo para apoderarse de la zona de Pustoska-Idritsa y continuar después hacia Opochka y Sébezh.

Soldados soviéticos en acción en la ciudad de Leningrado. Cuando los alemanes hubieron retirado las unidades del Ejército 11 de Leningrado para reforzar sus líneas más al Sur, el STAVKA decidió, el 12 de enero de 1943, desencadenar una ofensiva con el fin de romper el bloqueo en torno a la ciudad. *(Novosti Press Agency)*



Infantes alemanes en acción en la región de Leningrado. En el curso de los combates de enero-febrero de 1944, el Ejército ruso causó graves pérdidas al Grupo de Ejércitos del Norte: aniquiló 3 divisiones, capturó 7200 hombres, 189 carros de combate, 1800 piezas de artillería, 4660 ametralladoras y otro material. *(Ullstein)*

● La Escuadra del Báltico debía prestar todo su apoyo a las fuerzas terrestres en la cabeza de puente de Oranienbaum; además, los buques y la artillería costera proporcionarían una ayuda constante al frente de Leningrado en el transcurso del ataque a las defensas enemigas, y el apoyo aéreo correría a cargo de la aviación naval.

● Un Ejército de guerrilleros de más de 35.000 hombres efectuaría a su vez acciones continuas de reconocimiento y atacaría las vías de abastecimientos y de comunicación alemanas y a las tropas aisladas.

Carros de combate: una fuerza seis veces superior

En el período inmediatamente anterior al comienzo de la ofensiva, los Ejércitos soviéticos destinados a esta operación eran numéricamente superiores al enemigo en la proporción de 2,7 a 1; su artillería era asimismo 3,6 veces superior (sin contar los lanzacohetes), y el número de los carros de combate era 6 veces mayor. La densidad media de bocas de fuego en las zonas de penetración era de 125 piezas de artillería y morteros (con calibre superior a los 76 mm) por kilómetro de frente en el sector del 2º Ejército de asalto y de 137,5 piezas de artillería y morteros en el sector del Ejército 42.

En cuanto al Ejército 59 del frente de Vóljov tenía una superioridad de 3,3 a 1 en hombres, de 3,5 a 1 en artillería y de 11 a 1 en carros de combate.

El 2.º Ejército de asalto, atrincherado en la cabeza de puente de Oranienbaum, fue el primero en empezar la ofensiva. El 13 de enero por la noche se bombardearon las defensas enemigas y a la mañana siguiente comenzó la preparación artillera: se lanzaron contra el adversario 100.000



Soldados de ingenieros soviéticos retirando minas de las calles de un suburbio de Leningrado, después de la retirada de las fuerzas alemanas. El fin del asedio de Leningrado permitió a los rusos hacer llegar refuerzos a la ciudad y a las tropas que la defendían, mejorando así sensiblemente la situación en aquel sector del frente. *(Archivo Rizzoli)*

granadas. Luego el Ejército inició la ofensiva hacia Rópscia.

El mal tiempo hizo que el apoyo aéreo fuera insuficiente, y por añadidura las tropas se resentían de su falta de experiencia en acciones efectuadas contra tan sólidas defensas; no obstante, las unidades del 2.º Ejército, atacando en un frente de 10 km, avanzaron más de 3 km sobre su dirección principal, se apoderaron de la posición avanzada de la zona principal de defensa y, en algunos puntos, penetraron en la segunda línea.

Al día siguiente, los alemanes lanzaron al combate nuevas fuerzas de reserva para cerrar la brecha y los combates se hicieron muy intensos. La infantería enemiga, apoyada por los carros, contraatacaba continuamente, mas sin conseguir detener el avance ruso. Hacia la tarde del tercer día, el 2.º Ejército de asalto irrumpió en el área principal de defensa en una profundidad superior a los 8 km y ensanchó al mismo tiempo la brecha hasta 24 km.

El día 15 de enero, unidades del Ejército 42 lanzaron su ofensiva desde las elevaciones de Pulkovo, después de un intenso bombardeo durante el cual la artillería de las fuerzas terrestres y la de la Escuadra del Báltico dispararon 220.000 proyectiles. El combate en las elevaciones de Pulkovo fue muy encarnizado, pues el enemigo, protegido por fuertes defensas, ofrecía una desesperada resistencia.

El 16 de enero por la mañana, las fuerzas soviéticas siguieron avanzando, se apoderaron de Aleksandrovka y continuaron progresando para cortar la carretera de Krásnoie Seló a Pushkin. Durante todo el día, el Ejército 42 avanzó victoriosamente y hacia el atardecer del 17 de enero la zona principal de defensa del enemigo, frente al sector central, había sufrido una penetración que en, muchos puntos, alcanzaba una profundidad de 8 km.

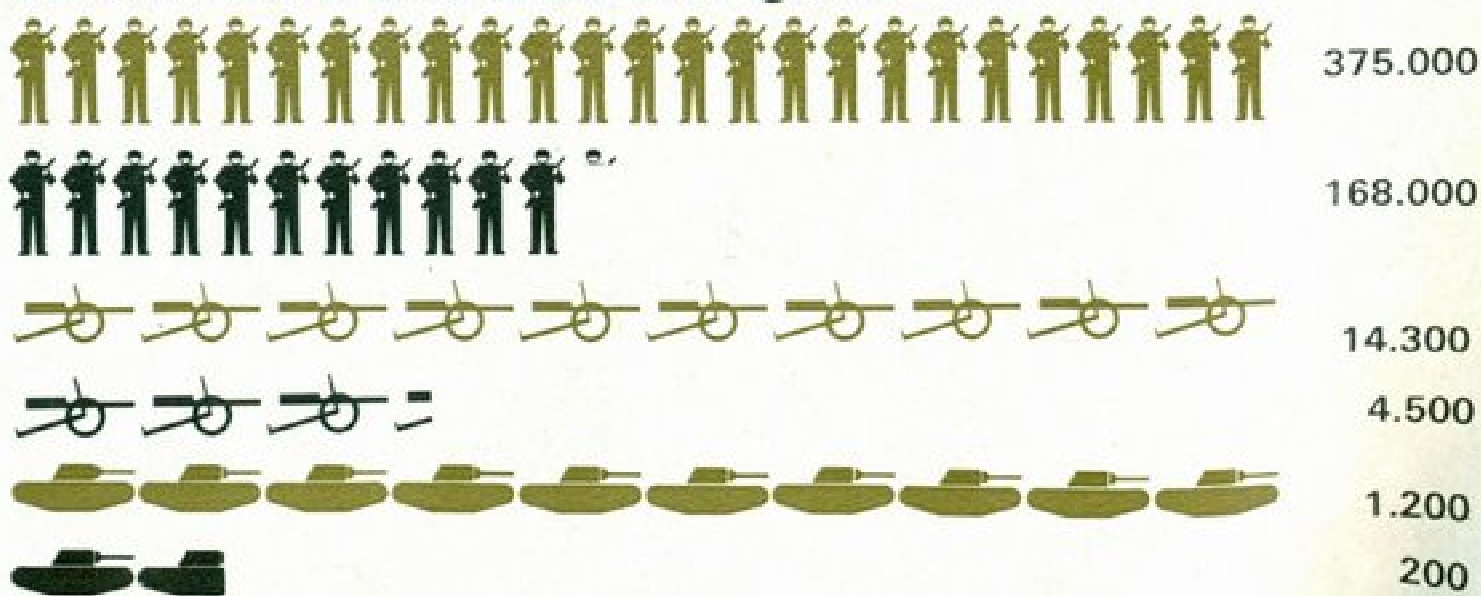
El 17 de enero por la mañana, unidades del 2.º Ejército de asalto se habían apoderado de varios pueblos y continuaban su marcha hacia Rópscia. Era evidente que la resistencia alemana empezaba a ceder y la *Wehrmacht* retiraba ya algunas unidades, tratando de afianzarse en la zona de Krásnoie Seló.

Una de las zonas más sólidamente fortificadas era la de Voronia Gora, la zona más elevada en las proximidades de Leningrado, en la que también había muchos puestos de observación situados en casamatas. Allí se encontraban asimismo muchas de las unidades de artillería pesada que habían bombardeado la ciudad, y las vías de acceso estaban protegidas por alambradas y por campos minados. Este era el obstáculo que las unidades de la 63ª División Guardia (Ejército 42) debían atacar. Y dichas unidades, a pesar de la furiosa resistencia encontrada, consiguieron conquistar el importante reducto el 19 de enero por la mañana. El mismo día, el Ejército 42 se apoderaba, en un audaz asalto, de Krásnoie Seló, mientras unidades del 2.º Ejército, apoyadas por la artillería de largo alcance de la Escuadra del Báltico, liberaban Ropscia.

El 19 de enero por la tarde, unidades avanzadas del 2.º Ejército de asalto enlazaron con las del Ejército 42, en las proximidades de Russko-Visotski (a 8 km al sudeste de Krásnoie Seló), y el 20 de enero por la mañana las tropas de ambos Ejércitos unían sus fuerzas en la zona de Rópscia. Así se completó el envolvimiento de los restos de las fuerzas alemanas en la zona de Petergof-Strelna y al día siguiente, con el esfuerzo conjunto de los dos Ejércitos, se derrotaba a dichas fuerzas.

Durante los seis días de la ofensiva, las fuerzas del frente de Leningrado avanzaron 24 km y la artillería alemana, que había bombardeado Leningrado desde la zona de Dudergof-Voronia Gora, dejó de amenazar la ciudad. En el transcurso de todos los combates, las tropas del frente de Leningrado dieron pruebas de gran valor: el 15 de enero, el primer día de la ofensiva lanzada por el Ejército Guardia, se hallaba al frente de su pelotón durante un ataque cerca de Pulkovo, cuando

Arriba: la ofensiva de los frentes de Leningrado y de Vóljov, iniciada el 14 de enero de 1944 y que duró seis semanas, se desarrolló con un ritmo cada vez más arrollador; con la ayuda del frente del Báltico, penetró en las imponentes líneas defensivas alemanas en una profundidad de 190-270 km, rechazando a las fuerzas adversarias a la línea Narva-Pskov-Óstrov. Allí, el Ejército ruso se vio forzado a establecerse definitivamente y a prepararse para acciones posteriores. Debajo: para romper el asedio de Leningrado los rusos desplegaron una masa imponente de fuerzas. En relación con los alemanes, tenían una superioridad de 2,7 a 1 en hombres y de 3,6 en artillería; además, el número de carros de combate era casi seis veces mayor.



SE ROMPE EL BLOQUEO

1943

12 de enero: los frentes de Leningrado y de Vóljov atacan el saliente de Schlüsselburg-Siniavino.

18 de enero: los dos frentes se unen para formar un corredor de 8 a 11 km de ancho entre el Ladoga y la línea del frente. Leningrado queda unida al resto del país por una línea férrea.

1944

14 de enero: el 2º Ejército de asalto (frente de Leningrado) ataca desde la cabeza de puente de Oranienbaum. El Ejército 59 (frente de Vóljov) ataca hacia Nóvgorod, pero sólo alcanza progresos limitados.

15 de enero: el Ejército 42 (frente de Leningrado) ataca desde las alturas de Pulkovo.

16 de enero: se conquista Aleksandrovka; se corta la carretera Krásnoie Seló-Pushkin.

19 de enero: unidades del 2º Ejército de asalto y del Ejército 42 se encuentran cerca de Krásnoie Seló y se libera Ropsa. El Ejército 59 corta la carretera hacia Nóvgorod.

20 de enero: el Ejército 59 conquista Nóvgorod.

21 de enero: son aniquiladas las fuerzas alemanas en la zona de Petergof-Strelna. Toma de Mga.

21-29 de enero: toma de Pushkin, Slutsk, Krasnogvardeisk, Liuban y Chudovo. Queda abierto el ferrocarril Moscú-Leningrado.

27 de enero: las salvas de 324 cañones saludan el fin del bloqueo.

1 de febrero: se conquista Kingisepp, y las fuerzas soviéticas alcanzan el río Narva.

12 de febrero: ocupación de Luga.

18 de febrero: toma de Stáraia Russa.

26 de febrero: ocupación de Pórjov. El Ejército ruso comienza a reorganizar sus fuerzas sobre la línea Novorzhev-Pustoska.

dos casamatas enemigas amenazaron con detener el ataque. Voljov avanzó arrastrándose hasta una de ellas y la redujo al silencio con su mosquetón automático, pero no le quedaban municiones para hacer lo mismo con la segunda. Entonces se levantó, se precipitó corriendo hacia la casamata, y cubrió con su cuerpo la tronera ante los ojos de sus compañeros.

El 14 de enero, cuando el Ejército de asalto lanzó su ofensiva, atacaron también unidades del Ejército 59. Pero el mal tiempo dificultaba una acción coordinada del fuego de la artillería y del apoyo aéreo. Por esta razón, así como porque algunas unidades no se movieron a tiempo y porque el empleo de los carros de combate dejaba mucho que desear, una ofensiva del citado Ejército 59, al norte de Nóvgorod, lanzada desde una cabeza de puente situada en la orilla occidental del río Vóljov, no obtuvo el efecto deseado y se avanzó algo menos de un kilómetro y medio.

Las unidades del flanco izquierdo del Ejército 59 operaron al sur de Nóvgorod con más éxito; el 13 de enero, por la noche, cruzaron ordenadamente el lago Ilmen, helado, y sin preparación artillera, llegaron a la orilla occidental. Antes del amanecer, se habían asegurado una cabeza de puente de 4 km de profundidad. El enemigo contraatacó con gran energía, pero se trasladaron unidades frescas al norte y al sur de Nóvgorod y el 17 de enero la zona principal de la defensa alemana se había derrumbado.

Temiendo la posibilidad de un envolvimiento de sus fuerzas en Nóvgorod, los alemanes empezaron a mandar unidades de otros sectores del frente para cerrar la brecha. Mientras tanto, fuerzas del Ejército 54 (frente de Vóljov) lanzaron una ofensiva hacia Liubana, a fin de disminuir la presión ejercida sobre el Ejército 59. Así lograron inmovilizar al enemigo e impidieron el movimiento de sus fuerzas.

Algunas unidades del Ejército 59 continuaron abriéndose camino, combatiendo, a través de un terreno boscoso y pantanoso, y el 19 de enero habían conseguido cortar las rutas que conducían a Nóvgorod; al día siguiente se apoderaron de la ciudad, destruyendo las unidades alemanas que no habían conseguido retirarse y capturando más de 3000 oficiales y soldados, 182 piezas de artillería, 120 morteros, 635 ametralladoras y 263 vehículos.

Las fuerzas soviéticas necesitaron unos cuantos días más para aniquilar la resistencia enemiga organizada en las restantes líneas defensivas. Hacia fines de enero de 1944, las fuerzas del frente de Leningrado alcanzaron el curso inferior del río Luga y, después de encarnizados combates, consiguieron cruzarlo en varios puntos. Simultáneamente, algunas unidades del frente de Vóljov estaban avanzando hacia Luga y Scimsk. El enemigo se vio precisado a retirarse a unos 100 km de Leningrado y a casi 80 de Nóvgorod: el 21 de enero se conquistó Mga, importante nudo ferroviario; el 24 del mismo mes los alemanes tenían que retirarse de Pushkin y de Slutsk (Pavlovsk); Krasnogvardeisk (Gátchina) y Torno se liberaron el 26 de enero; Liuban, centro ferroviario, cayó el 28 de enero, y, con la toma de Giudovo, ocurrida el 29 de enero, la línea ferroviaria que unía Leningrado con Moscú estaba ya completamente abierta.

Fin del asedio épico

Se había roto al fin el bloqueo de Leningrado. El Ejército ruso acababa de despedazar el inexpugnable «muro septentrional», el «anillo de hierro» del bloqueo, como los alemanes llamaban a su formidable defensa, y la tarde del 27 de enero de 1944 unas 324 piezas de artillería dispararon salvas para celebrar el final del asedio. El pueblo de Leningrado, agotado después de aquel largo sitio, que había durado 28 meses, se lanzó a la calle, por primera vez sin temor a las bombas y a las granadas alemanas.

Pero la ofensiva no había terminado. Tras llegar al río Luga, el Ejército ruso continuó avanzando, sin detenerse, aunque los alemanes se negaban todavía a aceptar la derrota. El 23 de enero, Radio Berlín refería: «Hemos reorganizado nuestras fuerzas sin interferencias por parte del enemigo». En los días que siguieron los alemanes continuaron hablando de reorganización de sus fuerzas, y aun cuando habían tenido que retirarse a más de 300 km de Leningrado, el periódico del Ejército 18 publicó un artículo titulado *Éxito del combate defensivo de nuestro Ejército*, en el que la retirada de las tropas alemanas se presentaba como un brillante ejemplo de táctica militar. El Alto Mando alemán concentraba ahora sus esperanzas en la línea defensiva del Luga, fuertemente guarnecida por divisiones de refresco.

Sin embargo, después de una breve preparación artillera, algunas unidades del 2.º Ejército ruso forzaron el paso de dicho río al norte y al sur de Kingisepp, y el día 1 de febrero conquistaron la ciudad por asalto, alcanzaron el río Narva, lo cruzaron y se aseguraron cabezas de puente en la orilla izquierda.

El 12 de febrero, el Ejército 67 del frente de Leningrado, operando en conjunción con unidades del frente de Vóljov y con partisanos, rechazó repetidos contraataques enemigos y ocupó la ciudad de Luga.

Al día siguiente el STAVKA disolvió el frente de Vóljov, y las fuerzas del frente de Leningrado, después de romper la línea defensiva del Luga, iniciaron la persecución de los alemanes hacia Pskov. El avance continuó hasta que, antes de fines de febrero, las fuerzas soviéticas alcanzaron la línea defensiva Narva-Pskov-Óstrov. Se lanzó inmediatamente un asalto contra estas ciudades, pero fue en vano, por lo que entonces el Ejército ruso se vio obligado a establecerse defensivamente y a prepararse para las posteriores operaciones.

Mientras se desarrollaban estas operaciones en gran escala, también los ataques del 2.º frente del Báltico obtenían notables éxitos. Entre los días 12 y 14 de enero de 1944 se había lanzado una ofensiva al oeste y al norte de Novosokolniki, y el 29 se conquistó la ciudad, importante nudo ferroviario. Aunque no ganaron mucho terreno, las fuerzas soviéticas consiguieron inmovilizar al Ejército 16, impidiendo que pudiese reforzar al Ejército 18. Cuando las tropas del frente de Leningrado, después de la ocupación de Luga, empezaron a avanzar hacia Pskov, también el 2.º frente del Báltico inició la persecución del Ejército 16 alemán en retirada. La ciudad de Stáraia Russa se ocupó el 18 de febrero; Cholm cayó el 21 y Porjov el 26 del mismo mes. A fines de febrero, las fuerzas del frente, junto con los Ejércitos del frente de Leningrado, se aproximaron a **la zona fortificada de Pskov-Óstrov y pasaron a la defensiva en la línea de Novorzhev-Pustoska.**

El desmoronamiento de los alemanes en la batalla de Leningrado representó una fase muy importante en la historia de la gran guerra patriótica. **En el curso de los combates, que duraron seis semanas, el Grupo de Ejércitos Norte alemán había sufrido una aplastante derrota.**

Además, las pérdidas sufridas por los alemanes habían sido graves: durante la ofensiva, las fuerzas soviéticas aniquilaron tres divisiones del Ejército 18 y habían obligado a retirarse a las restantes, así como también a cinco divisiones del Ejército 16. Entre el 14 de enero y el 14 de febrero se hicieron 7200 prisioneros, se capturaron 189 carros de combate, más de 1800 piezas de artillería, 4660 ametralladoras, unos 22.000 fusiles y mosquetones automáticos y material de otros tipos. Durante la batalla, los partisanos ayudaron mucho a las tropas soviéticas, operando en la retaguardia de los alemanes. Interrumpieron las comunicaciones del enemigo, atacaron sus guarniciones y liberaron ciudades, pueblos y estaciones ferroviarias. Por lo general, las acciones de los partisanos se llevaban a cabo en estrecha colaboración con las fuerzas regulares de la línea del frente. Así, a principios de febrero de 1944, ocho brigadas de partisanos, que sumaban 17.000 hombres, lucharon en cooperación con las fuerzas del frente de Vóljov, a las que se les había confiado la misión de conquistar Luga. Cada brigada operaba en una zona específica y debía llevar a cabo cometidos bien definidos.

El resultado de esta campaña fue que las vías de acceso a Leningrado, por el Sur y por el Sudeste, habían quedado completamente libres de enemigos, si bien éstos amenazaban aún las vías de acceso a la ciudad por el Norte. Esta parte de la región de Leningrado estaba ocupada todavía por las fuerzas finlandesas, que combatían al lado de Alemania, participando en el bloqueo de la ciudad. Por ello, durante el verano de 1944, las tropas del frente de Leningrado y del frente de Carelia (junto con la Escuadra del Báltico y las flotillas de los lagos Ladoga y Onega) asestaron dos golpes sucesivos al Ejército finlandés. Los finlandeses tuvieron que retirarse casi 120 km en el istmo de Carelia. Cuando estas operaciones se completaron, pudo decirse que había desaparecido la última amenaza para Leningrado y que terminaba definitivamente el largo calvario de la ciudad.

VALENTIN KOBALCIUK
Historiador militar soviético, nacido en 1916. Combatió durante la segunda Guerra Mundial y actualmente es profesor adjunto e investigador científico, en la sección de Leningrado, de la Academia de Ciencias soviéticas, en la sección de historiografía. Es autor de varios libros y artículos sobre la defensa de Leningrado y uno de los autores de la *Historia de Leningrado*.



Italia, septiembre 1943-enero 1944

LA RETIRADA HACIA CASSINO

LA VERSION ALEMANA



Rudolf Böhmler

Cuando los Aliados invadieron el sur de Italia, Hitler estaba convencido de que tan sólo pretendían utilizar aquellas regiones como trampolín de lanzamiento para una invasión de los Balcanes. En un principio había pensado retirarse del sur de la península y constituir una insuperable barrera defensiva en el Norte; pero la habilidad con la que combatía Kesselring sus batallas defensivas y la lentitud de los Aliados le hicieron cambiar de idea. Entonces confió el mando de todo el sector operativo italiano a Kesselring, quien hizo afluir hombres y material a los montes de Italia central, y en consecuencia los dos bandos se prepararon para el choque de Montecassino.

En el transcurso de la primavera y del verano de 1943, mientras la situación bélica en el Mediterráneo empeoraba para el Eje, se fueron trasladando al sur de Italia grandes contingentes de tropas alemanas. La caída de Mussolini indujo a Hitler a situar divisiones germanas en toda la mitad septentrional del país. Las fuerzas septentrionales estaban bajo el mando del *Feldmariscal* Rommel (Grupo de Ejércitos B), mientras que las tropas alemanas dislocadas en Italia central y meridional, incluyendo las fuerzas aéreas y navales, se hallaban bajo el mando del *Feldmariscal* Kesselring.

Al final de la campaña de Sicilia, las unidades de que Kesselring disponía en el Sur y alrededor de Roma estaban constituidas por 3 divisiones motorizadas, 3 *Panzerdivisionen* y 2 divisiones paracaidistas; estas divisiones se encuadraron en el Ejército 10, mandado por el general von Vietinghoff, que comprendía el XIV y el LXXVI *Panzerkorps* y el XI *Fliegerkorps*. Las fuerzas de la *Luftwaffe* se integraron en la 2ª *Luftflotte*, del *Feldmariscal* von Richthofen, y todas las fuerzas navales se confiaron al almirante Meendsen-Bohlken.

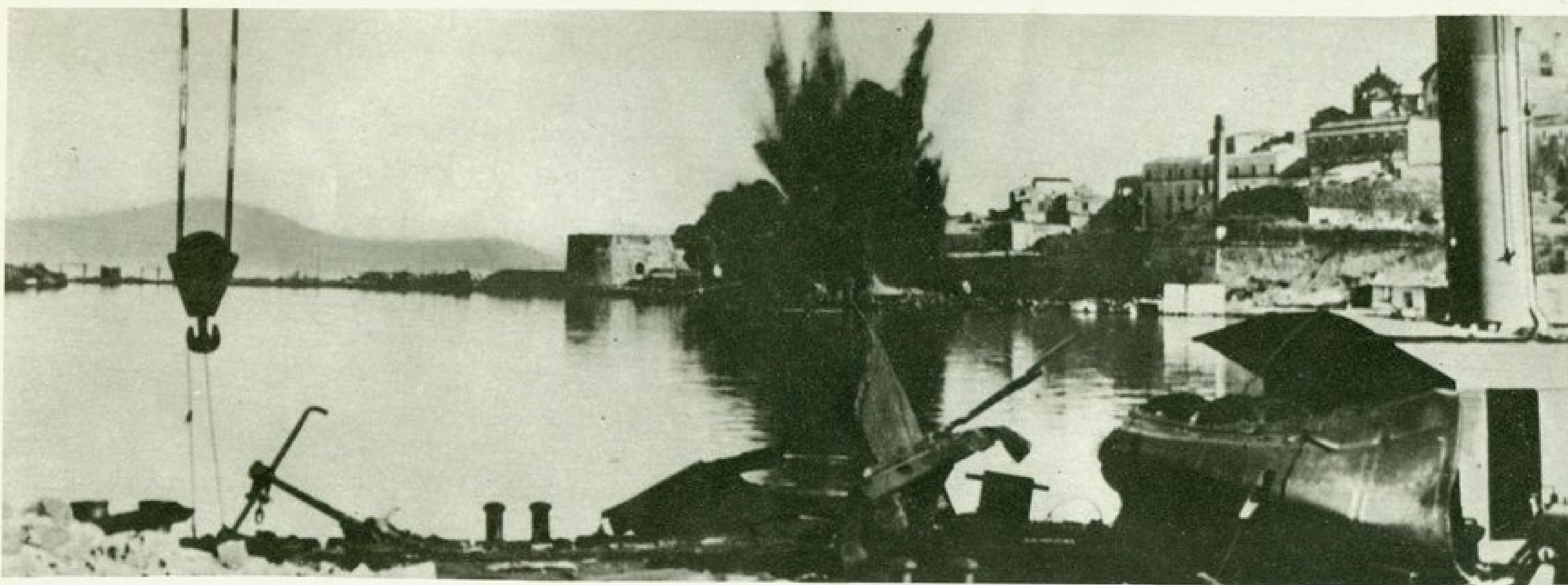
En el sur de Italia se encontraba también el Ejército 7 italiano, y, al norte de la península el Ejército 5. Sin embargo, ninguna de estas grandes unidades podía considerarse como un serio obstáculo para enfrentarse con un posible desembarco aliado.

Las divisiones del *Feldmariscal* Kesselring estaban desplegadas desde la punta meridional de Calabria hasta el lago de Bolsena, al noroeste de Roma:

- Calabria se había confiado a la 26ª *Panzerdivision* y a la 29ª División *Panzergrenadier;*
- de Apulia se encargaba la 1ª División paracaidista, que había quedado bastante debilitada después de los combates en Sicilia;
- en el golfo de Salerno se encontraba la 16ª *Panzerdivision;*
- al norte de Nápoles estaban desplegadas la 15ª División *Panzergrenadier* y la *Panzerdivision Hermann Goering;*
- alrededor de Roma se hallaba la 2ª División paracaidista y la 3ª División *Panzergrenadier;*
- en Cerdeña se encontraba la 90ª División *Panzergrenadier* y, en el centro de Córcega, la brigada reforzada *Reichsführer*.

Los italianos habían concentrado en Roma una importante fuerza, constituida por cinco excelentes divisiones, y en caso de que decidieran pasarse a los Aliados, ello podría constituir un grave peligro para los alemanes que se encontraban más al Sur. Por otra parte, aunque el Gobierno de Badoglio había confirmado varias veces su lealtad al Eje, quedaba por saber cómo y en qué medida ayudarían las fuerzas italianas a los alemanes contra un posible desembarco aliado. El 7 de septiembre, el ministro de la Marina de Guerra italiana, almirante de Courten, aún aseguraba a Kesselring que las unidades italianas zarparían, dentro de unos días, para combatir contra la *Mediterranean Fleet*. Y, en efecto, el 8 de septiembre la Escuadra italiana zarpó, pero no para combatir, sino para refugiarse, sin que lo supieran los alemanes, en la isla de Malta.

Mientras estaban en todo su apogeo los combates en Sicilia, Kesselring había dado por seguro un desembarco aliado en Calabria. Sin embargo, Montgomery no parecía tener prisa. Hasta el 3 de septiembre de 1943, por la mañana, después de una potente preparación artillera, no envió al otro lado del estrecho de Mesina al Cuerpo de Ejército XIII británico (constituido por la División 5 inglesa y por la División 1 canadiense). El desembarco en las playas no halló resistencia,



En el curso de su lenta retirada de Italia meridional, iniciada a consecuencia de los desembarcos aliados en septiembre de 1943, los alemanes llevaron a cabo una sistemática obra de demolición de todas las instalaciones portuarias de las ciudades abandonadas, para impedir su utilización por parte de las fuerzas angloamericanas. (Ullstein)

y sólo cuando penetraron un poco hacia el interior, las fuerzas aliadas encontraron la oposición de la 29ª División *Panzergrenadier*. La División 5 inglesa no consiguió más que pequeños progresos en aquel terreno montañoso. En las primeras horas del día 8 de septiembre, la Brigada de infantería 231 inglesa desembarcó en las proximidades de Pizzo, en la costa occidental de Calabria, con el fin de cortar la retirada a los alemanes, pero la brigada inglesa encontró una tenaz resistencia, y no pudo amenazar, ni mucho menos, a la División *Panzergrenadier*. En cambio, los canadienses consiguieron resultados más rápidos y brillantes: el 8 de septiembre se aseguraron el dominio de la parte más estrecha de la región, cerca de Catanzaro.

Aquel mismo día, la 1ª División aerotransportada inglesa ocupó la ciudad y el puerto de Tarento. Las tropas habían sido transportadas por mar en seis unidades de guerra aliadas, una de las cuales, la inglesa *Abdiel*, chocó con una mina y se hundió.

Lo mismo que en los combates de Sicilia, durante los desembarcos en el continente mandó las fuerzas de desembarco aliadas, constituidas por el Ejército 5 americano y el Ejército 8 inglés, el general británico sir Harold Alexander, el vencedor de la campaña del Norte de África.

Del 5 de septiembre en adelante, los convoyes del Ejército 5 americano zarparon de los puertos norteafricanos y sicilianos. Las dos divisiones británicas, la 46 y la 56, se embarcaron en Bizerta y en Trípoli, y las divisiones americanas 36 y 45 en Orán y en Palermo. El almirante americano Hewitt, que mandaba la formación de desembarco, reunió sus unidades en el sector meridional del Tirreno el 8 de septiembre: en total 450 buques, con 169.000 soldados y 20.000 vehículos a bordo, zarparon hacia la costa meridional italiana.

Aquel mismo día por la tarde, grandes formaciones de bombarderos aliados, cuyo objetivo era, evidentemente, paralizar el sistema de mando alemán, atacaron los puestos de mando de los *Feldmariscales* Kesselring y Richthofen (situados en Frascati, cerca de Roma). Ya el día anterior, el reconocimiento aéreo alemán había comunicado que una formación de desembarco aliada estaba en navegación. Pero ¿dónde desembarcarían los Aliados? Todos los comandantes alemanes estaban obsesionados por este dramático interrogante. Y precisamente el 8 de septiembre, a las 18,30 horas, mientras los jefes alemanes estaban preocupados por este problema, llegó, como un rayo, el comunicado radiofónico de Badoglio: Italia había capitulado. Era evidente que entre la rendición italiana y la inminente invasión existía una estrecha relación. Poco después, aquella misma tarde, cuando Kesselring se enteró de que la escuadra de desembarco estaba aún navegando frente a Nápoles, comprendió que los Aliados no iban a desembarcar en Roma, sino en el sur de Italia, probablemente en el golfo de Salerno. Kesselring consideró que la invasión de las fuerzas angloamericanas comenzaría aquella misma noche. Así, pues, la situación se había aclarado; pero quedaban aún sin contestar dos interrogantes: ¿conseguirían las escasas fuerzas alemanas impedir el desembarco? ¿cómo se comportarían los italianos, los que hasta entonces habían sido sus aliados?

En cuanto se conoció la decisión italiana de rendirse, Kesselring dio instrucciones para que se empezara a poner en práctica el plan de emergencia «Achse» (Eje). Sus oficiales y sus soldados comenzaron a desarmar sistemáticamente a las fuerzas italianas. La operación se llevó a cabo sin ningún contratiempo grave; sólo las cinco divisiones italianas situadas alrededor de Roma se dispusieron para ofrecer resistencia a los alemanes. Y Roma era de importancia crucial para el mando alemán, puesto que por ella pasaban todas las carreteras que unían al Norte con el previsto frente de invasión en el Sur, así como todas las líneas telefónicas de larga distancia.

Por lo tanto, era indispensable conservar el control de la situación alrededor de Roma a fin de tener la posibilidad de rechazar con éxito el desembarco aliado en Nápoles. Así, en el curso de la noche entre el 8 y el 9 de septiembre, la 2ª División paracaidista y la 3ª División *Panzergrenadier* se prepararon para atacar la capital. Pero, al día siguiente, los italianos ofrecieron la rendición de la ciudad; las divisiones italianas depusieron las armas y los soldados volvieron a sus casas. El camino hacia el golfo de Salerno estaba abierto.

Hitler se decide

Lo que más preocupaba a los jefes alemanes era cómo defender los Balcanes e Italia con un mínimo de fuerzas. Resultaba imposible abandonar todo el territorio italiano, puesto que ello repercutiría negativamente en la posición alemana en Francia y en los Balcanes, y al mismo tiempo tendría consecuencias, asimismo negativas, en el terreno político, en el militar y en el económico. Alemania debía conservar, por lo menos, la llanura paduana, región que esperaba poder defender en un frente que corría a lo largo del Apenino toscano y una línea que enlazaba Pisa con Rimini, pasando por Florencia.

Esto era, según el *Feldmariscal* Rommel, lo que la situación requería. En opinión de Kesselring, Hitler aceptó por completo este plan. De cualquier modo, es evidente que, desde el momento en que se produjo el desembarco aliado en Salerno, Hitler estuvo dispuesto a arriesgar la misma existencia de las fuerzas alemanas que se encontraban en el sur de Italia antes que reforzarlas con unidades del Grupo de Ejércitos de Rommel.

Esta actitud de Hitler es aún más difícil de explicar si se tiene en cuenta que el *Führer* estaba firmemente convencido de que los Aliados pensaban utilizar el sur de Italia como un trampolín de lanzamiento para una invasión de los Balcanes a través del Adriático. Se trataba de una posibilidad que también había sopesado antes con Kesselring. Pero lo que más preocupaba a este último, ante la perspectiva de que los Aliados conquistasen el sur de Italia, era que de esta manera se asegurarían utilísimas bases aéreas para intensificar la guerra aérea contra el sur de Alemania, Austria y los Balcanes. Por lo tanto, afirmaba la necesidad de impedir que los Aliados utilizaran los aeropuertos italianos, incluso los que se encontraban más al Sur. En cambio, según el plan de Hitler y de Rommel, las fuerzas alemanas deberían retirarse lentamente del Sur y del centro y dirigirse hacia la línea de los Apeninos, cuya defensa se había asignado a Rommel. Al mismo Rommel se le confiaría, después, el mando supremo de las fuerzas alemanas en Italia, mientras que el Estado Mayor del comandante del sector meridional quedaría disuelto.

No obstante, después de los combates de Salerno, Hitler cambió de idea. Kesselring había sorteado, con habilidad no prevista, la situación de emergencia creada por la rendición italiana y la invasión aliada. Ahora era evidente que los Aliados no lo deseaban demasiado o no eran capaces de invadir la parte central de la península en una rápida campaña. Por lo tanto, Hitler acabó por aceptar el plan de Kesselring, nombrándole, el 21 de noviembre, comandante en jefe del sector sudoccidental (Grupo de Ejércitos C) y confiándole

Con objeto de abrirse camino hacia Roma, en octubre de 1943, el Ejército 5 norteamericano, al mando de Clark, y el Ejército 8 británico, a las órdenes de Montgomery, lanzaron ataques masivos contra las posiciones alemanas. Pero la resistencia enemiga, lo abrupto del terreno, que ofrecía a los alemanes sólidas posiciones defensivas, y las condiciones atmósfericas crearon serios obstáculos para las fuerzas aliadas. Hasta diciembre de 1943, los angloamericanos, pagando un altísimo precio por ello, no lograron alcanzar la Línea Gustav, donde quedarían inmovilizados hasta mayo.



M. ADRIÁTICO
Pescara
Gran Sasso d'Italia
DIV. 90 PZ. GR.
Chieti
Ortona 27 de dic.
L'Aquila
LÍNEA ROMA
Fossacesia 30 de nov.
Lanciano
DIV. 1 CAN.
Mozzagrogna
28 de nov.
20 de noviembre de 1943: el EJÉRCITO 8 atraviesa el Sangro
Guardiagrele
DIV. 2 NEOZEL.
DIV. 65
LXXVI PANZERKORPS (Herr)
M. Sirente
Vasto 5 de nov.
2/3 de octubre desembarco de "comandos"
DIV. 2 NEOZELANDESA
M. Amaro
Celano
Sulmona
San Salvo
Casalanguida
16ª PANZERDIVISION
Avezzano
Termoli
DIV. 78
DIV. 1 PARACAIDISTA
Palmoli
EJÉRCITO 10 (Vietinghoff)
CUERPO DE EJÉRC. V (Allfrey)
DIV. 29 PZ. GR.
10 de nov.
5 de nov.
Castiglione Messer Marino
Montefalcone del Sannio
Roccaraso
DIV. 1 PARACAIDISTA
Montes Ernici
Agnone
DIV. 8 INDIA
M. Arazzecca
Castel di Sangro
24 de nov.
Trivento
LÍNEA GUSTAV
Alfedena
Sora
EJÉRCITO 8 (Montgomery)
DIVISIÓN 5
CUERPO DE EJÉRC. XIII (Leese)
DIV. 1 CANADIENSE
Frosinone
Arpino
Atina
Isernia
5 de nov.
26ª PANZERDIVISION
Campobasso
Arce
DIVISIÓN 305
Cantalupo nel Sannio 1 de nov.
DIV. 1 CANADIENSE
DIV. 34 USA
504º BÓN PARACAIDISTA
Vinchiaturo
Montecassino
Cassino
DIV. 3 PANZERGRENADIER
2 de nov.
Venafro
DIV. 45 USA
Montes del Matese
XIV PANZERKORPS (Hube)
M. Sammucro
S. Pietro Inf.
M. Lungo
M. Rotondo
M. Maggiore
M. Cesima
Sant'Ambrogio s. Gar.
DIV. 15 PANZERGRENADIER
M. la Defensa
M. Camino
6 de dic.
Presenzano
Piedimonte d'Alife
Fondi
Montes Aurunci
M. Petrella
Volturno
S. Marco dei Cavoti
M. Sta. Croce
DIV. 36
26ª PANZERDIVISION
DIVISIÓN 94
Dragoni
M. Acero
Minturno
Teano
M. Maggiore
DIV. 45 USA
Garigliano
Sessa Aurunca
Gaeta
Sparanise
Caiazzo
Incursión efectuada por "comandos" el 30 de diciembre
M. Massico
Alturas de Triflisco
DIV. 3 PZ. GR.
Benevento
PANZERDIV. H. GOERING
Capua
DIV. 3 USA
DIV. 34 USA
CUERPO DE EJÉRC. VI USA (Lucas)
Mondragone
15 de oct.
Grazzanise
DIV. 15 PANZERGREN.
Caserta
13 de octubre de 1943: el EJÉRCITO 5 USA atraviesa el Volturno
DIV. 56
Castel Volturno
DIV. ACORAZADA 7
DIV. 46
Aversa
EJÉRCITO 5 USA (Clark)
MAR TIRRENO
CUERPO DE EJÉRC. X BRITÁNICO (Mc Creery)
Nápoles
Vesubio
Golfo de Nápoles
Ataques aliados
Límite de sector entre los Ejércitos aliados
Línea "Barbara"
Línea Bernhard (Línea Reinhard)
km

el mando del despliegue italiano. Mientras se desarrollaba la batalla de Salerno, Kesselring ya había comenzado a prever medidas para posteriores operaciones defensivas. En efecto, ordenó que se retrasase el mayor tiempo posible el avance aliado hacia Nápoles, a fin de ganar el tiempo suficiente para preparar posiciones defensivas retrasadas capaces de retardar el posterior avance hacia Roma; se debía mantener a los Aliados lejos de la capital por lo menos hasta la primavera siguiente. El 10 de septiembre ya había decidido sobre qué líneas debía desarrollarse la acción defensiva en caso de que se hiciera necesaria una retirada de las fuerzas alemanas del sur de Italia. El 16 del mismo mes comunicó al Ejército 10 que la línea del Volturno, al norte de Nápoles, y el sector de Biferno, en el Adriático, deberían defenderse por lo menos hasta el 15 de octubre.

Incluso antes, mientras estaba en curso la campaña de Sicilia, se había reconocido, más al Noroeste, la llamada Línea Gustav. Se trataba de una zona, de 12 km de profundidad en su punto más estrecho, que corría, en sentido diagonal, a través de la península, partiendo de la desembocadura del río Garigliano, pasaba por Cassino, siguiendo el río Rápido, cruzaba los montes de los Abruzos y seguía, finalmente, el curso del río Sangro hasta su desembocadura en el Adriático. Allí debía detenerse el avance aliado; y para ello Kesselring envió a la zona diversas unidades de zapadores para que comenzasen inmediatamente las obras de fortificación.

Delante de dicha línea pasaba la Línea Reinhard, conocida también como Línea Bernhard y, entre los Aliados, como «línea de invierno». En esta última, los alemanes pensaban retrasar al máximo la ofensiva aliada, a fin de ganar el mayor tiempo posible para preparar la Línea Gustav. El punto central de la Línea Reinhard estaba constituido por la garganta de Mignano y por las dos cumbres que la dominan: el Monte Camino y el Monte Sammucro. Pero no se disponía por entonces ni del tiempo ni de los hombres necesarios para fortificarla.

Si los Aliados, al final, conseguían hundir la Línea Gustav y presionar sobre Roma, el plan preveía que todas las fuerzas alemanas se retirasen sistemáticamente del sur y del centro de Italia para establecerse en la Línea Verde que cruzaba el Apenino toscano, y se prepararan para el enfrentamiento decisivo.

El primer objetivo de los Aliados era asegurarse el control del sector del Volturno, y el general Clark confió este cometido al Cuerpo de Ejército VI, del general Lucas, desplegado en el ala derecha. Las grandes unidades de primera línea eran la División 45, del general Middleton; la 34, del general Ryder, y la 3, del general Truscott. A la izquierda de éstas, el Cuerpo de Ejército X británico, mandado por el general McCreery, dominaba el sector que se extendía hasta la costa, pues disponía de tres grandes unidades para el paso del río: la División 56 del general Templer, la 46 del general Hawkesworth y la Acorazada 7 del general Erskine.

Frente al Ejército 5 americano se encontraban las cuatro divisiones del XIV *Panzerkorps*, del general Hube. Para ser más exactos, el sector costero estaba defendido por la 15ª División *Panzergrenadier*, del teniente general Rodt; a su izquierda se encontraba la *Panzerdivision Hermann Goering*, del general Conrath, seguida a su vez por la 3ª División *Panzergrenadier*, del general Gräser; en el extremo izquierdo del frente estaba situada la 26ª *Panzerdivision*, del general von Lüttwitz.

A 54 km de Cassino

La noche del 12 al 13 de octubre, después de un intenso fuego de preparación de 600 cañones, el Ejército 5 se lanzó hacia adelante. Pronto, las dos divisiones del flanco derecho se aseguraron el control del Volturno sin demasiada dificultad; pero la División 3 chocó con una tenaz resistencia alemana en Triflisco, en el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército VI americano.

En el sector británico, el ataque de la División 56, al oeste de Capua, no obtuvo resultado alguno, y los contraataques de la 15ª División *Panzergrenadier* detuvieron el avance de la División Acorazada 7. Sólo la División 46, que constituía el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército X británico, consiguió que pasaran a la otra orilla del río tres de sus batallones.

No obstante, la resistencia alemana se debilitó en el curso del día 14 de octubre, y, al atardecer, el Ejército 5 había cruzado el curso bajo del Volturno en casi todo su frente. En los días siguientes, el Cuerpo de Ejército VI americano avanzó bastante, pero la 15ª División *Panzergrenadier* y la *Panzerdivision Hermann Goering* consiguieron retrasar notablemente el avance del Cuerpo de Ejército X británico. El 19 de octubre, las unidades avanzadas americanas se encontraban ya a más de 30 km al norte de Capua, mientras que el flanco derecho inglés no alcanzó Sparanise hasta el día 25.

Así, el Ejército 5 se encontraba ya a 54 km de Cassino. Entonces, el 25 de octubre, el general Clark decidió interrumpir el ataque para reagrupar sus fuerzas y reanudar la ofensiva contra la Línea Reinhard el 31. Retiró la División 45 americana de su flanco derecho para desplegarla detrás de la 34, mientras que las «ratas del desierto» desplegaban en el sector costero y la División 46 inglesa lo hacía en la posición que estos últimos ocupaban antes.

También los alemanes estaban reforzando su frente, preparándose para la inminente batalla. La División de infantería 305 desplegó en la parte montañosa de la Línea Reinhard, entre Pozzillo y Castel di Sangro, y la 94 ocupó el sector del Garigliano, que ya formaba parte de la Línea Gustav. En cambio, a la *Panzerdivision Hermann Goering* la retiraron del frente y a la 26ª *Panzerdivision* la trasladaron más al Norte. A ambos lados de la vía Casilina, preparada para resistir el choque del ataque previsto, estaba desplegada la 3ª División *Panzergrenadier*, mientras que la 15ª se encontraba algo más al Sur.

El 31 de octubre, el Ejército 5 americano reanudó la ofensiva. Después de obligar a los puestos avanzados alemanes a replegarse sobre la Línea Reinhard, la División 45 conquistó Venafro y la 34 Pozzillo. El monte Cesima, situado al norte de vía Casilina, corría ahora el peligro de un ataque lanzado por el Norte. Sin embargo, el 4 de noviembre, la División 3 americana lanzó un ataque frontal contra el citado monte, inmovilizando a los defensores. El Batallón III del 6º Regimiento de paracaidistas alemán contraatacó inmediatamente; pero no consiguió desalojar a los americanos, y así, el 5 de noviembre, los alemanes ya habían perdido definitivamente aquella zona.

Soldados alemanes situando en posición de tiro un mortero asentado entre un terraplén y una casa, asegurándose, de este modo, una valiosa protección contra los disparos efectuados por el enemigo. (Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)



El Cuerpo de Ejército X británico, por su parte, sólo consiguió avances locales reducidos en su ataque contra el imponente macizo del monte Camino, por lo que esta cima, que domina la garganta de Mignano, permaneció en manos de la 15ª División *Panzergrenadier*.

Mientras tanto, con la pérdida de Pozzillo y del monte Cesima, conquistados por los americanos, se había creado una peligrosa brecha en la Línea Reinhard; la situación empeoró aún más para los alemanes cuando el Cuerpo de Ejército VI americano obligó al flanco derecho de la División de infantería 305 germana a replegarse a una posición defensiva sobre las dos vertientes del monte Pantano. Estas infiltraciones en el frente defensivo del XIV *Panzerkorps* exigían contramedidas rápidas, y por ello, el 8 de noviembre, la 26ª *Panzerdivision* alcanzó por la derecha el sector de la División de infantería 305. Del 11 al 16 de noviembre la 29ª División *Panzergrenadier* sustituyó a la malparada División 3, asumiendo el cometido de defender la garganta de Mignano y el monte Sammucro, en el sector central.

Pero a todo eso, el Cuerpo de Ejército X británico empezaba a revelar claros signos de cansancio. Desde el desembarco en Salerno, sus divisiones habían perdido aproximadamente el 40 % de sus efectivos. Los combates en las proximidades de la Línea Reinhard fueron acompañados por lluvias incesantes, y, además, ya empezaba a aparecer la nieve en las cumbres más altas de los montes. Llanuras y valles estaban cubiertos de una espesa capa de barro, y todos los ríos iban crecidos. Asimismo, después de combatir mucho tiempo en condiciones tan desfavorables, el Ejército 5 americano precisaba una larga pausa; por ello, el 15 de noviembre, el general Clark decidió aplazar indefinidamente la ofensiva.

El ataque británico en tenaza

Después de la caída de Foggia, la 1ª División paracaidista alemana, que había quedado aislada en Apulia, tuvo que hacer frente al Cuerpo de Ejército XIII británico (general Leese), que avanzaba en un frente de unos 50 km; mientras tanto, desde Benevento, la 29ª División *Panzergrenadier* se ponía lentamente en marcha para ayudarla, cruzando una difícil región montañosa. El ataque británico se desarrolló a lo largo de dos direcciones: mientras la División 78 procedía en dirección a Termoli, pasando por San Severo, la División 1 canadiense lanzó su ataque en la dirección Lucera-Vinchiaturo-Campobasso. El día 1 de octubre, la División 78 británica conquistó Serracapriola, y al día siguiente los canadienses aparecieron entre las montañas, en Motta.

Entonces Heidrich retiró su división detrás del río Biferno. En el curso de los combates que siguieron se dio cuenta de que la amenaza más grave se cernía sobre la ciudad y el puerto de Termoli, por lo que decidió atacar con un grupo de combate que comprendía artillería y tropas de ingenieros. Sin embargo, la 2ª Brigada de servicios especiales inglesa, que llegó inesperadamente a Termoli por mar, arrolló a esta unidad. En cuanto entraron en la ciudad, los ingleses se pusieron en contacto con su División 78, que ya había formado una cabeza de puente al otro lado del Biferno; el flanco izquierdo de los paracaidistas alemanes se encontraba así gravemente amenazado.

El *Feldmariscal* Kesselring decidió entonces trasladar apresuradamente a la 16ª *Panzerdivision* de sus posiciones en el Volturno a Termoli, a fin de recuperar el dominio de la situación con un eficaz contraataque. Pero el Ejército 10 tardó de-

masiado en mandar la división, que no llegó a Termoli hasta el 5 de octubre. Durante la noche siguiente, la Brigada 36 de la División 78 británica desembarcó en el puerto de Termoli, y, al mismo tiempo, los ingleses acababan la construcción de un puente sobre el río Biferno, lo que les puso en condiciones de atacar directamente a la 16ª *Panzerdivision*. Esto anuló la eficacia del contraataque alemán.

Pero fue este contraataque lo que convenció al general Alexander de que Kesselring se preparaba para defender sistemáticamente todo el sur de Italia. La perspectiva de una resistencia más decidida en aquel sector significaba que iba a ser bastante difícil llegar a Roma. Y precisamente la conquista de la capital italiana era algo más que un deseado objetivo estratégico: para los Aliados se trataba de una cuestión de prestigio político. Churchill, especialmente, estaba pidiendo enérgicamente su conquista.

Pero el general Montgomery no consiguió aprovechar la ocasión propicia que le ofrecía el resultado favorable del golpe lanzado contra Termoli. El 5 de octubre, le había pedido permiso a Churchill para suspender, por el momento, su ofensiva a lo largo de la línea Termoli-Campobasso, a fin de organizar mejor el flujo de abastecimientos al Ejército 8 antes de lanzarse en fuerza contra Roma. Pero en aquel momento las defensas alemanas de la vertiente adriática aún eran débiles, y al Ejército 8 le habría sido fácil arrollarlas con una operación rápida y enérgica; posteriormente, tras duros combates en condiciones atmosféricas adversas, conseguiría ocupar aquella zona.

Montgomery aprovechó en cambio la siguiente pausa para agrupar a sus grandes unidades. En el sector derecho del frente del Ejército 8 desplegó el Cuerpo de Ejército V británico, constituido por la División 78 inglesa y la División 8 india, recién llegada. Al sur desplegó el Cuerpo XIII, que comprendía la División 5 inglesa y la 1 canadiense.

Los alemanes desplegaron frente al Ejército 8 el LXXVI *Panzerkorps*. La 16ª *Panzerdivision* tenía a su cargo el sector costero, e inmediatamente más al Sur se encontraba la 1ª División paracaidista. Más allá de ésta estaba desplegada la 29ª División *Panzergrenadier*, y en el flanco derecho se encontraba la 26ª *Panzerdivision*.

Montgomery pensaba reanudar la ofensiva a fines de octubre, pero los preparativos se vieron dificultados, durante semanas, por la incesante lluvia y todas sus consecuencias. El 27 de octubre la División 78 inglesa inició un ataque por la costa, pero fue rechazada por la obstinada resistencia de la 16ª *Panzerdivision*. Las malas condiciones atmosféricas obligaron al Cuerpo de Ejército XIII británico a posponer su ofensiva, y hasta la noche del 29 al 30 de octubre los canadienses no pudieron atacar a la 26ª *Panzerdivision*; Cantalupo nel Sannio cayó en sus manos el 1 de noviembre.

La lluvia continuaba cayendo; pero, a pesar de todo, el Cuerpo de Ejército V británico reanudó la ofensiva. El día 4 de noviembre ocupó el pueblo de San Salvo, arrebatándoselo a la 16ª *Panzerdivision*, y al día siguiente entró en Vasto.

El LXXVI *Panzerkorps* se vio obligado a replegarse sobre el río Sangro. Al otro lado de dicho río ya había, recién terminadas, las fortificaciones de la Línea Gustav, y el Ejército 8 tendría que prepararse cuidadosamente antes de poderlas atacar.

Fue aproximadamente por aquellos días cuando Churchill se resignó a la idea de abandonar toda esperanza de marchar contra Roma antes de que terminara el año 1943.

Operación «Raincoat»

El defensor más convencido de la conveniencia de un avance hacia Roma era el general Alexander, que se daba cuenta plenamente del significado militar y político de tal operación. Sin embargo, en noviembre, la División Acorazada 7 inglesa y la División Aerotransportada 82 americana fueron sustraídas de su mando y trasladadas a Gran Bretaña, lo que constituyó un duro golpe para sus planes.

No obstante, como compensación, el Ejército 5 americano recibió la División Acorazada 1 y el 1er Cuerpo de servicios especiales, unidad preparada exprofeso para la guerra en montaña. Además, el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército II americano, a las órdenes del general Keyes, dejó Sicilia para unirse al Ejército 5, y también estaba prevista, para principios de diciembre de 1943, la llegada de un contingente de tropas coloniales francesas: la División 2 de infantería marroquí.

El 28 de noviembre, en el curso bajo del río Sangro, el Ejército 8 británico lanzó la ofensiva contra el flanco derecho de la Línea Gustav. Los éxitos iniciales de Montgomery obligaron a los jefes alemanes a enviar a la 26ª *Panzerdivision* al sector adriático y sustituirla en la Línea Reinhard por la División de infantería *Hoch und Deutschmeister*, formada principalmente por tropas austríacas. La División de Montaña 5 alemana, destinada a operar en los altos montes de los Abruzos, estaba alcanzando también la zona asignada.

La noche del 1 al 2 de diciembre, la División 46 inglesa inició un ataque, conquistando, después de una dura lucha, Calabritto. Pero el ataque propiamente dicho no comenzó hasta el 2 de diciembre por la tarde, precedido por un intenso fuego de preparación artillera. A las 16,30 horas, la artillería aliada, que disponía de 925 piezas, abrió un denso fuego contra el monte Camino y las elevaciones circundantes, concentrando su fuego, de una manera especial, contra las posiciones del 104° Regimiento *Panzergrenadier*.

En las primeras horas del 3 de diciembre, unidades aliadas salieron de sus posiciones para emprender la escalada del monte Camino. La División 56 inglesa atacó por el Sur, apoyada por contingentes de la 46 y por un regimiento acorazado. Al mismo tiempo, *Rangers* americanos y el 1er Cuerpo de servicios especiales atacaron por la vertiente oriental. También entró en acción un regimiento de la División 36 americana. La batalla duró todo el día, y el 6 de diciembre, los Aliados se habían asegurado el dominio completo de la montaña.

El ataque contra el pilar septentrional, el monte Sammucro, y contra el largo y estrecho monte Lungo, que domina directamente la vía Casilina, lo lanzó, el 8 de diciembre, el Cuerpo de Ejército II americano. También intervino en el ataque contra dicho monte la 1ª Agrupación motorizada italiana (de entidad Brigada) a las órdenes del general Dapino: era la primera unidad italiana que tomaba parte en los combates contra sus antiguos aliados. Pero esta unidad y la División 36 americana, que se le unió en el intento de conquistar monte Lungo, se econtraron con la tenaz resistencia de la 29ª *Panzergrenadier*, y hasta el 16 de diciembre no consiguieron asegurarse el dominio de la altura. Aquel mismo día cayó también el monte Sammucro, conquistado por la División 36 americana, apoyada por el 504º Regimiento paracaidista.

El punto crítico de la campaña

Las operaciones ofensivas del Cuerpo de Ejército VI americano, sobre el flanco derecho del Ejército 5, se consideraban más como acciones de apoyo para el Ejército 8 británico que como parte de la acción del mismo Ejército 5 hacia la Línea Gustav. Por lo tanto, el Cuerpo de Ejército VI no estaba en condiciones de envolver el flanco izquierdo del XVI *Panzerkorps*, y, además se encontraba ante enormes problemas relacionados con la naturaleza del terreno, puesto que estaba operando ya en una zona de alta montaña. En los primeros días de la ofensiva sólo consiguió avanzar muy limitadamente; pero los éxitos comenzaron a producirse cuando, el 12 de diciembre, la División 2 de infantería marroquí, del general Dody, desplegó en el sector de la División 34 americana. Cinco días después, las fuerzas marroquíes le arrebataron a la División 305 alemana el tácticamente importante monte Pantano.





Foto superior: Roccamonfina, en la provincia de Caserta, destruida en gran parte a consecuencia de los combates de que fue escenario. Foto inferior: carros de combate alemanes que se dirigen a la línea del Garigliano, durante un descanso de las tripulaciones. *(Archivo Rizzoli - Südd Verlag)*

Pero en el frente alemán, la División de Montaña 5 se situó a la derecha, en la zona operativa comprendida en el sector de la División 305. Las fuerzas marroquíes efectuaron otros intentos para hundir la Línea Gustav, a ambos lados de la carretera Colli-Atina, pero las tropas de montaña alemanas las detuvieron poco antes de llegar a San Biagio. Más al Sur, la División 45 americana consiguió algunos progresos contra la División 44 alemana. Finalmente, el 22 de diciembre, los americanos conquistaron el monte Cavallo.

El día 4 de enero de 1944 el Cuerpo de Ejército II americano reanudó sus ataques a ambos lados de la vía Casilina, y el VI continuaba ejerciendo una fuerte presión. Metro tras metro, el XIV *Panzerkorps* se vio obligado a replegarse hacia la Línea Gustav. También se retiró de la línea del frente a la 29ª División *Panzergrenadier*, y a mediados de enero todos sus elementos estaban desplegados en la línea defensiva. Con todas estas operaciones la campaña del sur de Italia llegó a su punto crítico.



RUDOLF BÖHMLER

Nacido en Stuttgart en 1914. Dos años después de entrar en la *Reichswehr* como oficial aspirante fue promovido al empleo de teniente. En 1938 entró voluntario en las recién constituidas unidades paracaidistas, y después de estallar la guerra participó en las grandes operaciones de los paracaidistas alemanes en Holanda, Creta y Sicilia. En la primavera de 1944 combatió en la batalla de Montecassino, y al terminar la guerra mandaba el 4° Regimiento paracaidista en Italia. Actualmente escribe sobre temas militares y vive en Stuttgart y Tübingen.

Italia, octubre-noviembre, 1943

EL PASO



Martin Blumenson

Tras penetrar en el sur de Italia, en octubre de 1943, y después de asegurarse el dominio del puerto de Nápoles y de los aeródromos de Foggia y desplegar a lo largo de los ríos Volturno y Biferno, los Aliados debían decidir si continuarían remontando la península italiana y, en caso afirmativo, saber hasta dónde. La directiva de los jefes del Estado Mayor conjunto se limitaba a afirmar que el general Dwight D. Eisenhower, comandante en jefe aliado, debía eliminar a Italia de la guerra (objetivo ya conseguido) y mantener empeñado el mayor número posible de divisiones alemanas. Careciendo de objetivos geográficos específicos, la campaña de Italia se transformó, según la opinión restrospectiva del general H. B. L. Alexander, en «un gran ataque de contención».

Sin embargo, eran los objetivos los que daban una finalidad a las operaciones y determinaban la entidad del material necesario para llevarlas a cabo; por ello, durante casi todo el verano y comienzos del otoño de 1943 los políticos, comandantes y oficiales de Estado Mayor aliados examinaron y discutieron los resultados a los que podría conducir un asentamiento favorable en el sur de Italia.

Antes de la invasión de Sicilia, los estrategas aliados consideraban que los alemanes no reforzarían una Italia ya en plena fase de colapso y que, después de un desembarco en la península, se retirarían al Apenino septentrional. Su previsión coincidía con el «deseo muy intenso» que Winston Churchill tenía de liberar Roma. «Sólo Roma –escribió– podría satisfacer las exigencias de la campaña de este año».

La rápida conquista de Sicilia indujo a los Aliados a prever que sería posible efectuar un fácil avance hacia el norte de Italia y, desde allí, lanzar operaciones terrestres y anfibias contra el sur de Francia y los Balcanes. Eisenhower preconizaba a su vez la conquista de la llanura paduana para garantizar la seguridad de las bases aéreas creadas en diversas partes de Italia.

Pero a fines de agosto, el optimismo de Eisenhower se esfumó. A pesar de que su objetivo inmediato era Nápoles, la proyectada invasión comenzada en Salerno tenía como objetivo lejano Roma, y ahora opinaba que, teniendo en cuenta la entidad de las fuerzas enemigas y los riesgos que entrañaban los desembarcos, la conquista de sólidas cabezas de puente en Nápoles y en Foggia ya sería un buen resultado. Sin embargo, todavía estaba convencido de la necesidad de conti-

DEL VOLTURNO

Teóricamente, la invasión de Italia por parte de los Aliados debía hacer de gigantesco imán para sustraer el mayor número posible de divisiones del Eje de la costa del canal de la Mancha y del frente oriental. Sin embargo, Roma ejercía una especie de fascinación hipnótica en el mando aliado, y la trabajosa victoria de Salerno se convirtió así en el simple preludio de una continuación de las operaciones. El primer obstáculo que se interponía en el camino de los Aliados era el río Volturno, que sólo lograron cruzar después de un mes de encarnizados combates, al final de los cuales el Ejército 5 quedó tan agotado que necesitó un mes de descanso y el envío de refuerzos para poder efectuar ulteriores ataques.

nuar hacia el Norte, puesto que una situación de equilibrio, con los Ejércitos enemigos desplegados pasivamente uno frente al otro y separados por una tierra de nadie, era simplemente inconcebible. Una situación estática, equilibrada, no conseguiría mantener empeñado a un gran número de fuerzas alemanas. Por lo tanto, o los Aliados echaban a los alemanes de Italia o serían ellos los echados. Eisenhower comunicó a los jefes de Estado Mayor, que participaban en la conferencia «Quadrant» de Quebec, que más allá de Nápoles el avance de las fuerzas aliadas sería «lento y fatigoso». La posibilidad de un hundimiento rápido en dirección a los Alpes era un «pensamiento muy agradable, pero... con el que no se podía contar con seguridad».

Los jefes del Estado Mayor conjunto comprendieron que el avance aliado por Italia sería lento; pero insistieron en la importancia de conquistar los aeródromos situados en los alrededores de Roma. Incluso el general Marshall, que tenía sus dudas sobre el valor de la campaña de Italia, convino en que Roma debía ser conquistada lo antes posible. Partiendo de este planteamiento tan optimista, los jefes del Estado Mayor conjunto dieron instrucciones a Eisenhower para que comenzase a estudiar los planes preliminares para la invasión del sur de Francia, operación que debía efectuarse durante o después de la campaña de Italia. Todos suponían que antes de la primavera de 1944 las fuerzas aliadas habrían obligado a las alemanas a retirarse de la línea Pisa-Ancona.

Durante los días de incertidumbre que precedieron al desembarco de Salerno, Eisenhower ya informó a los jefes del Estado Mayor aliado que probablemente las fuerzas aliadas tendrían que efectuar gradualmente un avance a lo largo de la península italiana. Y cuando en la cabeza de puente de Salerno la situación se hizo crítica, declaró que tal vez un avance por las zonas montañosas del sur de Italia sería demasiado difícil para justificar los sacrificios que ello supondría: hacer frente a los alemanes en alguna otra zona quizás podría conducir a resultados más rápidos y a un coste menor.

No obstante, cuando la batalla de Salerno se resolvió en un triunfo aliado, Eisenhower informó a Marshall de que los alemanes estaban tal vez demasiado «agitados» para establecerse en una posición defensiva al sur de Roma. Todos los elementos de juicio de que se disponía daban a entender que estaban efectuando un repliegue en gran escala. Después de Roma no habría ninguna zona adecuada para una defensa prolongada antes de la línea Pisa-Rimini.

El día 1 de octubre, Eisenhower expresó su esperanza de poder encontrarse al norte de Roma dentro de seis u ocho semanas. Tres días después, él y Alexander ya suponían que las tropas aliadas entrarían en Roma a fines de mes. Y como tenía pensado trasladar su puesto de mando de Argel a Nápoles, Eisenhower decidió entonces esperar para poderse «establecer directamente en Roma».

Pero, a partir del 7 de octubre, todas las esperanzas de que los alemanes se limitarían a llevar a cabo una acción retardadora en el sur y en el centro de Italia se hundieron totalmente: aquel día se comprobó que divisiones alemanas se estaban desplazando desde el norte de la península para apoyar a las fuerzas desplegadas al sur de Roma. Así, pues, los alemanes se estaban preparando para ofrecer resistencia al avance aliado; pero ¿dónde? «Es evidente –comunicó Eisenhower a los jefes del Estado Mayor conjunto– que tendremos que luchar con gran energía antes de que podamos alcanzar Roma».

¿No era mejor entonces detener a las tropas en los ríos Volturno y Biferno?

Eisenhower creía que no. Roma y sus aeropuertos eran valiosísimos, y la línea Volturno-Biferno no era lo suficientemente profunda para garantizar la seguridad de Nápoles y de Foggia. La posición mínima aceptable era una línea que pasase bastante más al norte de Roma, y él opinaba que una posición de ese tipo sería difícil de alcanzar.

Roma: objetivo vital

Alexander se mostró de acuerdo con Eisenhower. En su opinión, los alemanes ya habían superado la inquietud producida por la rendición italiana. El país estaba tranquilo, y en lo referente a fuerzas terrestres, Alemania contaba aún con la superioridad numérica. Además, al sur de Roma el terreno se prestaba de forma inmejorable para una guerra defensiva. Desde noviembre de 1942 los alemanes no hacían otra cosa que retirarse: tras dejar El-Alamein, en Egipto, habían cruzado Libia, abandonando Túnez, después Sicilia y, finalmente, las regiones meridionales de Italia. Por lo tanto, ya había llegado el momento de detenerse, aunque sólo fuera por la moral de las tropas. Pero ahora existía, además, una razón política. Los alemanes habían liberado a Benito Mussolini de su prisión y acababan de crear un gobierno presidido por él mismo; en esta situación, conservar Roma como capital de Mussolini significaría reforzar la fachada de su poder restaurado.

Por todas estas razones, a mediados de octubre, los comandantes aliados del frente italiano se habían convencido de que las posibles operaciones al otro lado del Volturno y del Biferno encontrarían una resistencia cada vez más enérgica. Y sin embargo, las peticiones para que se enviasen a Italia más hombres y material recibían una respuesta negativa. Además resultaba difícil enviar abastecimientos a Italia, pues el número reducido de medios de desembarco y de buques, así como la limitada capacidad del puerto de Nápoles y de los otros puertos menores, impedían el desplazamiento rápido de hombres y de material.

A comienzos de octubre, el puesto de mando del Grupo de Ejércitos XV, de Alexander, se trasladó a Bari, asumiendo la dirección de las operaciones terrestres, confiadas al Ejército 5 del general Mark Clark y al Ejército 8 británico del general Montgomery. Separados por montañas que a menudo alcanzaban más de 2000 metros de altura y cuyas cimas estaban ya totalmente cubiertas de nieve, los dos Ejércitos debían actuar de forma independiente.

Alexander definió los objetivos situados más allá de Nápoles y de Foggia como «áreas vitales que comprenden una serie de aeródromos practicables en todas las condiciones atmosféricas, puertos y centros de comunicación». En definitiva, los Ejércitos deberían avanzar codo a codo para alcanzar una línea que, partiendo de Civitavecchia, a unos 80 km al norte de Roma, llegaba hasta San Benedetto del Tronto, a otros tantos km al sur de Ancona; la línea pasaba, pues, mucho más al norte de la capital. Sin embargo, algo muy significativo era que Alexander no hiciera alusión alguna a Roma. Su importancia era tan absoluta e indiscutible que estaba implícita en todas las órdenes. Los signos que indicaban un endurecimiento de la resistencia alemana en el sur de Italia no imponían ninguna modificación en los planes de los Aliados; pues éstos iban a poner en práctica su ofensiva hacia el Norte, hasta Roma y aun más allá. Si disponían o no de los medios para llevar a cabo su plan era algo muy discutible. Pero lo cierto es que no parecía haber otra alternativa.

Como al principio Hitler sólo se preocupó por garantizar la seguridad de las fuerzas alemanas desplegadas en el sur de Italia, había ordenado a su comandante en jefe, *Feldmariscal* Kesselring, que se retirase a los Apeninos septentrionales y, una vez alcanzada la línea Pisa-Ancona, pasase bajo las órdenes del *Feldmariscal* Rommel. Siguiendo estas órdenes, Kesselring dio instrucciones al general Heinrich von Vietinghoff para que, a través de sucesivas líneas defensivas, trasladase el Ejército 10 a la zona de Roma. Esto era la aplicación práctica de la idea estratégica de Rommel, quien consideraba que un frente en el sur de Ita-

lia podía ser envuelto fácilmente por operaciones anfibias aliadas.

Sin embargo, Kesselring deseaba defender la península italiana desde el sur de Roma, y sus ideas ganaron terreno cuando el Ejército italiano dejó de constituir un peligro y el avance de los Aliados pareció contenido. Una prolongada defensa en el sur de Italia retrasaría una posible invasión de los Balcanes, esperada por los alemanes; mantendría más alejados de Alemania a los bombarderos aliados; significaría, asimismo, conservar Roma; además, requeriría menos fuerzas que una línea defensiva en los Apeninos septentrionales. La habilidad demostrada por Kesselring al tratar con las fuerzas italianas que se habían rendido y al obstaculizar a las unidades aliadas, indujo a Hitler a ordenarle, el 17 de septiembre, que prolongase la acción defensiva a lo largo de la Línea Bernhard por «un período más largo de tiempo».

Para decidirse por una de las estrategias contrapuestas que sus comandantes defendían, Hitler los convocó a una reunión, que se celebró el 30 de septiembre y en el transcurso de la cual escuchó sus respectivos puntos de vista. Rommel se mostró pesimista; en cambio Kesselring prometió inmovilizar a los Aliados en el sur de Italia durante un período de 6 a 8 meses; por lo tanto, el 4 de octubre, Hitler ordenó a Kesselring que defendiera con todas las fuerzas disponibles la Línea Bernhard. Rommel debía fortificar una línea en los Apeninos septentrionales y enviar a Kesselring dos divisiones de infantería y algunas unidades de artillería. Y este fue el movimiento de tropas que los Servicios de Información aliados acusaron el 7 de octubre.

Dos días después, Hitler habló de la «importancia decisiva» de la Línea Bernhard, y Vietinghoff, que se había retirado sobre el Volturno y estaba decidido a ganar tiempo para poder preparar defensas adecuadas en su retaguardia, anunció que la Línea Bernhard sería un lugar adecuado para «una decisiva resistencia».

Los alemanes se preparan para resistir

Kesselring le pidió a Vietinghoff que defendiera el río, entre Amorosi y el mar, por lo menos hasta el 15 de octubre. Y Vietinghoff prometió hacerlo. Desde la desembocadura del Volturno hasta un punto situado un poco al este de Grazzanise, la descansada y eficacísima 15ª División *Panzergrenadier* defendía un frente de unos 20 km; un regimiento desplegaba en primera línea, mientras los otros vigilaban la costa hasta la desembocadura del Garigliano para prevenir posibles intentos de desembarco. En el sector central, a lo largo de un frente de unos 26 km, que llegaba casi hasta Caiazzo, desplegaba la *Panzerdivision Hermann Goering*. A la izquierda del Cuerpo de Ejército, los 16 km desde Caiazzo hasta el monte Acero estaban confiados a la 3ª División *Panzergrenadier*, una unidad bastante eficiente que había recibido como refuerzo un batallón, desplegado en el monte Acero.

Las defensas podrían haber sido aún más sólidas si el desembarco anfibio, efectuado por Montgomery en Termoli la noche del 2 de octubre, no hubiera anulado los planes de Vietinghoff. A la mañana siguiente, Kesselring le ordenó que transfiriese la División 16, que en aquel momento estaba preparando fortificaciones a lo largo del Volturno, al otro lado de la península, a fin de apoyar al LXXVI *Panzerkorps*, si bien Vietinghoff, convencido de que los Aliados efectuarían su esfuerzo mayor en dirección a Roma, a lo largo de la carretera nacional n.º 6, prefería mantener a su división acorazada al norte de Capua, donde una victoria aliada podía ser decisiva. Y como una posible victoria angloamericana en el sector adriático tendría una importancia relativamente menor, sugirió que se enviara a Termoli a la 3ª División *Panzergrenadier*, haciendo notar sobre todo que una larga marcha por las montañas desgastaría a los carros de combate.

Pero, quizá por negligencia, ninguna de las dos divisiones se preparó para este traslado. Aquella tarde, al enterarse de que la *Panzerdivision* no estaba cruzando a toda velocidad la península, como él había dispuesto, Kesselring ordenó a Vietinghoff que pusiera inmediatamente en práctica sus órdenes; el día 4 por la mañana, los *panzer* se pusieron al fin en marcha hacia el sector adriático. En la línea del Volturno los sustituyó la 3ª División *Panzergrenadier* que, hacia el 10 de octubre, comenzó, de forma fragmentaria, a establecerse en aquellas posiciones defensivas. El grueso de la división no llegó al lugar hasta que los Aliados emprendieron la operación de paso del río.

Esperando poder cruzar el Volturno antes de que los alemanes terminaran la organización de sus defensas, Clark había intentado continuar el avance al norte de Nápoles a marchas forzadas. Al principio, pidió al general McCreery, cuyo Cuerpo de Ejército X estaba realizando buenos progresos, que cruzase el río sin esperar que llegara por su flanco el Cuerpo de Ejército VI, del general Lucas. Sin embargo, como las continuas lluvias, las demoliciones realizadas por el enemigo y las decididas acciones de retaguardia retrasaban la marcha de aproximación del Cuerpo de Ejército al río, pronto se hizo evidente que no sería posible un ataque rápido e improvisado.

Clark ordenó entonces a Lucas que avanzase. Pero incluso las indispensables acciones preliminares del Cuerpo de Ejército VI americano requirieron más tiempo que el que se había previsto. «Los caminos están cubiertos por una capa de barro tan alta que hacer avanzar a las tropas y abastecerlas es una tarea realmente abrumadora –escribió Lucas–. La resistencia del enemigo no es ni siquiera comparable a la de la madre naturaleza.» Tanto las pésimas condiciones de los caminos como la precisión del fuego artillero alemán contribuyeron a determinar el retraso del ataque. Finalmente, Clark ordenó a McCreery y a Lucas que lanzasen un ataque coordinado el 12 de octubre por la noche. La rapidez era indispensable, pues las lluvias otoñales ya habían provocado el desbordamiento de los ríos, transformando los valles en verdaderos pantanos, y todo hacía suponer que las condiciones atmosféricas iban a empeorar. Alimentando aún la esperanza de no dejar a los alemanes el tiempo suficiente para fortificar la zona situada al otro lado del río, Clark estaba impaciente por avanzar.

Una vez se hubiera cruzado el Volturno, el Ejército 5 debería avanzar unos 65 km por una cadena de alturas escarpadas, por caminos estrechos y tortuosos, para alcanzar el siguiente gran obstáculo natural: los valles de los ríos Garigliano y Rápido; y alcanzada la línea Sessa Aurunca-Venafro, el Ejército 5 se encontraría en las elevaciones que dominaban aquel valle por el Sur. Pero llegar a aquella zona no sería nada fácil: las alturas podían ser defendidas por el fuego cruzado de posiciones que se apoyaban mutuamente, y también sería posible utilizar con eficacia las demoliciones y las minas; además, era lógico suponer que encontrarían puentes destruidos y canales llenos de agua.

En cualquier momento se correría el riesgo de caer en una emboscada, y bastarían algunas armas automáticas para defender fácilmente las pocas vías naturales de avance.

En la línea defensiva del Volturno cada Cuerpo de Ejército se encontraba, a causa del terreno, frente a diferentes problemas. En la región costera (una zona relativamente llana, cubierta por fértiles campos cultivados, por viñedos y olivares), el Cuerpo de Ejército X británico guarnecía un frente de unos 30 km. Por su parte, el Cuerpo de Ejército VI americano estaba dispuesto en un frente de unos 55 km, en una región montañosa caracterizada por picos rocosos y desnudos, gargantas profundas, cordilleras accidentadas y peñascos abruptos.

Con el fin de que el Cuerpo de Ejército VI pudiera cruzar sin contratiempos el río era necesario transferir la División 45 americana de Benevento a la zona de Amorosi, a una distancia de unos 35 km. Esta maniobra proporcionaría una cobertura eficaz al flanco derecho del Cuerpo de Ejército, pues si la división podía remontar después el tramo superior del valle del Volturno por la orilla oriental del río antes del ataque, amenazaría el flanco de las fuerzas alemanas que lo defendían.

La División 45 americana, al mando del mayor general Troy H. Middleton, empezó a descender por el valle del río Calore, avanzando por un corredor de 7 ú 8 km de anchura tan sólo, con alturas impracticables y con caminos en pésimas condiciones. Avanzando lentamente contra retaguardias alemanas que aplicaban con gran habilidad una táctica retardadora, el día 12 la división se aproximó al monte Acero. En este punto, inesperadamente, la resistencia se hizo más dura y se trabó un feroz combate, y aunque al atardecer los alemanes empezaron a retirarse, la División 45 americana necesitó un día más para llegar a la parte superior del valle del Volturno.

Comienza el paso del río

Ante el Cuerpo de Ejército VI americano, entre Amorosi y Triflisco, el Volturno tenía de 50 a 70 m de anchura y de 1 a 1,5 m de profundidad. En muchos puntos era vadeable, pero las aguas impetuosas imponían el uso de embarcaciones, que, por otra parte, las orillas empinadas, de 1,5 a 4,5 m de altura, fangosas y resbaladizas, harían muy difícil echarlas al agua. La vegetación y los olivares que cubrían las elevaciones de la otra orilla proporcionarían excelentes refugios al enemigo; en cambio, los campos abiertos que se extendías por la orilla aliada no permitirían llegar a los puntos de paso con la protección adecuada.

Lucas pensó emplear dos divisiones, una al lado de la otra, en un trecho de río de 25 km. A la izquierda, la División 3 americana debía realizar el esfuerzo principal y apoyar a las fuerzas inglesas que avanzaban por la carretera de Capua a Teano. Por su parte, la División 34 americana, cruzando el río, ayudaría a la División 45, también americana, a alcanzar el trecho superior del valle del Volturno.

En el lado izquierdo, el general de división Lucian Truscott *jr.* eligió dos grupos de elevaciones como puntos vitales para facilitar el intento de la División 3 americana: las elevaciones de las proximidades de Triflisco, que a su vez facilitarían el avance del Cuerpo de Ejército X británico, y la Forca Caruso, que ofrecía a los alemanes un buen punto de observación. Suponiendo que los alemanes esperarían un ataque en la zona de Triflisco, pensó engañarles con un movimiento simulado en aquel sector, lanzando, en cambio, el ataque principal en dirección a la citada Forca Caruso, desde donde podría batir después las elevaciones próximas a Triflisco con un fuego de flanco.

Truscott tomó precauciones especiales para sorprender al enemigo, por lo que no descubrió ni su artillería (la mitad de las piezas permanecieron inactivas durante varios días antes del ataque) ni un regimiento de infantería situado cerca de Caserta.

El 12 de octubre, mientras anochecía y aparecía en el cielo una luminosa luna llena, las patrullas se abrieron paso hacia el río, induciendo de vez en cuando al enemigo a disparar alguna ráfaga o a lanzar una bengala, mientras las unidades de artillería efectuaban su aparentemente normal actividad. En la retaguardia, la infantería de los batallones atacantes se reunió y revisó el equipo especial de que estaba dotada: cables que debían servir como pasamanos de guía para cruzar el río, chalecos salvavidas en *kapok*, botes de goma prestados por la Marina y balsas improvisadas con troncos y pontones. Los ingenieros estaban muy ocupados con las embarcaciones de asalto y los botes neumáticos. Los artilleros estu-

FUERZAS DE CAZA: CLAVE DE LA SUPREMACIA AÉREA

En el verano de 1943, la llegada de grandes contingentes aéreos norteamericanos anuló todas las posibilidades de oposición por parte del adversario, especialmente en la cuenca del Mediterráneo. A la aplastante superioridad numérica se añadía también la calidad de los aparatos norteamericanos, todos ellos de magníficas características; los menos logrados y los más antiguos, como el *Airacobra*, fueron cedidos en gran número por las unidades norteamericanas a las de las Aviaciones aliadas. Los tipos de cazas que presentamos en esta página lucharon en los principales teatros de operaciones y acabaron por imponerse a las poderosas fuerzas aéreas alemanas y japonesas.



Lockheed P-38 Lightning

Llamado por los alemanes *Gabelschwanzteufel* (diablo de dos colas), el *Lightning* empezó a operar en el Mediterráneo a fines de 1942, durante la Operación "Torch". **Velocidad máxima**: 670 km/h. **Autonomía normal**: 725 km. **Armamento**: un pequeño cañón de 20 mm, cuatro ametralladoras de 12,7 mm y varias combinaciones de bombas y cohetes.



North American P-51B Mustang

El *Mustang* fue para la Aviación de los Estados Unidos lo que el *Spitfire* para la RAF, pero con la ventaja de ser mucho más versátil. Se empleó como caza de gran radio de acción, cazabombardero, bombardero en picado, avión de apoyo inmediato y avión de reconocimiento fotográfico. **Velocidad máxima**: 710 km/h. **Autonomía máxima**: 2500 km. **Armamento**: cuatro o seis ametralladoras de 12,7 mm en las alas y dos bombas de 225 kg.



Republic P-47 Thunderbolt

Una de las mayores sorpresas de los pilotos aliados fue comprobar que este rechoncho avión, que pesaba casi el doble que un *Spitfire*, estuviese en condiciones de competir en maniobrabilidad con los más ágiles aviones del Eje. **Velocidad máxima**: 680 km/h. **Autonomía máxima**: 1000 km (sin depósitos suplementarios). **Armamento**: seis u ocho ametralladoras de 12,7 mm en las alas; una bomba de 225 kg.



Bell P-39 Airacobra

Este avión no podía competir con los modelos de caza más modernos, pero operó intensamente con las unidades soviéticas y también con las fuerzas de la Francia Libre y con las cobeligerantes italianas. **Velocidad máxima**: 580 km/h. **Autonomía máxima**: 1770 km. **Armamento**: un pequeño cañón de 37 mm y dos ametralladoras de 12,7 mm en el morro; cuatro ametralladoras de 7,7 mm en las alas.

(John Batchelor)

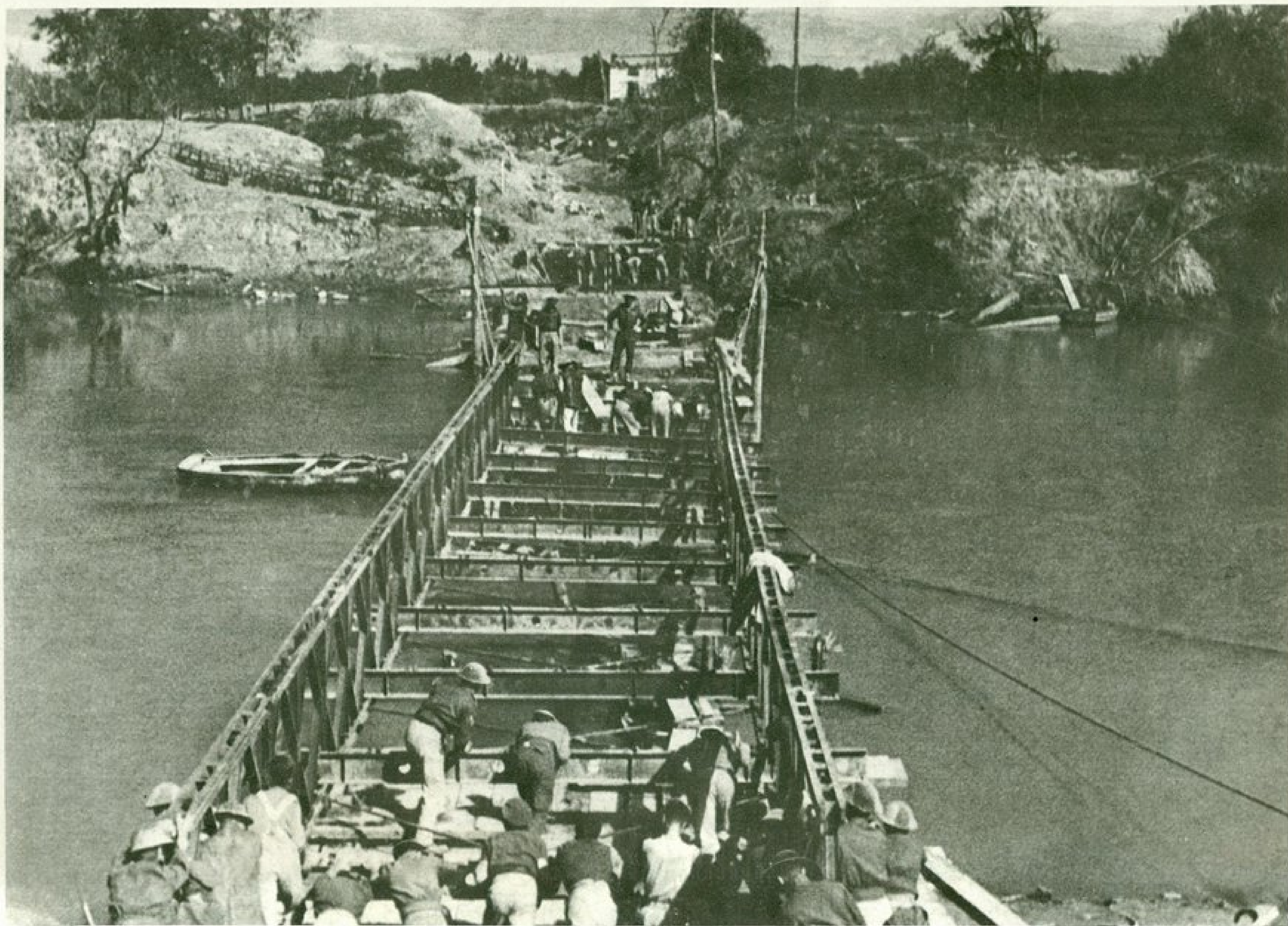
diaban los planes de fuego. Cuando se aproximó la hora «H», los ingenieros cargaron las embarcaciones y las balsas en camiones, los conductores pusieron en marcha los motores y largas columnas de infantería empezaron a dirigirse hacia las zonas de concentración avanzadas.

Los alemanes ya se habían dado cuenta de que aquella noche no sería una noche tranquila como las otras. Podían prever que los ataques se lanzarían en algunos puntos obvios; pero hasta el amanecer no se sabría con exactitud dónde pensaba el enemigo efectuar el máximo esfuerzo. A medianoche, la División 3 americana inició su acción demostrativa contra las elevaciones de Triflisco. Una hora después, la artillería de Cuerpo de Ejército y divisionaria abrió fuego en todo el frente, y, finalmente, a la 1,55 horas del 13 de octubre, los artilleros alternaron las granadas de alto explosivo con las fumígenas, a fin de ocultar los puntos de paso. Pocos minutos antes de que la artillería alargase el tiro, la infantería alcanzó el río, avanzando con dificultad por campos llenos de barro. Y a las dos empezó a cruzarlo.

Mientras los hombres encargados del transporte de las embarcaciones y de las balsas estaban ocupados lanzándolas al agua, algunos grupos cruzaron anticipadamente el río para fijar en la orilla opuesta los cables de guía. El batallón avanzado se reunió en dicha orilla, y dispuestos en columna, los hombres empezaron a remontar el curso. Estallaron algunas minas levantando espectaculares pero relativamente inofensivas columnas de agua y de barro, y cayeron en el río, con pesado chapoteo, varias granadas de artillería. Luego, el batallón desplegó en los campos y se atrincheró, constituyendo así una base de fuego para las sucesivas oleadas, que se dirigían directamente hacia la Forca Caruso.

Las unidades avanzadas llegaron al pie del monte a las 8, después de eliminar varios nidos de ametralladoras y de desalojar a algunos grupos de defensores de los canales de irrigación que se encontraban en su camino. Adecuadamente apoyados por la artillería, comenzaron a subir la cuesta, arrollando la resistencia enemiga que se iba debilitando, y a mediodía las unidades de cabeza se atrincheraron en la cumbre de la Forca Caruso. Pronto llegaron más fuerzas, y la montaña quedó afianzada en manos de los Aliados.

Junto al río, los carros de combate anfibios y los cañones contracarros autopropulsados espe-



Ingenieros británicos tendiendo un puente desmontable «Bailey» sobre el Volturno. El paso del río se realizó en el curso de la noche del 12 al 13 de octubre de 1943, conjuntamente por el Cuerpo de Ejército VI estadounidense y el Cuerpo de Ejército X británico, los cuales, el día 14, pudieron asegurarse sólidas cabezas de puente en la orilla septentrional. (Imperial War Museum)

raban, desde el amanecer, que los *bulldozers* aplanaran las orillas para permitirles el acceso a los puntos de paso; pero el fuego de la artillería alemana obligaba a los *bulldozers* a mantenerse a cubierto. Un mensaje interceptado reveló que era inminente un contraataque, por lo que Truscott ordenó que los medios acorazados pasasen inmediatamente, sin preocuparse por los obstáculos. Al final, usando picos y palas, los ingenieros consiguieron aplanar un pequeño trecho, suficiente para que los carros de combate alcanzaran el agua, y así, hacia las 11, el primer carro llegó al banco de arena de la orilla opuesta. A primera hora de la tarde, 15 carros de combate y tres cañones contracarros autopropulsados se encontraban ya al otro lado.

Como cinco batallones de infantería habían pasado ya el río y estaban avanzando rápidamente hacia los primeros objetivos, el 13 de octubre por la tarde Truscott ordenó que se iniciara también el paso en el sector de Triflisco. Fracasaron los dos primeros intentos; pero, al atardecer, los alemanes se retiraron y los americanos, dándose cuenta del inmediato repliegue, cruzaron el curso de agua rápidamente y subieron las pendientes de las elevaciones.

Tiempo después, Vietinghoff definió este ataque como «muy hábilmente estudiado y enérgicamente puesto en práctica» y lo consideró la acción clave en el Volturno. Tras aniquilar el flanco izquierdo de la *Panzerdivision Hermann Goering*, el 14 por la mañana la División 3 se aseguró el dominio de una cabeza de puente de 6,5 km de profundidad, demasiado fuerte para que los alemanes pudieran aspirar a destruirla.

Bajo el fuego enemigo, los pontoneros prepararon dos puentes en el sector de la División 3: uno de estructura ligera, destinado sobre todo a los *jeeps*, y otro de 8 toneladas, cuya estructura permitía el paso de camiones. Los dos requerían una constante atención para reparar los daños causados por las esquirlas de las granadas enemigas; además, en las primeras horas del día 14, aviones alemanes los bombardearon y ametrallaron, causando nuevos daños; aquel mismo día los ingenieros abrieron al tráfico un puente de 30 toneladas para carros de combate; entonces, como ya funcionaban tres puentes, se suspendió el improvisado servicio de balsas y embarcaciones que hasta entonces habían transportado material, abastecimientos y hombres.

En la zona de la División 34 americana del general Ryder, 96 morteros y cañones iniciaron un fuego de preparación a la 1,45 horas del 13 de octubre, y 15 minutos después la infantería descendía por las orillas y empezaba a vadear el río, a pie o a bordo de medios de asalto. La impetuosa corriente se llevó muchas embarcaciones, y los hombres que vadeaban el cauce, con agua hasta los hombros, perdieron radios, aparatos detectores de minas y de otros tipos, y, al mismo tiempo, el fuego alemán hacía aún más arriesgados los movimientos. Los batallones destinados al ataque necesitaron casi cinco horas para cruzar el río.

El pueblo de Caiazzo resultó ser un importante centro de resistencia, para cuya conquista se requirieron 24 horas. Los alemanes no abandonaron el campo hasta que llegaron cuatro cañones contracarros y proporcionaron a la infantería un apoyo de fuego directo; en otras zonas el avance se llevó a cabo con mayor facilidad. En Amorosi, el fuego de algunos carros de combate alemanes y una bolsa dejada atrás por ellos retardaron, aunque por corto tiempo, el avance aliado; pero al final la División 34 americana alcanzó sus objetivos; según Vietinghoff ello obedeció al hecho de que algunos contingentes de la 3ª División *Panzergrenadier* acababan de llegar a la zona, y cuando el ataque comenzó hacía muy poco que se habían establecido en las posiciones defensivas.

Sin embargo, a pesar del rápido cruce del río, la operación llegó pronto a un punto muerto, pues todas las zonas de paso adecuadas para tender puentes quedaban dentro del radio de la observación y del fuego alemanes. El primer puente no se terminó hasta el 14 de octubre por la mañana; no obstante, después de la conquista de Caiazzo, comenzaron las obras para preparar otro, de 30 toneladas. El día 15 por la mañana, cuando numerosos aviones alemanes efectuaron algunas inútiles incursiones contra ellos, el tráfico se desarrollaba ya normalmente. También la División 34 americana, con sólo 200 bajas, se había asegurado una sólida cabeza de puente de casi 6,5 km de profundidad.

Así todo el Cuerpo de Ejército VI americano había atravesado el Volturno.

En la zona relativamente llana y pantanosa comprendida entre Capua y la costa, el Volturno se había desbordado, inundando la llanura coste-

ra, y el sistema de avenamiento, accionado por bombas, no estaba en condiciones de funcionar. En la otra orilla del río los alemanes disponían de la protección de una franja de olivares, viñedos y bosques, y además el monte Massico, a unos 13 km al Norte, constituía un buen punto de observación. En cambio, el Cuerpo de Ejército X británico no tenía ni protección ni puntos de observación. Las altas orillas del río y los diques limitaban los campos de tiro de los ingleses; todos los caminos y senderos estaban convertidos en barrizales y sólo cuatro carreteras, de fondo deficiente, construidas por encima del nivel de los campos, se hallaban en condiciones de soportar el tráfico de los medios mecanizados; además, con su acostumbrada minuciosidad, los alemanes habían destruido todos los puentes y todas las compuertas.

Como los puntos adecuados para la construcción de puentes quedaban, según ya se ha dicho, dentro del radio de acción de los morteros y de las armas portátiles alemanas y, por otra parte, como durante las horas diurnas cualquier movimiento para llevar a cabo un reconocimiento provocaba una reacción inmediata por parte del enemigo, las patrullas británicas no conseguían ni siquiera pasar el río. Por lo tanto, nadie sabía exactamente la anchura o profundidad que tenía el Volturno en los diversos puntos del frente. Se consideraba que el nivel de agua, normalmente de unos 2 m, podía ser en aquel momento de 0,5 ó 1,5 m superior a lo normal; sin embargo, en algunos puntos, la profundidad podía llegar hasta 4,5 m más allá de lo normal. Se suponía que en los puntos adecuados para tender puentes el río tenía una anchura de unos 75-90 m, con orillas de 3 a 7,5 m de altura.

En un primer momento, McCreery pensó concentrar el esfuerzo mayor a la derecha, para aprovechar las carreteras situadas alrededor de Capua (que parecían estar en mejores condiciones) y apoyar además a la División 3 americana; pero las defensas alemanas de Triflisco se lo impidieron. Entonces, esperando inducir a los alemanes a dispersar sus fuerzas, decidió atacar en un frente amplio, y concentrar el esfuerzo por la izquierda. La División 56 británica debía llevar a cabo una acción demostrativa, abriendo el fuego y haciendo que cruzase el río un batallón; la División Acorazada 7 inglesa lanzaría un ataque de contención en Grazzanise y, a ser posible, trataría de infiltrarse al otro lado del Volturno; por último, la División 46 inglesa debía cruzar el río en un frente de dos brigadas, apoyada por el fuego de algunos buques de guerra y de numerosas embarcaciones de desembarco que transportarían una compañía de carros de combate al otro lado de la desembocadura.

Apoyada por un denso fuego de artillería y por los cañones de las unidades de la Marina, la División 46 inglesa se lanzó al ataque en las primeras horas del 13 de octubre. Después de enormes dificultades, la brigada que se encontraba a la derecha cruzó el río en embarcaciones de desembarco; pero, después de rechazar dos contraataques, sus unidades avanzadas no pudieron resistir el tercero. El enemigo arrolló sus posiciones y los supervivientes tuvieron que luchar encarnizadamente para regresar, como pudieron, a sus filas.

La brigada que se encontraba a la izquierda hizo cruzar el río a dos batallones. Una vez alcanzada la otra orilla, éstos rechazaron un contraataque, se atrincheraron a lo largo de un pequeño canal y esperaron el amanecer, cuando algunos medios de desembarco transportaron más allá de la desembocadura 17 carros de combate. Sin embargo, estos carros fueron de muy poca utilidad: casi todos se empantanaron en el terreno fangoso y otros quedaron fuera de combate a causa de las minas. No obstante, la infantería resistió con tenacidad, y a la mañana siguiente consiguió avanzar un poco más para dejar sitio a los refuerzos que estaban llegando; en efecto, otros cuatro batallones de infantería y algunas piezas de artillería consiguieron pasar el río en dos balsas. Así, el 15 de octubre por la tarde, la División 46 inglesa estaba ya desplegada a lo largo de la orilla del canal Agnena Nuova, a 6,5 km al norte del Volturno.

La División Acorazada 7 inglesa inició una acción demostrativa poco después del anochecer del 12 de octubre, con el fin de atraer hacia la zona a cierto número de fuerzas alemanas, y un pelotón de infantería consiguió tender un cable a través del río. Pero muy pronto los hombres se vieron obligados a volver atrás; sin embargo, como el cable había quedado sujeto, se efectuó otra tentativa. Un pequeño contingente, a bordo de barcas, pasó el río con la ayuda del cable y llegó a la otra orilla, mas también fue inmediatamente rechazado. En cambio, el tercer intento tuvo éxito: al amanecer del día 13 la división había constituido una pequeña cabeza de puente que se ensanchó después, alcanzando una profundidad de unos 1000 m, cuyo resultado fue realmente notable si se tienen en cuenta las pésimas condiciones del terreno.

Cerca de Capua, la División 56 inglesa también dio comienzo a una acción demostrativa en gran escala después del atardecer. Hacia medianoche, una compañía cruzó el río en pequeñas barcas con el propósito de engañar al enemigo; pero el fuego procedente de las elevaciones próximas a Triflisco la obligó a volver atrás. El ataque principal, lanzado cerca del destruido puente ferroviario (un punto de paso evidente que los alemanes mantenían bajo constante observación, pues no existía en las proximidades ningún otro lugar adecuado), chocó en seguida con una encarnizada resistencia. Los primeros asaltantes se vieron obligados a volver atrás, y el comandante de división, considerando que la intensidad del fuego alemán hacía imposible cruzar por aquel punto, ya no efectuó ningún otro intento. Informado de esto, el día 14 por la mañana Clark desplazó más hacia la derecha el límite del sector entre los Cuerpos de Ejército, asignándole a la división 56 británica uno de los tres puentes construidos por la División 3 americana. Aquella misma tarde, la División 56 cruzó el Volturno, uniéndose a las demás unidades del Ejército 5 americano que estaban intentando avanzar por la cresta que se erguía entre ellos y los ríos Rápido y Garigliano. Una vez pasados estos ríos, el Ejército intentaría, cerca de Cassino, alcanzar el valle del río Liri, que era la vía de acceso más directa para dirigirse a Roma.

Al norte del Volturno, el XIV *Panzerkorps* había constituido tres líneas fortificadas. La más

A la izquierda: con el fin de enmascarar los puntos de paso del Volturno, la artillería aliada procedió a emitir una cortina de humo en la orilla septentrional del río. A la derecha: tropas norteamericanas, pertenecientes al Ejército 5, atravesando el Volturno por un puente tendido sobre flotadores neumáticos y guías de acero, apto para soportar el paso de vehículos pesados. Gracias a su ímpetu y a su agresividad, las tropas angloamericanas lograron efectuar brillantemente el paso del citado río, a pesar del martilleo de la artillería alemana y de las dificultades creadas por las impetuosas aguas. Prosiguieron después el avance, dificultado por acciones de retaguardia y por las demoliciones. *(Archivo Rizzoli)*





avanzada, la Línea Bárbara, apenas delineada y construida apresuradamente, recordaba más bien una serie de puestos avanzados: iba desde el monte Massico hasta los montes del Matese, pasando por los pueblos de Teano y Presenzano. La Línea Bernhard, mucho más sólida, estaba constituida por una ancha zona de obras defensivas que, apoyándose en los montes Camino, La Defensa y Maggiore, unía la desembocadura del Garigliano con la redondeada cumbre del monte Sammucro. Detrás de ella se encontraba la Línea Gustav, la más sólida de las tres, que comprendía los ríos Garigliano y Rápido y las posiciones, naturalmente fuertes, de Montecassino.

Dirigiéndose hacia el monte Massico, que se alza en medio de la llanura costera, el Cuerpo de Ejército X británico lanzó un ataque a través del canal Agnena Nuova, se sirvió de algunas balsas para transportar más fuerzas y, finalmente, comenzó a avanzar poco a poco por un terreno bajo y encharcado, obstaculizado por las acciones de retaguardia del enemigo y por las demoliciones.

Mientras tanto, hacia el interior, la División 56 británica estaba combatiendo en las elevaciones de Triflisco, en una cresta que en algunos puntos era tan estrecha que sólo permitía el despliegue de un único pelotón.

Como en el sector central el terreno no se prestaba para operaciones de fuerzas acorazadas, McCreery detuvo a sus tropas y cambió, recíprocamente, los sectores de acción de la División Acorazada 7 inglesa y de la División 46 inglesa. Poco después, las patrullas de reconocimiento descubrieron que los alemanes se estaban retirando; en consecuencia, algunas unidades inglesas avanzaron inmediatamente para mantener el contacto, y McCreery, esperando desorganizar la retirada enemiga, lanzó al ataque las tres divisiones. Y aunque no consiguieron dificultar los movimientos de las fuerzas alemanas, sus hombres se apoderaron de monte Massico, avanzaron más allá para alcanzar el curso bajo del Garigliano y se aseguraron el control de la zona de Sessa Aurunca. En el sector costero, el XIV *Panzerkorps* se había visto obligado a abandonar la Línea Barbara.

El Cuerpo de Ejército X británico se dirigió entonces hacia los montes Camino, La Defensa y Maggiore, barrera montañosa que se extendía ininterrumpidamente a lo largo de unos 13 km. Su misión era conquistar estas elevaciones, comprendiendo el pilar izquierdo de la garganta de Mignano (por la que pasaba la carretera nacional n.º 6, que conducía a Cassino), a fin de hacer posible una ofensiva hacia el valle del Liri. En este sector, la Línea Barbara estaba aún intacta.

El 5 de noviembre, la División 56 británica envió dos brigadas a las empinadas y rocosas laderas del monte Camino, elevación desnuda que se yergue unos 1000 m por encima del valle del Garigliano; y, tras neutralizar los puestos avanzados situados al pie del monte, la división comenzó a remontar la pendiente sin dejar de combatir. Sin embargo, los hombres se dieron cuenta muy pronto de que las pocas vías de acceso naturales estaban cuidadosamente sembradas de minas y de trampas explosivas, atravesadas por alambradas y batidas por el fuego de armas automáticas situadas en posiciones excavadas en la roca.

El día 8 de noviembre, la 15ª División *Panzergrenadier*, que defendía el monte, lanzó tres contraataques; pero los ingleses, que habían cubierto ya la mitad de la distancia que los separaba de la cumbre, resistieron tenazmente. No obstante, dos días después, cuando el tiempo se hizo más frío y húmedo, los ingleses empezaron a dar señales de cansancio. Las bajas sufridas durante los combates ininterrumpidos, que se habían producido a partir del desembarco en Salerno, habían reducido tanto su capacidad de combate que parecía dudoso que, aun suponiendo que consiguiesen conquistar el monte Camino, aquellos soldados pudieran después defenderlo; un batallón enviado como refuerzo no pudo hacer otra cosa que llevar víveres, agua y municiones a los hombres encaramados a aquellas empinadas pendientes. La evacuación de los muertos y de los heridos era un trabajo largo y agotador. Dos compañías de fusileros, rodeadas por los alemanes, resistieron cinco días con los víveres y agua suficientes para un solo día; después, un enérgico contraataque local les abrió el camino de huida, permitiendo la retirada de los pocos supervivientes.

El 12 de noviembre, el general Templer estaba preparado para utilizar su 3ª Brigada en un último intento de conquistar la montaña, cuando Clark fue del parecer de que las tropas debían retirarse. En efecto, durante la noche del 14 de noviembre empezaron a abandonar las posiciones avanzadas. Las arriesgadas maniobras para despegarse del enemigo se llevaron a cabo son la menor interferencia por parte de las fuerzas alemanas; a ello contribuyeron las malas condiciones atmosféricas, pero también es cierto que los alemanes no estaban nada contrariados ante la retirada de los ingleses.

Agotadores combates en las montañas

Las divisiones del Cuerpo de Ejército VI americano pasaron por una experiencia muy parecida. Los comandantes de regimiento consiguieron que sus batallones tomaran contacto con aquel enemigo tan hábil para huir; pero los pequeños ataques en las empinadas laderas cansaban y dispersaban a las tropas, que, para desalojar a pequeños grupos de alemanes que obstruían las direcciones naturales de avance, debían efectuar complicadas maniobras de envolvimiento. Cuando los americanos conseguían establecer los nuevos asentamientos para sus morteros y su artillería, los alemanes, tras haber retardado el avance, se retiraban a la posición siguiente, donde se repetía la misma serie de monótonas y agotadoras maniobras.

La División 3 americana alcanzó Dragoni después de sufrir 500 bajas en cuatro días; con un número igual de bajas, la División 34 americana cruzó el curso superior del Volturno y se unió a la División 45, que se había abierto paso por el valle. Casi exhausta, dicha división pasó a la reserva, mientras que la 34 continuó combatiendo, sufriendo en otros cuatro días unas 300 bajas en un avance de sólo 11 km.

Para ocupar Venafro era preciso cruzar de nuevo el Volturno. La División 45 americana llegó a la zona y, junto con la 34, en el curso de la noche del 2 de noviembre, mandó algunos hombres a vadear el río, cuyas aguas eran en aquel punto bastante bajas. Abriéndose camino a través de un número increíble de minas y de trampas explosivas, los americanos alcanzaron el objetivo, penetrando después en una zona desolada, impracticable y cubierta de picos accidentados y de precipicios, combatiendo duramente casi hasta el límite de sus fuerzas y sufriendo graves pérdidas, tanto por obra del enemigo como por la permanencia prolongada bajo la lluvia y el frío. Sobre el flanco derecho, el DIV Batallón de infantería paracaidista americano llevó a cabo acciones de patrulla en montañas casi inaccesibles, hasta que al fin entró en Isernia.

Mientras tanto, la División 3 americana se había dirigido hacia el pilar derecho de la garganta de Mignano. El 31 de octubre, esta división sorprendió, en su avance, a los alemanes, rebasó Presenzano y alcanzó Mignano: ahora un regimiento podía atravesar la carretera nacional nº 6 y acudir en ayuda de los ingleses que combatían en el monte Camino. El regimiento empezó a escalar los peñascos casi verticales del monte La Defensa; pero, después de 10 días de duros combates, expuesto a la intemperie y cada vez más exhausto, tuvo que reconocer que no estaba en condiciones de conquistar el monte.

Con un amplio movimiento envolvente por la derecha, el resto de la división rompió las defensas alemanas y conquistó el monte Rotondo y parte del monte Lungo, que flanqueaban la carretera nacional n.º 6 (Casilina), precisamente el norte de Mignano.

Después rechazó algunos contraataques e intentó excavar profundas trincheras en el terreno helado, a fin de tratar de sobrevivir protegiéndose un poco del frío y de la lluvia.

Aunque los Aliados se habían visto obligados a avanzar lentamente y a pagar a muy caro precio este éxito parcial, Kesselring estaba contrariado por lo que él consideraba un hundimiento demasiado rápido de la Línea Barbara. Por consiguiente, culpó a Vietinghoff, quien solicitó permiso para alejarse temporalmente del servicio por motivos de salud.

Kesselring aceptó su petición, y el día 5 de noviembre el general Joachim Lemelsen asumió el mando del Ejército 10; ocuparía el cargo hasta fines de diciembre, es decir, hasta la vuelta de Vietinghoff.

Mientras tanto, el 1 de noviembre, Kesselring había cursado una «directiva para la conducción de la campaña». El Ejército 10 no debía preocuparse del peligro de desembarcos anfibios aliados en su retaguardia (el mismo Kesselring se ocuparía eventualmente de ellos con las reservas disponibles en las proximidades de Roma), sino que, por el contrario, debía concentrar todos sus esfuerzos en la defensa de la Línea Bernhard, a fin de dar tiempo suficiente para fortificar la siguiente posición defensiva: la Línea Gustav.

El 10 de noviembre, siguiendo estas instrucciones, Lemelsen reorganizó su Ejército. Preocupado por la amenaza constituida por la División 56 británica, que estaba intentando conquistar el monte Camino, y por la División 3 americana, que combatía en las proximidades de Mignano, y temiendo además una inesperada penetración aliada que abriría el camino hacia Cassino y al valle del Liri (el camino más adecuado para llegar a Roma), decidió desplazar sus fuerzas. Dejándole sólo tres divisiones al LXXVI *Panzerkorps*, que operaba en el sector adriático, asignó cinco divisiones al XIV *Panzerkorps*. Sin embargo, ni siquiera con esto se sintió tranquilo: sus unidades estaban sufriendo bajas a un ritmo superior al que era posible cubrirlas, las reservas de municiones de la artillería eran limitadas y el apoyo aéreo completamente insuficiente. Aunque todas estas deficiencias estaban más que compensadas por las óptimas defensas naturales que ofrecía el terreno al sur de Roma, se preguntaba si sus tropas, después de un año de retirada continua, conseguirían detenerse para contener con la debida eficacia al enemigo.

La presión ejercida por los Aliados, las pésimas condiciones atmosféricas y los incesantes combates eran elementos que estaban conduciendo a sus tropas al borde del agotamiento total.

Fue entonces cuando, inesperadamente, se detuvo la ofensiva del Ejército 5.

El 13 de noviembre Clark comunicó a Alexander que una prolongación de la ofensiva agotaría a sus divisiones, especialmente a la 56 británica y a la 3 americana. Y así, con la aprobación de Alexander, el 15 de noviembre se suspendió toda operación ofensiva. Las tropas tendrían dos semanas de descanso. En este período se efectuarían los preparativos para otro intento de hundir la «línea de invierno» y alcanzar las cumbres que dominaban los ríos Garigliano y Rápido y el acceso al valle del Liri.

Durante el paso del Volturno y en el curso del avance que le siguió, el Ejército 5 americano no había conseguido aislar a ninguna de las unidades alemanas, ni tampoco obstaculizar eficazmente su retirada. No existía elemento alguno que permitiera creer en un desmoronamiento inminente del enemigo; Roma estaba aún muy lejos y todos se daban cuenta de que este desalentador avance frontal tendría que continuar.

«Las guerras –comentó Lucas– deberían combatirse en países más adecuados que éste».

EL PASO DEL SANGRO

John Vader

Mientras el Ejército 5 norteamericano del general Clark luchaba contra las defensas alemanas en la vertiente tirrénica de la península italiana, el Ejército 8 de Montgomery se preparaba para lanzar, por la vertiente adriática, una ofensiva que, si los norteamericanos conseguían triunfar, envolvería las defensas de Roma por el Este. Pero los hombres de Montgomery chocaron con la misma tenaz resistencia que había detenido el avance del Ejército de Clark.





Puente ferroviario, en un ramal secundario del Sangro, destruido por las fuerzas alemanas en retirada. El Sangro constituía un magnífico obstáculo cuando, a causa de las intensas lluvias, alcanzaba su régimen máximo, y solamente en determinados períodos podía vadearse. Además, las fuerzas alemanas habían establecido puestos avanzados defensivos en las alturas que se levantaban más allá del río y en las que se encontraban dos pueblos muy sólidamente fortificados. *(Archivo Rizzoli)*

Mientras el Ejército 5 norteamericano, a las órdenes del general Clark, se enfrentaba con las decididas fuerzas de Kesselring en la vertiente tirrénica de la península italiana, el Ejército 8, del general Montgomery, se estaba disponiendo para proseguir la ofensiva tras los éxitos logrados en Foggia, Termoli y Vinchiaturo. Montgomery tuvo que dedicarse con gran empeño a una minuciosa labor de reorganización de sus unidades, labor que requirió bastante tiempo, lo que permitió a los alemanes no sólo retirarse a una posición defensiva más fuerte, en el río Trigno, sino también reforzar las obras de fortificación retrasada sobre el río Sangro.

El Ejército 5 norteamericano estaba descubriendo que, a pesar de su aplastante superioridad en aviones y en artillería, le resultaba bastante difícil desalojar de sus posiciones a los alemanes, quienes tenían, en cambio, un armamento y un equipo bastante inferiores. Desde luego, el paso del Volturno fue una victoria para los Aliados; pero el efecto retardador de los combates desarrollados en aquella zona fue también un éxito estratégico para los alemanes, los cuales necesitaban desesperadamente el tiempo suficiente para ultimar su principal línea defensiva, situada en el punto más estrecho de la península italiana. Ambos adversarios precisaban notables refuerzos y además debían buscar los medios más adecuados para enfrentarse con aquel invierno frío y lluvioso. En el Adriático, el invierno es especialmente duro, y si el Ejército 8 británico quería llevar a término con éxito su movimiento envolvente a lo largo de la vertiente oriental de aquellas altas montañas, cuyas cimas estaban ya cubiertas de nieve, debía efectuar la maniobra en las pocas semanas de otoño que todavía quedaban.

El plan general preveía que el Ejército 8 británico avanzase hasta la Línea Roma, que se extendía desde Pescara hasta la capital, pasando por Avezzano. Pero desde el momento en que Montgomery hubo completado la reorganización de sus fuerzas, transcurrieron aún unos diez días antes de que su Ejército se consolidase en Termoli y que la División 78 británica lograse que uno de los batallones pasara al otro lado del Trigno; pero entonces ya estaban cayendo lluvias frías y torrenciales que calaban hasta los huesos a aquellos hombres, habituados al clima del desierto, y que transformaban los campos en pantanos fangosos que dificultaban el avance. Más allá del Trigno se extendía una zona que debería representar el terreno ideal para los carros de combate de Montgomery: unos 3 km de campos ondulados antes de encontrar el siguiente obstáculo, que era el curso del río Sangro.

Por entonces, en los últimos días de octubre, el Ejército 8 británico tenía enfrente cuatro divisiones alemanas: la 16ª y la 26ª *Panzerdivisionen*, la 29ª *Panzergrenadier* y la 1ª paracaidista, encuadradas en el LXXVI *Panzerkorps*, al mando del general Herr.

La 16ª *Panzerdivision*, desplegada en el sector costero del Trigno, contrarrestó el intento de la División 78 británica de apoyar a su batallón que había logrado constituir una cabeza de puente en la orilla septentrional del río. Mientras la citada *Panzerdivision* resistía fuertes ataques de infantería y fuego de artillería, la 29ª *Panzergrenadier* se preparó para hacer frente a un ataque desencadenado por el Cuerpo de Ejército XIII británico en el interior, sobre las colinas que se extienden al pie de los Apeninos. Las pésimas condiciones atmosféricas anularon los intentos de ataque de los Aliados, y la siguiente acción decisiva en aquel sector se produjo a fines de octubre, cuando los canadienses de la División 5 británica arrebataron Cantalupo a la 26ª *Panzerdivision*. Era en aquella zona montañosa, más que en otra ninguna, donde era imprescindible preservarse de la lluvia y del frío, y los alemanes, dándose cuenta de la importancia de este factor, a medida que se retiraban destruían sistemáticamente todo lo que en los pueblos podría utilizarse como refugio.

La noche del 2 de noviembre, la 16ª *Panzerdivision* fue sometida a un masivo bombardeo por parte de algunos buques de guerra aliados que navegaban frente a las costa adriática, así como por la artillería del Cuerpo de Ejército V británico. En toda la línea del frente, apenas la artillería inglesa alargó su tiro, se desarrolló el previsto ataque de la División 78. Al mismo tiempo, los *Panzergrenadier*, desplegados a ambos lados de Montefalcone, eran atacados por la División 8 india, mientras en las montañas los canadienses continuaban atacando a la 26ª *Panzerdivision*. Los combates fueron muy intensos en todas partes, en particular en el sector central y cerca de San Salvo, donde algunos carros de combate alemanes lanzaron un contraataque contra la infantería británica. En una zona situada al norte de San Salvo, un batallón de infantería británico sorprendió a algunos *panzer* que efectuaban operaciones de abastecimiento; tras un durísimo encuentro, los carros de combate tuvieron que retirarse para evitar un posible ataque por parte de cañones contracarros.

Los ingleses alcanzan el Sangro

Pese a la decidida resistencia de sus *panzer*, el general Herr se vio forzado a ceder terreno, y el 5 de noviembre, la localidad de Vasto, situada en la costa, caía en manos británicas; asimismo conquistaron Palmoli y limpiaron la zona cruzada por la carretera Vasto-Isernia, cerca de Torrebruna, ocupando también el importante nudo de carreteras de Isernia. El siguiente gran obstáculo natural en la costa era el río Sangro, y el general Herr retiró sus regimientos tras la orilla septentrional del mismo, intensificando los preparativos para aprestar posiciones defensivas bien fortificadas. Montgomery persiguió a las fuerzas enemigas con su División 78, que el 8 de noviembre alcanzó el curso alto del Sangro. El tiempo seguía siendo pésimo, y las condiciones del terreno impusieron una nueva pausa en los combates.

En aquel momento Kesselring tuvo que tomar una medida arriesgada: sustraer del LXXVI *Panzerkorps*, que defendía la línea del Sangro, la 26ª *Panzerdivision* y la 29ª *Panzergrenadier*, para trasladarlas, a través del Apenino, a la Línea Reinhard, donde se desarrollaban durísimos combates con el Ejército 5 norteamericano. Puesto que la malparada 16ª *Panzerdivision* había sido enviada a la retaguardia, el Ejército 8 debía enfrentarse tan sólo con dos divisiones alemanas: la División de infantería 65, en el curso alto del Sangro, y la 1.ª División paracaidista, en el sector central y en la parte más alta de lo que se llamaba «línea de invierno». El Sangro constituía un obstáculo excelente cuando las intensas lluvias hacían que alcanzara su régimen máximo, pues entonces únicamente en determinados períodos podía ser vadeado. Detrás de una llanura baja, el principal sistema defensivo alemán se basaba en una cadena montañosa en la que se encontraban dos pueblos muy fortificados: Mozzagrogna y Fossaceisa.

Mientras los Aliados se detenían para almacenar reservas de carburante, municiones y otros abastecimientos, los alemanes reforzaron sus obras defensivas en vistas a la inminente batalla.

Por su parte, Montgomery, que ya se estaba acostumbrando a las victorias, parecía convencido de que una batalla se podía vencer sencillamente con una preparación cuidadosa; es decir, armando y equipando de modo adecuado a sus fuerzas y dotándolas de un sistema de abastecimiento lo suficientemente eficaz para mantenerlas en condiciones de operar. Y aunque sus dos Cuerpos de Ejército habían recorrido tan sólo una breve distancia desde sus últimas bases, las malas condiciones atmosféricas habían retardado los movimientos de los diversos órganos logísticos; por lo tanto, decidió detenerse en el Sangro a fin de organizarse para la ofensiva que, como esperaba, llevaría a sus tropas hacia Roma. Sin embargo, mientras la situación política y militar en Italia

estaba madura para una rápida conquista de la capital y para un avance hacia el Norte, las condiciones atmosféricas desfavorables y la cautela de Montgomery hicieron que el Ejército 8 británico dejase escapar la ocasión táctica de dirigirse hacia los Balcanes y con ello determinar, quizás, el futuro curso de los acontecimientos políticos en aquel sector.

Teniendo en cuenta las dificultades que presenta el paso de un río en plena crecida y con una corriente rápida, frente a un enemigo atrincherado en posiciones elevadas, se justifica la cautela de Montgomery. El primero de sus objetivos era el puerto de Ortona y la zona que se extendía hacia el interior, hasta Lanciano. La fecha fijada para el ataque era el 20 de noviembre; pero a última hora, algunos días de lluvia abundante y otros de nieblas y neblinas, indujeron a Montgomery a modificar los planes y posponer su realización: en vez de romper el frente en dirección a Pescara, sus unidades se asegurarían antes el control de la elevada cadena montañosa que dominaba el Sangro.

En las montañas, el Cuerpo de Ejército XIII británico, compuesto en aquel momento por la División 5 inglesa y la 1 canadiense, debía presionar sobre los alemanes en el sector de Alfedena, mientras el Ejército 5 norteamericano apoyaría la acción presionando a su vez sobre el enemigo situado en las proximidades del flanco occidental del Ejército 8 británico. En el sector costero, el Cuerpo de Ejército V inglés comprendía la División 8 india, la División 78 británica, la Brigada Acorazada 4 inglesa, la 2ª Brigada de «servicios especiales» inglesa y la División 2 neozelandesa.

Se produjeron algunas acciones iniciales el día 10 de noviembre, cuando la Brigada 17 india ocupó Castiglione Messer Marino y, el 11, Casalanguida. El 14 de noviembre capturó un batallón completo de granaderos de la 16ª *Panzerdivision*. Por su parte, la Brigada 19 india logró otros éxitos y, apoyada por carros de combate neozelandeses, conquistó Perano y obligó a los alemanes a retirarse hasta Archi y Tornareccio. Entre el 9 y el 15 de noviembre numerosas patrullas de la División 78 británica lograron atravesar el río y constituir pequeñas cabezas de puente, que servían de base para grupos de exploradores, que realizaban reconocimientos en la orilla septentrional del río, y para destacamentos de ingenieros, que buscaban los puntos de cruce aptos para el paso de los carros de combate y de los camiones. En la llanura, los alemanes sembraron campos de minas y prepararon puestos avanzados defensivos frente a la cadena montañosa que se erguía, a unos 1000 metros, por encima del río, el cual, según la intensidad de las lluvias que caían en el interior, podía ascender y descender de nivel hasta dos metros en un día.

Los ingleses consolidan su cabeza de puente

El 20 de noviembre, la Brigada 36 de la División 78 británica realizó el paso del Sangro en un frente más amplio, y mientras un batallón, el de los *Argyll*, fue sometido a un violento contraataque y obligado a volver a atravesar el río hacia atrás, los batallones del *Buff* y del *Royal West Kent* lograron alcanzar sus objetivos en la proximidad del talud y a ambos lados de la carretera. Luego, continuaron las operaciones de paso, y con tal éxito, que el 22 de noviembre cinco batallones de la división se habían establecido en la ampliada cabeza de puente, dentro de la cual los ingenieros pudieron comenzar los trabajos para la construcción de puentes. Tenían que excavar con gran dificultad en aquel mar de fango y tender puentes sobre un río cuyo nivel cambiaba continuamente, bajo una lluvia intensa y sometidos al fuego de la artillería enemiga; sólo gracias a la extraordinaria habilidad y resistencia demostrada por los ingenieros, el 27 de noviembre la Brigada Acorazada 4 inglesa pudo hacer llegar a la orilla opuesta del Sangro 100 carros de combate.

Al día siguiente, antes de amanecer, y favorecido por el buen tiempo, comenzó el ataque principal: la artillería realizó una intensa preparación y los cazabombarderos comenzaron a lanzar sus bombas sobre las posiciones alemanas. Los *gurkhas* de la Brigada 17 india conquistaron en seguida Mozzagrogna; pero, como el avance de los carros de combate había sido retardado por las demoliciones llevadas a cabo por los alemanes en retirada, no pudieron resistir el contraataque desencadenado por la División de infantería 65 alemana, apoyada por algunos *Nebelwerfer* (lanzacohetes múltiples de 6 lanzadores), y por un grupo de combate acorazado, y se vieron obligados a retirarse.

A las primeras horas de la mañana siguiente el Batallón *Inniskilling*, de la Brigada irlandesa, apoyado por carros de combate de la Brigada Acorazada 4, lanzó un ataque contra las alturas Li Colli; desalojados de sus casamatas y de sus profundas trincheras, los alemanes se vieron forzados a retirarse y el objetivo fue alcanzado. El tiempo siguió siendo bueno –lo que era una ventaja mayor para los Aliados que para los alemanes–, y el 30 de noviembre el poblado de Fossacesia fue conquistado por los carros de combate de la *County of London Yeomanry* y por los hombres del *London Irish*. Mientras tanto, avanzando en la oscuridad, a través del campo abierto, dos compañías del *Royal Irish Fusilier* se habían situado a retaguardia de los alemanes, desplegados en San Vito Chietino, y los sorprendieron por completo.

Antes de la noche del 4 de diciembre, en el curso de su avance, la Brigada 36 había atravesado un pequeño curso de agua (el Feltrino) y alcanzó el río Moro, después de haber sostenido enconados combates con los expertos hombres de la 80ª División *Panzergrenadier*, que Kesselring enviara a toda prisa a aquella zona para detener el avance aliado.

En el flanco occidental del Ejército 8 británico, el mayor peso de los combates, que se prolongaron casi ininterrumpidamente durante todo el mes de octubre, lo había soportado la 1ª División paracaidista alemana. Al ataque lanzado por los canadienses y por la División 5 británica, los alemanes no lograron oponer ninguna resistencia efectiva, por lo que se retiraron de un pueblo de montaña a otro, destruyendo todo lo que podría servir de refugio a tropas enemigas que avanzaban. Los canadienses ocuparon el sector de Alfedena el 24 de noviembre; pero en cuanto fueron trasladados a la costa para reforzar el Cuerpo de Ejército V británico, la división paracaidista alemana logró detener el avance de la División 5 inglesa, destruyendo puentes y tramos de carretera que daban acceso a las fuertes posiciones defensivas del Piano delle Cinquemiglia y a las pendientes nevadas del monte Arazzecca.

Por entonces, el Cuerpo de Ejército LXXVI alemán, del general Herr, tenía una mayor consistencia que cuando su jefe había ordenado el repliegue tras el Sangro. Además de la 90ª División *Panzergrenadier*, del coronel Baade (que con facilidad había sido transferida a Italia desde Córcega), Herr disponía de la 15ª División *Panzergrenadier*, la 26ª *Panzerdivision*, la División de infantería 334 (procedente de Génova) y la expertísima 1ª División paracaidista, sustituida en las montañas por dos batallones y un regimiento de montaña. La 90ª División *Panzergrenadier* sustituyó a la División 65, que había quedado un tanto maltrecha en los combates precedentes, y estableció contacto con una brigada de la división canadiense desplegada en una cima al norte del río, a caballo de la carretera Ortona-Orsogna.

El día 30 de noviembre, el *Feldmariscal* Kesselring ordenó que la 29ª *Panzerdivision* avanzara por las carreteras de montaña, sorprendiendo a los elementos avanzados de la División 8 india y obligando al batallón *Gurkha* a retroceder a Mozzagrogna. Los alemanes organizaron después una enérgica resistencia sobre la línea Lanciano-Guardiagrele, línea que demostraría ser un formidable obstáculo para el avance de los neozelandeses.

El 6 de diciembre, después de haber sido sometidos a una intensa acción artillera, los granaderos alemanes no lograron detener a los cana-



Castel di Sangro, noviembre de 1943: en las calles cubiertas de escombros, algunas mujeres ponen a secar maíz que han podido recuperar en las casas destruidas. La detención del avance aliado antes de llegar al Sangro, que tenía como objeto asegurar a las tropas los necesarios abastecimientos de carburante, municiones y de otros distintos materiales resultó ventajosa para los alemanes, quienes lograron reforzar adecuadamente sus obras defensivas para la próxima batalla. *(Archivo Rizzoli)*

ANTE LOS COMBATES EN CASSINO



Semioruga White

Empleado en el transporte de personal y de abastecimientos y también como tractor de las piezas de artillería de pequeño calibre. **Autonomía**: 336 km. **Velocidad máxima**: 72 km/h. **Carga**: 2265 kg, más una carga remolcada de 2040 Kg, o bien 10 hombres, más la misma carga remolcada. **Armamento**: una ametralladora de 7,62 mm.

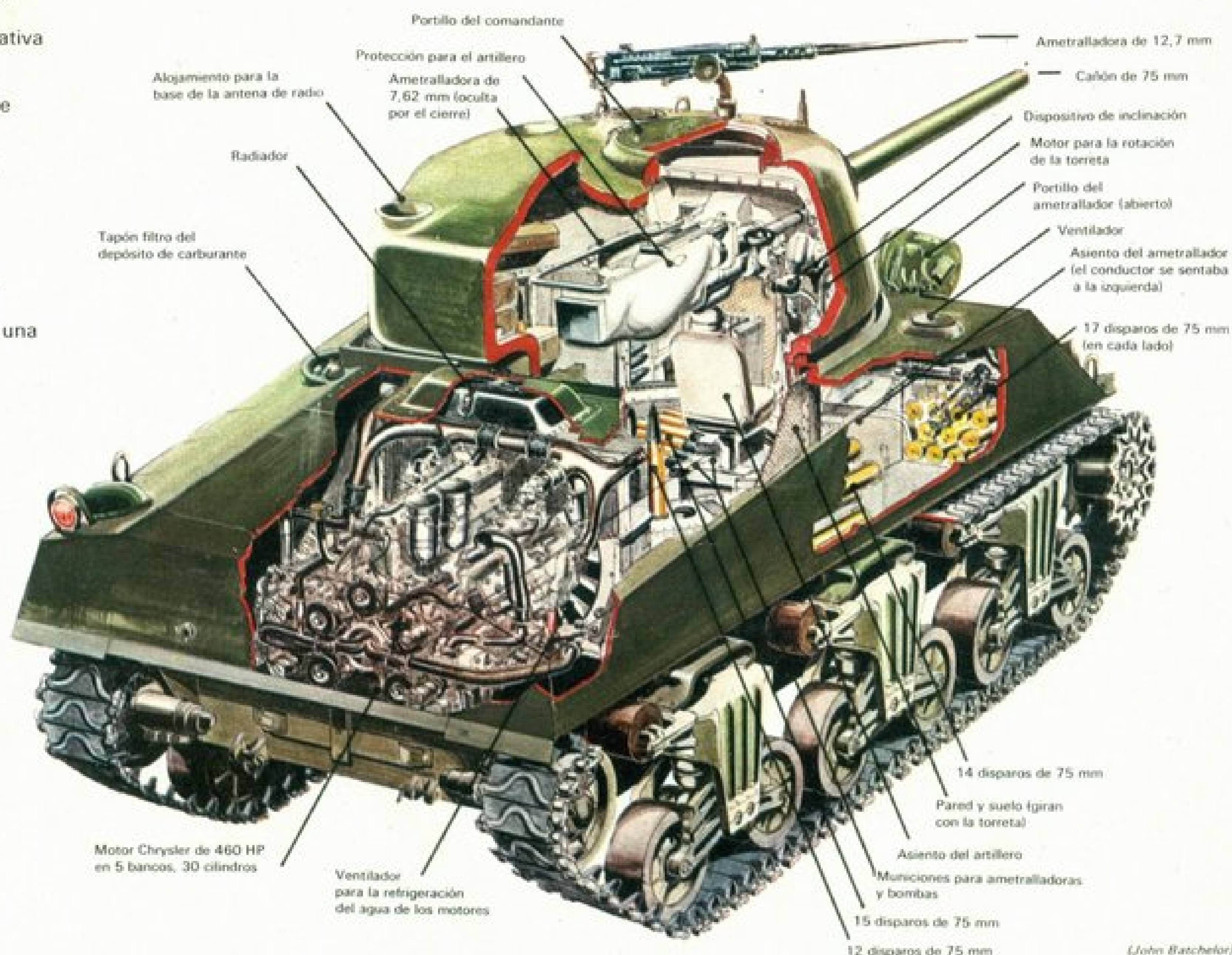
El jeep "todo terreno"

Para los Aliados era el vehículo que podía recorrer el campo de batalla en todos los sentidos. **Velocidad máxima**: 104 km/h. **Autonomía**: 456 km con carga de 544 kg en carretera asfaltada o de 362 Kg en todo terreno, con una media de 1 1/2 litros de carburante por cada 10 km.



El dios de los Aliados

Después de las primeras realizaciones de los carros de combate *Grant* y *Lee*, que prestaron valiosísimos servicios al Ejército 8 británico a comienzos de 1942, el carro de combate más importante en el campo de batalla, para América y para el Imperio Británico, fue el *Sherman*. Su entrega, realizada en cantidades masivas a los Ejércitos aliados en el Norte de Africa y en Europa meridional, fue el resultado de un ritmo de producción sin precedentes. En 1941, las fábricas norteamericanas entregaron 14.000 *Sherman*; en 1943, 21.000. Estas cifras, en sí mismas, junto con la notable perfección mecánica del vehículo, hacían que el *Sherman* constituyese una respuesta muy significativa a la superioridad de los cañones y de las corazas de los carros alemanes. Con una pesada coraza y poderosamente armado, su mejor característica era el motor *Chrysler*, constituido por cinco motores de camión de 25 HP. **Velocidad máxima**: 36,8 km/h. **Autonomía**: 128 km en condiciones medias. **Tripulación**: cinco hombres. **Peso**: 32.570 kg. **Motor**: *Chrysler* mod. A 57 (30 cilindros, 460 HP). **Armamento**: un cañón M3 de 75 mm; una ametralladora de 7,62 mm en tronera y una de 12,7 mm en posición para el tiro antiaéreo y a tierra.



(John Batchelor)

dienses, que cruzaron el río Moro en las proximidades de su desembocadura, ni tampoco un avance hacia Villa Rogatti, donde la operación se confió a las fuerzas indias para permitir que la Brigada 2 canadiense asestase el golpe principal. Dos días después, la División *Panzergrenadier* fue intensamente bombardeada y los renovados ataques de la infantería canadiense dieron lugar a algunos de los combates más encarnizados que se sostuvieron en toda la península. El 13 de diciembre seguía todavía incierto el resultado de los combates, si bien el 22º Regimiento canadiense *Van Doos* ya se había asegurado un sólido punto en Berardi y resistiera en él. También las fuerzas indias habían ganado terreno, interrumpiendo en dos puntos la carretera lateral; pero los neozelandeses, que combatían al oeste de esta última, no habían logrado conquistar Orsogna.

Llegadas a este punto, ambas partes se retiraron para reorganizar sus fuerzas, y hasta el 18 de diciembre no se reanudó la batalla. La 7ª División paracaidista alemana estaba desplegada entre Berardi y el mar, mientras los granaderos prolongaban el despliegue unos 4 km al Oeste, formando así un frente compacto y continuo. El día 20, la artillería aliada abrió de nuevo un intenso fuego de preparación para apoyar a los canadienses que avanzaban para apoderarse del cruce de carreteras situado al oeste de Berardi. Los *Panzergrenadier* se vieron obligados a retirarse hacia la ciudad de Ortona, donde ya se estaban preparando las defensas necesarias para los combates en las calles, en los que los alemanes eran expertísimos; con los escombros de las casas demolidas se prepararon obstáculos para los carros de combate, para los cañones contracarros y para otros tipos de posiciones de tiro. Sin embargo, el general Herr advirtió que los granaderos habían salido tan maltrechos de los recientes combates que consideró indispensable llevar a primera línea a los paracaidistas y confiarles a ellos casi todo lo que quedaba por hacer.

Los combates por Ortona

Aproximándose a Ortona, los dos batallones canadienses que guiaban el ataque descubrieron que los edificios periféricos habían sido fortificados poderosamente, que las calles de la periferia estaban obstruidas por escombros y que en las casas, evacuadas, se habían dispuesto trampas explosivas. La tenaz resistencia opuesta por la 1ª División paracaidista dio lugar a una semana de durísimos combates. «Para nosotros, aquella fue la primera gran experiencia de combate callejero –comentó Churchill– y de ella pudimos extraer muchas enseñanzas». La principal de estas enseñanzas la constituyó, al parecer, la habilidad con la que los defensores sabían emplear los escombros para dificultar los movimientos de los carros de combate y para reforzar las posiciones de ametralladoras y de cañones contracarros. Precisamente Ortona se había salvado de un bombardeo aéreo porque Montgomery esperaba aprovechar la ciudad y el puerto como centro y arsenal de los buques; pero los alemanes se habían procurado escombros demoliendo los edificios con fachada a las calles.

El 24 de diciembre, el general Vokes ordenó un masivo bombardeo de artillería contra Ortona, ya que las piezas que tenía a su disposición le permitían hacerlo; pero ni siquiera así consiguió que los canadienses celebraran su Navidad victoriosa. A pesar de la potencia de fuego disponible, hasta tres días después no logró que una patrulla de la infantería ligera canadiense *Princess Patricia* irrumpiera en la ciudad devastada. Los paracaidistas alemanes se retiraron entonces a una posición defensiva, previamente dispuesta, unos 3 km más atrás.

Además, en el cercano centro de Villa Grande, la División 8 india empeñó en combate una parte de la División paracaidista alemana que cerraba el camino hacia Tollo. Un batallón indio, el V *Essex*, perdió casi 300 hombres durante los ataques lanzados contra el pueblo por la Brigada 17. Al norte de Villa Grande la Brigada 21 india logró apoderarse de algunas alturas y los alemanes tuvieron que retirarse; finalmente, la Brigada 17 pudo abrirse paso hacia Tollo, una pequeña población que los bombardeos habían transformado ya en un montón de ruinas.



Diciembre de 1943: carros de combate *Sherman*, del Regimiento de carros 12 canadiense, detenidos por las demoliciones llevadas a cabo por la 1ª División paracaidista alemana en Ortona, donde, después de haber fortificado los edificios periféricos, y de haber dispuesto trampas explosivas en las casas evacuadas, se preparaba para oponerse al avance aliado. *(Imperial War Museum)*

En el extremo meridional de su principal línea defensiva adriática, los alemanes disponían de otra fuerte posición en el pueblo de Orsogna, situado en una altura. Montgomery escribió: «En Orsona y en Guardiagrele la resistencia era todavía muy tenaz, ya que los dos pueblos habían sido transformados en poderosos reductos, y su posición elevada hacía muy difícil la marcha de aproximación. La planta baja y los sótanos de las casas se habían reforzado y en ellos la guarnición enemiga pudo resistir los repetidos ataques aéreos». La misión de ocupar aquella posición, «muy pero que muy dura», se confió a la División 2 neozelandesa, que debería abrir también un paso hacia Chieti; frente a ella desplegaba la formidable 26ª *Panzerdivision*, apoyada por dos batallones de montaña en el curso alto del Sangro.

El primer ataque se produjo la noche del 2 de diciembre, cuando la Brigada 6 neozelandesa alcanzó los suburbios de la ciudad; sin embargo, un contraataque de carros de combate y de infantería alemanes la rechazó a la mañana siguiente, tras un encarnizado y sangriento combate. El 7 de diciembre, dos brigadas neozelandesas, apoyadas por concentraciones de artillería y por un bombardeo de la aviación, lanzaron un segundo ataque; pero, una vez más, la encarnizada resistencia opuesta por los carros de combate las contuvo, si bien el Batallón XXIII neozelandés logró conquistar una posición en una altura frente a Poggiofiorito, aunque a un precio muy elevado. Entonces, el comandante del Cuerpo de Ejército XIII británico decidió atacar nuevamente con mayores fuerzas y con este fin reforzó a los neozelandeses con la Brigada 17 de la División 5 inglesa. Teniendo en cuenta que la lucha en las montañas había llegado a un punto muerto, la División 78 británica quedaba también disponible como unidad de reserva. Pese a todo, también esta vez el avance costó grandes pérdidas y no condujo a ningún resultado decisivo, a pesar de que los hombres de la División 5 inglesa conquistaron la localidad de Poggiofiorito.

El asalto final comenzó el 23 de diciembre, cuando todos los cañones del Cuerpo de Ejército XIII británico y cinco regimientos de artillería del Cuerpo de Ejército V dispararon centenares de toneladas de granadas contra las posiciones alemanas en Orsogna y al norte de la casi destruida ciudad. La Brigada 5 neozelandesa avanzó más de un kilómetro y logró penetrar en las posiciones alemanas al nordeste de la población, mientras la Brigada 15 de la División 5 inglesa ocupaba Arielli. Y, sin embargo, cuando cesaron los combates, Orsogna estaba todavía sólidamente en manos de la 26ª *Panzerdivision* del general von Luttwitz.

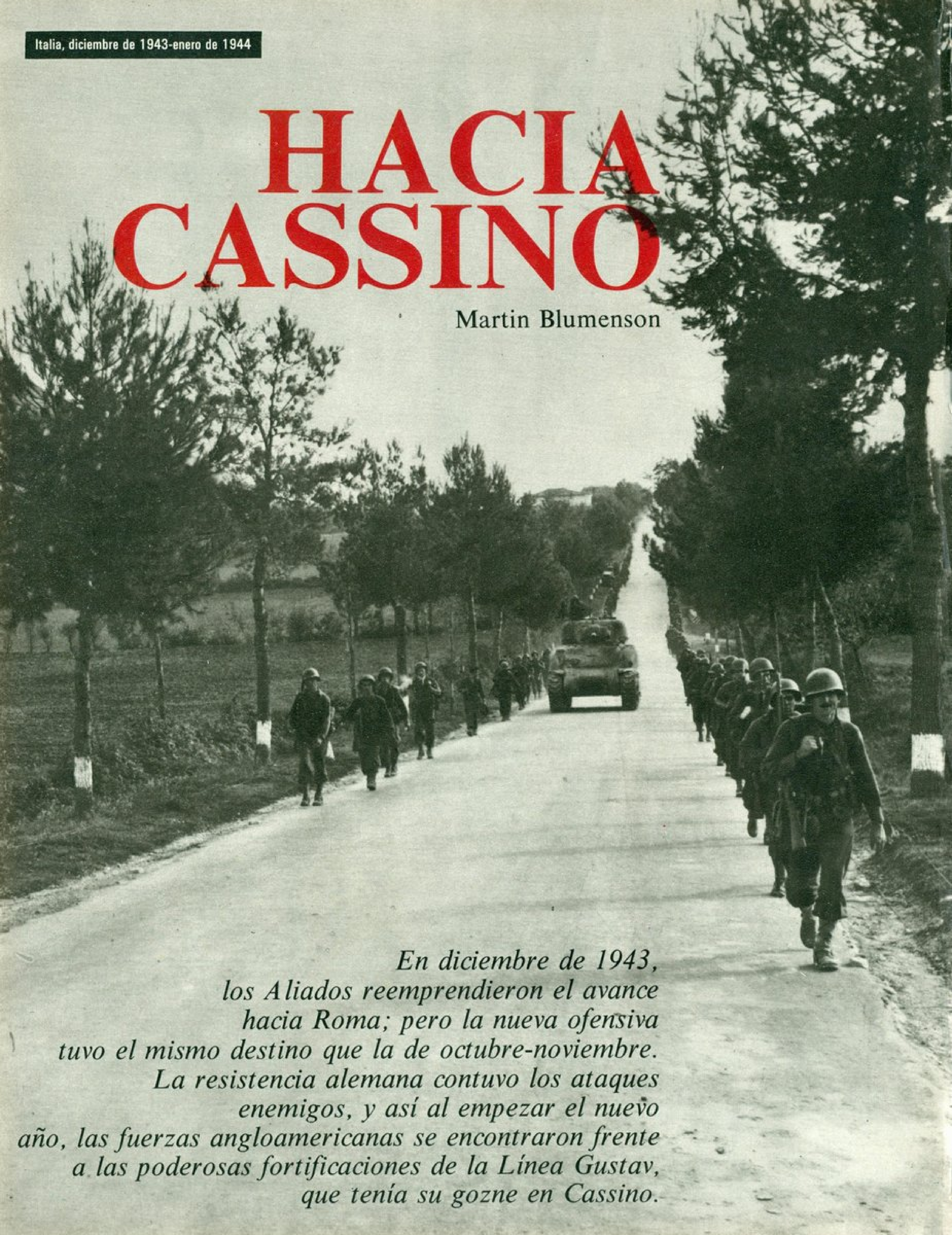
Fue entonces cuando Montgomery decidió suspender aquella operación que resultaba tan costosa: después del paso del Sangro, sólo la División neozelandesa había sufrido más de 1600 bajas. Además, los carros de combate no se encontraban en condiciones de operar eficazmente en aquel terreno blando, y por añadidura sus reservas de municiones se estaban reduciendo a un ritmo alarmante. Ya era tiempo, pues, de suspender la ofensiva, de completar los efectivos de los batallones y de almacenar reservas de municiones y de otros materiales.

Al finalizar el año, el Ejército 8 de Montgomery había avanzado más allá de los ríos Sangro y Moro; pero, en vez de encontrarse en condiciones de proseguir rápidamente hacia Chieti y desde allí hacia Roma, en aquel momento se veía obligado a detenerse en la línea Ortona-Orsogna. Si Montgomery hubiera logrado envolver la ciudad y aquellos pueblos ya casi arrasados, el avance habría podido continuar más fácilmente; pero una estrategia de este tipo requería el empleo de los medios de desembarco que, por el contrario, se mantenían celosamente en reserva para la prevista travesía del canal de la Mancha. El último día del año 1943, como había sido nombrado comandante del Grupo de Ejércitos XXI en Gran Bretaña, el general Montgomery cedió el mando del Ejército 8 a sir Oliver Leese.

La fase siguiente de la campaña de Italia sería aún más dura y sangrienta, y se desarrollaría a escala mucho mayor: el Ejército 5 americano y el Ejército 8 británico se estaban dirigiendo apresuradamente hacia el punto fundamental de la Línea Gustav: Montecassino.

HACIA CASSINO

Martin Blumenson



En diciembre de 1943, los Aliados reemprendieron el avance hacia Roma; pero la nueva ofensiva tuvo el mismo destino que la de octubre-noviembre. La resistencia alemana contuvo los ataques enemigos, y así al empezar el nuevo año, las fuerzas angloamericanas se encontraron frente a las poderosas fortificaciones de la Línea Gustav, que tenía su gozne en Cassino.

La batalla librada por el Ejército 5 norteamericano, al norte del Volturno, y por el Ejército 8 inglés, al norte de Foggia, había hecho retroceder a los alemanes: en el sector adriático el LXXVI *Panzerkorps* se había atrincherado en la Línea Gustav, y en el sector tirrénico el XIV *Panzerkorps* abandonó la Línea Barbara y a mediados de noviembre desplegó en las posiciones defensivas de la Línea Bernhard, en las proximidades de Mignano. Pero la lucha sostenida en las montañas había sido tan agotadora que las unidades aliadas se encontraban diezmadas y exhaustas.

La dificultad de avanzar a través de las abruptas regiones de Italia meridional ya había sugerido la idea de una operación anfibia. El envío de tropas por mar, a retaguardia del frente alemán, podría debilitar la acción de los defensores y permitir progresos más rápidos y menos fatigosos.

Sin embargo, graves obstáculos se interponían para la puesta en práctica de tal idea. No sólo los alemanes habían preparado muy buenas defensas contra los desembarcos, sino que, por otra parte, las fuerzas aliadas no disponían de tropas y unidades navales suficientes para llevar a cabo una gran operación de este tipo. Los jefes del Estado Mayor conjunto (CCS) habían cursado instrucciones a Eisenhower para que transfiriese a Gran Bretaña siete divisiones y un considerable número de unidades navales y de medios de desembarco, con vistas a la inminente acción contra la costa francesa del canal. Por lo tanto, puesto que los medios disponibles en el frente italiano se habían visto así tan notablemente reducidos, en Italia los Aliados sólo podrían efectuar incursiones anfibias de escasa importancia, que a duras penas lograrían transformar una campaña prácticamente estática en una guerra esencialmente de movimiento. Roma parecía inalcanzable en un futuro inmediato. Y tampoco había ninguna esperanza de alcanzar, en la primavera de 1944, la línea Pisa-Rimini, objetivo considerado indispensable para que las fuerzas aliadas que operaban en el teatro del Mediterráneo pudieran apoyar el ataque en las costas del canal de la Mancha mediante una invasión simultánea del sur de Francia.

Para superar estos obstáculos, Eisenhower pidió permiso a los jefes del Estado Mayor conjunto para retener en Italia el número de unidades navales suficientes para realizar una operación anfibia, y aceleró también la constitución de unidades combatientes.

Las fuerzas aliadas que habían llegado a Italia durante los últimos tres meses de 1943 sólo en parte resolvieron el problema de los efectivos. La División Acorazada 1 norteamericana requería un terreno más apto para poder emplear sus unidades de forma eficaz. Asimismo, las fuerzas que el Gobierno italiano había puesto a disposición de los Aliados estaban muy por debajo del nivel requerido, tanto en preparación como en armamento y equipo. Por último, el 1[er] Cuerpo de servicios especiales, compuesto por tropas americanas y canadienses escogidas y adiestradas para las operaciones en montaña, apenas rebasaba los efectivos de un regimiento.

Unas tropas mucho mejores eran las de las fuerzas francesas, equipadas y adiestradas de nuevo en el Norte de África. Los Estados Unidos estaban reconstituyendo 11 divisiones francesas, que, según se decía, tomarían parte activa en el teatro de operaciones europeo. Interesados en liberar Francia, los franceses estaban ansiosos por combatir. A pesar de la carencia de transportes en el sector mediterráneo, se enviaron a Italia la División 2 marroquí y la 3 argelina. Ambas estaban constituidas, en su mayor parte, por norteafricanos mandados por oficiales franceses. Un grupo de altos oficiales galos estaba encuadrado en el Estado Mayor aliado como sección del mando del Ejército 5 norteamericano, mientras un mando denominado base 901 recibía las unidades y se ocupaba de los servicios logísticos. Todas estas unidades dependían directamente del mando del Cuerpo Expedicionario francés, a las órdenes del general Alphonse Juin, quien, aunque de más edad y dotado de mayor experiencia que casi todos los demás comandantes aliados, se sometió voluntariamente a la jerarquía de mando existente. Juin demostraría lealtad, dedicación y competencia.

También llegó a Italia el mando del Cuerpo de Ejército II norteamericano, a las órdenes del general de división Geoffrey Keyes, quien desplegó sus fuerzas en la parte central del sector que competía al Ejército 5 norteamericano. Situado entre el Cuerpo de Ejército británico de McCreery, que operaba en la costa, y el Cuerpo de Ejército VI norteamericano de Lucas, que operaba en las montañas, este Cuerpo de Ejército II norteamericano soportó el mayor peso de los combates desde diciembre de 1943 a enero de 1944.

Cuando Eisenhower recibió de los jefes del Estado Mayor conjunto el permiso para retener temporalmente las unidades y las embarcaciones de desembarco que él había pedido, se hizo posible realizar una operación anfibia. El 8 de noviembre cursó instrucciones a Alexander para que sus unidades continuasen ejerciendo la máxima presión posible sobre los alemanes y conquistasen Roma. Y en su directiva estaba ya implícita la idea de un ataque anfibio.

Aquel mismo día, Alexander impartió sus directivas. Quería que el Ejército 8 británico salvase el Sangro y avanzase en dirección a Pescara, para amenazar Roma por el Este, y que el Ejército 5 norteamericano ascendiera por los valles del Liri y del Sacco, amenazando Roma por el Sur. Después de haber alcanzado Frosinone, a unos 80 km de la capital italiana, el Ejército 5 americano tenía que efectuar un desembarco anfibio en Anzio, a unos 50 km al sur de la Ciudad Eterna.

Unos 80 km, aproximadamente, separaban Mignano de Frosinone. Era evidente, pues, que el avance sería lento y difícil. Alcanzar Frosinone significaría tener que romper la Línea Bernhard y la Gustav y desencadenar luego un largo ataque remontando el valle del Liri. Pero la conquista de Frosinone era una condición *sine qua non* para el desembarco anfibio en Anzio: en efecto, en caso contrario, el Ejército 5 norteamericano se encontraría demasiado alejado de la citada localidad para asegurar el rápido enlace con las fuerzas desembarcadas. Y si no era posible garantizar este rápido enlace la cabeza de desembarco se encontraría aislada y en grave peligro.

La ruptura de las Líneas Bernhard y Gustav y el consiguiente avance hasta una zona bastante próxima a Anzio fueron los objetivos de los ataques aliados lanzados en diciembre y enero, los cuales constituyeron la principal preocupación del general Clark, comandante del Ejército 5 norteamericano.

El camino de acceso a Roma

En diciembre, el objetivo inmediato de Clark era alcanzar el valle del Liri, vía de acceso a Frosinone y a Roma. La embocadura del valle se encontraba 20 km más adelante, más allá de la Línea Bernhard. Y para romper dicha línea sería necesario conquistar los montes Camino-La Defensa-Maggiore, de unos 1000 metros de altitud y atravesados tan sólo por senderos y caminos de herradura; tomar también monte Lungo y monte Sammucro, dos cimas igualmente peligrosas, y, por último, avanzar osadamente por un terreno bastante accidentado. Y no acababa allí la cosa: para entrar en el valle del Liri, el Ejército 5 norteamericano debería romper la Línea Gustav, en las proximidades de Cassino.

Tras una semana de acciones preparatorias, la División 56 inglesa, la noche del 2 de diciembre, se lanzó adelante. Después de haber realizado buenos progresos durante las horas de oscuridad, las fuerzas atacantes alcanzaron la cima de la montaña antes de que se hiciera de día. Pero, en el transcurso de la mañana, el fuego alemán obligó al batallón de cabeza a detenerse, y el combate prosiguió con resultado incierto hasta el día 6, cuando, finalmente, los ingleses lograron ocupar la cima más alta.

El Cuerpo de Ejército II norteamericano inició el ataque a los montes La Defensa y Maggiore con un intenso fuego de preparación, en el que tomaron parte 925 piezas de artillería, entre ellas los nuevos obuses de 203 mm, que se empleaban por primera vez. A los alemanes les pareció de una violencia sin precedentes esta preparación artillera. Y aunque las tropas se hallaban refugiadas en sus abrigos de las rocas, quedaron completamente aisladas y abandonadas a sí mismas; no se podía hacer afluir a la zona las pequeñas reservas tácticas todavía disponibles y se tuvo que suspender por completo el envío de abastecimientos.

Trepando durante toda la noche por las peligrosas pendientes del monte La Defensa, dispersando y eliminando a pequeños grupos de alemanes que intentaban impedirles el paso, los hombres del 1[er] Cuerpo de servicios especiales canadienses y americano llegaron a la cima antes del amanecer. También allí se desarrolló un combate incierto, en el que ambas partes tuvieron que luchar no sólo contra el enemigo, sino también contra las pésimas condiciones atmosféricas, la limitada visibilidad y con los problemas de los abastecimientos y de la evacuación de los heridos. Pero cuando los ingleses se adueñaron del monte Camino, los alemanes comenzaron a retirarse del monte La Defensa, y, la tarde del 8 de Diciembre, cesó la resistencia. Mientras tanto, la infantería de la División 36 norteamericana había ascendido las pendientes del monte Maggiore y, tras grandes dificultades, se había asegurado su dominio.

En el ínterin, el Cuerpo de Ejército VI norteamericano siguió avanzando lentamente, salvando montañas casi insuperables: fraccionadas en pequeñas unidades, dos divisiones norteamericanas se batían para arrebatar al enemigo alturas y colinas que no eran ni decisivas ni simbólicas. Las Divisiones 34 y 45 norteamericanas sólo avanzaron poco más de 1,5 km en una semana, y para lograr tan pobre resultado la última tuvo 800 bajas.

Inmediatamente después de los montes Camino-La Defensa-Maggiore se erguía, bloqueando la carretera hacia Cassino, el monte Luno y el monte Sammucro; en la vertiente meridional de este último se encontraba el pueblo de San Pietro Infine. A los americanos les parecía tener al alcance de la mano ambas elevaciones: el monte Lungo estaba dominado desde el monte Maggiore, mientras el Sammucro, por lo menos de momento, no parecía estar ocupado por los alemanes.

Animada de grandes esperanzas y con un despliegue abierto, la Agrupación italiana atacó el monte Lungo el 8 de diciembre. Acogidos con un imprevisto e intensísimo fuego alemán, los italianos, ya desmoralizados, fueron diezmados en tres horas. De los 1700 hombres que se lanzaron al ataque volvieron poco más de 700.

Las patrullas americanas, enviadas en misión de reconocimiento hacia San Pietro Infine, no habían motivado reacciones de importancia; pero cuando se lanzó un ataque a gran escala, las tropas americanas tropezaron con una durísima resistencia y sufrieron pérdidas gravísimas. El monte Sammucro, en contra de lo que se había supuesto, estaba fuertemente guarnecido por los alemanes, especialmente en torno al pueblo.

La decisión alemana de defender San Pietro Infine se tomó a consecuencia de circunstancias muy particulares. Lemelsen, comandante del Ejér-

Noviembre de 1943: soldados norteamericanos avanzando en dirección a Cassino. Cuando pareció realizable el proyecto de Eisenhower de llevar a cabo un desembarco anfibio en Anzio, a espaldas de las fuerzas alemanas, el general Clark ordenó a sus tropas que avanzasen más allá de la Línea Gustav, hacia Frosinone, a fin de asegurar a las fuerzas aliadas, empeñadas en aquella operación, un rápido enlace. *(Archivo Rizzoli)*





cito 10, había llegado a la conclusión de que San Pietro Infine era indefendible, y Kesselring se mostró de acuerdo con él. Pero antes de dar su consentimiento para una retirada, Kesselring decidió consultar al Alto Mando alemán, ya que no sabía todavía «si el *Führer* daría su aprobación». En espera de instrucciones dijo a Lemelsen: «Os permitiré hacer cualquier cosa de cuya necesidad logréis convencerme».

Pocas horas después le comunicó: «El *Führer* nos deja manos libres en lo que respecta a San Pietro Infine». Entonces Lemelsen ordenó al regimiento que guarnecía el poblado que se retirase. Pero apenas había comenzado la maniobra, Kesselring telefoneó y dijo: «La orden que nos dejaba manos libres se ha anulado; al parecer por razones políticas». Por lo tanto, las tropas debían mantenerse en aquella línea, incluso aunque Kesselring definió la misión como «desagradable en extremo». Sobre este punto Lemelsen se manifestó perfectamente de acuerdo.

La defensa de San Pietro Infine por los alemanes dio lugar a uno de los combates más encarnizados entre todos los sostenidos en Italia meridional; se prolongó durante diez días y mantuvo empeñada a toda una división de infantería norteamericana con el apoyo directo de una compañía de carros. Pero el combate se decidió en otro lugar, ya que los norteamericanos e italianos, cuando lograron abrirse camino por las pendientes de monte Lungo y asegurarse la cumbre, amenazaron con aislar a los alemanes atrincherados en San Pietro Infine. Entonces las fuerzas germanas se retiraron dejando el pueblo completamente destruido e inhabitable. La mañana del 17 de diciembre, las fuerzas norteamericanas atravesaron, en un silencio casi sobrenatural, aquel montón de ruinas que les había costado más de 1500 bajas.

Detención en Cassino

El abandono de San Pietro Infine indujo a los alemanes a reorganizar sus defensas, y así, la División 45 norteamericana y la 2 marroquí pudieron avanzar inesperadamente unos 11 km antes de restablecer el contacto con el enemigo. La División 45, ya casi completamente agotada, fue sustituida por la División 3 argelina. Entonces el Cuerpo Expedicionario francés de Juin asumió el mando de aquella parte del frente, dejando libre el mando del Cuerpo de Ejército VI norteamericano de Lucas para la operación anfibia que se debería lanzar en enero.

Con las también exhaustas unidades del Cuerpo de Ejército II, concluyeron las batallas de diciembre, si se exceptúa una audaz operación llevada a cabo en la zona del Cuerpo de Ejército X. Una unidad de comandos realizó una incursión por el mar, más allá de la desembocadura del Garigliano, mientras un contingente de *Scots and Coldstream Guards* atravesaba, por sorpresa y osadamente, el río; se trataba de una incursión que tenía por objeto capturar prisioneros, obtener información y mantener alerta a los alemanes. La operación, gracias al factor sorpresa, logró un éxito total: los atacantes se movieron libremente a lo largo de la orilla opuesta del Garigliano, hicieron estragos entre los defensores y se retiraron después de haber capturado 20 prisioneros.

A fines de 1943, los generales Eisenhower y Montgomery dejaron el escenario bélico mediterráneo para acudir a Gran Bretaña, donde debían dirigir los preparativos para el ataque al otro lado del canal de la Mancha, previsto para la primavera siguiente. Se nombró comandante en jefe del Mediterráneo al mariscal sir H.

Arriba, a la izquierda: la línea alemana Bernhard, al sur de monte Lungo: los alemanes habían despejado el campo de tiro abatiendo todos los árboles, mientras los tocones y el terreno minado creaban obstáculos imprevisibles para el avance de los carros de combate aliados. Al lado: soldados pertenecientes a unidades norteamericanas levantando minas en una calle de San Pietro Infine. *(US Army)*

DEMASIADO TARDE Y DEMASIADO POCOS PARA INFLUIR EN LAS OPERACIONES

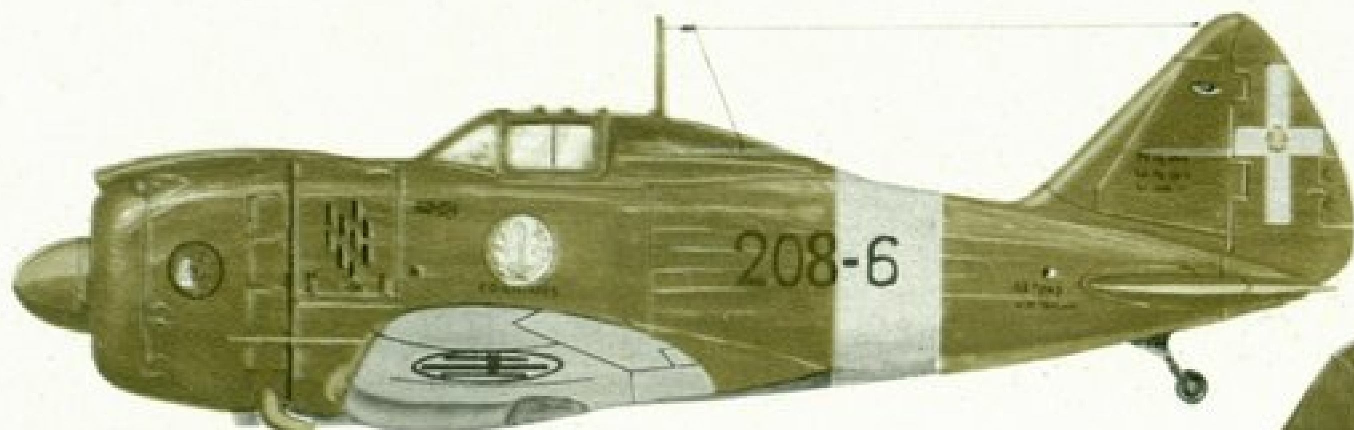
1 Macchi-Castoldi MC-205 "Veltro"
Derivado del *Macchi-202* y dotado de un motor lineal de 1250 CV, construido por la *Fiat* con licencia de la *Daimler-Benz*, el MC-205 fue el mejor caza italiano de la segunda Guerra Mundial. **Velocidad máxima:** 642 km/h. **Autonomía:** 985 km **Tangencia práctica:** 10.800 m. **Armamento:** dos pequeños cañones de 20 mm y dos ametralladoras de 7,7 (existían también versiones con dos de 12,7 y dos de 7,7, o bien con un cañón de 20 y cuatro de 12,7).



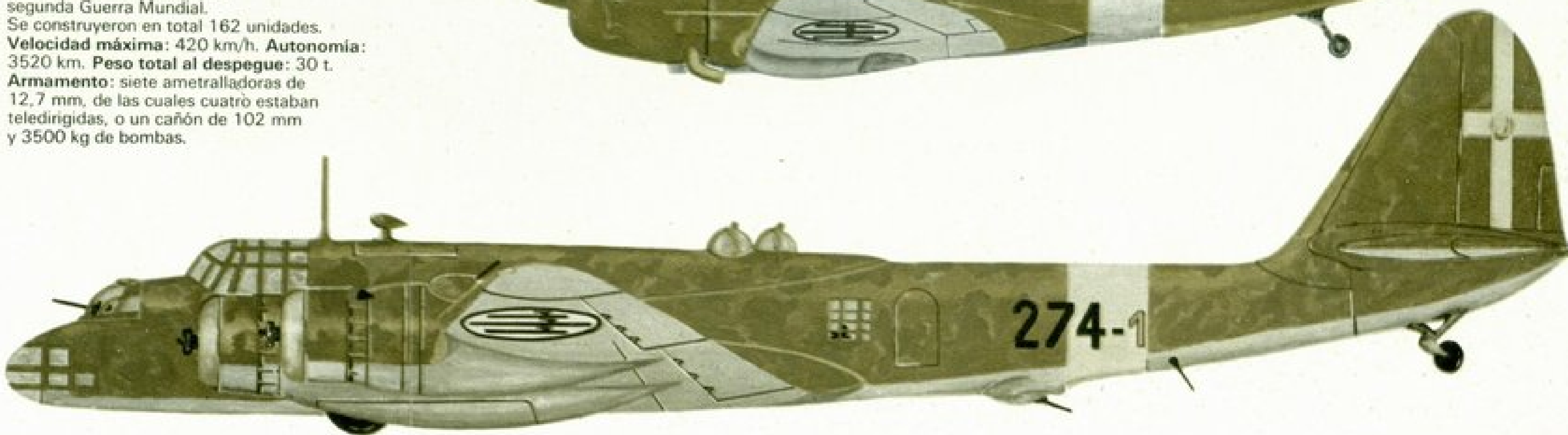
2 FIAT G-55 "Centauro"
Este caza, proyectado por el ingeniero Gabrielli, tenía el mismo motor que el *Macchi-205*. **Velocidad máxima:** 620 km/h. **Autonomía:** 1650 km. **Cota de tangencia:** 13.000 m. **Armamento:** tres pequeños cañones de 20 mm y dos ametralladoras de 12,7 o bien un cañón de 20 y cuatro ametralladoras de 12,7, o cinco cañones de 20 mm.



3 Reggiane Re-2002 "Ariete"
De excelentes características, entró en servicio demasiado tarde y sólo llegó a tiempo para intervenir, con la 5ª y la 50ª Divisiones aéreas, contra el desembarco aliado en Sicilia, donde sus unidades sufrieron graves pérdidas. **Velocidad máxima:** 538 km/h. **Autonomía:** 950 km. **Armamento:** una bomba de 200 kg y dos ametralladoras de 12,7.



4 Piaggio P-108
Fue el único cuatrimotor que utilizó la Aviación italiana durante la segunda Guerra Mundial. Se construyeron en total 162 unidades. **Velocidad máxima:** 420 km/h. **Autonomía:** 3520 km. **Peso total al despegue:** 30 t. **Armamento:** siete ametralladoras de 12,7 mm, de las cuales cuatro estaban teledirigidas, o un cañón de 102 mm y 3500 kg de bombas.



(Alfredo Fiorelli)

Maitland Wilson, en tanto que el teniente general sir Oliver Leese asumía el mando del Ejército 8 británico.

Poco después de fin de año, se tomó una decisión definitiva respecto de los desembarcos en Anzio; y puesto que la fecha de la operación se fijó para el 22 de enero, al Ejército 5 norteamericano se le planteó todavía con mayor urgencia la necesidad de asegurarse el control de las vías de acceso al valle del Liri. Cuanto más cerca de Frosinone lograse llegar Clark el día de los desembarcos, más rápidamente podría establecer enlace con las fuerzas desembarcadas.

Mientras tanto, el Ejército 5 norteamericano había penetrado prácticamente a través de la Línea Bernhard. Al tiempo que el Cuerpo de Ejército II, también norteamericano, avanzaba fatigosamente, el Cuerpo de Ejército X británico desarrollaba una intensa actividad de patrullas a lo largo del curso alto del Garigliano, buscando el punto más apto para el paso. A su vez, los franceses efectuaban reconocimientos en su sector para que Juin pudiese localizar la mejor dirección de avance por las montañas de su sector operativo. El día 16 de enero, cuando Keyes conquistó el monte Trocchio, la última altura antes de llegar al río Rápido, llegó para Clark el momento de intentar romper la Línea Gustav y alcanzar al ansiado valle del Liri.

La embocadura de dicho valle está obstaculizada por el casi ininterrumpido curso de agua formado por los ríos Rápido, Gari y Garigliano. Apenas pasado el río, Montecassino, al Norte, y las alturas alrededor de Sant'Ambrogio, en el Garigliano, al Sur, constituyen los bastiones que dominan el acceso al valle del Liri. Clark esperaba que los ingleses lograrían cruzar el Garigliano y conquistar el bastión meridional, y que los franceses se adueñarían del bastión septentrional. Si las cosas se desarrollaban así, Clark enviaría sus fuerzas más allá del Rápido, a fin de que abrieran un paso que permitiese al grueso de las fuerzas lanzarse hacia Frosinone y, finalmente, enlazar con la cabeza de desembarco de Anzio. Clark intentaba conseguir tres objetivos en la Línea Gustav: empeñar en combate a los alemanes, impidiéndoles trasladar tropas a Anzio; hacer acudir otras fuerzas a la línea, especialmente las situadas y, finalmente romper las defensas y llegar al valle del Liri.

Pero nadie se forjaba ilusiones dadas las dificultades inherentes a una operación de este género. Desde hacía meses, y con preocupación creciente, los oficiales del Servicio de Información observaban la actividad que desarrollaban los alemanes en la zona de Cassino. Consideraban los ríos como «un obstáculo notable y una línea natural de defensa», y esperaban que se demoliesen todos los puentes y se anegaran los valles. Por los prisioneros de guerra se supo que los alemanes estaban almacenando, alrededor de Cassino, grandes depósitos de abastecimientos, mientras que por informes relativos a los movimientos de las columnas motorizadas alemanas se podía comprender que en la misma zona se realizaba una concentración de fuerzas en gran escala. De todas partes llegaban noticias sobre las fortificaciones alemanas. Todos esperaban una dura lucha. Y tenían razón.

LA CAIDA DE LOS CHETNIK

Frank Pomeranz

Los partisanos comunistas de Tito desempeñaron, desde el comienzo de la ocupación del país por las fuerzas del Eje, un papel muy importante en el movimiento de Resistencia yugoslavo; pero tenían rivales, los *chetnik*, nacionalistas de derecha, dirigidos por el coronel Draza Mihailović. Los *chetnik* eran conservadores servios, políticamente más hostiles al comunismo de Tito que al nacionalsocialismo de Hitler. Desde el comienzo, llevaron a cabo una cauta misión de resistencia contra los invasores, y las divergencias con Tito los indujeron progresivamente a aceptar la presencia del Eje y, por último, a colaborar con él.

El coronel Draza Mihailović, jefe del movimiento *chetnik* yugoslavo.
(Südd Verlag)

Alemanes, húngaros e italianos entraron en Yugoslavia tras los bombarderos en picado germanos que, el 6 de abril, habían bombardeado intensamente la capital yugoslava; a los doce días cesaron todos los combates: se había completado la desmembración de Yugoslavia. Para un Estado como el yugoslavo, creado 23 años antes con la unificación de regiones muy distintas por su historia y por su religión, la invasión fue doblemente desastrosa: si antes ya se habían manifestado antagonismos, ahora se consumaba una completa desintegración. En el Noroeste se creó el llamado «Estado independiente de Croacia», dirigido por el fascista Ante Pavelic; y los alemanes, por su parte, crearon un estado satélite servio, al frente del cual pusieron al general Milan Nedic.

Sin embargo, un grupo de nacionalistas servios no aceptó la capitulación yugoslava. Conducidos por el coronel Draza Mihailović, del Ejército regular yugoslavo, 26 oficiales, suboficiales y gendarmes abandonaron Bosnia y, abriéndose camino a través del territorio ocupado se trasladaron a Servia. El 11 de mayo de 1941 llegaron a una zona denominada Ravna Gora, montañosa y cubierta de espesos bosques, a más de 100 km al sur de Belgrado. Allí fijarían su puesto de mando y, desde allí, dos meses después, se pondrían en contacto con los ingleses.

De esta manera comenzó el movimiento *chetnik*. El movimiento de Draza Mihailović se mantuvo –en teoría– totalmente independiente del enemigo y adoptó como lema «por el rey y por la patria». Los *chetnik* formaron un gran número de bandas armadas y reclutaban sus hombres en los pueblos y en el campo. También el aspecto de estos hombres sería rural y tradicional: cabellos largos, barba revuelta y sombreros de piel de oveja; cada individuo llevaba consigo numerosos puñales, pistolas, fusiles y cartucheras. Estas fueron las características con las que se difundió la organización, encauzando los sentimientos patrióticos y alimentando la voluntad de resistir. En junio de 1941 Mihailović envió emisarios a otros distritos de Servia, con la misión de ponerse en contacto con los patriotas locales y pedirles que organizasen y armasen a todos los hombres de la población local que se mostrasen dispuestos a combatir contra los alemanes.

De hecho, Mihailović no podía hacer otra cosa. Eran escasísimos los medios de que disponía, y en aquel momento no le llegaba ninguna ayuda del exterior. También sabía, por amarga experiencia, que si la resistencia se manifestaba con actos de violencia o de sabotaje, provocaría inmediatamente crueles represalias contra la población civil. Con razón o sin ella, estaba convencido de que lo único que se podía hacer por el momento era organizar un movimiento que fuese lo bastante fuerte «cuando los tiempos estuvieran maduros».

Pero mientras los *chetnik* llegaban a esta conclusión, había en Yugoslavia otros grupos más activos, entre ellos el organizado por el Partido Comunista yugoslavo dirigido por Josip Broz, quien más tarde sería el famoso Tito.

La fascinación de la acción inmediata era demasiado grande para que algunos de los *chetnik* de Mihailović pudieran resistirse a ella. Y así, desde fines de julio hasta fines de septiembre, *chetnik* y partisanos comunistas combatieron hombro con hombro. Los partisanos liberaron Uzice, importante ciudad situada a unos 55 km al sudoeste del puesto de mando de Mihailović, y la transformaron en su centro operativo. Y un comandante *chetnik*, llamado Miseta, conquistó Loznica el 31 de agosto y Zajaca el 1 de septiembre; asimismo, el capitán Racic, otro *chetnik*, avanzó hasta Sabac, a sólo 72 km al oeste de Belgrado. Viado Zecevic, sacertote que mandaba una banda de *chetnik*, y Ratko Martinovic, teniente del Ejército, liberaron a su vez gran parte del valle del río Drina. Con gran entusiasmo refirieron las noticias de estos éxitos a Mihailović, y Zecevic le invitó a trasladarse al valle del Drina y a asumir el mando del territorio liberado.

La reacción de Mihailović ante todo aquello fue fría. Reprochó a Broz –ya llamado Tito– cuando, finalmente, a mediados de septiembre, los dos hombres tuvieron una entrevista en el pueblo de Struganik, el comportamiento de los partisanos. A él no le interesaba en lo más mínimo la política violenta y revolucionaria y había ordenado a sus hombres que no se dejasen arrastrar en acciones de aquel tipo.

Esta entrevista demostró que existían muy pocas esperanzas de constituir un mando unificado entre *chetnik* y partisanos. Y fue entonces cuando algunos jefes *chetnik*, entre los que se encontraban el sacerdote Zecevic y Martinovic, se pasaron a las filas partisanas. Declararon que los *chetnik* eran demasiado pasivos.

Sin embargo, Mihailović no permanecía inactivo del todo. En agosto se puso en contacto con los ingleses y con el Gobierno real yugoslavo, exiliado en Londres. Los ingleses, contentos al saber que en los Balcanes existía un movimiento de resistencia, prometieron su ayuda. En octubre, un oficial de enlace británico, el capitán D. T. Hudson, desembarcó de un submarino en la costa de Montenegro y llegó a Ravna Gora. Por su parte, el Gobierno yugoslavo en el exilio reconoció el movimiento, ascendiendo a Mihailović a general y nombrándole ministro de la Guerra y comandante en jefe del Ejército yugoslavo en la madre patria.

El capitán Hudson llegó a tiempo para participar (pero permaneciendo en una habitación contigua) en una segunda entrevista entre Tito y Mihailović, el 26 de octubre de 1941. En aquella entrevista, Tito no pidió

un mando combinado, sino tan sólo que se desarrollasen las operaciones combinadas y se repartiesen los abastecimientos. Pero los recientes acontecimientos habían reforzado la decisión de Mihailovic de rechazar la propuesta partisana. En aquel momento se encontraba en una situación favorable. Los ingleses, y por consiguiente los Aliados y el Gobierno real yugoslavo, sabían de la existencia de los *chetnik*, pero no de los partisanos. Y así, el consejo que aquéllos le daban ahora no hacía sino confirmar su plan original: limitarse a preparar las bases para una eventual invasión aliada.

Además, los temores que desde hacía tiempo experimentaba Mihailović en cuanto a las consecuencias de una revuelta armada estaban siendo ya justificados por los hechos. Una semana antes de la entrevista, los alemanes habían ejecutado a 5000 hombres –toda la población masculina– de la vecina ciudad de Kragujevac.

Pero no era sólo la violencia y las subsiguientes represalias lo que Mihailović temía de los partisanos. Había oído la propuesta de éstos de sustituir, en las zonas liberadas, las viejas instituciones gubernativas por comités de liberación nacional; sin duda, había oído el *slogan* partisano («Muerte al fascismo. Libertad para el pueblo») y, sobre todo, había visto la estrella roja sobre la vieja bandera yugoslava.

En realidad, aquellos guerrilleros eran miembros de un movimiento que el Gobierno había declarado ilegal. Estaba seguro de que recibían órdenes de Moscú y que intentaban destruir los antiguos sistemas. Y entonces Mihailović vio claro que no iba a enfrentarse con un solo enemigo, sino con dos: los nazis alemanes y los comunistas partisanos, unos y otros agentes de naciones extranjeras. Si por temor a las represalias no podía combatir contra los alemanes, podía, por lo menos, dificultar la actividad de los partisanos.

Ya se habían producido unos o dos encuentros entre partisanos y *chetnik*; pero el día 1 de noviembre de 1941, entre Uzice y la ciudad de Pozega, se trabó una batalla de mayores proporciones. Los *chetnik* no dieron jamás una explicación de aquel episodio; los partisanos afirmaron que habían previsto un ataque por parte de los *chetnik* y los habían esperado a mitad del camino. En cualquier caso, el resultado del encuentro fue que los partisanos arrebataron Pozega a los *chetnik*, y si bien el episodio no provocó una rotura inmediata, empeoró las relaciones entre los dos movimientos. Luego, aunque Tito y Mihailović realizaron intentos de reconciliación, se produjeron otros encuentros; y finalmente, el 3 de diciembre, Mihailović cursó a todas sus unidades la orden de atacar a los partisanos.

Naturalmente, Mihailović se convenció de que su política era la justa. Su convicción se vio reforzada por el Gobierno yugoslavo, el cual, desde el verano, había podido enviar, a través de la BBC, mensajes radiados a su pueblo. Se pedía a los patriotas que no comenzasen la lucha y que esperaran los desembarcos aliados en los Balcanes; si se precipitaban, no harían otra cosa que suscitar represalias y hacer más rígida la tiranía alemana.

Pero los patriotas servios no sólo temían a los alemanes. El Estado independiente de Croacia proclamaba el exterminio de todas las minorías religiosas y raciales dentro de sus fronteras. Los terroristas *ustashis* perseguían a los servios, destruían pueblos y profanaban iglesias ortodoxas.

Había además grupos de *ustashis* musulmanes, deseosos de volverse contra los servios. Para los *chetnik* esto significó luchar también en otro frente. Y en toda esa confusión quienes mejor supieron aprovechar la situación fueron los partisanos de Tito.

Mihailović se convenció de que para los *chetnik* el único modo de sobrevivir como instrumento de la resistencia servia consistía en evitar a toda costa la continuación de las matanzas y las destrucciones que, por lo que se había visto, eran los únicos resultados de las campañas de 1941. En su opinión, todo lo que en aquel momento se esperaba de él era la supervivencia y la expansión del movimiento *chetnik*, como fuerza secreta que esperase la invasión aliada que restauraría la monarquía y el dominio servio.

Sin embargo, Mihailović también se daba cuenta de que los *chetnik* no podían adoptar una actitud completamente pasiva. Por una parte, su prestigio dependía del apoyo inglés, y éste dependía, a su vez, del hecho de que él estuviera empeñado en una política contraria a los intereses del Eje.

Los alemanes conocían su existencia y, por lo tanto, mientras los *chetnik* fueran considerados como un movimiento de resistencia, corrían el peligro de ser aniquilados; y puesto que cualquier solución era preferible a esto, no le quedaba más que hacer un doble juego.

Muchos de los comandantes de Mihailović llegaron a esta conclusión antes que su jefe. En efecto, en el transcurso del invierno 1941-42, muchos jefes *chetnik* establecieron acuerdos con las fuerzas de Nedic, aceptando recibir armas de los colaboracionistas y obligándose, en cambio, a no intervenir en nada. Luego, otros comandantes establecieron un *modus vivendi* con los alemanes; llegando incluso, en algunos casos, a acuerdos formales. Por su parte, los alemanes pudieron comprobar que las represalias llevadas a cabo en Servia habían logrado su objetivo por lo que respecta a los *chetnik* y que, por consiguiente, por parte de éstos ya no tenían nada que





Después del derrumbamiento de Yugoslavia, en abril de 1941, en el país se pusieron de manifiesto fuertes movimientos opuestos, y no sólo entre los partisanos de Tito, los alemanes y los *chetnik*. En efecto, algunas minorías de nacionalistas, aprovechando el clima caótico que imperaba, decidieron luchar contra sus mayores rivales: los servios. Entre estas minorías había grupos de musulmanes (fotos superior e inferior derecha), que combatieron al lado de los *ustashis*, fascistas acaudillados por Ante Pavelic, fiel aliado del Eje. Pavelic era jefe del llamado Estado independiente de Croacia, que exaltaba, como parte de su política de independencia, el exterminio de todas las minorías religiosas y raciales existentes dentro de sus fronteras. Los *ustashis* mataron millares de servios, destruyendo sus pueblos y profanando las iglesias ortodoxas servias. *(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie) - (Sado - Opera Mundi)*



Numerosos musulmanes avanzan al encuentro de las fuerzas nacionalistas de Ante Pavelic, para unirse a éstas, en su lucha contra los servios. *(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)*

temer. En todo caso, si se admitía que los *chetnik* tenían todavía intenciones de combatir, lo harían contra la «amenaza comunista de los partisanos».

Es imposible saber hasta qué punto Mihailović aprobó aquellos acuerdos clandestinos y en qué medida creía todavía en la política de espera, ganándose entre tanto la confianza de los alemanes. En aquella fase, aún se le podía considerar jefe de un movimiento de resistencia empeñado en una serie de hábiles movimientos políticos.

En una situación semejante, los *chetnik* podían inducir a engaño a los oficiales de enlace ingleses sobre la verdadera marcha de los acontecimientos. A veces se vanagloriaban, como si fueran suyos, de los éxitos logrados por los partisanos, y exageraban burdamente las represalias y las atrocidades de los alemanes. Así, pues, mientras a comienzos de 1942 la actividad efectiva de los *chetnik* se parecía cada vez más a una colaboración con los alemanes, la imagen que el resto del mundo tenía de ellos era la de una poderosa facción que luchaba, en condiciones de espantosa inferioridad, contra los invasores. La barbuda cara de Mihailović, con sus lentes de montura metálica era familiar a los lectores de los diarios; en cambio, era totalmente desconocida la actividad de los partisanos.

Y mientras Mihailović se mantenía en esta delicada posición en Servia, permaneciendo con algunos oficiales en la zona de Ravna Gora, en Bosnia y en Montenegro las cosas se desarrollaban de una manera semejante. Pero, en esta última región, los partisanos declaraban, mucho más decididamente que en las otras su fidelidad a la causa comunista. Por esta razón, los *chetnik* que operaban en Montenegro y que en un principio habían cooperado con los partisanos, pronto empezaron a desconfiar de los objetivos de aquel movimiento. Estimulados por la propaganda anticomunista de los italianos, los jefes *chetnik* ya habían decidido actuar contra los partisanos en otoño de 1941. Uno de ellos, el coronel Stanisic, en marzo de 1942, llegó a estipular un acuerdo con el Alto Mando italiano, según el cual los italianos ayudarían a los *chetnik* uniéndose a ellos contra los partisanos. En aquella misma época, un íntimo amigo de Mihailović, el mayor Djursic, también establecía relaciones amistosas con los italianos en Montenegro. Por lo tanto, no es muy probable que Mihailović condenase del todo semejantes actitudes, pero, desde luego, exigía que no se colaborase abiertamente con las fuerzas del Eje.

Al comenzar el año 1942, una vez «racionalizada» la posición de los *chetnik* en Montenegro, Mihailović trasladó su puesto de mando a dicha región. Ahora ya se sentía protegido por los acuerdos establecidos con los italianos; éstos, en marzo, apoyados por los *chetnik*, lanzaron una ofensiva contra los partisanos en Montenegro. Y a fines de junio esta operación combinada terminó con la expulsión de la mayoría de los comunistas. A partir de entonces, la cooperación con las fuerzas italianas asumió la misma forma que ya había adoptado en Servia con el régimen de Nedic: los italianos ocupaban la ciudad, mientras en el campo los *chetnik* perseguían a todos los filopartisanos que lograban descubrir.

Este estado de cosas se prolongó hasta el verano de 1943. Los Aliados siguieron ignorando la verdadera situación que reinaba en Yugoslavia hasta la primavera de 1943; pero, en la práctica, no concedieron su apoyo a los partisanos hasta fines del citado año.

Aunque ahora pueda parecer increíble que los Aliados tardasen tanto tiempo en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, son muchas las razones que explican este aparente contrasentido. El apoyo inglés a Mihailović lo sostenía el gobierno yugoslavo exiliado en Londres, el cual sólo estaba en contacto con los *chetnik*. Habría sido difícil para los ingleses aceptar la idea de que el ministro de la Guerra de un Gobierno aliado hiciese el juego al enemigo, ni siquiera aunque hubieran podido disponer de la adecuada información sobre las actividades de Mihailović. En efecto, hasta el momento ninguno de los oficiales de enlace ingleses lanzados en paracaídas sobre Yugoslavia había regresado para informar. Por otra parte, parece ser que los *chetnik* se preocupaban mucho por producir la mejor impresión cada vez que algún observador extranjero se encontraba entre ellos. El mismo Mihailović tendía a mantenerse entre bastidores, y su firma no figuró nunca en ninguno de los acuerdos a que habían llegado sus comandantes con italianos y alemanes.

Pero en la primavera de 1943 ya no fue posible ignorar tantos y tantos síntomas. Desde hacía algunos meses, en las informaciones enviadas por el capitán D. T. Hudson y por otros oficiales de enlace el puesto de mando de Oriente Medio, se hacían constantes alusiones sobre el verdadero estado de cosas en Yugoslavia, y, por iniciativa del capitán Deakin, que trabajaba en El Cairo en la sección de asuntos yugoslavos, los ingleses empezaron a indagar sobre la actividad de los partisanos; en mayo de 1943, se les lanzó, en paracaídas, el primer oficial de enlace. Por lo demás, no se abandonó a los *chetnik*. Pero así se creó una extraña situación: en Yugoslavia existían dos facciones que combatían entre sí, y ambas recibían ayuda inglesa y oficiales de enlace ingleses.

En febrero de aquel año se había desarrollado una ofensiva masiva, y en todo el país los *chetnik*, desde su nueva base de Foča, lanzaron ataques en fuerza contra los partisanos. Los *chetnik* esperaban cercar a estos últimos en la ciudad de Prozor, en Herzegovina; mas, no habiendo logrado su intento, trataron de cortar a los partisanos los caminos de retirada a Bosnia. Pero también este intento fracasó, y a mediados de marzo las fuerzas de Tito rompieron las líneas *chetnik*, dispersando a los 12.000 hombres del ejército de Mihailović.

Esta derrota aceleró la desintegración de la organización *chetnik*. Mihailović ya no logró ejercer ningún control sobre sus oficiales, quienes, por lo demás, rivalizaban entre sí. En cuanto a los soldados *chetnik* eran simples campesinos, que no tenían ningún interés en seguir las vicisitudes políticas que tanto preocupaban a sus jefes; para muchos de ellos los partisanos eran hermanos que combatían contra los invasores alemanes. Era absurdo luchar contra ellos, y más aún cuando, por lo general, eran los partisanos los que vencían.

Los acontecimientos de la primavera de 1943 pusieron a los *chetnik* en la situación menos apropiada para enfrentarse, en el verano, con el derrumbamiento de sus aliados italianos. Los que todavía eran fieles a la causa anticomunista se volvieron otra vez hacia nuevos jefes; esta vez se trató de los alemanes, y la lógica de los acontecimientos acabó relegando cada vez más a segundo plano la primitiva política de supervivencia en espera de la llegada de los Aliados. Los *chetnik* supervivientes se transformaron, por lo tanto, en instrumentos con los que el Eje tenía subyugada a Yugoslavia.

Poco después, en Teherán, los Aliados retiraron por completo el apoyo que habían prestado a Mihailović. Los oficiales de enlace ingleses recibieron la orden de regresar, y algunos de ellos se encontraron en la embarazosa situación de tener que esperar, como huéspedes de Mihailović, la llegada de la primavera para que un avión pudiera aterrizar y recogerlos. En honor de Mihailović y de sus *chetnik* hay que reconocer que se comportaron todos ellos de un modo muy cortés y hospitalario con aquellos hombres que habían recibido la orden de abandonarlos.

La retirada del apoyo aliado significó, prácticamente, el fin del movimiento *chetnik*. En efecto, no sólo dejaron de recibir abastecimientos, sino que sus componentes, viendo que el movimiento no contaba ya con un futuro, se pasaron en masa a las filas partisanas. Sus jefes habían esperado que la desconfianza de los occidentales hacia la Unión Soviética les habría inducido a apoyar un movimiento nacionalista contra aquellos partisanos manejados por los comunistas; pero, en cambio, ocurrió precisamente lo contrario: fueron los informes presentados por los oficiales de enlace ingleses que operaban con Mihailović y, a continuación, con Tito, los que convencieron a los ingleses que los *chetnik* no hacían nada por la causa aliada. Fueron los ingleses quienes lanzaron en paracaídas oficiales de enlace a Tito nueve meses antes de que lo hicieran los rusos; y fueron los ingleses también quienes, por razones puramente militares y quizá en perjuicio de sus propios intereses políticos, lo ayudaron enormemente con el envío de armas y de abastecimientos.

De esta manera se deshizo el movimiento *chetnik*. Había nacido como movimiento patriótico de resistencia; pero luego los acontecimientos lo llevaron por un camino opuesto. Cuando, por motivos bastante legítimos, sus jefes decidieron que una resistencia activa sería inoportuna y que los partisanos constituían el peligro más inmediato, se hizo prácticamente inevitable que llegasen a acuerdos con los alemanes y terminasen deslizándose al final gradualmente hacia una franca colaboración.

FRANK POMERANZ



Nació en Memel, Lituania, en 1925. Estudió en Berlín, Yugoslavia, Sudáfrica y Cambridge *(King's College, Taunton College, Gonville and Caius College)*, donde se laureó en historia y en estudios eslavos. Su carrera ha sido más bien movida: adscrito a la escucha de las trasmisiones radiofónicas yugoslavas en la BBC durante la guerra, fue después en distintas ocasiones corresponsal del *News Chronicle* en Belgrado. Allí, habiendo dejado temporalmente Cambridge, frecuentó la universidad. Ha sido director del Unilever, consejero para las exportaciones a Europa oriental en una empresa privada, profesor de lenguas en la base aérea americana de Wethers dield y en un instituto técnico de Londres. Actualmente trabaja como escritor y traductor por cuenta propia.

LA GUERRA EN LA CUMBRE

A. J. P. Taylor

Conferencia de Teherán, noviembre de 1943



(Imperial War Museum)

Aunque ya hacía más de dos años que los Aliados occidentales y Rusia estaban unidos en la lucha contra el Eje, los contactos –y, por consiguiente, la posibilidad de una comprensión recíproca– habían sido bastante limitados. Las operaciones militares de cada uno de ellos se desarrollaban de modo independiente, con poquísimas acciones comunes. Pero ahora, finalmente, en Teherán, los tres grandes jefes que representaban a los respectivos países y dirigían la actividad bélica de los mismos, se encontraron frente a frente. Mas sus objetivos eran extremadamente vagos y, en consecuencia, vagos fueron asimismo los resultados de la conferencia: aunque era evidente que continuarían la guerra hasta la victoria final, también se manifestaba con toda claridad que esto era lo que los mantenía unidos y que era casi seguro que sus caminos se separarían apenas faltase aquel vínculo. En las páginas que siguen ofrecemos un informe de la situación política de entonces, según la interpretación de uno de los historiadores modernos más discutidos.

El día 28 de noviembre de 1943 tres hombres, acompañados por sus consejeros, se entrevistaron en la lejana Teherán: Winston Churchill, primer ministro de Gran Bretaña; Franklin Delano Roosevelt, presidente de los Estados Unidos y José Stalin, primer ministro de la Unión Soviética, secretario del Partido Comunista ruso y, en la práctica, dictador de todas las Rusias. En conjunto representaban al mayor complejo de potencia militar que el mundo había visto; y aunque todavía había de transcurrir un largo período de sangrientas luchas, ya era evidente que serían los vencedores de la segunda Guerra Mundial. La unidad a la que llegaron en Teherán pareció prometer un futuro feliz al mundo entero, y el hecho de que luego aquella unidad se desvaneciese hace que ahora el espíritu de Teherán nos parezca más bien un espejismo. ¿En qué medida era real aquella unidad? ¿Qué deseaban aquellos tres hombres para sus países y para la humanidad en general? ¿Y hasta qué punto sus distintas líneas políticas podrían confluir en una corriente única y común?

El encuentro de Teherán fue muy extraño en muchos aspectos. Ya resultó extraña la elección de la capital de Persia: se trataba de un país teóricamente neutral, pero en realidad ocupado por fuerzas inglesas y soviéticas. Por otra parte, ningún presidente norteamericano, en sus años de mandato, se había alejado tanto de Estados Unidos. En cuanto a Stalin, no había puesto pie en suelo extranjero desde los días de la revolución bolchevique. Durante aquella revolución, Churchill había sido el más enconado partidario de una intervención armada contra los comunistas. Los Estados Unidos no habían reconocido a la Rusia soviética hasta 1933, e incluso entonces este reconocimien-



Casablanca, enero de 1943: Churchill y Roosevelt, asistidos por sus respectivos Estados Mayores, en la mesa de la conferencia en cuyo curso los dos aliados tomaron decisiones de carácter exclusivamente militar. Comenzando por la izquierda: Arnold, King, Churchill, Roosevelt, Brooke, Pound, Marshall. De pie: Jacob, Ismay, Mountbatten, Deane, Dill, Portal, Hopkins. (US Army)

to había quedado casi únicamente como simple formulismo, hasta que los dos países se vieron implicados en la segunda Guerra Mundial. Por añadidura, los dirigentes soviéticos habían intentado desencadenar revoluciones comunistas tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. Y ahora resultaba que Gran Bretaña y la Unión Soviética estaban unidas por un pacto oficial de alianza. Desde un punto de vista estrictamente jurídico Estados Unidos eran sólo «asociados» a una y otra potencia, aunque la relación entre los tres países se definía solemnemente con la expresión de «Naciones Unidas».

Y a pesar de esta unión, estaban combatiendo todavía, como se ha dicho, de una manera autónoma. El encuentro de aquellos tres hombres puso de relieve el carácter dualístico de la segunda Guerra Mundial: se trataba de una guerra de pueblos a una escala que no tenía precedentes en la historia, y, al mismo tiempo, en aquella guerra, los jefes representaban individualmente a sus países y determinaban el curso de los acontecimientos de una manera que tampoco se había visto jamás.

Se trataba de una guerra de pueblos, no cabe duda. Millones de hombres habían sido encuadrados en los Ejércitos y la vida de todos –hombres, mujeres y niños– había sido transformada por las exigencias y las presiones bélicas. Antes del conflicto, alguien aseguró que la guerra moderna era demasiado terrible para poderse soportar prolongadamente. La guerra suscitaría un descontento difuso y quizá provocase el derrumbamiento de la civilización. Mas, los hechos demostraron lo contrario: cuanto más terribles llegaron a ser las condiciones de vida, más resueltos se mostraron los pueblos.

Y esta determinación era igualmente fuerte en los dos bandos. Los pueblos de la Unión Soviética y de Gran Bretaña, de Alemania y del Japón, soportaron con indestructible firmeza aquellos largos años de sacrificios y de privaciones. El ejemplo más notable lo proporcionó la misma Alemania, país en el que unos pocos hombres, pertenecientes a la esfera gubernativa, intentaron un movimiento de oposición contra la guerra, pero lo único que consiguieron fue suscitar la unánime indignación del pueblo alemán.

Los pueblos lo eran todo, y sin embargo, también era cierto lo contrario. En efecto, en ninguna guerra había ocurrido jamás que una gran potencia se concentrase hasta tal punto en un solo hombre. En la primera Guerra Mundial, por ejemplo, si bien no faltaron grandes jefes, como Lloyd George y Clemenceau, ninguno retuvo en sus manos el poder a lo largo de todo el conflicto (excluido, naturalmente, el presidente Wilson, quien, por lo demás, muy difícilmente hubiera podido evitarlo); y algunos países, como Austria-Hungría e Italia, no tenían, prácticamente, un verdadero dirigente.

En la segunda Guerra Mundial, el Japón fue la única gran potencia que siguió lo que en el pasado había sido la norma: el emperador, aunque teóricamente investido de un poder supremo, no era nada más que una figura representativa, y el general Tojo uno de los muchos políticos. Pero en cuanto a los demás países, la guerra y un solo hombre resultan sinónimos. Es cierto que Churchill no llegó a primer ministro hasta nueve meses después de estallar la guerra, y que Roosevelt murió poco antes de su conclusión, pero esta identificación fue de todas formas inequívoca. Stalin y Hitler permanecieron al frente de sus países durante todo el conflicto, y Mussolini sólo desapareció cuanto Italia abandonó el campo del Eje.

Pocos pensarían discutir la anterior afirmación en lo que respecta a Hitler; por el contrario, la tendencia ha sido la de atribuirle incluso demasiada responsabilidad. En cuanto a Mussolini, en teoría tenía casi los mismos poderes, suavizados solamente por la vaga presencia del rey Víctor Manuel III. La decisión de entrar en la guerra, en junio de 1940, había sido suya y sólo suya. También fue suya la responsabilidad del ataque a Grecia e incluso lo fue la decisión de continuar la guerra, a pesar de que ya era evidente que estaba perdida.

En teoría, Alemania e Italia estaban estrechamente unidas por el Pacto de Acero, y, con el Japón (Pacto Tripartito), constituían aquel gozne en torno al cual debería girar el acontecer del mundo. Sin embargo, la unidad del Tripartito no fue gran cosa. El Japón atacó a Estados Unidos sin advertir ni siquiera a sus aliados europeos, y se negó a atacar a la Unión Soviética a pesar de las repetidas peticiones alemanas. Entre el Japón y Alemania no existió jamás la mínima coordinación en los planes bélicos.

También el vínculo entre Alemania e Italia resultó poco eficaz. Hitler y Mussolini se entrevistaron varias veces; y a aquellas entrevistas –en las que Hitler peroraba y Mussolini, con desgana, se sometía– se les daba gran publicidad. Pero su colaboración jamás fue leal. Mussolini entró en la guerra contra el parecer de Hitler, y el ataque italiano a Grecia fue más bien un gesto contra Alemania que contra Gran Bretaña. Hitler jamás demostró el menor interés por las campañas de Mussolini en el Norte de Africa, y si envió allí sus fuerzas no fue porque pensara que Alemania sacaría algún provecho, sino tan sólo para sacar a Italia del atolladero. En realidad, la política de Mussolini no fue otra cosa que un intento de eludir el destino que le había correspondido a Francia, un intento que acabó demostrando su futilidad. El Eje era sólo una palabra privada de significado, como muchas cosas –si no todas– que hizo Hitler.

Las potencias del Tripartito únicamente tenían en común una cosa. Antes de la guerra habían sido potencias ofendidas y descontentas, países que, con derecho o sin él, sostenían que en el mundo les correspondía una posición mejor que aquella en la que se encontraban. En la primera fase del conflicto, Alemania y Japón, como se sabe, se aseguraron esta ambicionada posición a un precio relativamente bajo. Sólo Italia demostraba su debilidad, no logrando aprovecharse de ningún botín de guerra, exceptuado el desierto, y aun no siempre.

En ese sentido, Alemania y Japón habían logrado sus objetivos, antes incluso de que se iniciase la verdadera guerra en gran escala. Entonces, una paz de compromiso habría servido perfectamente a sus intereses, si por compromiso se entiende que los dos países hubieran conservado la mayor par-

te de lo que acababan de conquistar. En realidad, los japoneses confiaron en un compromiso de este género hasta el último día de la guerra. En cambio Hitler aceptó el dilema impuesto por sus adversarios: victoria total o derrota total. Ya desde 1942 el Japón y Alemania estaban combatiendo una guerra defensiva: desgastando o dividiendo a sus enemigos, los dos países esperaban conservar los frutos de sus fáciles victorias.

También las Naciones Unidas, como se llamaba a los Aliados, iniciaron la guerra sobre una base defensiva. La Unión Soviética y los Estados Unidos entraron en la contienda porque fueron atacados. Gran Bretaña se encontraba en la posición casi única de haber declarado la guerra a Alemania, pero hubo de hacerlo en defensa de Polonia.

Hasta 1939 todas las grandes potencias parecían satisfechas; si se exceptúa la nostalgia –un poco teórica– que los soviéticos sentían por los territorios rusos perdidos después de la revolución bolchevique. Pero tras las victorias logradas por los países del Tripartito entre 1939 y 1942, ninguna de ellas estaba ya dispuesta a contentarse con sobrevivir, ni siquiera a limitarse a anular los resultados de las victorias del enemigo. Se mostraban unánimes en su decisión de que sólo una victoria total les garantizaría tanto a ellos como al resto del mundo, una verdadera seguridad. En forma un tanto paradójica, por lo tanto, las considerables potencias totalitarias tenían objetivos más moderados por sus «pacíficos» adversarios. La conferencia de Teherán reforzó el programa de éstos con miras a una victoria final.

Churchill: el gran tradicionalista

Winston Churchill había sido, sin duda alguna, el más activo promotor de las Naciones Unidas, o sea de la idea que definía la «gran alianza». En Inglaterra fue uno de los primeros en atribuir a Hitler planes de conquista del mundo y en insistir que únicamente con la guerra sería posible detenerlo. Y su convicción fundamental era que para ello se requeriría la activa cooperación de Rusia y de los Estados Unidos. Jamás se cansó de sostener la importancia de una alianza con Rusia antes de que estallara la guerra, y poco tiempo después logró imponer su punto de vista a pesar de los sentimientos antisoviéticos que el pacto ruso-alemán había suscitado.

Sin embargo, los hombres, incluso los grandes hombres, no son siempre coherentes del todo, y Churchill a menudo se dejó arrastrar por la esperanza de que se pudiera derrotar a Alemania incluso sin la ayuda soviética o americana; en cualquier caso, esta esperanza quedaría como único recurso si no fuera posible obtener la cooperación de aquellos países. En los primeros días de la guerra, a menudo dejó entrever que Gran Bretaña y Francia se las arreglarían solas. Incluso después de la caída de Francia, en junio de 1940, Churchill no razonaba sólo en términos de supervivencia. Ya entonces, cuando no se vislumbraba todavía ningún hilo de esperanza, estaba preparando los planes para una victoria británica. ¿Creía entonces verdaderamente que era posible esta victoria? Esta es una pregunta a la que no se puede responder. Creíble o no, esta convicción era necesaria mientras Gran Bretaña permaneciera sola.

Churchill llegó a primer ministro el 10 de mayo de 1940, y se mantuvo en este cargo mientras hubo guerra en Europa. Su posición era extraordinariamente fuerte, y, sin embargo, según sus temores, también precaria. Era el jefe de un país unido. Los tres partidos políticos –conservador, laborista y liberal– participaban en el gobierno, y aparantemente, tanto el Parlamento como la opinión pública, eran casi unánimemente favorables a la guerra. Pero Churchill, al mismo tiempo, también se daba cuenta de la impopularidad que le había rodeado en los primeros tiempos del conflicto y no podía sacudirse en un momento aquella reputación de persona irresponsable que, merecidamente o no, se le había otorgado. A menudo temía que su Gobierno fuera derribado en la Cámara de los Comunes, como lo había sido el de Chamberlain; y por ello todos los fracasos (la caída de Singapur o de Tobruk, por ejemplo) le alarmaban en una medida que *a posteriori* puede parecer desproporcionada. Por mucho tiempo fue más popular en la nación que en la Cámara de los Comunes, llegando a ser una especie de símbolo nacional, considerado por el hombre de la calle con una mezcla de afecto y de admiración.

En lo concerniente a la dirección militar de la guerra, Churchill se mostró activísimo y estuvo implicado en ella como jamás lo estuviera un primer ministro británico. Durante la primera Guerra Mundial, Lloyd George, aunque se encontraba a la cabeza de un enérgico gabinete de guerra, intervino limitadamente en las actividades de los generales y de los almirantes, y muy raramente impuso su voluntad; quizá porque, en realidad, no sabía qué imponer.

Pero Churchill, como responsable de la estrategia bélica, tenía mayor experiencia. Creó para sí mismo el cargo de ministro de la Defensa, un cargo con deberes y funciones no muy definidos. Como órgano ejecutivo se servía del comité de los jefes de Estado Mayor, organismo que formulaba y dirigía toda la estrategia británica. No obstante, Churchill no daba órdenes a los jefes de Estado Mayor: se limitaba a sugerir y a estimular, usando su propia expresión, a «aguijonear». Sólo cedía ante argumentos tan convincentes como los suyos. A ningún jefe de Estado Mayor lo destituyó Churchill por divergencias totales. Sin embargo, al acabar las discusiones, era Churchill quien tomaba las decisiones definitivas y fundamentales. Como mínimo, se puede decir que las decisiones habrían sido distintas, aunque quizá no del todo, si Churchill no hubiera ocupado el puesto que ocupaba.

Victoria total: la decisión clave

La decisión tomada por Churchill poco después de su nombramiento como primer ministro fue la que, en realidad, determinó todas las demás: se trataba de la decisión de continuar la guerra hasta que se lograse una victoria total. En privado, Churchill dijo a menudo que esperaba la entrada en la guerra de Estados Unidos y, en menor grado, de la Unión Soviética; pero en público no podía admitirlo, porque la población no estaba dispuesta a esperar. Por lo demás, en lo que respecta a este punto, tampoco Churchill estaba dispuesto a esperar. Así, en verano de 1940, se tomaron dos decisiones estratégicas, cuando Gran Bretaña estaba todavía combatiendo por su propia supervivencia. La primera fue la de los bombardeos estrátegicos. Se creyó que las incesantes incursiones aéreas podrían conducir al derrumbamiento de Alemania, o, por lo menos, conducirla a un estado de irremediable confusión. Al principio, las incursiones tenían objetivos concretos, como centros ferroviarios e instalaciones petrolíferas; mas luego, cuando se demostró que era imposible efectuar bombardeos de precisión, las incursiones fueron indiscriminadas, si bien incluso así se mostraron ineficaces durante mucho tiempo.

La otra decisión fue la de potenciar el Ejército británico de Egipto, haciendo así del Oriente Medio el eje de la potencia militar británica. En realidad, esta decisión se impuso por sí misma, y tuvo consecuencias de gran alcance, dos de las cuales fueron, no obstante, negativas: desde aquel momento los ingleses tuvieron que contar con la esperanza de que el Japón no les atacara en Extremo Oriente y que cualquier proyecto de invadir directamente Europa a través del canal de la Mancha debería ser aplazado para un futuro lejano.

Entre las consecuencias positivas figura el hecho de que Oriente Medio y el Mediterráneo se transformaron en los principales campos de batalla para las fuerzas británicas en cuanto éstas lograron la debida potencia ofensiva. Esta decisión, aunque accidental en su origen, representaba también la convicción de Churchill. Con los recuerdos todavía vívidos de la primera Guerra Mundial, quería evitar el riesgo de las grandes pérdidas que, en su opinión, acarrearía un choque frontal con Alemania en el noroeste de Francia. Suponía que la mejor solución era minar la potencia de Alemania en su base, y consideraba la invasión directa como una acción que debía emprenderse tan sólo cuando el Reich estuviera ya al borde del derrumbamiento.

En 1940, aun cuando hablase de una posible victoria sin el apoyo de las dos grandes potencias neutrales, Churchill tenía sus ojos puestos en ellas. Pero con Stalin no había nada que hacer: la única preocupación de éste era mantenerse fuera de la guerra mientras fuera posible. Algunos atribuían a Stalin planes para la instauración del comunismo en todos los países del mundo, y aunque todo lo que se diga a propósito de Stalin sólo pueden ser conjeturas, parece lo más probable que, en realidad, lo único que le preocupara fuera la seguridad de la Unión Soviética. Probablemente, quizá era también consciente de la debilidad militar soviética. El país había vivido muchos años de dificultades económicas y, además, casi todos los jefes militares acababan de ser eliminados por orden suya. Aun cuando exaltase la potencia soviética para alimentar su valor y el del pueblo ruso, no cabe duda de que debía darse cuenta de lo precaria que era la situación.

En cualquier caso, las veladas invitaciones a cooperar que le dirigió Churchill no tuvieron ninguna respuesta.

Roosevelt: partícipe a pesar suyo

Churchill se dirigió a Roosevelt con más gusto y esperanza. En líneas generales, de los tres grandes dirigentes aliados Roosevelt era el enemigo más implacable del Eje. Nunca dudó, ni siquiera por un momento, que si los Estados Unidos entraban en la guerra, alcanzarían una victoria completa. Pero, por otra parte, si había la menor posibilidad, él quería evitar entrar en el conflicto. Probablemente prefería que otros se ocupasen de combatir, de modo que al fin los Estados Unidos pudieran imponer los términos de paz. El pueblo americano salía entonces de un largo período de aislamiento y Roosevelt estaba decidido a no forzar la mano. En realidad, algunos investigadores de aquellos acontecimientos sostienen que en el transcurso del verano de 1940, y todavía más en el verano de 1941, había acabado por ceder ante la opinión pública americana, aunque ponen en duda que, durante la campaña presidencial de 1940, fuese necesario para él prometer que los muchachos americanos no irían jamás a combatir en guerras ajenas.

Personalmente, Roosevelt opinaría que esta aseveración era necesaria, y puede incluso darse el caso de que la hiciera de buena fe. Roosevelt se veía siempre inpulsado a creer que sus esperanzas se traducirían en realidades, y ciertamente, hasta Pearl Harbor, siguió esperando que las potencias del Eje serían derrotadas sin necesidad de la intervención norteamericana.

En teoría, Roosevelt era un soberano absoluto, a quien nada ni nadie se oponía, cosa que, por el contrario, no le ocurría a Churchill, supeditado a una Gabinete de guerra y con la posibilidad de ser derrotado en el parlamento. No obstante, en la práctica, las cosas no eran exactamente así. A Roosevelt no le gustaba desempeñar personalmente la actividad de mando, y si era posible prefería que lo hicieran otros en su lugar. Rara vez impuso su voluntad a algún comité o cursó órdenes directas a los comandantes de las Fuerzas Armadas. El general Marshall y el almirante King, respectivamente jefes de los Estados Mayores del Ejército y de la Marina, gozaban de una libertad de acción mucho mayor que la de sus colegas ingleses o soviéticos. Nadie fue tan hábil como él



UNIÓN SOVIÉTICA

Mientras el Eje lanzaba su guerra psicológica contra los Aliados, éstos realizaban esfuerzos gigantescos para aumentar la producción bélica y derrotar así a Alemania. A la izquierda: morteros pesados soviéticos de reciente fabricación dispuestos para ser enviados al frente. A la derecha: una fábrica de carros de combate trasladada a los Urales. Al comienzo de las hostilidades los alemanes habían intentado destruir la potencia industrial de la Unión Soviética, para impedirle sostener el esfuerzo de una larga guerra. Pero los rusos desplazaron sus instalaciones industriales más allá de los Urales y a los seis meses del comienzo de la guerra los nuevos establecimientos estuvieron en condiciones de obtener una producción bastante superior a la prebélica.
(Novosti Press Agency)



para evitar una decisión, dejando entender, por lo general, que no era necesario tomar ninguna.

De todas formas, a pesar de esta tendencia suya a ser evasivo, Roosevelt tomó serias decisiones, incluso en contra del parecer de sus más expertos consejeros; y estas decisiones, como las de Churchill, contribuyeron en gran medida a determinar el desarrollo de la guerra. La primera de estas decisiones la tomó al comienzo del verano de 1940. Los jefes de servicio y los expertos económicos aseguraban que ya no había recursos disponibles para ayudar a Gran Bretaña. Por otra parte, tenía la convicción de que Gran Bretaña sería derrotada muy pronto y que, por consiguiente, todas las ayudas que se le concediesen serían desperdiciadas. Roosevelt rechazó su hipótesis. Estaba convencido de que Gran Bretaña sobreviviría porque quería que así ocurriese. Además, considerándolo más cínicamente, la concesión de ayuda a Gran Bretaña era un juego de azar que valía la pena intentar: si sobrevivía, América saldría ganando, y si, por el contrario, se hundía, las pérdidas de la ayuda concedida tampoco serían tan catastróficas. Así, desde aquel momento, Estados Unidos se transformaron en la única garantía y en el último recurso de Gran Bretaña. Cuando las reservas financieras inglesas se agotaron, su puesto fue ocupado por la ley de «Préstamos y arriendos».

La transacción no se realizaba en un pie de igualdad: los ingleses se convencieron de que, puesto que Gran Bretaña y Estados Unidos servían una causa común, no era preciso hablar de reembolsos. Pero los americanos, comenzando por el mismo Roosevelt, hacían tan sólo lo estrictamente necesario para permitir que Gran Bretaña continuase adelante, y al mismo tiempo esperaban sacar de la operación todas las ventajas posibles para ellos. Por supuesto, no sentían ningún interés por salvaguardar las glorias del Imperio Británico. Al contrario, por una extraña supervivencia del prejuicio anticolonialista, el fin de estas glorias entraba en sus objetivos de guerra.

Pero, en definitiva, lo que contaba era la decisión de ayudar a Gran Bretaña. Y en esta decisión tuvo su origen un progresiva reestructuración de la economía americana para hacer frente a las exigencias de la guerra, así como un creciente empeño en la batalla del Atlántico contra los submarinos alemanes. Esto acarreó, inevitablemente, otra decisión: si los Estados Unidos se veían implicados en una guerra contra el Eje, antepondrían el Atlántico al Pacífico.

Semejante decisión tenía raíces muy profundas. Los estrategas americanos de los años veinte habían previsto que, en caso de una guerra contra Gran Bretaña y Japón –en aquel período «la única eventualidad posible, aunque improbable»–, de lo primero que se ocuparían sería de la Flota británica; luego habían continuado adjudicando la prioridad al Atlántico, incluso cuando ya habían olvidado los motivos de aquella elección. Alemania, virtualmente privada de una Marina de Guerra, constituía una amenaza menos grave que el Japón, a menos que Hitler –como aparentemente pensaba el presidente Roosevelt– proyectase invadir América del Sur. Pero ahora, con Gran Bretaña en guerra contra Alemania, y el Japón todavía neutral, la preferencia por el Atlántico era casi automática.

Existía, sin embargo, otra razón más profunda todavía. La única experiencia práctica de asuntos militares que tenía Roosevelt la había adquirido como subsecretario para la Marina de Guerra a las órdenes de Woodrow Wilson; por otra parte, su familia tenía intereses en Extremo Oriente. Pero, su principal preocupación como presidente era la de «cambiar el mundo», y desde este punto de vista el gran obstáculo lo representaba Alemania; el Japón no era más que un problema local. Así, pues, la decisión de dar preeminencia al Atlántico se tomó previendo una futura guía norteamericana del mundo. Sólo después se sopesaron los motivos estratégicos. Roosevelt decía: «La derrota de Alemania significa la derrota del Japón; probablemente sin tener siquiera que disparar un tiro o perder un solo hombre»; y es de presumir que entonces creía lo que estaba diciendo.

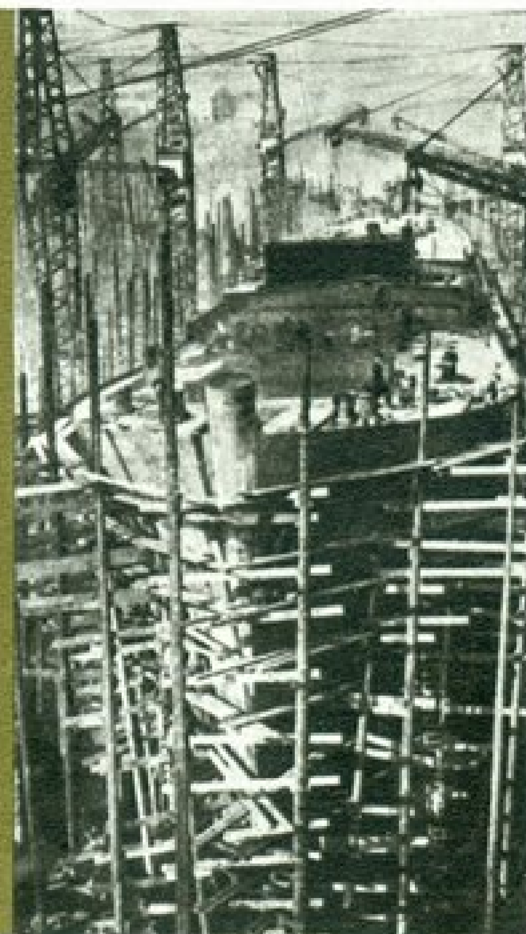
Lo cierto es que se tomó la decisión. Y el simbólico fruto de ella fue el primer encuentro entre Roosevelt y Churchill en las costas de Terranova y del que nació la Carta del Atlántico. Allí, en agosto de 1941, cuatro meses antes de que Estados Unidos entrasen en la guerra, Roosevelt reconocía que Norteamérica y Gran Bretaña eran aliados en lo referente al Atlántico. No obstante, se trataba de un compromiso muy limitado; Roosevelt se negó a tomar en consideración planes detallados para una futura cooperación militar. Por el contrario, insistió en una altisonante declaración de principios generales, declaración que apuntaba al aliado inglés casi en la misma medida con que se dirigía a cualquier enemigo genérico. En realidad, aquella entrevista del Atlántico se pareció más a uno de los muchos encuentros entre Hitler y Mussolini que a las discusiones relativas a una estrategia conjunta, que tendrían lugar tan pronto como los Estados Unidos participaran en la guerra.

La entrevista atlántica tuvo también otra característica muy curiosa, que hizo de ella una especie de residuo de circunstancias anteriores. Se celebró seis semanas después del ataque alemán contra Rusia, y, sin embargo, no se invitó a ningún representante soviético; ni siquiera la cuestión de Rusia ocupó un puesto de importancia en el pensamiento de Churchill o de Roosevelt. Ambos estadistas sólo tenían en cuenta aún un mundo en el que estaba excluida la Unión Soviética, y, en realidad, se comportaban como si ni siquiera existiese. No obstante, esto constituía un paso adelante respecto de la posición anterior a la guerra, caracterizada por el temor de que una debilitación excesiva de Alemania acabase reforzando demasiado a Rusia. Ahora, norteamericanos e ingleses habían tomado la decisión de llegar a una destrucción completa de la potencia alemana, sin preocuparse de las consecuencias. Quizá se tomó esta decisión con tanta facilidad porque el dominio soviético en la Europa oriental, que sería su consecuencia, no parecía tan evidente en aquel momento.



GRAN BRETAÑA

A la izquierda: manifiesto publicado en Inglaterra con el que Churchill invita a los campesinos a coordinar sus esfuerzos para un aumento de la producción agrícola. A la derecha: buque en construcción en un astillero inglés. Uno de los aspectos más paradójicos de la guerra fue que ninguno de los países del Eje concentró sus esfuerzos de forma tan masiva y coordinada como Estados Unidos y Gran Bretaña. Especialmente para esta última, la guerra significó la desaparición casi absoluta de cualquier forma de actividad civil. El esfuerzo bélico implicó no sólo la centralización del control de todas las formas de producción industrial –de la bala más pequeña hasta el mayor buque–, sino también el aprovechamiento de todos los recursos naturales del país en una escala jamás vista.
(Imperial War Museum)



Stalin: prisionero de los acontecimientos

¿Qué pensó Stalin de la guerra una vez se vio implicado en ella? Como en todo lo que concierna a Stalin, es difícil dar una respuesta. Probablemente quedó muy sorprendido al comprobar que Gran Bretaña y Estados Unidos no se alineaban de pronto al lado de Hitler; y su estupor creció más tarde, en otoño, cuando Beaverbrook y Harriman, emisarios ingleses y norteamericanos, lo abrumaron con un alud de promesas de ayuda. Parece ser que Stalin no comprendió jamás esta nueva situación y tampoco supo adaptarse a ella. Durante toda la guerra conservó sus sospechas, aunque el peligro que se cernía sobre Rusia le obligó a no hablar de ella demasiado. A las dos potencias occidentales se les puso muchas veces en guardia sobre la posibilidad de que Stalin intentase llegar a una paz de compromiso con Hitler y, en efecto, existen pruebas de que se produjeron algunos sondeos ruso-alemanes. Pero tales sondeos no tenían ninguna probabilidad de éxito: Stalin no podía llegar a ningún compromiso a menos que se restableciesen las fronteras soviéticas del 22 de junio de 1941, y sobre este punto se mostró siempre inflexible, incluso en los momentos más críticos; por su parte, Hitler no podía aceptar ninguna solución de este tipo. Ambos eran prisioneros de su prestigio. Y el prestigio de Stalin iba aumentando. Antes de estallar la guerra era una figura casi desconocida, incluso en la misma Rusia. La mayor parte de la población no había oído jamás su voz antes de julio de 1941, cuando habló por radio, pero desde aquel momento se había convertido en el símbolo de la resistencia patriótica rusa. En realidad, era más que un símbolo: era el hombre que dirigía todo el esfuerzo bélico soviético. Únicamente había una cosa que Stalin no podía decidir: el tipo de guerra y el lugar en que quería realizarla. Durante toda la guerra, Stalin no tuvo ninguna libertad de acción. Sus movimientos estaban prácticamente determinados por los de los invasores alemanes. No existía más que un tipo de guerra y un solo lugar donde hacerla. Su guerra tenía que ser una guerra de masas, con millones de hombres lanzados unos contra otros, y se debía combatir en el suelo de la Rusia europea. Ni siquiera las victorias le sirvieron para darle libertad de acción: Stalin tuvo que continuar hasta el fin el mismo tipo de guerra, con la sola diferencia de que, en lugar de perder, estaba ganando.

No cabe duda de que el hecho de verse condicionado por los acontecimientos exasperó a Stalin, induciéndole a elevar una ininterrumpida serie de quejas. Ninguna de las partes aliadas se dio cuenta del todo de lo insoluble de la situación: Stalin suponía que ingleses y americanos podían invadir Europa noroccidental y enviarle en cualquier momento ayuda ilimitada si realmente quería hacerlo; por su parte, ingleses y americanos creían a menudo que Stalin se lamentaba de una forma injustificada, a fin de tratar de sacar alguna ventaja política o crearse una coartada para llegar a una paz por separado. Los ingleses estaban dispuestos a concertar (como en efecto hicieron) una alianza sólida y obligatoria, y también los americanos (aunque menos rígidamente) estaban igualmente dispuestos a cooperar. Pero, en la práctica, poco podían hacer y, les gustase o no, es cierto que sacaban provecho de la circunstancia de que Rusia estuviese soportando el mayor peso de la lucha contra Hitler.

Antes de entrar en la guerra, los americanos calculaban que deberían poner en campaña unas 200 divisiones. Poco después, cuando se preveía que Rusia acabaría siendo derrotada, esta cifra ascendió a 350 divisiones. Sin embargo, apenas se hizo evidente que la Unión Soviética saldría vencedora, los americanos redujeron sus previstas necesidades a 100 divisiones: finalmente, el total de las divisiones fue tan sólo de 90. Además, cuando se produjo el ataque a Pearl Harbor, los americanos suponían que deberían concentrar sus esfuerzos en Europa, dejando el Extremo Oriente abandonado a sí mismo hasta que Alemania fuera derrotada. Pero la resistencia opuesta por Rusia les permitió combatir simultáneamente en Europa y en Extremo Oriente, de tal modo que las dos guerras acabaron luego casi simultáneamente. Así, pues, pese a las buenas palabras y las buenas intenciones de ambas partes, rusos y angloamericanos dirigieron de manera totalmente separada sus guerras, por lo menos, hasta la entrevista de Teherán.

La gran controversia

Las características de fondo de la guerra, por parte de ingleses y de americanos, se determinaron en la primera entrevista de Churchill con Roosevelt, en Washington, en enero de 1942. Los ingleses fueron a ella dispuestos a sostener la teoría de que se debía situar a Europa en primer lugar. Pero descubrieron que no era necesario: pues, a pesar de la catástrofe de Pearl Harbor, los americanos sostenían todavía su decisión prebélica. Pero no por ello se allanó la controversia: Roosevelt, en efecto, estaba convencido de la importancia primaria de Europa, y se veía apoyado por el general Marshall. En cambio, King y casi todos los demás almirantes, continuaban ejerciendo su presión en favor del Pacífico, y este elemento podía servir estupendamente de espada de Damocles, sobre la cabeza de los ingleses, cada vez que éstos se mostraran poco activos. Con el tiempo, cuando se demostró que los Estados Unidos tenían recursos suficientes para sostener ambas guerras, esta controversia cesó.

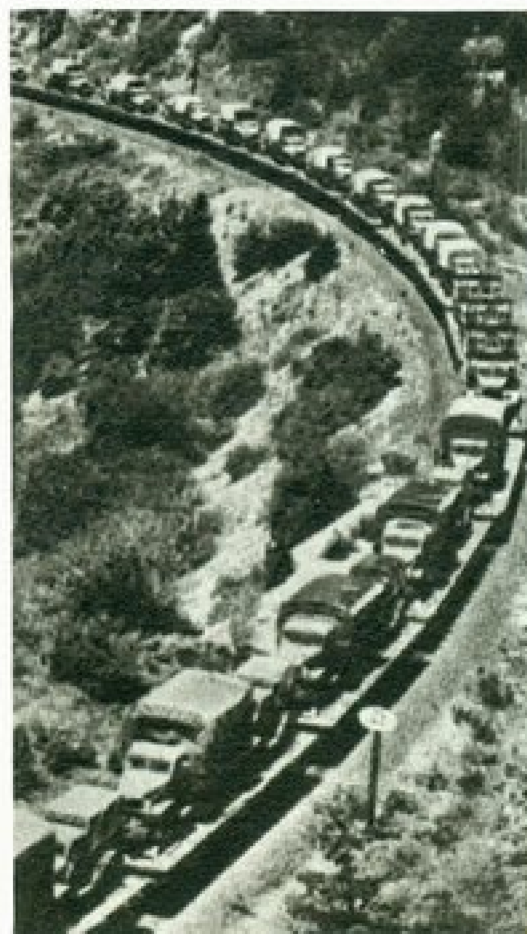
La entrevista de Washington reforzó la alianza angloamericana, si bien poco se hizo constar sobre el papel. Creó órganos comunes para la dirección de la guerra: por ejemplo, el comité conjunto de los jefes de Estado Mayor como entidad suprema para la elaboración de los planes estratégicos, y los comités económicos, destinados a dirigir la integración de la economía de los dos países. Gran Bretaña y Estados Unidos se unieron, mientras duró la guerra, como ningún otro país lo hiciera hasta entonces. En aquella unión, Estados Unidos fueron económicamente los más fuertes; Gran Bretaña, aunque más débil durante toda la guerra, tuvo el predominio militar hasta fines del verano de 1944, cuando, por fin, los americanos lograron poner en campaña un gran ejército.

El término Naciones Unidas, creado durante la entrevista de Washington, tuvo un valor puramente nominal. Eran Estados Unidos y Gran Bretaña los que lo decidían todo. El Canadá logró afirmar una parcial autonomía para sí; pero las restantes fuerzas encuadradas en la alianza no hicieron sino conformarse con las decisiones angloamericanas. Esto no regía, naturalmente, para la Unión Soviética, a la que, en teoría, se la trataba como igual; pero en la práctica, como no se la podía uniformar en la estructura de las instituciones angloamericanas, se la excluyó. Ningún representante ruso formaba parte del comité conjunto de jefes de Estado Mayor, ni los rusos debían justificar sus peticiones conforme con la ley de «Préstamos y Arriendos»: a ellos simplemente se les asignaba, sin cuestiones de procedimiento, todo aquello de que se podía disponer. A primera vista se podría creer que esto significaba para los rusos una ventaja sobre los ingleses, quienes debían justificar hasta el último detalle de cada petición. Pero, en realidad, significaba más bien que las dos partes se mantenían recíprocamente a distancia. El secreto era la esencia misma del sistema soviético: los rusos se ocultaban las cosas entre sí; con mayor razón, pues, las ocultaban a ingleses y americanos. En las primeras fases de la guerra se preocuparon mucho por ocultar su debilidad militar, temiendo que pudiese inducir a ingleses y americanos a abandonarlos. Luego, quizá por la misma razón, se afanaron por ocultar su creciente potencia.

El encuentro de Washington estableció que Gran Bretaña y Estados Unidos combatirían una guerra conjunta, cuyo objetivo final era la derrota de Alemania. Allí tuvieron su origen también las primeras decisiones respecto al modo de llevar la guerra. Los jefes militares norteamericanos no tenían ninguna duda al respecto: se trataría de una campaña masiva desencadenada en Europa contra el grueso del Ejército alemán. Pero, por el momento, los norteamericanos no disponían de fuerzas debidamente preparadas para llevar a la práctica este proyecto, y la decisión de lanzar un golpe directo contra Alemania iba a significar que la guerra duraría un par de años más. Esto era imposible, aunque no fuera más que por la opinión pública norteamericana, y, todavía más, por la inglesa. Estados Unidos debían entrar en seguida en la guerra. En efecto, los ingleses estaban ya combatiendo contra italianos y alemanes en el Norte de África.

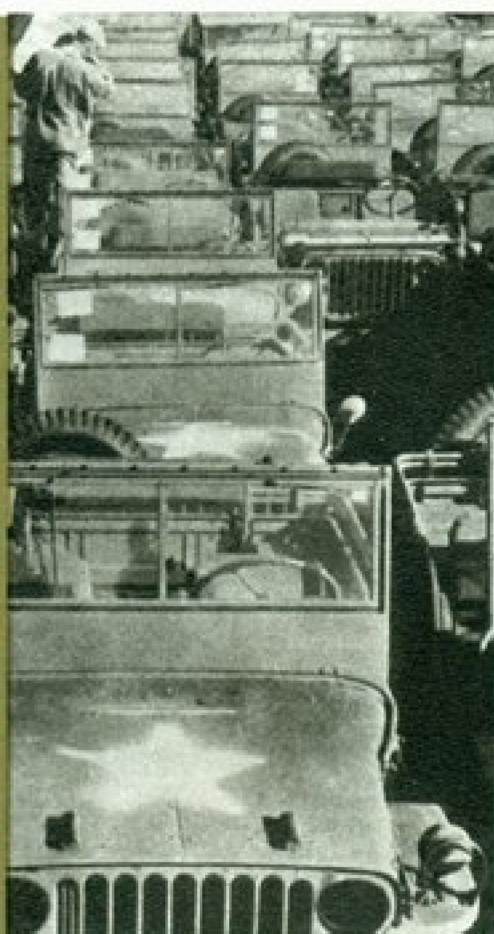
La segunda gran decisión de Roosevelt

Los generales norteamericanos fueron «traicionados» por su propio presidente: Roosevelt no tuvo en cuenta su opinión y aceptó la idea de un desembarco en el África del Norte francesa. En parte se trataba de una decisión política cuyo objeto era revelar algo concreto al pueblo norteamericano. Expresaba también el deseo, más fuerte en



ESTADOS UNIDOS

Si Hitler había albergado siquiera sea una pequeña esperanza de destruir el potencial industrial de Rusia, los japoneses no habían tenido jamás esperanzas de este género respecto de los Estados Unidos. Todo lo más, podían esperar hacer prohibitivo el precio que los norteamericanos tendrían que pagar para destruir el Imperio del Sol Naciente, de modo que les hiciera preferir una negociación destinada a terminar en una paz de compromiso. Pero los Estados Unidos pudieron movilizar tan rápidamente sus industrias poniéndolas al servicio del esfuerzo bélico, que no sólo lograron romper el perímetro de la expansión japonesa en un período de tiempo bastante más breve de lo que se había juzgado necesario, sino que, además, suministraron la mayor parte del material que se necesitó para abrir el segundo frente y batir a Alemania en su propio terreno.
(History of the Second World War)



Marzo de 1941: ley de "Préstamos y Arriendos"

Hacia mediados de junio de 1940, con la capitulación de Pétain (arriba), la primera gran alianza de la segunda Guerra Mundial –la alianza que tenía que oponerse a las ambiciones hitlerianas– se derrumbaba estrepitosamente. Pero Hitler y Mussolini (en el centro) pronto se percatarían de que no sería tan fácil desbaratar todas las resistencias. Aunque neutral, Norteamérica no quiso que Gran Bretaña se hundiese totalmente, y la aprobación de la ley de "Préstamos y Arriendos" (abajo), primera señal de una nueva alianza, anunció la misión que los Estados Unidos desempeñarían a continuación en la guerra contra la Alemania hitleriana.

Agosto de 1941: la Carta del Atlántico

Las potencias del Eje, no satisfechas todavía con los territorios conquistados en Occidente, se lanzaron a nuevas aventuras. Con el comienzo de la Operación "Barbarroja" (arriba), Gran Bretaña se apresuró a enviar ayuda a Rusia; mientras tanto, con la firma de la Carta del Atlántico (en el centro) se hacía más evidente el esquema de la gran alianza. Pero Estados Unidos se mantenían todavía aparte, esperando que todo pudiera arreglarse sin verse obligados a intervenir directamente en el conflicto. De este sueño los despertó bruscamente el ataque japonés a Pearl Harbor (abajo): la guerra se había transformado en una contienda mundial. Las más potentes economías del mundo se encontraron así en línea contra el Eje.

Mayo de 1942: la alianza anglo-rusa

A pesar de los reveses experimentados en el frente oriental en el invierno de 1941-1942, durante la primavera y el verano, el Tripartito llegó al apogeo de su poder. Los japoneses expulsaban de Asia sudoriental a las potencias colonialistas, mientras los alemanes caminaban hacia el Cáucaso y Stalingrado (arriba). Pero se estaban reforzando los lazos de la gran alianza: en mayo de 1942 Gran Bretaña y Rusia firmaban un acuerdo (en el centro), mientras con el primer ataque masivo lanzado por la RAF el 30 de mayo de 1942 –incursión de mil bombarderos sobre Colonia (abajo)– comenzaba a dibujarse la estrategia que en los años siguientes adoptarían los Aliados para combatir a Alemania.

Pétain a offert la capitulation!

A bas les armes, cessez le feu!
Montrez le drapeau blanc!

(History of the Second World War)



(History of the Second World War)



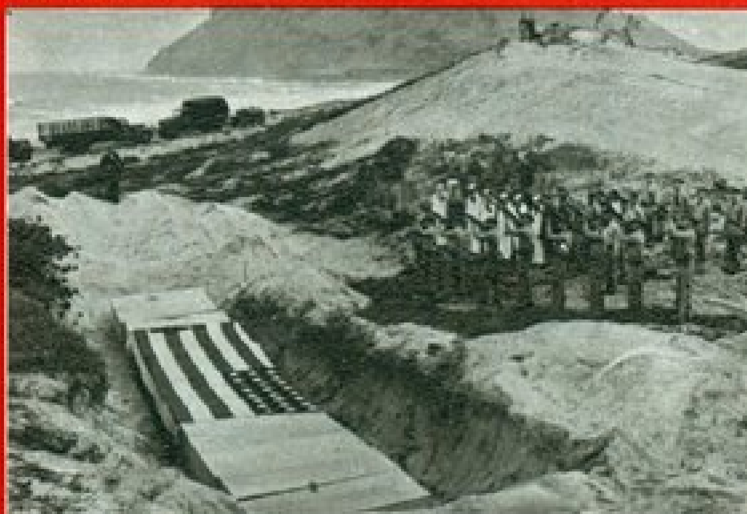
(United Press)



(Imperial War Museum)



(US Navy)



(Sado-Opera Mundi)



(History of the Second World War)



(The Pyewar Society)

DIE SCHWERSTEN ANGRIFFE DER LUFTWAFFE VON DER R.A.F. WEIT ÜBERBOTEN

Mehr als 1000 Bomber auf einmal eingesetzt

IN der Nacht vom 30. Mai griff die Royal Air Force Köln mit weit über 1000 Flugzeugen an. Der Angriff wurde auf anderthalb Stunden zusammengedrängt. Der deutsche Sicherheits- und Abwehrdienst war der Wucht des Angriffs nicht gewachsen.

Premierminister Churchill sagte in seiner Botschaft an den Oberbefehlshaber des britischen Bomberkommandos am 31. Mai:

„Dieser Beweis der wachsenden Stärke der britischen Luftmacht ist auch das Sturmzeichen für die Dinge, die von nun an eine deutsche Stadt nach der andern zu erwarten hat."

Zwei Nächte darauf griff die Royal Air Force das Ruhrgebiet mit über 1000 Maschinen an.

Die Offensive der Royal Air Force in ihrer neuen Form hat begonnen

(Imperial War Museum)

Roosevelt que en sus generales, de cooperar con los ingleses. Pero, al parecer, se trataba también (por lo menos en parte) de una auténtica cuestión de preferencia. Al contrario de los generales norteamericanos, que lo único que querían era derrotar a Alemania de una forma estrictamente militar, Roosevelt razonaba en los términos más amplios de la *leadership* americana, y esto le inducía a preocuparse no sólo de la derrota de Alemania, sino también de la suerte de Francia y de Italia. A los ojos de Roosevelt, el derrumbamiento del régimen fascista en Italia y la liberación de Francia (aunque no a beneficio de De Gaulle) eran cosas muy importantes. Por último, puede ser que a Roosevelt, como a Churchill, también le repugnase la idea de sacrificar tantos millones de vidas. Sea como sea, esta fue la segunda gran decisión tomada personalmente por Roosevelt. Y sus consecuencias fueron de gran alcance, pues determinó la derrota de Italia, la reconquista del Mediterráneo y el aplazamiento de la apertura de un segundo frente contra Alemania hasta 1944.

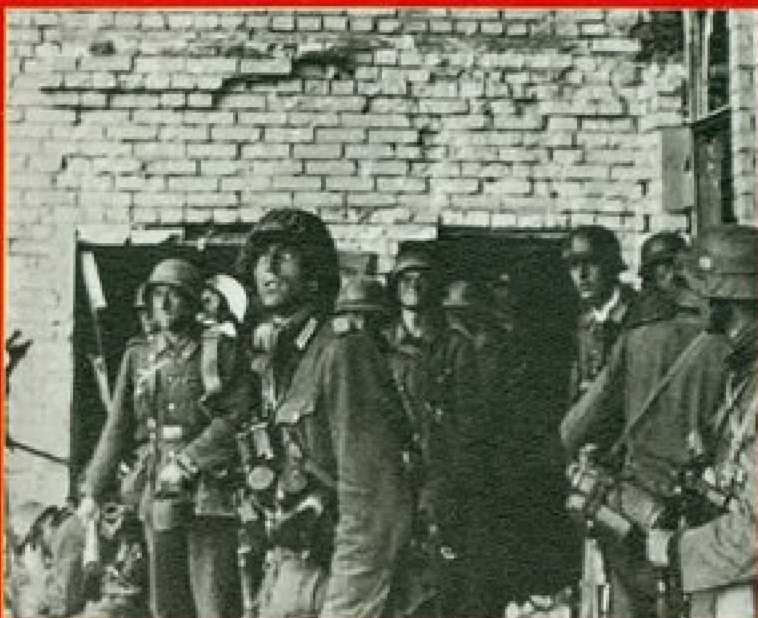
La decisión no se tomó con espíritu de hostilidad hacia Rusia, ni tampoco la sugirió, ciertamente, la idea de prevenir un avance soviético por los Balcanes e Italia. Pero significaba, desde luego, que el mayor peso de la guerra continuaría gravitando sobre los hombros de los rusos. Por lo tanto, se presentó el problema de ganarse de cualquier manera la simpatía de Stalin. Y el método escogi-

Enero de 1943: Casablanca

A la victoria de Midway (arriba) la siguieron rápidamente otros éxitos en El-Alamein y Stalingrado (en el centro). Cuando los dirigentes occidentales se reunieron en Casablanca (abajo), la cuestión no giraba ya sobre una victoria eventual, sino sobre la forma en que se lograría. ¿Se debía continuar con una estrategia mediterránea, desangrando a las fuerzas del Eje en Italia o se debían concentrar todos los recursos disponibles para desencadenar lo más pronto posible un ataque allende La Mancha? En Casablanca triunfó la estrategia patrocinada por la Gran Bretaña en favor del teatro bélico mediterráneo, pese a la resistencia de los jefes de Estado Mayor norteamericanos.



(Keystone)



(US Navy)



(Paul Popper)

Mayo de 1943: la conferencia de Washington

Los convoyes dedicados al transporte de abastecimientos (arriba) eran todavía el único modo eficaz con el que los aliados occidentales podían demostrar su solidaridad con Rusia. Pero Stalin estaba convencido de que las potencias occidentales no hacían lo suficiente, a pesar de que Churchill se esforzó en demostrar que no podían hacer más. Y no era éste el único motivo de desacuerdo: en el transcurso de una serie de reuniones en Washington (en el centro) Gran Bretaña y Estados Unidos prepararon su estrategia combinada. Sólo después de largas discusiones los jefes militares norteamericanos convinieron en "poner a Alemania en la cabecera de la lista" y aumentaron entonces las incursiones aéreas sobre las ciudades alemanas (abajo).



(History of the Second World War)



(US Air Force)



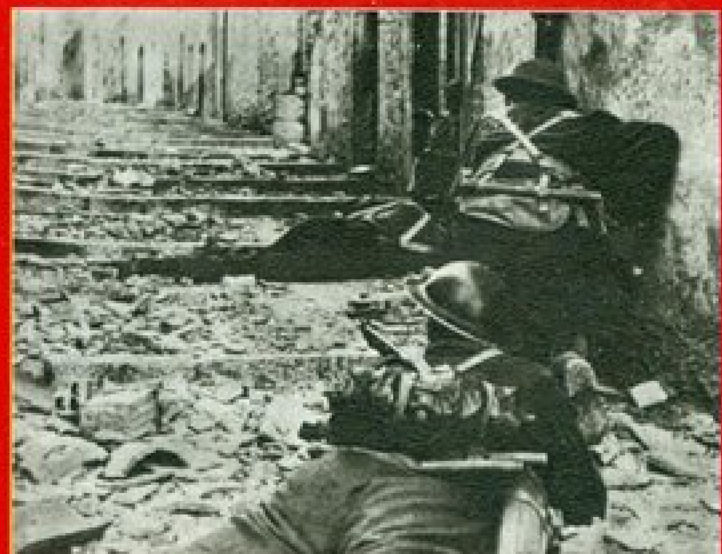
(Associated Press)

Noviembre de 1943: Teherán

La decisión de lanzar una ofensiva a través de La Mancha en el verano de 1944 se había adoptado ya antes de comenzar la conferencia de Teherán (arriba), primer encuentro de los tres jefes de la gran alianza. Pero existían todavía divergencias en cuanto a la elección del objetivo siguiente al escenario de guerra mediterráneo (centro). Para demostrar que la gran alianza era efectiva, los jefes de las potencias occidentales sometieron el problema a Stalin, quien, quizás impulsado por las consideraciones de los recientes éxitos logrados por el Ejército ruso (abajo), decidió que los Aliados debían mantenerse fuera de los Balcanes y que la siguiente operación aliada en el sector del Mediterráneo debía desarrollarse en el sur de Francia.



(Paul Popper)



(Novosti Press Agency)



(Bundesarchiv)

do lo representó un gesto de amistad personal. Churchill acudió a Moscú en agosto de 1942 y trató de establecer con el dictador ruso el mismo tipo de relaciones personales que había logrado establecer con Roosevelt. Aquella visita era la primera que Stalin recibía de un estadista de una gran potencia, y no es difícil imaginar que el acontecimiento ejerció sobre él cierto efecto. El oscuro seminarista georgiano había alcanzado la cúspide de su carrera política.

Ahora bien, como es lógico, Stalin no se dejó engañar. El prefería la apertura de un segundo frente a todas las visitas que pudiera hacerle Churchill, y no dio mucha importancia a los motivos aducidos por éste para explicar la imposibilidad de crear el citado segundo frente. No obstante, la facilidad comunicativa de Churchill hizo presa en él y, aunque no por mucho tiempo, entre los dos viejos y marrulleros políticos se creó un lazo de verdadera simpatía. Indudablemente, en el momento en que los alemanes avanzaban hacia Stalingrado, a Stalin no le quedaba otra alternativa que aceptar la mano que se le tendía, y fue un error suponer que él pondría la amistad personal por encima de las exigencias o de los objetivos políticos.

De todas formas, mientras duró, la amistad entre los dos hombres fue verdadera y se puede incluir entre las muchas contribuciones que Churchill aportó a la guerra.

También Roosevelt deseaba establecer una relación personal con Stalin. Aunque sería excesivo decir que estaba celoso de Churchill, no hay duda de que el presidente norteamericano albergaba cierto espíritu competitivo. Pero el deseo de Roosevelt tenía, como es lógico, razones más profundas. Churchill se preocupaba sobre todo de ganarse la amistad de Stalin mientras durase la guerra; mientras, por el contrario, Roosevelt oteaba el futuro, el mundo que surgiría al final de la contienda, y estaba convencido de que una condición *a priori* para una paz permanente y segura era que la Unión Soviética persistiese en una actitud de cooperación. Por otra parte, era contrario a su naturaleza (y también a su valoración de la situación política) ganarse la amistad de Stalin con concesiones de orden material, como hubieran podido ser algunas promesas respecto a las futuras fronteras de Rusia. A Roosevelt no le gustaba resolver los problemas antes de que se plantearan. Además, la potencia norteamericana estaba creciendo progresivamente, mientras la soviética parecía estacionaria. Por consiguiente, según Roosevelt, los acuerdos finales serían tanto más ventajosos para Norteamérica, o más conformes con sus principios, cuanto más tiempo se aplazasen: en efecto, ni siquiera en Yalta (en 1945) Roosevelt adoptó un compromiso definitivo respecto de cualquier cuestión europea. Esperaba poder allanar la situación con Stalin sirviéndose de los mismos sistemas con los que había logrado convencer a muchos políticos norteamericanos. Así, según sus planes, el siguiente gran encuentro tenía que reunir a los Tres Grandes.

Pero el plan no funcionó. Según lo convenido, Roosevelt y Churchill se encontraron en Casablanca en enero de 1943; pero Stalin se negó a acudir. Quizá no deseaba verse implicado en proyectos angloamericanos para el futuro. O quizá intentaba con ello demostrar su resentimiento por el hecho de que los Aliados no hubieran abierto todavía el segundo frente. No obstante, es muy probable que el motivo que Stalin adujo fuera el verdadero: no podía abandonar, ni siquiera por pocos días, la dirección de la guerra. Si esto era verdad, constituía una palpable demostración de las desventajas que acarrea el poder personal. La conferencia de Casablanca giró, por lo tanto, alrededor de la siguiente pregunta: ¿cuál iba a ser el siguiente movimiento de las fuerzas angloamericanas? Los ingleses deseaban continuar la campaña que se estaba desarrollando en aquel momento: una vez conquistado el Norte de África, los Ejércitos aliados deberían avanzar por Italia. Los norteamericanos, con su economía basada en la producción en serie, preferían, por el contrario, ultimar el programa para la futura campaña que debería desarrollarse en la Europa noroccidental. Como en otras ocasiones, ganaron los ingleses, y, mantenida por su propio impulso, la guerra en el Mediterráneo continuó.

La conferencia abordó también cuestiones de carácter general. Roosevelt propuso que a las potencias enemigas se les impusiera la «rendición incondicional», a lo que objetaron que podría tener el efecto de prolongar la guerra. Era una opinión de poco fundamento, pues ninguna de las potencias del Tripartito manifestó la mínima señal de querer ceder antes de la derrota total, e incluso entonces se rindieron basándose en condiciones precisas, aunque las impuestas a Alemania fueron muy duras. En cualquier caso, puesto que las tres grandes naciones unidas no podían decidir lo que harían antes de que la guerra concluyera, la rendición incondicional era el único programa posible; un programa que, en efecto, había estado siempre implícito en su política.

Pero esta actitud no pudo por menos que acusar las conmociones registradas en la escena mundial a consecuencia de los acontecimientos militares de 1943. Aquel fue el año en que las Naciones Unidas consiguieron sus primeros éxitos: en el Pacífico, los japonese fueron obligados a retroceder; el Mediterráneo fue de nuevo abierto a los buques aliados; en julio, los soviéticos vencieron en Kursk; Mussolini fue derribado, y en septiembre se rindió Italia. Por algún tiempo se difundió la esperanza de que la guerra terminaría pronto. Y, según parece, por un momento Stalin creyó que le sería posible derrotar por sí mismo a los alemanes y poder expansionarse en gran parte de Europa. Lo que sí es cierto es que, por un breve período, se atrincheró en un silencio nada amigable. Pero muy pronto, la renovada resistencia alemana le convenció de que, después de todo, todavía no se había ganado la guerra, y, por fin, mostró sus deseos de participar en una entrevista en la cumbre.

Entre tanto, Churchill y Roosevelt ya se habían encontrado otras dos veces: en Washington, en mayo, en Quebec, en agosto. En ambas ocasiones el tema de la entrevista había sido el mismo: decidir si se continuaba la guerra en el Mediterráneo o si, por el contrario, se concentraban los esfuerzos en preparar la gran invasión de Europa.

La rendición de Italia ofreció a Churchill una nueva oportunidad. Hizo notar que los Aliados debían aprovechar las ocasiones favorables que se presentaban sin preocuparse de lo que ocurriría al año siguiente. Opinaba que sería posible expulsar a las tropas del Eje de casi toda Italia, y quizá incluso arrancar a los alemanes el dominio de los Balcanes, o, por lo menos, amenazarlo.

En un principio –y eso parece bastante extraño– Stalin acogió con satisfacción la propuesta. Es difícil comprender las razones de su actitud. Quizá esperaba que se pudiera abrir una línea de abastecimientos que, atravesando los Dardanelos, llegase directamente al mar Negro. Al parecer, también Roosevelt se mostraba propenso a aceptar la idea de Churchill, aunque continuaba albergando la vieja duda de que quizá sus generales tuvieran razón. De cualquier forma, no quería tomar ninguna decisión definitiva antes de haber comprobado personalmente, con una entrevista frente a frente, cuál era en realidad el deseo de Stalin. Después de alguna vacilación, aceptó la elección de Teherán, aunque ello implicaba para Stalin un viaje de sólo 1000 km contra los 10.000 de Roosevelt.

La intención original del presidente americano había sido encontrarse a solas con Stalin; pero Churchill protestó y Roosevelt se vio obligado a ceder. Mas no cedió del todo. Churchill deseaba tener un encuentro preliminar con Roosevelt, para allanar las pocas divergencias existentes entre ingleses y americanos respecto a la estrategia, y poder oponer después a Stalin un frente anglonorteamericano más compacto. Pero esto era justamente lo que Roosevelt no quería. El principal objetivo de su viaje a Teherán era ganarse la confianza de Stalin, y, ciertamente, no sería el medio más apto para ello el de «formar pandilla» con los ingleses. Por último, Roosevelt no había decidido todavía, de manera definitiva, cuál era la estrategia más oportuna y no pretendía decidirla antes de haber oído la opinión de Stalin. Recurrió, pues, a la estratagema de invitar a Chiang Kai-shek a entrevistarse con él y con Churchill en El Cairo, y, en tales circunstancias, no fue posible desarrollar ninguna discusión seria sobre la estrategia angloamericana.

Pero el episodio era algo más que un simple truco ingenioso. Constituía un síntoma de que la «relación especial» con Norteamérica, en la que tanto confiaban los ingleses, estaba llegando a su fin. Mientras para Churchill aquella unión había sido una especie de hermandad de sangre, para Roosevelt fue tan sólo una situación conveniente desde el punto de vista práctico. Ahora que la potencia americana estaba desarrollándose en toda su plenitud, la unión con los ingleses era menos necesaria. Existían también otros elementos que daban a entender, aunque de una manera menos evidente, que Gran Bretaña había rebasado su cenit. Justamente antes de partir para Teherán, Churchill preguntó a los jefes de Estado Mayor si existían motivos fundados para esperar que la guerra terminase en 1944. En caso afirmativo, el esfuerzo bélico británico se podría mantener a su nivel actual; en caso contrario, sería preciso reducirlo. Y los ingleses se decidieron por 1944.

El 28 de noviembre de 1943 se encontraron, al fin, los Tres Grandes. Roosevelt había acudido a Teherán para asegurarse la cooperación de Stalin, Churchill lo hizo simplemente para no quedarse a un lado. En cuanto a las razones de la presencia de Stalin son, por el contrario, desconocidas. Puede ser que pensase simplemente que no había nada de malo en satisfacer lo que quizá consideraba un capricho de Roosevelt. Lo cierto es que, después de tantas desilusiones, era muy difícil que Stalin esperase la apertura de un segundo frente. En efecto, de su comportamiento se dedujo claramente que sólo esperaba divagaciones y discursos sobre cuestiones de política general.

La conferencia abordó inmediatamente la cuestión de la estrategia angloamericana en 1944, y como los ingleses y americanos aún no habían llegado a ninguna conclusión, se sometió el problema directamente a Stalin. Debió de ser un momento muy agradable para el dictador ruso aquel en que se dio cuenta –si es que se llegó a dar cuenta– que le estaba pidiendo que diese órdenes a los Ejércitos británicos y americanos. Pero en cuanto Stalin entrevió la posibilidad de hacer que las cosas marchasen a su modo insistió en su antigua idea del segundo frente. En conjunto, fue un espectáculo algo extraño. Los estrategas ingleses y americanos exponían sus dudas a Stalin, como escolares frente a un director severo. Él corregía enérgicamente sus «ejercicios» e indicaba la solución justa. En cambio, los angloamericanos no obtuvieron mucho: ningún detalle en cuanto a la estrategia soviética, sólo una seguridad genérica sobre el hecho de que los Ejércitos soviéticos reemprenderían la ofensiva en 1944, como, a fin de cuentas, estaban obligados a hacer. Pero Stalin les engañó sobre la fecha del comienzo de aquella ofensiva; les dijo que sus Ejércitos pasarían al ataque en mayo, y en cambio se realizó el 23 de junio. Pero, por su parte, también los ingleses y americanos se pusieron en movimiento con un poco de retraso: habían prometido la apertura del segundo frente en mayo y no lo hicieron hasta el 6 de junio. Probablemente ambos retrasos se debieron a razones técnicas precisas.

La decisión definitiva de abrir un segundo frente fue el gran resultado de la conferencia de Teherán: una decisión impuesta por Stalin y por los generales norteamericanos a Churchill, a los generales ingleses y, en cierta medida, hasta al mismo Roosevelt. Después de la guerra, algunos investigadores pretendieron ver en la insistencia de Stalin un motivo político, afirmando que éste deseaba tener a las fuerzas angloamericanas lejos de los Balcanes, zona que ambicionaba para la futura expansión soviética. Sin embargo, es más probable que su insistencia se basara en motivos puramente militares: aliviar a los Ejércitos soviéticos de parte del peso alemán. Si realmente le hubieran movido las razones políticas, seguramente habría recomendado todo lo contrario. Europa occidental era un botín mucho más alentador que los Balcanes, que, en realidad, no podían siquiera considerarse como botín. Análogamente, las dudas de Churchill sobre el segundo frente no eran de naturaleza política, a pesar de lo que se haya dicho después, sino que se basaban en su viejo temor de que un segundo frente costaría demasiadas vidas humanas.

Naturalmente, la entrevista de Teherán tuvo también un objetivo político, y dio lugar a una serie de discusiones bastante curiosas. Churchill, ya preocupado por la futura potencia de Rusia, quería obligar a Stalin a establecer un acuerdo concreto. Roosevelt, por el contrario, temiendo que Rusia se retirase de las cuestiones mundiales, prefería inculcar en aquél un espíritu de cooperación. Los tres expresaron su conformidad en la solución de continuar la guerra hasta la completa derrota de Alemania: en realidad no había otra. Chur-

EL TRIUNVIRATO ALIADO

A. J. P. Taylor

Nunca y en ninguna otra época había ocurrido que la personalidad de algunos estadistas determinase de modo tan preciso el destino de las naciones involucradas en un conflicto, asociando estrechamente sus nombres a todos los acontecimientos bélicos y políticos.



JOSIF VISSARIONOVICH YUGASVILI

–conocido como Stalin– nació de una humilde familia georgiana. Educado en un seminario ortodoxo, acabó convirtiéndose en un jefe revolucionario y uniéndose a los bolcheviques. Durante la guerra civil dirigió la defensa de la ciudad de Tsaritsin, que en su honor recibió el nombre de Stalingrado. Elegido secretario general del partido comunista, adquirió gradualmente una posición clave y casi sin quererlo se halló siendo el autócrata de la Rusia soviética. Contrariamente a los otros comunistas que albergaban ideas internacionalistas, Stalin predicaba la teoría del "socialismo en un solo país". Promulgó el plan quinquenal y fue también quien dirigió una campaña despiadada de opresión y exterminio contra los campesinos más ricos. Vivió en un sospechoso aislamiento y, en el fondo, fue un desconocido –si se exceptúa de nombre– para el pueblo ruso. Poco antes de la segunda Guerra Mundial organizó las "grandes purgas" que condujeron al exterminio de casi todas las personalidades soviéticas más eminentes, tanto en los cuadros militares como civiles. Fue la segunda Guerra Mundial la que hizo de él un héroe a escala nacional, aunque al precio de dolor y de sangre para su pueblo.



FRANKLIN DELANO ROOSEVELT

es el único presidente de los Estados Unidos que ha ostentado este cargo supremo más de dos mandatos. Procedente de una vieja familia neoyorquina originaria de Holanda, fue subsecretario del ministerio de Marina durante el mandato presidencial de Wilson. Fue víctima de la poliomielitis en plena madurez, quedando prácticamente paralizado de los miembros inferiores. En 1932, como candidato demócrata a la presidencia, fue elegido por gran mayoría. Cuando subió al poder, Norteamérica se debatía en la gran crisis económica. En "cien días", tan intensos como dramáticos, Roosevelt devolvió la confianza al país y supo dirigirlo por el camino de la recuperación. Se empleó activamente para que se realizase a fondo la política del "New Deal", política que trataba de sustituir la anarquía del capitalismo individualista por una economía del bienestar basada en la planificación. Mal visto por muchos, se decía que todos estaban contra él, excepto sus electores. Propugnador al principio del aislacionismo, se fue dando cuenta gradualmente del peligro que representaba el nazismo y decidió ayudar a los países que oponían resistencia a éste. Atento a no "saltar por encima" de la opinión pública, logró llevar a los Estados Unidos a la guerra sin encontrar casi oposición.



WINSTON SPENCER CHURCHILL

tuvo como abuelos, por una parte, al duque de Marlborough y, por la otra, a un financiero norteamericano llamado Jerome. Churchill fue conservador. En el período que precedió a la primera Guerra Mundial colaboró con Lloyd George en los esfuerzos de éste para dar vida a un Estado asistencial. En la primera Guerra Mundial preparó la expedición de Gallipoli, cuyo fracaso repercutió en su descrédito. Luego se distinguió entre los más ardorosos propugnadores de la intervención británica contra los bolcheviques en Rusia. Durante la "gran huelga" luchó para que se adoptasen severas medidas contra los sindicatos. Durante los años treinta se le tuvo alejado de cualquier cargo público y le miraban con desconfianza los miembros de todos los partidos. Esta desconfianza se hizo más profunda cuando Churchill comenzó a señalar al pueblo británico el peligro representado por Hitler. Los acontecimientos posteriores le dieron la razón, y él llegó a convertirse en el símbolo mismo de la resistencia inglesa. Sus discursos los pronunciaba con una fuerza retórica de tiempos pasados. Su convencionalismo iba acompañado por un malicioso sentido del "humour" que le ganó el cariño de los ingleses. La fe en su discernimiento alcanzó una unanimidad sin precedentes.

chill y Stalin dieron, aunque con desgana, los primeros pasos hacia un acuerdo respecto de Polonia: Rusia conservaría los territorios polacos cuya mayoría étnica no fuera polaca, y Polonia sería compensada con territorios arrancados a Alemania. Stalin contestó también a Roosevelt asegurándole que Rusia entraría en guerra contra el Japón apenas se derrotase a Alemania.

Hubo, empero, una importante omisión. Aunque aceptaron la posibilidad de que alguna vez se produciría algún roce entre sus respectivos Estados como grandes potencias, los tres soslayaron la cuestión más fundamental, que era la diferencia existente entre sus sistemas políticos. La Unión Soviética era una dictadura, con un ordenamiento económico que no dejaba lugar para la propiedad privada. Gran Bretaña y Estados Unidos eran democracias constitucionales, con libertad de prensa y de voto y donde, en tiempo de paz, el motivo económico dominante era la ganancia privada. No era probable que sistemas tan distintos pudieran marchar uno al lado del otro sin fricciones. Sin embargo, el problema se silenció. Desde luego, Churchill seguía sintiendo temor por el comunismo; pero, no obstante, creía que Rusia era ya más nacionalista que comunista. Y quizá no estaba equivocado del todo. Roosevelt, convencido, como siempre, de que un problema no existía si él no quería que existiese, opinaba que, cualesquiera que fuesen las dificultades, él siempre las podría vencer gracias a su influencia personal sobre Stalin. No cabe duda de que se trató de un grave error; en realidad, este fue el punto en el que fracasó la conferencia de Teherán. Aquella relación personal que Roosevelt había esperado establecer con Stalin no existió nunca.

Así, el encuentro de Teherán concluyó con una gran certidumbre y una gran duda al mismo tiempo. Era cierto que las tres grandes potencias continuarían la guerra hasta la completa derrota de sus enemigos. Pero ninguno de los tres políticos sabía exactamente de qué modo se aprovecharía la victoria una vez conseguida. Como máximo, albergaban algunas esperanzas de allanar las cuestiones en las que inevitablemente se encontrarían en desacuerdo.

En realidad ninguno de ellos quería cambiar el mundo y mucho menos dominarlo. Incluso el plan de Roosevelt para una organización mundial bajo la *leadership* americana no era más que un recurso gracias al cual Estados Unidos no se verían obligados a preocuparse de lo que ocurría fuera de sus fronteras.

A pesar de todos sus defectos, los tres hombres que se entrevistaron en Teherán eran jefes de «naciones amantes de la paz», para usar la expresión corriente en aquel período. Y esta quizá sea la razón por la cual, a pesar de las ulteriores divergencias e incluso hostilidades, la segunda Guerra Mundial no fue seguida de una tercera.



A. J. P. TAYLOR

Nació en Southport (Lancashire) el año 1906. Estudió en la Bootham School de York y en el Oriel College de Oxford. Pasó dos años en Viena, enseñó historia en la universidad de Manchester durante diez años y luego fue profesor del Magdalen College de Oxford. Actualmente se ocupa en investigaciones en el citado College y dirige la Beaverbrook Library. Se autodefine como «historiador narrativo del viejo estilo, sin ninguna predisposición especial para el análisis social». Da conferencias de historia en la televisión, es periodista profesional y, de vez en cuando, ha intervenido activamente en movimientos políticos de izquierda.

UN OBSERVADOR EN TEHERAN

George Greenfield

Tras la fachada de las conversaciones a alto nivel, Teherán fue escenario de numerosos episodios; dramáticos unos y divertidos otros, por lo demás inevitables en un momento de gran tensión como era aquél. George Greenfield, presente en Teherán en aquellos días como oficial de enlace, narra alguno de los incidentes más curiosos.

La conferencia de Teherán se inició con una sorpresa y terminó con la celebración de un cumpleaños: el del primer ministro británico Churchill.

La sorpresa se produjo en el mando supremo de Persia e Irak, en Bagdad. Aquella noche, el oficial de servicio en la sección operativa era un militar de carrera que no perdía ocasión para regañar a los «oficiales de complemento y señores gentileshombres» a causa de las lagunas que ofrecía su preparación militar. A media noche, este oficial fue despertado por un portaórdenes, quien le entregó un sobre sellado. El oficial de servicio garrapateó su nombre en el recibo y, todavía medio dormido, arrojó el sobre, sin abrirlo, sobre la mesita que tenía al lado. El azar quiso que el sobre acabase bajo un papel secante, y el oficial volvió a su lecho y se olvidó completamente de lo que había ocurrido. Dos días después, un suboficial separó por casualidad el secante y, con gran alarma, vio el sobre sellado que llevaba este escrito: «Urgentísimo, *top secret*, personal a Smith de un ex-marinero». («Smith» era el general sir Arthur Smith, comandante en jefe para Persia e Irak. El «ex-marinero» era, naturalmente, el propio Winston Churchill). Como supimos después, el mensaje advertía al comandante en jefe inglés que, por primera vez desde el comienzo de la guerra, los tres jefes de los Estados aliados se encontrarían en Teherán. El destino tuvo que esperar así a causa de un soñoliento oficial de servicio.

Pero, por aquellos días, en Bagdad, todos sabíamos que algo se estaba preparando. Ocurrían cosas extrañas en aquel tranquilo rincón que parecía estar al margen de la guerra. Después de haber repostado carburante en Habbaniya, un grupo de *Spitfire*, procedente de El Cairo, sobrevoló la ciudad y se dirigió al Nordeste. (Pronto se supo que Stalin no quería acudir a Teherán si los ingleses no le aseguraban una adecuada escolta aérea contra las incursiones de bombarderos alemanes procedentes del frente ruso).

Un minucioso plan de seguridad implicó a suboficiales y a la tropa. Una mañana temprano, yo y otros dos oficiales de Estado Mayor recibimos la orden de recoger nuestro equipo de campaña, retirar las raciones y presentarnos en el aeródromo. El destino era desconocido. Se nos proveyó de moneda palestina, siria, egipcia y persa, en pequeños y sucios cartuchos de billetes de banco usados. ¿Es que Turquía había entrado inesperadamente en la guerra? Esta suposición se basaba en la hipótesis de que el Estado Mayor General se preocupase de desembarazarse de toda la moneda local, excepto la que era verdaderamente importante. Pero el *Dakota* en el que habíamos subido voló en dirección Nordeste, sobre las llanuras aluvionales y a través de los pasos de las montañas persas. Y entonces comprendimos que el objetivo sólo podía ser Teherán.

Teherán era –y sigue siendo– una exótica ciudad de Oriente Medio. El sha Reza había hecho brotar de la vieja ciudad una especie de Manhattan en miniatura, demoliendo manzanas enteras para construir amplias avenidas que se cortaban en ángulo recto en medio de las intrincadas callejuelas de la ciudad medieval.

Por aquellos días, Teherán estaba lleno de espías. Se podía tratar de hombres pagados por el CICI (*Combined Intelligence Centre, Irak*, Servicio de Información del Irak) para vigilar a los agentes rusos o alemanes; o también pagados por los alemanes para espiar a los Aliados; o asimismo pagados por el OSS americano y que vigilaban a quien fuese.

Ideal para atentados

La embajada inglesa se albergaba en un edificio imponente, en el extremo más bajo de un rectángulo de jardines, circundado por un elevado muro. La cancela, abierta a una de las calles principales, se hallaba vigilada por un cuerpo de guardia, y en el muro opuesto se abría también una pequeña puerta. En el extremo superior de los jardines se hallaban las caballerizas y las dependencias, y allí nos alojaron a mí y a mis compañeros. El terreno estaba cubierto de árboles y de césped, y detrás del edificio crecía un espeso bosque de arbustos. Para el embajador y sus huéspedes era un lugar ideal; pero para los oficiales del servicio de seguridad era una verdadera pesadilla. Una persona decidida a cometer un atentado podía escalar el muro por cualquier punto y encontrar una adecuada cobertura hasta la propia embajada. Apenas habíamos deshecho nuestro equipaje, un grupo de manifestantes empezó a recorrer, arriba y abajo, la gran calle que pasaba frente a la embajada, exhibiendo carteles escritos en ruso y en inglés que pedían la autodeterminación para Persia y la salida inmediata de los Aliados, que en aquel momento precisamente estaban defendiendo el país.

Pronto me di cuenta de que me hallaba entre viejos amigos. La misión de desempeñar el servicio de guardia en el transcurso de la conferencia se había confiado precisamente a mi regimiento. Después de meses pasados bajo la tienda, en servicio de campaña, todos los soldados se ocupaban en cosas que parecían insólitas, como dar brillo a los galones oxidados por el tiempo o intentar que relucieran las botas ya desgastadas por el uso. Y así como antes, por ejemplo, el hecho de enfrentarse con un general suscitaba en ellos una sensación embarazosa, ahora consideraban ya con naturalidad ver todos los días a los más importantes personajes. Una vez, mientras me dirigía de la dependencia en que estaba alojado, hacia el edificio principal, me crucé y, saludé naturalmente, con el almirante sir Dudley Pound, el mariscal lord Alanbrooke (jefe del Estado Mayor General Imperial), el mariscal de la RAF lord Portal, el ministro Anthony Eden, el general Hopkins (consejero del presidente norteamericano), el general Ismay y otros muchos generales y almirantes.

De aquellos pocos pero intensos días me han quedado impresos en la memoria cuatro acontecimientos, todos ellos relacionados con celebraciones particulares: la noche de la recepción en la embajada soviética, la noche en que se celebró el cumpleaños de Churchill en la embajada inglesa, la presentación de la «Espada de Stalingrado» y la «fiesta de despedida», en el curso de la cual los *Buff* ofrecieron a Churchill un regalo para celebrar el cumpleaños del estadista.

La pesadilla del soldado

La noche de la recepción ofrecida por los rusos todos nosotros tuvimos que permanecer alerta hasta que el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores volvieran al seguro recinto de la embajada, pues las calles de Teherán no eran seguras. Aparte de esto, para los *Buff* era una cuestión de honor lograr que la guardia pudiese formar a tiempo para rendir honores al primer ministro cuando su automóvil cruzara la cancela de la embajada. Gracias a un complicado sistema de vigías y de señales, el cuerpo de guardia de la entrada principal sería advertido apenas se viera el automóvil en lo alto de la calle. Y así, después de varias horas de espera, finalmente se dio la señal. Los hombres se precipitaron fuera del cuerpo de guardia y se pusieron en fila; cuando el gran automóvil, en el que se hacía visible la enseña de la *Warden of Cinque Ports* pasó, los soldados presentaban armas impecablemente. Luego, bostezando, pues ya era más de la media noche, la guardia y nosotros, los oficiales de enlace, estuvimos de acuerdo en decir que no olvidaríamos aquella jornada.

Pero, como ya hemos dicho, en el muro opuesto se abría una pequeña puerta, y en ella había un solo centinela, que había recibido la orden de no dejar entrar a nadie de noche. Al otro lado del muro se extendía un dédalo de callejuelas y, más allá, se encontraba la embajada soviética. Como el acontecimiento principal ya había terminado, el centinela disfrutaba de un momento de reposo en su garita. Mas, de improviso, oyó en la calle, al otro lado del muro, gritos, canciones, una carcajada... y hasta una imprecación cuando uno de los misteriosos paseantes (al parecer eran dos) tropezó en el adoquinado. Creyó que se trataba de un par de borrachos, y se pregundó dónde irían a aquellas horas de la noche. No duró mucho su duda. Vacilando, los dos hombres llegaron a la portezuela y uno de ellos llamó ruidosamente. Los reflejos del centinela entraron rápidamente en acción: apuntó el fusil y la bayoneta hacia el punto de donde procedía el ruido y gritó: «¡Alto! ¿Quién vive?»

Una voz ronca respondió: «El primer ministro y míster Eden. ¡Déjanos entrar!».

El centinela pensó que se trataba de una buena imitación de aquella famosa voz gutural y un poco ceceante. Pero ¡qué diablo! Le habían advertido ya que el primer ministro había entrado sano y salvo por la puerta principal. «¡Largo! –dijo irritado– ¡A tocaros las narices!». (Pero la palabra exacta no fue «narices»).

Pero los otros continuaron llamando, y la voz que exigía que le dejaran entrar se hizo más perentoria. El centinela empezó a perder la paciencia. Quien lleva dos horas de guardia, en una noche helada como aquélla, no tiene ciertamente ganas de broma. Y los mandó al infierno.

Entonces, la voz del otro lado del muro se hizo autoritaria. Y algo en su tono indujo al centinela a hacer lo



Al final de los coloquios entre los Tres Grandes en Teherán, y en el curso de una ceremonia no oficial, los hombres del Batallón encargado de la guardia en la conferencia hicieron a Churchill un presente particular para festejar su cumpleaños. *(Imperial War Museum)*

que debería haber hecho al principio: bajó el fusil y la bayoneta, abrió la mirilla y miró a través de ella. A la luz del farol pudo observar dos figuras: una era baja y ancha y la otra alta y delgada. Uno de los dos hombres tenía el aspecto de un querubín pendenciero y que estuviera de pésimo humor; el otro, un noble rostro adornado con un bigote. Para el pobre centinela aquel fue un momento de pesadilla.

Al final se supo que, tras la abundante cena consumida con los rusos, Churchill había decidido pasear un poco y gozar del aire fresco antes de volver a casa.

La recepción por el cumpleaños

El cumpleaños de Churchill (69 años) coincidía con los días de la conferencia. Y era un deber de la embajada preparar una recepción para celebrarlo. Los preparativos fueron muy apresurados. Estarían presentes los tres jefes de las grandes potencias, acompañados por sus consejeros de más confianza. Como el único acceso al edificio de la embajada era una escalinata, y, teniendo en cuenta que Roosevelt estaba inmovilizado en una silla de ruedas, se preparó una rampa de madera, a fin de que el presidente americano pudiera ser empujado hasta el interior. Aunque aquella noche yo no estaba de servicio, encontré un pretexto para asistir al acontecimiento y me coloqué en un nicho situado en lo alto de la escalera principal.

Media hora antes del momento previsto para la llegada de los ilustres huéspedes, en la galería estalló un gran alboroto. Un numeroso grupo de hombres robustos, con el pelo cortado a cepillo y siniestros bultos bajo la axila (miembros del FBI agregados a la guardia de Roosevelt) se puso a registrar por todas partes, sin fijarse siquiera en los que se encontraban alrededor. Churchill, vestido de smoking y fumando un enorme cigarro, andaba de un lado para otro como un buen anfitrión que quiere cerciorarse de que todo esté en orden. Y en un par de ocasiones, por lo menos, los hombres del FBI lo empujaron sin pararse en demasiados miramientos.

Roosevelt llegó con anticipación y su silla de ruedas fue empujada a brazo a lo largo de la galería. Su aspecto era inconfundible: *pince-nez*, sutil nariz patricia, mandíbula voluntariosa y una elegante boquilla entre los dientes. Saludó cordialmente a su anfitrión; pero yo noté que cuando su *pince-nez*, sin montura, reflejaba la luz, no era posible percatarse de la expresión de los ojos que se ocultaban tras ellos. Era un rostro de gran político, de jugador de poker.

Stalin no acudió jamás a ninguna parte sin la protección de su escogida guardia personal, formada por catorce gigantescos georgianos. Estos llegaron unos treinta minutos antes que él y, sin pedir permiso a nadie, se situaron a ambos lados de la escalinata principal que conducía al vestíbulo. Allí permanecieron rígidos, hombro con hombro, con sus blusas amarillentas y sus pantalones hinchados. Casi todos tenían la mano derecha bajo la cintura de la blusa, apretando una pistola automática o de repetición.

Una guardia de honor del *Buff* estaba formada, desde un cuarto de hora antes, en el camino que conducía a la escalinata. Los hombres iban sin capote, aunque la noche era helada, y yo imaginaba cómo se sentirían, con las manos y los pies cada vez más ateridos. Estaban allí en espera de la llegada del hombre más poderoso del mundo, y éste, con típica y deliberada descortesía, se había retrasado diez minutos.

Al fin llegó la larga limousine negra, a prueba de proyectiles según se decía, y de ella descendieron Molotov, el mariscal Voroshilov y, sin ninguna ceremonia especial, Stalin en persona. Ignoraron por completo a la guardia de honor, que presentaba armas, y los dos subordinados se encaminaron, uno al lado del otro, por los escalones: Voroshilov con su pálida faz eslava, que recordaba la de un boxeador retirado, y Molotov rollizo, rosáceo, con su bigote corto, lentes con montura de oro y aquel aire de comerciante adinerado que, en las misas matutinas, circula entre los fieles haciendo la colecta.

Stalin: un tipo extraño y tétrico

Pero sólo les dediqué una mirada. Dediqué toda mi atención a Stalin, que se había detenido en lo alto de la escalinata. Estaba muy cerca de él, tanto que si me hubiera inclinado hacia delante, más allá de las amplias espaldas de los georgianos, hubiera podido tocarlo. Siempre se tiende a pensar que los grandes personajes han de tener mayores dimensiones de lo normal; pero comprobé que Stalin era bajo, casi pequeño, poco más de un metro sesenta, diría yo. Vestía un vistoso uniforme de color azafrán, de una tela que parecía seda, con bandas rojas a lo largo de la costura del pantalón.

Se tocaba con una gorra de visera, mezcla de *kepis* y de gorra de cartero, y sobre los hombros llevaba una capa con un brillante forro escarlata. En las fotografías, sus cabellos y el bigote colgante parecían siempre oscuros, casi negros, por lo que me sorprendió comprobar que, en realidad, eran muy grises, con tendencia al blanco. De la nariz al mentón su cara estaba surcada por profundas arrugas.

Pero, más que cualquier otra cosa, son sus ojos lo que, después de casi un cuarto de siglo, tengo aún impresos en mi memoria. Eran de color marrón oscuro. En ellos resultaba imposible adivinar sus pensamientos. Estaba de pie en los escalones, rígido, con la mirada fija ante sí y el rostro impasible. Es fácil ahora, años después, pensar en él como en un déspota tiránico, un hombre que había decretado la muerte de millones de personas y a cuyo lado Gengis Khan o Tamerlán pueden parecer inocentes escolares; pero en 1943 sabíamos mucho menos de él. Entonces se le respetaba como el jefe de un gran pueblo, que soportaba el mayor peso en la lucha contra Hitler. Pero viéndole en carne y hueso, a poco más de un metro de distancia, yo pude intuir algo de aquella extraña y tétrica personalidad, astuta, sardónica, suspicaz y, sobre todo, con aquella obstinada y paciente capacidad de resistencia común a todos los campesinos.

La pausa empezó a hacerse embarazosa. Un criado persa, perteneciente al personal de la embajada inglesa, se deslizó a través del cordón de guardias y se colocó detrás de Stalin para ayudarle a quitarse la capa. Al instante, se precipitaron los georgianos; uno inmovilizó al servidor, y otro extrajo como un relámpago su pistola automática y la incrustó entre las costillas del desgraciado. Fue un momento de gran tensión: el criado había contravenido, involuntariamente, una regla fundamental. Nadie, absolutamente nadie, debía aproximarse a Stalin por la espalda.

Pero durante aquel momentáneo tumulto Stalin continuó impasible, sin dignarse siquiera echar una mirada alrededor para ver qué estaba ocurriendo. Indudablemente, tenía valor y dignidad. Para poner fin a aquella delicada situación, Churchill acudió rápidamente y dijo con cortesía: «Buenas noches, mariscal, bienvenido a mi recepción». Su mano derecha estaba tendida. Pero Stalin continuaba inmóvil, sin sonreír, con la expresión de un jugador de poker, los brazos rígidamente tiesos a lo largo de su cuerpo. Durante algunos segundos observó intensamente a Churchill, y luego cubrió con pasos los pocos escalones que de él le separaban. No estrechó la mano que le ofrecía Churchill ni, por lo que pude observar, respondió a sus palabras de bienvenida. En aquellos pocos minutos, todos los que como yo no éramos más que figuras de segundo plano, pudimos intuir qué problemas implicaría encontrarse alrededor de una mesa de conferencias negociando con aquella clase de persona.

Muchas horas después –serían ya cerca de las dos de la madrugada cuando terminó la recepción– nuestras sospechas se vieron confirmadas. Yo y otros dos oficiales de enlace nos encontramos con uno de los oficiales que, durante la cena, había hecho de intérprete entre Churchill y Stalin. La conversación versó sobre el tratamiento que se reservaría a los jefes alemanes cuando los Aliados venciesen en la guerra. Y Stalin había dicho: «La solución es sencilla. Los que caigan en vuestras manos serán juzgados, considerados culpables y ajusticiados. Pero nosotros, los rusos, no somos hipócritas como los ingleses. Los que caigan en nuestras manos serán inmediatamente fusilados, ¡así!». Y había hecho chocar los dedos como muestra de desprecio. «Nosotros no tendremos necesidad de la farsa ni de los gastos de un proceso. Los criminales alemanes tendrán lo que se merecen, y rápido».

Para no tomar partido en aquella cuestión tan espinosa, Churchill se aclaró ruidosamente la garganta; pero Stalin estaba decidido a llegar al fondo: «Estoy seguro de que nos hallamos de acuerdo en una cosa –añadió–. Cualquiera que deba ser su fin, los criminales alemanes deben ser procesados apenas caigan en nuestras manos. ¿No estáis de acuerdo en esto, señor primer ministro?».

Churchill convino en que Hitler y sus colaboradores deberían ser procesados lo más pronto posible. Pero puso una condición: todo el mundo debía poder comprobar que los procesos se llevaban a cabo conforme al derecho internacional y que no eran simplemente, un pretexto para vengarse de los vencidos.

«¿Pero conviene conmigo en que se debe llevar a cabo alguna acción decisiva, legal o de otro tipo, apenas estos delincuentes caigan en nuestras manos?», insistió Stalin.

Churchill asintió.

«Entonces, decidme, señor primer ministro –continuó Stalin– ¿cómo entonces Rudolf Hess, uno de los peores criminales, está todavía vivo y no ha sido sometido a proceso? Vosotros, los ingleses, lo tenéis en vuestras manos desde hace dos años. ¿Dónde está vuestra rápida justicia?».

Según el intérprete, Churchill el gran orador, el hombre siempre pronto a rebatir, se quedó sin palabra.

Por otra parte, la velada del cumpleaños de Churchill tuvo un intermedio cómico. Harry Hopkins, consejero de Roosevelt, tenía un hijo que, como simple soldado del Ejército americano, estaba de guarnición en Persia. Habiendo sido invitado a la recepción, se presentó al cuerpo de guardia del *Buff*. Quizá tenía la desgracia de no ser uno de los elementos más representativos de las Fuerzas Armadas norteamericanas; el caso es que cuando aquel simple soldado empezó a explicar lo que tenía todo el aspecto de una patraña (como parecía ser lo de estar invitado junto a los grandes jefes de tres países) el comandante de la guardia, hombre de acción, no dudó respecto de lo que tenía qué hacer: arrestó al soldado Hopkins como «tipo sospechoso».

Una hora después, aproximadamente, cuando la ausencia de su hijo indujo al consejero del presidente a llevar a cabo una pequeña indagación, el soldado Hopkins fue discretamente puesto en libertad y escoltado al edificio principal de la embajada. Mas, como la antecámara ya estaba atiborrada de gente y, por lo tanto, el ambiente muy saturado de humo, el soldado Hopkins, vaso en mano, decidió dar un paseo por la galería. Entonces, un hombre del FBI, vigilando tras el césped, vio a este soldado de aire sospechoso en un lugar que evidentemente no era el suyo, y apuntándole con su pistola, lo empujó hacia el lugar más seguro que había en los alrededores: el cuerpo de guardia del *Buff*.

La entrega de la «Espada»

También la ceremonia de la entrega de la «Espada de Stalingrado» tuvo sus momentos críticos. Prevista, en principio, para las 14 horas en la embajada soviética, se retrasó primero hasta las 14,30 y luego hasta las 14,45. ¿Motivo? Churchill estaba descabezando un sueñecito y, como se había retirado de mal humor, nadie osaba despertarlo. Finalmente, Sarah Churchill, que pertenecía al cuerpo auxiliar femenino de la Aviación y había acompañado a su padre, decidió desafiar sus iras. Mientras tanto, como estaba entonces dentro de su estilo, Eden mataba el tiempo mostrándonos a uno o dos de nosotros la libra esterlina de oro que debía entregarse al mismo tiempo que la «Espada», de acuerdo con la vieja superstición según la cual un regalo con una punta cortante acaba siempre, si no se acompaña de un pago simbólico, cortando el lazo de amistad existente entre el que lo da y el que lo recibe. Por fin compareció un Churchill, de aspecto muy irritado y subió a su automóvil. El cortejo se puso en marcha.

No estuve personalmente en la ceremonia de la entrega, pero luego me contaron que poco había faltado para que ocurriese un desastre. El grupo que tenía la Espada –un joven oficial, dos sargentos mayores y tres soldados– cruzó la gran sala en la que se había colocado una tarima baja, en la que esperaba Stalin. El grupo se detuvo en posición de firmes y saludó; luego el oficial tomó la gran Espada y, manteniéndola horizontal, se inclinó y la tendió a Stalin. Éste se la pasó a Molotov, quien, desgraciadamente, inclinó la empuñadura hacia el suelo. La Espada empezó a deslizarse suavemente fuera de su vaina, adornada con piedras preciosas, y el peso de la empuñadura aceleró el movimiento. Por fortuna, el mariscal Voroshilov se dobló rápidamente y agarró la empuñadura cuando ésta ya había llegado a pocos centímetros del suelo.

La conferencia llegó al fin a su término y «los capitanes y el rey» partieron. La última mañana, en el curso de una ceremonia no oficial y sin protocolo, los *Buff* entregaron a Churchill un regalo personal por su cumpleaños. El acto se desarrolló cerca del estanque situado frente al edificio principal. El estadista, que llevaba uniforme de coronel de húsares, aceptó el regalo. Después pidió a los hombres que rompieran filas y nos habló durante algunos minutos de la guerra y nos expresó su gratitud.

El comandante del batallón lanzó tres hurras, y el rumor debió de hacer que los manifestantes que marchaban por las calles próximas se preguntasen quiénes eran aquellos rivales. Luego Winston Churchill lanzó una gran bocanada de humo de su puro, nos dirigió una de sus amplias sonrisas, alzó la mano haciendo su famoso símbolo de victoria y regresó lentamente a la embajada. La conferencia de Teherán había terminado.



El primer ministro Winston Churchill se reúne con Stalin durante la ceremonia para la entrega de la «Espada de Stalingrado», que tuvo lugar en el transcurso de una recepción en la embajada soviética al finalizar la conferencia de Teherán. *(Archivo Rizzoli)*

China, julio de 1937-diciembre de 1943

Trevor N. Dupuy, coronel



CHINA UN ESCENARIO DE GUERRA OLVIDADO

A fines de 1943, la situación del Japón se estaba haciendo decididamente crítica, ya que los Aliados lanzaban ataques cada vez más fuertes contra el perímetro de su imperio oceánico. A pesar de ello, los dirigentes nipones se veían forzados a mantener empeñado más de un millón de hombres en el intento de conquistar China, a miles de kilómetros de distancia del frente del Pacífico. Para los Aliados, esta campaña era evidentemente muy importante, pues cada vez veían más claro que los japoneses habían decidido terminar la conquista del país en 1944. Era, pues, probable, que los chinos, casi completamente aislados y por ello imposibilitados de recibir una ayuda sustancial de los occidentales, no lograrían resistir una ofensiva dirigida con decisión. En estas páginas el historiador militar americano, coronel T. N. Dupuy, describe, desde su origen, la larga serie de acontecimientos que llevaron a aquella situación en el Pacífico.

Aunque en aquel momento nadie se dio cuenta, la segunda Guerra Mundial empezó realmente el 7 de julio de 1937, en el puente Marco Polo, cerca de Pekín. Aquella tarde, unidades japonesas, aparentemente ocupadas en unas maniobras, atacaron por sorpresa a las desprevenidas tropas chinas que vigilaban el citado puente. Los combates se extendieron rápidamente al norte de Pekín, mientras el Gobierno japonés anunciaba que se trataba de una represalia contra un «injustificado ataque chino». El Gobierno nacional chino propuso entablar conversaciones, pero el Japón ignoró las propuestas y envió rápidamente nuevas tropas a China septentrional.

En las semanas que siguieron los soldados japoneses ocuparon la ciudad de Pekín y la de Tientsin. Era evidente que se trataba de una invasión, minuciosamente preparada, del norte de China; si bien los japoneses no quisieron admitir que se habían empeñado en una guerra. Definían sus operaciones como «el incidente China», y explicaron al resto del mundo que estaban restableciendo la ley y el orden en el país. Pero pocos se dejaron engañar por tales afirmaciones propagandistas; y todavía fueron menos los que se dieron cuenta de que aquellos episodios del enfrentamiento chino-japonés señalaban el comienzo de la mayor guerra de la historia.

Una rivalidad histórica

En los tiempos modernos la rivalidad entre China y Japón empezó a desarrollarse hacia finales del siglo XIX, siendo su origen el distinto modo de reaccionar, de los dos imperios orientales, a las presiones coloniales de Occidente. Para los gobernantes de China siempre había sido inconcebible que los «bárbaros occidentales» pudieran amenazar seriamente el «reino del medio». Y, sin embargo, en los últimos años del siglo XIX, ante sus ojos estupefactos y horrorizados, las principales potencias coloniales occidentales empezaron a asegurarse vastas esferas de influencia en la decadente China. Los chinos no parecían estar en condiciones de prevenir la desintegración del país.

Los japoneses, por el contrario, reconociendo la absoluta superioridad de los occidentales en el terreno tecnológico, decidieron imitarlos. Y su esfuerzo fue tan eficaz que, en 1894, el Japón logró alinearse al lado de otras potencias coloniales contra el vacilante imperio chino. Durante la guerra chino-japonesa de 1894-95, el Japón humilló a China, eliminó toda su influencia en Corea y se aseguró un punto de apoyo en Manchuria. Pero Rusia, Francia y Alemania obligaron al Japón a restituir a China este territorio. Luego le correspondió a Rusia entrar en escena, y esto provocó un choque entre Rusia y Japón. En 1904-1905 el Japón salió victorioso en la guerra ruso-japonesa, y con esta victoria ascendió al nivel de las grandes potencias, asegurándose el completo dominio de la península coreana y sustituyendo a Rusia en el papel de primera potencia colonial en la esfera de influencia de Manchuria.

En el transcurso del siguiente cuarto de siglo, el Japón se transformó en un país cada vez más poderoso, en su aspecto industrial y militar, mientras China seguía hundiéndose en un agudo declive. El 10 de octubre de 1911, cuando ya parecía que China estaba al borde de la desintegración total, el pueblo se rebeló contra el inepto Gobierno imperial y se proclamó la república, que intentó seguir el ejemplo japonés iniciando un proceso de modernización y de occidentalización del país. Pero los progresos chinos se vieron gravemente dificultados por las numerosas y violentas guerras civiles que estallaron, circunstancia que los japoneses aprovecharon para reforzar sus intereses militares y comerciales en el vasto país.

No obstante, hacia los últimos años de la segunda década del siglo, casi toda China estaba al fin unificada bajo la hábil guía militar y política del general Chiang Kai-shek. Este estableció la nueva capital en Nankín, y puso en marcha un programa de reformas militares, económicas e industriales. Aunque en un principio se había aliado con los comunistas chinos y obtuvo el apoyo de los consejeros militares y políticos soviéticos, en 1927 rompió con ellos, y, a pesar de la consiguiente oposición de los comunistas, las reformas de Chiang comenzaron a transformar el país.

El éxito logrado por Chiang Kai-shek, en su obra de unificar y resucitar a China, alarmó en seguida a los japoneses. Estos se mostraron especialmente preocupados por el boicot económico



Noviembre de 1937: la estación de Shanghai destruida por un bombardeo aéreo japonés en el que perdieron la vida centenares de refugiados chinos. Un niño, que se ha quedado solo, llora entre los escombros y los restos de los trenes. Los primeros ataques contra Shanghai se llevaron a cabo el 8 de agosto de 1937. *(Archivo Rizzoli)*

de los productos japoneses, que tenía su origen en la convicción, por parte de muchos chinos animados de un profundo espíritu patriótico, de que el Japón era el principal obstáculo para el renacimiento de su país. Y puesto que la prosperidad del Japón se basaba en el comercio con el exterior, y como quiera que uno de sus mercados más importantes lo constituía China, a los japoneses se les presentó una situación insostenible.

Como represalia contra este tipo de boicot, y con el fin de debilitar al Gobierno nacional chino, los agentes secretos japoneses intentaron fomentar revueltas y desórdenes en China. Luego, en septiembre de 1931, estos agentes secretos hicieron estallar una pequeña bomba bajo un tren expreso en una importante línea ferroviaria, en las cercanías de Mukden, en Manchuria. Aunque no hubo víctimas, el Gobierno japonés afirmó desdeñosamente que esta explosión demostraba que el Gobierno chino no podía salvaguardar el orden en Manchuria. Y entonces el Ejército japonés, ya desplegado en espera de este momento, se puso en marcha desde Port Arthur, en la provincia de Liao-tung, hacia el Norte, y en unas pocas semanas conquistó toda Manchuria. El mes de febrero siguiente el Japón declaró que Manchuria se transformaba en el imperio independiente del Manchukuo. En el trono de este imperio satélite se instaló P'u-yi, el «emperador niño» de China, que había sido depuesto cuando la revolución de 1911. Inútil es decir que el Manchukuo o Manchuria no era más que una colonia japonesa y el monarca P'u-yi una simple marioneta en sus manos.

Estos acontecimientos acrecentaron la hostilidad china contra el Japón y, en el transcurso de 1931, el boicot contra el comercio japonés se extendió por todo el país. El Japón amenazó a China si persistía en su actitud, pero los chinos hicieron caso omiso de la amenaza. Y, en consecuencia, el 28 de enero de 1932 desembarcaron tropas japonesas en Shanghai, centro de mayor actividad del boicot.

Durante semanas, el exiguo Ejército 19 chino se batió con desesperado valor para no abandonar Shanghai a los japoneses. Éstos, furiosos al verse detenidos, enviaron grandes refuerzos y el 4 de marzo de 1932 lograron arrojar a los chinos de la ciudad. El 5 de mayo, Chiang Kai-shek se vio forzado a firmar un acuerdo que ponía fin al boicot.

Sin embargo, los éxitos militares logrados en China tuvieron resultados muy distintos de los previstos por los japoneses. En vez de debilitar la posición de Chiang Kai-shek, la agresión impulsó a la mayor parte del pueblo chino a unirse bajo su dirección. A pesar de la pérdida de Manchuria y de la anexión de la vecina provincia de Jehol por los japoneses (que dominaban también en extensas zonas costeras del país), el Gobierno de Chiang Kai-shek se hizo más fuerte y más popular. Sofocó algunas rebeliones y obligó a los comunistas a abandonar China sudoriental y refugiarse en las poco pobladas regiones noroccidentales. Aunque evitando cuidadosamente otros incidentes con los japoneses, Chiang Kai-shek se apresuró a reforzar el Ejército, inició la construcción de fábricas y completó la red de carreteras y de ferrocarriles.

Pero la política de Chiang Kai-shek también suscitaba amplios movimientos de oposición. Muchos chinos opinaban que el país debía unirse para combatir al enemigo extranjero, el Japón, en lugar de malgastar los recursos en luchas intestinas. Después de la revuelta de Si-an, en diciembre de 1936, y al comienzo del año siguiente, Chiang Kai-shek llegó a un acuerdo con Mao Tsetung para poner fin a la larga guerra civil. Entonces, al frente de un país en gran parte unificado, Chiang Kai-shek comenzó a prepararse para detener la amenaza japonesa.

Al darse cuenta del fracaso de sus esfuerzos para mantener China dividida y débil, los japoneses decidieron derribar al Gobierno de Chiang Kai-shek y conquistar todo el país. Esto consti-





Arriba, izquierda : el general Chiang Kai-shek, bajo cuya hábil guía China quedó unificada hacia 1930, después de largos años de desórdenes, luchó con tenacidad contra los japoneses y los comunistas. Arriba, a la derecha : Mao Tse-tung, jefe de los comunistas chinos. A comienzos de 1937 estipuló una alianza con Chiang Kai-shek, pero después de haber combatido durante algunos años al lado de las fuerzas nacionalistas chinas contra el Japón, en un segundo tiempo prestó su apoyo a los agresores. Abajo: el centro de Shanghai destruido por las incursiones aéreas japonesas. Contrariamente a lo que esperaban, los japoneses encontraron una decidida resistencia por parte china y sólo con la llegada de refuerzos, y con apoyo aeronaval, lograron conquistar la ciudad el 8 de noviembre de 1937. *(Paul Popper)-(Hulton Picture Library)-(Archivo Rizzoli)*



A la izquierda, arriba y abajo: tropas niponas en China en la primavera de 1941. Los japoneses habían esperado apoderarse de China con una acción fulminante, pero en realidad, con el transcurrir del tiempo, la amplitud de la empresa impuso esfuerzos cada vez mayores al Gobierno atacante, absorbiendo, con mínimos resultados, un grandísimo número de recursos vitales para sus compromisos bélicos en Asia sudoriental y en el Pacífico. Por ello, en 1942 el Japón se vio forzado a suspender todas las operaciones ofensivas en China, después de haber arrebatado Hong-Kong a los ingleses (25 de diciembre de 1941). A la derecha: algunos soldados nipones tomando al asalto los muros de Kai-feng, en el curso de los ataques lanzados en China central. Por prolongarse las presiones japonesas contra China, en julio de 1941 Roosevelt ordenó un embargo referido al Japón, mediante el cual le privaba de materias primas de las que tenía tanta necesidad para mantener en actividad sus industrias y fabricar las municiones necesarias para sus operaciones militares. *(Archivo Rizzoli) (Imperial War Museum)*



tuiría el primer paso hacia la creación de lo que ellos llamaban la «gran esfera de coprosperidad del Asia Oriental». Con esta pomposa definición, perseguían, en realidad, una ulterior expansión del imperio militar y económico japonés que llegara a incluir todas las tierras de Asia oriental y sudoriental. Una vez tomada esta decisión, el Gobierno japonés cursó órdenes secretas para que se provocase en China septentrional un incidente que proporcionara al Japón un pretexto válido para iniciar una invasión en gran escala «para restablecer la ley y el orden». Y el resultado de estas disposiciones fue el citado incidente del puente Marco Polo, el 7 de julio de 1937.

Las fuerzas contendientes

A mediados de 1937 el Ejército japonés estaba formado por unos 300.000 soldados regulares, equipados con armas modernas. Había además 150.000 soldados manchúes y mongoles, asimismo bien equipados y dirigidos por oficiales japoneses. En la metrópoli los japoneses tenían más de 2 millones de reservistas bien adiestrados. Y estas fuerzas de tierra estaban apoyadas por una de las Marinas de Guerra más poderosas y potentes del mundo y por una Aviación muy eficaz.

En aquel tiempo, el Ejército chino comprendía unos 2 millones de soldados; pero su nivel de instrucción era extremadamente bajo, y anticuado su armamento y equipo. En una primera fase, el ejército comunista chino, que operaba en China noroccidental, a las órdenes del general Chu-teh, apoyó a Chiang Kai-shek contra los japoneses. Este ejército ascendía a unos 150.000 hombres; se trataba de soldados bien instruidos y que habían adquirido una rica experiencia de guerrillas en su lucha contra el ejército nacionalista. Pero también los comunistas estaban faltos de armas y de equipos modernos. Por otra parte, China no tenía Marina de Guerra, sus fuerzas de Artillería eran insignificantes y sólo contaba con unos pocos y viejos aviones. Pocos oficiales chinos tenían la instrucción o la experiencia necesarias para mandar grandes unidades en una guerra de tipo moderno. Además, no existían reservas debidamente adiestradas para poder movilizarlas.

En cambio, China contaba con casi todas las materias primas que le faltaban al Japón; pero, por desgracia, no disponía de las necesarias instalaciones industriales capaces de transformar en armas tales recursos. En la práctica, si se exceptúan los fusiles para la infantería, todas las armas debían importarse de otros países. El mayor patrimonio de China lo constituía su inmensa población: a la sazón casi 500 millones de habitantes. Pero su agricultura a duras penas producía los alimentos suficientes para aplacar el hambre de aquella población. Por todo ello los japoneses esperaban derrotar cuanto antes a los míseros Ejércitos chinos y derrocar el Gobierno de Chiang Kai-shek.

Mientras las fuerzas japonesas se extendían rápidamente hacia el Sur, desde Pekín y Tientsin, la Marina de Guerra nipona desembarcó más tropas en las cercanías de Shanghai. Éstas debían profundizar hacia el interior, remontar el gran Yang-tze kiang, conquistar Nankín, y, finalmente, avanzar hacia el Norte para enlazar con las fuerzas que avanzaban hacia el Sur. Así se cortaría China en dos partes, encerrando en una trampa a la mayor parte de las mejores tropas de Chiang Kai-shek en las regiones nororientales del país.

Los desembarcos de Shanghai se iniciaron el 18 de agosto de 1937. Pero, con gran sorpresa de los invasores, se vieron bloqueados por la tenaz resistencia de una de las pocas divisiones eficientes de Chiang Kai-shek; así, pues, una vez más el Japón se vió forzado a enviar refuerzos para evitar una embarazosa derrota. Pero durante varias semanas, ni siquiera con la ayuda de estos refuerzos lograron reemprender el avance.

En octubre, más tropas niponas efectuaron desembarcos anfibios al norte y al sur de Shanghai. Entonces comenzó a vacilar la resistencia de los chinos, y al fin, el 8 de noviembre, los japoneses lograron conquistar la ciudad, persiguiendo hacia Nankín a los restos de las unidades chinas, que ya estaban en fuga desordenada.

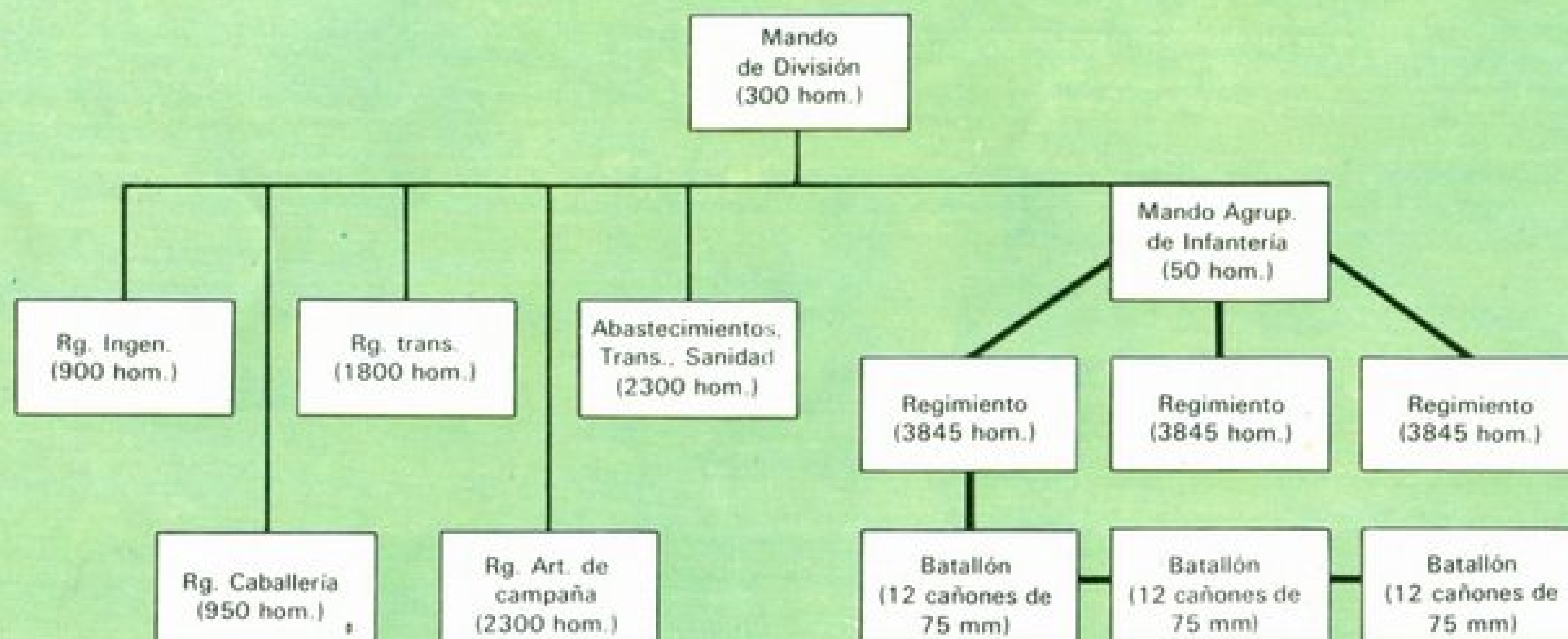
Chiang Kai-shek, poco antes, había trasladado su capital a Hankow, en China central. Desde allí siguió dirigiendo la defensa del país y, provocando la admiración de los expertos militares de todo el mundo, así como la imponente cólera de los japoneses, con su tenaz resistencia detuvo el avance nipón al norte del río Amarillo.

Al percatarse de que la conquista de China sería más difícil de lo previsto, los japoneses decidieron establecer una breve pausa para reorganizar sus fuerzas, hacer acudir refuerzos y prepararse para reemprender la ofensiva. A comienzos de 1938 comenzaron a avanzar de nuevo en el Noreste, presionando hacia el Sur en dirección del importante nudo ferroviario de Suchow. Los chinos no lograron detener esta poderosa y bien preparada ofensiva, pero se batieron con gran tenacidad y desbarataron la retaguardia enemiga y sus líneas de comunicación.

Luego, mientras las unidades avanzadas japonesas se aproximaban a Suchow, Chiang Kai-shek ordenó al general Li Tsung-jen que lanzara un contraataque por sorpresa en Tai-erh-chuang, y con esta brillante operación los chinos lograron aislar y cercar a 60.000 soldados japoneses. Tras varios días de duros combates, los japoneses lograron abrir una brecha y escapar del cerco; pero

DIVISIÓN TIPO DE INFANTERÍA JAPONESA (20.000 hombres)

Las Divisiones japonesas, comparadas con las occidentales, disponían de un contingente mayor de hombres y de una fracción superior de artillería de apoyo a la infantería. Tres Divisiones formaban un Ejército y varios Ejércitos formaban un Grupo de Ejércitos. Cada Regimiento tenía una Compañía de mando, una Compañía de cañones de campaña (6 de 75 mm), una Compañía contracarros (4 cañones de 37 mm) y tres Batallones de Infantería. Cada Batallón (1099 hombres) se articulaba en un mando, cuatro Compañías de fusileros, una Compañía con doce ametralladoras pesadas y un pelotón de apoyo con dos cañones de 70 mm.



dejaron tras ellos más de 20.000 muertos. La batalla de Tai-ehr-chuang fue la primera y grave derrota militar sufrida por el Japón en la historia moderna.

Los chinos estaban eufóricos por aquel éxito; pero su gozo no duró mucho. Los japoneses reorganizaron sus fuerzas y reemprendieron sus ataques convergentes, conquistando Suchow a fines de mayo y ocupando la región al norte de los ríos Amarillo y Hwao.

Desde Suchow, los nipones se dispusieron a continuar su avance a lo largo de la línea férrea, en dirección a Hankow, donde esperaban encontrar otra columna que, desde Nankín, avanzaba hacia el Oeste. Los chinos, desesperados, destruyeron los diques que, en las cercanías de Chengchou, regulaban el curso del impetuoso río Amarillo, cuyas devastadoras crecidas habían provocado, durante siglos, millones de muertos. Ahora correspondió a los japoneses experimentar la terrible violencia de sus aguas. En efecto, cuando irrumpieron a través de los diques destruidos, las aguas se extendieron por todas partes y el avance japonés quedó completamente detenido. Sus depósitos de abastecimientos se perdieron, y cañones, camiones y carros de combate se hundieron en el fango. Fue una de las más desastrosas crecidas que se recuerdan en la historia de este río.

La inundación desanimó a los japoneses en cuanto a continuar su ofensiva. Sin embargo, siguieron reforzando la columna que, desde el Este, avanzaba hacia Hankow por las orillas del Yangtze kiang; los combates que siguieron fueron los más sangrientos de todos los que se habían producido hasta entonces. Los chinos resistieron con gran tenacidad y ambas partes sufrieron graves pérdidas; pero los japoneses, gracias al apoyo de su Aviación (que operaba sin encontrar resistencia) hicieron valer su superioridad. Después de una batalla que duró cinco meses, el 25 de octubre de 1938 conquistaron Hankow.

Pese a la pérdida de sus regiones más ricas y pobladas, los chinos continuaron resistiendo. Chiang Kai-shek trasladó una vez más su capital al Oeste, esta vez a Chung-king, y ordenó a su pueblo y a sus tropas que aplicasen la táctica de la «tierra quemada». Y en efecto, en las zonas por las que el enemigo avanzaba todo era destruido. El Gobierno de Chiang Kai-shek se mantenía en contacto, mediante enlace por radio o aéreo, con contingentes de guerrilleros que en aquellas zonas efectuaban acciones de hostigamiento en los flancos y en la retaguardia de las columnas japonesas.

En octubre, los japoneses efectuaron un imprevisto desembarco anfibio en la costa meridional de China, a unos pocos kilómetros al norte de la colonia inglesa de Hong-Kong. Adentrándose rápidamente por el interior, estas fuerzas conquistaron la gran ciudad de Cantón, que, tras la caída de Shanghai, se había convertido en el principal puerto marítimo a través del cual afluía la ayuda extranjera. La pérdida de Cantón asestó un grave golpe a las esperanzas de China.



EL "INCIDENTE CHINA"

Después de la conquista de Pekín y Shanghai, realizada en verano-otoño de 1937, las fuerzas japonesas que avanzaban por el norte y por el sur intentaron, con una serie de ataques convergentes, cercar en una tenaza a las tropas de Chiang Kai-shek. Pero se encontraron con el inesperado obstáculo de la resistencia de los chinos, quienes, después de un año de combates, cuando ya las fuerzas enemigas estaban a punto de enlazar entre sí, aventaron los planes japoneses derribando los diques del río Amarillo y produciendo un ingente número de bajas a las fuerzas atacantes. Vista la inutilidad de sus esfuerzos para despedazar la resistencia china, al comienzo de 1939 los japoneses cambiaron de estrategia esperando que, con la conquista de los puertos de China, obligarían al país a rendirse por falta de abastecimientos. Pero, aunque de forma exigua, el Gobierno norteamericano logró hacer llegar a China un flujo constante de medios y elementos de primera necesidad, al principio a través de la abrupta carretera de Birmania y luego, al ser cerrada ésta en 1940, por vía aérea, lo que permitió al país la continuación de la resistencia.

(History of the Second World War)

DEL ARSENAL JAPONÉS

1 AMETRALLADORA LIGERA cal. 6,5 mm, mod. 11 (1922): era una modificación de la *Hotchkiss francesa.* **Peso**: 10,200 kg. **Velocidad de tiro**: 500 disparos por minuto. **Cargador** 30 cartuchos.

2 Fusil cal. 6,5 mm, mod. 38 (1905): construido en tres longitudes, para dotar a diferentes tipos de unidades. **Peso**: 4,160 kg. **Cargador**: 5 cartuchos.

3 Sable de oficial.

4 Pistola cal. 8 mm, mod. 94 (1934). **Cargador**: 6 cartuchos.

5 Granada de mano.

6 Pistola cal. 8 mm, mod. 14 (1925): los cartuchos se podían intercambiar con los del mod. 94. **Cargador**: ocho cartuchos.

CHI HA mod. 97 (1937)

Empleado por los japoneses durante la última fase de la guerra en China, este carro de combate medio se había construido basándose en diseños de carro de combate pequeños y de carros ligeros. Se empleó también en Birmania y en Guadalcanal. **Peso**: 15 t. **Longitud**: 5,40 m. **Coraza máxima**: 25 mm. **Tripulación**: 4 hombres. **Armamento**: un cañón de 57 mm; dos ametralladoras de 7,7 mm. **Velocidad**: 40 km/h. **Autonomía**: 192 km.



(John Batchelor)



(Paul Popper)

1894-1895

LOS PRIMEROS COMBATES

Mientras los chinos habían reaccionado ante la llegada de los "bárbaros occidentales" refugiándose en su antigua cultura y aceptando tener sólo limitadísimos contactos con ellos, los japoneses, reconociendo la superioridad tecnológica que poseían los países extranjeros, trataron de imitarlos. En el año 1894 habían alcanzado un estado tan avanzado que pudieron permitirse comenzar a imitar también sus "vicios"... y se lanzaron a una guerra colonial contra China (a la izquierda). En un conflicto breve y decisivo despejaron Corea de toda traza de influencia china y se aseguraron un punto de apoyo en Manchuria.



(Hulton Picture Library)

1904-1905

EL PRIMER ROUND ES FAVORABLE A ORIENTE

Esta decisiva intervención japonesa en un área riquísima, que hasta aquel momento sólo había explotado Occidente, suscitó curiosidad e indignación: indignación sobre todo en aquellas potencias (especialmente Rusia) que no habían sabido sacar ventajas de la disputa. Conflictos de intereses en Manchuria provocaron la Guerra ruso-japonesa, en la cual, pese a la aparente eficacia de sus soldados (a la izquierda), Rusia fue derrotada. Las otras potencias atribuyeron al Japón el status honorífico de potencia imperialista y éste se hizo con el dominio de la "esfera de influencia" en Manchuria.



(Imperial War Museum)

1931

ESTANCAMIENTO Y ESTALLIDO DE LAS HOSTILIDADES

El Japón continuó absorbiendo progresivamente la cultura y la tecnología occidentales, y este proceso se basó cada vez más en la riqueza y en las materias primas que el país se aseguraba gracias al comercio con China y al control de Manchuria. A pesar de prolongarse una situación de estancamiento e inercia, el resentimiento chino hacia las actividades de los extranjeros culminó, en 1931, con un completo boicot de los productos japoneses. Como esto amenazaba minar las bases mismas de su prosperidad, en septiembre los japoneses invadieron con un fútil pretexto Manchuria (a la izquierda). En unas pocas semanas conquistaron sin gran esfuerzo todo el país, en el que constituyeron, en febrero, un gobierno títere.



(Paul Popper)

1932

SHANGHAI: EL PRIMER ENCUENTRO DIRECTO

En lugar de intimidarse por el triunfo japonés, los chinos reaccionaron con energía. El boicot no cesó, y los japoneses tuvieron que amenazar con duras represalias. El 28 de enero desembarcaron en Shanghai tropas niponas, y se dispusieron a conquistar la ciudad que era centro de las actividades de boicot. Pero los chinos opusieron una resistencia tenaz, y sólo con la llegada de ingentes refuerzos pudieron los invasores abrir una brecha en la ciudad, ya reducida a un montón de escombros (a la izquierda). El 5 de mayo Chiang Kai-shek se vio obligado a firmar un acuerdo que ponía fin al boicot.


(Associated Press)

1937

GUERRA ABIERTA

En 1937 Chiang había logrado llegar a un acuerdo con los comunistas para poner fin a la guerra civil que hasta aquel momento había hecho vanos los esfuerzos encaminados a unir las fuerzas del país contra el invasor. Ante esta nueva unidad, los japoneses se dieron cuenta de que estaba otra vez en peligro su mercado chino. Por ello, habiendo encontrado un nuevo pretexto, los japoneses conquistaron Pekín y comenzaron a extenderse hacia el Sur. Una vez más desembarcaron tropas en Shanghai (a la izquierda) y una vez más se enfrentaron con una resistencia que no esperaban. Sólo después de la llegada de refuerzos y de un encarnizado bombardeo aeronaval pudieron conquistar la ciudad. Los chinos continuaron resistiendo magníficamente y, aunque retirándose gradualmente hacia Nankín, pudieron poner diques a la eficacia del avance japonés.


(Alfredo Zennaro)

1938

INACTIVIDAD Y MATANZAS

Los japoneses eran enemigos despiadados; esto se hizo extraordinariamente evidente cuando, al final, lograron conquistar Nankín. Durante bastantes días la ciudad fue devastada y sometida a una horrible e insensata orgía de matanzas, violencias y destrucciones. Un gran número de episodios semejante (a la izquierda) se llevaron luego a cabo, cuando la guerra entró en una fase de inactividad, con los japoneses incapaces de destrozar la resistencia china y los chinos incapaces de expulsar a los invasores.. Los japoneses decidieron entonces concentrar todos sus esfuerzos en un intento de hacer doblegarse a los chinos mediante el aislamiento económico.


(Paul Popper)

1940

AUMENTA EL INTERÉS DE LOS OTROS PAÍSES

La nueva estrategia japonesa se basó en la conquista de todos los puertos más importantes y la destrucción de las zonas agrícolas principales. En 1940 la única vía por la que podían llegar a China abastecimientos era la carretera de Birmania (a la izquierda). La presión japonesa, de consumo con las dificultades internas, indujo a Churchill a decretar su clausura (18 de julio); pero cuando los Estados Unidos decidieron intervenir en ayuda de todos los países amenazados por el Eje, Roosevelt hizo que Gran Bretaña volviese a abrir la carretera (18 de octubre), que luego quedaría cerrada materialmente cuando los japoneses invadieron Birmania (enero de 1942).


(Ullstein)

1942-1943

LA SITUACIÓN CONTINÚA PARECIENDO INSOLUBLE

Ni siquiera la ayuda norteamericana pudo proporcionar a los chinos los medios necesarios para lanzar una eficaz ofensiva contra los japoneses. En 1942 y 1943 la guerra continuó a nivel de guerrillas con incursiones, ataques esporádicos y discusiones políticas cada vez más enmarañadas entre nacionalistas y comunistas. Pero hacia finales del año los japoneses se habían empezado a dar cuenta de que ya no podían permitirse el lujo de mantener más de un millón de hombres en China en un estado de inconcluyente beligerancia, y, por consiguiente, se estaban preparando para desencadenar una ofensiva de envergadura (a la izquierda), destinada a poner punto final a su ya viejo compromiso con el continente chino.



Soldado de Chiang Kai-shek con equipo de campaña. Al comienzo de las hostilidades con el Japón el Ejército chino contaba con unos 2 millones de hombres, pero su grado de instrucción militar solía ser inadecuado, y sus armas y equipo, anticuados en gran parte. *(Central Press)*

La nueva estrategia japonesa

Aunque en 1938 habían conquistado grandes extensiones de territorio chino, los japoneses se sentían desilusionados por el hecho de no haber logrado vencer definitivamente la resistencia china. El costo de aquella guerra, al que se unía el esfuerzo necesario para mantener el dominio sobre una población tan numerosa y hostil, era muy alto, y el gobierno nipón estaba alarmado por la medida en que estas operaciones estaba absorbiendo los recursos japoneses.

Por todo ello, el Japón decidió suspender todas las operaciones en gran escala y adoptar para el «incidente China» una nueva estrategia. En 1939 se iniciaron unas limitadas operaciones anfibias cuyo objetivo era la conquista de la isla de Hainán y de los restantes puertos chinos, esperando con ello impedir el flujo de la ayuda extranjera.

Estas operaciones, además de reforzar el bloqueo de China, era muy útiles como ejercicios para adiestrar a las fuerzas terrestres, navales y aéreas, con miras a las nuevas conquistas que el Japón estaba preparando.

Como consecuencia de la pérdida de los principales puertos, a China no le quedaban más que dos caminos a través de los cuales podía recibir los abastecimientos necesarios para continuar la guerra. Uno de ellos era el ferrocarril de vía estrecha que unía el puerto de Haiphong, en la Indochina francesa, con Nankín. El otro era la estrecha y tortuosa carretera de Birmania que, a través de la colonia inglesa homónima, llegaba a Kun-ming.

Pero los acontecimientos que en 1940 se produjeron en Europa ofrecieron al Japón una magnífica ocasión para neutralizar estas dos últimas líneas de abastecimientos. En efecto, en junio, la victoria alemana sobre Francia dejó la Indochina francesa completamente indefensa, de modo que cuando los buques de guerra japoneses entraron en los puertos indochinos los franceses no estaban en condiciones de oponer ninguna resistencia a las tropas de desembarco. Así, los nipones interrumpieron inmediatamente la línea férrea Haiphong–Nan-ming, apoderándose además de numerosos aeródromos desde los cuales podrían efectuar incursiones aéreas sobre China meridional.

El único enlace importante con el mundo exterior que le quedó a China era la carretera de Birmania. Los abastecimientos desembarcados en Rangún se enviaban por ferrocarril a Lashio, en Birmania nororiental, y desde allí se cargaban en camiones que se aventuraban por aquella carretera, una ruta que serpenteaba en medio de los altos picos de la región montañosa que se extendía entre Birmania y la provincia china de Yun-nan. Aunque en línea directa la distancia entre Lashio y Kun-ming era poco más de 500 km, la tortuosa carretera pasaba de los 1150 km de longitud.

Los éxitos logrados por los japoneses en 1938 convencieron a muchos chinos de que el país no podría seguir resistiendo. Wang Ching-wei, un hombre que por mucho tiempo había disputado a Chiang Kai-shek la jefatura del movimiento nacionalista, se pasó al bando de los japoneses y en 1940 se puso al frente de un gobierno títere en Nankín. Por aquel entonces también se rompió la difícil alianza entre nacionalistas y comunistas,

y a partir de aquel momento, en vez de luchar contra el Japón, muchas tropas nacionalistas se emplearon para formar una especie de «cordón sanitario» alrededor de las zonas dominadas por los comunistas, mientras éstos suspendieron todas las operaciones en gran escala contra las fuerzas japonesas.

Fue en aquel momento cuando el Japón solicitó a Gran Bretaña que cerrase la ruta de Birmania. El Ejército británico acababa de ser derrotado en los campos de Francia e Inglaterra estaba amenazada por masivas incursiones aéreas alemanas y por el peligro de una posible invasión. Aunque con repugnancia, Winston Churchill se vio forzado a ceder ante la amenaza japonesa, y el 18 de julio de 1940 ordenó el cierre de la carretera. Con ello China quedaba ya completamente aislada; sin embargo, impulsados ya casi tan sólo por la fuerza de la desesperación, los chinos continuaron combatiendo.

Pero en este crucial año de 1940 el Gobierno norteamericano decidió conceder su ayuda a todos aquellos países que sufrían la política de agresión de las dictaduras militares europeas y asiáticas. De acuerdo con la ley de «Préstamos y Arriendos», Estados Unidos comenzaron a suministrar a Gran Bretaña y a China el equipo y las armas necesarios para que pudieran continuar su lucha contra Alemania y Japón. Al mismo tiempo, Roosevelt ordenó una reducción del total de materias primas que hasta aquel momento el Japón compraba a Norteamérica; no obstante, como Estados Unidos no estaba en guerra con el Japón, el Gobierno no pudo impedir que los particulares continuasen vendiendo géneros a los comerciantes japoneses.

Después de la gran victoria aérea lograda por Gran Bretaña sobre Alemania, en la batalla de Inglaterra, Churchill se sintió ya lo bastante fuerte para desafiar a los japoneses en Asia. Por lo tanto, animado por Estados Unidos, el 18 de octubre de 1940 ordenó la reapertura de la carretera de Birmania, y de esta forma los abastecimientos concedidos por Norteamérica a China volvieron a afluir a Kun-ming.

A fines de 1940 los japoneses empezaron a extenderse por Indochina, apoderándose de bases aéreas desde las cuales sus bombarderos podrían alcanzar la parte china de la codiciada carretera de Birmania. Al prolongarse estas continuas agresiones, el presidente Roosevelt se creyó en el deber de amonestar al Japón para que se abstuviera de posteriores operaciones ofensivas en Asia; pero los japoneses no hicieron el menor caso de estas advertencias y, en julio de 1941, completaron la ocupación de Indochina. Ante ello, Roosevelt ordenó un completo *embargo*, paralizando totalmente los intercambios comerciales con el Japón. Se puso fin a los envíos de acero y de petróleo, materias primas de las que los nipones tenían absoluta necesidad para mantener en actividad sus industrias y producir las municiones necesarias para sus operaciones militares. La alarma que el *embargo* suscitó en el Gobierno japonés, la reacción por parte del Japón y los acontecimientos posteriores que acabaron con el ataque a Pearl Harbor ya se han examinado en otros lugares.

En 1942, los esfuerzos ofensivos desarrollados en Asia sudoriental y en el Pacífico obligaron a los japoneses a suspender todas las operaciones ofensivas en China, si bien después de haber arrebatado Hong-Kong a los ingleses.

Pero detrás de las líneas japonesas en China oriental y nororiental los guerrilleros chinos no concedían tregua. Estas unidades llevaban a cabo una actividad de hostigamiento tan eficaz, que los japoneses no pudieron retirar tropas de China para destinarlas a otros sectores.

La ayuda de Chiang Kai-shek a Birmania

Fuera de las fronteras de China, hubo grandes batallas entre fuerzas chinas y fuerzas japonesas. El escenario de estos encuentros fue Birmania.

Después de las grandes derrotas sufridas por los ingleses, tras la invasión nipona de las zonas meridionales de Birmania, Chiang Kai-shek, preocupado por la amenaza que estos acontecimientos implicaban para su última ruta de abastecimientos, propuso enviar tropas para cooperar a la defensa de Birmania. Puesto que entre los dos países existía, desde hacía tiempo, un litigio respecto a sus fronteras, los ingleses se mostraron más bien reacios a aceptar esta ayuda; pero, dadas las circunstancias, a la postre no podían hacer otra cosa que acoger con los brazos abiertos cualquier ayuda que se les propusiera. Fue así, pues, que desde Kun-ming, Chiang Kai-shek envió dos pequeños Ejércitos (cuyo total llegaba apenas a 30.000 hombres), a pie, por la carretera de Birmania. Pero cuando estos hombres, a comienzos de marzo, llegaron al fin a Birmania, los ingleses ya habían abandonado Rangún.

El Ejército 5 chino comprendía tres de las mejores divisiones de Chiang Kai-shek. Después de haber llegado por ferrocarril a Lashio, punto terminal septentrional de la carretera, se dirigió al interior de la región. Alcanzado Toungoo el 19 de marzo, las divisiones avanzadas desplegaron inmediatamente para detener una ofensiva japonesa, prevista hacia el Norte desde Rangún en dirección a Mandalay.

El Ejército 6 chino, algo más reducido que el 5, estaba poco instruido y sus oficiales eran mediocres. Sus unidades prosiguieron directamente y a pie su marcha hacia el sur de Lashio, con el fin de proteger el punto terminal meridional de la carretera de un posible ataque desencadenado desde Tailandia noroccidental, ya completamente ocupada por los japoneses.

Al mando de este pequeño cuerpo de expedición chino que operaba en Birmania se encontraba un oficial americano: el general Joseph W. Stilwell. Llegado hacía poco a Chungking, como jefe de una misión militar norteamericana, acabó siendo nombrado jefe de Estado Mayor de Chiang, quien le dio luego el mando de los dos Ejércitos que en aquel momento estaban llegando a Birmania.

El 21 de marzo, los japoneses lanzaron una ofensiva coordinada, terrestre y aérea, en la zona central de Birmania. La División 200 china, que formaba parte del Ejército 5, se encontró justamente en la dirección del principal esfuerzo ofensivo japonés contra el sector central de la línea aliada, en las cercanías de Toungoo. Los chinos rechazaron los repetidos ataques frontales; pero pronto la División 200 se vio rodeada por unidades japonesas que se habían infiltrado a sus espaldas. Fue en aquella ocasión cuando Stilwell aprendió su primera lección sobre el valor de las tropas que se le habían confiado. Cualesquiera que fueran sus defectos en el campo operativo, en la defensiva, las tropas chinas, bien adiestradas, eran indomables. La citada División 200 rechazó todos los intentos japoneses de arrollarla; pero, finalmente, cuando ya la unidad estaba rodeada desde hacía bastantes días, Stilwell le ordenó por radio que intentara abrir una brecha para escapar del cerco. Coordinando sus esfuerzos con los de un contraataque inglés, desencadenado en las proximidades, la división se dirigió hacia el Norte, rompió el cerco japonés y se situó en una nueva posición defensiva, más al Norte, a lo largo del ferrocarril.

A pesar de este contratiempo, los nipones reemprendieron sus ataques, esta vez concentrando sus esfuerzos contra el Cuerpo de Ejército británico de Birmania, situado defensivamente en los campos petrolíferos de Yenangyaung. La lucha fue muy dura, y, pese a la resistencia, a mediados de abril la 1.ª División británica de Birmania ya estaba cercada y al borde del aniquilamiento. Fue en aquel momento cuando el general Stilwell ordenó a la División 38 china que atacara el flanco de la columna japonesa, que estaba realizando una maniobra de cerco por el Este. Gracias a la intervención de los chinos, el 19 de abril, después de haber sufrido graves pérdidas, la 1.ª División de Birmania logró romper el cerco. Habiendo sufrido una dura lección por parte de los británicos y de las tenaces tropas chinas, los japoneses disminuyeron la presión sobre el flanco derecho aliado, a fin de conceder a las tropas un poco de reposo y reorganizarlas.

Sin embargo, aquel mismo día, refuerzos japoneses lanzaron un ataque por sorpresa contra el flanco derecho aliado en Taunggyi, donde el Ejército 6 chino defendía la carretera principal. La división que defendía Taunggyi, sorprendida por completo, fue arrollada. Entonces a toda prisa, los carros de combate japoneses empezaron a remontar hacia el norte el valle del Saluen, con dirección a Lashio. Por el Oeste, Stilwell condujo personalmente al contraataque una división china, pero no logró cerrar la brecha. El 29 de abril los invasores conquistaron Lashio, cortando así la carretera de Birmania. En seguida convergieron hacia el Sur, en dirección a Mandalay, amenazando con cercar a todas las fuerzas aliadas. En vista de ello, el comandante en jefe aliado, general sir Harold Alexander, ordenó que se evacuase inmediatamente Birmania.

De este modo, gracias a la victoria lograda sobre el Ejército 6 chino, los japoneses se aseguraron un completo éxito en la primera campaña de Birmania.

La irrupción japonesa en Lashio y la persecución que siguió, dividió a las fuerzas chinas en Birmania en diversos grupos. Tres divisiones, luchando cada una por su propia cuenta, lograron abrirse camino hacia el Este, y después de haber atravesado las montañas, sin dejar de combatir, llegaron a la provincia de Yun-nan, en China sudoccidental. Otras dos divisiones (la 22 y la 96) se retiraron hacia el Norte, a lo largo de la línea férrea, en dirección a Myitkyina. Como algunas divisiones avanzadas japonesas se lanzaron en su persecución desde el Lashio, se vieron forzadas a retirarse posteriormente por el valle de Mogaung, hasta llegar al valle de Hukawng, en Birmania noroccidental. Mientras tanto, habían comenzado las lluvias monzónicas, que dejaron las carreteras impracticables para los carros de combate y los camiones japoneses; gracias a las condiciones meteorológicas, los chinos consiguieron ponerse a salvo de toda ulterior persecución.

Con grandes penalidades, las Divisiones 22 y 96 lograron sobrevivir gracias a los abastecimientos lanzados en paracaídas por los aviones de transporte norteamericanos e ingleses con base en la India. Después de algunas semanas de pausa en el valle de Hukawng, reemprendieron la retirada, a pesar de que las carreteras y pistas recubiertas de fango eran virtualmente impracticables. La División 22 se retiró por una dificilísima pista que, atravesando las montañas, llevaba de Birmania a las regiones noroccidentales de la India, consiguiendo alcanzar al fin, en julio y agosto, el valle del río Brahmaputra (India septentrional). Mientras tanto, la División 96 realizó una increíble marcha hacia el Nordeste, a través de las salvajes cadenas montañosas himalayas de la región septentrional de Birmania y las abruptas pendientes meridionales del Tibet, alcanzando por último, al final del verano, Yun-nan.

Todavía más al Sur, el comandante de la División 38 china –el general Sun Li-jen, que había realizado estudios en América– descubrió que el rápido avance japonés había cortado el camino de retirada hacia el Norte, a través de Myitkyina, por el que había pensado conducir sus fuerzas. El general Sun decidió entonces dirigirse hacia el Oeste y atravesar los montes Chin (que alcanzaban una altitud de unos 2500 metros) para dirigirse hacia Imphal, en la India oriental. Rechazando a los tenaces perseguidores japoneses, la División 38 se trasladó ordenadamente hacia el Oeste, actuando como retaguardia de las tropas británicas en retirada, el general Sun y sus hombres atravesaron los montes Chin y alcanzaron Imphal el día 24 de mayo. Esta división fue la única gran unidad alia-

Soldados chinos atravesando las regiones montañosas de Birmania con un obús arrastrado por mulos, que se usará para reforzar las posiciones defensivas en aquel frente. Como consecuencia de la invasión japonesa de Birmania, en 1942, los ingleses aceptaron la contribución de las Divisiones chinas que, a las órdenes de un militar norteamericano, el general Stilwell, dieron un valioso apoyo a las fuerzas británicas de aquel sector. *(Archivo Rizzoli)*

da que abandonó Birmania estando todavía en condiciones de combatir.

1943: un año de estancamiento

Ahora que su única ruta de abastecimientos –la carretera de Birmania– estaba en poder del enemigo, los chinos se encontraron absolutamente desprovistos de los recursos necesarios para emprender, en China, cualquier acción ofensiva. Por esta razón, en 1943 el escenario de guerra chino permaneció relativamente inactivo en lo que respecta a verdaderas operaciones militares; sólo en la retaguardia japonesa se intensificó la acción de guerrillas. Los japoneses, sometidos ya a una enérgica presión en el Pacífico, se conformaban con poder permanecer en China a la defensiva.

Pero, entre tanto, el general Stilwell y un grupo cada vez mayor de oficiales y especialistas norteamericanos, iniciaron un intenso programa de instrucción del Ejército chino, preparándolo para emplear armas y equipos norteamericanos que pronto empezarían a afluir de nuevo.

No obstante, a pesar de que algunas potencias aliadas se habían alineado con ella, China tenía ante sí un futuro bastante oscuro. Para los Aliados resultaba difícil –incluso casi imposible– ayudarla de un modo directo. Con sus líneas de abastecimiento interrumpidas, China se encontraba en una situación desesperada, y su Ejército estaba poco más que inerme.

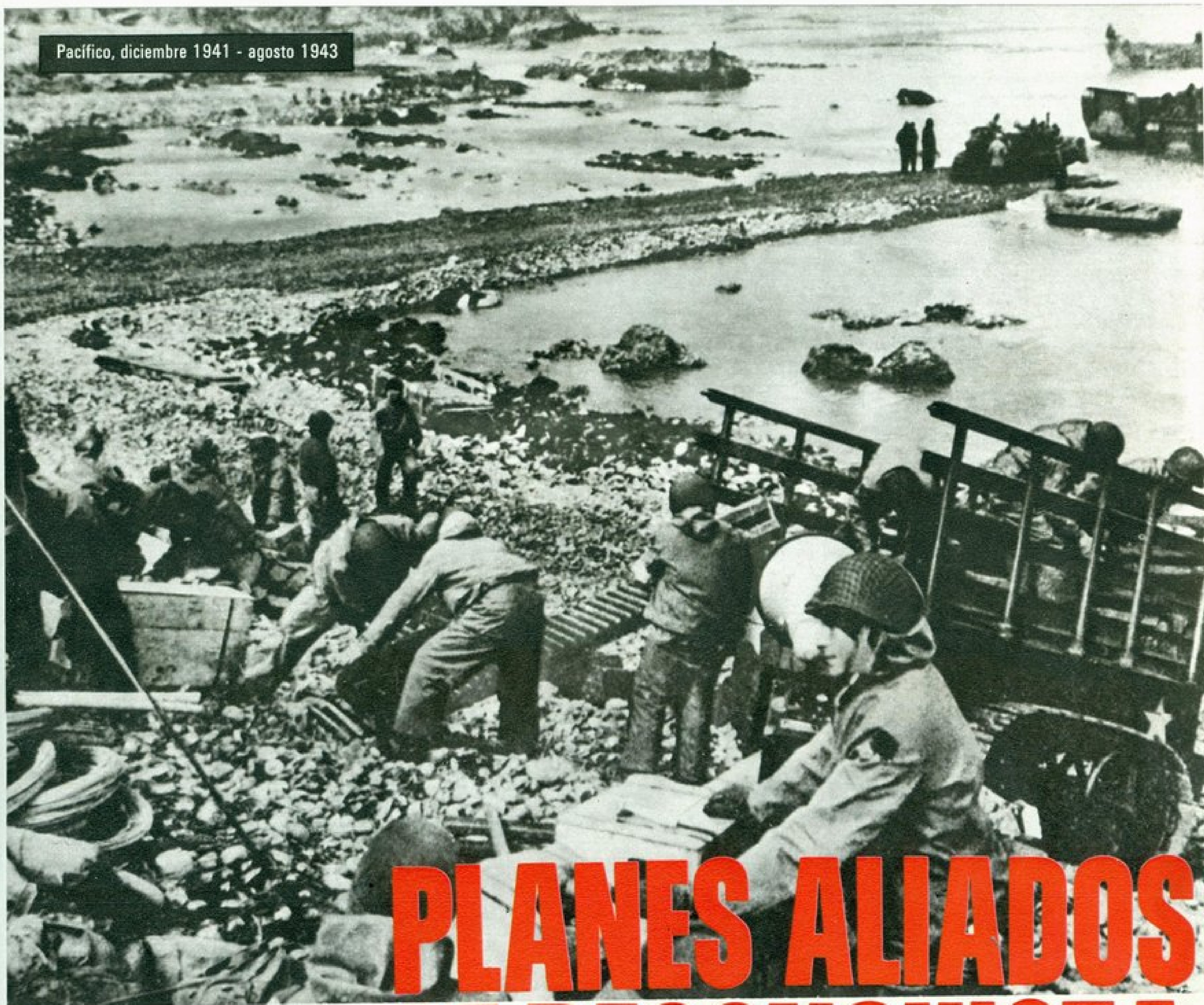
Mediante un enérgico dominio de la China ocupada y con la imposición de prontas y eficaces contramedidas, los generales japoneses lograron reducir la eficacia de las guerrillas empleadas por los chinos. En esta actividad antiguerrilla fueron ayudados indirectamente por el ejército comunista chino de Mao Tse-tung. Teóricamente, los comunistas debía haber ayudado a Chiang en su lucha contra los invasores japoneses, pero, en realidad, en China noroccidental existía una tregua no declarada en todo el frente mantenido por los comunistas chinos. Esto permitió a los nipones reducir sus fuerzas en aquella región para concentrarlas en China central y meridional, contra el ejército de Chiang. Y aquí fue donde los japoneses lograron una serie de éxitos entre 1942 y 1943. Todas estas operaciones las efectuaba el Ejército japonés a fin de instruir a unidades recién constituidas y además para apoderarse del arroz cultivado y recogido en la China no ocupada.

A finales de 1943, la situación aliada en China era, pues, más que preocupante. Los servicios de información aliados daban noticias de que los japoneses estaban concentrando fuerzas en las zonas ocupadas de China oriental y meridional, con la clara intención de lanzar una nueva gran ofensiva a comienzos de 1944. Los consejeros militares norteamericanos, muchos de los cuales estaban convencidos de que el régimen de Chiang estaba corrompido y era incompetente, albergaban serias dudas sobre la posibilidad de que el país pudiera prolongar sus esfuerzos bélicos, a menos que los Aliados lograsen proporcionarle un apoyo masivo. Y si China se derrumbaba, un millón de soldados japoneses podría ser sacado de aquel escenario bélico para combatir en Birmania y en las islas del Pacífico.



TREVOR N. DUPUY, CORONEL

Nacido en 1916, estudió en la Academia militar norteamericana. Durante los años de la guerra prestó servicio militar en Birmania, al mando de una unidad de artillería de una división inglesa. Después de la contienda prestó servicio en Europa y en Extremo Oriente, y frecuentó el *Joint Services Staff College* de Latimer, en Inglaterra. De 1952 a 1956 fue profesor de ciencia y táctica militar en Harvard, y después de haberse retirado del Ejército, en 1958, llegó a presidente y director ejecutivo de la *Historical Evaculation and Research Organisation.*



PLANES ALIADOS DE RECONQUISTA EN EL PACIFICO

Robert Coakley

Los planes aliados para recuperar el dominio del Pacífico estaban sujetos a constantes modificaciones por el hecho de que, quienes los elaboraban, no podían sospechar que los japoneses fueran combatientes tan tenaces como revelaron ser en Guadalcanal y en Nueva Guinea, lanzando sus contraataques en los momentos más inesperados. Sin embargo, en el verano de 1943, cuando Guadalcanal estuvo de nuevo sólidamente en poder de los Aliados y en Nueva Guinea los nipones se vieron obligados a pasar a la defensiva, los planes para forzar el perímetro de la defensa enemiga, desde las Aleutianas a Nueva Bretaña, se ultimaron definitivamente. Ahora, ya todo dependía de los hombres empeñados en estas acciones, de la habilidad y coraje que pusieran.

Durante la segunda Guerra Mundial, la estrategia angloamericana se basaba en el principio de la absoluta necesidad de vencer, ante todo, a Alemania. Y este principio, «primero Alemania», aceptado con ciertas reservas en 1941, se confirmó en el curso de la conferencia «Arcadia» (celebrada en Washington inmediatamente después de la agresión a Pearl Harbor, entre el presidente americano y el primer ministro inglés) y se mantuvo a partir de entonces en todas las conferencias importantes angloamericanas.

Por parte de los americanos, este concepto condicionó los planes a seguir en el Pacífico en su lucha contra el Japón, que fue una empresa esencialmente americana, si bien los *Dominion* británicos –Australia y Nueva Zelanda– también intervinieron en manera importante. Churchill y Roosevelt acordaron, en marzo de 1942, que los Estados Unidos asumirían la responsabilidad estratégica de la guerra en el Pacífico, en tanto que Gran Bretaña debería asumir la del sector Oriente Medio-Océano Indico. En Europa y en el Atlántico, la responsabilidad se dividiría equitativamente entre los dos países.

Gracias a este acuerdo, el presidente y los jefes del Estado Mayor americano tuvieron amplia libertad de acción para trazar el curso de las operaciones en el Pacífico.

Los ingleses entendían, al principio, que en todo lo relacionado con la guerra contra el Japón, los Aliados deberían mantenerse a la defensiva, empleando únicamente un mínimo de fuerzas, las indispensables para conservar las posiciones más esenciales en tanto no se ganase la guerra en Europa. Los americanos –como era inevitable, puesto que sus intereses y su orgullo nacional estaban más directamente implicados en Extremo Oriente– dieron una interpretación más amplia a esta fórmula, que permitía seguir una estratégica ofensiva tanto en el sector del Pacífico como en Europa.

Cuando los japoneses desencadenaron su ataque contra Pearl Harbor, no existía todavía un plan preciso que previese la acción a seguir en un caso semejante. Desde principios de siglo, los Estados Mayores americanos venían luchando por encontrar la solución a otro problema: el de hacer frente, del mejor modo posible, a un eventual ataque japonés a las Filipinas. En el curso de los años veinte y treinta se elaboraron una serie de planes, designados con el nombre convencional de «Orange», que consideraban la eventualidad de un avance de la *Pacific Fleet* a través de las islas del Pacífico central, que se hallaban bajo dominio japonés, para liberar una guarnición militar asediada en las Filipinas y establecer la supremacía de los Estados Unidos en el Pacífico occidental.

Los planes «Orange» representaban un ejemplo clásico del concepto que tenía la Marina americana de cómo debía desarrollarse una guerra contra el Japón; pero, en diciembre de 1941, su puesta en práctica se vio alterada por los compromisos contraídos en apoyo del principio «primero Alemania». En 1941, los responsables de los planes militares americanos se hallaban indecisos entre la defensa del triángulo Hawai-Alaska-Panamá y el intento de conservar las Filipinas. En realidad, esperaban apartar a los japoneses de sus intenciones agresivas, estableciendo posiciones defensivas muy fuertes. Y en este sentido, en otoño de ese mismo año, realizaron un último y decidido esfuerzo para consolidar las defensas establecidas en Filipinas enviando al archipiélago las famosas «fortalezas volantes» *B-17*, que, a su juicio, podrían sustituir a una flota poderosa en la defensa de aquellas aguas.

El ataque a Pearl Harbor destruyó, de momento, el instrumento más fuerte y eficaz de que disponía la potencia militar americana en el Pacífico –la Flota– y, por otra parte, la mayoría de los valiosos *B-17* fue totalmente destruida en tierra, en el aeródromo Clark de las Filipinas. En pocas semanas, todas las posiciones defensivas avanzadas



El general MacArthur, nombrado, en marzo de 1942, comandante en jefe de las fuerzas aliadas para el sector del Pacífico sudoccidental. En el mes de julio siguiente se le confió la misión de eliminar la amenaza que constituía la presencia de los japoneses en el sector que estaba bajo su jurisdicción, apoderándose con este fin de las posiciones enemigas en Nueva Guinea y en Rabaul.
(Central Press)



El almirante William E. Halsey, comandante del sector del Pacífico meridional: a principios de 1943, después de los fracasos de las ofensivas americanas, Halsey, junto con MacArthur, elaboró el plan "Elkton" para lanzar una operación convergente sobre Rabaul, que sería llevada a cabo por fuerzas pertenecientes a los respectivos sectores.
(US Navy)

de los planes precedentes –Wake, Guam, Manila, Hong-Kong, Malasia, Singapur, Birmania y las Indias holandesas– fueron cayendo una tras otra. Es cierto que la heroica defensa de Batán y de Corregidor contribuyó a destruir el mito de la invencibilidad nipona, pero no alteró, prácticamente, los planes de conquista japoneses.

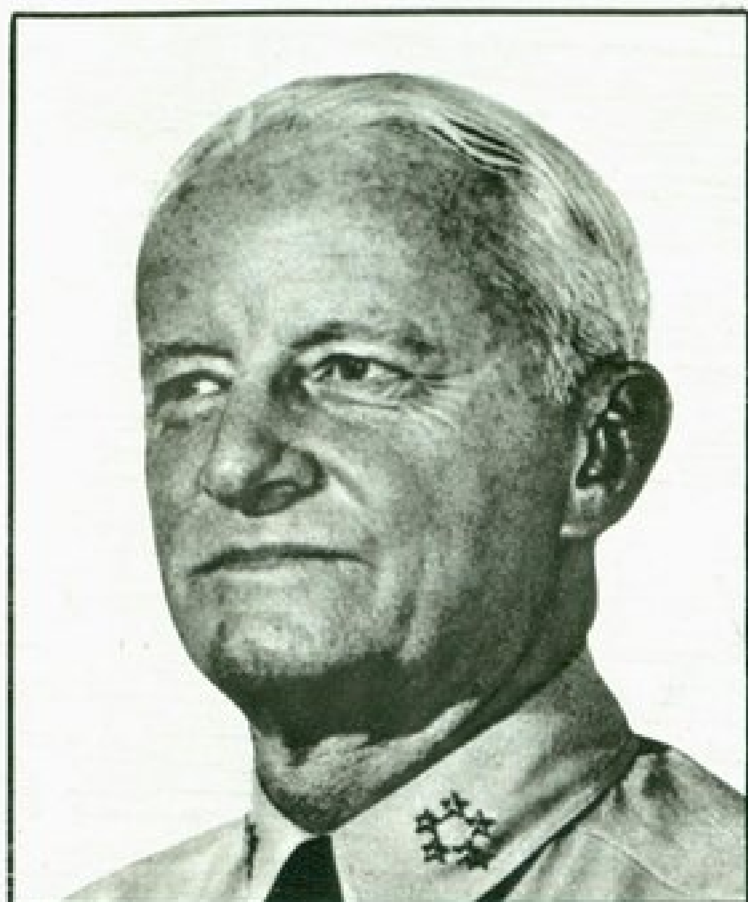
Cuando se hizo evidente que la principal dirección de la ofensiva nipona iba hacia el Sur, y no contra Panamá, las islas Hawai o la costa occidental de los Estados Unidos, el Estado Mayor norteamericano decidió enviar refuerzos al general MacArthur, en las Filipinas. Puesto que a la sazón la Marina no podía permitirse el lujo de arriesgar lo poco que le quedaba protegiendo el paso de los convoyes en el Pacífico central, el Alto Mando decidió crear una base en Australia, para poder enviar desde ella ayuda a las Filipinas. La primera medida que se tomó para conseguir este objetivo fue asegurar las comunicaciones entre las Hawai y Australia, guarneciendo las islas situadas a lo largo de la ruta meridional, entre las que figuraban Bora-Bora, Funafuti, Tongatapu, Efate, las Fidji, Samoa, Nueva Caledonia y Espíritu Santo.

Sin embargo, no era posible lanzar una operación desde Australia para apoyar las Filipinas, como tampoco era posible lanzarla desde las Hawai, pues los japoneses seguían conservando la supremacía aérea y naval. Las bases establecidas en Australia, en Nueva Zelanda y en las islas del Pacífico meridional, pasaron a ser entonces la nueva y más reducida línea defensiva en el sector oceánico, así como el trampolín de lanzamiento desde donde podrían desencadenarse las futuras ofensivas.

La creación de esta línea absorbió los escasos recursos –sobre todo de buques mercantes– que los Estados Unidos tenían asignados a las líneas de abastecimientos a través del Atlántico. Durante los seis meses que siguieron a la agresión a Pearl Harbor, el flujo de abastecimientos americanos por el Pacífico fue casi el doble de los asignados a Europa. En un principio, la falta del cumplimiento del principio «primero Alemania», fue aceptado por todos como una medida temporal necesaria; mas, cuando esta tendencia pareció tomar carácter fijo, surgieron profundos desacuerdos en el seno de los consejeros de guerra americanos. La Marina, cuyo portavoz era el almirante Ernest J. King, insistía en la necesidad de que se pusiera a su disposición un número cada vez mayor de tropas para guarnecer la cadena de bases insulares, así como cierto número de bombarderos del Ejército para proveer a la cobertura aérea; por su parte, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general George C. Marshall, era partidario de conservar simplemente las posiciones.

En abril, los ingleses se adhirieron al plan propugnado por el Ejército respecto a un próximo ataque a la Europa ocupada por los alemanes, ataque que se lanzaría a través del canal de la Mancha. Mientras esta invasión tuviera buenas probabilidades de éxito, Marshall y el Estado Mayor del Ejército afirmaron que sería preciso correr algún riesgo en el Pacífico, a fin de poder concentrar el mayor número posible de tropas en las Islas Británicas. El almirante King, aunque defendía, como Marshall el principio «primero Alemania», continuó insistiendo, no obstante, en que debían tener prioridad sus peticiones para el sector del Pacífico, asegurando que si no se afrontaba inmediatamente la situación, podría ocurrir una catástrofe. Por su parte, el general MacArthur, que entonces ya había abandonado las Filipinas para asumir el mando de las fuerzas aliadas en Australia, se unió también a los que insistían en la prioridad de las operaciones en el Pacífico. Y a consecuencia de la presión ejercida por King y por MacArthur y de las insistentes peticiones de Australia y de Nueva Zelanda, el despliegue de fuerzas de los Estados Unidos en el Pacífico fue, durante todo el primer semestre de 1942, muy elevado.

Mientras tanto, el 30 de marzo de 1942, después de las inevitables negociaciones internacionales, los americanos anunciaron la nueva organización de los mandos en el Pacífico. Los dos mandos principales serían los del sector del Pacífico sudoccidental, que comprenderían Australia, las Filipinas, las islas Salomón, el archipiélago de Bismarck y todas las Indias holandesas, excepto Sumatra, y el de los sectores que comprendían toda la inmensa extensión del resto del océano Pacífico. El general MacArthur fue nombrado co-



El almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe de los sectores del océano Pacífico; debía haber compartido con MacArthur la misión de defender el Pacífico, pero como consecuencia de algunas reivindicaciones de la Marina, le fueron confiadas misiones mucho más amplias, entre otras, el mando de la *Pacific Fleet* y de todas las operaciones anfibias en aquel sector operativo.
(Imperial War Museum)



El almirante Ernest J. King, jefe de las operaciones navales americanas, que siempre defendió la necesidad de concentrar el mayor número posible de fuerzas americanas en la defensa del Pacífico.
(Paul Popper)

mandante en jefe de las fuerzas aliadas para el sector del Pacífico sudoccidental *(Commander-in-Chief South-West Pacific Area, CINCSWPA)*, y el almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe de los sectores del océano Pacífico *(Comander-in-Chief Pacific Ocean Areas, CINCPOA)*. Ambos extendían su jurisdicción de mando sobre todas las fuerzas de Tierra, Mar y Aire destinadas a sus respectivos sectores.

Esta estructura del mando revelaba el desacuerdo existente entre la Marina y el Ejército de una manera aún más evidente de cuanto habían dejado entrever las decisiones tomadas respecto del despliegue de fuerzas en el Pacífico; las disposiciones adoptadas fueron el resultado de un compromiso sustancial al que llegaron Marshall y King a fin de conservar la armonía. No hay duda de que tanto el Ejército como la Marina reconocían que nada era tan importante como conseguir la unidad de mando en el Pacífico, sobre todo, después del desastre de Pearl Harbor; pero ninguna de las dos instituciones consentía en someter incondicionalmente sus propias fuerzas al control de la otra. El prestigio del general MacArthur y la confianza de que gozaba entre australianos y neozelandeses, eran dos factores que hacían absolutamente imprescindible la creación de un mando en el Pacífico sudoccidental. Mas la Marina estaban convencida, desde un principio, de que el mando supremo de todo el despliegue en el Pacífico debía corresponderle a ella, así como consideraba obvio que el mando en el teatro de operaciones europeo debía corresponder al Ejército; por ello, sus jefes no estaban dispuestos a confiar a MacArthur sus inapreciables portaaviones y buques de guerra para que fuesen utilizados en las traidoras aguas del norte de Australia. No tenían la menor intención de compartir el mando de la *Pacific Fleet*, y por ello King insistió en que todas las operaciones anfibias, incluidas las que se desarrollaron en el sector sudoccidental, se confiaran a Nimitz.

No obstante, la Marina cedió en el punto principal, pero asegurándose importantes concesiones. MacArthur vio así como se le negaba en el Pacífico sudoccidental –que constituía un verdadero mando aliado– el mando directo de cualquier fuerza conjunta. En el POA, que era en cambio un mando esencialmente americano, Nimitz tuvo la facultad de desempeñar el doble papel de comandante en jefe de la *Pacific Fleet* (CINCPAC) y de los sectores del océano Pacífico. En su calidad de jefe del CINCPAC, ejercía el control logístico sobre todos los buques de transporte presentes en el Pacífico, a excepción de los pocos que se hallaban asignados permanentemente a la 7.ª Flota americana en el sector del Pacífico sudoccidental. Más tarde, el área de mando de Nimitz fue repartida en tres zonas: Pacífico septentrional, central y meridional. En los dos primeros ejercía el mando directo, mientras que en el meridional lo ejercía por medio de un comandante de sector a sus órdenes, quien, en los primeros tiempos, fue el almirante Robert L. Ghormley, sustituido poco tiempo después por el almirante William E. Halsey.

También las directivas impartidas a Nimitz y a MacArthur eran distintas. A MacArthur se le confió la misión, eminentemente defensiva, de conservar la posesión de Australia y de las bases adyacentes, en tanto que Nimitz recibió la orden de «preparar la ejecución de grandes ofensivas anfibias dirigidas contra las posiciones en manos de los japoneses, teniendo en cuenta que las primeras operaciones debían lanzarse desde el sector del Pacífico meridional y del Pacífico sudoccidental». En la directiva se sobreentendía claramente que todas las operaciones anfibias en el Pacífico serían competencia del mando naval y, por ciertos indicios, se comprendía también que las operaciones que se emprendieran a continuación tendrían como escenario el Pacífico central, a lo largo de la dirección establecida en el plan «Orange», anterior a la guerra.

De todos modos, la estructura del mando no preveía la creación de una autoridad única, antepuesta a ambos sectores del Pacífico y dotada de los poderes necesarios para resolver directamente las distintas peticiones de los dos comandantes; esta delicada misión estaba confiada al Mando Supremo unificado y, en cierto modo, constituyó el origen de todas las futuras divergencias que surgirían en Washington en relación con el mando o con la estrategia a seguir.

La verdadera decisión en la forma de conducir la guerra en el Pacífico la determinó la batalla de Midway (3 de junio de 1942). La victoria americana demostró, con indiscutible claridad, que en toda guerra naval el factor decisivo no serían los acorazados sino los portaaviones y las fuerzas aéreas con base en tierra. La pérdida de dos portaaviones y de muchos aparatos obligó a los japoneses a abandonar sus planes relativos a Midway. En esta fase, los americanos tuvieron la oportunidad de poner en práctica ofensivas de alcance limitado contra las defensas periféricas del imperio japonés recién conquistado.

En junio de 1942, la bandera del Sol Naciente ondeaba desde los confines de la India hasta las islas del Pacífico central. El Japón había establecido en este inmenso océano una serie de bases defensivas que se extendían desde las Aleutianas, en el extremo Norte, hasta Nueva Bretaña, al Sur, a través de las Marianas y las Palau, con puestos avanzados en las Gilbert, las Salomón y Nueva Guinea. Para reforzar ulteriormente su ya fuerte posición de Truk, en las Carolinas (que estaban en su poder desde antes de la guerra), los japoneses habían empezado a crear, desde principios de 1942, una red de bases en torno a Rabaul, con excelentes aeródromos en las cercanías. Desde Rabaul avanzaron hacia las Salomón y Nueva Guinea, estableciendo bases de hidroaviones en Tulagi, y asimismo empezaron a construir un aeródromo en Guadalcanal.

El plan de campaña en las islas Salomón

Era obvio que después de la batalla de Midway, los americanos lanzarían su primera ofensiva limitada contra esta amenaza japonesa en la zona meridional con el fin de eliminarla. El 8 de junio, el general MacArthur propuso desencadenar una audaz ofensiva contra el sector Nueva Bretaña-Nueva Irlanda, y pidió el apoyo de los portaaviones pertenecientes a la *Pacific Fleet*. La Marina, reacia al riesgo de perder sus buques en los estrechos en torno a Rabaul, propuso, a su vez, una acción más prudente: desencadenar los primeros ataques contra Tulagi y que la ofensiva contra Rabaul consistiera en una acción convergente que partiera de las Salomón y del norte de Australia. En el curso de las conversaciones que siguieron en el Estado Mayor, respecto a esta proposición, fue más fácil llegar a un acuerdo sobre el ataque convergente que sobre el reparto de las responsabilidades del mando, ya que la Marina insistía, una vez más, en que la dirección general de las operaciones correspondía a Nimitz.

La decisión definitiva, expresada en la directiva emanada oficialmente por los comandantes en jefe el 2 de julio de 1942, fue el resultado de un nuevo compromiso: preveía la organización de una ofensiva inmediata contra los japoneses, cuyo objetivo final debía ser el sector Nueva Bretaña-Nueva Irlanda-Nueva Guinea, y subrayaba tres bases u objetivos principales:

- *Objetivo número 1:* conquista de las islas de Santa Cruz, de Tulagi y de las «posiciones adyacentes».
- *Objetivo número 2:* ocupación del resto de las islas Salomón y de la costa noroccidental de Nueva Guinea.
- *Objetivo número 3:* ocupación definitiva de Rabaul y de la zona que le rodea.

La acción prevista en el objetivo número 1 sería conducida por el comandante naval que designara el almirante Nimitz, en virtud de su autoridad sobre el sector del Pacífico meridional; MacArthur proporcionaría el apoyo aéreo y naval. En las últimas fases de esta acción, MacArthur asumiría el mando para el logro de los objetivos número 2 y número 3, mientras las fuerzas del Pacífico meridional se limitarían a una misión de apoyo.

Como objetivo principal de la acción número 1, se eligió Guadalcanal en lugar de Tulagi y el de-

sembarco de las fuerzas destinadas al ataque se efectuó, como ya se ha dicho en otro lugar, el 7 de agosto. Entre tanto, en el Pacífico sudoccidental, los japoneses habían conquistado Buna, en la costa de Nueva Guinea, frente a la importante base australiana de Port Moresby, contra la cual enviaron un cuerpo expedicionario a través de los montes Owen Stanley. Cuando se tomó la decisión de oponerse a la amenaza contra Port Moresby, MacArthur se encontró casi en seguida comprometido en la difícil campaña de Buna, en Papua, acción necesaria antes de los ulteriores avances a lo largo de la costa septentrional de Nueva Guinea, incluidos en el plan del objetivo número 2.

Las ofensivas en Nueva Guinea y en las Salomón se iniciaron sin que en Washington se hubiera valorado debidamente la entidad de las fuerzas precisas para vencer la resistencia japonesa. MacArthur y Ghormley presentaron una demanda conjunta a Washington, solicitando que las fuerzas necesarias para la conquista de Rabaul se concentraran antes de iniciar la misión número 1, pero la proposición fue rechazada. Luego se vio que los temores de los comandantes estaban totalmente justificados. Los japoneses, que operaban a lo largo de las rutas internas que partían de Rabaul y de Truk, podían hacer llegar fácilmente nuevas tropas al sector de la lucha, y así, durante cuatro meses, disputaron tenazmente a los americanos el dominio de las aguas y del aire en torno a Guadalcanal.

Desde agosto a noviembre, el éxito de los combates fue bastante dudoso y las autoridades de Washington hubieron de enfrentarse, casi a diario, con el problema de tener que considerar las peticiones de refuerzos para el Pacífico y, las necesidades que imponía la guerra contra Alemania.

Una vez más, el almirante King se expresó con decisión favor de los comandantes del Pacífico, y a Marshall le resultó difícil negarse a la petición de refuerzos por parte del Ejército en una crisis que tenía carácter de máxima urgencia.

La decisión tomada en julio, por el presidente de los Estados Unidos y por el primer ministro británico de invadir África del Norte en menoscabo de la preparación de un ataque a través del canal de la Mancha, indujo a Marshall a ceder en el asunto del Pacífico. El sector meridional obtuvo la aceptación de casi todas sus peticiones relativas a las verdaderas necesidades, o sea, mayor número de aviones del Ejército y dos divisiones más. A fines de 1942, el Ejército tenía en el Pacífico 150.000 hombres más de los que había previsto en abril, y en lugar de concentrar los aviones en Gran Bretaña para una ofensiva combinada de bombarderos, envió más de la mitad de sus fuerzas aéreas al teatro de operaciones del Pacífico.

Era cuanto se necesitaba, en cierta medida, para inclinar la balanza a favor de los americanos; no obstante, los Estados Mayores de Washington sólo empezaron a tomar en consideración los futuros movimientos ofensivos, con un cierto margen de seguridad, a partir de primeros de diciembre. Sin embargo, en los días de la conferencia de Casablanca, los jefes de los Estados Mayores conjuntos ya estaban en condiciones de presentar un plan para el año que se iniciaba, que demostraba a los ingleses la necesidad de emplear mayor número de recursos en la guerra contra el Japón.

Este plan preveía que, durante el año 1943, la acción en el Pacífico se desarrollara a lo largo de tres direcciones: cumplimiento de los objetivos número 2 y número 3, con la conquista de Rabaul; una ofensiva de objetivo limitado en el Pacífico septentrional, para arrojar a los japoneses de las Aleutianas, y una ofensiva en el Pacífico central, hacia la línea Truk-Guam. Las operaciones en el Pacífico se desarrollarían paralelamente a otra ofensiva –sostenida, sobre todo, por británicos y chinos– que pretendía la reconquista de Birmania y la libre circulación por la carretera a través de la cual harían llegar los abastecimientos a China.

Los planes americanos alarman a los ingleses

Este ambicioso programa alarmó a los ingleses, que siempre sostenían la idea de no emprender operaciones que pudieran poner en peligro la consecución de una rápida victoria sobre Alemania. King y Marshall, unidos en una solidaridad oficial que ocultaba su desacuerdo privado, opusieron los objetivos británicos en el Mediterráneo a los americanos en el Pacífico, y lograron imponer su propio plan apenas modificado: la ofensiva en el Pacífico central quedaría subordinada a las exigencias de la campaña de Birmania y sólo se podría disponer de las fuerzas después de conquistar Rabaul.

A su regreso a los Estados Unidos, los jefes de los mandos conjuntos americanos tuvieron que elaborar, con sus comandantes de sector, los objetivos específicos, y determinar las fuerzas que serían necesarias para poner en marcha las operaciones y la articulación de los mandos. En mayo, en el sector del Pacífico septentrional se organizó una expedición contra Attu, en las Aleutianas, y la isla fue conquistada después de tres semanas de cruenta lucha, y en agosto se ultimaron los planes para la ocupación de Kiska. Mas, por lo que respecta a las otras campañas en el Pacífico, estratégicamente más importantes, los comandantes en jefe no tardaron en darse cuenta de que sus previsiones habían sido en extremo optimistas, al prever que los objetivos número 2 y 3 se alcanzarían en pocos meses, con la utilización de las fuerzas ya presentes en el Pacífico o destinadas al mismo.

Este optimismo se desvaneció el 12 de febrero, cuando el general MacArthur presentó el plan «Elkton», elaborado en estrecha colaboración con el almirante Halsey, para una acción convergente sobre Rabaul. El plan se resentía de las amargas experiencias de Guadalcanal y de Papua, y presuponía que se tomara anticipadamente el compromiso de emplear las fuerzas necesarias para asegurar el éxito y que las operaciones se dividieran exactamente en una serie de fases distintas, en las que cada una asegurase el dominio de una posición estratégica, con una adecuada cobertura aérea que garantizara ulteriores avances. Las fases previstas eran cinco:

- *primera fase:* las fuerzas de MarcArthur se apoderarían de Lae, Finschhafen y Madang, a fin de asegurarse el control sobre el golfo de Huon y en el estrecho de Vitiaz;
- *segunda fase:* las fuerzas del Pacífico meridional conquistarían Nueva Georgia, en el archipiélago de las Salomón;
- *tercera fase:* Halsey llevaría a cabo un avance sobre Bougainville, y MacArthur invadiría simultáneamente Nueva Bretaña;
- *cuarta fase:* las fuerzas del Pacífico meridional procederían a la conquista de Kavieng, en Nueva Irlanda;
- *quinta fase:* fuerzas pertenecientes a los dos mandos del Pacífico convergerían sobre Rabaul.

MacArthur no había prefijado un calendario preciso, pero establecía, por anticipado, la suma de las fuerzas terrestres y aéreas que serían necesarias: casi 23 divisiones de infantería y 45 aéreas; esto es, siete divisiones terrestres y 30 aéreas más con relación a las que ya estaban presentes en el sector.

A fin de resolver el problema de la concentración de las fuerzas solicitadas y de conseguir los objetivos previstos, los delegados de los mandos del Pacífico fueron llamados a Washington, a mediados de marzo, para entrevistarse con los Estados Mayores del Ejército y de la Marina. A costa de reducir al mínimo las fuerzas de otros sectores, los comandantes en jefe conjuntos lograron disponer de algunas fuerzas más aunque no de todas las necesarias para satisfacer aquella necesidad inminente. Los delegados de los mandos de los distintos sectores, a quienes se preguntó qué objetivos podrían alcanzar con los medios prometidos, estuvieron de acuerdo en responder que tendrían que limitarse a cumplir, dentro del año 1943, únicamente la segunda fase, o sea el avance hasta el extremo meridional de Bougainville en el Pacífico meridional, y hasta el cabo Gloucester, en Nueva Bretaña occidental, incluida en el sector del Pacífico sudoccidental.

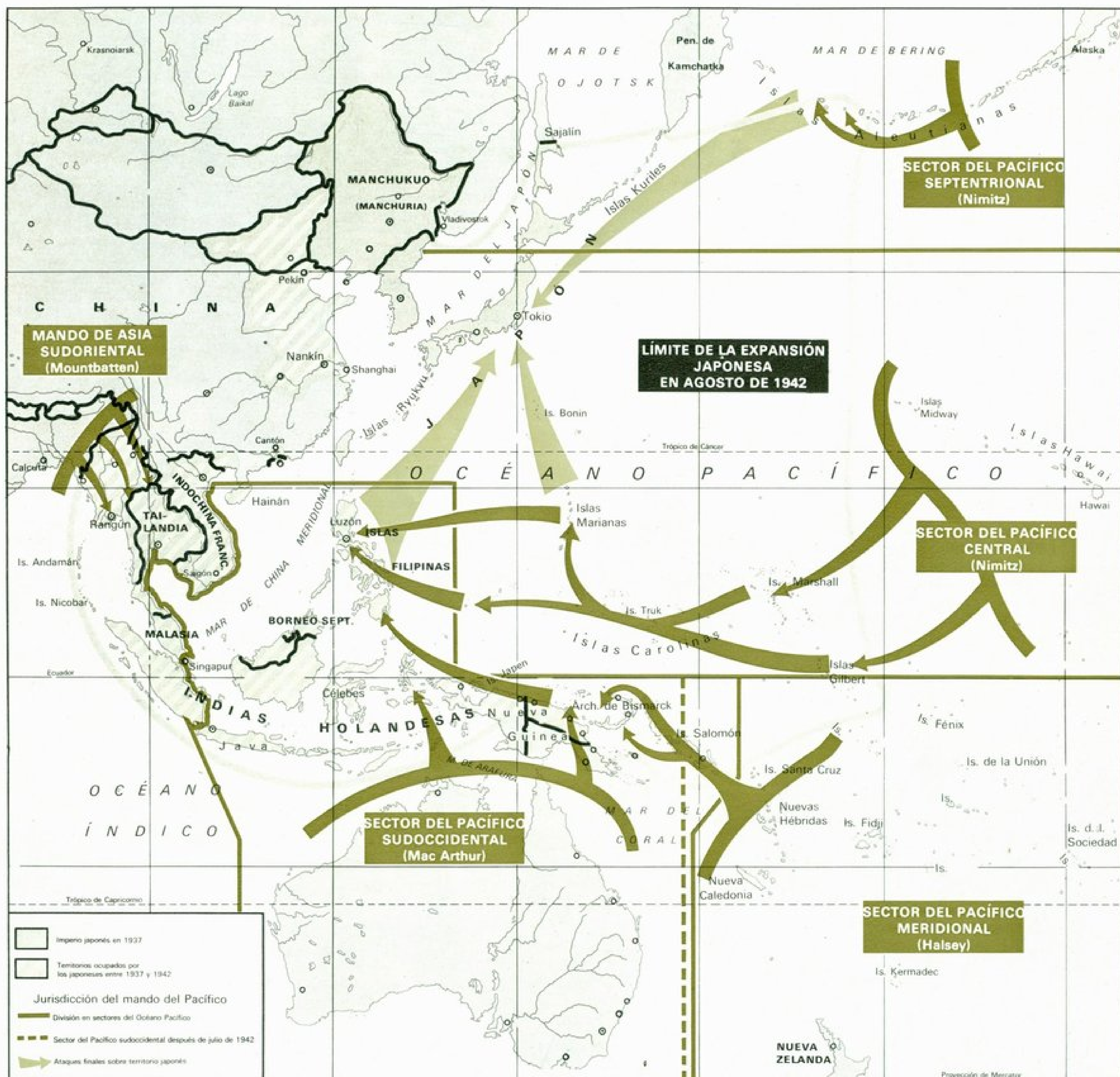
El programa, fijado en la directiva emanada conjuntamente por los jefes de Estado Mayor y dirigida a MacArthur y a Halsey el 28 de marzo, se convirtió en la orden del día para las operaciones que tendrían como escenario, en 1943, todo el Pacífico sudoccidental. La espinosa cuestión del mando, que se estaba debatiendo desde diciembre de 1942, se resolvió confiando a MacArthur la dirección estratégica de «Cartwheel» –nombre convencionalmente adoptado de la operación– y asignando al mismo tiempo el mando efectivo de la operación en el archipiélago de las Salomón al almirante Halsey, quien debería dirigirse a Nimitz para obtener los medios navales necesarios.

Durante el mes de abril, MacArthur y Halsey establecieron el calendario detallado de las operaciones, que eran trece en total; el ataque se inició a fines de junio, con la invasión de las islas Kiriwina y Woodlark, en la bahía de Nassau y de Nueva Georgia. Luego, según establecía el plan original «Elkton», MacArthur debería dirigirse contra Lae, Salamaua, Finschhafen y Madang, y, por último, contra cabo Gloucester, en Nueva Bretaña, en tanto que Halsey entraría a su vez en

Isla de Attu, en las Aleutianas. Arriba: desembarco de la División 7 estadounidense el 11 de mayo de 1943, durante el curso de las acciones ofensivas para la reconquista de la isla. Debajo: un puesto de socorro americano. *(Imperial War Museum)*







LAS DIRECCIONES DEL AVANCE ALIADO EN EL PACÍFICO. En 1942, el Imperio japonés, que se extendía desde los confines de la India hasta las islas del Pacífico central, había alcanzado su máxima expansión, y desde sus sólidas posiciones establecidas en Nueva Guinea y en Guadalcanal amenazaba las rutas del Pacífico meridional. Con el desembarco efectuado en Guadalcanal el 7 de agosto de 1942, los americanos iniciaron una larga serie de acciones ofensivas; mas, debido a que estas acciones se llevaron a cabo sin haber efectuado antes una valoración real de las fuerzas necesarias para arrollar la resistencia japonesa, resultaron mucho más largas y dificultosas de lo que se había previsto.

acción para asegurarse el dominio de las otras islas Salomón. Según este proyecto, las operaciones combinadas concluirían en enero de 1944, de modo que la conquista final de Rabaul también podría producirse en un período no precisado de ese mismo año. Por último, MacArthur empezó a proyectar los sucesivos movimientos para la reconquista de las Filipinas con un avance a lo largo de las costas de Nueva Guinea, inicialmente hasta Vogelkop, luego sobre Halmahera o las Célebes, y, al fin, sobre Mindanao, en cumplimiento de su famosa y solemne promesa de que volvería a aquellas islas.

Mientras tanto, en Washington, el almirante King estaba decidido a desarrollar una ofensiva en el plan «Orange», aun sabiendo que no podría contar con todas las fuerzas necesarias hasta después de concluida la operación «Cartwheel». Apoyaba su decisión considerando que la *Pacific Fleet* se estaba reforzando y que sus mayores unidades, sobre todo los portaaviones, no podían ser empleados con utilidad ni en el Atlántico ni en el Pacífico sudoccidental. El proyecto de King halló en seguida la autorizada adhesión del *Joint Strategic Survey Command* (Mando Inspector Estratégico Conjunto), integrado por antiguos políticos procedentes de los cuadros de las Fuerzas Armadas que, desde agosto de 1942, se ocupaban de un plan a largo plazo para la derrota definitiva del Japón. Esta comisión, en el informe presentado en abril de 1943, opinaba que para obtener la rendición incondicional del Japón los Aliados debían asegurarse, ante todo, un sólido punto de apoyo en China, a fin de poder contar con el potencial humano de este inmenso país y disponer de las bases aéreas necesarias para bombardear desde ellas las islas japonesas. La comisión proponía el avance sobre las costas chinas siguiendo distintas rutas: los ingleses y los chinos deberían llegar a orillas del mar de la China meridional desde la India; los americanos avanzarían a través del Pacífico. Después de examinar las dos rutas a través de las cuales los americanos podrían entrar en el mar de la China meridional –una a lo largo de la línea que va desde las Salomón a Nueva Guinea, a través del archipiélago de Bismarck; la otra a través del Pacífico central– los miembros de la comisión eligieron esta última.

puesto que el esfuerzo principal, así como uno secundario, se concentrarían en el sector de MacArthur.

El hundimiento de la línea defensiva exterior japonesa

Los comandantes en jefe no aprobaron incondicionalmente la propuesta que concedía prioridad a la ofensiva a lo largo de la dirección del Pacífico central, pero sí aceptaron la idea expuesta por la comisión de un avance en dos direcciones, base sobre la cual desarrollarían sus planes de operaciones en detalle. En el transcurso de la conferencia «Trident», celebrada en Washington en mayo de 1943, presentaron un plan general, que se debía discutir con los ingleses, y un esquema de articulación de las operaciones en el Pacífico durante los años 1943-44 y en el cual se trazaron a grandes rasgos los primeros pasos a tomar para llevarlo a término. Los planes a largo plazo se comunicaron a los Estados Mayores combinados, a fin de que los examinaran detalladamente, y las operaciones específicas propuestas fueron aceptadas sin modificación. En definitiva, se confirmaban las mismas líneas de acción propuestas en Casablanca (expulsión de los japoneses de las Aleutianas, conquista de las islas Marshall, de las Carolinas, de las Salomón, del archipiélago de Bismarck y de la parte de Nueva Guinea ocupada por los japoneses), añadiéndose «una intensificación de las acciones de hostigamiento contra las vías de comunicación del enemigo». El programa, aunque más modesto en ciertos aspectos que el aceptado en Casablanca, tenía la ventaja de apoyarse sobre bases bastante más consistentes. Lo único que quedaba por desarrollar en detalle era la ofensiva en el Pacífico central.

«El valle de la muerte», en la isla de Attu, donde se desarrollaron los últimos y encarnizados combates entre americanos y japoneses. Las fuerzas niponas, cercadas, se negaron a rendirse, y se lanzaron contra las líneas adversarias en un ataque suicida. La reconquista de Kiska, por el contrario, se efectuó sin derramamiento de sangre, porque los japoneses prefirieron evacuar la guarnición antes de que llegaran las fuerzas estadounidenses. *(Foto G M)*



El almirante King puso manos a la obra para elaborarla inmediatamente una vez finalizada la conferencia «Trident». Los oficiales adscritos a la planificación prepararon, de acuerdo con sus sugerencias, el plan para la conquista de las islas Marshall, que debía efectuarse en noviembre de 1943, eligiendo por objetivos Kwajalein, Wotje y Maloelap. Al calcular el empleo de hombres y de medios, juzgaron que para el ataque a los atolones se necesitarían tropas anfibias muy expertas, por lo cual propusieron la retirada de la 2.ª División de *marines* del sector del Pacífico meridional y la de la 1.ª División de *marines* del Pacífico sudoriental, junto con los indispensables medios de transporte anfibios, y algunas divisiones de bombarderos así como de cierto número de unidades navales.

Naturalmente, la operación «Cartwheel» resultaría muy costosa y las propuestas incluyeron la cuestión de la prioridad que debía asignarse a las dos direcciones de avance. MacArthur sostenía que el avance desde el sector sudoccidental hacia las Filipinas, apoyado por las formaciones aéreas de las bases terrestres, constituía un primer paso mucho menos arriesgado que los ataques anfibios a las islas, desarrollado con el único apoyo de los portaaviones, y como prueba de ello citaba el fracaso de la acción japonesa contra Midway. Aseguraba además que el proyecto «Orange» estaba ya superado después de la ocupación japonesa de las Indias holandesas y de Malasia y de la creación de una base aliada en Australia.

Los comandantes en jefe no estaban todavía en situación de resolver la cuestión de la prioridad y por ello buscaron la solución que representara menor coste. Hacia fines de julio llegaron a un acuerdo, aprobando una primera tentativa que permitía emplear menos hombres y menos medios y que se iniciaría el primero de diciembre de 1943, seguida, uno o dos meses más tarde, de un ataque a las Marshall. La 2.ª División de *marines* se retiraría del sector del Pacífico meridional, y en su lugar se pondría la División 27 del Ejército que se encontraba en las Hawai.

Al tomar esta decisión, los comandantes en jefe aconsejaron aislar Rabaul o bien rebasarla, sin empeñarse en una acción directa, de manera que una parte de las fuerzas de ataque quedaran libres y disponibles para su empleo en otros sectores. Las fuerzas pertenecientes al despliegue del Pacífico meridional llevarían a cabo la Operación «Cartwheel», ocupando Kavieng, mientras MacArthur modificaría su propia dirección, teniendo como objetivo las islas Wewak y Manus, con el propósito de dejar fuera Rabaul y haciendo innecesaria su conquista. Aun cuando MacArthur no aceptase inmediatamente tal modificación, Washington la consideró, a partir de junio, una pieza de sus planes relativos al Pacífico.

Las decisiones referentes a las operaciones en el océano, en ambas direcciones, se consolidaron y desarrollaron después en una distribución que se presentó a los ingleses, en Quebec, durante la conferencia «Quadrant» (agosto de 1943).

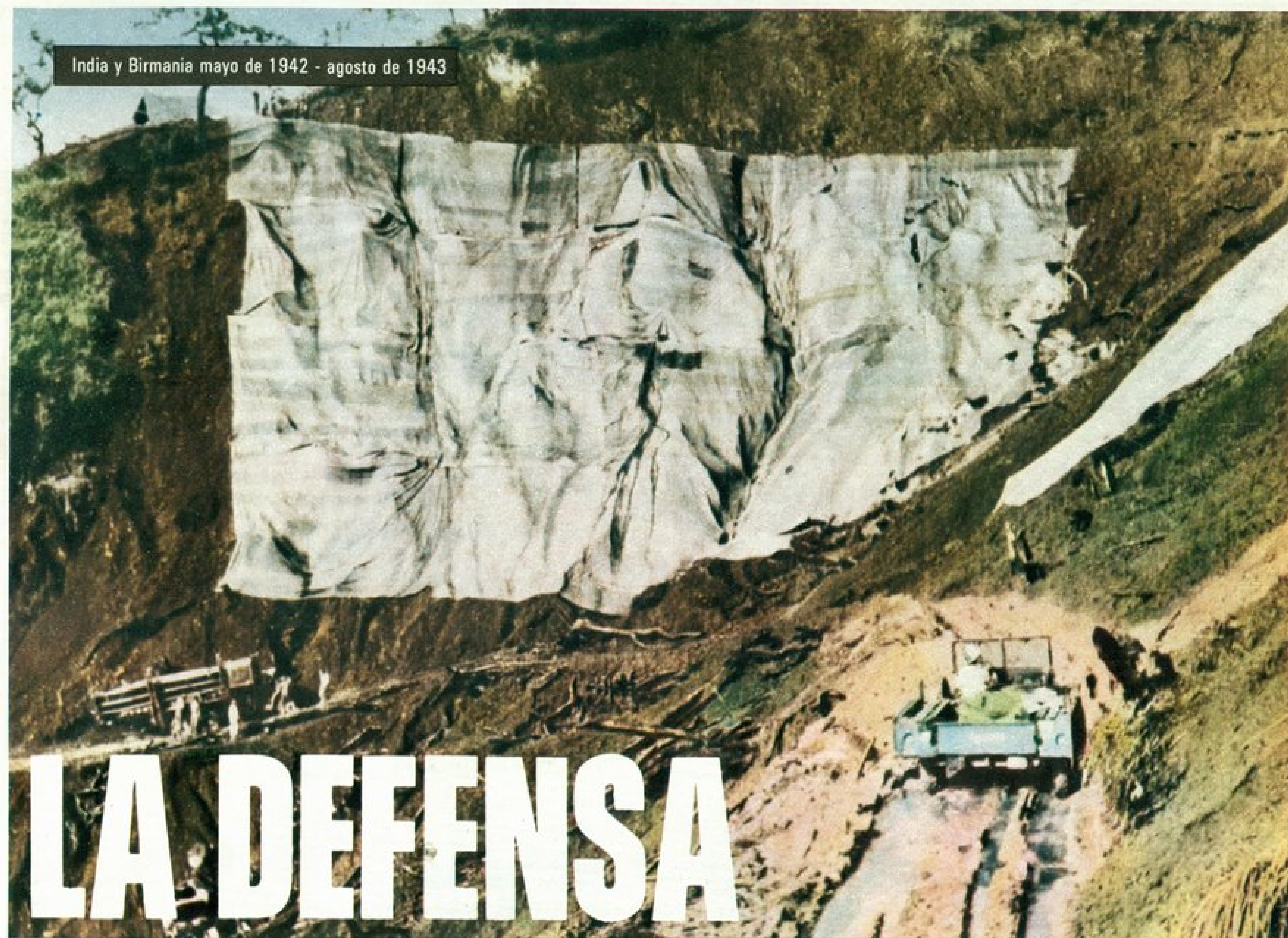
Las fechas establecidas para los objetivos en el Pacífico central fijaban el ataque a las Gilbert para el 15 de noviembre de 1943 y el de las Marshall para el día 1 de enero de 1944; a estas seguirían un ataque contra Ponape, en las Carolinas, el 1 de junio; otro contra Truk, el 1 de septiembre, y otro contra las Palau a fines de año. En el Pacífico sudoccidental MacArthur debía completar el aislamiento de Rabaul a principios de mayo de 1944; después, el 1 de junio, atacaría la isla de Manus; el 1 de agosto Hollandia; el 15 de septiembre Wadke, en Nueva Guinea holandesa; el 15 de octubre la isla de Japen, y el 30 de noviembre Manokwari, en la península de Vogelkop. Así, a fines de 1944, ambas direcciones de avance se encontrarían próximas a las Filipinas. Las disposiciones de los comandantes en jefe no hablaban de prioridad de las operaciones en una u otra dirección, pero afirmaban que era preciso «tener debida cuenta del hecho de que las operaciones en el Pacífico central permitirían un avance más rápido».

Durante la conferencia «Quadrant», el general inglés sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor General Imperial, opuso la última objeción contra el proyecto americano de un avance en el Pacífico a lo largo de dos direcciones, sugiriendo que quizá sería más aconsejable limitar las operaciones a una dirección única, la del Pacífico central, eliminando la del Pacífico sudoccidental y dejando así reservas disponibles para el ataque que se debía desencadenar a través del canal de la Mancha.

Marshall y King se opusieron a esto con firmeza, por lo que la cuestión se dejó al margen y el plan americano propuesto para las operaciones en el Pacífico durante 1943-44 fue aceptado al fin por los Aliados.

Pero este plan no representaba aún la máxima esperanza que los americanos sustentaban en agosto de 1943 respecto al desarrollo de la guerra en el Pacífico. En efecto, ahora la producción de su industria bélica alcanzaba un ritmo vertiginoso, los buques mercantes habían superado ya la fase crítica, el Ejército contaba con siete millones de hombres, la Marina de guerra estaba en rápida expansión y pronto podría satisfacer las exigencias de una guerra desarrollada en dos océanos; por todo lo cual los Estados Unidos podían considerar al fin la perspectiva de una guerra a amplia escala y en ambos frentes con toda confianza.

Aun cuando los planes fijados en la conferencia «Quadrant» preveían para los meses venideros la concentración a pleno ritmo de las fuerzas de Tierra y Aire en las Islas Británicas, quedarían igualmente en Norteamérica grandes reservas para emplear en el Pacífico. El almirante King ya tenía puesta su mirada sobre las Marianas como próximo objetivo en el Pacífico central, mientras los comandantes en jefe manifestaban el propósito de acelerar el curso de la guerra contra el Japón. En Casablanca se llegó al acuerdo de fijar el objetivo de esta guerra secundaria: «Mantener presión constante sobre el Japón, con objeto de reducir su potencia militar y ocupar las posiciones desde las cuales será posible obligarle, irremisiblemente, a la rendición final». En el curso de la conferencia «Trident» y cediendo a las objeciones de los ingleses, el enunciado se modificó en el sentido de «mantener y extender una presión constante». Asimismo en la conferencia «Quadrant», los comandantes en jefe rechazaron específicamente el plan general para la derrota del Japón, elaborado en colaboración con los Estados Mayores, reclamando un plan que previese la derrota de este país un año después de la de Alemania. Y si bien no se elaboró el plan, la reclamación demostró la confianza de los americanos en su capacidad para acelerar la guerra en el Pacífico, que no se basaba en las victorias ya logradas, sino en la seguridad de que el curso de los acontecimientos había cambiado de dirección y que en el Pacífico se perfilaba ahora la supremacía aeronaval de los Estados Unidos.



LA DEFENSA DEL FRENTE BIRMANO

sir Geoffrey Evans, general

Desde el momento en que el Japón entró en la guerra, en diciembre de 1941, el frente birmano fue relegado a un último puesto en la escala de prioridad en el esfuerzo bélico aliado, por lo cual la India quedó virtualmente libre de actuar según su propia iniciativa. Pero, en realidad, estaba mal preparada para actuar por sí misma: las comunicaciones con el frente eran caóticas, la organización sanitaria y los medios de que disponía el Ejército de Oriente eran rudimentarios, y además el reciente fracaso de la ofensiva en el Arakan no había contribuido ciertamente a levantar la moral. Se imponía, pues, una larga preparación antes de lanzar otra ofensiva en Birmania con un mínimo de confianza en el éxito. En agosto de 1943, bajo el activo mando del almirante lord Mountbatten y del general Slim, la parte esencial de esta tarea ya se había llevado a término.

En la segunda mitad del mes de mayo de 1942, cuando la larga retirada del *Burcorps* (Cuerpo de Ejército de Birmania) quedó finalmente completada, empezó la estación de los monzones y en el frente de Assam se produjo una relativa inactividad, sólo alterada por las acciones de patrulla. No podía decirse lo mismo de la India, donde el general Wavell proyectaba los planes para futuras acciones con los escasos recursos de que disponía, sobre todo en cuanto a aviones. Era evidente que estos recursos seguirían siendo insuficientes durante mucho tiempo, pues las cosas iban mal entonces para los Aliados en África del Norte y en Europa. Esto significaba que Birmania estaba destinada a ser el más olvidado de los frentes aliados y que Wavell debería ceder parte de sus recursos para ayudar a las otras zonas de operaciones.

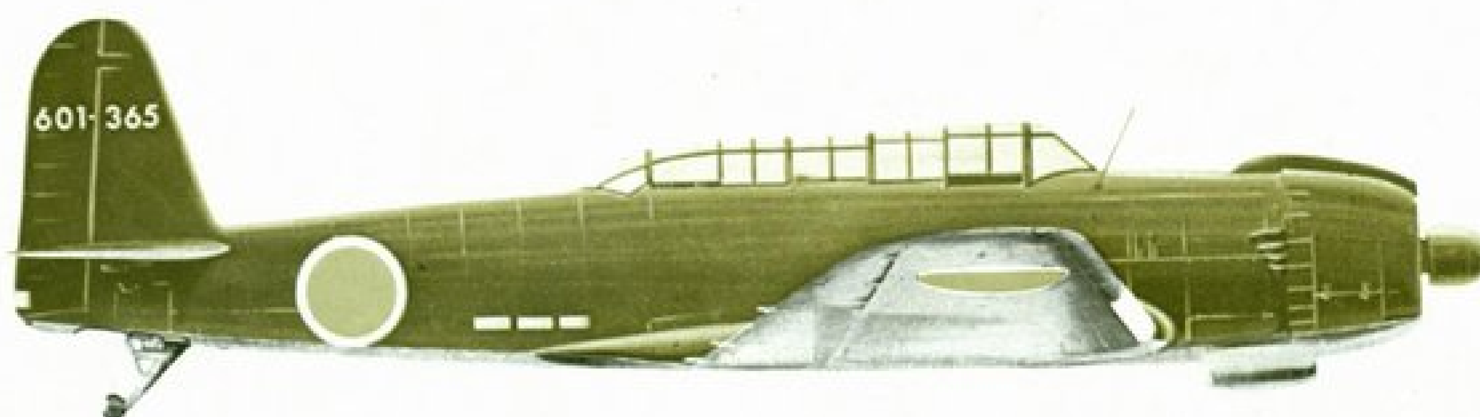
Pero, Wavell, aunque obligado a renunciar temporalmente a la idea de reconquistar Birmania (Operación «Anakim»), no abandonó los pla-

LOS ULTIMOS AVIONES DE GUERRA JAPONESES

Cuando el Japón entró en la guerra, su potencia aérea se basaba, principalmente, en los cazas tipo *Zero,* de la Aviación naval, en los aviones torpederos *Kate,* en los bombarderos de amplio radio *Nell* y *Betty,* en los cazas *Oscar* y en los bombarderos *Sally,* de la Aviación del Ejército. La producción de todos estos tipos de aviones se intensificó al estallar la guerra, con el fin de acelerar la "victoria decisiva" sobre los Aliados, siendo abandonados, en consecuencia, los nuevos proyectos. Mas, al cabo de dieciocho meses de guerra en el Pacífico, el núcleo principal de portaaviones japoneses fue destruido en la batalla de Midway y los americanos iniciaron la reconquista de las islas que habían perdido. Los japoneses se encontraban ahora ante la imperiosa necesidad de disponer de aviones que operasen desde bases terrestres y no desde portaaviones, por lo que pusieron en marcha, rápidamente, la nueva producción. Los *Zero* fueron sustituidos por los *Jack* y los *Kate* por los *Jill* y los *Judy.* En el Ejército, los monomotores *Tony* y los bimotores *Nick* empezaron a sustituir a los ya superados *Oscar.* Un nuevo bombardero de amplio radio, el *Helen,* sustituiría también a los *Sally,* los *Nell* y los *Betty.* Pero los japoneses no tuvieron tiempo de completar su construcción. Lo cierto es que ninguno de estos aviones, viejos o nuevos, podía ya detener el flujo de los *Lightning,* los *Thunderbolt* y las "fortalezas volantes" USA.

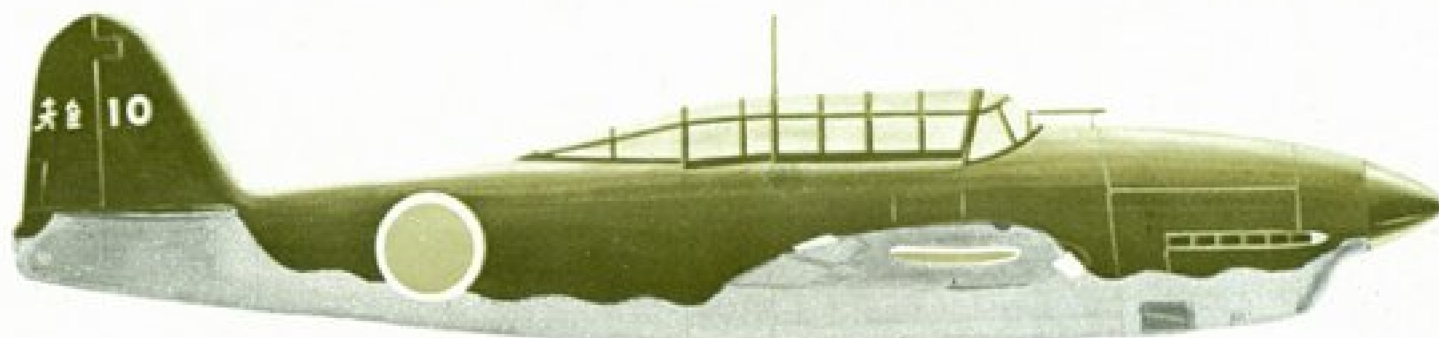
JILL: Nakajima B6N-2 Tenzan

Proyectado para sustituir al avión torpedero *Kate,* llevó a cabo su primera acción en fuerza en junio de 1944, en el curso de la batalla del mar de las Filipinas. **Velocidad máxima:** 482 km/h. **Autonomía:** 2575 km. **Armamento:** una ametralladora de 13 mm y una de 7,9; un torpedo de 790 kg, o seis bombas de 100 kg.



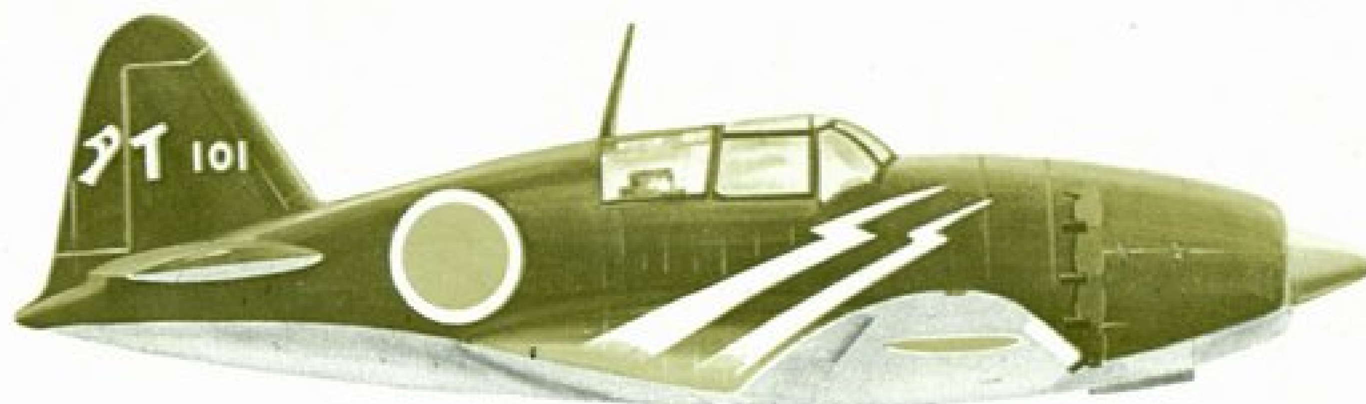
JUDY: Yokosuka D4Y-2 Susei

Este bombardero, embarcado en portaaviones, fue utilizado por primera vez en Midway como aparato de reconocimiento; más tarde, como la mayoría de los aviones japoneses, tomó parte en múltiples acciones y, por último, sirvió en unidades de *Kamikaze.* **Velocidad máxima:** 540 km/h. **Autonomía:** 2100 km. **Tripulación:** dos hombres. **Armamento:** tres ametralladoras de 7,7 mm y 500 kg de bombas.



JACK: Mitsubishi J2M-3 Raiden

Proyectado como monoplaza de caza terrestre, junto con el *Zero,* este avión tardó tanto en ser terminado que sólo un número muy reducido de ellos llegó a entrar en servicio. **Velocidad máxima:** 595 km/h. **Autonomía:** 1050 km. **Armamento:** dos pequeños cañones de 20 mm y dos ametralladoras de 7,1.



TONY: Kawasaki Ki-61 Hien

Cuando, en 1943, los pilotos aliados se enfrentaron por primera vez con este aparato, creyeron que se trataba de la versión japonesa del *Me-109.* Bien armado y bien protegido, este caza tenía unas características excelentes; sin embargo, sufría frecuentes averías en el motor. **Velocidad máxima:** 560 km/h. **Autonomía:** 1900 km. **Armamento:** dos pequeños cañones de 20 mm y dos ametralladoras de 12,7.



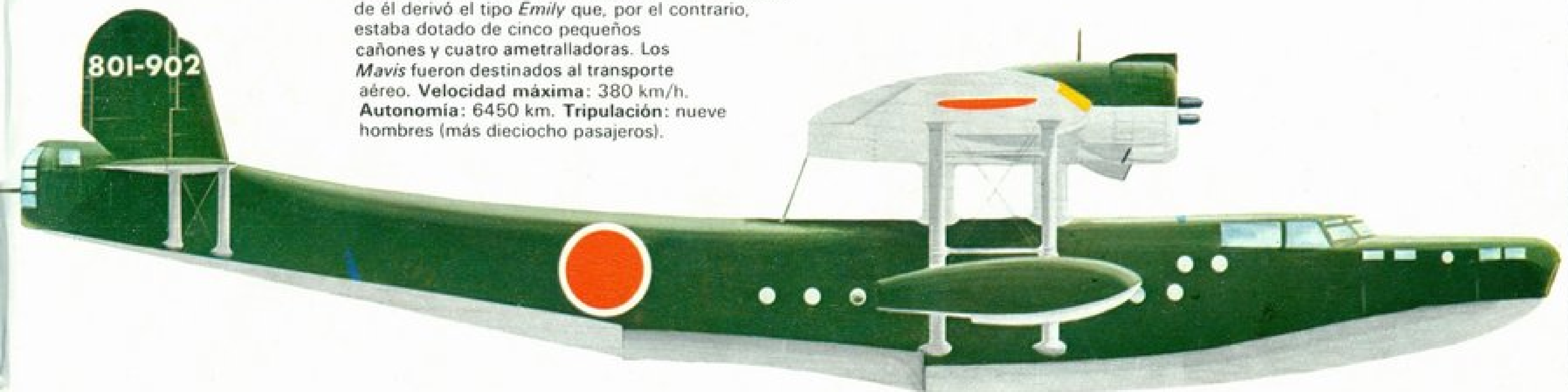
HELEN: Nakajima Ki-49 Donryu

Bombardero pesado del Ejército proyectado en previsión de un conflicto entre el Japón y Rusia. Se utilizó por vez primera en 1943, en una acción sobre Port Darwin. No se construyó en serie. **Velocidad máxima:** 490 km/h. **Autonomía:** 2400 km. **Tripulación:** ocho hombres. **Armamento:** un pequeño cañón de 20 mm y cinco ametralladoras de 7,7.



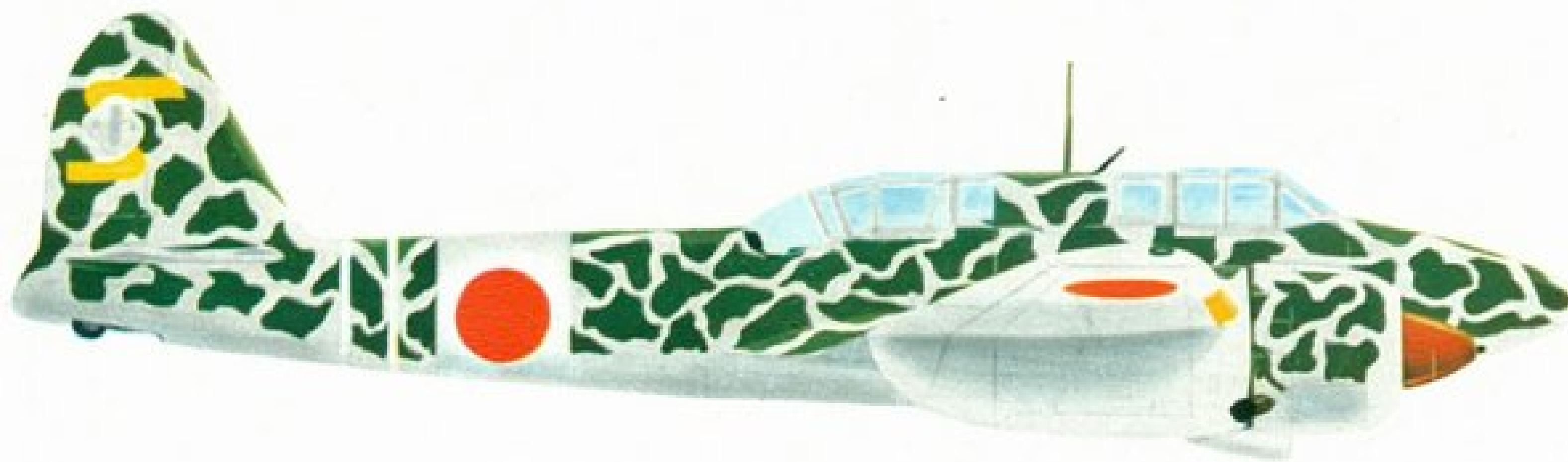
MAVIS: Hidroavión Kawanishi H6K4 - L

Uno de los más antiguos bombarderos navales de amplio radio de los japoneses; estaba desarmado y de él derivó el tipo *Emily* que, por el contrario, estaba dotado de cinco pequeños cañones y cuatro ametralladoras. Los *Mavis* fueron destinados al transporte aéreo. **Velocidad máxima:** 380 km/h. **Autonomía:** 6450 km. **Tripulación:** nueve hombres (más dieciocho pasajeros).



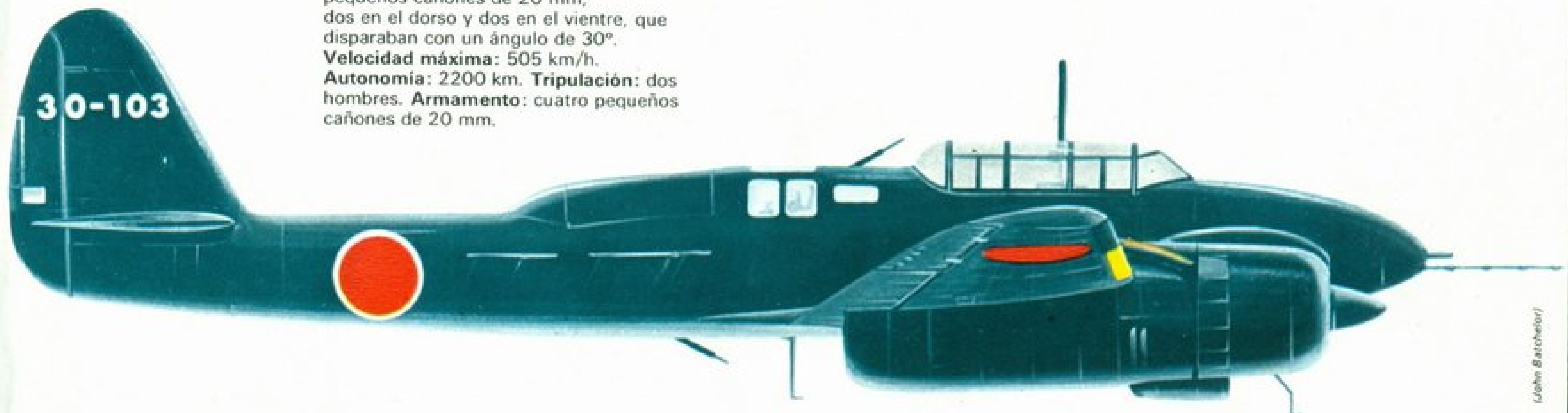
NICK: Kawasaki Ki-48 Toryu

Primer caza bimotor de la Aviación del Ejército japonés. Los Aliados se enfrentaron por primera vez con él en 1943, sobre Nueva Guinea; fue utilizado también en la defensa del archipiélago japonés. **Velocidad máxima:** 547 km/h. **Autonomía:** 1500 km. **Tripulación:** dos hombres. **Armamento:** era de diversos tipos; el más utilizado era: un pequeño cañón de 37 mm, dos de 20 y una ametralladora de 7,7.



IRVING: Nakajima JINI-S Gekko

Proyectado como caza y utilizado luego como aparato de reconocimiento marítimo, fue transformado por último en caza nocturno. Iba armado con cuatro pequeños cañones de 20 mm, dos en el dorso y dos en el vientre, que disparaban con un ángulo de 30º. **Velocidad máxima:** 505 km/h. **Autonomía:** 2200 km. **Tripulación:** dos hombres. **Armamento:** cuatro pequeños cañones de 20 mm.



(John Batchelor)



Una vez confirmada la decisión del partido del Congreso pan-hindú, del 8 de agosto de 1942, en que se pedía la inmediata retirada de las tropas británicas del país, Nehru y Gandhi (en el centro de la foto) fueron detenidos junto con otros elementos políticos hindúes. Esta medida provocó una violenta reacción por parte del pueblo; los numerosos actos de sabotaje paralizaron importantes zonas del frente birmano. *(Keystone)*

nes de operaciones a escala reducida, limitados a la parte septentrional del país, con un avance aguas arriba del río Chindwin, seguido de un ataque sobre la línea Kalewa-Katha-Mytkyna, a fin de restablecer contacto con el frente chino. Por otra parte, se daba cuenta de que una victoria sobre los japoneses, incluso de escasa importancia, pero conseguida lo más pronto posible, tendría un valor psicológico inmenso, contribuyendo a levantar la moral, que en aquel momento era muy baja.

Mas, antes de proyectar operaciones terrestres a amplia escala era indispensable asegurarse la superioridad aérea y, para obtenerla, era preciso construir, ante todo, aeródromos avanzados en la India oriental para los aviones que más adelante pudiera tener. La construcción se inició en junio de 1942, pero los trabajos avanzaban con desesperante lentitud, a causa, sobre todo, de la falta de materiales y de recursos mecánicos.

A estos inconvenientes se añadía otro factor, que retrasó, no sólo la construcción de los aeródromos sino también todos los planes de operaciones. Este factor fue la actitud asumida por el partido del Congreso pan-hindú en mayo de 1942. En marzo de dicho año llegó a la India una misión, presidida por sir Stafford Cripps, portadora de la noticia de que el Gobierno británico aseguraba solemnemente la plena independencia de la India después de la guerra, si así lo reclamaba una asamblea constituyente. A ello siguieron discusiones interminables, en el curso de las cuales el partido del Congreso avanzó unas contraproposiciones que Londres juzgó absolutamente inaceptables y que concluyeron con el fracaso de la misión, pues a su vez el Congreso rechazó, de forma tajante, las ofertas del Gobierno inglés.

El 14 de julio, después de un período de espera, el comité ejecutivo del partido del Congreso pan-hindú aprobó una proposición que exigía la retirada inmediata de los ingleses del país. La exigencia se confirmó el 8 de agosto, y a la una en punto de la madrugada siguiente Mahatma Gandhi, Pandit Nehru y otros jefes destacados fueron detenidos. A excepción de Gandhi, a quien se reservó un trato de consideración, los otros fueron conducidos en un tren especial hasta la frontera, al fuerte de Ahmednagar.

A las 48 horas la India oriental y Madrás estaban en plena revolución; el pueblo se lanzó a toda suerte de violencias —incendios, asesinatos, sabotajes— principalmente dirigidos contra las instalaciones del Gobierno. Las zonas más afectadas fueron las que revestían mayor valor estratégico, pues muchas de ellas se encontraban situadas a lo largo de las líneas de comunicación de las tropas que defendían la frontera oriental y más expuestas a los ataques de los japoneses.

El Gobierno reaccionó rápidamente; mas, para poder controlar de nuevo la situación, tuvo que recurrir a sesenta batallones de infantería y a numerosos aviones de la RAF. Así se perdieron seis preciosas semanas, que retrasaron muchísimo los trabajos en los aeródromos, el adiestramiento de las unidades destinadas al frente e incluso la producción de las fábricas de material de guerra.

Los disturbios estallaron también en el territorio de Sind y a lo largo de la frontera noroccidental, y durante varios meses hubo que recurrir a las fuerzas del Ejército para restablecer el orden. En Sind, los hurs, una feroz secta musulmana, aterrorizaron el país, y cuando empezaron a realizar sabotajes en los ferrocarriles las autoridades inglesas proclamaron la ley marcial. Pero hubieron de transcurrir varios meses antes de que sus actividades pudieran ser neutralizadas. Para poder dominar la insurrección, conducida por el célebre faquir, de Ipi, se hizo indispensable recurrir a las expediciones de castigo, con fuerzas muy superiores a las de las tribus rebeldes.

La malaria exige su tributo

En el mundo occidental, los progresos de la ciencia médica y el alto nivel de las condiciones higiénicas han reducido hasta tal punto el índice de mortalidad por enfermedades infecciosas que muchas veces no logramos darnos cuenta de la virulencia que dichas enfermedades pueden adquirir todavía entre las poblaciones de Extremo Oriente, donde las condiciones higiénico-sanitarias siguen siendo muy precarias. Entre estas enfermedades, la malaria fue el flagelo que asoló Birmania en los años 1942-43 y sus efectos influyeron incluso en los planes operativos y en su realización.

En la India, la lucha antimalaria dio buenos resultados entre la tropa por las acertadas medidas preventivas adoptadas. Gracias a ellas, se pudo ganar la partida a la enfermedad y conseguir una excelente situación sanitaria. Pero cuando se trataba de actuar en condiciones de vida más precarias, la cosa era muy distinta; en efecto, durante las primeras fases de la campaña de Birmania, el número de bajas a consecuencia de la malaria fue muy superior al producido por cualquier otra causa. En las zonas más avanzadas, el número de casos llegó a ser tan elevado y las unidades queda-

ron tan reducidas en sus efectivos que su utilización operativa resultó nula, e incluso algunas de ellas subsistían de nombre.

Al principio, el único medio terapéutico de que se disponía era la quinina; mas, con el enorme incremento de las fuerzas en la India oriental, la cantidad disponible pronto fue insuficiente. Y la situación se hizo todavía más grave a causa de la escasez de personal sanitario.

Igualmente grave era la situación de las unidades técnicas y logísticas. De toda una compañía de socorro en carretera, cuya misión era recuperar los camiones inservibles o averiados en un tramo de 96 km, sólo quedaron en pie un sargento y dos mecánicos, formándose, en consecuencia, una cola interminable de vehículos que esperaban ser reparados. En las compañías a lomo sucedía a menudo que no se disponía de los hombres necesarios para atender a los animales, sin contar con las dificultades que surgían en todo momento para guiar a las bestias a través de los caminos cuando llevaban la carga a cuestas. Asimismo, la instalación de líneas telefónicas, pedidas con urgencia, hubo de suspenderse porque la mayoría del personal estaba enfermo.

Los hospitales estaban llenos a rebosar y apenas se abría uno nuevo para poder albergar a los nuevos enfermos, quedaba inmediatamente completo, y lo mismo ocurría con el siguiente; en ocasiones, las enfermeras regimentales se veían obligadas a atender a los heridos en la misma línea del frente. Muchos de los que eran evacuados a la India, recaían durante el viaje de regreso, lo que suponía pasar otros cinco meses antes de que pudieran reincorporarse a sus respectivas unidades.

En noviembre de 1942, la División 23 india contó siempre con 5000 hombres menos de sus efectivos orgánicos –17.000 hombres–, reducción bastante grave dada la amplitud de la zona que dicha unidad tenía asignada. Hubo un período en el que el índice anual de casos de malaria en el Ejército de Extremo Oriente ascendió al 84%, y el número de enfermos no fue nunca inferior a los 12.000 diarios. La situación sanitaria se parecía, de un modo alarmante, a la de 1790, en las Indias occidentales, cuando el Ejército quedó diezmado por el llamado «vómito negro» o fiebre amarilla.

Y no era la malaria la única enfermedad que amenazaba a los combatientes en Asia oriental. Otro terrible flagelo era el *tsutsugamushi*, una infección aguda de *Rickettsia orientalis*, difundida en todo Extremo Oriente y que se transmitía por la picadura de ciertos ácaros que infestaban los matorrales y la hierba de ciertas zonas, infección a la que los soldados se exponían fácilmente al tenderse sobre la hierba para descansar. Los síntomas consistían en adenopatía de los ganglios próximos al lugar de la picadura, erupción maculopapulosa en todo el cuerpo, trastornos auditivos y frecuentes complicaciones broncopulmonares. Para curarse se requerían cuidados muy constantes, buena alimentación y reposo.

Se precisaron varios meses para aliviar los males producidos por la malaria; la introducción en la terapia antimalárica de un nuevo medicamento, el Atebrin, y la adopción de guantes y mascarillas distribuidas a los hombres de las patrullas, aportaron algunas mejoras; pero la situación no empezó a normalizarse hasta finales de 1943, cuando el general Slim asumió el mando del Ejército 14. Las unidades sanitarias se dispusieron entonces en la inmediata retaguardia del frente, y los enfermos de malaria eran hospitalizados en seguida, permaneciendo allí unas tres semanas, hasta hallarse de nuevo en condiciones de volver a sus puestos. De este modo, la eficacia de los batallones, de los regimientos de artillería y de las unidades logísticas no se veía tan gravemente comprometida durante tanto tiempo.

Al mismo tiempo, convencido de que prevenir es mejor que curar, el general Slim insistió, con los oficiales y suboficiales de los regimientos, acerca de que se respetaran rigurosamente las normas profilácticas. La dosificación de las píldoras de mepacrina, más tarde llamada paludrina, tenía un efecto inmunizante duradero. La dosis diaria se repartía en dos tomas, por la mañana y por la noche, bajo la vigilancia de un oficial; y cuando un destacamento salía de exploración, cada hombre recibía la cantidad necesaria para todo el tiempo que durase la misión. Estaba prohibido vestir pantalón corto, y no se debían remangar las mangas de la camisa después de ponerse el sol; se efectuaron inspecciones sin previo aviso, y si resultaba que la proporción de los que habían tomado el antimalárico era inferior al 95%, el oficial responsable era destituido. Gradualmente, gracias a los esfuerzos de los oficiales, del jefe del Ejército y de todo el cuerpo sanitario, la fuerza de la malaria decreció, hasta reducirse al 1/1000 diario en 1945.

Una operación para levantar la moral

A fines de agosto resultó evidente que sería preciso retrasar otro año la Operación «Anakim», y ello a causa de diversos factores: los retrasos provocados por las insurrecciones, los daños en las vías de comunicación producidos por un monzón particularmente violento y la debilitación de las fuerzas a consecuencia de las enfermedades. Por todo ello, el general Wavell dirigió su atención a la isla Akyab, en el golfo de Bengala, cuya conquista representaría notorias ventajas materiales, pues no sólo reduciría la amenaza de incursiones aéreas japonesas sobre Calcuta, sino que además permitiría a la RAF atacar objetivos situados en el interior de la Birmania ocupada; por otra parte –y este era un punto de importancia básica– la conquista podría constituir la operación victoriosa tan esperada para levantar la moral de las tropas y del elemento civil.

El teniente general N. M. S. Irving, que hasta el mes de julio había mandado el IV Cuerpo de Ejército del Assam, fue nombrado, a fines de dicho mes, jefe del Ejército de Extremo Oriente, con la responsabilidad de la defensa del confín oriental de la India, comprendido el Arakan. La exhausta División 14 india, con sus efectivos notablemente reducidos, se situó en las cercanías de Chittagong, para afrontar un posible avance japonés en Bengala septentrional a través del Arakan.

En septiembre, el general Wavell impartió a Irving una directiva muy concreta: conquistar Akyab y ocupar de nuevo el Arakan septentrional; mejorar las posiciones en el monte Chin, al sur de Imphal, y establecer guarniciones en Kalewa y Sittitaung, sobre el Chindwin, para poder realizar incursiones sobre las vías de comunicación japonesas en Birmania septentrional. En definitiva, debía mejorar la situación logística para hacer posible un rápido avance en la alta o en la baja Birmania, en el caso de que se presentase la ocasión durante la estación seca de 1942-43.

Para el ataque anfibio a Akyab se confiaba en poder disponer de la Brigada de infantería 29 –que había efectuado con éxito operaciones análogas en Madagascar– y de los necesarios medios de desembarco. Como alternativa a este ataque anfibio, se elaboró un plan para la División 14, la cual, una vez completada su organización, debería descender hacia el Sur, a lo largo de la península Mayu, y conquistar el único camino transversal existente en el Arakan y que iba del puertecillo de Maungdaw, sobre el estuario del Naf, hasta Buthidaung, a orillas de Kalapanzin. Era imposible establecer la fecha precisa del ataque contra Akyab, ya que se desconocía la fecha exacta de la llegada de la Brigada 29; pero cuando se supo que ésta no estaría disponible antes del mes de enero, no hubo más remedio que modificar el plan, y más aún porque los aviones también llegaron más tarde de lo previsto. El general Wavell ordenó a Irving que conquistase, ante todo, la península de Mayu mediante un avance por tierra de la División 14 y un sucesivo ataque a través del estrecho brazo de mar que separa Akyab de tierra firme. La primera operación ofensiva en la lucha contra los nipones iba a hacerse realidad.

Sección japonesa a orillas del río Chindwin. Después de las campañas de 1942, este sector era el más importante del frente en Birmania noroccidental. El general Wavell, comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Birmania, como disponía de pocos recursos, tuvo que limitarse, durante los años 1942-43, a acciones ofensivas a escala reducida, sin ningún éxito, pues a su término las tropas anglo-indias volvieron a encontrarse en las posiciones de partida. Estas acciones más bien influyeron de modo negativo sobre la moral de los soldados. *(Sado - Opera Mundi)*



Deletéreos efectos psicológicos

Las primeras operaciones en el Arakan, como se recordará se iniciaron a fines de septiembre de 1942 y, al terminar, en marzo de 1943, las tropas angloindias se encontraron, más o menos, en el mismo punto de partida. El fracaso ya era bastante grave en sí mismo, considerado desde el punto de vista táctico; pero los efectos psicológicos que produjo fueron bastante peores. A diferencia de los ocurrido en Assam, la moral del Ejército de Extremo Oriente, incluyendo el propio Mando, alcanzó un nivel bajísimo

La guerra en Birmania no podía ganarse con soldados desmoralizados, y esto no sólo se podía aplicar a las tropas que estaban en contacto con los japoneses, sino también a todos aquellos cuya responsabilidad era procurar los abastecimientos a las unidades combatientes, esto es, a los hombres de los almacenes, de las bases logísticas, de los hospitales, de las oficinas, a los conductores de camiones y a los empleados de los transportes. Factor esencial era el renacer de aquella fuerza interior que permite a los hombres rendir hasta el máximo, tanto si las cosas van bien como si van mal; en otras palabras, el renacer de la confianza en la causa por la cual combatían, en sus jefes, en sus compañeros, en sí mismos y en sus armas. Y esta confianza sólo podía renacer bajo un mando óptimo en todos los niveles, en un adiestramiento práctico y realista que no perdiera de vista la finalidad propuesta, así como en una cuidadosa organización de los servicios logísticos que asegurase a los hombres, en los límites de lo posible, todo cuanto necesitaban.

Era una misión ardua, porque desde los comienzos de la guerra, todos los encuentros entre las tropas angloindias de una parte y las japonesas de la otra, habían concluido con la derrota de las primeras o en un aparatoso repliegue. La derrota más reciente, la del Arakan, era sólo un nuevo eslabón añadido a la ininterrumpida cadena de fracasos. Y como resultado de esta serie de reveses, se difundió ampliamente, sobre todo en la India, la convicción de que los japoneses eran superhombres y que su preparación, su organización y sus armas eran incomparablemente superiores a las de los Aliados.

Aunque tan sólo fuera por estos motivos, la invasión y la derrota de la India parecían inevitables. Lo que los Aliados no comprendían era que la guerra en la jungla debía desarrollarse con una técnica especial, técnica en la que las tropas no habían tenido tiempo de ser adecuadamente adiestradas, y además que los aviones de que disponían no bastaban para competir con los japoneses en el dominio absoluto del aire.

Durante muchos meses, desde que se iniciara el conflicto, el buen funcionamiento de la máquina logística permaneció obstaculizado; como quiera que en los años anteriores a la guerra la probabilidad de una lucha en las fronteras orientales de la India se consideraba como una posibilidad muy remota, no se había hecho casi nada para mejorar las condiciones de las líneas férreas ni de las carreteras en previsión de esta eventualidad. Sin embargo, ahora se precisaba dotar al Ejército de víveres, armas, municiones, proyectiles de artillería; asimismo, los aviones, los carros de combate y demás vehículos, necesitaban carburante; los hospitales necesitaban material sanitario y –problema no menos importante– debía procederse a la evacuación de los heridos. Por otra parte, las vías de comunicación deberían absorber también el tráfico del transporte de los materiales necesarios para la construcción de aeródromos y depósitos avanzados, dada la carencia absoluta de recursos locales.

Premisa indispensable hubiera sido contar con un número suficiente de medios de transporte rápidos y un sistema bien organizado para emplearlos de manera funcional. Mas, entre la India y los distintos frentes no había carreteras. El único enlace con Assam –frente central– lo constituía un ferrocarril y el río Brahmaputra, pero estas dos vías de comunicación eran lentas e insuficientes para las exigencias del momento. De Calcuta a Pahbatipur, el ferrocarril era casi normal: una mitad de recorrido –en conjunto unos 400 km– era de vía única; el resto de la línea era de vía estrecha, y, en consecuencia, para superar el tramo hasta Pandu, sobre el Brahmaputra, era preciso descargar y recargar todos los vagones, que en Pandu eran transportados más allá del río, mediante barcazas, prosiguiendo después por ferrocarril de nuevo hasta Dimapur, la estación término, que distaba otros 240 km. Para hacer las cosas todavía más difíciles, de vez en cuando las inundaciones estropeaban kilómetros y kilómetros de raíles y, en una ocasión, un terremoto destruyó nada menos que 160 km de línea férrea. Después de un ulterior y peligroso recorrido en camión –a lo largo de más de 200 km entre cañadas y por los montes entre Dimapur e Imphal– el azaroso viaje no había concluido aún: antes de que unas cajas de carne o unos bidones de gasolina pudieran llegar a las unidades avanzadas, en las cercanías de Tamu, debían superar otros 228 km de pista en pésimas condiciones, siendo más tarde necesario recorrer el doble para llegar a la división, que se encontraba en Tiddim, en los montes Chim.

En el Arakan, además, puesto que antes de la guerra el movimiento de pasajeros y de mercancías se realizaba preferentemente por vía marítima o fluvial, no había carreteras que recorriesen la región de Norte a Sur. Aquí el problema no lo constituían las montañas, sino más bien la construcción de carreteras.

La situación alimenticia era crítica, también y sobre todo a causa del deplorable estado de las vías de comunicación; el racionamiento, cosa importantísima en un clima tórrido, lo era todavía más en tiempo de guerra, si se quería que los soldados estuvieran en condiciones de combatir al tiempo que soportaban los inconvenientes del clima y del ambiente. Casi no se disponía de carne fresca, tan necesaria a las tropas británicas. En el frente central, cada soldado recibía media ración una vez a la semana, pero sólo hasta Imphal; a partir de este punto, los hombres que se hallaban en la línea avanzada ya no la recibían nunca, y se veían obligados a alimentarse únicamente de carne en lata, que durante los períodos de más calor se convertía en una gelatina caliente y semilíquida.

Para las tropas indias, la situación era todavía más complicada, pues su religión les prohibía, a muchos de ellos, comer carne en conserva en vez de carne fresca. Con frecuencia, cuando ésta faltaba, se sustituía por raciones suplementarias de leche *ghi*, una especie de manteca semilíquida; pero las reservas eran muy escasas y no era posible distribuir a los hombres raciones suplementarias.

Resulta, pues, evidente que la situación no podía ser peor, y aun cuando con el tiempo se registró cierta mejoría, el problema de las vías de comunicación birmanas siguió constituyendo una espina hasta el fin de la guerra.

La situación en manos de Mountbatten

Entre los meses de enero y agosto de 1943 se celebraron, como se sabe, tres conferencias de alto nivel para determinar el curso de la futura estrategia aliada: la conferencia de Casablanca, en enero; la «Trident», de Washington, en mayo, y la «Quadrant», en agosto, en Quebec. Y cada vez la línea de conducta a adoptar en Asia sudoriental experimentó sucesivas revisiones.

Las decisiones más importantes para esta zona relativas a notables cambios en la estructura del mando, se tomaron en la conferencia «Trident»; pero debían transcurrir seis meses antes de que la resolución se llevase a la práctica.

En líneas generales se estableció la creación de un mando separado, responsable de todas las operaciones en esta zona, de manera que el comandante en jefe de la India, libres de la directa responsabilidad de las operaciones contra los japoneses, pudiera dedicar su atención al adiestramiento, a la organización del Ejército indio y a la preparación del país como base para el futuro desarrollo de la guerra en Asia sudoriental.

En los meses que siguieron se realizaron nuevos progresos en este sentido, cuando los Aliados acordaron que el nuevo mando fuese angloamericano, con el jefe supremo inglés, el segundo jefe americano y el Estado Mayor mixto, esto es, compuesto por oficiales británicos y americanos; también se aprobó la propuesta de las nuevas misiones a asignar al mando de la India: el general Auchinleck fue nombrado comandante en jefe y al general Wavell se le otorgó el título de virrey.

Para llevar a efecto la constitución del mando del Asia sudoriental *(South-East Asian Command, SEAC)*, el 25 de agosto, esto es, el día siguiente de terminar la conferencia de Quebec, el almirante lord Louis Mountbatten fue nombrado jefe supremo; como segundo jefe se designó al teniente general J. W. Stilwell, jefe del Ejército americano. Lord Mountbatten asumió el mando efectivo unos tres meses después, y entonces el *SEAC* entró en funciones, figurando el almirante sir James Somerville como comandante en jefe de las fuerzas navales, el general sir George Clifford en calidad de comandante en jefe del Grupo de Ejércitos XI y el general de Aviación sir Richard Peirse, como comandante en jefe de las fuerzas aéreas.

En lo concerniente a las fuerzas terrestres, los cambios en el mando operativo impusieron una parcial reorganización en los mandos en general. En el frente septentrional, el general Stilwell mantuvo el mando del *Northen Combat Area Command (NCAC)*, que por cierto estaba construyendo una carretera que iba de Ledo a Myitkyina, con objeto de enlazar con la antigua carretera de Birmania. Como ya se ha dicho, el mando del Ejército de Extremo Oriente había asumido hasta entonces la responsabilidad de dos frentes, el central y el de Arakan; mas, cuando se decidió constituir el Grupo de Ejércitos XI se abolió esta situación, y el mando de Extremo Oriente volvió a ser como antes de la guerra, formándose otro nuevo que sería el mando del Ejército 14. Resultado de este cambio fue que el mando de Extremo Oriente pasó a ser responsable de la seguridad interna del Bihar, del Orissa y de la mayor parte de Bengala, permitiendo de este modo al Ejército 14, responsable tan sólo de una pequeña parte de Bengala, concentrar toda su actividad en las operaciones contra los japoneses. El mando de este Ejército se confió al general Slim.

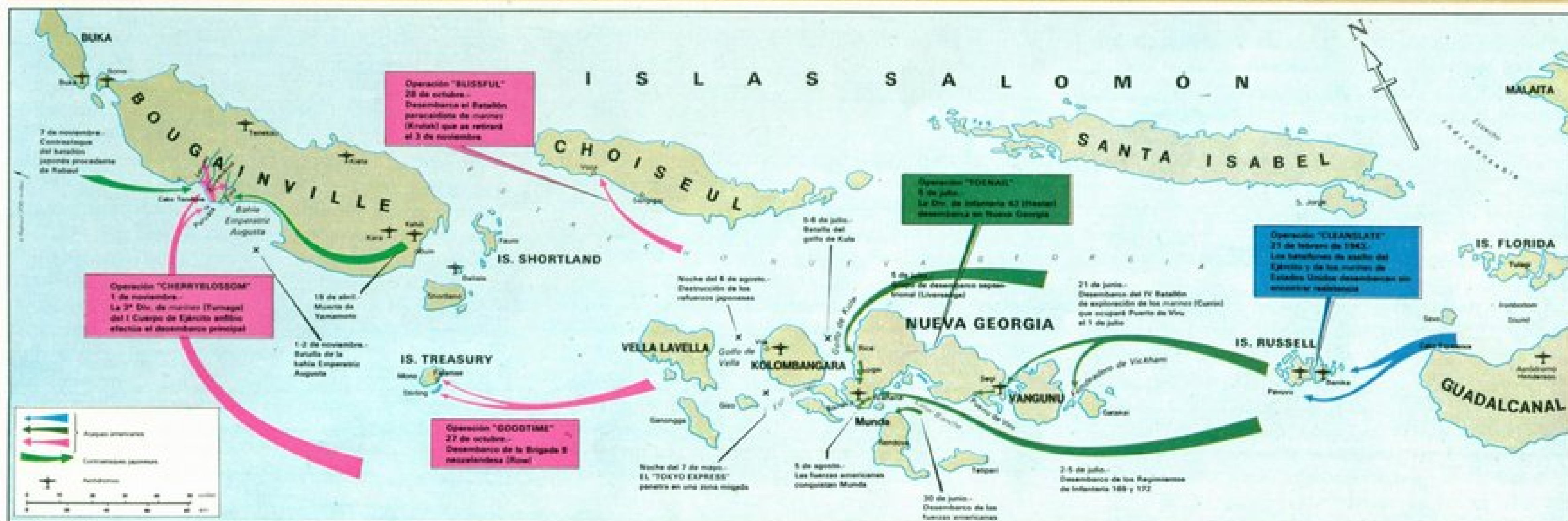
Slim, que contaba cincuenta y dos años, era indudablemente el jefe más calificado para esta misión por el papel que desempeñó durante la retirada de Birmania en 1942 y en las operaciones iniciadas en 1943 en el Arakan. Conocía las características y las tácticas del enemigo; había tenido ocasión de darse cuenta de las causas que determinaron las derrotas inglesas en el pasado y sobre todo de las repercusiones de dichas derrotas sobre la moral de las tropas británicas. Y, lo que todavía era más importante, había aprendido, de los errores cometidos y reconocidos, que el buen éxito de cualquier campaña futura en aquella intrincada selva de montañas, ríos y junglas dependería de cuatro factores: el adiestramiento, los abastecimientos, los transportes y, sobre todo, de la moral.

Por ello, desde el momento en que asumió el mando, el general Slim dedicó inmediatamente toda su energía y toda su atención a estos factores determinantes. No fue nada extraño, pues, que bajo la guía de un jefe de tal prestigio y altura, el calificativo de «Ejército olvidado» dejara de ser una definición, con efectos negativos, sobre la moral de los hombres, para transformarse, en cambio, en título de orgullo para todos sus componentes, británicos e indios, a medida que las victorias se sucedían, hasta terminar en Birmania con la derrota definitiva de los japoneses.

Pacífico meridional, enero 1943 - enero 1944

LA BATALLA DE LAS SALOMON

Samuel B. Griffith, general de brigada



A LAS PUERTAS DE RABAUL

El avance de Halsey a través de las Salomón anunciaba ya el futuro curso de toda la guerra en el Pacífico: una serie de maniobras envolventes para asegurarse las bases aéreas clave, seguidas, cada vez, por un período de tregua en las operaciones ofensivas como preparación para el ataque siguiente. La campaña de las Salomón empezó en febrero de 1943 con la ocupación de las islas Rusell, y durante todo el año las fuerzas anfibias aliadas avanzaron, más o menos esporádicamente, a lo largo del margen meridional del "Slot", obligando a los japoneses a retirarse o a aceptar ser aniquilados. Cuando, en enero de 1944, los aeródromos de Bougainville fueron abiertos de nuevo, los Aliados pudieron lanzarse contra el objetivo clave: Rabaul.

Los meses de enero y febrero de 1943 fueron testigos del victorioso final de la dura prueba sostenida por los norteamericanos en Guadalcanal, a la cual debía seguir ya el constante avance de los Aliados a lo largo del archipiélago de las Salomón, con el fin de aislar Rabaul por el Sudeste. En el transcurso de esta campaña se aplicó un nuevo procedimiento estratégico: la concentración de todos los esfuerzos sobre determinadas islas, a fin de establecer un sistema superpuesto de control de los espacios aéreos, dejando, en cambio, otros lugares ocupados por el enemigo, "madurando en el árbol". La piedra angular de las islas Salomón la constituía el grupo central de Nueva Georgia, donde los Aliados hubieron de enfrentarse con una resistencia desesperada que les obligó a sostener dos largos meses de sangrientos combates. Mas, a partir del primer aniversario de la victoria de Guadalcanal, los aviones americanos ya estuvieron en condiciones de poder efectuar constantes salidas contra Rabaul, partiendo de Bougainville.

LOS PREPARATIVOS

A mediados de febrero de 1943, las fuerzas americanas pudieron completar, al fin, la conquista de Guadalcanal y su victoria señaló la terminación de la primera fase de la Operación «Elkton», esto es, la costosa campaña aliada destinada a rechazar progresivamente a los japoneses de las Salomón meridionales, centrales y septentrionales, y cuyo objetivo final era neutralizar Rabaul, su plaza fuerte en Nueva Bretaña.

Las «águilas del cielo», los aviones de combate japoneses, y las formaciones de cruceros y de destructores, seguían constituyendo, desde los cinco aeródromos de Rabaul y desde el amplio puerto de Simpson, una grave amenaza para las posiciones aliadas de Nueva Guinea y, sobre todo, para el reducto conquistado en las Salomón meridionales. La estrategia aliada debía hacer avanzar ahora sus bases aéreas casi 640 km, llevándolas hasta Bougainville, desde donde sería más fácil efectuar incursiones sobre Rabaul y obligar con ello a la Marina nipona a abandonar aquellas aguas.

El almirante Ysoroku Yamamoto, comandante en jefe de la Flota combinada japonesa, conocía muy bien las intenciones de los Aliados, cada día más claras y manifiestas, sobre todo después del curso que tomaron los acontecimientos a partir de febrero y marzo de 1943. Los Aliados estaban transformando Guadalcanal en una inmensa base articulada, a la que constantemente afluían divisiones del Ejército americano y nuevas unidades de *marines* y donde, además, se estaban construyendo aeródromos y depósitos para los abastecimientos. Las fuerzas americanas de Tierra, Mar y Aire aumentaban de día en día.

Los Aliados iniciaron la «escalada» de las Salomón en febrero de 1943. La Operación «Cleanslate», o sea, la conquista de las islas Rusell, situadas a 50 millas escasas de cabo Esperanza, no era precisamente lo que puede definirse como un «salto», pero el vicealmirante William F. Halsey, comandante en jefe norteamericano en el Pacífico meridional, juzgaba que este movimiento era indispensable para garantizar la posesión de Guadalcanal. Así, batallones del Ejército y de la Marina estadounidense desembarcaron, el 21 de febrero, en Banika y en Pavuvu, sin encontrar ninguna resistencia.

Pero Yamamoto reaccionó rápidamente. Había intuido, sin duda, que Mac Arthur intentaba rechazar a las exiguas fuerzas japonesas de Lae y de Salamaua y establecer considerables fuerzas aliadas en la península de Huon, en Nueva Guinea. Por lo tanto, decidió salir al paso del movimiento adversario ordenando al general Hitoshi Imamura, comandante de la 8.ª zona militar japonesa con base en Rabaul, y al vicealmirante Janichi Kusaka, comandante en jefe de la Flota del sector sudoriental, que, sin pérdida de tiempo, reforzaran las posiciones de Nueva Guinea. Esta decisión provocó la batalla que se libró en aguas del archipiélago de Bismarck.

El día 1 de marzo, un importante convoy japonés, que transportaba a la División 51, zarpó del puerto de Simpson y se alejó al largo de la costa septentrional de Nueva Bretaña. Un aparato de reconocimiento *B-25*, de la 5.ª Escuadra aérea de MacArthur, lo avistó y transmitió en seguida, con toda exactitud, su composición. El convoy fue localizado de nuevo al día siguiente, siendo atacado por un grupo de «fortalezas volantes» *B-17*, que consiguieron hundir un buque de gran tonelaje, que precisamente era el que transportaba al mando de la citada división. Sin embargo, los japoneses no se dejaron intimidar y prosiguieron su rumbo, dirigiéndose hacia el golfo de Huon, al amparo de un huracán que estaba aproximándose. Pero, en realidad, navegaban hacia una trampa: violentos e inesperados ataques aéreos aliados, echaron a pique nueve transportes y cuatro destructores.

Una vez más la reacción de Yamamoto fue rápida y decisiva; la tarde del 3 de abril se trasladó personalmente en avión desde Truk a Rabaul, para asumir el mando de «I Go» (Operación «I»), una serie de masivos contraataques aéreos contra los buques aliados y contra las bases aéreas de Guadalcanal y de Nueva Guinea. Con el fin de reunir una fuerza atacante de casi 200 cazas y 170 bombarderos medios, bombarderos en picado y aviones torpederos, Yamamoto sustrajo los aviones y las «águilas marinas» necesarias a tres portaaviones, con base en Truk, destinándolos a Rabaul. Para el primer ataque, que se lanzó contra Guadalcanal el 7 de abril, Yamamoto utilizó 67 bombarderos en picado protegidos por 110 cazas *Zeke* (el tipo *Zero* perfeccionado.)

Mediada la tarde, se desencadenó una violenta batalla aérea sobre la isla de Savo. Las bombas japonesas echaron a pique un petrolero americano, el destructor *Aaron Ward* y una corbeta neozelandesa. Los cazas aliados derribaron 21 aviones adversarios, perdiendo ellos 7, todos de la Aviación naval americana.

Cuatro días más tarde, los japoneses atacaban los buques aliados en la bahía Oro, al sudeste de Buna, en Nueva Guinea, y sus bombarderos en picado hundieron tres de ellos. El 12 de abril, más de 200 aparatos llevaron a cabo una incursión sobre el aeródromo de Port Moresby y dos días después atacaban los navíos fondeados en la bahía de Milne. Embriagados por el éxito, al regreso de su misión, los pilotos japoneses dieron informes muy exagerados respecto de los daños infligidos al enemigo. Según las «águilas», habían sido hundidos un crucero, dos destructores, 25 barcos, entre transportes y cargueros, y derribados 134 aviones aliados. Mas, en realidad, las pérdidas aliadas fueron un destructor, una corbeta, un petrolero, dos cargueros y algo menos de 20 aviones. Estos informes, excesivamente optimistas, facilitados por los pilotos hicieron creer a Yamamoto que la Operación «I Go» había sido un éxito rotundo y por ello el 16 de abril la dio por terminada. Dos días más tarde abandonaba Rabaul con su Estado Mayor para inspeccionar las nuevas bases aéreas de la isla de Buka y de Buin, situadas en el extremo meridional de Bougainville y recientemente terminadas.

Fue este su último viaje de inspección, ya que el Servicio de Información norteamericano de los sectores del Pacífico, que había logrado descifrar el código naval japonés, conocía perfectamente el itinerario que seguiría el almirante nipón. Su aparato, que iba escoltado por seis cazas *Zeke*, fue atacado por los *P-38* de Guadalcanal y estalló en el aire, cuando se estaba acercando a la pista de aterrizaje de Buin. Yamamoto y la mayoría de los miembros de su Estado Mayor, resultaron muertos.

Los japoneses no pudieron mantener en secreto durante mucho tiempo esta pérdida, que supuso para ellos un rudo golpe, pues ni en el Ejército ni en la Marina había otro oficial como Yamamoto, dotado de tan altas cualidades militares, tanta decisión y tanta capacidad para entusiasmar y conducir a su subordinados. El almirante Minichi Koga, que fue designado para sucederle, no era un comandante de la talla de Yamamoto.

Un retraso muy importante

El plan «Elkton», modificado y aceptado de común acuerdo durante las conferencias que se celebraron en Washington a mediados de marzo entre los representantes de Nimitz, MacArthur y Halsey, impuso un aplazamiento de casi 60 días a la operación de Halsey para la conquista del aeródromo de Munda, en Nueva Georgia. Por lo tanto, el vicealmirante aplazó la fecha de dicho ataque hasta el 1 de julio. A la vista de los acontecimientos, este aplazamiento resultó beneficioso, pues permitió a los Aliados efectuar reconocimientos muy precisos de las posiciones japonesas en Nueva Georgia.

Estas islas, recubiertas de una espesa vegetación selvática, se encuentran casi a medio camino de Guadalcanal y Bougainville, y entonces eran poco conocidas. No existían mapas del terreno y los escasos datos hidrográficos de que se disponía eran anticuados e inservibles. Halsey juzgaba indispensable obtener información precisa y de primera mano, y, afortunadamente, existía un organismo que podía proporcionársela.

Se trataba de una organización singular, la de los observadores costeros de las islas Salomón, constituida antes de la guerra por el capitán de fragata A. Feldt, de la *Royal Australian Navy*. Al prever que estas lejanas y poco conocidas islas podían caer algún día en manos de los japoneses, el Gobierno australiano encargó a Feldt que organizase una red de observadores, equipados con aparatos transmisores portátiles de gran potencia, cuya misión sería transmitir toda la información posible acerca de la actividad de los nipones. Feldt se puso inmediatamente en acción y, en la primavera de 1941, la organización funcionaba a pleno rendimiento.

Al principio, esta organización estaba formada por plantadores de las islas Salomón, quienes se habían comprometido a permanecer en sus puestos, más o menos escondidos, si los japoneses invadían las islas. A estos pocos valientes se les unió una docena de jóvenes del servicio colonial británico y australiano y varias docenas de *police-boys* indígenas, fieles, diligentes y perfectos conocedores de la jungla. Halsey confesaría más tarde que, a partir del plan «Elkton», «no realizó un solo movimiento sin la colaboración y ayuda de aquella organización».

Después de establecer contacto con los observadores costeros, las patrullas regresaron a Camp Crocodile, en Guadalcanal, trayendo consigo muy valiosas informaciones topográficas e hidrográficas que hubiera sido imposible conseguir por otro conducto. Se calculó la intensidad de las mareas en los bajos fondos, se efectuaron sondeos, se trazaron gráficos de los pasos que conducían a las lagunas, se eligieron puntos eventuales de desembarco para las tropas atacantes, así como para los materiales y las piezas pesadas, se trazaron pistas y se localizaron las instalaciones de los japoneses.

A primeros de marzo, el contraalmirante Minoru Ota recibió la orden de ultimar cuanto antes las defensas en el grupo de las islas de Nueva Georgia. Entonces Ota concentró sus fuerzas navales de desembarco en Munda y en Vila, en la isla de Kolombangara. Durante los meses de marzo y abril, los efectivos de la Marina fueron reforzados con tropas destacadas de las Divisiones 38 y 51, y el 31 de mayo el Mando Imperial constituyó un grupo defensivo mixto con elementos del Ejército de la Marina, denominado destacamento sudoriental. El mando de dicho grupo se asignó al general Noboru Sasaki, cuya División 38 había proporcionado el grueso de las defensas de Munda-Kolombangara. A fines de junio, Sasaki tenía ya a sus órdenes casi 11.000 hombres. Los elementos más fuertes, que fueron cedidos, no sin cierta resistencia, por el Ejército Imperial, eran dos regimientos de infantería, uno de artillería de montaña, dos batallones de la defensa aérea, un batallón de artillería antiaérea de campaña y un batallón de iluminación de campaña.

El contingente del Ejército había sido incrementado con el 17.º y el 131.º de Zapadores, con varias compañías de ametralladoras antiaéreas y

El 18 de abril de 1943, el almirante Isoroku Yamamoto, comandante en jefe de la Flota combinada japonesa, pereció a bordo de su avión cuando se trasladaba de Rabaul a Bougainville, a consecuencia de un ataque desencadenado por los *P-38* americanos. Su pérdida supuso un duro golpe para los japoneses, que no pudieron sustituirle con ninguna otra figura de su prestigio y de su capacidad. *(US Navy)*



algunos grupos de artillería. Además de los dos grupos navales de desembarco del almirante Ota, la Marina facilitó también cierto número de baterías para la defensa costera, con cañones de 140, 120 y 80 mm. A fines de junio, el general Sasaki y el almirante Ota tenían motivos para considerarse en condiciones de poder retrasar, por no decir contener por completo, el avance de los Aliados a lo largo de las Salomón. La orden recibida era «empeñar al enemigo en una batalla decisiva», y estaban firmemente decididos a obedecerla.

NUEVA GEORGIA:

LOS ATAQUES PRINCIPALES

Mientras los japoneses se apresuraban para completar las defensas de Nueva Georgia, los Aliados estaban proyectando, en Camp Crocodile, donde se hallaba el comandante del grupo anfibio, vicealmirante Richmond K. Turner, una operación a la que habían dado el poco prometedor nombre convencional de «Toenails» (uñas de los pies); esta operación debía realizar, en dos fases, la conquista de los aeródromos de Munda y de Kolombandara.

Una serie de duros ataques aéreos se desencadenó simultáneamente contra Munda y Kolombangara desde las bases de Guadalcanal y de las islas Russell. Durante tres meses –marzo, abril y mayo– los japoneses tuvieron que soportar, por lo menos, una (y a veces dos o tres) incursiones diarias. Fotografías aéreas perfectamente claras, incluso en los más pequeños detalles, revelaron los progresivos efectos de los bombardeos sobre el aeródromo. En el transcurso de las incursiones nocturnas, los aviadores aliados dejaban caer cohetes y bombas, mientras los cruceros y destructores de la Marina americana abrían fuego también contra los aeródromos.

Pero estos ataques no desanimaron a los japoneses en su intento de enviar refuerzos a las fuerzas encargadas de la defensa. Casi todas las noches, un convoy de tres o cuatro destructores –el ya conocido «Tokio Express»– conseguía pasar al Sudeste, por el estrecho Blackett, entre Vella Lavella y Ganonga, con dirección al aeródromo de Vila. Mas, a principios de mayo, Turner tomó la decisión de hacer «descarrilar el exprés». Y así, la noche del día 6, envió al *Slot* al contraalmirante Walden L. Ainsworth, de la Marina estadounidense, con tres cruceros, cinco destructores y tres minadores, que el 21 colocaron un campo de minas magnéticas entre Gizo y Kolombangara. Finalizada su misión, Ainsworth se retiró tan silenciosamente como había llegado.

La empresa dio su fruto la siguiente noche. Cuatro destructores del «Tokio Express» se internaron en el centro del campo minado: uno se hundió inmediatamente, y otros dos resultaron con averías muy graves. A las 10 horas de la mañana del día siguiente, los aviones procedentes de Guadalcanal, que sobrevolaban la zona, pudieron distinguir dos buques que todavía se mantenían a flote y a un destructor que estaba recogiendo a los supervivientes: hundieron a los dos buques averiados, pero el tercero, aunque alcanzado, consiguió regresar a Buin. Esta operación fue seguida con gran complacencia por los observadores costeros, que se apresuraron a transmitir al mando de Turner una descripción detallada de los acontecimientos.

Una semana más tarde, Ainsworth intentó repetir el golpe, penetrando con tres cruceros y cinco destructores en el golfo de Kula, mientras un crucero y tres destructores enfilaban el canal Blanche, con objeto de bombardear el aeródromo de Munda. Las *task forces* lanzaron sobre Munda-Vila casi 10.000 granadas de 127 y 152 mm de alto explosivo, mientras Ainsworth procedía a minar el golfo de Kula. Pero estas minas no consiguieron un efecto inmediato, e incluso el fuego de la artillería sólo provocó daños superficiales: a la mañana siguiente, 26 cazas *Zeke*, que habían aterrizado en Munda para repostar, estuvieron en situación de atacar a la *task force* de Ainsworth cuando regresaba a Guadalcanal.

En 1942, la potencia japonesa parecía invencible. Pero, en realidad, el Imperio nipón era demasiado extenso y su defensa imponía al país un esfuerzo excesivo para sus posibilidades. Esto se hizo más evidente cuando, en 1943, después de las derrotas sufridas en las Aleutianas y en las Salomón, los japoneses se vieron obligados a abandonar estas importantísimas posiciones en el Pacífico septentrional y meridional.

Fracasan los ataques aéreos japoneses

Con su habitual precisión, los observadores costeros transmitieron inmediatamente la alarma, y 100 cazas aliados emprendieron el vuelo. Durante el combate que se trabó derribaron 17 *Zeke* japoneses contra cinco aviones aliados. Pero los japoneses, intuyendo que la invasión de Nueva Georgia era ya inminente, redoblaron su actividad aérea. En pocos días, del 7 al 16 de junio, perdieron 152 aviones en tres grandes batallas aéreas, que se libraron sobre las islas Russell y sobre la de Savo. Sus ataques sólo causaron daños sin importancia a los buques aliados, y ni siquiera la Escuadra aérea de las islas Salomón tuvo que lamentar grandes pérdidas. Entre tanto, los Aliados habían ultimado los preparativos para la Operación «Toenails». La principal unidad atacante sería la División de infantería 43 del Ejército americano, al mando del mayor general John H. Hester, reforzada por el Batallón IX del cuerpo de *marines* estadounidense, por un batallón de artillería de campaña, un batallón de ingenieros navales, una compañía de exploración de los *marines*, el 1.er comando de guerrilleros de las Fidji y varias unidades de ingenieros, de transportes, de sanidad y otras unidades de Servicios.

El vicealmirante Turner asumió el mando general de la operación, cuyo objetivo era la conquista de Munda. Un grupo oriental, más reducido, a las órdenes del contraalmirante americano George H. Fort, se apoderaría del puerto de Viru, de la plantación de Segi y del fondeadero de Wickham.

El plan de ataque a Munda debía desarrollarse en dos fases distintas. En la primera, las fuerzas aliadas desembarcarían en la orilla septentrional de la isla de Rendova, estableciendo posiciones de artillería pesada a fin de efectuar fuegos de destrucción. A esta primera acción seguiría –cuatro días más tarde– el desembarco de dos grupos operativos, el 169 y el 172, a orillas del Zanana, a unos 7 km al este del aeródromo de Munda, que era el objetivo principal. La ocupación de Rendova iría precedida por desembarcos en el puerto de Viru, una base japonesa de barcazas, defendida únicamente (por lo menos así se suponía) por una compañía muy reducida. El territorio de la plantación de Segi, base del observador costero Kennedy, que era su propietario, fue inspeccionado cuidadosamente y se había elegido ya la pista de aterrizaje para los cazas. Las unidades destinadas a llevar a cabo estas operaciones preliminares serían destacadas del IV Batallón de exploradores de los *marines*, del teniente coronel Michael S. Currin.

Pero las fechas de los desembarcos de Currin se vieron alteradas inesperadamente nada menos que por el propio mayor general Sasaki. Desde hacía meses, la constante actividad del observador Kennedy, en Segi, le creaba muchos problemas. Patrullas aliadas se filtraban continuamente a través de la plantación y, desde allí, eran conducidas de nuevo a los submarinos, a los destructores o a los *Catalina* fondeados cerca de la costa, por canoas indígenas. El 17 de junio, una nueva compañía japonesa se presentó en la zona: tenía órdenes de «pacificar la zona de Viru», o sea, dicho con mayor exactitud, de terminar de una vez para siempre con la actividad de Kennedy.

La repentina intensificación de la actividad japonesa alarmó al plantador, quien, intuyendo un peligro inmediato, envió, el 18 de junio, un mensaje urgente a Turner solicitando ayuda. Turner, que bajo ningún concepto deseaba perder Segi, se apresuró a tomar todas las medidas pertinentes. Y así, el 21 de junio, los exploradores de Currin –excepto dos compañías– desembarcaron en la plantación; a la mañana siguiente llegaban otras dos compañías del Ejército americano, así como un pelotón para el levantamiento de los planos del aeropuerto.

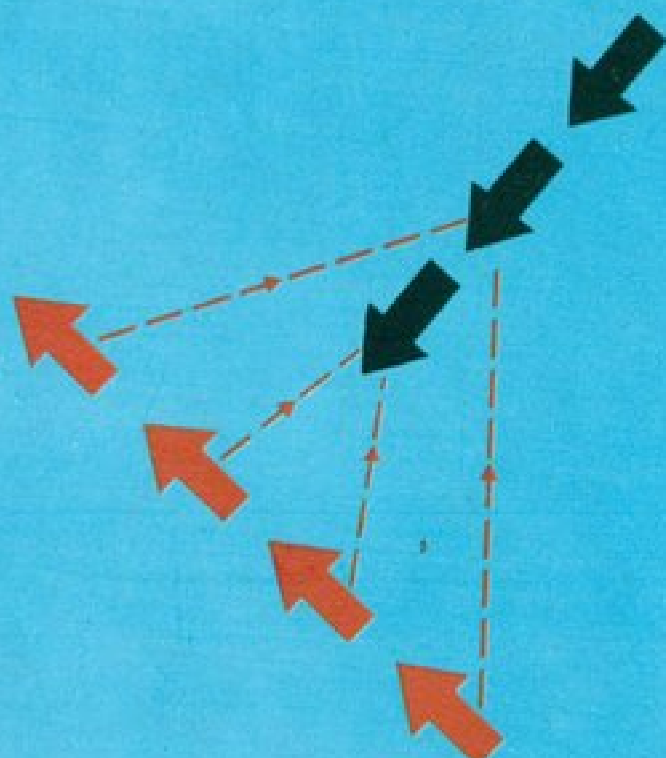
Currin propuso atacar Viru por la retaguardia. Para llevar a cabo este plan, era preciso atravesar 8 millas a bordo de canoas neumáticas, desde Segi a Regi, y de allí a las posiciones retrasadas, en Viru. Todo se desarrolló, más o menos, como estaba previsto, y así el día 1 de julio los hombres de Currin atacaban la guarnición enemiga de Viru. Las defensas japonesas eran débiles y, además, el ataque constituyó una verdadera sorpresa. Las pérdidas de los atacantes fueron mínimas.

Los japoneses se refugian en las colinas

Mientras tanto, el día anterior había dado comienzo el ataque a Rendova; pero empezó mal. Las unidades de exploración *Barracuda*, que debían desembarcar al amanecer de los destructores

LA TÁCTICA FUNDAMENTAL EN LAS BATALLAS NAVALES DE LAS SALOMÓN

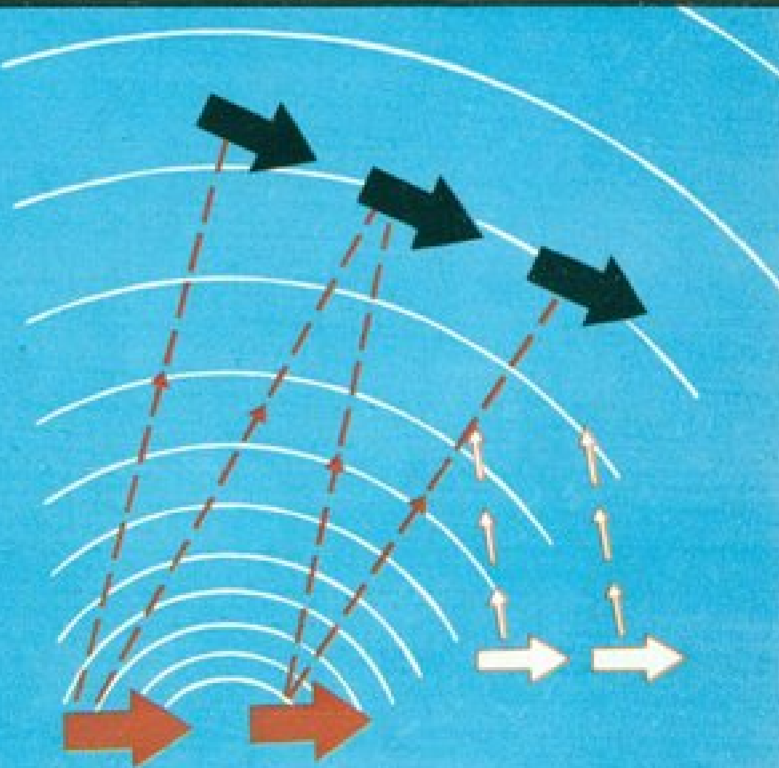
En todas las batallas de las Salomón –desde la de la isla de Savo, en agosto de 1942, a la de la bahía Emperatriz Augusta, en noviembre de 1943– se empleó una táctica que se remonta a la época de la navegación a vela. Ganaba la batalla el almirante que lograba disponer sus buques de forma que aprovechasen al máximo su potencia de fuego. Los gráficos de esta página ilustran esta táctica fundamental, que caracterizó los encuentros navales en las aguas de las islas Salomón.





(Peter Sarson)





1. El atacante (rojo) cruza la alineación enemiga formando el asta superior de una T; si cortaba esta T, podía concentrar toda su potencia de fuego sobre los buques que iban en cabeza de la formación adversaria, impidiendo, al mismo tiempo, que las unidades situadas en la cola pudieran disparar.

2. Una línea de cruceros y destructores vira sucesivamente. El despliegue en una única y larga fila –que era la que preferían los comandantes de la Marina americana en las primeras batallas al largo de Guadalcanal– sólo permitía una libertad de maniobra muy limitada cuando la situación se hacía crítica y difícil de controlar. Los cruceros se indican en rojo.

3. Formación de cruceros y destructores virando simultáneamente. En una situación semejante a la representada en el gráfico número 2, una virada simultánea de los buques americanos situaría, teóricamente, a los destructores (flechas blancas) más cerca del enemigo, impidiendo el tiro de las unidades más lejanas.

4. Un ataque de cruceros y de destructores americanos en el que se explota al máximo la superioridad del radar. Los destructores llevan a cabo un ataque con torpedos (flechas blancas pequeñas), sorprendiendo con ello al enemigo; los cruceros aguardan su reacción antes de intervenir con los cañones de a bordo, dirigidos por el radar (flechas rojas).

En las primeras acciones al largo de Guadalcanal, los japoneses se mostraron notablemente superiores al enemigo en los ataques nocturnos, explotando hábilmente la deficiencia táctica de los americanos. Sin embargo, las expertas tripulaciones niponas fueron siendo eliminadas poco a poco, de batalla en batalla, en tanto los americanos aprendían, en la más dura de las escuelas, a servirse al máximo del radar y de su superior potencia de fuego.

Dent y *Waters* para apoderarse de una cabeza de desembarco, tomaron tierra varios kilómetros más lejos de los puntos previstos. Antes de que lograran alcanzarlos, el grueso de las fuerzas atacantes desembarcó a su vez, a pleno día, encontrando una débil y desorganizada resistencia por parte de los 250 defensores japoneses, los cuales tras disparar unos pocos tiros, huyeron a las colinas.

Desde Munda, los japoneses habían observado todas las operaciones de desembarco en Rendova, mas sin poder hacer nada para impedirlo. No habían previsto que los desembarcos pudieran efectuarse en aquella zona; sus baterías costeras no estaban situadas de modo que pudieran cubrir aquel sector y la artillería de montaña no tenía el suficiente alcance para batir los objetivos.

En el interior, la inmensa extensión verde de la plantación de coco de los hermanos Lever, quedó pronto transformada en un mar de lodo, cuando los tractores anfibios, los *jeeps*, los grandes camiones y los tractores de la artillería pesada y antiaérea hubieron de alejarse de las playas, fácilmente alcanzables por el fuego enemigo, para transportar los materiales de reserva a las zonas destinadas a servir de depósitos. En la angosta playa costera se perfilaba una situación logística espantosa. Los japoneses presenciaban con viva preocupación la actividad de los Aliados, cuya finalidad era evidente. En dos días, el almirante Kusaka reunió todos los aviones que le fue posible encontrar para un ataque contra Rendova, y el 2 de julio logró que despegaran de Rabaul 25 bombarderos *Betty*, escoltados por otros tantos *Zeke*. Ocultos entre grandes masas de nubes, los aviones japoneses se acercaron volando muy bajo, viraron al este del monte Rendova y atacaron por sorpresa a las tropas aliadas. (Debido a un inminente huracán, los cazas americanos habían recibido la orden de regresar a sus bases veinte minutos antes de la incursión japonesa). Las bajas americanas fueron unas 200, entre soldados y marineros de los servicios de desembarco; pero, aparte los muertos y los heridos, los daños fueron casi nulos.

Envalentonado por el relativo éxito obtenido, Kusaka quiso repetirlo dos días más tarde. Y entonces fracasó. De los 100 aviones que participaron en la acción, sólo 16 lograron situarse sobre el objetivo y de éstos, 12 fueron derribados por el fuego de los cañones antiaéreos. Este fue el último gran ataque aéreo contra las posiciones aliadas en las Salomón centrales.

Entre tanto, el mando japonés de Rabaul se enfrentaba con un grave problema. Era evidente que las unidades de Halsey pretendían establecerse definitivamente en las Salomón centrales, mientras MacArthur efectuaba constantes acciones contra los japoneses en Nueva Guinea. La Aviación del Ejército y de la Marina Imperial habían perdido ya centenares de aparatos en el curso de abril, mayo y junio, y ahora, a primeros de julio, también la Marina se encontraba con seis o siete destructores y nueve transportes menos con respecto a los meses anteriores.

Los intentos para reforzar las guarniciones en Nueva Guinea acabaron en un fracaso, así como los esfuerzos para impedir que los Aliados pusieran pie en islas centrales de las Salomón. Y los jefes de estas zonas sabían que no podían contar con ninguna ayuda eficaz. Rabaul había dado a entender claramente que, en adelante, sólo se debería contar con los recursos de que se disponía el 2 de julio. Yamamura confió al general Sasaki el mando de todas las unidades del Ejército y de la Marina imperiales presentes en las Salomón. Este fue el primer mando «unificado» creado por los japoneses en la segunda Guerra Mundial. Sasaki no tuvo mucho tiempo para coordinar la defensa, puesto que algunas unidades atacantes habían desembarcado en las costas de Zanana y avanzaban por el Oeste, dirigiéndose hacia el río Bariki.

Aun cuando los planes japoneses habían previsto «la destrucción del enemigo en la propia playa», el desembarco no halló la más mínima resistencia. Y así, la noche del 5 de julio, los dos grupos operativos tocaron tierra con el apoyo directo de la artillería, que se hallaba situada en los islotes cercanos.

Ese mismo día, el grupo de desembarco septentrional, al mando del coronel Harry Liversedge (apodado «el caballo»), del cuerpo de *marines*, desembarcaba en el fondeadero de Rice, a unos 24 kilómetros al norte de Munda, y avanzaba por el Sur, hacia la ensenada de Enogai y el puerto de Bairoko.

Aparte de las dificultades que presentaba la jungla, del calor sofocante y de la falta de agua, las previsiones para el ataque a Munda parecían favorables. Sin embargo, hacia la medianoche del 6 de julio, tales previsiones fallaron. En efecto, el regimiento de infantería 169, que tenía su *vivac* nocturno en el brazo oriental del Bariki, fue atacado por los japoneses, que penetraron en el perímetro defensivo americano y casi provocaron una catástrofe. Era la primera vez que este regimiento entraba en fuego, y sus oficiales y soldados –pese a su buena preparación práctica– no estaban psicológicamente preparados para sostener un inesperado y feroz cuerpo a cuerpo nocturno en la intrincada vegetación tropical. Los japoneses atacaron el batallón avanzado, al que casi aniquilaron.

La noche del 8 de julio los americanos se hallaban en la orilla oriental del Bariki, que Hester había elegido como punto de partida para el ataque al Oeste. El Regimiento de infantería 172 se hallaba a la izquierda (al Sur) y el 169 a la derecha (al Norte), escalonado en profundidad hacia la retaguardia.

Hester esperaba realizar el avance definitivo el 9 de julio, y al amanecer de aquel día la zona de acción, al oeste del Bariki, fue intensamente bombardeada por buques de guerra y por aviones. Estos bombardeos masivos ejercieron un efecto estimulante sobre las fuerzas que atacaban, sembrando al mismo tiempo el desconcierto entre los japoneses. Mas los daños causados en las posiciones fueron muy ligeros, pues hasta aquel momento nadie tenía la más vaga idea ni de la situación ni de la consistencia de las defensas japonesas.

Los escasos senderos que llevaban de las orillas del Bariki a Zanana eran prácticamente intransitables en aquella estación, y la labor de abrirse paso se veía seriamente obstaculizada por las constantes emboscadas y por la acción de los tiradores aislados o de las patrullas japonesas. La situación se hizo todavía más grave cuando el Regimiento 169, una vez atravesado el Bariki, tropezó contra una serie de sólidos *bunker* cuidadosamente ocultos. Los defensores, armados de ametralladoras pesadas y ligeras y de pequeños morteros, detuvieron a las fuerzas americanas.

Repliegue japonés sobre Munda

Dado el curso de las operaciones, Hester ordenó al 172 que envolviera al enemigo por el Sur, atacando la playa de Laiana, y al 169 que extendiera su propio frente también hacia el Sur. El 13 de julio, después de sostener duros combates, los americanos salieron de la jungla, hallándose sobre la arena coralina. Los defensores japoneses, atacados por retaguardia, consiguieron retroceder y retirarse a Munda. Pocas horas después llegaron a Laiana las avanzadas de una larga fila de medios de desembarco y barcazas que transportaban los carros de combate.

Mientras tanto, Hester procedió al relevo del coronel, jefe del 169 de infantería, sustituyéndole por un oficial más joven y enérgico, el coronel Temple Holland, quien llevó consigo un Estado Mayor cuidadosamente elegido. Holland dedicó los dos primeros días en visitar la línea del frente, tratando de infundir nueva fuerza a aquellos hombres profundamente desmoralizados. En el curso de los cuatro días siguientes, gracias a una serie de duros ataques, el Regimiento avanzó 900 metros en el interior de la jungla, arrollando numerosas posiciones enemigas fortificadas. Desde la cima de las alturas conquistadas, los americanos podían ver claramente el aeródromo de Munda, pero el objetivo estaba aún a casi 4,5 km y el terreno, áspero y difícil, daba a entender que el avance sería arduo y peligroso.

Por su parte, el general Sasaki había tomado todas las medidas para que esta situación continuara. Cada noche enviaba refuerzos desde Vila, constituidos, en su mayor parte, por sirvientes de ametralladoras y piezas contracarros, que eran transportados en la oscuridad de la noche a bordo de barcazas.

La Marina americana intervino, tratando de impedir estas operaciones, mas no logró resultados eficaces.

En Rabaul, el general Hitoshi Imamura, dándose cuenta de las dificultades de Sasaki, empezó a enviar tropas de Bougainville a Kolombangara, y, decidido a vender Munda muy cara, exhortó a los hombres de Sasaki a persistir en la defensa de Nueva Georgia y a morir gloriosamente por el emperador.

El 15 de julio, el Regimiento de infantería 172, apoyado por seis carros de combate, lanzó un ataque al Oeste; pero sus progresos fueron muy lentos, pues los *bunker* japoneses, construidos con tronco de cocotero y perfectamente enmascarados, constituían un gran obstáculo muy difícil de vencer.

Ambos regimientos, no solamente fueron detenidos por las fuerzas japonesas, sino también por las dificultades del terreno, la temperatura tórrida y el agotamiento.

Tal era la situación para los americanos cuando, el 16 de julio, Sasaki decidió pasar al contraataque. El Regimiento 13 nipón, al mando del coronel Satoshi Tomanari, recibió la orden de abandonar sus posiciones al norte de Munda, avanzar a través de la jungla en dirección Este y atacar, envolviéndola, la retaguardia de la División 43 americana. Pero los movimientos del enemigo fueron descubiertos por los americanos el 17 de julio, y así, poco después de anochecer, cuando elementos del regimiento de mando de Tomanari atacaron los depósitos, puestos de mando y posiciones de la artillería americana, se entabló un feroz combate, que duró toda la noche y en el que los nipones llevaron la peor parte. Al amanecer Tomanari ordenó la retirada de las fuerzas. Esta fue la última tentativa de Sasaki para asumir de nuevo la iniciativa.

Para los americanos, en cambio, este fue el incentivo para reanudar las operaciones. Cuatro nuevos grupos atacantes, cada uno con efectivos de un regimiento, desembarcaron entre la mañana del 18 de julio y la tarde del 22. El grueso del Regimiento 169 se retiró a Rendova, para un período de reposo y de reorganización. Las fuerzas desembarcadas alcanzaban en aquel momento la entidad de casi dos divisiones completas, con un frente de unos 3,5 km al norte de Laiana. En este punto se constituyó el Cuerpo de Ejército XIV, al mando del general de división Oscar W. Griswold.

Durante los seis días que siguieron, las fuerzas atacantes se abrieron paso lentamente hacia Munda, y el 1 de agosto algunos elementos avanzados de la División 43 irrumpieron, procedentes de la jungla, en el límite meridional del aeródromo. Las defensas japonesas situadas al este del campo fueron rápidamente arrolladas, y entonces Sasaki decidió retirarse a las colinas del Norte, dispuesto a oponer en ellas una resistencia hasta la muerte.

Siguieron cuatro días de combates esporádicos, pero a pesar de la defensa la tarde del 5 de agosto, el aeródromo y la zona circundante estaban ya en poder de los Aliados.

Diez días más tarde, los cazas norteamericanos despegaban ya del aeródromo de Munda, y en Camp Crocodile los Estados Mayores navales y de los *marines* dirigieron su atención sobre el próximo objetivo: Bougainville.



Fuerzas del I Cuerpo de Ejército de *marines* en las proximidades de la bahía Emperatriz Augusta, donde tuvieron efecto los desembarcos previstos en la Operación «Cherryblossom» para la conquista de Bougainville. (Foto G. M.)

NUEVA GEORGIA: EL ATAQUE AL NORTE

En junio de 1943, cuando las fuerzas americanas atacaron Nueva Georgia, las de los defensores japoneses, al mando del general Sasaki, estaban distribuidas en la isla en partes casi iguales: una mitad en Munda, junto a la costa meridional, y la otra mitad en Vila, sobre la adyacente isla de Kolombangara. Los japoneses tenían, además, una importante base de barcazas en Bairoko, con una batería de cuatro cañones de 140 mm situada en la ensenada de Enogai, al Oeste. Estos cañones estaban asentados de forma que dominaban el golfo de Kula, mientras el 6.º grupo naval de desembarco *Kure* tenía a su cargo la responsabilidad de la defensa del sector Bairoko-Enogai.

Por ello, el plan de ataque de Halsey preveía que el grupo de desembarco septentrional, al mando del coronel Harry B. Liversedge, desembarcara en el fondeadero de Rice, avanzara por tierra hasta Enogai, la conquistase, bloqueara el sendero Bairoko-Munda y, desde estas posiciones, lanzara un ataque convergente contra Bairoko.

La empresa era peligrosa desde todos los puntos de vista. Los destructores deberían actuar en la oscuridad, muy próximos a la costa y en aguas del golfo de Kula, por las que patrullaban unidades navales enemigas. En cuanto al terreno entre el fondeadero de Rice y Enogai era una jungla de la que todavía no se habían sacado planos, cruzada por ríos de curso lento, a trechos pantanosos. De los primeros informes se desprendía que un avance a través de este territorio iba a ser absolutamente imposible.

Mas, por otra parte, había también otras circunstancias alentadoras para efectuar el desembarco. Donald G. Kennedy, el observador costero de la plantación de Segi, podía proporcionar guías indígenas que conocían perfectamente la zona y, en consecuencia, dos patrullas de reconocimiento, al mando del capitán de navío Clay A. Boyd, inspeccionaron el sector elegido para el desembarco, se pusieron en contacto con los agentes de Kennedy y confirmaron que, efectivamente, había posibilidades de abrir senderos para facilitar el avance a través de la nutrida vegetación que se extendía entre Rice y Enogai.

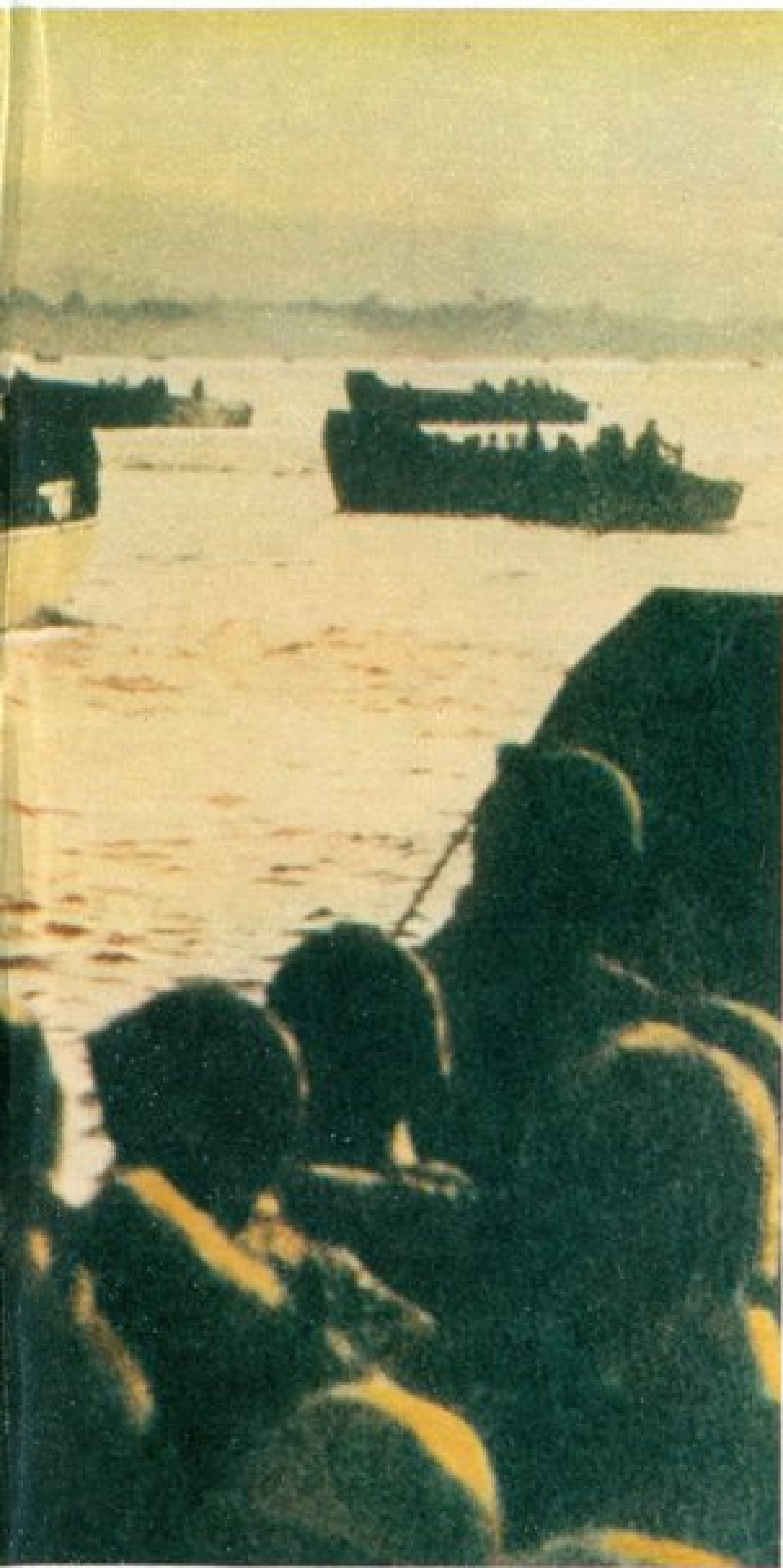
Grupos de indígenas empezaron a arrancar plantas y arbustos a fin de crear una zona de desembarco de casi medio kilómetro hacia el interior de la ensenada de Rice, y la noche del 4 al 5 de julio una formación de cruceros y destructores americanos penetró en ella, con el grupo de desembarco de Liversedge. Un submarino japonés, que estaba al acecho, lanzó una serie de torpedos, hundiendo al destructor americano *Strong*. A pesar de todo, a las 3 horas del día 5 todo el grupo de desembarco septentrional estaba ya en tierra.

Los *marines* y los soldados del Ejército encontraron a Boyd en su puesto; con él se hallaba también el capitán J. A. Corrigan, de la Aviación australiana –uno de los colaboradores de Kennedy en la vigilancia costera–, al mando de un oportuno grupo de 100 porteadores indígenas. Poco después del amanecer se emprendió la marcha, siguiendo tres senderos paralelos, hacia la punta oriental de la ensenada de Enogai.

Fue ésta una lucha de dos días y medio que, posiblemente, ninguno de los que tomaron parte en ella podrá olvidar jamás. Caía una lluvia insistente, y pronto todo el terreno se transformó en un inmenso lodazal, donde los hombres se hundían hasta las rodillas. El primer día, las columnas recorrieron una distancia de casi 8 km, pernoctando a orillas del Giza Giza, mientras en las aguas del golfo de Kula se desarrollaba una violenta batalla naval, que terminó con el hundimiento del crucero americano *Helena* y de dos destructores japoneses.

El 7 de julio, el grupo avanzado de Liversedge rodeó la punta oriental de la ensenada de Enogai, dirigiéndose al Oeste, hacia la península del Dragón, que separa Enogai de Bairoko; y pese a los encarnizados combates sostenidos con los japoneses, el día 10 logró afianzarse sólidamente en la retaguardia enemiga, mientras el grueso avanzaba para conquistar Enogai.

La primera reacción de los defensores no se manifestó hasta muy entrada la tarde, cuando dos ametralladoras ligeras abrieron fuego contra una compañía desplegada en el centro. Luego se sucedieron combates esporádicos en todo el frente, a medida que los japoneses enviaban pequeños grupos de refuerzo a los puestos avanzados y débilmente defendidos. Al anochecer cesó el fuego; pero, apenas amaneció, los americanos reanudaron el ataque y los japoneses empezaron a ceder. A media tarde, los invasores eran dueños absolutos de Enogai, así como de su batería de cañones de 140 mm, de numerosas ametralladoras y de considerables cantidades de víveres, armas portátiles y municiones. Las bajas americanas sumaron 48 muertos, 4 desaparecidos (probablemente también muertos) y 77 heridos; las japonesas ascen-



dieron a casi 350. La guarnición de Enogai quedó aniquilada.

El día 11 de julio, el cuadro general que presentaba la situación en Nueva Georgia justificaba la satisfacción del mando aliado:

- en el Sur los invasores de Currin habían conquistado Viru;
- la isla de Rendova había sido ocupada;
- en Segi, bajo la vigilancia de Kennedy, se estaba procediendo a nivelar el terreno para construir una pista de aterrizaje para los cazas americanos;
- el batallón holandés de Schultz, perteneciente al grupo de Liversedge, se hallaba en una posición a caballo del sendero Munda-Bairoko y lo cerraba;
- el grueso de las fuerzas de Liversedge, después de conquistar Enogai, se preparaba para atacar Bairoko.

El único obstáculo se hallaba frente a Munda, donde la División 43 de Hester chocaba con la tenaz resistencia japonesa, a la que se añadían las dificultades creadas por la jungla y el mal tiempo.

También Schultz, que bloqueaba el camino entre Munda y Bairoko, tenía sus problemas: falta de víveres y de agua y la dura resistencia opuesta por los japoneses.

Schultz permaneció en actitud defensiva durante la mañana del 8 de julio, y la tarde del mismo día fue atacado varias veces por patrullas enemigas; evidentemente se trataba de acciones diversivas, destinadas a desviar la atención de Schultz de un punto débil que el enemigo había descubierto en su flanco derecho y por donde atacó en fuerza. Se produjeron entonces encarnizados combates que duraron varias horas, mas sin resultados. Al oscurecer, pequeños pelotones de japoneses se lanzaron a la llamada «carga banzai», esto es, un ataque a la bayoneta, precedida por el grito de «Banzai!», tan temerario que, prácticamente equivalía al suicidio; pero los americanos les rechazaron. El 12 de julio, Liversedge envió una compañía en ayuda de Schultz y, por primera vez en cuatro días, sus hombres pudieron tomar un alimento digno de tal nombre gracias a los infatigables porteadores indígenas de Corrigan, apodados afectuosamente «los chicos de Corry».

Ahora Liversedge debía afrontar el problema de la conquista de Bairoko; pero antes de poder tomar seriamente en consideración esta empresa era preciso reunir de nuevo sus fuerzas. Para ello dispuso la desmovilización de la base de abastecimientos, establecida en Rice, y decidió que las fuerzas navales de desembarco se dirigieran hacia Enogai. Ordenó también a Freer que reuniese su batallón en Triri, y a Schultz que se retirase de la posición a caballo del camino Munda-Bairoko, por las dificultades que creaba el problema de hacerles llegar las provisiones.

En Enogai los americanos se hallaban en buenas condiciones; el problema más grave se presentaba de noche, cuando los bombardeos de los hidroaviones japoneses hacían imposible el reposo, y los *marines* se veían obligados a trasladarse constantemente a los refugios subterráneos apenas los vigías advertían el zumbido característico de los motores de las «lavadoras de Charlie», como se llamaba a aquellos aparatos nipones.

Las cercanías de Bairoko fueron minuciosamente exploradas; mas Liversedge no poseía suficientes elementos de juicio en cuanto a la cantidad y calidad del armamento de las fuerzas japonesas que las defendían. La falta de informaciones precisas se reveló como factor crítico, pues los japoneses no tenían en Bairoko las dos compañías de que hablaban los informes, sino un batallón al completo, cuatro morteros de 90 mm y un grupo de artillería a lomo.

El día 18, habiendo recibido el refuerzo del Batallón IV, con sus efectivos reducidos, Liversedge proyectó atacar Bairoko el 20. El ataque debía ir precedido, según el plan, por una importante incursión aérea; pero los exploradores

Protegidos por un carro de combate, infantes americanos prosiguen fatigosamente su avance a través de la intrincada jungla de Bougainville, infestada de japoneses. Los soldados americanos desplegados en las posiciones avanzadas tenían que combatir en condiciones casi infrahumanas, a consecuencia de la escasez de abastecimientos y de los duros combates que se sucedían, día y noche, sin un momento de tregua. *(Foto G M)*

aguardaron en vano el momento de desencadenar el ataque, porque los aviones no comparecieron ni a la hora fijada ni más tarde. Asimismo, el batallón de Schultz, que también debía encontrarse en la línea de partida para el ataque al este de Bairoko, estaba a varios kilómetros de distancia del punto señalado. Para completar la serie de contratiempos, las comunicaciones por radio de Liversedge quedaron interrumpidas.

Después de esperar durante 45 minutos la prometida incursión aérea, los *marines* se lanzaron igualmente al ataque y se inició la batalla. Los japoneses, en la seguridad de sus *bunker* enmascarados, inmovilizaron durante media hora a los atacantes. Pero, mientras tanto, tres de sus posiciones claves se habían derrumbado y el peso del esfuerzo sostenido hasta entonces empezó a hacerse sentir. Los japoneses abandonaron la línea de los *bunker* a lo largo de la cresta de las colinas y se replegaron sobre la última línea defensiva, a unos 450 metros del puerto de Bairoko. Desde las alturas, los *marines* veían las aguas del puerto, mas aquella conquista de las crestas montañosas fue una victoria ficticia, pues los japoneses empezaron a hostigarlos inmediatamente con sus morteros de 90 mm, que, hasta aquel momento, habían permanecido inactivos. Y los *marines* no disponían de una artillería lo bastante potente para responder al fuego de barrera del enemigo, por lo cual debieron sufrirlo pasivamente.

Pese a ello, siguieron avanzando, y a las 16 horas habían ganado algún terreno, llegando hasta 270 metros al norte del puerto; pero este punto marcó el máximo de sus posibilidades. En seis horas de combate perdieron 250 hombres; no habían recibido ayuda aérea ni la de los batallones de Schultz, que todavía se encontraba en medio de la jungla. El batallón de Freer –única posible reserva de Liversedge– estaba escalonado entre Triri y Enogai, luchando con los problemas del abastecimiento y de la evacuación de heridos, cuyo número aumentaba de hora en hora. Por añadidura, subsistía el peligro de que la guarnición japonesa de Baikoro recibiera refuerzos, y este último factor determinó la decisión de Liversedge de poner fin al combate.

Así terminó la batalla de Bairoko, que vio a los japoneses todavía en posesión de su base de barcazas y al grupo de desembarco de Liversedge detenido en Enogai. Patrullas de una y otra parte sostuvieron todavía algunos breves combates esporádicos, pero la batalla no se reanudó.

La conquista de Enogai había sido una brillante operación a escala reducida, mientras los combates por Bairoko fueron una serie de errores de cálculo, de equívocos y de contratiempos. A causa de la insuficiencia del Servicio de Información, de las frecuentes interrupciones en las transmisiones y, sobre todo, por la falta del apoyo aéreo, el grupo de desembarco septentrional se vio obligado a luchar solo y con sus propios medios. Pero sin estos sacrificios, las fuerzas americanas, que ahora debían afrontar otro formidable obstáculo –el de Bougainville– hubieran pagado indudablemente un precio mucho más alto por la conquista de Nueva Georgia y de Munda, que representó la más sangrienta batalla de toda la campaña de las Salomón.

LA CONQUISTA DE BOUGAINVILLE

La condición previa para el éxito del plan «Elkton», de MacArthur, era conquistar posiciones en Bougainville –la mayor de las islas Salomón–, donde sería posible construir aeródromos desde los cuales los cazas aliados podrían despegar como escolta de los bombarderos y de los aviones torpederos en la campaña para la neutralización de Rabaul.

La importancia estratégica de Bougainville era evidente, tanto para MacArthur, Nimitz y Halsey, como para los jefes japoneses, quienes, a fines de marzo de 1942, habían empezado a establecer aeródromos en la isla de Buka, en el extremo septentrional de Bougainville; en Tenekau y en Kieta, en la costa oriental; en Kahili y en Kara, en la meridional, y en la Ballade, en las islas Shortland.

El primitivo plan de Halsey consideraba la posibilidad de la conquista de las Shortland, a la que seguiría un ataque a amplia escala contra la zona de Buin. Pero después de un minucioso examen de los planos y de las fotografías aéreas, dicho plan fue descartado, por lo que desapareció la posibilidad de construir el complejo de aeródromos y de instalaciones que se juzgaban necesarios. Se consideró entonces el proyecto de ocupar las islas Treasury, como paso preliminar para un asalto anfibio cuyo objetivo sería Kieta, en la costa oriental, o bien la zona de la bahía Emperatriz Augusta, en la occidental.

La proposición del ataque a Kieta se tomó seriamente en consideración; mas, por último, también este objetivo fue descartado a favor de la segunda alternativa, la del ataque a la bahía Emperatriz Augusta. A primera vista no parecía en modo alguno aconsejable un desembarco en este sector de la costa, pues se carecía de cartas náuticas de sus fondos marinos. Además, inmediatamente después de la playa se extendían varios kilómetros de terreno pantanoso y de bosques espesísimos e intrincados, y, por añadidura, la fuerte resaca reinante en aquella costa hacía casi imposible el desembarco con los pequeños medios de que se disponía.

En cambio, la zona estaba prácticamente desguarnecida de toda defensa, y este fue, a la postre, el factor determinante de la elección de la bahía Emperatriz Augusta para efectuar el desembarco. Asimismo, se había podido comprobar, según los informes de las patrullas de exploración desembarcadas de los submarinos, que en esta zona de la bahía existían explanadas lo suficientemente am-

Tropas americanas avanzando en el corazón de la jungla, en una lenta y extenuante marcha a través de las zonas pantanosas, donde debido a la naturaleza del terreno los soldados se hundían hasta la rodilla. *(US Marine Corps)*





Soldados pertenecientes al Batallón 82 estadounidense en plena acción, con un mortero de 107 mm, contra las fuerzas japonesas en la isla de Arundel, en las Salomón. *(US Army)*

plias que permititían la construcción de grandes aeródromos.

En sus planes defensivos, el general Hyakutake, jefe del Ejército 17 nipón, había considerado, y rechazado después, la bahía Emperatriz Augusta como probable objetivo de los Aliados, de modo que, a excepción de una compañía reforzada en cabo Torokina, las fuerzas japonesas más próximas se encontraban en las guarniciones de Buin y de Kieta. La naturaleza prohibitiva del terreno, la densa jungla y la carencia casi absoluta de senderos interiores, exluían la posibilidad de una rápida intervención.

El Servicio de Información aliado había calculado, con notable precisión, los efectivos y el despliegue de las fuerzas del Ejército 17, que ascendían a 5000 hombres en el sector de Buka-Bonis, otros 5000 en Kieta y 15.000 (que integraban la división a las órdenes del teniente general Masatane Kanda) en Buin. Además, el mando de Hyakutake disponía de un complemento naval para la defensa de los aeródromos de Kara, de Kahili y de las Shortland, puesto que la 8ª Flota japonesa había destacado allí casi 12.000 hombres. Por lo tanto, en octubre de 1943, el Ejército 17 contaba con unos efectivos que se aproximaban a los 40.000 hombres.

Los aviones con base en Bougainville sumaban, en conjunto, unos 450 aparatos; de los cuales 160 eran cazas *Zeke* y 240 bombarderos medios y en picado. Por último, en la base de Buka, la Marina Imperial tenía dos cruceros, diez destructores, doce transportes y doce submarinos.

Halsey establece el «Día D»

Halsey tomó la decisión definitiva el 1 de octubre, y ese mismo día comunicó a MacArthur su intención de desembarcar en la zona de cabo Torokina, fijando como fecha inicial de la operación la del 1 de noviembre de 1943. El comandante del Pacífico sudoccidental aprobó tanto la zona elegida como la fecha. El nombre convencional asignado a la operación en bahía Emperatriz Augusta fue «Cherryblossom» (flor de cerezo), en tanto la proyectada operación «D-5» –conquista de las islas Treasury para la instalación de un radar de largo alcance– se denominó convencionalmente «Goodtime» (buen tiempo).

Se tuvo en cuenta la posibilidad de que una decidida acción aeronaval del enemigo comprometiese el éxito de la empresa; pero ahora la 3ª Flota americana ya era lo suficientemente fuerte como para poder mantener a raya a las unidades de superficie japonesas y asimismo la potencia aérea aliada se hallaba en condiciones de competir con todas las fuerzas que el comandante de la aviación japonesa en Rabaul pudiera oponerle.

Las fuerzas atacantes destinadas a la Operación «Cherryblossom» fueron proporcionadas por el I Cuerpo de Ejército anfibio de los *marines*. En teoría, este Cuerpo estaba integrado por tres divisiones, mas lo cierto era que sólo disponía de una, de la 3. La primera estaba a las órdenes de MacArthur, quien tenía intención de hacerla desembarcar en noviembre en Nueva Bretaña occidental, y la 2ª estaba destinada a cumplir la primera fase de la campaña en el Pacífico central: el ataque a las islas Gilbert. Otra gran unidad americana asignada al I Cuerpo de Ejército fue la División 37, que se estaba reorganizando, reequipando y adiestrando después de la conquista de Munda.

En este período, el citado I Cuerpo de Ejército se hallaba bajo el mando del teniente general Alexander A. Vandergrift, y la División 3 de *marines* al mando del general de división Allen H. Turnage. La división, de guarnición en Guadalcanal, estaba bien adiestrada y equipada; lo mismo podía decirse de la Brigada 8 neozelandesa, del general R. A. Row, integrada por 7000 hombres y destinada a la conquista de las islas Treasury (Mono y Stirling), en cumplimiento de la Operación «Goodtime» fijada para el 27 de octubre.

Mientras la unidad de Row desencadenara su ataque contra Mono y Stirling, se produciría casi simultáneamente un desembarco diversivo en la isla de Choiseul, indicado con el nombre convencional de Operación «Blissful» (feliz), llevado a cabo por el II Batallón paracaidista de los *marines*. Su comandante, el teniente coronel Victor H. Krulak, recibió la orden de hacerles desembarcar en Choiseul a medianoche del 27 de octubre, crear la mayor confusión posible entre los japoneses y, transcurridos cinco días, retirarse.

Las islas de Treasury, objetivo asignado a los neozelandeses de Row, se hallaban situadas casi a 60 millas al noroeste de Vella Lavella y a unas 20 millas al sur de las Shortland. Halsey ya había previsto, acertadamente, que la operación de Row atraería la atención sobre el sector Shortland-Buin. Los neozelandeses desembarcaron el 27 de octubre, y cinco días más tarde, el 31, ya se hallaban sólidamente establecidos. El 1 de noviembre rechazaban el último contraataque japonés, y los diez días sucesivos los emplearon en operaciones de limpieza. Durante la Operación «Goodtime» los neozelandeses sufrieron casi 200 bajas (40 muertos y 145 heridos); las unidades americanas afectas a Row tuvieron 12 muertos y 29 heridos. En cuanto a los japoneses, los Aliados encontraron y sepultaron 200 cadáveres, pues sólo capturaron 8 prisioneros.

En tanto los neozelandeses conquistaban las islas Treasury, los paracaidistas desencadenaron

Bougainville: soldados americanos tratan de alejar unos barriles de combustible de un depósito donde se ha desencadenado un violento incendio, tras un ataque aéreo japonés. (US Marine Corps)



un furioso ataque contra Choiseul. Krulac había desembarcado cerca de Voza, y durante tres días sucesivos sus patrullas crearon la confusión y el desorden en toda la zona, en un grado increíble si se tiene en cuenta lo exiguo de sus efectivos. Pero el 1 de noviembre, los japoneses comprendieron que no se trataba de un desembarco en fuerza y aquel mismo día el observador costero C. W. Seton, de la *Royal Australian Navy*, que se encontraba con los *marines*, fue informado por los indígenas de que unos 800 japoneses estaban concentrados en Sangigai, preparándose para el ataque. Ante esta amenaza, Vandergrift ordenó a los paracaidistas que se retiraran. La evacuación se llevó a cabo la noche del 3 de noviembre, sin tener que lamentar ninguna baja. Mientras tanto, en Bougainville acababa de iniciarse el ataque en fuerza.

Sorpresa al amanecer

Las acciones aliadas en las islas Treasury y en Choiseul lograron su objetivo, esto es, engañar a los japoneses, quienes estaban convencidos de que el próximo ataque en las Salomón se desarrollaría en la zona de Shortland-Buin. Por ello, la guarnición de cabo Torokina, que esperaba ser reclamada de un momento a otro al sector de Buin, quedó muy sorprendida cuando, al amanecer del día 1 de noviembre, vio una escuadra frente a la bahía Emperatriz Augusta. Eran las unidades de la fuerza septentrional del contraalmirante Theodore S. Wilkinson, que transportaban el escalón de ataque de la 3ª División de los *marines* de «Hal» Turnage.

El plan de ataque preveía el desembarco simultáneo de siete batallones sobre un frente de playa de casi 5,5 km. Y también al mismo tiempo, el III Batallón de exploración debería desembarcar en la isla Puruata.

A las 7,15 horas, los cañones de los buques abrieron fuego contra los objetivos interiores y laterales, mientras 31 aviones, despegados de la base de Munda, bombardeaban y ametrallaban la línea costera. La primera oleada de desembarco del IX Batallón de *marines*, al mando del coronel Edward A. Craig, tomó tierra a las 7,22 horas, dirigiéndose hacia las playas situadas al noroeste del río Koromokina. En esta zona el problema no lo constituían los japoneses –pues no había ninguno– sino la fuerte resaca. En efecto, a media mañana, 86 lanchas de desembarco ya habían encallado en la playa; muchas de ellas, con el casco perforado, estaban llenas de agua y otras habían sufrido daños irreparables.

En las playas orientales, donde estaba desembarcando el 3.er Regimiento de *marines* del coronel George W. Mac Henry, la situación era diametralmente opuesta. En este punto, por el contrario, el problema no era la resaca, sino los propios japoneses. Al tomar tierra el I Batallón, en cabo Torokina se creó una situación caótica. Los defensores disponían de suficientes ametralladoras y de un cañón de 75 mm, y apenas vieron que las lanchas de desembarco se acercaban abrieron fuego contra ellas. El segundo cañonazo dio de lleno en la lancha que ocupaba el comandante del grupo, hundiéndola. Al aumentar el fuego enemigo, las lanchas intentaron dispersarse, creando así una mayor confusión. Sin embargo, la mayoría de ellas, aunque averiadas, consiguieron alcanzar la orilla, y los hombres tomaron tierra bajo el intenso fuego japonés. El comandante del batallón había sido gravemente herido y esto motivó que la acción táctica quedase momentáneamente sin jefe. Pero los comandantes de grado inferior, incluso los sargentos y los cabos, reaccionaron rápidamente, y una hora después del desembarco, el oficial que había asumido el mando pudo informar: «Hemos dominado la situación». A media tarde los *marines* habían conquistado una docena de *bunker*, en cuyo interior se encontraron más de 150 cadáveres de soldados japoneses.

El III Batallón de exploración del teniente coronel Fred D. Beans desembarcó en Puruata a la hora convenida. Los americanos, aunque hostigados de vez en cuando por las ametralladoras ligeras escondidas y por decenas de tiradores aislados, se aseguraron rápidamente el control de la situación, si bien perdiendo más de 40 hombres.

El mando japonés de la zona de Rabaul había reaccionado incluso antes de que los *marines* llegasen a tierra. En efecto, aun no habían transcurrido dos horas desde el momento en que los transportes comparecieron en el sector del objetivo, cuando apareció una escuadrilla formada por unos 30 *Zeke*, que combatieron con una patrulla aérea de combate neozelandesa. Pocos minutos después, bombarderos de alta cota, protegidos por cazas, intentaron atacar los transportes. Fueron abatidos 12 aparatos; pero poco después de mediodía, otros 70 aparatos enemigos repitieron el



intento. Los pilotos americanos abatieron cinco de ellos. Según el cálculo de los Aliados, los aviones japoneses derribados fueron, en conjunto, 26; según los japoneses 24. Por su parte, los Aliados perdieron cuatro aparatos.

Mientras se desarrollaban los encuentros aéreos, los transportes y los buques de carga maniobraban, con bruscos virajes, protegidos por los destructores de escolta. Todos los cañones antiaéreos de los navíos dispararon contra los bombarderos. No hubo que lamentar pérdidas entre los buques, tan sólo encalló un gran transporte.

En el curso de estos encarnizados combates se habían suspendido, naturalmente, los desembarcos, lo que sin duda resultó ventajoso, pues las orillas, muy bajas en aquella zona, estaban ya sobrecargadas, especialmente en el sector del 9.º Regimiento de *marines*.

Batalla naval en la bahía Emperatriz Augusta

Los *marines*, con la línea defensiva interna guarnecida y sin enemigos contra quienes combatir, se preparaban para pasar una noche más bien tranquila. Pero para los hombres de la 39ª *Task Force* naval, al mando del almirante Merrill, las cosas eran distintas.

El mando de «Tip» Merrill, fuerza de ataque y de cobertura, se componía de cuatro cruceros ligeros, el *Montpellier*, el *Cleveland*, el *Columbia* y el *Denver*, y de ocho destructores. Todos los cruceros disponían de radar para la localización y para el control del tiro. La tarde del 1 de noviembre, Merrill fue informado de que una formación japonesa, constituida por tres cruceros pesados (el

DE GUADALCANAL A BOUGAINVILLE

1943

9 de febrero: las fuerzas estadounidenses completan la conquista de Guadalcanal.

21 de febrero: los americanos ocupan las islas Russell (Operación "Cleanslate")

2-5 de marzo: batalla del mar de Bismarck. Aviones aliados bombardean los buques de transporte japoneses mientras intentan hacer llegar refuerzos a Nueva Guinea.

26 de abril: el general MacArthur da su aprobación al plan *Elkton III*, que sustituye a los anteriores planes *Elkton*, y establece la Operación "Cartwheel"; es decir, una serie de avances coordinados en el Pacífico meridional y sudoccidental, con Rabaul como objetivo.

21 de junio: los *marines* inician la campaña de las Salomón con desembarcos en Segi, en Nueva Georgia, siendo su objetivo principal el aeródromo de Munda.

5 de julio: el grupo de desembarco septentrional toma tierra en Nueva Georgia.

5-6 de julio: destructores y cruceros americanos y japoneses se enfrentan en la batalla del golfo de Kula.

5-6 de agosto: las fuerzas americanas conquistan el aeródromo de Munda; la resistencia japonesa se hunde.

20-22 de agosto: los japoneses evacuan Nueva Georgia septentrional.

1 de noviembre: las fuerzas americanas desembarcan en Bougainville, último objetivo principal de la campaña por las Salomón.

9-26 de diciembre: la última gran batalla sostenida por los americanos en Bougainville asegura a los Aliados el control de bases aéreas en la isla.

Myoko, el *Haguro* y el *Agano*), un crucero ligero (el *Sendai*) y seis destructores, se estaba aproximando, probablemente para atacar los transportes.

El mando aliado había dispuesto hábilmente una trampa a la que el contraalmirante S. Omori se dejó atraer. Poco después de medianoche, las unidades enemigas comparecieron en las pantallas de radar de los destructores americanos: los japoneses navegaban en tres columnas, bastante distanciadas entre sí. A las 2,30 horas, cuando los objetivos se acercaban rápidamente, Merrill dio la orden de abrir fuego. La batalla fue breve y se caracterizó por la confusión que se produjo en los dos bandos. Mas la gran ventaja de la sorpresa, sumada a la del radar, permitió a los americanos obtener la victoria. En pocos minutos, el crucero ligero *Sendai* y el destructor *Hatsukaze* fueron hundidos. El *Haguro*, el *Myoko* y el destructor *Shiratsuyu* sufrieron graves daños. Entonces Omori se retiró. El destructor americano *Foote*, averiado, fue remolcado y Merrill se dirigió hacia el Sur.

Al amanecer llegó la cobertura aérea y poco después comparecieron unos 70 aviones japoneses. El crucero *Montpellier* resultó alcanzado, pero los japoneses perdieron 17 aparatos, entre cazas y bombarderos. La tentativa aeronaval japonesa de destruir la cabeza de desembarco en la bahía Emperatriz Augusta había fracasado.

El problema con el que el general de división Turnage tuvo que enfrentarse al segundo día del desembarco fue extender en profundidad, lo más rápidamente posible, la cabeza de desembarco, a fin de asegurarse la posesión de una zona lo bastante amplia que permitiera el aterrizaje y despegue de los aviones. Al mismo tiempo, Turnage restringía su despliegue frontal. El 9.º Regimiento de *marines* fue desplazado del extremo del flanco izquierdo y avanzó hacia cabo Torokina. Mientras se efectuaba este desplazamiento de los batallones, la cabeza de desembarco ganó en profundidad: al sexto día media poco menos de 4,5 km, con una guarnición de cinco batallones. A la mañana siguiente llegó el tercer grupo de combate de la división, el 21.º Regimiento de *marines*, y tomó tierra sin incidentes.

El mando del Ejército japonés del sector de Rabaul había incurrido en un grave error de cálculo, subvalorando la entidad de las fuerzas invasoras, decidiendo, en consecuencia, intentar destruir la cabeza de desembarco enemiga. Por ello, la noche del 6 de noviembre, un batallón mixto embarcó a bordo de cuatro destructores, dirigiéndose a la bahía Emperatriz Augusta. Era evidente que los japoneses pensaban desembarcar de madrugada al oeste del río Laruma, organizarse y desde allí atacar el flanco izquierdo de la posición de los *marines*. Todavía resulta incomprensible cómo los japoneses imaginaron poder conseguir este resultado con el empleo de fuerzas tan exiguas.

Desde sus posiciones en la desembocadura del Koromokina, los *marines* advirtieron los medios de desembarco del enemigo; mas a causa de la niebla matutina, de la resaca y de la cortina de agua y de espuma, no lograron precisar su exacta posición, por lo que no abrieron fuego. La resaca causó a los japoneses las mismas dificultades ya experimentadas por los americanos y su desembarco se dispersó sobre una zona de playa de más de 2,5 km, al oeste de Koromokina. Pero la primera compañía que desembarcó no perdió el tiempo. Ni tampoco lo perdieron los *marines*. Y así, a las 8 de la mañana el fuego era ya intenso por ambas partes. En las primeras horas de la tarde habían entrado en combate dos batallones de *marines*, mientras a las tropas japonesas se les unían las desembarcadas cerca del Laruma. La batalla prosiguió hasta el crepúsculo, cuando la artillería naval intervino, atacando las posiciones enemigas. En el curso de la noche se oyeron esporádicamente disparos de fusil y de ametralladoras ligeras. Pero, al amanecer del 8 de noviembre, los japoneses se hallaron bajo el fuego concentrado de la artillería; al cesar éste, los *marines* avanzaron sin encontrar fuerte resistencia organizada. Los nipones tuvieron 250 muertos y los supervivientes se refugiaron en la selva.

Los americanos siguieron avanzando hacia el interior de la isla, mientras las fuerzas de Turnage guarnecían una cabeza de desembarco con una base de 6,5 km y una profundidad de casi 4,5 km.

Entre tanto, los efectivos al mando de Turnage casi se habían doblado gracias a la llegada de elementos de la División 37 estadounidense, al mando del general de división Robert S. Beightler. En conjunto, la Marina americana había desembarcado, durante los días 1, 6, 7, 11 y 13 de noviembre, poco menos de 34.000 hombres y 23.000 toneladas de abastecimientos.

Quedaba todavía un problema que preocupaba gravemente al mando aliado. La construcción de la pista de aterrizaje para los cazas en cabo Torokina, que prácticamente se hallaba siempre en el mismo punto porque el equipo del 19.º *marines* (ingenieros) estaba totalmente empeñado en la extenuante empresa de abrir caminos para el transporte de los abastecimientos desde la costa a las posiciones avanzadas.

Para las unidades en línea, la situación no era, ciertamente, muy buena. Casi un mes después de iniciada la Operación «Cherryblossom», las raciones de agua hubieron de limitarse y el único alimento distribuido eran latas de conserva. Además, durante muchos días no hubo posibilidad siquiera de lavarse. Por fortuna, la situación táctica permitía relevar con frecuencia a los batallones situados en posiciones avanzadas.

El encuentro de «Cibik Ridge»

El 18 de noviembre, algunas patrullas de *marines* descubrieron que la zona que iba del sendero de Numa Numa a la bifurcación del río Piva estaba fuertemente defendida. Lo descubrieron al precio de durísimos combates a corta distancia, apenas unos veinte metros, en los que participaron los tres batallones del 3.er Regimiento de *marines*. El primer reducto japonés contra el cual se encontró empeñado el II Batallón consistía en un complejo de 18 *bunker* dispuestos en profundidad. En el primer asalto, los *marines* sufrieron elevadas pérdidas, viéndose obligados a retroceder varios centenares de metros con el fin de reorganizarse.

Entre tanto, una patrulla, al mando del subteniente Steve J. Cibik, avanzó por la derecha de las posiciones japonesas y logró ocupar una colina escarpada, de unos 120 metros de altitud, a espaldas del enemigo. Esta altura, que los japoneses suponían fuera de las posibilidades de ataque del enemigo, proporcionó un magnífico puesto de observación a los americanos, que se sirvieron de ella inmediatamente, bautizándola con el nombre de «Cibik Ridge». Pero también los japoneses se dieron cuenta de su importancia, y así, mientras los *marines* consolidaban su posición al Norte, ellos atacaron repetidamente la colina por el Sur y por el Este. Unos y otros comprendían que «Cibik Ridge» era el punto clave para la gran batalla que se preparaba. El subteniente Cibik se mantuvo sólidamente, resistiendo una serie de ataques a muerte. El 23 de noviembre llegaron a la altura los observadores de la artillería de los *marines* y grupos de la dirección aérea de operaciones. Y para los japoneses esto fue el principio del fin

La lucha, que en la crónica de las operaciones se recuerda con el nombre de «batalla de las bifurcaciones del Piva», terminó el 26 de noviembre, quedando los *marines* en posesión del «Cibik Ridge» y la altura adyacente, llamada «Granade Hill». La batalla en la jungla, que duró nueve días, había costado a los japoneses más de 1200 muertos.

Mas los americanos no se habían asegurado todavía la posesión del terreno que el I Cuerpo anfibio necesitaba para los proyectados aeródromos, haciéndose necesaria una nueva penetración por el interior, hasta la línea defensiva H. La operación mantuvo empeñados a los *marines* y a las unidades del Ejército desde el 9 al 26 de diciembre de 1943. Hacia mediados de enero, la 3.ª División de *marines* fue sustituida por una División del Ejército americano y acto seguido devuelta a Guadalcanal.

El 9 de enero, los aeródromos del Piva, para cazas y bombarderos, empezaron a funcionar; el cabo Torokina se hallaba en plena actividad desde hacía un mes, y un cuarto campo se completó también en Stirling, en las islas Treasury.

Afortunadamente, la batalla de Bougainville no añadió muchas más bajas en la suma de pérdidas: las de los *marines* fueron inferiores a 2000, las de los japoneses oscilaron alrededor de las 2500. La victoria se consiguió a un precio relativamente bajo, pues el mando aliado, que había recibido una lección muy eficaz de las dilaciones de Munda, aplicó el axioma del general confederado Nathan Bedford Forrest: «Llegar los primeros y en mayor número posible». Los días de Rabaul y del predominio japonés en los mares del Sur estaban contados.



SAMUEL GRIFFITH, GENERAL

Nacido en Lewiston, Pennsylvania, pasó su infancia en un barrio periférico de Pittsburg. En 1929 ingresó en la Academia Naval americana, y antes de la segunda Guerra Mundial prestó servicio en China, Cuba, Nicaragua e Inglaterra Herido en la batalla de Guadalcanal, volvió a tomar parte en los combates durante la campaña de julio-agosto de 1943, en Nueva Georgia. Está condecorado con la *Navy Cross* y la *Army Distinguished Service Cross*. Entre los cargos que ocupó en la posguerra recordamos el de jefe de la policía militar en China septentrional y jefe de Estado Mayor de la *Fleet Marine Force*, en el Atlántico. Cuando en 1956 dejó el servicio activo, pertenecía al Estado Mayor del comandante en jefe de las fuerzas americanas en Europa. En 1961, el general Griffith se doctoró en el New College de Oxford, defendiendo una tesis sobre historia militar china. Es autor de varios libros, entre ellos, *The Battle for Guadalcanal* (Lippincott, USA), *Sun Tzu's Art of War* y una traducción de *Mao Tse-Tung on guerrilla warfare*, así como de numerosos artículos.

Nueva Guinea, diciembre de 1942 - diciembre de 1943

Robert O'Neill, capitán



NUEVA GUINEA EL AVANCE POR LA COSTA

A finales de 1942, los australianos que defendían Nueva Guinea sudoriental habían conjurado el intento japonés de apoderarse de Port Moresby. Entonces se enviaron apresuradamente a Nueva Guinea otras tropas australianas y americanas, en la fase de preparación de la contraofensiva prevista para 1943. Pero ninguno de los altos mandos aliados había tenido en cuenta la feroz determinación de resistir por parte de las tropas niponas allí acantonadas: en efecto, fueron necesarios casi nueve meses para que las fuerzas al mando de MacArthur reconquistasen las importantes bases de Buna, Lae y Salamaua. De los 13.000 soldados japoneses que participaron en la fase final de aquella durísima lucha murieron 3099, y solamente 38 cayeron prisioneros.

La primera zona que se consiguió arrebatar a los japoneses fue, como se sabe, la pista de Kokoda y la punta sudoriental de Papua. A fines de 1942, la División 7 australiana, del general de división G. A. Vasey, había llegado al extremo septentrional de la pista; su llegada fue precedida por la del general sir Thomas Blamey, comandante en jefe de las fuerzas militares australianas, que trasladó en avión el 2/X Batallón desde la bahía de Milne a Wanigela. Estos hombres constituyeron una base y empezaron a efectuar reconocimientos de las zonas costeras ocupadas por las tropas japonesas.

Las guarniciones niponas estaban distribuidas de la siguiente manera: 2000 hombres en torno a Buna; 5000 en la parte septentrional de la pista que conducía a Sananada, situada a pocos kilómetros al noroeste de Buna; 800 en las proximidades de Gona, y, finalmente, 900 al norte del río Komusi, unos 16 km más allá de Gona y también en la costa. El plan de Blamey para arrojar a los japoneses de su base en el extremo septentrional preveía tres avances a lo largo de otras tantas direcciones: uno a lo largo de la pista de Kokoda, a cargo de dos brigadas de la División 7, y dos desde la zona al sur de Buna, a cargo de regimientos americanos. A fines de noviembre de 1942, estas tres columnas ya ejercían presión sobre las defensas japonesas; pero las fuerzas norteamericanas sufrieron muchísimas bajas –casi 2000 hombres de un total de 5000– y fue preciso reforzarlas con otro regimiento. El 14 de diciembre, los norteamericanos entraron en Buna, mas sin haber logrado desarticular las principales posiciones japonesas en la pista.

También el avance australiano progresó lentamente. Una brigada, la 16, perdió casi la mitad de sus efectivos en sus encuentros con el enemigo y también a causa de las enfermedades tropicales; a fines de noviembre estaba ya casi exhausta. A comienzos de diciembre, el general Vasey empleó su brigada de reserva en Gona, en lugar de utilizarla para sustituir –como había pensado en un principio– a la maltrecha Brigada 16, que ya sólo podía cumplir misiones estáticas. Así, pues, a mediados de diciembre, los sectores oriental y meridional del frente estaban paralizados gravemente; no obstante, en el flanco occidental, en las proximidades de Gona, las cosas marchaban un poco mejor. Allí la Brigada 25 australiana había rechazado a los japoneses hacia una impenetrable zona palúdica y luego fue sustituida –cuando los encarnizados combates la habían reducido casi al extremo de sus fuerzas– por la Brigada 21, del general de brigada I. N. Dougherty: esta oportuna medida logró cambiar la situación en las proximidades de Gona, y así, el 9 de diciembre, las tropas australianas entraron en la ciudad.

Pero entonces surgió, de improviso, una nueva amenaza en el extremo del flanco occidental, cuando una unidad japonesa desembarcó para efectuar una acción de hostigamiento contra el Batallón XXXIX; pero éste opuso una enconada resistencia y, a fines de diciembre, logró eliminar todos los refuerzos japoneses.

Para despejar la situación en el frente principal, Blamey lanzó a la batalla la Brigada 18, procedente de la bahía de Milne, apoyada por un escuadrón de carros de combate. Fue aquella la primera ocasión en que los carros australianos se emplearon contra los japoneses y demostraron ser valiosísimos para abrir brechas en las líneas del frente: aunque se los puso fuera de combate en el curso de los primeros cuatro días, lo cierto es que gracias a ellos los australianos lograron romper el frente defensivo nipón en dos puntos del sector oriental. A continuación se enviaron otros carros de combate y, con su ayuda, se destruyó el mayor núcleo de resistencia japonés al este de Buna, si bien la Brigada 18 pagó por ello un precio muy elevado: en efecto, las pérdidas ascendieron a casi la mitad de sus efectivos. Más tarde, a fines de diciembre, los norteamericanos avanzaron y conquistaron Buna, reuniéndose con los australianos el 2 de enero y permitiendo al fin a las fuerzas aliadas concentrar sus esfuerzos contra Sananada, en el sector central.

Pero las unidades australianas estaban tan exhaustas después de aquellos durísimos combates que les era imposible efectuar cualquier progreso posterior, a menos que la Brigada 18 se retirase de su misión en las proximidades de Buna y el Regimiento 163 norteamericano pasara a primera línea. Mas, ni en Papua ni en Nueva Guinea existía ninguna otra unidad de infantería australiana disponible para poderla enviar en ayuda de Vasey. De las cuatro divisiones de infantería australiana existentes, la 7 estaba seriamente empeñada en torno a Buna, la 8 había sido detenida por los japoneses en Malasia, la 9 se encontraba en Oriente Medio y la 6 estaba dividida entre la bahía de Milne, Buna y el territorio septentrional del continente australiano. De las dieciocho brigadas de la milicia, constituidas a fines de 1942, cinco estaban situadas en Australia occidental, dos en el territorio septentrional y tres empeñadas en Papua: sólo quedaban disponibles, por lo tanto, ocho brigadas para hacer frente a todas las necesidades defensivas de la inmensa costa oriental de Australia.

En consecuencia, Vasey tuvo que esperar hasta fines de diciembre antes de poder reemprender el avance. El Regimiento 163 norteamericano y la Brigada 18 australiana, reforzada por un contingente de refresco de unos 1000 hombres, llegaron a la pista de Sananada y empezaron a descender hacia la costa. El ataque aliado comenzó el 12 de enero de 1943, convergiendo gradualmente sobre Sananada a lo largo de dos direcciones: desde el Noroeste, a lo largo de la costa, y desde el Sudeste, por la pista. Los progresos eran bastante lentos.

Los japoneses intentaron varias veces hacer llegar refuerzos a la guarnición de Sananada, pero casi todos sus convoyes fueron atacados por los aviones aliados, de modo que sólo consiguieron desembarcar unos pocos centenares de hombres, y aún a costa de grandes pérdidas en barcos y en aviones. A principios de enero, el Mando Imperial decidió que se debían abandonar las posiciones en Papua, y así, el 13 de enero, en Sananada, los japoneses comenzaron a reunir sus fuerzas a lo largo de la costa, en puntos aptos para ser embarcadas. Se evacuaron primero los enfermos y los heridos, seguidos después por el grueso de las fuerzas combatientes. El 22 de enero cayó Sananada y los norteamericanos vencieron los últimos focos de resistencia japoneses, alcanzando las posiciones retrasadas a lo largo de la pista.

El siguiente objetivo

Para los australianos el siguiente objetivo era la reconquista de Lae y de Salamaua, la mayor base japonesa en el golfo de Huon, a unos 250-300 km al noroeste de Buna.

Los japoneses habían desembarcado en Salamaua a fines de agosto de 1942 y, paralelamente al avance a lo largo de la pista de Kokoda, también se habían lanzado hacia el interior, hasta unos 16 km, alcanzando Mubo. Blamey envió a la zona, para vigilar de cerca a los nipones, al grupo australiano conocido como *Kanga Force*, y para ejercer presión sobre ellos, en octubre de 1942 y enero de 1943, los australianos desencadenaron algunos ataques. Pero, a consecuencia de la decisión de abandonar Sananada, los adversarios lograron reforzar las posiciones de Salamaua con otros 2500 soldados. Así pudieron emprender un avance hacia Wau, el siguiente pueblo, situado a 25 km al sudoeste de Mubo, en el extremo de la pista Bulldog, que se adentraba hacia el interior. Habiendo previsto este movimiento, a mediados de enero Blamey ya había empezado a trasladar a Wau, por vía aérea, la Brigada 17 australiana; y como justamente en aquel momento los japoneses estaban iniciando su avance, las fuerzas adversarias se encontraron empeñadas en una auténtica carrera para ver quién llegaba primero a Wau, con lo que se aseguraría en aquella zona una superioridad que había de resultar decisiva.

La superioridad aérea constituía un elemento importante en favor de los australianos; pero las condiciones atmosféricas empeoraron de tal forma que la ayuda aérea resultó imposible y las posiciones australianas llegaron a estar en una situación muy crítica; el 29 de enero los japoneses lograron aproximarse a menos de 50 metros de la pista de aterrizaje de Wau. Pero justamente aquel día, de improviso, mejoró el tiempo, de forma que se pudo hacer aterrizar 57 aviones –a pesar del fuego de tiradores escogidos japoneses apostados estratégicamente en las proximidades de la pista– y entonces los australianos lanzaron un contraataque.

Gracias al eficaz apoyo de la artillería, la Brigada 17 logró rechazar a los japoneses y ponerse en marcha hacia Mubo; pero, como siempre, en el curso de la retirada los japoneses se batieron con

Precedidos por un carro de combate, algunos infantes australianos atacan un reducto japonés en las proximidades de Buna. La acción de los carros de combate aliados, empleados por primera vez contra los japoneses en Nueva Guinea, demostró ser valiosísima para abrir brechas en la organización defensiva preparada por el enemigo. *(Foto GM)*





Cañón contracarros de 37 mm de la División de infantería 32 norteamericana en las proximidades de Buna. Las tropas aliadas en torno a Buna eran numéricamente superiores a las japonesas; sin embargo, fue necesario un mes de encarnizados combates para que pudieran apoderarse de la importantísima posición enemiga. *(US Army)*

extraordinario vigor, y pasó aún otro mes antes de que, en marzo, la Brigada 17 alcanzase al fin la zona de Mubo.

Mientras tanto el problema de los abastecimientos se había hecho bastante grave para los australianos. Los kilómetros de pista imponían graves limitaciones a la cantidad de municiones y de material que debía suministrarse a las tropas avanzadas.

Todo el mes de marzo se dedicó a operaciones de contención y a acciones de reconocimiento. El frente de Nueva Guinea había llegado de nuevo a un punto muerto.

Los japoneses intentaron reforzar Lae desde Rabaul, con el fin de desencadenar un segundo ataque contra Wau desde el Norte; pero el día 1 de marzo los ocho buques de transporte de tropas, escoltados por otros tantos destructores, fueron avistados frente a la costa de Nueva Bretaña y dos días después se lanzó un bien coordinado ataque aéreo contra el convoy. Oleadas de cazas australianos y norteamericanos volaron a bajísima cota por encima de las unidades de escolta, a fin de poner fuera de combate sus cañones antiaéreos, mientras los *B-25* y los *A-20* bombardeaban los buques de transporte.

La batalla del mar de Bismarck

La USAAF realizó 335 misiones de vuelo y la RAAF 67: el resultado fue que los japoneses perdieron los ocho transportes de tropas y cuatro destructores. A partir de entonces, ya nunca más los japoneses volvieron a enviar refuerzos en gran escala a Nueva Guinea, y por consiguiente la batalla del mar de Bismarck tuvo el efecto de salvaguardar la costa septentrional de Australia.

A comienzos de 1943, el Alto Mando australiano estaba muy atareado en elaborar planes estratégicos. En la conferencia de Casablanca Roosevelt y Churchill habían considerado en segundo plano la derrota del Japón: el plan fundamental de la estrategia aliada en el Pacífico era realizar operaciones de erosión en el perímetro del área del Pacífico ocupada por los nipones, en lugar de desarrollar un ataque en una sola dirección. Roosevelt confió la misión a MacArthur, cuyas fuerzas debían reconquistar el área Salamaua-Lae-Finschhafen-Madang, establecer bases aéreas en las islas Kiriwina y Woodlard y ocupar la parte occidental de Nueva Bretaña.

Naturalmente, casi todo el peso de las operaciones terrestres lo debería soportar el Ejército australiano, que en aquel momento comprendía 466.000 hombres, de los cuales 54.000 luchaban en Nueva Guinea. A las órdenes de MacArthur no había más que 111.000 norteamericanos, 30.000 de ellos también en Nueva Guinea. Otros 200.000 soldados australianos estaban encuadrados en la milicia, que sólo se podía utilizar en las zonas previstas por la ley; fue necesario realizar un notable esfuerzo en el Parlamento para que se aprobara, en 1943, la *Citizen Military Forces Act*, que permitía emplear la milicia en cualquier zona comprendida entre los meridianos 110º y 159º y el Ecuador.

El primer objetivo de la conquista de la península de Huon era Lae, con los cercanos aeródromos situados en el valle del Markham. Pero, para conquistar Lae era necesario efectuar un ataque anfibio, y esto, a su vez, exigía poseer una base en un radio de 100 km, que venía a ser el límite de autonomía de los medios de desembarco. Blamey

A la derecha: aviones norteamericanos destinados al transporte de tropas volando por encima de la cadena montañosa del Owen Stanley, en Nueva Guinea. A la extrema derecha: lanzamiento de paracaidistas llevado a cabo por aparatos estadounidenses en la zona de los combates. Los aviones desempeñaron un papel decisivo en el desarrollo de la guerra en Nueva Guinea, ya que, en los momentos más críticos, permitieron aumentar los efectivos aliados con la llegada de nuevas tropas desde las bases situadas en Australia o trasladarlas rápidamente a las zonas donde era necesaria su intervención. A la extrema derecha, abajo: una columna de *jeeps*, destinada al abastecimiento diario de víveres y al transporte del correo para las tropas norteamericanas en el frente. A causa de la dificultad para hacer llegar a las unidades avanzadas las necesarias cantidades de municiones y de material a través de larguísimas pistas, difícilmente transitables, todo el mes de marzo de 1943 se dedicó exclusivamente a las operaciones de contención y a las acciones de reconocimiento.
(Imperial War Museum)



decidió que el lugar más indicado para esta base era la bahía de Nassau, a unos 16 km al sur de Salamaua; esta zona constituía, además, una excelente posición de enlace para crear un frente organizado que, desde Wau-Mubo, alcanzase la costa hasta el comienzo del golfo de Huon. Por lo tanto, ordenó que las fuerzas desembarcadas en la bahía de Nassau conquistasen las alturas situadas al noroeste (conocidas como *Goodview Junction*) y el monte Tambu, con objeto de atraer fuerzas japonesas fuera de Lae.

En el ínterin, el general Adachi, comandante japonés, había hecho desembarcar en Lae pequeños grupos de refuerzos, valiéndose de destructores y de submarinos; había decidido reemprender la ofensiva sobre Wau y abrirse camino hacia Port Moresby, a lo largo de la pista Bulldog. Mas el avance de sus fuerzas se vio detenido por la División 3 australiana, que en mayo de 1943 empezó a lanzar una serie de pequeños ataques contra las posiciones japonesas y contra sus vías de abastecimiento. Los combates que se desarrollaron en las proximidades de esta zona fueron durísimos, y varias posiciones cambiaron de mano muchas veces.

En los primeros días de junio, los australianos lograron abrirse un paso que enlazaba sus posiciones en el flanco derecho, en la cima Lababia, con la bahía de Nassau; a lo largo de este paso, el 2/VI Batallón se puso en marcha para asegurarse el dominio de la playa, mientras una fuerza de desembarco norteamericana, de entidad superior a un batallón, puso pie a tierra el 30 de junio. El desembarco no encontró ninguna resistencia, lo que fue una gran suerte, puesto que el mar agitado y la inexperiencia de las tropas provocaron una terrible confusión. Reorganizados rápidamente, los norteamericanos limpiaron la zona de pequeños grupos enemigos, rechazando a los japoneses hasta la bahía de Tambu, a mitad del camino de Salamaua.

El ala izquierda del despliegue australiano efectuó una conversión, de modo que la línea del frente corría ahora de Norte a Sur, paralelamente a la costa y de 5 a 8 km hacia el interior. El saliente meridional de la zona ocupada por los japoneses era Mubo, que ahora, naturalmente, representaba el próximo objetivo importante de los australianos. La primera fase de su plan preveía un intento de interrumpir la dirección de retirada japonesa que, pasando por Komiatun, se dirigía hacia el Norte; pero los japoneses combatieron con extraordinario vigor y sólo cedieron terreno tras el ataque principal contra Mubo, lanzado por la Brigada 17 el día 7 de julio de 1943.

El ataque contra Mubo lo facilitó la presión ejercida desde el Este por los norteamericanos: de improviso, temiendo quedar cercados, los japoneses se retiraron. El 13 de julio las tropas australianas irrumpieron en la zona de Mubo, que encontraron desierta, ya que los japoneses habían establecido su posición defensiva principal en torno al monte Tambu. Las defensas niponas se desarrollaban en semicírculo desde la cima Bobdubi (situada al Oeste) hasta la cima Roosevelt, justamente al norte de la bahía de Tambu, pasando al sur del monte homónimo. El general Herring, comandante australiano en Nueva Guinea, puso entonces su atención en la bahía de Tambu: a través de ésta la División 3, que desde Mau había avanzado combatiendo en tierra firme, podría recibir abastecimientos por mar, y esto representaría una notable mejora respecto de aquel sistema de abastecimientos mixto, basado en aviones y en porteadores y que limitaba las posibilidades operativas en las divisiones. Otro importantísimo objetivo relacionado con la conquista de la bahía de Tambu era poder desembarcar la artillería, lo que facilitaría el apoyo que la infantería necesitaba y que no había sido posible prestar a lo largo de la dirección de Wau.

Teniendo en cuenta que la bahía de Tambu estaba dominada por una serie de alturas en manos de los japoneses, era indispensable adoptar medidas para rechazar a los nipones de aquella zona. El 16 de julio, el 2/V Batallón australiano conquistó el espolón septentrional del monte Tambu, y resistió luego, aunque en situación bastante precaria, los violentos contraataques enemigos; al mismo tiempo, se lanzaban vigorosos ataques en la serie de alturas que desde el monte Tambu corrían hacia el Norte, hasta el río Francisco. Estas acciones resultaron infructuosas, pero también lo fueron los contraataques japoneses contra las posiciones recientemente conquistadas por los australianos en la cima Bobdubi, que dominaba las principales pistas que llevaban a Salamaua.

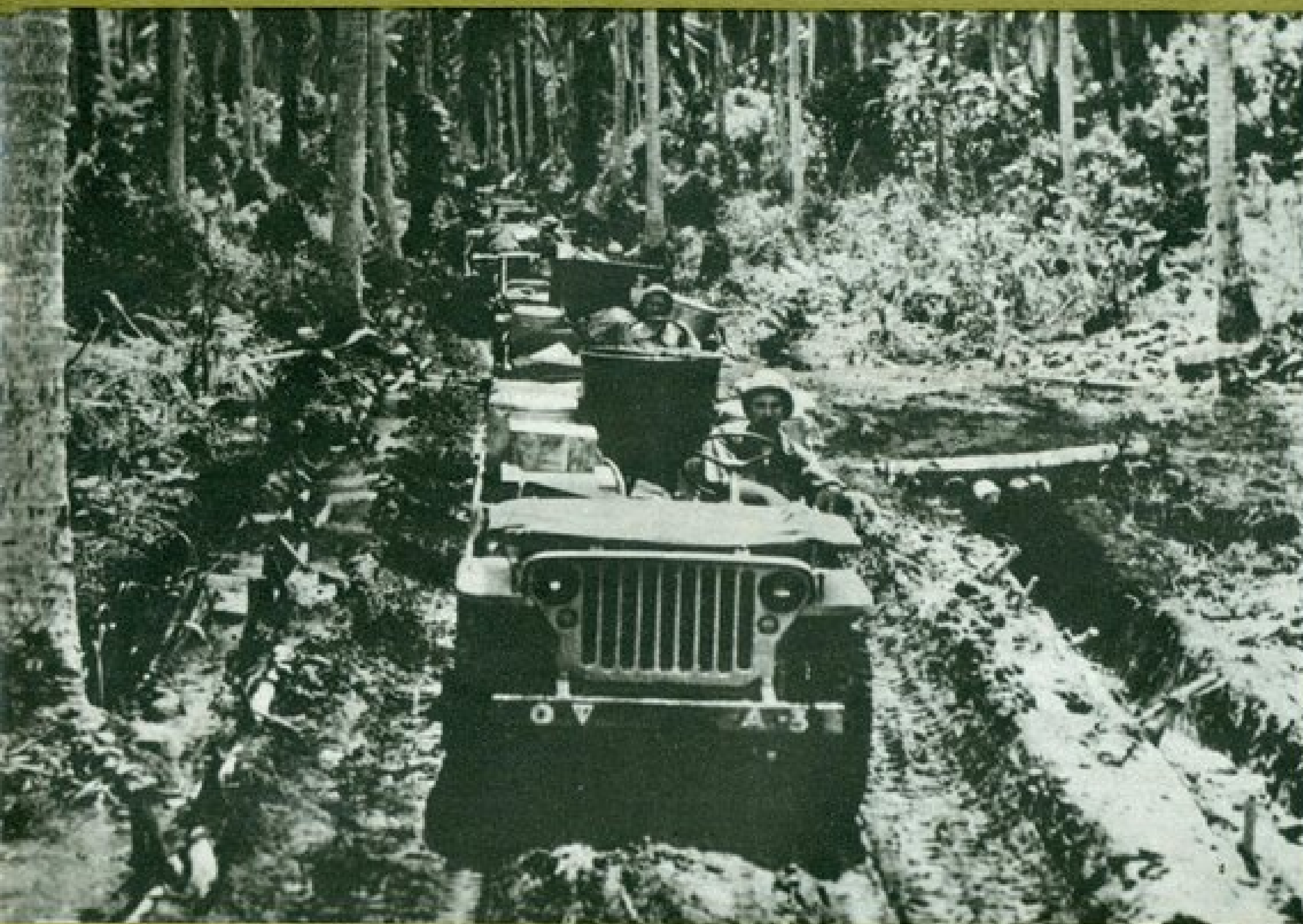
Mientras en torno al monte Tambu estaban en curso estos enconados combates, el general Herring decidió que era indispensable acelerar todo lo posible el desembarco de la artillería en la bahía. Algunas unidades de soldados indígenas rastrillaron la costa que se extiende al norte de la bahía de Nassau, y una fuerza de desembarco norteamericana del Regimiento 162 tomó tierra, apresurándose a abrir camino a 26 piezas de artillería norteamericanas y 6 australianas que ya pudieron entrar en acción el 27 de julio.

Como los japoneses defendían con tanto encarnizamiento el monte Tambu, los australianos intentaron envolverlo. Habiendo descubierto que el enemigo no se había preocupado de guarnecer la alta cima al norte de la montaña, el 12 de agosto un batallón australiano avanzó en dirección Oeste. Al día siguiente, fuerzas norteamericanas lograron rechazar a los japoneses de la cima Roosevelt, y el 16 de agosto se completó el cerco con la conquista, por parte del 2/VI Batallón, de la cima Komiatun. Llegados a este punto, los japoneses se vieron obligados a abandonar el monte Tambu (19 de agosto); luego, el 26 de agosto, después de haber llevado a cabo con gran habilidad un repliegue ordenado, se situaron en las últimas alturas antes de llegar a Salamaua (a caballo del río Francisco). A los hombres de la cansadísima División 3 los sustituyeron entonces sus compañeros de la División 5 australiana.

Con la espalda contra la pared

En Salamaua los japoneses ya estaban combatiendo con la espalda contra la pared, y su situación había empeorado por el hecho de que se encontraban a caballo del obstáculo natural constituido por el río Francisco. Las fuerzas japonesas comprendía la División 51, reforzada por algunos contingentes de otros dos regimientos –el 80 y el 238–, lo que representaba una fuerza temible. A pesar de ello, los australianos continuaron avanzando, desarrollando una intensa actividad de patrullas y conservando siempre la iniciativa. Como el 29 de agosto se descubrió que el flanco costero de aquel sector meridional estaba indefenso, se lanzaron diversos ataques contra las restantes po-





siciones japonesas en la cima Roosevelt. A pesar de la furia salvaje que caracterizaba los contraataques japoneses, poco a poco las fuerzas aliadas consiguieron progresos, y, desde el 31 de agosto, la cresta de toda la serie de alturas estaba ya en manos australianas.

La primera semana de septiembre se dedicó a actividades de patrulla y de guerrilla, cuyo objetivo era mantener bajo presión a los japoneses y desanimarlos; pero en aquel momento el Alto Mando nipón tenía otros problemas más acuciantes en que ocuparse. Inducidos con engaño a concentrar sus efectivos en Salamaua, se encontraban ahora ante el problema de hacer frente a una amenaza directa contra Lae, así como ante las consecuencias de otras operaciones: a fines de junio, fuerzas americanas habían desembarcado en las islas Woodlark y Kiriwina sin encontrar ninguna oposición; otras habían invadido Nueva Georgia, en las islas Salomón, y desembarcaron en Vella Lavella el 15 de agosto. Estas operaciones eran tan sólo acciones preliminares del ataque contra Lae, objetivo principal de los planes de MacArthur desde principios de 1943.

El Mando aliado quería conquistar Lae mediante un ataque anfibio lanzado por fuerzas australianas. Este plan requería un apoyo aéreo masivo, por lo que era indispensable preparar aeródromos que estuvieran bastante próximos a Lae, a fin de que los cazas pudieran alcanzar sus objetivos. En este sentido los esfuerzos se concentraron, sobre todo, en Tsili Tsili, en el valle del Watut, a unos 65 km al sudoeste de Lae. En junio, los ingenieros norteamericanos y la infantería australiana fueron trasladados por vía aérea a aquel lugar, y en seguida se emprendieron los trabajos para la preparación de un gran aeródromo que fuera utilizable tanto por los bombarderos como por los cazas; al mismo tiempo, se dispuso una pista de emergencia en Goroka, en la altiplanicie de Bena Bena. Algunas compañías autónomas que defendían Goroka mantuvieron duros combates con los japoneses, quienes bloqueaban varios pasos importantes que, a través de los montes Bismarck, daban acceso al valle del Ramu.

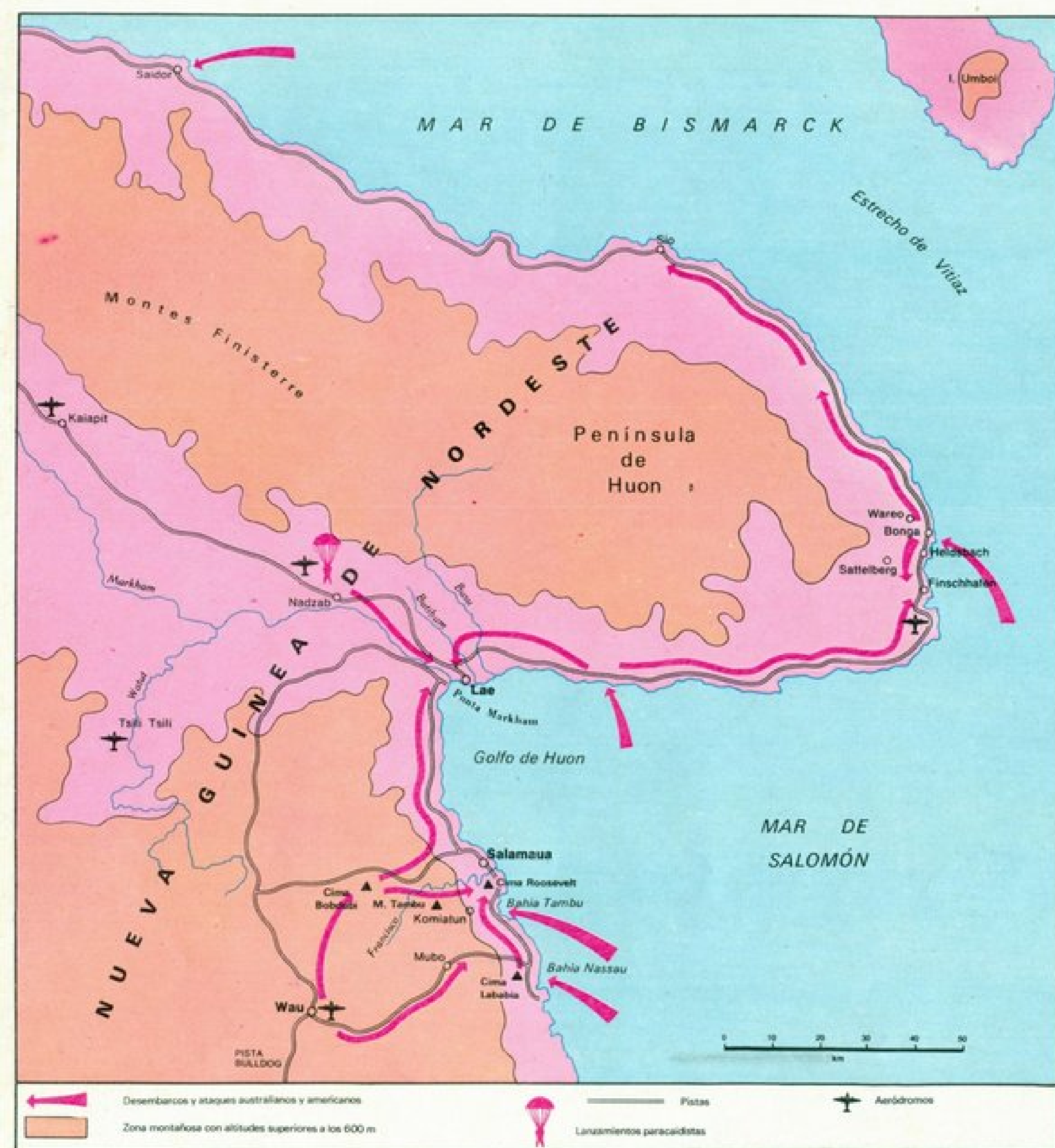
El plan detallado para la conquista de Lae preveía dos ataques convergentes contra la ciudad, desde el Este y el Oeste. El ataque desde el Este lo lanzaría la División 9 australiana, al mando del general de división Wootten, y la acción por el Oeste correría a cargo de la División 7, también australiana, al mando del general de división Vasey; como se trataba de una división aerotransportada, se la haría llegar en vuelo, con algunos contingentes de paracaidistas, a Nadzab, a 30 km al noroeste de Lae.

Los japoneses abandonan Lae

La División 9 australiana, a bordo de buques y de barcazas norteamericanas, desembarcó el 4 de septiembre, sin encontrar oposición, en algunas playas situadas a 30 km al este de Lae; aquel mismo día, elementos avanzados desembarcaban a su vez bastantes kilómetros más al Oeste. La división atacó con dos brigadas: la 24 avanzó a lo largo de la costa y la 26 se adentró algunos kilómetros hacia el interior para atacar Lae por el Nordeste. En cuatro días, ambas brigadas avanzaron más de 25 km, hasta alcanzar la línea del río Busu al este de Lae, donde la Brigada 24 se vio forzada a efectuar una peligrosa travesía para superar la amplia desembocadura del río. La Brigada 26 encontró algunas dificultades en el intento de lanzar un puente sobre el Busu y quedó detenida en la orilla del río durante bastantes días.

El 5 de septiembre, un regimiento paracaidista norteamericano, el 503, apoyado por un grupo de artillería australiano, fue lanzado en paracaídas en Nadzab y ocupó la zona; como la operación se realizó sin encontrar la menor resistencia, fue posible trasladar inmediatamente en vuelo a aquella zona la División 7, que destacó en primer lugar su Brigada 25 y el mando de división. El 2/XXV Batallón atacó hacia el Oeste, en dirección a Lae, a lo largo del valle del Markham, apoyado por el 2/II Batallón de zapadores y por el XXIV Batallón de infantería, el cual, destacado de la División 5, había avanzado hacia el Norte para atacar las defensas japonesas del río Markham, a sólo 11 km de distancia de Lae.

La resistencia japonesa empezó a manifestarse el 10 de septiembre, y a partir de entonces los australianos tuvieron que aminorar sensiblemente el ritmo de avance, puesto que los nipones defendían con ardor las plantaciones del valle. De todas formas, el 14 de septiembre los australianos lograron trasladarse al lado occidental, a menos de 12 km de Lae. Mientras tanto, la Brigada 26 había atravesado el río Busu, y, reanudando el avance por el flanco oriental, alcanzó el río Butibum, que pasaba por los suburbios orientales de Lae. Los japoneses, de acuerdo con el plan que preveía el repliegue de todas sus fuerzas a la costa septentrional de Nueva Guinea, ya habían comenzado a retirarse. Pero los australianos, gracias a algunos documentos caídos en sus manos, se enteraron de esta maniobra y se apresuraron a enviar otro batallón que cerrara la vía de retirada septentrional. Pero ya era demasiado tarde: unos 6000 hombres de la División 51 japonesa lograron eludir el cerco y concentrarse más al Norte. El 15 de septiembre, después de una serie de duros combates en el extremo occidental de Lae, las patrullas de las Brigadas 24 y 25 se unieron en el interior de la ciudad y completaron su conquista.



Después de haber rechazado a las fuerzas japonesas que penetraron en los territorios interiores de Nueva Guinea oriental, los Aliados se prepararon para completar la conquista con una serie de ataques dirigidos contra las posiciones niponas en la costa. Una vez más encontraron una resistencia inesperadamente violenta; pero, después de la caída de Salamaua y de Lae, en septiembre de 1943, el avance aliado fue prácticamente irresistible. El 2 de octubre las fuerzas australianas conquistaron Finschhafen y en diciembre se aseguraron la absoluta superioridad en la península de Huon, lo que les permitió dominar las rutas marítimas hacia Nueva Bretaña y el aislamiento de Rabaul por el Oeste.



Durante este doble ataque contra Lae, los Aliados habían continuado ejerciendo una enérgica presión contra Salamaua, con el fin de atraer reservas japonesas fuera de la ciudad y empeñar el mayor número posible de hombres al sur de Markham, de modo que pudieran aislarles después. Tras las audaces acciones de patrulla llevadas a cabo en las proximidades de Salamaua por los australianos, en el curso de la primera semana de septiembre, era evidente que el primer objetivo se había alcanzado y que la conquista de Lae ya era segura. Por lo tanto, ahora se debía conseguir el segundo objetivo: el aniquilamiento de las fuerzas japonesas combatientes en la zona de Salamaua.

Batallones australianos desencadenaron una serie de ataques contra las posiciones japonesas en las alturas; pero entonces descubrieron que el repliegue japonés se había iniciado antes de que se hubiera interrumpido la dirección de retirada hacia el Noroeste. Así, pues, los ataques australianos consiguieron pleno éxito; no obstante, muchos japoneses lograron huir.

Salamaua se ocupó el 11 de septiembre, al precio, por parte australiana, de 349 muertos y 754 heridos; las pérdidas norteamericanas fueron mucho menores. Las Divisiones 7 y 9 habían destrozado la resistencia de la División 51 japonesa, que en el curso de los combates sufrió más de 1500 bajas. Esta operación combinada constituyó un éxito de gran alcance: en efecto, los japoneses habían sido arrojados de su puerto más importante en Nueva Guinea y se vieron obligados a retirarse muchos kilómetros al Nordeste, en la península de Huon, y a las zonas montañosas de la parte septentrional de la isla.

La península de Huon está situada en una posición muy favorable para quien trate de controlar las vías marítimas de acceso a Nueva Bretaña. La misión de conquistar dicha isla se había confiado al Ejército 6 norteamericano, y así, a fines de 1943, la cuestión del dominio de la península de Huon adquirió una importancia vital. En el extremo de la península se encontraba el viejo fuerte alemán de Finschhafen, que se podía aprovechar bastante bien como base naval y aérea, y en el que los japoneses tenían algunos millares de hombres. Como el general Blamey deseaba limpiar la zona a fin de transformarla en una base de apoyo para las operaciones que el Ejército 6 norteamericano debía desarrollar en Nueva Bretaña, era necesario lanzar contra Finschhafen un ataque en gran escala.

También en este caso los generales Blamey y MacArthur se mostraron partidarios de un ataque anfibio. La Brigada 20 australiana, seleccionada para la empresa, recibió la orden de desembarcar en Scarlet Beach, 10 km al norte de Finschhafen; al mismo tiempo, el Batallón XXII de la Brigada 4 avanzaría por el Este, a lo largo de la costa y en dirección a Finschhafen. Antes del amanecer del 22 de septiembre de 1943, la Brigada 20 desembarcó. La resistencia nipona fue muy débil y las unidades pudieron reorganizarse y dirigirse rápidamente hacia el interior; antes de caer la noche, el 2/XIII Batallón había alcanzado Helsbach, a 1,5 km más al Sur, y asimismo la posición en las proximidades de Scarlet Beach estaba sólidamente en sus manos. Parecía que todo marchase bien.

No obstante, en los días que siguieron se produjo un incidente en las relaciones entre el comandante del Cuerpo de Ejército australiano, teniente general Herring, y el comandante de las unidades navales norteamericanas, almirante Barbey. Como MacArthur y Blamey habían convenido que se enviaría una brigada australiana para apoyar a la 20, Herring requirió los transportes de tropas necesarios. El almirante americano rechazó su petición, sosteniendo que las fuerzas japonesas presentes en Finschhafen eran tan exiguas que una brigada de australianos sería suficiente para llevar a término su misión; afirmación algo arrogante por parte norteamericana, sobre todo si se tiene en cuenta el hecho de que eran los australia-

1942 **14 de diciembre:** las fuerzas australianas, al mando de Blamey, ocupan Buna, pero sin conseguir arrojar a los japoneses de sus principales posiciones sobre la pista de Kokoda.

1943 **13 de enero:** los japoneses se preparan para evacuar Sananada; la presión aliada ha roto finalmente la resistencia japonesa en la pista de Kokoda.

22 de enero: los Aliados entran en Sananada y se disponen a avanzar en dirección Noroeste, hacia Salamaua y Lae.

29 de enero: los nipones se retiran de Wau.

Febrero-marzo: las dificultades relacionadas con los transportes y la falta de aviones obligan a los Aliados a detener el avance.

3 de marzo: las incursiones aéreas aliadas inutilizan el aeródromo japonés de Lae.

Mayo: los australianos lanzan ataques contra las fuerzas japonesas que defienden Lae.

Junio-julio: los japoneses contienen los ataques contra el sector de Mubo, pero tienen que retirarse después al monte Tambu.

16 de julio: los australianos conquistan algunas posiciones en el monte Tambu.

12 de agosto: los australianos inician el cerco del monte Tambu (completado el 16).

19 de agosto: los japoneses abandonan el monte Tambu.

4-5 de septiembre: los desembarcos aliados establecen las bases para la conquista de Lae.

11 de septiembre: los Aliados conquistan Salamaua.

15 de septiembre: los Aliados conquistan Lae.

22 de septiembre: en la península de Huon, los Aliados lanzan una serie de ataques.

2 de octubre: tropas australianas conquistan Finschhafen, en la península de Huon.

Octubre-noviembre: los Aliados prosiguen sus ataques en la península de Huon. Fracasan todos los contraataques japoneses.

20 de diciembre: se asegura el dominio aliado en la península de Huon.

25 de diciembre: los Aliados desembarcan en Nueva Bretaña.

nos los que tenían que efectuar la misión, sufriendo todas las pérdidas que ello implicaba; por otra parte, el Servicio de Información australiano afirmaba que en la zona se encontraban algunos millares de japoneses.

Y los hechos demostrarían que esta valoración era exacta: después de la conquista de Finschhafen y del hallazgo de numerosos e importantes documentos japoneses, se confirmó que a principios de octubre, en la zona de Finschhafen, había más de 5000 soldados nipones.

Además, los japoneses no tenían ninguna intención de abandonar a los australianos esta zona de vital importancia estratégica, y, por lo tanto, empezaron a concentrar su División 20 en Sattelberg, a unos 15 km al noroeste de Finschhafen; esta amenaza disipó inmediatamente las dudas del almirante Barbey, y entonces la Brigada 24 australiana se trasladó a Finschhafen, seguida por el mando de la División 9. El mando del Cuerpo de Ejército australiano que operaba en Nueva Guinea pasó luego del general Herring al general Morshead, puesto que el mando del Cuerpo de Ejército I australiano fue sustituido por el mando del Cuerpo de Ejército II.

Mientras tanto, en el curso de la segunda mitad de septiembre, la División 7 australiana había remontado el valle del Markham, llegando al Ramu. Parecía evidente que los problemas relacionados con los abastecimientos estaban a punto de imponer graves limitaciones a la capacidad de la División 7 para desarrollar operaciones al oeste de la zona de Lae; pero cuando se vio que Lae caería en manos aliadas con relativa facilidad, Blamey ordenó a sus unidades que se adueñaran de los pueblos de Kaiapit, en la desembocadura del valle del Markham, y de Dumpu, próximo al tramo superior del valle del Ramu.

El primer ataque se produjo en Kaiapit. Algunas patrullas del batallón de infantería de Papua se lanzaron por el valle del Markham, mientras otras patrullas desarrollaban actividad de reconocimiento sobre las posiciones japonesas en la desembocadura del valle del Ramu; el 17 de septiembre, la 2/6 compañía autónoma fue transportada en vuelo, aterrizando en una pista accidentada, preparada apresuradamente, a pocos kilómetros de Kaiapit.

El 19 de septiembre, la compañía chocó, en las proximidades de dicho pueblo, con algunas patrullas japonesas, pero, mediante un rápido ataque, se adueñó del mismo, manteniendo después su dominio a pesar de los violentos contraataques del enemigo. Este combate concluyó claramente a favor de los australianos, y sentó las bases para un rápido avance por parte de la División 7.

En el valle del Ramu, las patrullas llevaron a cabo una enérgica actividad de reconocimiento y lograron hacer caer en una emboscada a una unidad japonesa en las proximidades de Kesawai. La Brigada 21 se adentró en el valle el 30 de septiembre, y el 4 de octubre ocupó Dumpu; luego llegó la División 7, que consolidó los resultados ya logrados en los dos valles, mientras la 5.ª *Air Force* norteamericana comenzaba a construir una gran base en Gusap. A fines de octubre, de 1943 la ofensiva en Nueva Guinea había realizado así excelentes progresos.

Avance hacia el Norte

Con la conquista de los valles del Markham y del Ramu, quedó abierto un camino directo hacia la región septentrional de Nueva Guinea, y el ala izquierda de las fuerzas australianas estaba a punto de lanzarse hacia adelante. Ya sólo faltaba que la División 9 completase su avance a lo largo de la costa de la península de Huon para poner en línea el ala derecha, equilibrando así el peso de la ofensiva.

La Brigada 20 australiana había combatido valerosamente a lo largo de la costa y el 2 de octubre conquistó Finschhafen. El Batallón XXII se abrió camino desde Lae por el litoral, y el grueso de las fuerzas japonesas hubo de retirarse al norte de Finschhafen, precisamente a Sattelberg y Jivevaneng, con el fin de reunirse con los regimientos de la División 20 que estaban llegando apresuradamente desde el Noroeste. Desde el punto de vista australiano, ahora la situación era extremadamente peligrosa, puesto que sólo una brigada defendía más de 30 km de litoral, y, teniendo el mar a su espalda, los australianos no disponían de un espacio lo suficientemente profundo para poder maniobrar ni, en el caso de un ataque local desencadenado por el enemigo con fuerzas superiores, para poderse retirar. Parte del peligro se neutralizó cuando los americanos trasladaron a Finschhafen la Brigada 24, pero el general Wootten, comandante de la División 9, se daba cuenta perfectamente de que debería ponerse a la defensiva hasta que los japoneses contraatacaran y sufrieran pérdidas que les debilitasen.

El primer ataque japonés se lanzó contra la posición australiana más avanzada, en Jivevaneng. Pero el Servicio de Información de Wootten logró interceptar la orden de operaciones nipona y, por lo tanto, pudo llevar a cabo los necesarios preparativos, desplegando la Brigada 24 en el sector septentrional y la 20 en el meridional. Los japoneses habían decidido lanzar al ataque dos regimientos, apoyados por un contingente desembarcado a retaguardia de las posiciones australianas: el ataque por el Norte debería lanzarlo el Regimiento 79, procedente de Wareo, a 8 km al norte de Sattelberg, y tendría como objetivo Scarlet Beach; el ataque por el Sur, desde Sattelberg hacia Jivevaneng, se confió al Regimiento 80.

La acción contra Jivevaneng se inició el 16 de octubre. Halló una enérgica resistencia y no consiguió el menor éxito; pero el 17, antes del alba, la

Nueva Guinea, diciembre de 1942: porteadores indígenas empleados en el transporte de heridos durante un descanso. Con frecuencia, estos hombres tenían que efectuar larguísimas marchas, en un terreno casi impracticable, para transportar los heridos de la zona del frente a los hospitales. (US Army)



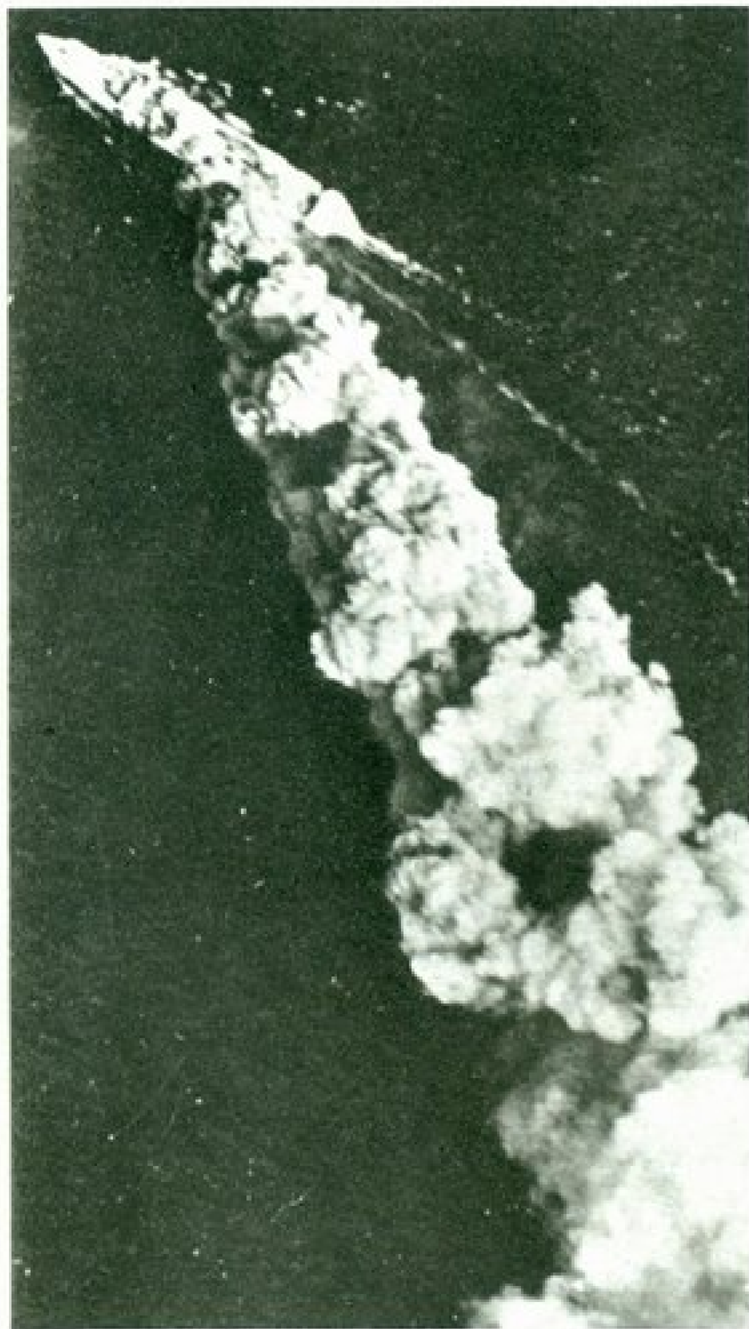
Aviación japonesa llevó a cabo, sobre las posiciones australianas, una incursión masiva, una acción de preparación para el ataque anfibio. Después del bombardeo, las embarcaciones de desembarco niponas salieron de la oscuridad; pero los defensores australianos –apoyados por artilleros norteamericanos– estaban preparados para recibirlo, y la fuerza de desembarco japonesa fue casi totalmente aniquilada.

Sin embargo, los australianos volvieron a encontrarse en una situación apurada. El 16 de octubre, el Regimiento 79 japonés había logrado infiltrarse a través de las posiciones del 2/III Batallón de zapadores australiano, y con un ataque al sur de Scarlet Beach conquistó las alturas que dominaban la playa, a menos de 3 km de distancia. El general Wootten, como tenía muy pocas reservas, pidió que se le enviase la Brigada 26; pero en el curso de los pocos días que precedieron a la llegada de dicha brigada la situación continuó siendo muy crítica. Probablemente con el fin de llevar a primera línea abastecimientos y municiones, los japoneses interrumpieron durante algún tiempo su acción, y esto impulsó a Wootten ordenar un contraataque contra las posiciones que el enemigo acababa de conquistar.

Pero los japoneses ultimaron con rapidez sus operaciones de abastecimiento y reemprendieron la ofensiva antes de que los australianos hubieran podido desencadenar su contraataque. Las posiciones australianas fueron sometidas a una serie de duros ataques y, para rechazarlos, se entablaron sangrientos combates.

Los japoneses lograron infiltrarse en el despliegue australiano y alcanzar la costa en Siki Cove, en el extremo meridional de Scarlet Beach, separando así la Brigada 24 de la 20. Pero con ello los nipones habían llegado al límite de sus posibilidades y, por lo tanto, tuvieron que disminuir el ritmo de su acción. Mientras tanto, en las proximidades de Jivevaneng seguía la lucha, y a pesar de unos días de completo aislamiento, la guarnición australiana resistió. El 19 de octubre la División 9 pudo reanudar la ofensiva, y los japoneses se vieron forzados a abandonar las alturas en las proximidades de Scarlet Beach y a retirarse de Siki Cove. Cuando la Brigada 26 desembarcó en Finschhafen, la iniciativa había vuelto ya a manos de los australianos.

Buque de transporte japonés en llamas en aguas del mar de Bismarck, a consecuencia de los ataques lanzados el 3 de marzo de 1943 por los aviones aliados contra un convoy nipón que se dirigía a Nueva Guinea. Los japoneses perdieron 8 transportes y 4 destructores. *(Imperial War Museum)*



La batalla por las alturas de Sattelberg

El objetivo de la ofensiva que la División 9 lanzó a continuación era expulsar a los japoneses de las alturas que se extienden a lo largo de muchos kilómetros al norte y al oeste de Finschhafen, y en particular de la cadena que corre hacia el Este, en dirección a la costa, desde Wareo a Gusika. Para conseguir este objetivo era necesario conquistar primero las alturas de Sattelberg, a la sazón sólidamente en poder de los japoneses. La misión se confió a la recién llegada Brigada 26, en tanto que la 25 debería lanzarse hacia el Norte para cortar la pista que unía Wareo a Gusika; finalmente, a la Brigada 20 se le ordenó neutralizar la barrera japonesa que, al oeste de Jivevaneng, había aislado al 2/XVII Batallón.

La ofensiva se inició a principios de noviembre de 1943. La Brigada 26, apoyada por nueve carros de combate *Matilda* y un nutrido fuego de apoyo, avanzó, obligando a los japoneses a replegarse al este de Jivevaneng. La brigada se dirigió luego contra Sattelberg. Los combates fueron durísimos, y el terreno que se ganaba se conquistaba metro a metro. Las vertientes de Sattelberg eran muy abruptas y los japoneses, bien atrincherados en la cresta, obligaron a los australianos a subir fatigosamente, bajo un fuego intenso y preciso que procedía de un enemigo invisible.

Además, como la naturaleza del terreno hacía imposible el empleo de los carros de combate, todo el peso de los ataques tuvo que soportarlo la infantería. El 22 de noviembre, el Batallón 2/XLVIII alcanzó la parte meridional de las alturas, y desde allí logró avanzar hasta poco más de 500 metros de la cumbre. Dos días después, una compañía del 2/XLVIII consiguió, tras enormes esfuerzos, abrirse un paso hasta la cresta y allí se situó, en una angosta posición, donde resistió tenazmente una serie de furiosos contraataques japoneses. Para los defensores aquella fue la gota que hizo derramar el vaso, y a la noche siguiente se retiraron dejando las alturas de Sattelberg en manos del Batallón 2/XLVIII.

También la Brigada 24 realizó buenos progresos, y el 19 de noviembre se encontraba a caballo de la pista Wareo-Gusika, en Pabu, más de 3 km en el interior. Esta maniobra era de importancia decisiva, ya que cortaba la principal línea de abastecimiento japonesa para Wareo y para la zona de Sattelberg. Sin embargo, y precisamente porque la posición de Pabu era tan importante, el Batallón 2/XXXII que le había ocupado tuvo que soportar durante días y días desesperados contraataques locales y el fuego de la artillería nipona, que le infligieron graves pérdidas. Durante siete días la unidad estuvo aislada; a pesar de todo, logró resistir hasta que el Batallón 2/XXVIII la alcanzó, habiéndose abierto un paso hacia el interior partiendo de la costa.

El único intento japonés de lanzar un contraataque en gran escala se llevó a cabo el 22 de noviembre, cuando los nipones quisieron rechazar a los australianos a lo largo de la costa, al sur de Gusika y avanzar desde Wareo hacia el Sudeste, en el centro de la posición australiana. Pero a la sazón los japoneses estaban ya tan faltos de abastecimientos y de artillería que su valiente infantería no produjo la menor inquietud a los defensores australianos. Pronto el contraataque perdió el impulso y se extinguió.

Los australianos se encontraron así en condiciones de reemprender la ofensiva. El general Wootten envió a la Brigada 24 al Norte, a lo largo de la costa, para conquistar Gusika, unirse con las fuerzas que se habían apoderado de Pabu y abrir la pista hacia Wareo. Ordenó además a la Brigada 26 que avanzase desde Sattelberg, también hacia el Norte, para ocupar Wareo; en reserva mantuvo a la Brigada 20. La Brigada 24 no encontró excesivas dificultades en su marcha hacia Gusika y después de apoderarse de ella y de unirse a la guarnición de Pabu, continuó su avance en dirección a Wareo. El 2 de diciembre estas fuerzas se encontraban a mitad de camino por la pista, a unos 5 km de Gusika. La Brigada 26, descendiendo de las alturas de Sattelberg, alcanzó el lado septentrional del valle del río Song, y allí se encontró frente al abrupto monte Kuanko, fuertemente guarnecido por el enemigo. En una espléndida hazaña, el 1 de diciembre la brigada venció también aquel obstáculo.

Los japoneses no estaban ya en condiciones de oponer ninguna resistencia eficaz; no obstante, la voluntad de batirse de los soldados nipones era más obstinada que nunca, pero nada podían hacer frente a la aplastante superioridad australiana. A medida que avanzaban, las unidades de cabeza australianas tropezaban con un número cada vez mayor de japoneses muertos a consecuencia de las heridas, las enfermedades tropicales y el hambre. La División 20 japonesa había sufrido una dura derrota.

El desembarco en Nueva Bretaña

Mientras se estaban abriendo camino a lo largo del promontorio nororiental de la península de Huon, los hombres de la División 9 tuvieron la satisfacción de ver convertido en realidad aquello por lo cual habían combatido tan ásperamente en el curso de los meses anteriores. En efecto, el día de Navidad de 1943 vieron pasar, a través del estrecho de Vitiaz, una poderosa escuadra de invasión norteamericana, que en el transcurso de aquel mismo día empezó a desembarcar en la punta occidental de Nueva Bretaña a la 1.ª División de *marines* estadounidenses.

MacArthur había decidido completar, entre tanto, los éxitos ya logrados en Nueva Guinea con otro ataque anfibio contra la importante región costera, en la retaguardia enemiga; para evitar quedar aislados, los japoneses se verían forzados a realizar una larga y extenuante marcha por las casi impracticables pistas del interior. El 2 de enero de 1944, el Regimiento 26 norteamericano desembarcó en Saidor, a unos 160 km de donde se hallaban los australianos. El desembarco se desarrolló casi sin obstáculos y el comandante japonés, general Adachi, se vio obligado a ordenar a sus dos divisiones, la 20 y la 51, que realizasen una retirada de unos 160 km para llegar al sector Madang-Wewak. Según las previsiones, las fuerzas japonesas tendrían que pagar muy caro el poder rodear, a lo largo de las dificilísimas pistas, la posición americana que cerraba el paso a Saidor.

El 15 de enero, la Brigada 20 alcanzó Sio, límite previsto para el avance de la División 9, y el 21, la División 5, que había llegado a la zona al comienzo del mes, la relevó.

En el transcurso de los últimos meses de 1943 la División 9 había conseguido un éxito espectacular; frente a fuerzas japonesas de igual entidad, había llevado a cabo operaciones que requerían una habilidad táctica del primer orden. Después de los años transcurridos en el desierto africano, aquellos hombres no sólo habían adquirido con rapidez y habilidad los principios tácticos del combate en la jungla tropical, sino que también asimilaron las técnicas del ataque anfibio, del empleo de carros de combate en la jungla y de la guerra en montaña.

Además, los jefes, a todos los niveles, aprendieron a tener más confianza en sus propios medios y a adquirir mayor autonomía en la visión táctica y en los métodos de combate.



TARAWA

LA GUERRA DE LOS ATOLONES

Henry I. Shaw jr.

Después de la reconquista de las islas Salomón, de la ofensiva terrestre en Nueva Guinea y de la neutralización de la plaza fuerte japonesa de Rabaul, los Aliados estaban ya preparados para el movimiento siguiente: una serie de ataques, de atolón en atolón, que, desarrollándose a través del Pacífico central, se dirigiesen hacia el Oeste. Estas batallas, que se cuentan entre las más sangrientas de la guerra, comenzaron con los desembarcos norteamericanos en las Gilbert.

En uno de los primeros números de diciembre, casi dos años después del ataque japonés contra Pearl Harbor, el noticiario de guerra de la revista *Time* publicaba este párrafo:

«La semana pasada, dos o tres millares de marines estadounidenses, ahora casi todos muertos o heridos, ofrecieron al país un nombre digno de figurar al lado de los de Concord Bridge, Bonhomme Richard, Alamo, Little Big Horn y Belleau Wood. Este nombre es: Tarawa».

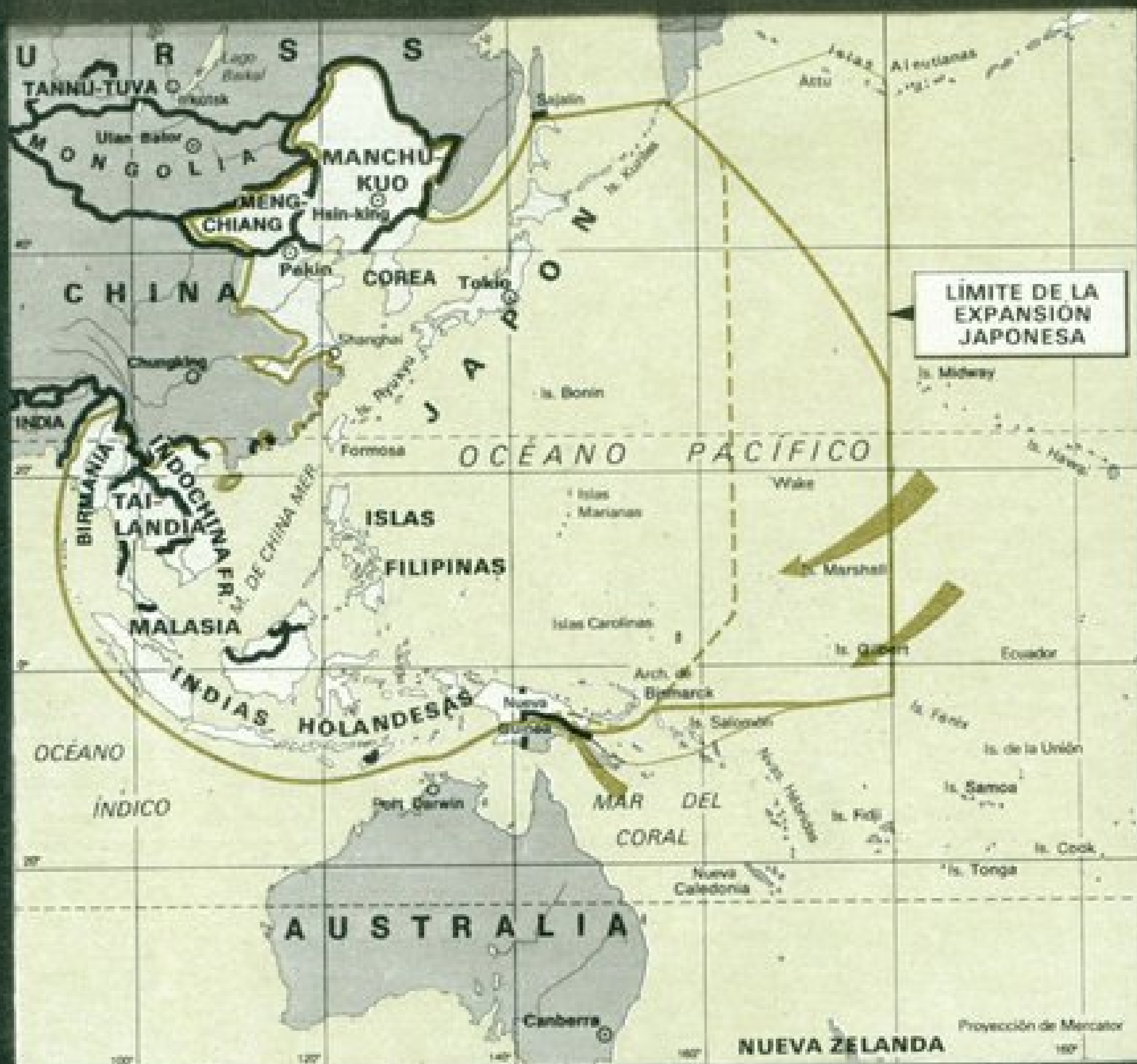
Esta batalla consiguió otros títulos capitales en la prensa norteamericana, y durante el resto de la guerra, la expresión «las playas ensangrentadas de Tarawa» se transformó en un término comparativo muy usado por los corresponsales de guerra. Pocas fotografías permitieron a los americanos tener una idea tan precisa de lo que era la guerra como aquellas en las que se veían los cadáveres de los *marines*, impulsados dulcemente por las aguas del océano contra las desoladas arenas coralinas de Betio, en el atolón de Tarawa.

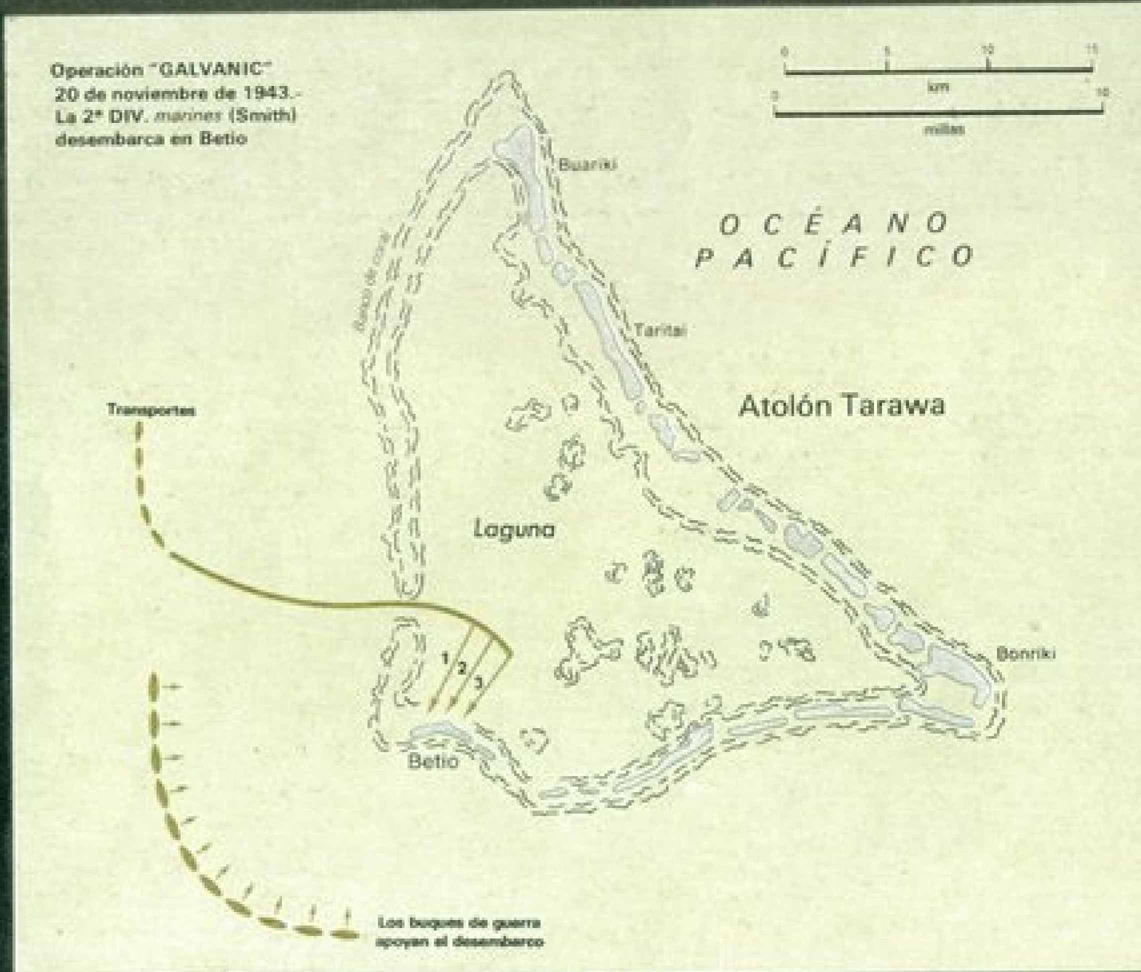
Los desembarcos en la isla de Betio señalaron el comienzo de un nuevo –y por fortuna breve– período en la guerra que se desarrollaba en las islas del Pacífico: las campañas de los atolones. Los islotes de la Micronesia, pedazos de tierra rodeados de escolleras coralinas, se habían transformado en campos de batalla. En una guerra naval que se combatía a través de las grandes distancias del Pacífico central, algunos de estos islotes eran objetivos estratégicos y, por lo tanto, debían ser conquistados.

A principios del verano de 1943, los jefes del Estado Mayor conjunto norteamericano habían llegado a la conclusión de que era necesario apo-

PLATAFORMAS DE LANZAMIENTO HACIA EL JAPÓN

En la estrategia aliada contra el Japón, lo que en definitiva determinó la elección de los objetivos fue el hecho de poder disponer de un adecuado apoyo aéreo, y, por lo tanto, de bases lo suficientemente próximas para permitir a los aviones aliados intervenir con la mayor eficacia en la zona de la batalla. Por ello, a principios del verano de 1943, los Estados Mayores conjuntos norteamericanos decidieron apoderarse de algunos atolones fortificados en las Gilbert y en las Marshall (arriba). El día 20 de noviembre empezó la Operación "Galvanic", para la conquista de Makin, Apamama y Tarawa, en las islas Gilbert. Los combates fueron especialmente encarnizados en el atolón de Tarawa (debajo), conquistado el 23 de noviembre después de la caída de la isla de Betio.





derarse de algunas posiciones en las islas Gilbert. La conquista y afianzamiento de bases en aquel sector determinaría los sucesivos objetivos, en las islas Marshall, dentro del radio de acción de los bombarderos y de los aparatos de reconocimiento con base en tierra.

Aunque las Gilbert eran, desde hacía muchos años, una posesión británica, antes de la guerra muy pocos las habían visitado y, por consiguiente, eran casi desconocidas. Apenas se apoderaron de ellas los japoneses, el 10 de diciembre de 1941, cayó un velo de misterio sobre las islas, velo que se levantó por breve tiempo, en agosto de 1942, cuando dos compañías de *marines* efectuaron una incursión en el atolón de Makin. La muerte de 70 defensores japoneses y la destrucción de una estación de radio en el curso de la rápida incursión tenían, desde luego, poco valor como botín de guerra, pero el episodio influyó favorablemente en la moral.

Alarmado por la incursión en Makin, el Alto Mando japonés empezó a enviar a las islas refuerzos en hombres y en armas pesadas, así como material para la construcción de fortificaciones. Se dispuso también una estrategia que preveía medidas adecuadas para que los atolones, y especialmente el de Tarawa, fueran lo bastante fuertes para resistir cualquier intento norteamericano de invasión en aquel sector. Mientras tanto, desde su base de Truk, la Flota combinada japonesa empezaba a efectuar salidas rumbo al Oeste. Los nipones deseaban una batalla naval decisiva.

Las defensas japonesas: un auténtico laberinto

En la isla de Betio, sede del mando de las fuerzas destinadas a la defensa de las Gilbert y del único aeródromo de todo el archipiélago, los japoneses lograron levantar, tras un año de duro trabajo, un increíble laberinto de instalaciones defensivas. Toda la playa de la pequeña isla –de unos 5 km de longitud y un máximo de 600 metros de anchura –estaba erizada de asentamientos para cañones y de refugios excavados en la roca. En el interior, en el poco terreno que no estaba ocupado por las pistas de aterrizaje, había una serie de depósitos subterráneos y de casamatas que podían transformarse en reductos defensivos.

Para defender Tarawa, el contraalmirante Keiji Shibasaki disponía de 1122 hombres de su unidad y de 1947 hombres de la 7.ª Fuerza de desembarco especial *Sasebo* de la Marina. A esta bien adiestrada fuerza de infantería y de artillería se unían más de 2000 soldados (en su mayor parte coreanos) dedicados a trabajos de construcción. Más de 20 piezas de artillería de costa, de calibre comprendido entre los 80 y los 203 mm; otras 25 piezas de artillería, 7 carros de combate ligeros y un gran número de ametralladoras aumentaban notablemente la potencia de fuego de las armas de la infantería.

Los jefes del Estado Mayor conjunto confiaron la misión al almirante Chester W. Nimitz, quien constituyó lo que después quedaría, para el resto de la guerra, como su Estado Mayor para operaciones anfibias. La responsabilidad absoluta de la Operación «Galvanic» se confió al contraalmirante Raymond A. Spruance. El contraalmirante Richmond Kelly Turner mandaría la fuerza de expedición combinada y una de las fuerzas de ataque. La otra fuerza de ataque, la que se ocuparía de Tarawa, estaba bajo el mando del contraalmirante Harry W. Hill. Al frente de las tropas de expedición, todas confiadas al V Cuerpo de Ejército anfibio, figuraba el general de los *marines* Holland M. Smith.

Después de un minucioso estudio de los datos suministrados por el Servicio de Información y de revisar los medios disponibles, la lista de los objetivos se redujo a tres atolones: Tarawa, con su importante aeródromo; Makin, el más cercano a las Marshall, y Apamama, una base aérea potencial situada casi en el centro de las islas Gilbert. Habiendo sabido, por las informaciones obtenidas, que Tarawa sería la más difícil de conquistar, Turner y Smith decidieron confiar la misión a la única unidad que tenía verdadera experiencia de combate, la 2.ª División de *marines*.

La misión de conquistar Makin se confió al 165 de infantería, que todavía no había recibido su bautismo de fuego. En Apamama, que se suponía defendida por pocos japoneses, la fuerza de asalto estaría constituida por la compañía de exploración del Cuerpo de Ejército V.

Una característica particular de la guerra en los atolones era la necesidad de superar los bancos coralinos que bordeaban todos los objetivos. Por ello, el éxito de un ataque anfibio en aguas poco profundas y a través de centenares de metros de bancos de coral dependía de la eficacia de los vehículos orugas anfibios destinados al desembarco.

Para asegurarse mayores posibilidades de éxito en Tarawa, el comandante de la 2.ª División, general de división Julian C. Smith, antes de lanzar el ataque principal deseaba desembarcar artillería de apoyo en islotes situados en las proximidades de Betio. Pero no hubo tiempo suficiente para ello. Los aviones y los submarinos japoneses podrían sorprender a la vulnerable formación naval de invasión cuando ésta se detuviera en alta mar. Además, la exigua reserva (la 6.ª de *marines*) disponible para las operaciones de Makin y de Tarawa no habría podido emplearse en desembarcos secundarios. Así, pues, los preparativos para la acción se limitaron a algunos días de ataques aéreos preliminares y a un bombardeo masivo el mismo día del desembarco.

Tras haber reunido sus fuerzas y de disponer los últimos detalles en Efate, en las Nuevas Hébridas, el almirante Hill dio orden de zarpar y se dirigió hacia sus objetivos. Simultáneamente, a centenares de kilómetros de distancia, los buques del almirante Turner se dirigían hacia Makin. Los dos atolones distaban 100 millas entre sí y una distancia análoga separaba a las dos formaciones de los puntos hacia los cuales se dirigían.

En el atolón de Makin, el teniente de navío Seizo Ishikawa disponía de unos 800 hombres, la mitad de ellos pertenecientes a la infantería de marina y la otra mitad a las tropas auxiliares. En la isla de Butaritari, objetivo del almirante Turner, había posiciones subterráneas, casamatas, fosos contracarros y tres cañones de 80 mm como armas de máximo calibre de que disponían los defensores. Casi todos estos elementos defensivos se hallaban concentrados en un cinturón que atravesaba la parte central de la isla, estrecha y alargada. El plan de desembarco, estudiado por el general de división Ralph C. Smith, que mandaba las tropas de asalto de Makin, preveía emplear dos batallones reforzados para atacar el extremo occidental de la isla, asegurándose una cabeza de puente y avanzando luego hacia la posición principal japonesa. Unas dos horas después, otro batallón entraría en la laguna para desencadenar un ataque directo.

Con la ayuda de los aparatos de los portaaviones y de un cerrado e intenso fuego de apoyo desencadenado por los acorazados, cruceros y destructores, los desembarcos se llevaron a cabo casi de completo acuerdo con los tiempos previstos en el plan. No obstante, por la parte de la laguna, los atacantes pasaron un mal momento cuando, recién llegados a tierra, se encontraron justamente en medio de las defensas japonesas, y en tal confusión que ni los aviones ni los cañones de los buques podían prestarles ayuda. Aunque no lograron reunirse antes del fin de la jornada, los dos grupos de desembarco consiguieron asentarse sólidamente en la isla. El 21 de noviembre, grupos de infantería y de carros de combate y grupos de ingenieros provistos de lanzallamas y cargas explosivas concentraron sus esfuerzos para destruir la posición japonesa con la que habían chocado el día del desembarco. Antes del anochecer, los hombres del general Ralph Smith habían alcanzado casi todos sus objetivos, y el 22 un batallón se lanzó en medio de la densa espesura de la parte oriental para desalojar a los defensores supervivientes. Después de una dura lucha para abrirse camino a través de una barrera de trincheras y de *bunkers* y tras una noche entera empleada en rechazar repetidos contraataques enemigos, el camino quedó abierto para una limpieza definitiva. A las 11,30 horas del 23 de noviembre el general Ralp Smith radiotelegrafió al almirante Turner: «Conquistado Makin».

En el curso de aquel encuentro, que constituyó su bautismo de fuego, el regimiento tuvo que lamentar 66 muertos y 152 heridos. De la guarnición japonesa sólo se rindió un marinero y 104 hombres de las tropas auxiliares; todos los demás murieron combatiendo.

El desembarco de Apamama se realizó casi sin incidentes el 21 de noviembre. Los *marines* de la compañía de exploración desembarcaron de un submarino y se apoderaron, con pocas bajas, del atolón, débilmente defendido. Casi todos los hombres de la guarnición nipona se suicidaron.

La Marina norteamericana martillea Betio

En las primeras horas del 20 de noviembre, apenas los buques del almirante Hill alcanzaron las posiciones preestablecidas, frente a Tarawa, a los soldados japoneses ya no les cupo la menor duda de que sus días estaban contados. Pero los defensores nipones dieron una nueva prueba de su tenacidad abriendo fuego, a las 5,07 horas, con un par de cañones de 203 mm. Las unidades americanas, al frente de las cuales figuraba el acorazado *Maryland*, con cañones de 406 mm, eran 3 acorazados, 6 cruceros y 9 destructores. Muy pronto, las piezas de artillería de costa japonesa fueron reducidas al silencio por aquel alud de hierro y de explosivos.

Frente a la costa, los hombres de las unidades de asalto abandonaron sus buques de transporte

Isla de Betio, en el atolón de Tarawa: uno de los cañones costeros japoneses de 80 mm empleado por los nipones para la defensa del litoral. Los buques de guerra norteamericanos apoyaron eficazmente el desembarco de los «marines» en Tarawa, y en poco tiempo el fuego de sus cañones redujo al silencio la artillería japonesa. *(Associated Press)-(US Marine Corps)*



LA BATALLA POR MAKIN Y TARAWA

1941

10 de diciembre: el Japón se apodera de las Gilbert.

1943

20 de noviembre: *marines* estadounidenses desembarcan en el atolón de Makin y en el de Tarawa. El ataque contra Makin obtuvo un franco éxito y sólo costó la pérdida de 66 *marines;* en Tarawa, por el contrario, la operación se desarrolló con terrible lentitud y la 2ª División de *marines* tuvo que lamentar más de 1000 muertos y 2000 heridos.

para subir a bordo de los LVT y de las barcazas de desembarco, las LCVP y las LCM, las cuales se pusieron en formación para alcanzar, cubriendo una distancia de 3,5 millas, la línea de partida en el interior de la laguna. El general Julian Smith había decidido atacar esta «isla-fortaleza» desde las playas, que, con toda probabilidad, no debían estar minadas, ya que el reconocimiento aéreo había informado que los japoneses se habían servido de ellas justamente hasta el día del desembarco.

Guiados por los dragaminas, las embarcaciones y los vehículos orugas anfibios se adentraron en un canal que atravesaba el banco coralino, y tan pronto abrieron fuego las baterías costeras japonesas los destructores las redujeron al silencio. La longitud del recorrido que los transportes debían realizar fue causa de que las embarcaciones más pequeñas quedasen distanciadas, y el almirante Hill decidió entonces retrasar la hora H para dar tiempo a que las oleadas desplegasen ordenadamente en la laguna.

A lo largo de la parte septentrional de la isla había tres playas, denominadas convencionalmente Red Beach 1, 2 y 3, cada una de las cuales constituía el objetivo de un batallón reforzado. En uno de los extremos, un muelle de madera de 500 metros de longitud unía el límite del banco coralino con el punto más próximo de la orilla. Una escuadra de fusileros exploradores recibió la orden de rastrillarlo, y a las 8,55 atacó su extremo, destruyendo las construcciones que podrían ocultar cañones japoneses.

Mientras en el muelle se desarrollaba esta operación de limpieza, las oleadas de asalto empezaron a entrar en acción. Se suspendió entonces el fuego de apoyo, excepto el de unas pocas unidades que podían distinguir a los vehículos orugas anfibios que estaban llegando. Entre los LVT comenzaron a caer las salvas de los morteros japoneses, mientras en la parte delantera de los atacantes estallaban las granadas de artillería; asimismo, una granizada cada vez más intensa de ráfagas de ametralladora se abatía sobre la escollera sumergida. Sin embargo, fueron muy pocos los vehículos orugas anfibios que se perdieron, y así, hacia las 9,10 horas, a lo largo de todas las playas los *marines* saltaron de los LVT y se atrincheraron detrás de un rompeolas. A la derecha, el fuego de enfilada procedente de un reducto japonés obligó a los vehículos orugas anfibios a dirigirse hacia la Red Beach 1; en este lugar las pérdidas fueron muy graves; pero, aun así, los atacantes lograron asegurarse una cabeza de desembarco. Y fue entonces cuando empezó el verdadero infierno del día X.

Los LTVP y las LCM tocaron tierra a lo largo de toda la faja del banco coralino, porque la marea, demasiado baja, no les permitía llegar a la orilla. Esta posibilidad ya se había previsto; pues existían tan sólo 50 probabilidades entre 100 de que el agua fuese lo bastante profunda. La cuarta oleada de *marines* empezó a vadear el trecho de laguna, y tras ella lo hicieron otras, todos con el agua hasta el pecho. Los japoneses, que se habían recuperado totalmente después del bombardeo preliminar, concentraron su fuego contra los hombres que avanzaban por el banco coralino. En medio de un infierno de explosiones y de fuego cruzado de ametralladoras, los *marines* apenas podían avanzar. Por todas partes comenzaron a caer hombres, los pocos que seguían ilesos ayudaban a los compañeros todavía vivos, transportándolos a hombros o arrastrándolos hacia las playas. Los que ya se encontraban en tierra y trataban de lanzarse hacia el interior, sólo lograban progresar con una lentitud angustiosa. Los japoneses parecían invisibles, de ellos únicamente se vislumbraban las lenguas de fuego que salían de las aspilleras de casamatas y *bunkers,* casi completamente enterrados. El duro y sangriento trabajo de destrucción de estas posiciones proseguiría a un precio terriblemente elevado en vidas humanas. Al fin, después de haberse abierto un paso en medio de una nauseabunda masa de cadáveres flotantes, los carros de combate llegaron a tierra y entraron en acción.

Vadeando el trecho de laguna con las unidades de reserva, el comandante del grupo de combate, coronel David M. Shoup, llegó a la Red Beach 2 antes del mediodía. La situación que Shoup tuvo que afrontar era caótica. Faltaba el enlace y las unidades estaban desorganizadas; pero, de todas formas, avanzaban fatigosamente, si bien nadie tenía una idea clara de lo que estaba ocurriendo. Centenares de *marines* habían sido muertos o heridos, y Shoup informó al *Maryland:* «Situación incierta». Pero, gradualmente, la situación se aclaró y otro batallón saltó al agua, sufriendo graves pérdidas mientras intentaban ganar la costa.

Un modesto flujo de abastecimientos empezó a llegar entonces a la orilla. A lo largo de la escollera, oficiales y soldados luchaban sin descanso para hacer llegar municiones y cañones a los LVT.

Pero aquel largo día acabó al fin; y durante la no menos larga noche que siguió, iluminada por las llamas que se levantaban de los depósitos de gasolina incendiados, los japoneses perdieron su última posibilidad de arrojar a los *marines* de Betio. No se produjo ningún contraataque. El bombardeo había destruido la red de comunicaciones japonesas y el almirante Shibasaki no pudo reunir a sus hombres para lanzarlos contra las dos cabezas de desembarco. El 21 de noviembre, la suerte de la batalla empezó a inclinarse a favor de los americanos. Después de haber pasado una penosa noche a bordo de las embarcaciones, otro batallón de la 8.ª de *marines* tomó tierra; también estos hombres tuvieron que enfrentarse con un infierno de fuego que se desencadenó contra ellos. En el extremo occidental de Betio, un batallón de reserva del Cuerpo de Ejército, puesto a disposición del almirante Turner, llegó a unirse con el exiguo contingente que se había defendido con gran tenacidad en la Red Beach 1.

Avanzando bajo el fuego enemigo, dos compañías de *marines* llegaron a la playa oceánica y se atrincheraron; otras unidades se adentraron en el terreno, batido por el fuego, que se hallaba entre las pistas del aeródromo. Así, el extremo occidental de Betio estaba ya en poder de los norteamericanos, lo que permitió que otro batallón de la 6.ª de *marines* desembarcara el día 22. El tercer día, la batalla fue más encarnizada que nunca, pero las pérdidas de los defensores sufrieron un brusco aumento cuando los *marines* lograron, por fin, destruir o neutralizar algunas casamatas y *bunkers* que habían resistido desde el primer momento. Para los japoneses la situación era decididamente desesperada; pero siguieron combatiendo. Cuando se hizo de noche, en el terreno ocupado por los *marines* todavía quedaban algunos reductos aislados, mientras el resto de las fuerzas enemigas estaba ya rodeado en la punta oriental.

Finalmente, los japoneses lanzaron un desesperado contraataque: unos 500 hombres saltaron de la espesura para enfrentarse, con arma blanca o granada de mano, con una compañía de *marines.* Se entabló un combate feroz, cuyo final, sin embargo, era previsible: los japoneses cayeron a centenares, hasta su total aniquilamiento. En el transcurso de la mañana los hombres de la 2.ª División efectuaron un minucioso rastrillamiento, eliminando a los últimos supervivientes. El general Julian Smith declaró conquistada Betio a las 13,12 horas del 23 de noviembre.

Sin embargo, la batalla por el atolón de Tarawa aún no había concluido. El restante batallón de la 6.ª de *marines* persiguió a los japoneses en los islotes, y en la espesura que cubría la parte septentrional de Buariki tuvo que emplearse a fondo para eliminar a 175 japoneses. En conjunto, si las pérdidas norteamericanas en Tarawa fueron muy elevadas, para los japoneses resultaron paralizantes. Sólo se hicieron 146 prisioneros, y casi todos ellos pertenecientes a las tropas auxiliares coreanas; el resto de la guarnición (cuyos efectivos sumaban 4836 hombres) fue aniquilado. Por parte americana, los muertos pasaron de 1000, y los heridos ascendieron a 2071.

En Tarawa se derrochó valor por ambas partes; cuatro *marines,* incluido el coronel Shoup, merecieron la *Medal of Honour.* Sin embargo, más importante que el valor individual era el hecho de que la 2.ª División de *marines* acababa de demostrar que ninguna plaza fuerte situada en una isla podía resistir un poderoso y decisivo ataque anfibio. Y si bien en Tarawa se cometieron errores, se trataba de lecciones que debían aprenderse. El atolón fue un terreno de prueba, ciertamente sangriento, pero que salvaría innumerables vidas en las futuras batallas.

El momento más dramático del ataque americano a Tarawa fue cuando los *marines,* tras descender de los medios de desembarco varados por la marea baja, se disponían a recorrer a pie, prácticamente inermes, el trayecto que los separaba de la costa, exponiéndose como fácil blanco al enemigo apostado en la orilla. Pero, apenas tocaron tierra empeñándose en una lucha furibunda, las posibilidades de resistencia fueron reduciéndose para los japoneses. Perdida toda esperanza, los soldados nipones preferían suicidarse antes que caer prisioneros. (Archivo Rizzoli)



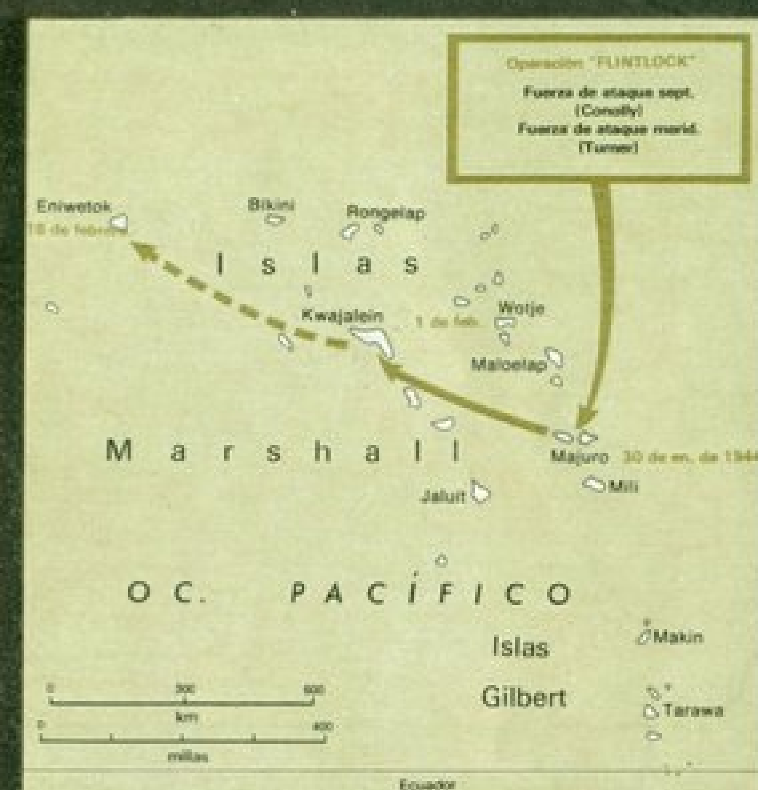


Océano Pacífico, enero-febrero de 1944

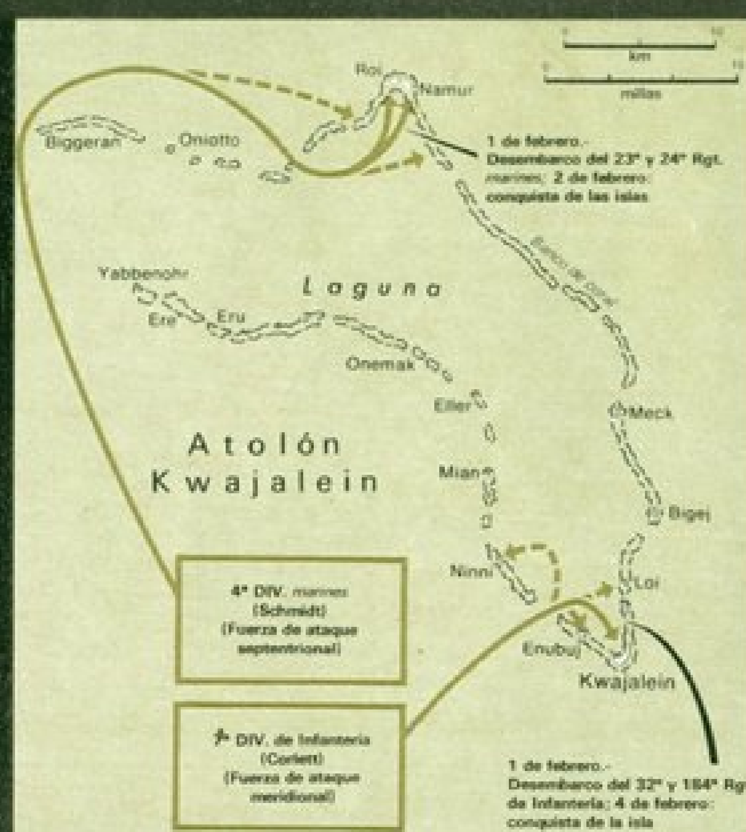
EN EL PACIFICO CENTRAL

Henry I. Shaw, jr.

Habiendo ocupado las Gilbert, los "marines" norteamericanos habían llegado al límite del territorio japonés anterior a la guerra: las islas Marshall. Pero, después de haber experimentado la desesperada resistencia nipona en Tarawa, los altos mandos norteamericanos abandonaron la idea de ir apoderándose de una isla tras otra y decidieron, en cambio, envolver y aislar las diversas guarniciones japonesas. Los desembarcos en fuerza en los atolones claves de Kwajalein y Eniwetok permitirían establecer bases desde las cuales, con la aplastante superioridad aérea norteamericana, se conseguiría interrumpir las líneas de abastecimiento japonesas. Las guarniciones niponas de las islas elegidas se batieron con gran tenacidad; pero la cada vez mayor habilidad americana en las operaciones anfibias –una habilidad que se apoyaba en los inmensos recursos materiales– se mostró totalmente irresistible.



Los ataques principales previstos en la Operación «Flintlock» (iniciada el 30 de enero de 1944), para la conquista de las islas Marshall, ten an como objetivo asestar sus golpes en el corazón de las islas occidentales. Al apoderarse de Majuro, en las Marshall orientales, lo que les proporcionó una importante base logística, las fuerzas de ataque septentrional y meridional conquistaron los principales objetivos, Kwajalein y Eniwetok, mediante rápidas acciones que sorprendieron al enemigo. Con estas victorias los «marines» se aseguraron la posesión de las Marshall, puesto que las guarniciones japonesas en las otras islas no estaban en condiciones de sobrevivir.



Precedidas por desembarcos preliminares para asegurar el dominio de las vías de acceso a la laguna, las acciones aliadas contra el atolón de Kwajalein se llevaron a cabo mediante dos ataques desencadenados simultáneamente contra Roi y Namur al Norte y contra Kwajalein al Sur. En este punto, los desembarcos se vieron dificultados no por la resistencia enemiga, sino por las pésimas condiciones del mar y por el obstáculo de los bancos coralinos. Una vez desembarcadas, las fuerzas aliadas lograron arrollar con bastante rapidez las posiciones enemigas: Roi y Namur cayeron el 2 de febrero, y el 4 el Regimiento de infantería 32 completó la conquista de Kwajalein.



Gracias a los rápidos éxitos logrados en Kwajalein, la Operación «Catchpole» para la conquista del atolón de Eniwetok, segundo y último objetivo en las islas Marshall, pudo iniciarse el 17 de febrero, casi dos meses y medio antes de la fecha prevista. Los hombres del almirante Hill, a quien se había confiado la misión de conquistar Eniwetok, ocuparon en primer lugar Engebi, situado al Norte, y donde se encontraba el único aeródromo del atolón. Se lanzaron luego hacia Eniwetok y Mauke, donde, una vez más, los japoneses combatieron con increíble encarnizamiento en su intento de detener a las fuerzas enemigas. Pero el 23 de febrero, el atolón de Eniwetok estaba ya en manos del 22.° y del 106.° Regimientos de «marines».

Ya en mayo de 1943, los jefes del Estado Mayor conjunto habían sugerido la elección de determinados atolones en las islas Marshall como objetivos para los primeros ataques anfibios en el Pacífico central. Era grande la tentación de acelerar los planes cuya finalidad era la ocupación del territorio japonés anterior a la guerra; pero faltaban aún informaciones detalladas sobre las principales bases enemigas, y lo poco que se sabía no era ciertamente alentador. Los japoneses habían dispuesto aeródromos en las islas mayores de cinco atolones y bases para hidroaviones en otras. Numerosos buques de transporte, desafiando a los submarinos norteamericanos, habían desembarcado a su vez una cantidad desconocida de hombres y abastecimientos. Era, pues, esencial, en el panorama de esta situación, disponer de una información sobre los objetivos y proceder a la conquista de bases desde las cuales fuese posible organizar las oportunas incursiones aéreas contra las Marshall. Así fue como se tomó la decisión de efectuar una operación preliminar, la de Tarawa, que acabamos de relatar.

Mientras todavía se estaba preparando la ofensiva de noviembre contra las Gilbert, el Estado Mayor del almirante Chester W. Nimitz no dejó de prestar atención a los planes relativos al siguiente golpe contra las Marshall. Por su parte, en Washington, los estrategas y los expertos logísticos del Estado Mayor combinado informaron a sus jefes respecto de los hombres y de los medios de que podría disponer la operación, denominada «Flintlock».

Los buques y los aviones constituirían la 5.ª Flota, formación cuyo nombre llegó a ser sinónimo de todas las empresas en el Pacífico central. Las tropas estarían encuadradas en el V Cuerpo de Ejército anfibio de los *marines* (VAC, *V Anfibious Corps*). Para llevar a cabo las operaciones de desembarco, los jefes del Estado Mayor combinado designaron dos divisiones: la División de infantería 7 del Ejército, veterana de la campaña de las Aleutianas y mandada por el general de división Charles Corlett, y la 4ª de *marines*, que aún no había entrado en fuego, bajo el mando del general de división Harry Schmidt. Como fuerzas de reserva, figuraría un regimiento de la guarnición de Samoa, el 22.° de *marines*, que, en unión de otros contingentes de refuerzo (artillería, carros de combate, ingenieros) formaría un grupo de combate regimental.

Los jefes de las grandes unidades serían los mismos que dirigieron las operaciones de las Gilbert: Raymond Spruance, Richmond Kelly Turner, Harry Hill y Holland Smith. Estos tres marinos y el severo general Smith, conocido entre los hombres de su Cuerpo de Ejército y en todo el Pacífico como «el loco terrible» estaban creando una tradición de experiencia y de fiabilidad en la guerra anfibia que ya no sería igualada. Todos, al mismo tiempo, exigían de sus subordinados una actitud de atenta consideración por las enseñanzas que debían deducir de cada experiencia, así como la debida capacidad para estudiar con la mayor atención todos los aspectos de la situación que se debía afrontar, conquistando los objetivos en el menor tiempo posible y al menor precio posible de vidas humanas.

Precisamente porque estaban imbuidos de este espíritu, los comandantes de la 5.ª Flota consideraban las operaciones en las Gilbert bajo un aspecto muy distinto de aquel en que habían aparecido en los concisos títulos y resúmenes de los diarios. En particular, la valoración de la potencia naval japonesa y de la americana indicaba que el factor sorpresa, que fue tan importante en los planes estratégicos elaborados en aquella acción, no lo sería tanto en las Marshall. No obstante, los portaaviones norteamericanos habían demostrado que podían aislar un campo de batalla insular de cualquier interferencia enemiga.

De esta conclusión fundamental surgió la decisión de ampliar el período durante el cual las unidades anfibias permanecerían en la zona, de modo que permitiesen desembarcos preliminares en pequeñas islas cercanas a los objetivos principales. La artillería desembarcada en las primeras zonas conquistadas apoyaría el ataque principal. Otra lección que se aprendió en el ataque contra las Gilbert fue la de aumentar las funciones y la eficacia del fuego de apoyo. La duración del fuego de preparación por parte de las unidades navales se prolongaría y los cañones concentrarían su fuego contra objetivos aislados, abandonando aquel tipo de bombardeo en alfombra que, en las Gilbert, tuviera tan escasos efectos sobre las fortificaciones japonesas. Asimismo, una mayor intensidad y duración de las incursiones aéreas preliminares asestaría duros golpes a las guarniciones enemigas, desorganizando además –por lo menos así se esperaba– sus preparativos de defensa.

El mejoramiento del sistema de transmisiones a bordo de las nuevas unidades anfibias, que transportarían a las Marshall a los jefes de las unidades de asalto y de la fuerza de desembarco, facilitaría en gran manera la coordinación del apoyo aéreo, el fuego de las unidades navales y el control de los medios de desembarco. Las cañoneras harían su primera aparición en el Pacífico central para guiar contra el objetivo las oleadas de asalto y destrozar con sus cañones de tiro rápido y sus cohetes las playas elegidas para el desembarco. Para atravesar los bancos coralíferos, que formaban una especie de corona alrededor de las islas, se aumentaría el número de vehículos anfibios oruga, destinados al transporte de las tropas (LVT), así como el de los nuevos carros de combate anfibios (LVT [A]); el empleo de estos vehículos permitiría potenciar, en la medida adecuada, la primera oleada dirigida contra cada uno de los objetivos principales. Además, la División de infantería 7 utilizaría por primera vez un gran número de DUKW, los omnipresidentes camiones anfibios que, sin temor a los bajíos, podían transportar directamente su carga desde los buques a los depósitos del interior.

Un golpe en el corazón

Durante las fases iniciales de la elaboración de los planes relativos a la Operación «Flintlock», los objetivos preferidos habían sido los atolones orientales de las islas Marshall, es decir, los más próximos a las bases aliadas. Pero el 7 de diciembre, en el curso de una reunión en la que tomaron parte todos los comandantes de mayor graduación, el almirante Nimitz propuso lanzar un ataque en el corazón del grupo de las islas occidentales: el atolón de Kwajalein, famoso por su laguna, la mayor del mundo. Spruance, Turner y Smith, objetaron unánimente que para ello sería preciso envolver las bases aéreas japonesas de **Mili, Maloelap y Wotje. El comandante de la 5.ª Flota hizo notar a su vez que, inevitablemente,**

perdería parte de sus fuerzas para apoyar las operaciones en el Pacífico sudoccidental, y que no podía asegurar la neutralización de las plazas fuertes rodeadas. Además, deseaba otra base logística para su Flota, un puerto seguro donde los buques averiados pudieran refugiarse y una zona de abastecimiento para la flotilla destinada a operar en zonas avanzadas.

El almirante Nimitz rechazó todas las objeciones. Pero aceptó la idea de conquistar simultáneamente el atolón de Majuro, en las Marshall orientales, para dar a Spruance la base logística que reclamaba, y al mismo tiempo, para aumentar los efectivos de la fuerza de desembarco, añadió a la reserva de la fuerza de expedición el Regimiento de infantería 106 del Ejército. La isla de Kwajalein y las islas gemelas de Roi y de Namur se eligieron como objetivos principales del atolón de Kwajalein, y la fecha del desembarco se fijó para el 17 de enero de 1944. Más tarde la operación se aplazó hasta fines de mes para poder dedicar más tiempo a las actividades de adiestramiento y para terminar las reparaciones en curso en los grandes portaaviones; pero después ya no se concedieron más prórrogas. Los jefes del Estado Mayor conjunto dieron la orden de que la Operación «Flintlock» se iniciase «no más tarde del 31 de enero de 1944».

Nada menos que 297 unidades navales se asignaron a la fuerza de expedición combinada del almirante Turner: 2 AGC, 7 acorazados, 12 cruceros y 75 destructores de distintos tipos para la actividad de bombardeo y protección del convoy, formado por 46 buques de transporte, 27 cargueros, 45 embarcaciones de desembarco para carros de combate y otras cinco unidades especiales *(dock-landing ships)* para el transporte de las tropas, de las armas y de los abastecimientos. La 58ª Fuerza operativa del contralmirante Marc Mitscher, formada por los portaaviones rápidos y sus unidades de escolta, tomaría parte en los ataques preliminares para trasladarse después al oeste de Kwajalein, de modo que pudiera interceptar a la Escuadra japonesa si ésta intentaba una salida de su base de Truk, en las Carolinas orientales. Durante las fases preparatorias de la operación, despegando de las bases apenas preparadas en las Gilbert y de otros aeródromos insulares avanzados, aviones del Ejército y de la Marina, al mando del contraalmirante John Hoover, bombardearían las bases de las Marshall, tratando de poner fuera de combate las instalaciones defensivas y procurarse toda clase de información.

La audaz acción decidida por el almirante Nimitz contra Kwajalein sorprendió por completo a los japoneses. Casi todos los jefes nipones esperaban que el primer movimiento americano sería un ataque contra alguna base de las Marshall orientales, y, en consecuencia, los pocos millares de hombres de refuerzo recibidos a fines de 1943 se destinaron a las guarniciones de los atolones más próximos a las bases aliadas. Mas en Kwajalein, los defensores, sometidos a incursiones aéreas cada vez más frecuentes e intensas, intuían lo que estaba a punto de ocurrir; pero, como de costumbre estaban dispuestos a enfrentarse con los acontecimientos con una determinación fatalista. Un jefe de pelotón japonés de la 61ª unidad para la vigilancia y la defensa costera, escribió en su diario:

«Saludo el nuevo año desde mi puesto, junto al cañón. Este año será de batallas decisivas. Supongo que después de haber conquistado Tarawa y Makin el enemigo continuará su marcha contra las Marshall, pero las defensas de Kwajalein son fuertes... Cuando llegue el momento supremo moriré con coraje y honor».

Las defensas del atolón eran realmente fuertes, pero no tanto como los *bunkers* y los abrigos subterráneos de la isla de Betio, en Tarawa. Muchos de los buques japoneses que transportaban material para construir fortificaciones fueron víctimas de los submarinos americanos, y otros se dirigieron a las Carolinas y a las Marianas, donde ya se estaban disponiendo defensas para la inevitable fase sucesiva de la batalla. Como antes las Gilbert, ahora las Marshall formaban parte del anillo exterior de las conquistas japonesas, y su función era la de retardar lo más posible el avance norteamericano, a fin de ganar tiempo para reforzar el sector del Pacífico central.

Completo dominio del aire

La responsabilidad absoluta de la defensa de las Marshall se había confiado a la Escuadra combinada de almirante Mineichi Koga, quien tenía su puesto de mando en la base de Truk. Pero como sus formaciones de portaaviones habían sido diezmadas en noviembre, en el curso de las batallas aéreas desarrolladas en el cielo de Rabaul, disponía de muy pocas fuerzas para reforzar las de las islas. El almirante no osaba atacar a la Escuadra americana con sus portaaviones casi vacíos, y, sin los adecuados refuerzos, los aviones japoneses de las Marshall no podrían realizar ninguna defensa eficaz. Uno de los elementos esenciales de los planes del almirante Spruance era el dominio del aire en la zona del objetivo; trataría de destruir los aeródromos nipones y despejaría el cielo de aviones enemigos.

Y, en efecto, los aviones del almirante Spruance abatieron o destruyeron en tierra todos los aviones japoneses eficaces que había en las Marshall –unos 150–, incluso antes de que la fuerza de invasión hubiera lanzado al agua su primera barcaza de desembarco. Por lo tanto, la defensa de Kwajalein quedó confiada tan sólo a su guarnición terrestre, unos 9000 hombres dispersos en 87 islas. En un cálculo muy amplio se podría decir que la mitad de estos hombres estaban en condiciones de combatir; los restantes pertenecían a las tropas auxiliares, poco o nada instruidas para el combate.

En la práctica, la defensa de las Marshall, se había confiado a la 6ª Fuerza, allí situada, y hasta fines de 1943 las tropas estuvieron constituidas exclusivamente por marineros. Sin embargo, cuando la situación empezó a empeorar, se enviaron a las islas algunas unidades del Ejército procedentes del Japón, China y Manchukuo. En enero de 1944, el núcleo principal de la guarnición de la isla Kwajalein estaba constituido por unos 800 hombres de la 61ª Unidad para la vigilancia y defensa costeras, comprendiendo una compañía de refuerzo de la 1ª Brigada anfibia del Ejército, que sumaba unos 900 soldados trasladados al Pacífico desde el Manchukuo, donde habían guarnecido las líneas ferroviarias. En el sector Roi-Namur, el resto de la 61ª –345 hombres– constituía la espina dorsal de una heterogénea formación de unidades de la Aviación, que en total sumaba 2000 hombres del 24.º Grupo aéreo de base en Roi.

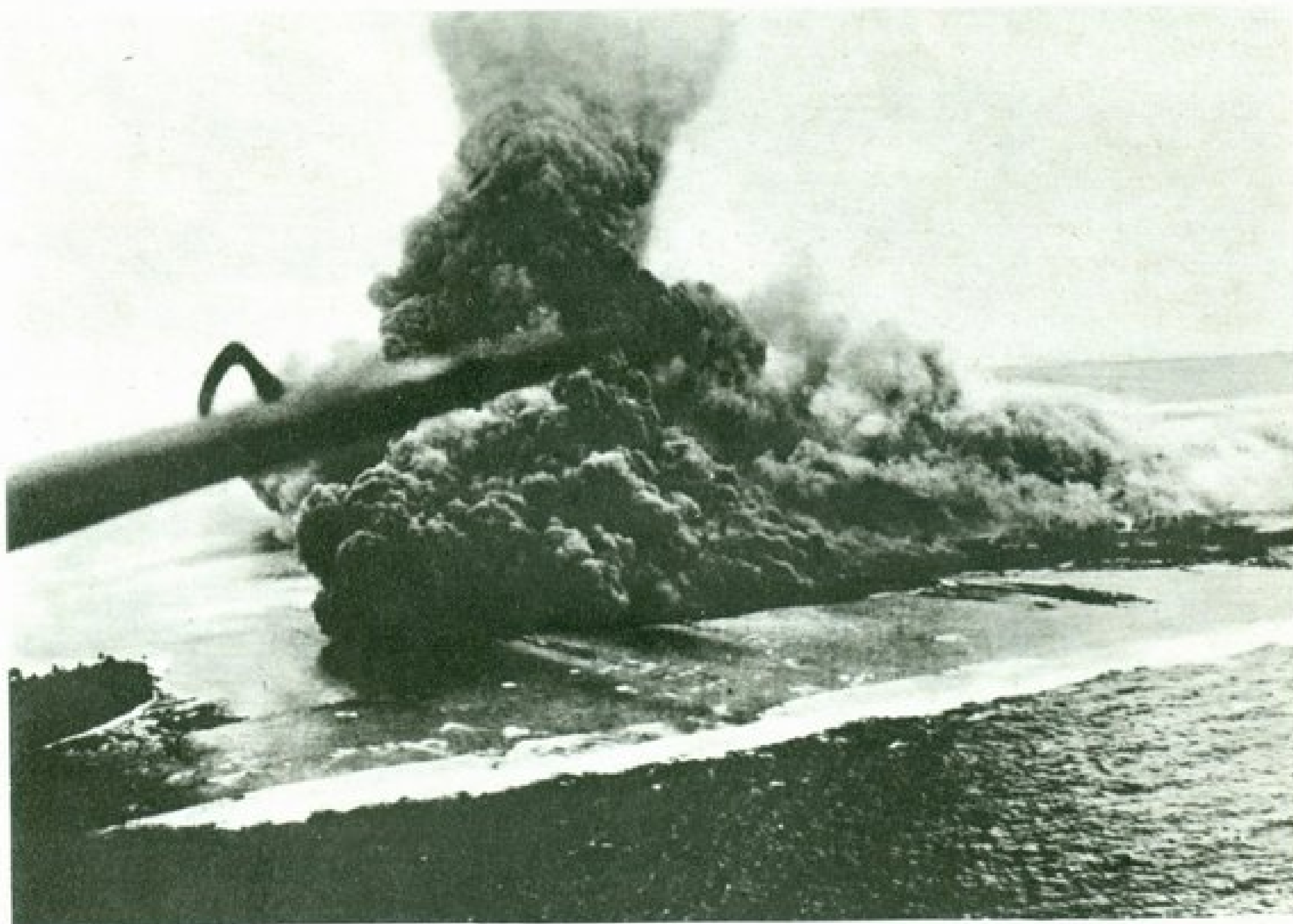
Muy distinta era la fuerza del V Cuerpo de Ejército anfibio del general Smith. Este Cuerpo de Ejército comprendía, entre tropas de asalto y tropas de reserva, unos 63.000 hombres, todos muy bien instruidos para su misión.

El 19 de enero, la fuerza de ataque meridional del almirante Turner comenzó a zarpar en dirección a su objetivo. Como siempre, primero zarparon las unidades de desembarco, más lentas, mientras los transportes de tropas y los buques de carga, más rápidos, zarparon a tiempo para reunirse con las anteriores cerca del objetivo y en la fecha prefijada. Lo mismo que ya hizo en las Gilbert, Turner asumía dos cargos: el de comandante de la fuerza de ataque y el de comandante de la fuerza de expedición combinada.

Catorce días antes, según los planes, la fuerza de ataque septentrional abandonó las aguas de San Diego, en Estados Unidos. La formación estaba al mando del contraalmirante Richard L. Conolly, veterano de la campaña de Sicilia y que por primera vez operaba en el Pacífico.

Mientras la formación de Turner convergía sobre Kwajalein, los veloces portaaviones empezaron su acción contra las bases enemigas en las Marshall. Divididos en cuatro grupos de asalto, los pilotos de la Marina, con sus *Hellcat* y *Avenger*, iniciaron las incursiones el 29 de enero y las concluyeron el 30, bombardeando Wotje, Maloelap, Kwajalein, Roi y Eniwetok.

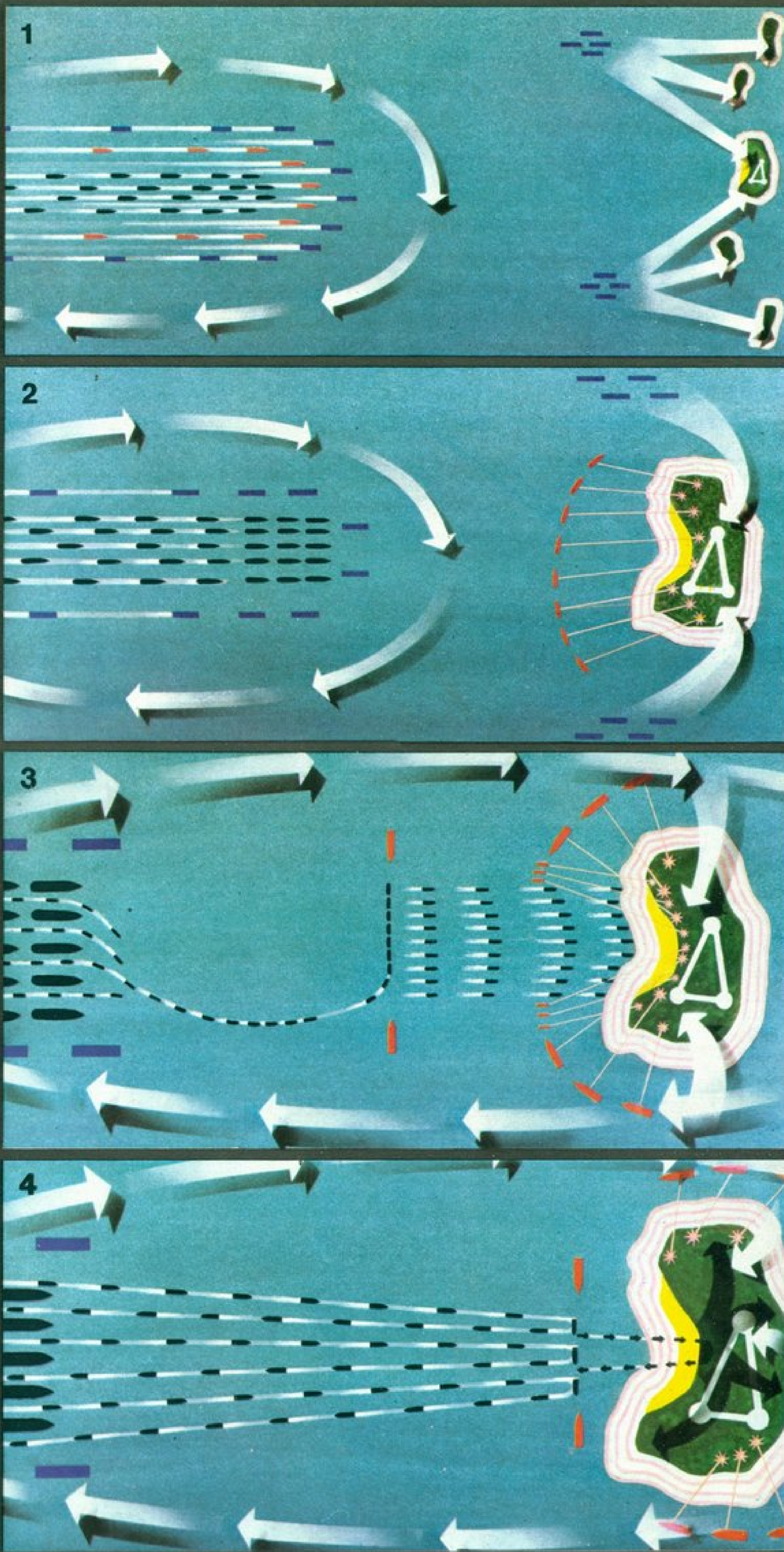
El ataque a Majuro, que fue casi como un prólogo de la acción principal, significó la puesta en marcha de la Operación «Flintlock». El almirante Hill, que ya había mandado las fuerzas de Tarawa, disponía de una fuerza de desembarco



Una pequeña isla en llamas a consecuencia de un bombardeo aéreo efectuado como preparación del ataque en fuerza. Gracias a la experiencia que se consiguió en el ataque a las Gilbert, en las islas Marshall los Estados Mayores americanos decidieron aumentar la intensidad y la duración del **fuego de apoyo antes de los desembarcos, a fin de desorganizar las defensas enemigas e impedir su entrada en acción.** *(Archivo Rizzoli)*

UNA NUEVA TÉCNICA EN LA GUERRA NAVAL

La contraofensiva norteamericana en el Pacífico central determinó el nacimiento de una nueva técnica naval, que, afortunadamente, no duró mucho. Se trataba de conquistar una serie de islotes coralinos, pequeños pero estratégicamente importantes, defendidos por los fanáticos soldados japoneses. Los problemas que se presentaban para efectuar estas operaciones, que a menudo se desarrollaban a miles de millas de las principales bases de abastecimiento, eran realmente enormes; pero los Estados Mayores estadounidenses idearon una eficacísima técnica de ataque anfibio que describimos e ilustramos en esta página.



1. PRIMERA FASE: APROXIMACIÓN Y NEUTRALIZACIÓN
Mientras las fuerzas de ataque rápidas bombardean la isla principal y los islotes que la circundan, los buques de las fuerzas de desembarco salen de los puertos en distintos tiempos (en relación con las diversas velocidades y distancias), protegidos por los aparatos de los portaaviones de escolta y por las fuerzas navales de ataque y de apoyo. Después de reagruparse en el curso de la navegación, las fuerzas de desembarco se dirigen hacia los objetivos.

2. SEGUNDA FASE: BOMBARDEO PRELIMINAR
Los buques que transportan las tropas de desembarco y los abastecimientos se dirigen a las zonas previstas para las operaciones de transbordo y de descarga. Los aviones embarcados continúan atacando los objetivos, mientras las unidades navales de apoyo se aproximan a la isla para bombardearla, ayudadas por aviones de observación. Mientras tanto, en alta mar, las unidades destinadas a llevar a cabo el ataque empiezan a transbordar a las embarcaciones de desembarco.

3. TERCERA FASE: EL DESEMBARCO
Los primeros vehículos de desembarco anfibios toman tierra, seguidos por una segunda oleada de embarcaciones más grandes que llevan refuerzos. El fuego de interdicción se concentra en la zona de las defensas contra los desembarcos; las oleadas de tropas se suceden unas a otras, apoyadas por el fuego de las embarcaciones de distinto tipo. Los buques alargan su tiro y lo extienden sobre los flancos, mientras las tropas rebasan las playas y se lanzan hacia el interior.

4. CUARTA FASE: CONQUISTA Y CONSOLIDACIÓN
Otras oleadas de tropas se dirigen hacia las playas, abandonando las barcazas en el límite del banco coralino si ello es necesario. La lucha se extiende por las cabezas de desembarco hacia el interior, a medida que afluyen, según una secuencia prefijada, las municiones, los abastecimientos, refuerzos y material de construcción. La habilitación de las bases se inicia a menudo antes de que cesen los combates. La isla tan sólo se considera conquistada después de que todas las unidades enemigas han sido destruidas. *(Lesley Noke)*

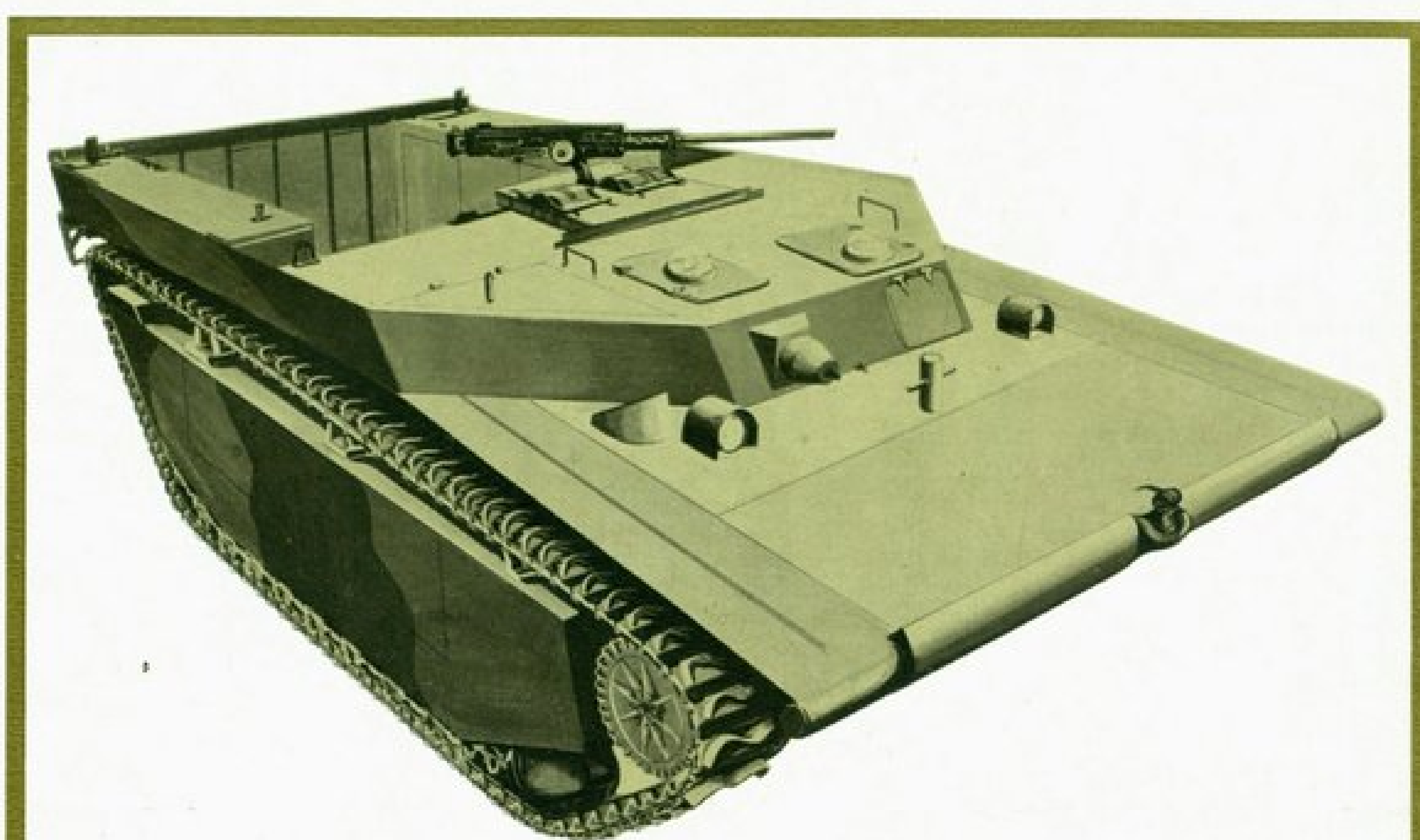
constituida por una compañía de *marines* de exploración y por un batallón reforzado del 106.º de infantería, así como del pleno apoyo de algunos portaaviones de escolta y de otros navíos de guerra que, con su fuego, deberían asegurar el éxito del desembarco. Al caer la tarde del 30 de enero, a bordo de canoas neumáticas, los *marines* desembarcaron en una de las muchas islas del atolón. No encontraron el menor rastro de japoneses; el enemigo había evacuado por completo el atolón algunas semanas antes; sólo había quedado un suboficial de la Marina, que fue hecho prisionero inmediatamente.

Así, pues, a las 9,55 horas del 31 de enero la bandera norteamericana se izó sobre la isla Darrit, el primer territorio japonés anterior a la guerra que caía en manos aliadas. Sin perder tiempo, el almirante Hill hizo entrar sus buques en la laguna y comenzó a desembarcar tropas y abastecimientos. Los trabajos para la preparación de un aeródromo comenzaron inmediatamente, y en menos de una semana Majuro se transformó en una eficiente base naval, el principal punto de apoyo para los buques de la 5ª Flota.

En cuanto al atolón de Kwajalein, las dos fuerzas de ataque desarrollarían planes análogos. En las primeras horas de la mañana del 31 de enero, Turner y Conolly desembarcarían tropas de reconocimiento en las pequeñas islas que dominaban los puntos de acceso a la gran laguna; estos desembarcos preliminares serían seguidos por ataques masivos, desencadenados por un regimiento cuya misión era conquistar algunas islas desde las cuales la artillería pudiera disparar contra Kwajalein y Roi-Namur. Por el Norte, el ataque se confiaría a la compañía de exploración de la 4ª División y al 25.º Regimiento de *marines*; por el Sur, a un escuadrón de exploración del 7.º de caballería y al Regimiento de infantería 17. El día 1 de febrero cada división atacaría su objetivo principal con dos regimientos en línea. Como las dos acciones se desarrollaron independientemente y a una distancia de 42 millas, se pueden describir por separado.

El almirante Conolly se ganó cierta fama con el bombardeo preliminar efectuado el día del desembarco. En efecto, el bombardeo preparatorio, aéreo y naval, por él dirigido tuvo efectos mortíferos. Después de la batalla, el general Schmidt calculó que las granadas disparadas por los navíos de guerra y las bombas de los aviones debían de haber matado a más de la mitad de los hombres de la guarnición. Todos los cañones de grueso calibre de la artillería de costa enemiga quedaron completamente destruidos o inutilizados por aquel huracán de fuego.

Los únicos tropiezos en el curso del desembarco no los provocaron los defensores japoneses, que eran poquísimos, sino el desbarajuste provocado por las condiciones del mar, la escabrosidad del banco coralino y la inexperiencia de los hombres de la tripulación de los LVT y LST. Muchos vehículos anfibios orugas resultaron averiados por la violencia de las olas y por sus choques contra el banco de coral; otros se perdieron y acabaron hundiéndose cuando intentaban encontrar sus buques de transporte. A pesar de ello se alcanzó el objetivo de las operaciones preliminares. Cuatro batallones de obuses de 75 mm y de 105 mm se desembarcaron a tiempo para apoyar el ataque principal, y los norteamericanos se aseguraron una vía de acceso a la laguna.



BUFFALO: un nuevo vehículo para la campaña de los atolones

La experiencia había demostrado que los bancos coralinos de los atolones del Pacífico, situados sobre bajos fondos, obligaba a las tropas que iban en los medios de desembarco convencionales a introducirse en el agua estando aún muy lejos de las playas y a merced del fuego enemigo. Para vencer este obstáculo se decidió emplear el LVT, vehículo de transporte anfibio, para llevar a tierra firme las primeras oleadas. A pesar de un desafortunado comienzo, el *Buffalo*, protegido por una coraza ligera, demostró luego ser insuperable en el curso de las restantes operaciones de la campaña del Pacífico. **Longitud:** 8 m. **Altura:** 2,50 m. **Velocidad:** en tierra 43 km/h.; en el mar 5,7 nudos. **Autonomía:** en tierra 224 km.; en el mar 128 km. **Carga:** 4,5 toneladas o bien 40 hombres completamente equipados. *(John Batchelor)*

Limpieza de Roi y de Namur

La carencia de LVT implicó un retraso en los desembarcos del día 1 de febrero, ya que los vehículos orugas que habían apoyado al 25.º de *marines* en los desembarcos iniciales tuvieron que desembarcar después al 24.º Regimiento de *marines* en Roi. Tras una serie de aplazamientos desde la hora H, necesarios para coordinar mejor la operación, a las 11,12 horas llegó al fin la orden de avanzar desde la línea de partida en la laguna. Dos batallones de asalto de 23.º de *marines* embarcados en vehículos orugas anfibios se lanzaron hacia Roi, seguidos a poca distancia por el 24.º de *marines*: las compañías de cabeza iban a bordo de LVT y el resto de los dos batallones de asalto en embarcaciones.

Precedidos por una granizada de bombas y de granadas, procedentes de los buques de guerra y de la artillería, así como por las granadas de alto explosivo disparadas por los cañones de los LCI (G), LVT (A) y LVT, alcanzaron la playa con pocas pérdidas. Los desconcertados defensores de Roi sólo opusieron una débil resistencia inicial, y poco después del desembarco el comandante del regimiento comunicó por radio al general Schmidt: «Es cosa sin importancia, ninguna resistencia cerca de la playa... Deme la señal y conquistaremos el resto de la isla».

Después de haberse concedido únicamente una pausa breve para reorganizar sus fuerzas, el coronel reemprendió la marcha a un ritmo más lento y constante, que llevó a sus unidades de cabeza a alcanzar el océano a las 18, momento en que el general Schmidt declaró conquistada la isla. Los combates de la jornada se habían caracterizado por una serie de acciones aisladas, puesto que los japoneses, al interrumpirse sus contactos con el mando, combatían individualmente y en grupos pequeños. Al caer la noche, casi todos los defensores habían muerto, y el 2 de febrero sólo fue necesaria una acción de limpieza.

En Namur la situación era distinta, como lo era también el terreno. Mientras en Roi abundaban los descampados, ocupados casi por completo por pistas de despegue y de rodaje, la isla gemela estaba cubierta por un denso bosque. El bombardeo preliminar transformó la vegetación, los depósitos de abastecimientos y un gran número de casamatas en un denso laberinto de ruinas, que ofrecía un abrigo ideal para tiradores aislados y grupos decididos a resistir a ultranza. Apenas empezaron a abrirse camino hacia el interior, los batallones de asalto del 24.º de *marines* perdieron el apoyo previsto de los LVT (A), imposibilitados de continuar más allá de las playas a causa de la existencia de fosos contracarros y de una increíble confusión de troncos de árbol cortados y de trincheras. Sin embargo, pronto llegaron algunos carros de combate que, abriéndose paso a la fuerza, tomaron parte en la lucha.

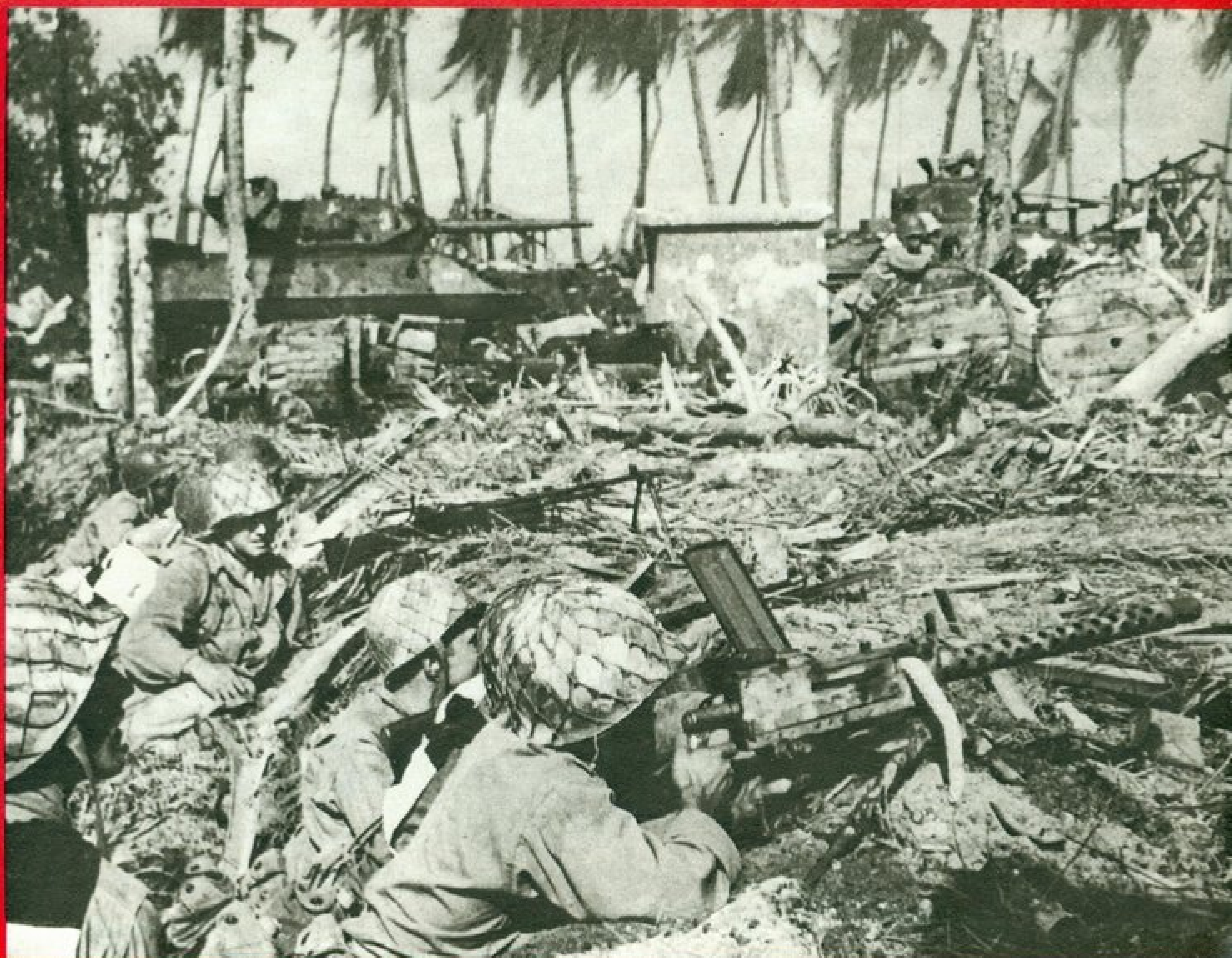
A pesar de los desesperados, pero desorganizados, esfuerzos de los defensores, el regimiento estaba progresando cuando se produjo un trágico accidente. Una escuadra destinada a trabajos de demolición arrojó una carga de explosivos en una casamata llena de cabezas de torpedo; la explosión que siguió proyectó por el aire «troncos de palmeras y piezas de cemento, grandes como cajas de embalaje», escribió un oficial que se encontraba en la playa. Veinte *marines* resultaron muertos y otros cien heridos; pero el ataque sólo se detuvo por un breve instante, gracias a la intervención de las reservas, a las que se hizo avanzar rápidamente a fin de que la operación no perdiese su impulso. Al anochecer, el regimiento había conquistado tres cuartas partes de la isla.

Después de una noche en que se produjeron pequeños contraataques –y algunos intensos tiroteos contra simples sombras por parte de soldados inexpertos–, el 2 de febrero se reanudó el avance con la ayuda de otros carros de combate llegados de Roi. Los japoneses, reducidos ya a un importante grupo de supervivientes, fueron arrollados, y se completó así la ocupación de la isla. El general Schmidt, que la noche anterior había trasladado a tierra su puesto de mando, declaró conquistada Namur a las 14,18.

Mientras en el Norte los *marines* conquistaban sus objetivos, en el Sur los soldados lograban éxitos semejentes contra sus adversarios. Pero, teniendo que habérselas con una guarnición más numerosa y con un objetivo de mayores dimensiones, la División de infantería 7 necesitó cuatro días para conquistar la isla de Kwajalein.

KWAJALEIN: LUCHA HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE

Después de haber desembarcado con facilidad en el atolón de Kwajalein, los Regimientos de infantería 32 y 184 se vieron forzados a abrirse camino a través de una espesa vegetación y enfrentándose a la creciente oposición de un enemigo que parecía invisible. La lucha continuaba incluso por la noche, cuando, aprovechando la oscuridad, los japoneses que habían sobrevivido a las destrucciones sufridas en sus posiciones se deslizaban fuera de los refugios y sembraban el desconcierto en la retaguardia y a lo largo de la línea del frente. Para vencer estos ataques era necesaria una vigilancia ininterrumpida, unida a una resistencia y a un coraje excepcionales; y también en estas ocasiones los *marines* supieron batirse con audacia. (US Army)



El primer día, los desembarcos preliminares en las islas exteriores aseguraron el necesario dominio de la vía de acceso a la laguna y permitieron también preparar puestos de artillería. Durante esta fase, la resistencia japonesa fue un poco más enérgica que la registrada al Norte, pero no tanto como para inquietar a los atacantes. Cuando, según los planes, desembarcaron cuatro batallones de obuses de 105 y de 155 mm y unieron su fuego al de los buques y al de los aviones, la destrucción que se produjo fue espantosa. A continuación, después de haber desembarcado en Kwajalein, un observador dijo que «parecía que toda la isla había sido levantada a 5000 metros de altura y dejada caer después».

Un desembarco fácil: un duro combate

El día 1 de febrero, precedidos por un eficaz bombardeo preliminar, según un esquema análogo al de Roi y de Namur –pero sin la confusión que en aquel caso había dificultado gravemente la acción de los LVT–, los Regimientos de infantería 32 y 184 desembarcaron en el extremo occidental de Kwajalein. Alcanzando la playa en columna de batallones (indispensable por el hecho de que la isla apenas tenía 800 metros de anchura), los dos regimientos ampliaron muy pronto su cabeza de desembarco. Batiéndose encarnizadamente a través de un denso bosque bajo y contra la creciente oposición de un enemigo que parecía invisible, los soldados americanos, antes de adoptar una disposición defensiva para la noche, llegaron al aeródromo de la isla.

En la oscuridad, algunos japoneses supervivientes se deslizaron fuera de los refugios para hostigar la retaguardia de los invasores. Mientras los norteamericanos avanzaban penosamente a lo largo de los cuatro kilómetros de la isla, que tiene forma de media luna, este tipo de acción se repitió cada noche, hasta que no quedó vivo ni un solo japonés. El Regimiento de infantería 184 tuvo que hacer frente, más que ningún otro, a una serie de acciones de esta clase mientras, doblegando la resistencia de los sucesivos reductos enemigos, avanzaba poco a poco por la mitad septentrional de Kwajalein. Por el Sur, el Regimiento de infantería 32 avanzó, el 2 de febrero, más allá de la zona del aeródromo y se introdujo de nuevo en los bosques que se extendían al otro lado, en un espantoso laberinto de *bunkers* y de instalaciones dispersas que ofrecían a los japoneses las mejores posibilidades de defensa.

Martilleados por la artillería y por los cañones de los buques, y bombardeados asimismo por los aviones, los japoneses no tenían ninguna posibilidad de contener el ataque de la 7ª División. Por fin, el 4 de febrero, el Regimiento de infantería 32 llegó al extremo de la isla, y ello marcó el fin de la lucha. El general Corlett, que había trasladado a tierra su puesto de mando el día 1 de febrero, declaró que a las 16,10 horas había cesado cualquier forma de resistencia organizada. Como antes en Roi y en Namur, también en Kwajalein fue preciso dedicar un par de días, después del fin oficial de los combates, a ultimar la limpieza de soldados enemigos emboscados.

En el curso de la semana que siguió al comienzo de las operaciones, el Regimiento de infantería 17 y el 25.º de *marines*, ayudados por contingentes de exploración de la división, eliminaron toda traza de resistencia en las restantes islas del atolón. Algunos de estos combates secundarios fueron particularmente feroces; pero los defensores se encontraban en condiciones de tal inferioridad que el resultado final fue idéntico en el Norte y en el Sur: uno a uno los japoneses cayeron combatiendo. Muchos se suicidaron y sólo unos centenares, en su mayor parte tropas auxiliares coreanas, cayeron prisioneros.

El 8 de febrero, el almirante Turner pudo valorar los resultados obtenidos y el precio pagado por ellos. Se había asegurado sólidamente la posesión de una base estratégica vital en el centro de las Marshall, y, en consecuencia, las plazas fuertes japonesas rodeadas ofrecían ahora un magnífico blanco para los ejercicios de bombardeo de los pilotos americanos, pues para ninguna otra cosa podrían ya servir. En la defensa de Kwajalein los japoneses habían perdido 8386 hombres de ellos 3563 muertos en las islas septentrionales y 4823 en las meridionales. La 4ª División de *marines* había tenido 313 muertos en combate y 502 heridos; la División de infantería 7, 173 muertos y 793 heridos. Las diferencias entre estas cifras y las registradas en las Gilbert resulta significativa: las pérdidas enemigas se habían doblado, mientras que las norteamericanas se habían reducido. Ciertamente, los colaboradores de Spruance en las operaciones anfibias habían aprendido bien la lección.

Acelerar la ofensiva

El éxito de la Operación «Flintlock» ofreció a los norteamericanos la posibilidad de acelerar los tiempos de las otras operaciones. El atolón de Eniwetok, en el extremo occidental de las Marshall, a unas 325 millas al noroeste de Roi, debía ser atacado hacia el 1 de mayo. Pero, después de los recientes acontecimientos, el almirante Turner



propuso que esta operación –denominada «Catchpole»– se iniciara inmediatamente. El 5 de febrero el almirante Nimitz llegó en avión a Kwajalein, desde Pearl Harbor, para discutir la proposición con sus principales comandantes, y se declaró favorable a la idea de Turner. A su vez, el almirante Spruance aprobó un plan para el empleo de las tropas, puesto a punto por el Estado Mayor del general Holland Smith. La fecha del comienzo de la operación se fijó para el 17 de febrero.

Se confió la misión de conquistar Eniwetok al almirante Hill, quien se puso inmediatamente a trabajar para elaborar el plan de la compleja operación anfibia. Se disponía de buques en abundancia y podría contar con todos los que necesitase. En lo que respecta a fuerzas de asalto, a Hill se le destinó la reserva de la Operación «Flintlock», que ascendía a más de 8000 hombres que no había sido preciso emplear en los combates de Kwajalein.

Al mando de las fuerzas de desembarco, denominadas 1.er Grupo táctico, se puso al general de brigada Thomas Watson, de los *marines*. Watson era conocido por su manía de la perfección; en efecto, hizo trabajar duramente a su Estado Mayor y cinco días después ya se hallaba ultimado el plan de desembarco y todos los detalles. Los dos grupos de combate que formaban el grueso de las fuerzas de asalto eran el 22.º Regimiento de *marines* y el Regimiento de infantería 106. La División de infantería 7 puso a disposición de Watson un batallón heterogéneo de LVT (A) y LVT para desembarcar la infantería, así como cierto número de DUKW, suficiente para transportar a tierra dos batallones de artillería. La compañía de exploración del V Cuerpo de Ejército anfibio y la de la 4ª División de *marines* se ocuparían de los desembarcos preliminares, neutralizando las

Algunos días después de la conquista de Eniwetok, completada el 23 de febrero de 1944, las tropas de ingenieros del Ejército norteamericano se apresuran a explanar una larga pista para la construcción de un aeródromo, desde donde los bombarderos podrán efectuar misiones contra nuevos objetivos. *(Foto GM)*



Marines en acción en la isla de Roi. Aquí los combates se caracterizaron por una serie de acciones aisladas, puesto que los japoneses, interrumpidos los contactos con el mando, combatían individualmente o en pequeños grupos para detener al invasor. (US Marine Corps)

guarniciones japonesas de las islas más pequeñas del atolón, según el esquema ya aplicado en Kwajalein.

El objetivo principal de la Operación «Catchpole» lo constituían tres de las cuarenta islas del atolón: Engebi, en el extremo septentrional, y las islas vecinas de Eniwetok y Mauke. Como casi todas las informaciones indicaban que en el atolón podía haber un contingente superior al previsto, que se calculaba alrededor de los 1000 hombres, el plan del general Watson preveía una sucesión de ataques en fuerza. Sin embargo, las fotografías aéreas revelaron que en los objetivos cubiertos por espesos bosques casi no existían indicios de casamatas, y que los soldados japoneses estaban casi inactivos.

Tanto las informaciones como la interpretación de las fotografías eran exactas. Si bien los japoneses habían logrado reforzar la guarnición de Eniwetok, escaseaba el material para la construcción de fortificaciones y, por lo tanto, tuvieron que recurrir a palas y a picos. Bajo las palmeras, en la espesura, se escondían, mimetizadas y enlazadas entre sí, trincheras, galerías y pozos de tirador aislados. Muy poco de esta mortal «tela de araña» aparecía en la superficie, y el comandante de la brigada, general Yoshima Nishida, ordenó a sus hombres que se mantuvieran ocultos a la observación del enemigo.

Engebi, donde se encontraba el único aeródromo del atolón, era el punto focal de las incursiones aéreas lanzadas desde los portaaviones. Ni Eniwetok, la isla más grande, ni Mauke, sede del mando del general Nishida, ofrecían mejores objetivos a los pilotos del almirante Spruance. En Engebi los defensores se sentían impotentes ante los ataques aéreos, ataques tan masivos que un japonés observó: «No era de extrañar que algunos soldados enloquecieran».

Poco antes de que los buques del almirante Hill se dirigieran hacia Kwajalein, la 58ª *Task Force* lanzó un ataque preliminar contra Truk. El 17 de febrero, las divisiones aéreas del almirante Mitscher atacaron la citada base enemiga, que hasta entonces había permanecido libre de bombardeos. Buques de guerra y navíos auxiliares japoneses fueron hundidos en las radas de aquel atolón montañoso, mientras centenares de aviones eran abatidos en vuelo o destruidos en tierra. Otros buques que intentaron huir a alta mar fueron hundidos por las unidades norteamericanas.

Cuando el 18 de febrero la 58ª *Task Force* se alejó de Truk, dejó a sus espaldas más de 260 aviones enemigos destruidos, y en el fondo del mar o completamente destruidos en la costa dos cruceros ligeros, tres cruceros auxiliares, cuatro destructores, dos buques de apoyo y de abastecimiento de submarinos, un pesquero armado, un transbordador y 24 mercantes. Los norteamericanos sólo sufrieron la pérdida de 25 aviones y 29 aviadores. El portaaviones *Intrepid* fue alcanzado por un torpedo lanzado por un avión, pero logró volver a su base. Quizá si el ataque se hubiera lanzado una semana antes, habría podido sorprender en Truk a toda la Flota combinada japonesa. Pero el almirante Koga, alarmado por la aparición de un cuatrimotor *Liberator*, procedente de Bougainville, comprendió que la base era indefendible y, en consecuencia, había ordenado que el grueso de la Flota, se trasladase a aguas más seguras, al Oeste.

Arrancada de este modo a los japoneses la posibilidad de interferir desde Truk los navíos del almirante Hill, éste pudo proseguir la operación según los tiempos previstos. Al amanecer del 17 de febrero, un soldado japonés de guarnición en la isla Mauke, mirando en dirección Este, hacia el océano, «vio una luz y oyó un rumor que le recordaba el de los motores de los aviones». Y escribió a este respecto: «Me dije que finalmente lo que debía ocurrir estaba ocurriendo». Pronto vislumbró en el horizonte el grupo operativo del almirante Hill, que iba precedido por escuadrillas de bombarderos que se elevaban ininterrumpidamente de los portaaviones.

La única vía de acceso a la gran laguna de Eniwetok eran dos pasajes que se abrían a través de la parte meridional del banco coralino. Aunque, según un mapa militar sustraído a los japoneses, se desprendía que no había minas, el almirante prefirió no correr riesgos e hizo dragar las dos vías antes de que la formación, al frente de la cual figuraba el acorazado *Tennessee*, pasando entre aquellas islas silenciosas, entrase en las quietas aguas de la laguna. Dirigiéndose inmediatamente al Norte, hacia el primer objetivo, que era Engebi, Hill dio en seguida la orden de iniciar los desembarcos preliminares. Mientras los aviones y los cañones de los buques bombardeaban Engebi, los *marines* de la compañía de exploración y los hombres de la de reconocimiento, apoyados por el fuego de los LCIG, desembarcaron sin encontrar oposición en las pequeñas islas situadas al este y al oeste del objetivo principal. Pronto llegaron también a tierra los DUKW, que transportaban los obuses de 75 mm de los *marines* y los obuses de 105 mm del Ejército. Cuando cayó la oscuridad, todas las piezas ya habían ajustado su tiro sobre Engebi. A las 8,42 del 18 de febrero, casi sin hacer un solo disparo, los medios anfibios orugas depositaron en la playa de Engebi dos batallones del 22.º de *marines*, los cuales, lanzándose rápidamente hacia el interior, se enfrentaron con la fánatica resistencia opuesta por los defensores japoneses. A las 14,50 horas, la pequeña isla estaba ya en manos norteamericanas; pero todavía había que eliminar a numerosos tiradores aislados y pequeños grupos decididos a resistir a toda costa.

Durante toda la noche siguiente prosiguieron los combates esporádicos con los grupos aislados que todavía resistían; pero ya en las primeras horas del día, toda la guarnición, compuesta por 800 hombres, había sido aniquilada.

El almirante Hill, puesto en guardia por algunos documentos japoneses encontrados en Engebi, que revelaban los efectivos del atolón, decidió aumentar el fuego de preparación sobre los restantes objetivos. Le llegó el turno, entonces, a la isla de Eniwetok, el 19 de febrero, cuando el 106.º de infantería efectuó un desembarco en la zona más amplia de la estrecha isla. No pudiendo lanzarse inmediatamente hacia el interior, por la presencia de un elevado terraplén preparado por los japoneses a lo largo de la playa, los soldados atacaron con cierta lentitud y no lograron neutralizar con la suficiente rapidez a los defensores, situados a lo largo del litoral. Apenas comenzaron la acción, chocaron con un intenso fuego de morteros y de armas portátiles, desencadenado por los soldados japoneses escondidos en sus posiciones. Para volver a dar impulso al ataque, el general Watson lanzó al campo la reserva del Regimiento 106, constituida por un batallón del 22.º de *marines*.

Desarrollando el ataque a través de la isla, por el lado del océano, la unidad de *marines* efectuó una conversión hacia la derecha, comenzando a avanzar hacia el Sur, paralelamente a un batallón del Ejército. Al anochecer, cuando tuvieron que detenerse para asegurar las defensas, ambas unidades casi habían alcanzado el extremo de la isla. A favor de la oscuridad, los japoneses salieron de sus pozos de tirador para hostigar las líneas norteamericanas, lo que dio lugar a una noche de furiosos combates que culminó en un contraataque contra el puesto de mando de los *marines*. Pero los japoneses fueron rechazados. El otro batallón del Regimiento 106, cuya misión era asegurarse el dominio del otro extremo de la isla, necesitó dos días para desalojar y destruir a los nipones supervivientes. Finalmente y tras duros combates llegó al extremo de Eniwetok a las 16,30 horas del 21 de febrero.

Mientras tanto, las compañías de *marines* de exploración y las de las tropas de reconocimiento se habían asegurado el dominio de las restantes islas del atolón, excepto Mauke. Así, pues, todo estaba dispuesto para la última fase de la operación. Pudiendo contar de nuevo con su tercer batallón, el 22.º de *marines* se lanzó al ataque de Mauke la mañana del 22 de febrero. El ataque fue apoyado por un fuego de impresionante violencia: para bombardear mejor la isla los acorazados se aproximaron a menos de 1500 metros. En medio de una cortina de humo, los cansados hombres de los LVT depositaron en tierra los dos batallones de asalto, y, a pesar de la desesperada resistencia opuesta por el contingente más numeroso de las fuerzas de Nishida, la batalla fue breve. Apoyados por los obuses de 105 mm del Ejército, que hacían fuego desde Eniwetok; por sus obuses de 75, asentados en una isleta situada al norte, y por la intervención de los aviones y de los cañones de los buques de guerra, los amercianos aniquilaron a toda la guarnición (1300 hombres) en un solo día.

Al caer la tarde, sólo quedaba una pequeña bolsa enemiga en el extremo meridional de la isla; pero también ésta fue eliminada con las primeras luces del día. El atolón de Eniwetok también había caído.

En la defensa de Eniwetok los japoneses perdieron, aproximadamente, 3400 hombres; los americanos sólo pudieron capturar unos pocos prisioneros, en su mayor parte, como sucedía a lo largo de toda campaña, de las tropas auxiliares, pues casi toda la Brigada anfibia nipona cayó combatiendo.

Los *marines* registraron 254 muertos y 555 heridos, y las unidades del Ejército que tomaron parte en la operación 94 muertos y 311 heridos.

Una vez dueños los norteamericanos del atolón de Eniwetok, además del de Kwajalein, los japoneses perdieron cualquier posibilidad de acceso a sus cercadas guarniciones en las Marshall, donde quedaron algunos miles de soldados. Como ya había ocurrido en Majuro y Kwajalein, también la laguna de Eniwetok comenzó a convertirse muy pronto en una importante base de apoyo. Y aquel memorable febrero de 1944 constituyó un gran paso hacia el inevitable ataque contra el perímetro interno de las defensas japonesas y, por consiguiente, hacia el fin de la guerra.

HENRY SHAW, Jr.



Prestó servicio en el Cuerpo de *marines* estadounidense, en Okinawa, durante la segunda Guerra Mundial, y, más tarde, en China septentrional. Licenciado en historia, en el Hope College de Michigan, consiguió después el doctorado en la Columbia University. Enrolado de nuevo en 1950, se le licenció un año después para entrar como experto en la sección histórica del Cuerpo de *marines*. Ha colaborado en la edición de cuatro volúmenes de la historia oficial del citado Cuerpo. Escribió también para numerosas publicaciones históricas y es redactor jefe de la sociedad de historiadores militares.

Océano Glacial Ártico, marzo-diciembre de 1943

EL HUNDIMIENTO DEL "SCHARNHORST"

Richard Humble

A fines de 1943, el almirante Doenitz, jefe de la *Kriegsmarine*, comprendió que la Flota alemana debía llevar a cabo alguna nueva empresa para justificar su existencia y evitar que Hitler volviera a dar la orden de desarmarla. A pesar del resultado tan poco satisfactorio de la batalla del mar de Barents, librada el año anterior, no se podía negar que la Escuadra de superficie había servido para algo, ya que, durante gran parte del año, los Aliados se habían visto obligados a suspender el envío de convoyes al Ártico. Sin embargo, ahora había vuelto a empezar el paso de buques mercantes hacia Rusia y era preciso que el *Scharnhorst* se hiciera nuevamente a la mar: pero, una vez más, la falta de decisión y la equivocada elección de los procedimientos tácticos hicieron que otro de los grandes buques de guerra de la Marina alemana no pudiera hacer otra cosa que sucumbir valientemente.



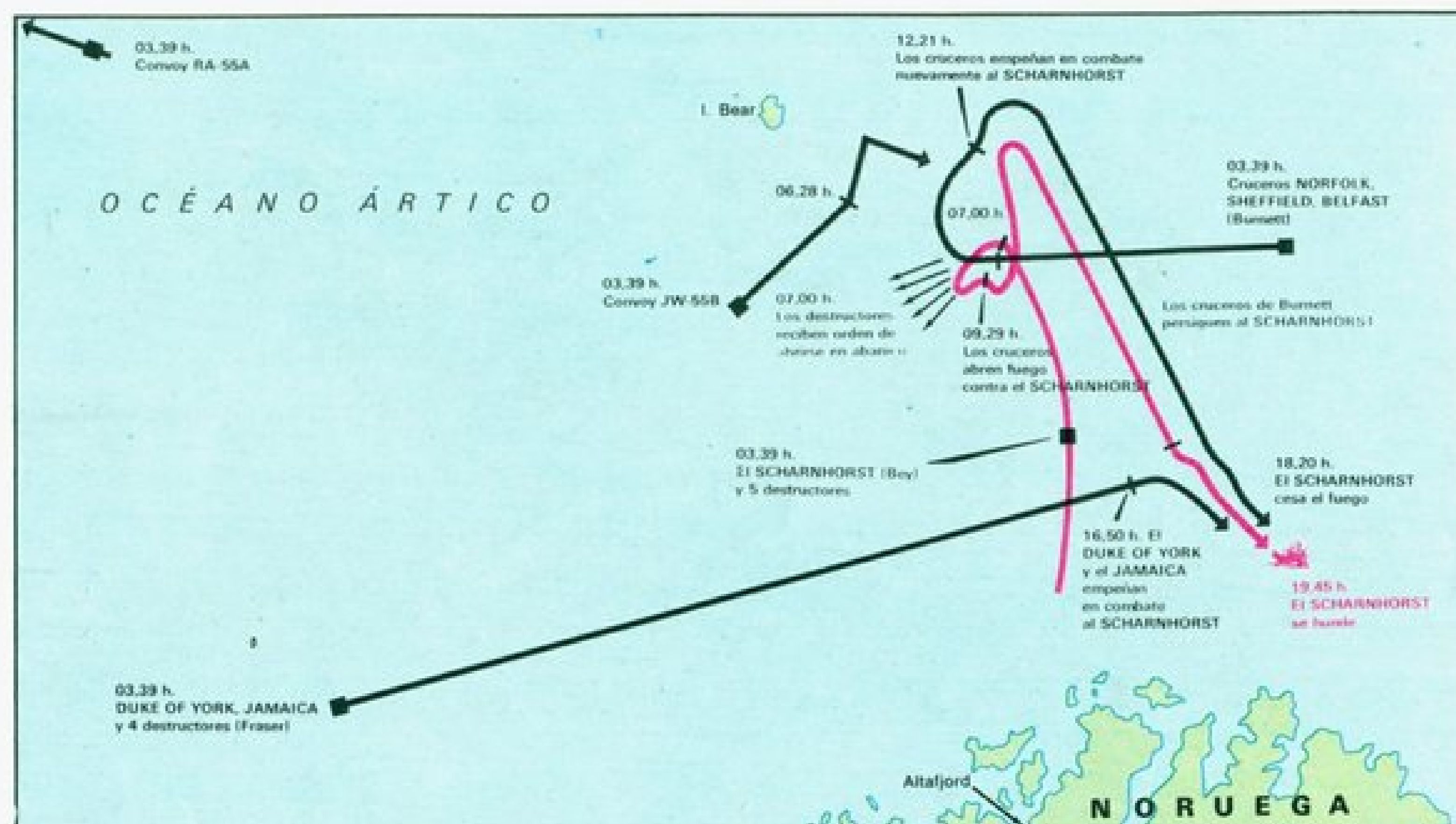


Arriba: el crucero de batalla *Scharnhorst* que, en 1943, después de las graves pérdidas sufridas por la Flota alemana, era la unidad más potente de su Marina de guerra después del acorazado *Tirpitz*. Debajo: el acorazado británico *Duke of York* abre fuego contra el *Scharnhorst*. Sus proyectiles de 356 mm provocaron inundaciones en la unidad alemana, reduciendo su velocidad. *(Imperial War Museum)*

En el transcurso de toda la primavera y todo el verano de 1942, cada convoy aliado que se dirigía a Rusia había corrido el riesgo de ser destruido. El desastre del convoy *PQ-17*, ocurrido en julio, fue uno de las más graves entre los sufridos por las Marinas aliadas en el curso de la guerra; no obstante, mientras los Ejércitos alemanes permaneciesen en el Volga y en el Cáucaso, no se podía suspender el envío regular de convoyes a Rusia. Pero a comienzos de 1943 la situación empezó a cambiar: desde hacía dos meses, los rusos habían pasado a la ofensiva y, asimismo, en las rutas de los convoyes dirigidos a Rusia, era ya evidente que las cosas estaban mejorando. Las pérdidas de tonelaje aliado disminuían rápidamente, y ante la noticia del fracaso experimentado en la batalla del mar de Barents, Hitler se había puesto tan furioso que destituyó al almirante Raeder y ordenó el desarme de la Flota de combate alemana. La batalla del mar de Barents se libró, como se sabe el 31 de diciembre de 1942, y poco después, el 30 de enero, el almirante Doenitz sustituyó a Raeder. Y en este momento, en que toda la Marina de guerra alemana acababa de pasar bajo el mando del jefe de la estrategia submarina germana, no parecía probable que las unidades de superficie pesadas pudieran escapar a su destino de ser desarmadas. Pero, en realidad, Doenitz no podía prescindir de la Escuadra de batalla: tenía necesidad de aquellos grandes buques de guerra que, desde 1939, habían logrado mantener eficazmente empeñada a la *Home Fleet*. Y así, el 26 de febrero, logró convencer a Hitler para que concentrase todas las unidades pesadas en las aguas noruegas, con la intención de que pudieran atacar a los futuros convoyes aliados que se dirigieran a Rusia.

Por consiguiente, al acorazado *Tirpitz* y al acorazado de bolsillo *Lützow* se les uniría el crucero de batalla *Scharnhorst*, procedente del Báltico. Su gemelo, el otro crucero de batalla *Gneisenau*, había sido averiado por las bombas de la RAF el año anterior, poco después de haber forzado triunfalmente el canal de la Mancha desde Brest a los puertos de Alemania; luego, en julio de 1942, se decidió que fuera desarmado, lo que significa-

A las 15,15 horas del 25 de diciembre de 1943 el *Scharnhorst* y cinco destructores alemanes, al mando del contraalmirante Bey abandonan el Altafjord, en Noruega, para atacar el convoy *JW-55B*, que transportaba abastecimientos a Rusia desde Inglaterra. Las probabilidades de éxito de la formación alemana eran mínimas y, por añadidura, aún se vieron anuladas a consecuencia de algunos errores tácticos de Bey. El *Scharnhorst*, que había quedado solo, fue localizado a las 8,40 horas del día 26 por una de las unidades británicas y cayó en la trampa que éstas le prepararon. Los intentos de evasión del *Scharnhorst*, apresado entre la formación de Fraser y los cruceros de Burnett, fueron vanos y, alcanzado mortalmente por 55 torpedos que le lanzaron en la última media hora, el buque se hundió a las 19,45 del día 26 de diciembre.



ba que ahora el *Scharnhorst* era, después del *Tirpitz*, la unidad más potente de la Marina de guerra alemana. El *Scharnhorst* zarpó de Gdynia (Gotenhafen), con dirección a Noruega, a principios de marzo de 1943, uniéndose a los citados *Tirpitz* y *Lützow* en Narvik; el día 22 de marzo, las tres unidades zarparon de Narvik con dirección al Altafjord. Y fue precisamente la noticia de esta formidable concentración de fuerzas navales alemanas lo que decidió al Almirantazgo británico a prolongar la suspensión de envío de convoyes destinados a Rusia durante los meses de verano de 1943.

A primera vista, esta decisión puede parecer sorprendente, puesto que los convoyes del invierno 1942-1943 podían vanagloriarse de haber conseguido buenos resultados. El sistema de convoyes en dos núcleos –según el cual la segunda mitad seguía a la primera a una semana de distancia– había demostrado ser muy eficaz. De los 48 buques que zarparon para Rusia en aquel período, sólo se habían perdido ocho, y de los 41 buques que regresaron lograron llegar a Gran Bretaña 36.

Pero las razones que aconsejaban suspender el tráfico de convoyes durante el verano eran tales que no podían ignorarse. En efecto, los convoyes del Atlántico exigían un refuerzo de las unidades de escolta, y estas escoltas sólo se podían conseguir retirándolas de las rutas del Ártico; y entonces, si estos últimos zarpaban sin la escolta adecuada durante los meses estivales –destacándose en la siniestra palidez de la noche polar contra la banquisa– se producirían otros desastres como el del *PQ-17*. Y, por añadidura, ahora los alemanes acababan de concentrar en aquellas aguas una división naval tan poderosa que sería necesaria una vigilancia mucho más atenta por parte de la *Home Fleet* para impedirle que entrara en el Atlántico, por no hablar ya del más directo peligro de que atacase a los buques mercantes que se dirigían a Rusia. Churchill dio su aprobación, y el 30 de marzo comunicó telegráficamente a Stalin la noticia de la suspensión del envío de abastecimientos, resignándose a recibir el bastante poco diplomático torrente de sarcásticas reconvenciones que, en los cinco meses siguientes, continuó llegando de Moscú. Por esta razón, Rusia tuvo que combatir las grandes batallas de que fue teatro el frente oriental, en verano de 1943, sin recibir nuevos envíos de armas o de abastecimientos a través de la ruta ártica; y mientras tanto, la división naval de batalla alemana se balanceaba perezosamente alrededor de sus anclas en el Altafjord, sin tener ningún convoy que atacar.

El buque más afortunado

El *Scharnhorst* era una de las más afortunadas unidades de la Marina de Guerra alemana. Había salido casi indemne de la campaña de Noruega, de las dos incursiones que llevó a cabo en el Atlántico, de un año de ataques por parte de los bombarderos de la RAF (mientras se encontraba en Brest), del peligroso paso a través del canal de la Mancha y, finalmente, se había librado de los astilleros de desguace. En otoño de 1943 su buena estrella le salvó una vez más.

El 8 de septiembre, el *Scharnhorst* y el *Tirpitz* habían zarpado para bombardear las inermes bases noruegas de las Spitzbergen; después de cumplida esta misión, no muy espectacular por cierto, las dos unidades volvieron sanas y salvas a Altafjord. Pero en esta acción el tiro del *Scharnhorst* se había mostrado tan poco eficaz que su comandante decidió, pese a la crónica carencia de carburante que afectaba a las bases alemanas en Noruega, hacerse de nuevo a la mar para realizar ejercicios de tiro; y sucedió que mientras el crucero de combate estaba realizando sus ejercicios, el 22 de septiembre, algunos submarinos de bolsillo ingleses irrumpieron en el Altafjord, decididos a hundir a la división alemana. Los submarinos consiguieron al mismo tiempo un éxito y pérdidas gravísimas. El *Scharnhorst* estaba en el mar, el *Lützow* había cambiado de fondeadero y los ingleses no lograron descubrirlo; pero el *Tirpitz* no pudo escapar al ataque y resultó con las máquinas inutilizadas, los timones deformados y dos torres inmovilizadas. Ninguno de los tres submarinos que tomaron parte en el ataque contra el acorazado alemán logró volver a Gran Bretaña, mas el *Tirpitz* había quedado prácticamente paralizado. Por su parte, el *Lützow* abandonó el Altafjord, dirigiéndose al Sur el día siguiente. Pero este inesperado cambio en el equilibrio de las fuerzas navales en el norte de Europa abrió un nuevo capítulo en la historia de los convoyes árticos.

Sólo 24 horas antes del ataque contra el Altafjord, Moscú había empezado de nuevo a recibir el envío de convoyes, lo cual demostraba hasta qué punto los diplomáticos ingleses y los jefes del Almirantazgo estaban trabajando en el mismo fin y con sorprendente acuerdo. Pero tuvo que transcurrir un mes de ininterrumpidos contactos diplomáticos, basados en el principio del puño de hierro, para que Churchill lograse hacer com-

Los pocos supervivientes de la tripulación del *Scharnhorst*, hechos prisioneros por los ingleses, desembarcan en Gran Bretaña. Aunque alcanzado y sin la menor posibilidad de salvarse, el *Scharnhorst*, valientemente, siguió respondiendo al fuego enemigo hasta el fin. De los 1800 hombres de la tripulación sólo se salvaron 36. *(Imperial War Museum)*



1943

30 de marzo: como consecuencia de la llegada al Altafjord de una división naval de batalla alemana y ante la imposibilidad de proporcionar una escolta adecuada a los convoyes que se dirigían a Rusia, Churchill decide suspenderlos.

22 de septiembre: algunos submarinos de bolsillo ingleses causan graves averías al *Tirpitz;* en aquel momento el *Scharnhorst* se hallaba en el mar.

15 de noviembre: el convoy *JW-55A*, primero de una nueva serie, llega indemne a Rusia.

22 de diciembre: el servicio de reconocimiento alemán localiza el convoy *JW-55B*. El almirante Bey se prepara para interceptarlo con su división de batalla, sin saber que el convoy va protegido por el acorazado *Duke of York*, del almirante Fraser, y por una formación de cruceros al mando del amirante Burnett.

25 de diciembre: a las 19 horas el *Scharnhorst* y algunos destructores zarpan rumbo al Norte.

26 de diciembre: a las 7, Bey vira al Sudoeste y envía adelante a los destructores. A las 8,20 vira de nuevo hacia el Norte, colocándose en una ruta convergente con la de Burnett y sin informar de ello a sus destructores. A las 8,40 horas el *Belfast* detecta en su pantalla de radar la silueta del *Scharnhorst*. Los cruceros ingleses abren fuego a las 9,29 horas y el *Scharnhorst* vira al Sudeste y luego de nuevo al Norte, en un intento de envolver a los cruceros que siguen una ruta que pasa entre el convoy y el navío alemán. A las 11,58 horas Bey ordena a sus destructores que reemprendan la búsqueda del convoy, y a las 12,05 el *Belfast* intercepta nuevamente al *Scharnhorst*. A las 12,21 el *Belfast* abre fuego y el *Scharnhorst* se aleja una vez más. A las 14,18 Bey ordena a los destructores que suspendan la búsqueda y regresen al Altafjord: pero, a las 16,17 horas el *Duke of York* localiza por primera vez al *Scharnhorst* y a las 16,50 abre fuego. A las 18,20 el *Scharnhorst* queda inmovilizado y los destructores ingleses le acosan. A las 19,45 el crucero de batalla alemán se hunde. De los 1800 hombres de la tripulación sólo pueden salvarse 36.

27 de diciembre: el *JW-55B* llega a Murmansk.

prender a Stalin que Gran Bretaña no podía sentirse obligada a cumplir con tiempos prefijados en lo concerniente al envío de buques ni tampoco comprometerse a un número fijo de entregas. Y así, hasta el 15 de noviembre no se puso en camino hacia Rusia el primero de la nueva serie de convoyes: el *JW-54A*.

A la sazón, el almirante Fraser estaba al mando de la *Home Fleet*, exactamente desde el mes de mayo, en que había sustituido a Tovey, y el nuevo jefe esperaba con impaciencia que el *Scharnhorst* se decidiera a lanzar un desafío. Por ello, al cabo de un mes, tomó la decisión de acompañar al segundo convoy de la serie –el *JW-55A*– hasta Murmansk con algunos acorazados de la *Home Fleet*, decisión sin precedentes en la historia de los convoyes árticos. Desde Altafjord no se produjo ninguna reacción y el *JW-55A* llegó sano y salvo a Rusia. Después de detenerse unos días en aguas rusas, el 22 de diciembre Fraser abandonó la bahía de Kola; pero tampoco durante el viaje de regreso fue atacado por la división naval alemana.

Sin embargo, ahora que se había reemprendido un constante afluir de los convoyes con destino a Rusia. Doenitz sabía que, si quería seguir gozando de la confianza de Hitler, el *Scharnhorst* tenía que lograr un éxito. Y de esta manera obtuvo el tácito permiso de Hitler para disponer la salida del 19-20 de diciembre. Es muy difícil comprender qué razones, de tipo no político, podía tener Doenitz para desear que su división naval corriese el riesgo de enfrentarse con una formación aliada más poderosa. En efecto, el almirante alemán no ignoraba los siguientes puntos:

- probablemente todos los encuentros se realizarían en la oscuridad, y esto favorecería los ataques de los destructores ingleses;
- la inferioridad de las instalaciones de radar alemanas significaba que sería difícil localizar a los buques enemigos, y que la posibilidad de huir ante una formación enemiga superior y dotada de radar sería bastante escasa;
- a causa de las peticiones procedentes del frente ruso, la 5.ª *Luftflotte*, que operaba en Noruega, no disponía de suficientes aviones con los que apoyar un ataque naval de superficie;
- En aquel período del año las condiciones atmosféricas eran particularmente adversas: violentos temporales, mar borrascoso y la limitada visibilidad propia del invierno, disminuida todavía más por las ventiscas.

Todos estos elementos perturbadores los conocía mucho mejor aún el almirante Kummetz, quien, un año antes, había mandado la división naval alemana en la humillante batalla del mar de Barents. Pero a la sazón Kummetz estaba ausente por enfermedad, habiendo sido sustituido, en el cargo de comandante en jefe de la División naval de batalla, por el ex comandante supremo de los destructores, el contraalmirante Bey. La experiencia bélica de Bey se limitaba a este tipo de buques, y, por lo tanto, enfocaba el asunto de los ataques contra los convoyes casi exclusivamente bajo el aspecto de incursiones de destructores. Además, era un hombre que creía firmemente en la buena suerte y en la técnica de golpear cuando el hierro está todavía caliente, a pesar de que en 1940, frente a las costas de Narvik, sus tácticas un tanto irreflexivas llevaron a sus destructores a una seria derrota. Este hombre asumió el mando después de la salida del *Scharnhorst* contra las islas Spitzbergen, y ni siquiera había asistido al ejercicio de tiro. Y, sin embargo, le correspondería a Bey, cuando el próximo convoy aliado llegase dentro de su radio de acción, conducir fuera del Altafjord a la división naval de batalla.

El inminente encuentro

El 22 de diciembre, el servicio de reconocimiento alemán localizó el convoy *JW-55B*, que llegaba por el Oeste. Naturalmente, se supuso que iría escoltado por una formación de acorazados ingleses, aunque en aquel momento no existía ningún indicio en tal sentido. En realidad, el almirante Fraser, a bordo del acorazado *Duke of York*, se estaba dirigiendo hacia el Norte, con el crucero *Jamaica* y cuatro destructores para proteger tanto el *JW-55B* como al *RA-55A*, que aquel mismo día había salido de Murmansk en dirección Oeste. Desde Murmansk llegaba también, detrás del *RA-55A*, la formación de cruceros del almirante Burnett, compuesta por el *Sheffield*, el *Belfast* y el *Norfolk*.

El día 24, el almirante Schniewind, comandante en jefe alemán del sector septentrional, todavía no había recibido ninguna información acerca de la presencia en el Ártico de una formación naval inglesa; pero, en realidad, la situación no parecía en modo alguno prometedora. En espera de que Doenitz volviese de París, decidió esperar otro día sin cursar órdenes para que la división de batalla alemana (que mientras tanto estaba dispuesta a partir con algunas patrullas de *U-Boot*) se hiciese a la mar. Pero, poco después, Doenitz ordenó inmediatamente a Bey que zarpase, afirmando en sus memorias que el convoy aliado «no podría escapar»; la orden de zarpar llegó al Altafjord a las 15,15 horas del día 25. Entonces Bey, a las 19, zarpó con el *Scharnhorst* y cinco destructores pesados; como de costumbre, debía respetar la paralizante orden de atacar tan sólo en ausencia de «una fuerza superior», y sólo disponiendo de «informaciones precisas respecto del enemigo», elemento, este último, que durante toda la operación estuvo ausente por parte alemana.

Bey se dirigió hacia el Norte a una velocidad de 25 nudos. Desde la mañana del día 25 el tiempo había empeorado; pero, como tenían el mar de popa, sus buques pudieron avanzar manteniendo una buena velocidad. A medianoche Bey cometió el primero de una serie de fatales errores: interrumpiendo el silencio radio, intercambió mensajes con el grupo naval que se hallaba al Norte sobre las condiciones atmosféricas y sus futuros movimientos, mensajes que, naturalmente, fueron interceptados en seguida por los ingleses.

Así, a las 3,39 horas de la mañana del día 26, Fraser fue informado de que el *Scharnhorst* estaba navegando; en aquel momento la situación era la siguiente:

- Bey se estaba dirigiendo hacia el Norte; su formación se encontraba tan sólo a 100 millas del convoy *JW-55B* (seguido a distancia por el *U-601*);
- Fraser, a bordo del *Duke of York*, se encontraba a 200 millas del convoy y navegaba a toda velocidad hacia el Este para cortar la retirada a Bey; los cruceros de Burnett navegaban hacia el Oeste, a una velocidad de 18 nudos, a 150 millas al este del convoy.

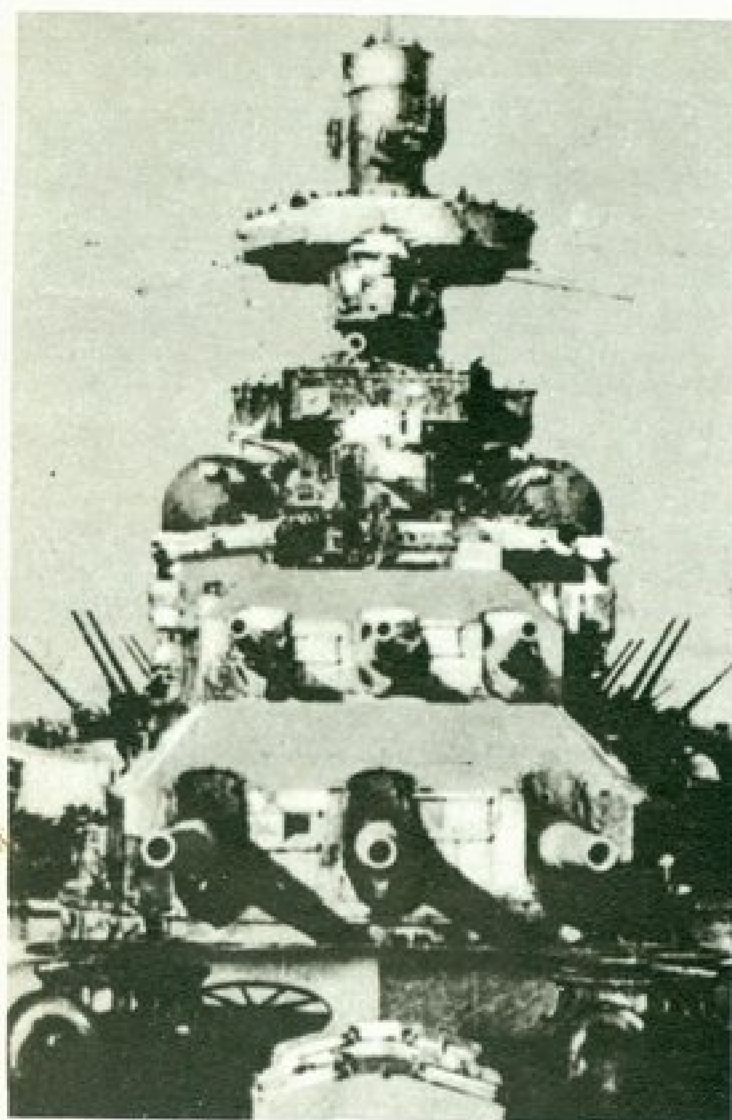
El *JW-55B* se encontraba, por lo tanto, en una posición muy crítica, puesto que las unidades de Bey estaban convergiendo sobre él. A las 6,28 horas, Fraser indicó al convoy que se dirigiera al Nordeste, a fin de dificultar la acción agresiva del *Scharnhorst*.

Por su parte, el almirante alemán se sentía bastante inquieto. Su servicio de interceptación no había logrado captar ninguna de las señales con las que Fraser pidió a Burnett y al convoy que le indicasen sus respectivas posiciones, por lo que Bey se veía obligado a basarse en indicaciones tardías y vagas. A las 15,20 horas del día anterior fue informado de que no se había localizado a ninguna unidad enemiga en un radio de 50 millas del convoy. Ciertamente, Bey debía darse cuenta, dadas las pésimas condiciones atmosféricas, de que unas informaciones tan tardías tenían ya poco valor; pero, por lo demás, eran los únicos elementos con que contaba para disponer sus maniobras tácticas.

Cometió un segundo y fatal error a las 7 horas, cuando se dirigió al Sudoeste, ordenando a sus destructores que se desplegasen en abanico para iniciar la búsqueda del convoy. Más bien se trató de un doble error. Ante todo, sus destructores, guiados por el capitán de navío Johanneson, a bordo del *Z-9*, tendrían que luchar ahora con un mar de proa y por ello se vieron obligados a reducir su velocidad a 10 nudos; en segundo lugar, Bey estaba dispersando deliberadamente sus fuerzas en condiciones extremadamente inciertas.

A pesar de todo, como se encontraba entre los cruceros de Burnett y el convoy, todavía estaba en una posición favorable para continuar la búsqueda, hasta que, a las 8,20 horas, tomó una ruta directa hacia el Norte, sin informar a sus destructores. Al obrar de esta manera se encontró en una ruta convergente con la de Burnett, en la cual la distancia se reducía rápidamente. Así, a las 8,40 ocurrió lo inevitable: el *Scharnhorst* fue localizado por el radar del *Belfast* a una distancia de 17,5 millas, y mientras tanto la formación de Burnett continuó aproximándose. El crucero *Sheffield* avistó al *Scharnhorst* a las 9,21 horas, cuando la distancia era ya tan sólo de 6,5 millas.

Los cruceros de Burnett abrieron fuego a las 9,29 horas, pero sólo el *Norfolk* logró colocar un par de salvas de 203 mm antes de que el *Scharnhosrt* se alejase en dirección Sudeste, para luego virar nuevamente, dirigiéndose hacia el Norte, en



Vista del puente de mando y las dos torres de proa, con seis cañones de 280 mm, del crucero de batalla *Scharnhorst* hundido en la mañana del día 26 de diciembre de 1943 por el acorazado inglés *Duke of York*. *(Dröppel)*

un intento de huir de la formación enemiga. Burnett, sabiendo que cuatro destructores que formaban parte de la escolta del convoy estaban a punto de darle alcance, guió a sus cruceros de manera que se situaran entre el *Scharnhorst* y el convoy.

Parece claro que para Bey fue una sorpresa aquel primer encuentro con los cruceros de Burnett, y también resulta evidente que no conocía con exactitud la fuerza efectiva de la formación inglesa. Si todo hubiera dependido únicamente del número y de la potencia de los cañones, podría haber sembrado la destrucción entre los buques de Burnett; aunque también es probable que, conociendo la deficiente actuación de su artillería en la acción de las Spitzbergen, Bey rehuyese la idea de un encuentro deliberado con las unidades inglesas.

No podía contar tampoco con la potencia de fuego de sus destructores –todos ellos armados con cañones de 150 mm–, lo cual le ponía en mayor desventaja todavía. El jefe alemán intentó remediar este último aspecto de la situación ordenando a todos los destructores que se dirigieran hacia el Nordeste, en dirección al *Scharnhorst*, mientras este buque continuaba en su búsqueda del convoy.

Los ingleses preparan la trampa

Con una maniobra espléndida en cuanto a coordinación y a habilidad, la formación de Burnett se dirigió rápidamente hacia el convoy, desplegándose ante éste a una distancia de 10 millas, de modo que constituía una verdadera pantalla protectora. Para los ingleses, este movimiento transformó radicalmente la escena. La formación de Burnett constituía ahora el poderoso muelle de una trampa –con el convoy actuando de cebo– en la que el *Scharnhorst* estaba a punto de caer. El almirante Fraser había calculado desde el principio que sus probabilidades de interceptar al *Scharnhorst* eran muy escasas, a menos que el navío alemán fuera empeñado en batalla por Burnett; pero ahora, si Bey continuaba aproximándose al convoy, Fraser podría finalmente lanzarse sobre la anhelada presa.

Y, mientras tanto, a las 11,58 horas, Bey había cometido su cuarto error: ordenando a sus destructores que volvieran a iniciar la búsqueda del convoy, desaprovechó la ocasión favorable para reunirlos de nuevo en torno al *Scharnhorst*. Una vez más los destructores de Johanneson tuvieron que virar para dirigirse fatigosamente hacia el Oeste.

Luego, a las 12,05 horas, el radar del *Belfast* registró de nuevo la silueta del navío alemán. Mas esta vez las posiciones estaban invertidas, es decir, con los buques de Burnett navegando al oeste de Bey; a las 12,21 horas los cruceros ingleses volvieron a abrir fuego. Bey aplicó nuevamente su táctica de alejarse a toda velocidad, para prevenir eventuales ataques con torpedos por parte de los destructores ingleses; no obstante, entre los buques adversarios se produjo un intercambio de disparos que duró veinte minutos, y del cual el *Norfolk* salió bastante mal parado: alcanzado dos veces por proyectiles de 280 mm, el crucero inglés resultó con una torre reducida a chatarra y todas sus instalaciones de radar, a excepción de una, quedaron inutilizadas. A las 12,41 horas Burnett ordenó a sus unidades que interrumpieran el contacto, y se dispuso a perseguir al enemigo.

En este segundo encuentro Bey volvió a sentir la necesidad de sus destructores, y, alejándose, escogió una ruta fatal, que parecía calculada para conducirlo precisamente a un encuentro con Fraser: Sur-Sudeste y 28 nudos de velocidad. En lo que concierne a la formación de Burnett, Bey podría haberse librado de la amenaza que representaba en una de las dos formas siguientes: habría podido prolongar la batalla, a fin de obligar a los ingleses a retirarse para salir del alcance de las formidables andanadas del *Sharnhorst;* o bien habría podido dirigirse a alta mar, a tal velocidad que las unidades inglesas, más ligeras, no habrían podido mantener por mucho tiempo, de modo que se las sacudiría de encima. No obstante, no hizo ni una cosa ni otra.

Luego se produjo un episodio que acrecentó considerablemente las posibilidades que Fraser tenía de interceptar al *Scharnhorst*. La división de la *Luftwaffe*, con base en las Lofoten, envió por radio a Bey el informe de una misión de reconocimiento que le había llegado tres horas antes; el informe señalaba que muchas unidades pequeñas y *una gran unidad* habían sido localizadas al Oeste. Pero quien transmitió el informe no hizo ninguna referencia específica a la naturaleza de aquella unidad pesada. Si en aquel momento Bey hubiera sido informado de la presencia de un acorazado en sus cercanías, habría podido obrar en consecuencia; mas, por el contrario, basándose en las informaciones insuficientes de que disponía, decidió proseguir, confiadamente, la ruta del Sudeste.

Entre tanto, los destructores alemanes estaban todavía navegando obstinadamente rumbo al Oeste y, hacia las 13 horas, pasaron a menos de 8 millas del convoy. Continuaron la búsqueda hasta que, a las 14,18 horas, Bey les ordenó suspender la operación y volver al Altafjord. Así, pues, había fallado el gran ataque contra el *JW-55B*; una vez más la acción de las unidades de superficie alemanas contra los convoyes que se dirigían a Rusia concluía en un completo fracaso. Y, por añadidura, ahora el *Scharnhorst* debería valerse por sí mismo.

A las 16,17 horas, el *Duke of York*, que se encontraba en aquel momento a 22 millas al Sudoeste, localizó por primera vez al *Scharnhorst* en su radar, y a partir de aquel momento los ingleses estuvieron en condiciones de localizar la posición del navío de Bey con dos buenas instalaciones de radar. El de la central de tiro del *Duke of York* inició el seguimiento de la unidad enemiga a las 16,32 horas, a una distancia de 14 millas, y a las 16,50 el acorazado y el crucero *Jamaica* abrieron fuego. La batalla del cabo Norte estaba entrando en su última fase. El almirante Bey se veía sorprendido por tercera vez, y en esta ocasión se trataba de una formación de buques de guerra enemigos. Bey intentó una vez más aplicar la táctica de alejarse por el lado «libre»; pero la división de cruceros del almirante Burnett le obligó inmediatamente a volver a su ruta anterior. Y así, al continuar dirigiéndose hacia la costa noruega, el *Scharnhorst* comenzó a descargar sobre el *Duke of York* proyectiles de 280 mm, que a menudo caían muy cerca del acorazado inglés de un modo bastante alarmante.

En una batalla de persecución como era aquélla, existía siempre la débil posibilidad de que, gracias a su mayor velocidad, el *Scharnhorst* pudiese romper el contacto con las unidades de Burnett y vencer a Fraser. Los destructores de Burnett ya estaban perdiendo distancia; pero ocurría que, a medida que el *Scharnhorst* se distanciaba de sus perseguidores, la trayectoria de los proyectiles de 356 mm del *Duke of York* se hacía cada vez más alta y curva, y, por esto, más peligrosa. Hasta qué punto este elemento era decisivo se demostró a las 18,20 horas, cuando los destructores situados a popa del *Scharnhorst* empezaron una vez más a aproximarse, y el crucero de batalla alemán interrumpió de improviso su fuego: los disparos del *Duke of York* habían alcanzado su objetivo, provocando inundaciones en puntos vitales del navío y obligándolo, por consiguiente, a reducir su velocidad.

Los destructores ingleses –*Savage, Saumarez y Scorpion* y el noruego *Stord*– se enfrentaron entonces con el poderoso armamento secundario del *Scharnhorst* (constituido por cañones de 150 mm) a fin de aproximarse más y poder lanzar sus torpedos. Atacaron en dos grupos, de modo que las desesperadas maniobras evasivas del *Scharnhorst* no le sirvieron de nada, pues resultó alcanzado por lo menos por tres torpedos, lo que significó que sus minutos estaban contados.

Mientras tanto, Fraser estaba llegando para asestar el golpe de gracia; a las 19,01 horas, con el *Jamaica* a su costado, el *Duke of York* volvió a abrir fuego desde una distancia de 6 millas. Se estaba repitiendo la historia de la última batalla del *Bismarck*. El *Scharnhorst*, a medida que sus cañones de 280 mm iban siendo puestos fuera de combate, respondía valientemente al superior fuego enemigo con sus piezas de calibre menor. Y, lo mismo que en el caso del *Bismarck*, el *Scharnhorst* acabó por recibir el golpe de gracia de los cruceros y destructores ingleses, los cuales, en la última media hora, descargaron contra el indefenso navío alrededor de 50 torpedos. Todo concluyó a las 19,45, cuando el *Scharnhorst* se invirtió y se hundió. Sólo pudieron salvarse 36 de los 1800 hombres de la tripulación.

Los errores que condujeron a Bey al desastre de la batalla del cabo Norte se pueden justificar, en parte, por el hecho de que nunca pudo disponer de la precisa información; no obstante, sabía en qué condiciones se estaba desarrollando la operación y, por consiguiente, se debe sacar la conclusión de que llevó su buque a afrontar un combate en el que no tenía ninguna posibilidad de salir victorioso. Por su parte, los almirantes ingleses jugaron todas sus cartas con extraordinaria habilidad, y el resultado final de la batalla coronó sus esfuerzos. Los buques victoriosos reemprendieron la navegación con el convoy *JW-55B*, indemne tras aquellos días de batalla, hacia Murmansk, adonde llegaron el 27 de diciembre.

Ya se había eliminado al *Scharnhorst*; y por lo tanto, a partir de aquel momento, la única amenaza por parte de los alemanes en buques de superficie, contra los convoyes del Ártico, la constituía el *Tirpitz*, el «rey solitario del Norte».

RICHARD HUMBLE



Nacido en 1945, frecuentó el Epsom y el Oriel College de Oxford, donde estudió historia militar y formó parte de la tripulación de la histórica regata. Luego abandonó la actividad deportiva para dedicarse completamente al estudio. Una vez graduado, empezó a trabajar con el grupo editorial de esta historia de la segunda Guerra Mundial.

COMPÁS DE ESPERA EN CASSINO

EL PUNTO DE VISTA ALIADO

En enero de 1944, los generales aliados que se encontraban ante Cassino estaban decididos a llevar a cabo el primer intento en fuerza para hundir la Línea Gustav, enlazar con las divisiones que tenían que desembarcar más al Norte, en Anzio, y conquistar Roma. Sin embargo, en el curso de violentos combates, el enemigo rechazó todos los ataques frontales a través del Rápido, y, a mediados de febrero, los Aliados se vieron obligados a reconocer su momentánea derrota y renunciaron a proseguir la batalla de Cassino.

Anthony Farrar-Hockley, general de brigada



(Imperial War Museum)

En enero de 1944, los comandantes aliados en Italia estaban preparados para lanzar la Operación «Shingle», una operación anfibia que tenía que envolver la Línea Gustav mediante un desembarco en Anzio, en las costas del Lacio. Militarmente, su objetivo era superar las profundas defensas de la línea invernal, en la que los alemanes estaban bien afianzados, y, sobre todo, hundir la Línea Gustav con un ataque frontal. Desde el punto de vista político, la conquista de Roma sería la prueba evidente del buen resultado de la campaña y demostraría a los rusos que los angloamericanos combatían con todas sus fuerzas contra los alemanes, demostración que, a lo que parece, interesaba más a Churchill que a Roosevelt.

El cometido esencial de los Ejércitos aliados en Italia, considerado en sus efectos a largo plazo, era atraer a la península el mayor número posible de fuerzas alemanas, sustrayéndolas tanto del frente oriental como de Francia, donde parecía ya inminente la Operación «Overlord». Por lo tanto, una ofensiva anfibia adquiriría mucha importancia si conseguía constituir una seria amenaza para el enemigo durante los meses invernales. Desgraciadamente, los medios de desembarco sólo podrían estar disponibles en el sector hasta el 22 de enero, ya que después de dicha fecha la mayor parte de ellos sería necesaria para la citada Operación «Overlord». En noviembre de 1943, los Aliados habían alimentado grandes esperanzas de que el Ejército 5 americano rompiese la Línea Gustav antes de fin de año; pero las sólidas defensas de la Línea Bernhard y el mal tiempo retrasaron el avance al otro lado del Volturno. Por otra parte, como fallaron los intentos de retener los medios de desembarco en el Mediterráneo hasta fines de enero, el día 22 el grueso de las unidades combatientes del Ejército 5 estadounidense tuvo que atacar necesariamente la Línea Gustav, tanto para atraer a las reservas alemanas que se encontraban en el sector de Roma como para permitir el enlace inmediato de las fuerzas de tierra con las anfibias.

Las tropas coloniales francesas al ataque

En la parte septentrional del sector del Ejército 5 americano, el Cuerpo Expedicionario francés del general Juin había tomado posiciones en la zona más montañosa del frente. Sus dos divisiones, la 2.ª marroquí y la 3.ª argelina, estaban compuestas en su mayoría por tropas expertas en combates de montaña, y además estaban ansiosas por participar al fin en una acción victoriosa. En el sector meridional, el Cuerpo de Ejército X británico, del general McCreery, dispuso de más de un mes de tiempo para descansar y reconocer los puntos de paso del Garigliano. Una tercera división, la 5, estaba a punto de unirse a las otras dos, la 46 y la 56, y las unidades acorazadas del Cuerpo de Ejército tuvieron la posibilidad de concentrarse y de dedicarse a la revisión y reparación de los vehículos. Por consiguiente, los dos Cuerpos de Ejército desplegados sobre los flancos se encontraban en una situación favorable para lanzar un ataque inmediato contra la Línea Gustav. Por entonces acababa de llegar la noticia de que los franceses habían reanudado espontáneamente el avance; en efecto, poco después de establecerse en su sector, arrollaron las posiciones alemanas y conquistaron parte del monte Santa Croce.

Esta victoria local de los franceses no podía ser más oportuna. El plan del general Clark era atacar lo antes posible en ambos flancos, haciendo converger simultáneamente hacia el interior al Cuerpo de Ejército X británico y a las unidades francesas: McCreery en dirección Noroeste, a través de los montes Aurunci, y Juin en dirección Oeste, hacia Atina, a lo largo de la carretera secundaria que se dirige a Roma. El Cuerpo de Ejército II americano del general Keyes, desplegado en el centro, recibió órdenes de cruzar el Rápido y construir un puente, de forma que la División Acorazada 1 americana pudiera pasar a la otra orilla. La División 46 del Cuerpo de Ejército X británico cruzaría el Garigliano a la altura de Sant'Ambrogio para cubrir el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército II americano, durante el paso del río, y permitirle así enlazar con el Cuerpo de Ejército X británico. La conquista de Cassino y de las elevaciones que dominaban el flanco derecho se confiaría solamente a las fuerzas del general Keyes, que actuarían en estrecha colaboración con las divisiones de Juin.

Elementos del Regimiento de infantería 141 americano haciendo fuego con un mortero de 81 mm contra las posiciones alemanas en las proximidades del río Rápido. Algunas unidades del Cuerpo de Ejército II norteamericano efectuaron el paso de dicho río la noche del 26 de enero de 1944, tras seis días de desesperados intentos. *(US Army)*



Optimismo en el puesto de mando del Ejército 5

El abandono del monte Trocchio, del que se retiraron los alemanes el 14 de enero, y el avance inicial de los franceses, fueron los factores que contribuyeron en gran medida a reforzar el optimismo que reinaba en el puesto de mando del Ejército 5. El 16 de enero, el personal del Servicio de Información comunicó que los alemanes daban muestras de «que empezaban a ceder, quizá a causa de las pérdidas, del cansancio y, probablemente, de la desmoralización.»

Esta opinión optimista nacía más de la esperanza y de las impresiones locales que de lo que se había podido deducir de las declaraciones de los prisioneros y de las fotografías, y además pecaba de dos errores de valoración, pues no tenía en cuenta las fortísimas defensas naturales de la posición de Cassino ni la habilidad de los alemanes para aprovechar a su favor las ventajas del terreno. No obstante, siquiera por unos días, los acontecimientos parecieron dar la razón a los optimistas.

El Cuerpo de Ejército X británico, sin perder tiempo, había preparado cuidadosamente el paso del río. Los preliminares de la operación se llevaron a cabo con el máximo secreto.

El 17 por la tarde, la artillería del Cuerpo de Ejército X británico abrió fuego contra la otra orilla, mientras los buques que se encontraban fondeados en el golfo de Gaeta bombardeaban los caminos por los que las divisiones alemanas recibían los abastecimientos de la retaguardia. Pronto, los cañones y morteros del enemigo empezaron a responder.

Pero el bombardeo y el fuego de contrabatería no se equilibraba. En el sector septentrional, la División 46 británica cruzó el río un poco más arriba que las restantes unidades del Cuerpo de Ejército; mientras llevaba a cabo este movimiento estuvo apoyada por una parte de la artillería del Cuerpo de Ejército II americano; no obstante el terreno accidentado que se encontraba al oeste del Garigliano impedía la vista de gran parte de los objetivos. Los alemanes, por el contrario, contaban con una serie de excelentes puestos de observación, que dominaban las dos orillas del río.

Dos brigadas de la División 56 británica atacaron en el centro del frente del Cuerpo de Ejército X, apoyadas, mientras cruzaban el río, por su artillería. Durante cierto tiempo los cañones de calibre medio de los ingleses redujeron al silencio varias posiciones de baterías alemanas; pero, de pronto, numerosos morteros enemigos, asentados en Castelluccio, que hasta entonces no habían intervenido y, por consiguiente, no habían sido localizados, comenzaron a lanzar una lluvia de granadas sobre ambas orillas, en el punto en que el río, encajonado entre las colinas, desemboca en un acho valle; a esta primera reacción siguió después la de otros morteros alemanes asentados más abajo.

La División 5 británica atacó silenciosamente por el estrecho estuario con una breve maniobra envolvente por el mar, efectuada con embarcaciones de desembarco más allá de la desembocadura del Garigliano.

En cuanto oscureció, las primeras unidades del Cuerpo de Ejército X ocuparon los puntos elegidos en la orilla del río, preparando las lanchas en las que embarcaban soldados que salían de los olivares sin hacer ruido. Comenzó a extenderse la niebla, primero en el mar y después en las



orillas del río. La División 46 intentó cruzar cerca de Sant'Ambrogio, pero el intento fracasó: las embarcaciones se vieron empujadas hacia el Oeste por el fuego enemigo y la corriente, que era muy fuerte en aquel punto, y se dispersaron. Las cosas les fueron mejor a las Divisiones 5 y 56, a pesar de la escasez de unidades de ingenieros, solicitadas con urgencia en todas partes para despejar las orillas de obstáculos y preparar puentes y balsas. La orilla defendida por los alemanes y las desembocaduras estaban minadas; afortunadamente, algunos batallones de infantería acudieron para reforzar a los ingenieros y así consiguieron abrirse camino. El 18, al amanecer, todas las unidades de las Divisiones 5 y 56 habían establecido cabezas de puente, y dos brigadas lograron avanzar un kilómetro y medio al otro lado del río, ocupando las primeras laderas montañosas.

A pesar del fuego de preparación, la División 94 alemana se vio sorprendida y solicitó el envío inmediato de refuerzos, lanzando, mientras tanto, contraataques que, en general, no condujeron a la reconquista de las posiciones perdidas; no obstante, fueron lo suficientemente violentos para retrasar la consolidación de las cabezas de puente establecidas por el Cuerpo de Ejército X. Pero la amenaza británica consiguió preocupar al general Vietinghoff, que aplazó la salida hacia Francia de la *Panzerdivision Hermann Göering* y trasladó a la 90.ª División *Panzergrenadier*, que se encontraba en el sector adriático, a los Aurunci. Además, hizo venir desde Roma a la 29.ª División *Panzergrenadier*, confiando en que estas tres grandes unidades resistirían el ataque del Cuerpo de Ejército X británico y mantendrían la línea de los

Un avión norteamericano sobrevuela Cassino en el curso de uno de los numerosos bombardeos que, en febrero de 1944, redujeron la ciudad a un montón de ruinas. La posesión de las alturas en torno a Montecassino era de importancia vital para los Aliados, ya que les aseguraría el dominio de la vía Casilina, la única carretera por la que los alemanes podían hacer llegar abastecimientos a las fuerzas desplegadas en el frente de Cassino. (Archivo Rizzoli)

montes, haciendo innecesario reforzar la línea al norte de Cassino y la línea del Rápido, al Sur.

Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército II americano había estado activamente empeñado en despejar los campos minados por los senderos que conducían al río y además trasladó hacia la orilla las embarcaciones, el material para los puentes y las municiones, limitando sus movimientos a las horas nocturnas, pues de día estaba expuesto al fuego persistente de la artillería y de los morteros alemanes. El día 20 por la noche la limpieza de los campos minados estaba aún lejos de terminarse y el fuego ininterrumpido de la artillería enemiga había arrancado o destruido muchas de las señales indicadoras dispuestas por los ingenieros en el terreno.

Aquella noche se ocupó la orilla izquierda sin grandes dificultades; pero, en pocas horas, cuando se trató de echar al agua las embarcaciones y cruzar el río, la situación cambió, transformándose en una pesadilla. Al aproximarse a la orilla, hombres y vehículos se perdieron por falta de señales indicadoras y muchos acabaron en los campos minados y saltaron por los aires.

La orden de cruzar el río se había dado a la División 36 americana (Texas). Y es extraño que los dos regimientos empleados en el primer ataque, compuestos cada uno por tres batallones, persistieran en la empresa, dadas las condiciones en que se desarrollaba. Los que conseguían llegar sin perderse a los puntos establecidos para el embarco subían a las embarcaciones, muchas de las cuales habían sido acribilladas durante el día por esquirlas de granada, y se echaban al agua. Después desaparecían en la niebla que se estaba condensando y a través de la cual se oía el chapoteo del agua y el tableteo rápido de las ametralladoras alemanas *MG-42*. Muchas embarcaciones se hundían antes de llegar a la mitad del recorrido; pero, de vez en cuando, una o dos llegaban a la otra orilla y sus ocupantes trepaban por ella con dificultad.

Los americanos derrotados en el Rápido

A la mañana siguiente, cuando la niebla se disipó, el general Keyes y el comandante de la división, general Fred L. Walker, pudieron darse cuenta de la triste realidad. Al sur de Sant'Angelo in Theodice, el Batallón I del Regimiento de infantería 143 había conseguido hacer pasar al otro lado del río tres pelotones, que defendían la orilla, mientras algunas compañías de ingenieros del Cuerpo de Ejército se apresuraban a construir dos pasarelas para efectuar el enlace. En cuanto las tendieron, también el resto del batallón pasó a la otra orilla. Sin embargo, pocos minutos después, los alemanes contraatacaron violentamente, mientras una intensa lluvia de granadas caía sobre las pasarelas, sobre la orilla izquierda y sobre el punto de anclaje, en la derecha. Cuando los pocos supervivientes de la primera oleada recibieron la orden de replegarse, descubrieron que una de las pasarelas estaba destruida y la otra tan gravemente dañada que no podría soportar su peso. El Batallón III ni siquiera pudo conquistar una posición estable en la orilla defendida por los alemanes. Al norte de Sant'Angelo in Theodice, dos compañías del Regimiento de infantería 141 habían establecido una pequeña cabeza de puente; pero fue imposible hacer llegar hasta allí a la tercera.

Mientras tanto, el convoy que transportaba las tropas que tenían que llevar a cabo el desembarco anfibio se estaba dirigiendo a Anzio, y por ello el general Clark advirtió al general Keyes que era absolutamente necesario repetir el ataque. Así, al mediodía del 21, el general Walker recibió órdenes de que el Regimiento de infantería 143 se situara cuanto antes en la otra orilla y de que se mandasen refuerzos a las compañías del 141.

Después de la guerra, algunos criticaron al mando del Cuerpo de Ejército y al de División, acusándoles de haber dirigido la batalla con excesiva rigidez, puesto que ninguno de los comandantes ni sus Estados Mayores conocía la zona de los combates. Estas críticas no carecen del todo de fundamento, pero tampoco se pueden aceptar como indiscutibles. Un reconocimiento del lugar habría demostrado que no existía un solo trecho, en toda la orilla defendida por los americanos, que no estuviese bajo el fuego de tres piezas de artillería alemanas como mínimo. Se tenían muy pocas informaciones sobre las defensas enemigas, pues no se dispuso del tiempo necesario para recogerlas, y en cuanto a la elección de un número relativamente reducido de brechas en los campos minados había sido impuesta por el mismo motivo: la falta de tiempo para abrirlas. Una vez cruzado el río, los comandantes de regimiento y de batallón dispondrían de mayor libertad de acción; pero el problema era conseguir cruzarlo. El Regimiento 143, que lanzó un segundo ataque a las 16 horas del día 21, estuvo apoyado por una preparación artillera excepcionalmente intensa, que se repitió tres veces y permitió que un total de cinco compañías establecieran, en la oscuridad, una cabeza de puente poco profunda. Sin embargo, la misma oscuridad impidió el ulterior apoyo inmediato y más potente de la artillería, como, por ejemplo, del *Long Tom*, el cañón de 155 mm. Y al faltar este apoyo, la cabeza no tardó en tener que soportar una fuerte presión enemiga, pues los alemanes habían reforzado el sector con cuatro batallones. Antes del amanecer del 22 la cabeza de puente había dejado de existir.

Esto significaba que efectivos de seis compañías de fusileros del Regimiento de infantería 141 habían quedado en la orilla occidental, y en la retaguardia los representaron en los planos con signos convencionales. Pero un ideograma sobre el papel no corresponde siempre, en la realidad, a una compañía con su plantilla completa; en efecto, el 22 por la tarde ninguna de las seis compañías disponía de efectivos superiores a los de una sección. En el curso de la noche anterior y durante algunas horas de la mañana siguiente había sido posible reanudar el enlace radio e incluso, durante un corto tiempo, establecer una línea telefónica; pero, por la tarde, habían dejado de funcionar otra vez. En la orilla izquierda se estaban efectuando preparativos para transportar al otro lado del río un regimiento de reserva (el 142), mientras uno de los últimos mensajes recibidos por el Regimiento de infantería 141 comunicaba la orden de no ceder terreno en espera de la sustitución. Pasó mediodía y después la tarde. Hacia el atardecer, en la orilla izquierda se empezó a notar que el fuego de barrera en la





Al lado: frente de Cassino, febrero de 1944: cañón autopropulsado italiano, que las fuerzas alemanas sacan de una iglesia destruida para hacer fuego. Los *Panzergrenadier*, que guarnecían los sectores central y meridional del frente, aprovechaban los edificios como refugios, desde los que los carros y los cañones autopropulsados podían actuar, sin ser hostigados, contra las posiciones aliadas. Debajo: las autoridades militares alemanas evacuan al abad y a los monjes de Montecassino después del masivo bombardeo aéreo aliado del 15 de febrero de 1944.

(Ullstein)-(Süddeutscher Verlag)



Soldado perteneciente a la División 2 marroquí vigila en un puesto avanzado en la zona de Cerasuolo, al nordeste de Cassino. Cerca de él, un soldado alemán muerto en los combates anteriores. Los soldados marroquíes y argelinos, expertos en la guerra de montaña, y encuadrados en el Cuerpo Expedicionario francés, lograron, en rápidas y hábiles acciones, arrebatar a las fuerzas alemanas importantes posiciones en el frente de Cassino. *(Archivo Rizzoli)*

cabeza de puente estaba disminuyendo en intensidad. No había aún señal alguna del regimiento de la reserva, y cuando oscureció no se oyó ya ningún ruido de disparos, a excepción del de las ametralladoras alemanas que habían empezado de nuevo a disparar de enfilada sobre el río. Finalmente, 40 hombres del Regimiento de infantería 141 reaparecieron en la orilla aliada, en grupos de dos o tres. Entonces se abandonó la intención de cruzar el Rápido.

En el sector meridional, la División 46 británica se había trasladado más hacia el Sur, desde el punto de su fallido intento de cruzar el Garigliano, en las proximidades de Sant'Ambrogio, para enlazar con las otras dos divisiones del Cuerpo de Ejército X. En el ala izquierda, la División 5 llegó a la entrada del valle del Ausente. Por su parte, la 56, que estaba combatiendo a la derecha, en su intento de conquistar Castelforte, necesitaba ayuda. A su vez, las tres divisiones alemanas de refuerzo habían llegado y se unieron a la 94, y entonces toda la línea alemana que se enfrentaba al Cuerpo de Ejército X británico pasó al contraataque, favorecida por el cielo cubierto que impedía la actividad aérea, en especial en el sector defendido por la División 94. Los buques aliados que apoyaban la operación ya no podían sustituir a la aviación, pues los habían trasladado al Norte, hacia la zona de desembarco de Anzio. Pero en el momento en que la cabeza de desembarco aliada había comenzado a ampliarse, también una parte de los refuerzos alemanes se retiró más al Norte. El Cuerpo de Ejército X británico contuvo casi todos los contraataques y, cuando el número de alemanes disminuyó, pasó nuevamente a la ofensiva.

Unos 30 km más al Norte, en el monte Santa Croce, los franceses acababan de sufrir un fracaso: en efecto, con un ataque nocturno, los alemanes obligaron a los hombres del general Juin a retirarse a la otra vertiente. No obstante, al día siguiente, las tropas coloniales francesas volvieron a ocupar las posiciones perdidas.

La División 34 del general Keyes, desplegada a la derecha, recibió la orden de cruzar el Rápido al norte de Cassino, dejar atrás las elevaciones y envolver el pueblo por la espalda, mediante una conversión al Sur, y descender después por la carretera estatal número 6 (la Casilina); mientras tanto, un regimiento debía ocupar Cassino, a fin de abrirles a las columnas acorazadas el trecho de la Casilina, que corría a los pies de la montaña. Las dos divisiones del general Juin efectuarían una conversión al Sudoeste, para actuar conjuntamente con la División 34 americana y descender con ésta hacia la carretera estatal n.º 6, en la que tenían órdenes de establecerse sólidamente, junto al pueblo de Piedimonte San Germano. Lo extraordinario es que la operación, a pesar de las formidables defensas que había que romper, estuvo a punto de ser un éxito.

El Rápido no era un obstáculo fácil de sortear, aunque su lecho fuera poco profundo. Los ale-



Frente de Cassino, febrero de 1944. Prisioneros alemanes, capturados por los británicos, se protegen de un bombardeo desencadenado por las fuerzas alemanas. El 4 de febrero, después de la conquista del puerto de Sant'Angelo y de la Cota 593, los americanos se encontraron a menos de 900 metros de la abadía. Pero un imprevisto contraataque alemán los rechazó, precisamente cuando estaban a punto de alcanzar el éxito, y sus repetidos ataques para recuperar las posiciones perdidas fueron inútiles. *(Imperial War Museum)*

manes habían demolido el dique de protección en Sant'Elia Fiumerapido, provocando la inundación del valle, donde la profundidad del agua variaba, según los puntos, de 45 a 120 centímetros.

La División 34 americana lanzó el ataque el 24 de enero por la tarde, y casi inmediatamente uno de sus batallones acabó en un campo minado. Otros cuatro, chapoteando y resbalando en el terreno inundado, llegaron al río, donde, durante un par de días, trataron tenazmente de constituir una cabeza de puente. El 26, a medianoche, un pelotón del Regimiento de infantería 133 consiguió alcanzar la otra orilla.

Americanos y franceses siguen combatiendo

Detrás de la infantería, los ingenieros habían colocado las rejas (elementos de plancha de acero perforada, unidos por ensamblaje) para que el DCCLVI Batallón acorazado pudiera cruzar el valle inundado. Ya habían pasado seis carros de combate, pero dos de ellos resbalaron, acabando cerca del lecho del río, y, más tarde, cuando salió el sol, los cañones alemanes, asentados cerca de los cuarteles, pusieron los seis carros fuera de combate. El 27 de enero, el Regimiento de infantería 168, que se encontraba más al Norte, aguas arriba del Regimiento 133, lanzó al ataque dos batallones, a los que se unieron, en el transcurso de la mañana, cuatro carros de combate. Pero los demás, que avanzaban detrás de ellos, bloquearon este segundo camino y los alemanes contraatacaron y destruyeron, uno tras otro, todos los carros de combate y rechazaron a uno de los batallones hasta el dique del río. Cuando el comandante del batallón hubo reorganizado sus fuerzas el avance continuó. El 29 de enero se habían abierto otros dos caminos para los medios acorazados y las tres compañías del DCCLVI Batallón estaban operando ya al pie de las montañas. El Regimiento de infantería 135 había llegado entre tanto cerca de Cassino, reforzado por otro batallón, y ocupó los cuarteles y las pequeñas colinas que se encontraban detrás del pueblo. Pero aún quedaban por conquistar los puntos elevados.

El general Juin había efectuado otro rápido avance: el 25 cruzó la carretera de Atina, conquistando el puerto Belvedere; el 26 se apoderó del puerto Abate. Pero, para acelerar el avance, había envuelto el monte Cifalco, una elevación maciza, parte de la cual dominaba ahora por detrás la nueva posición sobre el puerto Abate, donde los alemanes atacaron el 27, obligando a los argelinos a batirse en retirada, aunque sin conseguir rechazarlos del puerto Belvedere. El general Keyes, comprendiendo la dificultad de la situación, destacó en seguida al Regimiento de infantería 34. La llegada a primera línea de los tres batallones, que se establecieron entre el Regimiento de infantería 168 y el ala izquierda del Cuerpo Expedicionario francés, fue muy oportuna, pues permitió la reanudación del avance. El Regimiento 142, a pesar del cansancio de los hombres, recibió la orden de ocupar la granja Manna, mientras los argelinos empezaban de nuevo a trepar por la ladera del puerto Abate. El Regimiento 135 conquistó la Cota 771 y el puerto Maiola, mientras el Regimiento de infantería 168 avanzaba desde el pueblo de Caira.

La conquista de estas elevaciones llevó a los americanos y a los franceses al grupo del que formaba parte Montecassino. El monte Cairo, situado al Oeste, a poco más de 3 km, con sus 1760 metros de altura, dominaba todas estas elevaciones, cuya altitud oscilaba entre los 450 y los 900 metros. El 2 y el 3 de febrero, los Regimientos 135 y 168 se lanzaron al ataque en un terreno completamente rocoso, bajo la lluvia y en medio de la niebla; uno se dirigió hacia el Sur, en dirección a la abadía, y el otro en dirección al cerro Sant'Angelo. Por debajo de ellos el Regimiento 133 conquistó otro camino al norte de Cassino, apoyado por el fuego de la artillería de la División Acorazada 1 americana, que esperaba impaciente el momento de irrumpir por la carretera estatal n.º 6. El 4 de febrero, el Regimiento 135 conquistó la Cota 593 y la Cota 445. La distancia que ahora los separaba de la abadía era inferior a los 900 metros.

Fue entonces cuando los alemanes lanzaron su contraataque. El fuego de sus cañones y morteros cayó sobre los americanos en el momento en que estaban a punto de alcanzar la victoria, y mientras se encontraban entre paredes de roca en las que era imposible cavar trincheras. Los dos batallones se replegaron a la derecha; pero no quisieron darse por vencidos. El día 5 intentaron de nuevo conquistar la elevación del monasterio mediante ataques diurnos y nocturnos. El 6 volvieron a intentar la conquista de la Cota 593, pero tuvieron que conformarse con hacer algunos prisioneros y pagar el intento con grandes pérdidas.

El general Keyes solicitó de la División 34 un último esfuerzo para la conquista de Cassino y del monte del mismo nombre, en el que se erguía la famosa abadía. Detrás del valle del Rápido se hallaban los neozelandeses y la División 4 india, preparados a intervenir para consolidar su victoria. El 11 de febrero, los batallones salieron una vez más de la protección ofrecida por las rocas y avanzaron bajo la lluvia torrencial. Pero el enemigo con el que se enfrentaban era más numeroso que ellos; y así después de recorrer 270 metros, el fuego de la artillería alemana los detuvo, y éste fue el final de la ofensiva.

Al día siguiente la División 4 india avanzó para relevar a la 34 americana. Mientras los indios se aproximabam al pie de los montes oyeron las explosiones de un violento fuego de artillería: eran los alemanes que estaban atacando. Pronto las granadas empezaron a alcanzarles a ellos. Y el 13, al amanecer, cuando se disponían a avanzar, llegó una contraorden: era imposible efectuar el relevo durante las horas de luz; por ello, la brigada que iba en cabeza no empezó a ascender hasta última hora de la tarde.

Cuando llegaron a la cumbre encontraron el terreno sembrado de muertos y heridos. Los americanos que habían sobrevivido estaban agazapados, exhaustos, en las hondonadas del terreno o detrás de pequeños parapetos levantados al azar. Muchos soldados estaban literalmente paralizados por el frío y agotados por la intensidad de los combates. El I *Royal Sussex*, que era el batallón avanzado de la División 4 india, se estableció en una posición defendida por los supervivientes de dos regimientos de infantería. 840 hombres de los 3200 que habían lanzado el ataque.

Así concluyó la primera fase; pronto iba a comenzar la segunda.

LA RESISTENCIA ALEMANA DETIENE A LOS ALIADOS EN CASSINO

A mediados de enero de 1944, las fuerzas del Ejército 5 norteamericano intentaron romper la Línea Gustav, mientras el Cuerpo de Ejército VI, también norteamericano, del general Lucas, se preparaba para envolverla mediante un desembarco anfibio en Anzio. El objetivo de los comandantes aliados, considerado en sus efectos a largo plazo, era atraer a la península el mayor número posible de fuerzas alemanas, distrayéndolas del frente oriental o, ante la inminencia de la Operación "Overlord", de la misma Francia. En cambio, el objetivo inmediato era alejar de Roma a las divisiones alemanas. Según el concepto operativo del general Mark Clark, el Cuerpo de Ejército X británico, a las órdenes del general McCreery, y el Cuerpo Expedicionario francés, del general Juin, después de haber lanzado un ataque contra las defensas alemanas sobre los flancos, deberían converger simultáneamente hacia el interior: McCreery en dirección Noroeste, a través de los montes Aurunci y hacia el valle del Liri; Juin en dirección Oeste, hacia Atina, a lo largo de la carretera secundaria de Roma. Al mismo tiempo, el Cuerpo de Ejército II norteamericano, del general Keyes, desplegado en el centro, recibió la orden de atravesar el Rápido y tender un puente sobre el mismo, de modo que la División Acorazada 1 estadounidense pudiera alcanzar la otra orilla. Las fulminantes acciones lanzadas contra los flancos contrastaron con el fracaso norteamericano en el centro. En éste, después que los Regimientos 141 y 143 vieron frustrado su intento de atravesar el Rápido, la División 34 americana logró, el 26 de enero, alcanzar la orilla derecha. Pero dicha división se encontró empeñada, junto a los franceses, en enconados combates en las alturas situadas alrededor de Cassino, donde los alemanes, que se encontraban en excelentes posiciones defensivas, lograron detener el avance aliado.

COMPAS DE ESPERA EN CASSINO

EL PUNTO DE VISTA ALEMÁN

Ninguna decisión tomada por los Aliados podría haber sido más favorable a los alemanes que la de concentrar los ataques contra Cassino en vez de hacerlo contra el flanco septentrional o el meridional. Las alturas que había en torno a Cassino permitieron a los paracaidistas alemanes del Ejército 10 rechazar los ataques lanzados por los angloamericanos en enero y febrero, sin necesidad de pedir refuerzos. Rudolf Böhmler, que participó en la batalla de Montecassino, nos presenta la versión alemana de los acontecimientos.

Rudolf Böhmler



El 15 de enero de 1944, el Cuerpo de Ejército II del Ejército 5 americano, a las órdenes del general Clark, conquistó el monte Trocchio, al sudeste de Cassino. Desde la cumbre, los Aliados podían dominar el sector defendido por los *Panzergrenadier* y por la División 44 alemana, hasta el valle del Liri, que era la puerta de acceso a Roma.

El general debería actuar ahora rápidamente, pues el desembarco en Anzio, al sur de Roma y mucho más al norte del frente alemán en Cassino, previsto para el día 22 de enero, era ya inminente. Además, era necesario que antes de aquella fecha la batalla en el frente de Cassino estuviese en todo su apogeo, a fin de obligar a los alemanes a retirar sus reservas de Roma. Mas para los Aliados era aún más importante penetrar lo antes posible en el valle del Liri, para conseguir cuanto antes el enlace con el Cuerpo de Ejército VI americano en Anzio. Por ello, el 17 de enero, el general McCreery había comenzado la ofensiva en el Garigliano con su Cuerpo de Ejército X. A la División 5 británica la habían trasladado, pocos días antes, del sector adriático al tirrénico, para que se uniese a las Divisiones 46 y 56, que se encontraban ya encuadradas en el citado Cuerpo de Ejército X.

El ataque de McCreery se inició por la tarde, precedido por un masivo fuego de preparación de la artillería. El primer ataque de la División 5, desplegada en el flanco izquierdo, hizo retroceder a las unidades alemanas avanzadas al otro lado del Garigliano; al día siguiente, su Brigada 13 pasó el río al norte de la vía Appia y conquistó poco después Minturno y Tufo.

También el ataque de la División 56 británica, lanzado más al Norte, tuvo un buen principio: la infantería empezó a pasar el Garigliano sin excesivas dificultades y el día 18 había conseguido penetrar profundamente en las posiciones del Regimiento de granaderos 276 alemán; por la tarde, también los primeros carros de combate pasaron al otro lado del río. La División 46 británica fue menos afortunada. Su cometido era cruzar el Garigliano por el sector de Sant'Ambrosio, situado en la orilla derecha, y cubrir el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército II americano, que trataría de penetrar directamente en el valle del Liri mediante un ataque en el alto Rápido, el día 20 de enero. Sin embargo, los alemanes frustraron todos los intentos de cruzar el río que, en diversos puntos, realizó la citada División 46, por lo que el 18 de enero se hizo necesario suspender temporalmente el ataque.

A pesar de todo, los éxitos conseguidos por las divisiones británicas 5 y 56 habían puesto a la División 94 alemana en una situación crítica. En efecto, en el curso del primer día de la batalla se vio obligada a abandonar sus posiciones y retirarse a elevaciones desnudas y desprovistas de todo refugio, y cualquier posterior avance del Cuerpo de Ejército X supondría, para el XIV *Panzerkorps*, el peligro inevitable de una penetración aliada en el valle del Liri por el Sudoeste y, en consecuencia, el hundimiento de todo el frente de Cassino.

Para alejar esta amenaza se precisaban tropas frescas, pero ni el *Panzerkorps* ni el Ejército 10 alemán disponían de reservas suficientes. La única gran unidad que les podía ayudar era el Grupo de Ejércitos C, es decir, Kesselring. El *Feldmariscal* estaba muy alerta, pues se esperaba una ofensiva aliada de un momento a otro; pero comprendió inmediatamente la gravedad de la amenaza que pendía sobre el flanco derecho del Ejército 10 alemán en el Garigliano. En efecto, una ulterior penetración del Cuerpo de Ejército X británico podría ser decisiva para el resultado de toda la campaña. Y por ello, Kesselring se preocupó ante todo de eliminar este inmediato peligro; si los Aliados tenían realmente intenciones de desembarcar en las proximidades de Roma aún le quedaría tiempo para hacer frente a este otro riesgo.



Los generales alemanes Kesselring (a la derecha) y Vietinghoff, encargados por Hitler de la defensa del frente italiano. La flexibilidad y la inteligencia con que supieron adaptarse a la situación causaron a los Aliados graves dificultades en aquel sector. (Sado-Opera Mundi)

Así, pues, Kesselring decidió mandar al Garigliano al Estado Mayor del Cuerpo de Ejército paracaidista del general Schlemm, que se había constituido en Italia el otoño anterior, a fin de que rectificase las posiciones con un contraataque. Con este fin puso bajo el mando de Schlemm la reserva del Grupo de Ejércitos, compuesta por las Divisiones *Panzergrenadier* 29 y 90 y que hasta aquel momento estuvo situada en las proximidades de Roma.

Si el Cuerpo de Ejército X británico avanzaba hacia el Norte por el valle del Ausente y lograba conquistar el monte Maio, sería posible que los Aliados consiguieran penetrar en el valle del Liri. Por ello, y basándose en esta consideración, el general Schlemm destacó el Regimiento de granaderos 276 y el Regimiento de artillería 194 de la División 94, junto con la 29.ª División *Panzergrenadier*, y lanzó un contraataque contra la División 56 británica, que estaba avanzando sobre Ausonia.

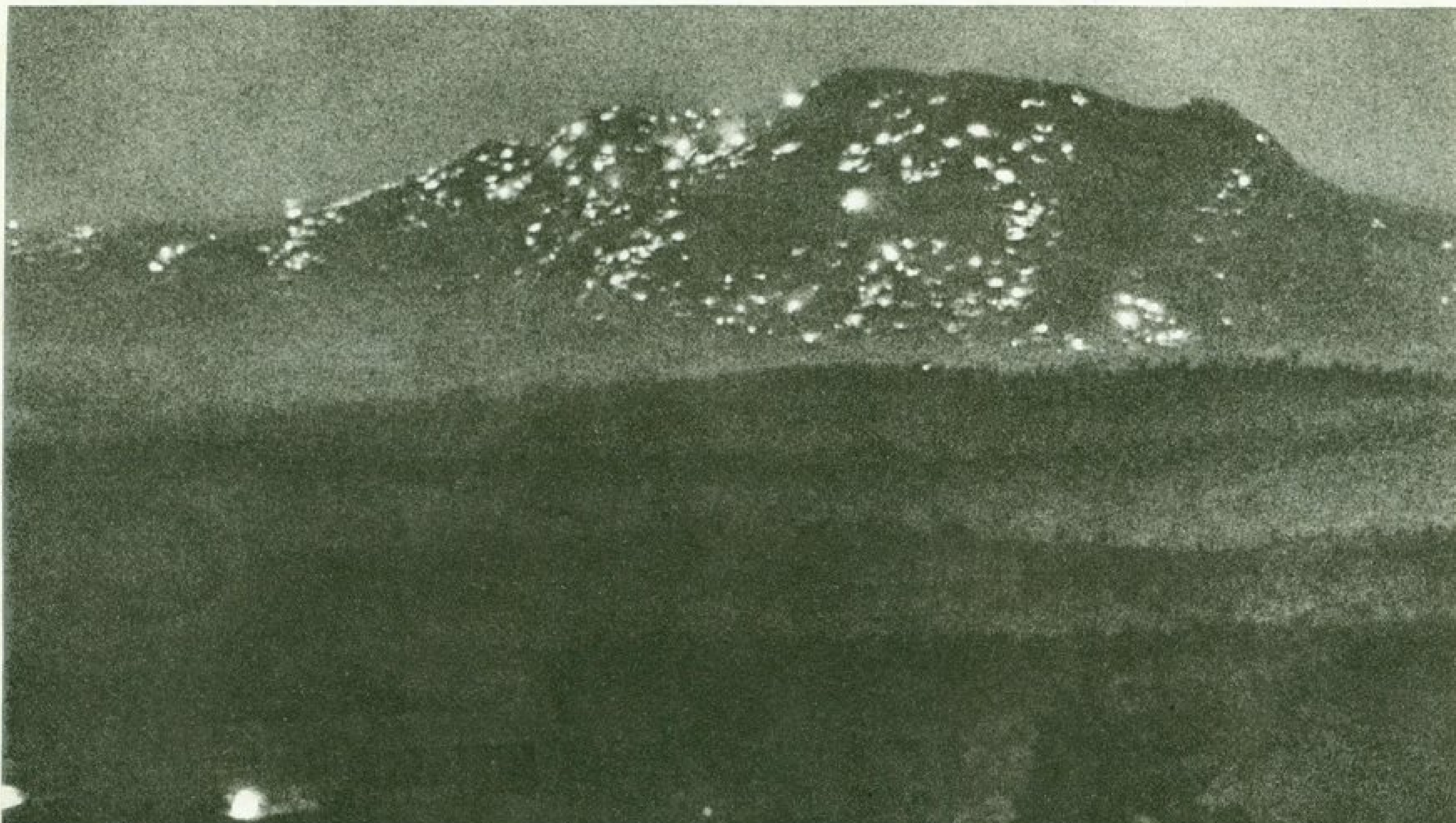
Los *Panzergrenadier* entraron en acción el 20 de enero por la tarde. Su primer ataque rechazó a la División 56 británica hacia el Este, más allá de Castelforte, sorprendiéndola en un momento especialmente delicado, mientras su artillería estaba cambiando el despliegue para adoptar uno avanzado que le permitiera apoyar ulteriormente a la infantería, la cual se encontró falta de protección al producirse el contraataque alemán.

Por el momento, la acción de la 29.ª División *Panzergrenadier* alejó el peligro que se cernía sobre el flanco derecho del despliegue alemán, y más aún ahora, que también había aparecido en el sector la 90.ª División *Panzergrenadier*. Estas dos unidades consiguieron oponer un sólido frente defensivo ante la División 5 británica, cerca de Minturno; pero, no obstante, no pudieron impedir que los ingleses conquistasen el monte Natale, al noroeste de Minturno. Además, la División 46, utilizando los puntos de paso de la 56, consiguió atravesar el Garigliano y conquistar el monte Tuga, a pesar de la resistencia ofrecida por la 90.ª *Panzergrenadier*.

Mientras tanto, el Cuerpo de Ejército VI americano del general Lucas había desembarcado en Anzio en las primeras horas de la mañana del día 22 de enero, con dos divisiones reforzadas, a las que se les había asignado el cometido de ganar terreno al Norte y bloquear la vía Casilina en las proximidades de Valmontone. El desembarco del general Lucas encontró escasa resistencia, ya que la reserva del Grupo de Ejércitos alemán estaba combatiendo en el Garigliano.

Sin embargo, Kesselring no tardó en mover de nuevo sus peones. Adoptó diversas contramedidas, como la de desplazar inmediatamente al frente de Anzio el puesto de mando del I Cuerpo de Ejército paracaidista y el de la 29.ª División *Panzergrenadier*. Por otra parte, parecía que el peligro se había alejado, por lo menos temporalmente, del frente de Garigliano, donde el XIV *Panzerkorps* era dueño otra vez de la situación.

Pero lo cierto era que la ofensiva del Cuerpo de Ejército X británico había sido tan sólo el preludio de la primera batalla de Cassino y anunciaba ulteriores intentos de penetración en el valle del Liri por parte del Ejército 5 americano, cuyo Cuerpo de Ejército II estaba preparado para lanzar otro ataque. El general Clark pretendía irrumpir en el valle con un ataque frontal lanzado por la División 36 *(Texas)*, mandada por el general Walker, al sur de Cassino. Detrás de ésta se encontraba, también preparada para avanzar, la División Acorazada 1 americana. La División de infantería cruzaría el alto Rápido al norte y al sur de Sant'Angelo in Theodice y avanzaría hasta Pignataro Interamma; después, la División Acorazada irrumpiría por el valle del Liri hasta Frosinone.



El monte Trocchio, al sudeste de Cassino, iluminado en plena noche por las explosiones de las granadas americanas durante la preparación artillera realizada con obuses de 105 mm. La conquista de esta altura se llevó a efecto el 15 de enero de 1944. *(Foto GM)*

Formaciones de la XII Fuerza Aérea Táctica americana habían bombardeado, desde las primeras horas de la mañana del 20 de enero, las posiciones y las vías de comunicación de la 15.ª División *Panzergrenadier*, que por la tarde se vieron asimismo sometidas al fuego de la artillería pesada del Cuerpo de Ejército II americano y al de las Divisiones 34 y 36. A las 20 horas, el Regimiento de infantería 131 americano, apoyado por la artillería, inició el paso del Rápido, al norte de Sant'Angelo in Theodice; pero los alemanes no tardaron en darse cuenta de la maniobra y los atacantes se encontraron casi en seguida bajo el violento fuego de barrera del Regimiento 104 *Panzergrenadier* y, sobre todo, del relativamente poderoso fuego del Regimiento de morteros 71.

El Batallón I del Regimiento 141 americano consiguió hacer pasar dos de sus compañías a la orilla derecha del río, a pesar de la violencia del fuego alemán; pero esto fue todo. También el Batallón I del Regimiento 143 intentó cruzar el Rápido al sur de Sant'Angelo in Theodice, venciendo la tenaz resistencia del CXV Batallón de exploración alemán; sin embargo, ante el fuego artillero se vio obligado primero a detenerse y después a regresar a la otra orilla.

Los generales Keyes y Walker no se desanimaron ante estas dificultades. A última hora de la tarde del 21 de enero, el Regimiento 143 volvió al ataque al sur de Sant'Angelo in Theodice y consiguió establecer un batallón en el Gari (el trecho meridional del Rápido), seguido de otro poco después.

Mientras tanto, también el Regimiento 141 había cruzado el Rápido al norte de Sant'Angelo in Theodice, con dos de sus batallones. Pero tampoco éstos consiguieron establecer una cabeza de puente, pues sus puntos de paso se encontraron bajo el certero fuego de los cañones alemanes. Sin estas cabezas de puente, la División 36 estadounidense no podía trasladar a la otra orilla ni los medios acorazados ni las armas pesadas, por lo que también los hombres del Regimiento 141 sufrieron la misma suerte de sus compañeros del 143; el 22 de enero por la tarde el 104 Regimiento *Panzergrenadier* se lanzó al contraataque y los dos batallones aliados tuvieron que retirarse al otro lado del Rápido tras sufrir graves pérdidas.

Así, después de tres días de inútiles combates, la División 36 americana se vio obligada a renunciar a su intento de pasar a la orilla derecha del Rápido y del Gari. En su libro *Calculated Risk*, el general Clark calcula las pérdidas sufridas por los americanos en no menos de 1681 hombres.

Clark afirmó después que el ataque de la División 36 americana a través del Rápido fue necesario, pues obligó a los alemanes a retirar sus reservas del sector de Anzio en el momento más crítico del desembarco, y que las operaciones en el citado río habían reducido las pérdidas de la operación anfibia, permitiendo a los Aliados establecer con más facilidad una cabeza de desembarco.

Sin embargo, lo cierto es que las cosas habían ocurrido de otra manera. La 15.ª División *Panzergrenadier* había rechazado el ataque de la División 36 americana con la artillería ya disponible en el frente de Cassino. La utilización de las reservas del XIV *Panzerkorps* no fue necesaria, como tampoco lo fuera la intervención de la 3.ª División *Panzergrenadier*, que se mantenía preparada en Arce, no muy lejos del escenario de las operaciones. *Pero no se trasladó ni un solo soldado alemán del frente de Anzio al frente de Cassino para contener el ataque de la División 36.*

El siguiente ataque del Ejército 5 americano se lanzó al norte de Cassino, y su objetivo era penetrar en el valle del Liri, pasando por las vertientes septentrionales. El plan preveía que el Cuerpo Expedicionario francés rompiese la Línea Gustav al oeste de Sant'Elia Fiumerapido, tomando el monte Cairo y, después, con una conversión al Sur, bloquease la vía Casilina en las proximidades de Piedimonte San Germano. Simultáneamente, el Cuerpo de Ejército II americano debía abrirse camino a través de la citada Línea Gustav al sur de Caira, para efectuar sucesivamente una conversión al Sur y conquistar Montecassino desde el Norte.

La defensa de la Línea Gustav correspondía, en el tramo que va desde Cassino hasta el valle inferior del río Secco, a la División de infantería 44 alemana, la *Hoch und Deutschmeister*, con tres regimientos de granaderos desplegados de Norte a Sur, en el orden siguiente: el 131, el 134 y el 132. Destrás de ellos se encontraban fuertes unidades de artillería, cuya potencia de fuego había aumentado notablemente con la llegada del Regimiento de morteros 71.

El día 24 de enero por la tarde las fuerzas del general Juin lanzaron al ataque la 3.ª División de infantería argelina, situada a ambos lados de Sant'Elia Fiumerapido. Al frente del ataque iba el 4.º Regimiento de infantería tunecina, que cruzó el Rápido con admirable arrojo y se lanzó por la empinada pendiente oriental del puerto Belvedere, de 921 metros: al día siguiente por la tarde este puerto ya estaba en sus manos. El 26, la división argelina ocupó el puerto Abate, en las proximidades del pueblo de Terelle, llegando cerca del monte Cairo.

Hallándose en esta situación, la 3.ª División argelina tuvo que sostener el contraataque de los alemanes. En efecto, el 27 de enero, el 200 Regimiento *Panzergrenadier*, que se había unido al contraataque de la 90.ª División *Panzergrenadier*, reconquistó el puerto Abate, rechazando a los tunecinos. Entre este lugar y el monte Castellone había quedado aún una ancha brecha en el frente alemán, pero el Regimiento de granaderos 19, de la División 71, se encargó rápidamente de cerrarla. Durante los días que siguieron, los argelinos intentaron repetidamente ocupar de nuevo el puerto Abate, pero éste siguió en manos alemanas. El día 1 de febrero, el general Baade, comandante de la 90.ª División *Panzergrenadier*, asumió el mando de las operaciones contra las fuerzas argelinas. Mientras tanto, la División 34 americana del general Ryder había lanzado un ataque paralelo al de los argelinos, entre Cassino y Caira; había cruzado el Rápido el 25 de enero, precedida por un intenso fuego de barrera, y su Regimiento



Paracaidistas alemanes en Cassino. Los bombardeos aéreos aliados, con los que querían asegurar la posesión de Cassino, se volvieron en contra suya, ya que los alemanes transformaron en excelentes posiciones defensivas los montones de escombros. (Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)

de infantería 133 consiguió penetrar en la posición del Regimiento de granaderos 134 alemán; pero no logró establecerse sólidamente y se vio obligado a retirarse, volviendo a pasar el río. Otro ataque del Regimiento de infantería 135, inmediatamente al norte de Cassino, acabó con un fracaso parecido.

Hasta el 30 de enero, la división del general Ryder había conseguido pocas victorias, pero aquel día, el Regimiento de infantería 168 venció, por fin, el obstáculo del Rápido, ocupando Caira y las elevaciones circundantes, con lo cual parecía roto el maleficio. El general Keyes envió entonces el Regimiento de infantería 142, de la División 36, al mando de Ryder, no para atacar el monte Cairo, como se podía esperar, sino para avanzar hacia Montecassino desde el Norte, partiendo del puerto Belvedere.

Mientras tanto, la desgastadísima División de infantería 44 alemana había recibido más refuerzos: el Regimiento de granaderos 211, de la División de infantería 71 (que debía defender la ciudad de Cassino), y el Regimiento de artillería 190, de la 90.ª División *Panzergrenadier*.

En el sector de la proyectada ruptura del frente, comprendido entre Caira y el puerto Belvedere, el general Ryder desplegó tres regimientos para un ataque en dirección Sur, con Montecassino como objetivo. Los americanos reanudaron la ofensiva el día 1 de febrero y, a pesar de las graves pérdidas sufridas, consiguieron ganar terreno. Su Regimiento de infantería 142 se apoderó de una altura dominante, el monte Castellone, y, más al Sudeste, el Regimiento 168 llegó hasta medio kilómetro de distancia de la Cota 593, posesión táctica clave del «macizo» de Montecassino. El 5 de febrero, una unidad de asalto del Regimiento de infantería 135 avanzó directamente hacia las murallas de la famosa abadía. Y aquel mismo día la División 34 americana se encontraba a sólo 5 km de la vía Casilina. Después, el Regimiento de infantería 133 tomó por asalto, remontando el valle del Rápido, la ciudad de Cassino y la Cota 193 (Rocca Ianula), que la domina. No obstante, las fuerzas americanas no consiguieron vencer a los alemanes.

Durante la noche del 5 al 6 de febrero, el Regimiento 168, desplegado en las montañas, atacó Montecassino directamente por el Norte; pero se encontró encajonado en una garganta profunda bajo el denso fuego cruzado de los alemanes y se vio obligado a retirarse. Simultáneamente, sus compañeros del 135 se aseguraron un éxito, muy ansiado por los americanos, al conquistar la Cota 593, el llamado monte Calvario, que también domina Montecassino. Poco después la perdieron a causa de un contraataque alemán, pero la volvieron a ocupar el 9 de febrero.

Los alemanes, mientras tanto, habían establecido su línea defensiva entre las alturas situadas al noroeste de Montecassino y recibieron nuevos refuerzos: el Regimiento 361, de la 90.ª División *Panzergrenadier*, y el Grupo Schulz, compuesto por el Regimiento paracaidista y por otros batallones de la 1ª División paracaidista. En este momento los alemanes se encontraban en la última cadena de elevaciones antes de la Casilina. Si los americanos hubieran conseguido apoderarse de ella, habrían dominado la carretera, de importancia vital para las fuerzas germanas, y tanto Cassino como la abadía habrían caído a sus pies como frutos maduros. De haber ocurrido así, ambas partes habrían evitado aquella hecatombe que fue la lucha por la posesión de Montecassino.

Entre tanto, el mando del sector, ejercido anteriormente por la División de infantería 44, había pasado a las hábiles manos del general Baade, comandante de la 90.ª División *Panzergrenadier*, y la defensa de Montecassino se confió al batallón de ametralladoras de la 1.ª División paracaidista. El 10 de febrero, el Batallón III del 3.er Regimiento paracaidista, que pertenecía, como el de ametralladores, al Grupo Schulz, reconquistó la Cota 593. Dos días después, el general Baade trató de reconquistar también monte Castellone, con el 200.º Regimiento *Panzergrenadier*, pero el contraataque fracasó.

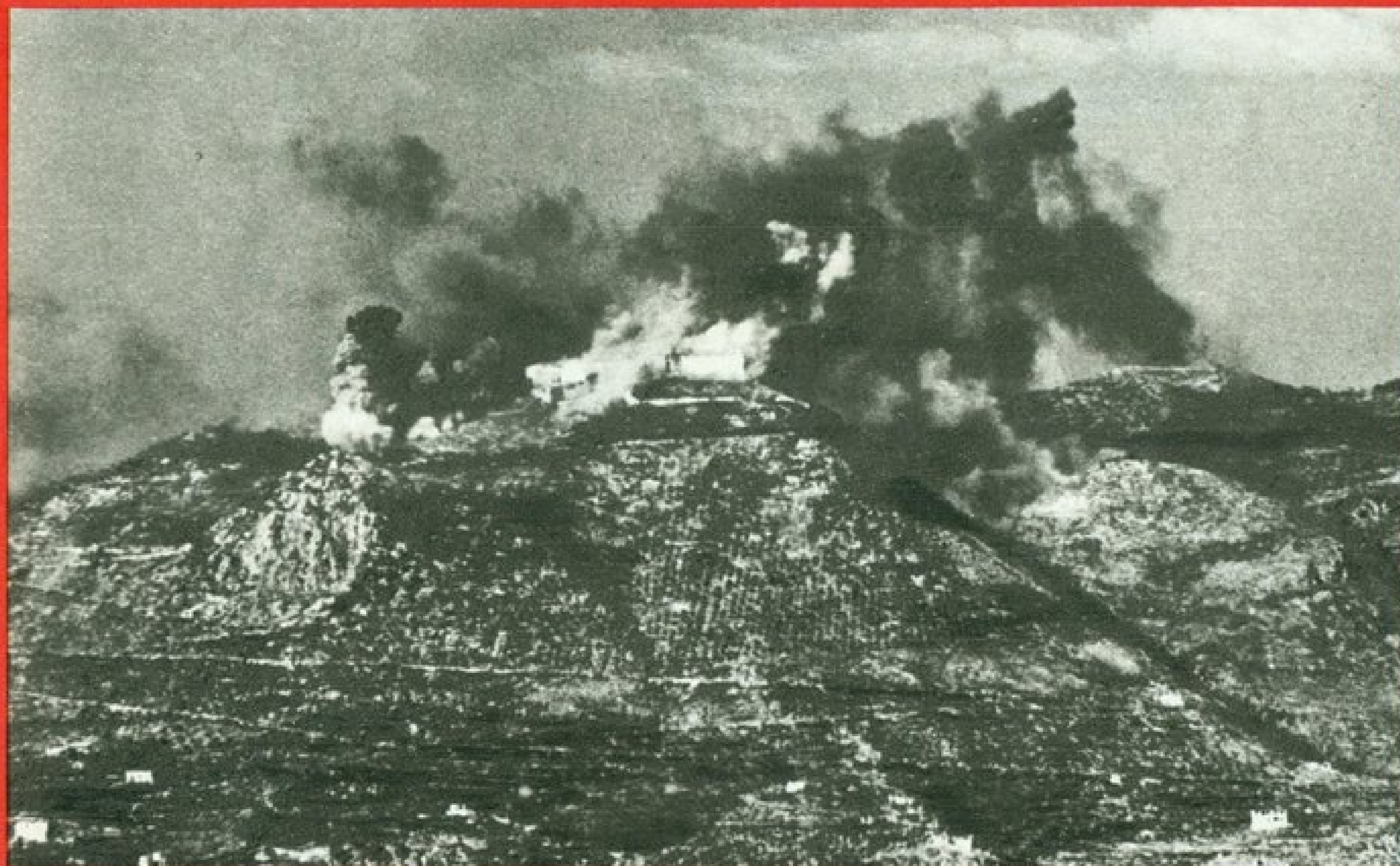
En este período llegaron tropas de refuerzo para el Ejército 5 americano. El general Alexander dispuso que se trasladaran desde el sector adriático la División 2 neozelandesa y la División 78 británica, y las había reunido con la División 4 india en un Cuerpo de Ejército mandado por un neozelandés, el general Freyberg. Según el proyecto original, el Cuerpo de Ejército de Freyberg debería remontar el valle del Liri hasta Frosinone, una vez el Cuerpo de Ejército II americano hubiera conquistado Cassino y la abadía. Sin embargo, era evidente que el Cuerpo de Ejército II estaba llegando al límite de sus fuerzas. Los objetivos que debía alcanzar seguían en manos de los alemanes, por lo que el Cuerpo de Ejército de Freyberg se vio obligado a abrirse «el camino hacia Roma» por su cuenta antes de poder avanzar por el valle del Liri.

El día 11 de febrero, el general Freyberg recibió la orden del Ejército 5 de tomar Montecassino con la División 4 india y de formar a continuación, al sur de la ciudad, una cabeza de puente en el río Rápido, con la ayuda de la división neozelandesa. Sus hombres relevaron a los del Cuerpo de Ejército II americano, que aquel mismo día habían repetido el último e inútil intento de conquistar monte Calvario y Montecassino. El sector de la División 34 americana pasó a la División 4 india, mandada por el general Riker, mientras que en el valle la División 2 neozelandesa relevaba a la 36 americana.

Los preliminares de la fase siguiente los constituyeron las discusiones referentes a la conveniencia de bombardear la abadía de Montecassino. Los acontecimientos que narramos se basan en el relato del general Clark, en su libro ya mencionado *(Calculated Risk)*. Según lo que él afirma, el general Freyberg había pedido formalmente al Ejército 5, ya desde el 12 de febrero, que bombardeara la abadía antes de emprender un nuevo intento contra Montecassino.

En cambio, el general Clark y sus comandantes de las unidades en línea no compartían este parecer; el general Keyes, en particular, se opuso decididamente, afirmando que el bombardeo de la





UN GRAVÍSIMO ERROR

El general Freyberg, a quien se confió, el 11 de febrero, la misión de conquistar Montecassino, pidió que se bombardease la abadía que en él se levantaba, y en la que, según creía, había apostadas tropas y armas que habían determinado el fracaso de los anteriores ataques norteamericanos. Los comandantes de las fuerzas aliadas del frente eran de opuesto parecer, por lo que el bombardeo tan sólo se aprobó después que el general sir Maitland Wilson –comandante en jefe aliado– sobrevoló la abadía, junto con su segundo comandante, y afirmó que había observado en su interior tropas alemanas y antenas de radio. El 15 de febrero, 142 "fortalezas volantes" *B-17* arrojaron más de 350 toneladas de bombas de alto explosivo sobre el monasterio, el cual, salvo sus extraordinariamente sólidos muros de perímetro, quedó completamente destruido. Pero lo cierto era que en el interior y en las cercanías inmediatas no se encontraba ni siquiera un soldado alemán, por lo que el bombardeo, debido a un grave error de cálculo, resultó totalmente inútil y contraproducente. *(History of the Second World War)-(Ullstein)-(US Air Force)-(Imperial War Museum)*

abadía era innecesario. Como se trataba de una decisión de gran importancia, el general Clark prefirió someterla a Alexander, quien respondió que se bombardease la abadía si Freyberg insistía. Posteriormente, el general Juin escribió que Clark había aceptado la decisión de Alexander contra su voluntad, y asimismo en las *Memorias* de Churchill se lee que Clark, aun en contra de su propio parecer, había aceptado la decisión de Alexander, quien asumió la responsabilidad del bombardeo.

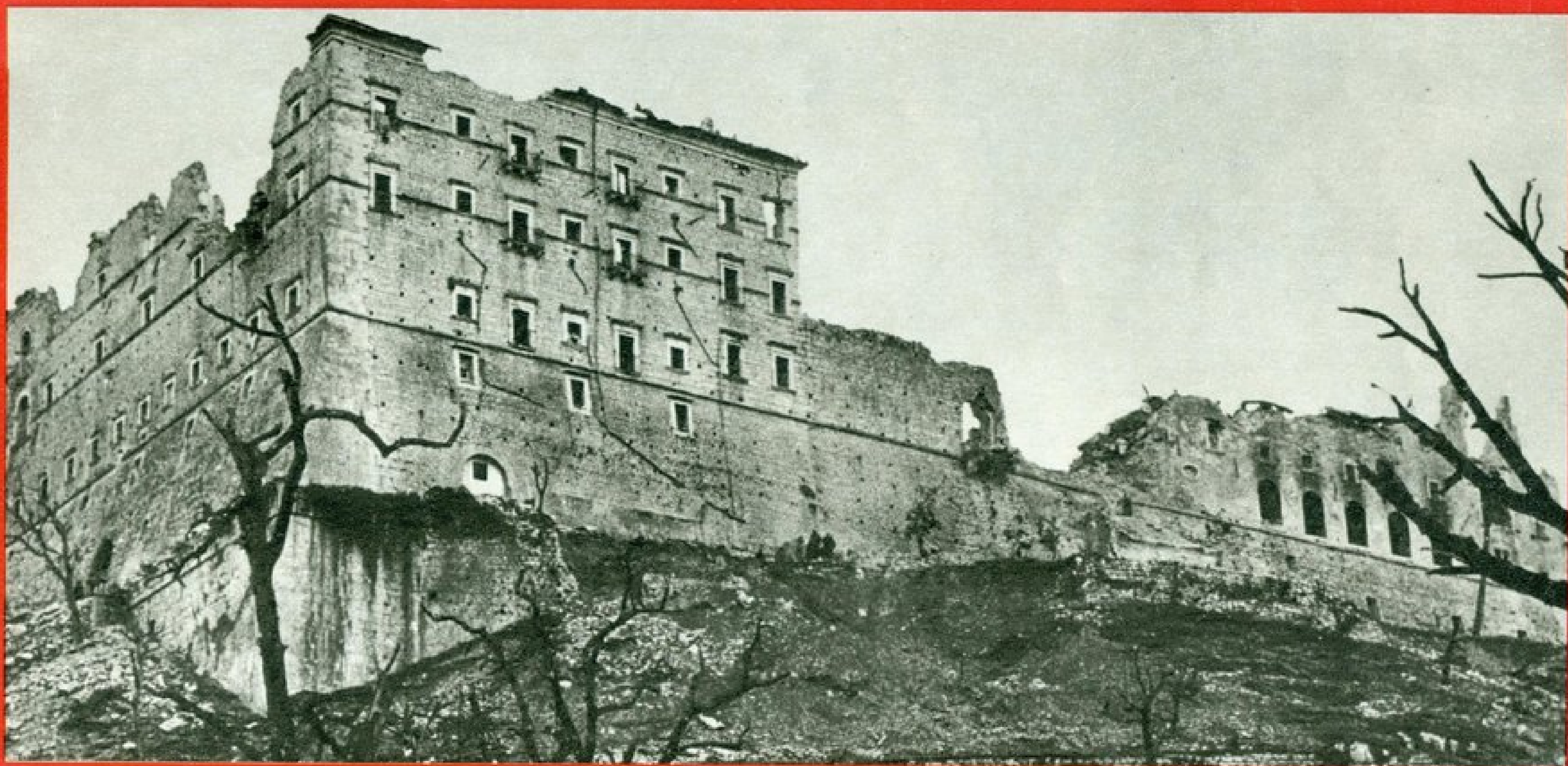
No obstante, es evidente que no se puede atribuir toda la responsabilidad a Alexander. La decisión final se tomó en las esferas aliadas de más alto nivel: en efecto, la destrucción de la abadía no constituía tan sólo un problema militar, sino también político, pues había que tener en cuenta las reacciones que podía producir en el Vaticano.

Los jefes militares aliados del sector mediterráneo no tomaron el problema a la ligera. El general sir Maitland Wilson, comandante en jefe aliado, y su comandante auxiliar, el general americano Jacob Devers, sobrevolaron personalmente la abadía a bordo de un avión de reconocimiento. Observaron, o les pareció observar, tropas alemanas y antenas de radio, por lo que la opinión de Freyberg parecía justificada. Pero, en realidad, ni en el interior de la abadía ni en sus proximidades inmediatas había ningún soldado alemán cuando los Aliados tomaron la decisión de bombardearla por vez primera.

La ciudad de Cassino ya había sido blanco de los bombardeos aliados desde septiembre de 1943, y las primeras grandes incursiones aéreas determinaron la evacuación de la población civil, gran parte de la cual, precisamente, fue a buscar refugio en la abadía. Las incursiones contra Cassino continuaron durante todo el otoño y el invierno de 1943-44; pero la abadía no sufrió desperfectos hasta el comienzo del nuevo año, cuando el Ejército 5 inició su avance, y estos daños no fueron producidos por bombardeos aéreos, sino por la artillería del Cuerpo de Ejército II americano.

A mediados de febrero, los alemanes que aún se encontraban en el monte seguían intentando convencer al abad y a los monjes para que se





fueran; pero el 15 de febrero, cuando los Aliados efectuaron el primer bombardeo deliberado contra la abadía, la comunidad monástica todavía se encontraba allí en su totalidad. En aquella ocasión, 142 «fortalezas volantes» *B-17* dejaron caer sobre el monasterio más de 350 toneladas de alto explosivo y de bombas incendiarias, destruyendo la basílica y los edificios del interior pero dejando intactas las macizas paredes externas. Y este fue el comienzo de la destrucción de la gloriosa abadía. Dos días después de la primera incursión, las autoridades militares alemanas evacuaron y condujeron a Roma al abad y a los monjes.

Evidentemente, los Aliados habían coordinado este bombardeo aéreo con las sucesivas operaciones terrestres, y el general Tuker ignoraba la hora exacta establecida para la incursión. En consecuencia, la intervención de su División 4 india fue casi inoperante y, en vez de lanzarla al asalto con una acción inmediata, se limitó a atacar con una sola compañía no Montecassino, sino monte Calvario, a casi un kilómetro de distancia.

El día 16 de febrero las ruinas fueron blanco de un segundo ataque por parte de cazabombarderos, y durante la noche, el Batallón *Sussex*, de la Brigada 7, llevó a cabo un intento, que no tuvo éxito, de tomar Montecassino. Al día siguiente, la Brigada 7 repitió el ataque, que también fracasó, rechazado por el fuego de la artillería de los paracaidistas alemanes.

Tampoco el Cuerpo de Ejército neozelandés tuvo mejor suerte. El 17 de febrero por la tarde, el XXVIII Batallón maorí, de la División 2, cruzó el Rápido y ocupó la estación ferroviaria. Pero al día siguiente llegó el 211.º Regimiento *Panzergrenadier* y los maoríes se vieron obligados a retirarse y a pasar de nuevo el río. Una vez más, los Aliados habían utilizado fuerzas insuficientes y habían pagado caro su error.

Ante esta serie de reveses el general Alexander ordenó que cesaran los combates. Era el 18 de febrero. La batalla de Cassino se reanudaría después de un período de preparación adecuada o, para utilizar sus palabras textuales, «después de un bombardeo digno de tal nombre».

ANZIO

ATAQUE Y CONTRAATAQUE



Italia, enero-febrero de 1944

Para Churchill, el desembarco de Anzio debía haber sido un golpe poderoso, rápido y espectacular con el que se consiguiera salir del punto muerto en el que estaba estancada la campaña aliada en Italia. Sin embargo, un mes después del desembarco, la situación no había cambiado prácticamente: la carretera hacia Roma continuaba cerrada para los Aliados y, mientras tanto, se habían librado algunas de las batallas más sangrientas y encarnizadas de toda la guerra, y en condiciones tan duras que recordaban los peores meses de los años 1916-17 en el frente occidental. Con razón el autor concluye su amargo relato preguntándose: ¿valía la pena?

Raleigh Trevelyan

Cuando el proyectado desembarco en Anzio, conocido con el hombre convencional de Operación «Shingle», volvió a tomarse en consideración, Churchill estaba convaleciente de una pulmonía. Este desembarco era una de sus ideas fijas y estaba decidido a salirse con la suya. Y lo consiguió.

El 28 de diciembre de 1943, cuando Roosevelt accedió a aplazar la retirada del Mediterráneo de 56 embarcaciones de desembarco destinadas a la invasión de Francia, Churchill llegó al colmo de la alegría.

La Operación «Shingle» se confió a los norteamericanos por muchas razones: Anzio se encontraba en la costa del Tirreno (sector del Ejército 5 americano), el puerto de salida sería Nápoles (base del citado Ejército 5) y el general Mark Clark, comandante del mismo, quería ser el primero en entrar en Roma. No obstante, ya hacía algún tiempo que casi todos habían comprendido que los americanos tenían muy poca fe en el proyecto de Churchill en lo referente a esta aventura.

Anzio se halla a unos 30 km al sur de los montes Albanos, y a 110 del noroeste de Cassino y de lo que entonces era la Línea Gustav, que seguía el curso del Garigliano-Rápido. El puerto era bueno, protegido por un dique. Al norte se extendían una larga playa arenosa y una zona de dunas, que parecieron ideales para un desembarco a los que trazaron el plan sobre el papel.

El Fosso della Moletta, un torrente que discurre a unos 15 km al norte de la población, constituye una línea divisoria, y, efectivamente, acabó siendo el límite del sector británico. En su desembocadura, el Fosso della Moletta no es más que un ancho riachuelo y la altura del agua no pasa del muslo; pero en el trecho superior (y los que elaboraron el plan no lo tuvieron en cuenta) está alimentado por canales de desagüe de una profundidad que oscila entre los 9 y los 15 metros, que fueron escenario de algunos de los más alucinantes combates a corta distancia en las últimas fases de los contraataques y durante el período «de calma» comprendido entre marzo y mayo.

Al Sur, en el sector americano, había una línea divisoria aún más clara, el canal Mussolini, de unos 11 metros de anchura, que constituía una defensa providencial contra los ataques de los carros de combate. Hacia el interior, a corta distancia de Anzio, estaba el bosque de Padiglione, que demostró ser muy útil para enmascarar la artillería, las reservas y los depósitos de municiones.

Además de las carreteras costeras, había otras dos principales: la carretera de Albano, a lo largo de la cual se encontraba la estación ferroviaria de Campo Leone, y la de Cisterna di Latina, a unos 26 km de Anzio.

Los Aliados titubean

El apoyo de Clark a la Operación «Shingle» estaba subordinado a la condición de que se emprendiese con fuerzas suficientes. Eran los ingleses los que querían este juego de azar; en cambio, la apuesta mayor la tendría que poner él. Es cierto que los 24.000 hombres previstos en un principio para el desembarco se habían aumentado hasta 110.000, pero también es cierto que la operación había adquirido una importancia mucho mayor que la que se le había atribuido en noviembre. Por otra parte, Clark estaba preocupado, sobre todo, por la dislocación de las fuerzas alemanas en torno a Roma y, además, recordaba demasiado bien la catastrófica confusión del desembarco anfibio en Salerno. El Servicio de Información británico era optimista, pero Clark lo consideraba como un optimismo convencional, para animar a las tropas. Después de Marrakesh, tanto Clark como Alexander siempre habían considerado la Operación «Shingle» como parte de una gran maniobra aliada en forma de tenaza. Sobre esto, por lo menos, no existían dudas. Unos días antes del 22, día del desembarco, el Ejército 5 americano debía lanzar una serie de grandes ataques contra los alemanes en el Garigliano y en el Rápido, con el intento de hundir la Línea Gustav y de envolver las defensas de Cassino. También el Ejército 8 británico atacaría, en el sector adriático, partiendo de Ortona en dirección a Pescara. El Ejército 5 americano tenía órdenes de dirigirse hacia Frosinone, a fin de atraer a las reservas enemigas que podrían «utilizarse contra las fuerzas de desembarco» en Anzio.

Clark, recordando siempre la reciente experiencia de Salerno, temía encontrar una fuerte resistencia en la cabeza de desembarco y por ello quería que las unidades avanzadas se estableciesen inmediatamente a la defensiva. El desarrollo posterior de la situación, es decir, la decisión de hacer avanzar o no el Cuerpo de Ejército VI, dependería


US Army

Dos LST efectúan la descarga de abastecimientos en Anzio. Las casas situadas en el puerto habían sido destruidas por los bombardeos aéreos realizados por los Aliados antes de los desembarcos, pero la población civil fue evacuada por las autoridades militares alemanas. *(Foto GM)*

GOLIATH, UN ARMA ALEMANA QUE RESULTÓ UN FRACASO


(John Batchelor)



La guerra incrementó la producción de muchas armas –tanto alemanas como aliadas– dotadas de características particulares. Una de las más interesantes –aunque de las menos conseguidas– fue el *Goliath*, ideado por los alemanes. Quizá su mejor definición sea la de "carga explosiva autopropulsada con mando a distancia"; tras la oportuna cobertura, se lanzaba contra el objetivo elegido, generalmente unidades de infantería, carros de combate y otros vehículos, y se hacía estallar mediante un cable metálico de 600 metros de longitud. En el grabado vemos el *Goliath* de tipo reducido. De esta arma existían diversos modelos, con motor de explosión y motor eléctrico, pero siempre resultó un completo fracaso. Rara vez logró superar la velocidad de un hombre caminando con andar ligero, por lo que se la podía localizar fácilmente mientras se aproximaba y neutralizarla alcanzándola con el fuego de las armas portátiles, como ocurrió en Anzio, durante el ataque a la "pasarela". **Altura:** 60 cm. **Peso de la carga:** unos 100 kg. **Velocidad media:** 8-19 km/h.

del juicio de su comandante, el general Walker. Pero, poco antes del desembarco, se informó al general Penney, comandante de la División 1 británica, que ocuparía el sector situado entre Anzio y el Fosso della Moletta, que las instrucciones «no incluyen planes para un avance desde la cabeza de desembarco hacia o hasta el objetivo final (¿Roma? ¿Montes Albanos?). Son planes que dejan margen para las decisiones sobre la marcha: muy probablemente, el avance no se producirá hasta que esté sincronizado con las operaciones del resto del Ejército 5 en las proximidades de la cabeza de desembarco». Mientras tanto, las fuerzas aéreas americanos se encargarían de «aislar» el sector de la cabeza de desembarco, inmediatamente antes y después de la operación, cortando las vías de comunicación del enemigo con Anzio.

Desgraciadamente, el general Lucas, jefe del Cuerpo de Ejército VI, era un hombre cansado, de carácter pesimista, sin duda se encontraba enfermo (en efecto, murió pocos años después), y además no tenía la menor confianza en aquella operación.

Clark sabía que Lucas no era un individuo al que le gustase correr riesgos, y éste debió ser sin duda el motivo determinante de la elección. Lucas había sido comandante de Cuerpo de Ejército en Salerno. Había aprendido, en su larga experiencia personal, que era preciso crear una sólida base para la cabeza de desembarco.

Estaba convencido de que los alemanes podrían mandar refuerzos y abastecimientos mucho más rápidamente que él.

Desgraciadamente, los comandantes subordinados no podían dejar de advertir la falta de entusiasmo del general Lucas. Cuando desembarcó en Anzio, apenas salió del sótano en el que había establecido su puesto de mando. Con la excepción de Alexander, no conseguía comprender a los ingleses, y él mismo lo reconocía. El almirante sir John Cunningham, tras haberle oído expresar sus tétricas previsiones, le dijo: «Si piensa usted así, sería mejor que dimitiera». Lo que más deprimía a Lucas era que el tiempo de que disponía fuera tan «desdichadamente corto». Las unidades del Cuerpo de Ejército VI americano hacía ya muchos meses que estaban en línea, pero, a principios de febrero, les quitarían los medios de desembarco para enviarlos a Inglaterra.

En su opinión no se trataba tan sólo de reunir un equipo más numeroso, sino que además era preciso adiestrar a tropas escogidas, como lo demostraba el desastroso ensayo general que había tenido lugar en Pozzuoli el 19 de enero, durante el cual algunos hombres se habían ahogado y se habían hundido 40 DUKW y 10 obuses. No obstante, su minuciosidad y su paciencia innatas presentaban también algunos aspectos positivos: después de todo, el transporte de una fuerza de ataque de casi 50.000 hombres, con todas sus armas, abastecimientos y vehículos, era una empresa difícil, y hay que reconocer que Lucas la llevó a cabo impecablemente. Su intención era hacer desembarcar también, lo antes posible, a los restantes 60.000 hombres y tener la seguridad de disponer, en cualquier momento, de unas reservas de víveres suficientes para quince días y de municiones para diez. Sólo una vez conseguido eso se consideraría en condiciones de avanzar, y siempre que la resistencia opuesta por el enemigo no fuera demasiado amenazadora.

Un fracaso preliminar

El gran ataque del Ejército 5 americano contra la Línea Gustav, primera fase de la maniobra en forma de tenaza que debía completar el desembarco en Anzio, se lanzó el 12 de enero. Las condiciones atmosféricas eran pésimas y los combates fueron muy violentos; pero, por lo menos, el Cuerpo Expedicionario francés consiguió avanzar unos kilómetros. Después, el 15 de enero, el Cuerpo de Ejército II americano conquistó el monte Trocchio, y tres días más tarde el Cuerpo de Ejército X británico atravesó el bajo Garigliano y ocupó Minturno.

Sin embargo, la resistencia alemana se estaba haciendo cada vez más tenaz. Los ingleses no consiguieron realizar más progresos y, lo que es aún más grave, no pudieron llevar a cabo su enlace con el Cuerpo de Ejército II americano, objetivo principal de la ofensiva.

Ni siquiera el Ejército 8 británico, mandado por el teniente general sir Oliver Leese, pudo avanzar prácticamente en el sector adriático.

Por lo tanto, el 21 de enero, la situación, en su conjunto, era poco alentadora para el general Lucas cuando su fuerza de desembarco zarpó de Nápoles. En cambio, aquel mismo día, Churchill telegrafió a Stalin diciéndole: «Hemos lanzado el gran ataque contra los Ejércitos alemanes que de-

DETENCION EN CASSINO Y EN ANZIO

12-14 de enero de 1944: en Cassino, las tropas coloniales francesas del general Juin, desplegadas en el sector septentrional del frente del Ejército 5, lograron rápidos éxitos en Acquafondata, Vallerotanda y Sant'Elia Fiumerapido, y además atraviesan el Rápido. No logran conquistar Monte Santa Croce, pero los otros triunfos obtenidos son motivo de optimismo para el mando del Ejército, que se prepara para el intento de ruptura en Cassino, en combinación con el desembarco en Anzio (Operación "Shingle").

15 de enero: el Cuerpo de Ejército II norteamericano conquista Monte Trocchio.

17-18 de enero: en el sector costero del frente de Cassino el Cuerpo de Ejército X británico establece una cabeza de puente al otro lado del Garigliano.

20-21 de enero: en Cassino, el Cuerpo de Ejército II norteamericano, en el centro del sector del Ejército 5, avanza penosamente hasta el Rápido, pero la División 36 *(Texas)* es rechazada con graves pérdidas cuando intenta cruzar el río.

22 de enero: el Cuerpo de Ejército VI aliado del general Lucas desembarca en Anzio sin hallar apenas resistencia, pero se detiene en la cabeza de desembarco sin arriesgarse por el interior.

25-26 de enero: en Anzio, patrullas aliadas son detenidas por la resistencia alemana. En Cassino la División 34 americana logra al fin establecer cabezas de puente más allá del Rápido.

30 de enero: en Anzio los *Rangers* son rechazados de Cisterna di Latina y las tropas británicas de apoyo quedan en una posición peligrosamente expuestas.

3-4 de febrero: en Cassino los Aliados atacan y se aproximan al monte homónimo, pero los contraataques alemanes les obligan a retirarse. Son rechazadas a sus posiciones las tropas aliadas de Anzio.

11-12 de febrero: la División 34 norteamericana lleva a cabo su último intento de conquistar Montecassino antes de ser relevada por la División 4 india y la División neozelandesa del Ejército 8, pero su ataque fracasa de nuevo.

13 de febrero: los Aliados suspenden los ataques en Cassino.

16-17 de febrero: los resueltos contraataques alemanes contra la cabeza de desembarco de Anzio crean un saliente peligroso en el frente aliado, que corre el riesgo de verse cortado en dos.

18-19 de febrero: bombardeos masivos aliados, tanto aéreos como terrestres, detienen los ataques alemanes contra la cabeza de desembarco de Anzio.

3 de marzo: los alemanes renuncian a ulteriores intentos contra Anzio.



fienden Roma, del que le había hablado en Teherán. Las condiciones atmosféricas parecen favorables. Espero tener pronto buenas noticias para usted».

Milagrosamente, el tiempo había mejorado y el mar estaba tranquilo. La heterogénea formación, compuesta por 243 buques de diversas nacionalidades zarpó de día, bajo una densa red de globos de barrera antiaérea. El mando lo ostentaban los contraalmirantes Lowry y Troubridge. Parecía imposible que el enemigo no avistara los transportes o, por los menos, que los agentes enemigos no comunicaran su presencia; no obstante, las fuerzas aéreas aliadas continuaron bombardeando los aeródromos alemanes en Italia central, para impedir que los aviones de reconocimiento despegasen. Además, para mantener en la incertidumbre al enemigo, se sometió a bombardeos aeronavales las zonas de Civitavecchia y de Livorno.

En esta primera oleada, en las embarcaciones de desembarco había soldados ingleses y americanos casi en la misma proporción: las fuerzas británicas comprendían la División de infantería 1, mandada por el general Penney; la 2.ª Brigada de servicios especiales, formada por dos batallones de comandos (el IX y el XLIII), y el Regimiento de carros 46; mientras las fuerzas americanas estaban constituidas por la División de infantería 3, mandada por el general Truscott, el Batallón acorazado DCCLI, el Batallón paracaidista DIV y tres batallones de *Rangers*.

Los primeros buques fondearon frente a Anzio a medianoche. Los medios de asalto se arriaron y a las 02,00 se sometió el puerto a un fuego de barrera con cohetes, que duró cinco minutos. No hubo reacción. Todo estaba oscuro y tranquilo: la artillería alemana ni siquiera intervino cuando las primeras tropas aliadas tocaron tierra. Para hacer la situación aún más irreal, Anzio parecía una ciudad de fantasmas, abandonada, pues los alemanes habían evacuado a la población civil. Sin embargo, no se trataba de una trampa: los Aliados no tardaron en convencerse de que los alemanes habían sido sorprendidos totalmente.

Los ingleses, que desembarcarían a unos 10 km al norte del puerto, tenían la misión de cortar la carretera costera que conducía de Anzio a Ardea y a Ostia, cruzando el Fosso della Moletta. En este lugar se produjo el primero, y prácticamente el único, contratiempo de la fase inicial: la zona estaba minada y, además, era difícil hacer avanzar los vehículos por las blandas dunas de arena. Por ello fue preciso enviar de nuevo a Anzio una parte de las unidades tácticas de la División 1. No obstante, en cuanto hubieron desembarcado en número suficiente, los ingleses avanzaron hasta el citado Fosso della Moletta, mientras los americanos llegaban hasta el canal Mussolini. Allí los acogió el fuego de los cañones de largo alcance asentados en los montes Albanos si bien, poco después, el fuego cesó. Lucas pudo enviar a Clark un mensaje alentador: «Aún no hay ángeles por ahora; Claudette se porta bien», lo que quería decir que todavía no habían aparecido carros de combate, pero que los ataques lanzados por las Divisiones 3 y 1 marchaban bien. En vista de ello, a las 05,00 horas, Clark y Alexander se dirigieron hacia la cabeza de desembarco.

«Olvide Roma»

De un cálculo efectuado hacia el anochecer se dedujo que se había desembarcado cerca del 90 % de las tropas destinadas al ataque, junto con más de 3000 vehículos. No se había observado aún ninguna señal de resistencia por parte alemana y, al parecer, nada impedía que alguna unidad avanzara hacia el interior. Por la tarde Alexander volvió a Nápoles. Y desde allí telegrafió a Churchill, informándole que había insistido en la importancia de hacer avanzar «audazmente» a las fuerzas motorizadas. Churchill contestó: «Me alegro de que usted imponga su punto de vista en vez de atrincherarse en las cabezas de desembarco».

Es probable que el comandante en jefe insistiese, pero es dudoso que Lucas o Clark tuvieran muchas intenciones de escucharle. Algún tiempo después, se dijo que Lucas aseguraba que Clark le aconsejó que no se expusiese demasiado, y que había añadido: «Puede olvidar este maldito asunto de Roma». Y el caso es que Lucas evitó por todos los medios correr cualquier riesgo.

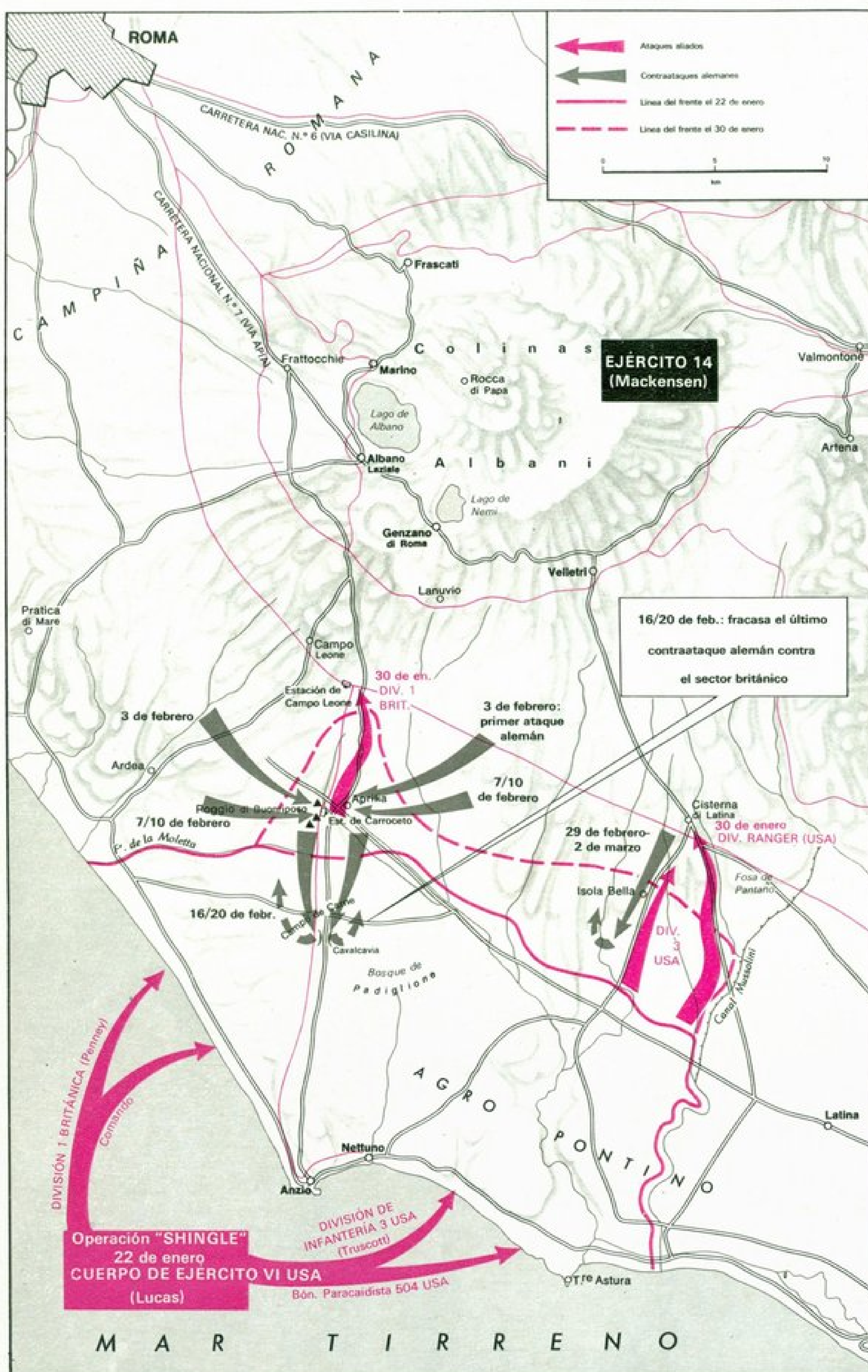
En realidad, el Alto Mando alemán había sido sorprendido por completo; pero Lucas y sus colaboradores no podían saber, en especial si desconfiaban del Servicio de Información británico, que en la carretera de Roma no había fuerzas alemanas. La misma Roma estaba prácticamente indefensa y la población dispuesta a prestar su apoyo a los Aliados. En tales circunstancias, con un poco de audacia y energía, se habrían podido conseguir resultados que incluso habrían superado los más ambiciosos sueños de Churchill. Se habría podido salir del desalentador punto muerto del Garigliano. No obstante, Lucas, recordando los precedentes, sin duda habría seguido afirmando que las vías de comunicación demasiado extensas pueden provocar desastres.

En cambio, una de las características de la campaña de Italia fue la desconcertante rapidez con la que el *Feldmariscal* Kesselring, a pesar de haber sido sorprendido por todas las operaciones aliadas en gran escala, consiguió siempre superar la crisis y modificar el despliegue de sus fuerzas. La experiencia de Anzio, además, demostró que los bombardeos aéreos aliados, por muy violentos y destructivos que pudieran parecer, a la larga acababan teniendo muy escaso efecto sobre la movilidad de los alemanes.

Kesselring mantuvo durante algún tiempo dos divisiones (la 3.ª *Panzergrenadier* y la *Hermann Goering*) como reserva en los alrededores de Roma, por si se producía un desembarco aliado en un punto de la costa del Tirreno. No obstante, el 18 de enero, cuando su Servicio de Información excluyó la posibilidad de que pudiera producirse un desembarco antes de cuatro o seis semanas, decidió enviárselas como ayuda al general von Vietinghoff, comandante del Ejército 10, que combatía duramente en el sector del Garigliano. También el almirante Canaris, jefe del Servicio de Información en Berlín, consideraba la situación tan tranquilizadora que el 21 de enero regresó a Alemania. Y, sin embargo, en el transcurso de aquella misma tarde Kesselring ordenaba el estado de alarma y la fuerza de desembarco aliada se aproximaba a Anzio.

En cuanto se dio cuenta de que en Anzio se estaba produciendo un desembarco en fuerza, Kesselring demostró su habilidad como improvisador. A las 05,00 horas del día 22 ya había reunido a todas las tropas disponibles en la zona, incluyendo las de los depósitos y de los campos de descanso, cualquiera que fuera la situación en que se encontrasen, situándolas apresuradamente a lo largo de la estatal n.º 7. Además, reunió todas las piezas de artillería que pudo encontrar, incluyendo las baterías antiaéreas fácilmente transformables en cañones contracarros, de forma que constituyesen una barrera alrededor de la cabeza de desembarco. Unidades que se encontraban en Génova, Rimini o Livorno recibieron órdenes de trasladarse sin dilación hacia el Sur; asimismo se ordenó que volvieran las dos divisiones enviadas a Vietinghoff, y otras unidades fueron retiradas del sector adriático. Hitler, por su parte, ordenó que se trasladasen a Italia unidades de los Balcanes y del sur de Francia.

El 22 por la tarde, Kesselring tuvo la certeza de que los Aliados no tenían intención de avanzar inmediatamente; sin embargo, no tenían en absoluto la seguridad de poder resistir si Lucas decidía avanzar al día siguiente, o incluso el 24. Posteriormente, su jefe de Estado Mayor, general Westphal, escribió: «El camino hacia Roma estaba entonces abierto y una audaz "columna volante" habría podido penetrar en la ciudad... El enemigo sin embargo, permaneció extrañamente pasivo».



Desde el puerto de Nápoles, el Cuerpo de Ejército VI norteamericano, al mando del general Lucas, llegó a las playas de Anzio el 22 de enero de 1944. Según los planes previstos para la Operación "Shingle", las fuerzas británicas, desembarcadas al norte de Anzio, después de haber interrumpido la línea ferroviaria Roma-Nápoles en Campo Leone, se dirigirían a Albano, mientras los norteamericanos avanzarían hacia Velletri. Los desembarcos no encontraron ninguna resistencia por parte de las tropas alemanas, prácticamente inexistentes en la zona. Pero el general Lucas, en lugar de lanzar inmediatamente a sus fuerzas hacia adelante, quiso consolidar la cabeza de desembarco, lo que permitió a Kesselring organizar sus efectivos en aquel sector. El 25 de enero los británicos recibieron, por fin, la orden de avanzar y llegaron hasta Campo Leone. Pero la resistencia cada vez más firme por parte alemana, desencadenada también contra las fuerzas norteamericanas que avanzaban hacia Cisterna di Latina, obligó a los angloamericanos a pasar a la defensiva. La situación se hizo cada vez más crítica para los Aliados, que tuvieron que hacer llegar refuerzos a la cabeza de desembarco para impedir su aniquilamiento a consecuencia de los contraataques alemanes. El día 3 de marzo, Kesselring ordenó suspender la ofensiva, pero la tragedia de Anzio estaba aún en sus comienzos.

En efecto, ingleses y americanos dedicaron todo el día 23 a consolidar su cabeza de desembarco.

El día 24 se levantó una borrasca que provocó la pérdida de algunas embarcaciones de desembarco. Las olas barrían las playas. Lucas decidió que había llegado el momento de mandar patrullas de reconocimiento a fin de tener una idea de la entidad de las fuerzas alemanas situadas en las carreteras que conducían a Campo Leone y a Cisterna di Latina. Y aquel mismo día se enteró de que 40.000 alemanes, mandados por el general von Mackensen, estaban penetrando en el sector de la cabeza de desembarco y que Hitler había cursado una orden del día: «La Línea Gustav ha de conservarse a toda costa... El *Führer* exige que se defienda encarnizadamente cada metro de terreno». El 25 Lucas escribió en su diario: «Estoy haciendo todo lo que puedo, pero parece que las cosas van terriblemente despacio... He de mantener los pies bien firmes en tierra, no dispersar mis fuerzas y no hacer tonterías».

Unas 48 horas después de poner pie a tierra, la cabeza de desembarco tenía una profundidad de 11 km y una anchura de 25,5. «¡Qué magnífico trabajo!» –dijo Montgomery, tan cortés como siempre, en su segunda visita a Lucas, el 25 de enero–. Poco después, la 24.ª Brigada de Guardias, que hasta entonces había permanecido como reserva en el bosque de Padiglione, recibió al fin autorización para avanzar, con cautela, por la carretera Anzio-Campo Leone-Albano, más allá de la «pasarela», un nombre que se convertiría en símbolo siniestro en los combates que seguirían. Después de una marcha de unos 6,5 km, la brigada alcanzó el pequeño pueblo de Carroceto. Casi inmediatamente, el enemigo abrió fuego desde un grupo de construcciones situadas a unos centenares de metros: las construcciones pertenecían a Aprilia, uno de los centros agrícolas modelo surgidos por voluntad de Mussolini, que los ingleses bautizaron con el nombre de «la fábrica» y destinado a ser tristemente célebre. Este era el primer síntoma de una resuelta resistencia alemana, que, en este caso específico, se debió al 29.º Regimiento *Panzergrenadier*.

Se rastrilló Aprilia, si bien con gran dificultad. Al día siguiente los alemanes lanzaron un contraataque local; pero los granaderos ingleses, ayudados por los *Irish Guards*, resistieron sin ceder terreno. A la derecha, por la carretera de Cisterna di Latina, los americanos encontraron una fuerte resistencia por parte de la División *Hermann Göering* y descubrieron que todas las casas rurales se habían transformado en fortines. Todas las fuerzas avanzadas, británicas y americanas, comprendieron que su cometido habría sido incomparablemente más fácil si el avance hubiera comenzado tan sólo un par de días antes.

Entre los soldados se estaba difundiendo un sentimiento de amarga desilusión, pues se daban cuenta de que se había malgastado un tiempo valiosísimo, que cada día transcurrido en la inacción significaba un endurecimiento creciente de la resistencia enemiga y, en consecuencia, un número de pérdidas mucho mayor. Por otra parte, las noticias procedentes del frente de Cassino, donde los alemanes seguían rechazando los intentos aliados, así como las pésimas condiciones atmosféricas, no contribuían en modo alguno a levantar la moral de las tropas. Y mientras tanto, la acción de los cañones alemanes de largo alcance, asentados en los montes Albanos, se intensificó de manera alarmante. Además, estaba también el llamado «Anzio Annie», conocido asimismo como «Anzio Express», un gran cañón alemán montado sobre afuste ferroviario, al que se hacía salir de un túnel para disparar sus dos mortíferos proyectiles y desaparecía acto seguido en su refugio.

Titubeos, más titubeos y después el punto muerto

Entre tanto, Lucas continuaba amontonando abastecimientos, aun sabiendo perfectamente

ARTILLERÍA ESTADOUNIDENSE PROYECTADA PARA OPERAR EN TODOS LOS FRENTES



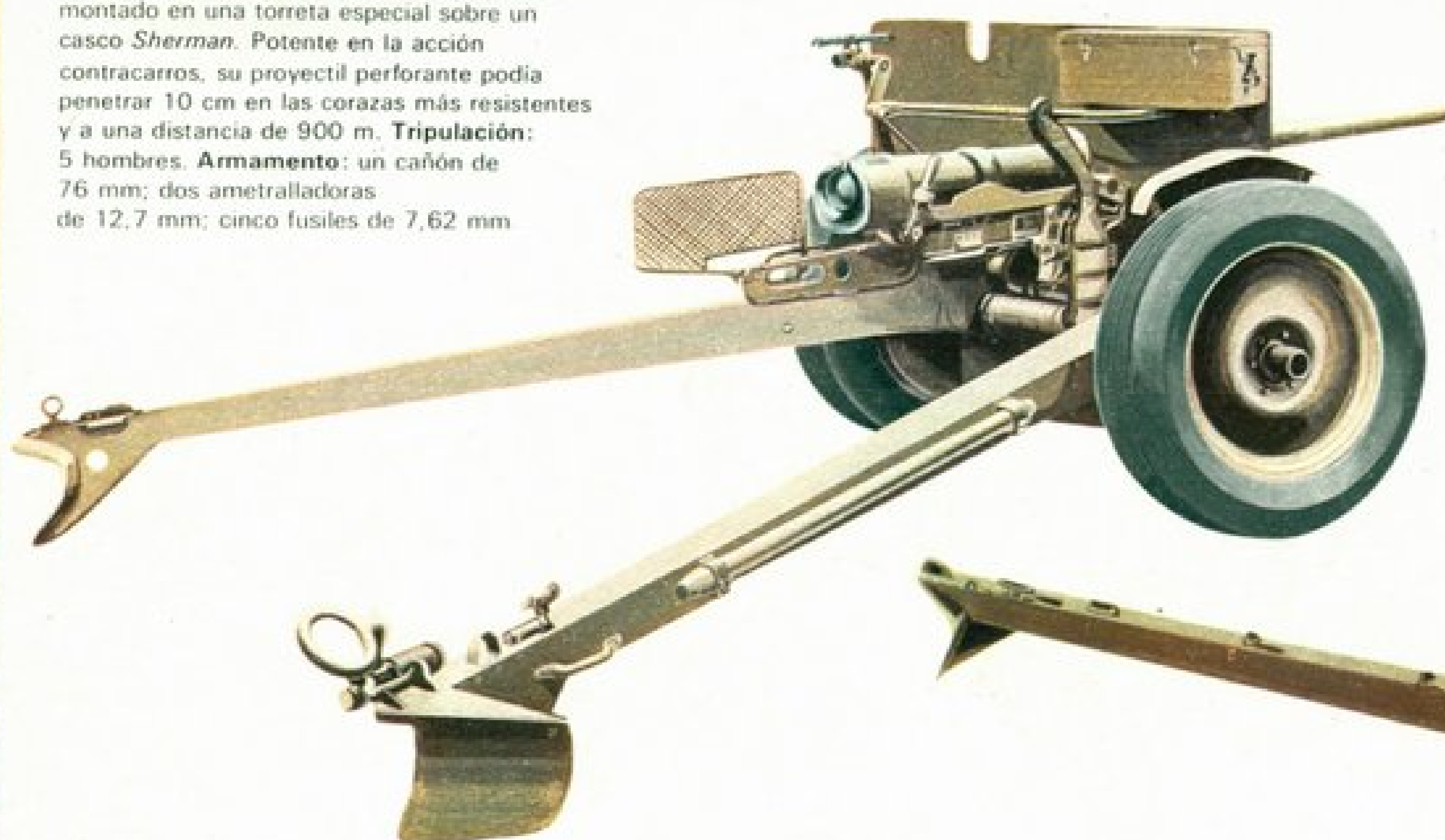
Cañón autopropulsado contracarros M-10

Estaba constituido por un cañón de 76 mm montado en una torreta especial sobre un casco *Sherman*. Potente en la acción contracarros, su proyectil perforante podía penetrar 10 cm en las corazas más resistentes y a una distancia de 900 m. **Tripulación:** 5 hombres. **Armamento:** un cañón de 76 mm; dos ametralladoras de 12,7 mm; cinco fusiles de 7,62 mm



Cañón de 155 mm

Era la más importante pieza de artillería de largo alcance norteamericana, familiarmente llamada *Long Tom*.
Su afuste, de construcción especial, le permitía moverse en todo terreno, en condiciones que impedían la acción a otros materiales de artillería. **Alcance máximo:** 23.400 m. **Velocidad de tiro:** un disparo por minuto.



Cañón contracarros de 37 mm

Fue un arma insuperable en todos los frentes norteamericanos. En Guadalcanal, disparando con proyectiles de metralla, rechazó repetidos ataques japoneses. **Alcance máximo:** 11.700 m. **Velocidad de tiro:** 25 disparos por minuto.

Obús de 105 mm

El limitado peso de la granada de 105 mm era ideal para una pieza de artillería de campaña y además era muy fácil de manejar. Las tropas decían que el 105 mm era capaz de disparar incluso en las peores condiciones que pudieran darse en el campo de batalla. **Alcance máximo:** 11.375 m. **Velocidad de tiro:** 4 disparos por minuto.



Obús de 155 mm

Proyectado para ser montado sobre el mismo afuste del cañón de 144 mm, el obús de 155 mm estaba considerado por muchos como una pieza de artillería ideal. La precisión de su tiro era excelente a todas las distancias. **Alcance máximo:** 14.560 m. **Velocidad de tiro:** dos disparos por minuto.

(John Batchelor)



Anzio, febrero de 1944: un soldado británico ayuda a un compañero herido en la cabeza. Se calcula que desde el día del desembarco hasta finales de febrero las bajas aliadas alcanzaron los 19.000 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos. (Bibliothek für Zeitgeschichte)

que algún día, no demasiado lejano, tendría que decidirse a pasar al ataque. Se sintió bastante aliviado cuando la División Acorazada 1, del general Harmon, hubo terminado el desembarco. Sin embargo, a pesar de la llegada de esta nueva unidad, aún dejó pasar otros tres días. En Londres, Churchill, que consideraba la operación de Anzio como la gran ocasión que justificaría plenamente toda la campaña de Italia, desahogaba su impaciencia en Alexander, quien, a su vez, acuciaba al general Clark.

El 28 de enero Clark decidió trasladarse de nuevo a Anzio y, si era necesario, permanecer allí varios días.

Entonces descubrió que los planes de Lucas para las futuras operaciones no eran nada precisos y fue indudablemente gracias a su presencia que el subordinado se sintió al fin lo bastante fuerte para lanzar, al día siguiente, un doble ataque, aunque le molestaba la idea de «tener tras de mí tanta gente controlándome».

Hasta aquel momento, el Cuerpo de Ejército VI americano había desembarcado unos 70.000 hombres, 27.000 toneladas de abastecimientos, 508 cañones y 237 carros de combate, lo que equivalía a cuatro divisiones. Frente a ellos había ocho divisiones alemanas, y toda la cabeza de desembarco estaba sometida al cañoneo enemigo. Churchill resume así los acontecimientos de aquellos días: «Pero entonces llegó el desastre y el fracaso de la finalidad fundamental de la operación. Las defensas de la cabeza de desembarco se estaban consolidando, pero la ocasión para la que se habían hecho tantos esfuerzos se había desvanecido». De los dos sectores de ataques previstos, uno se había confiado a fuerzas americanas y el otro a fuerzas británicas. El objetivo de los americanos era la ocupación de Cisterna di Latina, para cortar la carretera estatal n.º 7. A los británicos, en cambio, se les asignó la parte más importante, es decir, la conquista de la estación ferroviaria de Campo Leone, a 8 km de Aprilia y de Carroceto: la fase siguiente sería el avance hacia Albano. Desgraciadamente, el día 29, un imprevisto contratiempo trastornó los planes e hizo necesario aplazar el ataque hasta el día siguiente.

El incidente fue pequeño en sí, pero grave por sus consecuencias: un *jeep*, en el cual se encontraban los comandantes de tres compañías de granaderos, con todos los mapas topográficos y los planes para el ataque a Campo Leone, tomó un camino equivocado y cayó en manos de los alemanes: los tres oficiales murieron.

La conquista de Cisterna di Latina se había estudiado como una acción muy audaz, que llevaría a cabo la división americana de los *Rangers*. La idea era sorprender a los alemanes, aprovechando la oscuridad, haciendo avanzar dos batallones por un canal de riego parcialmente seco, conocido como Fossa di Pantano. ¡Se trataba, por fin, de una acción que merecía la aprobación incondicional de Churchill!

Los *Rangers* consiguieron llegar (lo que parece increíble) al extremo del canal, viéndose obligados, más de una vez, a pasar vadeando bajo los centinelas enemigos; pero, en el último minuto, fueron descubiertos y cayeron en una emboscada. Muchos murieron y otros resultaron heridos; los demás buscaron refugio en los fosos. Al amanecer, desde las casas, empezaron a avanzar los carros de combate que, disparando, se dirigieron hacia los fosos. Cuando los *Rangers*, provistos tan sólo de armas ligeras, salieron de sus refugios para huir, fueron cayendo bajo el fuego enemigo. De 767 hombres sólo volvieron seis.

En el sector británico, frente a Carroceto, no hubo más que desilusiones. Ante todo, se había descubierto que en la amplia llanura situada exactamente al oeste de la estatal Anzio-Albano habían gran cantidad de barrancos, cubiertos de matorrales, que confluían hacia el Fosso della Moletta; esta dificultad no la habían revelado ni los planos ni las fotografías aéreas. Dichos barrancos impedían todo movimiento a los carros de combate, y, por otra parte, las condiciones al otro lado de la estatal no eran mucho mejores.

El segundo descubrimiento fue que en Cisterna di Latina los alemanes estaban más preparados de lo que se había previto. Por ello, cuando la 3.ª Brigada del general Penney, formada por el *Duke of Wellington*, el *Sherwoord Forester* y el *King's Shropshire Light Infantry*, alcanzó la zona de la estación de Campo Leone, las tropas británicas se encontraron peligrosamente expuestas a lo largo de la carretera, desprovistas de protección por los dos lados, es decir, prácticamente embotelladas. Mientras tanto, los *Scots* y los *Irish Guards*, que habían intentado asegurar la protección sufrían graves pérdidas.

El *Sherwood Forester*, al que se le había asignado la parte final del ataque contra Campo Leone, resultó literalmente aniquilado y dejó de existir como unidad combatiente. Tiempo después, el general Harmon, de la División Acorazada 1, escribió refiriéndose a ellos: «El terreno estaba completamente cubierto de muertos. Jamás había visto tantos en un solo sitio. Estaban tan cerca uno del otro que tenía que mirar donde ponía los pies».

«Una ballena varada»

Los Aliados estaban desalentados. Pero ignoraban que si intentaban atacar de nuevo probablemente conseguirían la victoria. También los alemanes habían sufrido bajas considerables y, lo que era aún más grave, se hallaban todavía desorganizados: sus fuerzas en aquel sector estaban constituidas por restos de varias unidades, reunidos a toda prisa. Alexander y Clark convinieron en la necesidad de que la cabeza de desembarco se estableciese defensivamente. Era la primera vez que lo hacía el Ejército 5 después de Salerno. Hitler, que se sentía triunfante, proclamó entonces que debía eliminarse «el absceso» al sur de Roma. Para Churchill este revés fue un golpe terrible; posteriormente escribió que en vez de «echar un gato salvaje» a las playas de Anzio todo lo que había conseguido era hacer que acabara allí «una ballena varada», y, por si fuera poco, se trataba de una ballena herida y sangrando.

Alexander decidió que se retirara del frente de Cassino a la División Acorazada 56 británica y que pasara como refuerzo a Anzio. La Brigada 168 fue la primera en desembarcar; la 167 y la 169 llegaron en el transcurso de las dos semanas siguientes. También la 1.ª *Special Service Force*, un grupo mixto canadiense-americano, fue enviada a Anzio.

La Operación «Shingle», desde el punto de vista estratégico, se podía considerar como prácticamente terminada. No quedaba más que el hecho consumado de una cabeza de puente que debía defenderse.

Ahora iba a dar comienzo la «batalla de los soldados.»

La dirección más probable para el contraataque alemán era la carretera Albano-Anzio, en el sector británico. Ante esta perspectiva, el Regimiento *North Staffordshire* y la Brigada de Guardias se atrincheraron en las colinas de Buonriposo y Vallelata, en la zona de los barrancos, al oeste y al noroeste de Carroceto. Los *Gordon Highlanders* se encontraban al este de la misma localidad, cerca de la granja llamada «granja de la peste», y el 1.er Regimiento de exploración americano estaba desplegado a su espalda, cerca de Aprilia. En el extremo más lejano de la línea, el más próximo a Campo Leone, se encontraban el *Duke of Wellington* y el *King's Shropshire Light Infantry*, junto con los restos (menos de 260 hombres) del *Sherwood Forester*.

Cualquiera habría podido comprender que estos últimos, aislados, se hallaban más expuestos que nadie, pues estaban desplegados en la carretera y a 19 km de distancia de Anzio. No obstante, Lucas no había formulado aún un plan bien definido para el futuro y no decidió si la Brigada 3 debía permanecer en un sitio ni si debía ser reforzada. La falta de una línea bien definida había creado un estado de tensión no sólo entre británicos y americanos, en general, sino también entre Lucas y los generales Clark y Alexander. Lucas mantenía al general Harmon y a los carros de combate de la División Acorazada 1 americana en el bosque de Padiglione, en posición muy retrasada respecto al sector británico (8 kilómetros para ser exactos), donde serían de muy poca utilidad en caso de que se produjera un inesperado contraataque.

Entonces se produjo otro período de calma, lleno de inquietud, y después volvió a caer la lluvia, fría e ininterrumpida. Ahora Hitler estaba proclamando que a la cabeza de desembarco «se la debía ahogar en la sangre de los soldados británicos».

Anzio, febrero de 1944: dos soldados norteamericanos socorren a un compañero herido por el fuego de la artillería alemana. (Archivo Rizzoli)



Cada vez estaba más claro que la iniciativa había pasado de los alemanes, a las manos de Mackensen y de su Ejército 14.

El 3 de febrero, la artillería alemana comenzó a lanzar una lluvia de fuego contra el saliente británico, llamado el «pulgar». El fuego creció en intensidad; después se desplazó bruscamente hacia adelante y entonces empezó el contraataque, primero desde el Oeste, contra los *Irish Guards*, y después desde el Este, contra los *Gordon Highlanders*. La llovizna se transformó de nuevo en lluvia torrencial. Mediada la mañana, tras combates violentísimos, las unidades alemanas se habían unido, aislando el saliente británico. La Brigada 3 estaba aislada, y «la granja de la peste» casi totalmente ocupada.

«Harías bien en sacar de allí a tus hombres», le dijo Lucas a Penney. Y gracias al Regimiento aerotransportado 504 americano y, sobre todo, a la ayuda providencial del 1.º *London Scottish*, que formaba parte de la División 56 desembarcada el día anterior, Penney consiguió sacarlos de allí. El *King's Shropshire Light Infantry y el Sherwood Forester* se retiraron durante el día, y el *Duke of Wellington* por la noche, en el curso de una acción que señaló un capítulo sangriento de su historia y que costó elevadísimas pérdidas. Para los soldados fue una experiencia alucinante, aunque era un alivio abandonar aquella zona de pesadilla, llena de barro y de cadáveres. De todas maneras, la retirada se llevó a cabo ordenadamente, y esto fue lo más asombroso.

Las pérdidas ascendieron a unos 1400 hombres, de los que 900, según fuentes alemanas, habían caído prisioneros.

Después de un par de días de violentas incursiones aéreas contra el puerto, Mackensen reemprendió el contraataque. Esta vez el objetivo fue, naturalmente, Aprilia y el cercano pueblo de Carroceto. Clark, mientras tanto, había ido a inspeccionar de nuevo la cabeza de desembarco y quedó muy sorprendido al comprobar los huecos que se había creado en las filas británicas; además, le preocupaba la escasez de municiones de artillería. Por ello dio órdenes de que la cabeza de desembarco se defendiese hasta la última gota de sangre, en una línea que debía establecerse cerca de la «pasarela».

El nuevo contraataque del 7 de febrero ya no sorprendió a los Aliados, tanto a causa de las noticias proporcionadas por algunos desertores, como por la intensa actividad de las patrullas alemanas que tanteaban las defensas británicas.

Desde Londres, Churchill abrumaba a Wilson y a Alexander con un diluvio de órdenes y contraórdenes. Tuvo un arranque de ira cuando se enteró de que para 72.000 hombres había nada menos que 18.000 vehículos. Le dijo a Alexander que estaba seguro de que él –es decir, Alexander– se había limitado simplemente a «pedir» un avance hacia los montes Albanos en vez de «ordenarlo», sobre todo porque se trataba en su mayoría de fuerzas americanas. Alexander tenía pleno derecho a dar órdenes a los americanos... Pero éstas eran ya discusiones académicas. Lo cierto era que los hombres morían en los barrancos, acribillados por las balas y aplastados en el barro por los carros de combate. Respecto a este período, es muy reveladora una frase, que figura en un comentario de Clark, en el que habla de las fuerzas pertenecientes a los grupos étnicos que servían a sus órdenes en el Ejército 5 americano: «Estaba casi dispuesto a convenir con Napoleón que es mejor combatir contra una coalición que formar parte de ella».

Aprilia estaba defendida por el *London Irish* y por el *Royal Berkshire*, ambos dispuestos en un terreno llano y muy expuesto, sin la sensación consoladora de estar protegidos por alambradas y por campos minados, pues el material disponible era ya escaso en la cabeza de desembarco. A Carroceto la defendían los *Scots Guards*, con los granaderos desplegados a la izquierda, a lo largo del «terraplén» o «Bowling Alley». El *North Staffordshire* estaba desplegado en la colina Buonriposo, donde el terreno, a diferencia del defendido por el *Royal Berkshire*, estaba cubierto de matorrales y facilitaba las infiltraciones del enemigo.

No es fácil describir los acontecimientos de las primeras 48 horas del día 7. A medianoche, el sector británico era, en toda su longitud, un infierno de explosiones de bombas y de granadas, un crepitar continuo de ametralladoras, un centellear de cohetes de iluminación lanzados por pistolas *Very* y de proyectiles trazadores; también desempeñaron un papel fundamental los *Nebelwerfer*, los lanzacohetes alemanes de seis cañones llegados recientemente a la zona. El primero en ser atacado fue el Regimiento *North Staffordshire*, que, de pronto, se encontró prácticamente cercado por el fuego de las ametralladoras. Pocos minutos bastaron para comprender que los alemanes, en una maniobra habilísima, habían conseguido deslizarse hasta sus espaldas. Los *Irish Guards*, que estaban en reserva, se precipitaron en su auxilio, pero era ya demasiado tarde: el *North Staffordshire* se había visto obligado a retirarse de la colina Buonriposo y sólo unos pocos de sus hombres pudieron ponerse a salvo al otro lado de la línea. Y todo había ocurrido en menos de cuatro o cinco horas.

El *Royal Berkshire*, en el flanco derecho, estaba sometido a una terrible presión; pero el día 8, al amanecer, aún defendía, si bien débilmente, sus posiciones. También los granaderos sufrieron pérdidas gravísimas. Resistían desesperadamente, junto con el Regimiento aerotransportado 504 americano, en la Fossa di Carroceto, pero en total sus efectivos ya no llegaba ni siquiera a 80 hombres. Fue durante esta batalla cuando el comandante Sidney, que se convirtió más tarde en lord L'Isle and Dudley, del Regimiento de granaderos, ganó la *Victoria Cross*. Cuando su fusil ametrallador se encasquilló, el comandante, aunque herido dos veces en las piernas, permaneció de pie en el punto más avanzado, lanzando sin parar granadas de mano contra el enemigo que avanzaba y consiguiendo detenerlo hasta que llegaron nuevos refuerzos.

Penny decidió mandar a la colina Buonriposo al *King's Shropshire* y al *Sherwood Forester*, que se habían reorganizado y reforzado. Continuaba lloviendo sin cesar, y los carros de combate estaban inmovilizados en el terreno fangoso. El Regimiento *Sherwood* sufrió pérdidas muy graves en el último momento a causa de la artillería enemiga y el *King's Shropshire* acabó cayendo en una trampa y perdió prácticamente a todos sus oficiales y suboficiales veteranos. Los alemanes dominaban las elevaciones.

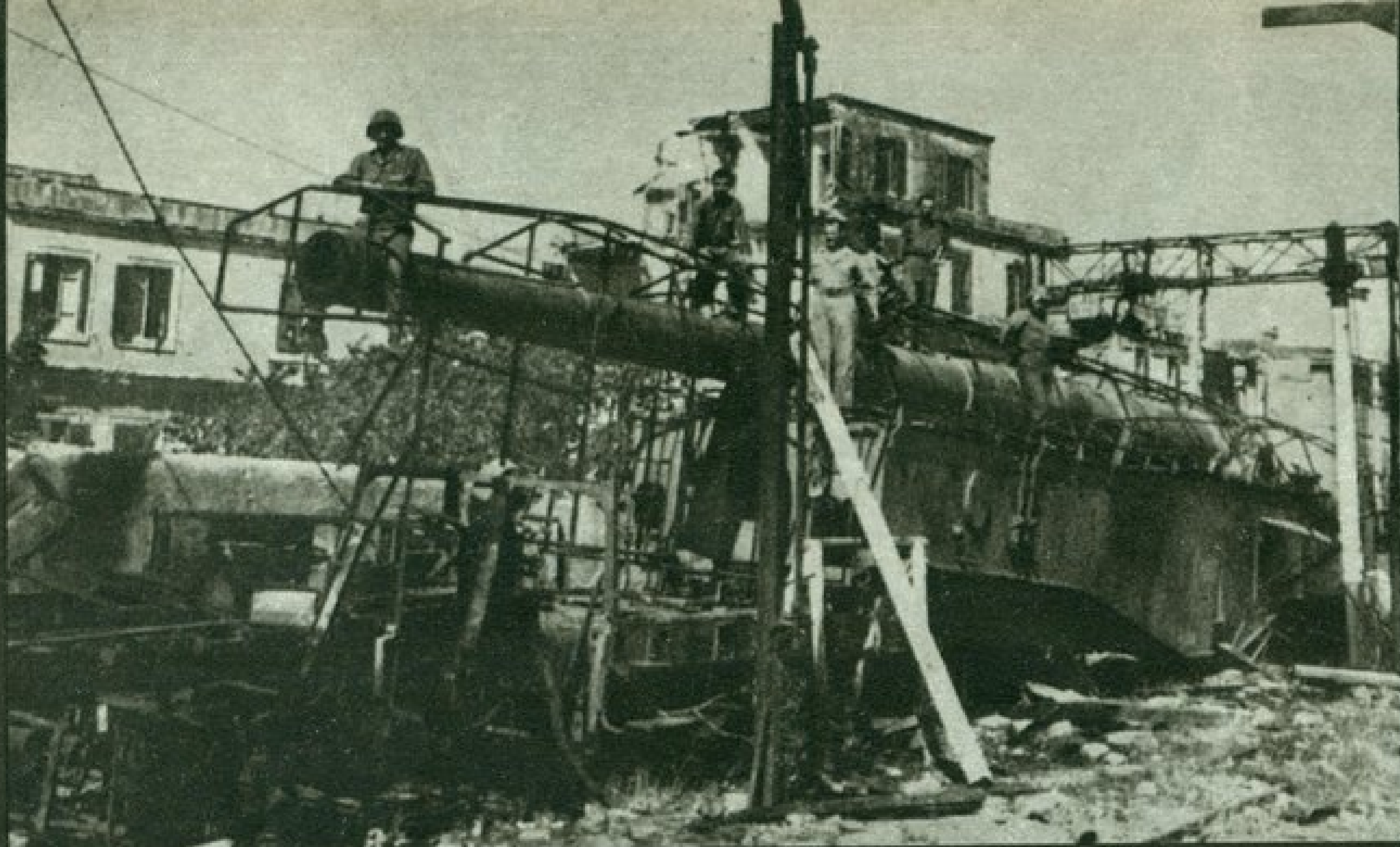


Sirvientes de una pieza de artillería de la *Panzerdivision Hermann Goering* en acción contra la cabeza de desembarco de Anzio. El 13 de febrero, los Aliados habían sido prácticamente rechazados a sus últimas defensas, que se hallaban establecidas a lo largo de la carretera Albano-Anzio con su gozne en la «Pasarela». *(History of the Second World War)*

El *London Irish*, apoyado por los cañones de tres cruceros aliados, consiguió rechazar el primer ataque alemán contra Aprilia. Lucas no fue capaz de encontrar el modo de enviar refuerzos a Penney, para ayudarle en Aprilia o para lanzar un nuevo contraataque contra la colina Buonriposo. La División 1 británica estaba ya entonces tan debilitada que Penney tuvo que utilizar a todos los hombres de que disponía. En las primeras horas del 9 de febrero la artillería alemana bombardeó de forma masiva al *Royal Berkshire*; inmediatamente después se lanzó un ataque en fuerza. De todo el batallón británico sólo se salvaron 40 hombres.

Mientras tanto, llovían las bombas sobre Aprilia, transformada en un paisaje de un surrealismo espectral, como Cassino. El fuego de la artillería duró toda la mañana. La gran batalla terminó por la tarde: Aprilia había caído, al fin, en manos del 735.º Regimiento *Panzergrenadier* alemán.

Cuando Penney se dirigió al puesto de mando del Cuerpo de Ejército para que le dieran instrucciones y alguna información sobre las probables intenciones del enemigo, le respondieron: «Tus suposiciones valen tanto como las mías». Sin embargo, una cosa era evidente: lo peor tenía que llegar aún, y sería el último y supremo esfuerzo de los alemanes para obligar a los Aliados a abandonar la cabeza de desembarco. No obstante, Lucas y su Estado Mayor seguían resistiéndose extrañamente a dejar sus refugios subterráneos en Nettuno para observar personalmente cómo iban las



Arriba y a la derecha: el cañón alemán de 280 mm, de largo alcance, que los soldados norteamericanos conocían con el apodo de "Anzio Annie" o "Anzio Express". Se hallaba en un túnel cerca de Velletri, del que salía de vez en cuando para disparar dos mortíferos proyectiles contra las posiciones aliadas, volviendo en seguida a su escondite. En el centro: el efecto producido por la explosión de una granada del "Anzio Express" contra algunos edificios. En el extremo de la derecha: la principal pieza de artillería de largo alcance norteamericana, el cañón de 155 mm, denominado "Long Tom", en acción en la zona de Cisterna di Latina.

cosas en el frente, que ya era una especie de paisaje lunar sembrado de carros de combate destruidos, restos de cañones y cadáveres.

La División 1 británica estaba reducida a la mitad de sus efectivos: todos los batallones habían participado en los combates cuerpo a cuerpo, experimentando gravísimas pérdidas. La División 45 americana se encargó de la defensa de una parte del sector británico, y uno de sus regimientos, apoyado por bombardeos navales y de artillería, así como por una violenta incursión aérea contra Campo Leone, fue lanzado a la reconquista de Aprilia. Pero las fuerzas atacantes no eran lo suficientemente numerosas y el intento fracasó, como fracasó también el ataque lanzado el día siguiente, 12 de febrero. Mientras tanto, Penney había enviado al único batallón de que podía disponer, el *Duke of Wellington*, al terraplén para que relevase a los *Scots Guards* asediados. Sin embargo, comprendiendo después que sería una locura, o peor aún, un crimen, obstinarse en mantener la posición, estando Aprilia y Carroceto irremediablemente perdidas, el día 12 por la tarde también el *Duke of Wellington* recibió la orden de retirarse de sus posiciones.

El 13 de febrero, los Aliados habían tenido que retirarse, prácticamente, hasta sus últimas defensas a lo largo de la carretera Albano-Anzio, las mismas que se habían preparado con tanta prisa (y ahora se podía decir que con tanto acierto) poco antes de que comenzase el último ataque alemán. Estas defensas se apoyaban en la «pasarela», pero las posiciones avanzadas se encontraban a 1,5 km al Sur de Aprilia y en los barrancos situados al Sur de Buonriposo.

Anzio: poco menos que un segundo Dunkerque

Mientras Kesselring y Mackesen estaban preparando la última gran ofensiva, el frente entró en un período de relativa inactividad. En las filas aliadas la moral era tan baja que algunos dudaban de la posibilidad de conservar la cabeza de desembarco cuando los alemanes iniciaran su ataque. Las retaguardias estaban sometidas a continuos bombardeos por parte de la artillería. El buque *Elihu Yale* voló por los aires, alcanzado por una bomba planeadora, mientras estaba descargando municiones. Los hospitales tuvieron que trasladarse a locales subterráneos, por el peligro de los *shrapnels*. La población civil de Carroceto se refugiaba, amontonada, en la iglesia y en los sótanos más próximos al puerto, en espera de que las condiciones atmosféricas mejorasen y los LCI los pudieran trasladar a Nápoles. En el bosque de Padiglione caían centenares de bombas rompedoras de un tipo nuevo. El «Anzio-Annie» se mostraba más activo que nunca. También se «bombardeaban» las posiciones aliadas con octavillas, y los altavoces alemanes incitaban a los combatientes a huir de la «cabeza de muerto» antes de que fuera demasiado tarde. «Anzio, es un segundo Dunkerque», «¿Por qué has de ser tú uno de esos cadáveres en descomposición?» se leía en la propaganda alemana.

El efecto desalentador que las noticias de los reveses producían en Gran Bretaña y en América llegó a ser tan profundo que el mando de las fuerzas aliadas decidió suprimir la transmisión de los partes referentes a la cabeza de desembarco. Ya era evidente que el golpe de Anzio, que Churchill esperaba que contribuyese a romper la Línea Gustav, necesitaba de la ayuda de Cassino para no transformarse en un desastre para los Aliados, y que sólo la intervención de todas las fuerzas aéreas angloamericanas podría contener la ofensiva alemana, cuyo comienzo estaba previsto para antes del 16 de febrero. Por lo tanto, no cabía la menor duda de que la situación de Cassino debía resolverse antes de esta fecha.

Como ya se ha dicho, el día 15, la abadía de San Benedetto, considerada el pilar de toda la Línea Gustav, quedó materialmente deshecha por los bombardeos de las «fortalezas volantes».

Mientras tanto, Alexander, a quien habían solicitado desde Londres que transmitiese un informe sobre la actitud «negativa» de Lucas, volvió a Anzio. No es extraño, pues, que Lucas considerase su comportamiento como cortésmente soberbio y distanciado. Alexander comunicó a Clark que Penney y otros jefes ingleses de alta graduación no tenían la menor confianza en Lucas, a lo que Clark replicó que sus comandantes de división no tenían ninguna confianza en Penney. Pero también dijo que, sin pretender ofender en modo alguno a Lucas, había llegado el momento de pensar en sustituirlo. El 16 de febrero se llegó a un acuerdo a este respecto con una solución de compromiso: se procedería al nombramiento de dos vicecomandantes de Cuerpo de Ejército, uno inglés y otro americano.

Como representante inglés se designó al general de división Evelegh; pero, en realidad, quien ejercería el mando efectivo sería el americano Truscott. Incluso se había decidido ya que, en el momento oportuno, se destituiría a Lucas y sería sustituido por el citado Truscott.

A Lucas le afectó profundamente la noticia de estos nombramientos, pues adivinó inmediatamente cuáles eran las verdaderas intenciones de Clark. Alexander, por su parte, quedó muy satisfecho, pues Truscott tenía auténtico espíritu de comandante, y era capaz de tomar decisiones seguras.

La División 1 británica oficialmente no se encontraba en línea, sino en reserva en el bosque de Padiglione. Una brigada de la División 56 británica, mandada por el general Templer, ocupaba el sector que se extendía a lo largo del Fosso della Moletta. La División 45 americana, mandada por el general Eagles, estaba desplegada a ambos lados de la carretera Anzio-Albano, y ocupaba las trincheras situadas frente a Aprilia, Carroceto y la colina de Buonriposo. La División 3 americana desplegada en el flanco derecho, desde Cisterna di Latina hasta el canal Mussolini. También en esta ocasión, la dirección más probable por la que se lanzaría el ataque alemán no podía ser otra que la carretera, hacia la «pasarela», a sólo 13 km de Anzio. La carretera era la arteria principal de la cabeza de desembarco, y una vez los alemanes consiguieron dejar atrás la «pasarela», no habría absolutamente nada que pudiera detener su avance hacia la costa.

Lo que parecía evidente a los defensores lo fue también para los atacantes, que habían proyectado lanzar su ofensiva el 16 de febrero, como habían previsto los Aliados. Aquel día dispondrían de diez divisiones, mientras que los angloamericanos tenían algo menos de cinco. Se habían enviado tropas de refresco desde Alemania para conseguir la esperada victoria: se trataba del Regimiento de infantería *Lehr*, una unidad de reclutamiento compuesta por nazis convencidos, y de dos regimientos acorazados, el 1027 y el 1028 *Panzergrenadier*. También llegaron otras fuerzas desde Yugoslavia, del Véneto y de la Línea Gustav. Como punto de concentración se eligió Aprilia, a 5 km de distancia de la «pasarela»; en me-





dio se extendía un terreno descubierto que llevaba un nombre de muy mal agüero: Bosque Campo di Carne, débilmente defendido por las unidades avanzadas de la División 45 americana y muy adecuado (rara excepción) para los combates con medios acorazados.

«Todo estaba en peligro»

El ataque comenzó con una serie de acciones diversivas en toda la amplitud del frente principal, y, simultáneamente, la artillería inició un violento fuego de interdicción, sin precedentes en la cabeza de desembarco. La respuesta de los cañones aliados no fue menos vigorosa. Desde Cassino se apresuraron a enviar todo el apoyo aéreo posible; pero los vuelos eran difíciles a causa del mal tiempo. Por la tarde, Clark recibió un telegrama en el que le comunicaba que los bombardeos del enemigo causaban tan grandes destrozos en el puerto de Anzio que estaban mermando las posibilidades de defender la cabeza de desembarco.

La ofensiva se intensificó ligeramente en el Fosso della Moletta, y las compañían avanzadas del *Royal Fusilier* y del *Oxford and Bock* fueron arrolladas. Sólo hacia el Este, frente a Carroceto, la División 3 americana consiguió mantener sus posiciones. Inmediatamente después comenzó el avance propiamente dicho contra el sector defendido por la División 45 americana del general Eagles. Bajo la protección de una cortina de humo y con el apoyo de casi todos sus 452 cañones, los alemanes se precipitaron contra los americanos, apoyados por carros de combate. Muchos puestos avanzados americanos fueron destruidos.

Pero, aunque parezca increíble, a última hora de la tarde, al frente americano seguía resistiendo. Este medio milagro era la consecuencia de dos factores inesperados y alentadores. En primer lugar, la tan ensalzada arma secreta de los alemanes, su *Goliath*, el pequeño carro de combate dirigido a distancia y cargado de explosivos, demostró carecer de toda utilidad práctica. En segundo lugar, el ya citado Regimiento de infantería *Lehr*, «invencible» por definición, se había retirado precipitadamente; en efecto, sus componentes, sin ninguna experiencia y tras haber perdido la mayor parte de sus oficiales, no pudieron resistir el desgaste al que los sometía el fuego de la artillería americana.

Llegó la noche, pero los alemanes no cejaron en su esfuerzo. Su División de infantería 715 se lanzó resueltamente al ataque y, aprovechando la oscuridad, consiguió llevar a cabo una penetración en forma de cuña en la línea americana. Al amanecer, la situación se presentó realmente crítica. Los alemanes, como de costumbre, estaban preparados para aprovechar la ocasión. A las 7,40 horas, 35 aviones de la *Luftwaffe* sobrevolaron, a baja altura, las posiciones de la División 45 americana, bombardeándolas y ametrallándolas. Luego, la infantería, con 60 carros de combate, bajo la protección de una cortina de humo, se lanzó otra vez al ataque por la brecha. Entonces los americanos tuvieron que retroceder. La *Luftwaffe* efectuó otro ataque, y los americanos se vieron obligados a un nuevo repliegue, en pleno día y en terreno descubierto: los resultados fueron desastrosos, con pérdidas enormes. La penetración en cuña de Mackensen ya tenía más de 3 km de anchura y 1,5 de profundidad.

Lucas se apresuró a mandar al *Loyal*, de la División 1 británica, que estaba en reserva en el bosque de Padiglione, a la «pasarela», y dirigió un mensaje urgente a Clark para que enviara desde Cassino todos los aviones disponibles. «Todo estaba en peligro –escribió Churchill–. Era imposible un repliegue ulterior... Era una cuestión de vida o muerte».

Por ello, la tarde del 17 de febrero, todos los aviones aliados del frente italiano se precipitaron para defender la cabeza de desembarco. El ataque se concentró sobre todo en el trecho de carretera entre Carroceto y Campo Leone, y fue uno de los más intensos bombardeos aéreos de toda la guerra.

Un momento de verdadera crisis

Pero los alemanes demostraron, una vez más, una capacidad de reacción realmente fuera de lo común, y siguieron confiando en la victoria. Avanzaron sin detenerse durante toda la noche en un tumultuoso torbellino de proyectiles trazadores, explosiones de granadas, señales luminosas y ráfagas de ametralladoras, hasta que el 18 por la mañana los americanos se vieron obligados a abandonar la carretera sin salida para retirarse a la «pasarela». Más lejos, a la izquierda, su Grupo de combate 175, de entidad de regimiento de infantería, al mando del coronel Laurence Brown, se encontró completamente abandonado en unas grutas cerca de la Fossa di Carroceto. La cabeza de puente se había reducido ya a la zona ocupada por Lucas dos días después del desembarco del 22 de enero, a excepción del saliente defendido por la División 3 americana, cerca de Cisterna di Latina. Realmente, la situación había llegado al punto crítico.

Las nubes eran muy bajas aquel día y entorpecían la actividad aérea aliada. La batalla duró toda la jornada; la infantería y los carros de combate alemanes atacaron repetidamente, con insistencia, al *Loyal* y al Grupo de combate 179 en la «pasarela». Algunos momentos consiguieron llegar a ella, pero los defensores, con más o menos dificultad, siempre consiguieron rechazarlos. Aquella era realmente una magnífica posición defensiva. Desde luego, el 18 de febrero debió parecer al *Loyal* una especie de día del juicio, con el estruendo de las explosiones de bombas y de granadas, del tableteo de las ametralladoras y en medio de los vehículos incendiados, de los heridos que gemían y de centenares de muertos.

Pero era evidente que el *Loyal* y el 179.º se estaban debilitando. Todo se había reducido ya a una cuestión de tiempo: ¿conseguirían resistir hasta el 19 por la mañana, cuando los norteamericanos lanzaran el prometido contraataque?

Pero el día 19, poco antes del amanecer, los alemanes arrollaron a una compañía entera del *Loyal*.

Durante un par de horas, pareció que realmente todo estaba perdido. Ya no había nada que pudiera detener a los alemanes. Todos los hombres disponibles en la retaguardia, en las bases logísticas, en los depósitos de municiones, en el puerto y hasta en los hospitales estaban dispuestos a participar en esta lucha suprema para impedir que la amenaza de un segundo Dunkerque se convirtiera en realidad.

Al amanecer, los cañones aliados martillearon el terreno descubierto situado ante la «pasarela». Todo estaba concentrado en este único sector. Y entonces se produjo un nuevo «milagro», esta vez el más desconcertante de todos: los alemanes empezaron a retirarse. Los hombres del *Loyal* no podían creer lo que estaban viendo: el enemigo se replegaba en masa a las posiciones de partida, a Carroceto, por el Bosque Campo di Carne, sobre



Carro de combate *Sherman* adentrándose en la zona interior de la playa de Anzio. Al fondo se ven algunas unidades de la flota de invasión aliada. Los buques que tomaron parte en la operación fueron 243 (comprendidos 19 LCT), mientras la fuerza de desembarco sumaba, en total, 110.000 hombres. *(Archivo Rizzoli)*

el que caía una lluvia de granadas. La concentración masiva del fuego de la artillería aliada había conseguido, al fin, rechazar al enemigo. Simultáneamente, el *Loyal* pudo observar, por el Este, el comienzo del contraataque: los carros de combate del general Harmon avanzaban hacia la «Bowling Alley», protegidos por una cortina de humo.

Al caer la tarde, habían ganado, aproximadamente, 1,5 km de terreno; y luego la brecha empezó a ensancharse.

Del 16 al 20 de febrero, es decir, durante el período de la última gran ofensiva alemana, el Cuerpo de Ejército VI americano había perdido 5000 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos. Y contando desde el día del desembarco, sus bajas ascendían a 19.000 hombres. Las pérdidas alemanas eran bastante superiores. No obstante, Mackensen continuaba lanzando continuos ataques.

El 22 de febrero se le comunicó a Lucas que iba a ser sustituido por Truscott. Acogió la noticia con amargura y no le perdonó nunca a Clark que lo destituyera, considerando que su superior había cedido ante las desleales presiones de los ingleses y convencido, además, de que era apartado del mando precisamente en el momento en que estaba a punto de conseguir lo que se podía considerar una victoria.

Sin embargo, el cambio fue bien acogido en la cabeza de desembarco, tanto por parte de los ingleses como de los americanos, pues todos veían, por fin, la posibilidad de una dirección realmente positiva.

Por parte alemana, tanto Kesselring como Mackensen comprendían ya que las esperanzas de derrotar a los Aliados en Anzio eran muy escasas.

El 18 y el 19 de febrero realizaron el máximo esfuerzo y fracasaron. No obstante, recordando la importancia política y estratégica que Hitler atribuía a la eliminación de la cabeza de desembarco, comprendieron que tenían que efectuar un nuevo intento, y esta vez decidieron atacar por otra parte del frente: por Cisterna di Latina.

Aunque los alemanes habían efectuado una maniobra diversiva hacia el Oeste, Truscott no se dejó engañar por el ataque, que comenzó el 29 de febrero. La artillería de la División 3 americana concentró inmediatamente el fuego contra las fuerzas enemigas que avanzaban, provocando considerables huecos en sus filas. Pero también esta vez los alemanes siguieron avanzando. Arrollaron al Batallón paracaidista DIX; pero la intensa lluvia aminoró el ritmo de su ataque. No obstante, los combates continuaron durante todo el 1 de marzo. El día 2, el cielo se despejó y las fuerzas aéreas aliadas pudieron participar en la lucha con acciones masivas. Unos 250 aviones *Liberator* y «fortalezas volantes», escoltados por 180 *Lightning* y *Thunderbolt*, bombardearon Cisterna di Latina. Se bombardearon también Carroceto, Velletri, Genzano de Roma y los pueblos situados al pie de los montes Albanos. Al día siguiente Kesselring ordenó a Mackensen que interrumpiera el ataque, entre otras razones porque las únicas tropas frescas disponibles estaban constituidas por jóvenes, casi adolescentes, carentes de preparación y experiencia.

Desde el 29 de febrero había perdido 3500 hombres y 30 carros de combate. «Kesselring aceptó el fracaso. Había conseguido hacer inútil la expedición de Anzio, pero no la pudo destruir», escribió Churchill. Y, en efecto, se había llegado a un punto muerto.

La cabeza de desembarco estática

Comenzó así el período de la «calma», el período de la cabeza de desembarco estática. Los Aliados se atrincheraron a lo largo de la línea establecida durante las sangrientas jornadas del 18-19 de febrero. La actividad de las patrullas fue muy intensa por ambas partes; pero la línea no sufrió cambios dignos de mención hasta el 23 de mayo. La lucha mortal de Anzio se convirtió en una pugna más personal y limitada, y, en general, tuvo como escenario los barrancos de Moletta. Un historiador del *Queen's* describió así las experiencias vividas por sus batallones, del 21 de febrero al 7 de marzo, cuando los retiraron después de 15 días de combates:

«La cabeza de desembarco de Anzio fue una experiencia triste y costosa. La infantería tenía que combatir en condiciones pésimas. Y no se trataba sólo del enemigo, que gozaba de ventaja en lo referente al terreno; había que contar también con la lluvia incesante, el barro y el terreno difícil, con barrancos profundos y las posiciones de las compañías dominadas por el enemigo».

La lluvia cesó y el barro desapareció poco a poco; sin embargo, esta descripción corresponde fundamentalmente a lo que fue la vida en las trincheras de la cabeza de desembarco hasta el 23 de mayo. El horror de la muerte de miles de soldados en un ataque terrestre o aéreo, que duraba a veces tan sólo unos minutos, fue sustituido por la tensión nerviosa de encontrarse durante horas, días, semanas e incluso meses a muy corta distancia del enemigo, en una situación en que un paso en falso podía significar una mina o una trampa explosiva.

Anzio: ¿valía la pena?

¿Compensó el establecimiento de la cabeza de desembarco de Anzio las pérdidas sufridas? Algunos afirman que sí. Desde luego, se extrajeron enseñanzas útiles para la invasión de Francia a través del canal de la Mancha; además, el avance definitivo hacia Roma habría sido mucho más difícil si no hubieran existido las fuerzas de enlace de la cabeza de desembarco. Anzio sirvió también para mantener empeñadas muchas unidades alemanas a las que, de otro modo, habrían trasladado a Normandía.

Nadie, sin embargo, puede afirmar que estos factores relativamente positivos compensaran la pérdida de tantas vidas humanas. Los americanos critican las prisas de Churchill y la ambición personal y la ductilidad de Alexander. Insisten en el hecho de que los ingleses no permitieron un lanzamiento preventivo de paracaidistas sobre los montes Albanos, que sin duda habría impulsado a Lucas a decidirse a avanzar. Los ingleses, en cambio, consideraron que la operación estaba condenada al fracaso por el escaso entusiasmo de los americanos. El mismo Clark admitió que Lucas habría podido llegar hasta los montes Albanos si hubiera avanzado inmediatamente; pero no habría estado en condiciones de defender las eventuales posiciones conquistadas. Reconoció también que no le decepcionó del todo el modo de dirigir la operación adoptado por Lucas en los primeros días, y que fue un error renunciar a la conquista inmediata de Campo Leone y Cisterna di Latina.

Sea como fuere, es un hecho cierto que en aquellos primeros días los comandantes alemanes demostraron ser muy superiores a los aliados, por su decisión, su capacidad de improvisación y su valor. Sus hombres, aunque acabaron cediendo a causa del enorme esfuerzo, dieron prueba de una resistencia no frecuente bajo los bombardeos aéreos y terrestres. Los Aliados habían contado con sus fuerzas aéreas para impedir que los refuerzos alemanes llegaran a la cabeza de desembarco, pero esta esperanza se frustró por completo.

Es posible que el intento de ocupar los montes Albanos o Roma fuera demasiado arriesgado, pero un poco de audacia y cierta dosis de *bluff* podían haber modificado notablemente el curso de los acontecimientos.

Tal vez Anzio les compensase a los Aliados las bajas sufridas; pero, citando de nuevo al historiador del *Queen's*, es indudable que fue un durísimo y sangriento trabajo para preparar el terreno de la victoria.



RALEIGH TREVELYAN

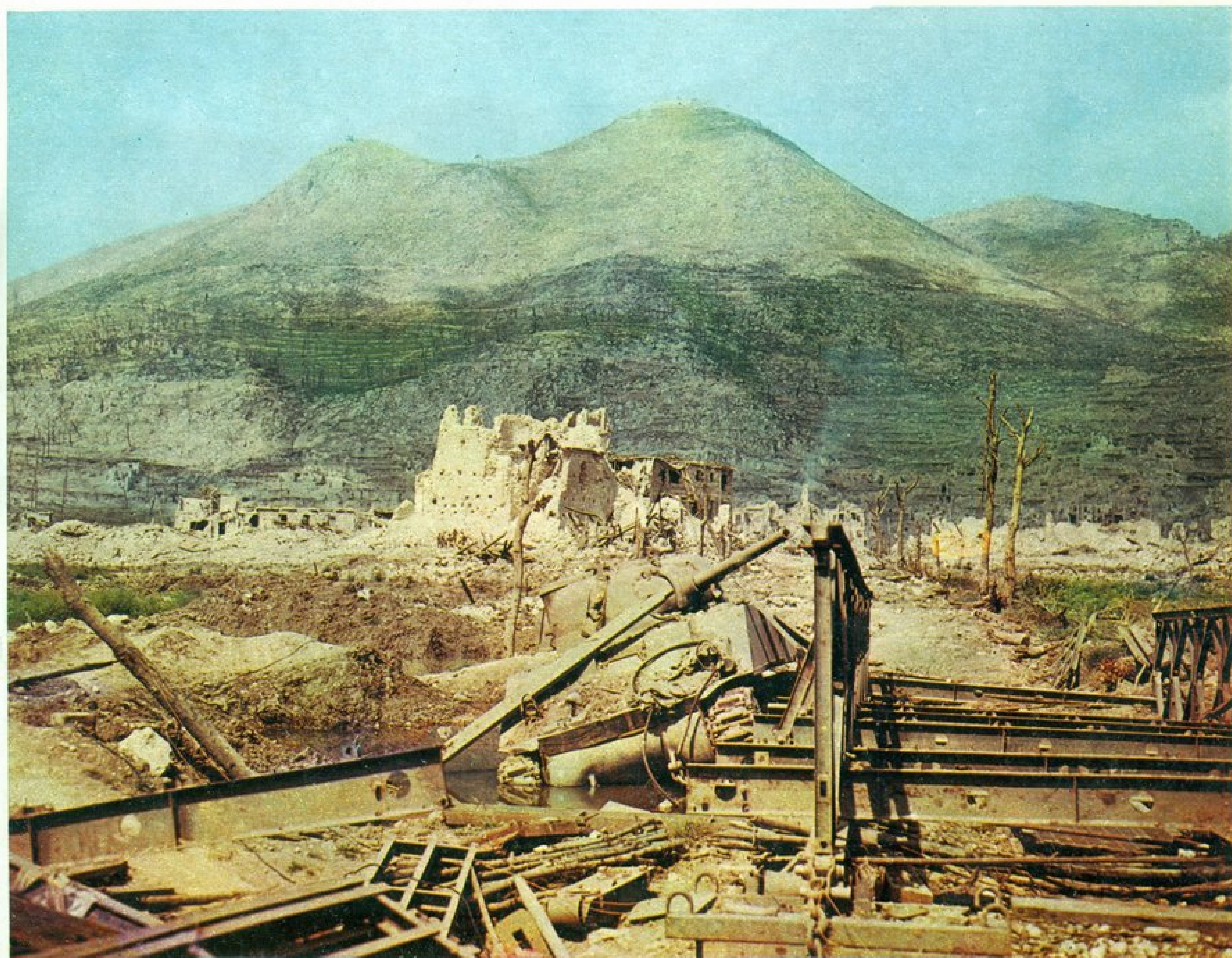
Nació en 1923 y estudió en Winchester. Nombrado oficial en la *Rifle Brigade* en 1943, pasó casi tres años en Italia, primero como combatiente y después como miembro de la delegación militar ante el Ejército italiano. En 1948 empezó a trabajar en en campo editorial y actualmente es redactor jefe de la Michael Joseph Ltd., de Londres. Su libro *The Fortress: A Diary of Anzio and After* apareció en 1956. Además es autor de *A Hermit Disclosed* (1960) y de una novela, *The Big Tomato* (1966). Ha supervisado *Italien Short Stories* (1965) e *Italian Writing Today* (1967) para los Penguin Books. Escribe de vez en cuando artículos de crítica y actualmente está trabajando en un libro sobre los ingleses en Sicilia.

Italia, marzo-mayo de 1944

Rudolf Böhmler

CASSINO: UNA VICTORIA PIRRICA

Durante tres meses se había contenido en Montecassino el avance aliado, y todos los ataques fueron desarticulados por la tenaz resistencia alemana. Pero tuvo que producirse otro vano ataque para convencer al Alto Mando aliado de que se debía envolver la abadía y no conquistarla por la fuerza. Una vez tomada esta decisión, la abadía cayó fácilmente. En estas páginas, el último comandante alemán en Cassino discute la necesidad de aquellas sangrientas batallas.



Al finalizar la primera batalla por Cassino, comenzaron a caer insistentes lluvias que transformaron los valles en pantanos. Por lo tanto, antes de poder reemprender la ofensiva, los Aliados deberían esperar una mejora de las condiciones atmosféricas. Sin embargo, durante aquel período lluvioso, los alemanes modificaron el despliegue de sus fuerzas. El 20 de febrero, la 1.ª División paracaidista del general Heidrich comenzó a sustituir a la 90.ª *Panzergrenadier*; también los regimientos de la División de infantería 71 fueron retirados del frente y restituidos a su comandante de división, general Raapke. Esta división fue desplegada en un sector de los montes Aurunci, al norte de la 94. La 44 mantuvo el control de una estrecha franja de terreno que iba de una parte a otra de Terelle, mientras la División de montaña 5, ahora a las órdenes del general Schrank, permanecía en las antiguas posiciones. El 26 de febrero, el general Heidrich asumió el mando del sector, de 13 km de amplitud, cuya defensa estaba confiada ahora, como ya hemos dicho, a la 1.ª División paracaidista. La misión de defender la ciudad y Montecassino se asignó al 3.º Regimiento paracaidista, al mando del coronel Heilmann.

La población de Cassino bajo la acción del masivo ataque aéreo aliado, lanzado a las 8 horas del día 15 de marzo de 1944. Los puentes, los asentamientos de la artillería y los centros logísticos alemanes fueron bombardeados por una fuerza de 775 aviones, que lanzó sobre Cassino y sus alrededores 1250 toneladas de bombas. *(Archivo Rizzoli)*

Cuando llegó al frente de Cassino, la citada 1.ª División no se había recuperado todavía de los duros combates sostenidos en las proximidades de Ortana. La fuerza media de sus batallones era tan sólo de 200 hombres, y se trataba de hombres que después de la batalla de Salerno no habían tenido ni un solo momento de descanso.

Por otra parte, el general Alexander se preparaba para asestar un nuevo y poderoso golpe. El comandante en jefe de las fuerzas aéreas aliadas en el Mediterráneo, general Eaker, había recibido la orden de emplear en esta zona de operaciones todos los bombarderos disponibles, de modo que abriese la próxima ofensiva con una acción imponente, y a tal fin los oficiales del servicio logístico del Ejército 5 norteamericano habían reunido 600.000 bombas de aviación. Los jefes aliados propusieron comenzar el ataque rompiendo el frente alemán al pie de Montecassino, con la más masiva concentración de artillería y de potencia aérea jamás empleada hasta entonces en la campaña de Italia.

El general Freyberg pensó utilizar la División 4 india, así como toda la División 2 neozelandesa, en una restringida zona de ataque. Los neozelandeses tenían que adueñarse de Cassino y de la Cota 193 (Rocca Ianula); una vez alcanzado este primer objetivo, los indios deberían avanzar por las abruptas pendientes de Montecassino y conquistar la abadía en la misma dirección. Finalmente, la División 78 inglesa atravesaría el Rápido a ambos lados de Sant'Angelo in Theodice, para lanzarse hacia delante por el valle del Liri.

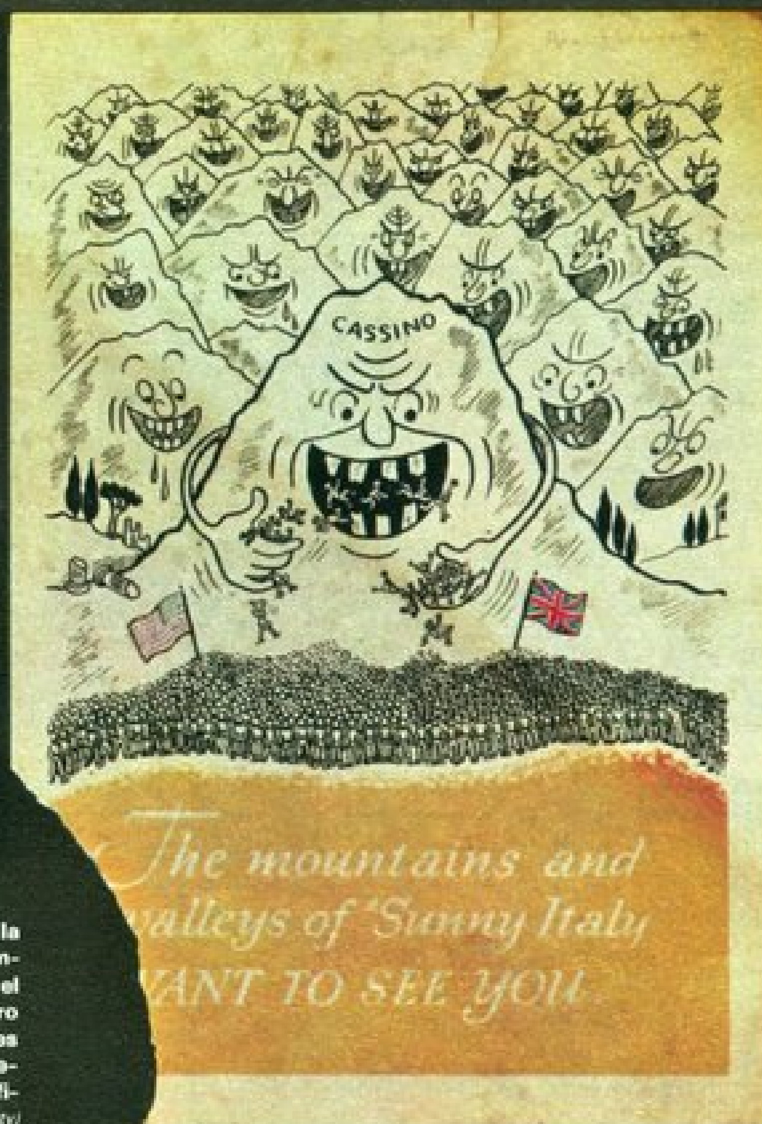
La noche del 14 al 15 de marzo de 1944, Freyberg retiró sus tropas algunos kilómetros detrás de Cassino, con el fin de evitar el peligro de los bombardeos que se realizarían sobre la ciudad. Los alemanes no se percataron de esta maniobra y por ello se vieron completamente sorprendidos. El ataque aéreo comenzó a las 8, cuando el primer grupo de bombarderos lanzó su carga de bombas sobre la población. Oleada tras oleada, el bombardeo duró, en total, cuatro horas. Tomaron parte en él 775 aviones, de ellos 200 cazas y cazabombarderos, y el resto bombarderos medios y pesados. Sobre la población y sus cercanías (un área de unos 400 × 1400 metros) se lanzaron 1250 toneladas de bombas de alto explosivo.

El general Eaker habló incluso de una cifra doble de ésta. Los puentes, las piezas de artillería y los centros de abastecimiento alemanes fueron bombardeados con precisión por los cazabombarderos aliados, que, además de lanzar su carga de bombas, también hacían fuego con las ametralladoras de a bordo.

A las 12,30 horas, en el momento justo en que caía sobre Cassino la última bomba, la artillería aliada abrió contra la población y el monte un potente fuego de preparación, en el que tomaron parte 748 piezas de diversos tipos y calibres. La acción de la artillería duró hasta las 15,30 horas, pero sobre las ruinas de la abadía se prolongo hasta las primeras horas del 16 de marzo. El consumo de municiones por parte aliada fue extraordinariamente elevado. Según fuentes dignas de crédito, entre las 12,30 y las 20 del día 15 de







El bombardeo aliado de Cassino causó la destrucción de la población y de las alturas circundantes, pero no logró desorganizar la defensa alemana. Por el contrario, creó un obstáculo imprevisto para las propias fuerzas aliadas: los elevados montones de escombros y los cráteres excavados por las bombas en el terreno causaron grandes dificultades a las tropas neozelandesas e indias en el empleo de los carros de combate que debían apoyar su ataque. Los Aliados abrieron una brecha en las defensas alemanas, pero sin lograr conquistar Montecassino. La propaganda germana se apresuró a aprovechar este fracaso. "Los montes y los valles de la soleada Italia quieren veros", dice la hoja volante de la derecha, en la que Montecassino y las alturas vecinas se representan como monstruos enormes y hambrientos, prontos a engullir por sus abiertas fauces centenares de soldados aliados, sacrificados inútilmente lejos de la patria.
(History of the Second World War)-(The Psywar Society)

marzo, la artillería aliada disparó no menos de 195.000 granadas.

El Batallón II del 3.º Regimiento paracaidista alemán, que guarnecía la población, reforzado por una compañía y un grupo de artillería contracarros, sufrió todo el peso del ataque. Sólo durante el bombardeo aéreo, de los 300 hombres que lo componían por lo menos 160 resultaron muertos, heridos o sepultados bajo los escombros, y peor suerte tuvieron aún los que se encontraban en la zona más al Norte. La compañía de reserva del Batallón II, la 4.ª, consiguió salvarse por la rápida decisión del comandante del batallón, capitán Foltin. Hasta el momento en que comenzó el bombardeo la compañía estuvo acuartelada en la parte inferior de un gran edificio. La mañana del 15 de marzo, apenas lanzó su carga de bombas sobre Cassino la primera oleada de bombarderos, Foltin aprovechó la breve pausa que siguió para trasladar la citada compañía a un sótano próximo, que albergaba también su puesto de mando avanzado. Este movimiento fue de una importancia decisiva para los combates defensivos que se produjeron más tarde.

El Cuerpo de Ejército neozelandés, con sus numerosos carros de combate, comenzó a atacar a las 15,30 horas. Los objetivos inmediatos de la División 2 neozelandesa eran la parte septentrional de Cassino y la Cota 193. Pero apenas se aproximó a las ruinas, la Brigada de infantería 5 chocó con el imprevisto e intenso fuego de los paracaidistas alemanes supervivientes. Los Aliados no habían previsto esta posibilidad.

Así, pues, los neozelandeses hicieron pocos progresos. Al caer la tarde, su Batallón XXV había penetrado tan sólo 200 metros en la parte septentrional de la ciudad, y únicamente después de una dura lucha logró conquistar la Cota 193. El Batallón XXVI intentó entrar en la ciudad pasando al sur de la vía Casilina, pero no consiguió doblegar la tenaz resistencia opuesta por la compañía de reserva del capitán Foltin. Los neozelandeses lanzaron también a primera línea el Batallón XXIV, pero ni siquiera de esta forma lograron expulsar a los paracaidistas.

Evidentemente, el ataque de la infantería neozelandesa se resentía de la falta de un adecuado apoyo de carros de combate: desde el principio se puso de manifiesto que sus medios acorazados no estaban en condiciones de seguirlos. Y había sido el propio ataque norteamericano el que creó un obstáculo insuperable: en efecto, las ruinas de las casas de Cassino formaban montones altos como montañas, mientras las carretas y los campos de los alrededores estaban llenos de profundos cráteres. Algunos intentos aliados de abrir pasos para los carros de combate fueron eficazmente contrarrestados por el fuego de la artillería alemana, y no consiguieron ningún resultado notable.

Hasta últimas horas de la tarde del 15 de marzo, el Mando alemán no tuvo una idea muy clara sobre la situación existente en Cassino. Todos los enlaces de larga distancia que tenían su origen en la ciudad habían sido interrumpidos. Pero la enorme masa de material bélico empleada por los Aliados demostraba claramente que éstos estaban a punto de lanzar un ataque en gran escala. El general Heidrich, comandante de la 1.ª División paracaidista, decidió entonces concentrar en torno a Cassino el fuego de su artillería y el del Regimiento de morteros 71: esta medida tuvo el efecto de paralizar el ataque del Cuerpo de Ejército neozelandés. Particularmente eficaz se mostró la actividad del regimiento de morteros y de un destacamento de cañones antiaéreos de 88 mm, situado en las cercanías de Aquino. Mas, a pesar de esta concentración de fuego defensivo, al caer la tarde del 15 de marzo dos tercios de Cassino estaban en manos de los neozelandeses.

La noche siguiente llegaron ingentes refuerzos alemanes, que constituyeron una sólida línea defensiva a lo largo de la vía Casilina, hasta la estación. La defensa de Cassino se confió al capitán Rennecke.

En el ínterin, la División 4 india había entrado en liza, concentrando sus esfuerzos contra el propio Montecassino. Durante la noche del 15 de marzo, los cañones aliados sometieron la altura y la abadía a ocho horas de fuego de preparación. Gracias a esta cobertura, el Batallón *Essex*, de la Brigada 5 india, pudo llegar a la Cota 193, ya conquistada por los neozelandeses, y adueñarse a su vez de la Cota 165. Esta maniobra abrió una amplia brecha en las defensas de Montecassino, en aquel momento confiadas al Batallón I del 3.º Regimiento paracaidista, unidad que yo mandaba. La 2.ª compañía del batallón, que había defendido la Cota 193 y que ahora luchaba en esta zona, fue completamente aniquilada: sólo un soldado logró abrirse paso y refugiarse en la abadía.

Los *Rajputanas* de la Brigada 5 india intentaron inútilmente ocupar la Cota 236, experimentando graves pérdidas. Pero el Batallón I del Regimiento de infantería 9 *Gurkha* aprovechó la brecha abierta en las defensas alemanas para atacar hacia el Sur, y, en el curso de la noche, sus hombres escalaron la rocosa Cota 435, que los Aliados denominaban «Hangman's Hill» (colina del verdugo). Deslizándose a la espalda de los defensores de Cassino, los *Gurkhas* lograron acercarse a menos de 400 metros de la abadía. Pero su intento de llegar a la misma fue tan inútil como el de los paracaidistas alemanes para arrojarlos, en un contraataque, de la Cota 435.

El 16 de marzo, allá abajo, en la ciudad, todos los intentos neozelandeses de avanzar al sur de la vía Casilina fueron rechazados. Pero al día siguiente, el Batallón XXVI se infiltró en la parte oriental y conquistó la estación ferroviaria, que se encuentra en el exterior.

En aquel momento Cassino estaba casi cercada. El pasillo que los alemanes mantenían abierto todavía, entre la estación y la Cota 435, no tenía más de 1100 metros de anchura; el 18 de marzo fracasó un contraataque alemán contra la estación. Pero la Brigada de infantería 6 neozelandesa, desplegada al este de la misma, no logró avanzar al Oeste y completar el cerco, ocupando la vía Casilina al sur de la ciudad, con lo que los Aliados perdieron una ocasión muy favorable.

En efecto, los alemanes se estaban preparando para cerrar la brecha que se había creado en su frente, a la altura de la Cota 193. (Rocca Ianula) Con este fin, la noche del 18 al 19 de marzo, entre las ruinas de la abadía se estableció el Batallón I del 4.º Regimiento paracaidista. Aprovechando la oscuridad, sus hombres descendieron furtivamente la pendiente y al amanecer atacaron la Cota y las ruinas que la dominaban. Aun sufriendo gravísimas pérdidas, los paracaidistas lograron ocupar la posición; pero más tarde se vieron forzados a abandonarla. De todas formas, la brecha había sido estabilizada, por lo menos en lo que respecta a las horas diurnas, y los *Gurkhas* establecidos en la Cota 435 se hallaban aislados, por lo que el general Freyberg se vio obligado a abaste-



Cassino, marzo de 1944: soldados de infantería británicos efectúan el rastrillamiento de las casas conquistadas para eliminar los posibles elementos alemanes aislados. A causa del fracasado intento aliado de llevar a cabo una ruptura en el frente de Cassino, el 22 de marzo el general Alexander ordenó que se suspendiese la ofensiva. (Imperial War Museum)



Arriba: soldados aliados avanzando con dificultad entre las casas destruidas de Cassino en marzo de 1944. Debajo: tropas polacas lanzando granadas de mano antes de asaltar una posición alemana. En mayo de 1944, a consecuencia de los cambios efectuados en el despliegue aliado, al Cuerpo de Ejército II polaco, a las órdenes del general Anders, se le encomendó la misión de abrir una brecha en las alturas al norte de Cassino y conquistar la abadía. (Imperial War Museum)



cerlos mediante un puente aéreo. Por su parte, el general Heidrich estaba decidido a obligarlos a rendirse, sometiéndolos a un fuego de artillería concentrado. Pero los *Gurkhas* no cederían.

El ataque de los paracaidistas contra la Cota 193 (Roca Ianula) tuvo otro aspecto positivo. Sorprendió a la Brigada 5 india justamente en el momento en que su Batallón *Essex* estaba preparándose para enlazar con los *Gurkhas* y desencadenar, juntamente con ellos, un ataque desde la Cota 435 contra la abadía. Al mismo tiempo, una compañía del Regimiento de carros 20 neozelandés debería avanzar por la zona montañosa, al noroeste de Montecassino, y atacar la disputada abadía.

Sin duda, ignorando lo que había ocurrido en la Rocca Ianula, 17 carros de combate ligeros neozelandeses avanzaron, el 19 de marzo, a través de las montañas para atacar Montecassino. Como los alemanes suponían que en terreno tan accidentado no podrían aventurarse carros de combate enemigos, el ataque les sorprendió; mas, a pesar de ello, lograron destruirlos uno tras otro a cañonazos. Tampoco los neozelandeses lograron continuar más allá en la ciudad de Cassino: los paracaidistas resistían tenazmente.

Los combates de esta fase fueron muy duros. El 19 de marzo, los Aliados anunciaron que, a partir del 15, sólo se habían capturado 51 prisioneros alemanes. Este desarrollo de los acontecimientos indujo a Churchill a preguntar al general Alexander, el 20 de marzo, por qué la ofensiva aliada no había realizado ningún progreso. En su respuesta Alexander subrayó que el desastroso bombardeo había reducido en gran manera la posibilidad de emplear los carros de combate en la ciudad. Además, rindió homenaje a la notable eficacia de la resistencia opuesta por los paracaidistas alemanes, quienes habían resistido un fuego de preparación de artillería de una violencia sin precedentes y un bombardeo en el que habían tomado parte todas las fuerzas aéreas disponibles en el sector.

El 21 de marzo, Alexander convocó a los comandantes de las unidades de primera línea para considerar la eventualidad de suspender la operación. Freyberg se opuso, sosteniendo que todavía estaba en condiciones de lograr una ruptura del frente de Cassino. El 22 de marzo, el Cuerpo de Ejército neozelandés desencadenó nuevos ataques. Pero en ningún punto logró avanzar, y este ulterior fracaso convenció a Alexander de la oportunidad de suspender la batalla aquel mismo día.

Ya no cabía la menor duda de que las fuerzas de que disponía el Ejército 5 norteamericano eran insuficientes para abrir un «camino de acceso a Roma». Si quería alcanzar este objetivo antes de que acabase la primavera, el mando aliado debería adoptar medidas de mayor alcance.

La primera de estas medidas fue la Operación «Strangle», iniciada por las fuerzas aéreas aliadas en marzo de 1944 y continuada luego durante bastantes meses. Su objetivo era interrumpir las vías de abastecimiento que unían a las tropas alemanas con Italia septentrional y con la misma Alemania. Con este fin, el general Eaker, comandante en jefe de las fuerzas aéreas aliadas en el Mediterráneo, envió cada día formaciones de la 1.ª Fuerza Aérea táctica inglesa y de la 12.ª americana para atacar nudos ferroviarios, puentes y pasos de montaña.

Pero, a pesar de estos esfuerzos masivos, el general Eaker no logró interrumpir las rutas de abastecimientos del Grupo de Ejércitos de Kesselring. Los Estados Mayores alemanes ya habían tomado medidas de emergencia, previendo que, en cualquier caso, con el fin del invierno y la llegada de la buena estación sería lógico esperar una intensificación de la guerra aérea. No obstante, en la primavera de 1944, la *Luftwaffe* había experimentado en Italia pérdidas tan graves que no podía reunir las suficientes formaciones de aparatos de caza en condiciones de neutralizar la Operación «Strangle», por lo que el peso de la defensa cayó necesariamente sobre la artillería antiaérea.

Los comandantes alemanes suponían que la Operación «Strangle» era el preludio de una batalla decisiva sobre la Línea Gustav. Pero, en tal caso, lo único que podían hacer era formular conjeturas sobre *cuándo* y *dónde* lanzaría Alexander su nueva ofensiva. Kesselring esperaba un desembarco aliado en gran escala, quizá al norte de Roma, en las cercanías de Civitavecchia, o incluso más al Norte, cerca de Livorno. Teniendo en cuenta que la *Luftwaffe* ya era muy débil y que los alemanes no disponían de fuerzas navales, no sería posible efectuar ningún intento para neutralizar la maniobra aliada, ni durante la fase de aproximación de los buques a la costa, ni durante el verdadero desembarco.

Kesselring opinaba que, si los Aliados no realizaban un desembarco en fuerza, se debería esperar un amplio y profundo ataque en los sectores meridional y central de Cassino por parte del Ejército 5 norteamericano y el Ejército 8 británico. Sin embargo, se preguntaba, con cierta perplejidad, si Alexander apoyaría la ofensiva con desembarcos aéreos masivos en el valle del Liri. En cualquier caso, suponía que el punto focal de la inminente batalla lo representarían los montes Aurunci y Montecassino. Pero sólo el futuro podría decir cuál sería el punto crucial de la ofensiva. Teniendo en alta estima la capacidad de combate del Cuerpo Expedicionario francés, Kesselring pensó poder sacar algunas conclusiones a este respecto basándose en el nuevo despliegue de dicho cuerpo. Como mientras tanto esta unidad había sido retirada de las anteriores posiciones, dio instrucciones al Ejército 10 para que le informase lo más pronto posible de la nueva posición.

Durante estas semanas, también el despliegue del Ejército 10 alemán experimentó algunas modificaciones. La 15.ª División *Panzergrenadier* fue retirada del frente y pasó a la reserva, mientras su puesto era ocupado por el *Kampfgruppe* Bode, unidad constituida sobre todo por elementos de la División de infantería 305. El mando general del frente de la costa tirrénica, hasta el Liri, se confió al XIV *Panzerkorps*, mientras las divisiones situadas entre el Liri y Alfedena fueron puestas a las órdenes del Cuerpo de Ejército de Montaña LI, del general Feuerstein. La defensa de la posición clave en torno a Cassino estaba todavía en manos de la 1.ª División paracaidista; pero mientras ahora el 4.º Regimiento paracaidista guarnecía la ciudad y el monte, el Regimiento Heilmann enlazaba con él por el Noroeste. A su izquierda se encontraba el *Kampfgruppe* Ruffin, puesto bajo la dependencia de la 1.ª División paracaidista y constituido por dos batallones de montaña. El 1.º Regimiento de carros, reforzado por dos batallones *Panzergrenadier*, permanecería en la retaguardia como reserva de división.

También el Grupo de Ejército XV aliado estaba preparándose para el encuentro decisivo. El Cuerpo Expedicionario francés había sido trasladado al curso superior del Garigliano, donde asumió el control de la cabeza de puente del Cuerpo de Ejército X británico. El sector que comprendía las alturas situadas al norte de Cassino, donde había estado desplegado anteriormente, se confió al Cuerpo de Ejército II polaco, del general Anders, mientras el Cuerpo de Ejército II norteamericano, que ahora comprendía las Divisiones 85 y 86, desplegaba en el bajo curso del río Garigliano. El Cuerpo de Ejército neozelandés fue sustituido por el Cuerpo de Ejército XIII británico, en cuya retaguardia se situó el Cuerpo de Ejército I canadiense; el Cuerpo de Ejército X británico pasó el curso alto del Rápido. Así, la mayor parte del Ejército 8 británico se había reunido en el sector de Cassino, y sólo quedaban dos divisiones en el sector adriático.

Los cambios, efectuados en el despliegue alemán estaban ya prácticamente ultimados cuando, la noche del 11 de mayo, el Grupo de Ejércitos XV aliado inició su ofensiva. Las divisiones aliadas (21 en total) con sus efectivos completos y perfectamente equipadas, apoyadas por 11 unidades, cada una de entidad brigada, entraron en combate para enfrentarse con 14 divisiones alemanas, ya bastante malparadas a causa de las anteriores batallas, apoyadas por tres unidades, cada una también de entidad brigada.

A una señal transmitida desde Londres por la BBC, a las 23 horas la artillería aliada abrió fuego con 2000 piezas de artillería a lo largo de todo el frente, y hacia medianoche los hombres de los Ejércitos 5 y 8 empezaron a avanzar.

Cuando apuntó el alba, los aviones aliados atacaron los objetivos situados en el frente y en la retarguardia enemiga: el puesto de mando del Ejército 10 alemán, en Avezano, y el del XIV *Panzerkorps* fueron desbaratados por incursiones aéreas masivas. En aquel momento crucial el comandante en jefe del Ejército 10, general von Vietinghoff, y el comandante del XIV *Panzerkorps*, general von Senger und Etterlin, se encontraban de permiso en Alemania, siendo reclamados con urgencia. Pero cuando llegaron, la suerte ya estaba echada en el sector ocupado por el Cuerpo Expedicionario francés, cuyos efectivos ya alcanzaban las cuatro divisiones. La noche del 11 al 12 de mayo, las fuerzas de Juin desencadenaron un violento ataque contra las posiciones de la División de infantería 71 alemana, desplegada en el alto Garigliano. Aquella misma noche, la División de infantería 2 marroquí se aseguraba la posesión del monte Faito, importantísimo desde el punto de vista táctico. Este éxito abrió el camino para el monte Maio, pilar meridional del «camino de acceso a Roma». Los marroquíes se apoderaron de él la tarde siguiente.

Al norte del sector ocupado por los marroquíes, la División Motorizada 1 francesa, unidad llegada recientemente a Italia, al mando del general Brosset, se dispuso a avanzar por el valle del Liri, y en la jornada del 13 de mayo ocupó Sant'Andrea di Vallefredda, Sant'Ambrogio sul Garigliano y Sant'Apollinare, alcanzando el Liri al Norte de estos centros. También las divisiones situadas más al Sur lograron éxitos. Otra nueva unidad, la División de Montaña 4 marroquí, se infiltró, con la División 3 argelina, más allá de la Línea Gustav, logrando arrojar a la División de infante-



Carro de combate *Sherman* entre las ruinas de la población de Cassino. La altura de Montecassino fue ocupada por las fuerzas polacas el 18 de mayo de 1944, después de que la 1.ª División paracaidista alemana, amenazada de cerco, se replegara al Oeste, sobre las montañas. *(Archivo Rizzoli)*

LA LUCHA EN TORNO A CASSINO

15 de marzo de 1944: los aviones aliados lanzan sobre Cassino más de 1250 toneladas de bombas; a esta acción le sigue un denso fuego artillero. A las 15,30 horas la División 2 neozelandesa ataca, pero encuentra una resistencia tenacísima y, tras un breve avance que concluye con la conquista de la Cota 193, se ve obligada a detenerse. Aquella misma tarde la División 4 india ataca y conquista la Cota 165.

16 de marzo: se frustran todos los intentos de avance.

17 de marzo: los neozelandeses logran penetrar en la parte oriental de Cassino.

19 de marzo: fracasa un contraataque alemán cuyo objetivo era reconquistar la Cota 193; no obstante, consigue disminuir la presión aliada.

22 de marzo: el Cuerpo de Ejército neozelandés lanza ulteriores ataques, que, sin embargo, resultan infructuosos. Alexander decide entonces suspender los ataques frontales.

11 de mayo: el Grupo de Ejércitos XV aliado inicia la ofensiva encaminada a envolver la abadía.

12 de mayo: el Cuerpo Expedicionario francés conquista el monte Faito, pero la División 5 polaca no logra asegurarse el dominio de Colle Sant'Angelo.

13 de mayo: los franceses conquistan el monte Maio y Castelforte, abriendo así el camino hacia Roma. Se preparan entonces para avanzar hacia los montes Aurunci. El Cuerpo de Ejército II norteamericano conquista Santa María Infante.

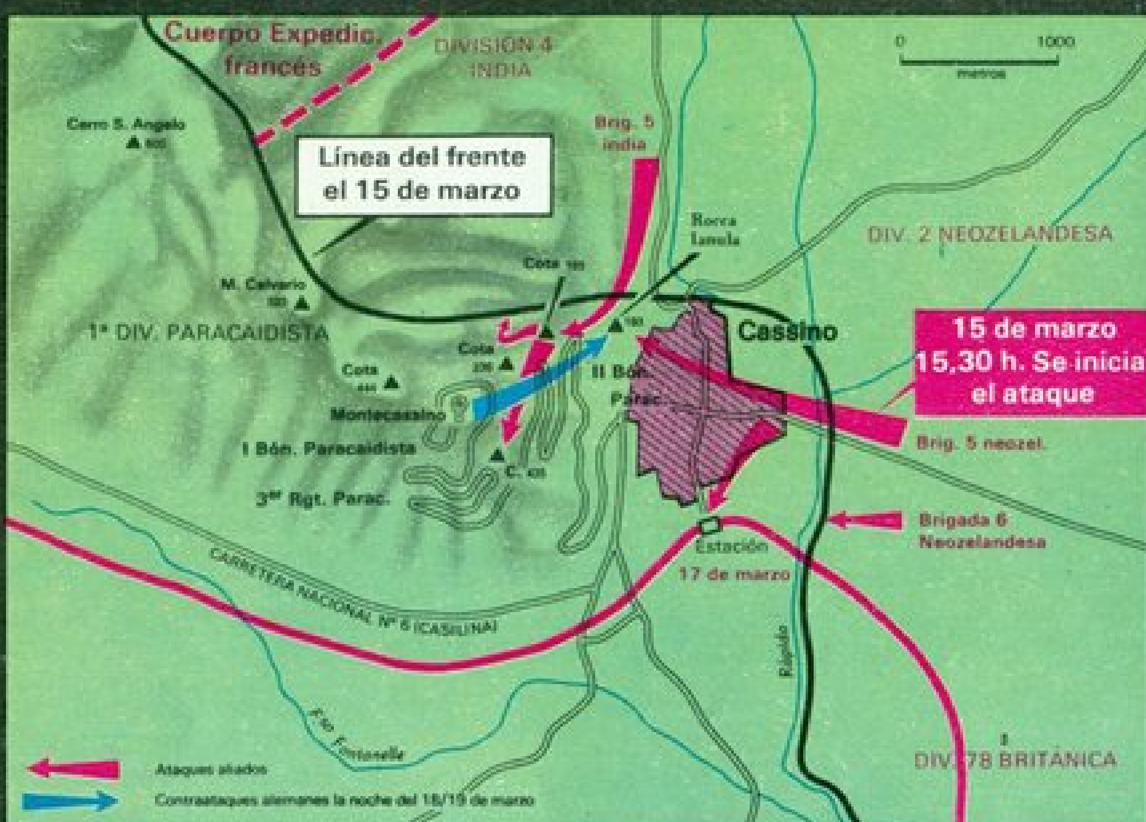
14 de mayo: los franceses rompen las líneas alemanas en el sector de los montes Aurunci, mientras el Cuerpo de Ejército XIII británico prosigue su ofensiva.

15 de mayo: la División 78 inglesa alcanza la carretera Cassino-Pignataro Interamna y la División 1 francesa entra en San Giorgio.

17 de mayo: como los franceses se encuentran ya a 40 km más allá de la línea defensiva alemana, Kesselring ordena la evacuación de Cassino.

18 de mayo: el Cuerpo de Ejército I canadiense alcanza Pontecorvo, en la Línea Adolf Hitler. El Regimiento 12 polaco *Podolski* conquista al asalto las ruinas de Montecassino.

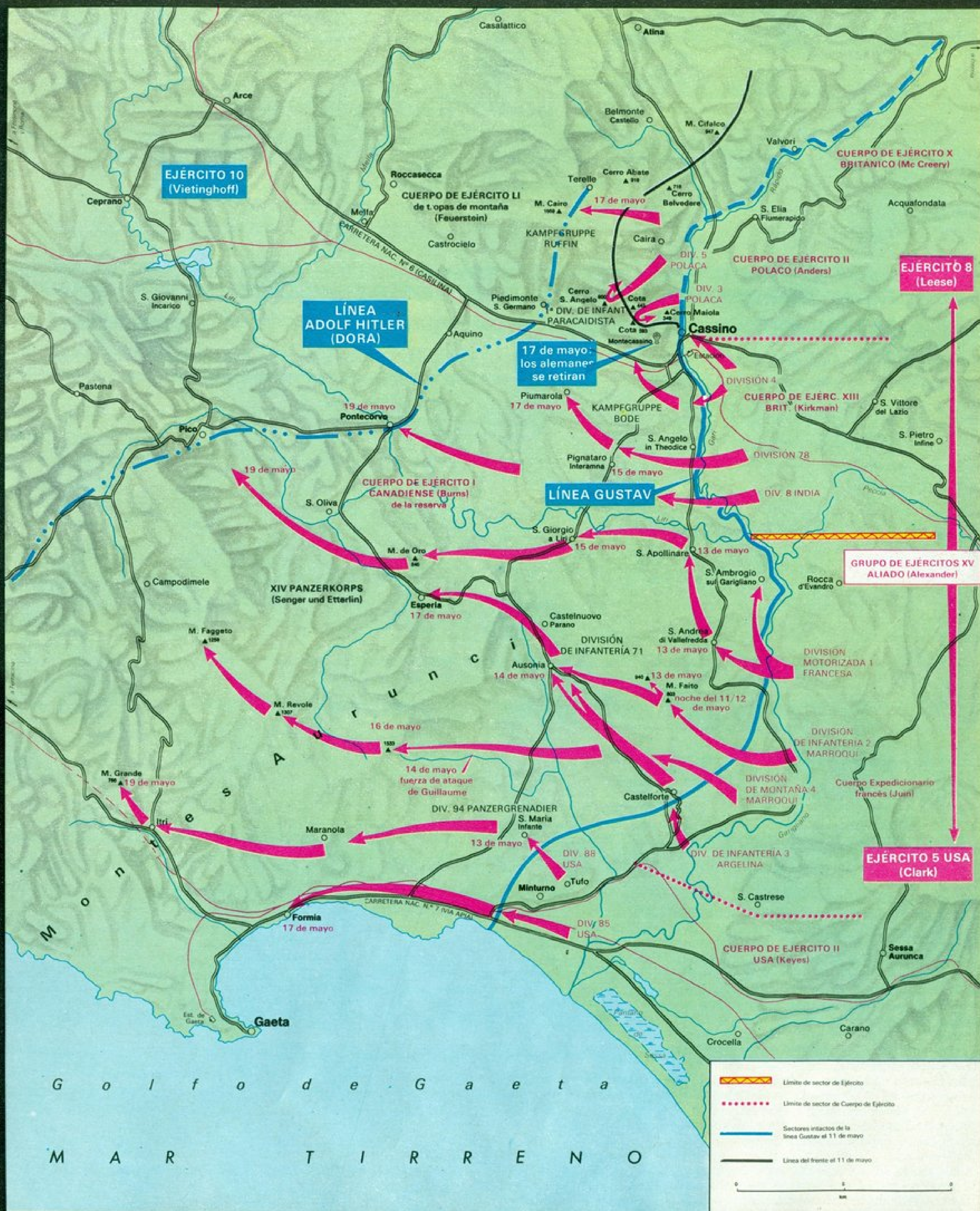
25 de mayo: el Cuerpo de Ejército II norteamericano enlaza con la cabeza de desembarco de Anzio.



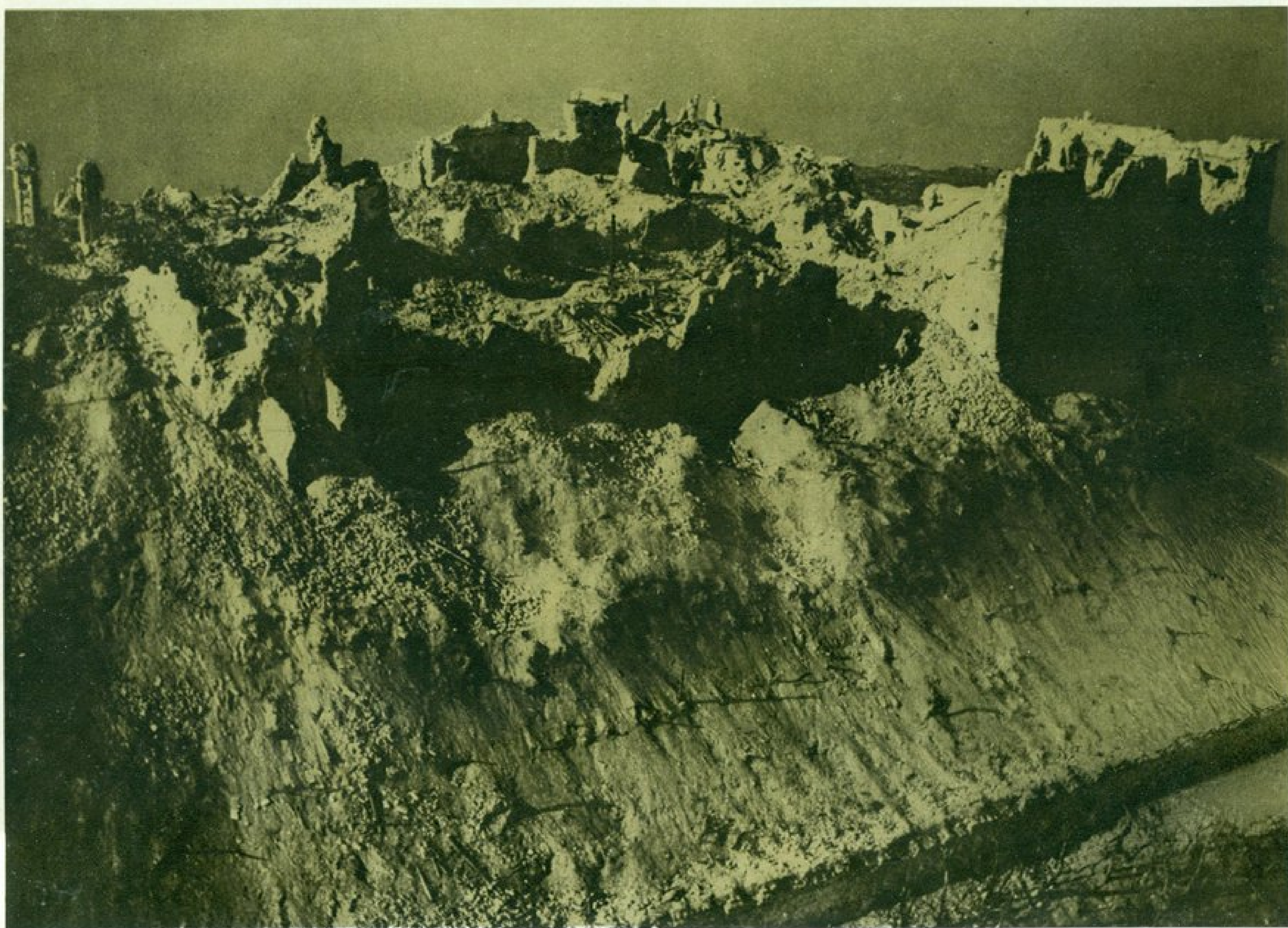
A la izquierda: los ataques desencadenados el 15 de marzo de 1944 por la División 4 india y la División 2 neozelandesa para la conquista de Cassino y de Montecassino llevaron a los Aliados muy cerca de su objetivo, poniendo por primera vez en serias dificultades a las defensas alemanas en aquel sector del frente. El 16 de marzo, con la conquista de la Cota 435 y de la estación ferroviaria de Cassino, la ciudad quedó casi cercada. Pero los alemanes reorganizaron rápidamente sus defensas y los repetidos ataques aliados, que se prolongaron hasta el 19 de marzo, no consiguieron resultados positivos. A la derecha: ante la imposibilidad de conquistar Montecassino por asalto, el 11 de mayo de 1944 el Grupo de Ejércitos XV aliado desencadenó un ataque en todo el frente. El 16 de mayo, el Cuerpo Expedicionario francés del general Juin, después de haber logrado un rápido derrumbamiento de la Línea Gustav, al sur de Cassino, conquistó el monte Petrella y prosiguió oblicuamente por detrás de las líneas alemanas, hasta el monte Faggeto, desde el que podía dominar la carretera Itri-Pivo, importantísima para el XIV *Panzerkorps.* Al mismo tiempo, el Cuerpo de Ejército II norteamericano avanzó hacia Formia e Itri y el Cuerpo de Ejército XIII británico atravesó el Rápido y se lanzó al norte del Liri, hasta Pontecorvo. Sólo en Montecassino los alemanes lograron contener los ataques de las fuerzas polacas. Pero ya por entonces, después de la ruptura lograda por los Aliados en el Sur, Montecassino había perdido su importancia táctica, y así, el 18 de mayo, las tropas alemanas se retiraron y la abadía benedictina quedó finalmente en poder de las fuerzas aliadas.

Al amparo de las ruinas de la abadía de Montecassino, tropas paracaidistas alemanas se preparan para responder a los ataques desencadenados por los Aliados en mayo de 1944

(Imperial War Museum)



Casalattico
Atina
Arce
Belmonte Castello
M. Cifalco
Valvori
CUERPO DE EJÉRCITO X BRITÁNICO (Mc Creery)
EJÉRCITO 10 (Vietinghoff)
Roccasecca
Cerro Abate
Terelle
Cerro Belvedere
CUERPO DE EJÉRCITO LI de tropas de montaña (Feuerstein)
M. Cairo
17 de mayo
Acquafondata
Ceprano
S. Elia Fiumerapido
Melfa
CARRETERA NAC. Nº 6 (CASILINA)
Castrocielo
KAMPFGRUPPE RUFFIN
Caira
DIV. 5 POLACA
CUERPO DE EJÉRCITO II POLACO (Anders)
EJÉRCITO 8 (Leese)
S. Giovanni Incarico
Piedimonte S. Germano
Cerro S. Angelo
Cota
DIV. DE INFANT. PARACAIDISTA
DIV. 3 POLACA
Cerro Maiola
LÍNEA ADOLF HITLER (DORA)
Aquino
Cota
Montecassino
Cassino
17 de mayo: los alemanes se retiran
Estación
Pastena
DIVISIÓN 4
Piumarola 17 de mayo
KAMPFGRUPPE BODE
CUERPO DE EJÉRC. XIII BRIT. (Kirkman)
S. Vittore del Lazio
19 de mayo
Pontecorvo
Pico
S. Angelo in Theodice
S. Pietro Infine
DIVISIÓN 78
19 de mayo
Pignataro Interamna
15 de mayo
CUERPO DE EJÉRCITO I CANADIENSE (Burns) de la reserva
LÍNEA GUSTAV
DIV. 8 INDIA
S. Oliva
S. Giorgio a Liri
15 de mayo
M. de Oro
S. Apollinare
13 de mayo
GRUPO DE EJÉRCITOS XV ALIADO (Alexander)
Campodimele
S. Ambrogio sul Garigliano
Rocca d'Evandro
XIV PANZERKORPS (Senger und Etterlin)
Esperia 17 de mayo
Castelnuovo Parano
M. Faggeto
DIVISIÓN DE INFANTERÍA 71
S. Andrea di Vallefredda 13 de mayo
DIVISIÓN MOTORIZADA 1 FRANCESA
Ausonia 14 de mayo
13 de mayo
M. Faito
noche del 11/12 de mayo
M. Revole
16 de mayo
DIVISIÓN DE INFANTERÍA 2 MARROQUÍ
Montes Aurunci
14 de mayo fuerza de ataque de Guillaume
DIVISIÓN DE MONTAÑA 4 MARROQUÍ
Cuerpo Expedicionario francés (Juin)
M. Grande
19 de mayo
Castelforte
DIV. 94 PANZERGRENADIER
Itri
S. Maria Infante
Maranola
13 de mayo
DIV. DE INFANTERÍA 3 ARGELINA
DIV. 88 USA
EJÉRCITO 5 USA (Clark)
Tufo
Minturno
S. Castrese
CARRETERA NAC. Nº 7 (VIA APIA)
Formia 17 de mayo
DIV. 85 USA
CUERPO DE EJÉRCITO II USA (Keyes)
Sessa Aurunca
Gaeta
Carano
Crocella
Golfo de Gaeta
MAR TIRRENO
Límite de sector de Ejército
Límite de sector de Cuerpo de Ejército
Sectores intactos de la línea Gustav el 11 de mayo
Línea del frente el 11 de mayo



Vista impresionante de la geografía abrupta de Cassino y de los efectos devastadores de la lucha encarnizada que allí tuvo lugar. *(History of the Second World War)*

ría 71 alemana de sus bien fortificadas posiciones.

Entonces el general Juin se dio cuenta de que tenía al alcance de la mano una gran ocasión. Mientras los argelinos avanzaban hacia el valle del Ausente, dirigiéndose sobre las posiciones de artillería alemanas allí emplazadas, y la División de Montaña 4 marroquí se preparaba para asestar un golpe decisivo, moviéndose en diagonal a través de los montes Aurunci, él atacó inmediatamente el flanco de la División de infantería 71 alemana por el Sur.

En la costa, el Cuerpo de Ejército II norteamericano progresaba más lentamente que los franceses. Las Divisiones 85 y 86, recién llegadas, no tenían ninguna experiencia de guerra. A la 88 se la empleó en las proximidades del pueblo de Santa María Infante, en el sector de la División 94 alemana. A pesar de la notable ayuda que representaba el rápido avance de los franceses, los norteamericanos no lograron adueñarse de esta posición antes del 13 de mayo. En realidad, al día siguiente, los éxitos franceses forzaron a la División de infantería 94 alemana a abandonar el territorio ocupado y a replegarse sobre una línea más retrasada.

Los resultados conseguidos por el Cuerpo Expedicionario francés constituyeron una valiosa ayuda también para los esfuerzos ofensivos del Cuerpo de Ejército XIII británico, del general Kirkman, cuya misión era atravesar el Rápido y el Gari y avanzar por el valle del Liri. En su flanco izquierdo, la División 8 india, al mando del general Russel, atravesó los dos cursos de agua sin encontrar resistencia; a sus espaldas los ingenieros tendieron dos puentes, lo que permitió el paso de un regimiento de carros canadienses. Menos fortuna tuvo la División 4 inglesa, del general Ward, que había llevado a cabo un ataque a través del Rápido al sur de Cassino. En efecto, después de un potente fuego de preparación, dos de sus brigadas (la 10 y la 28) lograron asegurarse una estrecha faja de tierra en una y otra orilla del Rápido; pero el mismo día la segunda de estas brigadas fue rechazada por un contraataque alemán. Sin embargo, el 13 de mayo, la Brigada 10 logró ensanchar la cabeza de puente, y también aquí, en el curso de la siguiente noche, los ingenieros ingleses tendieron un puente a través del río.

Frente a este desarrollo general de la situación, el Ejército 10 alemán se vio forzado a lanzar al combate todas las reservas disponibles, y se hizo afluir a toda prisa, desde el sector adriático, otros elementos de la División de infantería 305. Una de las grandes dificultades con las que se enfrentaban las fuerzas alemanas eran los intensos ataques aéreos aliados, que no sólo desgastaban la resistencia de los defensores y destruían sus armas, sino que también impedían efectuar, a la luz del día, cualquier movimiento de tropas.

El Cuerpo de Ejército XIII británico prosiguió sus ataques el día 14, y la División 78 continuó su avance hacia el Oeste, alcanzando la carretera Cassino-Pignataro Interamna el 15, el mismo día en que la División 1 francesa entraba en San Giorgio, en el sector meridional del valle del Liri. Estos éxitos crearon dificultades al flanco derecho del Cuerpo de Ejército de Montaña LI alemán, desplegado más allá del Liri. Por su parte, el Ejército 8 británico se apresuró a aprovechar la nueva ocasión favorable, lanzando a la batalla, en su flanco izquierdo, el Cuerpo de Ejército I canadiense, a las órdenes del general Burns, con la misión de conquistar Pontecorvo. El 16 de mayo, el general Burns atacó; el 18 sus tropas se encontraban ante Pontecorvo, sobre la Línea Senger-Riegel o, como la llamaban los Aliados, Línea Adolf Hitler.

Esta línea, que había requerido varios meses de trabajos sistemáticos de apertrechamiento, corría desde Terracina, en la costa tirrénica, hasta el monte Cairo, pasando por Pico y atravesando el valle del Liri. Su función era contener cualquier eventual ruptura en el frente de Cassino.

Mientras en el sector meridional de la ofensiva las unidades del Grupo de Ejércitos XV habían recorrido ya muchos caminos en su avance hacia el Oeste, el Cuerpo de Ejército II polaco no había logrado aún abrir una brecha en las posiciones alemanas al norte de la ciudad y conquistar Montecassino. El general Anders disponía, para este ataque, de dos divisiones y una brigada acorazada; además, durante las últimas semanas, los ingenieros prepararon para sus carros de combate una carretera que subía hasta las alturas que se elevan al noroeste de Montecassino.

El ataque de la División 5 polaca comenzó la noche del 11 al 12 de mayo, teniendo como objetivo Colle Sant'Angelo. Desde allí, la división debería avanzar hasta el monte Cairo. Pero el ataque, dificultado sobre todo por la artillería alemana, fracasó, y la noche del 12 de mayo, después de sufrir graves pérdidas, el general Anders se vio obligado a replegarse a la línea de partida. Una suerte análoga le correspondió a la División 3.

Al comienzo del ataque, la Brigada 15 logró conquistar por sorpresa la Cota 593 (monte Calvario), una altura tácticamente importantísima; pero, durante todo el día 12 de mayo, los paracaidistas alemanes atacaron en repetidas ocasiones a los polacos y, a pesar de la desesperada resistencia de estos últimos, los alemanes volvieron a reconquistarla.

El coraje con que el batallón polaco se batió en defensa del monte Calvario se puede deducir de las pérdidas sufridas: a mediodía del 12 de mayo, sólo un oficial y siete hombres estaban todavía en condiciones de resistir. Por lo tanto, el general Anders también se vio obligado a retirar su División 3 al acabar el primer día. Los polacos atacaron de nuevo, cuatro veces, el 13 y el 14 de mayo, pero sin éxito. A neutralizar sus intentos no sólo contribuyó la tenaz resistencia opuesta por los paracaidistas y por el *Kampfgruppe* Ruffin, sino también la acción de la artillería alemana, que, siendo ahora más eficaz por el terreno rocoso y descubierto, causó estragos en las filas polacas.

Los artilleros alemanes contaban, además, con la ventaja de que sus puestos de observación, situados en la cumbre del monte Cifalco (poco menos de 1000 metros de altura), dominaban desde el Norte todo el sector ofensivo del Cuerpo de Ejército II. Los polacos intentaron, ciertamente, reducir la posibilidad de observación de los alemanes mediante cortinas de humo, pero esta medida sólo se mostró eficaz esporádicamente.

Por el momento, pues, la amenaza representada por el Cuerpo de Ejército II polaco parecía haber sido anulada. Pero los acontecimientos en el flanco derecho de la 1.ª División paracaidista alemana, enfrentada con el Cuerpo de Ejército XIII británico, eran muy alarmantes. El 17 de mayo, la División 78 inglesa ocupó Piumarola y, más al Norte, la División 4 avanzó al Oeste de Cassino hasta la vía Casilina. Estos hechos amenazaron gravemente las comunicaciones en la retaguardia de los regimientos de la citada 1.ª División paracaidista.

Sin embargo, aún más seria era la situación en el flanco derecho del Ejército 10 alemán. Allí, el 13 de mayo, el general Juin había reunido una fuerza de ataque de 12.000 hombres, agrupando elementos de la División de Montaña 4 marroquí y de los *Goum*, reclutados entre los montañeses norteafricanos.

El general Guillaume, comandante de esta fuerza, lanzó, el 14 de mayo, un ataque a los montes Aurunci. Su primer objetivo era el monte Petrella, de unos 500 metros de altitud, situado en posición dominante más allá de la Línea Gustav. Sin preocuparse de lo que ocurría en sus flancos, esta fuerza de ataque atravesó la inaccesible y casi insalvable cadena montañosa, conquistando el monte Petrella el 16 de mayo. Luego, los marroquíes avanzaron hacia el monte Revole y lograron conquistarlo aquel mismo día. Pero su ataque no se detuvo allí. Al caer la tarde del 17 de mayo, Guillaume había conquistado también el monte Faggeto, y dominaba, por lo tanto, la carretera Itri-Pico, importantísima para el XIV *Panzerkorps*.

También el ala derecha del Cuerpo Expedicionario francés realizó buenos progresos. Cerca de Castelnuovo Parano, la División de infantería 3 argelina rechazó al CXV Batallón de exploración alemán, y, con ayuda de algunas unidades de la División de infantería 2 marroquí, ocupó Ausonia, punto de notable importancia táctica. Después, los argelinos prosiguieron hacia Esperia; pero fueron temporalmente contenidos por un contraataque del 200.º Regimiento *Panzergrenadier*. De todas formas, el 17 de mayo lograron conquistar Esperia, mientras aquel mismo día la División 1 francesa se aseguraba el dominio del monte Oro. El 19 de mayo, los franceses se encontraban casi al sur de Pico.

En realidad, la violentísima acción de ruptura realizada por los franceses había asegurado ya la victoria a los Aliados en el momento mismo en que había caído el monte Petrella. El XIV *Panzerkorps* fue prácticamente aniquilado, y el 20 de mayo el general von Senger und Etterlin sustituyó la División de infantería 71, ya diezmada, por una unidad fresca, la 26.ª *Panzerdivisión*. Pero, en aquel momento, ni siquiera estos hombres podían ya modificar el curso de los acontecimientos. También la División de infantería 94 estaba al borde de la derrota. Continuamente amenazada en los flancos y en la retaguardia por los franceses, sostuvo una desesperada lucha contra el Cuerpo de Ejército II norteamericano. El 17 de mayo los norteamericanos conquistaron la ciudad costera de Formia. Poco más tarde alcanzaron Itri, y el 19 de mayo el monte Grande, una altura situada en posición dominante al oeste de la carretera Itri-Pico. Una semana después, los hombres del Cuerpo de Ejército norteamericano podían abrazar a sus compañeros del Cuerpo de Ejército VI, que, desde hacía tiempo, los esperaban en la cabeza de puente de Anzio.

Montecassino era ya el último pilar de la línea defensiva alemana. El 17 de mayo, mientras las fuerzas marroquíes del general Guillaume se encontraban ya a 40 km más allá del frente, el general Anders reemprendió los ataques contra la 1.ª División paracaidista germana. En un encarnizado combate que se prolongó durante diez horas, las dos partes se disputaron la posesión del monte Calvario.

Pero Montecassino había perdido ya su importancia táctica. Después de la ruptura en profundidad lograda por las tropas francesas y el Cuerpo de Ejército II norteamericano, el Ejército 10 alemán estaba amenazado de cerco por el Sur. Para evitar este peligro, el 17 de mayo el *Feldmariscal* Kesselring ordenó que todo el frente de Cassino se evacuase, y así, la noche siguiente, la 1.ª División paracaidista comenzó a replegarse hacia el Oeste.

En las primeras horas de la mañana del 18 de mayo, el Regimiento 12 polaco *Podolski* tomó al asalto las ruinas de la abadía de Montecassino. Pero no encontró allí ni siquiera un paracaidista en condiciones de combatir: sólo había un grupo de heridos que sus compañeros no habían logrado evacuar.

Un anuncio especial aliado comunicó al mundo que, después de cuatro meses de combates, se había conquistado Montecassino. Por este relativo éxito, los Aliados habían pagado un precio elevadísimo. Según el general Clark, del 15 de enero de 1944, fecha del comienzo de la batalla, hasta el 4 de junio, día de la ocupación de Roma, el Ejército 5 norteamericano había perdido, entre muertos, heridos y desaparecidos, 107.144 hombres. A esta cifra se deben añadir los 7835 hombres del Ejército 8 británico, comprendido el Cuerpo de Ejércitos II polaco, registrados como perdidos durante la tercera batalla de Cassino.

¿Eran realmente necesarias aquellas batallas?

En cuanto a la cuestión de que si las batallas de Cassino fueron estrictamente necesarias para los Aliados, se puede decir lo que sigue. Si el mando angloamericano hubiera sabido adoptar la decisión de aprovechar la extensa zona costera italiana para efectuar operaciones de desembarco en gran escala, habría ahorrado a sus Ejércitos la fatigosa y costosa marcha desde Nápoles a Roma. Las sangrientas batallas libradas por la conquista de Montecassino y del «camino de acceso a Roma», que costaron tan caras a ambas partes, no se habrían producido.

Aquellos sacrificios quizá hubieran podido justificarse si, después de la victoria de Cassino, los Aliados hubieran proseguido hasta los Balcanes, para proteger aquellos países del avance comunista. Pero a pesar de la insistencia de Churchill, los políticos aliados decidieron actuar de otra forma, dejando a Stalin las manos libres en la península balcánica y manteniendo sus Ejércitos en Italia. En la primavera de 1944, algunas de sus mejores divisiones se retiraron de aquel frente para ser destinadas a la invasión de Francia meridional, prevista para mediados de agosto, una operación muy solicitada por Stalin y que, en realidad, no tenía otro fin que mantener a las potencias occidentales alejadas de los Balcanes. Vistas bajo esta luz, las batallas de Cassino tienen cierto aire de amarga tragedia.

Todos los investigadores siguen teniendo la impresión de que los Aliados ganaron los laureles de Cassino y de Roma sólo para rendírselos en homenaje a Stalin.



Sargento perteneciente a la Brigada 5 neozelandesa dirige el ataque contra el II Batallón paracaidista alemán, que, en marzo de 1944, guarnecía las posiciones defensivas de Cassino. Los neozelandeses iniciaron su ataque para adueñarse de Cassino y de la Cota 193 a las 15,30 horas del 15 de marzo, pero se vieron obstaculizados por la imprevista acción defensiva alemana. *(Archivo Rizzoli)*

Italia, mayo-junio de 1944

LA MARCHA HACIA ROMA

Martin Blumenson



Al finalizar los durísimos combates del invierno, Kesselring, comandante en jefe de las fuerzas alemanas en Italia, tenía motivos para sentirse satisfecho: había logrado rechazar los ataques frontales aliados contra las defensas de Cassino y pudo confinar, paralizándola, a la fuerza aliada de Anzio en una estrecha cabeza de desembarco. Sin embargo, la gran ofensiva de primavera, lanzada por Alexander, sorprendió por completo a los alemanes y rompió su frente. Mientras las agotadas fuerzas alemanas se retiraban de la Línea Gustav, Hitler insistió, como había hecho ya en la batalla de Stalingrado, en la necesidad de llevar a cabo incesantes acciones retardadoras para "desangrar a los Aliados". No obstante, como ocurriera en Stalingrado, esta táctica equivocada tuvo como único efecto el de desgastar más bien a las fuerzas alemanas y condujo inevitablemente a la conquista de Roma por los Aliados.

A principios de mayo de 1944, en los campos de batalla italianos reinaba la calma. Ambos bandos (cada uno de los cuales disponía de 22 divisiones) gozaban de un corto descanso, se adiestraban, modificaban el despliegue de sus fuerzas, efectuaban acciones de patrulla, abastecían los depósitos de material y esperaban la buena estación. Durante los ocho meses anteriores, desde la invasión del sur de Italia, iniciada en septiembre de 1943, los alemanes habían hecho frente con éxito a los Ejércitos aliados, obligándolos a detenerse. Las condiciones atmosféricas del invierno y la naturaleza impracticable del terreno resultaron muy adecuadas para la acción defensiva, compensando con creces la escasez de municiones para artillería y bombas para aviones que sentían los alemanes. Los frentes operativos eran dos: el principal, que se apoyaba en Cassino, cruzaba la península italiana, y el otro era un perímetro que rodeaba la cabeza de desembarco aliada de Anzio.

Al abrir un frente en Europa, aunque no fuera demasiado extenso, los Aliados lograron empeñar a considerables fuerzas alemanas, causándoles una continua sangría de pérdidas. Pero las fuerzas alemanas no sólo les habían hecho frente, sino que también les habían infligido tres humillantes derrotas en Cassino y habían contenido la cabeza de desembarco de Anzio; además, demostraban estar firmemente decididas a mantenerse en Roma, convertida ya en un símbolo de prestigio, y en Cassino, que había adquirido un carácter casi sagrado.

El *Feldmariscal* Albert Kesselring, adoptando una actitud básicamente defensiva, intentó adivinar si los Aliados atacarían por:

- el sector de Cassino, con el fin de asegurarse el acceso al valle del Liri y enlazar con la cabeza de desembarco de Anzio;
- en Anzio, con el fin de interceptar sucesivamente las carreteras nacionales 7 y 6 y paralizar las vías de comunicación alemanas al sur de Roma;
- en alguna otra localidad de la costa del Tirreno, mediante un desembarco anfibio.

En el sector de Cassino, el Ejército 10, mandado por el general Heinrich von Vietinghoff, estaba desplegado a lo largo de la formidable Línea Gustav. Y aunque algunas fuerzas aliadas habían cruzado ya el bajo curso del Garigliano en febrero, las posiciones alemanas, situadas en lugares dominantes, impedían eficazmente la expansión de la cabeza de puente. La Línea Gustav estaba aún intacta.

Detrás de dicha línea se encontraba la Línea Adolf Hitler, que, partiendo de Terracina, en la costa, seguía la carretera Fondi-Pico hasta Pontecorvo, y, cruzando el valle del Liri, llegaba a Aquino y Piedimonte San Germano, enlazando finalmente con la Gustav en el monte Cairo. La Línea Adolf Hitler tenía fortificaciones de hormigón y casi 200 casamatas portátiles de acero, llamadas «cangrejos acorazados», que, en realidad, no eran otra cosa que torretas de carros de combate *Pantera* transformadas para cumplir un cometido estático. El único punto débil de esta línea lo constituía el hecho de que las fuerzas aliadas de la cabeza de puente de Anzio se encontraban a su espalda. Por lo tanto, si conseguían hundir el frente y llegar a la carretera nacional n.º 6, cerca de Valmontone, en el extremo del valle de Liri, la Línea Adolf Hitler perdería todo su valor.

El perímetro que delimitaba la cabeza de desembarco de Anzio estaba guarnecido por el Ejército 14, al mando del general Eberhard von Mackensen, quien había preparado excelentes fortificaciones de campaña en un terreno surcado por una red de trincheras y de canales.

Ante la posibilidad de que la presión aliada hiciese necesario fundir los Ejércitos 10 y 14 y desplegarlos a lo largo de un frente único y continuo a través de la península italiana, Kesselring constituyó otra línea, la Caesar, que cruzaba los montes Albanos y continuaba después por Valmontone, entre las montañas que dominaban Avezzano. Desde allí, los alemanes podrían seguir impidiendo a los Aliados el acceso a Roma.

Al no conseguir dar lo que ellos definían como «una valoración concluyente de las intenciones enemigas», los alemanes consideraron «muy probable» que los Aliados estuvieran preparándose para «una ofensiva en gran escala». Observando algunos ejercicios anfibios simulados, dedujeron que disponían «de una cantidad suficiente de fuerzas de desembarco a ambos lados de Gaeta».

Mientras tanto, puesto que la situación de calma continuaba, el comandante del XIV *Panzerkorps* y el jefe del Estado Mayor de Kesselring fueron de permiso a Alemania.

El día 10 de mayo, el coronel Fritz Wentzell, jefe de Estado Mayor del Ejército 10, hablando por teléfono con el coronel Dietrich Beelitz, quien sustituía temporalmente al jefe de Estado Mayor de Kesselring, decía: «Para mi gran satisfacción, todo está tranquilo. Sin embargo, yo no sé lo que se está preparando. La cuestión es cada vez más incierta». Beelitz se mostró de acuerdo y añadió que Kesselring «estaba concentrando su atención en la costa».

«En mi opinión no es imposible –observó prudentemente Wentzell– que estén ocurriendo cosas de las que no tenemos ninguna noticia».

A la mañana siguiente (11 de mayo), a las 9,05 horas, Vietinghoff telefoneó a Kesselring. «No ocurre nada especial –dijo–, los dos comandantes de Cuerpo de Ejército me han dicho que no tenían la impresión de que fuera a ocurrir nada». Aquella misma tarde, como la situación se mantenía tranquila, Vietinghoff se dirigió al puesto de mando supremo de Hitler, donde tenían que imponerle una condecoración. Y pocas horas después de su partida, la artillería aliada abría el fuego y comenzaba la ofensiva de primavera.

Alexander ataca

El general sir Harold Alexander pensaba lanzar su ataque decisivo en el frente de Cassino. Ya el 28 de febrero había anunciado su intención de concentrar el Ejército 5 americano y el Ejército 8 británico al oeste de los Apeninos, dejando en el sector adriático el menor número posible de fuerzas. Para facilitar la solución de los problemas logísticos pondría a todas las divisiones inglesas y a las equipadas por éstas a las órdenes del Ejército 8; todas las divisiones americanas y francesas dependerían del Ejército 5.

El cambio de despliegue de las fuerzas aliadas comenzó el 5 de marzo. Dejando en la costa adriática el mínimo indispensable de fuerzas a disposición del Cuerpo de Ejército V británico, Alexander confió al Ejército 8, del general sir Oliver Leese, el sector de Cassino, que comprendía un frente de unos 135 km en total. Además, desplazó al Ejército 5 americano, del general Mark Clark, a un estrecho frente de sólo 20 km, en la costa del Tirreno.

Frente al Ejército 5 americano se extendían tres macizos montañosos, todos ellos irregulares y abruptos, denominados, respectivamente, montes Aurunci, montes Ausones y montes Lepinos. Con 25 km de anchura y delimitada por el mar y por el valle de Liri y del Secco, esta franja de elevaciones se extiende a lo largo de un centenar de kilómetros en dirección a Roma. Pero a causa de la naturaleza abrupta del terreno, Alexander esperaba obtener muy poco en este sector.

Preveía, en cambio, buenos resultados por parte del Ejército 8 británico, que tenía que romper las defensas de Cassino, penetrar en la Línea Gustav, entrar en el valle del Liri y avanzar hacia la cabeza de desembarco de Anzio. Cuando pareciese inminente el enlace con dicha cabeza de desembarco, ordenaría al mayor general Lucian Truscott jr., que mandaba el Cuerpo de Ejército VI americano en Anzio, que atacase para salir de su reducto y se dirigiese hacia Cisterna di Latina, para llegar finalmente al Valmontone, en la carretera nacional n.º 6, y cortar la retirada del Ejército 10 alemán, rechazar hacia el norte de Roma todo lo que hubiera quedado de éste e incluso al Ejército 14; finalmente, «perseguir al enemigo hasta la línea Rimini-Pisa, infligiéndole, mientras tanto, el mayor número posible de pérdidas».

A principios de abril, Alexander había establecido como fecha de ataque el día 15, pero el despliegue de las fuerzas aliadas exigió algunos aplazamientos. Finalmente, el 5 de mayo, Alexander dio instrucciones a los Ejércitos para que atacasen simultáneamente a las 23 horas del 11 de mayo.

Desde el punto de vista estratégico, la ofensiva de primavera, denominada Operación «Diadem», no tenía otra finalidad que mantener empeñadas el mayor número de divisiones alemanas que, de lo contrario, podrían trasladarse a Francia para hacer frente a la proyectada invasión de Normandía. Sin embargo, para los comandantes de las unidades que combatían en Italia era mucho más importante el deseo de romper las defensas de Cassino y conquistar la Ciudad Eterna.

Leese dio breves instrucciones a sus comandantes de Cuerpo de Ejército el 11 de abril, y después las amplió con órdenes verbales comunicadas en una serie de reuniones.

- El Cuerpo de Ejército X británico, del general sir Richard L. McCreery (que comprendía muchas grandes unidades inglesas, aproximadamente de entidad división, la División 2 neozelandesa y el Cuerpo italiano de liberación), debía mantener empeñadas en el ala derecha y en las zonas montañosas a las opuestas unidades alemanas;
- el Cuerpo de Ejército II polaco, del general Anders (que comprendía la 5.ª División Crassowa y la 3.ª División carpática), atacaría las elevaciones

de los alrededores de Cassino y conquistaría la abadía;

- el Cuerpo de Ejército XIII británico, del general S. C. Kirkman (que comprendía la División 4 inglesa y la División 8 india, en primera línea, y la División Acorazada 6 y la División 78 como reserva) debía asegurarse el dominio de una cabeza de puente al otro lado del río Rápido, ocupar la ciudad de Cassino y abrir la carretera estatal n.º 6 hacia Roma;
- el Cuerpo de Ejército I canadiense, del general E. L. M. Burns, quedaría como reserva, manteniendose preparado para pasar a través de las posiciones del Cuerpo de Ejército XIII británico.

El valle del Liri, la principal vía de acceso a Roma y el lugar más adecuado para desplegar los carros de combate y la artillería aliadas, era tan estrecho que, para entrar en él, era preciso lanzar un ataque frontal contra posiciones enemigas cuidadosamente preparadas; sin embargo, como se trataba evidentemente de la línea más cómoda para llegar a la capital, sería bastante difícil poder aprovechar el factor sorpresa. No obstante, si los polacos lograban conquistar Montecassino, asegurándose de esta forma el dominio de la carretera nacional n.º 6, el Cuerpo de Ejército XIII británico podría remontar con ímpetu el valle.

En la zona del Ejército 5 americano desplegaba el Cuerpo de Ejército II, del mayor general Geoffrey Keyes (que comprendía las Divisiones 85 y 88 en primera línea y la 36 como reserva) y que atacaría en un reducido sector costero, y el Cuerpo Expedicionario francés, del general Juin, con elementos de sus cuatro divisiones en primera línea; estas fuerzas lanzarían un ataque profundo contra las montañas casi impracticables que formaban la vertiente meridional del valle del Liri.

Los dos Ejércitos aliados contaban con la eficacia del fuego de preparación de su artillería; en efecto, a las 23 horas del 11 de mayo, más de 1600 piezas, de los tipos y calibres más diversos, desplegadas entre Cassino y el mar, comenzaron a machacar las defensas alemanas. El 12 de mayo, la Aviación aliada proporcionaría un apoyo masivo, con 294 misiones de vuelo de los cazabombarderos, 429 de bombarderos medios y 728 de bombarderos pesados.

En el curso de las dos semanas anteriores al ataque, las dos divisiones del Cuerpo de Ejército polaco habían tenido que hacer frente, como ya les ocurriera a sus predecesores, a notables dificultades en Montecassino. El terreno rocoso impedía la construcción de posiciones adecuadas y obligaba a los soldados a vivir en estrechos hoyos de poca profundidad, protegidos por pequeños muros de piedras. Su menor movimiento provocaba un fuego preciso e inmediato por parte de los alemanes, que, desde sus posiciones, podían vigilar casi cada metro de terreno; en estas circunstancias, los polacos sufrían cada día de 10 a 30 bajas. Era imposible llevar a cabo acciones de reconocimiento que permitiesen determinar las mejores direcciones de ataque, e incluso proporcionar a las tropas el rancho caliente; también el agua estaba severamente racionada. Aquellas divisiones disponían de 72 morteros de 107 mm, 7000 trajes miméticos para tiradores escogidos, instrumentos especiales para cavar las trincheras y 16 lanzallamas. Se les asignaron, asimismo, cinco compañías de intendencia (formadas por chipriotas), mientras a una compañía auxiliar india y a cinco italianas se les confió el cometido de preparar las pistas que recorrían las elevaciones.

Los batallones polacos designados para el ataque que se lanzaron a la acción a la una de la madrugada del 12 de mayo; pero, ya a las 2,30 horas, uno de cada cinco hombres había quedado fuera de combate y, por otra parte, el tiempo necesario para conquistar los objetivos parecía ser el doble del previsto. Los enlaces estaban ya completamente desorganizados, y de ello se resintieron la eficiencia del mando y el espíritu de disciplina. La presencia de una enmarañada vegetación de matorrales espinosos y de gran número de rocas salientes aumentaba las dificultades propias de todo combate nocturno. Los ingenieros, que intentaban abrir camino en los campos minados, sufrieron muchas bajas, y, por consiguiente, los carros de combate no pudieron avanzar para proteger de cerca a la infantería. Por la mañana, la situación era extremadamente confusa. Doce horas después, las divisiones polacas recibieron la orden de retirarse y se suspendió el ataque.

Carros de combate norteamericanos pasan a través de Formia el 19 de mayo de 1944. Los ataques del Cuerpo de Ejército II estadounidense contra la Línea Gustav tuvieron, al principio, un resultado incierto y sólo el éxito del Cuerpo Expedicionario francés en el Norte permitió a las fuerzas norteamericanas penetrar profundamente en las defensas alemanas. *(Archivo Rizzoli)*



También el Ejército 9 sufre algunos reveses

El 11 de mayo, a las 23,45 horas, el Cuerpo de Ejército XIII británico intentó enviar al otro lado del Rápido, en embarcaciones de asalto, dos de sus divisiones; pero la impetuosa corriente del río arrastró a las embarcaciones y muchas acabaron volcando. Además, el fuego de los alemanes fue más mortal de lo que se había previsto. Por otra parte, en cuanto pusieron pie en la otra orilla, las tropas se encontraron en medio de una densa y continua red de alambradas, casamatas, campos minados y posiciones de hormigón. No obstante, en las primeras horas del día, ambas divisiones consiguieron asegurarse una cabeza de puente. La de la División 4, a la derecha, era demasiado reducida para permitir tender puentes sobre el río; pero la División 8 india, situada cerca de Sant'Angelo in Theodice, pudo tender dos hacia las 9 del día 12 de mayo.

A pesar del éxito conseguido en este paso del río, el ataque fue decepcionante. El mismo 12 de mayo, por la tarde, el Cuerpo de Ejército XIII sólo había alcanzado la mitad de los objetivos previstos, objetivos que, según los planes, debían haberse conquistado a las dos horas de iniciado el ataque de la infantería. Hasta la mañana siguiente, a las 5 del 13 de mayo, la División 4 no consiguió tender un puente a través del río. Aquella tarde, el Cuerpo de Ejército disponía de una cabeza de puente de 1500 a 2500 metros de profundidad, y además de tres puentes en actividad; pero las dos divisiones estaban muy desgastadas, por lo que fue preciso emplear también la División 78. Pero la congestión del tráfico y el terreno poco firme retrasaron los movimientos de esta última, que no cruzó el río hasta el 14 de mayo.

Después de tres días de combates, el Ejército 8 británico no se había asegurado aún un punto de



Dispuestos a responder a un último y desesperado intento de resistencia del enemigo, dos infantes del Cuerpo de Ejército VI norteamericano entran en Cisterna di Latina el 25 de mayo de 1944, después de haber sostenido sangrientos combates contra la División 362 alemana. (Archivo Rizzoli)

acceso adecuado al valle del Liri; desde luego, su ruptura de la Línea Gustav no había resultado decisiva.

En la zona costera, donde el Cuerpo de Ejército II americano había pasado al ataque, la batalla continuó con resultados inciertos durante tres días, y los americanos sólo efectuaban avances limitados. Después, inesperadamente, el 15 de mayo, los alemanes empezaron a retirarse.

La razón de este repliegue alemán era la espectacular victoria conseguida por el Cuerpo Expedicionario francés de Juin, que había hundido las defensas alemanas de la Línea Gustav. El principal protagonista del hundimiento, efectuado en las primeras 24 horas del ataque, fue la División 2 marroquí, del general de división André W. Dody. Continuando su avance por un terreno que los alemanes habían considerado impracticable, la división profundizó unos 6 km y, hacia el final del segundo día (13 de mayo), conquistó el monte Maio. Los alemanes ya no consiguieron contener este hundimiento, y todas las medidas tomadas desde entonces para taponar la brecha resultaron inútiles por ser tardías. El 14 por la tarde, las fuerzas francesas ya habían arrollado la resistencia alemana en todo su sector, y la División Motorizada 1 se encontraba en las elevaciones de las proximidades de Sant'Apollinare, a 6 km de distancia de su línea de partida, en una posición que le permitía dominar el valle del Liri.

Kesselring sorprendido

El ataque aliado encontró a Kesselring desprevenido. En el valle del Liri, las dos divisiones inglesas habían atacado a cinco batallones alemanes mientras estaban efectuando el relevo y cuando un puesto de mando de división se estaba desplazando para asumir la dirección de estas heterogéneas unidades, operación que no se llevó a cabo nunca. En las primeras horas del 12 de mayo, el Ejército 10 alemán comunicó que el enemigo había hundido sus defensas cerca de Sant'Angelo in Theodice, y para hacer frente al ataque Kesselring envió a la zona, de forma fragmentaria, varios contingentes de tres divisiones.

Mayor aún fue la sorpresa producida por los franceses. La habilidad con que se movían por los desnudos y abruptos montes Aurunci parecía increíble a los alemanes, que siguieron considerando la operación como «un ataque diversivo y de contención». Kesselring se resistía a enviar reservas para hacer frente al impetuoso avance francés, a pesar de que el 14 de mayo la División 71 alemana ya se había visto obligada a retirarse sobre la Línea Adolf Hitler.

«Debo pedirles a las divisiones –le dijo aquel día Kesselring a Vietinghoff, que había regresado precipitadamente de Alemania– que tracen un cuadro claro de su situación y de la del enemigo. Una división no puede ignorar durante un día y medio lo que está ocurriendo en su sector. No es menos intolerable que una división combata durante dos días con el enemigo sin saber contra quién exactamente está combatiendo. Exijo tener un informe preciso antes de mediodía».

El informe recibido por Kesselring reveló que la División 71 alemana, al sufrir un hundimiento en el sector central y verse envuelta por ambos flancos, se había visto obligada a retirarse; además, 2000 de sus hombres habían caído prisioneros y las bajas, entre muertos y heridos, eran muy elevadas. «Los franceses, y especialmente los marroquíes –declaró después Kesselring– se batían con gran arrojo y aprovechaban todo éxito local». El 15 de mayo autorizó a la división para que se retirara combatiendo sobre la Línea Adolf Hitler, rebautizada rápidamente como Línea Dora.

Aunque Kesselring quería prolongar aún la defensa de Montecassino, la victoria de los franceses, que se encontraban ya a 19 km al otro lado del Rápido, abrió el camino a americanos e ingleses.

El día 16, Kesselring desplazó desde Anzio una división para reforzar el Ejército 10, pero llegó demasiado tarde para constituir una ayuda para

aquellas unidades ya en franca retirada. A consecuencia del ataque francés, la División 71 alemana resultó prácticamente aniquilada y la 94, que había frente a los americanos, estaba a punto de desintegrarse, tanto que, cuando abandonaron Formia, 14 km más allá de la desembocadura del Garigliano, sus hombres recibieron órdenes de dispersarse y tratar de llegar como mejor pudieran a la retaguardia.

El 17 de mayo los polacos atacaron de nuevo Montecassino en oleadas de batallones apoyados por una fuerte cobertura aérea. Por la tarde, los polacos estaban agotados, y su intento había fracasado otra vez; pero los alemanes, envueltos ya tras el avance de franceses e ingleses, se replegaron durante la noche para evitar que el enemigo les cortase la retirada. A la mañana siguiente, a las 10,30 horas, la bandera polaca ondeaba sobre las ruinas de la abadía benedictina, y al pie del monte tropas inglesas rastrillaban las calles de la devastada ciudad de Cassino, abriendo una brecha entre los escombros.

Aquel día (el 18), Vietinghoff telefoneó a Kesselting para informarle de que de la División 71 no quedaban más que cien soldados, y que necesitaba urgentemente refuerzos. Kesselring replicó que si le quitaba más fuerzas al Ejército 14 tendría después que «escuchar los improperios de Mackensen».

Sin embargo, como bajo la presión enemiga el flanco derecho del Ejército 10 se retiraba desordenadamente y el resto del Ejército se estaba replegando sobre la Línea Dora, ordenó que se pusiera en marcha una división desde Civitavecchia. Pero, con esta medida ya no se podía poner remedio a la situación.

«Cada movimiento se realiza demasiado tarde –le dijo Wentzell a Beelitz–. No estamos en condiciones de contener al enemigo».

Como Alexander y Clark creían que había llegado el momento favorable para lanzar un ataque en Anzio, el primero informó a Winston Churchill que «se intentaría una irrupción» lo antes posible desde la cabeza de puente y «se cortarían las vías de comunicación del enemigo con Roma». Ordenó después que la División 36 americana se trasladase por mar hasta Anzio, a fin de apoyar al Cuerpo de Ejército VI americano, y le dijo a Leese que usase «la máxima energía para hundir la Línea Adolf Hitler y penetrar en el valle del Liri antes de que los alemanes tuvieran tiempo de establecerse en él».

Siguiendo estas órdenes, el Ejército 8 británico atacó la citada línea, pero comprobó que los alemanes ya se habían atrincherado sólidamente en ella. Ello exigía un ataque en gran escala para obligarles a abandonar aquella posición, y mientras el Cuerpo de Ejército I canadiense y el XIII británico se preparaban para llevarlo a cabo, fuertes lluvias retrasaron durante algunos días sus preparativos.

Mientras tanto, unidades americanas conquistaron Gaeta e Itri el 19 de mayo. Fuerzas francesas, 30 km más allá del Garigliano, cruzaron la carretera Itri-Pico, el principal enlace entre las carreteras estatales 6 y 7, al sur de Roma, y avanzaron por los montes Ausones. El avance continuó durante todo el día 20: los americanos ocuparon Fondi y los franceses continuaron hacia Pico, desde donde podrían amenazar con cercar al Ejército 10 alemán en el valle del Liri. El día 21, un batallón de infantería americano se embarcó en Gaeta en vehículos anfibios (DUKV), y después de 11 millas de navegación llegó a Sperlonga, donde desembarcó sin encontrar oposición. El último lugar en el que los alemanes podrían intentar impedir que los americanos enlazaran con las fuerzas de la cabeza de desembarco de Anzio era Terracina, 16 km al Norte, en el límite meridional del agro pontino. El 22, cuando los americanos conquistaron Terracina y los franceses Pico, Alexander observó: «Ahora la batalla ha entrado en una fase crítica». Quería que todas las fuerzas inglesas, francesas y americanas, no sólo las del frente principal, sino también las de la cabeza de desembarco, atacasen al mismo tiempo al día siguiente, el 23 de mayo.

Kesselring, que el 22 autorizó una sistemática retirada del Ejército 10 del valle del Liri, por Valmontone, estaba seguro de que había hecho todo cuanto podía hacer. A pesar de las protestas del Ejército 14, procuró reforzar hasta el máximo al 10, y ahora ya sólo contaba con una división de reserva. Pero lo que parecía evidente era que el Ejército 10 había recibido pocos refuerzos y demasiado tarde, y que el 14 había perdido demasiadas fuerzas y demasiado pronto.

Los proyectos de Alexander para la cabeza de desembarco de Anzio se basaban en un ataque del Cuerpo de Ejército VI americano por Cisterna di Latina, en dirección a Valmontone, la única maniobra que, en su opinión, podía conseguir «resultados dignos de tal nombre». Churchill se mostró de acuerdo, esperando una batalla decisiva, combatida hasta la última gota de sangre y que tuviera como objetivo «la destrucción total de las fuerzas enemigas al sur de Roma». Alexander confirmó: «...nuestro objetivo es, precisamente, la destrucción del enemigo al sur de Roma».

Clark, por el contrario, se mostraba más deseoso de entrar en Roma que de destruir los Ejércitos alemanes. Con este fin dio instrucciones a Truscott para que estuviese preparado para efectuar cualquiera de los cuatro distintos planes, cada uno de los cuales preveía una ofensiva en una dirección: Noroeste, por la costa; Norte, por la carretera estatal n.º 7 y por Albano; Este, hacia Valmontone; Sudeste, para enlazar con el grueso de las fuerzas del Ejército 5 americano. La naturaleza pantanosa del terreno que se extendía a lo largo de la costa hacía que, en la práctica, sólo fueran realizables dos avances: hacia Valmontone y por la carretera estatal n.º 7, directamente hasta Roma. Pero, tanto uno como otro, también presentaban algunos inconvenientes. Si bien el terreno cerca de Cisterna di Latina es bastante abierto y llano, y por lo tanto adecuado para los carros de combate, para llegar a Valmontone era preciso pasar por un corredor relativamente estrecho, obstruido por bosquecillos dispersos, gargantas empinadas y cursos de agua encajonados entre



Elementos del Ejército 5 norteamericano atraviesan la parte alta de Gaeta el día 19 de mayo de 1944. Los edificios de la ciudad han sido destruidos por los alemanes mediante el empleo de minas, a fin de obstruir las calles con los escombros y crear embotellamientos al tráfico motorizado de las fuerzas aliadas. (US Army)

Después de la ruptura de las defensas de Cassino los Aliados prosiguieron el avance hacia Roma. El 23 de mayo, el Ejército 8 británico rompió la Línea Adolf Hitler, obligando al Ejército 10 alemán a retirarse detrás de la Línea Caesar; el mismo día, el Cuerpo de Ejército VI norteamericano irrumpió desde la cabeza de desembarco de Anzio en dirección a Cisterna di Latina, que cayó el 25. El objetivo de Alexander era destruir a las fuerzas alemanas al sur de Roma; Clark, por el contrario, deseaba, por encima de todo, alcanzar la capital, por lo que dio instrucciones a Truscott para que avanzase hacia Valmontone, pero concentrando el esfuerzo mayor a lo largo de la carretera nacional número 7, en dirección a Albano. En aquel punto las defensas alemanas eran muy sólidas y el ataque aliado del 26 de mayo no logró el menor éxito; por el contrario, permitió a Kesselring consolidar sus posiciones en las proximidades de Valmontone. Pero el 31 de mayo el Ejército 5 norteamericano rompió la Línea Caesar, sellando de esta manera el destino de las defensas alemanas en las colinas Albani. El día 3 de junio, Kesselring recibió la autorización para abandonar Roma y retirarse sobre la Línea Gótica.

orillas profundas. Por otra parte, un avance por la carretera nacional n.º 7 encontraría las posiciones alemanas más fuertes de la Línea Caesar.

El 19 de mayo, mientras el grueso de las fuerzas aliadas llegaba a menos de 70 km del perímetro de Anzio, Alexander dijo a Clark que había llegado el momento de ordenar a Truscott que saliera de la cabeza de desembarco. Clark intentó ganar tiempo; pero después decidió obedecer los deseos de Alexander y atacar en dirección a Valmontone. No obstante, decidió también, sin tener en cuenta las instrucciones recibidas, mantener a Truscott preparado para lanzar un ataque directo hacia Roma en cuanto las defensas alemanas comenzaran a vacilar. Por consiguiente, las instrucciones que dio a Truscott fue que estuviese preparado para atacar en dirección a Cisterna di Latina y después en dirección a Valmontone; pero que tuviese presente, al mismo tiempo, la posibilidad de dirigir sus fuerzas hacia el Norte, hacia Roma, tras conquistar la citada localidad de Cisterna di Latina.

Ruptura del frente en Anzio

Dos días después, mientras el grueso de las fuerzas del Ejército 5 americano seguía avanzando hacia la cabeza de desembarco, Clark ordenó a Truscott que lanzase su ataque a las 6,30 horas del 23 de mayo, simultáneamente al ataque en fuerza que lanzaría el Ejército 8 británico y que debía romper la Línea Hitler y penetrar en el valle del Liri.

El movimiento, en forma de tenaza, se adaptaba exactamente al concepto de Alexander: cercar a las fuerzas alemanas y triturarlas.

El ataque destinado a acabar con el asedio impuesto a Anzio por el Ejército 14 alemán comenzó el 22 de mayo por la tarde, con una acción preliminar. Como Alexander había pedido que sólo las divisiones del Cuerpo de Ejército VI americano llevasen a cabo el esfuerzo principal, poniendo de relieve las dificultades para conseguir el flujo de abastecimientos para las grandes unidades británicas, las dos divisiones inglesas que se encontraban en la cabeza de desembarco iniciaron la operación dirigida por Truscott. A las 22,30 horas, la División 1 inglesa lanzó un falso ataque demostrativo, y a las 2,15 del 23 de mayo la artillería de la División 5 inglesa abrió fuego. Al amanecer, mientras caía una ligera lluvia, más de 500 cañones aliados abrieron fuego y 60 bombarderos ligeros efectuaron una incursión contra Cisterna di Latina, a fin de preparar el terreno para el ataque principal. Sin embargo, a pesar del ataque concentrado por parte de tres divisiones, el Cuerpo de Ejército no consiguió romper la línea alemana. Mackensen ofreció una tenaz resistencia. Los americanos capturaron casi 1500 prisioneros y alcanzaron la línea ferroviaria Cisterna di Latina-Roma, pero sufrieron graves pérdidas, tanto en carros de combate (unos 100) como en hombres. Solamente en la División 3 quedaron fuera de combate 950 hombres, entre muertos, heridos o desaparecidos.

La lucha continuó el 24: los alemanes, batiéndose con gran obstinación, consiguieron defender Cisterna di Latina, pero el Cuerpo de Ejército VI americano alcanzó, interrumpiéndola, la carretera nacional n.º 7. De esta forma los Aliados consiguieron introducirse entre los Ejércitos 10 y 14 alemanes.

1944

11 de mayo: Alexander lanza la ofensiva aliada con el fin de efectuar la ruptura de la Línea Gustav, el enlace con las fuerzas de la cabeza de desembarco de Anzio y la conquista de Roma.

11-14 de mayo: son detenidos los ataques del Ejército 8, pero las fuerzas francesas del general Juin, en sólo dos días, arrollan la Línea Gustav.

15 de mayo: los alemanes empiezan a retirarse de la Línea Gustav. Kesselring autoriza a sus fuerzas para que se replieguen combatiendo a la Línea Adolf Hitler.

17 de mayo: los alemanes abandonan por fin Montecassino, que es ocupado el 18 por las fuerzas polacas.

19 de mayo: los norteamericanos avanzan sobre Gaeta e Itri.

22 de mayo: fuerzas canadienses abren brecha en la Línea Adolf Hitler.

23 de mayo: fuerzas norteamericanas empiezan a irrumpir desde la cabeza de desembarco de Anzio, venciendo la tenaz resistencia alemana.

25 de mayo: fuerzas norteamericanas del Cuerpo de Ejército II encuentran una patrulla del Cuerpo de Ejército VI que descendía desde el Norte, a lo largo de la nacional número 7; el encuentro se produjo después de cuatro meses del primer desembarco en Anzio.

25-27 de mayo: Clark ataca en dirección a Roma; sin embargo, los alemanes logran contener sus ataques y tienen tiempo para reforzar sus posiciones en torno a Valmontone.

30-31 de mayo: fuerzas americanas hunden las defensas de Valmontone y amenazan con derrumbar las últimas defensas de Roma.

3 de junio: Kesselring recibe autorización de Hitler para retirarse de Roma.

4 de junio: entran en Roma las fuerzas aliadas.

junio-julio: las fuerzas aliadas avanzan hasta el Arno.



19 de mayo de 1944: soldados norteamericanos entran en la población de Itri. *(Archivo Rizzoli)*

Mientras tanto, se había roto la Línea Hitler. Lanzando un ataque preliminar, el 22 por la noche, el Cuerpo de Ejército I canadiense consiguió abrir una brecha en las defensas alemanas, y el ataque en gran escala, lanzado el 23 por el Ejército 8 británico, quebró por completo la línea defensiva. Los alemanes lanzaron violentos contraataques con la 26.ª *Panzerdivision* y la División de infantería 305, y ambos bandos sufrieron graves pérdidas (sólo la División 1 canadiense perdió más de 500 hombres); pero parecía ya evidente que Kesselring tendría que retirarse tras la Línea Caesar.

El apogeo de la batalla

Tras ordenar a su última división de reserva que desde Livorno se dirigiera hacia el Sur, Kesselring comenzó a tomar medidas para reunir a los Ejércitos 10 y 14, ya derrotados, para ponerlos en condiciones de defender Roma. El día 24 Hitler le dio permiso para retirarse a la Línea Caesar, pero también le dio instrucciones muy precisas para que ésta fuera defendida a ultranza.

La batalla llegó a su apogeo el día 25. El Cuerpo de Ejército VI americano redujo a la División 362 alemana (que en Cisterna di Latina había ofrecido una heroica resistencia) a la entidad de un regimiento, y, finalmente, conquistó la ciudad, convertida ya en un montón de ruinas. Aquel mismo día, fuerzas americanas del Cuerpo de Ejército II cruzaron el territorio de saneamiento del agro pontino, al norte de Terracina, y encontraron una patrulla del Cuerpo de Ejército VI americano que se dirigía hacia el Sur, por la carretera estatal n.º 7. Este encuentro, que tuvo lugar cuatro meses después de los primeros desembarcos en Anzio, puso fin a la resistencia aliada en aquella solitaria cabeza de desembarco. Y así, el Cuerpo de Ejército VI americano quedó de nuevo agregado al grueso de las fuerzas del Ejército 5.

También aquel día, unidades canadienses pasaron el río Melfa, en el valle del Liri; la División 78 rebasó Aquino, el Cuerpo de Ejército X británico conquistó el monte Cairo y el Cuerpo de Ejército polaco, entró en Piedimonte San Germano.

En las primeras horas de la tarde del 25 de mayo, Clark luchaba con su conciencia. ¿Debía lanzar el peso de las cinco divisiones americanas del Cuerpo de Ejército VI hacia Valmontone o debía ordenar que se dirigieran inmediatamente hacia el Norte, desde Cisterna di Latina en dirección a Roma? ¿Debía quizás actuar en ambas direcciones? Convencido de que los alemanes no conseguirían detener a Truscott, cualquiera que fuera la dirección en que atacara, Clark dudaba de que un avance hacia Valmontone pudiese cercar a muchos alemanes. El Ejército 10 ya estaba abandonando el valle del Liri, y el Ejército 8 británico parecía haber quedado muy atrás. Si proseguía hacia Valmontone, el Cuerpo de Ejército VI americano tendría que efectuar después una complicada desviación hacia la carretera estatal n.º 6 para llegar a Roma por los montes Albanos.

Clark decidió enviar directamente hacia la capital italiana al Cuerpo de Ejército VI americano, por la carretera n.º 7; mas, como por otra parte no podía desoír las categóricas instrucciones de Alexander respecto a un avance hacia Valmontone, decidió dividir las fuerzas de Truscott, ordenándole que prosiguiese hacia Valmontone, pero concentrando su esfuerzo mayor a lo largo del eje de la carretera nacional n.º 7.

Clark envió un mensaje en este sentido a través de su oficial de operaciones, quien dijo a Truscott: «El jefe quiere que... bloquee la carretera nacional n.º 6 y organice lo antes posible el ataque hacia el Norte, de lo cual ya se habló». Truscott protestó, observando que sus fuerzas ya estaban avanzando hacia el Este, que nada hacía pensar que Kesselring hubiera debilitado sus defensas en las proximidades de Albano y que, seguramente, la carretera nacional n.º 7 estaría bloqueada.

Pero Clark ya había tomado su decisión. Anunció que los alemanes habían sido «derrotados de forma decisiva» y que la aplastante victoria aliada hacía posible «lanzar un nuevo ataque hacia Roma por el camino más directo».

Como no podía desobedecer, Truscott convocó aquella misma tarde a sus comandantes de división para exponerles la nueva situación. Fiel a las instrucciones de Clark, Truscott describió el plan en términos entusiastas. «Los alemanes están decididamente desorganizados –dijo–, y sus unidades ya no son más que una mezcla de fuerzas heterogéneas; si mañana conseguimos batirnos con la misma energía de los últimos tres días, tendremos en nuestras manos una gran victoria». Sus comandantes de división quedaron bastante perplejos, pero no pusieron demasiadas objeciones.

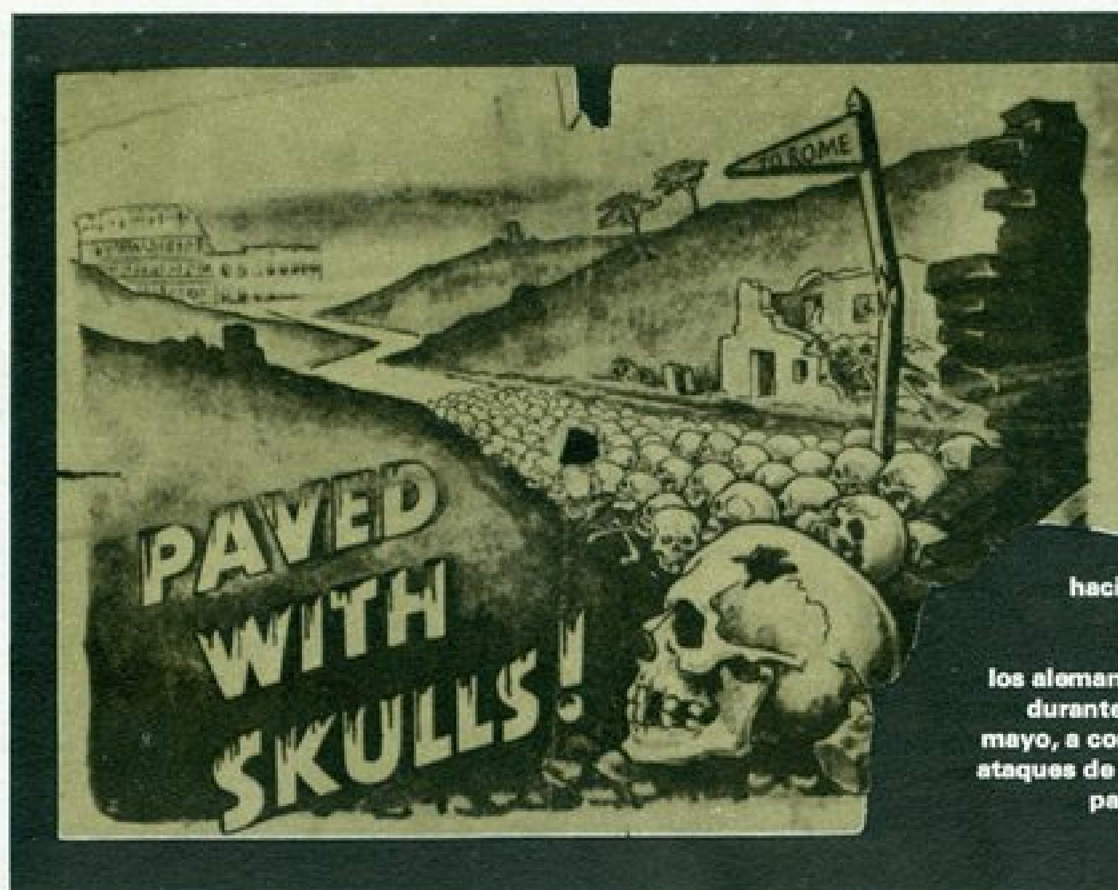
El nuevo ataque del 26 de mayo fue detenido. Al ordenar a Truscott que lanzase el grueso de sus fuerzas en dirección a Albano, donde la Línea Caesar era más sólida, Clark permitió a los alemanes consolidar sus posiciones en las proximidades de

Valmontone y seguir resistiendo desesperadamente.

«Es orden explícita del *Führer*, y también convicción personal mía –dijo Kesselring a Vietinghoff el 26– que, obligando al enemigo a combatir duramente, hemos de desangrarlo hasta reducirlo a la impotencia... usted ha sido siempre optimista; ¿por qué ha cambiado de actitud? Vietinghoff no respondió. Sabía muy bien quienes eran los que se estaban desangrando hasta el agotamiento en las vías de acceso a Roma.

Clark había pedido a su jefe de Estado Mayor, general Alfred M. Gruenther, que informase a Alexander de su nuevo ataque. Gruenther lo hizo, y añadió: «El mecanismo se está poniendo en marcha».

El día 27, mientras estaba visitando el puesto de mando del Ejército 5 americano, Alexander le dijo a Gruenther: «Yo soy partidario de cualquier línea de conducta que, en opinión del comandante de Ejército, le ofrezca la posibilidad de continuar obteniendo victorias como hasta ahora». Pero añadió: «El comandante de Ejército continuará ejerciendo una presión en dirección a Valdimontone, ¿verdad?». Gruenther le aseguró que podía contar con que Clark pondría en práctica un «enérgico plan con toda la fuerza posible». Y Alexander aceptó la explicación con su habitual donaire.



Después del derrumbamiento de las Líneas Gustav y Adolf Hitler, la única acción posible para los alemanes era retardar el avance aliado hacia Roma. El mismo Hitler había ordenado a Kesselring que "desangrase al enemigo", oponiendo una encarnizada resistencia. "El camino hacia Roma está pavimentado de calaveras", dice esta octavilla lanzada por los alemanes sobre las tropas aliadas; y durante algunos días, del 26 al 31 de mayo, a consecuencia del fracaso de los ataques de Mark Clark, esta advertencia pareció convertirse en realidad.
(The Psywar Society)

Sin embargo, Clark no consiguió ni abrir la puerta de Roma ni bloquear la retirada alemana por Valmontone. Es cierto que sobre la Línea Caesar el Ejército 14 alemán perdió la División 715, que dejó prácticamente de existir como unidad de combate, pero consiguió hacer inútiles, durante cinco días, los duros esfuerzos de los americanos para abrir la carretera nacional n.º 7; así, el Ejército 10 germano pudo retirarse pasando por Valmontone, siempre expuesto y amenazado, pero nunca cercado.

El 28 de mayo Clark desplegó el recién llegado Cuerpo de Ejército VI americano sobre la costa y trasladó al Cuerpo de Ejército II a Artena, en el lado oriental de los montes Albanos. Para romper las defensas alemanas, Clark lanzaría ahora al citado Cuerpo de Ejército II a la conquista de Valmontone y después, por la carretera estatal n.º 6 hacia Roma, mientras el Cuerpo de Ejército VI americano lanzaría otro ataque paralelo en dirección a la capital por la carretera nacional n.º 7. Sin embargo, el 30 de mayo, el ataque del Ejército 5 americano había sido detenido otra vez.

El Ejército británico, cuya principal dirección de avance –la carretera nacional n.º 6– había sido rastrillada previamente por el Ejército 5 americano, remontó poco a poco el valle Sacco-Liri, venciendo la resistencia de núcleos aislados; por su parte, el Cuerpo de Ejército canadiense estaba avanzando hasta Frosinone, donde entraría el 31 de mayo.

Por aquellas fechas, el Ejército 5 americano consiguió al fin romper la Línea Caesar. Con una penetración efectuada por sorpresa, el día 30 de mayo por la noche, la División 36 americana, del general de división Fred L. Walker, remontó silenciosamente la ladera del monte Artemisio y por la mañana se adueñó de la elevación. Saliendo después más allá de Velletri, la división arrolló las defensas de Valmontone, sellando así el destino de las posiciones alemanas de los montes Albanos. Además, como el Cuerpo Expedicionario francés ejercía cierta presión sobre los montes Lepinos y el Cuerpo de Ejército II americano avanzaba hacia Valmontone, la última línea defensiva que impedía el acceso a Roma comenzó a vacilar.

El 2 de junio, Kesselring pidió permiso para abandonar Roma. Veinticuatro horas después, cuando llegó la autorización, ya se estaba efectuando la operación de repliegue. Kesselring ordenó que al sur y al sudeste de Roma los combates continuasen tanto tiempo como fuera posible, a fin de que pudieran retirarse las unidades que se encontraban en la ciudad y que el Ejército 14 consiguiera replegarse al otro lado del Tíber. Protegidos por acciones de retaguardia de la 4.ª División paracaidista, los alemanes salieron furtivamente de la capital italiana.

Un mensaje alemán propuso declarar Roma «ciudad abierta»; pero los Aliados habían llegado ya a los suburbios, de la capital, y la promesa alemana «de no efectuar movimientos de tropas en Roma» sonó «tardía y poco sincera».

Avanzando velozmente por todas las carreteras, convergían hacia la ciudad columnas de los Cuerpos de Ejército II y VI del Ejército 5 americano. El 4 de junio por la tarde, mientras los últimos alemanes se alejaban por las calles desiertas, tropas americanas entraban en la Ciudad Eterna, recibidas con manifestaciones de bienvenida por la multitud agrupada en las arterias principales. A medianoche, el Ejército 5 americano había llegado al Tíber. Los puentes de la ciudad estaban intactos; pero los de fuera habían sido destruidos.

Una columna motorizada del Ejército 5 americano pasa por la Vía dell'Impero, en Roma, mientras la multitud observa con curiosidad.
(Archivo Rizzoli)



Cae la primera capital del Eje

En cuanto se hubieron rastrillado las calles, ambos Ejércitos aliados continuarían su avance hacia el Norte: Alexander deseaba llegar lo más pronto posible a los Apeninos septentrionales, antes de que los alemanes tuvieran tiempo de organizar nuevas defensas. Al atardecer del 5 de junio el estruendo de la batalla ya se había alejado de Roma. Kesselring inició lo que sería una hábil retirada, en la que las fuerzas alemanas remontarían 250 km de la península italiana. Los Aliados las perseguirían de cerca durante casi dos meses, llegando a finales de julio al río Arno, donde harían una pausa para prepararse para una enésima ofensiva.

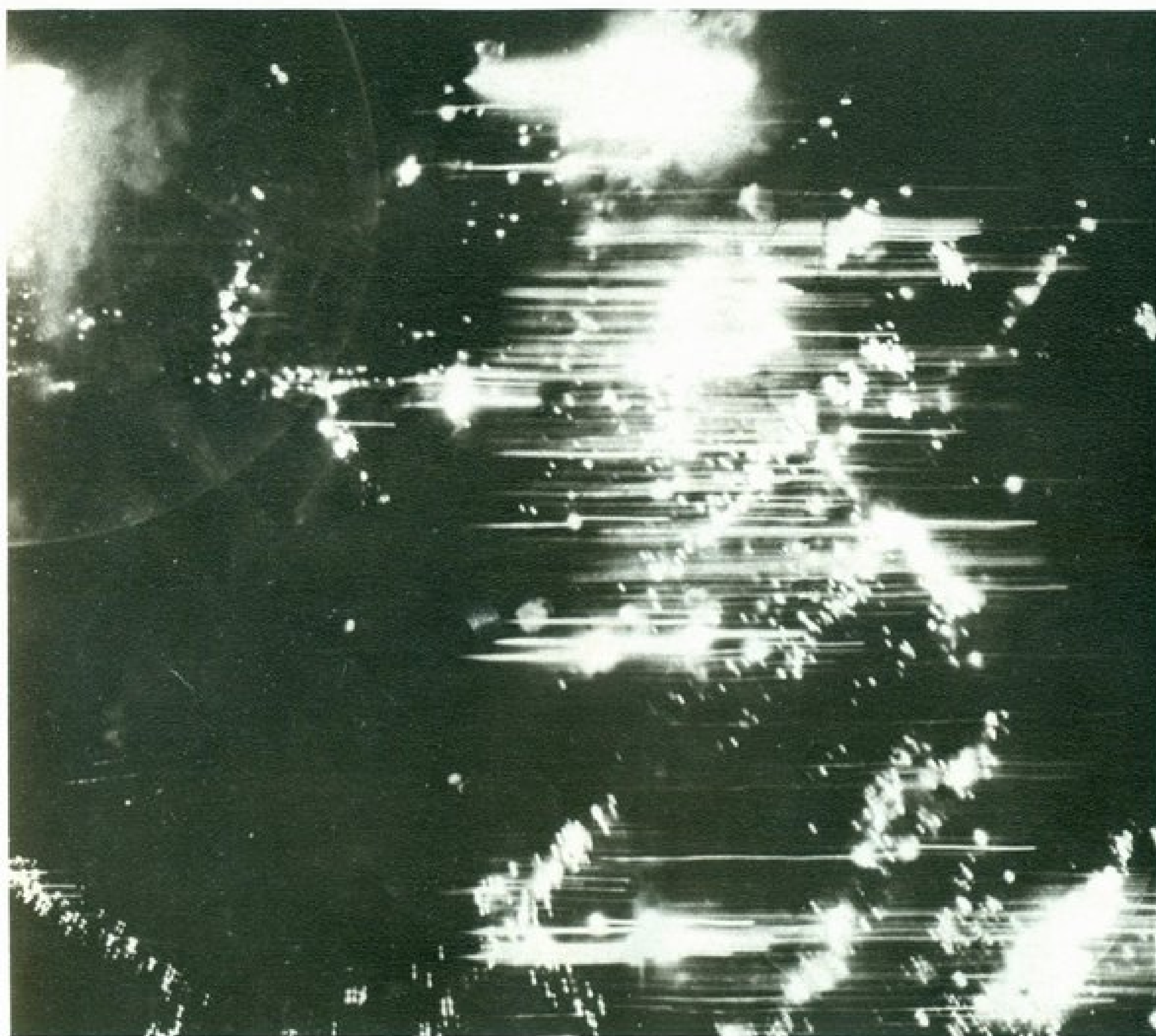
La ofensiva de primavera, que había costado al Ejército 5 americano la pérdida de 30.000 hombres, al Ejército 8 británico cerca de 12.000 y a los alemanes 25.000 por lo menos, había conseguido arrojar a los alemanes del sur de Italia y conquistar la primera de las capitales del Eje. El rey Víctor Manuel abdicó, colocando en el trono a su hijo Humberto como regente. El mariscal Pietro Badoglio dimitió de primer ministro el 9 de junio, e Ivanoe Bonomi, eminente político antifascista, constituyó un nuevo Gobierno.

Visto bajo una perspectiva más amplia, el resultado más importante de la ofensiva de primavera fue haber mantenido empeñadas numerosas unidades alemanas, desgastándolas gravemente. Y la importancia de esta aportación a la victoria aliada se vería más claramente después, cuando los Aliados cruzaran el canal de la Mancha.

DUELO EN EL CIELO DE ALEMANIA

Alfred Price, capitán

El 28 de julio de 1943 cundió el terror en la ciudad de Hamburgo: una mortífera incursión de la RAF desencadenó el primer "huracán de fuego", y más de 50.000 personas perdieron la vida en aquel inmenso holocausto. Los cazas alemanes, que anteriormente habían logrado oponerse con éxito a los ataques de la aviación enemiga, quedaron completamente desorientados ante las nuevas medidas anti-radar ideadas por los ingleses. Por lo tanto, para Alemania era desesperadamente necesario encontrar cuanto antes adecuadas contramedidas; las encontró, y, ocho meses después, fue la RAF la que sufrió, en el cielo de Nuremberg, un verdadero desastre.



(Imperial War Museum)

Había aún luz, a las 21,55 horas de la tarde del 24 de julio de 1943, cuando el primero de los *Pathfinder* (aviones guía), el *Lancaster G-George* del 7.º Grupo, recorrió retumbando la pista de despegue del aeródromo de Oakington, cerca de Cambridge. Con la regularidad de un mecanismo de relojería, a intervalos de medio minuto, los otros bombarderos le siguieron por el cielo. Esta escena se repitió en más de una veintena de aeródromos diseminados en el East Anglia, el Lincolnshire, y el Yorkshire.

A la escasa luz del anochecer, los bombarderos ganaron altura, dirigiéndose hacia el Este, como una masa indefinida que recordaba un enjambre de abejas. A medianoche, la formación se había reunido sobre el mar del Norte: se trataba de una potente masa de 791 aviones (347 *Lancaster*, 246 *Halifax*, 125 *Stirling* y 73 *Wellington*) que se extendía en una superficie de más de 300 km de longitud y 30 de anchura. La gran flota aérea se dirigió hacia el Este a una velocidad de 360 km por hora, y mientras los aviones se aproximaban, los alemanes seguían con atención sus movimientos.

Poco antes de las 23 horas, una posición de radar de prealarma, situada cerca de Ostende, ya había anunciado: «Unos 80 aviones en Gustav Caesar 5, ruta Este, altitud 7000 metros». En el puesto de mando de la 3.ª División de cazas de la *Luftwaffe*, en Arnhem-Deelen (Holanda), un pequeño punto luminoso se movía rápidamente en el fondo oscuro del mapa de la situación. Fue a detenerse en la posición GC-5 del mapa de la caza alemana, algo al norte de Ipswich. Pronto, a medida que otros bombarderos aparecían en el radar, se iban uniendo más puntos luminosos al primero. Evidentemente, se trataba de un ataque en gran escala. ¿Dónde sería esta vez?

En aquel momento, lo único que podían hacer los alemanes era formular conjeturas sobre el objetivo de la incursión enemiga, un objetivo cuyo nombre había impresionado vivamente a muchos hombres de la tripulación de los bombarderos en la reunión que tuvo lugar antes de despegar: Hamburgo. Hamburgo era muy conocida entre los hombres de la RAF. Hacia la tercera semana de julio de 1943, el puerto alemán ya había sido objeto de 98 incursiones. Sus defensas antiaéreas eran formidables: la ciudad estaba rodeada por un anillo constituido por 54 grupos de artillería antiaérea pesada y por 22 baterías de reflectores, y a poca distancia se encontraban seis grandes aeródromos para los cazas nocturnos. Por ello, las anteriores operaciones habían costado muy caras a la RAF.

La defensa antiaérea causaba grandes daños, y además obligaba a los pilotos a efectuar evoluciones que dificultaban el bombardeo preciso; pero el mayor peligro eran los cazas nocturnos, con su eficacia mortal. Sus procedimientos tácticos habían sido estudiados por el general J. Kammhuber, comandante de los cazas nocturnos de la *Luftwaffe*, y se habían experimentado y mejorado en el curso de un centenar de batallas. El éxito del sistema defensivo, denominado convencionalmente *Himmelbett* (cama de baldaquín), dependía de la eficacia de una cadena de estaciones de radar terrestre, instalada con todo lujo de medios. Cada estación tenía un radio máximo de intercepción de unos 50 km, y a fin de constituir una red defensiva en la que las formaciones enemigas cayeran forzosamente, Kammhuber preparó una línea con estaciones *Himmelbett* dispuestas a 30 km una de otra. Esta línea se extendía a lo largo de toda la Europa ocupada, y cada estación estaba dotada de una instalación de radar *Freyar* y de dos *Würzburg*.

LOS MORTÍFEROS CAZAS NOCTURNOS DE LA LUFTWAFFE

Los jefes de la *Luftwaffe* no habían pensado jamás que algún día se verían precisados a defenderse de ataques concentrados de bombarderos. Pero cuando las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas iniciaron la serie de incursiones, que luego se desarrollarían hasta ser ataques ininterrumpidos, los alemanes se vieron forzados a improvisar: muchos bombarderos medios y cazabombarderos fueron dotados de un potente armamento y del radar tipo "Lichtenstein" para enfrentarse con los incursores, mientras se aceleraba la producción de los verdaderos cazas nocturnos.



Messerschmitt Bf-110G

Aunque no tuvo éxito como caza de gran radio de acción ni como cazabombardero, este avión se utilizó mucho y con éxito como caza nocturno. **Envergadura:** 16,28 m. **Longitud:** 12,68 m. **Velocidad:** 550 km/h a 6500 m de altitud. **Cota de tangencia:** 8000 m. **Autonomía:** 2100 km. **Armamento:** dos pequeños cañones de 30 mm, dos de 20 y dos ametralladoras de 7,9. **Tripulación:** tres hombres.



Junker Ju-88G6

Esta variante del famoso bombardero medio alemán se empleó intensamente en misiones de caza nocturna. Fue el primer aparato armado con cañones montados en el dorso del fuselaje, que disparaban oblicuamente hacia arriba. **Envergadura:** 20,07 m. **Longitud:** 14,35 m. **Velocidad:** 500 km/h a 6000 m de altitud. **Cota de tangencia:** 9900 m. **Autonomía:** 3150 km. **Armamento:** cinco pequeños cañones de 20 mm (dos de los cuales disparaban oblicuamente hacia arriba) y tres ametralladoras de 7,9. **Tripulación:** tres hombres.



Dornier Do-217J

Otro de los bombarderos medios transformados apresuradamente en caza nocturno. **Envergadura:** 19 m. **Longitud:** 17,91 m. **Velocidad:** 515 km/h a 5700 m de altitud. **Cota de tangencia:** 9500 m. **Autonomía:** 2500 km. **Armamento:** cuatro pequeños cañones de 20 mm, cuatro ametralladoras de 7,9 y dos de 13 en torreta dorsal, una de ellas con mando a distancia. **Tripulación:** tres hombres.



Heinkel He-219A Uhu (mochuelo)

Aunque el prototipo de este excepcional caza nocturno había realizado su primer vuelo en 1942, nunca se le utilizó en gran escala y sólo se completaron 268 aparatos. **Envergadura:** 18,50 m. **Longitud:** 15,52 m. **Velocidad:** 675 km/h a 7000 m de altitud. **Cota de tangencia:** 12.600 m. **Autonomía:** 1545 km. **Armamento:** dos pequeños cañones de 20 mm y cuatro de 30, de los que dos disparaban oblicuamente.



Al aproximarse la formación enemiga, se daba orden de despegar y mantenerse en una ruta circular alrededor de los radiofaros, situados en las proximidades de las estaciones de radar. Una vez allí, un *Würzburg* de corto alcance y haz estrecho comenzaba a girar para interceptar al caza y mantenerlo después en su radio de acción. Mientras tanto, el radar *Freya* de largo alcance y haz amplio dirigía el segundo *Würzburg* hacia el bombardero. Basándose en las informaciones precisas que proporcionaban los operadores de las dos instalaciones *Würzburg*, el control de tierra transmitía por radio sus órdenes al piloto del aparato de caza a fin de guiarlo hasta la presa. En la parte posterior del fuselaje del caza, el operador encargado del radar de a bordo vigilaba el brillo tembloroso de los tubos de su pequeño aparato de radar *Lichtenstein*, esperando la aparición del avión enemigo. En cuanto entraba en contacto con el bombardero, la tripulación del caza transmitía por radio una palabra convencional que significaba que el objetivo estaba a la vista y lo iban a atacar. Entonces el operador de radar de a bordo daba al piloto las instrucciones precisas hasta que este último conseguía avistar las llamas de escape procedentes de los motores del bombardero. En seguida el caza se aproximaba a su víctima, procurando colocarse en una posición adecuada para abrir fuego sin ser visto. Como ocurre con el tirador escogido de infantería, el cometido reservado a la tripulación de los cazas nocturnos de ambos bandos se parecía mucho a un asesinato a sangre fría. Cuando, aproximándose por detrás, era posible colocarse a menos de 50 metros de la víctima, una de las tácticas preferidas por los alemanes era la de levantar el aparato de caza, colocándolo por encima de la cola del bombardero y abrir fuego simultáneamente. Para batir de flanco al avión enemigo, desde el extremo de la cola hasta la punta del fuselaje, el pequeno cañón de a bordo lanzaba una auténtica cascada de proyectiles explosivos. Con frecuencia, la primera señal que los desgraciados hombres del bombardero tenían del ataque era el inesperado temblor que sacudía a su avión bajo el choque de los proyectiles. Los pilotos de los cazas alemanes estaban combatiendo para defender sus casas y sus familias, y lo hacían con la misma decisión que distinguió a los hombres de la RAF durante la batalla de Inglaterra.

En julio de 1943, las defensas alemanas ya ponían fuera de combate a más del 5% de los bombarderos que atacaban su patria, y este porcentaje continuaba aumentando. Las tres cuartas partes del total de los bombarderos derribados eran víctimas de los cazas; el resto, de la artillería antiaérea y de accidentes de vuelo.

Evidentemente, para que la ofensiva de los bombarderos ingleses pudiera seguir desarrollándose con éxito era indispensable idear algún medio para neutralizar el mortal sistema *Himmelbett*. Técnicamente, la solución fue de una sencillez desconcertante: unas pequeñas tiras de lámina de aluminio. Estas tiras, conocidas con el nombre convencional de *Window* (ventana), medían 30 cm de longitud y las mantenía unidas una goma en manojos de 2000. Cuando lo lanzaban desde un avión, este manojo se deshacía, formando una «nube» de tiras que, en la pantalla de radar, daba una señal de retorno de la misma intensidad que la de un bombardero. Lanzando uno por minuto desde cada aparato en una formación concentrada, era posible saturar la zona de señales de retorno, imposibilitando así la interceptación dirigida por radar.

A finales de julio de 1943, a consecuencia de una masiva incursión aérea británica, un huracán de fuego envolvió Hamburgo y se extendió, prácticamente incontrolado, en un área de 22 km². En la ciudad se desarrollaron escenas de terror: miles de personas cayeron bajo el fuego devorador, mientras la fuerza del huracán arrancaba a los niños de las manos de sus padres. En una semana, Hamburgo pagó un altísimo tributo: 50.000 muertos, casi el mismo número de paisanos muertos hasta aquel momento en Gran Bretaña a consecuencia de las acciones de la *Luftwaffe*. *(Bapty & Co Ltd.)*

En 1942, los técnicos ingleses habían efectuado, dentro del máximo secreto, una serie de experimentos con las tiras *Window*. De forma completamente independiente y con el mismo secreto, sus colegas alemanes hicieron lo mismo. Y en ambos países los técnicos llegaron a idéntica conclusión: la nueva contramedida era de una eficacia decisiva. Si se usaba de manera adecuada podría inutilizar todo el sistema antiaéreo basado en el radar. En aquel momento, ninguno de los dos bandos había considerado todavía que sus bombarderos tuvieran sobre los enemigos un margen de superioridad suficiente para justificar el riesgo ligado a la introducción de una innovación de este tipo; pero a fines del verano de 1943 la potencia aérea de la RAF había aumentado más allá de toda previsión, mientras que las necesidades de la guerra de desgaste en el frente oriental había reducido a los alemanes a un estado de relativa impotencia defensiva.

La primera utilización del sistema «Window»

El 15 de julio, en una reunión del gabinete de guerra, presidido por Churchill, se decidió finalmente la utilización de la nueva contramedida. Así, a las 00,25 horas del 25 de julio de 1943, mientras los primeros bombarderos de la formación volaban sobre la isla-fortaleza de Helgoland, en su vuelo directo hacia Hamburgo, desde cada avión se lanzaron los primeros haces de tiras *Window*.

La primera en detectar algo insólito fue la estación de radar *Hummer*, situada en la citada isla de Helgoland. A partir de las 00,40 horas, los bombarderos aparecieron en las pantallas de radar junto con las tiras *Window:* como antes de desperdigarse cada nube de tiras era localizable durante 15 minutos, la formación inglesa parecía estar compuesta de 11.000 aparatos. Los alemanes no podían creer lo que veían sus ojos. La estación *Hummer* comunicó que «detectaba muchos blancos puntiformes de aspecto similar al de los aviones, inmóviles o en movimiento lento. La interceptación de los verdaderos aviones es muy difícil. Una vez interceptados, se puede seguir a los aviones, pero con dificultad».

La estación *Auster*, en el extremo meridional de Sylt, observó algo parecido, y lo mismo ocurrió en otras estaciones de radar situadas en torno a Hamburgo.

Dando vueltas alrededor de sus radiofaros, los hombres de los cazas nocturnos alemanes esperaban con impaciencia que llegasen instrucciones de los puestos de control en tierra; pero abajo había un verdadero caos.

Pronto el aire se llenó de llamadas y de exclamaciones: «Los enemigos se están multiplicando» «Es imposible, son demasiados aviones enemigos». «Esperad un momento. Hay muchos aviones enemigos más». «No consigo dirigiros». «Intentad hacerlo sin el control de tierra».

Cuando la primera oleada de bombarderos (110 *Lancaster*) llegó a Hamburgo a las 01,30 horas, los hombres de las tripulaciones quedaron estupefactos: no se advertía el menor síntoma del preciso control defensivo con el que siempre habían tenido que contar; en aquel momento parecía que los reflectores alemanes funcionasen a ciegas. Las instalaciones de radar que los dirigían eran ya inútiles, y en una situación parecida se encontraban las que dirigían el fuego de los cañones. Abandonados a sí mismos, los artilleros disparaban inútilmente hacia el cielo, sin ningún blanco determinado.

Libres del habitual tormento de los cazas en la fase de aproximación al objetivo y de la molestia de los reflectores y de los disparos de la artillería antiaérea, los aviones ingleses adoptaron la ruta de ataque sobre la prácticamente indefensa Hamburgo. Las señales amarillas lanzadas por los *Pathfinder* habían descendido con precisión alrededor del objetivo, y les habían seguido casi inmediatamente las rojas de la *Visual Marker Force*[1]. Siguiendo a éstas, así como a las señales verdes lanzadas a intervalos por algunos de los *Pathfinder*, las primeras oleadas de bombarderos soltaron su carga: decenas y decenas de gigantescas bombas rompedoras y miles de bombas incendiarias. En general, volando tan alto sobre el objetivo, los hombres no conseguían ver más que los resplandores que acompañaban a la explosión de sus bombas y las llamaradas de unos cuantos incendios provocados por las incendiarias; pero, en esta ocasión a las 01,10 se produjo una explosión que iluminó el cielo a lo largo y a lo ancho de kilómetros de extensión.

Después del bombardeo, los aviones de la RAF volaron en dirección Sur, durante seis minutos, con el fin de alejarse del objetivo. Después, los pilotos volvieron a seguir una ruta hacia el Noroeste, paralela a la que habían seguido para llegar. Para los que regresaban de la acción no existía ninguna duda de que esta novedad del sistema *Window* funcionaba muy bien.

Del gran número de bombarderos que habían tomado parte en la acción, sólo se perdieron doce (el 1,5 %). El nuevo invento constituía, pues, un gran éxito.

Sin embargo, sir Arthur Harris había advertido ya que la «batalla de Hamburgo» no se ganaría en una noche. «Hemos calculado que han de lanzarse por lo menos 10.000 toneladas de bombas para completar el proceso de destrucción. Para conseguir el máximo efecto, debe someterse a la ciudad a un ataque prolongado.»

Fue así como el mando de bombarderos de la RAF lanzó otro ataque contra Hamburgo a las 00,57 horas del 28 de julio. Esta vez, los 722 bombarderos que participaron en la incursión sobrevolaron la ciudad de Noroeste a Sudeste, y a las 01,12 los pilotos que llegaban para lanzar su nueva carga de bombas pudieron ver, en tierra, una extensa alfombra de fuego que cubría casi por completo el barrio nororiental de la urbe. Y en este infierno, los aviones de las oleadas sucesivas descargaron miles de bombas incendiarias y de alto explosivo.

El huracán de fuego

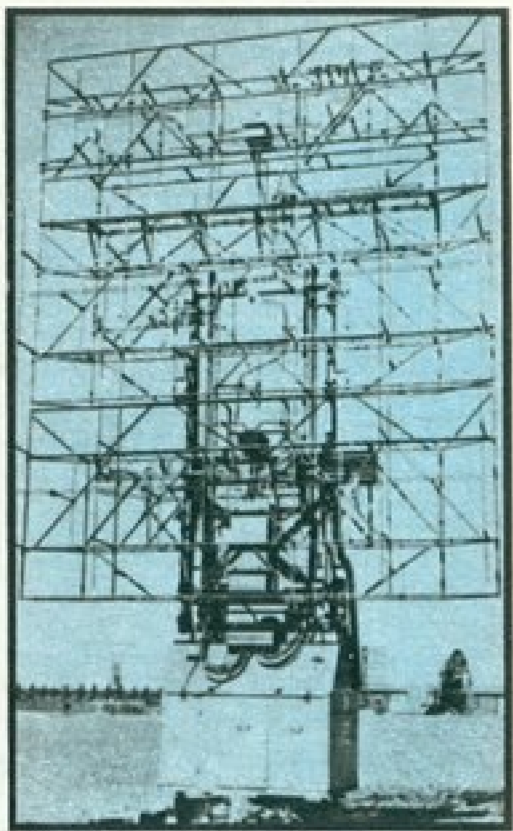
Un huracán de fuego es una cosa terriblemente sencilla. Un gran número de incendios calienta la capa de aire inmediatamente superior y, mientras esta masa de aire caliente asciende, acude más aire a ocupar su lugar; esta nueva masa de aire atiza las llamas, hasta que acaba calentándose también y comienza a su vez su movimiento ascendente; este proceso se va repitiendo sin cesar y las llamas se extienden cada vez con mayor vigor. Un fenómeno de este tipo ocurrió en Hamburgo. En algunos puntos la temperatura sobrepasó muy pronto los 1000° C y las fortísimas corrientes covectivas provocaban vientos cuya velocidad llegaba a los 240 km por hora: una fuerza doble de la de los ciclones tropicales. A medida que el aire atraído por los incendios avivaba las llamas, los incendios aumentaban, hasta que llegaron a aumentar tanto y tanto que cubrían, en una sola masa de fuego, una extensión de 5,5 km de longitud y 4 de anchura. El general de división Kehrl, jefe de la defensa civil de Hamburgo, refirió posteriormente:

«Las escenas de terror que tuvieron lugar en el área arrollada por el huracán de fuego son indescriptibles. La fuerza del viento arrancaba a los niños de las manos de sus padres y los lanzaba en medio de las llamas. Personas que ya se creían a salvo caían al suelo, derribadas por el calor insoportable, y morían en un momento. Los que intentaban huir tenían que pasar sobre los cuerpos de los muertos y de los moribundos. Los miembros de la defensa pasiva tenían que dejar a los enfermos y heridos, pues ellos mismos corrían el peligro de abrasarse vivos...».

[1] Unidades especializadas en la delimitación de los objetivos con señales luminosas.

EL ESCUDO DEFENSIVO ALEMÁN Y LAS EXTRAÑAS CONTRAMEDIDAS INGLESAS





En 1943 los alemanes habían ultimado un eficaz sistema defensivo contra los ataques aéreos nocturnos británicos. 1. Desde una serie de puntos, distribuidos con un intervalo de una treintena de kilómetros entre sí, a lo largo de toda Europa septentrional, una cadena de radar de amplio radio, tipo "Freya" (antena cuadrada, en la fotografía del extremo derecho), podía descubrir los bombarderos a gran distancia (rayo rojo). 2. Cuando éstos se aproximaban, eran descubiertos (rayo celeste de la derecha) por una segunda cadena de radar de breve radio tipo "Würzburg" (antena circular en la foto de la derecha), en comunicación con un caza nocturno, en vuelo sobre la zona (rayo celeste de la izquierda). El caza era guiado entonces con instrucciones por radio hacia el bombardero (3), hasta que lograba localizarlo con su radar de a bordo, tipo "Lichtenstein" (trazo naranja). 4. La contramedida adoptada por los ingleses, llamada "Window" (ventana), era muy sencilla: en los tubos catódicos de los radares tipo "Würzburg" (A,B,C), la posición del blanco estaba indicada con un signo que aparecía sobre un círculo (A) y sobre dos líneas de referencia, una vertical y una horizontal (B y C). Cuando estos signos estaban centrados, el radar recogía el objetivo. Los ingleses descubrieron que, esparciendo en el aire grandes cantidades de tiras de aluminio, las indicaciones reflejadas en los tubos catódicos quedaban muy alteradas y, en consecuencia, resultaba imposible todo cálculo exacto (a,b,c). Desde entonces lanzaron grandes cantidades de estas tiras que, en la práctica, "cegaban" los radares.



A la mañana siguiente (29 de julio) el *Gauleiter* Kaufmann dispuso que todos los paisanos cuyo trabajo no fuera indispensable dejasen Hamburgo. No hubo necesidad de repetirlo. Entre el amanecer y la caída de la tarde, casi un millón de personas, muchas de ellas envueltas en vendas, se alejaron en masa de la ciudad.

Para aumentar la catástrofe, los bombarderos ingleses bombardearon de nuevo Hamburgo el 30 de julio y el 2 de agosto. Jamás se ha podido calcular el número de personas que murieron en estas acciones, pero fuentes fidedignas lo sitúan alrededor de 50.000.

Después del desastre de Hamburgo las tácticas de los cazas nocturnos alemanes se sometieron a una radical reorganización. El sistema basado en el estrecho control desde tierra, preparado por el general Kammhuber, fue en gran parte abandonado, y en su lugar la *Luftwaffe* introdujo dos nuevos métodos de combate nocturno: el *Wilde Sau* (cerdo salvaje) y el *Zahme Sau* (cerdo doméstico). Asimismo se destituyó a Kammhuber, quien fue sustituido por el general Josef Schmid.

La táctica del *Wilde Sau* requería la concentración de los cazas nocturnos sobre el objetivo. Allí, el gran número de reflectores, las grandes explosiones y las mismas señales luminosas de los *Pathfinder* ingleses iluminaban el cielo en una extensión de muchos kilómetros, revelando así a los cazas alemanes la posición de los bombarderos. De esta manera, los cazas podían atacar guiándose por la vista y no había necesidad de utilizar los aparatos biplazas provistos de radar, bastante costosos y hasta entonces indispensables. Lo más importante era que el sistema *Window* no podía neutralizar en modo alguno esta nueva táctica defensiva. Bajo el mando del comandante Hajo Hermann, creador del nuevo sistema, se construyeron numerosas unidades especializadas en la táctica del *Wilde Sau*, dotadas de *Messerschmitt Me-109* monoplazas y de cazas diurnos *Focke-Wulf FW-190*.

Los cazas nocturnos biplazas, dotados de radar también podían operar contra el blanco siguiendo técnicas análogas a la del *Wilde Sau*; mas, para aprovechar plenamente sus capacidades potenciales, el coronel von Lossberg, experto en combates nocturnos, ideó el método *Zahme Sau*. Su idea consistía en que las estaciones de control de tierra en las que se observasen distorsiones debidas a la contramedida inglesa, dirigiesen los cazas hacia la zona donde la concentración de tiras de aluminio fuera más densa; una vez allí, los pilotos alemanes tendrían que buscar a sus presas.

Lossberg esperaba que dirigiendo a los cazas nocturnos hacia las formaciones de bombarderos y disponiéndolos en su misma ruta, sería posible entablar batallas de larga duración, que debían prolongarse todo el tiempo que los bombarderos permaneciesen volando sobre los territorios de la Europa ocupada.

Naturalmente, para que se pudieran aplicar con éxito las dos nuevas tácticas, se requerían informaciones precisas y frecuentes sobre la posición de las formaciones enemigas; y ocurría que, mientras a lo largo de la vieja línea *Himmelbett* la red de instalaciones de radar era bastante densa y eficiente, en otras zonas de Alemania las instalaciones eran relativamente escasas y muy alejadas unas de otras.

Bombarderos británicos sobrevolando el cielo de Hamburgo, donde dejaron caer una enorme carga de bombas en el ataque aéreo desencadenado el 28 de julio de 1943. Esta acción, que siguió a una primera incursión efectuada el 24-25 de julio, la llevaron a cabo 722 bombarderos y paralizó completamente la vida de la ciudad. *(Imperial War Museum)*

El personal de la *Luftwaffe* encargado de los servicios de avistamiento trabajaba para desplazar las instalaciones de radar a fin de cubrir la nueva y más amplia zona de combate; pero, mientras tanto, se tenía que descubrir algún sistema para controlar las interminables formaciones de bombarderos británicos. Afortunadamente para los alemanes, la solución se la ofrecieron los mismos ingleses.

Para localizar los objetivos, los hombres de los *Pathfinder* de la RAF utilizaban el *H2S*, que a la sazón era uno de los dispositivos de radar más avanzados que existían. El servicio de avistamiento alemán aprovechó precisamente este factor, montando una cadena de estaciones radiogoniométricas *Naxburg* y *Korfu* que podían seguir las fuentes de las características señales del *H2S*. Como los *Pathfinder* iban a la cabeza de las formaciones de bombarderos, esta genial idea permitía seguir a las fuerzas atacantes con un alto grado de precisión y casi desde el momento del despegue hasta el del aterrizaje. A fines del verano de 1943, a medida que los cazas alemanes se iban familiarizando con las nuevas tácticas, las pérdidas inglesas comenzaron de nuevo a aumentar. Pero

tanto el método *Wilde Sau* como el *Zahme Sau* dependían del flujo continuo de mensajes de radio enviados por potentes transmisores terrestres, que comunicaban a los pilotos de caza informaciones precisas sobre la posición, la altura, la ruta y la entidad aproximada de las formaciones atacantes. Y por ello, en cuanto consiguieron interceptar estas transmisiones, los oficiales del Servicio de Información inglés comprendieron que si lograban impedir que los pilotos recibieran aquellas valiosas informaciones se podrían neutralizar las nuevas tácticas.

Así, pues, una vez más era necesario acelerar la preparación de contramedidas en el campo de las transmisiones radio. Esta vez el objetivo lo constituyeron los canales de radio utilizados para enviar los mensajes a los pilotos de los cazas alemanes; estos canales se distorsionaron rápidamente, transformándolos en una mezcla de gemidos, silbidos y murmullos. No obstante, la *Luftwaffe* no tardó en reaccionar, transmitiendo las órdenes simultáneamente en gran número de frecuencias distintas e introduciendo transmisores de potencia mucho mayor.

Entre fines del verano y comienzos del otoño de 1943 empezaron a entrar en servicio los primeros cazas nocturnos alemanes dotados de un nuevo dispositivo de radar, denominado *SN-2*, en sustitución del *Lichtenstein*, que había demostrado su vulnerabilidad ante el sistema *Window*. Funcionando a una frecuencia mucho más baja que el radar anterior, el *SN-2* conseguía «ver» bastante bien a través de las nubes de *Window*. La introducción del nuevo tipo de radar, junto con la utilización de las nuevas tácticas *Zahme Sau*, iba a tener importantes repercusiones en los acontecimientos del próximo invierno.

El 3 de noviembre de 1943, el teniente general del Aire sir Arthur Harris escribió, en un informe destinado a Churchill: «Si participa también la USAAF podemos destruir Berlín de parte a parte. Nos puede costar 400-500 aviones, pero a Alemania le costará la guerra.»

Se trataba de un tipo de promesa ante la que Churchill no podía resisitir, por lo que Harris recibió la autorización para preparar la «batalla de Berlín». Sin embargo, las fuerzas de bombarderos americanas estaban aún en fase de recuperación después del intento de hacer pasar, en pleno día, formaciones de bombarderos sin escolta a través de las defensas antiaéreas alemanas. En el curso de este intento habían sufrido gravísimas pérdidas, y no estaban ahora en condiciones de operar contra Berlín. Así, pues, Harris decidió actuar solo.

El primero de la nueva serie de ataques contra la capital alemana se lanzó el 18 de noviembre de 1943, y sólo nueve de los 444 bombarderos que en él participaron no regresaron a su base. Berlín fue atacado otras tres veces en noviembre y cuatro en diciembre, y teniendo en cuenta la importancia del objetivo, en todas estas incursiones las pérdidas fueron sorprendentemente insignificantes.

El comienzo, pues, era prometedor; pero, a principios del nuevo año, las pérdidad volvieron a aumentar a un ritmo alarmante. La primera de una serie de largas y sangrientas batallas se libró el 21 de enero por la noche: de los 648 aviones enviados a bombardear Magdeburgo se perdieron 55. Aquella noche, a pesar de la enérgica reacción de los hombres de los bombarderos, los alemanes sólo perdieron siete aviones, si bien uno de ellos era un caza *Junker-88*, pilotado por el más famoso as de la Aviación alemana, el comandante de Aviación príncipe Sayn Wittgenstein, que tenía en su hoja de servicios 83 aviones enemigos derribados.

Al ir pasando las semanas, las defensas alemanas infligían pérdidas cada vez más graves a las formaciones de bombarderos británicos. El 28 de enero, de los 683 aviones que tomaron parte en una incursión contra Berlín, 43 no volvieron, y el mes siguiente las cosas fueron aún peor. El 15 de febrero, de los 891 aviones utilizados en una enésima incursión contra la capital alemana, 42 fueron derribados, y cuatro días después se perdieron 78 de los 823 aviones enviados a Leipzig. En marzo se perdieron 72 de los 811 bombarderos mandados el 24 a atacar Berlín. Ni siquiera el buen resultado de una incursión efectuada dos días después contra Essen, en la cual sólo se perdieron nueve bombarderos, pudo atenuar las tremendas pérdidas totales.

Durante este período, la capacidad de los alemanes para aprovechar las mismas señales de radio de los bombarderos llegó a un altísimo grado de eficiencia. Y el hecho de que sir Arthur Harris continuase mandando aviones dotados de *H2S*, aunque se daba perfecta cuenta de los peligros que ello suponía, no se debía ciertamente a la inocente esperanza de que los alemanes dejaran escapar aquella favorable ocasión. En realidad, se trataba de encontrar la mejor fórmula de compromiso posible entre dos cosas opuestas: por un lado, la eficiencia de los bombarderos para localizar y destruir objetivos, por otro, el riesgo que ello comportaba. Desmontando los *H2S* de sus aviones, indudablemente se reducirían las pérdidas; pero, privando a los bombarderos de la única instalación de radar que podía utilizarse sobre Berlín, su fuerza de choque disminuiría en gran manera. Si, como creía Harris sinceramente, fuera posible repetir el éxito de Hamburgo en cinco o seis importantes ciudades alemanas, obligando así con bombas a que Alemania abandonase la guerra, el resultado sería lo suficientemente importante para justificar los mayores riesgos.

Pero el mando de bombarderos no volvió a efectuar más incursiones contra Alemania hasta el 30 de marzo. Para Harris se trataba del intento final de aniquilar una gran ciudad alemana antes de que el control operativo de sus aviones pasase a manos del general Eisenhower, como preparación para la inminente invasión de Europa. Y el objetivo elegido para los 781 bombarderos fue Nuremberg.

En esta incursión, aun antes de que los aviones de cabeza hubieran sobrevolado la costa de Gran Bretaña, el servicio de avistamiento alemán, siempre alerta, había deducido exactamente, por las señales reflejadas de los *H2S*, la dirección de aproximación.

Gracias a las informaciones del servicio de avistamiento, el jefe de la oficina de operaciones de la 3.ª División de cazas de la *Lutwaffe* pudo ordenar oportunamente a sus hombres que se reunieran sobre el radiofaro *Ida*, en la línea de vuelo de los aparatos ingleses.

A causa de los fuertes vientos, la formación inglesa perdió pronto su cohesión, hasta tal extremo que, antes de llegar al primer punto de referencia, los aviones estaban avanzando en un frente de 65 km de anchura. Además, cada minuto, la combustión del carburante de los motores producía más de 4 litros de agua en forma de vapor; en condiciones normales, el vapor se dispersaba, pero en aquella noche helada el vapor se condensaba, y las largas estelas blancas de condensación, suspendidas en el cielo, seguían implacablemente a los bombarderos. Era una noche despejada, y la claridad lunar daba a las estelas de vapor un aspecto fosforescente.

La barrera de distorsiones de radio efectuada por los ingleses fue más eficaz que nunca. Un oficial alemán, encargado del radar anotó: «Transmisiones *VHF* (de muy alta frecuencia) de la unidad distorsionadas por sonidos de campanas. Tráfico R/T (radiotelegráfico) casi imposible. Transmisiones *HF* (de alta frecuencia) de la unidad distorsionadas por fragmentos de discursos de Hitler. Frecuencia alterna de la unidad y frecuencias de división distorsionadas fuertemente...».

Pero cuando la masa de los bombarderos pasó casi exactamente sobre el radiofaro *Ida*, donde los cazas alemanes la estaban esperando, las distorsiones de radio sirvieron para muy poco.

Fue precisamente sobre el citado radiofaro donde la 3.ª División de la *Luftwaffe* comenzó la batalla, y pocos minutos después, ante los aterrados ojos de los aviadores ingleses, comenzó un horrible espectáculo: uno tras otro, los bombarderos caían envueltos en llamas. Fue este el comienzo de una batalla aérea que se extendió a lo largo de 400 km, pues mientras se estaban disparando las primeras ráfagas, otras divisiones de cazas convergían hacia los bombarderos desde toda Alemania. A la 2.ª, procedente del norte de Alemania, la guiaron hacia el lugar del combate los radiofaros *Ludwing* e *Ida*; la 1.ª, partiendo de bases situadas en la zona de Berlín, se dirigió hacia el Oeste, siguiendo una ruta que la llevaría a interceptar a los bombarderos, y llegó finalmente a donde se encontraba la formación enemiga gracias a las indicaciones del radiofaro *Dora*; por último, la 7.ª División de cazas despegó del sur de Alemania y la guió hasta el lugar el radiofaro *Otto*.

En conjunto entraron en acción 21 escuadrones de cazas nocturnos, con un total de unos 200 aviones: la noche se prestaba de forma ideal para la táctica *Zahme Sau*, y los pilotos alemanes la aplicaron con asombrosa eficacia.

En la cota de vuelo de los bombarderos soplaba un viento de cola de unos 80 km por hora, que arrastró a muchos de los aviones atacantes bastante más al este de la ruta prevista, especialmente durante la última parte del vuelo de aproximación al objetivo. Por ello los alemanes tuvieron algunas dificultades para comprender hacia qué objetivo se dirigían los ingleses; pero si podía caber alguna duda en cuanto a la meta no existía ninguna en lo que respecta a la ruta que habían seguido: desde el radiofaro *Ida* en adelante el recorrido estaba claramente marcado por los restos de los aviones que ardían en el suelo. Hasta la 01,52 horas, dos minutos antes del previsto comienzo del bombardeo, en los mensajes emitidos por los alemanes no se mencionó el nombre de Nuremberg.

Puesto que el fuerte viento y la continua actividad del hostigamiento de los cazas nocturnos habían hecho perder a las formaciones británicas la cohesión necesaria, la incursión sobre Nuremberg fue dispersa e ineficaz. Es más, cuando la formación atacante se alejó del objetivo para volver a su base, ya se había dispersado de tal forma que los cazas alemanes perdieron casi por completo el contacto y los aparatos supervivientes pudieron regresar casi sin ser hostigados.

Para el mando de bombarderos el precio de la incursión sobre Nuremberg fue ciertamente muy elevado: entre *Lancaster* y *Halifax* fueron 94 los aviones que no regresaron, y la audaz tentativa de sir Arthur Harris de poner fin a la guerra mediante bombardeos estratégicos resultó un fracaso. Un fracaso tan grande que casi paralizó al mando de bombarderos: en el curso de las 35 grandes incursiones lanzadas entre el 18 de noviembre de 1943 y el 31 de marzo de 1944 había perdido 1047 aviones; otros 1682 se vieron obligados a aterrizajes forzosos, después de haber experimentado graves averías. Y a todo eso, aunque duramente castigada, Alemania se mostraba más belicosa que nunca.

En el aire, a lo largo de las rutas de Berlín, Magdeburgo, Leipzig y Nuremberg, los tripulantes de los cazas nocturnos alemanes habían vengado la humillación sufrida en Hamburgo en el verano de 1943. Ahora, en la primavera de 1944, se hallaban en la cumbre del triunfo, animados del mayor entusiasmo y con plena fe en las nuevas tácticas *Zahme Sau*.

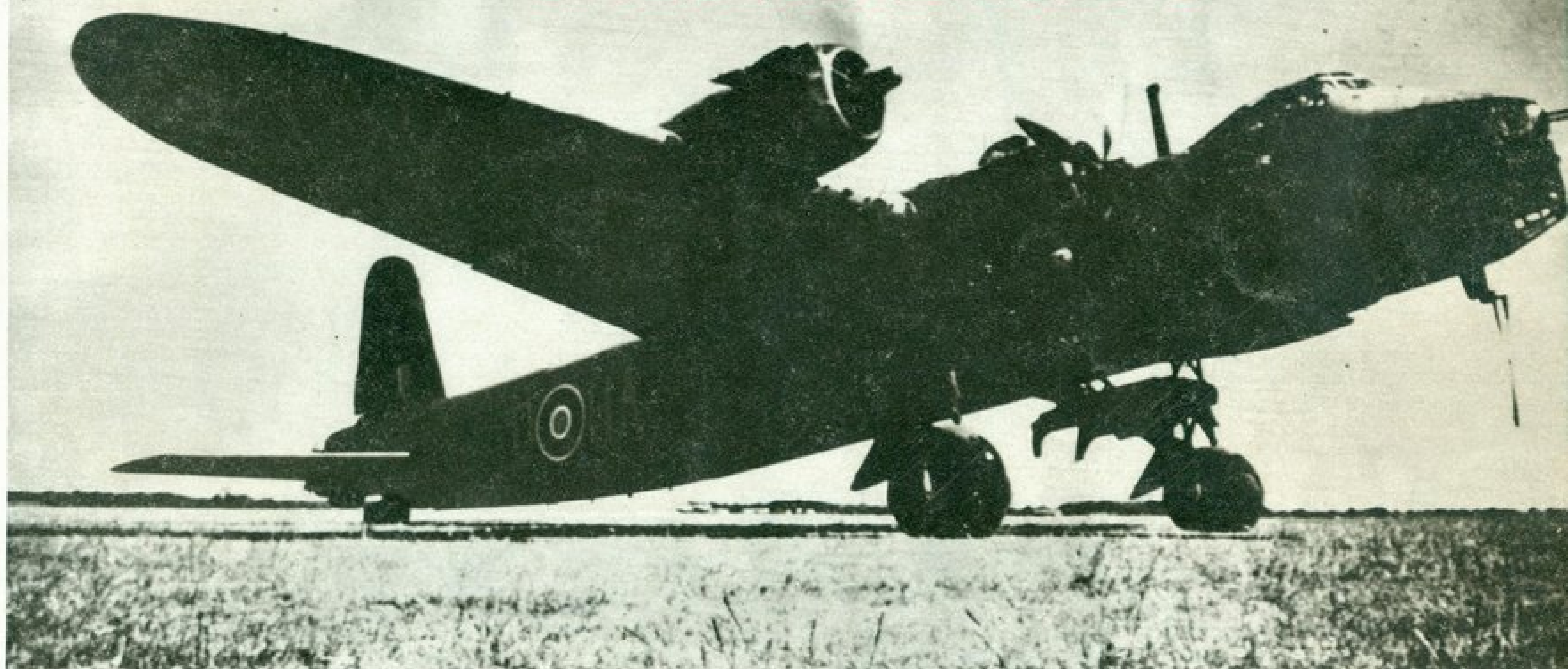


ALFRED PRICE, CAPITÁN

Nació en 1936 y cursó sus estudios en la Glynn Grammar School de Ewell. Es oficial en servicio activo de la RAF, especializado en el campo de la electrónica; además es instructor en el mando de bombarderos, enseñando a los alumnos pilotos los procedimientos tácticos para alcanzar un objetivo. En su libro *Instruments of Darkness*, publicado en 1967, describe la lucha por la supremacía técnica y táctica en el campo de los aparatos de radar durante la segunda Guerra Mundial.

Alemania, 21-22 de junio de 1943

UN BOMBARDERO DE LA RAF DERRIBADO



Alfred Price, capitán

"Uno de nuestros aparatos no ha vuelto..." Ofrecemos en este capítulo la descripción del último vuelo de un Stirling BK-712, *narración basada en informes fidedignos de la* Luftwaffe.

LA TRIPULACIÓN Y SU OBJETIVO

La ciudad alemana de Krefeld se encuentra a escasa distancia de la frontera holandesa, en el extremo más occidental de la gran cuenca industrial del Ruhr. Famosa desde el siglo XVII por sus sederías –industria introducida por los hugonotes franceses que habían abandonado su país para escapar de las persecuciones religiosas–, en Krefeld había además talleres mecánicos y fábricas de jabón y de productos químicos. En los años de la guerra contaba con más de 150.000 habitantes. Esta ciudad, la noche del 21 al 22 de junio sufrió un ataque por parte de 705 aviones del mando de bombarderos de la RAF.

Se trató de una incursión típica en muchos de sus aspectos. La señal para el comienzo del bombardeo la dio un *Mosquito* de la unidad *Pathfinder* (aviones guías), que volaba a alta cota. Este avión empleó la denominada técnica de bombardeo *Oboe*, método de gran precisión, cuya línea de ataque se controlaba constantemente desde las estaciones de radar especiales situadas en Inglaterra. El *Mosquito* llevaba a bordo únicamente cuatro de las nuevas bombas iluminadoras para la delimitación del objetivo, dispositivo muy reciente y eficaz que se había adoptado hacía tan sólo una semana. Se soltaban como bombas explosivas corrientes, con la diferencia de que estallaban a 300 metros del suelo, lanzando 60 bengalas de un rojo brillante. Las bengalas se esparcían por el aire y luego caían, formando en el terreno un círculo

de fuego de un diámetro de 90 metros. Como ardían durante tres únicos minutos, en la incursión sobre Krefeld, que según los planes debía durar 53 minutos, otros aviones guías lo relevarían, como en las antiguas postas, a fin de renovar el lanzamiento de bengalas sobre los objetivos: en total, llevarían a cabo esta misión 85 aviones.

A la 1,32 horas, cinco minutos exactos después del lanzamiento de las primeras bengalas, la oleada inicial de bombarderos, compuesta por 104 *Lancaster*, confiados a tripulaciones muy seleccionadas, lanzó su carga explosiva sobre las vívidas manchas rojas que ardían en el suelo. Los otros 516 bombarderos los seguirían en cuatro oleadas distintas.

Con el fin de contrarrestar eficazmente la reacción de la caza alemana a lo largo de la ruta de aproximación, las tripulaciones de los bombarderos atacantes habían recibido la orden de hacer lo posible para mantener los aparatos unidos, de manera que formasen una «riada» compacta. En efecto, el paso de 705 aviones en 53 minutos significaba una media de 14 aparatos por minuto sobre el objetivo. Y como un caza alemán, guiado por el radar necesitaba unos diez minutos para la interceptación y una estación de radar terrestre sólo podía guiar un caza cada vez, la táctica de mantener los bombarderos concentrados era muy útil para los atacantes.

Los 98 bombarderos *Stirling* de la 3.ª División aérea debían sobrevolar el objetivo desde la 1,49 a la 1,57, en el transcurso de la tercera oleada. El subteniente W. Skillinglaw, que formaba parte de dicha división, despegó con su *Stirling BK-712*, del 218 Escuadrón, del aeródromo de Downham Market, cerca de King's Lynn, a las 00,15. El avión llevaba más de 6 toneladas de bombas rompedoras e incendiarias, lo que constituía su carga máxima, que no había sido preciso reducir para dar cabida al carburante de reserva puesto que el recorrido hasta Krefeld y su retorno era inferior a los 800 km de autonomía.

Mientras el supercargado *Stirling* iba ganando altura, el navegante, sargento McArdle, estaba muy ocupado en su misión específica. El punto de reunión establecido para los aviones de la tercera oleada era Aldeburgh, en la costa de Suffolk, al sur de Lowestoft. Desde allí, los bombarderos debían dirigirse hacia el Este-Sudeste, ruta uno-cero-cinco grados, en línea recta hacia Krefeld.

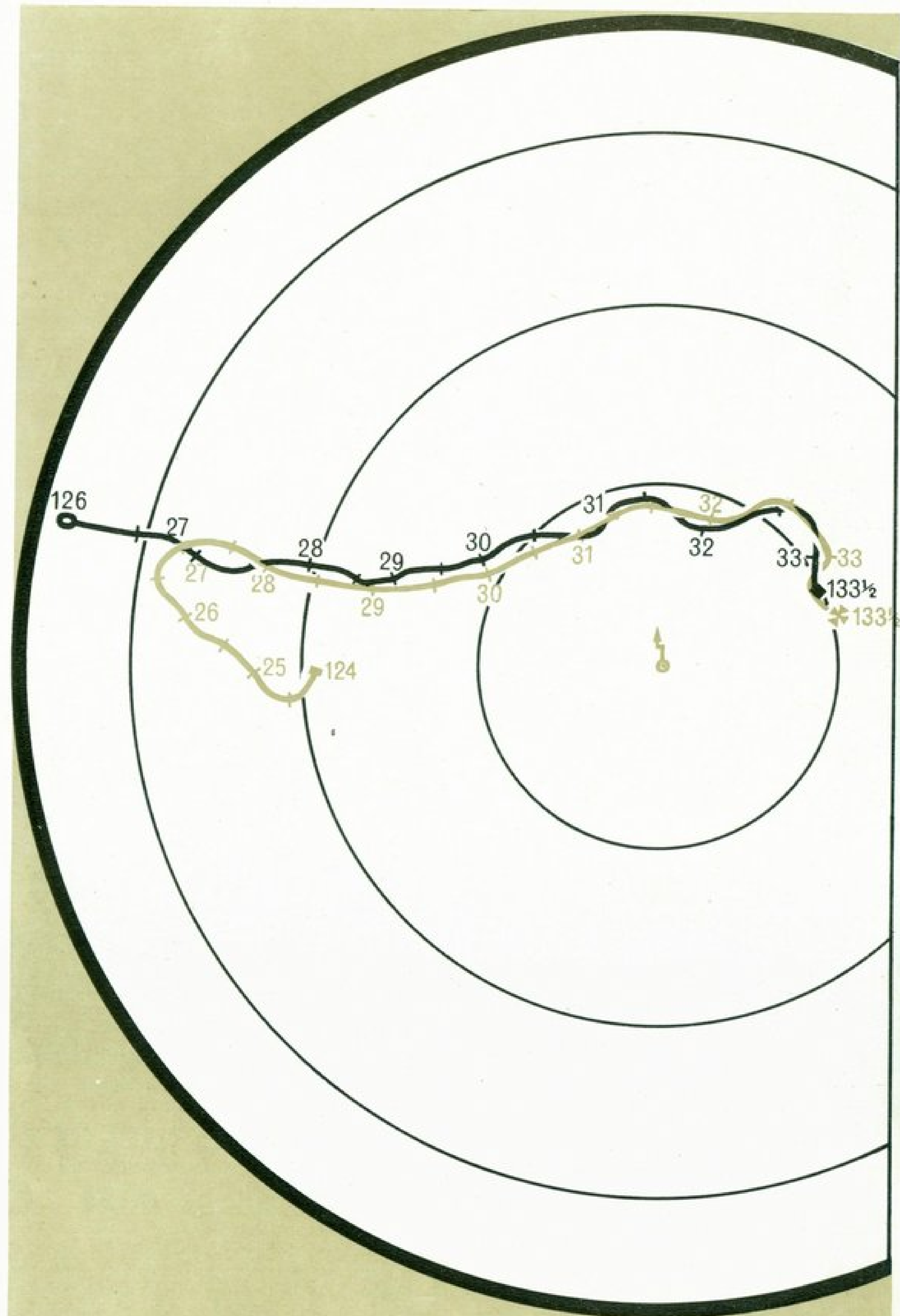
LA CAZA Y EL FINAL

Aquella noche prometía ser una desilusión para el subteniente Kühnel y para los hombres de la 13.ª compañía del Regimiento de transmisiones 211 de la *Luftwaffe*. La estación de radar en la que prestaban servicio, designada con el nombre convencional de «Herrerillo» y situada a 24 km de Bruselas, en dirección Nordeste, había recibido la alarma; pero esta vez las oleadas de los bombarderos británicos pasaban a más de 64 km al norte de la estación, fuera del alcance de su instalación radar de precisión *Würzburg* gigante. A la 1,10 horas, todas las estaciones de radar situadas más al Norte, «Hamster», «Mariposa», «Avispa», «Gorila», «Castor» y «Petirrojo», estaban bien ocupadas en dirigir a sus cazas contra los bombarderos que llegaban, mientras para la «Herrerillo» parecía que no había nada que hacer.

Poco después los servicios de *Freya*, el radar de largo alcance de «Herrerillo», descubrieron un aparato aislado: si éste mantenía la ruta que seguía en aquel momento, no tardaría en acabar dentro del alcance de su radar de precisión. Pero los hombres que tripulaban el *Stirling BK-712* lo ignoraban. Se desconoce el motivo por el cual Skillinglaw y su tripulación se habían desviado, sobre Bélgica, de la ruta establecida, y ahora, a la 1,15 horas, se dirigían a Krefeld en dirección Este. Pero entre ellos y el objetivo se interponía la estación de radar «Herrerillo».

Y sobre la mencionada estación de radar estaba dando vueltas, a bordo de un *Messerschmitt-110*, el subteniente Heinz Wolfang Schnaufer, un piloto de veinte años que pertenecía al 2.º Grupo de la 1.ª División de cazas nocturnos. Schnaufer había despegado del aeródromo de Saint-Trond, cerca de Bruselas, a las 00,54. A la 1,20 horas, Kühnel le informó por radio de que se estaba aproximando un objetivo por el Oeste.

Una de las instalaciones de radar *Würzburg*, de la estación «Herrerillo», comenzó a seguir inmediatamente a Schnaufer, quien ya se dirigía al Oeste para intercep-



Este diagrama, reconstruido basándose en las señales recibidas por las instalaciones de precisión "Würzburg", en la estación de radar alemana "Herrerillo", situada a 24 km de Bruselas y en dirección Nordeste, representa los últimos siete minutos de vida del "Stirling BK-712". A la 1,26 horas del 23 de junio de 1943, los radares alemanes establecieron contacto con el bombardero británico (punto 126, línea negra) cuando éste, aislado del resto de la formación, se dirigía a Krefeld en misión de bombardeo. Guiado por los radares de tierra, el piloto de caza alemán, subteniente Schnaufer (línea gris), se aproximó al avión enemigo, y cuando se hallaba a una distancia de 45 metros del mismo, disparó sus mortíferas ráfagas. Herido de muerte, el "Stirling" se precipitó a tierra a la 1,33.

(Lesley Noke)



Kühnel, Lt.
Jägerleitoffizier

O.U., den 22.6.1943

Meldung

zum Dunkelnachtjagdabschuss Lt. Schnaufer - Lt.Baro

am 22.6.43 um 01.33 1/2 Uhr.

Ich melde der Gruppe, dass ich am 22.6.1943 um 06.00 Uhr am Aufschlagort der von Lt. Schnaufer am 22.6.43 um 01.33 1/2 Uhr abgeschossenen Short Stirling I war.
Der Bruch liegt 3 km nordostwärts Aarschot, Planquadrat NK 31 b.
Die Anzahl der feindlichen Besatzungsmitglieder beträgt 7, die sämtlich tot in den Trümmern der Maschine, zum Teil völlig verbrannt, lagen.
Durch den Aufschlagbrand ist die Short Stirling weitgehendst zerstört, das Höhenleitwerk mit Heckstand liegt ca. 1500 m vom übrigen Bruch entfernt.

Kühnel



Arriba: el subteniente Heinz Wolfang Schnaufer, el piloto de veinte años perteneciente a la 1.ª División de cazas nocturnos de la *Luftwaffe*, que la noche del 23 de junio de 1943 derribó al "Stirling BK-712". Este avión inglés era su decimotercera víctima.
(History of the Second World War)

A la derecha: los restos del "Stirling" tal como los encontró Kühnel, a 3 km al nordeste de Aarschot. El avión británico quedó completamente destrozado en la caída, a la que siguió un incendio. No se salvó ninguno de los siete hombres de la tripulación.
(History of the Second World War)

Arriba, a la derecha: el documento en el que el subteniente Kühnel, de la estación de radar "Herrerillo", informaba a sus superiores sobre el descubrimiento de los restos del "BK-712" inglés.
(History of the Second World War)

tar al enemigo. Mientras tanto, el suboficial Deller y sus seis hombres, encerrados en la cabina del segundo *Würzburg*, trataban de localizar al intruso en sus pantallas. A la 1,26 establecieron contacto con el *Stirling:* «Objetivo a 34 km de distancia, 4300 m de altura, rumbo 285º». En la pantalla de vidrio esmerilado de la estación de radar «Herrerillo», la luz roja que representaba la posición de Schnaufer, se le aproximaba lenta e inexorablemente. Medio minuto antes de que los dos aparatos, que volaban en direcciones casi diametralmente opuestas, se encontrasen, Kühnel ordenó a Schnaufer que virase a la derecha, describiendo casi un semicírculo. El piloto del *Messerschmitt* siguió rigurosamente las instrucciones, colocándose así a la cola del *Stirling*, cuya tripulación permanecía totalmente ajena al peligro.

En la cola del fuselaje del *Messerschmitt*, el operador de radar de Schnaufer, el subteniente Baro, inclinado sobre las pantallas, percibió finalmente lo que estaba buscando: una pequeña mancha luminosa, al principio apenas localizable, pero que luego se fue haciendo cada vez mayor y que surgía del revoloteo en la línea de base del osciloscopio: «Contacto a estribor, distancia 2500 metros.» Baro comenzó a transmitir a Schnaufer las informaciones respecto de los movimientos del bombardero y así continuó, sin interrupción, hasta la 1,30 horas, cuando el joven piloto alemán pudo distinguir, a 450 metros a la derecha y por encima de él, las llamas que salían de los tubos de descarga de gases del *Stirling*. Uno de los ametralladores del bombardero inglés vio entonces al aparato alemán mientras se aproximaba desde abajo y, en un intento por librarse del perseguidor, Skillinglaw lanzó bruscamente su avión en barrena. Pero todo fue inútil. El piloto alemán se aproximó hasta 45 metros, disparando con su potente armamento cada vez que podía tener al adversario en su punto de mira. El *Stirling* se estremeció al impacto de los disparos; luego, el fuselaje y las alas empezaron a arder.

El suboficial Schellenburg, de guardia en la 13.ª compañía, en la terraza de la estación «Herrerillo», había seguido el combate que se desarrolló a 4000 metros por encima de él. También los siguió, en las pantallas de radar, el suboficial Deffer. Mientras el bombardero caía, anotó con cuidado la posición en la cual la señal luminosa había desaparecido del radar: en aquel punto, con las primeras luces del alba, empezaría la búsqueda de los restos.

EL FIN: UN CONCISO TELEGRAMA

Apenas despuntó el día el subteniente Kühnel fue en busca de dichos restos, como era, desde luego, su deber, para verificar la exactitud del informe de Schnaufer. No fue una búsqueda difícil. Y cuando regresó al mando Kühnel comunicó a sus superiores:

«Los restos se encuentran a 3 km al nordeste de Aarschot, referencia en la carta topográfica NK 31B. Los siete hombres de la tripulación enemiga están muertos, encontrándose sus cadáveres entre los restos del avión, algunos completamente carbonizados. El Short Stirling *ha quedado totalmente destruido en la caída que siguió al incendio. Los planos y timón de cola y la torreta posterior se encuentran a unos 1500 metros del lugar de la caída.»*

El *Stirling* de Skillinglaw era la decimotercera «víctima» de Schnaufer. En el curso de la incursión sobre Krefeld el mando de bombarderos británico perdió otros 41 aviones, alrededor del 6 por ciento de las fuerzas empleadas; lo que quería decir que a la noche siguiente participarían en su primer ataque aéreo unas 40 nuevas tripulaciones. Sin embargo, también Krefeld sufrió duramente aquella noche del verano de 1943. Skillinglaw y sus compañeros no llegaron a su objetivo; pero sí llegaron los demás aparatos, y casi la mitad de Krefeld quedó reducida a un montón de escombros bajo un bombardeo extraordinariamente concentrado, en el que perdieron la vida más de 1000 de sus habitantes. Era aquella una guerra larga y dolorosa para todos; para los bombarderos de la RAF y para el pueblo alemán.



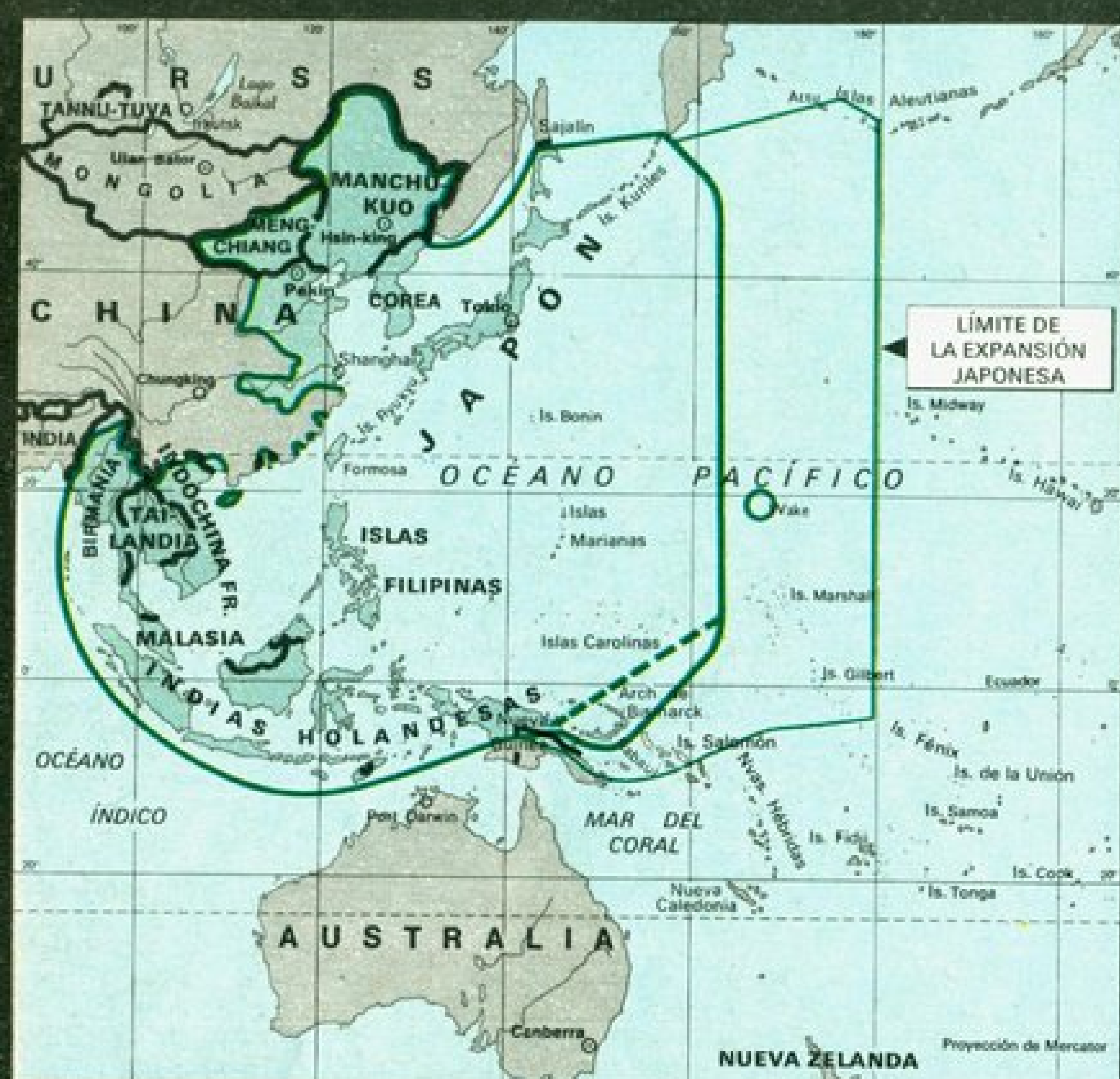
Mientras las bombas lanzadas por los aviones norteamericanos estallan en las proximidades de los buques japoneses fondeados en aguas del puerto de Rabaul, otras unidades niponas se alejan a toda máquina para evitar los efectos del bombardeo enemigo. En octubre de 1943, en lugar de lanzar un ataque directo contra Rabaul, los Aliados decidieron asegurarse su posesión aislando y neutralizando la base nipona con ininterrumpidas incursiones aéreas. *(US Air Force)*

SE CIERRA LA TRAMPA SOBRE RABAUL

David Mason

En octubre de 1943 los estrategas aliados en el Pacífico ya habían llegado a la conclusión de que no era necesario conquistar por asalto la posición japonesa de Rabaul. Podrían lograr el mismo resultado, sin empeñar tantas fuerzas y con menos pérdidas, ocupando Nueva Bretaña occidental y las islas del Almirantazgo, de manera que aislaran la base nipona. Mientras los hombres de Halsey se abrían camino, combatiendo a través de las Salomón, y se aproximaban a Rabaul por el Este, las fuerzas de MacArthur atacaban desde Nueva Guinea, y de este modo, en mayo de 1944, la base quedó definitivamente aislada del Imperio del "Sol Naciente".

(US Air Force)



El feliz desenlace del plan "Elkton", ideado por MacArthur, asestó un durísimo golpe al poderío nipón. Los japoneses, cuyo potencial en hombres y en material estaba disminuyendo peligrosamente a consecuencia de las muchas derrotas sufridas, ya no estaban en condiciones de resistir la apremiante presión ejercida sobre ellos por los Aliados. En mayo de 1944, cuando las fuerzas japonesas perdieron Nueva Bretaña y las islas del Almirantazgo, empezó a perfilarse cual sería en el futuro el desarrollo de la guerra en aquel sector.

La posesión de Nueva Bretaña occidental era un factor de fundamental importancia en el avance aliado que se desarrollaba en dirección Noroeste y, a través del grupo de las Salomón, hacia las Filipinas. Las fuerzas del general McArthur y del almirante Halsey, que avanzaban paralelamente a lo largo de las costas de Nueva Guinea y a través de las Salomón, se exponían al riesgo de continuos ataques desde las bases aéreas japonesas, situadas en Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y en las islas del Almirantazgo. La principal base enemiga en aquel sector era Rabaul, con sus cinco aeródromos, con un magnífico puerto natural y con una guarnición de unos 10.000 hombres.

El plan original había considerado la posibilidad de desencadenar un ataque simultáneo en ambas direcciones para la conquista de esta base. Una vez cayera en poder de los Aliados, los japoneses de las Salomón quedarían aislados, se habría eliminado definitivamente la amenaza contra Australia y ya no habría obstáculos para el avance hacia Filipinas. Pero más tarde pareció evidente que se podrían obtener los mismos resultados limitándose a aislar Rabaul y neutralizándola con bombardeos ininterrumpidos. Y en efecto, ya en octubre de 1943 no se tomaba en consideración en ningún plan aliado la conquista de la base.

La ocupación del cabo Gloucester, además de representar un nuevo paso adelante en el intento de aislar Rabaul, permitiría a los Aliados mantener el dominio del mar y del aire en dos estrechos importantes, el de Dampier y el de Vitiaz, entre Nueva Guinea y Nueva Bretaña, protegiendo al mismo tiempo el flanco derecho de MacArthur en la siguiente fase de su avance a través de Nueva Guinea.

El plan general para la invasión de Nueva Bretaña occidental experimentó varias modificaciones antes de adoptar su forma definitiva, que se aprobó el 15 de diciembre, sólo 11 días antes del comienzo del ataque. La operación preveía un desembarco en la bahía de Borgen del 3.º Grupo de combate, formado por la 7.ª División de *marines*. Apenas se hubiera establecido sólidamente una cabeza de desembarco, el 2.º Grupo de combate, constituido por la 1.ª División de *marines*, se lanzaría más allá de su posición y desencadenaría un ataque al Norte, contra el aeródromo. Un batallón de dicha división desembarcaría en el lado opuesto del cabo Gloucester, con la misión de cerrar la carretera que corría a lo largo del cabo, apuntando al doble objetivo de poner obstáculos a una eventual retirada japonesa en aquella dirección e impedir el paso de posibles refuerzos.

Desembarcos simulados en Nueva Bretaña

Mientras se realizaban los preparativos para los desembarcos en el cabo Gloucester, se produjo otro desembarco, de carácter diversivo, en Arawe, en la costa meridional de Nueva Bretaña, donde una unidad de la División de caballería 1 llegó a tierra y se dirigió hacia el aeródromo, encontrando escasa resistencia. Las tropas avanzaron y localizaron la pista de aterrizaje, ya inutilizada y cubierta de hierba. La caballería se retiró, y durante los dos meses siguientes se batió sin demasiado interés en una campaña de escaramuzas contra los japoneses, sin tener intención de servirse efectivamente del aeródromo; en cambio los japoneses demostraron claramente su voluntad de defenderlo a toda costa. Su comandante, Shinjiro Komori, fue proclamado héroe nacional y se ganó una citación del emperador por su victoriosa resistencia.

A un centenar de kilómetros de distancia, a través de las montañas y de la jungla, los *marines* estaban empeñados en una campaña muy distinta.

La 7.ª División de *marines*, apenas desembarcada en la bahía de Borgen, se dio cuenta del motivo por el cual había tan pocos japoneses en el lugar. El general Iwao Matsuda, comandante nipón de Nueva Bretaña occidental, difícilmente podía prever un desembarco en aquellas playas, detrás de las cuales se extendía una zona de pantanos y de lodazales. En efecto, los *marines*, al adentrarse en la jungla, acabaron en un terreno que los cartógrafos habían definido, con ingenuo optimismo, «llanura húmeda». El ataque sufrió una detención por aquella causa. No obstante, los *marines* lograron luego avanzar y penetrar unos 800 metros hacia el interior, donde el terreno estaba seco, y hasta aquel momento sólo fueron objeto de disparos esporádicos de fusil.

La primera unidad que encontró una resistencia obstinada fue la 1.ª División, a la que se había confiado la misión de rebasar la cabeza de desembarco establecida por la 7.ª y conquistar el aeródromo. Apenas se hubo alejado de la limitada zona de la cabeza de desembarco, los japoneses abrieron fuego a quemarropa desde un complejo de cuatro *bunkers* y desde varias trincheras. Murió un comandante de compañía, y los *marines* se vieron muy pronto en la situación de tener que combatir en un terreno tan inhóspito. Los proyectiles de los *bazookas*, que tenían que haberse mostrado bastante eficaces, se hundían en la tierra blanda, sin hacer explosión. Probaron entonces a servirse de los lanzallamas, pero las llamas no lograban penetrar a través del espeso follaje empapado en agua. Entonces la tripulación de un vehículo oruga de desembarco se dirigió en medio de los *bunkers*, pero el vehículo se atascó entre dos árboles y los japoneses se precipitaron fuera y mataron a los dos ametralladores. Afortunadamente, el conductor recuperó su rapidez mental, liberó el vehículo y lo lanzó contra el *bunker* más próximo, al que hundió. Los *marines* se apresuraron a seguirlo y a desalojar a los japoneses supervivientes con el fuego de sus armas o lanzándoles granadas de mano. La primera y verdadera acción emprendida después del desembarco había costado a los *marines* 14 hombres: siete muertos y siete heridos. Pero alrededor yacían los cadáveres de unos 25 japoneses.

A 19 km de allí, en el lado occidental del cabo Gloucester, el fuego de los destructores, un ataque de bombarderos y el lanzamiento de cohetes por parte de los *DUKW* precedieron al ataque del Batallón II, que no encontró resistencia, sino sólo fortificaciones abandonadas. Al caer la tarde habían logrado establecer una sólida cabeza de desembarco a caballo de la carretera costera que los japoneses, probablemente, intentarían recorrer en un sentido o en otro.

En aquel momento, la 1.ª División de *marines* estaba preparada para reemprender el avance al Noroeste, hacia el aeródromo. Siguió poco más o menos la línea de la carretera costera, y cuando cayó la noche ya había cubierto un recorrido de casi 5 km.

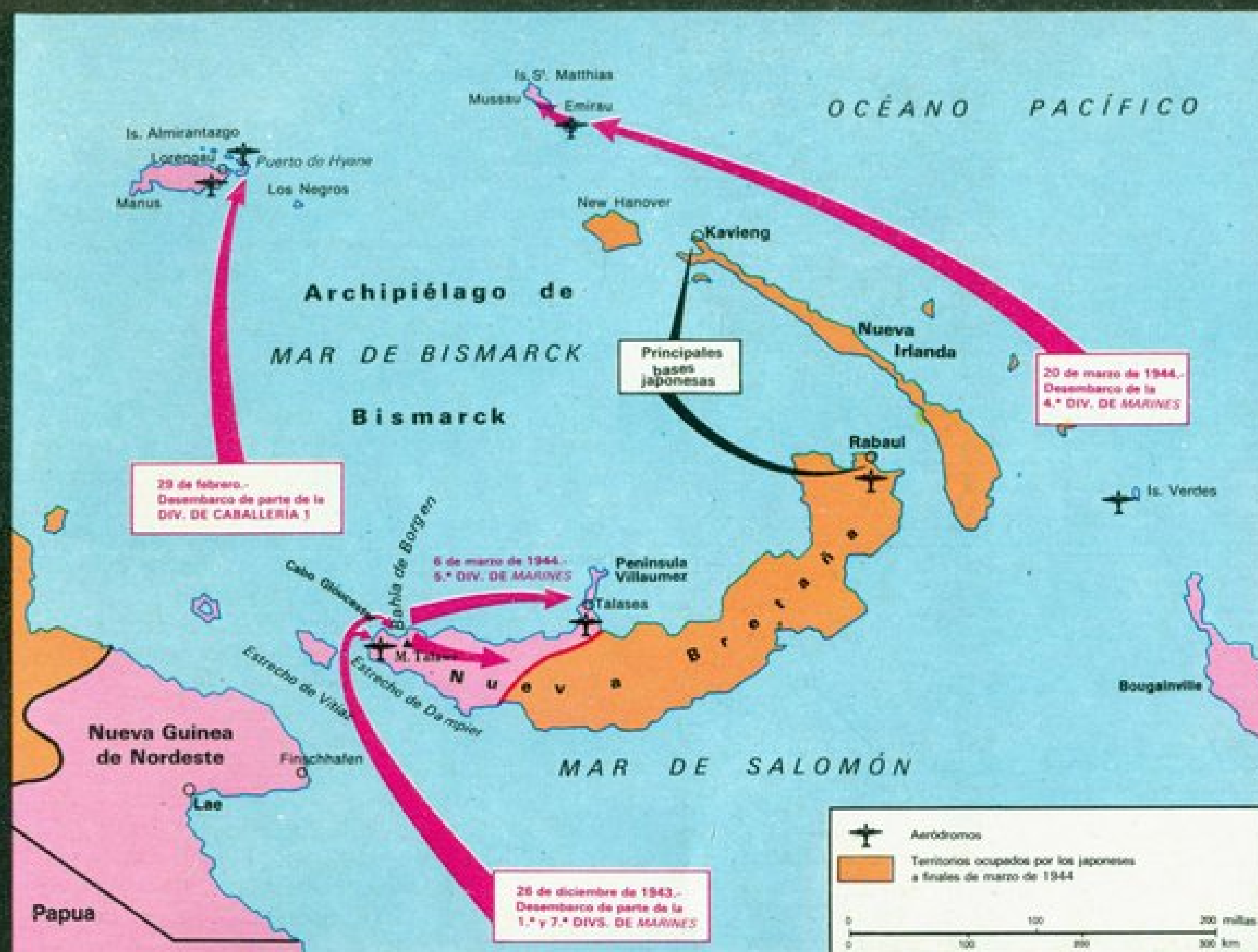
Se rechaza el contrataque japonés

Aquella noche los japoneses intentaron resueltamente aislar a los *marines*, atacando al Batallón II de la 7.ª División en la cabeza de desembarco principal; pero no lograron penetrar en las defensas y durante aquel encarnizado combate nocturno cayeron más de 200 japoneses.

Al día siguiente poco después de las 12, el avance de la 1.ª División de marines fue detenido por el fuego de morteros, ametralladoras y fusiles, que surgió de improviso de una serie de doce *bunkers*, disparando a quemarropa con sus cañones de 75 mm; luego las escuadras de *marines* –apoyando una a cada carro de combate– se encargaron de eliminar a los japoneses supervivientes. El combate en este punto de la carretera, que los *marines* bautizaron con el nombre de Hell's Point (punto del infierno), costó la vida a 266 japoneses. Las bajas norteamericanas se redujeron a 9 muertos y 36 heridos.

Esta fue la única defensa organizada del aeródromo. El 29 de diciembre, los *marines* habían llegado a las proximidades de su margen oriental, donde la jungla, más húmeda que nunca después de los tres primeros días del nuevo monzón, se ensanchaba en una amplia extensión cubierta de hierba *kunai*, en la que el regimiento pudo desplegar sus unidades según las reglas de los manuales y avanzar de modo espectacular, con los carros de combate haciendo de batidores.

Sólo al día siguiente se supo por qué los japoneses no estuvieron presentes en la defensa del aeródromo. Evidentemente se habían retirado al





A la izquierda: las fases finales del plan "Elkton". Con el fin de neutralizar los reductos japoneses de Kavieng y de Rabaul, los norteamericanos se aseguraron, mediante una serie de ataques, la posesión de las bases periféricas de Nueva Bretaña occidental y de las islas del Almirantazgo y de Saint Matthias. Las acciones ofensivas empezaron el 26 de diciembre de 1943, y cuando llegaron a su fin, en mayo de 1944, Kavieng y Rabaul estaban completamente aisladas y por lo tanto reducidas a la impotencia. Arriba: los ataques norteamericanos contra las islas del Almirantazgo se iniciaron el 29 de febrero de 1944 mediante desembarcos efectuados en el puerto de Hyane, en la isla de Los Negros. Después de haber avanzado por la orilla occidental del puerto de Seeadler, el 12 de marzo las fuerzas americanas conquistaron el islote de Hauwei, en el que situaron su artillería para apoyar el desembarco en Manus, realizado el 15 de marzo. El 25 cesó la resistencia organizada y el 18 de mayo, ultimadas las operaciones de limpieza de los grupos enemigos aislados, terminó oficialmente la campaña en las islas del Almirantazgo.

pie de las alturas, al sur de la pista, y entonces, abalanzándose de sus posiciones individuales, se lanzaron al asalto con su típico grito de «Banzai!». Se los rechazó con el fuego de los morteros y de la artillería, y al final con un ataque de los carros de combate. Al terminar la jornada, los supervivientes se vieron obligados a buscar refugio, esta vez definitivamente, en las alturas.

El aeródromo del cabo Gloucester, cualquiera que fuese su valor, fue regalo de Año Nuevo que MacArthur ofreció al pueblo norteamericano. Desde luego, era dudoso el valor que de momento podía tener esta conquista: las dos pistas de aterrizaje habían sido bombardeadas repetidamente por los norteamericanos y ahora, que habían pasado a poder de éstos, las bombardeaban los japoneses. Los ingenieros tuvieron que proceder a limpiarlas de los restos de 27 aviones antes de poder comenzar los trabajos de preparación, y además los monzones transformaron el terreno en un mar de fango. Hasta fines de febrero no pudo ponerse de nuevo en servicio.

Los japoneses disponían todavía de fuerzas considerables en el sector de la bahía de Borgen, hacia el Sudeste, y para proteger del fuego de su artillería tanto la cabeza de desembarco de los *marines* como el aeródromo sería necesario desalojarlos de una zona mucho más vasta. La posición dominante era la Cota 660, a 3 km al sur del sector en el que se habían desarrollado los desembarcos. Aproximadamente el objetivo significaba atravesar la cadena de montañas que corría por el interior, subiendo por una pendiente y descendiendo por la otra, por lo que el avance resultaba lento y dificultoso. Los invasores eran atacados en todas partes por los japoneses, que disparaban desde posiciones tan perfectamente enmascaradas que eran invisibles incluso a pocos metros de distancia. Los *bazookas* y los lanzallamas eran casi inútiles en aquel lugar; asimismo bastaba una distancia de 3 metros para que una granada de mano diese contra un árbol y las de los morteros estallaban demasiado alto, en medio del follaje.

El 13 de enero, después de una serie de cruentas batallas cuyo escenario fue el *Suicide Creek* (valle del suicidio), la *Target Hill* (colina del blanco), la cima Aogiri y otras posiciones bautizadas con nombres apropiados, los *marines* se encontraban en una situación favorable para atacar la Cota 660; y esta misión le correspondió al Batallón III de la 7.ª División. La altura se presentaba como un objetivo ideal, y el 12 de enero bombarderos, morteros y artillería la sometieron al consabido tratamiento preliminar. Pero los *marines* ya habían tenido ocasión de conocer las obras maestras de defensa que eran capaces de construir los japoneses y no se hacían ilusiones sobre la acogida que les dispensaría el enemigo.

El coronel Buse hizo avanzar a sus hombres por la vertiente noroccidental, y la empresa se reveló dura desde el principio. Los carros de combate se quedaron detrás, y los hombres a menudo se vieron obligados a ponerse el fusil de bandolera y adentrarse en la espesura agarrándose a las plantas con ambas manos, de manera que algunos de ellos fueron sorprendidos por los japoneses completamente de improviso, siendo alcanzados de lleno por el fuego nutrido de las ametralladoras. Al final de la jornada, el Batallón III se encontró nuevamente en las primeras pendientes de la altura.

Los hombres de Buse reemprendieron el ataque la mañana siguiente, y aquella vez, con el apoyo del mortífero fuego de los morteros de 60 mm, lograron escalar la altura y conquistar la cima, obligando a los japoneses a dispersarse en los pantanos. Durante tres días entre *marines* y japoneses se desarrollaron tan sólo escaramuzas de poca importancia, preludio de una acción en gran escala que comenzó el 16 de enero, inmediatamente después de amanecer. Los japoneses lanzaron un contraataque concertado y treparon por las pendientes, animados por su habitual frenesí guerrero, hasta que avanzaron lo suficiente para atacar a los americanos en un cuerpo a cuerpo. Pronto el fuego de los defensores los rechazó y los morteros de 60 y 81 mm desmolieron sus posiciones. El dominio de la Cota 660 estaba asegurado.

En la defensa y en el contraataque habían muertos alrededor de 200 japoneses. Los *marines* registraron en total, entre muertos y heridos, sólo 50 bajas.

«Fue como encontrar el paraíso en medio del infierno»

La inexorable presión ejercida sobre los japoneses en retirada continuó durante más de un mes, y el día 5 de marzo los *marines* de la División 5 habían alcanzado la península de Willaumez. Una vez asegurado el dominio de este promontorio y el de su aeródromo, podrían cortar la carretera principal por la que el enemigo se replegaba, desde Nueva Bretaña meridional y occidental, a Rabaul. Por esta razón era necesario otro desembarco; y así al amanecer del 6 de marzo la División 5 de *marines* llegó frente al punto establecido y esperó, a bordo de las barcazas, el esperado apoyo aéreo. Este apoyo no se produjo y los *marines* se tuvieron que contentar, en cuanto a bombardeo preparatorio, con el fuego de los cañones de los carros de combate, que disparaban desde las rampas bajadas de las barcazas, y con granadas de mano que la tripulación de un *Piper Cub* de reconocimiento soltó sobre las posiciones enemigas.

El primero que llegó a tierra fue el Batallón I, que estableció una cabeza de desembarco. El II lo sobrepasó, pero en cuanto rebasó las posiciones del I, se vio acogido por un violento fuego de ametralladoras y de morteros que partía desde puestos bien defendidos, situados en medio del bosque de cocoteros. Entonces penetró en él un carro de combate y desbarató la resistencia, adoptando la técnica, ya experimentada con éxito, de disparar a quemarropa proyectiles de 75 mm. Después de tres días de violentos combates, los *marines* ocuparon Talasea y su aeródromo.

Se vieron doblemente satisfechos por el resultado porque, después de tantos días de fango y de jungla, se encontraban al fin en un pueblo, con su iglesia, sus prados con la hierba cortada a la inglesa y sus jardines llenos de flores tropicales. Un *marine* manifestó que «fue como encontrar el paraíso en medio del infierno». Siguió luego una actividad de patrullas, pero a un ritmo tan lento que fue posible desarrollar un programa de adiestramiento en siete semanas. Durante la última semana de abril llegó la División 40 del Ejército para relevar a los *marines*. Con la conquista de Nueva Bretaña occidental y con el dominio del



26 de diciembre de 1943: "marines" estadounidenses llegan a tierra en cabo Gloucester. Los desembarcos norteamericanos en Nueva Bretaña los efectuaron la 7.ª División y parte de la 1.ª de "marines" en la bahía de Borgen, mientras el Batallón II de la 1.ª División atacaba en el lado occidental del citado cabo Gloucester.
(Imperial War Museum)

EL "MARINE" Y SUS ARMAS

"No te preocupes por la comida... también los japoneses comen... Todo lo que tienes que hacer es procurártela". Esta fue una de las frases que aparecieron en las órdenes dadas a los "marines" a partir de la operación de Guadalcanal. Con el desarrollo de las ofensivas norteamericanas en el Pacífico, las pocas divisiones de "marines", que sostenían el peso de todas las acciones más importantes en aquel sector, continuaron añadiendo nueva fama al valeroso Cuerpo, ayudado en sus emperesas por armas cada vez más potentes y perfeccionadas.

(Deirdre Amsden)



1 **FUSIL JOHNSON M-1941:** fusil semiautomático para infantería, semejante al *Garand,* pero con un cargador de nueva concepción. Éste era de acción rotatoria y tenía dos cartuchos más que el *Garand;* no obstante, se utilizó por un período limitado. **Calibre:** 7,62 mm. **Capacidad del cargador:** diez cartuchos.

2 **CARABINA M-1:** adoptada como arma semiautomática para la infantería, de peso ligero y gran potencia del disparo individual. Los informes sobre sus pruebas por parte de las tropas referían que éstas estaban "muy entusiasmadas... impresionadas por su elevada velocidad de tiro a ráfagas". **Calibre:** 7,62 mm. **Capacidad del cargador:** 15 cartuchos. **Alcance eficaz:** 270 m.

3 **FUSIL GARAND M-1:** Patton lo definió como "el mayor artilugio bélico que jamás se había ideado". Su elevada velocidad de tiro le valió la misma fama conquistada por el *Lee-Enfield* británico. **Calibre:** 7,62 mm. **Capacidad del cargador:** 8 cartuchos.

4 **FUSIL AUTOMÁTICO M-3:** sustituyó al famoso fusil automático *Thompson* en las unidades del Ejército y de la Marina. Se fabricó en gran cantidad, con un cañón de reserva que utilizaba los cartuchos alemanes capturados. **Calibre:** 11,38 mm (0,45 pulgadas). **Capacidad del cargador:** 30 cartuchos. **Velocidad de tiro:** 400 disparos por minuto.

5 **PISTOLA AUTOMÁTICA CAL. 11,38 mm** (0,45 pulgadas): veterana de la primera Guerra Mundial, esta arma de infantería fue relegada a segundo plano por la carabina. Sin embargo, conservó su importancia como arma de defensa personal. **Capacidad del cargador:** 7 disparos.

6 **REVÓLVER SMITH & WESSON CAL. 9,62 mm** (0,38 pulgadas): otra arma de funcionamiento seguro, usada por los oficiales para la defensa personal. Perdió importancia con la generalización del empleo de la *machine-pistol* (fusil automático con empuñadura de pistola).

estrecho de Vitiaz, MacArthur podía continuar su avance hacia las Filipinas.

El hecho de que la División 40 del Ejército fuera designada para relevar a los *marines* en Nueva Bretaña dio origen a muchas controversias. Anteriormente se la había designado para sostener una presunta batalla en Nueva Irlanda, donde la base aérea y naval de Kavieng, fuertemente defendida, representaba un elemento importante para el aislamiento de Rabaul. Al principio la fecha para su conquista se había fijado para el día 1 de marzo de 1944; luego la operación se aplazó hasta el 1 de mayo, dada la escasa disponibilidad de portaaviones de apoyo. Finalmente, en los últimos días de diciembre de 1943, los oficiales encargados de preparar los planes propusieron aislar Kavieng con una operación análoga a la prevista para Rabaul.

Su punto de vista, aunque muy combatido, sobre todo por MacArthur, acabó por prevalecer, y el 12 de marzo se anuló el proyectado ataque a Kavieng. El 20 del mismo mes, después de la apresurada elaboración de un nuevo plan, la División 4 de *marines* desencadenó un ataque contra Emirau, sin encontrar en la isla ni un solo japonés. En seguida se iniciaron los trabajos de construcción de un aeródromo, y al cabo de pocas semanas ya podían operar bombarderos y cazas en una pista totalmente nueva. Se había añadido otro eslabón a la cadena mediante una operación que no implicó ningún derramamiento de sangre, y muy pronto los japoneses que guarnecían Rabaul y Kavieng ya no estuvieron en condiciones de constituir una amenaza. Desde Emirau empezaron a levantar el vuelo los bombarderos para atacar Kavieng y, poco después, esta operación y otra análoga lanzada desde las islas Verdi contra Rabaul, se desarrollaron a un ritmo tan regular que se las acabó llamando «the milk run» (el reparto del lechero), para indicar misiones de vuelo de pura rutina.

Mientras tanto, los Aliados se enfrentaron con su próximo objetivo: la conquista de las islas del Almirantazgo, las cuales, al tiempo que garantizaban a los japoneses una base aérea, representaban una plataforma desde donde incluso podían hacer llegar abastecimientos a Rabaul. Y aunque se trataba de una empresa difícilmente realizable, su ocupación eliminaría de una vez para siempre esta lejana posibilidad. Fue el mismo MacArthur quien dijo que esta operación equivaldría a «poner el tapón a la botella».

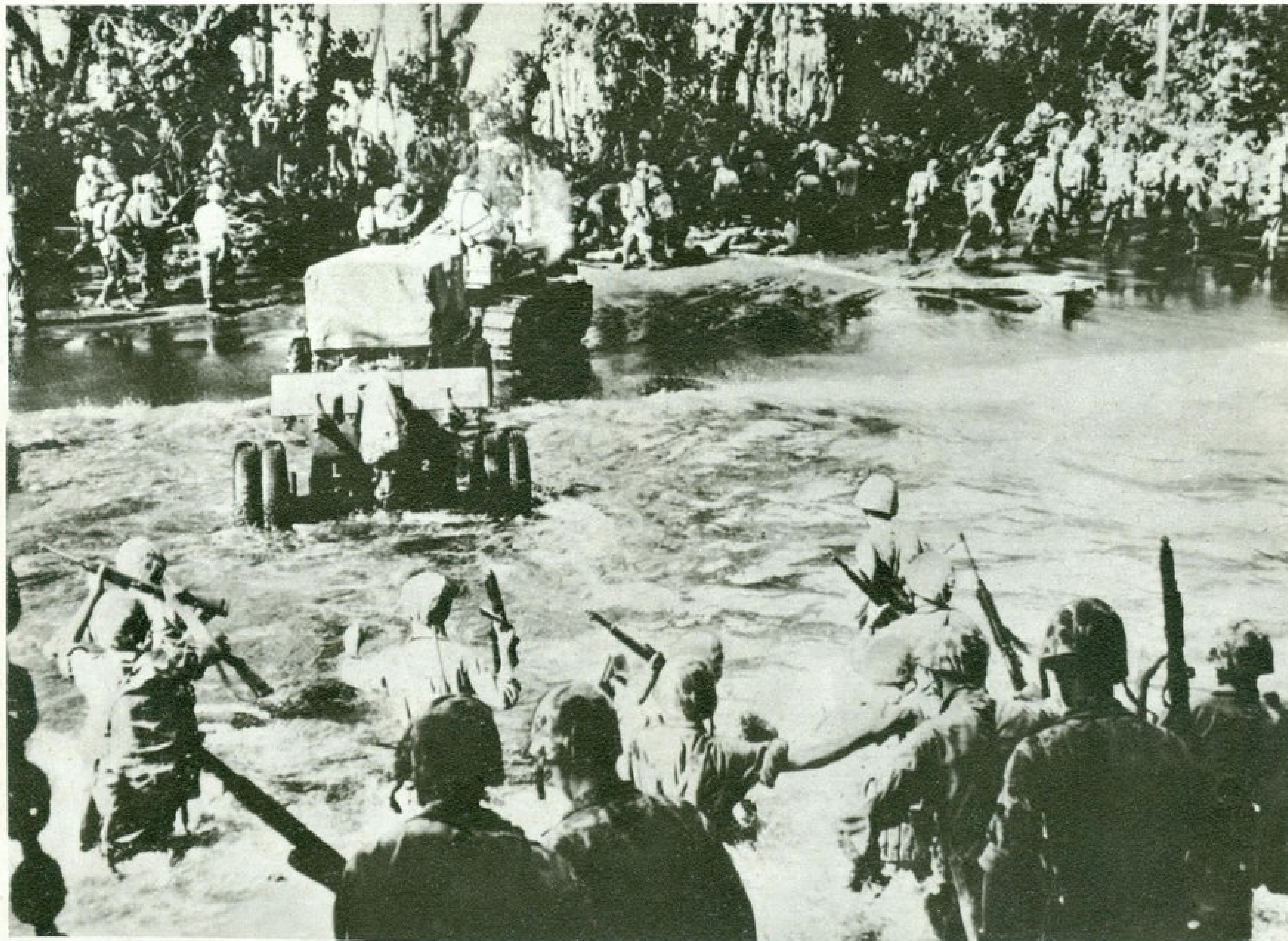
Era la División de caballería 1 la que debía llevar a cabo la campaña y, como la operación de Nueva Bretaña progresaba de manera satisfactoria, MacArthur fijó la fecha del desembarco en las islas del Almirantazgo para el 29 de febrero. Una fuerza de 880 hombres debía desembarcar para efectuar un reconocimiento, y si el enemigo entablaba un duro combate con ella, recibiría refuerzos para poder proceder a la invasión. La conquista de las islas del Almirantazgo tenía tal importancia en la opinión de MacArthur que el general decidió unirse a la unidad destinada al reconocimiento para valorar personalmente la situación.

Después del acostumbrado bombardeo preparatorio, la primera oleada de cuatro embarcaciones, con 37 hombres cada una, tocó tierra en el puerto de Hyane, en el extremo oriental de Los Negros, la más pequeña de las dos islas principales del grupo. Los destructores que protegían el transporte redujeron al silencio algunas baterías costeras que realizaban un fuego intermitente, y la primera oleada se apresuró a desembarcar, dispersándose luego para protegerse a lo largo de un arco que se extendía en unos 50 metros de la playa. Hasta aquel momento los invasores no habían tenido que lamentar ni siquiera un herido.

«Ahora le habéis hincado el diente»

Cuando la segunda oleada se preparó para desembarcar, los japoneses ya se habían repuesto del desconcierto causado por el bombardeo preparatorio, y acogieron a las barcazas de desembarco con ráfagas de ametralladora que partían de ambos lados de la embocadura del puerto. Las embarcaciones invirtieron su ruta para que los cañones de los destructores intervinieran de nuevo. Los 150 hombres de esta segunda oleada saltaron de sus embarcaciones y se lanzaron al interior, sobrepasando las posiciones de los compañeros que les habían precedido. A las 9 ya se hallaban sólidamente establecidos en el margen de la pista de aterrizaje de Momote, y a mediodía habían conquistado todo el aeródromo.

Unidades de infantería y de artillería desembarcan en las playas del cabo Gloucester para reforzar el avance americano en Nueva Bretaña, a finales de diciembre de 1943. En esta zona, los carros de combate demostraron ser muy útiles para destruir los *bunkers* japoneses allí donde la densa vegetación, siempre húmeda, hacía ineficaz la acción de los lanzallamas y la de los «bazookas». (Archivo Rizzoli)



Para organizar la defensa nocturna, los soldados se retiraron detrás de la pista de aterrizaje y se atrincheraron en espera del inevitable contraataque. No tuvieron que esperar mucho. Los japoneses hicieron acto de presencia apenas cayó la oscuridad. La lucha se desarrolló prácticamente a ciegas, porque los adversarios sólo conseguían distinguirse unos a otros con el resplandor de las granadas de mano. Los norteamericanos decidieron no moverse y disparar al menor movimiento. El sistema, con la condición de que todos se atuvieran a él, sería la mejor manera para distinguir a los amigos de los enemigos. A pesar de ello, algunos japoneses lograron penetrar en el perímetro defensivo, mientras otros se infiltraron en el interior de la posición nadando a lo largo de la orilla.

La defensa de la línea contra los decididos ataques de los japoneses que intentaban infiltrarse impuso tal esfuerzo a las primeras unidades desembarcadas, que el 2 de marzo acogieron con comprensible alivio la llegada de otros 1500 hombres y de más de 500 soldados de Ingenieros. Pero entonces se hizo evidente la necesidad de asegurarse mayor espacio. Por esta razón, aquella tarde el Regimiento de caballería 4 se preparó para volver a ocupar el terreno que rodeaba la pista de aterrizaje, que los americanos ya habían invadido el primer día. Por los documentos que se le encontraron a un oficial japonés, las fuerzas estadounidenses sabían que tenían que esperar un gran contraataque la noche del 3 de marzo, de modo que procedieron a atrincherarse sólidamente, colocando minas y preparando rudimentarias señales de alarma. Se desplegó la artillería de campaña a 450 m detrás de las líneas exteriores y los morteros de 81 mm se concentraron en el centro de la posición.

Los japoneses comenzaron a tantear las posibilidades de éxito de su ataque inmediatamente después de las 20 horas, y el combate lo sostuvo el 2.º Escuadrón, que defendía el extremo septentrional del perímetro defensivo. El método de ataque no se parecía, ni siquiera remotamente, al que la caballería estaba acostumbrada a contrarrestar. Los japoneses avanzaban por la carretera en formación de marcha, gritando y cantando, y cuando el fuego de las armas automáticas, dirigido con facilidad contra los ruidosos atacantes, abatía a los que se encontraban en las primeras filas, los restantes seguían avanzando. Los norteamericanos, siempre agazapados en sus posiciones individuales, disparaban sin descanso contra todo lo que se movía, y se mantuvieron firmes hasta el alba, cuando cierto número de japoneses logró penetrar en la línea, combatiendo con puñales y granadas de mano. Pero, finalmente, también a éstos se les obligó a retirarse.

Aquella noche se prodigaron las demostraciones del espíritu con el que los japoneses se lanzaban a los combates y se enfrentaban con la muerte, incomprensible para los norteamericanos. Por ejemplo, una columna japonesa avanzó por la carretera marchando al compás de *Deep in the Heart of Texas* (En el mismo corazón de Texas) y fue totalmente aniquilada por el fuego de las armas portátiles. Otro grupo salió descubierto, y el oficial que lo conducía, después de recorrer unos pocos metros, extrajo una granada de mano, le quitó el seguro, la golpeó contra su casco y se mató haciéndola estallar contra su vientre. Sus doce compañeros siguieron el ejemplo. La noche siguiente los norteamericanos encontraron 79 japoneses muertos, pertenecientes a una sola unidad: todos ellos se habían matado con el sistema de las granadas de mano.

Durante aquella terrible noche en diversos puntos se combatió cuerpo a cuerpo, pero no se hizo prisionero a ningún japonés. Al amanecer cesó el ataque. Más tarde, procediendo a su reorganización, los norteamericanos contaron 750 cadáveres enemigos en la línea del frente y en el interior del perímetro defensivo. Por su parte habían tenido 61 muertos. El 2.º Escuadrón del Regimiento de caballería 5 se ganó una citación en la orden del día por haber sabido mantener la cabeza de desembarco.



Ingenieros del Cuerpo de «marines» observan un puesto protegido japonés conquistado en cabo Gloucester. Los soldados nipones que lo guarnecían murieron en el curso del ataque norteamericano. Los combates por Nueva Bretaña occidental se prolongaron hasta abril de 1944, y en ellos murieron 310 «marines», en tanto que las bajas japonesas alcanzaron la cifra de 3868 hombres. *(Imperial War Museum)*

Prevalece la potencia de fuego norteamericana

Después de una batalla de tales proporciones, la ulterior resistencia nipona en aquel sector no podía tener más que un significado simbólico. Al cabo de pocos días el 2.º Escuadrón de la 7.ª de caballería, junto con los soldados de la 12.ª recientemente llegados, se habían asegurado el dominio de todo el sector occidental del vasto puerto de Seeadler. Las acciones se desarrollaban según un esquema fijo. Los japoneses, ya muy desorganizados, defendían sus posiciones con un fuego esporádico; luego se retiraban, contraatacaban, por lo general de noche, y por último las abandonaban definitivamente. Cada vez era mayor la superioridad de la potencia de fuego norteamericana, y el número de bajas niponas superaba invariablemente al de los invasores.

La tarde del 9 de marzo el 2.º Grupo de combate recibió la orden de ocupar el resto de las islas del Almirantazgo y zarpó del puerto de Seeadler. El grupo estaba compuesto por 4000 hombres del Regimiento de caballería 8, con un Escuadrón del 7 y las unidades de apoyo.

Para eliminar la resistencia enemiga en Manus, la isla mayor del grupo, y para conquistar su aeródromo de Lorengau, era necesario proceder a la ocupación de una serie de islotes que se encontraban a unas dos millas frente a la costa septentrional y que serían muy adecuados para situar la artillería que debía proporcionar cobertura a los desembarcos principales. Pero el pequeño grupo de reconocimiento, al que se había asignado la misión de ocupar Hauwei, se encontró frente a una sorpresa: llegó al islote sin encontrar una resistencia inmediata, mas en cuanto se adentró unos pocos metros hacia el interior, fue acogido por un fuego violentísimo, procedente de tres direcciones, y necesitó dos horas y media para sustraerse a aquella lluvia de fuego y volver a ganar la orilla. Una barcaza de desembarco que acudió para liberarlos fue hundida, y los hombres permanecieron en el agua, muchos gravemente heridos, hasta que pudieron ser recogidos por otra embarcación tres horas después.

Los japoneses resistieron hasta el 12 de marzo, día en que se repitió el intento de invasión con mayores fuerzas. También esta vez su defensa fue valiente y tenaz, pero forzosamente limitada por los medios de que disponían. No tenían armas eficaces para oponerse a los carros de combate o a un ataque nocturno de la artillería, por lo que la isla pasó a poder de los norteamericanos.

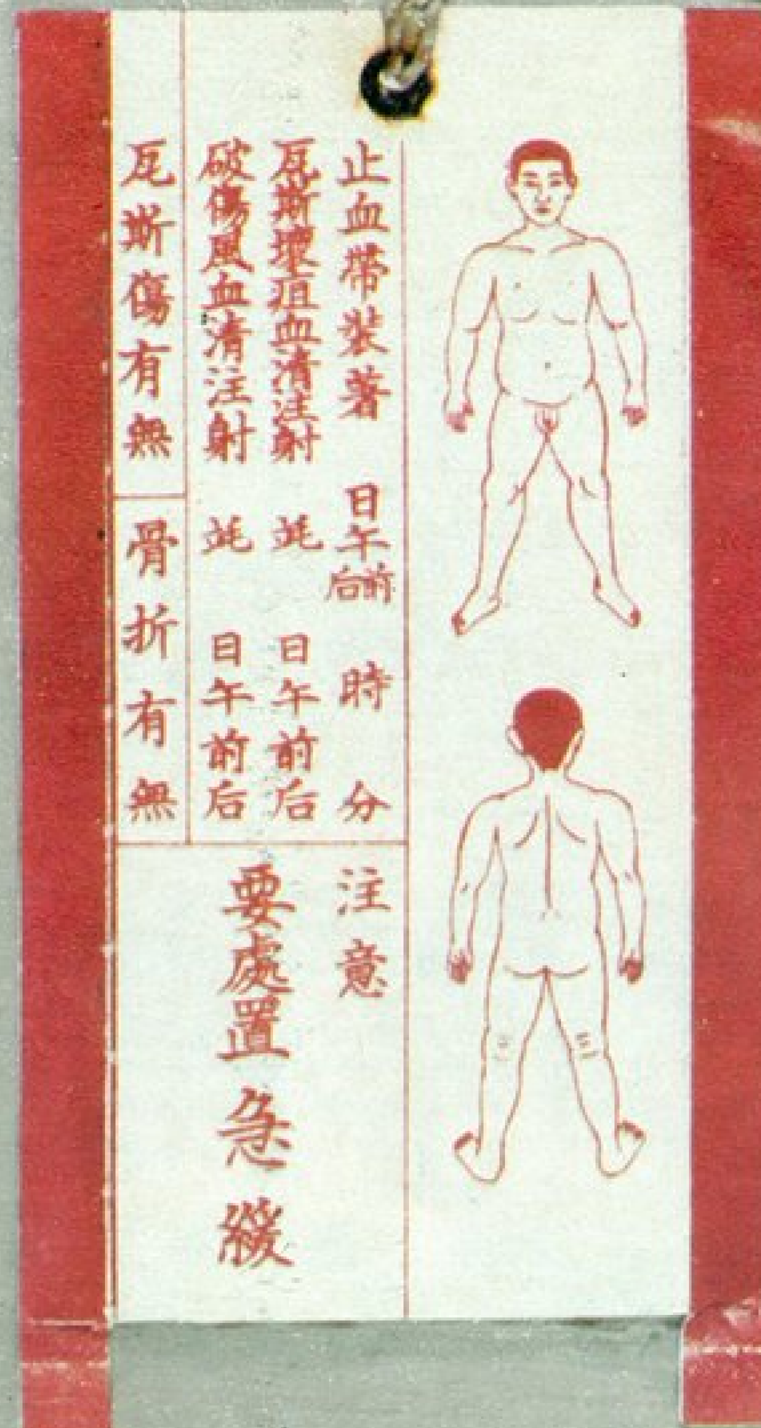
Una vez ocupada Hauwei, el ataque contra Manus se inició al amanecer del 15 de marzo; los desembarcos, apoyados por la intensa actividad de los bombarderos y de la artillería, se realizaron en la Misión Lugos, a unos 3 km al oeste de Lorengau. Luego, los atacantes se dividieron en dos grupos. El 1.er Escuadrón se dirigió al Este, a lo largo de la carretera costera, hacia el aeródromo, siendo detenido por el violento fuego que partía de los *bunkers* enemigos; pero la artillería de Hauwei, tal como se había previsto, intervino y no tardó en despejarles el camino. A la mañana siguiente los norteamericanos fueron detenidos de nuevo, precisamente cuando estaban a punto de ocupar la pista de aterrizaje de Lorengau. Se frustró un intento de tomar la posición con un doble ataque envolvente cuando uno de los escuadrones se encontró bajo el fuego de los soldados del otro escuadrón, que disparaban sobre ellos desde el lado opuesto. Ante ello no hubo más remedio que efectuar una retirada a toda prisa.

Al día siguiente el 1.er Escuadrón de la División de caballería 7 relevó al 1.er Escuadrón de la 8. Los soldados pasaron al ataque a las 10,33 y asaltaron las posiciones niponas al grito tradicional de *Garry Owen*; pero entonces descubrieron que los *bunkers* enemigos habían quedado pulverizados durante la noche por el fuego de los cañones de los carros de combate, los morteros, la artillería y los cañones de los buques.



VESTIGIOS DEL CULTO DE GUERRA JAPONÉS

El culto japonés por la guerra era incomprensible para el soldado occidental, pues sólo para el soldado nipón el combate era un acto de adoración rendido a la persona del Emperador, y por ello la muerte en campaña adquiría el valor de un rito.
En el Ejército japonés coexistían elementos antiguos y modernos: para un oficial nipón, la espada de "samurai" tenía la misma importancia, en la batalla, que el fusil ametrallador. Y ante la inminencia del combate, la fanática observancia del código de honor "bushido" inflamaba el ánimo de todos los hombres, dándoles el coraje necesario para pruebas supremas de tenacidad y de resistencia, para sacrificios a menudo inútiles, para gestas que tal vez quedarán como únicas en los anales de la guerra.



En el extremo de la izquierda: bandera de combate japonesa con el "Sol Naciente" y oraciones sintoístas. En el centro: "Senninbari", el "cinturón de los mil puntos", bordado por las mujeres de la familia, que el soldado llevaba en el combate alrededor de la cintura y debajo del uniforme.

A la izquierda: pequeño cartel de diagnóstico en el que se indicaban el tipo y la importancia de las lesiones sufridas y la primera terapia que se debía practicar. Probablemente, el Ejército japonés tenía los peores servicios sanitarios de todas las potencias beligerantes, por lo que el material médico constituía un botín de guerra muy apreciado.

Debajo: a menudo se entregaba a los soldados japoneses del frente paquetes de postales, generalmente ilustradas en dos estilos distintos: uno, el que aquí se reproduce, con impetuosas escenas de batallas; el otro estilo representaba un segundo aspecto de la vida japonesa: crisantemos en flor, pájaros encaramados en unas ramas, paisajes de montaña envueltos en la niebla... *(History of the Second World War)*



La otra mitad del Grupo de invasión, el 2.º Escuadrón de la 8 de caballería, se había lanzado directamente al Sur para llegar a la carretera n.º 1, que llevaba, pasando por el interior, al aeródromo de Lorengau. Después de dos días de un avance penoso llegó al extremo oriental de la pista de aterrizaje, teniendo que lamentar tan sólo siete bajas. Entonces los escuadrones establecieron contacto y se dispusieron a proceder a la conquista de la población de Lorengau. Fue una empresa fácil, en la que perdieron la vida 87 defensores japoneses, mientras los norteamericanos sólo registraron siete heridos, casi todos pertenecientes a la División de caballería 8.

El motivo de tan rápida conquista se hizo evidente el 19 de marzo, cuando algunas patrullas de la Divisón de caballería 8 se vieron detenidas de improviso en la carretera n.º 2, al sur de Lorengau. La resistencia enemiga se manifestó tan tenaz que fue necesario relevar a la agotada División 8, sustituyéndola por la 7, menos fatigada; el día 20 de marzo su primera unidad, el 6.º Escuadrón, comenzó a avanzar por la carretera de Rossun, un angosto sendero que se prestaba óptimamente para la defensa. Los norteamericanos no tenían otra alternativa que la de mantenerse en la espesura de la jungla o penetrar en pequeños grupos en la zona batida por el fuego procedente de las posiciones japonesas que los rodeaban. El primer intento costó al 6.º Escuadrón 5 muertos y 11 heridos, comprendido el comandante. Después de una jornada de reconocimiento, de la que resultó que la única esperanza de éxito consistía en un ataque frontal, el 22 de marzo, el 1.er Escuadrón de la División 7 al completo renovó el intento. Cuando llegó la noche, los atacantes habían ganado 450 metros, registrando 40 bajas: 11 muertos y 29 heridos. Los resultados del 23 de marzo fueron poco más o menos iguales, y otro tanto ocurrió el 24. La operación, al ritmo de 92 bajas en tres días, se estaba haciendo demasiado costosa.

El 25 de marzo el 1.er Escuadrón de la División de caballería relevó a su vez a sus compañeros, cuyas filas se habían aclarado sensiblemente. Al ataque le precedió un violento bombardeo aéreo y un intenso fuego de ametralladoras. El procedimiento dio resultado. Mientras el escuadrón se aproximaba a su objetivo, también entraron en liza todos los demás recursos: morteros, carros de combate medios y ligeros, ametralladoras, fusiles, granadas de mano y lanzallamas; los japoneses que sobrevivieron acabaron víctimas de los *bulldozers* con los que los ingenieros enterraban sus *bunkers*.

Esta batalla marcó el fin de la resistencia en la isla de Manus, pero demostró claramente que sólo 200 japoneses, en una semana de encarnizados combates que habían costado a los americanos 36 muertos y 128 heridos, estaban en condiciones de provocar graves daños a las unidades de caballería que intentaban arrojarlos de allí.

La última resistencia

En Los Negros, grupos aislados de japoneses oponían todavía resistencia semejante. Sus posiciones principales se encontraban en una cadena de alturas al oeste de Papitalai, y, para eliminarlos, el 21 de marzo se lanzó una gran operación, llevada a cabo por una unidad de entidad brigada. El 1.er Escuadrón del Regimiento de caballería 5 atacó al sudoeste de Papitalai, mientras el 2.º Escuadrón del 12 atacaba el sudeste de Punta Lombrum. El 23 de marzo, los dos escuadrones enlazaron; pero los progresos eran lentos y elevadas las pérdidas, y entre tanto los japoneses seguían resistiendo.

El 24 de marzo los dos escuadrones se dispusieron en un frente único, pero su avance se vio detenido por la tarde a causa del fuego concentrado procedente de las cabañas de una aldea situada en las alturas. La reacción norteamericana marcó el punto culminante típico de aquella campaña. Los cuatro escuadrones de caballería desplegaron en los alrededores de la aldea y asentaron sus ametralladoras pesadas en las alturas circundantes que la dominaban; cuando abrieron fuego, todos los hombres avanzaron disparando sus armas portátiles. Unos cincuenta japoneses quedaron en el terreno, y los otros se dispersaron por las colinas. Al día siguiente los soldados de caballería reemprendieron el avance. Y así concluyó la resistencia organizada en Los Negros.

Desde aquel momento ya sólo se trató de mantener la presión sobre grupos enemigos aislados, con una organización que se desmoronaba, privados de abastecimientos y completamente desmoralizados. Por ello la operación de limpieza asumió un carácter particular, que recordaba un poco una partida de caza de fin de semana. En la isla de Manus se mató a más de 200 japoneses, algunos con métodos muy poco ortodoxos. Una vez, por ejemplo, los indígenas informaron que tres japoneses estaban escondidos en una cabaña. Tres hombres de la patrulla de caballería dejaron sus armas de fuego, se aproximaron furtivamente a la cabaña indicada, entraron en ella y mataron a los japoneses con sus puñales.

La campaña en las islas del Almirantazgo terminó oficialmente el 18 de mayo de 1944. Las obras de construcción estaban ya en marcha y funcionaban una base naval, en Mokerang, y dos pistas de aterrizaje, situadas, respectivamente, en Mokerang y en Momote.

La comparación entre las pérdidas sufridas por los norteamericanos (326 muertos y 1189 heridos) y las infligidas a los japoneses (3280 muertos) basta para demostrar que dicha campaña constituyó para el adversario un auténtico desastre. Ahora MacArthur tenía ante sí el camino libre para proseguir su avance en Nueva Guinea y hacia las Filipinas, con el apoyo aéreo y naval de estas nuevas bases. «La botella estaba tapada» y el aislamiento de las potentes guarniciones de Rabaul y de Kavieng se había completado.



Bomba incendiaria de fósforo blanco estallando por encima de dos bombarderos y un caza japoneses en el aeródromo de Lakunai, en Rabaul. En marzo de 1944, gracias a sus bases situadas en las islas Verdes, los aviones norteamericanos podían efectuar misiones regulares sobre los cinco aeródromos de Rabaul. *(US Air Force)*

Birmania, diciembre 1941 - marzo 1944

BIRMANIA

EL PROBLEMA DE LOS ABASTECIMIENTOS

Riley Sunderland

Para los hombres del frente birmano la llegada de los abastecimientos acabó siendo representada por el lento ondear de un paracaídas que descendía con su carga en un claro de la jungla. En 1944 los Aliados, gracias a la superioridad aérea alcanzada, pudieron abastecer de esta forma a divisiones enteras, cosa que los japoneses no podían hacer y que constituyó un factor decisivo de la campaña.

Para los Aliados el aspecto material del problema logístico era la misma naturaleza del terreno birmano. El país parece un gran callejón sin salida, con su entrada en el golfo de Bengala. Hacia occidente, muchas barreras lo separan de los centros productivos de la India: primero el amplio Brahmaputra, desprovisto de puentes; luego, kilómetros y kilómetros de plantaciones de té, y por último las dos cordilleras de los Naga y de los Chin, sin carreteras, cubiertas por la jungla y con cimas que llegan a los 4000 metros.

En el Nordeste, es decir, por la parte de China, la cordillera de los montes Kaoli Kung y el río Saluen no constituían un obstáculo tan impracticable; por allí cruzaba la famosa carretera de Birmania, por la que se podían mandar hombres y abastecimientos. En cambio Birmania está muy abierta por el Este, precisamente en la dirección de ataque de los japoneses.

Lanzamiento efectuado sobre la jungla birmana por un avión británico. En este sector, el envío de abastecimientos por vía aérea adquirió una importancia cada vez mayor, sobre todo después de que, el 8 de marzo de 1942, los japoneses ocuparon Rangún, el único puerto a través del cual los Aliados podían hacer llegar ayuda a las fuerzas empeñadas en Birmania. *(Imperial War Museum)*

Así, pues, el terreno de Birmania era un factor logístico y operativo de enorme importancia. En 1941-42 las fuerzas aliadas se veían condicionadas por la disponibilidad de pistas y dependían excesivamente de los transportes motorizados; además, carecían por completo de experiencia en cuanto a los métodos de guerra en la jungla. Los japoneses, en cambio, estaban adiestrados y equipados para este tipo de combates, y la naturaleza del terreno birmano constituía para ellos una ventaja desde el punto de vista militar.

Los problemas logísticos inmediatos a los que tuvieron que hacer frente los defensores de Birmania, en diciembre de 1941, se pueden resumir brevemente. Dada la falta de carreteras o de líneas ferroviarias que la uniesen a la India, los abastecimientos y los refuerzos procedentes de este último país o del Reino Unido no podían llegar más que a través de Rangún; al mismo tiempo, la guerra en Oriente Medio, por no hablar del tardío esfuerzo efectuado en Malasia, había reducido notablemente la capacidad defensiva normal de Birmania, tanto en lo que se refería a los hombres como al número de camiones disponibles para los abastecimientos y transportes.

En 1941 se podía comparar a las fuerzas japonesas, siempre con relación a Birmania, a un muelle comprimido. Aunque Birmania estaba tan lejos del Japón como lo estuvo el frente occidental de los Estados Unidos, la conquista de Indochina meridional, en julio de 1941, proporcionó a los japoneses una óptima base avanzada, y la posterior ocupación de Siam, en diciembre del mismo año, los llevó directamente a la frontera birmana.

Los «tigres voladores»

Al estallar la guerra, los japoneses se dieron cuenta en seguida de la importancia de Rangún, intentando cerrar el puerto mediante bombardeos aéreos. A la sazón, la RAF tan sólo disponía de 16 cazas *Brewster Buffalo;* pero, por una afortunada casualidad, en el interior del país, cerca del aeródromo de Toungoo, se había constituido el *American Volunteer Group* (Cuerpo de voluntarios americanos), una especie de unidad mercenaria que combatía su guerra clandestina. Oficialmente, este cuerpo formaba parte de las fuerzas aéreas chinas, pero estaba constituido por pilotos americanos reclutados y organizados por una compañía privada estadounidense. Disponía de unos sesenta *P-40B*, perfectamente eficientes, y su mayor ventaja consistía en el hecho de que su jefe, el coronel Claire N. Chennault, les había adiestrado para el combate contra los sorprendentes cazas nipones *Zero*.

Las incursiones aéreas niponas contra Rangún empezaron el 23 de diciembre de 1941 y culminaron en una serie de ataques masivos, entre el 23 y el 29 de enero de 1942, que, no obstante, no consiguieron los resultados previstos. El enemigo los reanudó el 25-26 de febrero, pero también esta vez la RAF y los pilotos del cuerpo de voluntarios americanos, conocidos con el nombre de «tigres voladores», los hicieron fracasar.

Pero en marzo, gracias a la conquista de Singapur y a un sistema bien organizado de transportes por vía aérea, los nipones pudieron hacer operar en Birmania unos 400 aparatos. La RAF consiguió reforzarse con dos grupos de cazas, tres de bombarderos ligeros y tres de aviones del Ejército, que operaban como reserva; los americanos, a su vez, mandaron otros 30 *P-40E*. Pero la falta de sistemas auxiliares para la navegación aérea, así como la confusa organización, anularon la eficacia de la ayuda.

Después de la pérdida de Rangún, el 8 de marzo, y la del aeródromo de Mingaladon, los Aliados trataron de establecerse en Akyab y en Magwe; mas la falta de instalaciones de radar y la superioridad aérea del enemigo fueron fatales. El bombardeo aéreo del 21-22 de marzo les obligó a abandonar Magwe y, poco después, tuvieron que evacuar también Akyab.

Entonces los problemas logísticos de los invasores se subdividieron en dos fases distintas. Desde enero hasta marzo, es decir, desde el momento en que entraron en Birmania hasta el día que conquistaron Rangún, los japoneses los resolvieron utilizando carros tirados por bueyes y cuadrúpedos de carga, que transportaban todo lo que era necesario para completar los recursos locales. Disponían de un número relativamente escaso de vehículos y la sobria y resistente infantería se alimentaba de arroz. Pero, tras la conquista de Rangún, pudieron mandar, gracias a la disponibilidad de las instalaciones del puerto y de sus comunicaciones con el interior, dos divisiones completas de medios acorazados, de artillería y de medios de transporte. Desde Rangún penetraron hacia el Norte, remontando los valles del Sittang y del Irawadi, ambos recorridos por una pista y una línea ferroviaria.

Por su parte, las fuerzas británicas, además de hallarse en desventaja por el aislamiento y por el hecho de encontrarse en el último lugar de la lista que establecía el orden de prioridad en la asignación de material bélico, habían recibido con poca antelación las instrucciones para apoyar a los refuerzos constituidos por 9 divisiones chinas, 3 brigadas de infantería indias y 1 brigada acorazada inglesa. Los planes elaborados por el teniente general T. J. Hutton, el primer comandante de Birmania en tiempo de guerra, señalaron el comienzo de sus intentos de resistencia. Hutton, comprendiendo que Rangún estaba demasiado expuesta, decidió parar el golpe preparando una base secundaria en el sector de Mandalay-Meiktila-Myingyan, en Birmania septentrional, y abrir una nueva pista al oeste de esta región que enlazase con la que se había empezado a construir en diciembre de 1941.

El traslado de los tres cuartos de las reservas existentes en los depósitos de Rangún comenzó con grandes dificultades, a causa de las malas condiciones en que se encontraban los ferrocarriles birmanos; además, el constante e incontenible avance de los japoneses tuvo un efecto psicológicamente negativo sobre el personal, y los hombres comenzaron a abandonar sus puestos. El 25 de febrero, los ferrocarriles fueron parcialmente militarizados y en ellos entró en servicio una compañía de ferroviarios indios. Estas medidas fueron suficientes para activar el tráfico, de forma que Hutton pudiera poner en práctica su plan. Se abasteció la nueva base y, de esta forma, se dio el primer paso para la organización logística.

Mientras tanto la India aceleró la construcción de la carretera que debía unirla a Birmania. A fines de marzo estaban trabajando en ella 50.000 hombres, y el 2 de mayo una pista que podían recorrer camiones llegaba ya hasta Kalewa, en el Chindwin. Ya era demasiado tarde para que pudiera contribuir al buen éxito de la campaña, pero esencial para permitir la evacuación.

El problema de los abastecimientos de las fuerzas británicas en Birmania se veía agravado por el insuficiente número de camiones de que se disponía, por la dificultad de mantenimiento de los motores, por el pánico difundido entre el personal civil y por las incursiones aéreas japonesas. Pero gracias a la previsión de Hutton, el 27 de febrero, la pista que partía de Rangún hacia el Norte y que conducía a Prome estaba ya preparada y abastecida. Prome era uno de los grandes depósitos avanzados, que dependía de los transportes fluviales procedentes de Mandalay. Por desgracia, cuando el *Burcorps* (Cuerpo de Ejército birmano), formado por la División 17 india y la División 1 birmana, tuvo que abandonarlo apresuradamente, antes de la fecha prevista, se perdieron muchas reservas acumuladas en sus depósitos.

Un período de transición

Durante la fase de búsqueda de una solución para los problemas de los abastecimientos y del movimiento, que habían angustiado a las fuerzas aliadas durante la primera campaña de Birmania, las operaciones de los *Chindit* y la primera campaña del Arakan señalaron un período de transición experimental que precedió a las grandes batallas de 1944. Durante la primera batalla del Arakan, análogamente a lo que se había producido en la primera campaña de Birmania, las fuerzas británicas estaban condicionadas en sus movimientos por los medios de transporte terrestres y fluviales. Por este motivo, los generales Lloyd e Irwin avanzaron tan lentamente que su enemigo, el general nipón Koga, tuvo todo el tiempo necesario para reforzarse, y cuando estuvo preparado mandó a sus hombres a cortar las vías de comunicación de los ingleses. Después de una serie de experiencias de este tipo, las fuerzas aliadas, exhaustas, tuvieron que retirarse.

Si los acontecimientos del Arakan recordaban de forma deprimente los anteriores de octubre de 1942, la primera expedición organizada por Orde Wingate en 1943 demostró lo que deparaba el futuro. Como ya se sabe, siete columnas de infantería, con transportes arrastrados por mulos, abastecidas mediante lanzamientos con paracaídas y enlazadas por radio, penetraron en Birmania en febrero de 1943. Como apoyo se pusieron a su disposición seis aviones de transporte.

Las columnas de Wingate deberían advertir con bastante antelación cuándo tendrían necesidad de abastecimientos aéreos y, luego, establecer e identificar la zona de los lanzamientos. El sistema no era ciertamente el ideal, pues, con frecuencia, lo precario de las operaciones efectuadas en un territorio ocupado por el enemigo no permitía organizar los lanzamientos con una antelación de 36 a 48 horas. Las raciones comenzaron a agotarse, y las que llegaban eran de muy baja calidad. La consecuencia fue que los hombres y los animales se debilitaron y, lo que es aún más negativo en cuanto a los efectos psicológicos, no fue posible evacuar a los heridos por falta de pistas de aterrizaje.

Mas, pese a todas estas dificultades, a comienzos de 1943 una brigada británica consiguió penetrar en el interior de Birmania y volver atrás cruzando un territorio que los japoneses habían considerado impenetrable.

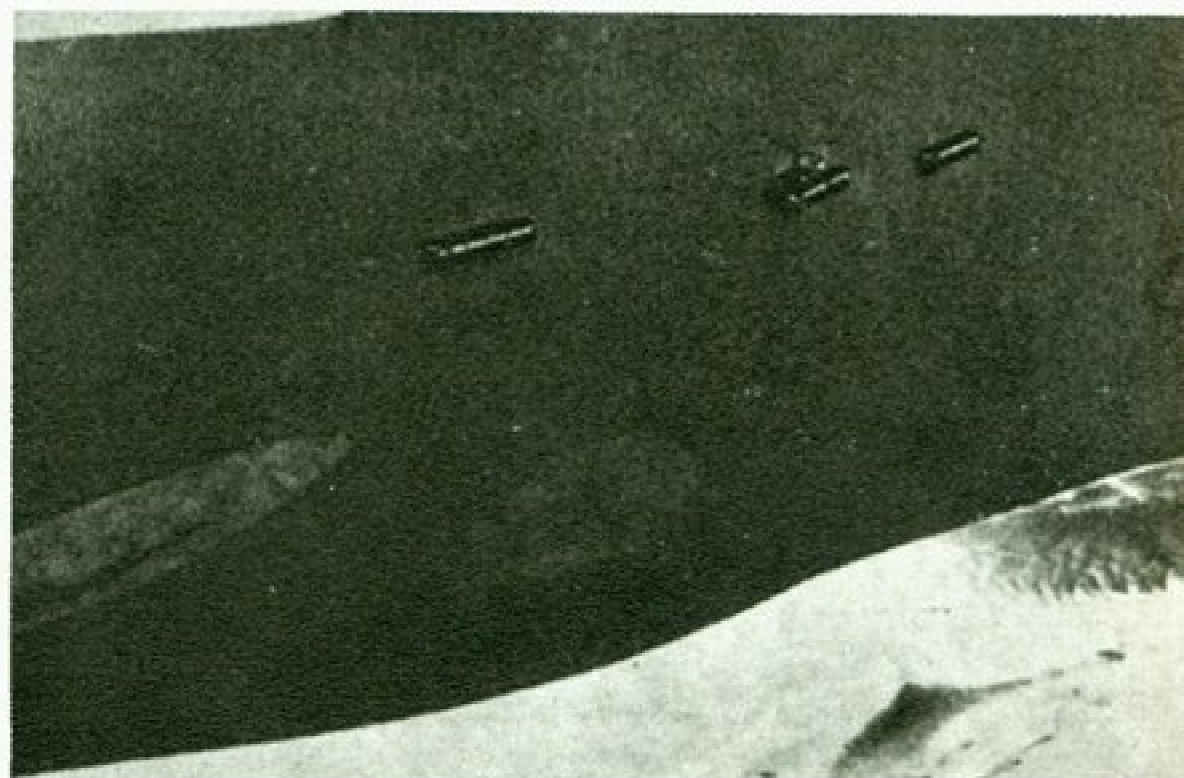
La operación de los *Chindits* permitía prever cuál sería el futuro de los Aliados; pero lo cierto era que la campaña del Arakan representaba la deprimente realidad del momento, que subordinaba las acciones a los transportes terrestres. Los dos contendientes se dispusieron a actuar: los japoneses proyectando un ataque contra Imphal y los británicos sentando las bases de una organización logística para una campaña en la que recurrirían ampliamente a los lanzamientos de abastecimientos y al apoyo aéreo.

Poco fue lo que se realizó en el campo británico durante el primer semestre de 1943. Los factores que dificultaban la solución del problema logístico seguían imponiendo las mismas limitaciones, y todo lo que Estados Unidos hacían para abastecer a China se traducía en una desventaja para las fuerzas británicas, pues disminuía los recursos que, de otro modo, habrían estado a su exclusiva disposición. Los americanos estaban intentando, al mismo tiempo, el envío de abastecimientos a China desde la India por vía aérea y proyectaban la construcción de una carretera a través del norte de Birmania. Pero este segundo proyecto implicaba, a su vez, el problema de establecer y mantener bases aéreas en el Assam, paralelamente a la construcción de la carretera de Ledo, así como los preparativos de una campaña que debería expulsar a los japoneses del norte de Birmania. Este esfuerzo adicional, impuesto al ya insuficiente sistema de itinerarios logísticos entre el Assam y Calcuta, significaba que las tropas del frente estaban mal alimentadas y se aproximaban al límite de la desnutrición. Además, algunos tipos de municiones comenzaban a escasear.

Para poner remedio a este estado de cosas fue preciso que interviniesen los Gobiernos inglés y



Un avión de transporte C-46 vuela sobre las regiones montañosas de Birmania, en las cercanías del río Saluen. En junio de 1943, los Gobiernos inglés y norteamericano crearon el mando de Asia sudoriental para resolver los problemas planteados por la dramática situación logística de las tropas angloindias en aquel sector. (Foto G M)



A lo largo de Brahmaputra, algunas gabarras efectúan el transporte de los abastecimientos que desde la India se enviaban a Birmania, gracias a las mejoras aportadas por los ingenieros aliados a la línea de vía estrecha Bengala-Assam y a la construcción de nuevas carreteras que se adentraban hacia el Sur, en dirección a Birmania. (Foto G M)

americano, emprendiendo una acción común a alto nivel. En junio de 1943 se creó el mando de Asia sudoriental; luego, después de la conferencia de Quebec, acordaron mejorar las comunicaciones con el Assam, construyendo un oleoducto de 152 mm de diámetro, desde Calcuta hacia el Norte, y mejorar la línea ferroviaria Bengala-Assam.

En octubre de 1943, cuando el almirante lord Louis Mountbatten fue a la India y a China para organizar el mando de Asia sudoriental, iba con él el jefe de la organización de los servicios auxiliares del Ejército americano, teniente general Brehon Somervell, signo evidente de que Estados Unidos tenían la intención de poner en juego sus grandes reservas. Somervell llegó a la conclusión de que las instalaciones portuarias de Calcuta eran suficientes, y que un fuerte poder ejecutivo local, si estaba ayudado por mano de obra militar en las operaciones de descarga, podría encargarse de descongestionar el embotellamiento. En lo que se refería al ferrocarril Bengala-Assam, aseguró que los ingenieros ferroviarios estadounidenses (Gran Bretaña y la India no tenían a su disposición un contingente de tropas de este tipo) podrían hacer que aumentase en un 50 % el tonelaje que llegaba a su destino. Se aceptó su oferta; y entonces se inició el envío de seis batallones de ingenieros ferroviarios americanos, uno de mecánicos y dos batallones portuarios.

Mientras tanto, también los japoneses se estaban preparando. Divisiones, camiones y unos 20.000 caballos se pusieron en marcha hacia la India. Su plan logístico preveía la acumulación de abundantes reservas a lo largo de una línea muy avanzada, después de lo cual hombres y caballos avanzarían hacia las posiciones enemigas provistos de abastecimientos para un par de semanas. Pasado este tiempo, se calculaba que los depósitos británicos capturados y los recursos del país serían suficientes para sus necesidades hasta que las vías de comunicación japonesas se extendiesen al oeste del Chindwin.

El avance japonés se basaba en la línea ferroviaria Birmania-Siam. En cuanto se hubieron apoderado de ella, los japoneses procuraron acabar con el relativo aislamiento de Birmania mediante la conexión de los sistemas ferroviarios birmano y siamés. Una vez conseguida dicha conexión, en octubre de 1943, los nipones contaron en el interior de Birmania con una vía de comunicación eficiente, que los Aliados no habían sido capaces de crear cuando la guarnecían y que ahora se veían en la imposibilidad de cortar con sus bombardeos estratégicos.

En el campo aliado, el puerto de Calcuta comenzó a descongestionarse en diciembre de 1943, no sólo gracias a la obra de los trabajadores portuarios militares, sino también por el empleo de un equipo totalmente moderno para la descarga de mercancías.

El 1 de marzo de 1944 el Ejército 14 asumió el control del sistema de itinerarios logísticos para el Arakan, es decir, del puerto de Chittagong y del ferrocarril Bengala-Assam. De súbito los envíos de abastecimientos empezaron a mejorar y el ferrocarril casi dobló la que se consideraba su capacidad anterior. Para apoyar al resto del frente, o sea, las bases aéreas del Assam, así como el centro y el norte de Birmania, los ingenieros ferroviarios americanos entraron en actividad en los 1286 km del ferrocarril Bengala-Assam. Ahora era el momento de demostrar que podrían conseguir el prometido aumento del 50 % asegurado por Somervell.

La lucha por la supremacía aérea

En enero de 1944 los japoneses habían asignado para la campaña de Birmania 159 cazas y 96 bombarderos, pero ni un aparato de transporte. Los ingleses, por el contrario, disponían de 33 aviones de transporte, 435 cazas y 64 bombarderos; los americanos contribuyeron con 51 aviones de transporte, 141 cazas y 85 bombarderos.

La fuerza aérea japonesa, organizada como 5.ª División aérea, constituía una unidad muy eficiente. Con las bases de Siam y las pistas de despegue avanzadas de Birmania, desde diciembre de 1943 hasta enero de 1944 pudieron disputar con éxito la supremacía aérea a los Aliados. En efecto la Aviación nipona fue la que asestó el primer golpe, atacando, en diciembre, Chittagong y Calcuta. Fue un bombardeo estratégico muy fructuoso; pero, a finales de enero, cuando los japoneses tuvieron que trasladar 74 bombarderos y unos 50 cazas al Pacífico, ya no pudieron continuarlo. Los aparatos que quedaban en el sector, aunque seguían siendo un peligro, eran numéricamente inferiores.

Los japoneses tomaron la iniciativa en las operaciones terrestres el 4 de febrero, lanzando un ataque en el Arakan. Slim había advertido a su jefe de los servicios logísticos, general A. H. Snelling, que se mantuviera preparado para los abastecimientos aéreos en cuanto los japoneses atacaran; y, en efecto, así se hizo. Los nipones, utilizando la táctica en la que ya eran expertos, cortaron las vías de comunicación de sus adversarios en el Arakan; pero las contramedidas se aplicaron inmediatamente, y así, el 7 de febrero, comenzaron sin dilación los lanzamientos de abastecimientos.

Los lanzamientos en el Arakan duraron hasta el 24 de febrero, cuando la unidad enviada a liberar a los asediados (la citada División 7 india), actuando como un ariete, les despejó el camino. La ofensiva japonesa terminó con un revés táctico. No obstante, la finalidad del enemigo había sido la de inmovilizar la reserva estratégica de Slim en el Arakan. Y si los nipones hubieran conseguido impedir su traslado a Imphal a tiempo para que no pudiera oponerse a su ofensiva principal, habrían conseguido una victoria estratégica.

La operación de los abastecimientos aéreos demostró lo limitados que eran los recursos del mando de Asia Sudoriental, pues Mountbatten se había visto obligado a destinar aparatos para el puente aéreo de China, suscitando automáticamente la preocupación y las protestas de Stilwell y de los americanos.

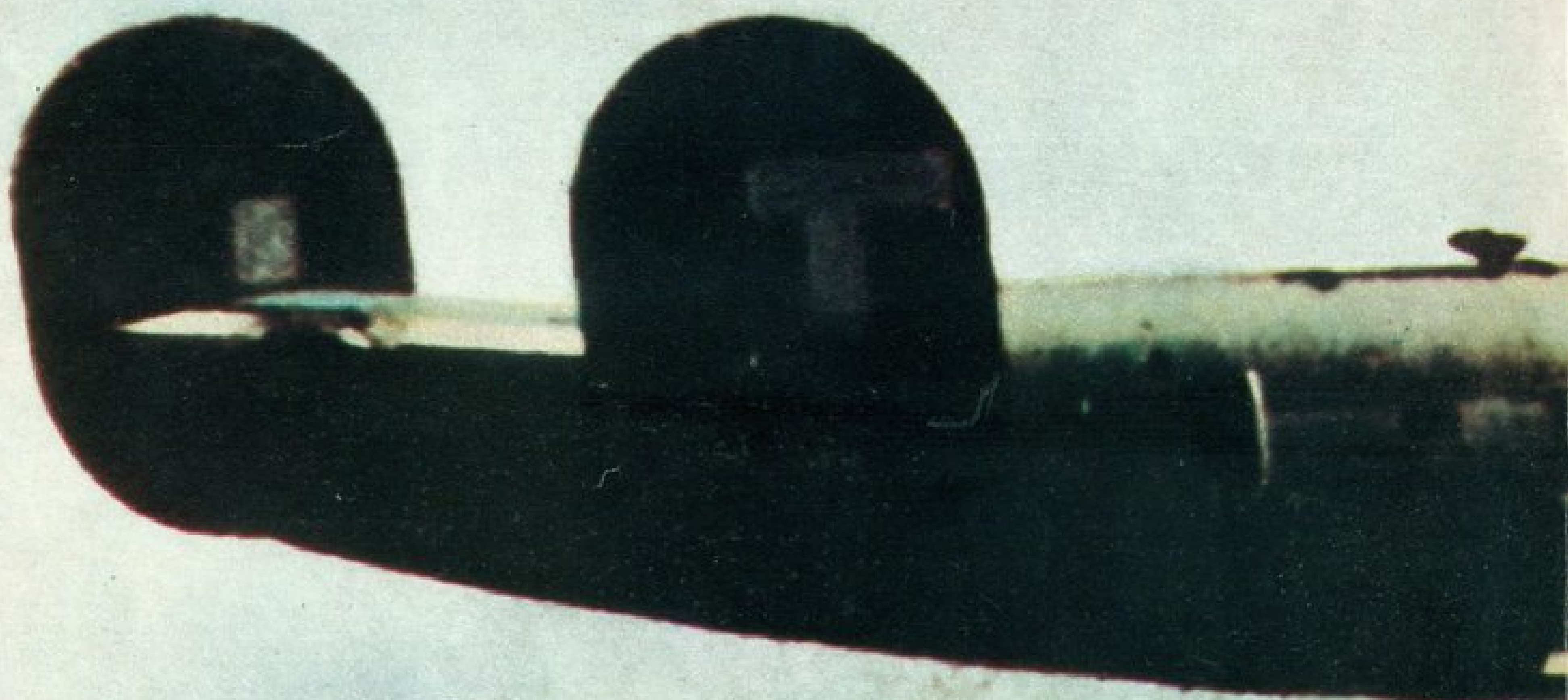
En marzo, cuando los japoneses lanzaron el ataque contra Imphal, se inició el período decisivo de la campaña de Birmania, y el frente central se transformó en su escenario principal. Los japoneses, siguiendo el plan preestablecido, concentraron sus esfuerzos aéreos al norte del Arakan, esfuerzos que, a principios de marzo, traducidos en cifras, significaron una media de 55 cazas nipones utilizados diariamente en las operaciones contra 582 del EAC.

A pesar de la enorme diferencia, los japoneses empezaron con su estilo típico, atacando los aeródromos de apoyo y las unidades utilizadas en la operación *Chindit*. La RAF, por su parte, había perfeccionado un sistema de reconocimiento aéreo que permitía interceptar a tiempo al enemigo. Y este factor, al que se añadían los violentos ataques aéreos contra las bases japonesas y la superioridad de medios, fue del todo suficiente para hacer frente a la actividad del enemigo. El *Eastern Air Command* perdió, en marzo, 57 aparatos, pocos en proporción a las 18.109 salidas efectuadas. Mientras tanto, los japoneses se iban debilitando poco a poco. Aunque su 5.ª División aérea había recibido de 100 a 150 aviones para sustituir a los perdidos, tanto el número de los aparatos eficaces como el de los vuelos disminuía sin que pudiesen hacer nada para evitarlo.

Los Aliados habían conseguido ya la completa supremacía aérea, y con ello sus transportes podían operar libremente. Y cuando las unidades aliadas cortaron las vías de abastecimiento enemigas, los japoneses se vieron obligados a batirse desesperadamente hasta el final para no morir de hambre, pues todo lo que recibían por el aire eran las bombas y las balas aliadas. Las condiciones en Birmania eran iguales para ambos adversarios, pero el factor más importante de todos fue la superioridad aérea de los Aliados, que demostró ser decisiva poco después en las acciones de Kohima e Imphal.

Birmania, enero - marzo 1944

ARAKAN:

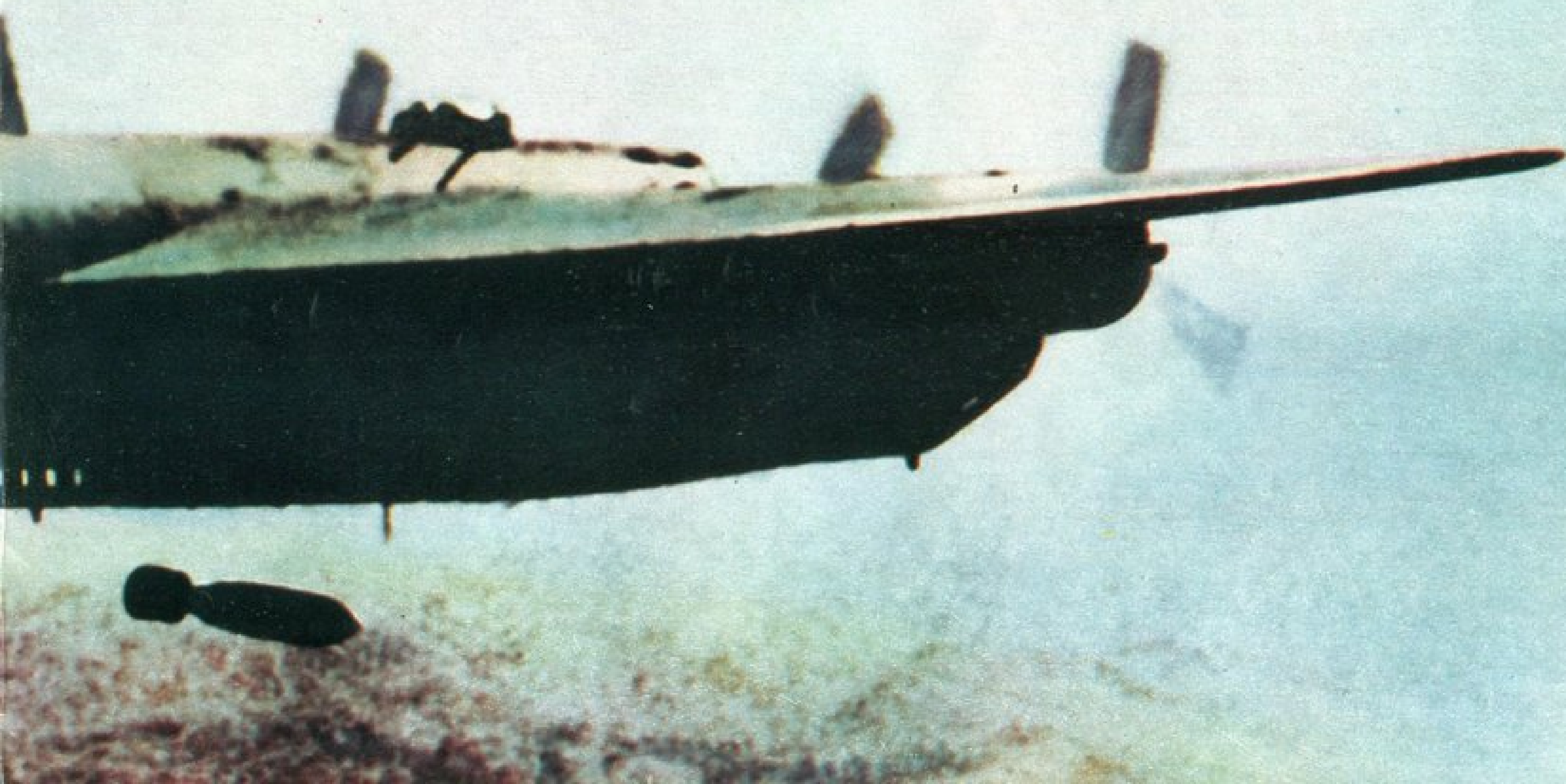


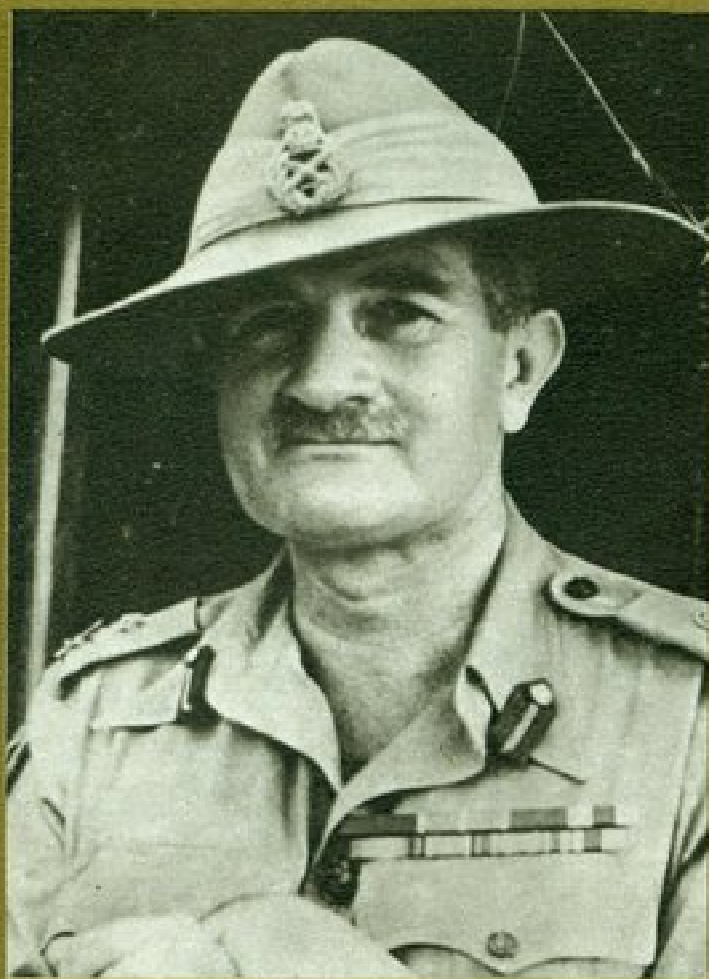
Un "Liberator" volando en el cielo de Birmania en el curso de uno de los numerosos ataques aéreos aliados contra las posiciones niponas. En los primeros meses de 1944, mientras la guerra aérea tomaba un curso desfavorable para los japoneses, el apoyo proporcionado por la Aviación británica y americana a las tropas de tierra en el Arakan fue, sin embargo, desalentador. En efecto, gran parte del efecto explosivo lo absorbía el espeso monte bajo y las poquísimas bombas que alcanzaban su objetivo provocaban, en general, daños de poca importancia.
(Imperial War Museum)

LAS POSICIONES SE INVIERTEN

Anthony Brett-James

Faltó poco para que el segundo intento británico de penetrar en el sur de Birmania, a través del Arakan, se frustrara de nuevo a causa de uno de esos accidentes que se producen a veces en las operaciones militares y que siempre resultan peligrosos. Una violenta ofensiva japonesa estuvo a punto de hacer fracasar todos los planes aliados. Sin embargo, después de una serie de durísimos combates en la jungla, resultó evidente que algo había cambiado en el frente birmano. Se había afrontado y conseguido derrotar la clásica táctica japonesa, y con ello la moral del Ejército 14, del general Slim, se elevó notablemente.

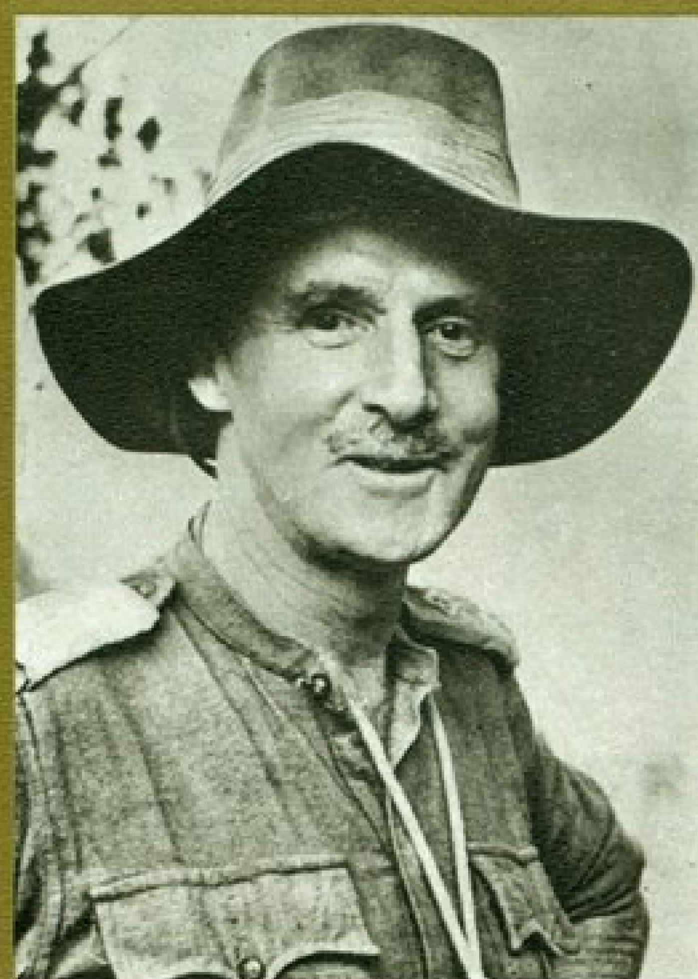




El teniente general Slim, comandante del Ejército 14, se proponía realizar la conquista de Maungdaw y Buthidaung, que debían servir de trampolín de lanzamiento para la ocupación de Akyab. (Imperial War Museum)



El general de división Briggs, que ya se había distinguido en África Oriental, mandaba la División 5, desplegada en el ala derecha del Cuerpo de Ejército XV, y su misión era conquistar Maungdaw. (Imperial War Museum)



El general de división Messervy, brillante veterano de las campañas de África, dirigió la ofensiva de la División 7, prácticamente carente de experiencia, que debía avanzar hasta Buthidaung. (Imperial War Museum)

En abril de 1943, como se sabe, el intento angloindio de llegar a Akyab fracasó ante las defensas japonesas, y se convirtió en una difícil y costosa retirada cuando los japoneses efectuaron maniobras envolventes a través de elevaciones que el enemigo, inexperto en un principio, había considerado insalvables. Después de aquel fracaso la División 26 india, del general de división Lomax, se había establecido en posiciones defensivas avanzadas a lo largo de una línea que, partiendo de Nhila, en la península de Teknaf, pasaba el Naf y, tras cruzar Bawli Bazar y los montes Mayu, llegaba hasta Goppe Bazar y Taung Bazar. Los japoneses, victoriosos, no pasaron de la línea Maungdaw-Buthidaung y se habían situado en este frente, en situación ventajosa, durante los meses del monzón estival.

En noviembre de 1943 el teniente general Slim, comandante del recién constituido Ejército 14, oponía a los japoneses, en el frente del Arakan, tres de sus divisiones: la 5 india, mandada por el general de división Briggs; la 7 india, relativamente desprovista de experiencia, pero mandada por un brillante veterano de las campañas de África oriental y septentrional, el general de división Messervy, y la División 81 de África occidental, bajo el mando del general de división Woolner. Las tres divisiones componían el Cuerpo de Ejército XV, que, del mando de Slim, había pasado ahora al del teniente general Christison.

Unos planes más ambiciosos, concebidos con anterioridad para las unidades del mando del sudeste de Asia, se habían aplazado o anulado por falta de medios, y en consecuencia las intenciones de Slim respecto al frente del Arakan se limitaban, por el momento, a un avance inicial para conquistar Maungdaw, Buthidaung y la «carretera de los túneles», la única carretera asfaltada que existía en el sector. La posibilidad de lanzar una ofensiva de mayor envergadura que tuviese como objetivo final la ocupación de Akyab, estaba subordinada a la disponibilidad de una vía de abastecimientos marítima que llegase a Maungdaw, así como al dominio de la carretera transversal que permitiría que los abastecimientos llegaran hasta las unidades situadas al este de los montes Mayu.

Para realizar el primer intento, la División 5 india debía avanzar sobre Maungdaw y Razabil y los batallones de Messervy tenían que llegar hasta Buthidaung, mientras la División 81 de África occidental descendería por el Kaladan, a fin de proteger el flanco oriental contra la habitual maniobra envolvente de los japoneses.

La división japonesa que haría frente a este intento era la 55, del teniente general T. Hanaya, que ya había combatido en Indochina en 1942, intervino en la conquista de Birmania y, en 1943, había influido de manera importante en el fracaso de las operaciones británicas en el Arakan.

Problemas por la sequía y el terreno

Las operaciones militares, ya muy difíciles de por sí ante un enemigo tan seguro de sí mismo, se veían más complicadas aún por el clima y por el terreno.

Y no sólo las operaciones militares, sino también el envío de abastecimientos a las tropas de primera línea, se veían dificultados por el terreno y por el clima. Por ejemplo, los destinados a la División 7 india tenían que pasar a través del paso de Goppe, por un sendero apenas visible, transportados a hombros por indígenas o en columnas de mulos, y descender después a bordo de los *sampan*, siguiendo el Kalapanzin, hasta Taung Bazar.

Cuando se hizo necesario transportar al otro lado de los montes Mayu carros de combate, cañones y camiones fue indispensable buscar un paso más fácil que el de Goppe. Fue entonces cuando se descubrió un sendero tortuoso y empinado, con una serie de desniveles de 300 metros en un trecho que no llegaba ni a los 5 km, que conducía al paso de Ngakyedauk, bautizado de nuevo con el nombre de «Okeydoke». Los ingenieros mejoraron el sendero, transformándolo primero en una pista para *jeeps*, y más tarde en una carretera por la que podían transitar cañones de dimensiones medias, camiones de hasta 3 toneladas y que también sería accesible para los carros de combate durante la estación seca. En Sinzweya, una aldea pequeñísima, que se hallaba en la entrada oriental del paso, se estableció una base de abastecimientos y los ingenieros instalaron un servicio de transbordo en el Kalapanzin, 6,5 km al sur de Taung Bazar. Entonces ya no fue necesario utilizar la precaria vía de comunicación a través del paso de Goppe.

El Cuerpo de Ejército XV, mientras intentaba abrirse camino hacia el Sur, empezó a entablar ligeros combates, muchos de los cuales, no obstante, produjeron graves pérdidas, pues los japoneses ofrecían una encarnizada resistencia.

Contratiempos y pequeños reveses

En diciembre y enero se produjeron numerosos contratiempos y pequeños reveses. Un día, la infantería británica, en el curso de un ataque, avanzó atrevidamente, lanzándose en persecución del enemigo; pero, como todo resultado, cuando llegó al terreno descubierto, se encontró bajo un fuego cruzado mortal y una lluvia de granadas de mano que en pocos segundos infligió a los asaltantes bajas en una proporción del 30 %. En otra ocasión, una compañía inglesa, mientras estaba recorriendo un terreno montañoso buscando un camino interior que condujese al pueblo fortificado de Razabil, se encontró completamente aislada. Atacada por todas partes, con pocas municiones y con el lugar donde se podía abastecer de agua en manos del enemigo, la compañía tuvo que replegarse, combatiendo en terreno descubierto y sufriendo graves pérdidas.

Audaces hasta el fanatismo en el ataque, los nipones demostraban ser asimismo tenaces y hábiles en la defensa. En la Cota 124, al norte de Maungdaw, por ejemplo, todas las pequeñas elevaciones cubiertas de matorrales estaban rodeadas por una serie de trincheras y por una triple barrera de alambradas alrededor de la cumbre, y cada una estaba protegida por el fuego de una o más ametralladoras situadas en la cima de una elevación cercana. Cada vez que los británicos lanzaban un ataque contra una determinada elevación, los defensores disparaban un cohete rojo con la pistola *Very* y se apresuraban a resguardarse en los refugios, mientras desde las demás posiciones japonesas se iniciaba el fuego de barrera para proteger la elevación atacada. Como los japoneses habían rechazado todos los ataques lanzados durante los primeros seis días de enero,

los ingleses adoptaron una táctica diferente, encaminada a obligar a los defensores a ceder por agotamiento, haciéndoles pasar hambre y desgastándolos; el sistema demostró ser eficaz, pues al cabo de una semana los *bunkers* fueron abandonados.

Al fin, el día 9 de enero, el 2.º *West Yorkshire* tomó Maungdaw. El aspecto que ofrecía el puerto era de una terrible desolación y abandono. El hedor era casi insoportable. Un poco más abajo, en el punto en que empezaban a verse el Naf y las elevaciones cubiertas de vegetación al norte de Teknaf, se encontraba el muelle de los barcos fluviales, también en completo estado de abandono.

En el aire, la actividad bélica pronto empezó a mostrarse desfavorable para los japoneses. Desde noviembre las fuerzas aéreas enemigas habían atacado constantemente los aeródromos del Assam; derribaron los aparatos no escoltados que lanzaban abastecimientos y bombardearon las embarcaciones del servicio costero. Incluso habían efectuado incursiones contra los puertos de Calcuta y Chittagong. Los escasos escuadrones de *Hurricane* habían sufrido graves pérdidas en su intento de interceptar a los enemigos, y los japoneses mantuvieron su supremacía hasta el 31 de diciembre de 1943, cuando los *Spitfire* consiguieron derribar 13 aparatos nipones. Dos semanas después, los *Spitfire*, cualitativamente superiores a los cazas *Zero* y *Oscar*, consiguieron una nueva victoria, lo cual representaba una gran ayuda moral para los soldados ingleses e indios que habían podido observar el combate.

No es pues de extrañar que, tras esas pérdidas, los japoneses redujeran sus vuelos y se mostraran mucho más prudentes durante el resto del mes, en tanto que los bombarderos en picado *Vengeance*, recién llegados de Inglaterra, atacaban todos los días objetivos terrestres. Pero los resultados que consiguieron estos aparatos fueron bastante desalentadores, pues gran parte del efecto explosivo lo absorbía la densa vegetación, e incluso las escasas bombas que alcanzaban el objetivo provocaban daños de poca monta.

También el apoyo proporcionado por la Aviación americana y británica a las fuerzas terrestres, durante la ofensiva de la División 5 india, tuvo resultados decepcionantes. El ataque del 26 de enero contra Razabil acabó en un fracaso, a pesar de la ayuda proporcionada por el 25.º de Dragones y sus carros de combate *Lee-Grant*, del fuego dirigido contra las posiciones japonesas por la artillería de campaña y de los bombardeos, no demasiado precisos, por cierto, de los *Liberator*, los *Mitchell* y los *Vengeance*. El porcentaje de bajas fue alto, la resistencia japonesa muy tenaz y los progresos, incluso después de cuatro días de ataques, muy limitados.

Dadas las dificultades, el general Christison desplazó el ataque principal al frente de la División 7 india. Las brigadas de Messervy debían avanzar para intentar ocupar Buthidaung y la «carretera de los túneles», y mientras tanto, se mantendría la presión a lo largo de la cordillera de los montes Mayu y la franja costera, por debajo de Maungdaw. Las operaciones para la conquista de Buthidaung debían comenzar el 8 de febrero; pero, como ocurre a veces en la guerra, el enemigo al que se debía atacar asestó el primer golpe, con una anticipación de cuatro días respecto a la fecha establecida en los planes británicos.

En efecto, «Ha-Go», la operación «Ha», propuesta por el general Hanaya, comandante de la División 55 japonesa, había sido audazmente planeada y preparada. La columna principal, conducida por el general de división Sakurai, avanzando furtivamente por la vertiente oriental y penetrando entre la División 7 india y la 81 de África occidental, debía conquistar Taung Bazar y asegurarse el paso del Kalapanzin, mientras un batallón del coronel Kubo pasaría rápidamente la cordillera de los Mayu para cortar la carretera al sur de Bawli Bazar, aislando así a la División 5 india. Luego, Kubo debería rechazar una posible intervención de unidades que quisieran liberarla y que podrían avanzar hacia el Sur, tanto desde Bawli Bazar como a través del paso de Goppe.

Mientras tanto, el grueso de las fuerzas atacantes, unos 5000 hombres mandados por el hábil y audaz coronel Tanahashi, que el año anterior derrotó a los británicos en Donbaik y Rathedaung, debía efectuar una conversión al Sudoeste, desde Taung Bazar, interrumpir el tránsito por el importantísimo paso de Ngakyedauk, destruir la base logística de Sinzweya —que pronto se conocería con el nombre de «Admin Box»— y cercar a las brigadas de Messervy al este de los montes Mayu. Una tercera unidad japonesa debería mantener el frente originario desde Maungdaw a Buthidaung, lanzando ataques de entidad limitada. Por consiguiente, la División 7 india sería destruida cuando intentara huir hacia el Norte o bien a través de los montes Mayu, y el coronel Tanahashi aniquilaría a la División 5, ya aislada, y que, según las previsiones japonesas, intentaría retirarse a Teknaf por vía fluvial.

La División 81 de África occidental, una vez dispersadas o destruidas las otras divisiones avanzadas, se vería obligada a replegarse, encontrándose en grave peligro, y los japoneses continuarían avanzando hacia el Norte, utilizando los medios de transporte capturados al enemigo, para dejar atrás Cox Bazar y llegar hasta Chittagong, a 160 km de distancia. Allí, el Ejército nacional indio, constituido bajo la protección nipona, incitaría a las poblaciones locales a rebelarse contra la dominación británica, y así quedaría abierto el camino para la invasión de Bengala. Además (y eso era importantísimo) la ofensiva «Ha» obligaría a Slim a enviar sus reservas al frente del Arakan, precisamente en el momento en que los japoneses se estarían preparando para lanzar el ataque principal contra los aeródromos y la importantísima base avanzada de Imphal, 480 km más al Norte.

Los movimientos iniciales son alentadores

La columna de Sakurai avanzó sigilosamente hacia el Norte, por la orilla izquierda del Kalapanzin, en las primeras horas del día 4 de febrero. Rebasó Kwazon y llegó hasta Taung Bazar, donde cruzó el río. Los ingleses, engañados por la niebla y la oscuridad, tomaron los movimientos de los japoneses, nada silenciosos, por los de sus propias unidades logísticas o por los de una columna india encargada del abastecimiento y que se había desorientado. Ni siquiera al cabo de varias horas los comandantes británicos sospecharon que se trataba de una numerosa columna enemiga. La amenaza no se hizo evidente hasta el 5 de febrero por la tarde. Entonces se enviaron apresuradamente unidades británicas para guarnecer el paso de Goppe; la Brigada 89 se trasladó al Norte y entabló combates con destacamentos japoneses en las proximidades de Ingyaung, y la División 26 india, de reserva, recibió la orden de avanzar hacia Bawli Bazar.

En las proximidades de la costa, el general Briggs, al enterarse de que el enemigo había cruzado el río por Taung Bazar, mandó parte de sus unidades a defender la cima del paso de Ngakyedauk y otra parte contra la columna de Kubo, que había cruzado las elevaciones que dominaban Chota Maunghnama.

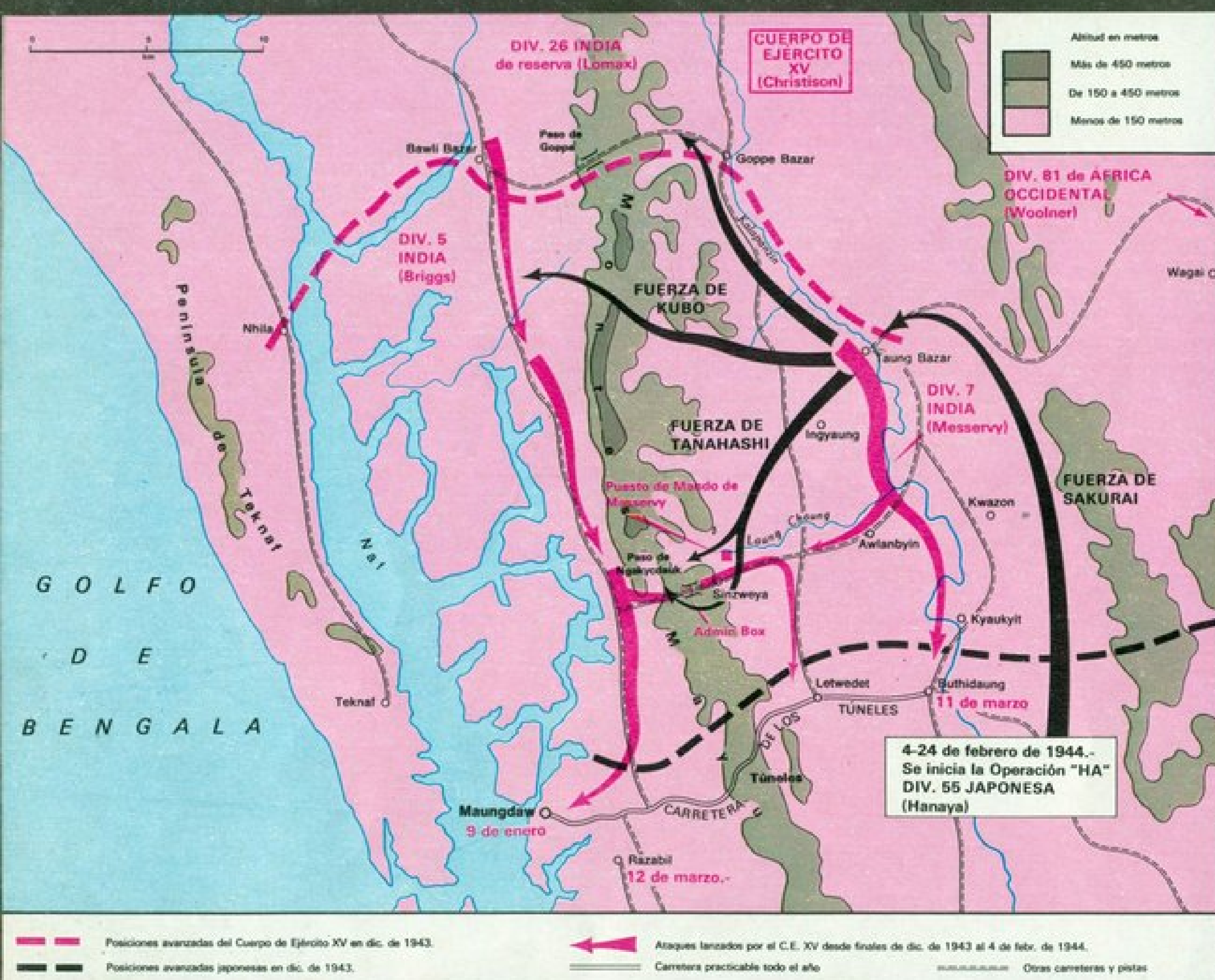
Por una sensata precaución, las unidades logísticas se habían dispuesto en posiciones organizadas para la defensa en todo su perímetro, y se rastrilló la pista que iba de Bawli Bazar al puesto de mando de Briggs. Además, la amenaza de posibles bloqueos de los caminos disminuyó por el hecho de que los abastecimientos llegaban a Maungdaw a bordo de embarcaciones.

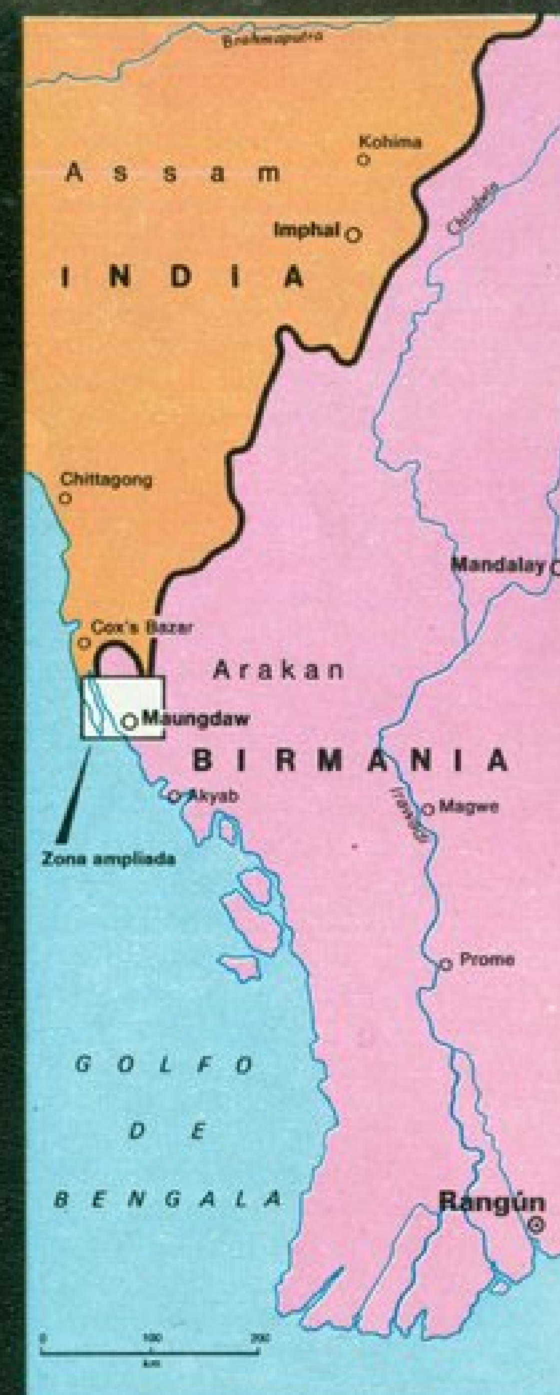
Mientras tanto, acontecimientos más graves sorprendieron a Messervy, que se hallaba en su puesto de mando, situado a 1,5 km, aproximadamente, al nordeste de Sinzweya, casualmente sobre una de las direcciones de ataque del enemigo y que se transformó, por lo tanto, en escenario de una violenta batalla. Como la compañía india que lo guarnecía había salido para cumplir otra misión, le correspondió defenderlo a una compañía de Ingenieros, llegada recientemente al lugar, y a los soldados de transmisiones de la división, al mando del teniente coronel Hobson.

Hacia las 05,00 horas del 6 de febrero, los japoneses, cuyo número correspondía probablemente a los efectivos de un batallón, salieron de la oscuridad y de la espesa niebla. Su ataque fue rechazado en un sector; pero otros grupos consiguieron infiltrarse y aislar el centro de transmisiones, y después, antes de verse obligados a retirarse, irrumpieron en la sección de cifra, poniendo así en peligro el secreto de las comunicaciones cifradas. Un pelotón japonés, olvidando sin duda que



Por un afluente del río Kaladan, embarcaciones de desembarco efectúan el transporte de soldados británicos que refuerzan las tropas empeñadas en combate. El dominio de las vías de comunicación, fluviales o terrestres, era importantísimo en el Arakan, donde las fuerzas británicas vivían bajo el constante peligro de ser cercadas y aisladas por las tropas japonesas. *(Imperial War Museum)*





A principios de enero de 1944, el avance de la División 5 india –que junto con la 7 debía romper el frente japonés entre Maungdaw y Buthidaung– fue detenido cuando, tras la conquista de Maungdaw (9 de enero), las tropas tuvieron que vencer la resistencia nipona ante la fortaleza de Razabil. El ataque principal británico se trasladó entonces al frente de la División 7 que, según los planes, iniciaría el 8 de febrero las operaciones para apoderarse de Buthidaung. Pero los japoneses previeron este movimiento, dando comienzo, el 4 de febrero, a la "Ha-Go", operación que tenía como objetivo el aniquilamiento de las fuerzas enemigas avanzadas. Pero, a pesar de sus esfuerzos, los japoneses no lo consiguieron: los comandantes británicos enviaron rápidamente refuerzos a los puntos de importancia vital, mientras los ataques nipones contra el "Admin Box" (Administrative Bos, centro logístico) sólo obtuvieron resultados parciales. El día 25 las fuerzas angloindias lograron abrir de nuevo el paso de Ngakyedauk y establecer contacto con los defensores del "Box". La operación japonesa "Ha" había fracasado.

estaba expuesto al fuego de las alturas circundantes, comenzó a emplazar sus ametralladoras a sólo 9 m de una posición defensiva de los soldados de transmisiones, y sus componentes perecieron uno tras otro. El ataque frontal de los japoneses fue sustituido entonces por el fuego de los morteros pesados y de las ametralladoras, por lo que Hobson se presentó en el puesto de mando de la división para informar sobre la situación; pero, en cuanto llegó, un sargento le comunicó que Messervy y su Estado Mayor ya habían decidido trasladarse al «Admin Box» y establecer allí el puesto de mando de las brigadas destacadas.

Cuando Hobson encontró al comandante de la artillería divisionaria, general de brigada Hely, se puso de acuerdo con él para prolongar durante algún tiempo la resistencia, esperando acontecimientos ulteriores. Mientras tanto, los japoneses habían atacado cuatro veces el centro de transmisiones, pero éste consiguió rechazar a los asaltantes; también los ataques de los japoneses que penetraron en las líneas habían fracasado tras violentos combates entre los refugios y en las tiendas. Sin embargo, a las 10,30 horas, la presión era más fuerte que nunca: los nipones habían situado en las elevaciones morteros y ametralladoras, las bombas llovían sobre las posiciones defensivas, se habían cortado todas las líneas telefónicas y sólo funcionaba una estación transmisora de radio.

Hely y Hobson deliberaron de nuevo. Entonces decidieron evacuar el puesto de mando, pues los japoneses lo iban cerrando lentamente. Se dieron órdenes de destruir las estaciones de radio de campaña y los documentos secretos, por lo que los operadores que escuchaban a kilómetros de distancia oyeron las palabras: «Destruye ese aparato»... y después se hizo el silencio.

Todos los hombres recibieron la orden de abrirse camino en pequeños grupos hacia el Admin Box de Sinzweya: fue una marcha larga, agotadora para los nervios y peligrosa; pero la vegetación densísima de la jungla, que había favorecido a los atacantes japoneses, fue ahora útil a los defensores en la difícil retirada, si bien muchos se perdieron o cayeron en emboscadas. Otros consiguieron llegar al Admin Box.

En esta importantísima base se encontraban el general G. C. Evans, llegado recientemente como comandante de la Brigada 9, la mayor parte del 2.º *West Yorkshire* y la mitad del Regimiento 24 indio de montaña. Briggs había ordenado a Evans que organizara la defensa y resistiese en el Admin Box hasta el final: esta vez las unidades avanzadas no debía ceder.

Se les había prometido abastecimientos por vía aérea, las reservas estaban ya en marcha y se haría todo lo posible para invertir la situación y cortar las vías de comunicación terrestres en poder del enemigo.

Eran pocos los ocupantes del Admin Box que sabían con exactitud lo que había pasado, pues se esperaban órdenes. Fue Evans, con su bastón en la mano y el sombrero australiano chorreando agua quien tomó una decisión definitiva, contagiando a los demás con su energía y su confianza. Gracias a este impulso y al constante flujo de nuevas compañías, que llegaban a pie y en camiones, las defensas exteriores se organizaron aquella misma tarde, aunque al comienzo, a causa del escaso número de fuerzas disponibles, la defensa del sector oriental y del nororiental se confió tan sólo a la artillería. La línea, a excepción de los dos lados en que los caminos entraban en el Box, que se extendía sólo a 1350 m, de Este a Oeste y tenía una profundidad de 800 m, estaba guarnecida por un conjunto heterogéneo de unidades logísticas, incluyendo una compañía de acemileros, el personal de la plana mayor, componentes del 2.º escalón, un depósito de campaña y dos secciones de abastecimientos. Dos escuadrones del 25.º de Dragones de Frink, protegidos por una compañía del *Bombay Grenadiers*, constituían la reserva móvil. El *West Yorkshire* de Cree, menos dos compañías, era todo lo que Evans tenía como reserva de infantería. ¡Y sólo Dios sabía cuánta necesidad tendría de ella!

El general Messervy, que llegó exhausto de su invadido puesto de mando a primera hora de la tarde, confió la defensa local a Evans y asumió el mando de sus brigadas: al 114 del general de brigada M. R. Roberts quedó como protección del flanco oriental del Kalapanzin y la 33 del general de brigada F. J. Loftus-Tottenham, con un batallón de la Brigada 9, como defensa de las posiciones avanzadas al norte de Letwedet. En un principio, la Brigada 89, mandada por el general W. A. Crowlanbyin y el Ngakyedauk; pero más tarde la llevaron también al Admin Box para reforzar la guarnición.

El 7 de febrero comenzó mal. Los japoneses cortaron el paso de Ngakyedauk, y luego hicieron retroceder a una parte de un batallón *Gurkha* hasta el extremo oriental del Box fracasando el contraataque aliado. En aquel momento crítico Evans recurrió a medidas de emergencia para mantener a distancia al enemigo en espera de una compañía del *West Yorkshire*, que se encontraba en el extremo opuesto del Box, para lanzarse al ataque: ordenó que las piezas de artillería de campaña, las de montaña y las antiaéreas, más los morteros y los carros de combate que se encontra-

ban en primera línea, comenzasen a disparar lo más rápidamente posible con alza cero. Este formidable fuego de barrera proporcionó a la infantería el tiempo suficiente para llegar al campo de batalla, volver a ocupar el paso y formar una línea defensiva.

Matanza en el hospital

La tarde no fue tan pródiga en acontecimientos, pero cuando oscureció empezaron a ocurrir hechos muy graves y las pérdidas llegaron a ser enormes. Inmediatamente detrás del Ngakyedauk Chaung se encontraban las tiendas, los refugios subterráneos y las ambulancias del equipo médico principal, a unos 300 metros del puesto de mando. Y en este lugar se produjeron atroces matanzas. Acompañados por un grupo perteneciente al Ejército nacional indio, los japoneses entraron en el hospital, eliminaron a los pelotones del *West Yorkshire* que lo defendían y mataron a todos los médicos y a los heridos y enfermos británicos en sus camas.

Se envió en seguida una patrulla de exploración montada en orugas, pero los japoneses la rechazaron con granadas de mano. Utilizar cañones y morteros significaba entonces matar a amigos y enemigos, y por otra parte, arriesgar a la única compañía de reserva en un ataque nocturno, sin el apoyo de la artillería, significaba un completo desastre.

No obstante, a la mañana siguiente, compañías del *West Yorkshire* se abrieron camino a través de los cursos de agua, de la maraña de vegetación y de las posiciones de ametralladoras enemigas hábilmente escondidas detrás de las camillas en los dormitorios y en las sales de operaciones. El hospital de campaña no quedó libre de japoneses hasta la mañana del 9 de febrero.

El mismo día, y pocas horas después, el gran depósito de municiones situado en la elevación llamada *Ammunition Hill* (colina de las municiones) fue alcanzado por las granadas japonesas y se incendió. En las terrazas cortadas en el flanco occidental se habían almacenado centenares de cajas, y en el transcurso de dos ataques sucesivos las municiones comenzaron a estallar; los proyectiles para las armas portátiles estallaron durante horas y horas, como bambúes incendiados, y fragmentos de granadas cruzaban el aire e iban a parar más allá del valle, donde inesperadamente herían a algún desdichado.

El 11 de febrero fue otra elevación la que se convirtió en foco de peligro. A mediodía, un numeroso grupo japonés ocupó la cima sudoriental de la *Artillery Hill* (colina de la artillería), llamada así porque estaba defendida por artilleros que combatían como soldados de infantería. Desde allí el enemigo podía dominar, a una distancia de menos de 200 m, la zona del abastecimiento de agua, el depósito de municiones, el sector en el que se efectuaba el lanzamiento de abastecimientos aéreos y el puesto de mando del Box. Si los japoneses conseguían llevar sus cañones hasta la cima, la posición sería indefendible, por lo que Evans dio la alarma general. Se envió una sección de la compañía del comandante O'Hara para que atacase inmediatamente a los japoneses; pero la escalada de la abrupta pendiente requirió mucho tiempo, y mientras tanto los enemigos ocuparon toda la cumbre.

A O'Hara no le quedó otra alternativa que hacer retroceder su sección y Evans ordenó entonces que todos los morteros, cañones y armas de los carros de combate disponibles disparasen sobre la colina. Los árboles volaron por los aires en astillas, se levantaron humo y polvo de la jungla, en la que comenzaban a abrirse aquí y allá claros desprovistos de vegetación: aquel espectáculo levantó la moral de los atacados. Después, a una señal de O'Hara, el fuego cesó y la misma compañía del *West Yorkshire* volvió a entrar en acción y ocupó la cima. También esta crisis se había superado.

Tres ataques típicos

Era difícil que los japoneses dejasen pasar un día o una noche sin atacar en un sector u otro del perímetro defensivo; pero sus intentos, tres de los cuales se efectuaron en la forma típica en ellos, no obtenían resultados decisivos por falta de coordinación.

Una sección enemiga intentó atacar el «puerto» del 25.º de Dragones y destruir sus carros de combate; pero la detuvieron y aniquilaron en el terreno descubierto de un arrozal.

Una semana después, un fanático ataque nocturno estuvo a punto de llegar al comedor de oficiales del puesto de mando y a una cercana posición de piezas de montaña; pero también los atacantes tuvieron que retroceder, sufriendo graves pérdidas, tantas que el *chaung* del que los defensores sacaban el agua estaba lleno de cadáveres y fue necesario desinfectarla.

Más tarde, también de noche, los japoneses eligieron, sin darse cuenta, como lugar de reunión para varias compañías el cauce de un *chaung* en el límite meridional del sector ocupado por el 2.º escalón de la Brigada 9, en el punto en el que el curso de agua formaba un recodo entre dos altos terraplenes. Uno de ellos estaba guarnecido por cocineros del *West Yorkshire*, escribientes, chóferes y otros hombres de los servicios del mando, que de pronto oyeron un inesperado ruido de pasos. Los defensores, mandados por el sargento primero Maloney, esperaron hasta que aparecieron más de cuarenta japoneses y un oficial, avanzando con dificultad y en formación cerrada por la rampa iluminada por la luna.

«¡Que resista el 14.º de infantería! –gritó Maloney en tono de plaza de armas– ¡Fuego!»

Granadas, fusiles y armas automáticas exterminaron inmediatamente a la mayor parte de los intrusos, y los que dieron la vuelta para ponerse rápidamente a salvo no consiguieron trepar por la orilla opuesta y fueron alcanzados mientras trataban de subir. El oficial japonés atacó al sargento con la espada, pero éste paró el golpe con la culata del fusil, y después, ayudado por un cabo de la trinchera vecina, mató al japonés con la bayoneta. Este pequeño enfrentamiento le costó al enemigo unos sesenta muertos, y, sin embargo, pasaron varios días antes de que los japoneses, que tendían a no desviarse de un plan preestablecido, renunciasen a este lugar de concentración.

¿Qué habían hecho mientras tanto los refuerzos para abrirse paso hacia el Box? Briggs, con la División 36 de Festing al alcance de la mano para rastrillar los sectores situados al norte de Chota Maunghnama, confió la defensa del frente meridional, entre la cresta y la costa, a su Brigada 161 y ordenó a la 123 que liberase tan rápidamente como fuera posible el paso de Ngakyedauk.

El avance comenzó el 12 de febrero, pero las esperanzas de liberar lo antes posible a la guarnición asediada se desvanecieron inesperadamente dos días después, cuando los japoneses ocuparon una elevación importantísima, la Cota 1070, que dominaba el centro del paso por la parte septentrional. Era un contratiempo sumamente grave, y Briggs ordenó a la Brigada 123 que corriera el riesgo, dentro de los límites del sentido común, y se abriera camino a través del paso.

Por otra parte, en la vertiente oriental de los Mayu, la División 26 india de Lomax había hecho avanzar al batallón de cabeza, el I *Lincolnshire*, hacia la Cota 315. El ataque a este reducto comenzó a las primeras horas del 16 de febrero, pero los japoneses presentaron tal resistencia que el *Lincolnshire* no consiguió conquistarlo. Como respuesta a una petición de Evans, el general Messervy dispuso que una parte de la Brigada 89 se trasladase al interior del perímetro defensivo. Dos eran los motivos de este desplazamiento: reforzar la guarnición, que había sufrido numerosas pérdidas, y, sobre todo, aliviar el cometido de las dos compañías del *West Yorkshire*, muy debilitadas después de cuatro grandes contraataques y numerosas acciones de patrulla efectuadas para sembrar la confusión entre las filas japonesas a lo largo del paso de Ngakyedauk.

Todos los asediados del Box estaban ya agotados, algunos de ellos hasta el punto de sufrir alucinaciones cuando por la noche escudriñaban la espesura de la jungla y creían ver un tirador enemigo aislado, encaramado en cada árbol; incluso en pleno día ocurría que hombres deshechos por la fatiga disparaban ráfagas con sus fusiles ametralladores contra japoneses inexistentes o sobre posiciones donde no había nadie.

Hanaya renuncia a la operación «Ha»

Afortunadamente aquella durísima prueba iba a acabar. El 24 de febrero la Brigada 123, que avanzaba hacia el Este por el paso de Ngakyedauk, estableció contacto con los defensores del Box. El general Briggs llegó a bordo de un carro de combate, llevando whisky como regalo, y se evacuó más de 500 heridos en ambulancias. El paso, de nombre casi impronunciable, que se había hecho famoso en tan corto tiempo, volvía a estar abierto. La División 26 india, de Lomax, después de algunos combates violentísimos, estaba irrumpiendo por el Norte, y aquel mismo día el general Hanaya renunció a la operación «Ha».

A decir verdad, Tanahashi ya había empezado a retirarse sin permiso previo; pues, a pesar de los tenacísimos y repetidos esfuerzos de sus hombres para hundir las defensas de Sinzweya, habían fracasado en su empresa y estaban a punto de agotar las reservas de víveres y de municiones. Los pocos japoneses capturados confesaron que habían pasado hambre. Otro factor, no menos deprimente para ellos y completamente inesperado fue comprobar que esta vez sus enemigos no cedían ni siquiera cuando estaban cercados, y lo que era aún peor, reaccionaban utilizando carros de combate, cuya presencia al este de los Mayu constituyó una completa sorpresa.

Los japoneses habían sido derrotados material y moralmente.

1944

9 de enero: unidades del Cuerpo de Ejército XV aliado conquistan Maungdaw.

26 de enero: ataque infructuoso británico contra Razabil.

4 de febrero: los japoneses inician la Operación "Ha", que trata de aislar y destruir las unidades avanzadas del Cuerpo de Ejército XV y de rechazar a los británicos a la frontera india.

6 de febrero: se rechaza un ataque japonés contra el puesto de mando de la División 7 india, la cual, sin embargo, como consecuencia de posteriores ataques, se ve obligada a retirarse al "Admin Box", cerca de Sinzweya.

7 de febrero: los japoneses bloquean el paso de Ngakyedauk, aislando el "Admin Box".

8 de febrero: el primer intento de abastecer a los asediados por el aire fracasa a causa de la masiva intervención de la Aviación enemiga.

11 de febrero: la segunda tentativa se lleva a cabo con éxito y se pueden lanzar los abastecimientos sobre el "Admin Box".

12-14 de febrero: el ataque desencadenado para liberar a los asediados fracasa porque los japoneses conquistan la Cota 1070, colina que domina el paso de Ngakyedauk.

16 de febrero: los Aliados asaltan inútilmente la Cota 315, que domina los aproches orientales del "Admin Box".

25 de febrero: la Brigada 123, repitiendo el intento del día anterior, rebasa el paso de Ngakyedauk y llega al "Admin Box". Los japoneses renuncian a proseguir el "Ha-Go".

11 de marzo: las fuerzas angloindias reconquistan Buthidaung.

12 de marzo: los Aliados rodean y conquistan la fortaleza de Razabil.

Soldados indios pertenecientes al 16.° Regimiento «Punjab» tratan de detener el fuego que ha prendido en un pequeño pueblo de la jungla del Arakan, a consecuencia de los combates entre Aliados y japoneses. *(Imperial War Museum)*

En la batalla del paso de Ngakyedauk, o del Admin Box, intervinieron fuerzas relativamente limitadas, y la victoria costó al Cuerpo de Ejército XV angloindio 3506 hombres. Los japoneses pagaron la derrota con bajas mucho más elevadas: unos 5600 hombres.

Los británicos habían encontrado por fin la forma de neutralizar la táctica de la infiltración y de las maniobras envolventes, aplicada hasta entonces por los nipones, y los hombres del Ejército 14 de Slim adquirieron de una vez para siempre la convicción de que estaban en condiciones de derrotar a sus enemigos en la jungla y de que podían contar, además, con los abastecimientos aéreos. Y casi tan importante era también el hecho de que esta victoria devolvió la confianza a la población civil de la India.

A principios de marzo, la División 7 india estaba preparada para reanudar la interrumpida ofensiva contra Buthidaung y contra las pequeñas elevaciones de la población fortificada de Letwedet. El día 6 la Brigada 33 se puso en marcha para conquistar las posiciones japonesas situadas en seis elevaciones al sur de la pista principal, con el poderoso apoyo de 75 piezas de 25 libras, 16 obuses de 94 mm y 32 cañones de 140. Todo se desarrolló perfectamente: los japoneses ofrecieron escasa resistencia y se retiraron; pero, como de costumbre, el enemigo lanzó violentos contraataques para reconquistar el terreno perdido, mas, a pesar de un prolongado fuego de artillería, no consiguió su objetivo. Sin embargo, no por ello renunció a la lucha. Al contrario, los nipones se atrincheraron a lo largo de una cresta que se prolongaba a ambos lados de la pista, obstruyendo de ese modo el avance hacia Buthidaung; el 11 de marzo una pesada concentración de artillería martilleó el camino que se abría ante la Brigada 89 y el 25.° de Dragones. Aunque los carros de combate se habían visto obligados a retirarse, ante la existencia de un profundo foso contracarro y de campos minados, la infantería, y precisamente el I/11° *Sikh*, descubrió que los japoneses se retiraban desordenadamente. Las patrullas no encontraron resistencia y entraron al fin en Buthidaung, que apareció ante sus ojos reducida a un montón de escombros.

Mientras tanto, la División 5 india atacó por segunda vez la población fortificada de Razabil. Como un ataque frontal habría supuesto un inútil derroche de vidas, la Brigada 161 recibió órdenes de aproximarse por las pendientes meridionales de la elevación, cortando así las vías de comunicación del enemigo y aislando la fortaleza por la retaguardia, para aparecer después en diversas alturas dominantes. Era indispensable, para conseguir el éxito, proceder ante todo a un cuidadoso reconocimiento del recorrido y de las posiciones, pues la brigada tenía que avanzar por la noche, con los batallones desplegados en hilera. En estas condiciones bastaba el consabido «rebuzno de un mulo» para estropearlo todo, al fallar el factor sorpresa.

Al amanecer, las compañías se encontraron entre las colinas cubiertas de matorrales. Fue una sensación extraña para los soldados ver, mirando hacia el Norte, la retaguardia de las defensas enemigas que durante tanto tiempo observaron desde la otra parte. La sorpresa de los japoneses fue total. En cuanto despuntó el día 200 piezas de artillería abrieron fuego contra Razabil, mientras bombarderos en picado se lanzaban contra los defensores. Por la tarde, desconcertados por la amenaza de envolvimiento (la Brigada 123 había simulado un ataque por el Norte) los japoneses evacuaron la población fortificada. Poco después, el 4/7.° *Rajputana* entró en ella.

Las Divisiones 5 y 7 no se detuvieron mucho tiempo en el escenario de su victoria en el Arakan: poco después tuvieron que hacer frente a otra amenaza más grave que se cernía sobre las posiciones aliadas en Birmania, concretamente sobre Kohima e Imphal.



ANTHONY BRETT-JAMES

Cursó sus estudios en la *Mill Hill School* y en Cambridge. Durante la guerra sirvió en el *Royal Corps of Signals* (Transmisiones), y de las experiencias vividas en las campañas de Asia sudoriental sacó el argumento de dos libros: *Report My Signals* e *Imphal*, la historia de una de las batallas decisivas combatidas durante la campaña de Birmania y escrita en colaboración con el teniente general sir Geoffrey Evans. Desde 1961 es profesor de historia militar en la *Royal Military Academy* de Sandhurst y durante este periodo ha escrito numerosas obras sobre las guerras napoleónicas, entre ellas *Wellington at War*, *1812* y *The Hundred Days*.

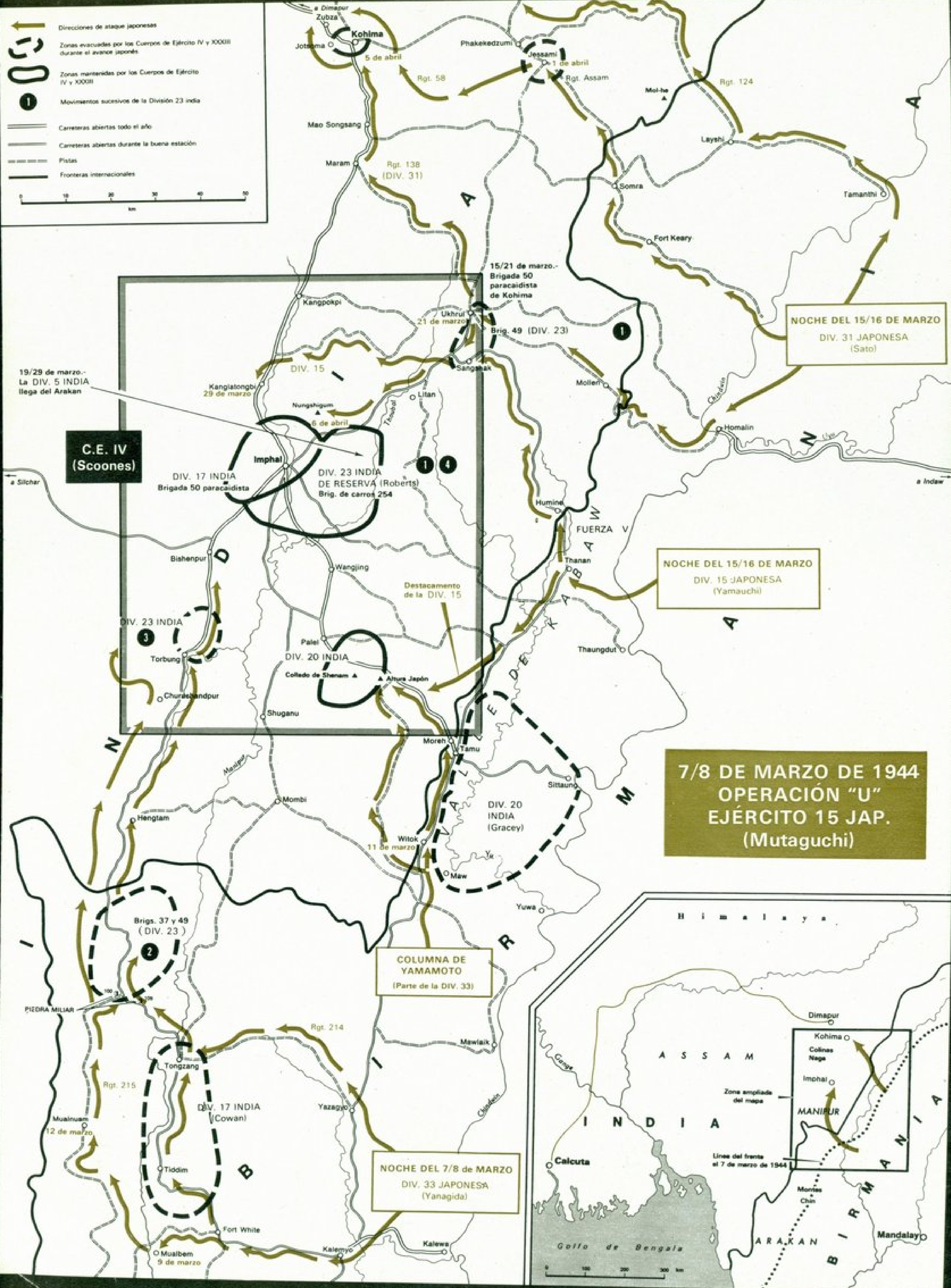
IMPHAL CRISIS EN BIRMANIA

sir Geoffrey Evans, general

Una de las batallas más decisivas de la guerra comenzó cuando los japoneses envolvieron a las fuerzas británicas establecidas a lo largo del Chindwin y se infiltraron en el Manipur. Pero en este lugar descubrieron que, en vez de perderse en el caos, como había sucedido en otras ocasiones, los angloindios estaban firmemente decididos a defender Imphal, manteniendo empeñadas a importantes fuerzas niponas hasta que llegaron contingentes de refuerzo para ayudarles. El general Evans, comandante de la División 5 india en las fases finales de la batalla, cuenta cómo la última ofensiva japonesa señaló el comienzo de la reconquista aliada de Birmania.



Un carro de combate *Lee-Grant* atravesando un curso de agua mientras se dirige a reforzar a las fuerzas británicas desplegadas en la meseta de Imphal, después de la ofensiva nipona iniciada el 7-8 de marzo de 1944.
(Imperial War Museum)


Direcciones de ataque japonesas
Zonas evacuadas por los Cuerpos de Ejército IV y XXXIII durante el avance japonés
Zonas mantenidas por los Cuerpos de Ejército IV y XXXIII
Movimientos sucesivos de la División 23 india
Carreteras abiertas todo el año
Carreteras abiertas durante la buena estación
Pistas
Fronteras internacionales
0 10 20 30 40 50
km
7/8 DE MARZO DE 1944
OPERACIÓN "U"
EJÉRCITO 15 JAP.
(Mutaguchi)
a Dimapur
Zubza
Kohima
Jotsoma
5 de abril
Phakekedzumi
Jessami
1 de abril
Rgt. 58
Rgt. Assam
Rgt. 124
Mol-he
Mao Songsang
Maram
Rgt. 138
(DIV. 31)
Layshi
Somra
Tamanthi
Fort Keary
15/21 de marzo.-
Brigada 50
paracaidista
de Kohima
Kangpokpi
Ukhrul
21 de marzo
Brig. 49 (DIV. 23)
NOCHE DEL 15/16 DE MARZO
DIV. 31 JAPONESA
(Sato)
19/29 de marzo.-
La DIV. 5 INDIA
llega del Arakan
DIV. 15
Sangshak
Kanglatongbi
29 de marzo
Litan
Mollen
Nungshigum
6 de abril
Thoubal
Chindwin
Homalin
Uyu
C.E. IV
(Scoones)
Imphal
DIV. 17 INDIA
Brigada 50 paracaidista
DIV. 23 INDIA
DE RESERVA (Roberts)
Brig. de carros 254
a Silchar
a Indaw
Humine
FUERZA V
Bishenpur
Wangjing
Thanan
NOCHE DEL 15/16 DE MARZO
DIV. 15 JAPONESA
(Yamauchi)
Destacamento
de la DIV. 15
DIV. 23 INDIA
Palel
Thaungdut
Torbung
DIV. 20 INDIA
Collado de Shenam
Altura Japón
Churachandpur
Shuganu
Moreh
Tamu
Sittaung
Manipur
Mombi
DIV. 20
INDIA
(Gracey)
Hengtam
Witok
11 de marzo
Yu
Maw
Yuwa
Brigs. 37 y 49
(DIV. 23)
COLUMNA DE
YAMAMOTO
(Parte de la DIV. 33)
PIEDRA MILIAR
100
109
Rgt. 214
Mawlaik
Tongzang
Rgt. 215
DIV. 17 INDIA
(Cowan)
Yazagyo
Mualnuam
12 de marzo
Tiddim
NOCHE DEL 7/8 de MARZO
DIV. 33 JAPONESA
(Yanagida)
Fort White
Kalemyo
Kalewa
Mualbem
9 de marzo
I N D I A
B I R M A N I A
VALLE DE KABAW
Himalaya
Dimapur
Kohima
Colinas Naga
Imphal
ASSAM
Zona ampliada del mapa
MANIPUR
Ganges
INDIA
Calcuta
Línea del frente el 7 de marzo de 1944
Montes Chin
ARAKAN
BIRMANIA
Mandalay
Golfo de Bengala
0 100 200 300 km

De acuerdo con los planes de la Operación «U», la noche del 7 al 8 de marzo la División 33 japonesa inició su ofensiva en un intento de aislar a la División 17 india. Una semana después también se puso en movimiento el resto de las fuerzas niponas: las Divisiones 15 y 31 atravesaron el Chindwin, la primera para cortar la carretera de Kohima y atacar Imphal por el Norte, y la segunda para conquistar Kohima. Pero ya en las fases iniciales los japoneses no lograron un éxito completo. Consiguieron interrumpir la carretera entre Imphal y Kohima, pero no lo hicieron hasta el 29 de marzo –o sea con gran retraso sobre el tiempo previsto– y fracasaron totalmente en la tentativa de poner cerco a la División 17 india, que logró escapar replegándose a la meseta de Imphal, donde se mantuvo en reserva.

Al nordeste de Calcuta, a una distancia de unos 650 km en línea recta, más allá de las fronteras del Assam, se extiende el estado de Manipur, encajonado entre los salvajes montes Naga, al Norte, y los no menos impracticables montes Chin al Sur. Su capital, Imphal, situada en una abierta y fértil altiplanicie, a más de 700 m sobre el nivel del mar, se halla a poco más de un centenar de kilómetros de la frontera de Birmania.

Antes de la guerra existían tres rutas que conducían a la altiplanicie de Imphal, de las que sólo una permitía el tráfico de camiones. Recorrer estos 200 km de carretera había constituido siempre un riesgo, pues en un largo trecho seguía una estrecha cornisa que, por una parte, se asomaba a un río turbulento y por la otra estaba limitada por una desnuda pared de roca; eran numerosas las curvas cerradas y las gargantas profundas. En 1941 esta carretera seguía siendo una vía de comunicación peligrosa.

La segunda vía de acceso era un camino de herradura que, partiendo de Silchar, en el Assam, avanzaba hacia el Este a lo largo de más de 160 km, con muchas curvas a través de pasos montañosos y con algunos oscilantes puentes colgantes, hasta llegar a Bishenpur, unos kilómetros al sur de Imphal.

La tercera y última vía era un camino que se podía recorrer a caballo; partía de Tamu, en la frontera indo-birmana, cruzaba una zona montañosa y serpenteaba al borde del húmedo y malsano valle de Kabaw, más allá del cual discurría el río Chindwin, que tenía 600 m de anchura y ningún puente para cruzarlo. Esta pista la utilizaba tan sólo la policía y algunos pequeños comerciantes; pero durante la estación de los monzones se hacía casi impracticable. El resto de las pocas rutas que había en las montañas eran las que comunicaban las pequeñas aldeas habitadas por tribus naga o kuki, y no se podían recorrer más que a pie, pues no tenían más que un metro de anchura.

En su mayor parte la meseta de Imphal está cubierta por arrozales, campos que se vuelven de un verde exuberante durante el monzón, pero que se transforman en una costra de barro endurecido durante los seis meses secos del año. En la altiplanicie, como se ha dicho, se encuentra la pintoresca ciudad de Imphal, con el palacio del maharajá, los templos de cúpulas doradas, el bazar y, antes de la independencia, la zona de *bungalows* ocupada en su mayor parte por funcionarios europeos.

En conjunto, todavía a fines de 1941, quien quiera que a la suave luz de la tarde y desde la cima de una de las elevaciones cercanas observase la llanura que se extendía a sus pies, no podía dejar de experimentar la sensación de que se encontraba frente a uno de los más deliciosos y pacíficos lugares de la tierra, un rincón al que parecía que nunca iban a llegar los horrores de la guerra.

Imphal adquiere una inesperada importancia

En enero de 1942, cuando los japoneses invadieron Birmania por el Sudeste, sorprendiendo a los ingleses, Imphal adquirió súbitamente una gran importancia.

Miles y miles de míseros refugiados, casi todos al límite de sus fuerzas por el cansancio, el hambre y las enfermedades, cruzaron el Chindwin y, a través de las montañas, afluyeron hacia Imphal. Las líneas de comunicación que enlazaban la India con Manipur eran tan deficientes que no se pudo enviar más que una división para cubrir la retirada del Ejército birmano y rechazar posibles incursiones japonesas en la India. En mayo, después de una larga y agotadora retirada, comenzó a llegar el Cuerpo de Ejército birmano, mandado por el general Slim; los hombres parecían esqueletos, pero conservaban aún sus armas.

Con la proximidad del monzón y con los recursos locales aprovechados ya más allá de sus límites, la situación no podía ser más grave, si bien los japoneses aún podían empeorarla avanzando hacia Imphal. Afortunadamente, no lo hicieron, pues, como ocuparon Birmania con más rapidez de la prevista, habían alargado excesivamente sus vías de comunicación y tenían la urgente necesidad de reorganizarse y preparar de modo efectivo la defensa de los territorios conquistados.

Soldados «gurkhas» en una acción de limpieza en la altura denominada «el Esqueleto», en las cercanías del collado de Shenam. En aquella zona tuvieron lugar, entre abril y junio de 1944, algunos de los más cruentos combates de toda la guerra, a consecuencia de los cuales ambas partes sufrieron elevadísimas pérdidas. *(History of the Second World War)*



Así fue como, durante los siguientes dieciocho meses, el río Chindwin se convirtió, prácticamente, en la línea de separación entre las dos fuerzas. Durante aquel largo período de calma, los ingleses se esforzaron en mejorar las vías de comunicación con la India y en transformar a Imphal en la base de futuras operaciones, enviando allí más unidades a medida que los progresos realizados lo permitían.

A fines de otoño de 1943, los que conocieron Imphal en los felices días de la paz habrían quedado asombrados ante los extraordinarios cambios operados en la zona. Aunque seguía estando sometida a los ruinosos efectos de las fuerzas de la naturaleza, la carretera Dimapur-Imphal estaba asfaltada y además había sido ensanchada para permitir la circulación en las dos direcciones; asimismo, gracias a los esfuerzos de los ingenieros indios, de los equipos mecánicos y de miles de peones indígenas, la carretera entre Imphal y Tamu estaba transformándose rápidamente en una pista capaz de soportar el paso de pesados carros de combate *Lee-Grant;* también se había trazado, con grandes dificultades, a través de la región de los Chin hasta Tiddim, un camino que podían recorrer vehículos ligeros y que un técnico describía como «una serie de guijarros unidos por el polvo»; al mismo tiempo, se estaban desarrollando velozmente los trabajos para completar la construcción de seis aeródromos, tres de ellos utilizables durante todo el año, y, por último, estaban apareciendo por todas partes depósitos de abastecimientos, municiones y carburante, así como hospitales, talleres y otras instalaciones. En definitiva, se estaban haciendo esfuerzos sobrehumanos para preparar las operaciones ofensivas previstas para comienzos de 1944.

El responsable de las operaciones en este frente, frente central o del Assam, que se extendía a lo largo de más de 300 km, desde Homalin, en el Chindwin, hasta Tiddim, en los montes Chin, era el general Scoones, comandante del Cuerpo de Ejército IV, hombre sagaz que sabía hacer frente a los problemas de forma lúcida y analítica. A sus órdenes se encontraban las Divisiones indias 17, 20 y 23, así como la Brigada de carros 254, que comprendía el III *Carabinier* (carros de combate *Lee-Grant*) y el VII de caballería ligera (carros de combate *Stuart*). La División 17 india, del general Cowan, que comprendía dos brigadas, estaba desplegada en Tiddim y en sus alrededores, y ocasionalmente entraba en contacto con la División 33 japonesa, antigua adversaria de la retirada de 1942, en las proximidades de Fort White, en la pista que conducía a Kalemyo. La División 20 india, del general Gracey, estaba concentrada en Tamu, y sus tres brigadas se extendían hacia el Chindwin y, al Sur, a lo largo del valle de Kabaw. En el área de Imphal se encontraban, como reserva, la División 23 india, mandada por el general Roberts, y la Brigada de carros 254. A principios de marzo de 1944, a la 50.ª Brigada paracaidista, procedente de la India, le enviaron a Kohima, con la misión de impedir infiltraciones japonesas al norte de Ukhrul.

Esta dispersión de fuerzas era negativa, pero Scoones no tenía otra alternativa, y ello por dos razones: ante todo tenía que asegurarse de que todo el frente estuviera constantemente controlado y de que las vías de acceso desde el Chindwin estuvieran vigiladas, llenando los vacíos con la fuerza «V» (una fuerza compuesta por fusileros del Assam e indígenas reclutados en el lugar); en segundo lugar, se esperaba poder lanzar, en un futuro próximo, una ofensiva de envergadura limitada, tanto a través del Chindwin, desde Tamu, como desde Tiddim hacia Kalemyo, en el extremo meridional del valle de Kabaw.

Por lo que se refería a los japoneses, todos los datos de que se disponía inducían a creer que tenían en posición avanzada dos divisiones (la 18 y la 33), la primera en el sector de Homalin y la segunda en las proximidades de Tiddim y del valle de Kabaw.

En los últimos meses de 1943 la situación era la siguiente: el Cuerpo de Ejército IV estaba proyectando una ofensiva de envergadura limitada y los japoneses estaban en una etapa mucho más avanzada en sus preparativos para lanzar una ofensiva de mayor alcance: la invasión del Manipur y la conquista de Imphal.

Los japoneses preparan su ataque

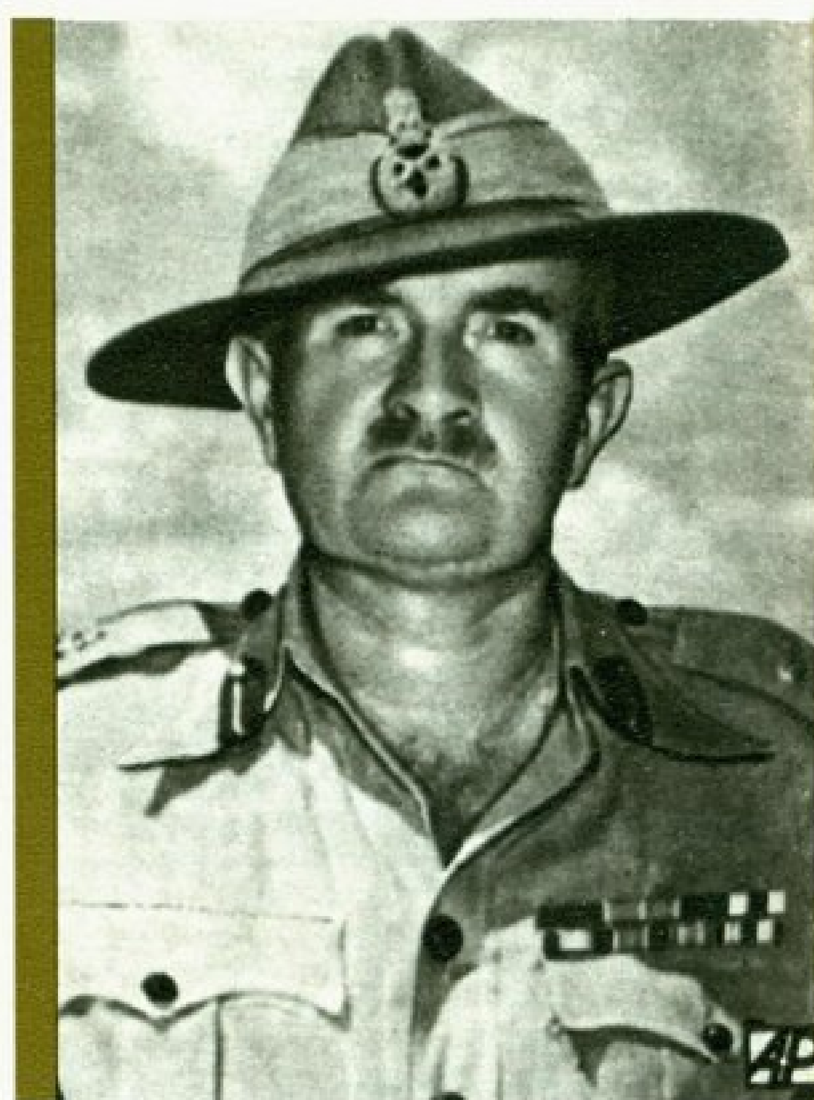
La progresiva transformación de Imphal en una base militar, la construcción de numerosas pistas que partían de la altiplanicie y la ampliación y mejora de los aeródromos eran hechos que no habían pasado inadvertidos a los japoneses. A su modo de ver, todo ello, así como otros datos facilitados por el espionaje, demostraba claramente una cosa: los Aliados iban a lanzar una ofensiva en Birmania. En consecuencia, después de una serie de reuniones que duraron varios meses, los comandantes japoneses llegaron a la conclusión de que, para resolver el problema de la defensa de Birmania, no había más que una solución: adelantarse a los planes del enemigo, conquistando su base principal antes de que comenzaran las operaciones.

Con este fin, en septiembre de 1943, el teniente general Mutaguchi, comandante del Ejército 15 japonés, hombre de 56 años, dotado de un temperamento bravío, de una fuerte personalidad y cuyas opiniones gozaban de una gran consideración, recibió órdenes de preparar los planes para la Operación «U»: la conquista de Imphal. Se destinaron a este cometido tres divisiones (la 15, la 31 y la 33) y el grueso de la 1.ª División del Ejército nacional indio, una unidad constituida por oficiales, soldados y paisanos hechos prisioneros en Malasia y en otros sectores. Contando con las tropas de los servicios logísticos, Mutaguchi disponía, en total, de poco menos de 100.000 hombres.

Confiando en la victoria, Mutaguchi no perdió tiempo en la preparación de los planes; no obstante, hasta enero de 1944 el general Kawabe, que mandaba el Ejército en el sector birmano y era responsable de las operaciones en Birmania, no cursó las órdenes ejecutivas para el comienzo de la acción. Las instrucciones cursadas por Kawabe preveían un ataque contra Imphal al finalizar la primera semana de marzo, precedido por una ofensiva, la Operación «Ma», contra el Cuerpo de Ejército XV indio en el Arakan, que tenía como finalidad atraer la atención del general Slim e inducirlo a enviar reservas a aquel frente. La operación del Arakan debía comenzar un mes antes del ataque principal, para que, cuando se iniciase este último, las reservas del Ejército 14 estuvieran tan comprometidas en el combate que no se pudieran retirar a tiempo para intervenir eficazmente en Imphal.

La noche entre el 7 y el 8 de marzo, la División 33 del general Yanagida debía lanzar un ataque por sorpresa contra la División 17 de Cowan, no sólo atacando Tiddim, sino también avanzando para cortar la carretera hacia Imphal en Tongzang, 65 km al norte de Tiddim, para impedir la llegada de refuerzos desde Imphal. Simultáneamente, un fuerte destacamento de infantería, carros de combate y artillería, a las órdenes del general Yamamoto, comandante de la infantería de la División 33, remontaría hacia el valle de Kabaw, para rechazar a la División 20 y establecerse en el collado de Shenam, que dominaba la llanura por el Este.

Previendo que estas maniobras obligarían a Scoones a enviar al Sur sus reservas para apoyar a la División 17, Mutaguchi ordenó a los generales Yamauchi y Sato, comandantes, respectivamente, de las Divisiones 15 y 31, que cruzasen el Chindwin la noche entre el 15 y el 16 de marzo. La División 15 debía interrumpir la pista que va a Kohima y atacar Imphal por el Norte, mientras que la División 31 debería conquistar Kohima y frustrar todo intento británico de mandar refuerzos a la asediada Imphal. Después de conquistar Kohima, Sato enviaría tropas para apoyar el ataque de la División 15. Para completar el aniquilamiento del Cuerpo de Ejército de Scoones, después de eliminar a la División 17, la División 33 nipona avanzaría hacia el Norte, entrando en la altiplanicie de Imphal por el Sur. Por lo que respecta a las fechas de la operación, Mutaguchi pensó que podía terminarse en un mes, después de lo cual sus tropas se establecerían defensivamente antes de la llegada del monzón.



El éxito de la operación dependía de la exactitud de este cálculo, pues sería imposible abastecer adecuadamente a las Divisiones 15 y 31 a través de la jungla y por las pistas por las que habían efectuado su avance. Por lo tanto, las dos divisiones debían llevar consigo abastecimientos suficientes para un mes. La conquista de Imphal, con todo lo que contenía, era, pues, de importancia vital; si no lo conseguían, los japoneses se encontrarían en gravísimas dificultades.

Preparativos de mal agüero

Aunque los movimientos preliminares del Ejército 15 japonés se habían llevado a cabo con el máximo secreto, en enero de 1944 llegaron informaciones que hicieron suponer, tanto al general Slim como al general Scoones, que era inminente una ofensiva nipona y que, por lo tanto, convenía volver a considerar a fondo la situación.

A fines de diciembre se supo que la División 31 había sustituido a la 18, que hasta aquel momento estuvo desplegada en el distrito de Homalin. Además, algunas patrullas inglesas observaron que se habían trasladado posiciones japonesas a las inmediaciones de Chindwin, en localidades donde no las hubo anteriormente; a esta observación siguieron, casi inmediatamente, informes de la RAF según los cuales, en una garganta próxima a Homalin, se hallaban numerosas balsas, destinadas, evidentemente, a pasar tropas a la otra orilla.

Pocas semanas después, tras una emboscada tendida por una patrulla del 9/12 de fusileros de las fuerzas fronterizas, sobre los cadáveres de dos soldados japoneses se encontraron unos



ÚLTIMOS EPISODIOS DE LA GUERRA EN BIRMANIA

A fines de 1943, los japoneses se dieron cuenta de que los británicos, habiéndose consolidado en la base militar de Imphal, capital del estado de Manipur, estaban a punto de lanzar una ofensiva para invadir Birmania, bajo el experto mando del general Slim (grabado del extremo de la izquierda), comandante del Ejército 14 británico.
Con el fin de prevenir este movimiento, el general Kawabe (a la izquierda), comandante del Ejército japonés en el sector birmano, decidió lanzar un ataque limitado para apoderarse de Imphal, base fundamental para cualquier avance británico en Birmania.
Pero las posibilidades de éxito de la acción nipona estaban estrechamente vinculadas al factor tiempo: en efecto, si las fuerzas japonesas no conseguían sus objetivos al cabo de un mes de haber iniciado las operaciones, es decir, antes de la llegada del monzón, se encontrarían en gravísimas dificultades, pues sería imposible abastecer adecuadamente a las Divisiones 15 y 31 a través de la jungla y a lo largo de las pistas por las que las dos unidades habrían llevado a cabo su avance. Por parte británica, y ante la perspectiva de un ataque nipón, el problema de Slim era lograr mantener la posesión de Imphal y, para impedir su aislamiento, rechazar al mismo tiempo el ataque enemigo contra Kohima. Estas dos acciones dependían recíprocamente una de otra: la batalla por Kohima sólo podía vencerse si Imphal, bloqueando las vías de comunicación de las fuerzas japonesas, impedía el envío de refuerzos al Norte, mientras, por su parte, los defensores de Imphal, no pudiendo confiar indefinidamente en los abastecimientos aéreos, no podrían resistir mucho a menos que la carretera hacia Kohima quedase abierta de nuevo cuanto antes. Al comienzo de marzo de 1944, ambos contendientes habían ultimado sus preparativos; pero, teniendo en su mano la iniciativa, los japoneses se encontraban indudablemente en una posición ventajosa. (History of the Second World War)

documentos, que, una vez traducidos, revelaron que sus propietarios pertenecían a la División 15. Gracias a este afortunado episodio fue posible conocer la existencia de una división completamente nueva: y con ésta el total ascendía a tres.

Se produjo un nuevo golpe de suerte cuando otra patrulla, que penetró profundamente más allá de las líneas enemigas, descubrió que por la jungla, entre Indaw y Homalin, se había construido una nueva pista adecuada para el tráfico de camiones y que se utilizaba intensamente de noche.

Al ir pasando el tiempo, otros detalles fueron revelando que los planes japoneses estaban en una fase muy avanzada: el Regimiento 213 de la División 31, que según los informes se encontraba poco antes en el Arakan, fue localizado en el valle de Kabaw; además, se informó de la llegada a este mismo lugar de un regimiento de artillería pesada, y se advirtió también la presencia en la zona de Yazagyo, a 40 km al norte de Kalemyo, carros de combate, nunca vistos anteriormente en aquella zona de Birmania.

Finalmente, la RAF descubrió que el puente sobre el Sittang, destruido durante la retirada de 1942, había sido reparado y permitía a los japoneses tener una vía de comunicación terrestre directa con la famosa línea ferroviaria de Siam y Bangkok; los pilotos refirieron asimismo que habían avistado, en las zonas al este del Chindwin, grandes rebaños de ganado vacuno, reunidos evidentemente para utilizarlos para arrastrar vehículos o... por su carne.

Después, el 4 de febrero, de acuerdo con los planes, los japoneses iniciaron la ofensiva contra el Cuerpo de Ejército XV en el Arakan, y a los pocos días las reservas del general Slim estaban en marcha para tomar parte en la batalla.

Ya el 3 de febrero, Scoones había llegado a la conclusión de que el Ejército 15 iba a lanzar una ofensiva, que, a su parecer, cortaría la carretera de Dimapur en algún punto de las proximidades de Kohima. Siguiendo con sus previsiones, esta ofensiva se concretaría en un ataque efectuado por un regimiento y en una potente acción contra la División 20, mientras que la División 33 japonesa llevaría a cabo una acción de contención con respecto a la 17. Para hacer frente a estos movimientos, propuso que se reforzase el Cuerpo de Ejército XV con otra Brigada, a fin de defender el área Kohima-Ukhrul; que la División 20 se estableciese en una fuerte posición defensiva en las proximidades de Tamu, y que la División 17 continuase efectuando acciones ofensivas desde Tiddim hacia Kalemyo; pensaba utilizar su reserva, constituida por la División 23 india y los carros de combate, para lanzar un contraataque contra las unidades japonesas que intentasen un avance sobre Kohima, así como contra los flancos de las fuerzas enemigas que atacasen a la División 20.

Sin embargo, antes del 29 de febrero, a medida que los diversos datos proporcionados por el Servicio de Información formaban un cuadro cada vez más claro de la situación, tanto Scoones como el general Slim, se fueron convenciendo de que el plan de invasión japonés se pondría en práctica hacia el 15 de marzo y, que, por consiguiente, era necesario preparar un plan que se prestase a una puesta en práctica instantánea y casi automática.

Imphal punto clave de la situación

Con sus aeródromos, depósitos de materiales de todo tipo, hospitales y talleres, la altiplanicie de Imphal era el punto clave de la situación. Su pérdida sería catastrófica: toda forma de resistencia organizada se haría imposible, y se tendría que desechar durante mucho tiempo toda esperanza de reconquistar Birmania. Además, los japoneses se habían apoderado de todo cuanto necesitaban.

Un objetivo, pues, era inequívocamente claro: *defender la altiplanicie de Imphal y aniquilar toda unidad enemiga que intentase penetrar en ella.* Para conseguirlo, Scoones debía concentrar todo el Cuerpo de Ejército IV en la zona clave, lo cual significaba trasladar de nuevo a Imphal las dos divisiones que en aquel momento se encontraban en posición más avanzada.

Si bien en cuanto a infantería las dos partes disponían de fuerzas aproximadamente iguales, Scoones gozaba de cierta superioridad en carros de combate, artillería y aviones. Pero los japoneses, al tener en sus manos la iniciativa, podían concentrar fuerzas superiores en los puntos clave. El terreno abierto de la altiplanicie permitiría a Scoones aprovechar hasta el máximo sus elementos de ventaja, pues, además de que los carros de combate podrían moverse allí con mayor libertad, los pilotos de la RAF podrían localizar con bastante facilidad sus objetivos. En otras palabras, Scoones combatiría esta batalla decisiva en el terreno escogido por él mismo.

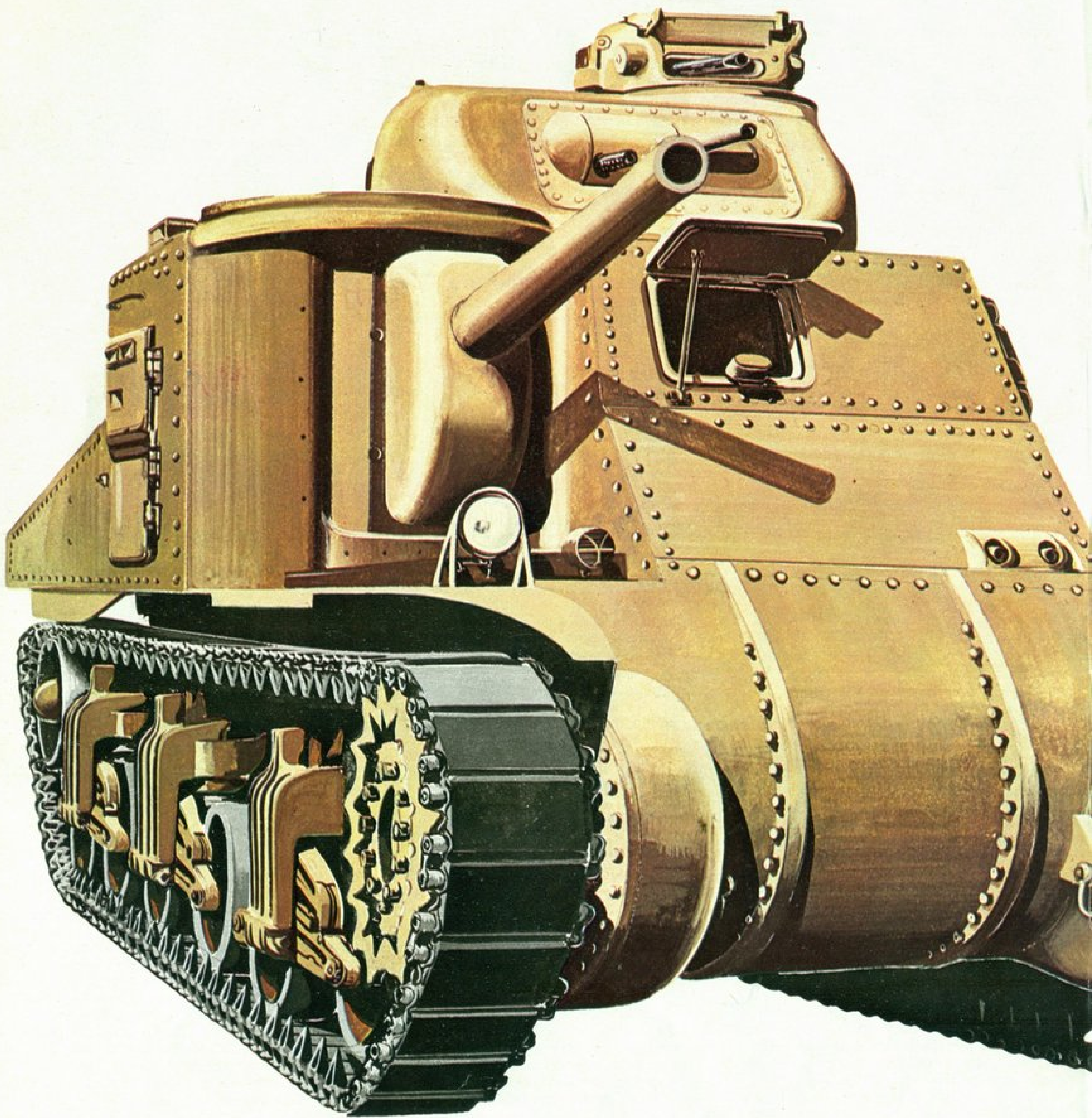
Otra gran ventaja que Scoones se aseguraría combatiendo con todas sus fuerzas concentradas sería la de reducir la longitud de las vías de comunicación de sus divisiones, mientras que las del enemigo se alargarían proporcionalmente. Sin embargo, a pesar de estas ventajas, con los medios de que disponía no podía esperar defender adecuadamente los 210 km de carretera que comunicaban Imphal con Dimapur, y esta carretera era precisamente lo que más atraía a los japoneses. Si se cortaba esta línea vital, cosa que era muy probable, sería preciso encontrar alguna forma de romper el bloqueo o introducir otros sistemas de abastecimiento.

Pero, sin duda, el problema más difícil era el referente al momento en que se debían retirar las divisiones más avanzadas. Si se retiraban demasiado pronto y después no ocurría nada, las repercusiones en la moral de los soldados serían graves, puesto que habían pagado un alto tributo de sangre y de fatiga para llegar a las posiciones que ahora ocupaban. Por otra parte, si la orden de retirada se aplazaba hasta que la acción japonesa alcanzase su máxima intensidad, se corría el riesgo de que las Divisiones 17 y 20 fueran completamente aniquiladas.

Así, después de sopesar cuidadosamente los pros y los contras, Scoones sometió al mando del Ejército 14 sus conclusiones y su plan, conclusiones que eran análogas a aquellas a que había llegado el general Slim.

La finalidad de Scoones seguía siendo la misma: defender la altiplanicie de Imphal y eliminar a todo japonés que intentase entrar en ella. En cuanto llegase la orden, la División 17 debería romper el contacto con el enemigo y volver a la altiplanicie con la mayor rapidez posible; una vez llegada a la llanura, una brigada vigilaría el acceso a Imphal por la pista de Tiddim, mientras que el resto de la división pasaría a la reserva del Cuerpo de Ejército.

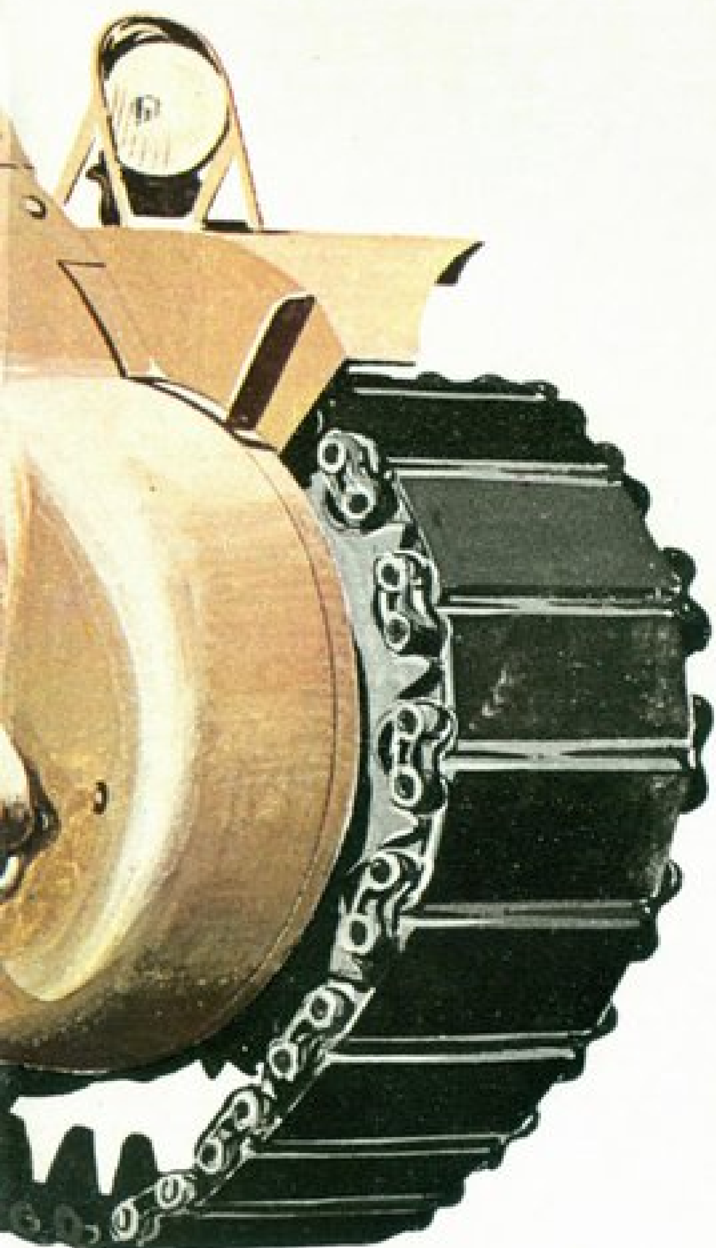
La División 20 permanecería en el valle de Kabaw hasta que el enemigo manifestase claramente sus intenciones; después, por orden de Scoones, Gracey concentraría su división en las proximidades de Moreh, pocos kilómetros al noroeste de Tamu, donde, en vista de la limitada ofensiva prevista en un primer tiempo, se había constituido un gran depósito de material. La división debería esperar hasta que se hubiese evacuado a los numerosos trabajadores desarmados, junto con el equipo mecánico utilizado en la carretera de Tamu, y también hasta que los materiales almacenados en Moreh se llevasen de nuevo



(John Batchelor)

ANTICUADO, PERO DE IMPORTANCIA VITAL

Los combatientes en Birmania se lamentaban de ser el "ejército olvidado": en efecto, la prensa de la patria parecía ignorarlos y eran además los últimos en la lista de distribución del nuevo armamento y equipo.
Esto era especialmente cierto respecto a los medios acorazados, pues el carro *Lee-Grant*, que había sido ya retirado de los demás escenarios de la guerra por ser anticuado, siguió realizando en este frente una labor de importancia vital, demostrando ser muy útil para desmantelar las fortificaciones japonesas en el curso de los combates en torno a Kohima. **Peso:** 28,5 t. **Coraza máxima:** 65 mm. **Velocidad:** 40 km/h. **Autonomía:** 240 km. **Tripulación:** 6 hombres. **Armamento:** un cañón de 75 mm en casamata; un cañón de 37 mm en la torreta; 2 ametralladoras de 7,62 mm.





LAS ARMAS DE LA INFANTERÍA BRITÁNICA

Las armas de la infantería británica se caracterizaban por ser resistentes y seguras, requisitos esenciales en las desfavorables condiciones en que se desarrollaban los combates en Birmania septentrional. (1) FUSIL AMETRALLADOR BREN, calibre 7,7 mm. Peso: 9,970 kg. Alcance eficaz: 730 m. Cargador: 30 cartuchos. Velocidad de tiro: 500 disparos por minuto. (2) CARABINA AUTOMÁTICA STEN, calibre 9 mm. Peso: 3,530 kg. Alcance eficaz: 180 m. Cargador: 32 cartuchos. Velocidad de tiro: 500-550 disparos por minuto. (3) FUSIL LEE-ENFIELD, calibre 7,7 mm N.4 MK 1/2. Peso: 4 kg, aproximadamente. Alcance máximo: 1820 m. Cargador: 10 cartuchos. (4) FUSIL LEE-ENFIELD, calibre 7,7 mm, N.5 MK 1 (versión del tipo convencional para los combates en la jungla). Peso: 3,240 kg. (5) REVÓVER WEBLEY, calibre 9,62 mm (0,38 pulgadas). Peso: 1,076 kg. Alcance eficaz: 45 m. Cargador: 6 cartuchos. (6) REVÓLVER ENFIELD, calibre 9,62 mm (0,38 pulgadas) N.2 MK 1. Peso: 0,650 kg. Alcance eficaz: 45 m. Cargador: 6 cartuchos. (7) PISTOLA AUTOMÁTICA BROWNING FN, calibre 9 mm N.2 MK 1. Peso: 0,930 kg. Alcance eficaz: 45 m. Cargador: 13 cartuchos. *(History of the Second World War)*

a Imphal o se destruyesen. Después de lo cual se retiraría al paso de Shenam y defendería esta posición crucial hasta el último hombre.

A la División 23 (excepto una brigada, la 49, desplegada en la zona de Ukhrul con la misión de impedir un avance japonés en aquella dirección), a la Brigada de carros 254 y a la 50.ª Brigada de paracaidistas se les confió el cometido de eliminar toda infiltración nipona en la altiplanicie y proteger la pista de Kohima.

Aprobado el plan, el general Slim dejó la decisión crucial (es decir, lo referente al momento en que las Divisiones 17 y 20 deberían retirarse) a Scoones, que se encontraba en el lugar; pero aclaró que estas órdenes no se debían cursar hasta que Scoones estuviera seguro, en la medida en que era razonablemente posible estarlo, de que el ataque japonés había comenzado.

Así, pues, a comienzos de marzo, todo estaba preparado para una de las mayores batallas de la segunda Guerra Mundial.

«Barrer toda resistencia»

Después de la orden del día con la que Mutaguchi exhortaba a sus tropas a «barrer la ridícula resistencia que encontraremos y añadir esplendor a las tradiciones del Ejército, consiguiendo una victoria que aniquilase al enemigo», la División 33 nipona se puso en movimiento la noche del 7 al 8 de marzo.

La columna de infantería, artillería y carros de combate de Yamamoto avanzó hacia el Norte, remontando el valle de Kabaw y dirigiéndose hacia la División 20: el grueso del Regimiento 214 avanzó furtivamente por la pista de Yazagyo, hasta Tongzang, y por las colinas que dominaban el importantísimo puente sobre el impetuoso río Manipur; simultáneamente, al sudoeste de Tiddim, el grueso del Regimiento 215, utilizando pistas abiertas en la jungla, avanzó para cortar la carretera de Imphal por el kilómetro 100. Este último movimiento no pasó inadvertido, puesto que el 9 de marzo una patrulla de *gurkhas* refirió que había visto unos 2000 japoneses que, con mulos y cañones, cruzaban el Manipur cerca de Mualbem, al sur de Tiddim; sin embargo, como el 11 de marzo no había llegado aún ninguna confirmación por parte de otras tropas se puso en duda la exactitud de la información.

Después, la situación empezó a evolucionar rápidamente. El 10 de marzo Tongzang fue atacado y el 12 toda la Brigada 63 de la División 17 estaba combatiendo en esta zona; el 12 de marzo, ulteriores noticias referentes a las unidades enemigas, localizadas en un principio en Mualbem, indicaron

que habían llegado a Mualnuam, al noroeste de Tiddim, y que estaban prosiguiendo hacia el Norte; simultáneamente, en las proximidades del kilómetro 108 se avistaron tropas japonesas que amenazaban el puente sobre el río Manipur y la gran zona logística, prácticamente indefensa, que había en las proximidades. El batallón de ametralladoras del 9.º Regimiento *Jat*, que Scoones había mandado a vigilar el puente sobre el Manipur, comunicó entonces que la carretera estaba cortada en dos puntos. Por último, el día 11 de marzo, la columna de Yamamoto atacó a la Brigada 100 de la División 20 en Witok, a 50 km al sur de Tamu.

Era a todas luces evidente que la ofensiva japonesa estaba ya en marcha y que la importante línea de comunicación de la División 17 se hallaba amenazada en varios puntos. Así, pues, el 13 de marzo por la mañana, Scoones autorizó a Cowan para retirarse a la altiplanicie de Imphal y, al mismo tiempo, ordenó a Gracey que evacuase a todos los trabajadores y los equipos mecánicos. Para hacer frente a la grave situación que se creó en la carretera de Tiddim, ordenó a Roberts que destacase una de sus brigadas (la 37), acompañada por un escuadrón de caballería ligera, para apoyar a la División 17; pero como la presión japonesa iba aumentando, el 14 de marzo se vio obligado a utilizar una segunda brigada de la División 23 (la 40) y ordenar que la sustituyese la 50.ª Brigada paracaidista de Kohima. En aquel momento, como reserva del Cuerpo de Ejército, Scoones ya sólo disponía de una brigada.

Aunque Scoones autorizó la retirada el día 13 de marzo, hasta las 13 horas del 14 Gowan no ordenó a sus hombres que se pusieran en marcha, cosa que hicieron a las 17: 16.000 soldados a pie, 2500 vehículos y 3500 mulos empezaron a replegarse hacia Imphal, operación que había de durar, entre continuos combates, veinte difíciles días. Se produjo entonces una situación muy confusa, pues de Sur a Norte, se encontraban primero los japoneses, que perseguían a la División 17; después, la citada División 17; a continuación los japoneses en Tongzang; luego la guarnición británica en el kilómetro 109, seguida por una barrera japonesa que se extendía unos 15 km, y, finalmente, las dos brigadas de la División 23.

Después de muchos y duros combates, el día 17 de marzo, la División 17, abastecida desde el aire, consiguió pasar el puente sobre el Manipur, lo voló y comenzó a romper, por el Sur, la extensa barrera japonesa. Pero, mientras tanto, los depósitos de abastecimientos situados en el kilómetro 109 habían caído intactos en manos del enemigo.

Victoria inicial japonesa

Si en aquella fase Mutaguchi se dio cuenta de que Scoones se había visto obligado a utilizar dos tercios de su reserva, no podía menos que sentirse satisfecho ante el éxito de su plan; por ello, la noche del 15 al 16 de marzo, entre Homalin y Thaungdut, las Divisiones 15 y 31 japonesas lanzaron su ofensiva a través del Chindwin.

El método utilizado por la División 15 nipona para pasar soldados, cañones y animales fue muy ingenioso y constituyó un excelente ejemplo del espíritu de iniciativa al que ambas partes tuvieron que recurrir con frecuencia durante la campaña de Birmania. Después de reunir y ocultar en la orilla oriental gran número de embarcaciones, los japoneses las ataban y colocaban sobre ellas una pasarela. Luego, cuando oscurecía y el extremo meridional del «puente» se había fijado sólidamente en la orilla, se abandonaba a la corriente el extremo septentrional hasta que tocaba la orilla opuesta, donde lo afianzaban; entonces pasaban rápidamente las tropas. Poco antes del amanecer y de que se iniciaran los primeros reconocimientos aéreos aliados, embarcaciones de motor arrastraban contracorriente el extremo «más lejano» del puente de barcas y sus elementos se desmontaban y escondían hasta la noche siguiente.

Pero los hombres del 9/12 de fusileros de las fuerzas de frontera y de la fuerza «C», siempre alerta, aunque demasiado débiles para oponer una resistencia eficaz, antes de retirarse hacia el Oeste comunicaron este paso del río en masa.

Al no encontrar obstáculo alguno que se opusiera a su avance, las Divisiones 15 y 31 niponas actuaron rápidamente, subdivididas en varias columnas, y avanzaron por las pistas de montaña hacia sus objetivos respectivos. La División 15 avanzaba en dos columnas: la de la derecha pasó por Sangshak para cortar la carretera Imphal-Kohima por Kanglatongbi; la de la izquierda avanzó rápidamente en dirección a Kanglatongbi, para atacar Imphal por el Norte, y un destacamento se dirigió simultáneamente hacia el Sur, en dirección a Tamu, para ayudar a Yamamoto en su ataque contra la División 20.

En las proximidades de Homalin, la División 31 cruzó el río en tres columnas: las dos septentrionales ataoarían Kohima por el Este, y la tercera, pasando por Ukhrul, debía cortar la carretera en las proximidades de Mao Songsang, a 30 km al sur de Kohima, y atacar este último centro por el Sur.

Mientras tanto, se estaba llevando a cabo la operación de recuperación o de destrucción de los inmensos depósitos de abastecimientos en Moreh; asimismo se había evacuado a Imphal a todos los trabajadores. Ambas operaciones se desarrollaron de acuerdo con los planes, y el avance de Yamamoto se vio notablemente retrasado; sin embargo, como ahora el flanco izquierdo de la División 20 se encontraba amenazado, Gracey recibió la orden de replegarse, según lo previsto, al paso de Shenam.

Fue entonces cuando el comandante supremo, almirante Mountbatten, tomó una decisión que iba a desbaratar el plan japonés. Se trataba de poner a disposición del Ejército un número suficiente de aviones para trasladar, desde el Arakan, la División 5 india, unidad que, según los primitivos planes, debía enviarse por carretera y ferrocarril.

Una obra maestra de improvisación

Realmente, esta fue una operación llevada a cabo bajo el signo de la improvisación. Nadie sabía cuántos aviones, ni de qué tipo, estarían disponibles; el Estado Mayor no tenía experiencia alguna en transportes por vía aérea, y pocos soldados, y desde luego ningún mulo, habían viajado nunca en avión. Pero el tiempo era el factor vital. La pista de despegue más próxima era una polvorienta franja de tierra en Dohazari, y para llegar a ella había que efectuar una lenta y cansada marcha de 160 km o más por una carretera en malas condiciones y cruzar dos cursos de agua, después de lo cual se emprendería un vuelo de más de 400 km, en parte sobre territorio ocupado por fuerzas japonesas.

Un ejemplo de la rapidez con que se trasladó a las diversas unidades lo proporciona el cuadro de marcha correspondiente a un regimiento de artillería:

- lunes, 14,00 horas: se retiran las piezas del frente:
- martes: el regimiento se pone en marcha hacia Dohazari, a donde llega a las 16,30;
- noche entre martes y miércoles: se desmontan las piezas para cargarlas en los aviones;
- miércoles: traslado en avión a Imphal; se vuelven a montar las piezas en el mismo aeródromo;
- jueves: las piezas entran en acción en el frente de Imphal.

En Imphal la situación era tan crítica, pues algunas unidades japonesas se hallaban tan sólo a 50 km de distancia, que se mandó a varias unidades a la zona de los combates inmediatamente después del aterrizaje.

Al partir la Brigada 49 de Ukhrul, el 15 de marzo, llegó a la zona el Batallón I de la 50.ª Brigada paracaidista, y el mismo día se recibió la noticia de que grandes contingentes enemigos estaba aproximándose; se produjo entonces una serie de pequeños enfrentamientos hasta que, el 22 de marzo, la brigada se estableció definitivamente en Sangshak para defender la carretera de Imphal. Mientras tanto, el 21 de marzo, la columna de la izquierda de la División 31 japonesa había llegado a Ukhrul y, advertida de la presencia de estas fuerzas, que amenazaban sus comunicaciones con el Chindwin, se precipitó hacia el Sur para eliminarlas con algunos escuadrones pertenecientes a la División 15.

La posición de Sangshak, guarnecida por tres batallones y medio, se encontraba en una pequeña colina. En el interior del reducido perímetro defensivo había hombres, mulos y cañones, municiones y el hospital de campaña; pero la exigua fuente de abastecimiento de agua se encontraba en el exterior. Este pequeño reducto estaba tan saturado que era imposible que cualquier granada que tocara el suelo no hiciera estragos entre los hombres, los mulos y los depósitos de municiones. Los combates eran violentos e ininterrumpidos; los ataques iban seguidos de inmediatos contraataques; muertos y heridos yacían por todas partes, sin que hubiera ninguna posibilidad de sepultar a los primeros o de evacuar a los segundos. La situación se hizo tan crítica que el 26 de marzo, mientras las bajas aumentaban cada minuto, con los defensores en el límite de sus fuerzas y las reservas de víveres y de agua próximas a agotarse, la 50.ª Brigada paracaidista recibió la orden de romper contacto con el enemigo y tratar de llegar a Imphal, abriéndose camino a través de la jungla. Obligados a abandonar a los heridos, incapaces de andar, así como buena parte de las armas y del equipo, los hombres de la brigada se subdividieron en pequeñas patrullas y se dirigieron hacia el Oeste, a través de selvas y montañas. Casi todos consiguieron llegar donde se encontraba la Brigada 123 de la División 5, que defendía el acceso a Imphal por el Nordeste.

A primera vista podría parecer que esta acción fue un verdadero desastre; pero, en realidad, supuso grandes ventajas para el Cuerpo de Ejército IV. Se había contenido a la columna de la izquierda de la División 31 japonesa y a toda la División 15, lo que desbarató el ritmo de marcha previsto por Mutaguchi; los japoneses habían sufrido grandes pérdidas, cosa que no podían permitirse en aquellas primeras fases de la campaña. Además, gracias al retraso que la brigada paracaidista impuso a los japoneses, Scoones había ganado algunos días valiosísimos para reorganizar las defensas, evacuar mucho personal superfluo y mandar a Imphal los abastecimientos más urgentes antes de que la carretera quedase cortada. Por lo tanto, los defensores de Sangshak contribuyeron en gran medida a determinar el resultado final de la batalla.

Mientras tanto, las dos divisiones más avanzadas estaban convergiendo sobre la altiplanicie. El 29 de marzo, la División 20 de Gracey, después de efectuar una retirada ordenada e infligir otro golpe a Yamamoto, se hallaba sólidamente establecida en el paso de Shenam. En la carretera de Tiddim, los combates fueron violentos y con frecuencia cuerpo a cuerpo; pero el 28 de marzo algunas patrullas de la División 17 establecieron contacto con la Brigada 37 en el kilómetro 102, después de lo cual su repliegue se efectuó de forma relativamente tranquila. Llevando consigo 1200 heridos, la División 17 llegó a la altiplanicie el 4 de abril, evacuó por vía aérea a los heridos y dedicó unos días al descanso y a reorganizarse; la División 23 desplegaba mientras tanto en Tornbung, al sur de Bishenpur.

Una semana antes, los japoneses habían cortado la carretera Imphal-Kohima: por consiguiente, el asedio había comenzado y la única comunicación con el mundo exterior era ya la de los aviones.

El cambio decisivo de la batalla

El día 4 de abril de 1944 constituye una fecha histórica en los anales de Imphal, un día en el que

se produjo el punto de inflexión decisivo de esta épica batalla: el Cuerpo de Ejército IV estaba finalmente reunido y Scoones podía dedicar ahora todas sus energías a la definitiva eliminación de los japoneses.

El frente, en forma de herradura, se extendía a lo largo de unos 145 km desde Kanglatongbi hasta Torbung, pasando por Nungshigum, Shenam y Shuganu. La División 5 del general Briggs mantenía a raya a los nipones en el Norte y el Nordeste; en Shenam, la División 20 vigilaba la vía de acceso desde Tamu y el sector oriental; la División 23 hacía frente a la División 33 japonesa en el Sur y, por último, la División 17 quedaba como reserva.

La dislocación de las fuerzas japonesas se estaba viendo cada vez con mayor claridad, y aunque no se sabía aún nada seguro sobre la División 31, todos los indicios sugerían que se había trasladado en su totalidad a Kohima. La División 15 estaba desplegada entre Kanglatongbi y Litan, al nordeste de Imphal; en lo que se refería a la División 33, aunque había sufrido duros golpes en la carretera de Tiddim, cabía pensar que, si recibía refuerzos, podría atacar de nuevo en cualquier momento. Tenían asimismo mucha importancia algunos informes de los que se desprendía que, en las filas japonesas, la moral no era ya tan alta; además, en cuanto llegase el monzón, también la naturaleza ayudaría a Scoones a derrotar a un enemigo que, al no disponer de un buen sistema de abastecimientos, se encontraría en graves dificultades.

Basándose en todos estos elementos, Scoones decidió confiar la defensa del perímetro, desde Shenam hasta la carretera de Tiddim, a las Divisiones 20 y 17; en cambio, a partir del 16 de abril, las Divisiones 5 y 23 deberían lanzarse al ataque e intentar destruir la División 15 nipona. Pero la inesperada aparición, el 6 de abril, del grueso de un regimiento japonés en Nungshigum, que se encontraba tan sólo a 6,5 km del puesto de mando del Cuerpo de Ejército, provocó un brusco aplazamiento de esta última operación.

Desde Nungshigum, una larga y abrupta elevación que se levantaba unos 300 m sobre el nivel de la meseta y que estaba defendida únicamente por 60 hombres del 3/9.º Regimiento *Jat*, se podía observar toda la extensión llana y dominar, por lo menos, uno de los aeródromos. Entre la citada elevación y el centro del Cuerpo de Ejército IV no existían más defensas que los reductos guarnecidos por tropas encargadas de los servicios logísticos. La amenaza era gravísima, por lo que era absolutamente indispensable rechazar a las fuerzas japonesas antes de que se dieran cuenta de lo favorable que era la posición alcanzada y decidieran avanzar más.

Aunque rechazados en un principio, los hombres del regimiento *Jat* volvieron a tomar Nungshigum el 7 de abril y mantuvieron el dominio de la misma hasta que los japoneses, tras recibir notables refuerzos, el 11 de abril por la tarde reconquistaron la posición. Sólo con un brillante ataque del 1/17.º Regimiento *Dogra*, apoyado por un escuadrón del III *Carabinier* y por todas las piezas de artillería que se pudieron reunir, el 13 de abril los ingleses consiguieron establecerse sólidamente en el Nungshigum, rechazando ya con carácter definitivo a los japoneses; así quedó neutralizada esta grave amenaza para la base de Imphal. A excepción de alguna patrulla aislada, éste fue el punto más próximo a Imphal al que llegaron los nipones.

Ataques fanáticos

También la situación era muy tensa en el paso de Shenam y en la carretera de Tiddim.

Algunas de las elevaciones situadas alrededor del paso (a las que se daban los nombres convencionales de «Altura japonesa», «Sita», «Creta Este y Oeste», «Esqueleto», «Gibraltar» y «Malta») fueron escenario de algunos de los combates más violentos de toda la guerra, y probablemente las bajas sufridas por ambas partes fueron proporcionalmente más altas que en cualquiera otro de los frentes.

El frente, en forma de herradura, se extendía al llegar a la altiplanicie, Yamamoto lanzó fanáticos ataques contra las tropas inglesas, indias y *gurkhas* de la División 20 y, más tarde, de la 23, que llegó para sustituirla a mediados de mayo. Montes que poco antes habían estado cubiertos por una densa vegetación quedaron completamente desnudos después de los combates; en ocasiones, sólo unos metros separaban las trincheras de ambos, y los japoneses se lanzaban a ataques suicidas, trepando por encima de los cadáveres de sus compañeros que colgaban de las alambradas, o «resucitando» para volver a combatir después de permanecer sepultado horas y horas bajo los escombros de sus posiciones destruidas. Por añadidura, las condiciones atmosféricas, ya bastante malas en la estación seca, se hicieron insoportables al llegar las lluvias y la niebla propias del monzón.

Sin embargo, a pesar de la ferocidad creciente de los ataques del general Yamamoto, la División india resistió con gran firmeza, y fueron innumerables por ambas partes los actos de heroísmo protagonizados, tanto de forma individual como colectiva.

Después de haber interrumpido la carretera entre Imphal y Kohima, las fuerzas japonesas de las Divisiones 15 y 33 se prepararon, en abril de 1944, para romper el frente de Imphal, amenazando seriamente las posiciones británicas. Pero la resistencia del Cuerpo de Ejército IV no se derrumbó: el 13 de abril, las fuerzas de las Divisiones 5 y 23 indias se aseguraron la posición definitiva de la altura de Nungshigum, mientras al Sur y al Sudeste los japoneses se desangraban inútilmente. Entonces el general Scoones decidió aprovecharse de la apurada situación nipona: la División 5 india continuó presionando contra las fuerzas de Yamauchi y, después de haber roto el bloqueo japonés en **Kanglatongbi**, el 22 de junio se encontró con la División 2 británica. **Se había levantado el asedio de Imphal. Aquella misma noche entró en la ciudad un convoy de abastecimientos.**

Sobre la carretera de Tiddim, en las proximidades de Bishempur, Potsangbum y Ningthoukhong (pequeñas y desconocidas aldeas que adquirieron enorme importancia en aquella semana de combates), y a lo largo de la pista de Silchar, la División 33, como la columna de Yamamoto, llevó a cabo esfuerzos desesperados para arrollar las defensas de la División 17 y romper el frente. En el curso de la noche del 15 al 16 de abril, tres soldados japoneses provistos de cargas explosivas llegaron a la pista de Silchar y volaron el puente colgante: un japonés encontró la muerte arrojándose al abismo y los otros dos volaron con el puente.

Día tras día y noche tras noche, los combates continuaron sin tregua. Cada ataque iba seguido de un contraataque, a veces efectuado con carros de combate y a veces sin ellos, en el que cada uno de los bandos intentaba interceptar las líneas de comunicación del otro con movimientos envolventes por los montes. Después de una de estas acciones, el puesto de mando de la División 17 quedó expuesto al fuego de algunas fuerzas enemigas que habían conseguido establecerse en una altura muy próxima, y tuvieron que pasar diez días antes de que se pudiera rechazar o aniquilar a los atacantes. De las cinco *Victoria Cross* concedidas durante la batalla, cuatro se ganaron en este sector del frente.

La crisis de los abastecimientos

A comienzos de mayo, cuando ya sólo faltaban unos quince días para la llegada del monzón, lo que más preocupaba a Scoones era las consecuencias que el empeoramiento de las condiciones atmosféricas podría producir en los abastecimientos por vía aérea. Las horas de vuelo se deberían reducir, y las entregas ya se habían retrasado respecto a los tiempos previstos: se temía que en los tres meses siguientes se produjera una escasez de abastecimientos de unas 15.000 toneladas, y que, por consiguiente, si no se volvía a abrir la carretera antes del 15 de junio, las raciones, ya reducidas, tendrían que sufrir una nueva disminución.

También las condiciones físicas de los soldados le preocupaban, puesto que la acostumbrada ración de víveres en seco no se solía asimilar y, por lo tanto, tenía un poder nutritivo bastante escaso. A ello había que añadir que las miserables condiciones en que vivían y el continuo estado de tensión provocado por el hecho de tener que combatir con un enemigo tan astuto estaban influyendo negativamente en su resistencia física.



La lucha por Imphal, que duró cuatro meses, la sostuvieron con gran tenacidad y coraje tanto los británicos como los japoneses. Al principio, a pesar de cierta superioridad británica en carros de combate, artillería y aviones, la infantería de ambas partes disponía de fuerzas aproximadamente iguales. Pero, con el paso de los meses, la situación fue cambiando: a las fuerzas británicas se las pudo reforzar y proveer desde el aire, mientras que los japoneses, en la imposibilidad de recibir el menor abastecimiento, se estaban desgastando en una guerra prolongada. Cuando, extenuados por la fatiga y por el hambre, se retiraron, sus filas habían sido terriblemente diezmadas por el fuego enemigo y por las enfermedades: se calcula que de los 85.000 japoneses que combatieron en la batalla por Imphal murieron unos 53.000.

(History of the Second World War) – (Imperial War Museum)

Después de estudiar cuidadosamente la situación, Scoones decidió aprovechar al máximo el resto del buen tiempo que aún quedaba para continuar presionando contra la División 15 nipona. Por lo tanto, se trasladó toda la División 5 a la carretera de Kohima para romper la barrera japonesa en Kanglatongbi y abrirse camino hacia el Norte, mientras la División 20, sustituida en el paso de Shenam, procedía hacia Ukhrul.

Dándose cuenta de lo desesperadamente importante que era acelerar la conquista de Imphal, Mutaguchi había ordenado a Sato, ya en la primera mitad de abril, que enviase desde Kohima un regimiento para apoyar el ataque de Yamauchi por el Norte. Pero una copia de estas órdenes cayó en manos británicas, y entonces, siguiendo instrucciones precisas del general Slim, el Cuerpo de Ejército XXXIII ejerció la máxima presión para prevenir este movimiento, logrando impedir que Sato cumpliera la orden recibida.

Una vez más, a pesar de los refuerzos que Mutaguchi había enviado a la División 33 del general Tanaka (a Yanagida lo habían destituido en mayo), los japoneses no consiguieron ningún avance sustancial en Bishenpur, y Yamamoto estaba más cerca de su meta en el sector de Shenam. La perspectiva que se presentaba al comandante en jefe japonés era desalentadora, pero lo sería aún más a fines de mayo.

Crisis del mando japonés

Después de la destitución de Yanagida, Mutaguchi iba a destituir también a Yamauchi como a Sato. En realidad, a excepción de la División 33, todo el Ejército 15 japonés estaba al borde de la desintegración.

En estas circunstancias, la destitución de los tres comandantes de división no contribuyó ciertamente a mantener alta la moral de los soldados, ya que un episodio de este tipo no tenía precedentes en los anales del Ejército nipón. Las fuentes japonesas describían a Sato como hombre de gran valor, afable y sencillo, y favorable a las soluciones de tipo no convencional. Al ir desarrollándose la operación, sus relaciones con Mutaguchi se hicieron cada vez más difíciles, hasta que, exasperado, había enviado al puesto de mando del Ejército del sector birmano un mensaje en estos términos: «La habilidad táctica del Estado Mayor del Ejército 15 es inferior a la de un cadete», y había interrumpido las comunicaciones por radio con su comandante superior. Esta insubordinación le costó el mando.

A Yanagida, de la División 33, le describían como un hombre bien dotado, inteligente y con cierta tendencia a mostrarse excesivamente concienzudo y precavido; se trataba de características que, a la larga, debían chocar con las de un comandante impetuoso y fanfarrón como Mutaguchi. Su sucesor, Tanaka, que a primera vista podía parecer un tipo tenaz pero ciertamente no muy inteligente, demostró, en la práctica, ser un comandante sensible y sensato, que supo cumplir el cometido que se le había confiado hasta el final de la campaña birmana.

De Yamauchi, finalmente, que había estudiado en West Point y fue agregado militar japonés en Washington, se hablaba como de un hombre de modales distinguidos. Se dice que, desde el principio, se había dado cuenta de los inmensos recursos potenciales de las fuerzas angloamericanas y de los peligros que supondría desafiarlas sin una preparación adecuada. Es imposible determinar si la forma con que dirigió la División 15 se había resentido de alguna manera de esta creencia suya; lo que sí es cierto es que Mutaguchi tuvo la impresión de que había permitido a Scoones tomar la iniciativa, y por ello perdió la confianza en él.

Tal vez como feliz presagio de lo que iba a ocurrir, el 22 de junio amaneció espléndido y soleado: en las primeras horas de aquella mañana, las unidades avanzadas de la División 2 inglesa del general Grover y las de la División 5 india se encontraron en el kilómetro 107 de la carretera de Kohima. Se había roto el asedio. Aquella misma noche, con las luces encendidas, un largo convoy de camiones, con los ansiados abastecimientos, entró en Imphal.

Sin embargo, la batalla no había terminado ni mucho menos. Los japoneses seguían combatiendo con todas sus energías en Bishenpur y Shenam, mientras el general Slim estaba decidido, a pesar de las malas condiciones atmosféricas y del cansancio de sus hombres, a transformar la derrota de las Divisiones 31 y 15 niponas en un verdadero desastre. Estaba convencido de que aun en aquellas circunstancias podía pedir a sus hombres un gran esfuerzo más, y éstos, a su vez, no defraudaron su confianza.

Abriéndose camino a la fuerza desde Kohima hacia el Sur, por una zona montañosa y cubierta de junglas al este de la carretera Kohima-Imphal, la División 7 india, del Cuerpo de Ejército XXXIII de Stopford, mandada por el general Messervy, hizo retroceder a la 31 japonesa hacia Ukhrul, es decir, hacia el «yunque» formado por la Brigada 89 y por la División 20 que, desde Imphal, estaban avanzando hacia el Este. Por su parte, más al Este aún, la Brigada 23, realizando una penetración de largo radio, avanzó para cortar las líneas de comunicación niponas con el valle del Chindwin. Empapados hasta los huesos, los soldados ingleses, indios y *gurkhas* avanzaban con dificultad, tirando de los mulos en el rígido frío de las montañas o por los cálidos vapores de valles pantanosos. De vez en cuando, algunos japoneses, decididos a todo, ofrecían una resistencia suicida. Los pocos enemigos capturados se hallaban en condiciones espantosas a causa de las enfermedades y del hambre; y el hecho de que, durante cuatro meses, sólo se capturaran poco más de 100 prisioneros indica lo tenaz que es el soldado japonés y lo dispuesto que está a aceptar heroicamente la muerte en el campo de batalla.

Hacia el 18 de julio, cuando tanto Kawabe como Mutaguchi convinieron en que no se podía pensar en una ulterior acción ofensiva, se ordenó un repliegue general sobre la línea del Chindwin. Hasta aquel momento, además de perder casi todo su equipo, artillería, carros de combate y medios de transporte, el Ejército 15 nipón había tenido más de 53.000 bajas, entre muertos y desaparecidos, de los casi 100.000 hombres con los que había comenzado la campaña. Además, los supervivientes estaban en pésimas condiciones a causa de las heridas o del hambre padecida. La derrota japonesa había sido total; pero también los británicos habían pagado por su victoria un precio considerable: 17.000 hombres habían quedado fuera de combate. Sin embargo gracias a los eficacísimos sistemas de asistencia médica, muchos de ellos pudieron recuperarse. Iban a ser muy necesarios; pues, mientras aún se estaba combatiendo esta histórica batalla, el general Slim ya había comenzado a preparar los planes para el avance en Birmania y la conquista de Mandalay.

Una victoria decisiva

«Casi todos los hombres de estas unidades murieron en el combate o, posteriormente, de hambre. El desastre de Imphal fue, tal vez, el peor de todos en los anales de la guerra». Así fue como Kase Toshikazu, un funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores japonés, resumió la batalla en su libro *El eclipse del Sol Naciente*, publicado siete años después. Puede ser que su cálculo sea un poco exagerado, pero lo cierto es que en Imphal y en Kohima los japoneses sufrieron uno de los más graves reveses militares de su historia.

Pero, además de ser para los Aliados una victoria no menos decisiva que otras muchas conseguidas durante la segunda Guerra Mundial, tuvo consecuencias de gran alcance. Se había roto la espina dorsal del Ejército japonés en Birmania, se desvanecía para siempre el mito de su invencibilidad y se había hecho realidad el proyecto de reconquistar Birmania. La iniciativa acababa de pasar a manos del general Slim, quien ya la conservaría hasta el final de las hostilidades.

El esfuerzo había sido grande, pues, para ambas partes, una derrota significaba una verdadera catástrofe. Fueron cuatro meses de lucha incierta, en los que la suerte favoreció primero a un bando y después al otro. En las primeras fases de la lucha, los ingleses habían tenido que conformarse con aplicar la táctica del «golpea y desaparece», y los japoneses estuvieron realmente muy cerca de la victoria.

Cualquiera que sea la naturaleza e intensidad de los sentimientos que se tengan respecto a los japoneses, no hay duda de que el Ejército 15 nipón hizo más de lo que cualquier otro Ejército habría podido hacer en un terreno tan difícil y en condiciones tan desfavorables; con una organización logística inadecuada, fuerzas acorazadas y artillería inferiores a las del enemigo y sólo con un esporádico apoyo aéreo. En gran parte, ello fue consecuencia de las extraordinarias condiciones de combatiente y a la resistencia del soldado japonés, condiciones que suplieron los fallos de los comandantes superiores y que hicieron de él el soldado más formidable del mundo.

Pero, en el general Slim, Mutaguchi había encontrado un duro antagonista, un hombre que, gracias a su experiencia, era el más adecuado para hacer frente a los japoneses en aquella región salvaje y hostil. Previsor y capaz de aprovechar cualquier error del enemigo, dotado de una gran capacidad para inspirar confianza a los comandantes subalternos y a las tropas, Slim consiguió infundir al Ejército 14 una decisión que lo animó en las adversidades y lo condujo a la victoria final.

No obstante, sin la ayuda de la RAF, la Aviación india y la USAAF, el resultado final pudo ser muy diferente. Los cometidos asignados a las fuerzas aéreas eran muchos y variados: incursiones de largo radio para desorganizar la red de comunicaciones japonesa, apoyo a las tropas combatientes, transporte de abastecimientos, evacuación rápida de heridos, transporte de todos los abastecimientos necesarios para el Cuerpo de Ejército IV y lanzamiento de todo lo que era indispensable sobre las posiciones aisladas. Fue un trabajo realmente espléndido.

Pero, por muy brillantes que sean el comandante, sus planes y las medidas tomadas para ponerlos en práctica, el resultado final, como siempre, depende únicamente de los oficiales y de las tropas. Para quien no las ha experimentado personalmente, es difícil darse cuenta de las espantosas condiciones en las que aquellos hombres tenían que vivir y combatir. Tenían que transportar las armas y las municiones, así como cargas suplementarias, por las montañas o por la jungla, en servicios de patrulla o atacando una posición enemiga, vivían en húmedas trincheras, con frecuencia sin que los relevaran durante largos períodos. Desde estas trincheras debían rechazar fanáticos ataques de japoneses o iniciar contraataques para reconquistar terreno. No obstante, la resistencia moral y física de los soldados ingleses, indios y *gurkhas* demostró estar plenamente a la altura de los terribles y continuos esfuerzos que de ellos se exigían.

No hace falta decir que, al final de este período crucial de la campaña birmana, se produjeron muchos cambios en el alto mando japonés; entre otros, se destituyó de sus cargos a Kawabe y a Mutaguchi.

El Cuerpo de Ejército IV británico, después de combatir incesantemente durante dos años, fue enviado a la India para descansar y reorganizarse, mientras que al Cuerpo de Ejército XXXIII del general Stopford, reforzado por la División 11 del África oriental, se le confió el cometido de perseguir al enemigo en fuga hasta el Chindwin, a través del valle de Kabaw y la carretera de Tiddim.

Iba a comenzar la reconquista de Birmania.



EL VIR

Birmania, marzo-julio de 1944

KOHIMA: ...AJE DECISIVO ...EN BIRMANIA

El asedio de Imphal detuvo radicalmente la "marcha sobre Delhi" de los japoneses, y les impidió hacer llegar a primera línea los abastecimientos y los hombres que habrían sido necesarios para romper las defensas británicas en Kohima. Y precisamente en este sector fue donde los angloindios conseguirían una victoria decisiva.

Arthur Swinson

La «marcha sobre Delhi» (así llamaron los japoneses a su ofensiva de primavera en 1944) se inició, como ya se sabe, la noche del 7 al 8 de marzo, cuando las Divisiones 15 y 33 niponas atacaron por el Este. Las dos divisiones indias, desplegadas en defensa de Imphal, empezaron a retirarse, de acuerdo con lo previsto en el plan de defensa dispuesto por el teniente general Scoones y por Slim; pero la División 17 se había puesto en movimiento demasiado tarde y por ello la batalla por Imphal, según se ha dicho en el capítulo anterior, comenzó en forma un tanto desordenada.

Luego, el 15 de marzo, una tercera división japonesa, la 31, al mando del teniente general Kotoku Sato, atravesó el río Chindwin en Homalin y se dirigió directamente hacia Kohima. Sato era un hombre de 51 años que había entrado en el Ejército japonés en 1913, y aunque su experiencia bélica era más bien limitada, casi todos le juzgaban un buen comandante y sólo sus rivales le consideraban «terco y unilateral». Como quiera que sea, sabía hacer avanzar rápidamente a sus hombres, y de ello dio cumplida muestra cuando, dos días después de haber atravesado el Chindwin, sus soldados se encontraban ya muy avanzados en su marcha hacia el objetivo. Sato tenía a sus órdenes tres regimientos de infantería, cada uno de tres batallones, el LVIII, el CXXIV y el CXXXVIII, de los que el primero era sin duda el mejor. A la infantería la apoyaba el Regimiento de artillería de montaña 31.

La división avanzó articulada en cuatro columnas por los senderos que había reconocido el teniente Masa Nishida y un núcleo de hombres seleccionados. Esta operación, que requirió bastantes semanas y de la que los ingleses no se habían percatado, debe registrarse entre las acciones de reconocimiento más brillantes en la historia de toda la guerra. Detrás de las columnas de Sato avanzaban grupos de soldados de los servicios logísticos, ocupados en hacer avanzar un rebaño de 5000 bovinos que, según se esperaba, proporcionarían carne para 50 días. Pero aquellos animales no parecían muy dispuestos a semejante marcha: escapaban y se caían por los barrancos, se ahogaban en los ríos o, simplemente, se echaban a tierra y morían. A su debido tiempo, la carencia de bovinos acabó haciendo mella en la tenacidad y en el valor de los soldados japoneses.

Sato atraviesa el Chindwin

Los ingleses se enteraron del avance de Sato el 18 de marzo, cuando el teniente Lloyd Jones, del Regimiento *Assam*, que mandaba una patrulla en las cercanías de la frontera birmana, encontró numerosos nagas en fuga. A éstos los seguían el vicecomisario local y otros habitantes de diversos pueblos; y todos hablaban de grandes columnas de tropas japonesas en movimiento. Aquel mismo día, Slim decidió llamar a la División 7 india desde el Arakan a Imphal para reforzar a la guarnición local, justamente con la División 5 india, que ya se había puesto en marcha. Esto significaba que sería necesaria otra división para la reserva del Ejército 14, y por ello (después de haber consultado con el general sir George Giffard, comandante del Grupo de Ejércitos XI), Slim cursó órdenes para que la División 2 británica acudiese a Imphal desde la India.

Incidentalmente, es preciso hacer observar que esta unidad era la primera división inglesa del Ejército regular que operaba en la India, y que comprendía algunos de los mejores regimientos de infantería del Ejército británico. En efecto, de la citada División 2 formaban parte el 1.º *Royal Scots*, el 1.º *Queen's Own Cameron Highlanders* y el 1.º *Royal Welsch Fusiliers*; unidades de condado, como el 2.º *Royal Norfolk*, el 2.º *Dorsetshire*, el 1.º *Royal Berkshire*, el 2.º *Durham Light Infantry* y dos unidades del Ejército territorial: el 7.º *Worcestershire* y el 1/8.º *Lancashire Fusiliers*. Estas unidades de infantería estaban apoyadas por dos regimientos de asalto, tres regimientos de artillería de campaña (el 10, 16 y 99) y un regimiento de artillería antiaérea ligera y contracarro.

La división contaba, además, con otro regimiento de exploración y un soberbio batallón de ametralladoras (el II *Manchester*). En conjunto no había participado jamás en ninguna acción desde los días de Dunkerque, pero cuatro de sus batallones intervinieron en la fracasada campaña del Arakan el año anterior. Estaba muy bien adiestrada y magníficamente equipada, pero sólo como unidad destinada a participar en operaciones combinadas; no lo estaba, en cambio, para la misión que tenía que emprender.

Las diversas unidades se reagruparon apresuradamente, abandonando sus acantonamientos diseminados por la jungla, y se dirigieron hacia el Norte, por la polvorienta carretera que debía conducirlas a la base divisionaria de Ahmednagar. Se enviaron asimismo, a todos los rincones de la India, mensajes para reclamar a los oficiales y soldados que en aquel momento estaban con licencia o dedicados a cursos de adiestramiento o en cumplimiento de otras misiones.

El 20 de marzo, Slim todavía no se daba cuenta del todo de la gravedad de la amenaza que se cernía sobre Kohima; no obstante, se designó un comandante para la guarnición: el coronel Hugh Richards, quien llegó el 22 de marzo. Todo lo que éste sabía de los japoneses (basándose en las informaciones que le suministró el Cuerpo de Ejército IV que se hallaba en Imphal) era que se estaban aproximando tres columnas, cada una de la fuerza de un batallón, y probablemente con un batallón de reserva. Para hacer frente a esta amenaza dispondría del 1.º Regimiento *Assam* y de todas las tropas que eventualmente quedaran disponibles. A su llegada a Kohima encontró una situación caótica, donde nadie sabía qué estaba sucediendo exactamente. En cuanto a las tropas, Richards no vio más que algunos elementos de los servicios del Regimiento *Assam*, algunas secciones de infantería, también del *Assam*, y el Regimiento *Shere*. En un campo que albergaba a las fuerzas de complemento había un heterogéneo conjunto de hombres; pero, como el ir y venir de tropas era continuo, Richards no sabía aún de cuantos hombres se compondría finalmente su guarnición. Y a todo ello, los japoneses, en marcha por la pista, estaban ya a menos de 100 km.

«Batirse hasta el último hombre»

El 24 de marzo, con gran alegría de Richards, llegó el 2.º Regimiento *West Yorkshire*; pero, como ocurrió con otras unidades que le siguieron, fue trasladado de nuevo. Los únicos partes del Servicio de Información que Richards recibía se los enviaban a través del subsector local y los servicios logísticos apenas existían: en tales circunstancias no es difícil comprender que se podía hacer muy poco en cuanto a medidas defensivas. En las disposiciones que regulaban la actividad de adiestramiento existía una norma según la cual en los montes Naga no se podía levantar ninguna alambrada; y aunque se estaban aproximando momentos cruciales, en Dimapur los oficiales continuaban observando escrupulosamente aquella norma. Por otra parte, a pesar de las urgentes peticiones de Richards, el alambre de espino no llegaba; y jamás llegaría. El único motivo de consuelo que tenía era el hecho de saber que, a unos 55 km más al Este (100 a lo largo de la pista), las compañías del Regimiento *Assam* habían constituido, en Jessami y Kharasom, reductos defensivos en los cuales, según las órdenes, tenían que resistir hasta el último hombre y el último cartucho. Richards no podía decir cuánto tiempo, aquellas espléndidas tropas, podrían frenar el avance del enemigo; pero sabía que harían todo lo humanamente posible.

La batalla se inició en Jessami, el 28 de marzo. En aquel momento Slim se encontraba en Dimapur con el general Warren, comandante de la Brigada 161 india, de la División 5, recién llegada del Arakan. La brigada estaba formada por una unidad del Ejército territorial, el 4.º Regimiento *Queen's Own Royal Kent*, y dos unidades indias: el 1/1.º *Punjab* y el 4/7.º Regimiento *Rajputana*. En la entrevista se hallaba también el general de división Ranking, que mandaba el sector 202, a quien se había decidido confiar el mando de todas las fuerzas que operaban en aquel sector.

Pero ésa fue una decisión tan insólita como desdichada: a los jefes responsables de las vías de comunicación se les suele designar para misiones logísticas, y no disponen de personal combatiente. Sin embargo, hasta la llegada de Stopford y del mando del Cuerpo de Ejército XXXIII, hay que admitir que aquélla era la mejor de las posibles soluciones. Ranking ordenó que se aprestase Dimapur para una defensa adecuada, que se reforzase Kohima y se la defendiera hasta el final, y, por último, ordenó que se tomasen todas las medidas necesarias para acoger los posibles refuerzos. La primera provisión adoptada por Ranking fue ordenar a Warren y a la Brigada 161 que se trasladasen a Kohima, y, en consecuencia, las unidades comenzaron a llegar durante la mañana del día siguiente.

A partir de entonces, la situación empezó a evolucionar rápidamente. El 30 de marzo los japoneses habían concentrado fuerzas ante Kharasom y Jessami, y los morteros y cañones de su infantería entraron en acción. Richards estaba convencido de que la orden de resistir «hasta el último hombre y el último cartucho» implicaría un inútil sacrificio y logró hacerla anular. Pero entonces los reductos ya estaban aislados y sólo con gran dificultad pudo hacerse llegar el mensaje a Jessami. En cambio, no se pudo enviar ningún mensaje a Kherasom.

Mientras tanto, había llegado Stopford con su Estado Mayor y, a petición de Slim, dio a Ranking una nueva directiva. Y como quiera que ésta preveía que se concediese prioridad a la defensa de Dimpaur, Ranking no tuvo otro remedio que ordenar a Warren que retirase de Kohima su brigada. Warren protestó enérgicamente, respaldado por Richards y por Charles Pawsey, el vicecomisario. En la cuneta de la carretera se desarrolló una tempestuosa entrevista en el curso de la cual Ranking acabó admitiendo que su orden la motivaba un informe de la RAF, según el cual una columna nipona estaba envolviendo Kohima y se dirigía hacia la línea ferroviaria que llegaba a Dimapur. Pawsey declaró explícitamente que consideraba aquel informe sin fundamento, argumentando que «si los japoneses se encontrasen allí, mis nagas me lo habrían dicho». Los tres hombres advirtieron a Ranking que si el enemigo se



Apoyados por carros de combate, unos soldados «gurkhas» y hombres pertenecientes al *West Yorkshire Regiment* avanzan hacia las posiciones japonesas de Kohima. La ofensiva nipona por Kohima comenzó el 18 de marzo de 1944, con el ataque contra Jessami, donde la guarnición fue arrollada y tuvo que replegarse. *(Imperial War Museum)*

adueñaba de la altura de Kohima, cosa que podrían hacer fácilmente si se retiraba la Brigada 161, sería necesaria una batalla en toda regla para desalojarlos del lugar. Pero Ranking no se dejó convencer. Y al día siguiente la Brigada 161 empezó a replegarse hacia Nichugard, donde los montes Naga descienden hacia la llanura, a pocos kilómetros de Dimapur.

En aquel momento, en Jessami, la batalla estaba en todo su apogeo. Los reducidos efectivos británicos se batían con valor; pero, aunque lentamente, esta exigua fuerza iba siendo arrollada por el enemigo, y por ello, en el curso de la noche del 31 de marzo al 1 de abril, tuvo que repartirse en pequeños grupos y retirarse. El capitán Young, comandante de la posición de Kharasom, convencido todavía de que tenía que atenerse a las órdenes de combatir hasta el final, ordenó a los supervivientes que se retiraran, pero él se quedó en el lugar, donde, combatiendo solo, encontró la muerte. La carretera hacia Kohima quedaba abierta.

Los comandantes aliados habían cometido un grave error al hacer replegar a la Brigada 161. El objetivo de Sato era Kohima, y Dimapur no corría ningún peligro.

El día 1 de abril los primeros elementos de la División 2 (parte de la Brigada 5, al mando del general Victor Hawkins) llegaron a Dimapur y empezaron a concentrarse en Bokojan, población cercana. Los camiones, piezas de artillería y equipo se encontraban todavía en la larga carretera que procedía de la India, y el caos era tal que fueron necesarios grandes esfuerzos para obtener los más indispensables materiales y alimentos. También se requirieron varios días para que la brigada pudiera entrar en acción. Sin embargo, su llegada cambió la situación táctica; al mismo tiempo, la Brigada 161 recibió la orden de volver nuevamente a Kohima, llevando a la cabeza a los hombres del *Royal West Kent*. Fue en aquel momento cuando Warren tomó una decisión que había de tener una gran trascendencia en el curso de la batalla: ordenó al *Royal West Kent* que se uniese a la guarnición, formando un reducto con los batallones que quedaban en Jotsoma, una población que distaba poco más de 3 km de Kohima. Allí logró encontrar una posición natural muy favorable y en ella desplegó la artillería de montaña para proporcionar un apoyo de fuego eficaz a la guarnición. Cuando llegó el momento del combate, dicho apoyo demostró ser decisivo.

El 2 de abril (día en que Stopford asumió el mando de todas las fuerzas que operaban en el sector), el *Royal West Kent* estaba todavía atrincherándose en la posición defensiva central de Kohima, denominada ahora Garrison Hill (colina de la guarnición), y Richards dedicaba todos sus esfuerzos, aunque con resultados no muy satisfactorios, a acumular reservas de agua, víveres, municiones y otros abastecimientos. El perímetro no sólo incluía la Garrison Hill, sino también otras alturas situadas más al Sur y denominadas Kuki Piquet, FSD y DIS, así como otra, más allá de la carretera, denominada Jail Hill (colina de la cárcel). Se evacuó apresuradamente a todo el personal no indispensable y Richards consideró que, con la llegada de los supervivientes del Regimiento *Assam*, que se estaban retirando de Jessami, tendría a su disposición unos 1500 hombres para resistir el ataque que llevarían a cabo 12.000 japoneses. Sus fuerzas eran totalmente inadecuadas, y lo único que podía esperar era la llegada de los refuerzos solicitados.

Comienza la matanza

Los japoneses llegaron a Kohima a las 4 del día 5. Los atacantes, que pertenecían al Regimiento 58, ocuparon el pueblo de Naga al norte de la Garrison Hill, y desde allí, en cuanto amaneció, se lanzaron contra la Jail Hill. Aunque experimentaron graves pérdidas, lograron conquistar la altura, y Richards, dándose cuenta de que el enemigo podría dominar sus posiciones en el DIS y en el FSD, decidió reducir su perímetro. La noche del día 6, tres compañías japonesas empezaron a atacar estas dos alturas y, tras haber sufrido más pérdidas, lograron romper la línea.

Pero al día siguiente, por la mañana, los hombres del *Royal West Kent* lanzaron un contraataque y los nipones que todavía se encontraban en el interior del perímetro fueron completamente exterminados. El mayor Shimanoe, del citado Regimiento 58, definió esta acción como «una desastrosa derrota» y lamentó la pérdida de jóvenes oficiales y suboficiales; se dio cuenta además de que el regimiento no podría conquistar Kohima. No obstante, seguían llegando tropas y piezas de artillería, y así los japoneses pudieron aumentar la presión; Sato y sus oficiales estaban seguros de que, en el término de dos días, Kohima caería en su poder. No sólo la guarnición, sino también el reducto de Warren, en Jotsoma, estaban rodeados; y los hombres del Regimiento 138 atravesaban ya el valle para cortar, en las cercanías de Zubza, la carretera hacia Dimapur. La misión de la División 2 se hacía cada vez más difícil.

Hasta el 11 de abril la unidad no estuvo dispuesta para entrar en liza, e incluso entonces sólo la Brigada 5 tenía sus filas casi completas. Mientras avanzaba hacia Zubza, la brigada se enfrentó con una fuerte posición japonesa, a la izquierda de la carretera y, tras el fracaso de un ataque improvisado sobre la marcha, el general Hawkins comprendió que era necesario hacer llegar la artillería de campaña y los carros de combate del Regimiento 149 y lanzar una operación más preparada. Pero todo esto no se podría hacer antes del 14, y en el ínterin, en Kohima, la guarnición debería continuar resistiendo en condiciones imposibles.

La noche del 13 fue testigo de duros combates cuerpo a cuerpo en los dos extremos del perímetro: los japoneses se lanzaban contra el *Royal West Kent*, que ocupaba el FSD, en una serie interminable de oleadas sucesivas, gritando e incitándose recíprocamente. Pero la línea resistió, gracias al valor de los hombres y también del acertado fuego de las seis piezas de montaña de Warren, situadas en Jotsoma. Luego, poco después del mediodía del 14, los cañones de la División 2 descargaron 1500 granadas contra las posiciones enemigas de Zubza, y los *Cameron* pasaron al ataque. En el término de una hora se ocupó la posición y se destrozó a una compañía japonesa. La Brigada 5 comenzó a ascender por la carretera para socorrer a Warren en Jotsoma.

El siguiente objetivo era liberar la guarnición de Kohima. Se trataba de una misión dificilísima, ya que los japoneses se habían situado en posiciones muy fuertes en las alturas que flanqueaban la Garrison Hill. El 17, Grover decidió retrasar el ataque final hasta el día siguiente. Y esta demora fue casi fatal; pues aquella noche los japoneses concentraron sus esfuerzos contra el FSD, y el perímetro defensivo comenzó a agrietarse; soldados indios, en fuga desordenada, atravesaron corriendo las líneas de los *Royal West Kent*. Durante unas horas reinó una confusión indescriptible; se combatía al resplandor de las cabañas incendiadas por las bombas de fósforo y parecía que de un momento a otro la guarnición sería arrollada. El FSD cayó en poder del enemigo, y también el Kuki Piquet. Los soldados estaban tan cansados que ya no se hallaban en condiciones de sostener las armas en sus manos. Con las primeras luces del día, cuando Richards salió a inspeccionar la posición y descubrió que muchas trincheras estaban ya llenas de cadáveres de soldados ingleses e indios, comprendió que, si la guarnición no era liberada antes de doce horas, todo lo que pudiera hacerse ya sería demasiado tarde.

Pero de pronto cambió la situación. A las 8, todas las piezas de artillería de la División 2 comenzaron a martillear las posiciones japonesas, y luego el 1/1.º *Punjab*, apoyado por carros de combate, empezó a avanzar por la carretera. Había comenzado la operación.

En el curso de esta jornada –era el 18 de abril– los comandantes de los dos bandos contendientes mantuvieron vivas discusiones. El plan de Grover, aceptado por Stopford, era ganar más terreno por el flanco derecho, a fin de poder dominar toda la zona que se abría ante él hasta Kohima, tratando al mismo tiempo de llegar al monte Merema, en el flanco izquierdo. Decidió además mantener las zonas defendidas en Zubza y Periphema, 8 kilómetros más atrás, para que siguieran abiertas sus propias vías de comunicación con Dimapur.

Mientras tanto, en el bando japonés, Sato estaba discutiendo con el general de división Miyazaki, su comandante de infantería, un mensaje en el que Mutaguchi le ordenaba que le enviara un grupo de fuerzas, equivalente a un regimiento (es decir un tercio de sus fuerzas), para que le ayudaran en el ataque contra Imphal. Se trataba de un duro contratiempo ya que, teniendo en cuenta la presión creciente que ejercían las fuerzas inglesas e indias, precisaba de más tropas, y no de menos. Sin embargo, como primer paso para dar cumplimiento a la orden que acababa de recibir, ordenó a Miyazaki que concentrase tres batallones en el contrafuerte de Aradura, al sur de Kohima. Dispuso además que el Regimiento 138 avanzase hasta el monte Merema para que procurara cortar la carretera de Dimapur. Esto pondría a las fuerzas británicas en una situación ciertamente insólita, transformando en frente su vía de comunicación.

Simultáneamente, Sato debía llevar a cabo todavía la conquista de la Garrison Hill, y con este fin lanzó a sus hombres a una serie de ataques. Pero, reconfortadas por la llegada de refuerzos, las tropas de la guarnición encontraron de algún modo fuerzas para resistir; y, finalmente, el día 20, los hombres del *Royal Berkshire* aparecieron a sus espaldas y se pudo ultimar la operación. Los supervivientes del *Royal West Kent*, del Regimiento *Assam*, de los fusileros del *Assam* y de las heterogéneas compañías de soldados *gurkhas* y británicos se reunieron en pequeños grupos y descendieron por las pendientes de la colina hacia los camiones que los esperaban. Por último, terminada su misión, descendió el coronel Richards. Había terminado la primera fase de la batalla.

«¡Moverse! ¡Moverse!»

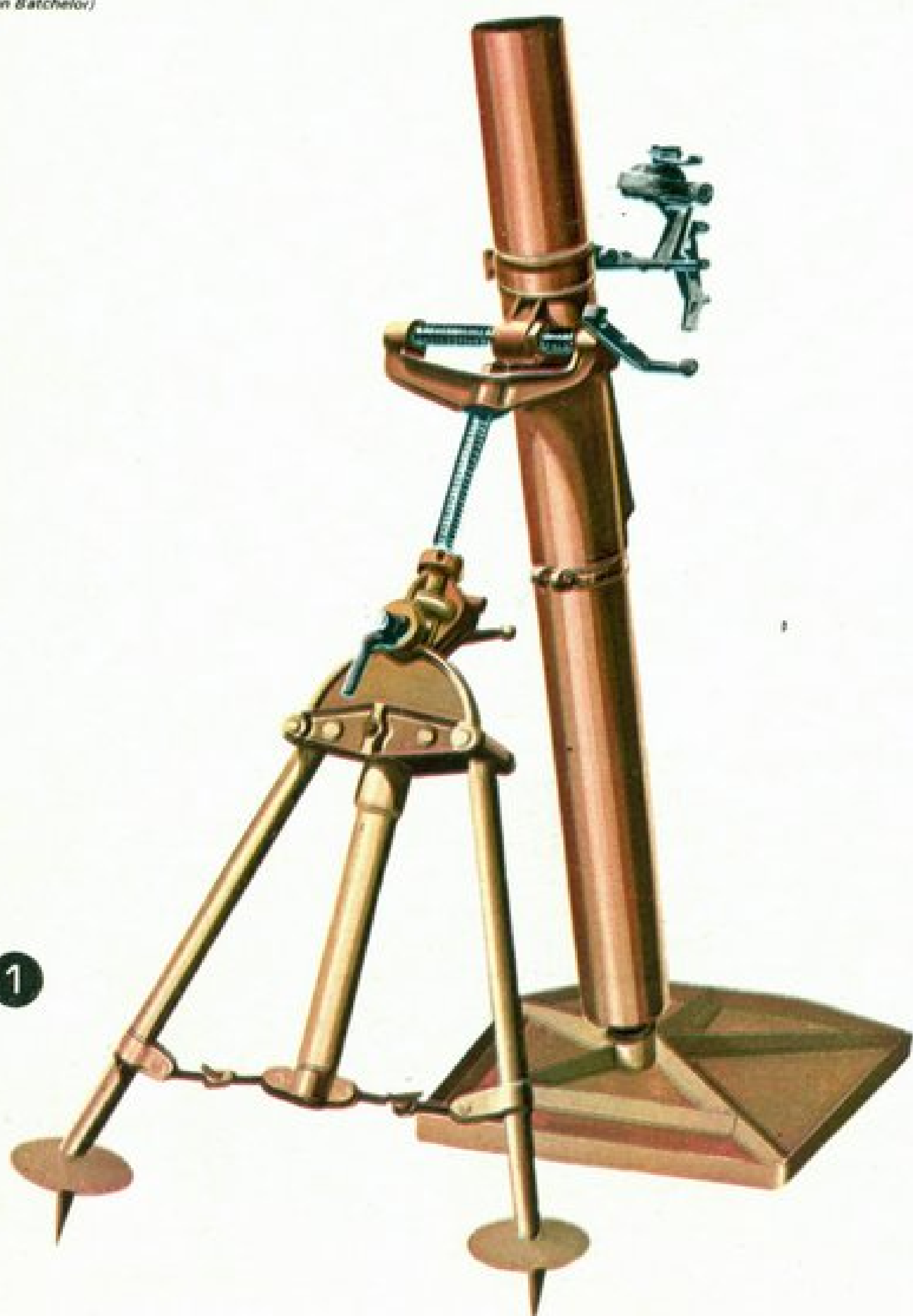
En aquel momento la situación no era satisfactoria para ninguna de las dos partes. Sato estaba aún en condiciones de impedir que los ingleses enviasen refuerzos y abastecimientos hacia el Sur, por la carretera de Imphal; pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que sus tropas estaban a punto de ser sometidas a un intenso martilleamiento. Grover, por su parte, había previsto la pérdida de la Garrison Hill; mas, se encontraba entonces ante el problema de tener que reconquistar, línea tras línea, posiciones casi inexpugnables, atrincheradas en las montañas. Además, Slim y Stopford le pedían que llegase a Imphal; pero ni siquiera con los aviones de que ahora, finalmente, disponían llegaban los abastecimientos, tantas veces requeridos, y por su parte, los norteamericanos, a quienes pertenecían algunos de los aparatos, exigían ya su inmediata devolución. La orden era la misma por doquier: «¡Moverse! ¡Moverse!».

La noche del 22 al 23 de abril, la Brigada 5 descendió en hilera al profundo valle del río Dzuna, y luego comenzó a subir lentamente las laderas del Merema. Se trataba de una operación difícil, de un tipo condenado por todos los manuales de guerra, y Hawkins sabía que, en caso de llover, su unidad se podría encontrar en una trampa en aquellas abruptas pendientes. Y, en efecto, sobrevino la lluvia, que continuó cayendo durante cinco horas; mas a pesar de ello, aunque con esfuerzos sobrehumanos, la brigada escaló el Merema. No había rastros del enemigo y Hawkins no perdió ni un solo hombre.

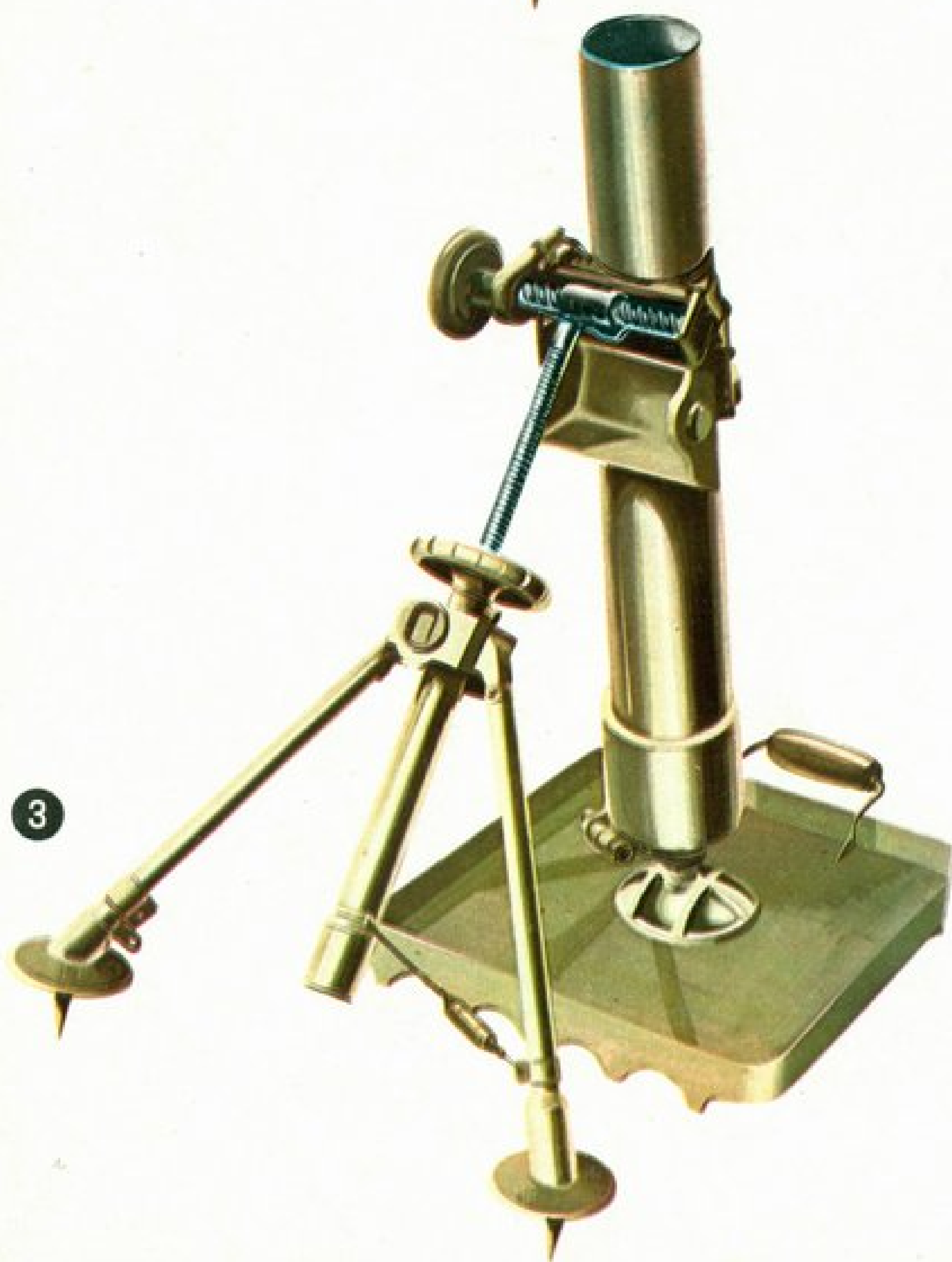
(John Batchelor)

EL MORTERO:
ARMA IMPRESCINDIBLE EN LOS COMBATES DE LA JUNGLA

Durante los combates de la jungla y en las zonas de colinas de Birmania septentrional, los morteros de infantería se transformaron en armas de fundamental importancia. Ligero y potente, el mortero fue muy utilizado por británicos y japoneses para lanzar granadas de alto explosivo, fumígenas y de iluminación.









1. Mortero británico de 3 pulgadas (76 mm)

Empleado por la compañía de armas pesadas de los batallones de infantería. **Peso:** 56,200 kg (mortero: 19 kg; afuste: 20,400 kg; placa base: 16,800 kg). **Longitud:** 1,53 m. **Alcance eficaz:** 1460 m. **Peso de la granada:** 4,530 kg. **Velocidad de tiro:** 20-30 disparos por minuto.

2. Mortero británico de 2 pulgadas (50 mm)

A cada sección de infantería se le asignaba uno en dotación. **Peso:** 10,50 kg. **Longitud:** 0,63 m. **Alcance eficaz:** 430 m. **Peso de la granada:** 0,900 kg. **Velocidad de tiro:** unos 20-30 disparos por minuto.

3. Mortero japonés de 81 mm, modelo 97 (1937)

Arma pesada: sus granadas se podían disparar con una espoleta de acción retardada. **Peso:** 65,50 kg. **Longitud:** 1,25 m. **Alcance eficaz:** 2800 m. **Peso de la granada:** 3,140 kg.

4. Lanzagranadas japonés de 50 mm, modelo 10 (1921)

Arma ligera empleada por la sección, sobre todo para disparar granadas de iluminación. A veces los Aliados lo llamaban "mortero de rodilla", denominación debida a la convicción de que la placa base se apoyaba en la rodilla en el momento del disparo. En realidad, si alguien hubiera hecho tal cosa, sin duda se habría roto una pierna. **Peso:** 2,50 kg. **Longitud:** 0,60 m. **Alcance:** de unos 60 a 160 m.

Mientras los ingleses realizaban esta maniobra envolvente en el flanco izquierdo, Sato decidió lanzar un ataque masivo y definitivo contra la Garrison Hill, concentrando todas las piezas de artillería y los morteros de los que estaba dotada la división. En el ínterin, algunos hombres del *Royal Berkshire* se habían situado al lado de los del 2.° *Durham Light Infantry*, y fue justamente esta unidad la que sufrió el peso mayor del ataque. Afortunadamente había sido alcanzado un depósito de municiones, y las llamas provocadas por la explosión se elevaban e iluminaban hasta las copas de los árboles. Así, cuando los japoneses atacaron ascendiendo por la pendiente, sus siluetas se destacaban claramente visibles y los defensores pudieron hacer caer sobre ellos una mortífera lluvia de fuego con sus armas portátiles. Los hombres del *Durham* sufrieron graves pérdidas a causa de las granadas, pero, hombro con hombro, lograron mantener sus posiciones. Allí abajo oían las voces irritadas de los oficiales y suboficiales japoneses gritando a sus hombres que se lanzasen una vez más al ataque, y la lucha continuó hasta el amanecer, cuando el 2.° *Durham* lanzó un eficaz contraataque.

La unidad tuvo que lamentar la pérdida de 15 oficiales y más de 100 hombres, pero las bajas que infligió al enemigo eran todavía mayores. En el transcurso de la mañana, Miyazaki telefoneó a Sato informándole que en el combate habían resultado muertos o heridos un número de soldados equivalente a los efectivos de cuatro compañías. Poco después Sato ordenó que no se llevase a cabo ningún ataque nocturno, haciendo observar al coronel Yamachi, que era el oficial responsable del Servicio de Información: «De este modo estamos perdiendo tantos hombres que en breve seremos demasiado pocos para poder combinar algo». Y desde aquel momento decidió ponerse a la defensiva.

La cuestión crucial de los abastecimientos

Para que las tropas puedan combatir de modo eficaz se las tiene que proveer adecuadamente de todo cuanto necesiten. Pero en aquella batalla los abastecimientos se estaban haciendo cada vez más difíciles para ambos contendientes. De los 5000 bovinos que habían atravesado el Chindwin con los japoneses, sólo una quinta parte llegó a su destino, y los víveres comenzaban ya a escasear. Las tropas británicas e indias se encontraban en una situación algo mejor; no obstante, una vez abandonada la carretera, tenían que confiar en los lanzamientos de los aviones, las recuas de mulos y los nagas. A pesar de que la RAF y los pilotos de la USAAF cooperaron muy eficazmente, los lanzamientos eran bastante difíciles en aquel terreno; un error de cálculo de pocos metros podía hacer que la valiosa carga rodase por la pendiente y fuera a parar al campo nipón. A causa de estas dificultades, cada vez era mayor la carga que tenían que transportar las compañías de acemileros indios y los nagas, todos ellos maestros en el arte de la improvisación. Los nagas enviaban no sólo a sus hombres, sino también a mujeres y muchachas, y transportaban pesadas cargas por aquellas abruptas y fangosas colinas a un paso que ningún soldado indio o británico podía igualar.

Los nagas casi siempre lograban llegar a las posiciones avanzadas con una hora o más de anticipación respecto a la prevista, y en su conjunto su contribución en aquella batalla como porteadores, guías, exploradores y sirvientes para todo demostró ser valiosísima. Por fuentes japonesas se ha sabido, no hace mucho tiempo, que las escuadras ocupadas en el saqueo tenían que aproximarse a las aldeas armadas totalmente, ya que de otra forma corrían el riesgo de no volver. El motivo por el que los nagas (pueblo orgulloso e independiente) permaneciesen tan fieles a la causa británica lo constituía sin duda la devoción que sentían por Charles Pawsey, el vicecomisario. La gran labor que había desarrollado en los años anteriores se veía ahora recompensada.

Mientras la operación de «envolvimiento» en el ala izquierda estaba en pleno desarrollo, Stopford pidió a Grover que efectuase, con la Brigada 4, otra maniobra envolvente en el ala derecha. Se trataba de una operación difícil, que implicaba el rodeo del monte Pulebadze, alto pico de casi 2300 metros de altitud, recubierto de una espesísima jungla y que se alzaba a unos 3 km al suroeste de Kohima. Los nagas advirtieron a los ingleses que la zona en cuestión, era tan abrupta que, si empezaba a llover (cosa al fin y al cabo muy probable) ni siquiera ellos podrían superar aquella prueba. Pero el movimiento contaba, indudablemente, con la ventaja de la sorpresa y Grover opinaba que, si sus hombres podían lanzarse a la retaguardia de los japoneses, éstos se verían obligados a retirarse.

La columna se puso bajo el mando del general de brigada Willie Goschen, el único granadero que existía en el radio de muchos miles de kilómetros, y el batallón de cabeza era el I *Royal Norfolk*, al mando del gigantesco y legendario Robert Scott. Delante de ellos iría la compañía de «servicios especiales» de la división, al mando del comandante McGeorge, con la poco envidiable misión de localizar el recorrido mejor y abrir a golpes de hacha un sendero en medio de la jungla.

El 27 de abril empezó a llover. Era una lluvia de una intensidad y duración nunca vistas. Las pistas se cubrieron muy pronto de una espesa capa de fango, y resultaba casi imposible escalar las alturas. La situación se hizo casi insostenible. Millares de hombres enfermaron de disentería y fue preciso evacuar a muchos de ellos.

De todas formas, pese a la lluvia, la Brigada 5 continuó presionando en dirección a Kohima, por la izquierda, mientras la Brigada 4 empezaba a rodear el monte Pulebabze, logrando, con grandes esfuerzos, cubrir 1,5 km cada día. En el sector central del frente, el 2.° *Dorsetshire* empezó a lanzar ataques hacia el *bungalow* del vicecomisario, entablándose así aquella nueva batalla que mantendría ocupados a sus hombres en las semanas sucesivas. El 29, la Brigada 4 se encontró en un valle tan profundo y cubierto de tanta vegetación que el sol no lograba penetrar en él. «Entre unos árboles enormes– escribió un oficial del *Royal Scott*– la capa de matorrales con hojas resbaladizas que cubría el terreno era tan frondosa que a los hombres les resultaba extraordinariamente difícil moverse.» Hongos gigantescos, viscosos y repugnantes, centelleaban en la oscuridad, dando a toda la jungla un aspecto alucinante y fantasmagórico. No es de extrañar que, aunque exhaustos,



Infantes británicos en acción contra los japoneses, con un mortero de 3 pulgadas (76 mm), en el curso de los combates en defensa de Kohima. La guarnición británica de base en aquel sector era de 1500 hombres tan sólo, pero en el transcurso de la ofensiva se reforzó con las unidades de la División 2. *(Imperial War Museum)*

los soldados estuvieran impacientes por iniciar el avance.

«¿Cuándo destruiréis Imphal?»

Mientras tanto, las relaciones entre Sato y Mutaguchi habían empeorado. Cuando este último le felicitó por la conquista de Kohima, Sato le había contestado: «No son vuestras congratulaciones lo que queremos, sino víveres y municiones». El 20 de abril comunicó: «Hemos conquistado Kohima en tres semanas, como se había prometido. ¿Cómo van las cosas en Imphal?». A lo que Mataguchi respondió: «Probable fecha de la conquista de Imphal 29 abril». Sato esperó hasta la mañana del 30, para comunicar de nuevo: «La División 31 está al límite de la resistencia. ¿Cuándo destruiréis Imphal?». Pero esta nueva pregunta suya jamás tuvo respuesta.

A la sazón, lo supiese o no Sato, las dificultades en que se encontraban los comandantes aliados eran ya casi tan graves como las suyas. En Imphal, Scoones había calculado que, aunque los aviones de la RAF y de la USAAF pudieran transportar la máxima carga posible, sus reservas descenderían bajo el nivel de seguridad a partir del 21 de marzo, y que después de esta fecha se deberían reducir las raciones y evacuar parte de las tropas.

En el preciso momento en que estas noticias llegaban a Slim, desde la RAF llegó un segundo informe que le advertía que los aviones de transporte concedidos en préstamo por el sector de Oriente Medio tenían que ser devueltos el 8 de mayo, es decir, dentro de *cuatro días*. Slim hizo observar la gravedad de la situación a sir George Giffard, quien marchó inmediatamente a ver a Mountbatten para advertirle que, si se retiraban los aviones, él no podría responder de las consecuencias. Mountbatten contestó que, estando las cosas de esta forma, los aviones tenían que continuar operando en el sector de Imphal y que él estaba dispuesto a asumir personalmente la responsabilidad de aquella decisión. Se trató de un acto de notable valor; y Mountbatten recibió poco después, sin duda con un suspiro de alivio, el siguiente cablegrama de Winston Churchill: «No dejéis alejar del teatro de la batalla nada de lo que tengáis necesidad para la victoria. No permitiré que nadie niegue la validez de esta decisión y os apoyaré hasta el final».

Todo dependía ahora de la División 2, cuya ofensiva estaba ya en marcha. Por la tarde del día 3, los hombres de la Brigada 5 de Hawkins, después de haber rodeado furtivamente las posiciones enemigas en el Merema, se dirigieron a la aldea naga, que estaba situada en las alturas al norte de la Garrison Hill. La operación se había desarrollado de forma brillante, pero la unidad llegó a su destino con una hora o más de retraso respecto de la prevista, y amaneció antes de que los *Cameron Highlanders* se hubieran podido atrincherar en las posiciones avanzadas, conocidas como el Church Knoll (otero de la iglesia) y la Hunter's Hill (colina del cazador). Haciendo avanzar sus morteros, los japoneses rechazaron a la unidad avanzada inglesa, infligiendo con ello a Hawkins un golpe que podría tener graves repercusiones en el curso posterior de la batalla. Pero, dando a sus hombres la orden de combatir hasta el último cartucho en el interior de la propia aldea naga, Hawkins resistió sólidamente, asegurándose, por lo tanto, el dominio de aquella valiosa posición.

Mientras tanto, en el flanco derecho, arrastrados por la impetuosa energía de Robert Scott (que avanzaba transportando a hombros un saco lleno de granadas de mano), los hombres del *Royal Norfolk* completaban la maniobra de envolvimiento por el ala derecha, hacia el GPT. El avance sorprendió a los japoneses y Scott se dio cuenta de que, si lograba mantener el ímpetu, le sería posible llegar a la cima antes de que el enemigo tuviera tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Según las órdenes que había recibido, Scott debía esperar en el límite de la jungla y pedir un fuego de barrera de la artillería, pero su sentido táctico le aconsejó que cualquier dilación sería fatal. Así, entre sudores e imprecaciones, condujo a sus hombres al ataque, y todo el batallón ascendió con energía por la pendiente con las bayonetas caladas. La cima cayó en seguida en su poder y, habiendo llamado a su operador de radio, Scott habló con la división:

—Estoy en el GPT y voy consolidando las posiciones conquistadas.

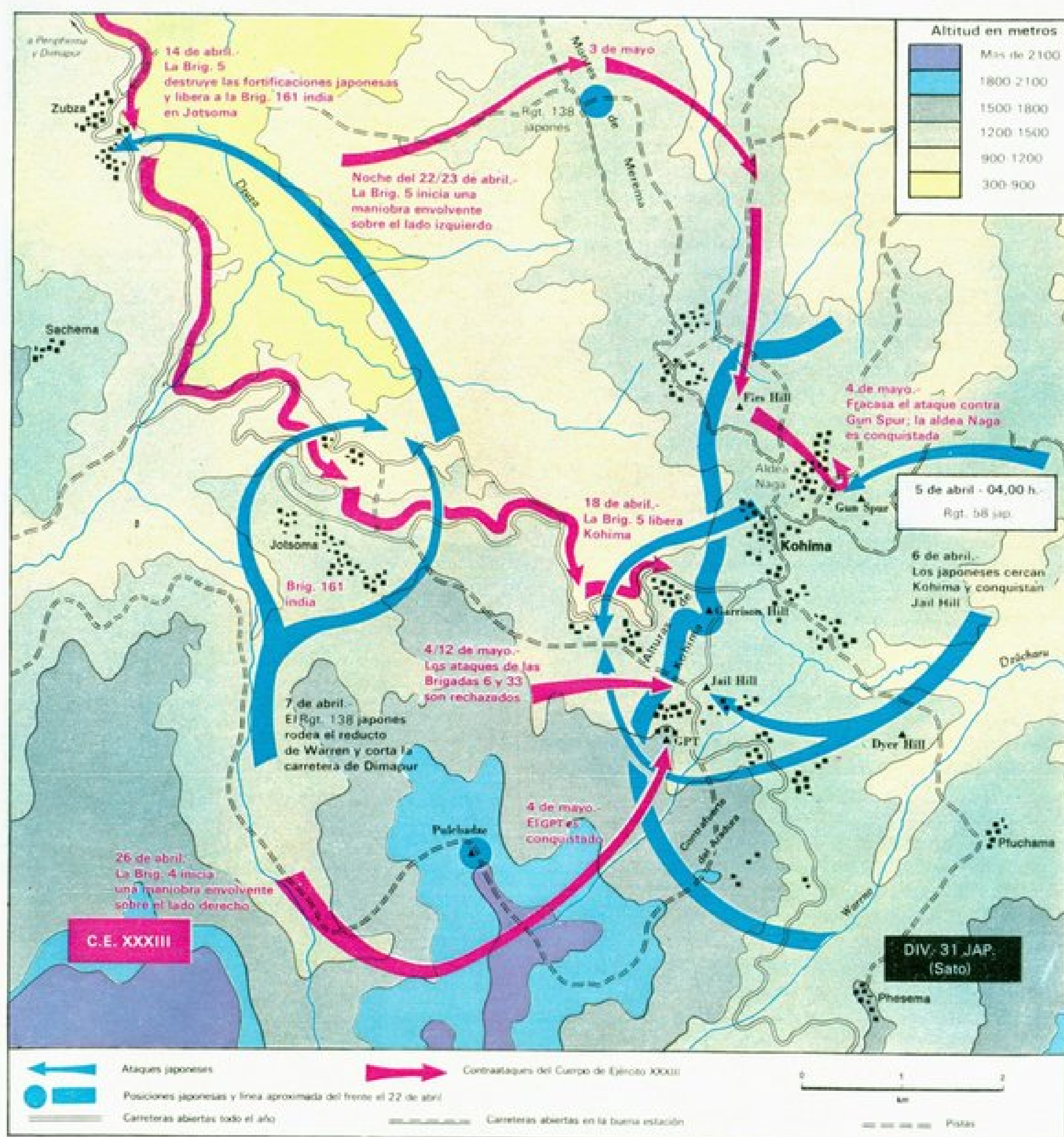
—Pero usted no puede estar en el GPT —exclamó asombrado el oficial—. No ha recibido todavía el apoyo de fuego.

—Estoy aquí, se lo digo yo. Sería mejor que enviase a alguien a verlo.

Mientras en los flancos se llevaban a cabo estos audaces avances, la Brigada 6 atacaba por el centro, teniendo como objetivo la serie de pequeñas alturas que tenía enfrente: Kuki Piquet, DIS, FSD y Jail Hill (colina de la cárcel). Pero, desde el principio, las cosas marcharon mal, porque los japoneses, inmóviles en sus *bunkers*, sometieron la pendiente que tenían debajo a una incesante lluvia de fuego. Batiéndose con valor desesperado, los hombres del *Royal Berkshire*, del *Durham Light Infantry* y del *Royal Welch Fusiliers* realizaron limitados progresos, pero cada metro de terreno les era disputado encarnizadamente y, como siempre, el fuego defensivo de los morteros enemigos causaba un gran número de víctimas. Por la mañana, pequeñas unidades seguían todavía tenazmente apostadas en las posiciones conquistadas hasta entonces, valiosamente ayudadas por el constante fuego de la artillería.

Pero, para obtener resultados más positivos era indispensable que el ataque no perdiese ímpetu, y en cambio Grover ya empezaba a sentir escasez de hombres. Por fortuna, el 5 de mayo llegó el general de brigada Loftus Tottenham con algunos contingentes avanzados de la Brigada 33. Esta unidad procedía de la División 7 india, del general de división Messervy, y comprendía el 1.º *Queen's Royal Regiment (West Surrey)*, el 4/15.º *Punjab* y el 4/1.º *Gurkha*. Explorando el terreno que le rodeaba, Loftus Totthenham se percató inmediatamente de que su flanco derecho se encontraría expuesto al fuego de las posiciones japonesas situadas en las pendientes del GPT, y pidió que se las eliminase. Esta misión se encargó a la Brigada 4.

Dicha brigada atacó con gran vigor, pero el fuego procedente de los *bunkers*, enlazados entre sí, era demasiado intenso. Lanzándose solo para conquistar uno de los *bunkers*, el capitán Randle, del *Royal Norfolk*, logró taponar la aspillera con su propio cuerpo, demostrando un espíritu de sacrificio que le valió la *Victoria Cross*. Pero los



El 15 de marzo de 1944, la División 31 japonesa, al mando del teniente general Kotoku Sato, cruzó el Chindwin, avanzando directamente hacia Kohima. Después de haber arrollado las posiciones británicas de Jessami y Kharasom, las tropas niponas se lanzaron, la noche del 31 de marzo al 1 de abril, contra el grupo de alturas que se alzan alrededor de Kohima, donde los angloindios habían logrado atrincherarse en un perímetro defensivo. En este lugar los japoneses consiguieron notables éxitos, y, con la caída del FSD (17 de abril), parecía que ya tenían la victoria en sus manos. Entonces todo dependía de la División 2 británica: con los ataques envolventes lanzados el 22 de abril por la Brigada 5 en el sector izquierdo de las defensas niponas y en el derecho por la Brigada 4, el 26 de abril, se conquistaron posiciones muy importantes, ocupándose, el 4 de mayo, la aldea Naga al Norte y el GPT al Sur. En el frente de Kohima el curso de la guerra estaba cambiando inexorablemente.

progresos continuaban siendo mínimos y la tarde del día 6 Grover convocó una reunión en el curso de la cual se elaboró un nuevo plan basado en el empleo de los *gurkhas* y del *Royal Scott*.

Durante toda la noche llovió a torrentes, y en las fangosas pendientes los hombres no tuvieron muchas posibilidades de dormir. Los *Queen's*, que estaban realizando su marcha de aproximación, se encontraron en gravísimas dificultades, pues las condiciones del terreno entorpecían incluso el menor movimiento. Con las primeras luces del día, los *gurkhas* atacaron los *bunkers* del GPT, pero no tuvieron más suerte que los *Royal Norfolk*; en el curso de la acción murió su oficial comandante, el teniente coronel Hedderwick. Mientras intentaban recuperar su cuerpo, también hallaron la muerte el asistente del general de brigada Goshen y luego el propio Goshen. Poco después, los *gurkhas* recibieron la orden de replegarse por mediación de un oficial de la Brigada 4.

El azar quiso que el fracaso de estas acciones no se comunicase a Grover con el debido tiempo, de modo que la Brigada 33 pasó al ataque según estaba previsto. Durante veinticinco minutos la artillería de la división sometió la Jail Hill a un fuego concentrado: grandes columnas de tierra se alzaban hacia el cielo; temblaba el suelo y los árboles, astillados por las explosiones, caían a tierra. Apenas terminó el fuego de la artillería, los *Queen's* empezaron a avanzar; pero, como había temido Loftus Tottenham, su flanco se encontró expuesto al fuego de las posiciones japonesas situadas en el GPT. Muchos hombres fueron alcanzados y sus cuerpos rodaron por las pendientes. Otros siguieron avanzando hacia los *bunkers* para iniciar una metódica búsqueda de las aspilleras, y durante algún tiempo lograron ganar terreno. Luego, los japoneses pusieron en acción un cañón de 75 mm que, haciendo fuego con extraordinaria precisión puso en situación desesperada e insostenible a las fuerzas británicas atacantes. A las 15 horas, Loftus Tottenham ordenó a los *Queen's* que se retiraran, y la artillería enmascaró toda la zona con densas cortinas de humo. Fue una amarga derrota.

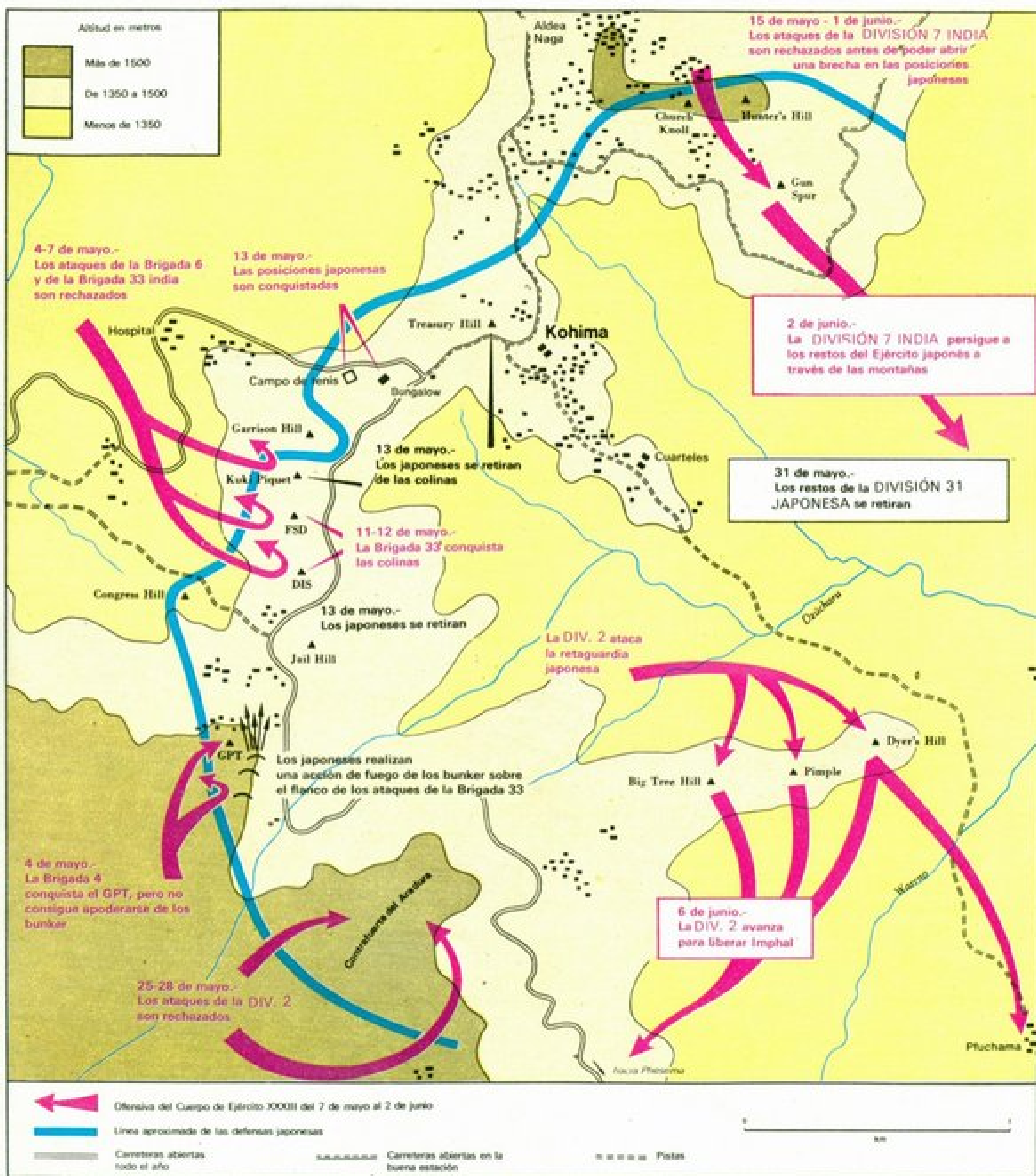
Nada conseguía desalojar a los japoneses

Para los Aliados, los días que siguieron fueron sin duda los más deprimentes de toda la batalla.

Parecía que no sería posible que los nipones abandonaran sus posiciones: ni con artillería, morteros, ametralladoras, carros de combate o aviones se conseguía nada positivo. Y aunque los nipones se hubieran retirado de la altura de Kohima, los Aliados habrían tenido que enfrentarse con una interminable serie de posiciones fortificadas a lo largo de la carretera que lleva a Imphal: el monte Maram, la gran altura de Mao Songsang e innumerables localidades donde la carretera serpenteaba a través de gargantas y valles. En una zona como aquella una sección bien atrincherada podría detener a un Cuerpo de Ejército.

Pero, afortunadamente, la situación del enemigo también se estaba haciendo crítica. Antes de atravesar el Chindwin, Sato recibió seguridades del general de división Kunomura, jefe de Estado Mayor del Ejército 15, de que antes del 8 de abril recibiría 250 toneladas de víveres y abastecimientos; pero hasta aquel momento no le había llegado todavía nada. El 4 de mayo se puso en contacto directo con el general Kawabe, en el Ejército del sector birmano, pidiendo insistentemente que se hiciese algo para aliviar su angustiosa escasez; pero Kawabe se limitó a transmitir el mensaje a Mutaguchi, quien dijo a Sato, sin demasiada cortesía, que no le molestase más.

Los brillantes avances británicos en los flancos contrastaron, en el frente de Kohima, con los cruentos combates desarrollados en el sector central. Al precio de durísimos esfuerzos, en el transcurso de los días 11-13 de mayo, las fuerzas británicas lograron ocupar las alturas FSD, DIS y la Hospital Hill; pero la resistencia que ofrecían los japoneses todavía no había sido vencida. Como consecuencia de la decisión de Sato de continuar combatiendo en las alturas situadas al Norte y en el contrafuerte del Aradura, al Sur, los ataques británicos contra estas posiciones resultaron infructuosos. Finalmente, el 1 de junio, con una maniobra envolvente, los hombres del 4/1 *Gurkha* llegaron al Church Knoll, pero sólo para advertir a su llegada que las fuerzas niponas habían iniciado la retirada. En efecto, el general Sato había tomado esta decisión el 30 de mayo, y a primeros de junio todas las tropas japonesas en torno de Kohima se estaban replegando hacia el Chindwin, perseguidas muy de cerca por los soldados británicos: la batalla de Kohima había concluido finalmente con la derrota nipona.



LAS FASES DE LA OPERACIÓN "U" 1944

7-8 de marzo: la Operación "U", ofensiva con la que los japoneses trataban de rechazar a los Aliados hacia la India, destruyendo las bases de Imphal y de Kohima, se inicia con maniobras que tienen como finalidad interrumpir la carretera Tiddim-Imphal.

13 de marzo: tras una serie de informes que señalan infiltraciones japonesas, la División 17, situada en Tiddim, recibe autorización para retirarse a la meseta de Imphal.

14 de marzo: la División 17 empieza a retirarse. Dos brigadas de la reserva del Cuerpo de Ejército tienen que lanzarse a la batalla cuando los japoneses interrumpen la carretera hacia Tiddim.

15-16 de marzo: las Divisiones 15 y 31 japonesas cruzan el río Chindwin, entre Homalin y Thaungdut, y avanzan para cortar la carretera Imphal-Kohima.

17 de marzo: después de haber atravesado el Manipur, la División 17 destruye el puente sobre el río.

19 de marzo: empieza el transporte por vía aérea de la División 5 india del Arakan a Imphal.

22 de marzo: la 50.ª Brigada paracaidista queda rodeada en Sangshak.

26 de marzo: después de haber retrasado por bastantes días el avance japonés, la 50.ª Brigada paracaidista empieza a retirarse hacia Imphal.

29 de marzo: la División 20 se sitúa en el collado de Shenam, cerca de Imphal. Los japoneses interrumpen la carretera Imphal-Kohima, y se inicia así el asedio de Imphal.

4 de abril: el Cuerpo de Ejército XVII llega a Imphal, mientras el Cuerpo de Ejército IV se concentra para enfrentarse mejor con el avance japonés.

6-13 de abril: se traban combates desesperados por el dominio de Nungshigum, una de las alturas que dominan la meseta de Imphal.

3 de junio: concluye la batalla de Kohima y el Cuerpo de Ejército XXXIII se prepara para avanzar hacia Imphal.

22 de junio: tropas de la División 2 británica enlazan con los defensores de Imphal. Continúa la tenaz resistencia japonesa.

18 de julio: el Alto Mando japonés decide poner fin a la ofensiva.


PARKING THIS
OF THE ROAD
ONLY

Naturalmente Imphal debería haber caído ya, lo que hubiera permitido el envío de abastecimientos por carretera; pero, pese a las promesas de Mutaguchi, parecía que en aquella zona los japoneses realizaban muy pocos progresos. Por el contrario, los informes que llegaban a Sato parecían indicar que las Divisiones 15 y 33 habían llegado ya a un punto muerto. Además, en el seno del propio mando de Sato la moral era más bien baja, y no sólo por la carencia de abastecimientos sino también por otras muchas razones: por ejemplo, el Regimiento 58 se lamentaba del hecho de que el mando de división había quedado en una posición muy retrasada y que Sato estaba, por lo tanto, perdiendo contacto directo con la batalla. Afortunadamente para los japoneses, Miyazaki, comandante de la infantería, permanecía fiel a Sato y su presencia influía favorablemente en la moral de la tropa.

El día 11 de mayo, los hombres del *Queen's* y del *Punjab* reemprendieron los ataques contra la Jail Hill y el DIS; la artillería inició un fuego de preparación a las 4,40 y apenas cesó, 20 minutos más tarde, la oleada de los atacantes atravesó la carretera y se lanzó contra los *bunkers* situados en las primeras laderas de la altura. Una vez más, desde las posiciones enemigas en el GPT se desencadenó una ola de fuego contra el flanco del *Queen's* y, al principio, pareció que se repetiría el fracaso del 7 de mayo. Pero las compañías mantuvieron su ímpetu y a las 6 consiguieron llegar a la cima; dos horas después, los hombres de la compañía del comandante Lowry se habían posesionado sólidamente de ella y comenzaban a organizar un ataque contra los *bunkers* de la ladera opuesta.

A petición de Lowry, los artilleros protegieron sus flancos con cortinas de humo, después de lo cual, a la cabeza de una pequeña patrulla, él se lanzó hacia delante mientras arrojaba granadas de mano. Más tarde escribió: «Parecía, más que otra cosa, una batalla de bolas de nieve. El aire estaba lleno de granadas de mano, tanto suyas como nuestras, y no hacíamos otra cosa que saltar de una parte a otra intentando evitar las explosiones. Esta acción pareció prolongarse incesantemente por un tiempo incalculable». Por fortuna, cuando se aclararon las cortinas de humo, las nubes bajas y una lluvia torrencial cubrieron la zona, reduciendo así la actividad de los tiradores aislados. Los hombres del *Queen's* continuaron atrincherándose sólidamente.

Mientras tanto, los del *Punjab* (apoyados por una compañía del 4/1.º *Gurkha*) ganaban terreno en el DIS. Habían entrado en acción animados por el son de los *dhols* y *saranais* (instrumentos característicos semejantes a tambores y pífanos), que tocaban *The Wounded Heart*, y subieron audazmente por gran parte de la ladera. Pero, de pronto, la situación se hizo difícil. El comandante Arthur Marment ha escrito: «Era extremadamente difícil... Estábamos sometidos al fuego procedente del FSD y del Jail Hill y habíamos perdido ya 130 hombres. Era imposible moverse porque los tiradores aislados parecían asomar por doquier, y no estábamos en condiciones de llevar a cabo una acción eficaz contra el *bunker* mayor... Excavamos trincheras con las manos, utilizando todos los tipos de latas que estuvieran a nuestro alcance, y tratábamos de estar lo más aplastados que podíamos contra el terreno». Y así, aunque no lograron avanzar, los hombres del *Queen's* y del *Punjab* defendieron por lo menos el terreno conquistado.

Llovió toda la noche, y a la mañana siguiente las nubes gravitaban bajas sobre las montañas. Y he aquí que, de improviso, se escuchó un rumor reconfortante: los carros de combate *Lee*, del 149.º, estaban llegando desde más allá de la Garrison Hill y, con la alegría comprensible por parte de la infantería, empezaron a bombardear los *bunkers* japoneses en la pendiente opuesta. Algunos de ellos se encontraban tan sólo a 15 metros de la infantería, cuyos soldados debían permanecer inmóviles, casi pegados al suelo, mientras pasaban silbando las granadas sobre sus cabezas. A las 15 horas los carros de combate apoyaron un ataque lanzado por el *Royal Berkshire* y el 4/15.º *Punjab* contra el DIS y el FSD, y muy pronto estas alturas quedaron libres de enemigos.

Se trató de una operación verdaderamente brillante; pero los soldados aliados pudieron comprobar que no se rendía ningún japonés: todos ellos combatían hasta morir. Al final, toda la zona quedó literalmente cubierta de cadáveres y unos 40 hombres acabaron sepultados en sus *bunkers*. Algunos soldados del Regimiento *Royal Berkshire* descubrieron, asombrados, un puesto de mando de batallón subterráneo, «grande como una catedral», con galerías que se ramificaban por todas partes. Capturaron, además, tres cañones, 18 ametralladoras y gran cantidad de municiones. También los *Queen's* se apoderaron de un gran *bunker* en la Jail Hill, un *bunker* lo bastante grande para dar cabida a 50 hombres. En realidad, toda la altura estaba entrecruzada de túneles: parecía una colmena.

A la mañana siguiente, los japoneses abandonaron la Jail Hill y la Treasury Hill (colina del tesoro), y poco después una patrulla se alejó furtivamente del FSD. Tras un reconocimiento, los soldados del *Royal Welch Fusiliers* descubrieron que el Kuki Piquet estaba completamente indefenso, y una patrulla del 4/15.º *Punjab* llegó a la cima del DIS sin encontrar la menor resistencia. Por lo tanto el 13 de mayo había caído en manos británicas todo el sector de Kohima, a excepción de dos puntos: el bungalow del vicecomisario y el campo de tenis, donde la resistencia parecía más encarnizada que nunca.

La calle principal de Kohima tal como aparecía en junio de 1944, después del fin de los combates. Aunque permaneció relativamente ignorada, la batalla de Kohima fue una de las grandes batallas de la segunda Guerra Mundial, cuyo nombre es digno de figurar al lado de los de El-Alamein y de Stalingrado. *(Imperial War Museum)*



En el curso de los ataques contra los japoneses en Kohima, dos soldados británicos guarnecen su posición valiéndose de una ametralladora desmontada de un carro de combate. En las alturas en torno a Kohima, el avance de estos hombres, sometidos al fuego incesante de tiradores escogidos japoneses, atrincherados en sólidos *bunkers*, fue extraordinariamente difícil y peligroso. *(Imperial War Museum)*

En el campo de tenis los hombres del *Dorset* se batían desde hacía unos días. Habían intentado por todos los medios posibles hacer llegar a primera línea algunos carros de combate, pero el terreno era impracticable, y las posiciones de las armas japonesas, unidas unas con otras, hacían imposible un avance de la infantería sola.

Sin embargo, el 12 de mayo, los zapadores decidieron abrir con un *bulldozer* una pista que llegase directamente al contrafuerte de la Hospital Hill (colina del hospital), y después de enormes esfuerzos un carro de combate *Lee* pudo llegar a la cima. El plan preveía que dicho carro se pusiera en posición en el ángulo nororiental del campo de tenis, cubriendo con su fuego a la infantería, mientras ésta, con un movimiento envolvente, atacaría a los japoneses atrincherados en la altura. Pero lo primero que se tenía que conseguir era que el carro llegara a aquella posición. La mañana del día 13, los soldados del *Dorset* observaron con ansia al comandante del carro, sargento Waterhouse, trepar por la abrupta pista y después lanzarse por la pendiente. Lo había logrado.

Con las orugas en la blanca línea del fondo del campo de tenis, Waterhouse hizo rodar su vehículo hasta que el cañón de 75 mm se encontró dirigido hacia el *bunker*. Luego dio orden de abrir fuego, y poco después los japoneses salieron como un enjambre arrojándose a la carrera por la pendiente. Era justamente lo que esperaban los hombres del *Dorset*: en poco tiempo los alcanzaron y se tomaron una terrible revancha. Pudiéndose ya mover libremente, el *Lee* se trasladó de un *bunker* a otro, disparando a quemarropa, hasta que no cupo la menor duda de que todos los enemigos

habían muerto o habían huido. Luego, el mayor Chettle, comandante de compañía del *Dorset*, hizo un recorrido por los *bunkers* exteriores, armado de cargas explosivas y disponiendo el estallido de las mismas en cuatro segundos.

Después del derrumbamiento de su posición central, Sato sabía que la situación estaba llegando a su momento crítico. Dos días antes, en una orden del día, dijo a sus hombres: «Combatiréis hasta la muerte. Una vez muertos, continuaréis combatiendo con vuestro espíritu». Y ahora sus hombres estaban cayendo uno a uno y el avance británico proseguía. Entonces comunicó a Mutaguchi: «Causa lluvia y hambre, falta el tiempo. Decido división, acompañando enfermos y heridos, se traslade a zona donde pueda recibir abastecimientos».

Mutaguchi le comunicó al responderle: «Es muy difícil comprender por qué vuestra división debe retirarse, bajo pretexto de dificultades de abastecimiento, olvidando los brillantes servicios que ha prestado. Mantened la actual posición diez días. En diez días conquistaré Imphal y os compensaré por vuestros servicios. Una voluntad resuelta hace doblegarse incluso a los dioses».

Sato decide resistir

Aunque nada convencido de que Mutaguchi cumpliría su promesa, Sato decidió continuar resistiendo. La parte central de su frente había sido quebrantada, pero sus flancos se apoyaban aún en dos posiciones inexpugnables: el Church Knoll, al Norte, y el contrafuerte del Aradura al Sur. Entre estas dos, formando una especie de semicírculo, se extendía una serie de alturas que se prestaban magníficamente para la defensa: el Gun Spur (contrafuerte del cañón), la Dyer's Hill (colina del tintorero), la Big Tree Hill (colina del gran árbol) y otras. Mientras sus hombres tuvieran fuerza para sostener el fusil, estas posiciones podrían defenderse.

Y los soldados nipones demostraron que tenían aquella fuerza. El 15 de mayo, una compañía del Regimiento 58, apoyada por morteros y cañones, rechazó un ataque de los *Cameron* contra la Hunter's Hill. Un segundo y valiente ataque, lanzado por los hombres del *Worcestershire*, cuatro días más tarde, fue neutralizado con la misma firmeza. El 23 de mayo, el general de división Messervy, comandante de la División 7 india, acudió a conferenciar con Stopford; los dos hombres acordaron confiar a la citada División 7 las operaciones en el flanco izquierdo, dejando libre a la División 2 para atacar el contrafuerte del Aradura. Messervy pidió el apoyo de la RAF, que en el curso de las jornadas del 24 y 25 ametralló la Hunter's Hill y el Church Knoll con tal intensidad que parecía imposible que pudiera sobrevivir ningún japonés. Y, sin embargo, cuando el 4/15° *Punjab* pasó al ataque, la resistencia enemiga se mostró más enérgica que nunca, y aquel magnífico batallón sufrió uno de los más duros reveses de su historia.

En el ínterin, se estaban llevando a cabo también infructuosos intentos por parte de la División 2 en el Aradura: el 28 de mayo, el *Royal Welch Fusiliers* cayó en una emboscada y sufrió muchas bajas. Aquel mismo día, el ataque lanzado por el *Royal Norfolk* y el *Royal Scots*, en terreno bajo y en dirección a la carretera, se empantanó en la intrincadísima jungla y en el fango. Llovía a mares desde hacía días y los hombres vivían en condiciones penosas. Muchos padecían disentería, y la imposibilidad de disponer de ropa seca o de comida caliente debilitaba su capacidad de resistencia.

¿Cómo se podría romper la línea japonesa? Decididamente, no había esperanza de poderlo hacer en el Aradura, y, por otra parte, el ataque dispuesto contra la Hunter's Hill había fracasado de nuevo. Ni siquiera los ataques aéreos, el fuego de la artillería y de los morteros, de los carros de combate y la acción de los lanzallamas parecían haber conmovido en lo más mínimo aquella fabulosa infantería japonesa. Al caer la tarde del 25 de mayo, Loftus Tottenham, comandante de la Brigada 33, dijo a Derek Horsford, un joven oficial que acaba de asumir el mando de 4/1.° *Gurkha*, que había llegado su turno de atacar la Hunter's Hill; pero Horsford, temiendo que su batallón sufriese la misma suerte que los que le precedieron, sugirió un plan alternativo. Después de una minuciosa actividad de patrulla, sus hombres, efectuarían una infiltración nocturna, alcanzando un par de alturas secundarias, como la False Crest (falsa cima) y Nose (nariz). Desde allí esperaba completar la ocupación de la posición japonesa sin necesidad de un ataque frontal. El plan funcionó magníficamente: los *gurkhas* alcanzaron sus objetivos casi sin sufrir bajas, y el día 1 de junio tres carros de combate *Lee* pudieron avanzar para unirse a ellos. Cuando los hombres del *Queen's* llegaron a Church Knoll lo encontraron indefenso y, a lo lejos, en el flanco izquierdo, la Brigada 161 de Warren avanzaba de altura en altura. Sato se estaba replegando.

En efecto, Sato había tomado esta decisión el 30 de mayo, cuando demostró ser tan vana como las anteriores la última promesa de Mutaguchi de conquistar Imphal. El día 27, Sato comunicó al general de división Tazoe, de la 5.ª División aérea: «Desde que hemos dejado el Chindwin no hemos recibido de ustedes ni una bala ni un grano de arroz. El enemigo continua atacándonos. Les rogamos que nos envíen víveres por vía aérea». No habiendo recibido respuesta, Sato comunicó a Mutaguchi su intención de retirarse. Mutaguchi replicó con rabia: «Retírese y le llevaré a un tribunal militar». A lo que Sato contestó: «Haga lo que le parezca. Le arrastraré al fondo conmigo».

Luego, el 31 de mayo, después de haber formado una retaguardia de 700 hombres a las órdenes de Miyazaki y de haber cursado la orden de repliegue, fue cuando Sato envió el famoso y ya conocido mensaje: «La habilidad táctica del Estado Mayor del Ejército 15 es inferior a la de un cadete». Después interrumpió el contacto por radio y se puso en marcha.

Mientras tanto, encontrando el camino libre a consecuencia de la caída de la Hunter's Hill y Church Knoll, la División 2 británica avanzaba rápidamente hacia la Dyer's Hill y la Big Tree Hill. De estas alturas se ocuparon el *Cameron* y el *Dorset*. Tras un breve encuentro, sostenido por el mayor Chettle y su compañía, los japoneses fueron rechazados y las patrullas continuaron su marcha hacia Phesema, aldea situada en la carretera hacia Imphal, 8 km más allá de Kohima.

La mañana del 6 de junio el cielo estaba claro y límpido, y sobre las montañas resplandecía al fin el sol. Mientras el grueso de la Brigada 5 ascendía por la pendiente hacia Pfuchama, una compañía del *Worcestershire* se lanzó directamente a través de los arrozales, hacia Phesema. Antes del anochecer estos hombres se habían situado sólidamente, con lo que la carretera quedó interrumpida detrás de Miyazaki. Y mientras se estaba esperando si los japoneses se retirarían, llegó la noticia del *D-Day*, con el anuncio de los ansiados desembarcos de las fuerzas angloamericanas en las playas de Normandía, lo que suscitó un entusiasmo indescriptible en las filas aliadas.

Miyazaki se retiró durante la noche del 6 al 7 de junio: con ello terminaba la batalla de Kohima. Había durado 64 días y dio lugar a algunos de los combates más sangrientos de la guerra.

Se rompe el asedio de Imphal

Pero Imphal seguía aún asediada y la capacidad de resistencia de los defensores estaba agotándose progresivamente. La situación, por lo que respecta a abastecimientos, nunca había sido tan crítica y el 8 de junio Mountbatten comunicó a los jefes del Estado Mayor conjunto, en Washington, que tenía absoluta necesidad de más aviones para evitar un desastre.

Se precisaron otros trece días para abrir camino; bajo una lluvia torrencial, Miyazaki resistió en Viswema durante cuatro días y hasta el 16 de junio no lograron desalojarlo las fuerzas atacantes. Stopford avanzaba en un frente de dos divisiones: la 2 se mantenía sobre la carretera, mientras la 7 avanzaba por las alturas, a la izquierda, efectuando acciones de hostigamiento contra los japoneses que ya estaban rompiendo el contacto. El número de japoneses en fuga crecía continuamente, pues la división de Sato se estaba desintegrando. Cuando Kunomura acudió a comunicarle la orden de Mutaguchi de que se le uniera para un nuevo ataque contra Imphal, Sato gritó con rabia: «El Ejército 15 no me ha mandado abastecimientos ni municiones desde el comienzo de la operación. Esto me libera completamente de la obligación de obedecer esta orden, aunque, de cualquier forma, sería imposible cumplirla». Observando las tropas de Sato, hambrientas y castigadas, Konomura se dio cuenta de que Mutaguchi se forjaba ilusiones.

La mañana del 2 de junio, casi en el mismo momento en que se desarrollaba este excitado diálogo, los hombres del *Durham Light Infantry* y los carros de combate que formaban la vanguardia fueron atacados por algunas verdaderas ruinas humanas, dejadas atrás por un hospital de campaña japonés. Después de haberlos dispersado, la vanguardia continuó su avance y llegó al kilómetro 108. Allí, según la descripción del capitán Sean Kelly, «los carros de combate divisaron más allá, donde los claros iban siendo sustituidos por árboles, cierto movimiento y comenzaron a batir sistemáticamente la zona. Pero casi en seguida se detuvieron. Acababan de comunicarles una noticia desconcertante: estaban atacando a las unidades avanzadas de la División 5 india del asediado Cuerpo de Ejército IV. Se había roto el asedio de Imphal».

Este fue uno de los cambios más decisivos en la guerra de Birmania. El 8 de julio, Mutaguchi cursó órdenes para una retirada general, y en seguida su derrotado Ejército se lanzó en desorden hacia el Chindwin, en una de las más espantosas retiradas de los anales de la guerra.

Sato dejó su división el 5 de julio, habiendo recibido la orden de presentarse para informar en el mando del Ejército 15; cuatro meses después fue oficialmente exonerado del mando. Se iniciaron las gestiones para que compareciera ante un tribunal militar, pero pronto se suspendieron a consecuencia de órdenes procedentes de Tokio. Resultaba claro que el Mando Imperial creía que la moral de los soldados japoneses había sido ya bastante sacudida y que no era nada oportuno hacer públicas las divergencias entre Sato y Mutaguchi. Al cabo de un mes también se exoneró a Mutaguchi y ambos fueron destinados a cargos administrativos. Sus carreras habían acabado.

Kohima marcó el límite máximo de la penetración japonesa en la India. Gracias al valor de las tropas inglesas, indias y *gurkhas*, la batalla por dicha ciudad resultó un auténtico trampolín de lanzamiento para las grandes victorias que el general Slim y el Ejército 14 se asegurarían al año siguiente. Aunque un tanto ignorada, la batalla de Kohima fue uno de los más grandes encuentros de la segunda Guerra Mundial, una batalla cuyo nombre es digno de figurar junto al de El-Alamein y Stalingrado. Para los hombres que combatieron en ella, cualquiera que fuera su actuación antes o después, aquélla quedó para siempre como «la batalla». Y todavía hoy, «Estuve en Kohima» es una de las frases que un soldado puede decir con mayor orgullo. Con este juicio también están de acuerdo los japoneses, los cuales, el 26 de junio de 1965, en el templo Yasakuni de Tokio, celebraron una función religiosa conmemorativa en honor de los caídos de Kohima. En su opinión, el valor de que dieron prueba los infantes japoneses durante esta acción no tuvo igual en toda la campaña birmana; y muy pocos se atreverían a estar en desacuerdo con ellos.

BIRMANIA: LA VERSION JAPONESA

¿Cómo pudo el Ejército japonés derrumbarse en Imphal? Según el general Fujiwara, que participó en la batalla, sólo hay una explicación posible. La "premeditada traición" del general Sato, quien se retiró de Kohima sin avisar o consultar al mando del Ejército. ¿Y cómo consiguió el Ejército nipón retirarse a la orilla del Chindwin? En este caso la respuesta es muy sencilla: gracias a la asombrosa capacidad de recuperación del soldado japonés y a su resistencia al hambre, a las enfermedades y a la derrota.

Iwaichi Fujiwara, teniente general



Los comandantes de las grandes unidades del Ejército 15 japonés, principales protagonistas de la lucha en el frente indo-birmano. En primera fila: el general Mutaguchi (en el centro) y (a la derecha) el general Sato. La decisión de Sato, que el día 31 de mayo de 1944 ordenó a sus fuerzas que abandonasen el frente de Kohima, la determinó el deseo de evitar una inútil matanza; no obstante, fue considerada por el mando como un gravísimo acto de insubordinación y de traición, que arrojó una mancha indeleble sobre la larga y gloriosa historia del Ejército nipón. *(History of the Second World War)*



Infantes japoneses que participaron en los combates del frente de Kohima. Después de dos meses y medio de una encarnizada lucha, las fuerzas niponas –reducidas a menos de un tercio de sus efectivos– consiguieron llegar, a finales de agosto, a la orilla oriental del Chindwin. Ni una sola compañía acabó en los campos de prisioneros ni se rindió durante la lucha.
(Sado-Opera Mundi)

La causa directa del total derrumbamiento del Ejército japonés en el frente de Imphal la determinó, el día 31 de mayo de 1944, la insubordinación del teniente general Kotoku Sato, comandante de la División 31, quien, sin tener ninguna orden para hacerlo, se retiró, abandonando la línea de Kohima bajo su completa responsabilidad. Pero, lo que es más grave aún, es que se trató de una acción deliberada y premeditada, llevada a efecto en perjuicio de su superior, el teniente general Mutaguchi, comandante del Ejército 15, con el fin de provocar el derrumbamiento de las operaciones en el sector de Imphal.

Citando la declaración escrita y jurada del teniente general Sato, él juzgó «indispensable provocar el cese de las operaciones en el sector de Imphal recurriendo a medidas extraordinarias. Llegué a la conclusión –dice– de que si, en aquel momento, nuestra división comenzaba a retirarse, la línea indudablemente se derrumbaría y las operaciones tendrían que ser suspendidas, por muy obstinado que fuese el general Mutaguchi. En aquel momento mi división no sólo se salvaría de una absurda matanza, sino que el Ejército completo se libraría de una completa autodestrucción. Tomé aquella decisión completamente por mi propia iniciativa y bajo mi responsabilidad personal, y no me atrevía a informar de la misma y de los siguientes movimientos al Ejército 15...»

Además, para proteger aquella irreflexiva retirada, decidida por su propia iniciativa, el general Sato ignoró deliberadamente la orden (cursada como una especie de aprobación *ex post facto* por el general Mutaguchi) que decía:

«El comandante de la División 31, a partir de este momento, pondrá a las órdenes del Ejército el destacamento de Miyazaki, compuesto, como fuerza principal, por cuatro batallones de infantería, una brigada de artillería y una compañía de ingenieros; defenderá el sector del Aradura, y, finalmente, neutralizará cualquier intento del Cuerpo de Ejército XXXIII, formado por tropas angloindias, de avanzar en dirección a Imphal. Al mismo tiempo trasladará lo más rápidamente posible el grueso de la división al sector de Sangshak».

A pesar de esta orden, el destacamento de Miyazaki se constituyó con efectivos bastante débiles: sólo un batallón, más una compañía de infantería (en total 420 hombres); una compañía de ingenieros (120 hombres), con una cantidad de explosivos inadecuada; una compañía de artillería de montaña, dotada tan sólo de dos piezas y privada de municiones, y un grupo de radiotelegrafistas que no podían transmitir o recibir por falta de baterías.

En lo que respecta al grueso de la división, una vez completado el reagrupamiento en el sector de Sangshak, continuó retirándose hacia Fimine en lugar de invertir la dirección de marcha y tomar parte en la batalla de Imphal, de acuerdo con lo establecido por la directiva militar.

Ya en otra ocasión, el general Sato había dado pruebas de insubordinación: en efecto, el 17 de abril se había negado a obedecer la orden del general Mutaguchi de transferir el destacamento de Miyazaki a la División 15, en el frente de Imphal. Su desobediencia y su arbitraria decisión de retirarse constituyeron, en realidad, una mancha indeleble en las páginas de la larga y gloriosa historia del Ejército nipón. Su desconsiderada conducta no sólo provocó el derrumbamiento del frente operativo del Ejército 15 japonés en el citado sector de Imphal, sino que también ofreció al Ejército 14 angloindio una ocasión favorable para aniquilar a la División 15 y al destacamento de Miyazaki en el sector Ukhrul-Sangshak, al norte de Imphal, así como al grueso del Ejército 15 en la zona que se extiende al oeste del río Chindwin.

Para empeorar todavía más las cosas, desde aquel momento hasta la mitad del mes de julio, los oficiales superiores de todos los mandos se vieron obligados a perder mucho tiempo, un tiempo que entonces era precioso, al no tener ni el valor ni la resolución necesarios para suspender las operaciones y retirar las tropas del frente. Mientras tanto, la estación del monzón había llegado a su punto culminante, y las líneas de retirada del Ejército nipón estaban completamente interrumpidas por el fango y las inundaciones que, afortunadamente para las tropas angloindias, proporcionaron otra excelente ocasión para intentar aniquilar al Ejército japonés.

El general Slim reconoce este hecho en su libro *De la derrota a la victoria*. En efecto, en él escribe que, a mediados de mayo, su Ejército había llegado a una fase en la que sería posible transformarlo de activa fuerza defensiva en fuerza ofensiva, y que el objetivo de sus tropas no era tan sólo romper el asedio de Imphal, sino también aniquilar al Ejército 15. Así, pues, el día 31 de mayo, el general Sato, con su irreflexiva acción, ofreció deliberadamente a Slim la posibilidad de conseguir la victoria que perseguía. Pero no es esto todo: parecía, además, que la fortuna se había puesto definitivamente al lado de las fuerzas angloindias. Hacia mediados de mayo, el general Scoones, comandante del Cuerpo de Ejército IV angloindio, había escogido muy prudentemente como objetivo de su ofensiva principal la División 15, la cual, por cierto, era la que había sufrido en mayor grado los duros efectos de la batalla y que, por lo tanto, estaba intentando con todas sus fuerzas reorganizarse o retirarse gradualmente. Con sus Divisiones 5 y 20, el citado Cuerpo de Ejército IV lanzó repetidos y vigorosos ataques contra la unidad japonesa; y precisamente en el momento en que el general Sato decidió abandonar por su propia iniciativa el frente de Kohima, aquellas dos divisiones británicas habían ultimado la concentración de sus fuerzas.

Mientras tanto, las fuerzas aliadas se habían asegurado el completo dominio del aire. Las líneas de abastecimiento y de retirada del Ejército nipón estaban interrumpidas por doquier, aunque más por obra de la agresiva naturaleza y de los adversos factores climáticos que del propio enemigo. Agotados los víveres y las municiones, prácticamente inmovilizados, después de dos meses y medio de encarnizados combates, a menudo cuerpo a cuerpo, nuestros efectivos se habían reducido a menos de una tercera parte de los que habían iniciado la campaña, y la moral y la disciplina de nuestros soldados, en un tiempo orgullo del Ejército japonés, empezaban a dar señales de relajamiento.

Y, sin embargo, aunque el Ejército angloindio tuvo una ocasión única para lanzar un golpe mortal contra este maltrecho Ejército japonés, tanto en el sector Ukhrul-Sangshak como en la orilla occidental del río Chindwin tan sólo consiguió hacerlo retroceder.

Después de haber soportado sufrimientos inenarrables a causa del hambre, de las enfermedades y del fango que invadía los caminos, el Ejército nipón logró retirarse a la orilla del Chindwin y, a fines de agosto, consiguió librarse de la tenaza del enemigo para alcanzar la orilla oriental del río. Ni siquiera una compañía de soldados acabó en los campos de prisioneros enemigos o se rindió durante la campaña.

IWAICHI FUJIWARA, TTE. GENERAL



Nacido en 1908, se graduó en la Academia militar japonesa en 1938. Cuando estalló la guerra, se le destinó a Malasia, donde, con el grado de comandante, colaboró en la organización del Ejército nacional indio. En 1943 fue destinado al Ejército 15 nipón, que operaba en Birmania septentrional, y con él tomó parte en las operaciones de Imphal como oficial del Servicio de Información. En agosto de 1944 se le ascendió a teniente coronel y se le confió la misión de dirigir la retirada de la División 31, así como la de la 15. En 1955 entró a formar parte del Ejército de defensa nacional japonés y en 1964 ostentó el mando de la División 1 (de Tokio). En 1965, tras haber alcanzado el grado de teniente general, se retiró del servicio activo, y ahora ostenta el cargo de director ejecutivo de la Fundación Nacional japonesa para Asuntos Exteriores.